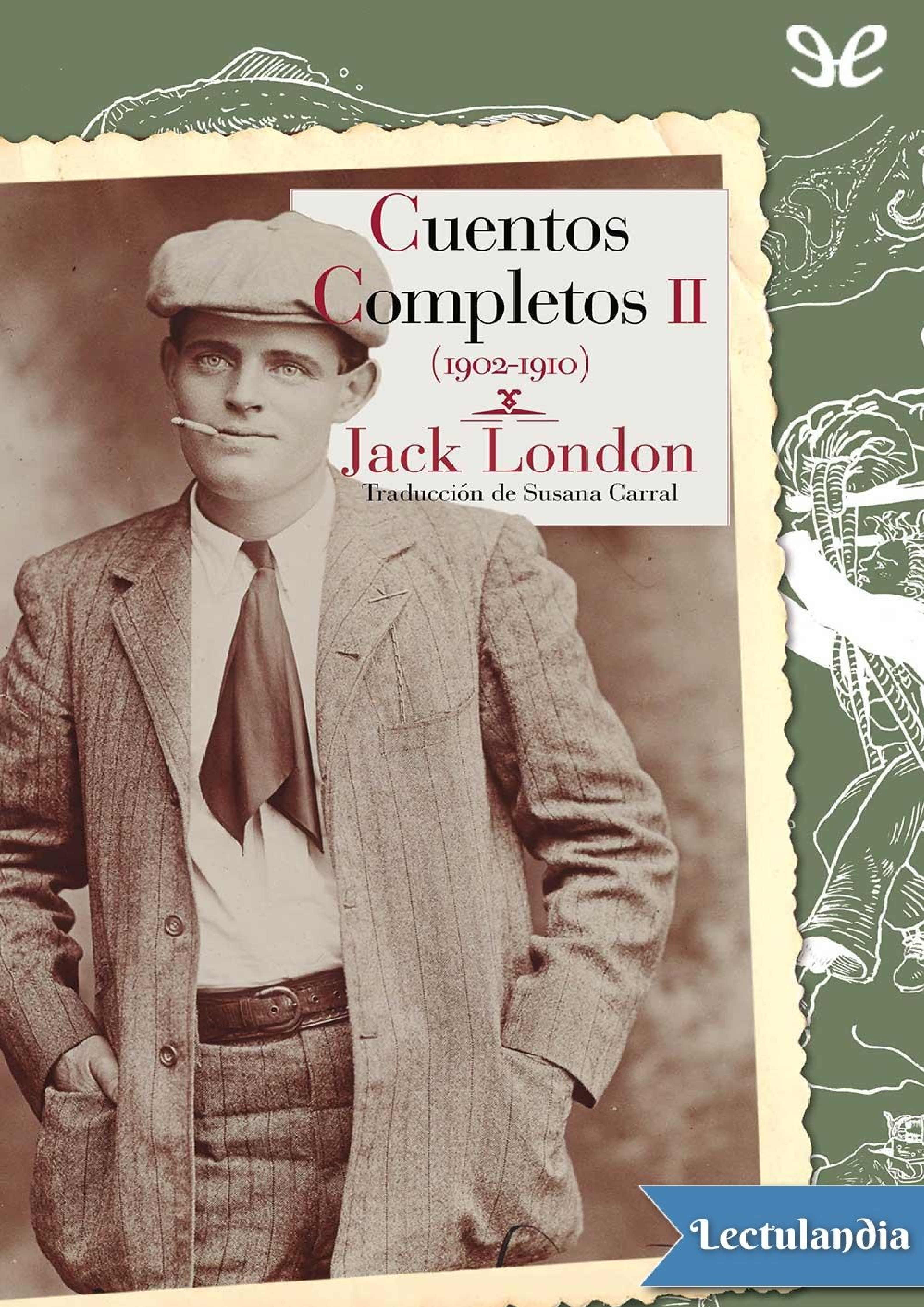


Cuentos
Completos II
(1902-1910)
Jack London
Traducción de Susana Carral
Lectulandia

El segundo tomo de *Cuentos Completos* que recogen los 197 relatos escritos por Jack London en sus cuarenta años de vida, comprende los 64 que el gran autor norteamericano creó entre 1902 y 1910. Catalogados y ordenados cronológicamente de acuerdo a la edición canónica de la Universidad de Stanford, se ofrecen, al igual que el primer tomo, en traducción íntegra de Susana Carral, realizada expresamente para esta edición. Escritos durante su juventud y madurez, London, muestra en ellos sus múltiples experiencias en un mundo dominado por la naturaleza más extrema, desde sus aventuras como patrullero en las costas de San Francisco y en los territorios del Klondike, hasta sus andanzas por Hawái, las islas Salomón y otros enclaves de los Mares del Sur, dominados por huracanes, océanos ingobernables y tribus caníbales.

Jack London

Cuentos Completos II

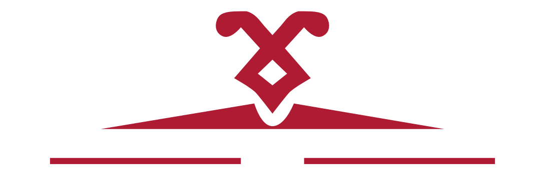
(1902-1910)

Cuentos Completos de Jack London - 2

ePub r1.0
Titivillus 06.06.2021

Título original: *The Complete Short Stories of Jack London, volume II*
Jack London, 1993
Traducción: Susana Carral Martínez
Ilustraciones: María Espejo

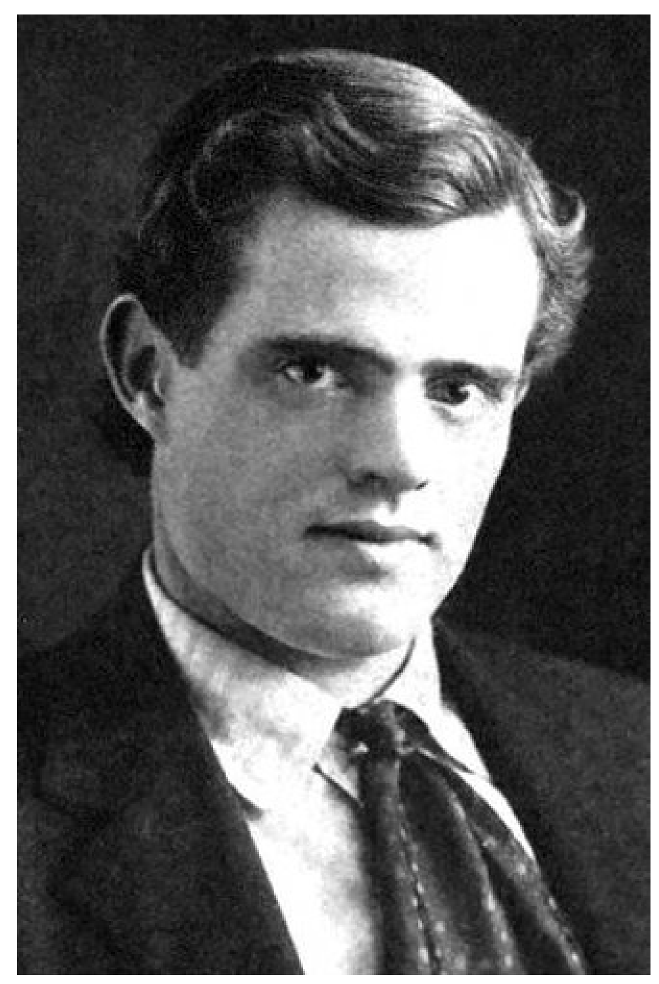
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido






Jack London

Jack London (San Francisco, 1876 Glen Ellen, 1916), nacido probablemente como John Griffith Chaney, fue uno de los escritores norteamericanos más importantes de los comienzos del siglo XX. Autodidacta, su obra se nutre de sus experiencias de vagabundo y aventurero, que le permitieron recorrer medio mundo, ya fuera como marinero de primera en una goleta rumbo a Japón o buscando oro en las orillas del río Klondike, entre las perpetuas nieves de Alaska. Su carrera coincidió con el auge de las revistas literarias dirigidas al gran público, en las que colaboró asiduamente con sus relatos. En ellos fundió la aventura con su capacidad para indagar en la psicología humana y una fuerte carga épica que cambió el curso de la ficción norteamericana.

Influyó decisivamente en los autores de la Generación Perdida, como John Steinbeck, Ernest Hemingway o John Dos Passos, así como en otros muchos europeos: George Orwell. Aldous Huxley. William Somerset Maugham… Socialista desde los veinte años, siempre defendió el carácter utópico más que teórico de su ideología, lo que se reflejó nítidamente en su literatura. Entre sus obras, además de sus relatos, destacan novelas como *La llamada de lo salvaje* (1903), *El lobo de mar* (1904), *Colmillo blanco* (1906), *Martin Eden* (1909), *La peste escarlata* (1912) o *El vagabundo de las estrellas* (1915).

Cuentos Completos II
(1902-1910)



Cuentos Completos I
(1902-1910)



Jack London

Traducción de Susana Carral









Con 32 años en Melbourne, Australia, durante una visita realizada en 1908.

▼

En la capitular de la página siguiente, foto promocional fechada en 1904.



Prólogo
La madurez de la aventura

En 1902, fecha en la que arranca este segundo tomo de sus *Cuentos completos*, que sigue la edición canónica de la Universidad norteamericana de Stanford, Jack London (1876-1916) se encontraba en Londres recopilando material por las calles del West End para su libro *La gente del abismo*. Inmediatamente después emprendería un viaje de tres semanas por Europa. Ya era un escritor reconocido e, incluso, el gran magnate de la prensa William Randolph Hearst —el Ciudadano Kane de Orson Welles— había comenzado a encargarle reportajes, colaboraciones que acabarían convirtiéndolo en corresponsal de guerra.

Dos años antes, en 1900 había contraído matrimonio con Bessie Mae Maddern, de la que se separó en 1903, y con la que tuvo dos hijas, Joan y Bess. En 1905 se casó con Charmian Kittredge, con la que viviría su época de esplendor económico.

London ya no era en los primeros años del siglo XX el joven esforzado que buscaba oro en Alaska para mantener a su familia y se afanaba en aprender a escribir para ganarse la vida más cómodamente que realizando trabajos físicos.

Ahora ya es un escritor reconocido al que pagan cientos y hasta miles de dólares por sus relatos, lo que en 1910 le permitirá comprar unos cuatro kilómetros cuadrados de terreno en Glen Ellen, California, territorio que sirve de escenario a varios de los cuentos de este tomo y es mucho más cálido que los fríos de las riberas mineras del Klondike.

Aunque militaba en el Partido Socialista Laborista desde 1896, es a partir de 1900 cuando decide lanzarse a la política activa, con escaso éxito electoral. También pronuncia charlas y conferencias políticas para defender sus principios. Su conciencia social cuestiona duramente el trabajo infantil, aboga por mejorar las condiciones laborales de los obreros y apoya abiertamente la intervención del Estado, nacionalizando sectores estratégicos de la economía. Cuentos como «El apóstata» evidencian ese pensamiento progresista,

expuesto con la crudeza de una cuchilla de afeitar clavándose en la piel, y da paso a otros menos acertados en los que, a través de distopías, predica un socialismo utópico de sorprendente ingenuidad. Tal vez, el más inquietante de esta tanda que se adentra sin reparos en la ciencia ficción sea «Goliat»: un inventor millonario asesina impunemente, por el bien de la humanidad, a políticos y magnates contrarios a la propiedad pública y la nacionalización de la economía; sin duda, Stalin hubiera encontrado en la lectura de este cuento una fuente de inspiración.

Su capacidad para convertir en ficción la realidad que ha experimentado en carne propia adquiere una enorme brillantez en esta etapa de su vida y define un estilo —que posteriormente seguirá casi al pie de la letra Ernest Hemingway— en el que la literatura se construye a partir de la experiencia vivida, ya sea tal como ocurrió o como le hubiera gustado al escritor que sucediera. Basten como ejemplo sus múltiples relatos de la Patrulla Pesquera, uno de los cuales abre este volumen. Y no hay tema que le sea ajeno: los marinos, los pescadores de perlas, los leprosos, los caníbales, los profesores de Universidad, el boxeo, las corridas de toros ecuatorianas…

El Klondike, los fríos de Alaska, la naturaleza que hiela los sueños de los buscadores de oro no desaparecen, acompañarán a London el resto de su vida con relatos de tanta fuerza como la segunda versión de «Encender una hoguera» y «El camino de los parhelios», pero ahora se alternan con los paisajes cálidos de California o los tórridos de Hawái, la Polinesia francesa, las Islas Salomón o Fiyi, ya en Oceanía.

Territorios de blancos y de aborígenes, de leprosos y de caníbales, maravillosamente descritos y en los que se advierte ya la pluma de otros escritores posteriores, por ejemplo John Steinbeck —¿qué es «La casa de Mapuhi» sino un claro antecedente de *La perla*?—. El factor humano que tanto preocupaba a Somerset Maugham, y algo después a Graham Greene, es la base de una parte de la narrativa de Jack London, que no juzga a sus personajes; se limita a describirlos tal como son, ajenos a condicionantes morales de épocas y culturas. «El chinago», «Koolau el Leproso», «Chun Ah Chun», «Mauki», «Un trozo de carne»… son auténticas maravillas sobre esa capacidad para indagar en el interior del individuo, una especie de prepsicoanálisis, técnica que tanto influiría en la literatura posterior a Sigmund Freud y en autores como Stefan Zweig y Joseph Roth.

Si Rudyard Kipling y Robert Louis Stevenson fueron una inspiración para London, la huella de este se expande capilarmente por la literatura de los siglos XX y XXI en escritores *a priori* tan dispares entre sí como los de la

Generación Perdida norteamericana y los europeos de la Escuela de Yiena. Algo que solo logran los clásicos.

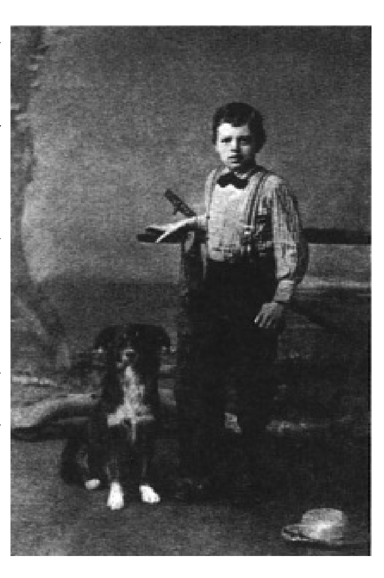


Jack London junto a sus hijas Joan (derecha) y Bess.



Cronología de Jack London

1876



12 DE ENERO: Jack London (JL) nace en San Francisco, California, hijo único de Flora Wellman, quien declara como padre del niño a William Flenry Chaney, con el que vive como pareja de hecho entre 1874 Y 1875. El bebé recibe el nombre de John Griffith Chaney.

7 DE SEPTIEMBRE: Flora Wellman Chaney se casa con John London y el niño pasa a llamarse John Griffith London.

1878

Después de que Jack London y su hermanastra Eliza enfermaran de difteria hasta el punto de casi fallecer, la familia abandona la bahía de San Francisco y se muda a la costa de enfrente, a Oakland, donde John London vende productos agrícolas a los mercados locales y regenta una tienda de comestibles.

1881

La familia se muda a una granja en Alameda.

1882

Comienza la escuela primaria en Alameda.

1886

27 DE MARZO: La familia adquiere una casa en Oakland tras vivir en distintas granjas del condado de San Mateo y Livermore.

1891

Se gradúa en la escuela de primaria Cole (octavo grado) y empieza a trabajar en la conservera Hickmott. Varios meses después, con dinero prestado por la criada de la familia, Virginia Prentiss, adquiere el *Razzle-Dazzle* y se dedica a piratear ostras en la bahía de San Francisco.

1892

Trabaja como ayudante de patrullero para la Patrulla Pesquera de California, en Benicia.

1893

ENERO-AGOSTO: Se enrola como marinero de primera a bordo de la *Sophia Sutherland*, una goleta dedicada a la caza de focas, en una travesía de ocho meses a Hawái, islas Bonin (Ogasawara), Japón y mar de Bering.

FINALES DE AGOSTO: Acepta un empleo en una fábrica textil a diez centavos la hora en jornadas laborales superiores a diez horas.

11 DE NOVIEMBRE: «Relato de un tifón en la costa japonesa» es su primer relato publicado tras resultar el mejor artículo descriptivo en el concurso para jóvenes escritores organizado por el *San Francisco Morning Call*.

1894

Trabaja como carbonero en la central de la Oakland, San Leandro and Haywards Electric Railway.

6 DE abril: Abandona Oakland para unirse al Ejército de Kelly, el contingente occidental del Ejército Industrial de los Desempleados de Coxey, en su marcha sobre Washington para protestar por las condiciones económicas.

25 DE MAYO: Abandona el Ejército de Kelly en Hannibal, Misuri, para vagabundear por su cuenta.

30 DE MAYO: Visita el recinto de la Feria Mundial de Chicago.

29 DE JUNIO-29 DE JULIO: Es arrestado en Buffalo, Nueva York, y cumple una condena de treinta días por vagabundeo en la penitenciaría del condado de Erie.

Recorre la Costa Este y regresa al oeste en un tren carbonero que cruza Canadá, y se gana el pasaje desde Vancouver trabajando como carbonero a bordo del *SS Umatilla*.

1895

Asiste al instituto de enseñanza secundaria de Oakland y publica relatos breves y artículos en *The High School Aegis*. Participa en el Henry Clay Club, asociación encargada de organizar debates en el instituto. Se enamora de Mabel Applegarth.

1896

Se afilia al Partido Socialista Laborista en abril. Abandona el instituto. Asiste brevemente a la Academia Universitaria de Alameda para preparar los exámenes de ingreso en la Universidad de California, después estudia por su cuenta durante tres meses y, con las clases particulares de Mabel y Ted Applegarth, Fred Jacobs y Bessie Maddern, ingresa en la Universidad de California.

1897

4 DE FEBRERO: Abandona la Universidad tras un semestre y, después de un breve período escribiendo y trabajando para los socialistas, acepta un empleo en la lavandería de la Academia Belmont.

25 DE JULIO: Zarpa, junto con su cuñado, el capitán James H. Shepard, en el *SS Umatilla* rumbo a Port Townsend, Washington, y luego en el *City of Topeka* hacia Juneau, Alaska, para unirse a la fiebre del oro del Klondike.

Pasa el invierno en una cabaña situada en la isla Split-Up, entre el río Stewart y el arroyo Henderson, a ciento treinta kilómetros de la ciudad de Dawson, territorio del Yukón.

1898

Enfermo de escorbuto, abandona el Klondike y viaja en balsa río Yukón abajo, desde Dawson hasta St. Michael, en el mar de Bering. Trabaja como carbonero para pagar el pasaje de vuelta a casa y llega a Oakland a finales de julio. Se somete a un régimen intensivo para convertirse en escritor profesional.

1899

ENERO: La revista *Overland Monthly* publica «Al hombre del camino» y luego le encarga una serie de relatos sobre las tierras del Norte.

29 DE JULIO: *Atlantic Monthly* acepta «Una odisea en el Norte» para su publicación en el número de enero de 1900.

DICIEMBRE: Conoce a Anna Strunsky.

Publica, en todo el año, un total de veinticuatro textos, que incluyen ensayos, chistes, poemas y relatos.

1900

7 DE ABRIL: Se casa con Bessie Mae Maddern.



Libro publicado:

- *El hijo del lobo* (Houghton Mifflin)

1901

15 DE ENERO: Nace su hija Joan.

JULIO: Primer encargo como periodista: cubrir el tercer National Bundes Shooting Festival para William Randolph Hearst.

Es derrotado como candidato de los demócratas socialistas a la Alcaldía de Oakland (recibió 245 votos). Bessie Maddern con sus dos hijas.

Libro publicado:

- *El dios de sus antepasados* (McClure, Phillips)

1902

AGOSTO-SEPTIEMBRE: Vive en el East End de Londres, redactando y reuniendo material para *La gente del abismo*. Viaja por Europa durante tres semanas.

20 DE OCTUBRE: Nace su hija Bess (Becky).

Libros publicados:

- *Una hija de las nieves* (Lippincott)
- *Hijos de la escarcha* (Macmillan)
- *El crucero del Dazzler* (Century)

1903

Se enamora de Charmian Kittredge. Se separa de Bessie London.

Adquiere el balandro *Spray* para navegar por la bahía de San Francisco.

Libros publicados:

- *Las cartas de Kempton-Wace*, con Anna Strunsky (Macmillan)
- *La llamada de lo salvaje* (Macmillan)
- *La gente del abismo* (Macmillan)



Primera edición de La llamada de lo salvaje en The Saturday Evening Post.

1904

ENERO-JUNIO: Cubre en Corea la guerra ruso-japonesa como corresponsal de guerra para Hearst.

En Corea, como corresponsal en la guerra ruso-japonesa.

28 DE JUNIO: Bessie presenta una demanda de divorcio por abandono del hogar. Se menciona a Anna Strunsky como causa de la separación.

Libros publicados:

- *La fe de los hombres* (Macmillan)
- *El lobo de mar* (Macmillan)

1905

FEBRERO-MARZO: Travesía en el *Spray* por el río Sacramento.

Es derrotado como candidato de los demócratas socialistas a la Alcaldía de Oakland (recibió 981 votos).

ABRIL-SEPTIEMBRE: Pasa el verano en Wake-Robin Lodge, Glen Ellen, condado de Sonoma.

6 DE JUNIO: Adquiere el rancho Hill, de 129 acres, principio de su Rancho Hermoso.

18 DE OCTUBRE: Comienza una gira de conferencias socialistas por el Este y Medio Oeste.



19 DE NOVIEMBRE; Se casa con Charmian Kittredge (CKL) en Chicago, solo un día después de que se hiciese definitivo su divorcio de Bessie London.

27 DE DICIEMBRE: Interrumpe la gira de conferencias para disfrutar de una luna de miel en Jamaica y Cuba.

Libros publicados:

- *Guerra de clases* (Macmillan)
- *El juego* (Macmillan)
- *Cuentos de la Patrulla Pesquera* (Macmillan)

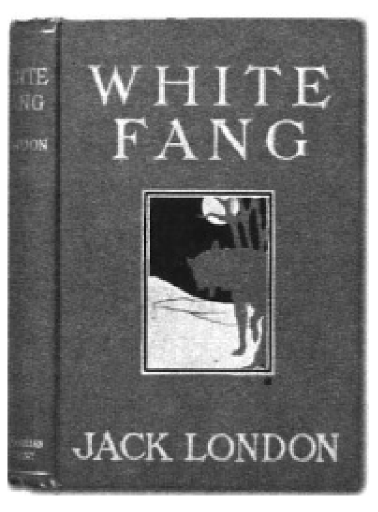
1906

11 DE ENERO: Regresa a los Estados Unidos tras su luna de miel en Jamaica.

19 DE ENERO: Reanuda su gira de conferencias y pronuncia «La crisis que viene» ante cuatro mil personas en el Grand Central Palace de Nueva York. Otras conferencias en el Carnegie Hall el 25 de enero, en Woolsey Hall, Universidad de Yale, el 26 de enero y en la Universidad de Chicago el 29 de enero. Tras las conferencias de St. Paul y Grand Forks, en Dakota del Norte (Universidad de Dakota del Norte), cancela la gira por enfermedad y regresa a Glen Ellen a mediados de febrero. Comienza a construir el Snark con la intención de realizar un crucero alrededor del mundo durante siete años. Informa sobre el gran terremoto de San Francisco para *Collier's*.

Libros publicados:

- *Cara redonda y otros relatos* (Macmillan)
- *Colmillo blanco* (Macmillan)
- *El desprecio de las mujeres* (Macmillan)



1907

23 DE ABRIL: Tras varios retrasos, el *Snark* zarpa de Oakland rumbo a Hawái.

20 DE MAYO: El *Snark* fondea en Pearl Harbor y se somete a una reparación exhaustiva mientras JL y

CKL visitan las islas Hawái.

7 DE OCTUBRE: Zarpa de Hilo rumbo a las Marquesas.

Primera edición de *Colmillo blanco*.

6 DE DICIEMBRE: Llega a Nuku Hiva, islas Marquesas.

18-27 DE DICIEMBRE: Zarpa de las Marquesas rumbo a Tahití.

Libros publicados:

- *Antes de Adán* (Macmillan)
- *Amor a la vida y otros relatos* (Macmillan)
- *El camino* (Macmillan)

1908

13 DE ENERO-14 DE FEBRERO: Viaje de ida y vuelta entre Papeete y Oakland a bordo del *Mariposa* para poner en orden sus asuntos financieros.

4 DE ABRIL-7 DE MAYO: Reanuda la travesía a bordo del *Snark*, desde Tahití a Samoa.

20-27 DE MAYO: Zarpa rumbo a las islas Fiyi.

4-11 DE JUNIO: Sale hacia las Nuevas Hébridas.

21-28 DE JUNIO: Zarpa hacia las islas Salomón.

4-14 DE NOVIEMBRE: Viaje rumbo a Australia.

20 DE NOVIEMBRE: Es hospitalizado en Sidney, Australia, para una operación doble de fístula. Además, padece varias enfermedades tropicales.

8 DE DICIEMBRE: Anuncia públicamente que abandona el viaje en el *Snark*.

Adquiere el rancho La Motte.

Libros publicados:

- *El talón de hierro* (Macmillan)

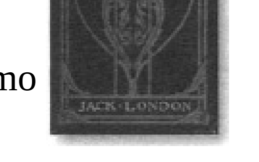
1909

8 DE ABRIL-21 DE JULIO: Regresa a Oakland vía Ecuador, Panamá, Nueva Orleans y el Gran Cañón. El 24 de julio vuelve a Glen Ellen.

17 DE OCTUBRE-9 DE NOVIEMBRE: Con CKL y a bordo del *Phyllis*, navega los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

Libro publicado:

- *Martin Eden* (Macmillan)



1910

12 DE FEBRERO: Contrata a su hermanastra, Eliza Shepard, como directora y administradora del rancho.

14 DE MAYO: Adquiere el rancho Kohler-Frohling-Tokay, de 700 acres, con lo que amplía el Rancho Hermoso hasta casi alcanzar mil acres.

19 DE JUNIO: Nace su hija Joy, que muere el 21 de junio.

14 DE JULIO: Informa sobre el combate del campeonato del mundo entre Johnson y Jeffries celebrado en Reno, Nevada.

17 DE OCTUBRE-14 DE NOVIEMBRE: A bordo del *Roamer*, junto con CKL, navega por el delta del río San Joaquín.

20 DE NOVIEMBRE: El arquitecto Albert Farr visita el rancho para hablar sobre los planos de Wolf House.

Libros publicados:

- *Humillado y otros relatos* (Macmillan)
- *Revolución y otros ensayos* (Macmillan)
- *Burning Daylight* (Macmillan)
- *El robo: Una obra en cuatro actos* (Macmillan)

1911

5 DE ENERO-10 DE FEBRERO: JL y CKL visitan Los Ángeles.

11 DE ABRIL-3 DE MAYO: Travesía con CKL a bordo del *Roamer* por la bahía de San Francisco.

12 DE JUNIO-5 DE SEPTIEMBRE: Realiza un viaje de ida y vuelta a Oregon, de más de dos mil kilómetros, en un carro tirado por cuatro caballos, acompañado por CKL y Nakata, su criado. Deja Wake-Robin Lodge y se muda a una casa nueva en el rancho Kohler (Ranch House).

24 DE DICIEMBRE: JL y CKL salen hacia Nueva York en tren.

Libros publicados:

- *Cuando Dios se ríe y otros relatos* (Macmillan)
- *Aventura* (Macmillan)

- *La travesía del Snark* (Macmillan)
- *Cuentos de los Mares del Sur* (Macmillan)

1912

2 DE ENERO: Llega a Nueva York.

30 DE ENERO: Firma un contrato de edición con la Century Company.

1 DE MARZO: JL y CKL zarpan de Baltimore a bordo del *Dirigo* para realizar una travesía de cinco meses hasta Seattle, pasando por el cabo de Hornos.

4 DE AGOSTO: Regresa a Glen Ellen. El 5 de agosto firma un contrato de cinco años con *Cosmopolitan* para escribir relatos de ficción.

12 DE AGOSTO: CKL sufre un aborto y pierde a su segundo hijo.

26 DE NOVIEMBRE-28 DE DICIEMBRE: Con CKL y a bordo del *Roamer* recorre los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

Libros publicados:

- *El templo del orgullo y otros relatos hawaianos* (Macmillan)
- *El hijo del sol* (Doubleday, Page)
- *Smoke Bellew* (Century)

1913

24-30 DE ABRIL: Visita Los Ángeles para negociar un contrato cinematográfico con Sydney Ayres y Herbert M. Horkheimer, de la productora Balboa Amusement.

JUNIO: Vuelve a publicar con Macmillan.

8 DE JULIO: Se somete a una operación de apendicitis.

22 DE AGOSTO: Un incendio destruye Wolf House.

5 DE OCTUBRE: Acude con CKL al Teatro Imperial de Grauman en San Francisco para asistir al estreno de *El lobo de mar*, de la Bosworth Inc., el primer largometraje producido en Norteamérica.

18 DE OCTUBRE: Junto con CKL, zarpa a bordo del *Roamer* para navegar por los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

11 DE DICIEMBRE: Se reúne con Ed Morrell en el restaurante Saddle Rock de Oakland para que este le hable de sus experiencias en la cárcel, que usará para

escribir *El vagabundo de las estrellas*.

14-16 DE DICIEMBRE: Visita Los Ángeles para asistir a un juicio por los derechos de autor acordados con la productora Balboa Amusement. El juez falla a favor de JL.

Libros publicados:

- *Los que nacen de noche* (Century)
- *The Abysmal Brute* (Century)
- *John Barleycorn* (Century)

1914

8 DE ENERO-20 DE FEBRERO: Pone fin a la travesía en el *Roamer* para viajar a Nueva York a fin de ocuparse de sus asuntos financieros.

7 DE ABRIL: Tom Wilkinson y William Beatly visitan el rancho para hablar de la Jack London Grape Juice Company. Se presentan los estatutos el 16 de julio. La compañía fracasa en 1915.

18 DE ABRIL: Sale de Oakland con CKL hacia Veracruz, México, vía Houston y Galveston, a fin de informar sobre la ocupación estadounidense, para *Collier's*.

30 DE MAYO: Sufre un ataque agudo de disentería.

18 DE JUNIO: Regresa a Glen Ellen.

4 DE OCTUBRE: Zaipa de nuevo con CKL en el *Roamer* para navegar por los deltas de los ríos San Joaquín y Sacramento.

Libros publicados:

- *La fuerza de los fuertes* (Macmillan)
- *El motín del* Elsinore (Macmillan)

1915

15-17 DE ENERO: Visita el carnaval de invierno de Truckee.

31 DE ENERO: Regresa a Glen Ellen tras una travesía en el *Roamer*.

12 DE FEBRERO: Sufre un ataque agudo de reumatismo.

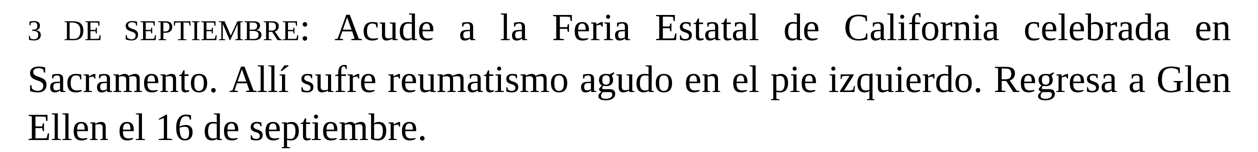
23 DE FEBRERO: JL y CKL zarpan a bordo del *SS Matsonia* para permanecer cinco meses en Hawái tras visitar la exposición Panama-Pacific en San Francisco el 22 de febrero.

23 DE JULIO: Regresa a Glen Ellen.

16 DE DICIEMBRE: JL y CKL zarpan en el *SS Great Northen* rumbo a Hawái.

Libros publicados:

- *La peste escarlata* (Macmillan)
- *El vagabundo de las estrellas* (Macmillan)



1916

26 DE JULIO: Zarpa con CKL en el *SS Matsonia* desde Honolulú a San Francisco.

3 DE SEPTIEMBRE: Acude a la Feria Estatal de California celebrada en Sacramento. Allí sufre reumatismo agudo en el pie izquierdo. Regresa a Glen Ellen el 16 de septiembre.

26 DE OCTUBRE: Asiste a un juicio en Santa Rosa por una demanda sobre servidumbre de aguas, presentada por Edward y Ninetta Payne.

8-14 DE NOVIEMBRE: Segundo juicio en Santa Rosa por la servidumbre de aguas, fallado a favor de JL. El 10 de noviembre sufre un ligero ataque por envenenamiento por tomaína.

16 DE NOVIEMBRE: Noticiario de JL en el rancho, realizado por la Gaumont Company. Se exhibe el 16 de diciembre.

21 DE NOVIEMBRE: Vuelve a sufrir una dolencia estomacal y se queja de que no consigue dormir.

22 DE NOVIEMBRE: Su criado Sekine lo encuentra inconsciente en la cama. Fallece a las 7:45 de la tarde, tras varios intentos inútiles por revivirlo. Su muerte se atribuye a «uremia provocada por un cólico nefrítico. Duración más de un día. Nefritis intestinal crónica asociada. Duración tres años».

Libros publicados:

- *El plantador de bellotas: obra sobre los bosques de California* (Macmillan)
- *La pequeña dama de la casa grande* (Macmillan)
- *Las tortugas de Tasmania* (Macmillan)

Libros publicados postumamente:

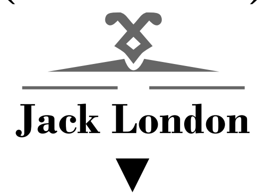
- *La deriva humana* (Macmillan, 1917)
- *Jerry de las islas* (Macmillan, 1917)

- *Michael, hermano de Jerry* (Macmillan, 1917)
- *El ídolo rojo* (Macmillan, 1917)
- *En la esterilla de makaloa* (Macmillan, 1917)
- *Tres corazones* (Macmillan, 1920)
- *La valentía que da el alcohol y otros relatos* (Macmillan, 1922)
- *Asesinatos S.L.* (Completada por Robert L. Fish; McGraw-Hill, 1963)



▼

Cuentos Completos II
(1902-1910)



Jack London

▼





El rey de los griegos

A*LEC EL GRANDE* nunca había sido capturado por la Patrulla Pesquera. Alardeaba de que nadie podía apresarlo con vida y contaba que muchos hombres habían intentado atraparlo muerto y ninguno lo había logrado. También contaba que al menos dos de los patrulleros que intentaron capturarlo muerto acabaron muriendo ellos. Por si fuera poco, ningún hombre violaba las leyes sobre pesca de forma más sistemática y deliberada que Alec *el Grande*.

Lo llamaban Alec *el Grande* por su gigantesca estatura. Medía un metro noventa y su anchura de hombros y de pecho iba en proporción a su altura. Sus músculos eran impresionantes y duros como el acero, y entre los pescadores circulaban muchas historias sobre su fuerza prodigiosa. Tenía tanto carácter —dominante y audaz— como fuerza física, y debido a eso también era conocido como el rey de los griegos. La población pesquera estaba compuesta en su mayor parte por griegos y todos lo consideraban su jefe y como tal le obedecían. En calidad de jefe luchaba por ellos, se ocupaba de que estuviesen protegidos, los salvaba de los representantes de la ley cuando caían en sus garras y vigilaba que se apoyasen los unos a los otros y a él mismo si surgían problemas.

La Patrulla Pesquera había intentado capturarlo en muchas ocasiones que acabaron en desastre, hasta que al final se rindió y lo dejó por imposible, así que, cuando nos enteramos de que venía hacia Benicia, me dominó el deseo de verlo. Pero no tuve que perseguirlo. Con su audacia de siempre, lo primero que hizo al llegar fue perseguirnos a nosotros. Por entonces Charley Le Grant y yo estábamos a las órdenes de un patrullero llamado Carmintel, y los tres nos encontrábamos en el *Reindeer*, preparándonos para zarpar, cuando Alec *el Grande* subió a bordo. Carmintel lo conocía porque se estrecharon la mano. Alec *el Grande* nos ignoró por completo a Charley y a mí.

—Vengo para pescar esturiones durante un par de meses —le dijo a Carmintel.

Sus ojos brillaron desafiantes mientras hablaba y el patrullero bajó la mirada.

—Está bien, Alec —respondió Carmintel en voz baja—. No te molestaré. Acompáñame al puente y nos pondremos de acuerdo —añadió.

En cuanto entraron y cerraron la puerta, Charley me guiñó un ojo con toda la intención. Pero yo no era más que un muchacho y no estaba acostumbrado a tratar con hombres ni conocía la forma de proceder de algunos de ellos, por lo que no lo entendí. Charley tampoco se explicó, pero me pareció que en aquel asunto había algo que no estaba bien.

Los dejamos que charlaran y, a sugerencia de Charley, subimos a bordo el esquife y nos acercamos al muelle de vapores, donde se encontraba el arca de Alec *el Grande*. Un arca es un barco-vivienda de dimensiones pequeñas pero cómodas, tan necesario para el pescador de la zona alta de la bahía como las redes y los botes. Ambos sentíamos curiosidad por ver el arca de Alec *el Grande,* pues se contaba que había sido escenario de más de una batalla campal y que estaba llena de orificios de bala.

Encontramos los orificios (taponados con madera y pintados por encima), pero no eran tantos como había esperado. Charley se dio cuenta de mi decepción y se rió; luego para consolarme narró una de las expediciones que habían atacado el hogar flotante de Alec *el Grande* a fin de capturarlo preferiblemente vivo, muerto si era necesario. Tras medio día de lucha, los patrulleros se retiraron en sus embarcaciones destrozadas, con un muerto y tres heridos. A la mañana siguiente, cuando regresaron con refuerzos, solo encontraron los postes de amarre del arca de Alec *el Grande*. El arca permaneció oculta durante meses en lo más intrincado de los tules o juncos de Suisun.

—Pero ¿por qué no lo ahorcaron por asesinato? —quise saber—. Estados Unidos tiene poder de sobra para llevar ante la justicia a semejante hombre.

—Se entregó y lo juzgaron —respondió Charley—. Le costó cincuenta mil dólares ganar la causa, lo que hizo basándose en tecnicismos y con la ayuda de los mejores abogados que pudo contratar en este Estado. Todos los pescadores griegos del río contribuyeron. Alec *el Grande* les aplicó un impuesto que él mismo se ocupó de cobrar, como si fuese un rey. Estados Unidos es todopoderoso, muchacho, pero Alec *el Grande* es un rey dentro de Estados Unidos, con país y súbditos propios.

—¿Y qué vais a hacer respecto a la pesca de esturiones? Es capaz de usar un sedal chino.

Charley se encogió de hombros.

—Veremos lo que haya que ver —fue su enigmática respuesta.

Un sedal chino es un ingenioso artilugio inventado por el pueblo cuyo nombre lleva. Mediante un sencillo sistema de corchos, pesas y anclas, miles de anzuelos, cada uno en una guía separada, quedan suspendidos a una distancia de entre quince y treinta centímetros por encima del fondo. Lo más increíble de semejante sedal es el anzuelo. No lleva muerte y en lugar de ella el anzuelo está tan afilado que la punta es como la de una aguja. Esos anzuelos solo están separados entre sí por unos pocos centímetros y cuando varios miles de ellos cuelgan casi pegados al fondo, como un ribete de flecos, a lo largo de un par de cientos de brazas, constituyen un obstáculo formidable para cualquier pez que se desplace cerca del lecho.

Uno de esos peces es el esturión, que circula hozando en el cieno como un cerdo. Cuando se pincha con el primer anzuelo que toca, el esturión salta sobresaltado y entra en contacto con media docena más de esos ganchos. Entonces empieza a agitarse con tanta violencia que un anzuelo tras otro se clavan en su carne, tirando de él desde diferentes ángulos y reteniéndolo con fuerza hasta que muere. Como ningún esturión puede pasar con vida a través de un sedal chino, las leyes pesqueras consideran que ese artilugio es una trampa; y debido a que pretende exterminar al esturión, esas mismas leyes lo tachan de ilegal. Estábamos seguros de que ese era el sedal que Alec *el Grande* pretendía utilizar, en manifiesta y flagrante violación de la ley.

Transcurrieron varios días tras la visita de Alec *el Grande*, durante los que Charley y yo lo vigilamos continuamente. Llevó su arca a remolque rodeando el embarcadero Solano para entrar en la gran ensenada del astillero Turner. Sabíamos que la ensenada era una zona buena para los esturiones y estábamos seguros de que el rey de los griegos pretendía iniciar allí sus actividades. La marea entraba y salía de la ensenada moviéndose en círculos por lo que solo se podía alzar, bajar o colocar un sedal chino durante el período de calma entre mareas, es decir, durante la marea muerta. Por eso Charley y yo quedamos en que uno o el otro vigilaría desde el embarcadero Solano durante esas calmas.

Al cuarto día me encontraba tumbado al sol tras la riostra del embarcadero cuando vi que un esquife zarpaba desde la lejana orilla y ponía rumbo a la ensenada. Al instante cogí los prismáticos y empecé a seguir los movimientos del esquife. A bordo iban dos hombres y, aunque estaban a más de una milla de distancia, me di cuenta de que uno de ellos era Alec *el Grande*. Antes de que el esquife hubiese regresado a la orilla yo ya tenía muy claro que el griego había colocado el sedal.

—Alec *el Grande* tiene un sedal chino en la ensenada del astillero Turner —le dijo esa tarde Charley Le Grant a Carmintel.

Una fugaz expresión de fastidio asomó al rostro del patrullero y luego, como ausente, dijo:

—¿Sí?

Eso fue todo. Charley se mordió el labio enfadado y se marchó.

—¿Te apuntas, muchacho? —me dijo más tarde, cuando terminamos de fregar las cubiertas del *Reindeer* y nos disponíamos a acostarnos.

Se me hizo un nudo en la garganta y solo pude asentir con la cabeza.

—Pues entonces —continuó con un brillo decidido en los ojos—, tenemos que ocuparnos nosotros de capturar a Alec *el Grande*, tú y yo, y lo haremos a pesar de Carmintel. ¿Me ayudarás? —Hizo una pausa y añadió—: Va a ser complicado, pero podemos conseguirlo.

—Por supuesto que podemos —respondí en tono entusiasta.

Entonces él repitió: «Por supuesto que podemos», nos estrechamos la mano para cerrar el trato y nos fuimos a dormir.

Pero nos habíamos impuesto una tarea nada fácil. Para condenar a un hombre por pescar ilegalmente era necesario pillarlo con las manos en la masa y rodeado de todas las pruebas de su delito: anzuelos, sedales y peces. Eso significaba que debíamos detener a Alec *el Grande* en una zona despejada, donde podría vernos venir y prepararnos uno de esos cálidos recibimientos por los que era famoso.

—No hay vuelta de hoja —me dijo Charley una mañana—. Si logramos ponernos a su costado, tendremos una posibilidad, así que no nos queda más que intentar situarnos a su costado. Vamos, chico.

Nos encontrábamos en el barco salmonera del río Columbia, el que habíamos utilizado contra los chinos pescadores de gambas. Era el período de marea muerta y al rodear el embarcadero Solano vimos a Alec *el Grande* manos a la obra, manejando su sedal y recogiendo los peces.

—Cámbiame el sitio —ordenó Charley— y pon rumbo a su popa, como si fueras a entrar en el astillero.

Me hice cargo de la caña del timón y Charley se sentó en la bancada del centro del barco, con el revólver a su lado.

—Si empieza a disparar —me advirtió—, échate al suelo y maneja la caña desde abajo, de forma que lo único que quede a la vista sea tu mano.

Asentí y guardamos silencio mientras el barco surcaba las aguas suavemente y Alec *el Grande* se acercaba cada vez más. Lo veíamos arponear los esturiones y lanzarlos a la cubierta de su embarcación a la vez que su

compañero repasaba el sedal, recolocaba los anzuelos y volvía a echarlo al agua. Sin embargo, nos encontrábamos a unos quinientos metros de distancia cuando el enorme pescador nos hizo señas.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué queréis? —gritó.

—Sigue adelante —susurró Charley—, como si no lo hubieses oído.

Los momentos siguientes fueron de preocupación. El pescador nos estudiaba atentamente mientras continuábamos acercándonos a él.

—¡Desviad el rumbo si sabéis lo que os conviene! —gritó de repente, como si ya tuviese claro quiénes y qué éramos—. ¡O me encargaré de vosotros!

Se llevó un rifle al hombro y lo dirigió hacia mí.

—¿Vais a desviar el nimbo? —preguntó.

Charley dejó escapar un gemido de desesperación y luego susurró:

—Hazle caso. Esta vez gana él.

Moví la caña, aflojé la escota y el salmonera desvió el rumbo. Alec *el Grande* nos observó hasta que se sintió cómodo con nuestra distancia y entonces continuó trabajando.

Esa noche, Carmintel le dijo a Charley con acritud:

—Será mejor que dejes en paz a Alec *el Grande*.

—Así que te ha venido con la queja —respondió Charley en tono elocuente.

Carmintel se puso colorado.

—Déjalo en paz, te lo advierto —insistió—. Es peligroso y enfadarlo no resulta rentable.

—Ya —respondió Charley sin alzar la voz—. He oído decir que es mucho más rentable dejarlo en paz.

La pulla iba dirigida a Carmintel y, por la cara que puso, surtió efecto. Todo el mundo sabía que Alec *el Grande* estaba tan dispuesto a sobornar como a pelear y que en los últimos años más de un patrullero había recibido dinero del pescador.

—¿Acaso pretendes decir…? —empezó Carmintel en tono intimidatorio, pero

Charley lo interrumpió.

—No pretendo decir nada. Ya me has oído y quien se pica…

Se encogió de hombros y Carmintel lo miró con furia, incapaz de hablar.

—Lo que necesitamos es imaginación —me dijo Charley un día, tras intentar sorprender a Alec *el Grande* entre las sombras del amanecer y recibir varios disparos como pago a nuestros esfuerzos.

A partir de ese momento me estrujé el cerebro intentando imaginar alguna forma en la que dos hombres, en un espacio abierto, pudiesen capturar a otro que sabía usar el rifle y siempre tenía uno a mano. En cada marea muerta, sin ningún tipo de disimulo, con toda la cara dura y a plena luz del día se veía a Alec *el Grande* manejar su sedal. Y lo que más nos fastidiaba era que todos los pescadores, desde Benicia a Vallejo, sabían que nos desafiaba con éxito. También nos molestaba la actitud de Carmintel, que nos mantenía ocupados entre los pescadores de sábalo de San Pablo con la intención de que no nos quedase tiempo libre para dedicarle al rey de los griegos. Pero la mujer y los hijos de Charley vivían en Benicia, por lo que habíamos convertido esa población en nuestro cuartel general y siempre regresábamos allí.

—Creo que sé lo que podemos hacer —dije cuando ya habían transcurrido varias semanas infructuosas—. Podemos esperar a que Alec *el Grande*, tras recolocar el sedal, regrese a la costa con el pescado y en ese momento nos acercamos y aprehendemos el sedal. Colocar otro supondrá tiempo y dinero para él, pero también lo aprehenderemos. Si no somos capaces de capturarlo, al menos podremos desanimarlo.

Charley dijo que no era mala idea. Esperamos a que surgiera la oportunidad y en la siguiente marea muerta, después de que Alec *el Grande* hubiese recogido los peces y regresado a tierra, salimos en el salmonera. Conocíamos la ubicación del sedal gracias a determinados puntos de referencia desde la costa y sabíamos que no tendríamos dificultad en localizarlo. La marea empezaba a asentarse cuando llegamos a la zona en la que creíamos que se extendía el sedal y allí echamos el ancla pequeña de un barco de pesca, pero con un cabo corto para que rozase el lecho marino ligeramente. De esa forma la arrastramos despacio hasta que se quedó enganchada y nuestro salmonera se detuvo.

—Lo tenemos —gritó Charley—. Ayúdame a subirlo a bordo.

Entre los dos tiramos del cabo hasta que el ancla quedó a la vista con el sedal de esturiones enganchado a una de sus uñas. Decenas de anzuelos asesinos centellearon en el momento en que retiramos el ancla; acabábamos de empezar a recorrer el sedal a lo largo hasta el extremo para poder levantarlo, cuando un golpe seco en el casco nos sobresaltó. Miramos a nuestro alrededor, pero no vimos nada y volvimos al trabajo. Un instante después sentimos un golpe similar y la borda se astilló entre el cuerpo de Charley y el mío.

—No hay duda de que ha sido una bala, muchacho —dijo en tono reflexivo—. Alec *el Grande* nos dispara desde muy lejos. Y utiliza pólvora

sin humo —llegó a la conclusión después de observar la lejana costa—. Por eso no oímos la explosión.

Miré hacia la orilla, pero no vi ni rastro de Alec *el Grande*, que sin duda estaría oculto en algún escondrijo rocoso y nos tenía a su merced. Una tercera bala golpeó la superficie del agua, rebotó, pasó silbando por encima de nuestras cabezas y volvió a golpear el agua por el otro lado.

—Será mejor que nos larguemos —comentó Charley sin perder la calma —. ¿Qué opinas tú, muchacho?

Estuve de acuerdo y le dije que no nos hacía falta llevarnos el sedal. Así que lo soltamos e izamos la cebadera. Las balas cesaron de inmediato y nos alejamos de allí desagradablemente seguros de que Alec *el Grande* se estaba riendo de nuestra turbación.

Pero aún fue peor porque al día siguiente en el muelle pesquero, donde nos encontrábamos inspeccionando redes, consideró oportuno reírse y burlarse de nosotros delante de todos los pescadores. Charley se puso rojo de ira, aunque más allá de asegurarle que al final conseguiría meterlo entre rejas se controló y guardó silencio. El rey de los griegos alardeó de que ningún patrullero lo había atrapado y jamás lo atraparía, y los pescadores lo aclamaron y le dieron la razón. Empezaron a agitarse y nos pareció que íbamos a tener problemas, pero Alec *el Grande* hizo valer su corona y los calmó.

Carmintel también se rió de Charley, dejó caer comentarios sarcásticos y le hizo pasar un mal rato. Pero Charley no se enfadó, a pesar de que a mí me dijo que tenía la intención de capturar a Alec *el Grande*, aunque tardase el resto de su vida en conseguirlo.

—No sé cómo lo haré, pero lo haré, como que me llamo Charley Le Grant. Se me ocurrirá la idea adecuada en el momento oportuno, ya lo verás.

Y fue en el momento oportuno y de la forma más inesperada. Había transcurrido un mes en el que nos desplazábamos río arriba y río abajo, y de un lado al otro de la bahía, sin un momento libre que dedicarle a aquel pescador que había dispuesto un sedal chino en la ensenada del astillero Turner. Una tarde a primera hora nos acercamos a la fundición de Selby y allí, por sorpresa, surgió la oportunidad. Apareció bajo la apariencia de un velero indefenso y lleno de personas mareadas, por lo que al principio no comprendimos lo que nos ofrecía. Se trataba de un balandro grande y no podía manejarse porque los vientos alisios soplaban con fuerza y a bordo no había marineros capacitados.

Desde el embarcadero de Selby observamos con el mayor interés la torpe maniobra de echar el ancla, seguida por la operación —realizada con la misma impericia— de enviar el esquife a la orilla. Un hombre con muy mala cara y pantalones de dril empapados tras casi ver cómo las olas se tragaban el esquife nos pasó la amarra y saltó a tierra. Se tambaleó como si el embarcadero se balanceara y nos contó sus problemas, que eran los del velero. El único marinero experimentado que iba a bordo, y del que todos dependían, había tenido que regresar a San Francisco tras recibir un telegrama y los demás intentaron continuar la travesía por su cuenta. Pero los vientos y el oleaje de la bahía de San Pablo habían resultado demasiado para ellos: todos estaban mareados, nadie sabía nada y ninguno se encontraba en condiciones de hacer algo. Por eso se habían acercado a la fundición, con la idea de o bien abandonar el barco o conseguir que alguien lo llevase hasta Benicia. Resumiendo, nos preguntó si conocíamos algún marinero que pudiese tripular el balandro hasta allí.

Charley me miró. El *Reindeer* se encontraba bien protegido y nosotros no teníamos turno de patrulla hasta la medianoche. Tal y como soplaba el viento podríamos llevar el velero a Benicia en un par de horas, pasar unas cuantas más en tierra y luego volver a la fundición en el tren nocturno.

—Lo haremos nosotros, capitán —le dijo Charley al hombre desconsolado, que esbozó una sonrisa descompuesta al oír el cargo.

—No soy más que el propietario —explicó.

Lo llevamos a bordo remando con mucho más estilo del que él había mostrado antes y vimos el estado en que se encontraban los pasajeros. Había una docena de hombres y mujeres, todos mareados en exceso para agradecer nuestra llegada. El velero cabeceaba violentamente de costado y, en cuanto su dueño pisó la cubierta, el pobre hombre se desplomó y se unió a los demás. Nadie podía echarnos una mano, así que Charley y yo desenredamos las jarcias, izamos las velas y levamos anclas.

Fue una travesía dura pero rápida. El estrecho de Carquinez era un revoltijo de espuma que atravesamos con el viento de popa mientras la enorme vela mayor alternativamente hundía y lanzaba al cielo su botavara a medida que avanzábamos. Pero a nadie le importaba. Todo les daba igual. Dos o tres de ellos, incluido el propietario, estaban despatarrados en la bañera, tiritando cuando el velero se alzaba para después hundirse vertiginosamente en el seno de cada ola y, entremedias, mirando la orilla con deseo. Los demás se apiñaban en el suelo del puente, entre cojines. De vez en cuando alguno gemía, pero en general parecían más muertos que vivos.

Al abrirse la ensenada del astillero Turner, Charley se adentró un poco en ella buscando aguas más tranquilas. Ya veíamos Benicia y volábamos sobre un mar más apacible en comparación, cuando un punto en el horizonte —un bote— surgió ante nosotros, en medio de nuestro curso. Estábamos en marea muerta. Charley y yo nos miramos. No dijimos ni una palabra, pero el velero se comportó de inmediato de una forma muy curiosa, virando y guiñando como si el más inexperto de los aficionados se ocupase del timón. Era un espectáculo para cualquier marino. En apariencia, un velero fuera de control avanzaba a toda velocidad por la ensenada, recuperando a veces el gobierno en un desesperado esfuerzo por llegar a Benicia.

El propietario olvidó su mareo el tiempo suficiente para mostrarse preocupado. El bote se hizo cada vez más grande hasta que vimos a Alec y a su socio, con una vuelta del sedal atada a la cornamusa, descansado de su trabajo para reírse de nosotros. Charley se caló el sueste**[1]** sobre los ojos y yo seguí su ejemplo, aunque no podía imaginar la idea que mi amigo tenía en mente y pretendía poner en práctica.

Entre la espuma, nos situamos a la altura del esquife, tan cerca que por encima del ruido del viento oíamos las voces de Alec *el Grande* y su compañero mientras nos gritaban con todo el desprecio que los navegantes profesionales sienten por los aficionados, sobre todo si estos últimos hacen el ridículo.

Pasamos bramando junto a los pescadores sin que ocurriese nada. Charley sonrió al ver la decepción que se reflejó en mi rostro y luego gritó:

—¡Prepárate junto a la escota de la mayor para ponernos en facha!

Giró el timón y el velero viró obedientemente. La escota de la mayor se aflojó y descendió, pasó a toda velocidad sobre nuestras cabezas tras la botavara y se tensó al estrellarse contra el racamento. El velero se escoró casi por completo y los pasajeros mareados gimieron al verse arrastrados sobre el suelo de la cabina, formando una masa enmarañada, para quedar apilados en un montón encima de las literas de estribor.

Pero no teníamos tiempo para ocuparnos de ellos. El velero, al completar la maniobra, tomó el viento con las velas dando gualdrapazos y se enderezó. Continuábamos avanzando y en medio de nuestro camino se encontraba el esquife. Vi a Alec *el Grande* saltar por la borda y a su colega impulsarse para agarrarse a nuestro bauprés. Entonces golpeamos el esquife, se oyó un crujido y sentimos una serie de sacudidas que redujeron nuestra marcha mientras le pasábamos por encima.

—Es lo que se merece —oí murmurar a Charley al tiempo que se inclinaba sobre la cubierta para buscar a Alec *el Grande*, que había quedado atrás.

El viento y las olas enseguida detuvieron nuestro avance y empezamos a derivar hacia el punto donde había estado el esquife. La cabeza oscura y el rostro moreno de Alec *el Grande* surgieron a nuestro alcance y, sin sospechar aunque muy enfadado por lo que consideraba la torpeza de unos marineros aficionados, se dejó arrastrar a bordo. Estaba sin aliento porque había buceado hasta muy abajo y permanecido mucho tiempo sumergido para escapar de nuestra quilla.

De inmediato, para perplejidad y consternación del propietario, Charley se lanzó sobre Alec *el Grande*, que se encontraba en la bañera, y yo le ayudé a atarlo con tomadores. El dueño se movía nervioso de un lado al otro y exigía una explicación, pero para entonces el socio de Alec se había arrastrado a popa desde el bauprés y miraba con recelo hacia la bañera, agarrado a la barandilla. El brazo de Charley lo agarró por el cuello y el hombre acabó boca arriba, junto a Alec *el Grande*.

—¡Más tomadores! —gritó Charley y yo me apresuré a proporcionárselos.

Los restos del esquife se balanceaban despacio a poca distancia hacia barlovento y yo orienté las velas mientras Charley se ocupaba del timón y ponía rumbo a ellos.

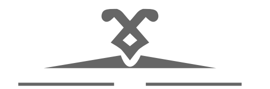
—Estos dos hombres son conocidos delincuentes —explicó al enfadado propietario—, pertinaces vulneradores de las leyes sobre caza y pesca. Usted ha presenciado su detención con las manos en la masa y será citado como testigo de cargo cuando se celebre el juicio.

Mientras hablaba rodeó el esquife. El golpe lo había arrancado del sedal, aunque una parte del mismo arrastraba los restos. Subió a bordo unos doce o quince metros con un joven ejemplar de esturión aún sujeto en la maraña de anzuelos sin muerte, cortó con su navaja ese trozo de sedal y lo lanzó a la bañera, junto a los prisioneros.

—Y aquí tenemos las pruebas. Esta es la Prueba A de la fiscalía —continuó diciendo Charley—. Obsérvela con atención para que pueda identificarla en el juzgado con la hora y el lugar de la captura.

Luego, victoriosos, sin más viradas ni guiñadas, navegamos hasta Benicia con el rey de los griegos bien atado en la bañera, prisionero de la Patrulla Pesquera por primera vez en su vida.

[1902]



Asalto a los piratas de ostras

CREO QUE CHARLEY LE GRANT y yo estábamos de acuerdo en que de todos los patrulleros a cuyas órdenes servimos el mejor fue Neil Partington. No era ni deshonesto ni cobarde y aunque exigió una obediencia estricta mientras estuvimos a sus órdenes, al mismo tiempo nuestra relación con él era de fácil camaradería y nos permitía una libertad a la que no estábamos acostumbrados, como este relato demostrará.

La familia de Neil vivía en Oakland, que se encuentra en la zona baja de la bahía, a no más de seis millas por mar frente a San Francisco. Un día, mientras patrullaba entre los pescadores de gambas de Cabo Pedro, recibió el aviso de que su mujer había enfermado y en menos de una hora el *Reindeer* volaba en dirección a Oakland, empujado por un fuerte viento del noroeste. Nos internamos en el estuario de Oakland y, durante los días siguientes, mientras Neil se encontraba en tierra, nos ocupamos de ajustar el aparejo del *Reindeer*, revisar su lastre, lijarlo y dejar el balandro como nuevo.

Hecho esto, no sabíamos en qué emplear nuestro tiempo. La mujer de Neil estaba muy enferma y los médicos pronosticaban una semana en la cama, aguardando la crisis. Charley y yo recorríamos los muelles mientras pensábamos qué podíamos hacer cuando nos tropezamos con la flota ostrera, que ocupaba el embarcadero más próximo a la ciudad de Oakland. En general eran embarcaciones cuidadas y elegantes, hechas para alcanzar velocidad y soportar el mal tiempo, y nos sentamos en la riostra del muelle para observarlas.

—Supongo que han obtenido una buena pesca —comentó Charley, señalando los montones de ostras clasificadas en tres tamaños distintos que se alzaban sobre sus cubiertas.

Los vendedores ambulantes acercaban sus carritos al borde del embarcadero y gracias al regateo y trapicheo que mantenían conseguí enterarme del precio al que se vendían las ostras.

—Ese barco debe llevar a bordo un mínimo de doscientos dólares —calculé—. ¿Cuánto habrán tardado en reunir esa carga?

—Tres o cuatro días —respondió Charley—. No está mal la ganancia para dos hombres. Son veinticinco dólares diarios por cabeza.

El barco del que hablábamos, el *Ghost*, quedaba justo por debajo de nosotros. Dos hombres componían su tripulación. Uno era un tipo chaparro y ancho de hombros con unos brazos muy largos, como los de un gorila, y el otro era alto y bien proporcionado, de ojos azules y una buena mata de pelo negro y liso. Esa combinación de ojos y cabello resultaba tan llamativa y poco común que Charley y yo nos entretuvimos un rato más de lo que pensábamos.

Y menos mal que lo hicimos. Un hombre mayor y corpulento, con el porte y atavío de un comerciante de éxito, se acercó y permaneció de pie detrás de nosotros, mirando hacia abajo, a la cubierta del *Ghost*. Parecía disgustado y cuanto más miraba más se enfadaba.

—Esas ostras son mías —dijo por fin—. Sé que son mías. Anoche asaltasteis mis ostreros y me las robasteis.

Los dos hombres del *Ghost*, el alto y el bajo, miraron hacia arriba.

—Hola, Taft —dijo el bajo con una familiaridad insolente. (Debido a la longitud de sus brazos se había ganado el apodo del *Ciempiés* entre las gentes de la bahía)—. Hola, Taft —repitió en el mismo tono insolente—. ¿De qué te quejas ahora?

—Esas ostras son mías, ya os lo he dicho. Las robasteis de mis ostreros.

—Te crees muy listo, ¿no? —se burló *el Ciempiés*—. ¿Crees que puedes reconocer tus ostras con solo verlas?

—Según mi experiencia —intervino el alto—, las ostras son ostras dondequiera que las encuentres y son iguales en toda la bahía, o en todo el mundo, ya puestos. No queremos discutir con usted, señor Taft, pero preferiríamos que no insinuara que esas ostras son suyas y que nosotros somos ladrones a menos que pueda demostrarlo.

—Sé que son mías, ¡me jugaría la vida! —bufó el señor Taft.

—Demuéstrelo —lo desafió el alto, quien, según luego supimos, recibía el apodo de *el Marsopa* debido a sus impresionantes capacidades natatorias.

El señor Taft se encogió de hombros presa de la impotencia. Por muy seguro que estuviese no podría demostrar que las ostras eran suyas.

—¡Daría mil dólares por veros entre rejas! —gritó—. ¡Ofrezco cincuenta dólares por cabeza si os arrestan y condenan a todos!

Fuertes carcajadas ascendieron de los distintos barcos, pues el resto de los piratas habían estado pendientes de la conversación.

—Las ostras dan más dinero —fue el lacónico comentario del *Marsopa*.

El señor Taft se dio la vuelta, impaciente, y se alejó. Por el rabillo del ojo Charley se fijó en la dirección que seguía. Unos minutos después, cuando el hombre hubo desaparecido al tomar una esquina, Charley se puso en pie lentamente. Hice lo mismo y ambos nos fuimos paseando en la dirección opuesta a la del señor Taft.

—¡Vamos, date prisa! —susurró Charley en cuanto la flota ostrera dejó de vernos.

Enseguida cambiamos de rumbo y empezamos a doblar esquinas y a correr por calles secundarias hasta que la generosa figura del señor Taft emergió por delante de nosotros.

—Voy a preguntarle por la recompensa —me explicó Charley mientras nos acercábamos al dueño de los criaderos de ostras—. Neil tiene que quedarse aquí una semana y a ti y a mí no nos vendría mal entretenernos en algo. ¿Qué te parece?

—Por supuesto —respondió el señor Taft cuando Charley se presentó y le contó sus planes—. Esos ladrones me roban miles de dólares al año y estaré encantado de librarme de ellos a cualquier precio. Sí, señor, a cualquier precio. Como he dicho, pagaré cincuenta dólares por cabeza y no me parecerá caro. Han robado mis criaderos, arrancado mis letreros, aterrorizado a mis vigilantes y el año pasado mataron a uno de ellos. No pude demostrarlo. Todo lo hacen amparados en la negrura de la noche. Me quedé con un vigilante muerto, sin pruebas. Los detectives no lograron nada. Nadie ha conseguido ajustarles las cuentas a esos hombres. Nunca hemos sido capaces de arrestar ni a uno solo de ellos. Por eso, señor… ¿cómo ha dicho que se llama?

—Le Grant —respondió Charley.

—Por eso, señor Le Grant, le agradezco enormemente la ayuda que me ofrece. Y estaré encantado, mucho, señor, de cooperar con usted en lo que necesite. Mis vigilantes y mis barcos quedan a su disposición. Venga a verme a mis oficinas de San Francisco cuando quiera, o telefonéeme a cobro revertido. Y no tema a la hora de gastar dinero. Me haré cargo de sus gastos, sean cuales sean, siempre que no excedan lo razonable. La situación empieza a resultar desesperada y hemos de hacer algo para aclarar a quién pertenecen esos criaderos de ostras, a mí o a esa banda de rufianes.

—Ahora vamos a ver a Neil —dijo Charley tras acompañar al señor Taft hasta el tren que lo llevaría a San Francisco.

Neil Partington no solo no se opuso a nuestra aventura, sino que demostró ser de gran ayuda. Charley y yo no sabíamos nada sobre la industria ostrera, mientras que su cabeza era una enciclopedia de hechos relacionados con la

misma. Además, en el plazo de una hora nos presentó a un joven griego de diecisiete o dieciocho años que conocía a la perfección los entresijos de la piratería relativa a las ostras.

Llegados a este punto será mejor que explique que los miembros de la Patrulla Pesquera éramos, en cierto modo, como colaboradores externos. Mientras que Neil Partington —que era un auténtico patrullero— recibía un sueldo con regularidad, Charley y yo, simples ayudantes, recibíamos solo lo que ganábamos, es decir, cierto porcentaje de las multas impuestas a los condenados por infringir las leyes de pesca. Además, podíamos quedarnos con cualquier recompensa que llegase a nuestras manos. Ofrecimos compartir con Partington la cifra que nos diese el señor Taft, pero el patrullero no quiso ni oír hablar del asunto. Dijo que se alegraba de poder ayudarnos en algo, ya que nosotros lo habíamos ayudado muchas veces a él.

Celebramos una larga reunión de emergencia y proyectamos las acciones a seguir. Nuestros rostros no eran conocidos en la zona baja de la bahía, pero todo el mundo sabía que el *Reindeer* era uno de los balandros de la Patrulla Pesquera, así que el muchacho griego, que se llamaba Nicholas, y yo tendríamos que acercarnos a la isla de los Espárragos a bordo de una embarcación de aspecto inocente para reunirnos con la ilota de los piratas de ostras. Allí, según la descripción que Nicholas había hecho de los criaderos y la forma de asaltarlos, nos resultaría posible pescar a los piratas en el momento justo de robar las ostras y al mismo tiempo dominarlos. Charley estaría en tierra con los vigilantes del señor Taft y una cuadrilla de policías que nos ayudarían en el momento oportuno.

—Tengo la embarcación perfecta —dijo Neil al final de la reunión—. Es un viejo balandro, muy parcheado, que está varado en Tiburón. Nicholas y tú podéis acercaros en el ferry, alquilarlo por muy poco y navegar desde allí a los caladeros.

—Que la suerte os acompañe, muchachos —nos dijo al despedirnos dos días después—. No olvidéis que esos hombres son peligrosos, así que id con cuidado.

Nicholas y yo conseguimos alquilar el balandro a un precio estupendo y entre risas, mientras desplegábamos las velas, admitimos que era aún más viejo y estaba más parcheado de lo que nos habían dicho. Se trataba de una embarcación grande, de fondo plano y popa cuadrada, con el mástil agrietado, las jarcias sin tensar, las velas en estado ruinoso y los aparejos carcomidos, difícil de manejar e insegura al virar, y olía espantosamente a alquitrán, curioso material con el que había sido embadurnada de proa a popa y desde el

techo de la cabina a la orza de la quilla. Como colofón, a cada lado y en enormes letras blancas llevaba escrito su nombre, *Coal Tar Maggie*[2].

La travesía desde Tiburón a la isla de los Espárragos —adonde llegamos a primera hora de la tarde del día siguiente— transcurrió sin incidentes y entre risas. Los piratas de ostras, que componían una flota de una docena de balandros, permanecían fondeados en lo que se conoce como los «criaderos desiertos». El *Coal Tar Maggie* se adentró en el grupo chapoteando, con una leve brisa de popa, y todos salieron a cubierta para vernos. Nicholas y yo nos habíamos dejado contagiar por el espíritu de nuestra embarcación y la manejábamos con muy poca maña.

—¿Quiénes sois? —preguntó alguien.

—¡Responded o habrá lío! —gritó otro.

—¡Caramba, pero si es tan viejo que parece el arca de Noé! —se burló *el Ciempiés* desde la cubierta del *Ghost*.

—¡Eh! ¡Ah del barco, clíper! —exclamó otro guasón—. ¿A dónde te diriges?

No hicimos caso de las bromas y actuamos al estilo novato como si el *Coal Tar Maggie* exigiera toda nuestra atención. Lo situé a barlovento del *Ghost* y Nicholas corrió a proa para soltar el ancla. En todos los aspectos resultó una chapuza porque la cadena se enredó y el ancla no llegó al fondo. Y en apariencia Nicholas y yo nos dejamos llevar por el nerviosismo mientras nos esforzábamos por solucionar el problema. En cualquier caso engañamos a los piratas, que disfrutaban al vernos en apuros.

Pero la cadena permaneció enmarañada y, en medio de toda clase de consejos burlones, avanzamos a la deriva y nos enredamos con el *Ghost*, cuyo bauprés se clavó por completo en nuestra vela mayor y le hizo un agujero tan grande como la boca de un túnel. *El Ciempiés* y *el Marsopa* se troncharon de risa en su cabina y dejaron que nos las arreglásemos como pudiéramos. Al final, tras una ejecución muy poco marinera, conseguimos liberarnos y desenredar la cadena del ancla, de la que dejamos suelta alrededor de cien metros, lo que permitiría al *Coal Tar Maggie* moverse en un círculo de unos doscientos metros de diámetro, en el que podríamos bloquear como mínimo a la mitad de la flota.

El tiempo era bueno y los piratas de ostras permanecían muy juntos, con estachas cortas, por lo que protestaron ante nuestra ignorancia al soltar semejante cantidad de cadena. No solo protestaron sino que nos obligaron a recogerla y dejar únicamente diez metros.

Tras haberlos convencido de nuestra impericia, Nicholas y yo bajamos para felicitarnos por el resultado y preparar la cena. Nada más terminar de comer y recoger los platos, un esquife se detuvo al costado del *Coal Tar Maggie* y alguien recorrió la cubierta a grandes zancadas. Enseguida apareció en la escalera de cámara el rostro cruel de *el Ciempiés*, que bajó a la cabina seguido del *Marsopa*. Antes de que les diese tiempo a sentarse en una de las literas, otro esquife se detuvo al costado, y luego otro y otro, hasta que toda la flota estuvo representada en el interior de la cabina.

—¿Dónde afanasteis este viejo cascarón? —preguntó un hombre achaparrado y peludo, de ojos crueles y rasgos mexicanos.

—No lo afanamos —respondió Nicholas, enfrentándose a ellos en su propio terreno y alimentando la idea de que habíamos robado el *Coal Tar Maggie*—. Y si lo afanamos, ¿qué pasa?

—Nada, es que no comparto vuestro gusto —se rió el de rasgos mexicanos—. Prefiero pudrirme en la playa a subirme en un cascarón que no puede ni moverse.

—¿Y cómo íbamos a saberlo sin haberlo probado antes? —preguntó Nicholas con tanta inocencia que los hizo reír—. ¿Y cómo conseguís las ostras? —siguió preguntando—. Queremos una carga de ellas, por eso hemos venido, para reunir una carga de ostras.

—¿Para qué las queréis? —quiso saber *el Marsopa*.

—Pues para regalárselas a nuestros amigos, claro —replicó Nicholas—. Supongo que para eso las queréis vosotros también.

Eso los hizo reír de nuevo y a medida que nuestros visitantes se volvían más amables nos dimos cuenta de que no tenían ni la más mínima sospecha de nuestra identidad o propósito.

—¿No te vi el otro día en el muelle de Oakland? —me preguntó *el Ciempiés* de repente.

—Sí —respondí con audacia, tomando el toro por los cuernos—. Os miraba para decidir si valía la pena salir a buscar ostras o no. Calculé que no está mal el negocio y por eso nos hemos animado. Bueno —me apresuré a añadir—, si a vosotros no os parece mal.

—Os diré una cosa, que no son dos —me contestó—, y es que vais a tener que fastidiaros y conseguir un barco mejor. No permitiremos que semejante cascarón nos deshonre. ¿Entendido?

—Claro —dije—. En cuanto vendamos algunas ostras nos equiparemos como es debido.

—Si demostráis ser tipos legales y de fiar —continuó—, podréis venir con nosotros. Pero si no —su voz se volvió dura y amenazante—, este será el peor día de vuestras vidas. ¿Entendido?

—Sí —respondí.

Después de eso —y de más advertencias y consejos por el estilo— la conversación se generalizó y nos enteramos de que pensaban asaltar los ostreros esa misma noche. Tras una hora de visita y mientras regresaban a sus embarcaciones nos invitaron a acompañarlos en el asalto, asegurándonos que «cuantos más, mayor diversión».

—¿Te fijaste en ese tipo bajito de aspecto mexicano? —me preguntó Nicholas cuando volvieron a dejarnos solos—. Es Barchi, de la Banda de los Apostadores, y el que vino con él es Skilling. Los dos han salido bajo fianza de cinco mil dólares.

Había oído hablar antes de la Banda de los Apostadores, una pandilla de matones y criminales que aterrorizaban los barrios bajos de Oakland, dos tercios de cuyos miembros solían encontrarse en las cárceles del Estado por delitos que iban desde perjurio y manipulación de urnas al asesinato.

—No son piratas de ostras habituales —continuó diciendo Nicholas—. Solo han venido para divertirse y sacarse unos dólares. Pero debemos tener mucho cuidado con ellos.

Nos sentamos en la cabina para comentar los detalles de nuestro plan hasta después de las once, cuando oímos el ruido de un remo procedente de donde se encontraba el *Ghost*. Bajamos nuestro esquife, lanzamos varios sacos a su interior y remamos en su dirección. Allí se reunían todos los esquifes porque tenían la intención de asaltar los criaderos en grupo.

Para mi sorpresa, descubrí que solo había unos treinta centímetros de profundidad, cuando al echar el ancla habíamos tenido alrededor de tres metros. Eran las grandes mareas vivas de junio provocadas por la luna llena y, como al reflujo aún le quedaba hora y inedia de vida, supe que nuestro punto de fondeo quedaría en seco antes de que llegase la marea muerta.

Los criaderos del señor Taft se encontraban a tres millas de distancia y durante mucho tiempo remamos en silencio siguiendo a los otros botes, encallando de vez en cuando y constantemente tocando fondo con las palas de los remos. Por fin llegamos a una zona de barro blando cubierta por no más de cinco centímetros de agua, que no bastaban para que flotaran los botes. Pero los piratas enseguida saltaron por la borda y continuamos avanzando empujando y tirando de los esquifes de fondo plano.

Las nubes altas oscurecían en parte la luna llena pero los piratas siguieron adelante con la familiaridad que aporta la práctica. Tras media milla sobre el barro llegamos a un canal más profundo, que recorrimos a remo, emergiendo a cada lado grandes bancos de ostras muertas y secas. Por fin alcanzamos los criaderos. En uno de ellos había dos hombres que nos dieron el alto y nos dijeron que nos fuéramos. Pero *el Ciempiés*, *el Marsopa*, Barchi y Skilling se pusieron en cabeza y, seguidos por los demás —que sumábamos un mínimo de treinta hombres en la mitad de botes—, remaron hasta donde estaban los vigilantes.

—Será mejor que os larguéis —dijo Barchi en tono amenazador—, si no os meteremos tantos agujeros en el cuerpo que no flotareis ni en un mar de melaza.

Los vigilantes se retiraron sensatamente ante semejante cantidad de piratas y se alejaron por el canal en su bote en dirección a la orilla. Además, que se fueran formaba parte del plan.

Arrastramos las proas de los botes sobre la orilla del enorme criadero que daba a la costa, cogimos los sacos y nos desplegamos para dar comienzo a la recogida. De vez en cuando las nubes se despejaban y la luna nos permitía ver con claridad las enormes ostras. En muy poco tiempo llenamos los sacos y los llevamos a los botes, donde cogimos más. Nicholas y yo regresamos a menudo y con impaciencia al esquife con nuestras pequeñas cargas, pero siempre nos cruzábamos con alguno de los piratas que iba o venía.

—No importa —me dijo—. No te preocupes. Cuanto más se alejen para recoger, más tardarán en regresar a los botes. Entonces apilarán los sacos en un punto y los recogerán cuando la marea suba y les permita llegar a ellos con los esquifes.

Había transcurrido media hora y la marea llevaba un rato subiendo cuando ocurrió los siguiente: dejamos a los piratas trabajando y nos escabullimos hacia los botes. Uno a uno y sin hacer ruido los empujamos al agua y los atamos entre sí para formar una curiosa flotilla. Justo cuando empujábamos el último, que era el nuestro, se acercó uno de los hombres. Se trataba de Barchi. Enseguida comprendió la situación y se lanzó sobre nosotros, pero nos escapamos con un último y fuerte empujón y él se quedó intentando no hundirse en el agua, donde ya no hacía pie. En cuanto consiguió volver al criadero dio la voz de alarma.

Remamos con todas nuestras fuerzas, pero al tener que remolcar tantos esquifes avanzábamos despacio. Se oyó un disparo procedente del criadero, luego otro y un tercero; después el tiroteo se volvió permanente. Una lluvia de

balas caía a nuestro alrededor, pero las nubes habían tapado la luna y en medio de la oscuridad solo podían disparar al azar. Si daban en el blanco sería por pura casualidad.

—Ojalá tuviésemos una pequeña lancha a vapor —dije jadeando.

—Yo me conformo con que la luna se mantenga oculta —me respondió Nicholas.

Avanzábamos despacio, pero cada golpe de remo nos alejaba del criadero y nos acercaba más a la orilla, hasta que por fin dejaron de oírse los disparos y cuando la luna volvió a salir ya nos encontrábamos lo bastante lejos como para no correr peligro. Al poco respondimos a una llamada desde la costa y dos barcas, cada una impulsada por tres pares de remos, salieron disparadas hacia nosotros. Charley nos recibió con una sonrisa mientras nos agarraba de las manos y nos decía:

—¡Cómo me alegro de veros! ¡A los dos!

Tras llevar a tierra la flotilla, Nicholas, uno de los vigilantes y yo nos subimos a una de las barcas grandes, con Charley a las escotas de popa. Otras dos barcas nos seguían y, como ahora la luna brillaba resplandeciente, vimos con claridad a los piratas de ostras sobre el solitario criadero. Al acercarnos empezaron a disparar de nuevo y nos retiramos a una distancia prudencial.

—Hay tiempo de sobra —dijo Charley—. La marea sube con rapidez y para cuando el agua les llegue al cuello ya no tendrán ganas de resistirse.

Así que guardamos los remos y esperamos a que la marea cumpliese con su parte. Esta era la situación en la que se encontraban los piratas: debido a las mareas vivas, ahora el nivel del agua subía con la fuerza suficiente para mover un molino, por lo que ni el nadador más fuerte del mundo podría ser capaz de nadar a contracorriente durante las tres millas que los separaban de los balandros. Entre los piratas y la costa nos hallábamos nosotros, impidiendo que huyeran en esa dirección. Por otro lado, el agua cubría los criaderos con rapidez y era cuestión de pocas horas que dejaran de hacer pie.

La noche era tranquila y la luz de la luna nos permitía vigilarlos con los prismáticos mientras le contábamos a Charley la travesía en el *Coal Tar Maggie*. Dieron la una y las dos y los piratas se iban apiñando en el punto más alto del criadero, con el agua hasta la cintura.

—Esto ilustra perfectamente lo mucho que vale la imaginación —estaba diciendo Charley—. Taft lleva años tratando de detenerlos, pero lo intentó por la fuerza y fracasó. Nosotros hemos usado la cabeza y…

En ese momento oí que el agua borboteaba de forma casi imperceptible, levanté la mano para pedir silencio, me giré y señalé una onda que se iba

ampliando lentamente en un círculo cada vez mayor. No estaba a más de quince metros de nosotros. Permanecimos en silencio y aguardamos. Al cabo de un momento el agua se abrió a dos metros de distancia y la luz de la luna iluminó una cabeza morena y un hombro blanco. Con un resoplido de sorpresa la cabeza y el hombro volvieron a sumergirse.

Nos adelantamos con varios golpes de remo y luego nos dejamos llevar por la corriente. Cuatro pares de ojos registraron la superficie del agua, pero no vieron ni una sola onda más y la cabeza morena y el hombro blanco no volvieron a emerger.

—Es *el Marsopa* —dijo Nicholas—. Para atraparlo necesitaríamos la luz del día.

A las tres menos cuarto los piratas mostraron las primeras señales de debilidad. Oímos gritos que pedían ayuda con la inconfundible voz de *el Ciempiés* y esa vez, al acercarnos, nadie disparó. *El Ciempiés* corría grave peligro. Solo las cabezas y hombros de sus compañeros asomaban por encima del agua, mientras se abrazaban los unos a los otros para resistir la corriente, pero *el Ciempiés* ya no hacía pie y lo sujetaban entre todos.

—Muchachos —dijo Charley enérgicamente—, os hemos pillado y no podéis escapar. Si nos ponéis las cosas difíciles os dejaremos aquí y la marea se ocupará de vosotros. Pero si os portáis bien, os subiremos a bordo uno a uno y os salvaréis. ¿Qué decís?

—Sí —dijeron a coro con voz ronca y castañeteo de dientes.

—Pues entonces, de uno en uno y empezaremos por los más bajos.

El Ciempiés fue el primero en subir a bordo y lo hizo de buena gana, aunque se quejó cuando el policía le puso las esposas. El siguiente fue Barchi, bastante manso y resignado. Cuando tuvimos a diez de ellos en cubierta, retrocedimos y la segunda barca empezó a cargar hombres. La tercera solo recibió nueve prisioneros. En total habíamos atrapado a veintinueve.

—No habéis cogido al *Marsopa* —dijo *el Ciempiés*, exultante, como si su huida redujera el valor de nuestro éxito.

Charley se rió.

—Pero lo vimos resoplando como un cerdo en dirección a la costa.

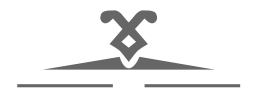
La banda de piratas que hicimos ascender por la playa hasta el almacén de ostras estaba compuesta de hombres tranquilos que no paraban de tiritar. En respuesta a la llamada de Charley, se abrió la puerta y una agradable oleada de aire cálido nos envolvió.

—Aquí podéis secar vuestras ropas, muchachos, y tomar una taza de café caliente —anunció Charley mientras iban entrando.

Y allí, junto a la chimenea, con gesto apesadumbrado y triste y una taza humeante en la mano, se sentaba *el Marsopa*. Nicholas y yo miramos a Charley al unísono y él se rió con malicia.

—Es cuestión de usar la imaginación —nos dijo—. Cuando ves una cosa, tienes que ver también lo que la rodea porque si no no servirá de nada verla. Yo vi la playa y dejé un par de policías en ella para que la vigilaran. Eso es todo.

[1902]



El asedio del *Lancashire Queen*

POSIBLEMENTE NUESTRA EXPERIENCIA más exasperante con la Patrulla Pesquera haya sido cuando Charley Le Grant y yo asediamos durante dos semanas un gran navío inglés de cuatro palos. Antes de poner punto final al asunto, se convirtió en un problema matemático considerable y solo por pura casualidad dimos con el instrumento que lo llevó a buen fin.

Tras nuestro asalto a los piratas de ostras habíamos regresado a Oakland, donde transcurrieron dos semanas más antes de que la mujer de Neil Partington saliera de peligro y empezara a recuperarse. Así que, en total, pusimos el *Reindeer* rumbo a Benicia tras una ausencia de un mes. Cuando el gato no está, los ratones hacen fiesta, y en esas cuatro semanas los pescadores se habían vuelto muy atrevidos en su forma de violar la ley. Al pasar Cabo Pedro advertimos muchas señales de actividad entre los pescadores de gambas y, muy adentrados en la bahía de San Pablo, observamos una flota ampliamente dispersa de pesqueros de la zona alta de la bahía que se apresuraba a recoger las redes y hacerse a la vela.

Eso nos pareció bastante sospechoso como para investigarlo y el primer y único barco que conseguimos abordar llevaba una red ilegal. La ley no permite que la malla para pescar sábalos mida menos de diecinueve centímetros entre nudos y la de aquella red medía solo siete y medio. Se trataba de una violación flagrante de la ley, por lo que arrestamos de inmediato a los dos pescadores. Neil Partington se llevó a uno con él para que lo ayudase a manejar el *Reindeer* mientras que Charley y yo nos quedamos con el otro a bordo del barco capturado.

Pero la flota de pescadores de sábalos había puesto rumbo a la costa de Petaluma a toda velocidad y durante el resto de la travesía por la bahía de San Pablo no vimos ni un solo pesquero más. Nuestro prisionero, un griego bronceado y barbudo, iba sentado en su red con gesto hosco mientras guiábamos su embarcación. Se trataba de un barco salmonero del río Columbia, totalmente nuevo, que sin duda se encontraba en su primera travesía y que respondía magníficamente. Ni siquiera cuando Charley lo alabó

se avino el prisionero a hablar o a hacernos caso, por eso enseguida lo catalogamos como un tipo de lo menos sociable.

Recorrimos el estrecho de Carquinez y nos adentramos en la ensenada del astillero Turner en busca de un mar en calma. Allí se encontraban varios veleros de acero ingleses a la espera de cargar la cosecha de trigo; y allí, inesperadamente y en el lugar preciso donde habíamos capturado a Alec *el Grande*, nos tropezamos con dos italianos en un esquife cargado con un sedal chino para pescar esturiones. La sorpresa fue mutua y antes siquiera de darnos cuenta nos encontramos encima de ellos. Charley tuvo el tiempo justo de orzar y pegarse a ellos. Yo corrí a proa y les lancé un cabo con la orden de hacerlo firme. Uno de los italianos le dio una vuelta alrededor de la cornamusa mientras yo me apresuraba a bajar nuestra enorme cebadera. Una vez hecho eso el salmonero retrocedió y empezó a arrastrar al esquife.

Charley vino a proa para abordar la presa, pero cuando procedí a ponernos a su costado utilizando el cabo, los italianos lo soltaron. De inmediato empezamos a derivar a sotavento mientras ellos sacaban dos pares de remos y desplazaban su ligera embarcación para tomar el viento. Esa maniobra nos desconcertó un instante, porque con nuestro barco grande y muy cargado no podíamos pretender atraparlos con los remos. Pero nuestro prisionero acudió inesperadamente en nuestra ayuda. Sus ojos negros brillaron con ansiedad y su rostro se sonrojó de emoción mientras soltaba la orza de la quilla, daba un salto hacia delante e izaba la vela.

—Siempre he oído decir que los griegos odian a los italianos —se rió Charley mientras corría a la caña del timón.

Nunca he visto un hombre tan ansioso por capturar a otro como nuestro prisionero durante la persecución que tuvo lugar entonces. Tenía los ojos muy abiertos, la mirada concentrada y los orificios nasales le temblaban y se dilataban de una forma extraordinaria. Charley manejaba el timón mientras él se ocupaba de las velas y, aunque Charley era rápido y espabilado como un gato, el griego controlaba su impaciencia a duras penas.

Los italianos no podían acercarse a la orilla, cuyo punto más próximo quedaba a una milla o más de distancia. En caso de que lo intentasen tendríamos la oportunidad de perseguirlos con el viento de través y adelantarlos antes de que hubiesen recorrido una octava parte de esa distancia. Pero eran demasiado listos para intentarlo, por lo que se contentaron con remar sin descanso hacia barlovento siguiendo el costado de estribor de un buque enorme, el *Lancashire Queen*. Sin embargo, pasado el barco se extendía un trecho abierto de más de dos millas hasta alcanzar la costa.

Tampoco intentaron recorrerlo porque los atraparíamos antes de que pudiesen abarcarlo. De manera que cuando llegaron a la proa del *Lancashire Queen*, no les quedó más remedio que rodearla y remar por su costado de babor en dirección a la popa, lo que implicaba remar hacia sotavento y darnos ventaja.

Los del salmonera cambiamos de bordada y cruzamos por delante de la proa del buque. Luego Charley forzó la caña y empezó a seguir el costado de babor mientras el griego largaba el trapo y sonreía encantado. Los italianos ya se encontraban en la mitad del costado del barco, pero el viento de popa nos aproximaba a ellos a más velocidad de la que podían alcanzar remando. Cada vez estábamos más cerca y yo, en la proa, me estiraba ya para agarrar el esquife cuando se escabulló por debajo de la enorme popa del *Lancashire Queen*.

La persecución volvía al punto de partida. Los italianos remaron siguiendo el costado de estribor y nosotros nos vimos impedidos por el viento mientras poco a poco nos apartábamos del barco hacia barlovento. Luego rodearon la proa y empezaron a recorrer el costado de babor, mientras nosotros cambiábamos de bordada, cruzábamos por delante de la proa y los perseguíamos con el viento a popa. Otra vez, en el momento en que estaba a punto de agarrar el esquife, se escabulló bajo la popa y se puso a salvo.

Para entonces la tripulación del buque se había percatado de lo que ocurría y sus cabezas asomaban por la borda en una larga hilera que nos observaba. Cada vez que el esquife nos esquivaba en la popa gritaban de entusiasmo y salían pitando hacia el otro costado del *Lancashire Queen* para presenciar la persecución hacia barlovento. Nos colmaron, tanto a nosotros como a los italianos, de bromas y consejos e hicieron enfadar a nuestro griego hasta el punto de que, al menos en una ocasión por cada vuelta, levantaba el puño y los amenazaba hecho una furia. Llegó un momento en que ya lo esperaban y cada uno de sus gestos era recibido con un regocijo de lo más escandaloso.

—¡Vaya circo! —gritó uno.

—¡Esto sí que es un espectáculo! ¡El mejor que he visto nunca! —afirmó otro.

—¡Una carrera de verdad! —anunció un tercero—. ¿Quién apuesta a que no ganan los italianos?

En la siguiente trayectoria hacia barlovento el griego se ofreció a cambiarle el puesto a Charley.

—Déjame gobernar el barco —le dijo—. Acabaré con ellos, te aseguro que los cogeré.

Eso supuso todo un golpe al orgullo profesional de Charley, porque estaba muy orgulloso de su capacidad como marino, pero le entregó la caña del timón al prisionero y lo sustituyó con las velas. Tres veces volvimos a recorrer el circuito y el griego descubrió que no lograba sacarle más velocidad al salmonera de la que ya había conseguido Charley.

—Será mejor que lo dejéis —nos aconsejó uno de los marineros desde arriba.

El griego le dedicó una mirada feroz y lo amenazó con el puño como solía hacer. Mientras tanto, yo no había dejado de pensar y al final desarrollé una idea que se me había ocurrido.

—Sigue adelante, Charley, una vez más —dije.

Al cambiar de bordada hacia barlovento, até un cabo a un pequeño rezón que había visto en uno de los imbornales. El otro extremo lo hice firme en el cáncamo de proa y, tras esconder el rezón, aguardé la siguiente oportunidad de utilizarlo. Una vez más avanzaron hacia sotavento por el costado a babor del *Lancashire Queen* y otra vez corrimos tras ellos con el viento a popa. Cada vez nos acercábamos más y yo intenté agarrarlos como en ocasiones anteriores. La popa del esquife no estaba ni a dos metros de distancia y los italianos se rieron de mí con sorna cuando se escabulleron bajo la popa del buque. En ese instante me puse en pie de repente y les lancé el rezón. Se quedó bien clavado en la barandilla del esquife, que se vio arrastrado hacia atrás y otra vez en peligro cuando el cabo se tensó y el salmonera avanzó con dificultad.

Los marineros de arriba dejaron escapar un gemido que enseguida se convirtió en ovación cuando uno de los italianos sacó un cuchillo largo y cortó el cabo. Pero ya no estaban a salvo y Charley, desde su posición entre las velas de popa, se estiró por encima de la borda y agarró la popa del esquife. Todo ocurrió en un segundo, porque el primer italiano estaba cortando el cabo y Charley agarraba el esquife cuando el segundo italiano le asestó un golpe en la cabeza con un remo. Charley soltó la presa y cayó sin sentido al suelo del salmonera, mientras los italianos volvían a coger los remos y escapaban bajo la popa del buque.

El griego se ocupó de la caña y de las velas a la vez y continuamos con la persecución alrededor del *Lancashire Queen*, mientras yo atendía a Charley, en cuya cabeza crecía rápidamente un chichón muy feo. Los marineros del público estaban encantados y todos animaban a los italianos. Charley se sentó, se llevó una mano a la cabeza y miró a su alrededor como atontado.

—Ahora sí que no podemos dejar que escapen —dijo mientras desenfundaba el revólver.

En la siguiente vuelta amenazó a los italianos con el arma, pero ellos continuaron remando a un ritmo magnífico y sin hacerle caso.

—Si no os detenéis, disparo —dijo Charley en tono amenazador.

Pero no surtió efecto. Tampoco se asustaron como para rendirse cuando efectuó varios disparos que pasaron peligrosamente cerca de ellos. Era mucho esperar que disparase contra unos hombres desarmados y ellos lo sabían tan bien como nosotros, por lo que continuaron dando vueltas sin descanso alrededor del buque.

—¡Pues entonces los agotaremos! —exclamó Charley—. ¡Esperaremos a que caigan agotados por el esfuerzo!

Así continuó la persecución. Dimos veinte vueltas más tras ellos alrededor del *Lancashire Queen* y por fin pudimos ver que sus músculos de acero empezaban a ceder. Estaban casi agotados y solo era cuestión de aguardar unas pocas vueltas más cuando entró en juego otro elemento. En el trayecto hacia barlovento siempre aumentaban la ventaja sobre nosotros, de manera que para cuando rodeábamos la proa ellos ya se encontraban a medio camino del trayecto hacia sotavento. Pero esa última vez, al rodear la proa los vimos escapar subiendo por la escalerilla del buque, que alguien había soltado de repente. Se trataba de una jugada organizada por los marineros, evidentemente respaldada por el capitán, porque cuando llegamos al lugar donde había estado la escalerilla, ya la estaban subiendo y el esquife, colgado en los pescantes del buque, también se hallaba en el aire, fuera de nuestro alcance.

La conversación que mantuvimos con el capitán fue breve y arisca. Nos prohibió terminantemente subir a bordo del *Lancashire Queen* y con la misma rotundidad se negó a entregarnos a los dos hombres. Para entonces Charley estaba tan enfadado como el griego. No solo había fracasado en una persecución larga y ridícula, sino que esos mismos hombres que se le escaparon lo habían dejado inconsciente en la cubierta de su barco.

—¡Colgadme de los pulgares si esos dos se libran de mí! —exclamó con énfasis mientras se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra—. Me quedaré aquí para atraparlos, aunque me cueste lo que me queda de vida y, si no los pillo, os prometo que volveré en espíritu o como sea hasta que los pesque, como que me llamo Charley Le Grant.

Entonces dio comienzo el asedio del *Lancashire Queen*, asedio memorable tanto en los anales de los pescadores como en los de la Patrulla

Pesquera. Cuando el *Reindeer* regresó tras perseguir en vano a la flota que andaba al sábalo, Charley le pidió a Neil Partington que nos enviase su propio barco salmonera equipado con mantas, provisiones y una cocina portátil de carbón. El cambio de barcos se realizó al atardecer y nos despedimos de nuestro griego, quien a la fuerza debía dirigirse a Benicia para ser encarcelado por haber violado la ley. Después de cenar Charley y yo nos turnamos para realizar guardias de cuatro horas hasta el amanecer. Los pescadores no intentaron escapar esa noche, aunque desde el buque enviaron un bote para reconocer el terreno y ver si había moros en la costa.

Al día siguiente vimos que procedía un asedio ininterrumpido y perfeccionamos nuestros planes con la intención de sentirnos más cómodos. En ese sentido nos vino muy bien un muelle que recibe el nombre de embarcadero Solano y que parte de la orilla de Benicia. Resultó que el *Lancashire Queen*, la orilla del astillero Turner y el embarcadero Solano formaban las esquinas de un enorme triángulo equilátero. Desde el buque a la orilla, el lado del triángulo por el que debían escapar los italianos constituía una distancia igual a la existente desde el embarcadero Solano a la orilla, el lado del triángulo que debíamos seguir nosotros para llegar a la ribera antes que los italianos. Pero como navegando a vela éramos mucho más rápidos que ellos a remo podíamos permitir que recorriesen la mitad de su lado del triángulo antes de lanzarnos a recorrer el nuestro. Si les permitíamos cubrir más de la mitad, sin duda llegarían a la orilla antes que nosotros, mientras que si zarpábamos antes de que llegasen a la mitad, también llegarían antes que nosotros de vuelta al buque.

Descubrimos que una línea imaginaria, trazada desde el extremo del embarcadero hasta un molino de viento que se encontraba más alejado en la orilla, cortaba exactamente en dos la línea del triángulo que los italianos debían seguir en su huida hacia tierra. Esa línea nos facilitaba decidir hasta donde podíamos dejar que escapasen antes de salir en su persecución. Día tras día los observábamos a través de los prismáticos mientras remaban con tranquilidad hacia el punto medio y, cuando se acercaban para situarse en línea con el molino, saltábamos a bordo y desplegábamos las velas. Al ver nuestros preparativos, se daban la vuelta y remaban despacio hacia el *Lancashire Queen*, seguros de que no podríamos atraparlos.

Para protegernos de los períodos de calma —cuando nuestro salmonera sería inútil—, también teníamos preparado un esquife ligero equipado con remos. Pero en esas ocasiones, cuando el viento nos fallaba, nos veíamos obligados a salir remando del embarcadero en cuanto ellos se alejaban del

buque. Por la noche teníamos que patrullar en las inmediaciones del barco, lo que hacíamos turnándonos Charley y yo en guardias de cuatro horas. Sin embargo, los italianos preferían intentar escapar durante el día, por lo que nuestras largas vigilias nocturnas no surtían efecto.

—Lo que me fastidia —decía Charley— es que no podamos disfrutar de una buena cama mientras esos sinvergüenzas duermen a pierna suelta todas las noches. Aunque no les servirá de nada —amenazaba—, porque los mantendré a bordo de ese buque hasta que el capitán les cobre el alojamiento y la comida, ¡tan seguro como que un esturión no es un siluro!

El problema al que nos enfrentábamos resultaba atormentador. Mientras vigilásemos no podrían escapar, pero mientras tuviesen cuidado no seríamos capaces de atraparlos. Aunque Charley se devanaba los sesos sin descanso, su imaginación no acudió en su ayuda. Aparentemente el problema no tenía más solución que la de ser pacientes. Era cuestión de esperar y quien esperase más tiempo ganaría. Para más inri, los amigos de los italianos crearon un código de señales a fin de comunicarse con ellos desde la orilla, de manera que no osábamos relajar nuestro asedio ni un solo instante. Además, siempre había uno o dos pescadores de aspecto sospechoso en el embarcadero Solano, pendientes de lo que hacíamos. Teníamos que conformarnos con «sonreír y aguantar», como decía Charley, mientras dedicábamos todo nuestro tiempo a aquello y no podíamos realizar ningún otro trabajo.

Fueron pasando los días y la situación continuaba igual. Y no porque nadie intentase cambiarla. Una noche los amigos de la orilla se acercaron en un esquive para crear confusión mientras los dos italianos se escapaban. No lo lograron porque el pescante del barco no estaba bien engrasado. El chirrido del pescante nos llevó a dejar de perseguir al esquife desconocido y llegamos al *Lancashire Queen* en el momento justo en que los italianos arriaban el suyo. Otra noche, casi media docena de esquifes remaron a nuestro alrededor en la oscuridad, pero nos pegamos al costado del buque como lapas y frustramos sus planes hasta que se enfadaron y empezaron a insultarnos. Charley se reía tumbado en el suelo de nuestro barco.

—Es buena señal, muchacho —me dijo—. Cuando empiezan a insultar es que están perdiendo la paciencia y poco después de perder la paciencia pierden la sensatez. Escúchame bien: si continuamos aguantando, un día de estos cometerán una imprudencia y los atraparemos.

Pero no cometieron imprudencia alguna y Charley confesó que aquella era una de esas ocasiones en las que todos los indicios son erróneos. La paciencia de ellos parecía igual a la nuestra y la segunda semana de asedio empezó a

transcurrir despacio y de forma monótona. Entonces la imaginación adormilada de Charley se estimuló lo bastante como para sugerir una artimaña. Peter Boyelen, un patrullero nuevo y desconocido para los pescadores, llegó por casualidad a Benicia y lo incluimos en nuestro plan. Lo mantuvimos tan en secreto como nos fue posible, pero de alguna forma inexplicable los amigos de la orilla enviaron recado a los italianos sitiados para que mantuviesen los ojos bien abiertos.

La noche en la que íbamos a poner en práctica nuestra artimaña, Charley y yo ocupamos nuestros puestos al costado del *Lancashire Queen* a bordo del esquife a remos. En cuanto la oscuridad fue completa, Peter Boyelen zarpó en una canoa pequeña, de esas que se pueden transportar bajo el brazo. Cuando oímos que se acercaba haciendo mucho ruido al remar, nos alejamos de allí, nos internamos en la oscuridad y dejamos de remar. Frente a la escalerilla del buque, tras haber saludado jovialmente al guardia de fondeo del *Lancashire Queen* y preguntado la situación del *Scottish Chiefs*, otro carguero de trigo, volcó con gran torpeza. El encargado de la guardia bajó enseguida por la escalerilla y lo ayudó a salir del agua. Eso era lo que queríamos, subir a bordo. Esperábamos que lo siguiente fuese que lo llevasen a cubierta y luego abajo para que entrase en calor y se secara. Pero el capitán se mostró tan poco hospitalario como para mantenerlo subido al peldaño más bajo de la escalerilla, tiritando sin parar y con los pies oscilando sobre el agua, hasta que nosotros nos compadecimos de él y nos acercamos para rescatarlo. Las bromas y las burlas de la tripulación, que se había despertado, nos parecieron de todo menos graciosas y hasta los dos italianos se subieron a la barandilla para reírse de nosotros con malicia.

—No importa —dijo Charley en voz tan baja que solo lo oí yo—. Me alegro de que no seamos nosotros quienes ríen primero. Guardaremos nuestras risas para el final, ¿verdad, muchacho?

Me dio una palmada en el hombro, pero a mí me pareció que en su voz había más determinación que esperanza.

Hubiésemos podido conseguir la ayuda de la Policía Federal y abordar la nave respaldados por las autoridades gubernamentales, pero la Comisión Pesquera había dado instrucciones para que los patrulleros evitaran cualquier complicación y aquel caso, si recurríamos a las altas esferas, podría resultar un buen lío internacional.

La segunda semana de asedio tocaba a su fin y nada indicaba que la situación fuese a cambiar. La mañana del décimo cuarto día se produjo una

variación, tan inesperada y sorprendente para nosotros como para los hombres a los que intentábamos capturar.

Charley y yo, tras nuestra acostumbrada vigilia nocturna al costado del *Lancashire Queen*, remamos hacia el embarcadero Solano.

—¡Caramba! —exclamó Charley sorprendido—. En nombre del sentido común y la razón, ¿qué es eso? ¿Habías visto alguna vez una embarcación parecida a esa?

No era de extrañar que hablase así, porque atracada en el muelle se veía la lancha más extraña del mundo. Y no es que fuese una lancha propiamente dicha, pero se asemejaba más a una que a cualquier otra clase de embarcación. Medía veinte metros de eslora, aunque era tan estrecha y estaba tan vacía de superestructura que parecía mucho más pequeña de lo que era en realidad. Estaba construida en acero y pintada de negro. Tres chimeneas, separadas entre sí, se alzaban en mitad del barco y se extendían en fila india hacia popa, mientras la proa, alargada, estrecha y afilada como un cuchillo, anunciaba que aquella embarcación estaba hecha para correr. Al pasar bajo su popa leímos *Streak* pintado en pequeñas letras blancas.

La curiosidad nos devoraba a Charley y a mí. En cuestión de minutos nos hallábamos a bordo, charlando con el maquinista que observaba el amanecer desde cubierta. Se mostró encantado de satisfacer nuestra curiosidad y en pocos minutos supimos que el *Streak* había llegado desde San Francisco después de oscurecer, que se trataba de su travesía de prueba y que su dueño era Silos Tate, un joven millonario de California, propietario de minas, al que le había dado por los yates que alcanzaban grandes velocidades. Habló de motores de turbina, aplicación directa del vapor y ausencia de pistones, barras de transmisión y cigüeñales, todo lo cual me superaba porque solo sabía de embarcaciones a vela. Sin embargo, comprendí perfectamente las últimas palabras del maquinista.

—Cuatro mil caballos y cuarenta y cinco millas por hora, aunque no se lo crean desagradablemente —concluyó en tono orgulloso.

—¡Repítamelo, amigo! ¡Repítamelo! —exclamó Charley emocionado.

—Cuatro mil caballos y cuarenta y cinco millas por hora —repitió el maquinista, sonriendo encantado.

—¿Dónde está el dueño? —preguntó Charley enseguida—. ¿Existe alguna posibilidad de que pueda hablar con él?

El maquinista negó con la cabeza.

—Me temo que no. Está durmiendo.

En ese momento, un joven vestido con un uniforme azul salió a cubierta en la zona de popa y se dedicó a observar el amanecer.

—Ahí está. Es él. Ese es el señor Tate —dijo el maquinista.

Charley se acercó a popa para dirigirse a él y mientras le hablaba con seriedad el joven le escuchaba con una expresión divertida en el rostro. Debió preguntar por la profundidad del agua en la orilla del astillero Turner porque vi a Charley gesticular y dar explicaciones. Unos minutos después regresó muy contento.

—Vamos, muchacho —me dijo—. Sube al muelle. ¡Ya son nuestros!

Tuvimos la gran suerte de abandonar el *Streak* en el momento en que lo hicimos porque un poco más tarde apareció uno de los pescadores espías. Charley y yo ocupamos nuestros puestos de siempre sobre la riostra, un poco por delante del *Streak* y encima de nuestro propio barco, desde donde podíamos observar el *Lancashire Queen* cómodamente. No ocurrió nada hasta casi las nueve, momento en el que vimos a los dos italianos abandonar el buque y empezar a recorrer su lado del triángulo hacia la orilla. Charley mostraba una total indiferencia, pero antes de que hubiesen cubierto un cuarto de la distancia, me susurró:

—Cuarenta y cinco millas por hora. Ya no hay quien los salve. ¡Los tenemos!

Los dos hombres continuaron remando despacio hasta que casi se encontraron en línea con el molino. Ese era el punto en el que siempre saltábamos a nuestro barco salmonera y desplegábamos las velas, por lo que los dos hombres, que sin duda esperaban nuestra reacción, se mostraron sorprendidos al ver que ni nos inmutábamos.

Cuando se situaron por completo en línea con el molino, tan cerca de la orilla como del buque y más cerca de la orilla de lo que nunca les habíamos permitido, empezaron a sospechar. Los seguimos a través de los prismáticos y los vimos de pie en el esquife, intentando adivinar qué estábamos haciendo. El pescador espía, sentado junto a nosotros en la riostra, también parecía desconcertado. No comprendía nuestra inactividad. Los del esquife remaron para acercarse más a la orilla, pero volvieron a ponerse de pie y la exploraron como si pensaran que podríamos estar ocultos allí. Sin embargo, un hombre se acercó a la playa y les hizo señas con un pañuelo para indicarles que no había moros en la costa. Eso los animó. Se lanzaron a los remos para correr hacia la salvación. Charley continuó esperando. Hasta que no hubieron cubierto tres cuartos de la distancia desde el *Lancashire Queen*, lo que les

dejaba a poco más de un cuarto de milla de la playa, no me dio Charley una palmadita en el hombro y me gritó:

—¡Ya los tenemos! ¡Ya los tenemos!

Corrimos hasta el *Streak* y saltamos a bordo. En un segundo soltaron amarras. El *Streak* se alejó disparado del muelle. El pescador espía, al que habíamos dejado sobre la riostra, sacó un revólver y efectuó cinco disparos al aire en rápida sucesión. Los del esquife hicieron caso al instante de la advertencia porque los vimos remar como locos.

Pero si ellos remaban como locos, me pregunto cómo podría describirse nuestra forma de avanzar. Casi volábamos. La velocidad a la que desplazábamos el agua era tan impresionante que a cada lado de nuestra proa se alzaba una ola que se desplazaba a popa en una serie de tres olas firmes y muy rígidas, mientras que una onda enorme nos perseguía por detrás con avidez, como si a cada momento fuese a caer sobre nosotros para destrozarnos. El *Streak* latía, vibraba y rugía como si estuviese vivo. El viento al avanzar parecía una galerna, un vendaval a cuarenta y cinco millas. No podíamos plantarle cara y respirar sin atragantarnos y ahogarnos. Hacía que el humo de las chimeneas dibujase un ángulo recto a la perpendicular. De hecho, viajábamos a la velocidad de un tren expreso. «Pasamos como un rayo», fue la explicación que dio Charley después y creo que su descripción es más exacta que cualquier otra que yo pueda hacer.

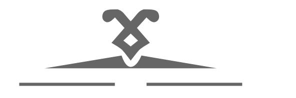
En cuanto a los italianos del esquife, me pareció que nada más zarpar ya estábamos sobre ellos. Naturalmente, tuvimos que frenar antes de alcanzarlos, pero aun así los dejamos atrás como un relámpago y nos vimos obligados a dar la vuelta entre ellos y la orilla. Habían remado sin bajar el ritmo, levantándose de la bancada a cada golpe del remo, hasta el momento en que pasamos a su lado y nos reconocieron a Charley y a mí. Eso los dejó sin fuerzas para continuar luchando. Con cara de pocos amigos, recogieron los remos y permitieron que los arrestásemos.

—Bueno, Charley —dijo Neil Partington cuando más tarde hablamos del asunto en el muelle—, no logro ver cuándo entró en juego esta vez tu famosa imaginación.

Pero Charley no se dejó vencer.

—¿Imaginación? —dijo, señalando al *Streak*—. ¡Mira eso! ¡Míralo bien! Si inventar eso no es pura imaginación, me gustaría saber qué lo es. Bueno, sí —añadió—, es la imaginación de otro, pero a nosotros nos ha servido igual.

[1903]



El matrimonio de Lit-Lit

CUANDO JOHN FOX llegó a un país en el que el whisky se congela por completo y puede usarse como pisapapeles durante la mayor parte del año, lo hizo sin los ideales e ilusiones que suelen entorpecer el progreso de los aventureros educados con mayor delicadeza. Nacido y criado en la franja fronteriza de Estados Unidos, se llevó con él a Canadá una mentalidad primitiva, una simplicidad primaria para captar las cosas, por decirlo de otra forma, que le aseguró un éxito inmediato en su nueva carrera. De simple empleado de la Compañía de la Bahía de Hudson, remando con los *voyageurs*[3] y transportando bienes a la espalda en los pasos, enseguida ascendió al puesto de factor y se ocupó de la factoría de Fort Angelus.

Allí, debido a su simplicidad primaria, se procuró una esposa nativa y, debido al éxtasis conyugal que le proporcionó, se libró del malestar y los vanos deseos que maldicen los días de los hombres más quisquillosos, echan a perder su trabajo y al final acaban por conquistarlos. Él vivía satisfecho, se centraba en el trabajo que debía hacer y reunió un historial magnífico al servicio de la Compañía. Por esa época falleció su esposa, a la que su pueblo reclamó y enterró, entre ceremonias primitivas, en un baúl de lata sobre la copa de un árbol.

Le había dado dos hijos y cuando la Compañía lo ascendió se adentró con ellos en la inmensidad del Territorio Noroeste hasta un lugar llamado Sin Rock, donde se ocupó de una nueva factoría en una zona más importante, en la que se conseguían más pieles. Allí pasó varios meses solitarios y deprimentes, sumamente molesto con el aspecto poco atractivo de las doncellas indias y cada vez más preocupado por sus hijos en edad de crecer y necesitados de las atenciones de una madre. Entonces sus ojos se posaron en Lit-Lit.

—Lit-Lit… bueno, es Lit-Lit —fue la forma en que, desesperado, se la describió a su ayudante jefe, Alexander McLean.

McLean tenía demasiado fresca su educación escocesa —«Aún está muy verde», como decía John Fox— para aceptar las costumbres matrimoniales del país. Sin embargo, no se mostraba reacio a que el factor pusiera en peligro

su alma inmortal y, sobre todo porque él mismo sentía una atracción por Lit-Lit que no presagiaba nada bueno, se sintió sombríamente satisfecho de zanjar la seguridad de su propia alma al verla casada con el factor.

No es de extrañar que la austera alma escocesa de McLean corriese peligro de derretirse bajo el cálido brillo de los ojos de Lit-Lit. Era guapa, delgada, esbelta, sin el rostro grande y la apatía temperamental de las indias. Lit-Lit recibía ese nombre por su forma, ya desde niña, de moverse como si revoloteara, de desplazarse de un lado a otro como una mariposa, de mostrarse pueril y alegre y de reírse con tanta ligereza como se movía y bailaba.

Lit-Lit era hija de Snettishane, un jefe importante de la tribu, y de una mujer mestiza. Un día de verano el factor acudió a verlo para comenzar a negociar el matrimonio. Se sentó con el jefe bajo el humo de un fumigador de mosquitos, frente a su tienda, y charlaron sobre todos los temas imaginables, o al menos todos los temas imaginables en la región septentrional, a excepción del matrimonio. John Fox había ido para hablar de matrimonio; Snettishane lo sabía y John Fox sabía que lo sabía, por lo que evitaron el asunto escrupulosamente. Se dice que eso es sutileza india. En realidad se trata de una simplicidad transparente.

Fueron pasando las horas y Fox y Snettishane fumaron una pipa tras otra, mirándose a los ojos con una ingenuidad extraordinariamente histriónica. A media tarde McLean y su colega ayudante, McTavish, pasaron por allí camino del río, inocentemente indiferentes. Cuando volvieron a pasar una hora más tarde Fox y Snettishane se encontraban absortos en una conversación ceremoniosa sobre el estado y la calidad de la pólvora y el beicon con los que comerciaba la Compañía. Mientras Lit-Lit, que había adivinado la misión del factor, se había colado por debajo de la pared trasera de la tienda y observaba, a través de la puerta delantera, a los dos inmersos en aquella logomaquia junto al fumigador de mosquitos. Estaba ruborizada y con los ojos alegres, orgullosa de que precisamente el factor (que en la jerarquía de la región septentrional ocupaba un lugar junto a Dios) la hubiese elegido y sentía una curiosidad muy femenina por ver de cerca qué clase de hombre era. El reflejo del sol en el hielo, el humo de las hogueras y el desgaste del clima le habían quemado el rostro hasta convertirlo en un moreno broncíneo, de manera que tenía el mismo color que su padre, mientras que ella era de piel más clara. Eso no le hizo demasiada gracia y le gustó mucho más lo grande y fuerte que aparentaba, a pesar de que su enorme barba negra la asustaba un poco porque le parecía extraña.

Como era muy joven no conocía las costumbres de los hombres. Diecisiete veces había visto al sol viajar hacia el sur y desaparecer tras el horizonte y diecisiete veces lo había visto regresar para recorrer el cielo día y noche hasta que no hubiese oscuridad. Durante esos años Snettishane la había cuidado con el mayor de los celos, interponiéndose entre todos sus pretendientes, escuchando con desdén las ofertas que los jóvenes cazadores hacían a cambio de su mano y rechazándolos como si no hubiese nadie capaz de pagar su precio. Snettishane era un mercenario. Lit-Lit representaba una inversión para él. Constituía un capital concreto por el que esperaba recibir no un interés determinado y fijo, sino un interés incalculable.

Por eso, habiendo sido criada de una forma tan parecida a la de un convento como permitieron las circunstancias de la tribu, la joven miraba con enorme ansiedad de doncella al hombre que sin duda había ido a buscarla, al marido que iba a enseñarle todo cuanto le faltaba por aprender de la vida, al ser poderoso cuya palabra sería ley para ella y que controlaría y limitaría sus actos y su comportamiento durante el resto de sus días.

Pero, mientras miraba a través de la puerta delantera de la tienda, ruborizada e ilusionada por el extraño destino que surgía a su encuentro, fue sintiéndose decepcionada al ver que transcurría el día y el factor y su padre continuaban hablando ampulosamente de asuntos relacionados con otras cosas y que no tenían nada que ver con el matrimonio. A medida que el sol fue descendiendo hacia el norte y la medianoche se acercaba, el factor empezó a prepararse para despedirse. Al ver que se daba la vuelta con intención de echar a andar, Lit-Lit se desanimó, pero se recuperó cuando el hombre se detuvo y giró medio cuerpo.

—Por cierto, Snettishane —dijo—, quiero una india que me arregle la ropa y se ocupe de fregar y limpiar.

Snettishane gruñó y sugirió a Wanidani, que era una anciana sin dientes.

—No, no —exclamó el factor—. Lo que quiero es una esposa. Lo he estado pensando y se me acaba de ocurrir que tal vez tú conozcas a alguna que me convenga.

Snettishane se mostró interesado, por lo que el factor desanduvo sus pasos a fin de entretenerse, sin darle importancia, para charlar sobre aquel tema incidental que acababa de surgir.

—¿Kattou? —sugirió Snettishane.

—Solo tiene un ojo —objetó el factor.

—¿Laska?

—Cuando está de pie se le quedan las rodillas muy separadas. Kips, el más grande de tus perros, puede pasar entre sus rodillas cuando está de pie.

—¿Senatte? —continuó Snettishane, imperturbable.

Pero John Fox fingió enfado y gritó:

—¿Qué tontería es esa? ¿Es que soy viejo para que intentes emparejarme con viejas? ¿Me faltan los dientes? ¿Estoy cojo? ¿Ciego de un ojo? ¿O soy pobre para que una doncella de ojos brillantes no pueda mirarme bien? ¡No lo olvides! ¡Soy el factor, un hombre rico e importante, uno de los poderosos de esta tierra, cuyas palabras hacen temblar a los hombres y siempre son obedecidas!

Snettishane se sintió satisfecho, aunque su rostro, como el de una esfinge, no se relajó. Provocaba al factor y le marcaba el rumbo. Al ser una criatura tan primaria como para atender a las ideas de una en una, Snettishane era capaz de llevar esa idea mucho más lejos que John Fox. Porque John Fox, primario como era, tenía complejidad suficiente para albergar varias ideas tenues a la vez, lo que le impedía empeñarse en una sola con la insistencia y firmeza del jefe.

Snettishane continuó enumerando con calma la lista de las doncellas disponibles mientras, una a una, en cuanto oía su nombre, John Fox las tachaba de no aptas y añadía sus objeciones. Al final se cansó y emprendió el regreso al fuerte. Snettishane lo vio marchar sin molestarse en detenerlo, pero no hizo falta porque el factor se detuvo por su cuenta.

—Ahora que lo pienso —comentó—, los dos nos hemos olvidado de Lit-Lit. Me pregunto si me convendrá.

Snettishane recibió la sugerencia con gesto distante y frío, bajo cuya máscara su alma sonreía de oreja a oreja. Era una clara victoria. Si el factor hubiese dado un solo paso más, él mismo habría pronunciado el nombre de Lit-Lit, pero el factor se había detenido justo a tiempo.

El jefe no se comprometió en lo relativo a la idoneidad de Lit-Lit hasta que obligó al blanco a dar el siguiente paso adelante en los trámites.

—Pues la única forma de saberlo será haciendo la prueba —meditó el factor en voz alta. Luego elevó el tono y dijo—: Así que ofrezco por Lit-Lit diez mantas y kilo y medio de buen tabaco.

Snettishane contestó con un gesto que parecía decir que ni todas las mantas o el tabaco del mundo compensarían la pérdida de Lit-Lit y sus muchas virtudes. Cuando el factor lo presionó para que estableciera un precio, fríamente lo estableció en quinientas mantas, diez armas de fuego, veinticinco kilos de tabaco, veinte paños escarlata, diez botellas de ron, una caja de

música y por último la buena voluntad y los mejores oficios del factor, con un sitio junto a su hoguera.

El factor aparentó sufrir una apoplejía con lo que logró reducir el número de mantas a doscientas y eliminar el sitio junto a la hoguera, una condición insólita en los matrimonios de los blancos con las hijas de la tierra. Al final, tras otras tres horas de regateos, llegaron a un acuerdo. Snettishane recibiría por Lit-Lit cien mantas, dos kilos y medio de tabaco, tres armas de fuego y una botella de ron, incluidos la buena voluntad y los mejores oficios, lo cual, según John Fox, suponía diez mantas y un arma de fuego más de lo que valía la joven. Mientras volvía a casa de madrugada, con el sol de las tres brillando al noreste, fue desagradablemente consciente de que Snettishane lo había superado negociando.

Snettishane, cansado y victorioso, fue a acostarse y descubrió a Lit-Lit antes de que pudiese escapar de la tienda. Gruñó con complicidad:

—Has visto. Has oído. Por eso conoces la gran sabiduría y comprensión de tu padre. Te he casado bien. Haz caso de mis palabras y síguelas, ve cuando yo diga que vayas y ven cuando te ordene venir, así engordaremos con la riqueza de ese gran hombre blanco, que es tan necio como grande.

Al día siguiente no se comerció en la factoría. El factor abrió el whisky antes del desayuno, para disfrute y alegría de McLean y McTavish, ofreció doble ración de comida a sus perros y se calzó sus mejores mocasines. En el exterior del fuerte se ocupaban de los preparativos para celebrar un *potlatch*[4]. *Potlatch* significa «dar» y John Fox tenía la intención de distinguir su matrimonio con Lit-Lit celebrando un *potlatch* tan generoso como hermosa era la joven. Por la tarde toda la tribu se reunió para participar de la fiesta. Hombres, mujeres, niños y perros se atiborraron hasta la saciedad y ni una sola persona, ni siquiera los visitantes casuales o los cazadores llegados de otras tribus, se quedó sin recibir algún obsequio indicativo de la generosidad del novio.

Lit-Lit, asustada y tímida hasta las lágrimas, se dejó engalanar por su barbudo esposo con un vestido nuevo de calicó, unos mocasines espléndidamente cubiertos de abalorios, un magnífico pañuelo de seda sobre su cabello negro como ala de cuervo, una bufanda púrpura alrededor del cuello, anillos y pendientes de latón, y una buena cantidad de joyas de imitación, incluido un reloj Waterbury. Snettishane a duras penas logró contenerse ante aquel espectáculo, sin embargo, decidido a no perder su oportunidad, consiguió apartarla un momento de la celebración.

—Ni esta noche ni la siguiente —le dijo despacio—, sino después, cuando te llame como el cuervo desde la orilla del río, deberás levantarte del lecho de tu gran esposo, que es un necio, y acudir a mí. No, no —añadió veloz, al ver el rostro consternado de su hija ante la perspectiva de renunciar a su nueva y maravillosa vida—, porque en cuanto eso ocurra tu marido, que es un necio, vendrá quejándose a mi tienda. Entonces tendrás que quejarte tú y afirmarás que tal cosa no te gusta y tal otra tampoco y que ser la esposa del factor es más de lo que creías, por lo que solo te contentarás con más mantas, más tabaco y más riquezas de varios tipos para tu pobre padre Snettishane. No lo olvides, cuando te llame de noche, como un cuervo, desde la orilla del río.

Lit-Lit asintió, porque desobedecer a su padre era un riesgo que conocía bien. Además, lo que le pedía no era gran cosa: una breve separación del factor, que se alegraría mucho más cuando la recuperase. La joven volvió a la fiesta y, al llegar la medianoche, el factor la buscó y se la llevó al fuerte, entre las bromas y los gritos de todos, en especial de las otras indias.

Lit-Lit enseguida descubrió que la vida de casada con el jefe de un fuerte era mucho mejor de lo que había soñado. Ya no tenía que salir a buscar leña o agua y servir en todo momento a los hombres de la familia, todos unos cascarrabias. Por primera vez en su vida podía quedarse en la cama hasta que el desayuno estaba servido. ¡Y qué cama!, limpia, blanda y cómoda como ninguna otra. ¡Y qué comida! Mucha harina, con la que hacían galletas, tortitas calientes y pan tres veces al día y todos los días ¡y en la cantidad que ella quisiera! Semejante prodigalidad parecía increíble.

Para mayor satisfacción, el factor era astutamente amable. Había enterrado una esposa y sabía gobernar dejando las riendas flojas para tensarlas solo de vez en cuando, aunque cuando las tensaba lo hacía con fuerza. «Lit-Lit manda en esta casa —anunció en la mesa la mañana siguiente a la boda—. Se hará lo que ella diga, ¿entendido?». McLean y McTavish comprendieron. Además, sabían que el factor tenía la mano muy firme.

Pero Lit-Lit no se aprovechó. Imitando el comportamiento de su marido, enseguida se hizo cargo de los niños y les proporcionó toda clase de comodidades, además de darles la misma libertad que él le daba a ella. Los dos hijos colmaron a su nueva madre de alabanzas, a las que se unieron los elogios de McLean y McTavish, y el factor alardeó de la felicidad del matrimonio hasta que el relato del buen comportamiento de ella y la satisfacción del esposo llegó a oídos de todos los habitantes de la región de Sin Rock.

Entonces Snettishane, al que las visiones de su interés incalculable mantenían despierto por las noches, pensó que había llegado el momento de poner manos a la obra. La décima noche de su vida de casada, a Lit-Lit la despertó el graznido de un cuervo y supo que Snettishane la esperaba en la orilla del río. Era tan feliz que había olvidado su pacto y ahora la alcanzaba envuelto en el miedo infantil que le provocaba su padre. Permaneció un rato acostada, temblando, sin querer ir pero temerosa de quedarse. Sin embargo, al final el factor salió victorioso de aquella lucha silenciosa y su amabilidad, además de sus enormes músculos y su mandíbula cuadrada, le dieron fuerzas para ignorar la llamada de Snettishane.

Pero por la mañana se levantó muy asustada y se dedicó a sus tareas con miedo de que apareciera su padre. Sin embargo, a medida que iba transcurriendo el día, fue recuperando el ánimo. John Fox, al reconvenir prudentemente a McLean y McTavish por algún incumplimiento de su deber, la ayudó a reunir valor. Intentó no perderlo de vista en ningún momento y cuando lo siguió al interior del gigantesco almacén y lo vio manejar y mover de un lado a otro grandes fardos de mercancía, se sintió reforzada en su desobediencia al padre. Además (no había entrado nunca en el almacén y Sin Rock era el centro de distribución para varias series de factorías menos importantes), se quedó impresionada por la infinita riqueza que allí guardaban.

Esa imagen, comparada con la de la tienda vacía de Snettishane, hizo que se desvanecieran sus dudas. Pero lo que acabó por convencerla del todo fue una breve conversación con uno de sus hijastros. «¿Es bueno tu padre blanco?», fue lo que preguntó ella y el niño contestó que su padre era el mejor hombre que conocía. Esa noche el cuervo volvió a graznar. La noche siguiente el graznido fue aun más intenso y despertó al factor, quien dio vueltas en la cama, inquieto, durante un rato y luego dijo en voz alta: «Maldito sea ese cuervo», lo que hizo reír a Lit-Lit bajo las mantas.

Por la mañana, muy temprano, Snettishane hizo su siniestra aparición y fue enviado a desayunar a la cocina con Wanidani. Se negó a tomar «comida de mujeres» y un poco después se enfrentó a su yerno en la tienda, donde se comerciaba. Dijo que, tras saber que su hija era semejante joya, había ido a buscar más mantas, más tabaco y más armas de fuego, sobre todo más armas de fuego. Mantenía que lo habían engañado en cuanto al precio y que acudía a él en busca de justicia. Pero al factor no le sobraban ni las mantas ni las ganas de hacer justicia, por lo que fue informado de que Snettishane había hablado

con el misionero de Three Forks, quien le había dicho que esos matrimonios no se hacían en el cielo y que el deber de un padre era recuperar a su hija.

—Ahora soy un buen cristiano —concluyó Snettishane—. Quiero que mi Lit-Lit vaya al cielo.

La respuesta del factor fue breve y directa, pues envió a su suegro a las antípodas del cielo y, agarrándolo del cogote y del borde de la manta, lo propulsó en esa dirección hasta la puerta.

Pero Snettishane se coló dentro de nuevo por la cocina y acorraló a Lit-Lit en la enorme sala de estar del fuerte.

—Puede ser que durmieras profundamente anoche cuando te llamé desde la orilla del río —le dijo con una mirada de cólera.

—No. Estaba despierta y te oí. —El corazón le latía con fuerza y sintió que se ahogaba, pero no se detuvo—. Y la noche anterior estaba despierta y te oí, al igual que la anterior.

Acto seguido, debido a su gran felicidad y al miedo de que se la arrebataran, emprendió un discurso original y elogioso sobre la situación y los derechos de la mujer: la primera conferencia sobre la nueva mujer pronunciada al norte del paralelo 53.

Pero cayó en saco roto. Snettishane vivía en la oscuridad de la Edad Media. Cuando ella se detuvo para coger aire, él dijo en tono amenazador:

—Esta noche volveré a llamar como el cuervo.

En ese momento entró el factor y volvió a enviar a Snettishane camino de las antípodas celestiales.

Esa noche el cuervo graznó con más empeño que nunca. Lit-Lit, que tenía el sueño ligero, lo oyó y sonrió. John Fox dio vueltas en la cama, inquieto. Luego se despertó y dio aún más vueltas, mucho más inquieto. Gruñó y bufó, juró en voz baja y en voz alta y al final se levantó. Avanzó a tientas hasta la sala de estar y cogió una escopeta cargada con perdigones que estaba en el perchero y que el descuidado de McTavish había dejado allí.

El factor abandonó el fuerte sin hacer mido y se dirigió hacia el río. Los graznidos habían cesado, pero se tumbó sobre la hierba alta y aguardó. El aire parecía un bálsamo fresco y la tierra, tras el calor del día, de vez en cuando respiraba relajada. El factor, inmerso en el ritmo de su entorno, apoyó la cabeza en el brazo y se quedó traspuesto.

A cincuenta metros de distancia, con la cabeza descansando en las rodillas y de espaldas a John Fox, Snettishane también dormía, suavemente vencido por la quietud de la noche. Transcurrió una hora, se despertó y, sin levantar la cabeza, hizo vibrar las sombras con el ronco sonido gutural del cuervo.

El factor se despertó, pero no con el sobresalto abrupto del hombre civilizado, sino con el paso silencioso, rápido y rotundo del sueño al desvelo del salvaje. A la poca luz nocturna distinguió un objeto oscuro en medio de la hierba, al que apuntó con la escopeta. Un segundo graznido empezaba a surgir cuando apretó el gatillo. Los grillos dejaron de cantar, las aves silvestres de pelear y el graznido del cuervo se detuvo de repente y se desvaneció en un silencio sorprendido.

John Fox corrió al lugar y alargó la mano hacia lo que había matado, pero sus dedos agarraron una mata de pelo áspero y expusieron el rostro de Snettishane a la luz de las estrellas. Sabía cómo se dispersaban los perdigones a cincuenta metros de distancia y sabía que había acribillado a Snettishane en los hombros y en la región lumbar. Y Snettishane sabía que él lo sabía, pero ninguno lo comentó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el factor—. A estas horas los viejos deberían estar en la cama.

Pero Snettishane se mostró imponente, a pesar de que los perdigones le picaban bajo la piel.

—Este viejo no duerme —afirmó solemne—. Lloro por mi hija, por mi hija Lit-Lit, que vivía y que ahora está muerta y que sin duda irá al infierno del hombre blanco.

—Pues de ahora en adelante llora en la otra orilla, para que no se te oiga desde el fuerte —dijo John Fox, dándose la vuelta—. El ruido de tu llanto es excesivo y no nos deja dormir por las noches.

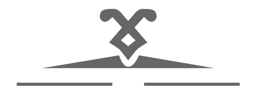
—Me duele el corazón —respondió Snettishane—, y la pena vuelve negros mis días y mis noches.

—Como negro es el cuervo —dijo John Fox.

—Como negro es el cuervo —repitió Snettishane.

Nunca más se oyó al cuervo junto a la orilla del río. Lit-Lit madura día a día y es muy feliz. Además, los hijos de la primera esposa de John Fox, que yace enterrada en un árbol, han tenido hermanas. El anciano Snettishane ya no visita el fuerte y dedica muchas horas a elevar su voz, vieja y apagada, contra la ingratitud filial de los hijos en general y de su hija Lit-Lit en particular. Sus últimos años se han visto amargados polla total seguridad de que fue engañado. Incluso John Fox ha dejado de afirmar que había pagado diez mantas y un arma de fuego de más por Lit-Lit.

[1903]



El golpe maestro de Charley

QUIZÁ NUESTRA HAZAÑA más risible con la Patrulla Pesquera, y al mismo tiempo la más peligrosa, fuese cuando capturamos de una sola vez a una veintena de pescadores coléricos. Charley la calificó de «golpazo» porque había oído a Neil Partington utilizar el término; pero yo creo que comprendió mal la palabra y pensó que se refería a golpe, a la acción de dar con violencia un cuerpo contra otro. Sin embargo, los pescadores —ya se tratase de golpe maestro o de golpazo— debieron considerarla su Waterloo, porque se trató del revés más duro jamás infligido por la Patrulla Pesquera, aunque se lo hubiesen buscado por su forma insolente y descarada de desafiar la ley.

Durante lo que se llama «temporada abierta» los pescadores podían pescar tantos salmones como se lo permitiera su suerte y sus barcos lograsen albergar. Pero existía una restricción importante. Desde la puesta del sol del sábado hasta el amanecer del lunes no se les permitía echar ni una sola red. Se trataba de una disposición muy bien pensada por parte de la Comisión de Pesca, ya que resultaba necesario dar a los salmones alguna oportunidad de ascender el río y desovar. Dicha ley, con solo alguna que otra infracción, había sido obedientemente respetada por los pescadores griegos que pescaban salmón para las conserveras y los mercados.

Un domingo por la mañana Charley recibió una llamada telefónica de un amigo de Collinsville, quien le dijo que todo el grupo de pescadores había salido con sus redes. Charley y yo saltamos a bordo de nuestro salmonera y pusimos rumbo al escenario del problema. Con una ligera brisa de popa atravesamos el estrecho de Carquinez, cruzamos la bahía Suisun, pasamos junto al faro de Ship Island y nos encontramos a toda la flota faenando.

Pero antes debo describir el método que utilizaban. La red se llama de enmalle y se trata de una simple malla romboidal que mide como mínimo diecinueve centímetros entre nudos. Estas redes, de ciento cincuenta a doscientos e incluso doscientos cincuenta metros de largo, miden pocos metros de ancho. No están fijas, sino que flotan con la corriente, el borde superior se mantiene en la superficie por medio de corchos y el inferior se hunde utilizando pesos de plomo.

Esa disposición mantiene la red vertical en la corriente y evita que todos los peces, excepto los más pequeños, asciendan el río. El salmón tiene por costumbre nadar próximo a la superficie, por lo que mete la cabeza en la malla pero no consigue atravesarla por completo debido al mayor contorno del resto del cuerpo, ni puede retroceder y liberarse porque las agallas se quedan enganchadas en la red. Son necesarios dos pescadores para echar una red como esa: uno rema mientras el otro, de pie en la popa, va soltando la red poco a poco y con cuidado. Una vez fuera, extendida sobre la corriente, los hombres llevan rápidamente el bote a uno de los extremos de la red y la arrastran.

Al acercarnos a la flota de pescadores delincuentes, con cada bote a doscientos o doscientos cincuenta metros de sus vecinos y botes y redes salpicando el río hasta donde alcanzábamos a ver, Charley dijo:

—Solo lamento una cosa, muchacho, y es no tener mil brazos para poder atraparlos a todos. Únicamente podremos detener un bote porque, mientras lo abordamos, los demás subirán las redes y se irán.

Ya más cerca no distinguimos la actividad y el nerviosismo que nuestra aparición siempre provocaba. Al contrario, cada bote permanecía tranquilo junto a su red y los pescadores no nos hacían ni caso.

—Qué curioso —murmuró Charley—, ¿será que no nos reconocen?

Dije que eso era imposible y Charley estuvo de acuerdo conmigo. Sin embargo, aquella flota al completo, tripulada por hombres que nos conocían de sobra, nos prestaba tanta atención como si fuésemos una goleta de carga o un velero de placer.

Pero no siguió siendo así, porque al abalanzarnos sobre la red más próxima los hombres a los que pertenecía separaron de ella su bote y remaron lentamente rumbo a la orilla. Las demás embarcaciones no mostraron señales de inquietud.

—Tiene gracia —comentó Charley—. Pero, en cualquier caso, podemos confiscar la red.

Arriamos la vela, cogimos un extremo de la red y empezamos a tirar de ella hacia el interior de nuestro barco. Pero al primer tirón oímos el zumbido de una bala pasar junto a nosotros sobre el agua, seguido del tenue disparo de un rifle. Los hombres que habían remado hasta la orilla nos disparaban. Con el siguiente tirón una segunda bala pasó veloz, peligrosamente cerca. Charley hizo firme la red y se sentó. Se acabaron los disparos. Pero en cuanto volvió a tirar de ella se oyeron otra vez las detonaciones.

—Se acabó —dijo mientras arrojaba el extremo de la red por la borda—. Tenéis más interés en conservarla que nosotros en recogerla. Es toda vuestra.

Remamos hacia la siguiente red porque Charley tenía la intención de averiguar si nos enfrentábamos o no a un desafío organizado. Al aproximarnos, los dos pescadores soltaron su red y remaron hacia la orilla, mientras los dos primeros regresaban y volvían a hacer firme la red que habíamos abandonado. En la segunda red nos recibieron con disparos de rifle hasta que desistimos y nos dirigimos a la tercera, donde se repitió la

Entonces nos rendimos, totalmente derrotados, izamos la vela y pusimos rumbo a Benicia con el viento en contra. Transcurrieron varios domingos durante los que vulneraron la ley de forma persistente. Sin embargo, sin un gran número de soldados armados no podíamos hacer nada. Los pescadores habían dado con una idea nueva y le sacaban el máximo partido, ya que al parecer nosotros no encontrábamos la forma de detenerlos.

Más o menos por entonces llegó Neil Partington desde la zona baja de la bahía, donde había permanecido varias semanas. Con él venía Nicholas, el joven griego que nos había ayudado en el asalto a los piratas de ostras, y los dos nos echaron una mano. Hicimos los preparativos con mucho cuidado. Habíamos decidido que mientras Charley y yo abordábamos las redes, ellos permanecerían ocultos en la orilla para lanzar una emboscada contra los pescadores que llegasen a tierra con la intención de dispararnos.

Era un buen plan. Incluso Charley lo dijo así. Pero no nos organizamos ni la mitad de bien que los griegos. Se anticiparon a nosotros tendiéndole una emboscada a Neil y Nicholas y haciéndolos prisioneros mientras, como antes, las balas silbaron a nuestro alrededor cuando Charley y yo intentamos apoderarnos de las redes. Cuando volvieron se mostraron avergonzados y Charley les tomó el pelo sin piedad. Pero Neil le devolvió la pelota al preguntarle por qué la imaginación de Charley no había logrado superar esa dificultad desde entonces.

—Tú, espera, ya se me ocurrirá alguna idea —prometió Charley.

—Muy probablemente —asintió Neil—, pero me temo que el salmón quede exterminado antes y entonces ya no la necesitaremos.

Neil Partington, muy disgustado con su aventura, partió hacia la zona baja de la bahía, llevándose con él a Nicholas, y Charley y yo nos quedamos solos. Eso significaba que los pescadores faenarían tranquilos los domingos hasta que a Charley se le ocurriese alguna idea. Yo me estrujaba la cabeza sin descanso buscando la forma de frustrar a los griegos, como Charley, y entre los dos repasamos miles de recursos que no servían de nada.

Los pescadores tenían la moral por las nubes y sus botes se desplazaban río arriba y río abajo, lo que nos desconcertaba aun más. Comprendimos que la insubordinación era cada vez mayor. Nos habían vencido y nos habían perdido el respeto. Al faltar el respeto, aumentaba el desprecio. Empezaron a referirse a Charley como «la vieja» y a mí me llamaron «el nene». La situación ya casi resultaba insoportable y sabíamos que estábamos obligados a asestarles a los griegos un golpe contundente si queríamos recuperar el respeto que nos habían mostrado hasta entonces.

Y una mañana surgió la idea. Llegamos al muelle de los vapores, donde desembarcaban los vapores que surcaban el río, y allí nos encontramos con un grupo de estibadores y holgazanes que escuchaban divertidos el desafortunado relato que les hacía un joven de ojos somnolientos y botas de agua. Decía que era un aficionado a la pesca y que quería pescar algo para venderlo en el mercado local de Berkeley. Pero Berkeley se encontraba en la zona baja de la bahía, a treinta millas de distancia. La noche anterior había echado la red y luego se había dormido en el fondo de su bote.

Cuando quiso darse cuenta ya era de día y al abrir los ojos descubrió que su bote rozaba suavemente contra los pilares del muelle de vapores de Benicia. También vio al vapor *Apache* delante de él y a un par de marineros que desenredaban los restos de su red de la rueda de paletas. Resumiendo, tras quedarse dormido, su luz de posición se apagó y el *Apache* pasó por encima de su red. Aunque había quedado hecha pedazos, permaneció sujeta a su embarcación, por lo que el vapor lo arrastró, alejándolo treinta millas de su posición.

Charley me dio un golpecito con el hombro. Pillé su idea al instante, pero objeté:

—No podemos fletar un vapor.

—Ni lo pretendo —replicó—. Pero acerquémonos al astillero Turner. Se me ha ocurrido algo que podría servirnos.

Y nos fuimos al astillero, donde Charley se dirigió hacia la *Mary Rebecca*, que se encontraba en el carro, donde la estaban limpiando y revisando. Era una goleta de carga que ambos conocíamos bien, capaz de cargar ciento cuarenta toneladas y con una superficie vélica mayor que la de cualquier otra goleta de la bahía.

—¿Qué tal estás, Ole? —saludó Charley a un sueco enorme de camisa azul que engrasaba las mordazas de la cangreja mayor con un pedazo de corteza de cerdo.

Ole gruñó, dio una calada a su pipa y continuó engrasando. El capitán de cualquier goleta de carga tiene que trabajar con las manos tan bien como cualquiera de sus tripulantes.

Ole Ericsen confirmó la conjetura de Charley, según la que la *Mary Rebecca*, en cuanto fuese botada, navegaría río San Joaquín arriba casi hasta Stockton para cargar trigo. Entonces Charley hizo su propuesta y Ole Ericsen negó con la cabeza.

—Solo un gancho, un gancho de buen tamaño —suplicó Charley.

—No, creo que no —dijo Ole Ericsen—. Ese gancho haría que la *Mary Rebecca* se trabase en todos los cenagales. No quiero perder a la *Mary Rebecca*. Es lo único que tengo.

—No, no —se apresuró a explicar Charley—. Atravesaremos el fondo de la goleta con el extremo del gancho desde el exterior y lo haremos firme por dentro con una tuerca. Cuando haya cumplido con su deber, desenroscamos la tuerca y dejamos caer el gancho. Luego metemos una clavija de madera en el agujero y la *Mary Rebecca* quedará perfecta.

Ole Ericsen mantuvo su negativa durante un buen rato pero al final, tras haber cenado con él, logramos que consintiera.

—¡Lo haré, de acuerdo! —dijo mientras golpeaba con un puño enorme la palma de su otra mano—. Pero daos prisa con el gancho. La *Mary Rebecca* baja del cano esta noche.

Era sábado y Charley necesitaba darse prisa. Nos dirigimos a la herrería del astillero donde, siguiendo las indicaciones de Charley, fabricaron un gancho de acero pesado y con una curva muy generosa. Corrimos de vuelta a la *Mary Rebecca*. Taladramos un agujero a popa de la enorme caja de la orza de la quilla, a través de lo que era propiamente su quilla. En él insertamos el extremo del gancho, desde el exterior, y Charley, que estaba dentro, enroscó con fuerza la tuerca. Una vez colocado, el gancho sobresalía más de treinta centímetros por debajo del fondo de la goleta. Su curva era similar a la de una hoz, pero más profunda.

A última hora de la tarde se llevó a cabo la botadura de la *Mary Rebecca* y se terminaron los preparativos para zarpar río arriba a la mañana siguiente. Charley y Ole estudiaron con atención el cielo del atardecer en busca de indicios de viento porque, sin una buena brisa, nuestro proyecto estaba abocado al fracaso. Ambos afirmaron que soplaría un fuerte viento de poniente, no la brisa normal al anochecer, sino un vendaval que ya empezaba a levantarse.

La mañana siguiente confirmó sus predicciones. El sol brillaba con fuerza, pero un buen vendaval soplaba en el estrecho de Carquinez y la *Mary Rebecca* zarpó con dos rizos en la mayor y uno en el trinquete. La travesía en el estrecho y la bahía Suisun resultó dura, pero las aguas se fueron calmando al estar más rodeadas de tierra, aunque sin que el viento diese tregua.

En la zona del faro de Ship Island soltamos los rizos y, a sugerencia de Charley, preparamos para izar una vela de estay de gavia y se revisó la gavia alta, plegada en la espiga o tope del palo, de manera que resultase posible largarla en el instante mismo de recibir la orden.

Corríamos a toda velocidad, con las velas extendidas a ambos lados, el viento a popa, la vela de trinquete a estribor y la mayor a babor, cuando nos topamos con la flota salmonera. Allí estaban, barcas y redes, como en aquel primer domingo cuando nos superaron, prolongándose uniformemente por el río hasta donde podíamos ver. A la derecha del canal dejaban un espacio estrecho para que pasaran los vapores, pero las extensas redes cubrían el resto del cauce. Esa franja estrecha era el curso lógico a seguir, sin embargo Charley, que iba al timón, puso a la *Mary Rebecca* rumbo a las redes.

Eso no alarmó a los pescadores porque las embarcaciones que navegan río arriba siempre van provistas de zapatas en las quillas que les permiten pasar por encima de las redes sin enredarse en ellas.

—¡A por ella! —gritó Charley mientras nos adentrábamos a toda velocidad por el centro de una línea de corchos que marcaban una red. Al final de la línea se veía una pequeña boya y al otro extremo dos pescadores en su barca. Enseguida boya y barca empezaron a acercarse la una a la otra y los pescadores gritaron al ver que los arrastrábamos. Un par de minutos más tarde atrapamos una segunda red con el gancho y luego una tercera, y de esa forma fuimos desgarrando las redes y pasando por el centro de toda la flota.

La consternación que provocamos entre los pescadores fue tremenda. En cuanto enganchábamos una red sus dos extremos, boya y barca, se acercaban mientras los arrastrábamos; y eran tantas las boyas y las barcas que se acercaban a una velocidad impresionante que los pescadores solo podían ocuparse de evitar estrellarse los unos contra los otros. También nos gritaban como locos para que facheásemos contra el viento, porque creían que se trataba de una broma de borrachos por parte de la tripulación de la goleta de carga, sin siquiera imaginar que éramos los de la Patrulla Pesquera.

La resistencia que opone una sola red es enorme, por lo que Charley y Ole Ericsen decidieron que incluso con aquel viento la *Mary Rebecca* no podría arrastrar más de diez redes. De manera que cuando tuvimos enganchadas diez

barcas, que contenían veinte hombres y de las que tirábamos, viramos a la izquierda para apartarnos de la flota y pusimos rumbo a Collinsville.

Estábamos encantados. Charley manejaba el timón como si fuese el de un velero que vuelve a casa tras ganar una regata importante. Los dos marineros que componían la tripulación de la *Mary Rebecca* sonreían y bromeaban. Ole Ericsen se frotaba las gigantescas manos con el regocijo propio de un niño.

—Creo que los de la Patrulla Pesquera nunca habéis tenido tanta suerte como cuando navegáis con el bueno de Ole Ericsen —estaba diciendo cuando se oyó el disparo de un rifle en retaguardia y una bala rozó la cabina recién pintada, se desvió al tocar un clavo y silbó con estridencia mientras se perdía en el aire.

Eso fue demasiado para Ole Ericsen. Al ver su querida pintura estropeada de aquella forma pegó un salto y amenazó con el puño a los pescadores, pero una segunda bala se incrustó en la cabina a menos de quince centímetros de su cabeza y el sueco se dejó caer a cubierta para protegerse tras la barandilla.

Todos los pescadores tenían rifles y se concentraron en emitir una descarga cerrada. Tuvimos que ponernos a cubierto, incluso Charley, quien se vio obligado a abandonar el timón. De no haber sido por la fuerte resistencia de las redes habríamos orzado para quedar a merced de los enfurecidos pescadores. Pero las redes, bien fijadas al casco del barco muy a popa, lo mantenían de popa contra el viento, por lo que continuaba avanzando con dificultad, aunque de manera un tanto errática.

Charley, tumbado sobre la cubierta, se las arregló para alcanzar las cabillas inferiores del timón, pero le resultaba muy difícil e incómodo manejarlo. Ole Ericsen se acordó de que en la bodega vacía llevaba un gran pedazo de chapa de acero. Se trataba de una placa del interior del *New Jersey*, un vapor que había naufragado poco tiempo antes en la zona exterior del Golden Gate y en cuyo salvamento había tomado parte la *Mary Rebecca*.

Arrastrándonos con cuidado por la cubierta, los dos marineros, Ole y yo subimos la pesada chapa y la llevamos a popa, donde la levantamos como un escudo situado entre el timón y los pescadores. Las balas golpeaban y chocaban ruidosamente contra ella, como si se tratara de un puesto de tiro al blanco, pero Charley sonreía, resguardado tras ella y continuó gobernado la embarcación, tan tranquilo.

Así seguimos adelante, perseguidos por el alboroto de gritos y aullidos que provocaban los coléricos griegos y por el ruido de las balas, hasta divisar Collinsville.

—Ole —dijo Charley con voz débil—, no sé qué vamos a hacer.

Ole Ericsen, tumbado boca arriba junto a la barandilla y sonriéndole al cielo, se puso de lado y lo miró.

—Creo que debemos entrar en Collinsville como sea —dijo.

—Pero no podemos pararnos —gimió Charley—. No lo había pensado, pero no podemos pararnos.

Un gesto de consternación se fue extendiendo poco a poco por el ancho rostro de Ole. Era verdad. Teníamos un avispero entre manos y si parábamos en Collinsville acabaría alrededor de nuestras cabezas.

—Cada uno de esos lleva un arma de fuego —comentó, sonriente, uno de los marineros.

—Sí, y un cuchillo —añadió el otro.

Ahora le tocaba gemir a Ole Ericsen.

—No sé por qué un sueco como yo tenía que meterse en algo que no es asunto suyo —monologó.

Una bala rozó la popa y se desvió a estribor como una avispa con malas intenciones.

—No podemos hacer más que dejar que la *Mary Rebecca* encalle en la orilla y salir pitando —fue el veredicto del marinero sonriente.

—¿Y abandonar la *Mary Rebecca*? —preguntó Ole con una nota de aterrador espanto en la voz.

—No, a no ser que te empeñes —fue la respuesta.

—Pero prefiero encontrarme a más de mil millas de distancia de ella cuando esos tipos suban a bordo —dijo el otro mientras señalaba al grupo de griegos indignados que llevábamos detrás.

Para entonces ya estábamos encima de Collinsville y pasamos pegados al embarcadero a toda velocidad.

—Solo espero que el viento aguante —dijo Charley y miró de reojo a nuestros prisioneros.

—No te preocupes por el viento —respondió Ole desconsolado—, lo que se va a acabar antes de tiempo es el río y entonces… entonces…

—A correr hacia los árboles con los griegos persiguiéndonos —proclamó el marinero sonriente mientras Ole continuaba tartamudeando sobre lo que ocurriría cuando alcanzásemos el final del río.

Habíamos llegado a una bifurcación. A la izquierda se encontraba la desembocadura del río Sacramento y a la derecha la del San Joaquín. El marinero sonriente se arrastró hacia delante y trasluchó la vela trinquete mientras Charley llevó el timón a estribor y viramos bruscamente a la derecha, internándonos en el San Joaquín. El viento, del que habíamos estado

huyendo con el barco nivelado, nos pilló en ese momento por el través y la *Mary Rebecca* se vio presionada hacia abajo a babor como si estuviese a punto de volcar.

Pero continuamos adelante con los pescadores detrás. El valor de sus redes era superior a las multas que deberían pagar por violar las leyes de pesca, de manera que soltar las redes y huir, algo que podrían hacer fácilmente, no los beneficiaría en absoluto. Además, permanecían junto a sus redes por instinto, como permanece el marinero junto a su barco. Por si eso fuera poco, el deseo de venganza los dominaba y podíamos estar seguros de que nos seguirían hasta el fin del mundo si fuese nuestra intención arrastrarlos hasta tan lejos.

Ya no se oían los disparos de riñe y miramos hacia atrás para ver qué hacían nuestros prisioneros. Las barcas se encontraban atadas a distancias desiguales y vimos que las cuatro más próximas querían agruparse. La que iba en cabeza le había lanzado un cabo pequeño a la de atrás. Cuando lo cogieran, soltarían su red y halarían del cabo hasta quedar al lado de la primera barca. Sin embargo, viajábamos a una velocidad tan exagerada que su maniobra se veía muy ralentizada. A veces los hombres se estiraban al máximo y se quedaban a pocos centímetros del cabo y otras veces lo conseguían más rápidamente.

Cuando las cuatro barcas se habían juntado lo bastante para que un hombre pasara de una a otra, uno de los griegos de cada una de las otras tres subió a la más próxima a nosotros, todos armados con sus rifles, por lo que en la más cercana había cinco hombres y quedaba claro que tenían la intención de abordarnos. Pretendían hacerlo —empleando la fuerza y sudando la gota gorda— recomendó poco a poco, avanzando mano tras mano, la relinga de corchos de una red. Y aunque era lento y se detenían con frecuencia para descansar, cada vez se encontraban más cerca.

Charley sonrió al ver sus esfuerzos y dijo:

—Ayúdala con la vela de gavia, Ole.

Soltaron el tamborete del gratil del palo mayor y tensaron escota y cargadera, en medio de los disparos dispersos de los rifles procedentes de las barcas, y la *Mary Rebecca* se abalanzó hacia delante más rápido que nunca.

Pero los griegos no se amilanaron. Incapaces, debido al aumento de velocidad, de acercarse más ayudándose de las manos, a partir del motón de la vela de su barca aparejaron lo que los marineros llaman un aparejo de tren. Uno de ellos, al que sus compañeros sujetaban por las piernas, se inclinaba por encima de la proa y hacía firme el aparejo a la relinga de corchos. Luego

halaban con el aparejo hasta que los motones se juntaban, momento en el que repetían toda la maniobra.

—Necesitamos la vela de estay —dijo Charley.

Ole Ericsen observó la tensión que ya soportaba la *Mary Rebecca* y negó con la cabeza.

—Le arrancará los mástiles de cuajo —contesto.

—Pues si no lo hacemos nos arrancarán a nosotros de ella —respondió Charley.

Ole miró los mástiles con preocupación, luego observó la barca llena de griegos armados y consintió.

Los cinco hombres se encontraban en la proa de la barca, mal lugar cuando una embarcación te lleva a remolque. Yo vigilaba el comportamiento de su barca cuando desplegaron la enorme vela de estay de gavia, mucho más grande que la vela de gavia y que solo se usaba con viento ligero. En el momento en que la *Mary Rebecca* dio un bandazo hacia delante acompañado de una sacudida tremenda, la proa de la barca se hundió en el agua y los hombres se lanzaron a popa en desbandada, cayendo unos encima de los otros, en su afán por evitar que la barca entera se hundiese.

—¡Les está bien empleado! —afirmó Charley, aunque estudiaba con gesto preocupado el comportamiento de la *Mary Rebecca*, que navegaba con mucho más trapo del que podía llevar correctamente.

—¡Próxima parada, Antioch! —anunció el marinero sonriente como si fuese el revisor de un tren—. ¡Y después viene Merryweather!

—¡Ven aquí, corre! —me dijo Charley.

Crucé la cubierta arrastrándome y me puse de pie junto a él, protegido por la chapa de acero.

—Busca en mi bolsillo interior —me ordenó— y coge mi libreta de notas. Eso es. Arranca una página en blanco y escribe lo que te diga.

Esto es lo que escribí:

> Llamen por teléfono a Merryweather, al *sheriff*, a la Policía o al juez. Díganles que vamos hacia allí y que hagan salir a toda la población. Que les den armas. Que bajen todos al embarcadero a recibirnos o no la contamos.

—Ahora hazla firme a ese pasador y prepárate para lanzarlo a la orilla.

Hice lo que me decía. Para entonces ya estábamos cerca de Antioch. El viento silbaba entre nuestro aparejo y la *Mary Rebecca* iba medio inclinada hacia un lado y corría como un galgo del océano. Los marineros de Antioch

nos habían visto desplegar la gavia y el estay, un comportamiento de lo más temerario con aquellas condiciones meteorológicas, y habían acudido corriendo en pequeños grupos a la punta del embarcadero para enterarse de qué era lo que ocurría.

Nos acercamos a la zona portuaria como un rayo mientras Charley maniobraba para aproximarse al muelle hasta que casi era posible saltar. Cuando me dio la señal, lancé el pasador. Golpeó los tablones del embarcadero con un ruido tremendo, rebotó durante cinco o seis metros y acabó junto al asombrado grupo de curiosos.

Todo ocurrió en un segundo porque al minuto siguiente habíamos dejado atrás Antioch y corríamos río San Joaquín arriba hacia Merryweather, que quedaba a seis millas. En esa zona el río se enderezaba para seguir su curso general hacia el este y recuperamos el viento de popa, otra vez con las velas extendidas a ambos lados y la vela trinquete hinchándose a estribor.

Ole Ericsen parecía haber caído en un estado de imperturbable desesperación. Charley y los dos marineros se mostraban optimistas y tenían motivos para serlo. Merryweather era una población minera y, al ser domingo, lo normal sería que los hombres se encontrasen en el pueblo. Además, los mineros del carbón nunca habían apreciado a los pescadores griegos y sin duda nos ayudarían encantados.

Forzamos la vista para intentar divisar la población y la primera imagen de ella que nos llegó supuso un gran alivio para nosotros. Los embarcaderos estaban llenos de hombres. Al acercarnos nos dimos cuenta de que aún llegaban más, calle mayor abajo, armados y corriendo. Charley miró hacia atrás, a los pescadores, con un aire de propietario que hasta entonces no había mostrado. Los griegos se quedaron anonadados al ver el despliegue de hombres armados y empezaron a guardar sus rifles.

Arriamos la vela de gavia y la vela de estay, soltamos el pico de la mayor y, al llegar a la altura del embarcadero principal, trasluchamos la vela mayor. La *Mary Rebecca* viró contra el viento, con los pescadores cautivos describiendo un arco tras ella, y continuó avanzando hasta disminuir la velocidad, momento en el que le lanzaron varios cabos desde la orilla y la hicieron firme. Todo eso bajo el huracán de vítores que dejaban escapar los mineros.

Ole Ericsen soltó un suspiro enorme.

—Creí que nunca más vería a mi esposa —confesó.

—Pero si no hemos corrido peligro en ningún momento —dijo Charley.

Ole lo miró con gesto incrédulo.

—Lo digo de verdad —aseguró Charley—. Llegado el momento, bastaba con soltar nuestro extremo, como voy a hacer ahora para que esos griegos puedan desenredar sus redes.

Bajó con una llave inglesa, desenroscó la tuerca y soltó el gancho. Cuando los griegos terminaron de subir las redes a sus barcas y de dejarlo todo bien recogido, un grupo de ciudadanos se ocupó de acompañarlos hasta la cárcel.

—Creo que he sido un idiota —dijo Ole Ericsen. Pero cambió de idea cuando los ciudadanos, llenos de admiración, se apelotonaron a bordo para estrecharle la mano y un par de periodistas con iniciativa hicieron fotos de la *Mary Rebecca* y su capitán.

[1903]



Demetrios Contos

QUE NADIE PIENSE, debido a lo que he contado sobre los pescadores griegos, que eran realmente malos. En absoluto. Pero eran hombres brutos, reunidos en comunidades aisladas y que debían luchar contra los elementos para ganarse la vida. Vivían alejados de la ley y sus mecanismos, que escapaban a su comprensión, y la consideraban una forma de tiranía. En especial les parecían tiránicas las leyes sobre pesca. Por eso los miembros de la Patrulla Pesquera éramos sus enemigos naturales.

Nosotros amenazábamos sus vidas, o su forma de ganárselas, que en cierto modo es lo mismo. Confiscábamos trampas y redes ilegales cuyos materiales les habían costado sumas importantes y cuya elaboración suponía semanas de trabajo. Evitábamos que pescasen en muchas épocas y estaciones, lo que equivalía a evitar que viviesen tan bien como habrían vivido de no existir nosotros. Y cuando los capturábamos acababan ante un tribunal que los condenaba al pago de elevadas multas en efectivo. Debido a todo eso nos odiaban con rencor acumulado. Como el perro es enemigo natural del gato y la serpiente del hombre, los de la Patrulla Pesquera éramos enemigos naturales de los pescadores.

Pero si cuento esta historia de Demetrios Contos es para demostrar que, igual que odiaban con resentimiento, también eran capaces de actuar con generosidad. Demetrios Contos vivía en Vallejo. Después de Alec *el Grande* era el hombre más grande, más valiente y más influyente entre los griegos. No nos había dado problemas y dudo que se hubiese enfrentado a nosotros alguna vez de no haber invertido en un nuevo barco salmonera. Ese barco fue la causa de todos los problemas. Lo hizo construir siguiendo su propio diseño, en el que las líneas del salmonera genérico aparecían un tanto modificadas.

Para su alegría, descubrió que el nuevo barco era muy rápido, de hecho lo era más que cualquier otro de los de la bahía o los ríos. En el acto se mostró orgulloso y jactancioso y, como nuestra redada con la *Mary Rebecca* sobre quienes pescaban salmón en domingo los había amedrentado, él decidió retar a los de Benicia. Uno de los pescadores locales nos lo contó. El reto consistía en que, el domingo siguiente, Demetrios Contos navegaría desde Vallejo y

justo frente a Benicia, a plena vista, echaría la red para pescar salmón; a ver si Charley Le Grant, el patrullero, era capaz de atraparlo. Por supuesto, Charley y yo habíamos oído hablar del nuevo barco, pero el nuestro también era muy rápido y no temíamos enfrentarnos a ningún otro.

Llegó el domingo. Había corrido el rumor del reto y los pescadores y marineros de Benicia se presentaron en masa y atestaron el muelle de los vapores hasta que pareció la tribuna de un estadio durante un partido de fútbol. Charley y yo nos habíamos mostrado escépticos, pero aquella multitud nos convenció de que el reto de Demetrios Contos iba en serio.

A primera hora de la tarde, cuando la brisa marina había adquirido más fuerza, su vela apareció a la vista mientras corría con el viento en popa. Cambió de rumbo a unos seis metros del muelle, saludó teatralmente con la mano como un caballero a punto de entrar en liza, recibió una calurosa ovación y se adentró en el estrecho, donde se detuvo, a unos doscientos metros de distancia. Luego arrió velas, permitió que el viento lo desviase hacia un lado y se dispuso a calar la red. No echó demasiada malla, posiblemente unos quince metros, pero Charley y yo nos quedamos atónitos debido a la desfachatez de aquel hombre. En ese momento no sabíamos —nos enteramos después— que la red que utilizó era vieja y sin valor. Podía atrapar peces, cierto, pero una captura de buen tamaño la habría hecho pedazos.

Charley negó con la cabeza y dijo:

—Confieso que no lo entiendo. ¿Qué importa que solo haya echado quince metros de red? No sería capaz de subirla a bordo si fuésemos a por él. Además, ¿por qué viene hasta aquí para pasarnos por las narices que está violando la ley? Y en nuestro territorio, ante nuestra ciudad.

La voz de Charley adoptó un tono ofendido y continuó varios minutos más lanzando invectivas contra el descaro de Demetrios Contos.

Mientras, el hombre en cuestión permanecía repantingado en la popa de su barco, observando los corchos de la red. Cuando un pez grande se enreda en una red de enmalle, los corchos avisan de lo ocurrido porque se agitan. Y sin duda avisaron a Demetrios, ya que recogió algo más de tres metros de red y sostuvo un salmón reluciente y de buen tamaño en el aire durante un momento, antes de arrojarlo al fondo del barco. El público del muelle lo recibió con una salva tras otra de aplausos y ovaciones. Eso ya fue demasiado para Charley.

—Vamos, muchacho —me dijo y no perdimos tiempo en subir a nuestro salmonera e izar velas.

La multitud gritó para advertir a Demetrios y, mientras nos alejábamos disparados del muelle, lo vimos cortar su red sin valor con una navaja. Tenía la vela lista para izarla de inmediato y un momento después se agitaba a la luz del sol. Navegó con el viento a popa, tiró de la escota y la orientó en una bordada larga hacia los montes de Contra Costa.

Para entonces no estábamos a más de nueve metros a popa de él. Charley saltaba de alegría. Sabía que nuestro barco era rápido y que pocos hombres lo igualaban en su dominio de la navegación. Estaba convencido de que íbamos a atrapar a Demetrios y yo compartía su confianza. Pero, de alguna forma, no lográbamos alcanzarlo.

Soplaba una brisa estupenda para la navegación. Nos deslizábamos como la seda sobre el agua pero Demetrios se alejaba de nosotros despacio y con la misma suavidad. No solo iba más rápido sino que ceñía casi una cuarta más que nosotros. Nos quedó muy claro cuando viró por avante bajo los montes de Contra Costa y en la siguiente bordada nos pasó treinta metros a barlovento.

—¡Hala! —exclamó Charley—. O ese barco es una pluma o nosotros llevamos una lata de petróleo de cinco litros atada a la quilla.

La verdad es que parecía que así era. Para cuando Demetrios llegó a los montes de Sonoma, al otro lado del estrecho, nos llevaba tanta ventaja que Charley me dijo que lascase la escota y pusimos rumbo a Benicia. Los pescadores que estaban en el muelle de vapores se burlaron de nosotros cuando llegamos y amarramos. Charley y yo bajamos a tierra y nos alejamos de allí sintiéndonos avergonzados, porque cualquiera que cree que tiene un buen barco y sabe manejarlo se siente herido en su orgullo cuando llega otro y lo supera.

Charley anduvo deprimido un par de días y entonces nos avisaron, como antes, de que el domingo siguiente Demetrios Contos repetiría su actuación. Charley se animó. Subió nuestro barco al carro, limpió y pintó su casco, realizó una alteración insignificante en la orza de la quilla, revisó los aparejos y se pasó casi toda la noche del sábado cosiendo velas nuevas y mucho más grandes. Tan grandes las hizo que resultó imprescindible contar con más lastre y estibamos doscientos kilos de vías férreas en la bodega del barco.

Llegó el domingo y con él Demetrios Contos para violar la ley en pleno día y de manera desafiante. Otra vez contábamos con una buena brisa y de nuevo Demetrios cortó unos doce metros o más de su vieja red, izó velas y emprendió la marcha delante de nuestras narices. Pero había anticipado la jugada de Charley y sus propias velas eran más altas que nunca, además había añadido paño a la baluma de popa.

Pasando frente a los montes de Contra Costa íbamos igualados, sin que pareciera que alguno de nosotros ganaba o perdía. Pero para cuando habíamos dado la bordada de retorno hacia los montes de Sonoma vimos que, a pesar de ir a la par en velocidad, Demetrios había ceñido más que nosotros en el último trecho. Sin embargo, Charley manejaba nuestro barco tan bien y con tanta delicadeza como era posible y le sacaba más partido que nunca.

Claro que podría haber desenfundado su revólver para disparar contra Demetrios, pero no nos gustaba dispararle a quien huía si solo era culpable de un delito menor. Además, se había establecido una especie de acuerdo tácito entre los patrulleros y los pescadores: si no disparábamos mientras huían, ellos a su vez no se resistían cuando los pillábamos. Por eso Demetrios Contos huía de nosotros sin que hiciéramos más que lo posible por alcanzarlo, así como sabíamos que, si nuestro barco fuese más rápido que el suyo o lo gobernásemos mejor, no ofrecería resistencia cuando lo atrapásemos.

Con nuestras enormes velas y la fuerte brisa que soplaba en el estrecho de Carquinez, nos dimos cuenta de que nuestra navegación se volvía peliaguda. Teníamos que permanecer siempre alerta para evitar volcar y mientras Charley gobernaba yo sujetaba la escota de la mayor, con una sola vuelta alrededor de una cabilla, dispuesto a soltarla en cualquier momento. Demetrios, que navegaba en solitario, estaba muy ocupado.

Pero en vano intentamos atraparlo. Gracias a su propia experiencia e instinto había desarrollado un barco que era mejor que el nuestro. Y aunque Charley navegaba tan bien como él, si no mejor, su barco no resultaba tan bueno como el del griego.

—¡Arría la escota! —ordenó Charley. Y mientras nuestro barco se desviaba viento en popa, nos llegó la risa burlona de Demetrios. Charley negó con la cabeza y añadió—: Es inútil. El barco de Demetrios es mejor. Si vuelve a repetir su actuación, debemos planear otra forma de enfrentarnos a él.

Entonces fue mi imaginación la que acudió al rescate.

—¿Qué te parecería —sugerí el miércoles siguiente— si el domingo yo persigo a Demetrios en el barco mientras tú lo esperas en el muelle de Vallejo?

Charley lo pensó un instante y luego se dio una palmada en la rodilla.

—¡Buena idea! Empiezas a utilizar la cabeza. Mérito de tu maestro, seguramente. Pero no debes perseguirlo durante demasiado tiempo —añadió enseguida—, o se internará en la bahía de San Pablo en vez de volver a su casa, a Vallejo, y yo me quedaré aguardándolo en el muelle en vano.

El jueves Charley le puso una pega a mi plan.

—Todo el mundo sabrá que me he ido a Vallejo y puedes estar seguro de que Demetrios se enterará enseguida. Me temo que esa idea no nos vale.

La pega tenía su razón de ser y me pasé el resto de la jornada intentando controlar mi decepción. Pero esa noche creí haber encontrado la forma de conseguirlo y, dejándome llevar por la emoción, desperté a Charley, que dormía profundamente.

—A ver, ¿qué pasa? —gruñó—. ¿Dónde está el fuego?

—Aquí, en mi cabeza —respondí—. Escucha. El domingo tú y yo nos dejaremos ver por Benicia hasta el momento justo en que divisemos las velas de Demetrios. Eso acabará con las sospechas de cualquiera. Entonces, cuando veamos el trapo de Demetrios, tú te irás paseando con calma hacia las afueras. Los pescadores pensarán que te ha vencido y que lo sabes perfectamente, que reconoces tu derrota.

—Bien, de momento vas bien —comentó Charley mientras yo hacía una pausa para tomar aliento.

—Muy bien —continué orgulloso—. Te vas paseando hacia las afueras, pero en cuanto te pierdan de vista corres como alma que lleva el diablo hasta la casa de Dan Maloney. Coges su yegua y te lanzas al camino de Vallejo. Está en muy buenas condiciones y llegarás antes que Demetrios navegando con el viento en contra.

—A primera hora de la mañana me ocuparé de organizar lo de la yegua —dijo Charley aceptando así el plan modificado sin dudarlo ni un segundo.

—Pero oye —dijo poco después y entonces él me despertó a mí de un sueño profundo. Lo oía reírse entre dientes en la oscuridad—•. Oye, muchacho, ¿no te parece una novedad que la Patrulla Pesquera vaya a caballo?

—Hay que usar la imaginación —respondí—. Eso es lo que siempre predicas: «Que tus ideas se adelanten a las del otro, así acabarás ganando».

—¡Je, je! —se rió—. Y si esta forma de adelantarse, yegua incluida, no deja al otro sin respiración, yo dejo de ser Charley Le Grant, tu humilde servidor.

—Pero ¿podrás manejar el barco tú solo? —preguntó el viernes—. Recuerda que le hemos puesto unas velas enormes.

Argumenté tan bien mi competencia que no volvió a hacer referencia al asunto hasta el sábado, cuando sugirió retirar trapo de la baluma de popa. Creo que desistió al ver mi gesto de decepción, porque yo también me sentía orgulloso de mi capacidad para gobernar un barco y estaba deseando zarpar

solo con semejante cantidad de trapo y lanzarme en persecución del griego volador por el estrecho de Carquinez.

Como siempre, el domingo y Demetrios Contos llegaron juntos. Ya resultaba normal que los pescadores se reunieran en el muelle de los vapores para recibirlo y reírse de nuestra turbación. Arrió velas a unos doscientos metros y echó sus acostumbrados quince metros de red inservible.

—Supongo que esta tontería durará hasta que se quede sin redes viejas —gruñó Charley a propósito para que lo oyeran algunos de los griegos.

—Entonces yo le daré las mías —dijo uno de ellos de inmediato y con malicia.

—No me importa —respondió Charley—. Yo también tengo redes viejas que le daré encantado si viene a pedírmelas.

Todos se rieron al oírlo porque podían mostrarse amables con un hombre tan terriblemente humillado como Charley.

—Bueno, me voy, muchacho —me dijo Charley un minuto después—. Creo que me acercaré hasta casa de Maloney.

—¿Me dejas que saque yo el barco? —pregunté.

—Si quieres —fue su respuesta mientras se giraba y echaba a andar con toda la calma del mundo.

Demetrios sacó dos salmones grandes de su red y yo salté a bordo de nuestro barco. Los pescadores se acercaron más con intención de divertirse y cuando empecé a izar las velas me abrumaron a consejos burlones. Incluso hicieron elevadas apuestas entre ellos a favor de que yo sería capaz de atrapar a Demetrios y dos de ellos, haciéndose pasar por un comité de jueces, me pidieron permiso con total seriedad para acompañarme y presenciar cómo lo lograba.

Pero yo no tenía prisa. Aguardé para darle a Charley tanto tiempo como me fuese posible e hice ver que no me satisfacía la tirantez de las velas y moví ligeramente el aparejuelo gracias al que la enorme botavara hace subir el puño de boca. Cuando estuve seguro de que Charley había llegado a casa de Dan Maloney y se encontraba ya a lomos de la yegua me alejé del muelle y desplegué la vela grande. Una firme bocanada de viento la llenó y hundió de repente la borda de sotavento hasta que el contenido de un par de cubos de agua se coló en el barco. Un detalle como ese puede ocurrirle al mejor patrón de embarcaciones pequeñas y sin embargo, aunque enseguida solté la escota y enderecé el barco, me vitorearon en tono sarcástico, como si hubiese metido la pata basta el fondo.

Cuando Demetrios vio que solo había un tripulante en el barco patrulla y que además era un muchacho se dispuso a jugar conmigo. Dio una bordada corta conmigo a menos de nueve metros de distancia y regresó hacia el muelle de vapores, donde empezó a dar bordadas cortas, virando una y otra vez y esquivándome, para gran placer de su entregado público. No me aparté de él ni un instante y me atreví a hacer todo lo que él hacía, incluso cuando se situó con el viento en popa y trasluchó la mayor, una maniobra peligrosa con semejante tamaño de vela y bajo aquel viento.

Para martirizarme, él dependía de la energía del viento y de la fuerza de la marea vaciante, que juntos provocaban un mar de lo más peligroso. Pero di el do de pecho y nunca jamás goberné un barco mejor que aquel día. Estaba perfectamente alerta y sincronizado: mi cerebro funcionaba muy bien y a gran velocidad, mis manos no dudaron ni un segundo y parecía que casi adivinaba los miles de detalles que quien maneja un barco pequeño debe tener en cuenta a cada instante.

Fue Demetrios quien acabó pasándolo mal. Algo le ocurrió a su orza, que se atascó y no salió por completo. Durante un respiro ganado con una maniobra muy inteligente lo vi pelearse impaciente con la orza, intentando forzarla a salir por completo. Le di poco tiempo y se vio obligado a regresar corriendo a la caña del timón y la escota.

La orza lo tenía preocupado. Renunció a continuar jugando conmigo y puso rumbo a Vallejo. Para mi alegría, durante la primera bordada larga descubrí que era capaz de ceñir un poco más que él. En ese momento le habría ido muy bien contar con otro hombre a bordo porque, como yo estaba a pocos metros por detrás de él, no se atrevía a soltar la caña y correr al medio del barco para intentar que la orza bajase por completo.

Incapaz de mantenerse en el filo del viento con tanta precisión como antes, procedió a arriar ligeramente la escota y a lascar un poco para moverse más rápido que yo. Permití que lo hiciera hasta que barloventeé, momento en el que me acerqué a él. Al aproximarme, amagó con cambiar de dirección. Eso me llevó a flamear contra el viento ara impedírselo. Pero solo fue un amago muy bien ejecutado y él recobró su rumbo mientras yo me apresuraba a recuperar el terreno perdido.

En lo relativo a maniobrar él era innegablemente más rápido que yo. Una y otra vez estuve a punto de atraparlo y en cada ocasión me engañaba y huía de mí. Además, el viento soplaba cada vez más fuerte y los dos estábamos muy ocupados en evitar volcar. Mi barco no se habría mantenido a flote de no ser por el lastre de más que llevaba. Yo me sentaba inclinado sobre la regala

de barlovento, con la caña del timón en una mano y la escota en la otra. Y como llevaba la escota con una sola vuelta alrededor de una cabilla muy a menudo, durante los soplos de viento más fuertes, me veía obligado a largar Eso me permitía quitarle viento a la vela, lo que equivalía a suprimir la misma cantidad de potencia y, por supuesto, perdía terreno. Me consolaba saber que Demetrios se veía obligado a hacer lo mismo tan a menudo como yo.

La fuerte marea vaciante, que corría por el estrecho contra un viento violento, provocaba que el mar estuviese más picado y peligroso de lo normal, por lo que rompía a bordo continuamente. Yo estaba empapado e incluso la vela se encontraba mojada hasta la mitad de la baluma de popa. Una vez logré superar a Demetrios con mi estrategia, y mi proa golpeó el centro de su barco. Ese fue el momento en el que eché en falta contar con otro hombre a bordo. Antes de que pudiese correr a proa y saltar a su cubierta, él separó los barcos con un remo mientras se reía de mí.

De repente llegamos a la entrada de los estrechos, una zona muy peligrosa donde el estrecho de Vallejo y el de Carquinez se abalanzaban el uno sobre el otro. A través del primero fluía toda el agua del río Napa y de las enormes extensiones de tierra sumergida en pleamar; por el segundo corría el agua de la bahía Suisun y los ríos San Joaquín y Sacramento. En el punto en que semejantes masas de agua, corriendo veloces, entrechocaban, se formaba un oleaje tremendo. Para empeorar la situación, el viento soplaba en dirección a la bahía de San Pablo durante quince millas, lo que añadía un mar terriblemente picado al oleaje de la entrada.

Las corrientes opuestas rompían en todas las direcciones, chocando, formando remolinos, vórtices y turbulencias y elevándose con maldad para crear olas huecas que rompían en cubierta, tanto de sotavento como de barlovento. Y en medio de todo eso, confuso y empujado a esa locura en movimiento, rugía el impresionante oleaje procedente de la bahía de San Pablo.

Me sentía tan violentamente agitado como el agua. El barco se comportaba de maravilla, saltaba y daba guiñadas en medio de aquel mar como un caballo de carreras. Estaba tan contento que casi no lograba contenerme. La vela gigantesca, el aullar del viento, la fuerza de las olas, la forma en que cabeceaba el barco… yo, un pigmeo, una simple mota de polvo en medio de todo aquello, dominaba la lucha de los elementos, volaba por encima de ellos y los atravesaba, triunfante y victorioso.

En ese momento, mientras rugía como un héroe vencedor, el barco recibió un golpe impresionante y se detuvo en seco. Yo salí disparado hacia delante y

caí al suelo. Mientras volaba por los aires percibí la imagen fugaz de un objeto verdoso y cubierto de bálanos, y enseguida supe que se trataba de ese horror de la navegación que es un obstáculo sumergido. Nadie puede protegerse de semejante cosa. Inundado y flotando justo por debajo de la superficie, en medio de aquellas aguas turbulentas resultaba imposible divisarlo con tiempo suficiente para escapar.

Creo que se incrustó por completo en la proa del barco, porque en pocos segundos estaba medio lleno de agua. A continuación, un par de olas lo llenaron por completo y se hundió enseguida, arrastrado hacia el fondo por el pesado lastre que llevaba. Tan rápido fue todo que yo me vi enredado en la vela y yéndome a pique con el barco. Cuando me abrí camino hacia la superficie, medio ahogado y con los pulmones a punto de estallar, no vi ni rastro de los remos por ninguna parte. Seguramente se los habría llevado aquella mezcla aterradora de corrientes. Vi a Demetrios Contos mirar hacia atrás desde su barco y percibí el tono burlón y vengativo de su voz mientras gritaba exultante. Mantuvo el rumbo sin desviarse y me abandonó a la muerte.

No me quedaba más remedio que intentar salvarme a nado, algo que, en medio de aquella terrible confusión, no podría ser cosa de más de unos pocos minutos. Conteniendo el aliento y trabajando con las manos conseguí quitarme las pesadas botas de marinero y el anorak. Sin embargo, me costaba mucho respirar y enseguida descubrí que no era tanto cuestión de nadar como de respirar.

Las enormes olas espumosas de San Pablo me golpeaban, zarandeaban y rompían sobre mí, mientras que las olas huecas que se lanzaban contra mis ojos, nariz y boca me ahogaban. De repente, algún vórtice me atrapaba por las piernas y tiraba de mí hacia abajo, para dejarme salir de nuevo a la superficie en medio de unas turbulencias espantosas, donde, en el momento en que intentaba recuperar el aliento, alguna ola espumosa rompía sobre mi cabeza.

Resultaba imposible sobrevivir durante mucho tiempo. Respiraba más agua que aire y me iba ahogando poco a poco. Empecé a perder el sentido y la cabeza me daba vueltas. Continué luchando a intervalos irregulares, por instinto, y había perdido la conciencia casi por completo cuando sentí que me agarraban por los hombros y tiraban de mí por encima de la regala de un barco.

Permanecí durante un tiempo sobre el banco en el que me habían dejado, boca abajo para que escupiese toda el agua. Luego, aún débil y mareado, me giré para ver quién era mi rescatador. Y allí, en popa, con la escota en una mano y la caña del timón en la otra, sonriendo y asintiendo con gesto

bondadoso, se encontraba sentado Demetrios Contos. Había pensado dejar que me ahogara —él mismo lo confesó después—, pero su parte buena había luchado, ganado la batalla y lo había obligado a volver a buscarme.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Conseguí dar forma a un sí con los labios porque aún no podía hablar.

—Gobiernas muy bien el barco —me dijo—. Tan bien como si fueras un hombre.

Un cumplido de Demetrios Contos era mucho más que un cumplido y me sentí muy agradecido, aunque solo pude expresarme asintiendo con la cabeza.

No dijimos nada más porque yo estaba ocupado recuperándome y él navegando. Llegó al muelle de Vallejo, amarró el barco y me ayudó a bajar a tierra. En el momento en que ambos pisamos el muelle, Charley salió de detrás de un montón de redes y posó su mano en el brazo de Demetrios Contos.

—Me ha salvado la vida, Charley —protesté—, y no creo que debamos arrestarlo.

Una expresión de desconcierto asomó al rostro de Charley, aunque desapareció de inmediato y puso cara de haber tomado una decisión.

—Yo no puedo evitarlo, muchacho —dijo amablemente—. No puedo dejar de cumplir con mi deber y mi deber es arrestarlo. Hoy es domingo. En su barco hay dos salmones que ha capturado hoy. ¿Qué más puedo hacer?

—Pero me ha salvado la vida —insistí, incapaz de ofrecer otro razonamiento.

Demetrios Contos se puso rojo de ira cuando oyó la decisión de Charley. Se sentía tratado injustamente. La mejor parte de sí mismo había ganado y lo llevó a realizar un acto generoso, por el que salvó a un enemigo indefenso, pero a cambio el enemigo lo enviaba a la cárcel.

Charley y yo no estábamos en los mejores términos cuando volvimos a Benicia. Yo defendía el espíritu de la ley y no la letra, pero Charley se agarraba precisamente a la letra. Por lo que a él respectaba, no podía actuar de otra forma. La ley dejaba muy claro que estaba prohibido pescar salmón en domingo. Él era patrullero y su deber consistía en conseguir que se respetara la ley. Y no quedaba más que hablar. Había cumplido con su deber y tenía la conciencia tranquila. Sin embargo, a mí aquello me parecía injusto y Demetrios Contos me daba mucha pena.

Dos días después acudimos a Vallejo para el juicio. Yo tenía que comparecer como testigo y nunca en mi vida hice algo más odioso que subir a

aquel estrado y testificar que había visto a Demetrios pescar los dos salmones con los que Charley lo había atrapado.

Demetrios había contratado a un abogado, pero la suya era una causa perdida. El jurado solo deliberó durante quince minutos y lo declaró culpable. El juez condenó a Demetrios a pagar una multa de cien dólares o, en su defecto, a cincuenta días de cárcel.

Charley se acercó al secretario judicial.

—Quiero pagar esa multa —dijo mientras depositaba sobre la mesa cinco monedas de oro de veinte dólares—. Era… era la única forma de solucionarlo, muchacho —balbució dirigiéndose a mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y le estreché la mano.

—Quiero pagar… —empecé a decir.

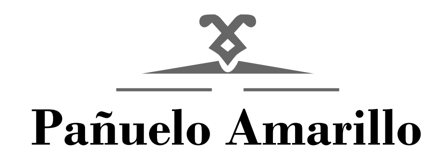
—¿Pagar la mitad? —me interrumpió—. Te aseguro que espero que lo hagas.

Mientras, el abogado se ocupaba de informar a Demetrios de que Charley había pagado su multa.

Demetrios se acercó para estrecharle la mano y su sangre caliente y sureña se le subió al rostro. Luego, para que nadie le ganase en generosidad, se empeñó en pagar la multa y la minuta del abogado, y casi se dejó llevar por la ira porque Charley se negó a permitirlo.

Creo que más que cualquier otra de nuestras acciones, aquel gesto de Charley grabó en la mente de los pescadores el profundo significado de la ley. Además, Charley ganó muchos puntos a ojos de todos ellos y yo recibí algunos elogios por ser un muchacho que sabía gobernar un barco. Demetrios Contos no solo no volvió a infringir la ley sino que se convirtió en un buen amigo nuestro y en más de una ocasión subió hasta Benicia para compartir con nosotros algún que otro rumor.

[1903]



Pañuelo Amarillo

NO QUIERO DARTE ÓRDENES, muchacho —me dijo Charley—, pero estoy en contra de que realices una última redada. Has salido ileso de situaciones muy complicadas entre hombres muy duros y sería una pena que te ocurriese algo en el último momento.

—Pero ¿cómo puedo evitar hacer una última redada? —pregunté con la arrogancia de la juventud—. Para todo siempre hay una última vez.

Charley cruzó las piernas, se echó hacia atrás y reflexionó al respecto.

—Tienes razón. Sin embargo, ¿por qué no considerar la captura de Demetrios Contos como la última? Has salido de ella sano, salvo y animado, a pesar de lo mucho que te mojaste y… y… —Se quedó sin voz y no pudo hablar durante un momento—. Y yo no me lo perdonaría si ahora te ocurriese algo.

Me reí de los miedos de Charley, aunque cedí a sus muestras de afecto y acepté que ya había realizado mi última redada. Habíamos trabajado juntos durante dos años y ahora yo dejaba la Patrulla Pesquera para completar mi formación. Había ganado y ahorrado dinero suficiente para pagarme tres años en el instituto de enseñanza secundaria y, aunque faltaban varios meses para que comenzase el curso, quería dedicarlos a estudiar para los exámenes de acceso.

Tenía mis pertenencias perfectamente recogidas en un baúl y me disponía a comprar el billete y subirme al tren que me llevaría a Oakland cuando Neil Partington llegó a Benicia. Necesitaban de inmediato al *Reindeer* para ocuparse de la parte más alejada de la zona baja de la bahía y Neil dijo que su intención era zarpar enseguida rumbo a Oakland. Como aquel era su hogar y yo iba a vivir con su familia mientras asistiese a la escuela, dijo que no veía motivo alguno por el que yo no podía subir mi baúl a bordo y acompañarlo.

Así que el baúl subió a bordo y, a media tarde, izamos la enorme vela mayor del *Reindeer* y desamarramos. Hacía un tiempo de otoño muy prometedor. La brisa marina, que soplara con regularidad durante todo el verano, ya se había despedido y su lugar lo ocupaban vientos caprichosos y cielos oscuros que convertían el cálculo de la hora de llegada a cualquier sitio

en algo extremadamente complicado. Zarpamos con la marea vaciante y, al deslizamos por el estrecho de Carquinez, observé Benicia por última vez durante una larga temporada y la ensenada del astillero Turner, donde habíamos asediado al *Lancashire Queen* y capturado a Alec *el Grande*, rey de los griegos. En la entrada de los estrechos estudié con gran interés el lugar donde pocos días antes me habría ahogado de no haber sido por la bondad que Demetrios Contos albergaba en su interior.

Un enorme banco de niebla avanzaba hacia nosotros desde la bahía de San Pablo y en pocos minutos el *Reindeer* corría totalmente ciego entre la húmeda oscuridad. Charley, que iba al timón, parecía tener un instinto especial para dominar esa clase de situaciones. Él mismo confesaba que no sabía cómo lo hacía, pero tenía una forma verdaderamente impresionante de calcular vientos, corrientes, distancia, tiempo, deriva y velocidad de navegación.

—Parece que empieza a levantar —dijo Neil Partington un par de horas después de haber entrado en la niebla—. ¿Dónde crees que estamos, Charley?

Charley miró el reloj.

—Son las seis y quedan tres horas más de marea vaciante —comentó de pasada.

—Pero ¿dónde crees que estamos? —insistió Neil.

Charley se lo pensó un momento y luego contestó:

—La marea nos ha desviado un poco de nuestro rumbo, pero si la niebla levanta ahora mismo, como va a hacer, verás que no estamos a más de mil millas de McNear's Landing.

—Podrías ser un poco más concreto, por lo menos en unas cuantas millas —se quejó Neil, demostrando con su tono que no estaba de acuerdo.

—Está bien —respondió Charley de manera concluyente—, a no menos de un cuarto de milla y no más de media milla.

El viento empezó a soplar con más fuerza y la niebla se despejó perceptiblemente.

—McNear's está ahí mismo —dijo Charley mientras señalaba hacia la niebla por el través de barlovento.

Los tres mirábamos concentrados en esa dirección cuando el *Reindeer* chocó con un ruido sordo y se detuvo. Corrimos hacia proa y vimos que su bauprés se había enredado en las curtidas jarcias de un mástil corto y grueso. Había colisionado con un junco chino que estaba fondeado.

En el momento en que llegamos a proa, cinco chinos salieron de la pequeña cabina entre cubiertas como un enjambre de abejas, con el sueño todavía en los ojos.

Al frente de ellos se encontraba un hombre grande y musculoso que llamaba la atención por las marcas de viruela del rostro y por el pañuelo de seda amarilla que llevaba como una banda alrededor de la cabeza. Era Pañuelo Amarillo, el chino al que habíamos arrestado por pescar gambas de forma ilegal el año anterior y que, en aquel momento había estado a punto de hundir el *Reindeer*, igual que había estado a punto de hundirlo ahora al infringir las leyes de navegación.

—¿Qué pretendes, pagano de cara amarilla, parándote de esta forma en medio de una ruta navegable sin una bocina de aviso en funcionamiento? —gritó Charley, muy acalorado.

—¿Que qué pretende? —le contestó Neil, manteniendo la calma—. Echa una ojeada, eso es lo que pretende.

Nuestros ojos se movieron en la dirección que nos indicaba el dedo de Neil y vimos la zona abierta en el centro del junco medio llena de gambas recién capturadas. Mezclados entre las gambas había miríadas de alevines, los más pequeños no llegaban ni a un centímetro de largo. Pañuelo Amarillo había recogido la red ilegal en la calma de la pleamar y, aprovechando la ventaja de la niebla para ocultarse, había tenido el descaro de quedarse allí, a la espera de volver a recoger la red durante la calma de la bajamar.

—Bueno —titubeó y vaciló Neil—, en mi extensa y variada existencia como patrullero, debo decir que esta es la captura más sencilla que he realizado. ¿Qué hacemos con ellos, Charley?

—Remolcar el junco hasta San Rafael, por supuesto —fue la respuesta. Charley se dirigió a mí—. Tú quédate en el junco, muchacho, y te pasaré un cabo de remolque. Si no nos falla el viento, llegaremos a la ría antes de que la marea baje demasiado, dormiremos en San Rafael y alcanzaremos Oakland mañana al mediodía.

Dicho lo cual Charley y Neil regresaron al *Reindeer* y emprendieron camino con el junco a remolque. Yo me fui a popa y me hice cargo de la presa, a la que guié por medio de una caña anticuada y un timón con enormes huecos en forma de diamante, a través de los que entraba y salía el agua.

Para entonces ya había levantado toda la niebla y el cálculo de nuestra posición que Charley había realizado quedó confirmado al visualizar McNear’s Landing a poco menos de media milla de distancia. Seguimos la costa oeste y bordeamos Cabo Pedro a plena vista de las aldeas donde vivían los pescadores de gambas, por lo que se armó una gran escandalera cuando vieron que el conocido balandro de la Patrulla Pesquera llevaba a remolque uno de sus juncos.

El viento terral soplaba a ráfagas variables y nos habría beneficiado más si hubiese sido más fuerte. La ría de San Rafael, en la que debíamos adentrarnos para alcanzar la villa y entregar nuestros prisioneros a las autoridades, atravesaba amplias marismas y la navegación resultaba difícil mientras bajaba la marea, y en plena bajamar era imposible. De manera que, con la marea vaciante en mitad del proceso, debíamos darnos tanta prisa como pudiésemos, cosa que evitaba el pesado junco, que avanzaba despacio y con su peso muerto retrasaba al *Reindeer*.

—Dile a esos culis que icen la vela —me gritó por fin Charley—. No nos apetece pasar el resto de la noche atrapados en las marismas.

Repetí la orden a Pañuelo Amarillo, que se la masculló entre dientes y con voz ronca a sus hombres. Estaba muy acatarrado, los ataques de tos lo hacían retorcerse cada dos por tres y tenía los ojos cargados e inyectados en sangre. Eso le daba un aspecto más siniestro que nunca y, cuando me miraba con malas intenciones, yo recordaba lo poco que me había faltado para no contarla cuando lo arrestamos la última vez.

Su tripulación arrolló las drizas en silencio y la vela, extraña y estrafalaria, de aparejo latino y teñida de un marrón cálido, se elevó en el aire. Navegábamos con viento de bolina y, cuando Pañuelo Amarillo filó la escota, el junco movió la proa y el cabo de remolque perdió tensión. Por más que avanzase veloz el *Reindeer*, el junco lo aventajaba y, para evitar embestirlo ceñí un poco más el viento. Pero el junco mantenía la ventaja y en cuestión de un par de minutos me encontraba al costado del *Reindeer* y a barlovento. El cabo de remolque se había tensado, en ángulo recto a los dos barcos, y la situación resultaba ridícula.

—¡Desamarra! —grite.

Charley dudó.

—No importa —añadí—. No puede haber problema. Llegaremos a la entrada de la ría en esta bordada y tú irás por detrás de mí hasta alcanzar San Rafael.

Entonces Charley soltó el cabo y Pañuelo Amarillo envió a proa a uno de sus hombres para que lo recogiese. En medio de la creciente oscuridad distinguí la entrada de la ría de San Rafael y para cuando nos adentramos en ella casi no divisaba las orillas. El *Reindeer* nos seguía a más de cinco minutos de distancia y continuamos dejándolo cada vez más atrás mientras nos adentrábamos en la ría estrecha y tortuosa. Con Charley a nuestra espalda parecía que poco tenía que temer de mis cinco prisioneros, pero la oscuridad

no me permitía vigilarlos bien, así que pasé el revólver del bolsillo del pantalón al de la chaqueta, donde podía echarle mano más rápidamente.

Quien me daba miedo era Pañuelo Amarillo y lo que ocurrió después demuestra que él lo sabía y supo sacarle partido. Permanecía sentado no muy lejos de mí, en lo que entonces era el costado de barlovento del junco. Casi no distinguía su silueta, pero pronto me convencí de que despacio, muy poco a poco, se iba acercando a mí. Lo observé con atención y disimulo. Manejaba la caña con la mano izquierda y metí la derecha en el bolsillo para sujetar el revólver.

Lo vi moverse con rapidez para acercarse varios centímetros y estaba a punto de ordenarle que retrocediera —se me quedaron las palabras bloqueadas en la boca— cuando recibí un fuerte golpe, propinado por un cuerpo pesado que había saltado sobre mí desde sotavento. Se trataba de uno de los tripulantes. Me inmovilizó el brazo derecho de modo que no pude sacar la mano del bolsillo y, al mismo tiempo, con su otra mano me tapó la boca. Habría podido luchar con él y liberar el brazo derecho, o conseguir que no me amordazara a fin de gritar y dar la alarma, si no fuese porque Pañuelo Amarillo se lanzó sobre mí de inmediato.

Me resistí y peleé inútilmente sobre el fondo del junco mientras me ataban de pies manos y me amordazaban con lo que luego descubrí era una camisa de algodón. Después me dejaron allí tirado. Pañuelo Amarillo se ocupó de la caña del timón y dio las órdenes en voz muy baja. Según nuestra posición en aquel momento y la alteración de la vela, que a duras penas lograba distinguir como una mancha contra las estrellas, supe que el junco se dirigía hacia la entrada de un pequeño canal lateral que a esa altura se abría a la na de San Rafael.

En un par de minutos nos deslizábamos siguiendo la orilla y la tripulación arrió la vela sin hacer ruido. Los chinos guardaban un silencio completo. Pañuelo Amarillo se sentaba en el fondo a mi lado y fui testigo de sus esfuerzos por reprimir su tos áspera y perruna. Unos seis o siete minutos después oí la voz de Charley cuando el *Reindeer* pasó junto a la entrada del canal.

—No te imaginas lo aliviado que me siento —oí que le decía a Neil— porque el muchacho haya terminado su estancia en la Patrulla Pesquera sin accidentes.

Neil comentó algo que no pude entender y luego la voz de Charley continuó diciendo:

—Ese chico lleva el mar en la sangre y si, cuando termine los estudios, hace un curso de navegación y sale a alta mar, no veo motivos por los que no pueda llegar a capitanear el más grande y mejor de los barcos del mundo.

Me pareció muy halagador, pero, allí tumbado, atado y amordazado por mis propios prisioneros, mientras las voces se iban apagando a medida que el *Reindeer* surcaba la oscuridad hacia San Rafael, debo decir que la situación en la que me encontraba no era la más adecuada para disfrutar de mi prometedor futuro. Con el *Reindeer* se fueron también mis esperanzas. No imaginaba lo que podría ocurrir a continuación, ya que los chinos pertenecían a una raza distinta a la mía y, por lo que sabía de ellos, estaba convencido de que el juego limpio no formaba parte de su carácter.

Tras esperar varios minutos más, la tripulación izó la latina y Pañuelo Amarillo puso de nuevo rumbo a la ría de San Rafael. La marea continuaba bajando y le costó lo suyo librarse de los cenagales. Yo esperaba que encallase, pero logró alcanzar la bahía sin sufrir accidentes.

Al salir de la ría se produjo una fuerte discusión relativa a mí, de eso estaba yo seguro. Pañuelo Amarillo resultaba muy vehemente, pero los otros cuatro se oponían a él con el mismo ímpetu. Estaba claro que él quería acabar conmigo y los otros temían las consecuencias de hacerlo. Yo estaba lo bastante familiarizado con el temperamento chino para saber que lo único que los contenía era el miedo, pero lo que no lograba entender era qué plan ofrecían ellos en lugar del proyecto criminal de Pañuelo Amarillo.

Cualquiera puede imaginar lo que yo sentía mientras mi destino pendía de un hilo. La discusión acabó en pelea, en medio de la cual Pañuelo Amarillo desmontó la pesada caña del timón y se lanzó sobre mí. Pero sus cuatro compañeros se interpusieron y provocaron una torpe lucha por hacerse con la caña. Al final Pañuelo Amarillo se vio superado y volvió a ocuparse del timón con gesto hosco, mientras los demás le echaban en cara su impetuosidad.

Poco después bajaron la vela y el junco avanzó despacio gracias a los remos. Sentí que encallaba suavemente en el barro blando. Tres chinos —todos llevaban botas de agua altas— saltaron por la borda y los otros dos me pasaron por encima de la barandilla. Con Pañuelo Amarillo sujetándome por las piernas y sus dos compañeros por los hombros, empezaron a chapotear entre el barro. Al cabo de un rato sus pies encontraron suelo más compacto y supe que me llevaban a alguna playa. Yo tenía muy claro cuál era la situación de aquella playa. Solo podía tratarse de una de las islas Marin, un grupo de islotes rocosos que se encuentran frente a la costa del condado de Marin.

Cuando llegaron a la arena seca que indicaba el alcance máximo de la marea alta me dejaron caer al suelo sin contemplaciones. Pañuelo Amarillo me pateó las costillas con rabia y luego el trío regresó al junco chapoteando en el barro. Un minuto después oí que izaban la vela y cómo esta gualdrapeaba al manejar la escota. Se hizo el silencio y supe que tendría que arreglármelas solo si quería liberarme y salir de allí.

Recordé haber visto cómo algún que otro timador se retorcía y se contorsionaba para librarse de las cuerdas con las que lo habían atado, pero aunque me retorcí y me contorsioné como un campeón, los nudos continuaban igual de apretados y no parecía que se hubiesen aflojado lo más mínimo. Sin embargo, mientras me retorcía rodé sobre un montón de conchas de almeja que, evidentemente, constituían los restos del picnic celebrado en la playa por la tripulación de algún velero. Eso me dio una idea. Tenía las manos atadas a la espalda, apreté con fuerza una de las conchas y fui rodando playa arriba hasta alcanzar unas rocas cuya situación conocía bien.

Buscando sin dejar de rodar, al final encontré una estrecha grieta en la que introduje la concha. Tenía el borde afilado y contra él empecé a serrar la cuerda que me ataba las muñecas. El borde también era frágil y, al apretarlo con demasiada fuerza, lo rompí. Regresé rodando hasta el montón y volví a las rocas con tantas conchas como pude llevar en ambas manos. Rompí muchas, me corté varias veces las manos y sufrí calambres en las piernas debido a la postura tensa y el esfuerzo realizado.

Mientras descansaba un rato para aliviar los calambres oí un grito conocido que iba a la deriva sobre el agua. Era Charley, que me buscaba. La mordaza no me permitía contestar y tuve que contentarme con permanecer allí acostado, impotente y enfadado mientras él se alejaba de la isla remando y su voz se perdía lentamente en la distancia.

Volví al proceso de serrar la cuerda y al cabo de media hora conseguí cortarla. El resto resultó sencillo. Con las manos libres fue cuestión de minutos liberar las piernas y sacarme la mordaza de la boca. Corrí alrededor de la isla para asegurarme de que se trataba de una isla y no de una parte del continente. Sin duda era una isla, una del grupo de las Marin, bordeada por una playa arenosa y rodeada por un mar de barro. No me daba más que aguardar hasta que llegase la luz del día y conservar el calor, porque hacía frío; era una noche cruda para California y soplaba un viento capaz de penetrar bajo la piel y hacer tiritar a cualquiera.

Para mantener la circulación corrí alrededor del islote una decena de veces o más y trepé sobre su interior rocoso otras tantas veces, todo lo cual me

sirvió para mucho más que para conservar el calor, según descubriría después. En medio de esos ejercicios me pregunté si se me habría caído algo de los bolsillos mientras rodaba de un lado a otro. Al registrarlos me di cuenta de que me faltaban el revólver y la navaja de bolsillo. El primero me lo había quitado Pañuelo Amarillo, pero la navaja la había perdido en la arena.

La estaba buscando cuando llegó a mis oídos el ruido de unos toletes. Al principio, por supuesto, pensé en Charley, pero enseguida supe que Charley me iría llamando en voz alta mientras remaba. Una repentina premonición de peligro se apoderó de mí. Las islas Marin son muy solitarias y no es normal que aparezcan visitantes casuales en plena noche. ¿Y si se trataba de Pañuelo Amarillo? El ruido de los toletes se oyó más claro. Me agazapé en la arena y escuché con atención. La embarcación, que por la rápida palada me pareció un esquife pequeño, se detuvo en medio del barro a unos cincuenta metros playa arriba. Oí una tos áspera y perruna y se me paró el corazón. Era Pañuelo Amarillo. Para que sus compañeros más cautos no lo despojasen de su venganza se había escabullido de la aldea y regresado solo.

Me concentré en pensar con rapidez. Estaba desarmado e indefenso en un islote diminuto y un bárbaro amarillo, al que tenía motivos para temer, me perseguía. Cualquier lugar sería más seguro que la isla e instintivamente me dirigí hacia el agua o, mejor dicho, hacia el barro. Mientras él chapoteaba entre el cieno nimbo a la orilla, yo hice el camino contrario, siguiendo el mismo curso que habían seguido los chinos al bajarme a tierra y luego volver a bordo del junco.

Pañuelo Amarillo, al creerme atado y tirado sobre la arena, no tuvo cuidado alguno e hizo toda clase de sonidos. Eso me ayudó mucho porque, escudado en sus ruidos y sin hacer yo más de los necesarios, para cuando él llegó a la playa yo había logrado recorrer más de quince metros. Y allí me encontraba, entre el barro. Estaba frío y húmedo y me hizo temblar, pero no me atreví a levantarme y correr el riesgo de que me descubriera con su vista aguda.

Caminó por la playa directo hacia el lugar donde me habían dejado y yo lamenté fugazmente no ser capaz de presenciar su gesto de sorpresa al no encontrarme allí. Pero fue una sensación extremadamente fugaz, porque los dientes me castañeteaban de frío.

Lo que hizo después de eso tuve que deducirlo según la situación, porque casi no podía verlo a la tenue luz de las estrellas. Pero estaba seguro de que lo primero que hizo fue recorrer el perímetro de la isla para comprobar si habían

llegado a tierra otras embarcaciones. Lo habría sabido de inmediato por las huellas dejadas en el barro.

Convencido de que no había abandonado la isla a bordo de barca alguna, a continuación intentó descubrir qué había sido de mí. Empezó junto al montón de conchas de almeja y fue encendiendo cerillas para seguir mis huellas sobre la arena. En esos momentos veía su rostro infame con claridad y cuando el azufre de las cerillas irritaba sus pulmones, entre la tos perruna que le provocaba y la frialdad del barro sobre el que yo estaba echado, confieso que temblaba más que nunca.

La diversidad de mis pisadas lo desconcertó. Entonces debió de ocurrírsele la idea de que podría estar oculto entre el barro, porque chapoteó varios metros en mi dirección, se encorvó un poco y registró con la vista la oscura superficie con gran atención y durante mucho tiempo. No creo que se encontrara a más de cuatro metros y pico de mí, y si hubiese encendido una cerilla sin duda me habría descubierto.

Regresó a la playa y trepó por el centro rocoso, de nuevo encendiendo cerillas para buscarme. Me había salvado por tan poco que decidí alejarme más. Como no me atrevía a vadear erguido por el ruido del chapoteo y el efecto de succión del barro, permanecí tumbado y me impulsé sobre la superficie del cieno ayudándome con las manos. Sin apartarme del camino que habían abierto los chinos al ir y volver del junco, seguí adelante hasta llegar al agua. Me adentré en ella hasta alcanzar algo menos de un metro de profundidad y luego me desvié hacia un lado, siguiendo una línea paralela a la playa.

Se me ocurrió dirigirme hacia el esquife de Pañuelo Amarillo y huir en él, pero en ese mismo instante él regresó a la playa y, como si temiera justo lo que a mí se me había ocurrido, se adentró pisoteando en el barro para asegurarse de que su esquife permanecía a salvo. Eso me hizo girar en la dirección opuesta. Entre nadando y vadeando, con solo la cabeza fuera del agua y evitando cualquier tipo de salpicadura o ruido, conseguí alejarme unos treinta metros del lugar donde los chinos habían desembarcado del junco. Salí del agua al barro y permanecí tumbado y a la espera.

Pañuelo Amarillo regresó otra vez a la playa y registró la isla para luego volver al montón de conchas de almeja. Yo no tenía duda alguna de lo que estaría pensando: nadie podía irse de la playa o llegar a tierra sin dejar huellas en el barro. Las únicas huellas que se veían eran las que iban y venían de su esquife y las del lugar donde había estado el junco. Yo no me encontraba en la isla, así que tenía que haberla abandonado siguiendo uno u otro de esos

caminos. Acababa de recorrer de nuevo el que llevaba a su esquife y estaba seguro de que yo no me había ido por allí. Por lo tanto, solo podía haber abandonado la isla por el camino que habían formado los del junco al desembarcar. Procedió a verificarlo siguiendo él mismo dichas huellas, sin dejar de encender cerillas mientras me buscaba.

Cuando llegó al lugar donde me había tumbado la primera vez supe, por las cerillas que encendió y el tiempo que se tomó, que había descubierto las marcas dejadas por mi cuerpo. Las siguió hasta el agua y se adentró en ella, pero con casi un metro de agua de profundidad ya no pudo seguirlas más. Por otro lado, como la marea continuaba bajando, le resultó fácil distinguir la impresión realizada por la proa del junco, y habría distinguido también la de cualquier otra embarcación que pudiese haber llegado hasta aquel sitio. Sin embargo, no había más marcas y supe que estaba absolutamente convencido de que yo me ocultaba entre el barro.

Pero en medio de aquella noche oscura, buscar a un muchacho entre un mar de cieno sería como buscar una aguja en un pajar y él ni siquiera lo intentó. En lugar de ello regresó a la playa y se dedicó un rato a merodear por ahí. Yo tenía la esperanza de que se cansara y se fuera, porque para entonces estaba muerto de frío. Por fin, se acercó chapoteando a su esquife y se alejó a remo. ¿Y si esa marcha de Pañuelo Amarillo no era más que una farsa? ¿Y si lo había hecho solo para incitarme a salir a la orilla?

Cuanto más lo pensaba más me convencía de que había hecho demasiado ruido con los remos al alejarse. Así que permanecí tumbado en el barro, temblando. Temblé hasta que los músculos de la región lumbar me hicieron sufrir tanto como el frío y necesité de todo mi autocontrol para obligarme a permanecer en aquella situación tan desagradable.

Sin embargo, menos mal que lo hice porque, más o menos una hora después, me pareció distinguir algo que se movía en la playa. Observé atentamente pero mis oídos recibieron antes su recompensa: una tos perruna que de sobra conocía. Pañuelo Amarillo se había movido a hurtadillas, bajando a tierra en el otro extremo de la isla y acercándose con sigilo para sorprenderme.

Después de eso, aunque transcurrieron varias horas sin una señal de su presencia, tuve miedo de regresar a la isla. Por otro lado, tenía casi el mismo miedo a morir de hipotermia. Jamás había imaginado que se pudiera sufrir tanto. Al final estaba tan entumecido que dejé de temblar. Pero el dolor de huesos y músculos era terrible. Hacía tiempo que la marea había empezado a subir y me había ido empujando poco a poco hacia la playa. La pleamar fue a

las tres y a las tres me dejé caer sobre la playa más muerto que vivo e incapaz de ofrecer resistencia si Pañuelo Amarillo se hubiese lanzado sobre mí.

Pero no apareció ningún Pañuelo Amarillo. Se había rendido y regresado a Cabo Pedro. Aun así yo me encontraba en un estado deplorable, por no decir peligroso. No conseguía mantenerme en pie y mucho menos caminar. La ropa húmeda y llena de cieno se pegaba a mí como capas de hielo. Creí que nunca lograría sacármela. Tenía los dedos tan entumecidos, sin vida, y yo me encontraba tan débil que me pareció que tardaba una hora en quitarme los zapatos. No tenía fuerza para romper los cordones de piel de marsopa y los nudos se me resistían. Golpeé las manos contra las rocas en repetidas ocasiones para intentar devolverles un poco de vida. A veces estaba seguro de que iba a morir.

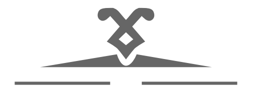
Pero al final, después de lo que me parecieron varios siglos, logré despojarme de toda la ropa. Ahora el agua quedaba cerca, por lo que me arrastré como pude para meterme dentro y limpiar el barro que se pegaba a mi cuerpo desnudo. Continuaba sin poder ponerme en pie ni caminar y me daba miedo permanecer tumbado, sin moverme. No me quedaba más remedio que arrastrarme débilmente por la arena, como un caracol, sufriendo dolores constantes. Lo hice tanto tiempo como me resultó posible, pero cuando el este se aclaró con la llegada del alba, empecé a sucumbir. El cielo se tornó de un rojo rosado y cuando el círculo dorado del sol asomó por el horizonte me encontró tirado en el suelo, entre las conchas de almeja, incapaz de moverme.

Como en un sueño, vi la conocida vela mayor del *Reindeer* mientras abandonaba la ría de San Rafael, impulsada por la tenue brisa de la mañana. Ese sueño fue de lo más discontinuo. Hay intervalos que incluso ahora no logro recuperar aunque lo intente. Sin embargo, recuerdo con claridad tres cosas: la primera imagen de la mayor del *Reindeer*, que fondeó a varias decenas de metros y un bote pequeño se alejó de su costado; la estufa de la cabina al rojo vivo, yo totalmente envuelto en mantas, excepto el pecho y los hombros, que Charley golpeaba y vapuleaba sin piedad; y que me quemé la boca y la garganta con el café que Neil Partington me obligaba a tragar y que estaba demasiado caliente.

Pero quemase o no, me sentó de maravilla. Para cuando llegamos a Oakland me sentía tan flexible y fuerte como siempre, aunque Charley y Neil Partington temían que acabase teniendo neumonía y la señora Partington estuvo pendiente de mí durante los seis primeros meses de curso por si descubría los síntomas iniciales de tisis.

El tiempo vuela. Parece que fue ayer cuando no era más que un chico de dieciséis años y formaba parte de la Patrulla Pesquera. Sin embargo, sé que esta misma mañana he llegado de China, tras una travesía veloz de la que me enorgullezco, capitán del bergantín-goleta *Harvester*. Y sé que mañana por la mañana me acercaré hasta Oakland para ver a Neil Partington, a su mujer y a su familia, y que después subiré a Benicia para visitar a Charley Le Grant y recordar viejos tiempos. No, ahora que lo pienso, no iré hasta Benicia. Espero ser parte muy interesada en una boda que se celebrará muy pronto. Ella se llama Alice Partington y, como Charley ha prometido ser mi padrino, será él quien tenga que acercarse a Oakland.

[1903]



La historia del Hombre Leopardo

TENÍA UNA MIRADA AUSENTE y soñadora en los ojos y su voz insistente y triste, delicada como la de una doncella, parecía la plácida encarnación de una melancolía muy arraigada. Era el Hombre Leopardo pero no lo parecía. Su negocio, con el que se ganaba la vida, consistía en aparecer ante enormes audiencias en el interior de una jaula con leopardos amaestrados y estremecer al público con determinadas muestras de valor por las que sus jefes lo recompensaban de forma proporcional a las emociones que provocaba.

Como he dicho, no lo parecía. Era estrecho de caderas y de hombros, anémico, y no parecía tan atormentado por la melancolía como por una tristeza dulce y delicada, cuyo peso soportaba con la misma dulzura y delicadeza. Yo llevaba una hora intentando arrancarle alguna historia, pero al parecer el hombre carecía de imaginación. Para él en su magnífica carrera no existía la aventura, ni hazañas valerosas ni emoción… nada, excepto monotonía gris y aburrimiento infinito.

¿Leones? ¡Oh, sí! Había luchado con ellos. No era nada. Bastaba con mantenerse sobrio. Cualquiera, con un palo normal y corriente, podía lograr que un león permaneciese quieto. En una ocasión se había enfrentado a uno durante media hora. Era cuestión de golpearlo en el morro cada vez que intentaba atacar y cuando aprendía y quería atacar con la cabeza baja bastaba con extender la pierna. Cuando pretendía agarrar la pierna, se retrocedía y se le volvía a pegar en el morro. Eso era todo.

Con esa mirada ausente en los ojos y el suave flujo de palabras me mostró sus cicatrices. Eran muchas y tenía una reciente, de una tigresa que le había dado un zarpazo en el hombro y llegado hasta el hueso. En la chaqueta que llevaba puesta se veían las rasgaduras cuidadosamente remendadas. El brazo derecho, del codo hacia abajo, tenía aspecto de haber pasado por una trilladora, tales eran los estragos provocados por zarpas y colmillos. Pero dijo que eso no era nada, aunque las viejas heridas le daban un tanto la lata cuando iba a llover.

De repente su rostro se iluminó al recordar algo, porque estaba tan ansioso por proporcionarme una historia como yo de obtenerla.

—Supongo que habrá oído hablar del domador de leones al que otro hombre odiaba —me dijo.

Hizo una pausa y observó pensativo a un león enfermo que ocupaba la jaula de enfrente.

—Le duelen los dientes —me explicó—. Pues el gran número del domador de leones consistía en introducir la cabeza en la boca de un león. El hombre que lo odiaba asistía a todas las representaciones con la esperanza de ver alguna vez cómo el león cerraba las fauces. Seguía el espectáculo por todo el país. Fueron transcurriendo los años, él envejecía, el domador envejecía y el león envejecía. Un día por fin, sentado en primera fila, presenció aquello que tanto había esperado. El león cerró las fauces y no fue necesario llamar al médico.

El Hombre Leopardo se miró las uñas con desinterés, de una forma que, de no haber sido tan triste, habría resultado crítica.

—Eso es lo que yo llamo paciencia —continuó— y también es mi estilo. Sin embargo, no era el estilo de un tipo al que conocí. Se trataba de un francés pequeño, delgado, canijo, tragasables y malabarista. Se hacía llamar De Ville y tenía una mujer guapa. Ella era trapecista y solía lanzarse desde cerca del techo a una red para realizar toda clase de piruetas mientras caía.

»De Ville tenía un genio muy vivo, tanto como rápida era su mano y su mano era tan rápida como la garra de un tigre. Un día, como el director del circo le llamó franchute, o algo parecido y puede que peor, lo empujó contra el fondo de pino blando que utilizaba en el número en que lanzaba cuchillos, a tal velocidad que el director no tuvo ni tiempo de pensar, y allí, ante el público, De Ville lanzó un cuchillo tras otro sin descanso, clavándolos en la madera alrededor del director y tan pegados a él que le atravesaron la ropa y la mayoría de ellos le arañaron la piel.

»Los payasos tuvieron que arrancar los cuchillos para liberarlo, tan bien sujeto estaba. Así se extendió el rumor de que era mejor tener cuidado con De Ville y nadie se atrevió a tratar a su mujer con algo más que el grado justo de cortesía. Y eso que ella también era una buena pieza, pero todos temían a De Ville.

»Sin embargo, había un hombre, Wallace, que no le tenía miedo a nada. Era el domador de leones y también realizaba el truco de meter la cabeza en la boca del león. Era capaz de meterla en la boca de cualquiera de los leones,

aunque prefería a Augustus, un animal grande y bondadoso del que siempre podía fiarse.

»Como iba diciendo, Wallace (lo llamábamos Rey Wallace) no tenía miedo de nada ni de nadie, vivo o muerto. Sin duda era todo un rey. Lo he visto borracho y, por una apuesta, entrar en la jaula de algún león peligroso y sin palo o látigo alguno golpearlo hasta dominarlo. Le daba en el morro con el puño.

»Madame De Ville…

Se oyó un alboroto a nuestra espalda y el Hombre Leopardo se giró en silencio. La causa era que en una jaula doble un mono se había acercado demasiado a los barrotes divisorios del centro, permitiendo que un lobo gris le atrapase la mano. El lobo intentaba arrancársela a la fuerza, el brazo se estiraba cada vez más como si fuese de goma y los compañeros del pobre mono armaban un jaleo considerable. No había cuidadores en la zona, de manera que el Hombre Leopardo se desplazó un par de pasos, le propinó al lobo un buen golpe en el morro con la vara fina que llevaba y regresó con una sonrisa triste de disculpa para reanudar su frase inacabada como si no se hubiese visto interrumpido.

»—… miraba al Rey Wallace y el Rey Wallace la miraba a ella, mientras De Ville los miraba a los dos. Advertimos a Wallace, pero no sirvió de nada. Se rió de nosotros, como se rió de De Ville un día, cuando le metió la cabeza en un cubo de engrudo porque el otro buscó pelea.

»De Ville quedó hecho un desastre, yo le ayudé a quitárselo raspando; pero se mantuvo frío como el hielo y ni siquiera lo amenazó. Aunque percibí un brillo en sus ojos que a menudo había visto en los ojos de las bestias salvajes, por lo que me molesté en hacerle una última advertencia a Wallace. Se rió, pero después de eso ya no miró tanto como antes a Madame De Ville.

»Transcurrieron varios meses. No había ocurrido nada y yo empezaba a pensar que me había preocupado sin motivo. Para entonces nos encontrábamos en el oeste, actuando en San Francisco. Fue durante la representación de la tarde y la carpa grande estaba llena de mujeres y niños. Fui a buscar a Red Denny, el jefe de los montadores de la carpa, que se había llevado mi navaja.

»Al pasar junto a una de las carpas de camerinos miré a través de un agujero en la lona para ver si lo localizaba. No estaba allí, pero justo enfrente de mí tenía al Rey Wallace, en mallas, esperando su turno para salir con su jaula de leones amaestrados. Observaba divertido una discusión entre una pareja de trapecistas. El resto de los presentes en la carpa miraban lo mismo,

excepto De Ville, al que vi examinando a Wallace con un odio manifiesto. Wallace y los demás estaban demasiado ocupados en seguir la discusión para fijarse en eso o en lo que ocurrió después.

»Pero yo lo vi a través del agujero en la lona. De Ville sacó un pañuelo del bolsillo e hizo ademán de limpiarse el sudor de la frente con él (hacía calor) mientras pasaba junto a la espalda de Wallace. No se detuvo, sino que con un movimiento del pañuelo continuó en dirección a la puerta, donde volvió la cabeza en el momento de salir y lanzó una rápida mirada hacia atrás. Esa mirada me preocupó, porque no solo vi odio en ella, sino también triunfo.

»“Habrá que vigilar a De Ville”, me dije a mí mismo y respiré tranquilo cuando lo vi salir a los alrededores del circo y subirse a un tranvía para acercarse al centro de la ciudad. Unos minutos después me encontraba en la carpa grande porque allí se hallaba también Red Denny. El Rey Wallace representaba su número y tenía al público hechizado. Estaba de un humor especialmente cruel y provocó a los leones sin descanso hasta conseguir que todos rugieran. Bueno, todos excepto Augustus, que estaba demasiado gordo y era demasiado vago y viejo para rugir por nada.

»Por fin Wallace golpeó las patas del viejo león con el látigo y lo obligó a ocupar su puesto. Augustus, parpadeando con cara de bueno, abrió las fauces y Wallace metió la cabeza dentro. Entonces las fauces se cerraron con un crujido. Nada más.

El Hombre Leopardo sonrió con nostalgia y dulzura y a sus ojos asomó la mirada ausente.

—Ese fue el final del Rey Wallace —continuó con su voz triste, suave—. Cuando el ambiente se calmó un poco, aproveché para inclinarme y oler la cabeza de Wallace. Entonces estornudé.

—¿Era… era…? —pregunté con tanta ansia que no pude terminar.

—Rapé, que De Ville había dejado caer sobre su pelo con aquel movimiento del pañuelo al pasar, en la carpa de camerinos. El viejo Augustus no había tenido intención de matarlo. Simplemente estornudó.

[1903]



La fe de los hombres

YA SÉ LO QUE HAREMOS, nos lo jugaremos a los dados.

—Me parece bien —dijo el otro hombre, girándose mientras hablaba en dirección al indio que arreglaba raquetas para la nieve en un rincón de la cabaña—. Oye, Billebedam, sé bueno, echa una carrerita hasta la cabaña de Oleson y dile que queremos que nos preste su cubilete de dados.

Esa petición inesperada en plena reunión para hablar sobre el salario de los hombres, la leña y la comida sorprendió a Billebedam. Además, era temprano y nunca había visto a ningún hombre blanco de la categoría de Pentfield y Hutchinson jugar a los dados o a lo que fuera hasta haber terminado el trabajo del día. Pero mientras se ponía las manoplas y salía, su rostro permaneció tan impasible como debía permanecer el de cualquier indio del Yukón.

Aunque ya eran las ocho, afuera aún reinaba la oscuridad y una vela de sebo encajada en una botella de whisky vacía iluminaba la cabaña. Se hallaba sobre la mesa de madera de pino, en medio de un desorden de platos de hojalata sucios. El sebo de innumerables velas había goteado por el largo cuello de la botella y se había endurecido para formar un glaciar en miniatura. La pequeña estancia, que ocupaba toda la cabaña, se encontraba tan desordenada como la mesa. En un extremo, pegados a la pared, había dos catres, uno encima del otro, con las mantas en la misma posición en que las habían dejado los hombres al levantarse por la mañana.

Lawrence Pentfield y Corry Hutchinson eran millonarios aunque no lo parecían. En ellos no había nada que llamase la atención y habrían pasado por buenos ejemplares de leñador en cualquier campamento de Michigan. Pero afuera, en la oscuridad, donde se abrían varios agujeros en la tierra, había muchos hombres ocupados en sacar con el torno tierra, gravilla y oro del fondo de esos agujeros donde otros hombres recibían quince dólares diarios por arrancarlo del lecho de roca. Cada día miles de dólares en oro se arrancaban de la roca y se sacaban a la superficie con los tornos, y todo pertenecía a Pentfield y Hutchinson, que se encontraban entre los reyes del Bonanza más adinerados.

Pentfield rompió el silencio que siguió a la partida de Billebedam al amontonar aún más los platos sucios sobre la mesa y tamborilear con los nudillos en el espacio liberado. Hutchinson apagó la vela humeante y pensativamente frotó el hollín del pábilo entre el pulgar y el índice.

—¡Caramba, ojalá pudiésemos irnos los dos! —exclamó de repente—. Eso lo solucionaría todo.

Pentfield lo miró amenazante.

—Si no fuera por tu condenada terquedad ya estaría solucionado. Solo tienes que ponerte en pie y largarte. Yo me ocuparé de todo aquí y el año que viene me iré yo.

—¿Qué sentido tiene que me vaya yo? No tengo a nadie que me espere y…

—Tienes a tu familia —interrumpió Pentfield en tono brusco.

—Igual que tú —dijo Hutchinson—. Pero yo me refería a una chica y lo sabes.

Pentfield se encogió de hombros con tristeza.

—Supongo que podrá esperar.

—Pero ya lleva dos años esperando.

—Otro más no la volverá irreconocible.

—Serían tres años. Piénsalo, amigo, tres años en este rincón del mundo, ¡este lugar que es como una condena! —Hutchinson levantó el brazo, que casi articuló un gemido.

Era varios años más joven que su socio, no tendría más de veintiséis, y en su cara había esa clase de nostalgia que asoma a los semblantes de los hombres cuando desean en vano las cosas que se les niegan durante mucho tiempo. Esa misma nostalgia se veía en el rostro de Pentfield y sus gemidos se articulaban en el movimiento de sus hombros.

—Anoche soñé que estaba en Zinkand's —dijo—. Se oía la música, el tintineo de las copas, el rumor de las voces, las risas de las mujeres y yo pedía huevos, sí, señor, huevos, fritos, cocidos, escalfados, revueltos y de todas las formas imaginables, y me los comía a la misma velocidad a la que me los servían.

—Yo habría pedido ensaladas y verduras —comentó Hutchinson enfadado—, con un solomillo grande y al punto, acompañado de cebolletas y rábanos, de esos que crujen cuando hundes los dientes en ellos.

—Supongo que eso lo habría pedido después de los huevos, si no me hubiese despertado —contestó Pentfield.

Cogió del suelo un banyo en el que se apreciaba el desgaste del camino y empezó a rasguear una melodía. Hutchinson hizo una mueca de dolor y respiró con fuerza.

—¡Déjalo! —estalló con una furia repentina mientras el otro cambiaba a un ritmo cadencioso y alegre—. Me vuelve loco. No lo soporto.

Pentfield dejó el banyo sobre uno de los catres y citó:

> Oídme murmurar lo que los más débiles no confesarán,
> soy la Memoria y el Tormento, ¡soy la Ciudad!
> ¡Soy todo lo que acompaña al traje de etiqueta![5]

El otro hombre se sentó estremecido y apoyó la cabeza en la mesa. Pentfield volvió a su monótono tamborileo con los nudillos. Un ruido seco llamó su atención desde la puerta. La helada ascendía por el interior formando una lámina blanca y él empezó a tararear:

> Los rebaños han vuelto al redil, las ramas están desnudas,
> el salmón ha regresado al mar,
> y yo, amada mía, ¿podré en algún lugar
> lograr que mi corazón more contigo?

Se hizo el silencio y nada volvió a romperlo hasta que llegó Billebedam y dejó el cubilete con los dados sobre la mesa.

—Hace mucho frío —dijo—. Oleson dice que anoche se heló el Yukón.

—¿Has oído, muchacho? —exclamó Pentfield, dándole una palmada a Hutchinson en el hombro—. Quien gane podrá hacerse al camino rumbo a la tierra de Dios mañana por la mañana a esta misma hora.

Cogió el cubilete y agitó los dados con fuerza.

—¿A qué jugamos?

—Al póker —respondió Hutchinson—. Vamos, echa ya los dados.

Pentfield apartó los platos de la mesa provocando un estruendo y echó los cinco dados. Los dos miraron con ansia. No había ni una pareja ni mayores de cinco.

—¡Al límite! —gimió Pentfield.

Tras mucho pensar, Pentfield recogió los cinco dados y los introdujo en el cubilete.

—Yo en tu lugar guardaría el cinco —sugirió Hutchinson.

—No, no lo harías, no cuando veas esto —contestó Pentfield mientras agitaba el cubilete.

Otra vez se quedó sin sacar una sola pareja y con una secuencia ininterrumpida que iba del dos al seis.

—¡Un segundo límite! —gimió—. No necesitas ni agitarlos, Corry. No puedes perder.

El otro recogió los dados sin decir ni una palabra, los agitó, los lanzó sobre la mesa con gesto triunfal y vio que también había sacado un límite al seis.

—Al menos te he empatado, pero tendré que hacerlo mejor —dijo mientras recogía cuatro dados y conservaba el seis—. Y aquí tienes la jugada ganadora.

Pero sacó un dos, un tres, un cuatro y un cinco. Otro límite que no era ni peor ni mejor que el de Pentfield. Hutchinson suspiró.

—Es casi imposible que ocurra —dijo.

—Ni en un millón de vidas —añadió Pentfield mientras recogía los dados y rápidamente volvía a arrojarlos. Salieron tres cincos y, tras un rato, la segunda tirada le proporcionó un cuarto cinco. Hutchinson parecía haber perdido todas sus esperanzas.

Sin embargo, sacó tres seises en su primer turno. La duda asomó a los ojos del otro y a los suyos volvió la esperanza. Podía tirar una vez más. Otro seis y él cruzaría el hielo hasta el mar para luego seguir hacia Estados Unidos.

Agitó los dados en el cubilete, hizo ademán de lanzarlos, dudó y siguió agitándolos.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡No le dediques todo el día! —gritó Pentfield de repente y se agarró a la mesa con tanta fuerza, para intentar controlarse, que se le doblaron las uñas.

Los dados rodaron y dejaron ver un seis. Los dos hombres se sentaron sin dejar de mirarlo. Se produjo un largo silencio. Hutchinson miró a su socio con disimulo y él, con mayor disimulo, se dio cuenta de la mirada y frunció los labios en un intento de anunciar su indiferencia.

Hutchinson se rió mientras se ponía en pie. Era una risa nerviosa, intranquila. En aquel caso resultaba más incómodo ganar que perder. Se acercó a su socio, que se giró hacia él con vehemencia.

—¡Cállate, Corry! Ya sé lo que vas a decir, que prefieres quedarte y que me vaya yo y todo eso, pero no lo digas. Tú también tienes a tu familia en Detroit y con eso basta. Además, puedes hacer por mí lo que yo pensaba hacer si me hubiese ido.

—¿Quieres que…?

Pentfield leyó la pregunta completa en los ojos de su socio y respondió:

—Sí, eso mismo. Puedes traérmela. La única diferencia será que nos casaremos en Dawson en lugar de en San Francisco.

—¡Pero, hombre de Dios! —se opuso Corry Hutchinson—. ¿Cómo voy a traerla? No somos hermanos y, teniendo en cuenta que ni siquiera la conozco, no resultaría correcto que viajásemos juntos. Claro que tú y yo sabemos que no pasaría nada, pero ¡piensa en las apariencias, amigo!

Pentfield juró en voz baja y envió las apariencias a una región mucho menos glacial que Alaska.

—Mira, si me escucharas y no te emperraras como sueles hacer —continuó su socio—, verías que lo único justo dadas las circunstancias es que te vayas tú este año. Solo falta un año para el que viene y entonces podré irme yo.

Pentfield negó con la cabeza, aunque visiblemente tentado.

—No me iré, amigo Corry. Agradezco tu bondad y todo eso, pero no acepto. Me sentiría avergonzado cada vez que pensase en ti, aquí trabajando en mi lugar.

De repente pareció que se le había ocurrido algo. Se puso a rebuscar en su catre y lo desordenó aun más con los nervios, encontró papel y un lápiz, se sentó a la mesa y empezó a escribir con prisa y seguridad.

—Toma —dijo entregándole la carta garabateada a su socio—. Entrégala y todo irá bien.

Hutchinson le echó una ojeada y la dejó.

—¿Cómo sabes que el hermano estará dispuesto a realizar el espantoso viaje hasta aquí? —preguntó.

—Lo hará por mí… y por su hermana —respondió Pentfield—. Verás, es un novato y no la dejaría venir sola con él, pero si los acompañas tú, el viaje será más fácil y más seguro. En cuanto te marches, irás a verla para prepararla. Luego podrás seguir viaje al este para ver a tu familia y en primavera su hermano y ella estarán listos para acompañarte. Sé que ella te caerá bien desde el principio. Además, la reconocerás en cuanto la veas.

Mientras hablaba abrió la parte de atrás de su reloj y dejó a la vista la fotografía de una joven que estaba pegada en el interior de la caja. Corry Hutchinson la miró y se le llenaron los ojos de admiración.

—Se llama Mabel —continuó Pentfield—. Te explicaré cómo encontrar la casa. En cuanto llegues a San Francisco, tomas un taxi y le dices: «A casa de Holmes, en Myrdon Avenue». Incluso dudo que sea necesario lo de Myrdon Avenue. El taxista sabrá dónde vive el juez Holmes. Oye —añadió Pentfield tras una pausa—, no sería mala idea que me trajeras algunas cosas que…

—Un hombre casado debería tener —Hutchinson completó la frase con una sonrisa.

Pentfield se la devolvió.

—Claro, servilletas, manteles, sábanas, fundas de almohadas y cosas de esas. También podrías conseguirme una buena vajilla. A ella le costará acostumbrarse a lo que usamos aquí. Puedes enviarlo todo en un vapor por el mar de Bering. Oye, ¿y qué te parecería un piano?

Hutchinson secundó la idea encantado. Su reticencia se había esfumado y le entusiasmaba su misión.

—¡Bueno, Lawrence! —dijo al terminar la reunión, mientras los dos se ponían de pie—, traeré a tu novia rodeada de lujos. Yo cocinaré y me ocuparé de los perros para que el hermano solo deba ocuparse de la comodidad de ella y de proporcionarle lo que a mí se me haya olvidado. Aunque te aseguro que me olvidaré de muy poco.

Al día siguiente Lawrence Pentfield le estrechó la mano por última vez y lo vio irse corriendo con sus perros y desaparecer sobre el hielo del Yukón, camino del mar y del mundo. Pentfield regresó a su mina del Bonanza, que le pareció mucho más deprimente que antes, y se enfrentó con resolución al largo invierno. Había trabajo que hacer, hombres a los que supervisar y excavaciones que dirigir en busca de la veta errática, pero su corazón no estaba por la labor. No logró concentrarse en nada hasta que los troncos escalonados de una nueva cabaña empezaron a aparecer sobre la colina que se alzaba por detrás de la mina. Era una cabaña ambiciosa, abrigada y dividida en tres cómodas estancias. Cada tronco había sido tallado y ajustado a mano, un capricho caro teniendo en cuenta que los leñadores recibían una paga diaria de quince dólares. Pero a él nada le parecía excesivamente costoso cuando se trataba del hogar en el que iba a vivir Mabel Holmes.

Y así continuó construyendo la cabaña mientras cantaba: «Y yo, amada mía, ¿podré en algún lugar lograr que mi corazón more contigo?». Además, disponía de un calendario clavado en la pared sobre la mesa y lo primero que hacía cada mañana era tachar el día y contar los que faltaban para que su socio apareciera sobre el hielo del Yukón en primavera. Otro de sus caprichos consistió en no permitir que nadie durmiese en la nueva cabaña de la colina. Tenía que estar tan nueva cuando ella la ocupase como nueva era la madera tallada y ajustada a mano. Cuando quedó terminada, puso un candado en la puerta. Nadie entraba, excepto él, que se acostumbró a pasar muchas horas en su interior, tras las que salía con el rostro extrañamente radiante y una luz cálida y alegre en los ojos.

En diciembre recibió una carta de Corry Hutchinson. Acababa de ver a Mabel Holmes. En su opinión lo tenía todo para ser la esposa de Lawrence Pentfield. Parecía entusiasmado y su carta hizo que a Pentfield le bullera la sangre en las venas. Llegaron más cartas, una tras otra, a veces dos o tres juntas cuando el correo se amontonaba. Y todas en el mismo tono. Corry acababa de llegar de Myrdon Avenue; Corry iba a salir hacia Myrdon Avenue; o Corry estaba en Myrdon Avenue. El caso es que se demoraba en San Francisco sin siquiera mencionar su viaje a Detroit.

Lawrence Pentfield empezó a pensar que su socio pasaba mucho tiempo en compañía de Mabel Holmes para tratarse de alguien que tenía planeado viajar al este a ver a su familia. Incluso en ocasiones se sorprendió a sí mismo preocupado al respecto, aunque se habría preocupado más si no hubiese conocido tan bien a Mabel y a Corry. Por otro lado, las cartas de Mabel hablaban mucho de Corry. Además, en ellas había un asomo de timidez que casi se convertía en poca disposición en lo relativo al viaje sobre el hielo y la boda en Dawson. Pentfield contestaba muy animado y se reía de sus miedos, que tomaba por algo solamente físico, debido al peligro y a las penalidades, en lugar de relacionarlo con las reticencias propias de una joven doncella.

Pero el largo invierno y la tediosa espera, precedidos de los otros dos largos inviernos anteriores, empezaron a hacer mella en él. La supervisión de los hombres y la explotación de su mina no bastaban para romper el fastidio de la rutina diaria y a finales de enero ya hacía viajes esporádicos a Dawson, donde las mesas de juego le ofrecían la ocasión de olvidarse de su identidad durante un rato. Como podía permitirse perder, ganaba y «la suerte de Pentfield» se convirtió en una frase típica entre los jugadores de faro.

La suerte lo acompañó hasta la segunda semana de febrero. Cuánto tiempo más habría durado no deja de ser una conjetura porque, tras una partida impresionante, no volvió a jugar más.

Ocurrió en el salón de baile y durante una hora pareció que no podía apostar su dinero a una carta sin que dicha carta ganase. Durante una pausa, mientras el crupier barajaba las cartas, Nick Inwood, el propietario del salón, comentó por comentar:

—Oye, Pentfield, creo que tu socio anda haciendo travesuras en el exterior.

—Corry sabe pasarlo bien —respondió Pentfield—, sobre todo cuando se lo ha ganado.

—Cada cual tiene sus gustos —se rió Nick Inwood—, pero yo no diría que casarse sea pasárselo bien.

—¡¿Corry se ha casado?! —exclamó Pentfield, incrédulo y sorprendido a la vez.

—Sí —afirmó Inwood—. Lo leí en el periódico de San Francisco que llegó esta mañana.

—Vaya, ¿y quién es la chica? —quiso saber Pentfield, con ese aire de paciente fortaleza con el que se muerde el anzuelo y al mismo tiempo se es consciente de cómo se van a reír los demás a su costa.

Nick Inwood sacó el periódico del bolsillo y empezó a revisarlo mientras comentaba:

—No tengo mucha memoria para los nombres, pero creo que era algo así como Mabel… Mabel… ah, sí, aquí está: Mabel Holmes, hija del juez Holmes, sea quien sea ese.

Lawrence Pentfield no se inmutó, aunque se preguntó cómo era posible que alguien en el norte conociera el nombre de su novia. Miró fríamente un rostro tras otro en busca de cualquier signo que delatase el juego al que lo estaban sometiendo, pero en aquellos semblantes solo vio una curiosidad sana. Entonces se dirigió al propietario y en tono frío y tranquilo le dijo:

—Inwood, apuesto quinientos dólares a que lo que acabas de decir no está escrito en ese periódico.

—Olvídate, amigo. No quiero tu dinero.

—Ya lo imaginaba —comentó con desprecio Pentfield. Luego se concentró de nuevo en el juego e hizo un par de apuestas.

Nick Inwood se puso colorado y, como si dudara de sus sentidos, repasó con atención una columna breve. Después se dirigió a Lawrence Pentfield.

—Oye, Pentfield —dijo, nervioso y apresurado—, verás, no puedo permitirlo.

—¿Qué es lo que no puedes permitir? —preguntó Pentfield en tono despiadado.

—Has insinuado que miento.

—De eso nada —fue la respuesta—. Solo insinué que has intentado resultar burdamente ingenioso.

—Hagan sus apuestas, caballeros —intervino el crupier.

—Pero te aseguro que es verdad —insistió Nick Inwood.

—Y yo te he dicho que apuesto quinientos dólares a que el periódico no dice eso —respondió Pentfield mientras dejaba sobre la mesa un pesado saco de polvo de oro.

—Lamento quedarme con tu dinero —replicó Inwood y le entregó el periódico a Pentfield.

Pentfield vio lo que no lograba obligarse a creer. Le echó un vistazo al titular —«El joven Lochinvar ha llegado del norte»[6]— y ojeó el artículo hasta que los nombres de Mabel Holmes y Corry Hutchinson, emparejados, saltaron ante sus ojos. Entonces volvió al encabezamiento de la página. Era un periódico de San Francisco.

—El dinero es tuyo, Inwood —afirmó con una breve carcajada—. Cuando mi socio se lanza es imposible saber lo que acabará haciendo.

Luego se concentró en el artículo y lo leyó palabra a palabra, muy despacio, atentamente. Ya no podía dudar. Sin discusión, Corry Hutchinson se había casado con Mabel Holmes. «Uno de los reyes del Bonanza» —lo describía—, «socio de Lawrence Pentfield (a quien la sociedad de San Francisco no ha olvidado), caballero con el que también tiene intereses en otras ricas propiedades del Klondike». Además, y ya al final, leyó: «Se rumorea que el señor y la señora Hutchinson, tras un breve desplazamiento a Detroit, realizarán su verdadero viaje de luna de miel a la fascinante región del Klondike».

—Ahora vuelvo, guardadme el sitio —dijo Pentfield mientras se ponía de pie y recogía su saco, que mientras tanto había pasado por la balanza y pesaba quinientos dólares menos.

Se fue calle abajo y compró un periódico de Seattle. Contenía los mismos hechos, aunque algo más condensados. Indudablemente, Corry y Mabel se habían casado. Pentfield regresó al salón de baile y recuperó su lugar en la mesa de juego. Pidió que suprimieran el límite.

—Así que buscas animación —se rió Nick Inwood mientras asentía con la cabeza para darle permiso al crupier—. Pensaba acercarme al almacén de la A.C., pero creo que me quedaré a ver cómo la armas.

Y eso fue lo que hizo Lawrence Pentfield tras dos horas de juego arriesgado, cuando el crupier arrancó de un mordisco el extremo de un puro, encendió una cerilla y anunció que había saltado la banca. Pentfield cambió fichas por valor de cuarenta mil dólares, estrechó la mano de Nick Inwood y afirmó que nunca más volvería a jugar, ni en su salón ni en el de ningún otro.

Nadie supo ni sospechó que había sufrido un golpe terrible, un golpe insoportable. Su comportamiento no cambió. Durante una semana se ocupó de su trabajo como había hecho siempre, hasta que leyó una descripción de la boda en un periódico de Portland. Entonces llamó a un amigo para que se ocupase de su mina y sus negocios y partió Yukón arriba con sus perros. Siguió el camino de la costa hasta llegar al río White, por cuyo cauce continuó. Cinco días después se tropezó con un campamento de cazadores de

los indios del río White. Por la noche celebraron un festín y él ocupó el lugar de honor junto al jefe. A la mañana siguiente dirigió a sus perros de regreso al Yukón. Esa noche una joven india se ocupó de alimentar a sus perros y le ayudó a montar el campamento. De niña había sido gravemente herida por un oso y sufría una leve cojera. Se llamaba Lashka y al principio se mostró retraída con el hombre blanco y desconocido que había llegado de una región ignota, se había casado con ella sin casi mirarla o dirigirle la palabra y ahora la llevaba con él a un país desconocido.

Pero Lashka tuvo mejor suerte que la mayoría de las indias que se emparejan con hombres blancos en la región septentrional. Tan pronto alcanzaron Dawson el matrimonio bárbaro que los había unido se celebró de nuevo ante un sacerdote, al estilo de los blancos. Desde Dawson, que para ella era una maravilla y un sueño, se la llevó directamente a la concesión del Bonanza y la instaló en la cabaña de troncos tallados y ajustados a mano situada en la colina.

El asombro que provocó no se debió tanto a la india a la que Lawrence Pentfield había decidido mantener sino a la ceremonia con la que había legalizado su unión. Ese matrimonio correctamente sancionado era lo que la comunidad no lograba entender. Pero nadie molestó a Pentfield al respecto. Mientras los caprichos de un hombre no perjudicaran especialmente a la comunidad, la comunidad lo dejaba tranquilo. Tampoco se le impidió a Pentfield la entrada en las cabañas de los hombres que tenían esposas blancas. La ceremonia del matrimonio lo alejaba del estatus de hombre arrimado a una india y lo situaba más allá del reproche moral, aunque hubiese hombres que no compartían su gusto en lo relativo a las mujeres.

Del exterior no llegaron más cartas. En el río Big Salmon se habían perdido seis trineos cargados de correo. Además, Pentfield sabía que para entonces Corry y su mujer ya tenían que estar de camino. Se encontraban en pleno viaje de luna de miel, la luna de miel que él había soñado para sí durante dos años deprimentes. Su boca adoptaba un gesto amargo cuando pensaba en ello, pero no dio más señales externas que el hecho de tratar a Lashka incluso mejor que antes.

Transcurrió marzo y abril llegaba a su fin cuando, una mañana de primavera, Lashka pidió permiso para recorrer varias millas arroyo abajo, hasta la cabaña de Pete *el Indio*. La esposa de Pete, una mujer del río Stewart, le había enviado recado porque a su bebé le ocurría algo malo y Lashka, quien por encima de todo deseaba ser madre y que se consideraba entendida en los

problemas infantiles, no perdía ninguna oportunidad de cuidar a los hijos de otras mujeres aún más afortunadas que ella.

Pentfield enganchó los perros al trineo y, acompañado de Lashka, siguió el arroyo Bonanza cauce abajo. La primavera se sentía en el ambiente. El frío ya no penetraba con la misma intensidad y, aunque la nieve aún cubría la tierra, el murmullo y el goteo del agua anunciaban que la mano de hierro del invierno ya no apretaba con tanta fuerza. Empezaba a desprenderse el fondo del camino y, aquí y allá, habían abierto un nuevo camino alrededor de los agujeros. Justo antes de uno de esos lugares, donde no quedaba espacio suficiente para que pasaran dos trineos, Pentfield oyó el tintineo de varios cascabeles y detuvo a sus perros.

En la estrecha curva apareció una traílla de perros con aspecto extenuado, seguida de un trineo cargado hasta los topes. De la vara para manejarlo se ocupaba un hombre que la utilizaba de una forma que a Pentfield le resultó familiar y tras el trineo caminaban dos mujeres. Volvió a mirar al hombre de la vara. Era Corry. Pentfield se puso en pie y esperó. Se alegraba de que Lashka estuviese con él. Pensó que el encuentro no habría salido mejor si lo hubiese planeado. Mientras aguardaba se preguntó qué le dirían, qué serían capaces de decirle. En cuanto a él, no necesitaba hablar. Eran ellos quienes tenían que dar explicaciones y él estaba dispuesto a escucharlas.

Al acercarse más, Corry lo reconoció y detuvo a los perros. Con un «hola, amigo», le tendió la mano.

Pentfield la estrechó pero sin cordialidad y sin hablar. Para entonces las dos mujeres se habían acercado y vio que la otra era Dora Holmes. Se echó hacia atrás el gorro de piel, cuyas orejeras aleteaban, le estrechó la mano y se volvió hacia Mabel. Ella se adelantó tambaleándose, espléndida y resplandeciente, pero vaciló al ver que él le tendía la mano. Él había pensado decirle: «¿Cómo estás, señora Hutchinson?», pero el «señora Hutchinson» se le atragantó y solo logró articular el «¿cómo estás?».

La situación resultaba tan incómoda y violenta como él podía haber deseado. Mabel se mostraba agitada debido a su posición, mientras que Dora, a la que evidentemente habían llevado con ellos en calidad de figura conciliadora, decía:

—Pero ¿qué ocurre, Lawrence?

Antes de que pudiese responder, Corry le tiró de la manga y se lo llevó a un lado.

—Oye, amigo, ¿qué significa eso? —le preguntó en voz baja, indicando a Lashka con los ojos.

—Me parece, Corry, que no es asunto tuyo en absoluto —respondió Pentfield en tono burlón.

Pero Corry fue directo al grano.

—¿Qué hace esa india en tu trineo? En qué situación me pones si tengo que explicar todo esto. Solo espero que tenga explicación. ¿Quién es? ¿Con quién se ha arrimado?

Entonces Lawrence Pentfield asestó el golpe, y lo hizo con una alegría de espíritu relajada y tranquila que de alguna forma parecía compensarlo por el daño que se le había causado.

—Es mi india —dijo—. No solo eso, es la señora Pentfield.

Corry Hutchinson se quedó boquiabierto y Pentfield se apartó de él y regresó junto a las dos mujeres. Mabel, con gesto preocupado en el rostro, parecía mantenerse al margen. Él se dirigió a Dora y muy amablemente, como si en el mundo solo brillase el sol, le preguntó:

—¿Qué tal has llevado el viaje? ¿Te costó entrar en calor para dormir?

—¿Y qué tal lo soportó la señora Hutchinson? —preguntó a continuación, mirando a Mabel.

—¡Oh, mi querido tonto! —gritó Dora mientras le echaba las manos al cuello y lo abraca____. ¡Así que lo viste! Ya me parecía que pasaba algo por lo raro que te comportabas.

—No… no entiendo nada —tartamudeó Pentfield.

—Lo corrigieron en el periódico del día siguiente —continuó charlando Dora—. Ni imaginamos que podrías haberlo visto. Los demás periódicos lo publicaron correctamente, pero claro, ¡tú tenías que ver justo ese que estaba mal!

—¡Un momento! ¿Qué estás diciendo? —preguntó Pentfield con el corazón dominado por el miedo, ya que se sentía al borde de un gran abismo.

Pero Dora siguió hablando con la misma locuacidad.

—Tú fíjate cómo son: cuando se supo que Mabel y yo nos íbamos al Klondike, *Every Other Week* publicó que la casa de Myrdon Avenue pasaría a ser un lugar muy sanitario. Por supuesto, quería decir muy solitario.

—Entonces…

—Yo soy la señora Hutchinson —dijo Dora—. Y tú creías que era Mabel.

—Precisamente —respondió Pentfield muy despacio—. Ahora lo comprendo. El periodista cambió los nombres. Los periódicos de Seattle y Portland copiaron la noticia.

Guardó silencio un minuto. Mabel había vuelto a mirarlo y él vio que la expectación iluminaba su rostro. Corry se concentraba en la costura raída de

uno de sus mocasines, mientras Dora observaba de reojo el rostro inmóvil de Lashka, que permanecía sentada en el trineo. Lawrence Pentfield miraba al horizonte, hacia un futuro deprimente, en cuyo panorama gris se veía a sí mismo gobernando un trineo tirado por sus perros, con Lashka, la coja, a su lado.

Entonces habló, con sencillez, mientras miraba a Mabel a los ojos.

—Lo siento mucho. Ni se me habría ocurrido imaginarlo. Creí que te habías casado con Corry. Esa que está sentada en el trineo es la señora Pentfield.

Mabel Holmes se volvió sin fuerzas hacia su hermana, como si toda la fatiga de aquel impresionante viaje hubiera caído de repente sobre ella. Dora la agarró por la cintura. Corry Hutchinson continuaba pendiente de sus mocasines. Pentfield pasó la mirada de un rostro al otro rápidamente y se dio la vuelta en dirección a su trineo.

—No podemos quedarnos aquí todo el día mientras nos espera el bebé de Pete —le dijo a Lashka.

El látigo silbó, los perros tiraron del arnés y el trineo se puso en marcha a trompicones.

—Por cierto, Corry —dijo Pentfield mientras se alejaba—, podéis ocupar la cabaña vieja. Hace tiempo que no se usa. Yo he construido una nueva en la colina.

[1903]



Las orillas del Sacramento

Os toca soplar, vientos,
en dirección a California;
¡porque me han dicho que hay mucho oro
en las orillas del Sacramento!

No era más que un niño pequeño y cantaba con voz aguda la saloma que cantan los marineros por todo el mundo cuando manipulan las barras de cabestrante vertical y levan anclas rumbo al puerto de San Francisco. No era más que un niño pequeño que nunca había visto el mar, pero sesenta metros por debajo de sus pies retumbaba el Sacramento. Le llamaban Jerry Hijo, por su padre, que era Jerry Padre, de quien había aprendido la canción, además de heredar su mata de cabello pelirrojo, sus ojos azules y alegres, y su piel clara y llena de pecas.

Porque Jerry Padre había sido marinero y había salido a la mar basta la madurez, siempre perseguido por las palabras de la resonante saloma. Y de repente, un día había cantado la canción en serio, en un puerto asiático, mientras giraba emocionado alrededor del cabestrante, junto a otros veinte hombres. Y en San Francisco le dio la espalda a su barco y al mar y se fue a ver las orillas del Sacramento con sus propios ojos.

También vio el oro, porque encontró empleo en la mina Yellow Dream y demostró ser de lo más útil al aparejar el teleférico para transportar mineral de un lado al otro del río y a sesenta metros por encima de su superficie.

Cuando terminó quedó a cargo del teleférico, se ocupó de su mantenimiento, lo manejaba, lo quería y se convirtió en un elemento indispensable de la mina Yellow Dream. Luego se enamoró de la encantadora Margaret Kelly; pero ella los había dejado, a él y a Jerry Hijo cuando apenas daba los primeros pasos, para entregarse a su último y largo sueño en el pequeño cementerio rodeado de sobrios pinos.

Jerry Padre nunca volvió al mar. Se quedó junto a su teleférico y a él y a Jerry Hijo prodigó todo el amor que albergaba. Cuando llegaron malos tiempos a la Yellow Dream, él permaneció al servicio de la compañía como vigilante de la propiedad prácticamente abandonada.

Pero aquella mañana no se le veía. Solo se veía a Jerry Hijo, sentado en el escalón de la cabaña, cantando la vieja saloma. Se había hecho el desayuno, se lo había comido solo y acababa de salir para echarle una ojeada al mundo. A seis metros por delante de él se alzaba el tambor de acero alrededor del que giraba el cable interminable. Junto al tambor, bien ajustada y firme, aguardaba la vagoneta para el mineral. Si seguía con la mirada el vertiginoso vuelo de los cables hasta la orilla opuesta podía ver el otro tambor y la otra vagoneta.

El aparato funcionaba gracias a la gravedad: la vagoneta cargada cruzaba el río en virtud de su propio peso y al mismo tiempo hacía regresar a la vagoneta vacía. En cuanto se vaciaba la vagoneta llena y la vacía se llenaba con más mineral podía repetirse la operación, operación que se había repetido decenas de miles de veces desde el día en que Jerry Padre se convirtió en el conservador del teleférico.

Jerry Hijo dejó de cantar al percibir el sonido de unos pasos que se acercaban. Un hombre alto, vestido con una camisa azul y con un rifle bajo el brazo, salió de entre la oscuridad de los pinos. Era Hall, el vigilante de la mina Yellow Dragon, cuyo teleférico cruzaba el Sacramento una milla más arriba.

—¡Hola, jovencito! —lo saludó—. ¿Qué haces aquí tan solo?

—Estoy de rodríguez —Jerry intentó parecer indiferente, como si fuese algo de lo más natural—. Papá se ha ido.

—¿A dónde? —preguntó el otro.

—A San Francisco. Se fue anoche. Su hermano ha muerto y él ha ido a ver a los abogados. No volverá hasta mañana por la noche.

Eso fue lo que dijo Jerry y lo dijo con orgullo porque sobre él había recaído la responsabilidad de vigilar la propiedad de la mina Yellow Dream y la magnífica aventura de vivir solo en el risco sobre el río y de cocinarse sus propios alimentos.

—Pues cuídate mucho —dijo Hall— y no hagas travesuras con el teleférico. Yo voy a ver si cazo un ciervo en el Cañón de Cripple Cow.

—Creo que va a llover —contestó Jerry con un tono muy adulto.

—Pero a mí no me importa mojarme —se rió Hall mientras se internaba entre los árboles.

La predicción de Jerry relativa a la lluvia se cumplió con creces. A las diez los pinos se balanceaban y gemían, las ventanas de la cabaña tintineaban y la lluvia caía en aguaceros violentos. A las once y media encendió el fuego y en cuanto dieron las doce se sentó a comer.

Ese día no andaría por fuera, decidió tras fregar y guardar los pocos cacharros usados. Luego se preguntó si Hall se habría mojado mucho y si habría conseguido cazar un ciervo.

A la una alguien llamó a la puerta y, cuando la abrió, un hombre y una mujer entraron tambaleándose, empujados por una fuerte ráfaga de viento. Se trataba del señor y la señora Spillane, rancheros que vivían en un valle solitario a unos veinte kilómetros del río.

—¿Dónde está Hall? —fue lo primero que dijo Spillane, y lo dijo de forma arisca y seca.

Jerry se dio cuenta de que sus movimientos eran nerviosos y bruscos y de que la señora Spillane parecía presa de una gran ansiedad. Se trataba de una mujer delgada, extenuada y agotada por el trabajo, cuya deprimente vida de esfuerzos sin fin había dejado marcas indelebles en su rostro. La misma vida que había encorvado los hombros de su marido, llenado de nudos sus manos y tornado su cabello en una mata seca y gris.

—Ha ido a cazar a Cripple Cow —respondió Jerry—. ¿Querían cruzar?

La mujer empezó a llorar en silencio, mientras Spillane soltaba una exclamación de intranquilidad y se acercaba a la ventana. Jerry acudió a su lado para observar el punto en el que los cables se perdían entre el denso aguacero.

La gente que vivía tras los bosques de esa zona tenía la costumbre de cruzar el Sacramento usando el teleférico de la Yellow Dragon. Por el servicio les cobraban un pequeño peaje que la compañía minera empleaba para pagar el sueldo de Hall.

—Tenemos que cruzar, Jerry —dijo Spillane mientras señalaba con el pulgar por encima del hombro, en dirección a su mujer—. Su padre está herido en la Clover Leaf. Se ha producido una explosión de pólvora. No creen que sobreviva. Acaban de avisarnos.

Jerry sintió que todo en su interior se agitaba. Sabía que Spillane quería cruzar en el teleférico de la Yellow Dream y, en ausencia de su padre, no se sentía capaz de asumir semejante responsabilidad, porque el teleférico nunca se había utilizado para llevar pasajeros. De hecho, hacía mucho tiempo que no se usaba para nada.

—Puede que Hall regrese pronto —dijo.

Spillane negó con la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está tu padre?

—En San Francisco —respondió Jerry sin explayarse.

Spillane gruñó y golpeó con fuerza el puño cerrado en la palma de su otra mano. Su mujer lloraba con mayor intensidad y Jerry la oía murmurar: «¡Y papá se muere, se muere!».

A él también se le llenaron los ojos de lágrimas y permaneció dubitativo, sin saber qué era lo que debía hacer. Pero el hombre decidió en su lugar.

—Escucha, chaval —dijo con resolución—, mi mujer y yo vamos a cruzar en tu teleférico. ¿Puedes manejarlo?

Jerry retrocedió despacio. Lo hizo sin darse cuenta, como si se apartara por instinto de algo que no le gustaba.

—Es mejor ir a ver si ha vuelto Hall —sugirió.

—¿Y si no ha vuelto?

Jerry dudó otra vez.

—Correré el riesgo —añadió Spillane—. ¿Es que no lo ves, muchacho? ¡Tenemos que cruzar!

Jerry asintió con la cabeza de mala gana.

—Y de nada servirá esperar a Hall —siguió hablando Spillane—. Sabes tan bien como yo que no le ha dado tiempo a volver desde Cripple Cow. Así que, venga, manos a la obra.

No era de extrañar que la señora Spillane pareciera aterrorizada mientras la ayudaban a subir a la vagoneta, eso pensó Jerry al mirar hacia el abismo aparentemente sin fondo que se abría bajo sus pies. Porque estaba tan copado por la lluvia y las nubes, lanzadas y arrojadas de un lado a otro por las ráfagas violentas, que la orilla de enfrente, a doscientos metros de distancia, resultaba invisible, mientras que el risco sobre el que se encontraban caía a plomo y se perdía en un tumulto de agua pulverizada. Por lo que se veía, el fondo podía estar a un kilómetro, en lugar de a los sesenta metros a los que se encontraba.

—¿Preparada? —preguntó el chico.

—¡Suéltala ya! —gritó Spillane para hacerse oír por encima del estruendo del viento.

Se había subido junto a su mujer y le daba la mano. A Jerry no le pareció bien el gesto.

—Van a necesitar las dos manos para agarrarse bien, tal y como sopla el viento.

El hombre y la mujer obedecieron y se agarraron con fuerza a los laterales de la vagoneta; Jerry soltó el freno despacio y con mucho cuidado. El tambor

empezó a girar mientras el cable lo recorría y la vagoneta se deslizaba poco a poco hacia el abismo, con las ruedas del carro rodante recorriendo el cable fijo que iba por encima y del que estaba suspendida.

No era la primera vez que Jerry manejaba el teleférico, pero sí la primera que lo hacía sin la supervisión de su padre. Con el freno regulaba la velocidad de la vagoneta. Resultaba necesario hacerlo porque a veces, alcanzada por las ráfagas de viento más potentes, se balanceaba con fuerza y en una ocasión, justo antes de adentrarse en un chaparrón muy fuerte, estuvo a punto de derramar su contenido humano.

Después de eso, Jerry ya no tuvo más remedio que observar el cable para saber dónde se encontraba la vagoneta. Lo miraba atentamente mientras se deslizaba alrededor del tambor.

—Noventa metros —decía para sus propios oídos mientras iban pasando las marcas del cable—. Cien metros, ciento veinte, ciento…

El cable se había detenido. Jerry quitó el freno del todo, pero el cable no se movió. Lo agarró con las manos e intentó ponerlo en marcha propinándole un tirón seco. Algo había ido mal. ¿Qué? No se le ocurría nada; no podía ver. Si alzaba la vista veía la silueta imprecisa de la otra vagoneta que cruzaba desde el risco de enfrente a una velocidad igual a la de la vagoneta llena. Se encontraba a unos setenta y cinco metros de distancia. Eso significaba que, en algún lugar en medio de aquella oscuridad grisácea, a sesenta metros por encima del río y a setenta y cinco de la otra orilla, se encontraban Spillane y su esposa, suspendidos e inmóviles.

Tres veces gritó Jerry con toda la fuerza de sus pulmones, pero la tormenta no le devolvió grito alguno. Le resultaba imposible oírlos o lograr que lo oyeran a él. Mientras pensaba con rapidez las nubes errantes se despejaron un poco. Pudo atisbar el crecido cauce del Sacramento y ver aun más fugazmente la vagoneta con el hombre y la mujer. Luego las nubes se cerraron de nuevo, más densas que antes.

El chico examinó el tambor con atención y se aseguró de que no le ocurría nada. Sin duda, el problema estaría en el tambor de la otra orilla. Le horrorizaba pensar en aquella pareja, en medio de semejante tormenta, colgada sobre el abismo, balanceándose adelante y atrás en aquella frágil vagoneta y sin saber qué ocurría en la orilla. No le gustaba imaginárselos allí suspendidos mientras él lograba llegar hasta el otro tambor utilizando el teleférico de la mina Yellow Dragon.

Pero recordó que en el cobertizo de las herramientas había un polipasto y corrió a buscarlo. Las poleas eran dobles y murmuró en voz alta: «Mayor

fuerza», mientras las ataba al cable. Luego tiró de ellas. Tiró hasta que parecía que se le iban a desencajar los brazos y desgarrar los músculos de los hombros. Pero el cable no se movió. No le quedaba más que cruzar a la otra orilla.

Ya estaba empapado, así que no le importó la lluvia mientras corría hacia el teleférico de la mina Yellow Dragon. La tormenta lo acompañaba, aunque no era para tanto; sin embargo, no contaba con la presencia de Hall en el tambor para ocuparse del freno y regular la velocidad de la vagoneta. Lo hizo él mismo, utilizando una cuerda resistente que pasó dos veces alrededor del cable fijo.

Cuando el viento lo golpeó con toda su violencia en medio de la nada haciendo que el cable se balancease mientras silbaba y rugía al pasar, logrando que la vagoneta se bamboleara e inclinase, fue mucho más consciente de cómo tenían que sentirse Spillane y su esposa. Eso le dio fuerzas para, tras cruzar el río, abrirse camino a lo largo de la otra orilla, en lo peor de la tormenta, hasta el teleférico de la mina Yellow Dream.

Para su consternación, descubrió que el tambor se encontraba en perfecto estado. Todo iba bien en los dos extremos. ¿Dónde estaba el problema? En el medio, sin duda.

Desde aquella orilla, la vagoneta que contenía a los Spillane se encontraba a solo setenta y cinco metros de distancia. Distinguía al hombre y a la mujer en medio del tumulto de agua pulverizada, agachados en el fondo de la vagoneta, sin poder protegerse de la lluvia torrencial y la violencia del viento. En un momento de calma le gritó a Spillane que examinase el carro rodante de su vagoneta.

Spillane lo oyó, porque lo vio ponerse de rodillas con cuidado y repasar con las manos las dos ruedas del carro rodante. Después miró hacia la orilla.

—¡No le pasa nada, chico!

Jerry oyó las palabras débiles y remotas, como si llegasen desde un lugar muy lejano. Entonces, ¿qué ocurría? No quedaba más que la otra vagoneta, la vacía, que no podía ver pero que estaba allí, en algún lugar de aquel terrible abismo, a sesenta metros de donde se hallaba la de los Spillane.

Se decidió al instante. Solo tenía catorce años y era fibroso y menudo, pero siempre había vivido entre montañas, su padre le había enseñado muchas cosas de buen marinero y no le daban miedo las alturas.

En el cobertizo de las herramientas, junto al tambor, encontró una llave inglesa, un barrote de hierro y un rollo de una cuerda de abacá casi nueva. En vano buscó una tabla pequeña con la que aparejarse una guindola. Lo único

que había a mano eran tablones grandes que él no podía serrar, de manera que se vio obligado a pasar sin el asiento más cómodo en aquella situación.

El asiento que se procuró era muy sencillo: se limitó a enrollar la cuerda alrededor del cable fijo del que colgaba la vagoneta vacía. Cuando se sentó en el lazo, comprobó que llegaba bien al cable con las manos y, donde la cuerda podía deshilacharse al rozar con el cable, amarró su chaqueta, en lugar del viejo saco que habría utilizado de haber encontrado uno.

Tan pronto puso fin a esos preparativos, se lanzó al abismo, sentado en el asiento de cuerda e impulsándose a lo largo del cable con las manos. Llevaba consigo la llave inglesa, el barrote de hierro y los pocos metros de cuerda que le habían sobrado. Se trataba de un recorrido ligeramente cuesta arriba, pero eso no le preocupaba tanto como el viento. Cuando las violentas ráfagas lo zarandeaban de un lado a otro, a veces incluso a punto de darle la vuelta, y miraba a las grises profundidades, se daba cuenta de que tenía miedo. El cable era viejo. ¿Y si se rompía debido a su peso y la presión del viento?

Lo que experimentaba era miedo, puro miedo. Sentía una especie de nudo en la boca del estómago y las rodillas le temblaban de una forma que no conseguía dominar.

Pero se concentró con valentía en su tarea. El cable era viejo y estaba gastado, en algunos puntos sobresalían trozos de alambre muy afilados y él tenía las manos llenas de cortes que sangraban cuando hizo su primer descanso y habló a gritos con Spillane. La vagoneta estaba justo bajo él, a poca distancia, así que pudo explicarle la situación y lo que se proponía.

—Ojalá pudiera ayudarte —le gritó Spillane cuando se puso en marcha de nuevo—, pero mi mujer está destrozada. De todos modos, ten mucho cuidado, muchacho. Yo solo me he metido en este berenjenal y tú eres el único que puede sacarme de él.

—¡Lo haré! —respondió Jerry—. Dígale a la señora Spillane que enseguida llegará a la otra orilla.

En medio de una lluvia torrencial que casi lo cegaba, balanceándose como un péndulo errático y veloz, con un dolor espantoso en las manos y los pulmones a punto de estallar del esfuerzo y de la gran cantidad de aire que el viento a veces lo obligaba a tragar con una fuerza asfixiante, llegó por fin a la vagoneta vacía.

La primera ojeada le demostró que no había realizado aquel peligroso viaje en balde La rueda delantera del carro rodante, floja debido al deterioro, se había montado en el cable, que se encontraba trabado entre la rueda y la roldana de la polea.

Una cosa estaba clara: había que retirar la rueda de la polea. También quedaba claro un segundo punto: mientras retiraba la rueda tendría que amarrar la vagoneta al cable con la cuerda que había llevado consigo.

Tras un cuarto de hora lo único que había logrado era hacer firme la vagoneta. La chaveta que unía la rueda a su eje estaba oxidada y atascada. La golpeaba con una mano y con la otra se agarraba lo mejor que podía, pero el viento se empeñaba en balancear y hacer girar su cuerpo, por lo que sus golpes erraban el blanco más que lo acertaban. Nueve décimas partes de la fuerza que gastaba la empleaba en intentar mantenerse estable. Por miedo a que se le cayera la llave inglesa se la ató a la muñeca con el pañuelo.

Tras media hora Jerry había conseguido aflojar la chaveta, aunque no lograba sacarla. Incluso llegó a pensar, desesperado, que iba a tener que rendirse, que tanto esfuerzo realizado y tanto peligro como había corrido no servirían de nada. Entonces se le ocurrió una idea y se registró los bolsillos con una prisa febril hasta encontrar lo que buscaba: un clavo de tres pulgadas.

De no ser por ese clavo, que se había metido en el bolsillo no sabía cuándo ni porqué, habría tenido que realizar de nuevo el viaje por el cable hasta la orilla y vuelta. Hundió el clavo en la cabeza circular de la chaveta, por fin pudo agarrarla bien y enseguida fue capaz de sacarla.

Luego le tocó golpear y hacer palanca con el barrote de hierro para liberar la rueda del cable que la atascaba contra el lateral de la polea. Después, Jerry volvió a colocarla rueda y, valiéndose de la cuerda, tiró hacia arriba de la vagoneta hasta que el carro rodante descansó de nuevo y como debía sobre el cable.

Todo eso llevó su tiempo. Había transcurrido más de hora y media desde que llegara a la vagoneta vacía. Entonces pasó de su asiento al interior de la vagoneta. Retiró la cuerda que la retenía y las ruedas del carro rodante empezaron a girar lentamente. La vagoneta se movía y él supo que allá, a lo lejos, aunque no podía verla, la vagoneta de los Spillane también avanzaba, aunque en la dirección opuesta.

No necesitaba freno porque su peso contrarrestaba de sobra el de la otra vagoneta y pronto vio el risco que surgía del abismo, envuelto en nubes, y el viejo y conocido tambor, que no paraba de girar.

Jerry se bajó y amarró con fuerza la vagoneta. Lo hizo con mucho cuidado y atención, y luego, en un gesto no demasiado apropiado para un héroe, se dejó caer junto al tambor, sin preocuparse por la lluvia torrencial, y empezó a sollozar.

Lloraba por varios motivos: en parte por el dolor de las manos, que resultaba insoportable; en parte porque estaba agotado; también por el alivio que sentía al verse libre de la tensión nerviosa que lo había dominado durante tanto tiempo; y en gran medida lloraba de agradecimiento porque aquel hombre y aquella mujer estuviesen a salvo.

No se encontraban allí para darle las gracias, pero él sabía que más allá de aquel abismo violento y dominado por la tormenta, corrían por el sendero en dirección a la Clover Leaf.

Jerry se tambaleó como pudo hasta la cabaña y el pomo blanco de la puerta se tiñó de rojo debido a la sangre de su mano, pero él no se fijó en eso.

Se sentía orgullosamente satisfecho de sí mismo, porque estaba seguro de que había hecho bien y era lo bastante honrado como para admitirlo. Sin embargo, se le ocurrió una idea que lo entristecía y de la que no lograba librarse… ¡ojalá su padre hubiese estado allí para verlo!

[1903]



Amor a la vida

De todo, quedará esto,
han vivido y luchado:
eso habrán ganado en el juego,
aunque se haya perdido el oro de los dados.[7]

COJEABAN CON GRAN ESFUERZO pendiente abajo y en una ocasión el que iba más adelantado de los dos se tambaleó entre las rocas irregulares esparcidas por todas partes. Estaban cansados y débiles y sus rostros demacrados expresaban esa paciencia que se deriva de soportar penalidades durante mucho tiempo. Iban muy cargados con fardos de mantas que llevaban sujetos con correas a los hombros. Otras correas les cruzaban la frente y les ayudaban a soportar el uno llevaba un rifle. Caminaban encorvados, con los hombros hacia delante, la cabeza más adelantada aún y la mirada fija en el suelo.

—Ojalá tuviésemos al menos dos de esos cartuchos que guardamos en nuestra despensa escondida —dijo el que iba detrás.

Su voz era completamente inexpresiva, monótona. Hablaba sin entusiasmo y el hombre de delante, que cojeaba entre la corriente blanquecina que cubría las rocas con su espuma, no se dignó a contestar.

El otro le pisaba los talones. No se descalzaron a pesar de que el agua estaba helada, tanto que les dolían los tobillos y los pies se les entumecieron. En algunos tramos el agua rompía contra sus rodillas y los dos se tambaleaban al intentar no perder el equilibrio.

El de atrás resbaló sobre una roca lisa y estuvo a punto de caerse, pero se recuperó con gran esfuerzo a la vez que emitía un grito de dolor. Parecía mareado, casi desmayado, y extendió la mano libre mientras se desequilibraba, como si buscase apoyo en el aire. Cuando logró estabilizarse dio un paso adelante, aunque se tambaleó de nuevo y le faltó muy poco para

caerse. Luego se quedó quieto y miró al otro hombre, que ni siquiera había girado la cabeza.

Permaneció sin moverse durante un minuto entero, como si discutiera consigo mismo. Luego dijo:

—Oye, Bill, me he torcido el tobillo.

Bill continuó avanzando, vacilante, entre el agua blanquecina. No desvió la mirada. El de atrás lo vio marchar y, aunque su rostro seguía tan inexpresivo como antes, sus ojos eran los de un ciervo herido.

El otro empezó a ascender cojeando la orilla de enfrente y siguió avanzando sin mirar atrás. El hombre en medio de la corriente lo observó. Le temblaban un poco los labios y la mata de pelo áspero y castaño que los rodeaba se agitaba visiblemente. Incluso la lengua se atrevió a salir para humedecerlos.

—¡Bill! —gritó.

Era el grito suplicante de un hombre fuerte que sufre mucho, pero la cabeza de Bill no se giró. El de atrás lo vio alejarse, cojeando de forma grotesca y dando bandazos y trastabillando orilla arriba hacia el desdibujado final de la pendiente. Lo observó hasta que superó la cima y desapareció. Luego retiró la mirada y poco a poco fue percibiendo el mundo que lo rodeaba: el que le quedaba a él ahora que Bill se había ido.

Cerca del horizonte el sol ardía con luz tenue, casi oscurecido por neblinas y vapores informes que daban la impresión de acumulación y densidad sin contorno o concreción alguna. El hombre sacó el reloj mientras apoyaba el peso en una pierna. Eran las cuatro y como se encontraba cerca de finales de julio o principios de agosto —no sabía la fecha exacta, podía variar en una o dos semanas— era consciente de que el sol indicaba más o menos el noroeste. Miró hacia el sur y supo que en algún punto, tras esas colinas inhóspitas, se extendía el Gran Lago del Oso; también sabía que, siguiendo ese rumbo, el Círculo Ártico se abría camino entre la desolación de las llanuras heladas canadienses. Aquel arroyo en el que se encontraba era un afluente del río Coppermine, que a su vez fluía hacia el norte y desembocaba en el Golfo de la Coronación y el océano Ártico. Nunca había estado allí, pero en una ocasión lo vio en un mapa de la Compañía de la Bahía de Hudson.

Miró a su alrededor de nuevo para observar el mundo que lo circundaba. No constituía un espectáculo alentador. Por todas partes un horizonte difuminado. Las colinas eran bajas. No había árboles ni arbustos ni hierba: nada, excepto una desolación espantosa, tremenda que hizo asomar el miedo a sus ojos.

—¡Bill! —susurró una vez, dos—. ¡Bill!

Se encogió en medio del agua blanquecina, como si la inmensidad lo aplastara con una fuerza arrolladora, como si lo estrujase despiadadamente con su complaciente atrocidad. Se apoderó de él un temblor febril hasta que el arma se le cayó de la mano y lo salpicó. Eso lo espabiló. Se enfrentó a su miedo y logró serenarse, después metió la mano en el agua para buscar el arma. Desplazó el fardo sobre el hombro izquierdo para aliviar al tobillo herido de una parte del peso. Luego avanzó hacia la orilla, despacio, con cuidado y haciendo muecas de dolor.

No se detuvo. Con una desesperación que era locura, sin importarle el dolor, se apresuró a subir la cuesta hasta la cima de la loma tras la que había desaparecido su compañero, componiendo una figura mucho más grotesca y cómica que la de aquel camarada que cojeaba y avanzaba a trompicones. Pero al llegar arriba vio un valle llano, sin vida. Volvió a enfrentarse a su miedo y lo superó, apoyó el fardo aún más sobre el hombro izquierdo y descendió la loma tambaleándose.

El fondo del valle estaba empapado de agua que, como una esponja, el espeso musgo retenía junto a la superficie. Cada uno de sus pasos desplazaba parte del agua y, siempre que levantaba un pie, el movimiento culminaba con un ruido de succión, debido a que el musgo mojado soltaba su presa a regañadientes. Así fue avanzando de ciénaga en ciénaga mientras seguía las huellas del otro hombre, que cruzaban o pasaban junto a los salientes rocosos emergentes entre el mar de musgo, cual islotes.

Aunque estaba solo no se había perdido. Sabía que más adelante llegaría al punto donde las píceas y los abetos muertos, diminutos y marchitos, bordeaban la orilla de un lago pequeño, llamado *Titchin-nichilie* en la lengua del país o «Tierra de los Little Stick». En ese lago desembocaba un arroyo pequeño de aguas no blanquecinas, en el que había juncos —lo recordaba bien— pero no árboles, y que él seguiría hasta que su primer reguero se detuviese en una línea divisoria de aguas. Cruzaría esa divisoria hasta el primer reguero de otro arroyo que fluía hacia el oeste y que él seguiría hasta desembocar en el río Dease, donde encontraría una despensa oculta bajo una canoa boca abajo y cubierta de piedras. En esa despensa habría munición para su arma descargada, anzuelos, sedales y una pequeña red, utensilios todos ellos necesarios para cazar y pescar comida. También hallaría harina, aunque no mucha, un pedazo de beicon y algunas alubias.

Allí lo estaría esperando Bill y los dos remarían rumbo al sur, río Dease abajo hacia el Gran Lago del Oso. Cruzarían el lago en dirección sur, siempre

hacia el sur, hasta alcanzar el Mackenzie. Y aún irían más al sur, mientras el invierno los perseguía en vano, el hielo se formaba en los remolinos y los días eran cada vez más fríos, helados. Hacia el sur, hasta alguna factoría de la Compañía de la Bahía de Hudson, donde los árboles crecían altos y generosos y había comida sin fin.

Así pensaba el hombre mientras se afanaba en avanzar. Por mucho que luchaba con su cuerpo, en la misma medida se esforzaba con la mente e intentaba pensar que Bill no lo había abandonado, que sin duda lo esperaría junto a la despensa escondida. Se veía obligado a pensar así o no tendría sentido luchar y se tumbaría en el suelo a esperar la muerte. Mientras la tenue esfera del sol se hundía despacio al noroeste, él recorría cada centímetro —muchas veces— de su huida junto a Bill hacia el sur por delante del invierno que se aproximaba. Y repasaba una y otra vez la comida de la despensa y del puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson. Llevaba dos días sin comer y durante una larga temporada previa no había comido tanto como le hubiese gustado. A menudo se encorvaba para recoger las pálidas bayas de las ciénagas, se las metía en la boca, masticaba y se las tragaba. Una baya de las ciénagas es un trozo de semilla envuelto en un poco de agua. En la boca el agua se derrite y la semilla resulta amarga y ácida. El hombre sabía que las bayas no lo alimentaban, pero las masticaba con paciencia y una esperanza mayor que el conocimiento, desafiando a la experiencia.

A las nueve se dio un golpe en el dedo gordo con un saliente rocoso y, de puro cansancio y debilidad, trastabilló y se cayó al suelo. Permaneció un rato tumbado de lado, sin moverse. Luego se quitó las correas que sujetaban el fardo y se arrastró como pudo hasta conseguir sentarse. Aún no había oscurecido por completo y, aprovechando el crepúsculo, buscó a tientas entre las rocas pedazos de musgo seco. Cuando reunió un montoncito encendió una hoguera —un fuego humeante, de esos que tiznan— y puso a hervir un cazo con agua.

Desenvolvió el fardo y lo primero que hizo fue contar las cerillas. Tenía sesenta y siete. Las contó tres veces para estar seguro. Las dividió en varios montones, los envolvió en papel encerado y guardó uno en la bolsa vacía del tabaco, otro en la cinta interior de su ajado sombrero y el tercero bajo la camisa, pegado a su pecho. Cuando terminó se dejó llevar por el pánico, desenvolvió los tres montones y volvió a contar todas las cerillas. Seguía teniendo sesenta y siete.

Puso a secar el calzado junto a la hoguera. Los mocasines estaban empapados y hechos pedazos. Los calcetines de manta se habían gastado en

algunos puntos por los que asomaban los pies descalzos y sangrantes. Le daban punzadas de dolor en el tobillo y decidió examinarlo a fondo. Se había hinchado hasta alcanzar el tamaño de la rodilla. Rasgó una tira larga de una de sus dos mantas y vendó con fuerza el tobillo. Luego rasgó otras tiras y con ellas se protegió los pies para que hicieran las veces de calcetines y mocasines. Después se bebió el agua de la cacerola, muy caliente, dio cuerda al reloj y se arrastró entre las mantas.

Durmió como un muerto. La breve oscuridad de la medianoche llegó y se fue. El sol salió por el noreste; al menos el día amanecía en esa dirección, porque el sol quedaba oculto tras unas nubes grises.

Se despertó a las seis y permaneció boca arriba, sin moverse. Miró al cielo gris y supo que tenía mucha hambre. Al ponerse de lado sobre un hombro, un resoplido lo sorprendió y vio que un macho de caribú lo observaba con curiosidad vigilante. El animal no se encontraba a más de quince metros y al instante en la mente del hombre surgió la imagen y el aroma de un filete de caribú crepitando y friéndose en la hoguera. De forma mecánica echó mano del rifle, apuntó y apretó el gatillo. El caribú resopló y se alejó corriendo, golpeteando y repiqueteando con las pezuñas sobre los salientes.

El hombre maldijo y arrojó a un lado el arma vacía. Gimió en voz alta mientras intentaba ponerse de pie. Fue una tarea lenta y ardua. Tenía las articulaciones como bisagras oxidadas. Les costaba moverse en sus cavidades, con mucha fricción, y cada inclinación o movimiento inverso implicaba un esfuerzo enorme. Cuando por fin logró levantarse tardó otro minuto en enderezarse hasta alcanzar la postura propia de un ser humano.

Ascendió como pudo una pequeña loma y observó la panorámica. No había árboles ni arbustos, solo un mar gris de musgo apenas matizado por rocas grises, pequeños lagos grises y riachuelos grises. El cielo era gris. No había sol ni rastro de él. No tenía ni idea de dónde estaba el norte y no recordaba por donde había llegado hasta aquel lugar la noche anterior. Pero no estaba perdido. Eso lo sabía. Pronto llegaría a la Tierra de los Little Stick. Sentía que quedaba en algún punto a la izquierda, no lejos, posiblemente tras pasar la próxima colina baja.

Regresó a preparar su fardo para el viaje. Comprobó la existencia de los tres montones de cerillas aunque no se detuvo a contarlas. Pero se entretuvo pensando qué hacer con un saquito de piel de alce. No era grande. Podía ocultarlo bajo sus dos manos. Sabía que pesaba casi siete kilos, tanto como el resto del fardo, y eso le preocupaba. Por fin lo dejó a un lado y empezó a recoger. Se detuvo a mirar el saco de piel de alce. Lo recogió con un gesto

rápido y una mirada desafiante a su alrededor, como si aquella desolación intentase robárselo y, cuando se puso en pie para empezar a tambalearse, lo había incluido en el fardo que llevaba a la espalda.

Se alejó hacia la izquierda, deteniéndose de vez en cuando para comer bayas. El tobillo se le había agarrotado y cojeaba más, pero el dolor que le producía no era nada en comparación con lo mucho que le dolía el estómago. Las punzadas de hambre lo aguijoneaban. Lo corroían y consumían hasta que no lograba concentrarse en el curso que debía seguir para llegar a la Tierra de los Little Stick. Las bayas no aplacaban esa persistencia, aunque su fuerza irritante sí conseguía que le doliesen la lengua y el cielo de la boca.

Llegó a un valle en el que las perdices nivales se alzaban aleteando desde los salientes y las ciénagas, mientras graznaban a su manera. Les tiró piedras pero no les dio. Depositó el fardo en el suelo y las acechó como el gato acecha al gorrión. Las rocas afiladas rasgaron las perneras de sus pantalones y sus rodillas acabaron por dejar un rastro de sangre, pero el dolor se perdía en el inmenso suplicio del hambre. Se retorció sobre el musgo mojado y empapó su ropa e hizo que su cuerpo se enfriase, aunque no fue consciente de ello, tan grande era su obsesión por comer. Y siempre la perdiz alzaba el vuelo, aleteando delante de sus narices, hasta que el graznido se convirtió en una burla hacia él, quien las maldijo y les gritó su propio graznido, como un llanto.

Una vez por casualidad se arrastró despacio hacia una que debía estar dormida. No la vio hasta que salió volando, pegada a él, desde el recoveco que ocupaba en la roca. Hizo ademán de agarrarla, tan sobresaltado como la perdiz al alzar el vuelo, y en su mano quedaron tres plumas de la cola. Mientras la veía volar, la odió como si le hubiera hecho algo terrible. Luego regresó y se echó el fardo al hombro.

Según iba transcurriendo el día él llegaba a valles o depresiones donde la caza era más abundante. Una manada de caribúes pasó a su lado, veintitantos animales, a una distancia de tiro muy prometedora. Sintió el deseo desenfrenado de correr tras ellos, convencido de que los derrotaría. Un zorro negro se acercaba hacia él con una perdiz nival en la boca. El hombre gritó. Fue un grito aterrador pero el zorro se alejó corriendo asustado sin dejar caer la perdiz.

Ya avanzada la tarde siguió un arroyo de aguas blanquecinas debido a la cal que de vez en cuando fluía entre los juncos. Agarrando esos juncos con fuerza cerca de la raíz logró sacar lo que parecía un brote de cebolla, no mayor que un clavo de tres centímetros y medio. Era tierno y sus dientes se

hundieron en él provocando un crujido que prometía un alimento delicioso. Pero sus fibras se resistieron. Estaba compuesto por filamentos llenos de hebras, saturados de agua, como las bayas, y desprovistos de nutrientes. Arrojó el fardo a un lado y se internó a cuatro patas entre los juncos, ronzando y mascando como una criatura bovina.

Estaba agotado y a menudo deseaba descansar, tumbarse y dormir; pero algo lo empujaba a continuar, y no era tanto su deseo de llegar a la Tierra de los Little Stick como el hambre que sentía. Buscó ranas en los charcos y excavó en la tierra con las uñas a la caza de lombrices, a pesar de saber de sobra que ni las ranas ni las lombrices existían tan al norte.

En vano observó cualquier charca hasta que, en una de ellas y con la llegada del largo crepúsculo, descubrió un pez solitario, del tamaño de un alevín. Metió el brazo en el agua hasta el hombro, pero se le escapó. Intentó cogerlo con ambas manos y removió el barro blanquecino del fondo. Con los nervios cayó dentro y se mojó hasta la cintura. Para entonces el agua estaba demasiado turbia y no le permitía ver el pez, por lo que se vio obligado a aguardar hasta que el sedimento volvió a quedar depositado en el fondo.

Renovó la persecución y el agua se enturbió de nuevo. Pero ya no pudo esperar más. Desató el cazo y empezó a vaciar el agua de la charca. Al principio lo hacía como un loco, salpicándose y arrojando el agua tan cerca que volvía a la charca. Luego empezó a tener más cuidado y luchó por controlarse, aunque su corazón latía desbocado y le temblaban las manos. Al cabo de media hora la charca estaba casi seca. No quedaba agua suficiente para llenar una taza. Y no se veía ni rastro del pez. Había encontrado una grieta entre las piedras a través de la que huyó a la charca de al lado, mucho más grande y que no sería capaz de vaciar ni en una noche y un día. Sabía que existía la grieta, podía haberla tapado con una piedra al principio y el pez habría sido suyo.

Eso pensó mientras salía de la charca y se dejaba caer sobre la tierra mojada. Al principio lloró en voz baja, para sí mismo, pero luego lo hizo a gritos, para que lo oyera la despiadada desolación que lo rodeaba. Y después, durante un buen rato, se vio sacudido por unos sollozos enormes.

Encendió una hoguera, se calentó bebiendo agua caliente y acampó en un saliente rocoso, como había hecho la noche anterior. Lo último que hizo fue comprobar que las cerillas permanecían secas y darle cuerda al reloj. Las mantas estaban húmedas y frías. El tobillo palpitaba de dolor. Pero él solo era consciente de su hambre y durante la noche agitada soñó con festines, banquetes y comida servida y desplegada de todas las formas imaginables.

Se despertó helado y enfermo. No había sol. El gris de la tierra y el cielo era más oscuro, más profundo. Soplaba un viento cortante y los primeros torbellinos de nieve blanqueaban las cumbres. El aire que lo rodeaba se tornó más denso y blanco mientras encendía una hoguera y ponía agua a hervir. Era aguanieve, de copos más grandes y mojados. Al principio se derretían en cuanto entraban en contacto con la tierra, pero cada vez caían más y acabaron por cubrir el suelo, apagar la hoguera y estropear su provisión del musgo que usaba como combustible.

Eso le indicó que debía echarse el fardo a la espalda y continuar camino como pudiese y sin saber a donde. Ya no le preocupaba la Tierra de los Little Stick, ni Bill y la despensa oculta bajo la canoa junto al río Dease. El verbo comer lo dominaba. Estaba loco de hambre. Le daba igual qué curso seguía, siempre y cuando lo llevase al fondo de las depresiones. Tanteaba entre la nieve húmeda hasta encontrar las bayas aguadas y continuaba avanzando mientras arrancaba los juncos de raíz. Pero nada de aquello tenía sabor y no llenaba. Encontró una hierba de gusto agrio y comió cuanto pudo, que no era mucho porque se trataba de una trepadora que se ocultaba fácilmente bajo los varios centímetros de nieva ya caída.

Esa noche se quedó sin hoguera y sin agua caliente y se metió entre las mantas para dormir el sueño inquieto del hambriento. La nieve se tornó lluvia fría. Se despertó muchas veces al sentir las gotas en su rostro boca arriba. Llegó el día, gris y sin sol. Había dejado de llover. La intensidad de su hambre había desaparecido. La sensibilidad, en lo relativo al deseo de comer, se había agotado. Sentía un dolor sordo e incómodo en el estómago, pero no le molestaba en exceso. Se encontraba más lúcido y volvían a interesarle la Tierra de los Little Stick y la despensa junto al río Dease.

Rasgó lo que quedaba de una de sus mantas para hacer tiras y con ellas se protegió los pies sangrantes. También volvió a cinchar el tobillo herido y se preparó para una jornada de viaje. Cuando empezó a preparar el fardo, de nuevo se detuvo a pensar en el saquito de piel de alce, pero al final se lo llevó consigo.

La nieve se había derretido debido a la lluvia y solo las cimas estaban blancas. Salió el sol y logró localizar los puntos de la brújula, aunque ahora ya sabía que se había perdido. Probablemente, en su avance desorientado durante los días anteriores, se había desviado en exceso a la izquierda. Así que puso rumbo a la derecha para contrarrestar el posible alejamiento del curso que debía seguir.

Aunque las punzadas del hambre ya no eran tan intensas, se dio cuenta de que estaba muy débil. Se veía obligado a detenerse frecuentemente para descansar, momentos en que atacaba bayas y juncos. Tenía la lengua seca e hinchada, como recubierta por una fina pelusa, y en la boca sentía un sabor amargo. El corazón le causaba problemas. Cuando llevaba pocos minutos de viaje empezaba a latir con fuerza, implacable, y luego aumentaba el ritmo de repente hasta convertir los latidos en palpitaciones dolorosas que lo ahogaban y lo hacían sentirse mareado y enfermo.

A mediodía encontró dos pececillos en una charca grande. Resultaba imposible vaciarla, sin embargo ahora estaba más calmado y logró atraparlos con el cazo. No eran más grandes que su meñique, pero no tenía demasiada hambre. El dolor sordo del estómago se volvía cada vez más sordo y más tenue. Casi parecía que su estómago se había adormilado. Se comió los peces crudos, masticando con obsesivo cuidado, porque comer era un acto de razón pura. Aunque no deseaba comer, sabía que debía hacerlo para vivir.

Al anochecer atrapó tres pececillos más, se comió dos y guardó el tercero para el desayuno. El sol había secado pequeñas franjas de musgo y pudo calentarse bebiendo agua caliente. Aquel día había recorrido poco más de quince kilómetros; y al siguiente, avanzando cuando su corazón se lo permitía, no pasó de ocho. Pero su estómago no le provocaba el más mínimo malestar. Se había dormido. Además, se encontraba en un territorio desconocido y los caribúes abundaban cada vez más, al igual que los lobos. Sus aullidos a menudo cruzaban aquella desolación y una vez vio a tres de ellos escabullándose por delante de él, en su mismo camino.

Otra noche. Por la mañana, sintiéndose más lúcido, desató la cuerda de cuero que cerraba el saco de piel de alce. De su boca abierta brotó un cauce amarillo de pepitas y polvo grueso de oro. Dividió el oro en dos, ocultó una parte en un saliente que destacaba sobre el resto, envuelto en un pedazo de manta, y guardó la otra mitad en el saco. También empezó a hacer tiras, para protegerse los pies, de la única manta que le quedaba. Aún conservaba el arma porque en la despensa del río Dease había munición.

Aquel fue un día de niebla y el hambre se despertó de nuevo en su interior. Se sentía muy débil y lo atormentaba un mareo que en ocasiones lo cegaba. Ahora ya no resultaba raro que tropezara y se cayera. Debido a uno de esos tropiezos, cayó sobre un nido de perdiz nival. En él había cuatro crías recién nacidas, no tendrían más de un día de vida, pequeñas pizcas de vida palpitante que representaban un mínimo bocado. Se las comió con un hambre canina: se las metió vivas en la boca y las aplastó entre los dientes como si

fueran cáscaras de huevo. La madre perdiz protestaba sin dejar de moverse a su alrededor. Utilizó el arma a modo de garrote, pero ella se situó fuera de su alcance. Le lanzó piedras y por causalidad le rompió un ala. Entonces ella intentó alejarse aleteando, arrastrando el ala rota, mientras él la perseguía.

Los polluelos no habían hecho más que abrirle el apetito. Avanzó a la pata coja y tambaleándose, apoyándose como podía en el tobillo herido mientras lanzaba piedras y a veces gritaba; otras veces continuaba adelante trastabillando y en silencio, levantándose con paciencia y determinación si se caía o frotándose los ojos con la mano cuando el mareo amenazaba con doblegarlo.

La persecución lo llevó a través del terreno pantanoso que se extendía en el extremo más alejado del valle y, en medio del musgo empapado, descubrió pisadas. No eran suyas, eso lo tenía claro. Tenían que ser de Bill. Pero no podía detenerse porque la madre perdiz se escapaba. Primero la atraparía y luego retrocedería para investigar.

Agotó a la madre perdiz, pero él se agotó al mismo tiempo. Ella yacía de lado, jadeando. Él yacía de lado, jadeando, a unos tres metros de distancia, incapaz de arrastrarse hasta ella. Cuando se recuperó, ella también lo hizo y aleteó lejos de su alcance mientras su mano hambrienta se extendía en un intento por atraparla. Se reanudó la persecución. Llegó la noche y la perdiz escapó. La debilidad lo hizo tropezar y cayó de cabeza, prácticamente de cara, se cortó la mejilla y el fardo quedó sobre su espalda. Permaneció mucho tiempo sin moverse, luego se puso de lado, dio cuerda al reloj y continuó allí hasta la mañana.

Otro día de niebla. La mitad de su última manta había desaparecido ya, convertida en tiras para los pies. No logró encontrar el rastro de Bill. No importaba. El hambre lo empujaba con un apremio excesivo, aunque se preguntaba si Bill se habría perdido también. A mediodía el fardo ya le resultaba demasiado opresivo. Volvió a dividir el oro. Sin embargo, en esta ocasión se limitó a derramar la mitad sobre la tierra. Por la tarde se deshizo del resto y solo se quedó con la media manta, el cazo y el rifle.

Una alucinación empezó a perseguirlo. Estaba seguro de que le quedaba un cartucho. Se encontraba en la recámara del rifle y no lo había tenido en cuenta. Por un lado, supo todo el tiempo que la recámara estaba vacía. Pero la alucinación perseveraba. Luchó contra ella durante horas y al final abrió el rifle y se enfrentó al vacío. La decepción resultó tan amarga como si de verdad hubiese esperado encontrar el cartucho.

Continuó cojeando durante media hora, cuando la alucinación volvió a surgir. Otra vez luchó contra ella, que persistió, hasta que, en busca de alivio, abrió el rifle para librarse de su convicción. En ocasiones su mente le tomaba la delantera y él seguía avanzando como un simple autómata mientras ideas extrañas y excéntricas consumían su cerebro cual gusanos. Pero esas excursiones fuera de la realidad duraban poco pues los pinchazos del hambre siempre lo obligaban a regresar. Una vez tornó de repente de una de esas salidas a causa de una imagen por la que estuvo a punto de desmayarse. Ante él se alzaba un caballo. ¡Un caballo! No creía lo que veían sus ojos. Una neblina espesa se había adentrado en ellos, mezclada con destellos de luz. Se frotó los ojos con fuerza para aclarar la visión y lo que distinguió no fue un caballo, sino un enorme oso pardo. El animal lo estudiaba con una curiosidad belicosa.

Antes de darse cuenta, el hombre casi se había llevado el rifle al hombro. Lo bajó y sacó el cuchillo de caza de la funda adornada con abalorios que colgaba de su cadera. Frente a él tenía carne y vida. Pasó el pulgar por el filo de la hoja. Estaba afilado. La punta también. Se lanzaría contra el oso y lo mataría. Pero su corazón empezó a latir como advertencia. Después vinieron las palpitaciones tan dolorosas, la férrea presión sobre la frente y el progresivo mareo que se apoderó de su cabeza.

El valor de la desesperación fue desalojado por una oleada de miedo. Con lo débil que estaba, ¿qué ocurriría si lo atacaba el animal? Se estiró cuanto pudo para resultar más imponente mientras agarraba el cuchillo con fuerza y miraba fijamente al oso, que avanzó con torpeza un par de pasos, se enderezó y soltó un gruñido inseguro. Si el hombre corría, él correría detrás; pero el hombre no salió corriendo. Ahora lo animaba el valor que da el miedo y también gruñó, de una forma salvaje, terrible, para expresar el pánico que atañe a la vida y que se enreda en sus raíces más profundas.

El oso se hizo a un lado mientras gruñía amenazador, horrorizado ante aquella misteriosa criatura que se mostraba erecta y sin miedo. Pero el hombre no se movió. Permaneció quieto como una estatua hasta que pasó el peligro; entonces los temblores se apoderaron de él y se dejó caer sobre el musgo húmedo.

Se serenó y siguió adelante, ahora sintiendo un nuevo tipo de miedo. No temía morir pasivamente debido a la falta de alimento, sino por ser destruido de forma violenta antes de que el hambre hubiese agotado en él la última partícula del esfuerzo que lo empujaba a sobrevivir. Estaban los lobos. De un lado a otro de aquel terreno desolado erraban sus aullidos, que convertían el

aire en un tejido amenazante tan tangible que a veces levantaba los brazos para alejarlo de él, como si se tratase de las paredes de una tienda derribada por el viento.

De vez en cuando esos lobos, en grupos de dos o tres, cruzaban su camino. Pero se desviaban y no se acercaban a él. No eran bastantes y además iban a la caza del caribú, que no luchaba, mientras que aquella criatura extraña y erecta era capaz de arañar y morder.

A última hora de la tarde encontró huesos desperdigados en el lugar donde los lobos habían matado. Los restos habían sido una cría de caribú que una hora antes berreaba, corría y derrochaba vida. Contempló los huesos, perfectamente limpios y pulidos, de un tono rosado porque la vida celular no había desaparecido por completo. ¿Sería posible que él acabase igual antes de que el día llegase a su fin? La vida era así, ¿no? Algo vano y fugaz. Lo único que dolía era la vida; en la muerte no había dolor. Morir era dormir. Implicaba suspensión, descanso. Entonces, ¿por qué no se contentaba con morir?

Pero no permaneció mucho tiempo moralizando. Se acuclilló sobre el musgo con un hueso en la boca, chupando los pedazos de vida que aún lo teñían ligeramente de rosa. El dulce sabor a carne, tenue e impreciso casi como un recuerdo, lo hizo enloquecer. Cerró la mandíbula sobre los huesos y apretó con fuerza. A veces se rompía el hueso y otras sus dientes. Luego pasó a aplastar los huesos con una piedra, los golpeaba hasta hacerlos picadillo y se los tragaba. Con la prisa también se golpeó los dedos, pero encontró un segundo para asombrarse de que no le dolieran demasiado cuando la piedra caía sobre ellos.

Después llegaron días de nieve y lluvia. No sabía cuándo montaba el campamento ni cuando lo levantaba. Viajaba de noche tanto como de día. Descansaba donde caía, continuaba avanzando cuando la vida moribunda que aún albergaba se recuperaba un poco y ardía con más fuerza. Como hombre ya no luchaba. Lo que lo hacía seguir adelante era la vida que acogía en su interior, reacia a morir. Ya no sufría. Tenía los nervios adormecidos, paralizados, y la mente repleta de extrañas visiones y sueños deliciosos.

Pero continuaba chupando y masticando los huesos machacados de la cría de caribú, cuyos restos había recogido y llevaba con él. No cruzó más lomas ni divisorias sino que fue siguiendo el curso de un arroyo grande que fluía a través de un valle ancho y poco profundo. No veía ni el arroyo ni el valle. Solo veía visiones. Alma y cuerpo caminaban o se arrastraban la una junto al otro, pero separados, tan fino era el hilo que los unía.

Despertó con la mente clara, boca arriba sobre un saliente de piedra. El sol brillaba luminoso y cálido. A lo lejos oyó los berreos de las crías de caribú. Percibía tenues recuerdos de lluvia, viento y nieve, pero no sabía si la tormenta lo había golpeado durante dos días o dos semanas.

Permaneció un rato sin moverse mientras el sol derramaba su luz sobre él y su pobre cuerpo se saturaba de calor. Bonito día, pensó. A lo mejor conseguía ubicarse. Con un esfuerzo doloroso logró ponerse de lado. Bajo él fluía un río ancho y lento. Se sorprendió al darse cuenta de que no lo conocía. Lo siguió despacio con la vista y lo vio describir anchas curvas entre las lomas desnudas y desoladas, más desoladas, desnudas y bajas que cualquiera de las que había encontrado hasta entonces. Despacio, deliberadamente, sin emoción ni nada que superara al interés más superficial, siguió el curso del cauce desconocido hacia el horizonte y vio que desembocaba en un mar brillante y reluciente. Seguía sin mostrar emoción. Qué raro, pensó, una visión, un espejismo, más bien una visión, una trampa de su mente trastornada. Se lo confirmó la silueta de un barco fondeado en medio de la superficie brillante del mar. Cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos. ¡Qué curiosa la forma de mantenerse que tenía esa visión! Aunque no era tan raro. Sabía que en el centro de aquella región yerma, de tundras, no había mar ni barcos, como había sabido que no quedaban cartuchos en la recámara del rifle.

Oyó un resoplido a su espalda, una especie de jadeo o tos medio ahogada. Muy despacio, debido a su excesiva debilidad y rigidez, se giró hacia el otro lado. No veía nada cerca, a mano, pero aguardó pacientemente. Volvió a oír el resoplido y la tos y, perfilada entre dos rocas irregulares a menos de seis metros de distancia, distinguió la cabeza gris de un lobo. Las orejas puntiagudas no estaban tan erguidas como había visto en otros lobos, los ojos parecían llorosos e inyectados en sangre, la cabeza se inclinaba mustia y triste. El animal pestañeaba continuamente debido al sol. Parecía enfermo. Mientras lo miraba resopló y tosió de nuevo.

Al menos eso era real, pensó, y se giró hacia el otro lado para ver la realidad del mundo que la visión le había ocultado antes. Pero el mar continuaba brillando a lo lejos y el barco resultaba claramente perceptible. ¿Sería posible que fuese real? Cerró los ojos durante un buen rato y pensó; entonces lo supo. Había avanzado en dirección norte cuarta al nordeste, alejándose de la divisoria del Dease y adentrándose en el valle del Coppermine. Aquel mar brillante era el océano Ártico. El barco, un ballenero desviado hacia el este, muy al este, desde la desembocadura del Mackenzie,

que había fondeado en el Golfo de la Coronación. Recordó el mapa de la Compañía de la Bahía de Hudson que había visto mucho tiempo atrás y lo vio todo muy claro, le pareció de lo más razonable.

Se sentó y centró su atención en los asuntos más inmediatos. Había gastado por completo las tiras de manta y ahora sus pies eran bultos informes en carne viva. Ya no le quedaba manta. El rifle y el cuchillo habían desaparecido. En algún lugar había perdido el sombrero con el montón de cerillas que guardaba en la cinta interna, pero las que llevaba pegadas al pecho estaban a salvo y secas, dentro de la bolsa del tabaco y protegidas por papel encerado. Miró el reloj. Indicaba las once y seguía funcionando. Evidentemente, no había dejado de darle cuerda.

Se sentía tranquilo y sereno. A pesar de su extrema debilidad, no tenía sensación de dolor. Tampoco hambre. Ni siquiera le resultaba agradable pensar en comer y todo lo que hacía se debía a que se lo dictaba la razón. Rasgó las perneras de sus pantalones hasta la rodilla y se las ató alrededor de los pies. De alguna forma había logrado conservar el cazo. Tomaría un poco de agua caliente antes de comenzar lo que preveía como un viaje espantoso hasta el barco.

Se movía con lentitud. Temblaba como si tuviese espasmos. Cuando empezó a recoger musgo seco descubrió que no era capaz de ponerse en pie. Lo intentó una y otra vez y luego se contentó con arrastrarse a cuatro patas. En un momento dado se acercó al lobo enfermo. El animal se arrastró a regañadientes para apartarse de su camino y se lamió las patas con una lengua que no parecía tener fuerza suficiente para esconderse en la boca. El hombre se fijó en que tampoco era del color rojo saludable y habitual, sino de un marrón amarillento y parecía recubierta de una mucosidad áspera y medio seca.

Tras beber el agua caliente el hombre se dio cuenta de que podía ponerse de pie e incluso caminar como se supone que puede hacerlo un moribundo. Se veía obligado a descansar a cada minuto. Sus pasos eran débiles e inseguros, tanto como los del lobo que lo seguía; y esa noche, cuando la oscuridad le impidió ver el brillo del mar, supo que solo se encontraba unos seis kilómetros más cerca de él.

Durante toda la noche oyó la tos del lobo enfermo y de vez en cuando los berreos de las crías de caribú. Estaba rodeado de vida, pero era vida fuerte, en buenas condiciones, y sabía que el lobo enfermo seguiría la senda del hombre enfermo con la esperanza de que muriese primero. Por la mañana, al abrir los ojos, vio cómo lo observaba con una mirada hambrienta y llena de esperanza.

Permanecía agazapado, con el rabo entre las patas, como un pobre perro desconsolado. Tiritaba bajo el frío helado de la mañana y sonrió desanimado cuando el hombre le habló con una voz que no era más que un susurro ronco.

El sol salió brillante y durante toda la mañana el hombre se tambaleó en dirección al barco sobre el mar luminoso. Hacía un tiempo perfecto. Era el breve veranillo de San Martín de las altas latitudes. Podía durar una semana. Al día siguiente o al otro podía desaparecer.

Por la tarde el hombre llegó a un camino hecho. Lo había trazado otro hombre que no caminaba, sino que se había arrastrado a cuatro patas. El hombre pensó que podría tratarse de Bill, pero lo pensó de una forma apática, poco interesada. No sentía curiosidad. Lo cierto era que las sensaciones y las emociones lo habían abandonado. Ya no era sensible al dolor. Su estómago y sus nervios se habían quedado dormidos. Sin embargo, la vida que albergaba en su interior lo empujaba a seguir adelante. Estaba muy cansado, pero esa vida se negaba a morir. Y debido a ello, continuaba comiendo bayas y pececillos, bebiendo agua caliente y vigilando con atención al lobo enfermo.

Siguió la senda del hombre que se arrastraba y pronto llegó al final: unos pocos huesos, limpios de carne desde hacía poco, donde las pisadas de muchos lobos se apreciaban sobre el musgo empapado. Vio un saquito de piel de alce, igual que el suyo, desgarrado por unos dientes punzantes. Lo recogió, aunque su peso resultaba casi excesivo para sus débiles dedos. Bill lo había llevado hasta el final. ¡Ja, ja! Pues él se reiría de Bill. Sobreviviría y lo llevaría hasta el barco fondeado en el luminoso mar. Su risa resultaba ronca y espantosa, como el graznido de un cuervo, y el lobo enfermo se unió a él con sus lúgubres aullidos. El hombre se detuvo en seco. ¿Cómo podía reírse de Bill, si ese era Bill, si esos huesos, tan blancos, rosados y limpios de carne, eran Bill?

Se alejó. Bill lo había abandonado, pero él no se llevaría el oro, como tampoco aprovecharía los huesos de Bill. Aunque Bill lo habría hecho, si hubiese sido al revés, fue pensando mientras trastabillaba.

Llegó a una charca. Al encorvarse sobre ella en busca de pececillos, echó hacia atrás la cabeza de repente, como si algo le hubiese picado. Había visto el reflejo de su rostro en el agua. Era tan horrible que su sensibilidad se despertó lo suficiente como para sentirse conmocionado. En la charca, demasiado grande para vaciarla, había tres pececitos y tras varios intentos infructuosos por atraparlos con el cubo, se rindió. Tuvo miedo de caerse dentro y ahogarse, debido a su enorme debilidad. Por ese motivo no quiso

meterse en el río y avanzar sentado a horcajadas en uno de los muchos troncos flotantes que recubrían sus bancos de arena.

Ese día acortó la distancia que lo separaba del barco en cinco kilómetros; al día siguiente en tres, porque ya iba a cuatro patas, como antes Bill; y al término del quinto día el barco aún se encontraba a once kilómetros de distancia y él ya no era capaz ni de recorrer un kilómetro y medio al día. El veranillo de San Martín aguantaba y él siguió arrastrándose y desmayándose por tumos. El lobo enfermo siempre iba pegado a sus talones, tosiendo y resollando. Tenía las rodillas en carne viva, como los pies, y, aunque se las protegió con la espalda de la camisa, iba dejando un rastro rojo sobre el musgo y las piedras. En una ocasión, al mirar atrás, vio al lobo lamiendo con hambre su rastro de sangre y fue más consciente que nunca de cuál sería su fin si no… si no acababa él con el lobo. Entonces dio comienzo una de las más duras tragedias de la existencia: un hombre enfermo que se movía a cuatro patas, un lobo enfermo que cojeaba, dos criaturas que arrastraban sus cuerpos moribundos sobre la tundra e intentaban arrebatarse la vida una a la otra.

Si el lobo hubiese estado en buenas condiciones, al hombre no le habría importado tanto; pero la idea de alimentar las fauces de aquella cosa detestable y casi muerta le resultaba repugnante. Era quisquilloso. Su mente había empezado a divagar de nuevo y a quedarse perpleja debido a las alucinaciones, mientras que sus intervalos de lucidez eran cada vez más escasos y cortos.

Un resuello junto a su oído lo despertó de uno de sus desmayos. El lobo retrocedió de un salto, perdió el equilibrio y se cayó de pura debilidad. Resultaba esperpéntico, pero no le hizo gracia. Ni siquiera tuvo miedo. Ya estaba demasiado pasado de vueltas. Aunque de momento tenía la mente despejada, así que permaneció tumbado para meditar. El barco no se encontraba a más de seis kilómetros de distancia. Lo veía con claridad cuando se frotaba la niebla de los ojos y percibía la vela blanca de un bote pequeño que se recortaba sobre el agua de aquel mar luminoso. Pero no iba a poder recorrer esos seis kilómetros arrastrándose. Lo sabía y se lo tomó con calma. Sabía que no podría arrastrarse ni un kilómetro más. Sin embargo, quería vivir. No tenía sentido que muriese después de tanto como había sufrido. El destino le pedía demasiado. Y, ya moribundo, se negó a morir. Quizá fuese pura locura, pero en las mismas garras de la Muerte, la desafió y rehusó morir.

☘

Cerró los ojos y se serenó con una precaución infinita. Se armó de valor para superar la languidez sofocante que chapaleaba, como una marea ascendente, en todos los pozos de su ser. Aquella languidez mortal era como el mar: subía y ahogaba su consciencia poco a poco. A veces estaba a punto de quedar sumergido por completo y de nadar a través del olvido con brazadas titubeantes; pero de nuevo, debido a una extraña alquimia del alma, descubría un pequeño rastro de voluntad y nadaba con más fuerza.

Permaneció boca arriba, sin moverse, mientras oía aproximarse despacio, cada vez más cerca, los resuellos del lobo enfermo. Se fue acercando poco a poco, durante una infinidad de tiempo, y él no se movió. Ya estaba junto a su oído. La lengua, áspera y seca, rozó su mejilla como papel de lija. Extendió las manos de repente… o al menos esa fue su intención. Los dedos se curvaron como garras, pero se cerraron en el aire. La rapidez y la certeza requiere fuerza, y el hombre no la tenía.

La paciencia del lobo impresionaba. La del hombre no era menos. Permaneció inmóvil durante medio día, luchando para no perder la consciencia y esperando a aquella cosa que quería comérselo y a la que él deseaba comerse. A veces el mar de languidez se apoderaba de él y soñaba durante un buen rato; pero a lo largo de todo ese tiempo, despierto y soñando, aguardaba a sentir el resuello y la áspera caricia de la lengua.

No oyó la respiración, y el tacto de la lengua sobre una de sus manos lo despertó poco a poco de uno de esos sueños. Esperó. Los colmillos apretaron suavemente; la presión aumentó; el lobo empleaba sus últimas energías en su esfuerzo por hundir los dientes en la comida por la que tanto había esperado. Pero el hombre también esperó y la mano lacerada se cerró sobre las fauces. Lentamente, mientras el lobo luchaba sin fuerzas y la mano apretaba sin fuerzas, la otra mano se acercó para agarrar mejor. Cinco minutos después todo el peso del cuerpo del hombre estaba encima del lobo. Las manos no tenían energía suficiente para ahogarlo, pero la cara del hombre se acercó al cuello del lobo y la boca del hombre se llenó de pelo. Al cabo de media hora el hombre percibió un reguero caliente en su garganta. No resultó agradable. Lúe como llenarse el estómago a la fuerza con plomo derretido, y si lo logró fue gracias a su voluntad. Después, el hombre se tumbó boca arriba y se quedó dormido.

☘

VARIOS MIEMBROS de una expedición científica se encontraban a bordo del ballenero *Bedford*. Desde cubierta distinguieron un objeto extraño en la orilla. Se movía sobre la playa hacia el agua. No conseguían clasificarlo y, ya que eran científicos, se subieron en el bote sujeto al costado y pusieron rumbo a la orilla para verlo. Vieron algo que tenía vida pero que a duras penas podía considerarse un hombre. Estaba ciego, inconsciente. Se arrastraba por el suelo como un gusano monstruoso. La mayoría de sus esfuerzos resultaban ineficaces, pero persistía y se retorcía, se contraía y avanzaba a una velocidad de unos cinco metros por hora.

☘

TRES SEMANAS DESPUÉS el hombre yacía en una litera del ballenero *Bedford* y, mientras las lágrimas descendían por sus mejillas consumidas, contó quién era y lo que había sufrido. También farfulló incoherencias sobre su madre, el soleado sur de California y un hogar entre flores y naranjos.

No transcurrieron muchos más días hasta que se sentó a la mesa con los científicos y los oficiales. Se regodeaba ante el espectáculo de tanta comida y miraba con ansia cómo los otros se la llevaban a la boca. Al ver desaparecer cada bocado, a sus ojos asomaba una expresión de profunda tristeza. Se mantenía bastante cuerdo, pero a la hora de comer odiaba a aquellos hombres. Lo perseguía el miedo a que la comida no durase. Preguntaba al cocinero, al grumete y al capitán sobre las provisiones. Lo tranquilizaron en incontables ocasiones, pero él no les creía y husmeaba cuanto podía para verlo con sus propios ojos.

Empezaron a darse cuenta de que el hombre engordaba. Cada día estaba más grueso. Los científicos menearon la cabeza y teorizaron. Limitaron las raciones del hombre, pero su contorno aumentó y su camisa se hinchaba de forma prodigiosa.

Los marineros sonreían. Ellos ya sabían. Y cuando los científicos establecieron una guardia para vigilar al hombre también lo supieron: lo vieron irse encorvado tras el desayuno y, como un mendigo, abordar a un marinero con la mano extendida. El marinero sonrió y le pasó un pedazo de galleta. Él la agarró con avaricia, la miró como un tacaño mira el oro y la guardó bajo la camisa. Otros marineros sonrientes le hicieron donaciones similares.

Los científicos fueron discretos. Lo dejaron en paz. Pero, en secreto, examinaron su litera. Estaba cubierta de galletas; el colchón estaba repleto de galletas; cada recoveco o rendija estaba lleno de galletas. Sin embargo, él se mantenía cuerdo. Tomaba precauciones contra otra posible hambruna, no era más que eso. Los científicos dijeron que se recuperaría y así fue, antes de que el *Bedford* fondease en la bahía de San Francisco.

[1903]



Demasiado Oro

SIENDO ESTE UN RELATO sobre un territorio minero —y más real de lo que pueda parecer—, podría esperarse que en él se hable de mala suerte. Pero eso depende del punto de vista. En lo que respecta a Raro Mitchell y Bill *el Destilador*, llamarle mala suerte es una forma moderada de expresarlo; y en la región del Yukón todo el mundo sabe que ellos tienen una opinión tajante al respecto.

Fue en otoño de 1896 cuando los dos socios llegaron a la orilla este del Yukón y sacaron una canoa Peterborough de una despensa oculta bajo el musgo. No resultaban muy agradables a la vista. Todo un verano haciendo prospecciones en busca de oro, repleto de penalidades y bastante escaso de alimentos, había dejado sus ropas hechas jirones y a ellos agotados y cadavéricos. Un halo de mosquitos zumbaba alrededor de sus cabezas. Llevaban el rostro cubierto de arcilla azul. Cada uno transportaba un pedazo de arcilla húmeda y, cada vez que se secaba y se despegaba de sus rostros, se embadurnaban de nuevo. En sus voces había un tono quejumbroso y lastimero, y en sus movimientos y gestos una irritabilidad que indicaba la falta de sueño y la batalla perdida contra aquella plaga alada.

—Estos mosquitos van a acabar conmigo —gimoteó Raro Mitchell mientras la canoa tocaba la corriente con la proa y se apartaba de la orilla.

—Ánimo, ánimo. Ya casi lo hemos logrado —respondió Bill *el Destilador*, con un intento por añadir entusiasmo a su tono fúnebre que resultaba espantoso—. Dentro de cuarenta minutos llegaremos a Forty Mile y luego… ¡Maldito enano del demonio!

Una mano abandonó el remo y aterrizó en su nuca con un golpe seco. Aplicó una nueva capa de arcilla en la parte dañada sin dejar de soltar juramentos sulfurados. A Raro Mitchell no le hizo gracia. Se limitó a aprovechar la ocasión y extendió una capa de arcilla más densa sobre su cuello.

Cruzaron el Yukón hasta su orilla oeste, avanzaron cauce abajo sin demasiado esfuerzo y pasados cuarenta minutos giraron a la izquierda para rodear la cola de una isla. Forty Mile se desplegó de repente ante ellos.

Ambos enderezaron la espalda y observaron el espectáculo. Lo miraron fijamente, concentrados, mientras se dejaban llevar por la corriente y a sus rostros empezó a asomar un gesto que aunaba sorpresa y consternación. Ni una tenue columna de humo se elevaba de los cientos de cabañas. No se percibía el mido de las hachas al morder la madera, ni el de los martillos o las sierras. No había perros ni hombres rondado el almacén principal. No se veían barcos de vapor en la orilla, ni canoas, barcazas o bateas. El río estaba tan vacío de embarcaciones como la ciudad de vida.

—Parece que el arcángel Gabriel ha hecho sonar su trompeta y tú y yo no nos hemos presentado —comentó Bill *el Destilador*.

Lo dijo tan tranquilo, dando la impresión de que el suceso era de lo más normal. Raro Mitchell respondió con la misma despreocupación, como si aquello no le afectara al ánimo.

—Entonces parece que todos eran baptistas y cogieron las embarcaciones para ir por el río —fue su aportación.

—Mi padre era baptista —continuó Bill *el Destilador*—, y siempre mantuvo que de esa forma se ahorraban sesenta y cinco mil kilómetros.

Allí terminó su frivolidad. Aseguraron la canoa y ascendieron la elevada orilla de tierra. Se sintieron sobrecogidos mientas recorrían las calles desiertas. La luz del sol acariciaba plácidamente la ciudad. Una brisa suave hacía que las drizas golpeteasen el mástil frente a las puertas cerradas del salón de baile Caledonia. Los mosquitos zumbaban, los mirlos cantaban y los arrendajos grises daban saltitos hambrientos entre las cabañas; pero no había vida humana ni rastro alguno de ella.

—Me muero por beber algo —dijo Bill *el Destilador* y su voz, sin darse cuenta, se convirtió en un susurro ronco.

Su socio negó con la cabeza, reacio a que su propia voz rompiese aquella calma. Continuaron caminando en silencio, intranquilos, hasta que se sorprendieron al ver una puerta abierta. Sobre ella, y ocupando el ancho de todo el edificio, un cartel de lo más tosco anunciaba el Monte Cario. Pero junto a la puerta, con el sombrero cubriendo los ojos y la silla echada hacia atrás, un hombre se sentaba al sol. Era viejo. Tenía el pelo y la barba largos, blancos y patriarcales.

—¡Pero si es el viejo Jim Cummings, que como nosotros ha llegado demasiado tarde para la Resurrección! —exclamó Raro Mitchell.

—Yo más bien creo que no oyó la trompeta de Gabriel —sugirió Bill *el Destilador*. Luego gritó—: ¡Hola, Jim! ¡Despierta!

El anciano intentó moverse, pestañeó y murmuró de forma automática:

—¿Qué quieren tomar, caballeros? ¿Qué quieren tomar?

Lo siguieron al interior y se acercaron a la larga barra donde antaño media docena de ágiles camareros no tenían tiempo para haraganear. La sala grande, siempre llena de vida ruidosa, ahora estaba oscura y callada como una tumba. No se oía el ruido de las fichas ni el roce de las bolas de marfil. Las mesas de ruleta y faro, cubiertas con sus fundas de lona, parecían lápidas. No llegaban alegres voces femeninas del salón de baile situado al otro extremo. El viejo Jim Cummings le pasó un paño a un vaso con manos temblorosas y Raro Mitchell garabateó sus iniciales sobre la barra cubierta de polvo.

—¿Y las chicas? —gritó Bill *el Destilador* con cordialidad fingida.

—Se han ido —respondió el anciano camarero con una voz tan envejecida y apagada como él mismo, y tan temblorosa como su mano.

—¿Y Bidwell y Barlow?

—Se han ido.

—¿Y Charley Aguasdulces?

—Se ha ido.

—¿Su hermana?

—También se ha ido.

—¿Tu hija Sally y su pequeño?

—Se han ido todos.

El anciano movió la cabeza, apenado, mientras hurgaba con aire ausente entre las botellas cubiertas de polvo.

—¡Por el gran Sardanápalo! ¿A dónde? —explotó Raro Mitchell, incapaz de contenerse por más tiempo—. No irás a decirnos que habéis sufrido la peste.

—¿Es que no os habéis enterado? —El anciano se rió entre dientes—. Se han ido todos a Dawson.

—¿Qué es eso? —preguntó Bill—. ¿Un arroyo? ¿Un bar? ¿Un sitio?

—¿No habéis oído hablar de Dawson? —El anciano se reía de una forma exasperante—. Dawson es una ciudad, una población mayor que Forty Mile. Sí, señor, es más grande que Forty Mile.

—Llevo siete años en este territorio —anunció Bill con gran énfasis— y debo decir que nunca había oído hablar de ese sitio. ¡Alto! Sírveme más whisky. Tu información me ha dejado atónito. ¿Y dónde está esa tal Dawson?

—En la gran extensión junto a la desembocadura del Klondike —respondió el viejo Jim—. Pero ¿dónde habéis estado este verano?

—No es asunto tuyo —contestó Mitchell, malhumorado—. Pero sí te diré que donde hemos estado las nubes de mosquitos son tan densas que hay que

lanzar un palo al aire para ver el sol y saber qué hora es. ¿No es cierto, Bill?

—Muy cierto —dijo Bill—. Pero volviendo a Dawson, ¿cómo pasó lo que paso, Jim?

—En un arroyo llamado Bonanza sacan una onza de oro por batea y aún no han llegado al lecho rocoso.

—¿Quién lo descubrió?

—Carmack.

Al oír el nombre del descubridor, los socios se miraron indignados. Luego parpadearon con solemnidad.

—George *el Indio* —dijo Bill *el Destilador* con desprecio.

—Ese casado con un india —se rió Raro Mitchell.

—Yo no me molestaría en calzarme los mocasines para salir de estampida tras uno de sus hallazgos —comentó Bill.

—Lo mismo digo —anunció su socio—. Un tipo demasiado vago para pescar su propio salmón. Por eso se fue a vivir con los indios. Me imagino que ese cuñado indio que tiene, ¿cómo se llamaba? Jim *el Fuerte*, ¿no?, me imagino que también estará metido.

El viejo camarero asintió moviendo la cabeza.

—Sí, y lo que es más: todo Forty Mile, excepto yo y unos pocos inválidos.

—Y borrachos —añadió Raro Mitchell.

—¡No, señor! —gritó el viejo, muy seguro.

—Te apuesto un whisky a que Honkins no se ha largado —gritó Bill *el Destilador* con total certeza.

El rostro del viejo Jim se iluminó.

—Acepto la apuesta, Bill, y has perdido.

—¿Cómo es posible que esa vieja esponja haya decidido abandonar Forty Mile? —quiso saber Mitchell.

—Lo ataron y lo arrojaron al interior de una batea —explicó el viejo Jim —. Entraron y lo levantaron de esa silla del rincón antes de que acabase debajo del piano. Os aseguro que todo el campamento se lanzó al Yukón en dirección a Dawson como si los persiguiese el diablo: mujeres, niños, bebés, toda la pesca. Bidwell se acercó a mí y me dijo: «Jim, quiero que te ocupes del Monte Cario. Yo me voy».

»“¿Dónde está Barlow?”, pregunté. “Ya se ha ido y yo le seguiré con una buena provisión de whisky”. Así, sin esperar a que me negara, se largó corriendo hacia su barca y empezó a remar como un loco. Por eso estoy aquí y esta es la primera vez que bebo en tres días.

Los socios se miraron.

—¡Maldita sea mi estampa! —dijo Bill *el Destilador*—. Parece que tú y yo, Raro, somos de esos que siempre salen con tenedor cuando llueve sopa.

—¡Es como para que la masa madre pierda la levadura! —exclamó Raro Mitchell—. Una estampida de novatos, borrachos y gandules.

—Y blancos que viven entre los indios —añadió Bill—. Ni un minero auténtico en todo el tinglado. Los mineros auténticos como tú y yo, Raro —continuó en tono académico—, están sudando la gota gorda en la zona del arroyo Birch. Entre toda esa panda de Dawson no hay ni un solo minero de verdad y te aseguro que yo no pienso dar ni un paso por ningún descubrimiento de Carmack. Antes quiero ver el color del oro.

—Lo mismo digo —convino Mitchell—. Tomemos otro trago.

Tras mojar en whisky su resolución, vararon la canoa, pasaron lo que contenía a su cabaña y prepararon la comida. Sin embargo, a medida que avanzaba la tarde fueron poniéndose nerviosos. Eran hombres acostumbrados al silencio de los grandes páramos, pero aquel silencio sepulcral en una ciudad los preocupaba. Acabaron escuchando para ver si reconocían algún sonido, esperando que algo hiciera ruido, a pesar de saber que nada lo haría, tal y como lo describió Bill. Recorrieron las calles desiertas hasta el Monte Cario para continuar bebiendo y se acercaron a la orilla del río, al punto donde desembarcaban los vapores, donde solo borboteaba el agua al arremolinarse y algún que otro salmón daba un salto y destellaba a la luz del sol.

Se sentaron a la sombra delante del almacén y charlaron con el tendero, un tísico cuya facilidad para sufrir hemorragias explicaba su presencia allí. Bill y Raro le contaron que tenían la intención de holgazanear en su cabaña y descansar tras un verano de mucho esfuerzo y trabajo. Le dijeron, con cierta insistencia —que en parte era necesidad de ser creídos y también ganas de llevar la contraria—, lo mucho que iban a disfrutar de su inactividad. Pero el tendero no mostró interés. Llevó la conversación de nuevo al descubrimiento del Klondike y de ahí no lograron moverlo. No podía pensar en otra cosa ni hablar de otra cosa, hasta que consiguió que Bill *el Destilador* se pusiera de pie enfadado y molesto.

—¡Maldita sea Dawson! —gritó.

—Lo mismo digo —añadió Raro Mitchell con gesto alegre—. Como si aquello fuese de verdad algo importante y no una simple estampida de novatos y fanfarrones.

En ese instante vieron que se acercaba una embarcación en el sentido de la comente. Era alargada y estrecha. Avanzaba pegada a la orilla y sus tres

ocupantes, que iban de pie, la empujaban hacia la corriente con pértigas.

—Los de Circle City —dijo el tendero—. Ya imaginaba que no tardarían mucho en pasar. Forty Mile les lleva doscientos setenta y cinco kilómetros de adelanto. Pero, caramba, ¡no han perdido el tiempo!

—Pues nos quedaremos aquí tan tranquilos, mirando como pasan —contestó Bill en tono autocomplaciente.

Mientras hablaba, apareció otra embarcación, seguida tras un breve intervalo por dos más. Para entonces la primera se encontraba a la altura de los hombres de la orilla. Sus ocupantes no dejaron de usar las pértigas mientras intercambiaban saludos y, aunque avanzaban despacio, en media hora se había perdido de vista río arriba.

Siguieron llegando embarcaciones en interminable procesión. La inquietud de Bill y Raro iba en aumento. Se dedicaban miradas especulativas, titubeantes y, cuando sus ojos se encontraban, los apartaban enseguida, avergonzados. Sin embargo, por fin sus miradas se cruzaron sin que ninguno de los dos retrocediera.

Raro abrió la boca para hablar, pero no halló palabras y permaneció con la boca abierta mientras miraba a su socio.

—Justo lo que yo estaba pensando, Raro —dijo Bill.

Se sonrieron tímidamente y, por acuerdo tácito, echaron a andar. Fueron aumentando el paso y para cuando llegaron a su cabaña ya iban corriendo.

—No podemos perder tiempo con semejante multitud en avalancha —farfulló Raro, mientras con una mano introducía la lata de la masa madre en el bote de las alubias y con la otra cogía la sartén y la cafetera.

—Estoy de acuerdo —jadeó Bill, con la cabeza y los hombros enterrados bajo un saco de ropa en el que almacenaba calcetines y ropa interior de invierno—. Oye, Raro, no olvides la levadura que está en el estante del rincón, en la cocina.

Media hora después botaban la canoa y la cargaban, mientras el tendero hacía comentarios jocosos sobre los pobres y débiles mortales y lo contagiosa que resultaba la fiebre de la estampida. Pero cuando Bill y Raro hincaron las pértigas en el lecho del río y sacaron la canoa a la corriente, les gritó:

—¡Hasta pronto y buena suerte! ¡No olvidéis clavar una o dos estacas en mi nombre!

Asintieron moviendo las cabezas con energía y se compadecieron de aquel pobre desgraciado que debía quedarse allí a la fuerza.

RARO Y Bill SUDABAN la gota gorda. Según las normas de la Región Septentrional, la estampida es para los veloces, la colocación de estacas para los fuertes y la Corona, con las regalías, acumula riqueza de todo ello. Raro y Bill eran veloces y fuertes. Se echaron al empapado camino a un ritmo y con un aguante que destrozó los corazones de un par de novatos que intentaron seguirlos. A su espalda, extendiéndose entre ellos y Dawson (donde se descargaban las embarcaciones y comenzaba el viaje por tierra), quedaba la vanguardia de los de Circle City. En su carrera desde Forty Mile los socios habían adelantado a todas las barcas y llegaron al muelle de Dawson un poco por detrás de la primera, pero en cuanto se echaron al camino los dejaron atrás por completo.

—¡Ja! ¡No alcanzan ni a ver el humo de nuestra hoguera! —se rió Bill *el Destilador* mientras se limpiaba el sudor de la frente y echaba una ojeada rápida hacia atrás, al camino que habían seguido.

Aparecieron tres hombres donde el camino salía de entre los árboles. Otros dos los seguían de cerca y luego surgieron un hombre y una mujer.

—¡Vamos, Raro! ¡Dale más! ¡Espabila!

Bill apresuró el paso. Mitchell miró hacia atrás más tranquilo.

—¡Parece que van trotando!

—Pues ahí se queda uno que ha trotado demasiado —dijo Bill y señaló a un lado del camino.

Un hombre yacía boca arriba, jadeando, en una fase culminante del agotamiento extremo. Estaba pálido y tenía los ojos inyectados en sangre y vidriosos, como un moribundo.

—¡*Chechaquo*[8]! —gruñó Raro Mitchell. Fue uno de esos gruñidos que el *sourdough* dedica al novato, al hombre que se equipa con harina ya mezclada y usa bicarbonato sódico para los panecillos.

Los socios, fieles a la costumbre de los veteranos, tenían la intención de delimitar con estacas una concesión arroyo abajo a partir del punto de hallazgo, pero cuando vieron una señal en un árbol que decía «concesión 81 hacia abajo» —lo que significaba que quedaban trece kilómetros enteros hasta el hallazgo y ya estaban delimitados—, cambiaron de idea. Recorrieron los trece kilómetros en menos de dos horas. Lo hicieron a un ritmo matador, teniendo en cuenta lo accidentado del camino, y dejaron atrás decenas de hombres agotados que se habían desmayado junto al borde.

En el punto de hallazgo poco se sabía del cauce alto. El cuñado indio de Carmack, Jim *el Fuerte*, creía tener una vaga idea de que el arroyo estaba delimitado hasta la concesión 30; pero cuando Raro y Bill llegaron al cartel que indicaba «concesión 79 hacia arriba», se quitaron los fardos de estampida de la espalda y se sentaron a fumar. Tanto esfuerzo había sido en vano. Bonanza estaba delimitado desde su desembocadura hasta su nacimiento. «Hasta donde la vista no alcanza y cruzando la siguiente divisoria», se quejó Bill esa misma noche mientras freían el beicon y hacían café en la hoguera de Carmack, en el punto de hallazgo.

—Probad esa cría —sugirió Carmack a la mañana siguiente.

«Esa cría» era un arroyo ancho que desembocaba en el Bonanza a la altura de la concesión 7 hacia arriba. Los socios recibieron el consejo con el magnífico desprecio que el *sourdough* dedica al blanco que vive entre indios y, en lugar de seguirlo, pasaron el día en el arroyo de Adán, otro afluente del Bonanza que parecía más prometedor. Pero allí también se repitió la historia: estaba delimitado hasta el infinito.

Carmack repitió su consejo durante tres días y durante tres días ellos lo recibieron con desprecio. Pero al cuarto día, como ya no quedaban más sitios a los que ir, siguieron el cauce de aquella «cría». Sabían que se encontraba prácticamente sin delimitar, pero ellos no tenían intención de poner estacas. Hicieron el viaje más para descargar su mal humor que por otra razón. Se habían convertido en unos cínicos, en unos escépticos. Se burlaban y mofaban de todo e insultaban a los *chechaquos* que encontraban en el camino.

En la concesión 23 se acababan las estacas. El resto del arroyo estaba sin marcar y cualquiera podía reclamarlo.

—¡Pasto para los alces! —se rió Raro Mitchell.

Pero Bill *el Destilador*, muy serio, midió a pasos ciento cincuenta metros cauce arriba y clavó las estacas. Había cogido la parte inferior de una caja para velas y en la cara lisa escribió el aviso para la estaca del centro:

Este pasto para alces queda reservado para
los suecos y los novatos.
Bill Rader.

Raro lo leyó encantado y dijo:

—Como opino lo mismo, creo que también debería firmar.

Así se añadió al cartel el nombre de Charles Mitchell y los rostros de unos cuantos *sourdoughs* se relajaron aquel día al contemplar la obra de un espíritu afín.

—¿Qué tal la cría? —preguntó Carmack cuando regresaron al campamento.

—¡Al infierno con las crías! —respondió Bill *el Destilador*—. Cuando hayamos descansado, Raro y yo saldremos a buscar Demasiado Oro.

Demasiado Oro era el legendario arroyo con el que soñaban todos los *sourdoughs*, del que se decía que contenía tanto oro que, para lavarlo, había que echar la gravilla a paladas en las cajas de lavado. Pero los días de descanso previos a la búsqueda de Demasiado Oro provocaron un ligero cambio de planes, dado que apareció un tal Ans Handerson, que era sueco.

Ans Handerson había trabajado todo el verano a sueldo en el arroyo Miller, en la zona de Sixty Mile, y al terminar el verano se había perdido en dirección al Bonanza, como muchas otras criaturas desamparadas que vagan a la deriva empujadas por las fiebres del oro que de vez en cuando barren la tierra. Era alto y larguirucho. Tenía los brazos largos, como los del hombre prehistórico, y las manos como platos soperos, retorcidas y nudosas, de nudillos anchos por el trabajo. Era lento de palabra y movimientos, y sus ojos azul pálido, al igual que su cabello era amarillo pálido, parecían reflejar un sueño inmortal cuya substancia ningún hombre conocía, y él menos que nadie. Quizás aquel reflejo de sueño inmortal se debiese a su inocencia suprema y vacua. En cualquier caso, así era como lo valoraban los hombres corrientes y en Bill *el Destilador* y Raro Mitchell no había nada extraordinario.

Los socios habían pasado un día haciendo visitas y cotilleando, y al anochecer se reunieron en la sede temporal del Monte Cario, una tienda grande donde los que habían salido de estampida descansaban sus agotados huesos y bebían whisky a un dólar el vaso. Como el único dinero que circulaba era polvo de oro y la casa se ocupaba de que la balanza pesara a su favor, el whisky costaba algo más de un dólar. Bill y Raro no bebían, sobre todo porque su único saco en común no era lo bastante fuerte para soportar demasiadas excursiones a la balanza.

—Oye, Bill, tengo a un *chechaquo* casi a punto de darme un saco de harina —anunció Mitchell, encantado.

Bill se mostró interesado y contento. La comida escaseaba y ellos no iban aprovisionados en exceso para buscar Demasiado Oro.

—La harina cuesta dos dólares el kilo —respondió—. ¿Cómo esperas ponerle las manos encima?

—Se la cambiaré por la mitad de nuestra concesión —respondió Raro.

—¿Qué concesión? —Bill estaba sorprendido. Entonces recordó la reserva que había delimitado para los suecos y dijo—: ¡Ah! —Luego añadió —: Aunque yo no sería tan tacaño. Ya puestos, dásela entera y demuéstrale tu generosidad.

Raro negó con la cabeza.

—Si lo hiciera, se olería la jugada y se largaría. Le he hecho creer que la tierra es valiosa y que renunciamos a la mitad porque estamos fatal de comida. Cuando haya tragado, ya le regalaremos toda la parcela.

—Eso si no ha llegado alguien que haya decidido no tener en cuenta nuestro aviso —objetó Bill, aunque se mostraba encantado con la idea de cambiar la concesión por un saco de harina.

—Nadie se ha apoderado de ella —le aseguró Raro—. Es la número 24 y sigue ahí. Los *chechaquos* se tomaron en serio el aviso y empezaron a delimitar otras concesiones a partir del final de la nuestra. He charlado con uno que acababa de llegar con calambres en las piernas.

Fue entonces por primera vez cuando oyeron la forma de hablar lenta y torpe de Ans Handerson.

—Estoy contento —le decía al camarero—. Creo que tengo una concesión.

Los socios se guiñaron el ojo y unos minutos después un sueco sorprendido y agradecido bebía whisky del malo con dos desconocidos insensibles. Pero él era tan resistente como insensibles ellos. El saco realizó frecuentes viajes a la balanza, en cada ocasión seguido por la mirada solícita de Raro Mitchell, sin que Ans Handerson se relajara. En sus ojos azul pálido, como el mar en verano, los sueños inmortales salían a la superficie y ardían, pero eso era debido a los relatos de oro y bateas que oía, y no al whisky que con tanta facilidad trasegaba.

Los socios estaban desesperados, aunque se mostraban bulliciosos y joviales.

—No te preocupes, amigo —dijo entre hipidos Bill *el Destilador* con la mano sobre el hombro de Ans Handerson—. Tómate otro. Estamos celebrando el cumpleaños de Raro. Este es mi socio, Raro, Raro Mitchell. ¿Y tú cómo te llamas?

Cuando lo supo, su mano cayó sobre la espalda de Raro, que simuló sentirse azorado por ser el centro de tanta alegría, mientras Ans Handerson se mostraba encantado y les pedía que bebiesen con él. Fue la primera y última vez que invitó, hasta que cambiaron las tornas y su alma cuidadosa con el dinero se vio empujada a una inusitada prodigalidad. Pero el saco con el que

pagaba el whisky parecía gozar de buena salud. «No menos de ochocientos dólares», calculó Raro con su ojo de lince; y basándose en ello aprovechó la primera ocasión que se le presentó para hablar en privado con Bidwell, propietario del whisky malo y de la tienda.

—Este es mi saco, Bidwell —dijo Raro, con la intimidad y seguridad de un veterano a otro—. Pésame cincuenta dólares y préstamelos para llenarlo durante un día o así y Bill y yo te quedaremos más que agradecidos.

Después de eso los viajes del saco a la balanza fueron más frecuentes y la celebración del cumpleaños de Raro creció en alegría. Incluso intentó cantar el clásico *El zumo del fruto prohibido*, pero rompió a llorar y ahogó su vergüenza en otra ronda de whiskies. Hasta Bidwell lo honró con un par de rondas por parte de la casa, y tanto él como Bill estaban decentemente borrachos para cuando los párpados de Ans Handerson empezaron a cerrarse y su lengua prometió soltarse.

Bill se puso primero afectuoso y luego empezó con las confidencias. Contó sus problemas y su mala suerte al camarero y al mundo en general, y a Ans Handerson en particular. No necesitó facultades histriónicas para representar su papel. El whisky malo se ocupó de eso. Logró transmitir una compasión enorme por sí mismo y por Raro, y sus lágrimas eran sinceras cuando contó que su socio y él estaban pensando en vender la mitad de una buena concesión solo porque andaban escasos de harina. Incluso Raro le prestó atención y creyó lo que decía.

Los ojos de Ans Handerson brillaban de forma impía cuando preguntó:

—¿Cuánto pedís?

Bill y Raro no lo oyeron, por lo que se vio obligado a repetir la pregunta. Los otros se mostraron reticentes. Él insistió. Se balanceaba de delante a atrás, agarrado a la barra y escuchando con atención mientras ellos conferenciaban apartados, discutían si debían vender o no y reñían, en susurros propios de una escena teatral, sobre el precio a pedir.

—Doscientos cin… hip… cuenta —anunció Bill, por fin—, pero creemos que no vamos a vender.

—Lo que me parece muy buena idea, si no os molesta que lo diga —intervino Bidwell.

—Sí, cierto —añadió Raro—. No nos dedicamos a las obras benéficas para ser generosos y regalar lo nuestro a los suecos y demás hombres blancos.

—Creo que deberíamos tomar otro whisky —dijo Ans Handerson entre hipidos, cambiando hábilmente de tema, a la espera de que surgiera un momento más oportuno.

A partir de entonces, y en busca de ese momento más oportuno, su propio saco comenzó a zigzaguear entre su bolsillo y la balanza. Bill y Raro se mostraban evasivos, pero al final cedieron a sus halagos. Después se mostró tímido y se llevó a Bidwell a un lado. Se tambaleaba en exceso y se agarró a Bidwell mientras le preguntaba:

—¿Crees que esos hombres son de fiar?

—Claro —respondió Bidwell de corazón—. Hace años que los conozco. Son veteranos. Cuando venden una concesión, la venden de verdad. No son estafadores.

—Creo que compro —anunció Ans Handerson, regresando, bamboleante, junto a los otros dos.

Pero para entonces soñaba a lo grande y proclamó que o se quedaba con la concesión entera o con nada. Eso le provocó un sufrimiento enorme a Bill *el Destilador*. Peroró con gran solemnidad contra la codicia de los *chechaquos* y los suecos, aunque dormitaba entre parrafadas: su voz se desvanecía hasta convertirse en un borboteo y la cabeza se le caía sobre el pecho. Pero en cuanto Raro o Bidwell le daban un codazo no dejaba de lanzar otro torrente de insultos e improperios.

Ans Handerson conservó la calma. Cada insulto añadía valor a la concesión. Una resistencia a vender tan desagradable solo le indicaba una cosa y fue consciente del gran alivio que sintió cuando Bill *el Destilador* cayó al suelo entre ronquidos y él fue libre de concentrar su atención en el otro socio, menos complicado.

Raro Mitchell se dejaba convencer, pero era mal matemático. Lloraba con tristeza, sin embargo estaba dispuesto a vender media concesión por doscientos cincuenta dólares o la concesión entera por setecientos cincuenta. Ans Handerson y Bidwell se esforzaron por aclarar sus erróneas ideas en lo relativo a las fracciones, pero fue en vano. Derramó lágrimas y lamentos por toda la barra y sobre los hombros de los dos, aunque esas lágrimas no se llevaron por delante su opinión: si la mitad valía doscientos cincuenta, dos mitades valían tres veces más.

Al final —incluso Bidwell solo recordaba confusos retazos de cómo había terminado la noche— se redactó un contrato de venta por el que Bill Rader y Charles Mitchell renunciaban a todos sus derechos y a la propiedad de la concesión número 24 de Eldorado; porque ese era el nombre con el que algún *chechaquo* optimista había bautizado al arroyo.

Después de que Raro lo firmara, los tres tuvieron que unir esfuerzos para despertar a Bill. Con la pluma en la mano, se balanceó un rato sobre el

documento y, cada vez que se mecía hacia delante o hacia atrás, en los ojos de Ans Handerson surgía o se desvanecía una impresionante visión dorada. Cuando por fin quedó estampada la valiosa firma y pagó el oro correspondiente, soltó un suspiro enorme y se echó a dormir bajo una mesa, donde se entregó a sus sueños inmortales hasta la mañana.

Pero el día llegó frío y gris. Se sentía mal. Su primer acto, inconsciente y automático, fue tantear en busca de su saco. Su poco peso lo inquietó. Luego, los recuerdos de la noche fueron regresando despacio a su cabeza. Unas voces roncas lo molestaron. Abrió los ojos y miró desde debajo de la mesa. Un par de madrugadores, o más bien hombres que habían pasado la noche en el camino, vociferaban sus opiniones relativas a la total y completa falta de valor del arroyo Eldorado. Le entró el miedo, buscó en su bolsillo y encontró el título de propiedad de la concesión 24 de Eldorado.

Diez minutos después a Bill *el Destilador* y a Raro Mitchell los arrancó de las mantas un sueco de ojos desorbitados que intentó obligarles a recoger un pedazo de papel garabateado y con manchas de tinta.

—Creo que prefiero recuperar mi dinero —farfulló—. Creo que prefiero recuperar mi dinero.

Había lágrimas en sus ojos y en su garganta. Coman por sus mejillas mientras les rogaba e imploraba, arrodillado ante ellos. Pero Bill y Raro no se rieron. Para eso tenían que haber sido más insensibles.

—Es la primera vez que oigo quejarse a un hombre por un negocio minero —dijo Bill—. Me parece tan raro que no lo entiendo.

—Lo mismo digo —comentó Raro Mitchell—. Los acuerdos sobre minas son como el regateo.

Su asombro era auténtico. No se imaginaban a sí mismos quejándose por una transacción comercial, de manera que tampoco comprendían que otro hombre lo hiciera.

—El pobre y malhumorado *chechaquo* —murmuró Bill *el Destilador* mientras veían al afligido sueco desaparecer camino arriba.

—Pero esto no es Demasiado Oro —dijo Raro Mitchell con alegría.

Y antes de que el día llegase a su fin compraron harina y beicon a precios exorbitantes con el polvo de oro de Ans Handerson y cruzaron la divisoria en dirección a los arroyos que fluyen entre el Klondike y el río Indian.

Tres meses después cruzaron de nuevo la divisoria en medio de una tormenta de nieve y acabaron siguiendo un camino que los llevó a la concesión 24 de Eldorado. Fue pura casualidad que el camino los llevase hasta allí. Ellos no buscaban la concesión. Además, la ventisca de nieve no les

dejó ver nada hasta que ya habían puesto el pie en la parcela. Entonces se aclaró el aire y percibieron un depósito coronado por un tomo que un hombre hacía girar. Lo vieron extraer un cubo de gravilla del agujero e inclinarlo sobre el borde del depósito. También vieron a otro hombre, que les resultó extrañamente familiar, llenar una batea con la gravilla recién extraída. Tenía las manos grandes y el cabello rubio pálido. Pero antes de que llegasen a su lado, se dio la vuelta con la batea en la mano y corrió hacia una cabaña. No llevaba gorro y su prisa se explicaba porque la nieve se le colaba por el cuello. Bill y Raro corrieron tras él y lo alcanzaron en la cabaña, arrodillado junto a la cocina, limpiando la batea de gravilla en una cuba de agua.

Estaba demasiado concentrado y solo se dio cuenta de que alguien había entrado en la cabaña. Permanecieron de pie junto a su hombro y miraron por encima de él. Imprimió un hábil movimiento circular a la batea, deteniéndose una o dos veces para retirar con los dedos las partículas de gravilla más grandes. El agua estaba turbia y como la batea se encontraba en el fondo de la cuba no podían apreciar su contenido. De repente, el hombre levantó la batea y le quitó el agua. En su base se concentraba una masa amarilla, como mantequilla recién batida.

Bill *el Destilador* tragó saliva. En su vida había soñado con una batea de prueba tan rica.

—Menuda abundancia, amigo —dijo con voz ronca—. ¿Cuánto calculas que habrá?

Ans Handerson no levantó la vista mientras respondía:

—Creo que unas cincuenta onzas.

—Entonces, debes de ser asquerosamente rico, ¿no?

Ans Handerson continuó con la cabeza baja, concentrado en realizar los movimientos exactos necesarios para lavar las últimas partículas de escoria, aunque respondió:

—Creo que valgo quinientos mil dólares.

—¡Dios! —exclamó Bill *el Destilador* en tono reverente.

—¡Sí, Bill, Dios mío! —dijo Raro Mitchell.

Luego salieron sin hacer ruido y cerraron la puerta.

[1903]



Negore *el Cobarde*

LLEVABA ONCE DÍAS siguiendo el camino de su pueblo al huir y su persecución había sido en sí misma una huida; porque sabía muy bien que tras él venían los temidos rusos, cruzando con dificultad las tierras bajas y pantanosas y ascendiendo las empinadas divisorias, buscando nada menos que la exterminación de su pueblo al completo. Viajaba ligero de equipaje. Su equipo consistía en una manta para dormir hecha de piel de conejo, un rifle de avancarga y un par de kilos de salmón secado al sol. Se habría maravillado de que un pueblo entero —mujeres, niños y ancianos— pudiese viajar tan veloz si no hubiese sabido el miedo que lo empujaba hacia delante.

Fue en los viejos tiempos de la ocupación rusa en Alaska, cuando el siglo XIX había alcanzado su mitad, cuando Negore corría tras su tribu en retirada, a la que encontró una noche de verano junto a la cabecera del río Pee-lat. Aunque casi era medianoche, la luz del día inundaba el agotado campamento en el momento en el que él lo cruzó. Muchos lo vieron, todos lo conocían, pero pocos y fríos fueron los saludos que recibió.

—Negore *el Cobarde* —oyó reírse a Illiha, una mujer joven, y Sunne, hija de su propia hermana, se rió con ella.

Una ira intensa le devoraba el corazón, pero no dio señales de ello mientras se abría camino entre las hogueras hasta llegar a una junto a la que se sentaba un anciano. Una joven masajeaba con hábiles dedos los músculos cansados de sus piernas. El anciano alzó su rostro ciego y escuchó con atención cuando el pie de Negore hizo crujir una ramita seca.

—¿Quién viene? —preguntó con voz trémula y apagada.

—Negore —respondió la joven, sin apartar casi la vista de su tarea.

El rostro de Negore no mostró expresión alguna. Permaneció de pie, aguardando, durante muchos minutos. El anciano había dejado caer la cabeza sobre el pecho. La joven presionaba y oprimía los músculos agotados, descansando el cuerpo en las rodillas, la cabeza inclinada y oculta, como en una nube, entre su negra mata de pelo. Negore observó el cuerpo ágil, que

encorvaba las caderas como las encorvaría un lince, flexible como el tallo joven de un sauce llorón y, además, fuerte como solo es fuerte la juventud. Miró y fue consciente de su enorme deseo, una sensación similar al hambre física. Por fin decidió hablar y dijo:

—¿No saludas a Negore, que ha estado fuera mucho tiempo y acaba de regresar?

Ella levantó los ojos y lo miró con frialdad. El anciano se rió entre dientes como hacen los viejos.

—Eres mi mujer, Oona —dijo Negore con un tono dominante que resultaba ligeramente peligroso.

Ella se puso de pie con la rapidez y la facilidad de un gato, los ojos llameantes y los orificios nasales temblorosos como los de un ciervo.

—Iba a ser tu mujer, Negore, pero eres un cobarde y ¡la hija del anciano Kinoos no se empareja con cobardes!

Con un gesto autoritario lo obligó a guardar silencio cuando él hizo ademán de hablar.

—El anciano Kinoos y yo llegamos desde una tierra extraña. Tu pueblo nos hizo sitio junto a sus hogueras y permitió que nos calentásemos, sin preguntar de dónde veníamos ni por qué. Pensaron que el anciano Kinoos había perdido la vista debido a la edad; el anciano Kinoos no lo desmintió, como tampoco lo hice yo, su hija. Kinoos es un hombre valiente, pero nunca se ha jactado de ello. Ahora, cuando yo te cuente cómo se quedó ciego, comprenderás sin lugar a dudas que la hija de Kinoos no puede ser la madre de los hijos de un cobarde tan grande como tú, Negore.

La joven volvió a silenciar las palabras que intentaron salir de la boca del hombre.

—Debes saber, Negore, que si sumaras viaje tras viaje a todos tus viajes por la tierra no llegarías a la desconocida Sitka en el Gran Mar Salado. En ese sitio hay muchos rusos y sus normas son severas. Y de Sitka, el anciano Kinoos, que entonces era el joven Kinoos, huyó conmigo, un bebé, en brazos, recorriendo las islas en medio del mar. Que dejase atrás a mi madre muerta indica lo mucho que ella lo agravió; un ruso muerto, con una lanza que lo atravesó de lado a lado, ilustra la venganza de Kinoos.

»Sin embargo, no importaba a donde huyésemos ni lo lejos que llegáramos, siempre nos encontrábamos con los odiados rusos. Kinoos no tenía miedo, pero solo verlos le hacía daño; así que continuamos huyendo, cruzando mares, durante años, hasta llegar al Gran Mar de Niebla, Negore, del que has oído hablar pero nunca has visto. Vivimos entre muchos pueblos

diferentes y yo me convertí en mujer. Kinoos, que envejecía, no tomó otra esposa, como yo no tomé marido.

»Al final llegamos a Pastolik, que es donde el Yukón se ahoga en el Gran Mar de Niebla. Allí vivimos mucho tiempo, al borde del mar, entre un pueblo que odiaba a los rusos. Pero a veces esos rusos llegaban en grandes barcos y obligaban a las gentes de Pastolik a mostrarles el camino entre las incontables islas de la enorme desembocadura del Yukón. A menudo, los hombres que se llevaban para que les mostrasen el camino no regresaban nunca, hasta que el pueblo se enfadó y preparó un gran plan.

»Y así, cuando llegó el siguiente barco, el anciano Kinoos dio un paso al frente y dijo que él les mostraría el camino. Para entonces ya era un hombre viejo y tenía el pelo blanco, pero no sentía miedo. Y era astuto, porque condujo el barco hasta donde el mar empuja a la tierra y las olas baten contra el monte llamado Romanoff. El mar empujó el barco hasta donde las olas baten y forman espuma blanca y el barco se estrelló contra las rocas y se hizo pedazos. Entonces llegó la gente de Pastolik (porque ese era el plan) con sus lanzas de guerra, sus flechas y algunas armas de fuego. Pero antes los rusos le quitaron los ojos al anciano Kinoos para que no pudiera volver a enseñar el camino y luego lucharon, donde las olas baten, con la gente de Pastolik.

»El jefe de aquellos rusos se llamaba Iván. Fue él, con sus pulgares, quien dejó a Kinoos sin ojos. Fue él quien se abrió camino entre las aguas bravas, con los dos hombres que quedaban de todos los suyos, y se alejó rumbo al norte, bordeando el Gran Mar de Niebla. Kinoos era prudente. Ya no veía y se sentía tan indefenso como un niño. Así que huyó del mar, siguiendo el cauce del enorme y desconocido Yukón hasta llegar a Nulato, y yo huí con él.

»Esa fue la hazaña de mi padre, Kinoos, un anciano. Pero ¿qué hizo el joven Negore?

Una vez más, lo silenció.

—En Nulato vi con mis propios ojos, ante las puertas del gran fuerte y no hace muchos días, a Iván, el ruso que le quitó los ojos a mi padre, golpearte con el látigo de sus perros como si fueras un animal. Eso vi y supe que eras un cobarde. Pero no te vi esa noche, cuando todo tu pueblo, sí, incluso los niños que aún no eran cazadores, cayó sobre los rusos y los mató a todos.

—No, a Iván —dijo Negore con calma—. Ahora mismo sigue nuestras huellas; y lo acompañan muchos rusos recién llegados de la costa.

Oona no se esforzó por ocultar su sorpresa y disgusto porque Iván no hubiese muerto, pero continuó:

—De día vi que eras un cobarde. De noche, cuando todos los hombres lucharon, incluso los niños que aún no cazaban, no te vi y supe que eras dos veces cobarde.

—¿Has terminado? ¿Ya está? —preguntó Negore.

Ella asintió y lo miró con desdén, sorprendida de que él tuviese algo que decir.

—Pues entonces quiero que sepas que Negore no es un cobarde —dijo él en voz baja y tranquila—. Debes saber que cuando era un niño viajé solo hasta el lugar donde el Yukón se ahoga en el Gran Mar de Niebla. Incluso llegué a Pastolik y más allá, al norte, bordeando el mar. Eso lo hice siendo un niño y no era un cobarde. Tampoco era cobarde cuando viajé, de joven y solo, Yukón arriba hasta más lejos de lo que ningún otro hombre ha llegado, tan lejos que encontré otro pueblo de rostros blancos que vive en un fuerte enorme y habla una lengua distinta a la de los rusos. También he matado al gran oso del país Tanana, donde no ha estado nadie de mi pueblo. Y he luchado contra los indios de Nuklukyet, los de Kaltag y los stick, en regiones muy lejanas, y solo. Esas hazañas, de las que ningún hombre sabe, las cuento yo. Dejaré que mi pueblo hable por mí sobre las cosas que he hecho y que ellos saben. Nunca dirán que Negore es un cobarde.

Terminó orgulloso y también orgulloso esperó.

—Esas son cosas que ocurrieron antes de que yo llegase a esta tierra —dijo ella—, y yo no las sé. Solo sé lo que sé, y sé que te vi recibir latigazos como un perro de día; y de noche, cuando el gran fuerte ardió en llamas y los hombres mataron y murieron, no te vi. También tu gente te llama Negore *el Cobarde*. Ese es ahora tu nombre: Negore *el Cobarde*.

—No es un buen nombre —se rió el anciano Kinoos.

—Tú no lo comprendes, Kinoos —respondió con afecto Negore—. Pero haré que lo entiendas. Debes saber que salí a cazar osos con Kamo-tah, hijo de mi madre. Y Kamo-tah luchó con un oso enorme. No habíamos comido carne en tres días y Kamo-tah no tenía fuerza en el brazo ni velocidad en los pies. El gran oso lo aplastó hasta que sus huesos se rompieron como ramitas secas. Así lo encontré, muy enfermo y gimiendo, tirado en el suelo. Pero no teníamos carne ni yo podía matar nada que el enfermo pudiese comer.

»Así que dije: “Iré a Nulato y volveré con comida, además de hombres fuertes para que te lleven al campamento”. Y Kamo-tah dijo: “Ve a Nulato y consigue comida, pero no digas nada de lo que me ha ocurrido. Cuando haya comido, recuperado fuerzas y me encuentre bien, mataré al oso. Así regresaré

a Nulato con honor y ningún hombre podrá reírse y decir que un oso acabó con Kamo-tah”.

»Hice caso a las palabras de mi hermano y, cuando llegué a Nulato y el ruso, Iván, me golpeó con el látigo de sus perros, supe que no debía luchar. Porque nadie sabía que Kamo-tah se encontraba enfermo, gimiendo de dolor y hambriento. Y si yo luchaba con Iván y moría, mi hermano moriría también. Por eso, Oona, viste que me azotaron como a un perro.

»Luego oí lo que decían los chamanes y jefes, que los rusos habían traído una enfermedad extraña entre la gente, que mataban a nuestros hombres y robaban a nuestras mujeres, y que debíamos limpiar la tierra. Como he dicho, los oí hablar y supe que tenían razón y que matarían a los rusos por la noche. Pero mi hermano, Kamo-tah, estaba enfermo, gimiendo de dolor y sin comida, por eso no pude quedarme a luchar junto a los hombres y a los niños que aún no cazan.

»Llevé conmigo carne, pescado y las marcas del látigo de Iván, y encontré a Kamo-tah, que ya no gemía porque estaba muerto. Entonces regresé a Nulato y ya no había Nulato, solo cenizas donde había estado el fuerte, y los cuerpos de muchos hombres. Y vi a los rusos ascender en barcos el Yukón, recién llegados del mar, muchos rusos. Y vi a Iván arrastrarse desde el lugar donde se había ocultado y hablar con ellos. Al día siguiente vi que Iván los guiaba para seguir el rastro de mi tribu. Incluso ahora lo siguen y yo, Negore, estoy aquí, pero no soy un cobarde.

—Esa es la historia que oigo —dijo Oona, aunque su tono de voz era más amable que antes—. Kamo-tah está muerto y no puede hablar en tu favor. Yo solo sé lo que sé y debo ver con mis propios ojos que no eres un cobarde.

Negore hizo un gesto de impaciencia.

—Hay muchas formas —añadió la joven—. ¿Estás dispuesto a no hacer menos de lo que hizo el anciano Kinoos?

Él asintió con la cabeza y aguardó.

—Como has dicho, esos rusos nos persiguen. Muéstrales el camino, Negore, como se lo mostró el anciano Kinoos, para que lleguen sin estar preparados al lugar donde los esperaremos, en un paso entre las rocas. Ya conoces el lugar, donde las paredes son altas y están rotas. Entonces los destruiremos, incluso a Iván. Cuando se agarren como moscas a la pared y la cima quede tan lejos como el fondo, nuestros hombres caerán sobre ellos desde arriba y por los lados con lanzas, flechas y armas de fuego. Y las mujeres y niños, desde arriba, soltarán las piedras grandes y las arrojarán sobre ellos. Será un gran día, porque mataremos a los rusos, la tierra quedará

limpia e Iván, el Iván que le sacó los ojos a mi padre y te azotó con el látigo de sus perros, morirá. Morirá como el perro que se vuelve loco, sin poder respirar, aplastado bajo las piedras. Y cuando empiece la lucha, tú, Negore, deberás alejarte de allí en secreto, para que no te maten.

—Está bien —respondió el hombre—. Negore les mostrará el camino. ¿Y después?

—Después seré tu mujer, la mujer de Negore, la mujer del valiente. Y tú cazarás para mí y para el anciano Kinoos, y yo cocinaré para ti, coseré parkas duraderas y de abrigo y te haré mocasines como los de mi gente, que son mejores que los de la tuya. Como he dicho, seré tu mujer, Negore, para siempre. Te daré buena vida y todos tus días serán como cantar y reír. Verás que Oona no es como las otras mujeres, porque ella ha viajado mucho y vivido en lugares extraños, y conoce las costumbres del hombre y la forma de hacerlo feliz. Incluso en la vejez te hará feliz y recordarás con alegría tu vida con ella mientras fuiste joven y fuerte, porque siempre sabrás que te facilitó la vida, te dio calma y descanso y que ha sido más mujer contigo que cualquier otra mujer con cualquier otro hombre.

—Está bien —dijo Negore y el deseo le devoró el corazón, por lo que extendió los brazos hacia ella como los extiende el hambriento en busca de comida.

—Cuando les hayas mostrado el camino, Negore —le regañó, aunque con ojos dulces y cálidos. Y él supo que lo miraba como ninguna otra mujer lo había mirado antes.

—Muy bien —dijo mientras se daba la vuelta con decisión—, iré a hablar con los jefes para que sepan que me he ido a mostrarles el camino a los rusos.

—¡Oh, Negore, mi hombre! ¡Mi hombre! —se dijo Oona a sí misma al verlo marchar, pero lo dijo en voz tan baja que ni siquiera la oyó el anciano Kinoos, a pesar de que oía mejor que otros, como compensación por su ceguera.

☘

TRES DÍAS DESPUÉS, habiendo ocultado mal a propósito y con gran habilidad su escondite, Negore fue sacado de él como una rata y llevado ante Iván; Iván el terrible, como lo llamaban los hombres que marchaban tras él. Negore iba armado con una triste lanza de hueso, arrebujado en su manta de piel de

conejo, y aunque hacía calor, temblaba como si tuviese fiebre. Negó con la cabeza para indicar que no comprendía la lengua con la que Iván le hablaba y le hizo ver que estaba muy cansado y enfermo, que solo deseaba sentarse a descansar, mientras se señalaba la barriga para insistir en su enfermedad y temblaba con fuerza. Pero Iván llevaba con él a un hombre de Pastolik que hablaba la lengua de Negore y le hicieron muchas preguntas en relación con su tribu, aunque todas en vano, hasta que el hombre de Pastolik, que se llamaba Karduk, dijo:

—Es palabra de Iván que recibirás latigazos hasta que mueras si no hablas. Y debes saber, hermano desconocido, que aunque te digo que la palabra de Iván es la ley, soy tu amigo y no amigo de Iván. Pues he venido obligado desde mi tierra junto al mar y deseo vivir, por eso obedezco la voluntad de mi amo, como obedecerás tú, hermano desconocido, si eres sensato y quieres vivir.

—No, hermano desconocido —respondió Negore—. No sé el camino que ha seguido mi pueblo, porque estaba enfermo y ellos huyeron tan rápido que mis piernas no respondían y me dejaron atrás.

Negore aguardó mientras Karduk hablaba con Iván. Entonces Negore vio que el rostro del ruso se oscurecía y los hombres lo rodeaban haciendo restallar sus látigos. En ese momento les mostró su miedo y gritó que era un hombre enfermo y no sabía nada, pero que contaría lo poco que sabía. Y con ese fin le dijo a Iván que ordenase marchar a sus hombres, y a cada lado de Negore caminaron los de los látigos para que no huyese. Cuando les hizo ver que estaba débil por su enfermedad y se tambaleaba y no avanzaba tan rápido como ellos, le dieron latigazos hasta que gritó de dolor y encontró nuevas fuerzas. Cuando Karduk le dijo que todo iría bien para él en cuanto alcanzasen a su tribu, Negore preguntó: «¿Entonces podré descansar sin moverme más?».

Continuamente preguntaba: «¿Entonces podré descansar sin moverme más?».

Y mientras se mostraba enfermo y miraba a su alrededor sin interés alguno, tomó nota de la fuerza para luchar de los hombres de Iván y se alegró de comprobar que Iván no lo reconocía como el hombre al que había golpeado frente a las puertas del fuerte. Comprobó lo extraño de aquel grupo. Había cazadores eslavones, de piel clara y músculos poderosos; finlandeses bajos y fornidos, de narices chatas y rostros redondos; mestizos siberianos cuyas narices eran más bien aguileñas; y hombres delgados, de ojos rasgados, por cuyas venas corría sangre mongola y tártara, además de eslava. Eran

aventureros violentos y descontrolados, de los que hacen incursiones y arrasan con todo, que llegan desde las tierras lejanas, más allá del mar de Bering, y asolan el mundo nuevo y desconocido a fuego y espada para apoderarse codiciosamente de su riqueza en cuero y pieles. Negore los miraba satisfecho y los veía aplastados y sin vida en el paso de las rocas. Incluso veía, esperándolo en aquel paso, el rostro y la silueta de Oona, oía su voz y sentía el cálido y suave brillo de sus ojos. Pero nunca se olvidaba de temblar, ni de tambalearse cuando el camino era difícil, ni de gritar al recibir los latigazos. Además, temía a Karduk, pues sabía que no era sincero. Su mirada era falsa y su lengua ligera, demasiado ligera para lo embarazoso que resulta decir la verdad.

Avanzaron durante todo ese día. Y al siguiente, cuando Karduk le preguntó —siguiendo las órdenes de Iván—, dijo que dudaba de que lograsen encontrar a su tribu hasta que transcurriese un día más. Pero Iván, a quien el anciano Kinoos había guiado en el pasado para descubrir que su camino implicaba cruzar las aguas bravas y luchar, ya no creía en nada ni en nadie. De manera que cuando llegaron a un paso entre rocas hizo detener a sus cuarenta hombres y, por mediación de Karduk, preguntó si el camino estaba despejado.

Negore le dedicó una mirada breve y superficial. Se trataba de un derrumbe grande que rompía la pared lisa de un precipicio, invadido por la maleza y las plantas trepadoras, donde una decena de tribus podrían haberse escondido sin problemas.

Negó con la cabeza.

—No, ahí no hay nada —dijo—. El camino está despejado.

Iván habló de nuevo con Karduk y Karduk dijo:

—Hermano desconocido, debes saber que si no dices la verdad y tu gente bloquea el camino y cae sobre Iván y sus hombres, tú morirás de inmediato.

—Digo la verdad —contestó Negore—. El camino está despejado.

Aun así, Iván dudó y ordenó que dos de sus cazadores eslavones ascendiesen solos. También ordenó que otros dos hombres flanqueasen a Negore. Apuntaron al pecho de Negore con sus armas y aguardaron. Todos aguardaron. Negore sabía que, si una sola flecha o una lanza salía volando, él moriría. Los dos cazadores eslavones ascendieron con dificultad hasta hacerse cada vez más pequeños y, cuando alcanzaron la cima y movieron los sombreros de un lado a otro para avisar de que todo iba bien, no eran más que dos puntos negros recortados contra el cielo.

Las armas dejaron de apuntar al pecho de Negore e Iván ordenó avanzar a sus hombres. Iván guardaba silencio, pensativo. Marchó durante una hora con gesto perplejo y luego le dijo a Negore, a través de Karduk:

—¿Cómo sabías que el camino estaba despejado si casi no perdiste tiempo en mirarlo?

Negore pensó en los pajaritos que había visto posados entre las rocas y sobre la maleza y sonrió, así de sencillo era; pero se encogió de hombros y no respondió. Porque estaba pensando en otro paso entre rocas al que llegarían pronto y donde no habría pajaritos. Se alegró de que Karduk hubiese llegado desde el Gran Mar de Niebla, donde no había árboles ni matorrales y los hombres sabían cosas del mar, en lugar de cosas de la tierra o de las plantas.

Tres horas después, cuando el sol brillaba sobre sus cabezas, llegaron a otro paso que ascendía entre rocas y Karduk dijo:

—Presta mucha atención, hermano desconocido, y mira si el camino está despejado, porque Iván no quiere esperar esta vez mientras dos de sus hombres suben antes.

Negore miró y lo hizo flaqueado por dos hombres que lo apuntaban con sus armas. Vio que no había pajaritos e incluso percibió el reflejo del sol en el cañón de un rifle. Pensó en Oona y en sus palabras: «Y cuando empiece la lucha, tú, Negore, deberás alejarte de allí en secreto, para que no te maten».

Sintió la presión de las armas de fuego sobre su pecho. Aquello no era lo que ella había planeado. No iba a poder alejarse de allí en secreto. Sería el primero en morir cuando diese comienzo la lucha. Pero con voz firme, y luchando por mirar sin demostrar interés y temblando, dijo:

—El camino está despejado.

Comenzaron a subir, Iván y sus cuarenta hombres de las tierras lejanas más allá del mar de Bering. También Karduk, el de Pastolik, y Negore, siempre con las armas apuntándole. El ascenso era largo y no podían ir rápido, pero a Negore le pareció que llegaban demasiado pronto al punto medio, donde la cima quedaba tan lejos como el fondo.

Se oyó el disparo de un rifle entre las rocas de la derecha, Negore percibió el grito de guerra de su tribu y por un instante vio que las rocas y los arbustos cobraban vida por obra de su pueblo. Luego sintió que un estallido de fuego atravesaba su ser y, mientras caía, notó el dolor punzante de la vida cuando retuerce la carne para librarse de ella.

Pero se agarró a la vida con la fuerza de un avaro y no la soltó. Seguía respirando, a pesar de que eso le producía un dolor dulce en los pulmones, y aún veía y oía, aunque vagamente, con algunos momentos de ceguera y

sordera total tras los que recuperaba en parte el sentido. Así pudo ver a los cazadores de Iván caer muertos y a sus propios hermanos perpetrar la matanza y llenar el aire con el tumulto de sus gritos y sus armas; y más arriba a las mujeres y niños soltar las piedras más grandes, que caían ladera abajo como si estuvieran vivas.

El sol bailaba por encima de él, en el cielo, las enormes paredes se tambaleaban y oscilaban, pero él seguía oyendo y viendo vagamente. Y cuando Iván cayó sobre sus piernas cuan largo era, sin vida y aplastado por una piedra de las que rodaban ladera abajo, recordó los ojos ciegos del anciano Kinoos y se alegró.

Luego los sonidos se desvanecieron, las piedras dejaron de caer y vio que los de su tribu se acercaban cada vez más, con mucho cuidado, rematando con las lanzas a los heridos. Cerca de él oyó la pelea de un fuerte cazador eslavón al que le costaba morir y que, tras lograr incorporase un poco, había sido empujado de nuevo hacia abajo por las ávidas lanzas.

Después vio el rostro de Oona sobre él y sintió que sus brazos lo rodeaban. Por un momento el sol se serenó y permaneció quieto y las enormes paredes dejaron de moverse y se mantuvieron erguidas.

—Eres un valiente, Negore —la oyó decirle al oído—. Eres mi hombre, Negore.

Y en ese momento vivió toda la vida de felicidad de la que ella le había hablado, los cantos y las risas; y mientras el sol se apagaba en el cielo sobre él, como en la vejez, supo que sus recuerdos de ella eran alegres. Incluso mientras los recuerdos se desvanecían y morían en la oscuridad que caía sobre él, en los brazos de Oona conoció la consumación de la calma y el descanso que ella le había prometido. Cuando la negra noche lo envolvió, con la cabeza recostada en el pecho de ella, sintió que lo invadía una paz enorme y fue consciente de la quietud de muchos crepúsculos y del misterio del silencio.

[1903]



Una nariz para el rey

EN LOS SOSEGADOS albores de Corea, cuando su paz y tranquilidad hacían justicia a su antiguo nombre, Cho-sen, vivía un político llamado Yi Chin Ho. Era un hombre de muchas facetas y —¿quién puede saberlo?— quizás en absoluto peor que los políticos del resto del mundo. Pero, a diferencia de sus hermanos de otras tierras, Yi Chin Ho estaba en la cárcel. No por haber desviado, inadvertidamente, dinero público a sus bolsillos, sino por haber desviado demasiado. El exceso debe condenarse en todos los aspectos, incluso en la corrupción, y el exceso de Yi Chin Ho lo había puesto en el más deplorable de los aprietos.

Debía al Gobierno diez mil cordeles de monedas y se encontraba en prisión condenado a muerte. Su situación tenía una ventaja: disponía de mucho tiempo para pensar. Y lo aprovechó. Luego llamó al carcelero.

—Hombre virtuoso, tienes ante ti a un desdichado —comenzó diciendo—. Pero podré solucionarlo todo si esta noche me dejas en libertad durante una breve hora. Tú también te beneficiarás porque me ocuparé de que progreses con el paso de los años hasta que alcances el puesto de director de todas las prisiones de Cho-sen.

—¿Cómo? —preguntó el carcelero—. ¿Qué locura es esta? ¡Me pides una hora cuando esperas que te corten la cabeza! ¡Y yo, con una madre anciana y respetable, por no hablar de una esposa y varios hijos pequeños! ¡Que te deje salir, a ti, que eres un canalla!

—Desde la Ciudad Sagrada hasta la última de las ocho costas no existe lugar donde pueda esconderme —contestó Yi Chin Ho—. Soy un hombre sabio, pero ¿de qué sirve mi sabiduría en la cárcel? Si fuese libre, sabría muy bien dónde buscar y conseguir el dinero con el que pagar al Gobierno. Sé de una nariz que me salvará de todas mis dificultades.

—¡Una nariz! —exclamó el carcelero.

—Una nariz —repitió Yi Chin Ho—. Una nariz excepcional, además, la más excepcional de las narices.

El carcelero alzó las manos en un gesto de desesperación.

—Ah, qué bromista eres, qué bromista —se rió—. ¡Pensar que ese gran ingenio tuyo acabará en el tajo!

Dicho lo cual, se dio la vuelta y se fue. Pero al final, como era un hombre tontorrón y bondadoso, bien avanzada la noche permitió que Yi Chin Ho saliera.

De inmediato se fue a ver al gobernador, al que encontró a solas y durmiendo.

—¡Tú eres Yi Chin Ho o yo no soy el gobernador! —exclamó el hombre—. ¿Qué haces aquí cuando deberías estar en prisión, esperando al tajo?

—Ruego que su excelencia me escuche —dijo Yi Chin Ho, mientras se sentaba en cuclillas junto a la cama y encendía su pipa en el brasero—. Un hombre muerto no vale nada. Es cierto que soy como un muerto, no valgo nada para el Gobierno, para su excelencia o para mí mismo. Pero si su excelencia accediese a concederme la libertad…

—¡Imposible! —gritó el gobernador—. Además, has sido condenado a muerte.

—Su excelencia sabe muy bien que, si consigo devolver los diez mil cordeles de monedas, el Gobierno me perdonará —continuó diciendo Yi Chin Ho—. Por eso, como decía, si su excelencia, que es un hombre comprensivo, me concediese la libertad durante unos días, podría saldar mi deuda con el Gobierno y encontrarme en situación de ser útil a su excelencia. Me encontraría en situación de serle extremadamente útil.

—¿Tienes un plan con el que esperas reunir el dinero? —preguntó el gobernador.

—Sí —respondió Yi Chin Ho.

—Entonces ven a verme mañana por la noche y me lo cuentas. Ahora quiero dormir —dijo el gobernador y continuó con sus ronquidos donde los había dejado.

La noche siguiente, tras conseguir un nuevo permiso del carcelero, Yi Chin Ho se presentó junto al lecho del gobernador.

—¿Eres tú, Yi Chin Ho? —preguntó el gobernador—. ¿Tienes tu plan?

—Soy yo, excelencia —respondió Yi Chin Ho— y el plan está aquí.

—Habla —ordenó el gobernador.

—El plan está aquí —repitió Yi Chin Ho—. Aquí, en mi mano.

El gobernador se incorporó y abrió los ojos. Yi Chin Ho le entregó un rollo de papel. El gobernador lo observó a la luz.

—Solo es una nariz —dijo.

—Un poco hundida aquí y aquí, excelencia —dijo Yi Chin Ho.

—Sí, un poco hundida aquí y allí, como tú dices —respondió el gobernador.

—Con todo, se trata de una nariz muy gorda, aquí, todo en la misma zona, en la punta —continuó Yi Chin Ho—. Su excelencia tendría que buscar mucho y muy lejos y durante infinitos días para encontrar una nariz como esa y no la encontraría.

—Es una nariz poco corriente —admitió el gobernador.

—Y tiene una verruga —dijo Yi Chin Ho.

—Una nariz muy poco corriente —insistió el gobernador—. Nunca he visto otra igual. Pero ¿por qué te interesa esta nariz, Yi Chin Ho?

—Gracias a ella pretendo saldar mi deuda con el Gobierno —dijo Yi Chin Ho—. Pretendo ser útil a su excelencia y pretendo salvar mi propia cabeza sin valor. Además, pretendo que el sello de su excelencia aparezca sobre este dibujo de la nariz.

El gobernador se rió, estampó su sello de Estado y Yi Chin Ho partió. Durante un mes y un día recomo el camino real que lleva a la costa del mar de la China Oriental; y allí una noche llamó con fuerza a la puerta de la mansión más grande de una ciudad muy rica.

—No quiero ver a nadie que no sea el señor de la casa —dijo fieramente a los atemorizados criados—. Viajo por encargo del rey.

Enseguida lo condujeron hasta una estancia interior, donde despertaron al señor de la casa, que se quedó mirándolo y pestañeando.

—Eres Pak Chung Chang, jefe de esta ciudad —dijo Yi Chin Ho en un tono acusador—. Vengo por encargo del rey.

Pak Chung Chang empezó a temblar. Bien sabía él que de los encargos del rey nunca salía nada bueno. Se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de caer al suelo.

—Es tarde —dijo con voz trémula—, ¿no sería mejor…?

—¡Los asuntos del rey nunca esperan! —atronó Yi Chin Ho—. Debemos hablar en privado ahora mismo. Tengo que discutir un asunto contigo. Es un asunto del rey —añadió con tal ferocidad que a Pak Chung Chang se le cayó la pipa de plata de los débiles dedos que la sujetaban y repiqueteó en el suelo.

—Debes saber —dijo Yi Chin Ho cuando estuvieron por fin a solas—, que el rey sufre una aflicción, una terrible aflicción. Como no logró curársela, el médico de la corte se ha quedado sin cabeza. Han llegado médicos de las ocho provincias para atender al rey. Han mantenido sabias consultas entre ellos y han decidido que para remediar la aflicción del rey solo se necesita una nariz, un tipo determinado de nariz, un tipo de nariz muy peculiar.

»Después, su excelencia el primer ministro en persona me hizo llamar. Me entregó un papel. Sobre el papel los médicos de las ocho provincias habían dibujado esa nariz tan peculiar y, sobre ella, está estampado el sello de Estado.

»“Vete”, me dijo su excelencia el primer ministro. “Busca esta nariz, pues la aflicción del rey es profunda. Y dondequiera que encuentres esa nariz en el rostro de un hombre, arráncala de inmediato y tráela a la corte a toda prisa, pues debemos curar al rey. Vete y no vuelvas hasta que tu búsqueda se vea recompensada”.

»Así partí, en busca de la nariz. He recorrido los rincones más remotos del reino, he transitado los ocho caminos reales, registrado las ocho provincias y surcado los mares de las ocho costas. Y aquí estoy.

Con un ademán exagerado sacó el papel de su cinturón, lo desenrolló entre chasquidos y crujidos, y lo plantó delante del rostro de Pak Chung Chang. En el papel se veía el dibujo de una nariz.

Pak Chung Chang la miró con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—Nunca he visto una nariz igual —dijo.

—Tiene una verruga —comentó Yi Chin Ho.

—Nunca he visto… —volvió a decir Pak Chung Chang.

—Haz venir a tu padre —interrumpió Yi Chin Ho muy serio.

—Mi anciano antepasado, merecedor del mayor de los respetos, duerme —dijo Pak Chung Chang.

—¿Por qué disimulas? —quiso saber Yi Chin Ho—. Sabes que es la nariz de tu padre. Hazlo venir para que pueda cortársela e irme. Date prisa o informaré en tu contra.

—¡Ten compasión! —exclamó Pak Chung Chang mientras caía de rodillas—. ¡Es imposible! ¡Imposible! No puedes cortarle la nariz a mi padre. No puede ir a la tumba sin nariz. Se reirán de él, hablarán de él, y en mis días y noches solo habrá desdicha. ¡Reflexiona! Informa de que no has visto una nariz como esa en todos tus viajes. Tú también tienes padre.

Pak Chung Chang se agarró a las rodillas de Yi Chin Ho y lloró sobre sus sandalias.

—Tus lágrimas ablandan mi corazón de un modo extraño —dijo Yi Chin Ho—. Yo también sé lo que es la piedad y el amor filial, pero… —dudó y luego añadió, como si pensara en voz alta—: Vale tanto como mi cabeza.

—¿Cuánto vale tu cabeza? —preguntó Pak Chung Chang con un hilo de voz.

—No es una cabeza excepcional —respondió Yi Chin Ho—, sino absurdamente corriente. Pero, tal es mi estupidez, yo la valoro en no menos de cien mil cordeles de monedas.

—Sea —dijo Pak Chung Chang poniéndose en pie.

—Necesitaré caballos para transportar el tesoro —dijo Yi Chin Ho— y hombres que lo protejan bien mientras cruzo las montañas. Hay muchos ladrones en estas tierras.

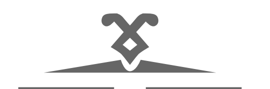
—Hay muchos ladrones en estas tierras —dijo Pak Chung Chang con tristeza—. Pero será como desees, mientras la nariz de mi anciano antepasado, merecedor del mayor de los respetos, permanezca en su lugar.

—No hables con nadie de este asunto —dijo Yi Chin Ho—, o algún otro servidor, más leal que yo, vendrá a cortarle la nariz a tu padre.

Así partió Yi Chin Ho camino de las montañas, con el corazón despreocupado y ganas de echarse a cantar, mientras oía el tintineo de los cascabeles que llevaban los caballos cargados con su tesoro.

Poco más hay que contar. Yi Chin Ho prosperó con el paso de los años. Gracias a sus esfuerzos, el carcelero acabó alcanzando el puesto de director de todas las prisiones de Cho-sen y el gobernador al final se trasladó a la Ciudad Sagrada para ser primer ministro del rey, mientras Yi Chin Ho se convertía en amigo íntimo del rey y se sentaba a su mesa hasta el final de una vida rica y opulenta. Pero Pak Chung Chang cayó en una depresión y, desde entonces, movía la cabeza tristemente y con lágrimas en los ojos cada vez que pensaba en la cara nariz de su anciano antepasado, merecedor del mayor de los respetos.

[1904]



El camino de los parhelios



HARLEY EL DE SITKA fumaba en pipa y observaba pensativo la ilustración de la *Police Gazette* colgada en la pared. Llevaba media hora mirándola fijamente, la misma media hora que llevaba yo observándolo a él con disimulo. Estaba dándole vueltas a algo y, fuera lo que fuese, yo sabía que me convenía saberlo. Había vivido una vida plena y visto muchas cosas, y había realizado el prodigio de todos los prodigios: darle la espalda a su propio pueblo y, hasta donde era posible para un indio, convertirse en un hombre blanco, incluso en lo relativo a sus procesos mentales. Según él mismo contaba, había entrado atraído por el calor, se había sentado entre nosotros, junto a nuestras hogueras, y se había convertido en uno de los nuestros. Nunca aprendió a leer o escribir, pero su vocabulario resultaba impresionante y más aún lo era la rotundidad con la que había asumido el punto de vista del hombre blanco, su actitud ante las cosas.

Habíamos encontrado aquella cabaña vacía tras un día largo y duro en el camino. Los perros ya habían comido, teníamos los platos de la cena limpios y las camas hechas, y disfrutábamos de esa hora deliciosa de todos los días —aunque nunca es más de una al día— para los que recorren los caminos de Alaska; la hora en la que nada se interpone entre el cuerpo cansado y la cama, excepto una buena pipa. Algún morador anterior de la cabaña había decorado sus paredes con ilustraciones arrancadas de periódicos y revistas, y eran esas ilustraciones las que llamaban la atención de Charley el de Sitka desde el momento en que llegamos, dos horas antes. Las estudiaba atentamente, pasando de una a otra y vuelta a empezar, y yo comprendí que en su mente albergaba incertidumbre y perplejidad.

—¿Y bien? —rompí, por fin, el silencio.

Se sacó la pipa de la boca y se limitó a decir:

—No lo entiendo.

Volvió a fumar, retiró de nuevo la pipa y la utilizó para señalar la ilustración de la *Police Gazette*.

—Ese dibujo, ¿qué significa? No lo comprendo.

Miré el dibujo. Un hombre, de rostro absurdamente malvado y la mano derecha presionando el corazón con gran dramatismo, caía de espaldas al suelo. Frente a él, con un semblante que era una combinación de ángel destructor y Adonis, se alzaba un hombre que sujetaba un revólver humeante.

—Un hombre mata a otro —respondí, consciente de mi propia perplejidad e incapacidad para explicarlo mejor.

—¿Por qué? —preguntó Charley el de Sitka.

—No lo sé —confesé.

—Ese dibujo es todo final —dijo—. No tiene principio.

—Es la vida —dije yo.

—La vida tiene principio —objetó.

Guardé silencio mientras sus ojos pasaban a otra imagen contigua, una reproducción fotográfica de «Leda y el cisne» pintado por alguien.

—Esa imagen no tiene principio —dijo—. No tiene fin. No entiendo los cuadros.

—Mira ese cuadro —ordené mientras señalaba una tercera imagen decorativa—. Significa algo. Dime lo que significa para ti.

Lo observó durante varios minutos.

—La niña está enferma —dijo por fin—. Quien la mira es el médico. Llevan toda la noche en vela, ¿lo ves? En la lámpara queda poco aceite y la luz del alba se cuela polla ventana. Es una enfermedad grave, podría morir, por eso el médico la mira con tanta intensidad. Esa es la madre. Es una enfermedad grave porque la madre apoya la cabeza en la mesa y está llorando.

—¿Cómo sabes que está llorando? —interrumpí—. No puedes verle la cara. A lo mejor está dormida.

Charley el de Sitka me lanzó una rápida mirada sorprendida y luego volvió al cuadro. Resultaba evidente que no había razonado la impresión recibida.

—A lo mejor está dormida —repitió. Lo estudió con atención—. No, no está dormida. Los hombros indican que no está dormida. Yo he visto los hombros de una mujer cuando llora. La madre está llorando. Es una enfermedad muy grave.

—Pues ya entiendes el cuadro —exclamé.

Negó con la cabeza y preguntó:

—La niña, ¿se muere?

Me tocó guardar silencio.

—¿Se muere? —insistió—. Tú pintas. Tal vez lo sepas.

—No, no lo sé —confesé.

—No es la vida —opinó dogmáticamente—. En la vida real la niña muere o se cura. En la vida pasa algo. En el cuadro no pasa nada. No, no entiendo los cuadros.

Su decepción era evidente. Deseaba comprender todo lo que los hombres blancos comprendían y en aquel asunto fracasaba. También sentí desafío en su actitud. Estaba decidido a obligarme a que le mostrara la sabiduría de los cuadros. Además, Charley tenía una gran capacidad de visualización. Hacía mucho tiempo que yo lo sabía. Lo visualizaba todo. Veía la vida en imágenes, sentía la vida en imágenes, generalizaba la vida en imágenes; sin embargo, no comprendía las imágenes cuando las veía a través de los ojos de otros hombres y expresadas por esos hombres con líneas y colores sobre un lienzo.

—Los cuadros son pedazos de vida —dije—. Pintamos la vida como la vemos. Por ejemplo, Charley, vienes por el camino. Es de noche. Ves una cabaña. La ventana está iluminada. Miras a través de ella durante un segundo o dos, ves algo y continúas camino. Quizás hayas visto un hombre escribiendo una carta. Has visto algo sin principio ni fin. No ha pasado nada. Sin embargo, viste un pedazo de vida. Lo recordarás después. Es como un cuadro en tu memoria. La ventana es el marco del cuadro.

Me di cuenta de que estaba interesado y supe que, mientras hablaba, él había mirado por la ventana y visto al hombre escribiendo la carta.

—Hay un cuadro que has pintado tú y que entiendo —dijo—. Es un cuadro que dice la verdad. Tiene mucho significado. Está en tu cabaña de Dawson. Es una mesa de faro. Hay hombres jugando. Es una partida importante. No hay límite.

—¿Cómo sabes que no hay límite? —interrumpí nervioso, porque comprendí que mi obra podía ser valorada por un juez imparcial que solo sabía de la vida, no del arte, y que dominaba por completo la realidad. Además, me sentía muy orgulloso de ese cuadro en concreto. Lo había titulado *El último turno* y me parecía que era uno de los mejores que había pintado.

—No hay fichas sobre la mesa —explicó Charley el de Sitka—. Los hombres juegan a crédito. Eso significa que no hay límite. Uno juega con pagarés de color amarillo. Un pagaré amarillo podría valer mil dólares o incluso dos mil. Otro juega con pagarés rojos. Quizá valgan quinientos dólares o mil. Es una partida importante. Todos apuestan fuerte, muy fuerte. ¿Cómo lo sé? Porque en el rostro del crupier has puesto color de sangre, de sofoco. (Yo estaba encantado). Al que vigila lo has puesto inclinado hacia

delante en su silla. ¿Por qué se echa hacia delante? ¿Por qué su cara no se mueve? ¿Por qué le brillan los ojos? ¿Por qué está ligeramente colorado el crupier? ¿Por qué están todos callados? El hombre de los pagarés amarillos, el de los blancos, el de los rojos. ¿Por qué nadie habla? Porque hay mucho dinero. Porque es el último turno.

—¿Cómo sabes que es el último turno? —pregunté.

—Hay chapas de cobre sobre el rey, el siete se juega al descubierto —respondió—. Nadie ha apostado a otras cartas. No hay más cartas. Todos piensan igual. Todos apuestan a que el rey pierde y el siete gana. La banca puede perder veinte mil dólares o puede ganarlos. Sí, ese cuadro sí que lo entiendo.

—¡Pero no sabes el final! —exclamé triunfante—. Es el último turno pero aún no han sacado las cartas. En el cuadro nunca las sacarán. Nadie sabrá jamás quién gana y quién pierde.

—Y los hombres se quedarán ahí sentados, sin hablar —dijo, mientras el asombro y la impresión asomaban a su rostro—. El que vigila se echará hacia delante y siempre habrá color en la cara del crupier. Es muy raro. Siempre estarán ahí sentados, siempre; y nadie sacará las cartas.

—Es un cuadro —dije—. Es la vida. Tú mismo has visto escenas parecidas.

Me miró y reflexionó al respecto. Luego, muy despacio, comentó:

—No, como tú dices, no tiene final. Nadie sabrá el final. Y sin embargo es real. Yo lo he visto. Es la vida.

Permaneció fumando en silencio durante un buen rato, sopesando la sabiduría pictórica del hombre blanco y verificándola según los hechos de la vida. Asintió con la cabeza varias veces y en una o dos ocasiones gruñó. Luego vació las cenizas de su pipa, rellenó la cazoleta con cuidado y, tras una pausa pensativa, la volvió a encender.

—Entonces yo también he visto muchos cuadros de la vida —dijo por fin—. Cuadros no pintados, sino vistos con los ojos. Los he visto como vi al hombre que escribía la carta, a través de la ventana. He visto muchas escenas de la vida, sin principio ni fin, sin comprensión.

De repente cambió de postura, dirigió la vista hacia mí y me miró fijamente.

—Tú, que eres pintor —dijo—. ¿Cómo pintarías una cosa que vi, una escena sin principio, cuyo fin no comprendo, un pedazo de vida que tiene a Alaska por marco y la aurora boreal como vela que lo ilumina?

—El lienzo sería enorme —murmuré.

Pero no me hizo caso porque el cuadro que tenía en mente se extendía ante sus ojos y lo estaba viento.

—Podría tener muchos títulos —dijo—. Pero en el cuadro hay muchos parhelios y se me ocurre llamarlo *El camino de los parhelios*. Fue hace mucho tiempo, siete años, en el otoño de 1897, cuando vi a la mujer por primera vez. Yo tenía una canoa, una Peterborough muy buena, en el lago Lindeman. Llegué por el paso Chilkoot con dos mil cartas para Dawson. Era correo. Por entonces todos corrían en estampida hacia el Klondike. Había mucha gente en el camino. Muchos talaban árboles y construían barcas. Quedaba poco tiempo de agua, había nieve en el aire y sobre el suelo, hielo en el lago y en el río empezaban a helarse los remolinos. Cada día había más nieve, más hielo. Tal vez en un día, en tres, en seis o en cualquier momento caería por completo la helada y ya no habría más agua, todo sería hielo, todos tendrían que andar, y Dawson quedaba a poco menos de mil kilómetros, así que la caminata era larga. Las barcas eran más rápidas. Todos querían ir en barca. Todos me decían: «Charley, doscientos dólares si me llevas en tu canoa», «Charley, trescientos dólares», «Charley, cuatrocientos dólares». Yo decía que no. Siempre decía que no. Yo era correo.

»Por la mañana llegué al lago Lindeman. Había caminado durante toda la noche y estaba muy cansado. Hice el desayuno, me lo tomé y dormí tres horas sobre la playa. Me desperté. Eran las diez. Nevaba. Soplaba el viento, viento favorable y fuerte. Había una mujer sentada a mi lado, sobre la nieve. Era blanca y joven, muy guapa. Tendría veinte o veinticinco años. Me miró. Yo la miré. Estaba muy cansada. No era una bailarina. Eso lo vi enseguida. Era una buena mujer y estaba agotada.

»“Tú eres Charley el de Sitka”, me dice. Me levanto corriendo y recojo las mantas para que la nieve no se cuele dentro. “Voy a Dawson”, me dice. “Voy en tu canoa, ¿cuánto?”.

»Yo no quiero llevar a nadie en la canoa, pero no me gusta decirlo, así que le digo: “Mil dólares”. Lo digo por decir, para que la mujer no pueda venir conmigo. Es mejor que decir que no. Ella me mira fijamente y luego dice: “¿Cuándo sales?”. Yo digo que de inmediato. Ella contesta que está bien, que me dará mil dólares.

»¿Qué puedo hacer? No quiero llevar a la mujer, pero me he comprometido a llevarla por mil dólares. Estoy sorprendido. Puede ser que se ría de mí, así que le digo: “Quiero ver los mil dólares”. Y esa mujer, esa joven, totalmente sola en el camino, en medio de la nieve, saca mil dólares en billetes y me los entrega. Yo miro el dinero y la miro a ella. ¿Qué hago? Le

digo: “No, mi canoa es muy pequeña. No hay sitio para equipaje”. Se ríe y contesta: “Soy una gran viajera. Este es mi equipaje”. Golpea con el pie un fardo pequeño que está sobre la nieve. Son dos prendas de piel protegidas por una lona, con algunas prendas de mujer en el interior. Lo cojo. Pesará unos quince kilos. Me sorprende. Ella me lo quita y dice: “Venga, en marcha”. Mete el fardo en la canoa. ¿Qué puedo hacer? Meto mis mantas en la canoa y partimos.

»Así fue como vi a la mujer la primera vez. El viento soplaba a favor. Icé una pequeña vela. La canoa avanzaba rápido, volaba como un pájaro sobre las enormes olas. La mujer tenía mucho miedo. “¿Por qué vienes al Klondike si tienes miedo?”, pregunto. Ella se ríe de mí, pero sigue asustada. Además está muy cansada. Guío la canoa entre los rápidos hasta el lago Bennett. El agua está muy mal y la mujer grita porque tiene miedo. Navegamos el lago Bennett: nieve, hielo, vendaval, pero la mujer está tan cansada que se queda dormida.

»Esa noche acampamos en Windy Arm. La mujer se sienta junto a la hoguera y come. La miro. Es guapa. Se arregla el pelo. Tiene mucho pelo y es marrón, aunque a veces parece de oro a la luz de la hoguera, cuando mueve la cabeza y de ella se desprenden destellos como fuego dorado. Tiene los ojos grandes y marrones, a veces cálidos como una vela tras una cortina, a veces muy duros y brillantes como el hielo roto cuando el sol lo ilumina. Si sonríe, ¿cómo explicarlo?, si sonríe, sé que el hombre blanco querría besarla así, si sonríe. Nunca ha hecho trabajos duros. Tiene las manos delicadas como las de un bebé. Es delicada por todas partes, como los bebés. No es delgada, sino redonda como los bebés. Sus brazos, piernas y músculos son blandos y redondeados como los de los bebés. Tiene la cintura pequeña y, cuando se pone de pie, camina o mueve la cabeza o el brazo, es…, no sé la palabra, pero es agradable mirarla, como… Podría decir que su silueta es como la de una buena canoa, eso es, y cuando se mueve es como cuando una buena canoa se desliza sobre aguas mansas o cuando salta entre aguas bravas, rápidas y enfadadas. Verla es igual de bueno.

»¿Por qué viaja al Klondike sola y con tanto dinero? No lo sé. Al día siguiente pregunto. Ella se ríe y dice: “Charley el de Sitka, eso no es asunto tuyo. Te he dado mil dólares para que me lleves a Dawson. ¡Eso es lo único que te incumbe!”. Un día después de eso le pregunto cómo se llama. Se ríe y contesta: “Me llamo Mary Jones”. No sé su nombre, pero tengo claro que no se llama Mary Jones.

»Hace mucho frío en la canoa y por eso a veces no se encuentra bien. Cuando se siente bien, canta. Su voz es como la de una campanilla de plata y me siento tan bien como cuando entro en la iglesia de la misión de la Santa Cruz; si canta me siento fuerte y remo más y mejor. Entonces ella se ríe y dice: “¿Crees que llegaremos a Dawson antes de que el hielo se cierre por completo, Charley?”. A veces piensa en algo muy lejano porque sus ojos se quedan vacíos. No ve a Charley el de Sitka, ni el hielo ni la nieve. Está muy lejos. Está así a menudo, pensando en algo lejano, y algunas de esas veces no es agradable verla. Parece enfadada. Su cara es la de un hombre cuando quiere matar a otro hombre.

»El último día antes de llegar a Dawson es muy malo. Hielo permanente en los remolinos y hielo roto en la corriente. No puedo remar. El hielo bloquea la canoa. No puedo llegar a la orilla. Hay mucho peligro. Avanzamos Yukón abajo entre el hielo, empujados por la corriente. Esa noche hay mucho ruido de hielo. El hielo se para, la canoa se para, todo se para. “Vamos a la orilla”, dice la mujer. Yo digo que no, que es mejor esperar. Poco a poco vuelve a haber movimiento a favor de la corriente. Nieva mucho. No veo. A las once de la noche todo se para. A la una todo vuelve a empezar. A las tres se para. La canoa se hace añicos como la cáscara de un huevo, pero está sobre hielo y no puede hundirse. Oigo el aullido de los perros. Esperamos. Dormimos. Poco a poco llega la mañana. Ya no nieva. Todo se ha paralizado y ahí está Dawson. La canoa se ha roto y detenido justo frente a Dawson. Charley el de Sitka ha traído dos mil cartas con las últimas aguas posibles.

»La mujer alquiló una cabaña en la colina y no la vi durante una semana. Entonces, un día vino a verme. “Charley”, me dice, “¿te gustaría trabajar para mí? Viajarías conmigo, guiarías a mis perros y te ocuparías de los campamentos”. Yo le digo que gano mucho llevando cartas. Y ella contesta: “Charley, yo te pagaré más”. Le digo que los que hacen el trabajo más duro en las minas, cavando, ganan quince dólares al día. Ella responde: “Eso son cuatrocientos cincuenta dólares al mes»”. Y yo digo: “Charley el de Sitka no se dedica a cavar minas”. Entonces afirma: “Comprendo, Charley. Te pagaré setecientos cincuenta dólares al mes”. Como era un buen precio, acepté trabajar para ella. Compré perros y un trineo. Recorrimos el Klondike, Bonanza y Eldorado hasta el río Indian, el arroyo Sulphur y Dominion. Volvimos a cruzar la divisoria hacia Cauce de Oro y Demasiado Oro y de vuelta a Dawson. Durante todo ese tiempo, ella buscaba algo, y yo no sabía qué era. Me sentía desconcertado. “¿Qué buscas?”, pregunto. Ella se ríe.

“¿Buscas oro?”, pregunto. Ella se ríe y luego contesta: “No es asunto tuyo, Charley”. Ya no volví a preguntar.

»Tenía un revólver pequeño que llevaba al cinto. A veces, durante el camino, practicaba con el revólver. Un día me reí. “¿De qué te ríes, Charley?”, pregunta. “¿Por qué juegas con eso?”, le digo. “No sirve. Es muy pequeño. Es para un niño. Un juguete”. Al llegar a Dawson me pide que le compre un buen revólver. Le compro un Colt 44. Pesa mucho pero ella lo lleva siempre al cinto.

»El hombre llegó a Dawson. No sé de dónde vino. Solo sé que era un *chechaquo*, lo que vosotros llamáis un novato. Tenía las manos delicadas, como las de ella. Nunca había trabajado duro. Era delicado por todas partes. Al principio pensé que se trataba de su esposo, pero era demasiado joven. Además, por la noche preparaban dos camas. Él podría tener veinte años. Tenía los ojos azules y el pelo amarillo, y un pequeño bigote, también amarillo. Se llamaba John Jones. Podía ser su hermano. Yo no sabía. Ya no hacía preguntas. Pero creía que no se llamaba John Jones. Otros lo llamaban señor Girvan. Yo no creía que se llamase así. No creía que ella se llamase señorita Girvan, como la llamaban algunos. Creo que nadie sabía sus nombres.

»Una noche estaba durmiendo en Dawson y él me despertó. Me dice: “Prepara los perros. Nos vamos”». Yo ya no hago preguntas, así que preparo los perros y nos vamos. Nos dirigimos Yukón abajo. Es de noche, noviembre, y hace mucho frío, 54 °C bajo cero. Ella es delicada. Él es delicado. El frío es penetrante. Se cansan. Lloran en voz baja. Digo una y otra vez que es mejor parar y acampar. Pero ellos dicen que siguen. Tres veces digo que es mejor acampar y descansar, pero ellos insisten en seguir. Después ya no digo nada. Siempre, día tras día, es así. Son muy delicados. Están doloridos y llenos de ampollas. No entienden los mocasines y les duelen mucho los pies. Cojean, se tambalean como borrachos y lloran, pero siempre dicen: “¡Adelante! ¡Adelante! ¡Seguiremos adelante!”.

»Están locos. No se rinden, siempre adelante. ¿Por qué? No lo sé. No buscan oro. No hay estampida. Además, gastan mucho dinero. Pero yo ya no hago preguntas. Yo también sigo adelante, porque soy fuerte para el camino y me pagan muy bien.

»Llegamos a Circle City. Allí tampoco está lo que buscan. Creo que por fin descasaremos y dejaremos descansar a los perros. Pero no, no descansamos ni un día. “Venga”, le dice la mujer al hombre, “sigamos adelante”. Y seguimos adelante. Dejamos el Yukón. Cruzamos la divisoria al

oeste y nos adentramos en territorio Tanana. Allí hay nuevas excavaciones. Pero no encuentran lo que buscan y tomamos el camino de vuelta a Circle City.

»Es un viaje duro. Diciembre ya casi ha terminado. Los días son cortos. Hace mucho frío. Una mañana el termómetro marca casi 57 °C bajo cero. “Es mejor que no viajemos hoy”, les digo, “si no al respirar el aire entrará demasiado frío y penetrará en nuestros pulmones. Después tendremos tos seca y quizás en primavera llegue la neumonía”. Pero son *chechaquos*. No entienden el camino. Están cansados como muertos y sin embargo dicen: “Sigamos”. Seguimos. El frío les congela los pulmones y tienen tos de perro. Tosen hasta que las lágrimas corren por sus mejillas. Cuando frío el beicon, tienen que apartarse del fuego y se pasan media hora tosiendo en la nieve. Se les congelan un poco las mejillas, la piel se vuelve negra y se llena de úlceras. Al hombre también se le congela el pulgar y está a punto de caérsele, por lo que tiene que añadir otra capa al pulgar de la manopla para mantenerlo caliente. A veces, cuando la helada empeora y el pulgar se le enfría mucho, tiene que quitarse la manopla y meter la mano entre las piernas, junto a la piel, para que el pulgar entre en calor.

»Llegamos cojeando a Circle City e incluso yo, Charley el de Sitka, estoy cansado. Es Nochebuena. Bailo, bebo y me divierto porque al día siguiente es Navidad y descansaremos. Pero no. Son las cinco de la mañana del día de Navidad. Llevo dos horas durmiendo. El hombre se acerca a mi cama. “Venga, Charley”, me dice, “engancha los perros. Nos vamos”.

»Ya te he dicho que no hago preguntas. Me pagan setecientos cincuenta dólares al mes. Son mis jefes. Estoy a su servicio. Si me dicen: “Charley, venga, pongamos rumbo al infierno”, yo engancho los perros, hago restallar el látigo y pongo rumbo al infierno. Así que engancho los perros y nos dirigimos Yukón abajo. ¿A dónde? No me lo dicen. Solo dicen: “¡Adelante! ¡Adelante! ¡Siempre adelante!”.

»Están agotados. Han viajado más de mil kilómetros y no comprenden el camino. Además, tosen mucho, esa tos seca que hace jurar a los hombres fuertes y a los débiles llorar. Pero siguen adelante. Día tras día. No dejan descansar a los perros. Siempre compran perros nuevos. En cada campamento, factoría o aldea india desatan a los cansados y enganchan otros de refresco. Tienen mucho dinero, dinero sin fin, y lo gastan sin pensar. ¿Están locos? A veces creo que sí, porque hay un demonio en su interior que los obliga a seguir sin descanso. ¿Qué es lo que quieren encontrar? No es oro. Nunca excavan. Pienso mucho tiempo. Luego creo que buscan a un hombre.

Pero ¿a quién? Nunca lo vemos. Sin embargo, son como lobos que siguen a su presa. Aunque son lobos raros, delicados, crías que no comprenden el camino. Por la noche lloran en sueños. Gimen dormidos y se quejan de dolor y cansancio. De día, mientras se tambalean camino adelante, lloran en voz baja. Son unos lobos raros.

»Dejamos atrás Fort Yukón. Dejamos atrás Fort Hamilton. Dejamos atrás Minook. Enero ha llegado y casi se ha ido ya. Los días son muy cortos. Amanece a las nueve y anochece a las tres. Y hace frío. Incluso yo, Charley el de Sitka, estoy cansado. ¿Continuaremos así siempre, sin fin? No lo sé. Pero sigo el camino, buscando lo que quieren encontrar. Hay poca gente en el camino. En ocasiones recorremos ciento cincuenta kilómetros sin ver a nadie. Hay mucho silencio. Ni un sonido. A veces nieva y somos como fantasmas errantes. Otras veces está despejado y a mediodía el sol nos mira un momento sobre las colinas del sur. La aurora boreal llamea en el cielo, los parhelios bailan y el aire se llena de escarcha.

»Soy Charley el de Sitka, un hombre fuerte. Nací en el camino y llevo toda mi vida en él. Sin embargo, esas dos crías de lobo han conseguido cansarme. Estoy delgado como un gato hambriento y me alegro de acostarme por la noche. Por la mañana me siento aún más cansado. Pero siempre salimos al camino a oscuras, antes de que amanezca y la tiniebla de la noche nos encuentra aún en marcha. ¡Esas dos crías de lobo! Si yo estoy delgado como un gato hambriento, ellos lo están como gatos que nunca han comido y se han muerto. Tienen los ojos profundamente hundidos en las cuencas, a veces les brillan como si tuvieran fiebre y otras se ven apagados, nublados como los de los muertos. Las mejillas parecen las cuevas de un risco. Y están negras y en carne viva debido a las muchas veces que se han congelado. A veces es la mujer quien dice por la mañana: “No puedo levantarme. No puedo moverme. Déjame morir”. El hombre se pone de pie a su lado y responde: “Venga, vamos”. Y siguen adelante. Otras veces es el hombre quien no puede levantarse y la mujer le dice: “Venga, vamos”. Pero lo que hacen, y lo hacen siempre, es seguir adelante. Siempre siguen adelante.

»A veces, en las factorías, el hombre y la mujer reciben cartas. No sé lo que dicen las cartas. Pero es el rastro que siguen, esas cartas son el rastro. En una ocasión la carta la entrega un indio. Hablo con él en privado. Dice que la carta se la dio un hombre con un solo ojo, un hombre que viaja veloz Yukón abajo. Nada más. Pero sé que las crías de lobo van tras el hombre de un solo ojo.

»Es febrero y hemos recorrido casi dos mil quinientos kilómetros. Nos acercamos al mar de Bering y hay tormentas y ventiscas. El viaje es duro. Llegamos a Anvig. No lo sé pero creo que en Anvig reciben una carta porque están muy nerviosos y dicen: “Venga, sigamos adelante”. Yo digo que debemos comprar comida y ellos contestan que hay que viajar ligeros y veloces. También dicen que podemos conseguir comida en la cabaña de Charley McKeon. Entonces sé que van a seguir el gran atajo porque es allí donde vive Charley McKeon, donde la roca negra se alza junto al camino.

»Antes de partir hablo dos minutos con el sacerdote de Anvig. Sí, hay un hombre con un solo ojo que ha pasado por allí y que viaja veloz. Y sé que eso que buscan es el hombre de un solo ojo. Salimos de Anvig con poca comida y viajamos ligeros y veloces. Tenemos tres perros de refresco comprados en Anvig y avanzamos muy rápido. El hombre y la mujer están como locos. Salimos más temprano por las mañanas y viajamos hasta más tarde por las noches. A veces espero ver morir a esas dos crías de lobo, pero no mueren. Siguen adelante. Cuando la tos seca se apodera de ellos con fuerza, aprietan las manos contra el estómago, se doblan sobre la nieve y tosen, tosen sin parar. No pueden andar ni hablar. Tosen diez minutos, tosen media hora y luego se enderezan, con las lágrimas provocadas por la tos congeladas en sus rostros, y lo que dicen es: “Venga, vamos”.

»Incluso yo, Charley el de Sitka, estoy muy cansado y creo que setecientos cincuenta dólares es poco precio por el trabajo que hago. Tomamos el gran atajo y alguien lo ha recorrido hace poco. Las crías de lobo lo examinan y dicen: “Rápido”. Todo el tiempo dicen: “¡Rápido! ¡Más rápido! ¡Más rápido!”. Es duro para los perros. No tenemos mucha comida, no podemos darles suficiente para comer y cada vez están más débiles. Además, trabajan mucho. La mujer se compadece de ellos de verdad y a menudo, por ellos, se le llenan los ojos de lágrimas. Pero el demonio que la habita y que la empuja a avanzar no la deja detenerse para que los perros descansen.

»Entonces alcanzamos al hombre de un solo ojo. Está en la nieve junto al camino y tiene una pierna rota. Debido a la pierna, ha levantado el campamento como ha podido y lleva tres días tumbado en las mantas y manteniendo la hoguera encendida. Cuando lo encontramos no para de maldecir. Maldice como un loco. Nunca oí a nadie maldecir como aquel hombre. Me alegro. Ahora que encontramos lo que buscaban descansaremos. Pero la mujer dice: “¡En marcha! ¡Rápido!”.

»Estoy sorprendido. Pero el hombre de un solo ojo dice: “No os preocupéis por mí. Dadme vuestra comida. Mañana conseguiréis más en la cabaña de McKeon. Decidle a McKeon que venga a buscarme. Pero vosotros seguid”. Otro lobo, un lobo adulto y él también piensa solo en una cosa, seguir adelante. Le damos nuestra comida, que no es mucha, cortamos leña para su hoguera, cogemos sus perros más fuertes y seguimos. Dejamos al hombre de un solo ojo tumbado en la nieve y allí, en la nieve, murió, porque McKeon no fue a buscarlo. Quién era aquel hombre y por qué estaba allí, no lo sé. Pero creo que el hombre y la mujer le pagaban muy bien, como a mí, para que trabajara para ellos.

»Aquel día y aquella noche no tuvimos comida y durante todo el día siguiente viajamos veloces, débiles por el hambre. Entonces llegamos a la roca negra que se alza ciento cincuenta metros sobre el camino. El día terminaba. La oscuridad se acercaba y no pudimos encontrar la cabaña de McKeon. Dormimos con hambre y por la mañana buscamos la cabaña. No la vimos, lo que nos pareció raro porque todo el mundo sabía que McKeon vivía en una cabaña junto a la roca negra. Estábamos cerca de la costa, donde el viento sopla con fuerza y hay mucha nieve. Por todas partes había pequeñas colinas de nieve donde el viento la había apilado. Tengo una idea y excavo las colinas de nieve de una en una. Pronto encuentro las paredes de la cabaña y excavo hasta alcanzar la puerta. Entro. McKeon está muerto. Lleva muerto dos o tres semanas. Enfermó y no pudo salir de la cabaña. El viento y la nieve la cubrieron. Se terminó la comida y luego murió. Busqué su despensa pero la encontré vacía.

»“En marcha”, dijo la mujer. Sus ojos estaban hambrientos y llevaba la mano sobre el corazón, como si dentro le doliese algo. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás, como un árbol al viento, mientras estaba allí, de pie. “Sí, sigamos adelante”, dijo el hombre. Tenía la voz hueca, como el graznido de un cuervo viejo y estaba loco de hambre. Tenía los ojos al rojo vivo y su cuerpo se mecía de un lado a otro, como dentro se mecía su alma. Yo también dije: “Sigamos adelante”. Porque esa idea, lanzada sobre mí como un latigazo en cada kilómetro de los dos mil quinientos recorridos, se había marcado a fuego en mi alma y creo que yo también estaba loco. Además, solo podíamos seguir adelante porque no teníamos comida. Continuamos, sin pensar en el hombre de un solo ojo que quedaba en la nieve.

»Pocos siguen el gran atajo. A veces pasan dos o tres meses sin que nadie lo recorra. La nieve había cubierto el camino y ninguna señal indicaba que alguien hubiese pasado por allí. Durante todo el día sopló el viento y nevó, y

nosotros viajamos mientras el hambre nos consumía y nuestros cuerpos se debilitaban a cada paso que dábamos. Empezó a caerse la mujer. Después el hombre. Yo no me caía, pero me pesaban los pies y muchas veces tropezaba e iba a trompicones.

»Esa noche es la última de febrero. Mato tres perdices nivales con el revólver de la mujer y recuperamos parte de nuestras fuerzas. Pero los perros no tienen para comer. Intentan comerse el arnés, que es de cuero y piel de morsa, y tengo que apartarlos con un palo y colgar el arnés de un árbol. Aúllan y se pelean durante toda la noche alrededor del árbol. Pero no nos importa. Dormimos como muertos y por la mañana nos levantamos como muertos que acaban de abandonar sus tumbas para seguir el camino.

»Esa mañana es la primera de marzo y esa mañana veo la primera señal de eso que buscan las crías de lobo. El tiempo está despejado y hace frío. El sol se queda más tiempo en el cielo, los parhelios brillan a cada lado y la escarcha destella en el aire. Ya no nieva en el camino y veo el rastro fresco de unos perros y un trineo. Con ellos va un hombre y la nieve me dice que no tiene muchas fuerzas. Él tampoco come bien. Las crías de lobo ven el rastro y se ponen muy nerviosas. "¡Rápido!", dicen. Todo el tiempo dicen: "¡Rápido! ¡Más rápido, Charley, más rápido!".

»Ya no avanzamos como antes. El hombre y la mujer se caen continuamente. Cuando intentan subir al trineo, los perros están demasiado débiles y son ellos los que caen. Además, hace tanto frío que si van en el trineo se congelarán. Un hombre hambriento se congela enseguida. Cuando la mujer se cae, el hombre la ayuda a levantarse. A veces es la mujer quien ayuda al hombre. Luego ya se caen los dos, no pueden levantarse, y soy yo quien tiene que ayudarlos o no se levantarán y morirán en la nieve. Es un trabajo muy duro porque estoy agotado y también tengo que guiar a los perros, y el hombre y la mujer pesan mucho cuando no hay fuerza en sus cuerpos. Por eso llega un momento en el que yo también me caigo, pero no hay nadie que me ayude a levantarme. Tengo que levantarme solo. Siempre me levanto solo, los ayudo a ellos y hago que los perros continúen.

»Esa noche cazo una perdiz y todos tenemos mucha hambre. Y esa noche el hombre me dice: "¿A qué hora salimos mañana, Charley?". Su voz es la de un fantasma. Yo contesto: "Siempre hemos salido a las cinco". "Mañana", me dice, "saldremos a las tres". Me río con amargura y digo: "Morirás". Y él: "Mañana saldremos a las tres".

»Salimos a las tres porque estoy a su servicio y hago lo que me dicen. Está despejado y hace frío, no sopla el viento. Cuando amanece vemos un

camino muy largo por delante de nosotros. Todo está en silencio. Solo se oye el latir de nuestros corazones y, en medio de tanto silencio, se oye muy fuerte. Somos como los que caminan dormidos, y caminamos dormidos hasta que nos caemos. Entonces sabemos que debemos levantarnos y volvemos a ver el camino y oímos el latir de nuestros corazones. A veces, cuando camino en sueños de esa forma, pienso cosas extrañas. ¿Por qué vive Charley el de Sitka?, me pregunto. ¿Por qué trabaja tanto Charley el de Sitka y pasa hambre y sufre tanto dolor? Por setecientos cincuenta dólares al mes, me respondo, y sé que es una respuesta necia. Aunque también es la verdad. Después de eso nunca volví a preocuparme por el dinero. Ese día aprendí algo importante. La luz brillaba y lo vi con claridad: supe que el hombre no debe vivir por el dinero, sino por una felicidad que nadie puede regalar, comprar o vender y que supera el valor de todo el dinero del mundo.

»Por la mañana llegamos al último campamento de noche del hombre que nos precede. Es pobre, de los que hacen quienes tienen hambre y están sin fuerzas. Sobre la nieve hay trozos de manta y de lona y sé lo que ha ocurrido. Sus perros se han comido el arnés y él ha hecho otro con las mantas. El hombre y la mujer miran fijamente lo poco que hay que ver y, cuando yo los miro a ellos, siento un frío en la espalda, como si un viento helado soplara directamente sobre mi piel. Sus ojos son los de quien se ha vuelto loco por el esfuerzo y el hambre, brasas que arden al rojo vivo, hundidos en lo más profundo de sus cuencas. Sus rostros son los de quien ha muerto de hambre y las mejillas negras con la carne muerta de muchas congelaciones. “Sigamos adelante”, dice el hombre. Pero la mujer tose y cae sobre la nieve. Es la tos seca que provoca la helada en los pulmones. Tose mucho tiempo y luego, como una mujer que se arrastra para salir de su tumba, se arrastra y se pone en pie. Las lágrimas se han vuelto hielo sobre sus mejillas y hace mido al respirar, pero dice: “Sigamos adelante”.

»Y seguimos adelante. Caminamos en sueños atravesando el silencio. Cada vez que andamos, soñamos y no sentimos dolor; y cuando caemos, nos despertamos y vemos la nieve y las montañas y el rastro reciente del hombre que nos precede, y sentimos todo el dolor. Llegamos a un punto desde el que se ve a lo lejos y aquello que buscan surge ante ellos. A kilómetro y medio de distancia se ven puntos negros sobre la nieve. Los puntos negros se mueven. Se me nublan los ojos y tengo que esforzarme mucho para ver. Veo un hombre con perros y un trineo. Las crías de lobo también lo ven. Ya no pueden caminar, pero susurran: “¡Adelante, adelante! ¡Démonos prisa!”.

»Se caen pero siguen adelante. Al hombre que nos precede se le rompe a menudo el arnés hecho de mantas y debe pararse a arreglarlo. Nuestro arnés está bien porque todas las noches lo he colgado de un árbol. A las once el hombre se encuentra a menos de un kilómetro. A la una, a menos de medio. Está muy débil. Lo vemos caer muchas veces sobre la nieve. Uno de sus perros ya no puede seguir y él lo desata del arnés. Pero no lo mata. Yo lo mato con el hacha al pasar, como mato a cualquiera de los míos si se rompen las patas y no pueden seguir viajando.

»Ya estamos a trescientos metros. Vamos muy despacio. Es posible que recorrer un kilómetro nos lleve dos horas o más. No caminamos. Nos caemos todo el rato. Nos levantamos, damos dos o tres pasos tambaleándonos y caemos otra vez. Y siempre debo ayudar al hombre y a la mujer a levantarse. A veces se ponen de rodillas y caen hacia delante cuatro o cinco veces antes de levantarse por completo, tambalearse dos o tres pasos y caer. Pero siempre caen hacia delante. De pie o de rodillas, siempre caen hacia delante, avanzando el largo de sus cuerpos.

»A veces van a cuatro patas, como los animales que viven en el bosque. Avanzamos como caracoles, como caracoles moribundos, así de despacio. Pero vamos más rápido que el hombre que nos precede. Porque él también se cae continuamente y no tiene a Charley el de Sitka para que lo levante. Ahora está a cien metros. Después de mucho tiempo, lo tenemos a cien metros.

»La imagen es graciosa. Tanto que tengo ganas de reírme, ¡ja, ja!, así, en voz alta. Es una carrera de hombres y perros muertos. Es como cuando en una pesadilla corremos para salvar la vida pero vamos muy despacio. El hombre que va conmigo está loco. La mujer está loca. Yo estoy loco. El mundo está loco y quiero reírme porque me hace gracia.

»El desconocido que nos precede deja atrás a sus perros y continúa solo. Al cabo de un rato llegamos a los perros. Yacen indefensos sobre la nieve, con el arnés de mantas y lona sobre ellos y el trineo detrás; cuando pasamos a su lado gimen y lloran como niños hambrientos.

»Nosotros también dejamos a los perros y seguimos solos. El hombre y la mujer están a punto de desmayarse y gimen, se quejan y sollozan, pero siguen adelante. Yo también. Solo pienso en una cosa: llegar hasta el desconocido. Entonces descansaré, aunque no hasta entonces, y estoy tan cansado que creo que dormiré mil años.

»El desconocido está a cincuenta metros, solo en medio de la nieve blanca. Cae, se levanta como puede, se tambalea, cae y vuelve a levantarse. Es como un animal malherido que intenta huir del cazador. Acaba por seguir

a cuatro patas. Ya no se pone de pie. El hombre y la mujer tampoco. Ellos también van a cuatro patas. Yo no. A veces me caigo, pero siempre vuelvo a levantarme.

»Es una imagen curiosa. Nos rodean la nieve y el silencio y en medio se arrastran el hombre, la mujer y el desconocido que nos precede. A cada lado del sol, los parhelios, de modo que hay tres soles en el cielo. La escarcha parece polvo de diamante y el aire está lleno de ella. La mujer tose y se tumba en la nieve hasta que se le pasa el ataque, entonces vuelve a gatear. El hombre mira adelante, pero ve borroso como los viejos y tiene que frotarse los ojos para distinguir al desconocido. El desconocido mira por encima del hombro. Y Charley el de Sitka, que está de pie, cae y vuelve a levantarse.

»Al cabo de un tiempo el desconocido ya no avanza. Despacio, se pone de pie y se tambalea hacia delante y hacia atrás. También se quita una manopla y aguarda con el revólver en la mano sin dejar de tambalearse. Su rostro solo es piel y huesos, y está negro debido a la congelación. Es la cara de un hambriento. Los ojos hundidos en las cuencas y los labios agresivos, como si fuesen a gruñir. El hombre y la mujer también se ponen de pie y avanzan muy despacio hacia él. Alrededor solo nieve y silencio. En el cielo hay tres soles y el aire destella debido al polvo de diamante.

»Así fue como yo, Charley el de Sitka, presencié cómo las crías de lobo mataban a su presa. Nadie dice una palabra. Solo el desconocido gruñe con su rostro hambriento. También se balancea con los hombros encorvados, las rodillas dobladas y las piernas abiertas para no caerse. El hombre y la mujer se detienen a unos quince metros. Ellos también mantienen las piernas muy abiertas para no caerse y sus cuerpos se tambalean. El desconocido está muy débil. Le tiembla el brazo, así que cuando le dispara al hombre la bala se hunde en la nieve. El hombre no puede sacarse la manopla. El desconocido le dispara otra vez y entonces la bala pasa de largo. El hombre sujeta la manopla entre los dientes y se la quita. Pero tiene la mano congelada y no puede sujetar el revólver, que cae sobre la nieve. Miro a la mujer. Se ha quitado la manopla y tiene en la mano el Colt. Dispara tres veces seguidas, sin inmutarse. La cara hambrienta del desconocido sigue gruñendo mientras cae hacia adelante en la nieve.

»No miran al muerto. “Sigamos adelante”, dicen. Y seguimos adelante. Pero ahora que han encontrado lo que buscaban, parecen muertos. Se han quedado sin fuerzas. Ya no se mantienen en pie. No se arrastran, solo desean cerrar los ojos y dormir. No lejos, veo un lugar donde acampar. Les doy patadas. Conservo el látigo y les doy con él. Gritan, pero tienen que moverse.

Se arrastran hasta el lugar de acampada. Enciendo una hoguera para que no se congelen. Luego vuelvo a buscar el trineo. Mato a los perros del desconocido para tener comida y no morirnos de hambre. Envuelvo al hombre y a la mujer con las mantas y se duermen. A veces los despierto para que coman un poco. No están conscientes, pero comen. La mujer duerme un día y medio. Luego se despierta y vuelve a dormir. El hombre duerme dos días, se despierta y se duerme otra vez. Después llegamos hasta la costa, hasta St. Michael. Y cuando el hielo se va del mar de Bering, el hombre y la mujer se marchan en un barco de vapor. Pero antes me pagan los setecientos cincuenta dólares por mes. Además, me regalan mil dólares. Y ese fue el año que Charley el de Sitka dio mucho dinero a la misión de la Santa Cruz.

—Pero ¿por qué mataron al hombre? —pregunté.

Charley el de Sitka demoró la respuesta hasta haber encendido la pipa. Miró la ilustración de la *Police Gazette* y asintió con la cabeza, como si estuviera familiarizado con ella.

—Lo he pensado mucho. No lo sé. Pero es lo que ocurrió. Es una escena que recuerdo Es como mirar por la ventana y ver al hombre que escribe una carta. Llegaron a mi vida y la abandonaron, y la escena, como te dije, no tiene principio y no entiendo el final.

—Has pintado muchos cuadros mientras la contabas —dije.

—Sí —asintió con la cabeza—. Pero no tenían ni principio ni final.

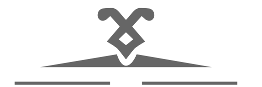
—El último cuadro tenía final —afirmé.

—Sí —respondió—. Pero ¿qué final?

—Era un pedazo de vida —dije.

—Sí —contestó—. Era un pedazo de vida.

[1905]



La forma de hacer las cosas del hombre blanco

«COCINAR EN TU LUMBRE y pasar la noche bajo tu tejado», dije al entrar en la cabaña del anciano Ebbits, quien me miró con ojos nublados e inexpresivos, mientras Zilla me honraba con un gesto avinagrado y un gruñido despectivo. Zilla era su esposa y en todo el Yukón no había una anciana india más implacable y de lengua más afilada. Tampoco habría parado allí si mis perros hubieran estado menos cansados o si el resto de la aldea hubiese estado habitada. Pero aquella era la única cabaña que encontré ocupada, así que me vi obligado a buscar refugio en ella.

De vez en cuando el anciano Ebbits lograba desenredar la maraña de su lucidez y a sus ojos asomaban atisbos y destellos de inteligencia. En varias ocasiones durante la preparación de mi cena incluso intentó indagar de forma hospitalaria sobre mi salud, el estado y número de mis perros y la distancia que había recorrido aquel día. Cada vez Zilla se mostraba más avinagrada y gruñía con mayor desprecio.

Sin embargo, confieso que no tenían motivos para sentirse contentos. Allí estaban los dos, encogidos junto a la lumbre, al final de sus días, viejos, marchitos e inútiles, torturados por el reumatismo, corroídos por el hambre y atormentados por el olor a frito de mi abundancia de carne. Se acunaban hacia delante y hacia atrás en un movimiento lento y desesperado, y una vez cada cinco minutos Ebbits dejaba escapar un gemido. No era tanto un gemido de dolor como de cansancio por sufrir. Lo oprimían el peso y el tormento de eso que llamamos vida, pero aún más lo oprimía el miedo a la muerte. La suya era esa tragedia eterna de los ancianos que han perdido la alegría de vivir y no han ganado el instinto de la muerte.

Cuando mi carne de alce chisporroteó escandalosamente en la sartén, vi que los orificios nasales del anciano Ebbits se contraían y se hinchaban al percibir el aroma a comida. Dejó de mecerse un tiempo y olvidó gemir, mientras a su rostro pareció asomar un gesto de comprensión.

Por el contrario, Zilla se meció más rápidamente y, por primera vez, expresó su dolor por medio de una especie de aullidos agudos. Me pareció que se comportaban como los perros hambrientos y no me habría extrañado demasiado si a Zilla le hubiese crecido de repente un rabo con el que dar golpes en el suelo al estilo perruno. A Ebbits se le caía la baba y a menudo dejaba de mecerse para inclinarse hacia delante y acercar su temblorosa nariz a la fuente de tanto entusiasmo gustativo.

Cuando les pasé un plato de carne frita a cada uno se la comieron con glotonería, haciendo mucho ruido al masticar, al morder con los dientes gastados, al succionar para inspirar, todo acompañado de continuos balbuceos y murmullos. Después, cuando les pasé una taza de té hirviendo, los ruidos cesaron. En sus rostros se dibujaron alivio y contento. Zilla relajó su boca avinagrada el tiempo suficiente para suspirar de satisfacción. Ambos dejaron de mecerse y parecieron entregarse a una plácida meditación. Luego los ojos de Ebbits se humedecieron y supe que había caído en la autocompasión. El registro necesario para encontrar sus pipas me indicó claramente que llevaban mucho tiempo sin tabaco y el ansia del anciano por el narcótico lo incapacitó por completo, de manera que me vi obligado a encenderle la pipa.

—¿Por qué estáis solos en la aldea? —pregunté—. ¿Han muerto todos? ¿Ha habido una epidemia? ¿Solo quedáis vosotros?

El anciano Ebbits negó con la cabeza y dijo:

—No, no ha habido epidemia. Los de la aldea se han ido a cazar. Nosotros somos viejos, nuestras piernas no son fuertes ni pueden nuestras espaldas soportar la carga del campamento y el camino. Por eso esperamos aquí a que los jóvenes vuelvan y traigan carne.

—¿Qué importa que los jóvenes traigan carne? —preguntó Zilla en tono áspero.

—Podrían traer mucha carne —dijo él con voz temblorosa y llena de esperanza.

—Aun así, aunque sea mucha —continuó ella, más avinagrada que antes —. ¿De qué nos sirve a ti y a mí? A nosotros nos darán algunos huesos que roer, pero la grasa de la espalda, los riñones y las lenguas, eso irá a otras bocas, no a las nuestras, viejo.

Ebbits asintió con la cabeza y lloró en silencio.

—No hay nadie que cace para nosotros —gritó ella, girándose violentamente hacia mí.

Su actitud resultaba acusadora y yo me encogí de hombros como muestra de que no era culpable del delito desconocido que se me imputaba.

—Debes saber, hombre blanco, que es por culpa de los tuyos, por culpa de todos los hombres blancos, que mi hombre y yo no tenemos carne en nuestra vejez y nos sentamos al frío, sin tabaco.

—No —dijo Ebbits muy serio, con un sentido de la justicia más estricto —. Es verdad que nos han hecho mal, pero los hombres blancos no querían hacerlo.

—¿Dónde está Moklan? —preguntó ella—. ¿Dónde está tu hijo Moklan *el Fuerte*, y el pescado que siempre traía para que comieras?

El anciano negó con la cabeza.

—¿Y dónde está Bidarshik, tu otro hijo fuerte? Siempre fue un gran cazador y siempre te traía la mejor grasa de la espalda y las lenguas secas más dulces de los alces y los caribúes. Ya no veo grasa de la espalda ni lenguas secas y dulces. Los días pasan y tu estómago está lleno de vacío y quien te da de comer es un hombre de ese pueblo miserable y mentiroso.

—No —dijo, amable, el anciano Ebbits—. El pueblo del hombre blanco no es mentiroso. El hombre blanco dice la verdad. El hombre blanco siempre dice la verdad. —Se detuvo, intentando encontrar las palabras con las que moderar la dureza de lo que estaba a punto de decir—. Pero el hombre blanco dice la verdad de una forma distinta. Hoy dice la verdad de una forma, mañana dice la verdad de otra y no es posible entenderlo, ni a él ni su forma de hacer las cosas.

—Decir hoy la verdad de una forma y mañana de otra es lo mismo que mentir —sentenció Zilla.

—No hay quien entienda al hombre blanco —perseveró Ebbits.

La carne, el té y el tabaco parecían haberle devuelto la vida y retenía con más fuerza las ideas tras su mirada nublada. Se irguió un poco. Su voz perdió el matiz lastimero y quejumbroso y se volvió más fuerte y segura. Se dirigió a mí con dignidad y me habló como a un igual.

—Los ojos del hombre blanco no están cerrados —empezó—. El hombre blanco lo ve todo, piensa mucho y es sabio. Pero el hombre blanco de un día no es el mismo del día siguiente, y no hay quien lo entienda. No siempre hace las cosas de la misma forma. Y nadie sabe de qué forma las hará la siguiente vez. El indio siempre hace las cosas de la misma forma. El alce siempre baja de las montañas en invierno. El salmón siempre viene en primavera cuando no hay hielo en el río. Todos hacen las cosas de la misma forma y el indio lo sabe y lo entiende. Pero el hombre blanco no lo hace todo de la misma forma y el indio ni lo sabe ni lo entiende.

»El tabaco es muy bueno. Es comida para el hambriento. Hace más fuerte al fuerte y al enfadado olvidar su enfado. Además, el tabaco es valioso. Es muy valioso. El indio entrega un salmón grande por una hoja de tabaco y mastica el tabaco durante mucho tiempo. Lo bueno es el jugo del tabaco. Cuando desciende por su garganta hace que se sienta bien por dentro. ¡Pero el hombre blanco! Cuando su boca se llena de ese jugo, ¿qué hace? Ese jugo, ese jugo tan valioso, lo escupe en la nieve, donde se pierde. ¿Al hombre blanco le gusta el tabaco? No lo sé. Pero si le gusta, ¿por qué escupe lo más valioso para que se pierda en la nieve? Es una gran estupidez y no se entiende.

Se calló, dio una calada a la pipa, se dio cuenta de que se había apagado y se la pasó a Zilla, que borró de sus labios la mueca de desdén hacia el hombre blanco para fruncirlos alrededor de la boquilla. Ebbits parecía entregarse a su senilidad sin haber terminado de contar su historia y yo pregunté:

—¿Qué pasó con tus hijos, Moklan y Bidarshik? ¿Y por qué tú y tu anciana esposa estáis sin carne al final de vuestros días?

Se despertó como si saliera de un sueño e hizo un esfuerzo por enderezarse.

—Robar no es bueno —dijo—. Cuando el perro coge tu carne tú lo golpeas con un palo. Esa es la ley. Es la ley que el hombre le dio al perro y el perro debe respetarla o sufrirá el dolor del palo. Cuando el hombre coge tu carne o tu canoa o tu esposa tú matas al hombre. Esa es la ley y es buena. No es bueno robar, por lo que la ley dice que el hombre que roba debe morir. Quien no respeta la ley merece sufrir. Morir es un gran sufrimiento.

—Pero, si matas al hombre, ¿por qué no matas al perro? —pregunté.

El anciano Ebbits me miró con el asombro de un niño mientras Zilla se reía abiertamente de lo absurdo de mi pregunta.

—Es la forma de hacer las cosas del hombre blanco —dijo Ebbits entre dientes con aire de resignación.

—Es la estupidez del hombre blanco —soltó Zilla.

—Pues permite que el anciano Ebbits enseñe su sabiduría al hombre blanco —dije suavemente.

—No se mata al perro porque debe tirar del trineo del hombre. Ningún hombre tira del trineo de otro hombre, por eso se mata al hombre.

—Oh —murmuré.

—Esa es la ley —continuó el anciano Ebbits—. Escucha, hombre blanco, y te contaré una estupidez enorme. Hay un indio que se llama Mobits. Roba un kilo de harina al hombre blanco. ¿Qué hace el hombre blanco? ¿Pega a

Mobits? No. ¿Mata a Mobits? No. ¿Qué le hace a Mobits? Te lo contaré, hombre blanco. Tiene una casa. Mete a Mobits en esa casa. El tejado es bueno, las paredes son gruesas. Enciende un fuego para que Mobits se caliente. Le da a Mobits comida de sobra. Buena comida. En toda su vida comió Mobits una comida tan buena. Hay beicon, pan y alubias sin límite. Mobits se lo pasa muy bien.

»Hay un gran candado en la puerta para que Mobits no huya. Eso también es una estupidez. Mobits no va a huir. En ese sitio siempre hay comida de sobra, mantas secas y un gran fuego. Huir sería una estupidez. Mobits no es estúpido. Mobits se queda tres meses en ese sitio. Ha robado un kilo de harina y por eso el hombre blanco lo cuida muy bien. Mobits ha comido muchos kilos de harina, de azúcar, de beicon y de alubias. Además, Mobits ha bebido mucho té. Después de tres meses el hombre blanco abre la puerta y le dice a Mobits que debe irse. Mobits no quiere irse. Es como un perro al que se da de comer mucho tiempo en el mismo sitio. Quiere quedarse en ese sitio y el hombre blanco tiene que echar a Mobits de allí. Así que Mobits regresa a la aldea y está muy gordo. Esa es la forma de hacer las cosas del hombre blanco y no hay quien lo entienda Es una estupidez, una gran estupidez.

—Pero ¿y tus hijos? —insistí—. ¿Tus hijos fuertes y tu hambre en la vejez?

—Tenía a Moklan —empezó Ebbits.

—Un hombre fuerte —interrumpió la madre—. Podía remar todo un día y toda una noche sin pararse a descansar. Conocía la forma de hacer las cosas del salmón y del agua. Sabía mucho.

—Tenía a Moklan —repitió Ebbits, ignorando la interrupción—. En primavera se fue Yukón abajo con los jóvenes para comerciar en Cambell Fort. Allí hay una factoría llena de bienes del hombre blanco y un factor que se llama Jones. Además, hay un chamán del hombre blanco, al que llaman misionero. También hay malas aguas en Cambell Fort, donde el Yukón se vuelve delgado como una doncella y el agua corre veloz, las corrientes fluyen en esta dirección y en aquella, para luego juntarse, y hay remolinos y turbulencias, las comentes y la superficie del agua siempre cambian, por lo que nunca es igual. Moklan es mi hijo y es un hombre valiente…

—¿No era mi padre un hombre valiente? —preguntó Zilla.

—Tu padre era un hombre valiente —concedió Ebbits con el tono de quien quiere mantener la paz en casa a cualquier precio—. Moklan es tu hijo y el mío, por eso es valiente. Tal vez, debido a la valentía de tu padre, Moklan

sea demasiado valiente. Es como cuando se echa demasiada agua en un cazo, que sale por fuera. Así en Moklan había mucha valentía y salía por fuera.

»Los jóvenes tienen miedo de las aguas malas de Cambell Fort. Moklan no. Se ríe con fuerza, ¡jo, jo!, sigue adelante y entra en las aguas. Pero la canoa vuelca donde las corrientes se juntan. Un remolino atrapa a Moklan por las piernas y él gira y gira, se hunde y no lo ven más.

—¡Ay! ¡Ay! —gimió Zilla—. Era astuto y muy sabio, mi primogénito.

—Yo soy el padre de Moklan —dijo Ebbits, tras haber permitido, con paciencia, que la mujer se expresara—. Subo a mi canoa y viajo hasta Cambell Fort para cobrar la deuda.

—¿La deuda? —interrumpí—. ¿Qué deuda?

—La de Jones, el factor jefe —fue la respuesta—. Esa es la ley del viaje en un territorio desconocido.

Negué con la cabeza como muestra de mi ignorancia y Ebbits me miró con compasión mientras Zilla se reía con su desprecio habitual.

—Escucha, hombre blanco —dijo el anciano—. En tu campamento hay un perro que muerde. Cuando el perro muerde a un hombre, le ofreces un regalo a ese hombre porque lo sientes y porque el perro es tuyo. Lo compensas. ¿No es así? Igualmente, si en tu territorio hay mala caza o malas aguas, tienes que compensar. Es lo justo. Es la ley. ¿Acaso el hermano de mi padre no fue a territorio tanana y allí lo mató un oso? ¿Y no pagó la tribu tanana a mi padre muchas mantas y pieles buenas? Era lo justo. Era mala caza y los tanana pagaron por ella.

»Así yo, Ebbits, viajé hasta Cambell Fort para cobrar la deuda. Jones, el factor jefe, me miró y se rió. Se rió mucho y no quiso pagar. Acudí al chamán, al que llaman misionero, y hablé mucho con él sobre las aguas malas y el pago que debería ser mío. Y el misionero me habló de otras cosas. Habló del lugar al que Moklan había ido, ya muerto. Allí habrá grandes hogueras y, si el misionero dijo la verdad, sé que Moklan no volverá a tener frío. El misionero también habló del sitio al que iré cuando esté muerto. Dijo cosas malas. Dijo que estoy ciego. Lo que es mentira. Dijo que vivo en una gran oscuridad. Que es mentira. Yo dije que para todos llega el día y luego la noche y que en mi aldea no hay más oscuridad que en Cambell Fort. También dije que la oscuridad, la luz y a donde vamos cuando morimos son cosas distintas al pago de una deuda justa por las aguas malas. Entonces el misionero se enfadó mucho y me llamó nombres malos de oscuridad y me dijo que me fuera. Así volví de Cambell Fort sin que me pagaran, y Moklan está muerto y en mi vejez no tengo pescado ni carne.

—Por culpa del hombre blanco —dijo Zilla.

—Por culpa del hombre blanco —coincidió Ebbits—. Y otras cosas por culpa del hombre blanco. Tenía a Bidarshik. El hombre blanco lo trató de una forma, pero por lo mismo trató de forma distinta a Yamikan. Antes debo hablarte de Yamikan, que era un joven de esta aldea que por casualidad mató a un hombre blanco. No es bueno matar a un hombre de otro pueblo. Siempre hay grandes problemas. No fue culpa de Yamikan que matase al hombre blanco. Yamikan siempre decía palabras buenas y huía de la ira como un perro huye de un palo. Pero aquel hombre blanco bebió mucho whisky y por la noche fue a casa de Yamikan y quiso pelear. Yamikan no puede huir y el hombre blanco intenta matarlo. Yamikan no quiere morir, así que mata al hombre blanco.

»Entonces toda la aldea tiene problemas. Nos da miedo tener que pagar mucho a la gente del hombre blanco y escondemos nuestras mantas, nuestras pieles y toda nuestra riqueza para que parezca que somos pobres y podemos pagar poco. Tras mucho tiempo llegan los hombres blancos. Son soldados y se llevan a Yamikan. Su madre grita mucho y se cubre el pelo con ceniza porque sabe que Yamikan está muerto. Toda la aldea sabe que Yamikan está muerto y se alegra de que no pidan un pago.

»Eso es en primavera, cuando ya no hay hielo en el río. Pasa un año. Pasan dos. Vuelve a ser primavera y no hay hielo en el río. Y entonces Yamikan, que está muerto, vuelve a nosotros y no está muerto, sino muy gordo, y sabemos que ha dormido siempre bien abrigado y ha tenido comida de sobra. Tiene mucha ropa buena y parece un hombre blanco. Ha aprendido tantas cosas que muy pronto se convierte en el jefe de la aldea.

»Cuenta cosas raras sobre la forma de hacer del hombre blanco porque ha visto mucho de él y ha viajado a su país. Primero, los soldados lo llevan río abajo mucho tiempo. Todo el rato río abajo hasta el final, donde acaba en un lago que es más grande que toda la tierra y tan grande como el cielo. Yo no sabía que el Yukón era tan grande, pero Yamikan lo ha visto con sus propios ojos. Yo no creía que haya un lago más grande que la tierra y tan grande como el cielo, pero Yamikan lo ha visto. También me dice que las aguas de ese lago son saladas, lo que es muy raro y no hay quien lo entienda.

»Pero el hombre blanco ya conoce todas esas maravillas, así que no lo cansaré contándoselas. Solo contaré lo que le ocurrió a Yamikan. El hombre blanco da mucha comida a Yamikan, que come sin parar, pero siempre hay más. El hombre blanco vive bajo el sol, eso dice Yamikan, donde hay calor y los animales no tienen pieles con pelo largo como aquí, y las cosas verdes

crecen grandes y fuertes y se convierten en harina, alubias y patatas. Bajo el sol nunca hay hambre. Siempre mucha comida. Yo no lo sé. Lo dice Yamikan.

»Lo raro que le pasó a Yamikan es que el hombre blanco nunca le hizo daño. Solo le dan una cama abrigada de noche y mucha comida buena. Lo llevan al otro lado del lago salado que es grande como el cielo. Va en el barco de fuego del hombre blanco, lo que llaman barco de vapor, aunque el suyo es veinte veces más grande que los del Yukón. Además, está hecho de hierro, pero no se hunde. Eso no lo entiendo, pero Yamikan ha dicho: "Yo viajé hasta muy lejos en el barco de hierro y, ¡mirad!, sigo vivo". Es un barco de soldados del hombre blanco y en el van muchos soldados.

»Tras muchos sueños de viaje, mucho, mucho tiempo, Yamikan llega a una tierra donde no hay nieve. Eso no lo creo. No forma parte de la naturaleza que cuando llega el invierno no haya nieve. Pero Yamikan ha visto. También he preguntado al hombre blanco y ha dicho que sí, que no hay nieve en ese territorio. Pero yo no puedo creerlo y te pregunto a ti si en ese territorio nunca hay nieve. Y quiero oír cómo se llama. Ya lo he oído antes, pero si lo oigo otra vez y es el mismo, sabré si he oído una mentira o una verdad.

El anciano Ebbits me miró con anhelo. Quería saber la verdad a cualquier precio, aunque en el fondo deseaba conservar su fe en esa maravilla que nunca había visto.

—Sí —respondí—, lo que has oído es verdad. No hay nieve en ese territorio y se llama California.

—California —masculló dos o tres veces mientras escuchaba con atención el sonido de las sílabas que salían de sus labios. Hizo un gesto de confirmación con la cabeza—. Sí, es el mismo territorio del que habló Yamikan.

La aventura de Yamikan era de las que podían ocurrir durante los primeros tiempos, cuando Alaska pasó a ser propiedad de Estados Unidos. Un caso de asesinato que hubiese tenido lugar antes de la instauración de la ley territorial y sus representantes bien podría haberse trasladado hasta Estados Unidos para que lo juzgase un tribunal federal.

—Cuando Yamikan está en esa tierra sin nieve —continuó el anciano Ebbits—, lo llevan a una casa grande donde muchos hombres hablan sin parar. Hablan mucho tiempo. Hacen muchas preguntas a Yamikan. Al final dicen a Yamikan que no tiene más problemas. Yamikan no entiende porque nunca tiene problemas. Siempre le han dado un lugar caliente para dormir y mucha comida.

»Pero después le dan una comida mucho mejor y dinero, y lo llevan a muchos sitios del país del hombre blanco, y ve muchas cosas extrañas que Ebbits no puede entender porque es un anciano y no ha viajado mucho. Después de dos años, Yamikan vuelve a la aldea y se convierte en jefe, muy sabio, hasta que muere.

»Pero antes de morir se sienta muchas veces a mi hoguera y habla de las cosas raras que ha visto. Bidarshik, que es mi hijo, se sienta a la hoguera y escucha con los ojos muy abiertos por las cosas que oye. Una noche, cuando Yamikan se ha ido a su casa, Bidarshik se pone en pie, muy alto, se golpea el pecho con el puño y dice: “Cuando sea hombre viajaré a lugares lejanos, hasta la tierra donde no hay nieve y veré las cosas con mis ojos”.

—Bidarshik siempre viajó a lugares lejanos —interrumpió Zilla con orgullo.

—Es verdad —asintió Ebbits, muy serio—. Y siempre regresó para sentarse a la hoguera y desear ver otros lugares lejanos y desconocidos.

—Nunca olvidó el lago salado tan grande como el cielo y el país bajo el sol donde no hay nieve —fueron las palabras de Zilla.

—Siempre dijo: «Cuando tenga la fuerza de un hombre iré a ver con mis ojos si lo que cuenta Yamikan es verdad» —añadió Ebbits.

—Pero no había forma de ir al país del hombre blanco —dijo Zilla.

—¿Acaso no fue hasta el lago salado que es tan grande como el cielo? —preguntó Ebbits.

—Y no tenía forma de cruzarlo —respondió Zilla.

—Excepto en el barco de fuego del hombre blanco, que es de hierro y más grande que veinte vapores del Yukón —dijo Ebbits. Miró enfadado a Zilla, cuyos labios marchitos intentaban hablar de nuevo y la obligó a guardar silencio—. Pero el hombre blanco no le dejó cruzar el lago salado en el barco de fuego y regresó para sentarse junto a la hoguera y desear ir al país bajo el sol donde no hay nieve.

—Pero en el lago salado había visto el barco de hierro que no se hunde —gritó Zilla, incapaz de contenerse.

—Sí —dijo Ebbits—. Y supo que Yamikan había dicho la verdad sobre lo que vio. Pero Bidarshik no tenía forma de viajar a la tierra bajo el sol del hombre blanco y se puso enfermo, cansado como un viejo, sin separarse de la hoguera. Ya no salía a cazar…

—Ya no comía la carne que le ponían delante —intervino Zilla—. Movía la cabeza y decía: «Solo quiero comer el alimento del hombre blanco y engordar como Yamikan».

—Y no comía la carne —continuó Ebbits—. La enfermedad de Bidarshik empeoró hasta que creí que iba a morir. No era una enfermedad del cuerpo, sino de la cabeza. Era una enfermedad de deseo. Yo, Ebbits, que soy su padre, pensé: No tengo más hijos y no quiero que Bidarshik muera. Es una enfermedad de la cabeza y solo hay una forma de curarla. Bidarshik debe cruzar el lago grande como el cielo hasta llegar a la tierra donde no hay nieve o morirá. Tengo que hacer una cosa grande y buscar la forma de que Bidarshik vaya.

»Una noche, mientras está sentado a la hoguera, muy enfermo, con la cabeza baja, le digo: “Hijo, sé la forma de que vayas a la tierra del hombre blanco”. Me mira y se alegra. “Vete como se fue Yamikan”, le digo. Pero Bidarshik está enfermo y no entiende. “Vete”, le digo, “busca un hombre blanco y, como Yamikan, mata al hombre blanco. Entonces vendrán los soldados a buscarte y, como llevaron a Yamikan, te llevarán a ti al otro lado del lago salado, a la tierra del hombre blanco. Después, igual que Yamikan, volverás gordo, con los ojos llenos de las cosas que has visto y la cabeza llena de sabiduría”.

»Bidarshik se levanta enseguida y coge su arma. “¿A dónde vas?”, pregunto. “A matar al hombre blanco”, responde. Y veo que mis palabras han sido buenas en los oídos de Bidarshik y se curará. También sé que mis palabras han sido sabias.

»Llega un hombre blanco a la aldea. No busca oro en la tierra ni pieles en los bosques. Todo el tiempo busca bichos y moscas. No se come los bichos y las moscas, entonces, ¿por qué los busca? No lo sé. Solo sé que es un hombre blanco pequeño y curioso. También busca huevos de pájaro. No se los come. Vacía lo de dentro y guarda la cáscara. La cáscara no es buena para comer. Aunque no se las come, las mete en cajas blandas, donde no se rompen. Coge muchos pajaritos. Pero no se los come. Se queda con las pieles y las plumas y las guarda en cajas. También le gustan los huesos. Los huesos no son buenos para comer. Y ese hombre blanco tan extraño prefiere los huesos de hace mucho tiempo que excava y saca de la tierra.

»Pero no es un hombre feroz y sé que morirá fácilmente, por eso le digo a Bidarshik: “Hijo, ese es el hombre blanco que debes matar”. Y Bidarshik dice que mis palabras son sabias. Así que va a un lugar donde sabe que hay muchos huesos enterrados. Excava y saca muchos de esos huesos y los lleva al campamento del blanco extraño. El hombre blanco se alegra mucho. Su cara brilla como el sol y sonríe feliz mientras mira los huesos. Inclina la

cabeza para verlos mejor y entonces Bidarshik golpea con fuerza, una vez, con el hacha y el hombre cae muerto.

»“Ahora vendrán los soldados blancos”, le digo a Bidarshik, “y te llevarán a la tierra bajo el sol, donde comerás mucho y engordarás”. Bidarshik es feliz. Ya no está enfermo y se sienta a esperar junto a la hoguera hasta que lleguen los soldados.

—¿Cómo iba yo a saber que la forma de hacer las cosas del hombre blanco nunca es igual? —preguntó el anciano mientras se volvía hacia mí con vehemencia—. ¿Cómo iba yo a saber que lo que el hombre blanco hizo ayer hoy no lo hará y lo que hace hoy no lo hará mañana? —Ebbits negó con la cabeza, triste—. No hay quien entienda al hombre blanco. Ayer lleva a Yamikan a la tierra bajo el sol y lo engorda con mucha comida. Hoy se lleva a Bidarshik, ¿y qué le hace? Deja que te cuente lo que le hace a Bidarshik.

»Yo, Ebbits, su padre, te lo contaré. Lleva a Bidarshik a Cambell Fort, ata una cuerda a su cuello y, cuando sus pies ya no tocan el suelo, muere.

—¡Ay, sí! —lloró Zilla—. Y nunca cruza el lago grande como el cielo ni ve la tierra bajo el sol donde no hay nieve.

—Por eso —dijo el anciano Ebbits, muy digno y serio—, no hay quien cace para mí en mi vejez y me siento junto a la hoguera con hambre, y le cuento mi historia al hombre blanco que me ha dado comida, té cargado y tabaco para mi pipa.

—Por culpa del pueblo blanco, mentiroso y miserable —declaró Zilla con voz estridente.

—No —respondió el anciano, seguro y amable a la vez—. Por culpa de la forma de hacer las cosas del hombre blanco, que no hay quien la entienda y nunca es igual.

[1905]



Lo inesperado

Es sencillo ver lo que resulta obvio, hacer lo que se espera. La vida individual tiende a ser estática más que dinámica y dicha tendencia se convierte en impulso en la civilización, donde solo se ve lo obvio y casi nunca ocurre algo inesperado. Sin embargo, cuando acontece lo inesperado, y si tiene importancia suficiente, los no aptos perecen. No ven lo que no resulta obvio y son incapaces de hacer algo inesperado, no pueden ajustar sus vidas rutinarias a otras rutinas desconocidas. Resumiendo, cuando llegan al final de su propia rutina, mueren.

Por otro lado, hay quienes se dirigen a la supervivencia, los individuos aptos que escapan a la regla de lo obvio y lo esperado y ajustan sus vidas a cualquier rutina con la que se tropiecen, por muy extraña que sea, o hacia la que se vean empujados. Edith Whittlesey era uno de esos individuos. Había nacido en una comarca rural de Inglaterra, donde la vida avanza siguiendo una lógica determinada y lo inesperado se prevé tan poco que cuando ocurre se considera inmoral. Entró a servir muy pronto y cuando aún era una mujer joven, siguiendo esa lógica, se convirtió en doncella personal.

El efecto de la civilización consiste en imponer la ley humana al entorno. Lo desagradable se elimina, lo inevitable se prevé. La lluvia no llega a mojarnos, ni la helada a enfriarnos; mientras que la muerte, en lugar de acechar truculenta y accidental, se convierte en un cortejo acordado de antemano que cumple con la manida rutina que lleva al panteón familiar, donde se mantienen las bisagras para evitar el óxido y continuamente se barre al polvo del aire.

Ese era el entorno de Edith Whittlesey. Nada ocurría. Apenas podía calificarse de acontecimiento que, a los veinticinco, acompañase a su señora de viaje a Estados Unidos. La rutina se limitó a cambiar de dirección. Todo era lo mismo y estaba bien organizado. El camino a seguir cruzaba el Atlántico sin incidentes, hasta el punto de que el barco no era un barco en medio del mar, sino un hotel amplio y lleno de pasillos que avanzaba rápida y plácidamente, aplastando las olas y sometiéndolas con su mole colosal, convirtiendo el mar en una balsa de aceite, monótono y sosegado. Al otro lado

la rutina seguía en tierra: una rutina respetable y bien predispuesta que proporcionaba hoteles en cada parada y hoteles sobre ruedas entre paradas.

En Chicago, mientras su señora veía una cara de la vida social, Edith Whittlesey veía otra; y cuando dejó su puesto de doncella personal para convertirse en Edith Nelson traicionó, quizá ligeramente, su habilidad para forcejear con lo inesperado y dominarlo. Hans Nelson, inmigrante, sueco de nacimiento y carpintero de oficio, llevaba en su interior esa inquietud teutónica que siempre avanza rumbo a poniente en busca de aventura. Era un hombre imperturbable, musculoso, en el que se combinaban una iniciativa inmensa con una imaginación muy corta y que, sin embargo, poseía una lealtad y unos sentimientos tan sólidos como su propia fuerza.

«Cuando haya trabajado duro y ahorrado algo de dinero, me iré a Colorado», le había dicho a Edith el día después de su boda. Un año más tarde estaban en Colorado, donde Hans Nelson trabajó por primera vez en una mina y se contagió de la fiebre del minero. Sus prospecciones lo llevaron a las dos Dakotas, Idaho, este de Oregon y las montañas de la Columbia Británica. Tanto en el camino como en los campamentos, Edith Nelson lo acompañó siempre, compartiendo su suerte, sus penalidades y su esfuerzo. Cambió el paso corto de la mujer criada para el hogar por la zancada larga del montañero. Aprendió a mirar el peligro con los ojos abiertos y total comprensión, perdiendo para siempre el pánico que es hijo de la ignorancia y aflige a quienes crecen en las ciudades, convirtiéndolos en el colmo de la estupidez, hasta el punto de aguardar al destino bloqueados por el miedo en lugar de luchar contra él, o de salir en estampida, empujados por ese terror ciego y autodestructivo que abarrota el camino de cuerpos aplastados.

Edith Nelson se encontraba con lo inesperado en cada curva del camino y adiestró su vista para ver en el paisaje no lo obvio, sino lo oculto. Ella, que nunca en su vida había cocinado, aprendió a hacer pan sin la mediación de lúpulo, levadura o bicarbonato sódico y a hornearlo, por arriba y por abajo, en una sartén y sobre el fuego de una hoguera. Cuando se terminó la última taza de harina y la última loncha de beicon, estuvo a la altura de la ocasión y fue capaz de hacer, con los mocasines y las partes de cuero más blando de su equipo, un sustituto de la comida que de alguna forma los mantuvo con vida y los ayudó a continuar. Aprendió a cargar un caballo tan bien como un hombre —tarea que destrozaría el corazón y el orgullo de cualquier habitante de ciudad— y sabía qué enganche era el mejor para cada tipo de fardo. Además, era capaz de preparar una hoguera de madera húmeda bajo un chaparrón de lluvia sin perder la calma. Resumiendo, dominaba lo inesperado en todos sus

aspectos. Pero el Gran Inesperado aún no había llegado a su vida para ponerla a prueba.

La marea de los buscadores de oro fluía en dirección norte, rumbo a Alaska, y era inevitable que Hans Nelson y su esposa se vieran atrapados en la corriente y arrastrados hacia el Klondike. El otoño de 1897 los encontró en Dyea, pero sin el dinero necesario para cruzar el equipo por el paso Chilkoot y llevarlo por río y lago hasta Dawson. De manera que ese invierno Hans Nelson ejerció su oficio y ayudó a levantar la ciudad de Skagway, donde todos se abastecían y que crecía vertiginosamente.

Se encontraba en primera línea de los acontecimientos y durante el invierno oyó que toda Alaska lo llamaba. La bahía de Lituya llamó con más fuerza y el verano de 1898 lo sorprendió, junto con su esposa, siguiendo el laberinto de su escarpada costa en canoas indias de veinte metros. Con ellos iban varios indios y otros tres hombres. Los indios los dejaron, con sus provisiones, sobre una solitaria ensenada, situada a ciento cincuenta kilómetros pasada la bahía de Lituya, y regresaron a Skagway. Pero los otros tres hombres se quedaron porque formaban parte del grupo organizado. Cada uno había invertido el mismo capital para adquirir el equipo y los beneficios se repartirían a partes iguales. Como Edith Nelson se comprometió a cocinar para todos ellos, recibiría lo mismo que los hombres.

Primero talaron píceas y construyeron una cabaña de tres estancias. Sobre Edith Nelson recaía la tarea de mantener la cabaña. La tarea de los hombres consistía en buscar oro, cosa que hicieron; y encontrar oro, cosa que también hicieron. No se trataba de un hallazgo asombroso, sino más bien un depósito aluvial no muy rico, del que cada hombre sacaba entre quince y veinte dólares al día tras muchas horas de un trabajo agotador. El breve verano alaskeño se prolongó más de lo normal y ellos aprovecharon la oportunidad, por lo que retrasaron el regreso a Skagway hasta el último momento. Entonces fue demasiado tarde. Habían quedado en acompañar a los indios de la zona, que sumaban varias decenas, en su viaje otoñal costa abajo para comerciar. Los indios esperaron a los blancos durante mucho tiempo y luego se marcharon. El grupo no podía hacer más que aguardar a que pasara por allí algún medio de transporte casual. Mientras, limpiaron la concesión y apilaron leña.

El veranillo de San Martín se había ido demorando, hasta que de repente y sin clemencia alguna llegó el invierno. Llegó en una sola noche y los mineros se despertaron para encontrarse con un viento aullador, ventisca y el agua congelada. Llegaron tormenta tras tormenta y entre tormentas no había más que silencio, un silencio que solo rompía el bramido de las olas al estrellarse

contra la orilla inhóspita, donde los rociones bordeaban la playa de un blanco congelado.

En la cabaña todo iba bien. El polvo de oro conseguido pesaba en total unos ocho mil dólares y no podían más que sentirse satisfechos. Los hombres hicieron raquetas para la nieve, cazaron carne fresca para la despensa y en los atardeceres interminables jugaban partidas sin fin de whist y pedro. Ahora que ya no trabajaban en la mina, Edith encargó a los hombres que se ocuparan de la lumbre y de fregar los platos, mientras ella zurcía calcetines y arreglaba la ropa.

En la pequeña cabaña no había quejas, peleas ni discusiones y a menudo se felicitaban los unos a los otros por el ambiente de felicidad en el que vivían. Hans Nelson era impasible y tranquilo, mientras que Edith se había ganado, hacía ya mucho tiempo, su admiración sin límites por su capacidad para llevarse bien con la gente. Harkey, un texano largo y lacio, resultaba excepcionalmente simpático para alguien de carácter taciturno y, mientras no rebatieran su teoría de que el oro crece en los sitios, se mostraba bastante sociable. El cuarto miembro del grupo, Michael Dennin, contribuía con su ingenio irlandés a la alegría de la cabaña. Era un hombre grande y fuerte, propenso a repentinos ataques de ira por cosas secundarias y de un buen humor inagotable bajo la presión y el estrés de las realmente importantes. El quinto y último miembro, Dutchy, era el blanco voluntario de las bromas del grupo. Incluso él mismo hacía que se rieran a su costa, todo con tal de mantener el buen ambiente. Parecía que no tenía más meta en la vida que hacer reír. Ni una sola discusión seria había perjudicado la serenidad del grupo; y ahora que tenían mil seiscientos dólares por cabeza, tras el trabajo de un verano corto, entre ellos reinaba el espíritu satisfecho y bien alimentado de la prosperidad.

Entonces ocurrió lo inesperado. Acababan de sentarse a desayunar. Aunque ya eran las ocho (habían empezado a desayunar tarde cuando dejaron de trabajar en la mina), una vela incrustada en el cuello de una botella iluminaba la comida. Edith y Hans ocupaban las cabeceras. A un lado, de espaldas a la puerta, se sentaban Harkey y Dutchy. El sitio de enfrente estaba vacío. Dennin aún no había llegado.

Hans Nelson miró la silla vacía, movió despacio la cabeza y, en un intento de resultar gracioso, dijo:

—Siempre es el primero para comer. Es muy raro. Puede que esté enfermo.

—¿Dónde está Michael? —preguntó Edith.

—Se levantó antes que nosotros y salió —respondió Harkey.

Dutchy sonrió con gesto travieso. Quiso hacerles ver que conocía el secreto de la ausencia de Dennin y se dio un aire de misterio mientras todos le pedían información. Edith, tras echar una ojeada al dormitorio de los hombres, regresó a la mesa. Hans la miró y ella negó con la cabeza.

—Nunca se había retrasado cuando se trata de comer —insistió la mujer.

—No lo entiendo —dijo Hans—. Siempre tiene un hambre de lobo.

—Es una pena —dijo Dutchy con un gesto triste de cabeza.

Empezaban a reírse de la ausencia de su compañero.

—¡Es una pena enorme! —insistió Dutchy.

—¿El qué? —preguntaron a coro.

—Pobre Michael —fue la lúgubre respuesta.

—Pero ¿qué le pasa a Michael? —preguntó Harkey.

—Ya no tiene hambre —gimió Dutchy—. Ha perdido el apetito. No le gusta la comida.

—Nadie lo diría por la forma en que se abalanza sobre ella —comentó Harkey.

—Solo lo hace por ser educado con la señora Nelson —replicó Dutchy enseguida—. Lo sé, lo sé y es una pena. ¿Por qué no está aquí? Porque ha salido. ¿Por qué ha salido? Para abrir el apetito. ¿Cómo abre el apetito? Camina descalzo sobre la nieve. ¿No lo sabré yo? Así es como los ricos persiguen al apetito que ya no tienen y que se les escapa. Michael tiene mil seiscientos dólares. Es rico. No tiene apetito. Por lo tanto, ha salido en busca de su apetito. Si abrís la puerta veréis sus huellas sobre la nieve. No, no veréis su apetito. Ese es el problema. Cuando lo vea, lo atrapará y vendrá a desayunar.

Todos se rieron con ganas de la tontería de Dutchy. Acababa de apagarse el último eco de la risa cuando se abrió la puerta y entró Dennin. Todos se giraron para mirarlo. Llevaba una escopeta. De repente, apuntó y disparó dos veces. Con el primer disparo, Dutchy se derrumbó sobre la mesa, volcando su taza de café y sumergiendo su cabellera rubia en el plato de gachas. La frente presionaba el borde del plato y lo hacía inclinarse hacia arriba contra el pelo en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Harkey estaba en el aire, en pleno proceso de ponerse en pie de un salto, cuando recibió el segundo disparo y cayó al suelo boca abajo, mientras su «¡Dios santo!» borboteaba y se extinguía en su garganta.

Era lo inesperado. Hans y Edith se quedaron atónitos. Permanecieron sentados, tensos los cuerpos, los ojos fijos, fascinados, sobre el asesino. Lo

veían vagamente entre el humo de la pólvora y en medio del silencio solo se oía el goteo del café derramado de Dutchy sobre el suelo de la cabaña. Dennin abrió la recámara de la escopeta y sacó los cartuchos vacíos. Sujetó el arma con una mano y con la otra buscó munición nueva en el bolsillo.

Iba a meter ya los cartuchos en el rifle cuando Edith Nelson entró en acción. Estaba claro que pensaba matarlos a Hans y a ella. Durante alrededor de tres segundos había permanecido aturdida y paralizada por la forma espantosa e inconcebible en la que había aparecido lo inesperado. Entonces respondió y se enfrentó al problema. En concreto, pegó un salto gatuno hacia el asesino y agarró su bufanda con ambas manos. El impacto del cuerpo de ella lo hizo retroceder varios pasos, tambaleándose. Intentó librarse de ella sin soltar el arma. Difícil, porque el cuerpo rotundo de Edith se había convertido en el de un gato. Se arrojó hacia un lado y, como lo tenía agarrado por el cuello, estuvo a punto de derribarlo. Él consiguió enderezarse y se giró con rapidez. Ella no lo soltó y su cuerpo siguió el círculo del giro, los pies en el aire y las manos todavía sujetas al cuello de él. El giro culminó en una colisión contra una silla y hombre y mujer cayeron al suelo en medio de una pelea violenta que ocupó la mitad del largo de la estancia.

Hans Nelson tardó medio segundo más que su mujer en reaccionar ante lo inesperado. Sus procesos neuronales y mentales eran más lentos. Su organismo era más grande y había tardado medio segundo más en percibir, decidir y proceder. Ella ya había saltado hacia Dennin y lo había agarrado del cuello cuando Hans se puso en pie de un salto. Pero no conservó la calma como ella. Estaba furioso, loco de ira. En el mismo instante en que saltó de la silla abrió la boca y dejó escapar un sonido que era una mezcla de rugido y de bramido. Los dos cuerpos habían empezado a girar y, aún rugiendo o bramando, siguió el giro por la estancia, alcanzándolo cuando cayó al suelo.

Hans se arrojó sobre el hombre postrado y lo golpeó violentamente con los puños. Parecían martillazos y, cuando Edith sintió que el cuerpo de Dennin se relajaba, lo soltó y se hizo a un lado. Permaneció en el suelo, jadeando y observando. Los golpes continuaban cayendo con furia. El hombre ni siquiera se movía. Entonces se dio cuenta de que estaba inconsciente. Le gritó a Hans para que se detuviese. Volvió a gritar. Pero él no prestó atención a su voz. Lo agarró del brazo y solo consiguió que se esforzara un poco más.

No fue un impulso razonado lo que la empujó a hacer lo que hizo. Tampoco fue piedad, ni obediencia a los mandamientos de la religión. Se trató más bien de cierto sentido de la ley, la ética de su raza y su primer entorno lo que la llevó a interponer su cuerpo entre su marido y el asesino

indefenso. Hans no se detuvo hasta que comprendió que le estaba pegando a su mujer. Permitió que ella lo alejase de un empujón como un perro feroz pero obediente permite que su amo lo aparte. La analogía era incluso mayor. La ira de Hans aún rugía en lo más hondo de su garganta, como si fuese un animal, y en varias ocasiones hizo ademán de volver a saltar sobre su presa, algo que solo impidió la rápida intervención de la mujer.

Edith apartó a su marido cada vez más. Nunca lo había visto así y le daba más miedo que Dennin en lo peor de la lucha. No podía creer que aquella bestia furiosa fuese su Hans y se sorprendió al descubrir un miedo instintivo y muy real a que él atrapase su mano entre los dientes como un animal salvaje. Durante unos segundos, reacio a herirla pero empeñado en su deseo de volver al ataque, Hans intentó esquivarla. Sin embargo, ella se interpuso con resolución hasta que empezaron a surgir las primeras señales de que Hans había recuperado la razón y acabó por rendirse.

Ambos se pusieron de pie con gran esfuerzo. Hans retrocedió hasta la pared, sobre la que se recostó, el rostro encendido y en la garganta el rugido continuo y grave que fue desvaneciéndose poco a poco hasta cesar por completo. Había llegado el momento de reaccionar. Edith permanecía en medio de la sala, retorciéndose las manos, jadeando, resollando, mientras todo su cuerpo temblaba violentamente.

Hans no miraba a nada concreto, pero los ojos de Edith examinaban un detalle tras otro de todo lo ocurrido. Dennin no se movía. La silla volcada, que la pelea había arrastrado, estaba cerca de él. La escopeta había quedado en parte bajo su cuerpo, aún abierta por la recámara. Saliendo de su mano derecha, los dos cartuchos que no había logrado cargar y que había apretado con fuerza hasta quedar inconsciente. Harkey yacía en el suelo, boca abajo, donde había caído; Dutchy estaba desplomado sobre la mesa, el cabello rubio enterrado en el plato de gachas, el plato aún inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Aquel plato inclinado la fascinaba. ¿Por qué no se caía? Resultaba ridículo. No era normal que un plato de gachas se mantuviese vertical sobre la mesa, aunque hubiesen matado a un hombre o a dos.

Volvió a mirar a Dennin pero sus ojos regresaron al plato inclinado. ¡Era tan ridículo! Sintió el impulso histérico de reírse. Luego fue consciente del silencio y se olvidó del plato, deseando que algo ocurriese. El goteo monótono del café desde la mesa al suelo simplemente enfatizaba el silencio. ¿Por qué no hacía algo Hans? ¿Por qué no hablaba? Lo miró y estaba a punto de hablar cuando descubrió que su lengua se negaba a obedecerla. La

garganta le dolía de una forma extraña y tenía la boca seca, pastosa. Solo era capaz de mirar a Hans que, a su vez, la miraba.

De repente, un repicar metálico y agudo rompió el silencio. Gritó y se obligó a mirar a la mesa. El plato había caído. Hans suspiró como si se despertara de un sueño. El ruido del plato los había devuelto a la vida en un mundo nuevo. La cabaña representaba ese mundo extraño en el que desde ese momento debían moverse y vivir. La vieja cabaña se había ido para siempre. El horizonte de sus vidas era totalmente nuevo y desconocido. Lo inesperado había pasado su magia por la superficie de todas las cosas para cambiar la perspectiva, hacer malabarismos con los valores y mezclar lo real y lo irreal, creando una confusión desconcertante.

—¡Por Dios, Hans! —fue lo primero que dijo Edith.

Él no respondió, pero la miró horrorizado. Poco a poco fue paseando la mirada por la habitación, consciente por primera vez de los detalles. Luego se puso la gorra y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Edith con un miedo agónico.

Él ya tenía la mano en el pomo y se giró un poco para contestar:

—A cavar las tumbas.

—No me dejes aquí, Hans, con… —sus ojos barrieron la estancia—… con esto.

—En algún momento tendré que cavar las tumbas —dijo él.

—Pero no sabes cuántas serán —objetó a la desesperada. Percibió la indecisión de él y añadió—: Además, iré contigo para ayudarte.

Hans regresó junto a la mesa y, sin darse cuenta de lo que hacía, apagó la vela. Luego empezaron a examinar la situación entre los dos. Harkey y Dutchy estaban muertos; más que muertos porque el disparo había sido efectuado a quemarropa. Hans se negó a acercarse a Dennin y Edith se vio obligada a ocuparse sola de la investigación.

—No está muerto —le dijo a Hans.

Él se acercó y miró al asesino.

—¿Qué has dicho? —preguntó Edith al oír el retumbar de algo inarticulado en la garganta de su marido.

—He dicho que es una pena que no esté muerto —fue la respuesta.

Edith se inclinaba sobre el cuerpo.

—Déjalo en paz —ordenó Hans con dureza y una voz desconocida.

Ella lo miró alarmada. Había cogido la escopeta de Dennin y estaba cargándola.

—¿Qué vas a hacer? —gritó mientras se incorporaba rápidamente.

Hans no respondió, pero vio que apuntaba con la escopeta. Ella la agarró por la boca y la dirigió hacia el techo.

—¡Déjame en paz! —gritó él con la voz ronca.

Intentó obligarla a que soltara el arma, pero ella se acercó y se agarró a él.

—¡Hans! ¡Hans! ¡Despierta! —gritó—. ¡No cometas una locura!

—¡Mató a Dutchy y a Harkey! —respondió su esposo—. Y yo voy a matarlo a él.

—Pero eso está mal —objetó Edith—. Para eso está la ley.

Hans mostró su incredulidad relativa a la fuerza de la ley en aquella región con una sonrisa despectiva, pero se limitó a repetir sin apasionamiento y con tenacidad:

—Mató a Dutchy y a Harkey.

Discutió con él largo y tendido, pero ella era la única interesada en discutir porque él se contentaba con repetir sin descanso: «Mató a Dutchy y a Harkey». Sin embargo, Edith no podía escapar de la formación recibida en la niñez ni de la sangre que corría por sus venas. Suyo era el patrimonio de la ley y, para ella, la conducta adecuada constituía el cumplimiento de dicha ley. No veía otro camino justo a seguir. Que Hans se tomase la ley por su mano no era más justificable que lo que había hecho Dennin. Dos errores no suman un acierto, afirmaba ella, y solo había una forma de castigar a Dennin: la legal acordada por la sociedad. Por fin, Hans cedió.

—De acuerdo —dijo—. Sea como quieras. Mañana o pasado verás cómo nos mata a los dos.

Ella negó con la cabeza y alargó la mano para coger la escopeta. Él hizo ademán de entregársela, pero dudó.

—Será mejor que me dejes pegarle un tiro —rogó.

Ella volvió a negar con la cabeza y él empezaba a pasarle la escopeta cuando se abrió la puerta y un indio entró sin llamar. Con él entraron una ráfaga de viento y un torbellino de nieve. Se giraron para mirarlo, la escopeta aún en la mano de Hans. El intruso observó la escena sin inmutarse. Sus ojos abarcaron los muertos y el herido en una sola mirada. A su rostro no asomó la sorpresa, ni siquiera la curiosidad. Harkey yacía a sus pies, pero ni se fijó en él. Por lo que a él respectaba, el cuerpo de Harkey no existía.

—Mucho viento —comentó el indio a modo de saludo—. ¿Todo bien? ¿Muy bien?

Hans, con la escopeta en la mano, no tuvo duda de que el indio le atribuía los cadáveres. Miró a su esposa con ojos suplicantes.

—Buenos días, Negook —dijo ella y su voz traicionó el esfuerzo que hacía—. No, no está bien. Muchos problemas.

—Adiós, yo irme, mucha prisa —dijo el indio y, sin asomo de prisa y evitando pisar, con toda la calma del mundo, un charco de sangre en el suelo, abrió la puerta y salió.

El hombre y la mujer se miraron.

—Cree que lo hicimos nosotros —jadeó Hans—. Que lo hice yo.

Edith guardó silencio. Luego, con calma y muy seria, dijo:

—No importa lo que piense. Ya nos ocuparemos de eso. Ahora tenemos que cavar dos tumbas. Pero antes debemos atar a Dennin para que no se escape.

Hans se negó a tocar a Dennin, pero Edith lo ató de manos y pies. Luego Hans y ella salieron a la nieve. El suelo estaba congelado, insensible a los golpes del pico. Primero juntaron leña, luego apartaron la nieve y encendieron una hoguera sobre la superficie helada. Cuando el fuego llevaba una hora encendido se habían derretido varios centímetros de tierra. La apartaron con la pala y encendieron otra hoguera. Su descenso al interior de la tierra progresó a un ritmo de entre cinco y siete centímetros por hora.

Fue un trabajo duro y agotador. Los torbellinos de nieve no permitían que el fuego ardiese bien y el viento traspasaba el grosor de sus ropas y les helaba el cuerpo. Hablaban poco. El viento no les permitía charlar. Aparte de preguntarse cuál podría haber sido el motivo de Dennin, guardaron silencio, atormentados por el horror de la tragedia. A la una, Hans miró hacia la cabaña y dijo que tenía hambre.

—No, ahora no, Hans —respondió Edith—. No podría volver sola a la cabaña, tal y como está, para hacer la comida.

A las dos, Hans se ofreció para acompañarla, pero ella le obligó a seguir trabajando y a las cuatro ambas tumbas estaban terminadas. Eran poco profundas, no más de sesenta centímetros, pero servirían. Había caído la noche. Hans cogió el trineo y, a oscuras, en medio de la tormenta, arrastraron a los dos muertos hasta sus sepulturas de hielo. La comitiva del entierro parecía cualquier cosa menos un cortejo fúnebre. El trineo se hundía profundamente en la nieve y costaba moverlo. El hombre y la mujer no habían comido nada desde el día anterior y estaban débiles debido al hambre y al agotamiento. No tenían fuerzas para resistir al viento y a veces sus golpes los hacían caer. En varias ocasiones el trineo volcó y se vieron obligados a llenarlo de nuevo con su lóbrega carga. Los últimos treinta metros hasta las tumbas eran cuesta arriba y tuvieron que recorrerlos a cuatro patas, como

perros, hundiendo las manos en la nieve. Aun así, en dos ocasiones el peso del trineo los arrastró y muertos y vivos cayeron cuesta abajo, enredados con las cuerdas de tiro y el trineo.

—Mañana pondré unas tablas con sus nombres —dijo Hans tras llenar las tumbas.

Edith lloraba. Solo había sido capaz de decir unas pocas frases entrecortadas a modo de responso y luego su marido se vio obligado a llevarla casi a cuestas hasta la cabaña.

Dennin estaba consciente. Había rodado por el suelo sin descanso para intentar liberarse. Miró a Hans y a Edith con ojos brillantes, pero no hizo ademán de hablar. Hans seguía negándose a tocar al asesino y observó con gesto hosco cómo Edith lo arrastraba hasta el dormitorio de los hombres. Pero, por más que lo intentó, no consiguió levantarlo hasta su catre.

—Es mejor que me dejes pegarle un tiro, así no tendremos más problemas —dijo Hans una vez más.

Edith negó con la cabeza y volvió a inclinarse para seguir con su tarea. Para su sorpresa, el cuerpo se alzó con facilidad y supo que Hans había cedido y la ayudaba. Luego llegó el momento de limpiar la cocina. Pero el suelo continuaba revelando a gritos la tragedia ocurrida, hasta que Hans alisó con el cepillo la superficie manchada de la madera y quemó las virutas en la lumbre.

Los días llegaban y se iban. Casi todo era oscuridad y silencio, solo roto por las tormentas y el retumbar del oleaje helado en la playa. Hans obedecía la más mínima orden de Edith. Su capacidad de iniciativa había desaparecido por completo. Ella había decidido tratar a Dennin a su manera y él había dejado el asunto en sus manos.

El asesino representaba una amenaza constante. A todas horas existía la posibilidad de que se librase de sus ataduras y se veían obligados a vigilarlo día y noche. El hombre o la mujer se sentaban a su lado, armados con la escopeta cargada. Al principio, Edith probó a hacer guardias de ocho horas, pero la tensión continua resultaba excesiva y Hans y ella empezaron a turnarse cada cuatro horas. Como tenían que dormir y también lo vigilaban de noche, invertían todo el rato que permanecían despiertos en vigilar a Dennin. Casi no tenían tiempo para preparar las comidas o recoger leña.

Desde la inoportuna visita de Negook, los indios habían evitado pasar por la cabaña. Edith envió a Hans a sus cabañas para pedirles que llevasen a Dennin costa abajo hasta el asentamiento blanco o factoría más próximos, pero en vano. Entonces fue Edith en persona y se entrevistó con Negook. Él

era el jefe de la pequeña aldea —muy consciente de su responsabilidad— y explicó su política claramente y en pocas palabras.

—Ser problema del hombre blanco —dijo—, no del indio. Mi gente ayudarte y entonces problema del indio también. Cuando juntar problema del hombre blanco y del indio, problema ser más grande, nadie entender y no tener fin. Problemas no buenos. Mi gente no hacer mal. ¿Por qué ayudarte y tener problemas?

Edith Nelson regresó a la espantosa cabaña con sus turnos interminables de cuatro horas. A veces, cuando le tocaba y se sentaba junto al prisionero con la escopeta cargada sobre el regazo, se le cerraban los ojos y echaba una cabezada. Siempre se despertaba sobresaltada, agarraba con fuerza la escopeta y lo miraba. Esas impresiones tan fuertes y sus efectos no eran buenas para ella. Temía tanto al hombre que, aunque estuviese totalmente despierta, si él se movía bajo las mantas, ella no podía evitar sobresaltarse y echar mano del arma.

Se encontraba a punto de sufrir una crisis nerviosa y lo sabía. Primero le palpitaban los globos oculares y se veía obligada a cerrar los párpados en busca de alivio. Un poco después eran los párpados los que se contraían sin que ella lograse controlarlos. Para más tensión, no podía olvidar la tragedia. El horror estaba tan cerca de ella como aquel primer día, cuando lo inesperado se coló en la cabaña y se adueñó de todo. Durante sus atenciones diarias al prisionero se veía obligada a apretar los dientes y esforzarse en cuerpo y alma.

A Hans lo afectaba de otra forma. Se obsesionó con la idea de que su deber consistía en matar a Dennin. Y cuando le tocaba atender al hombre atado o vigilarlo, a Edith la embargaba el miedo de que Hans añadiese otra muesca roja a la lista de la cabaña. Siempre maldecía a Dennin con violencia y lo trataba con brutalidad. Hans intentaba ocultar su manía homicida y solía decir a su mujer: «Con el tiempo querrás que lo mate y entonces yo no lo mataré porque me pondría enfermo». Pero más de una vez, al entrar sin hacer mido en la habitación cuando no era su guardia, sorprendía a los dos hombres mirándose fijamente con odio, como animales salvajes; en el rostro de Hans, el ansia de matar y en el de Dennin, la fiereza y la violencia de la rata acorralada. «¡Hans!», gritaba ella, «¡despierta!», y él recuperaba el control, sobresaltado, avergonzado y sin arrepentirse.

De esa forma, Hans se convirtió en otro factor del problema, que Edith debía resolver debido a lo inesperado. Al principio solo había sido cuestión de mostrar la conducta adecuada al tratar a Dennin y, para ella, la conducta

adecuada consistía en mantenerlo prisionero hasta poder entregarlo para que lo juzgase un tribunal en condiciones. Pero ahora también debía pensar en Hans. Edith se dio cuenta de que estaban en juego su cordura y su salvación. Tampoco tardó en descubrir que su propia fuerza y resistencia se habían convertido en parte del problema. Se estaba derrumbando bajo la presión. Su brazo izquierdo daba sacudidas y tirones involuntarios. Se le caía la comida de la cuchara y no podía fiarse del brazo afectado. Le parecía que se trataba de una especie de baile de San Vito y temía comprobar hasta dónde podrían llegar sus estragos. ¿Y si se venía abajo? Y el posible futuro que imaginó, cuando la cabaña contuviese solo a Dennin y a Hans, supuso un horror añadido.

Dennin había empezado a hablar a partir del tercer día. Su primera pregunta había sido: «¿Qué vais a hacer conmigo?», y la repetía a diario y varias veces. Edith siempre contestaba que sin duda sería tratado según la ley. A su vez, ella le hacía a él una pregunta todos los días: «¿Por qué lo hiciste?», pero él nunca contestaba. Recibía la pregunta entre arrebatos de ira, gritaba, tiraba con fuerza del cuero sin curtir que lo mantenía atado y la amenazaba con lo que haría cuando lograse soltarse, algo que conseguiría tarde o temprano. En esas ocasiones ella amartillaba los dos gatillos, dispuesta a recibirlo con una muerte cargada de plomo si se liberaba, mientras temblaba y se mareaba debido a la tensión y el susto.

Pero con el tiempo Dennin se mostró más tratable. A ella le parecía que empezaba a cansarse de permanecer siempre acostado. Empezó a rogar y a suplicar que lo soltasen. Prometía lo que fuese. Que no les haría daño. Que se iría bordeando la costa y se entregaría a los representantes de la ley. Que les daría su parte del oro y él se adentraría en las tierras vírgenes y no volvería a aparecer en la civilización. Que se quitaría la vida si lo soltaban. Sus ruegos solían terminar en desvaríos involuntarios, hasta que a ella le parecía que iba a sufrir una crisis. Pero siempre negaba con la cabeza y le vedaba la libertad por la que padecía ataques de ira.

Fueron pasando las semanas y él se mostraba cada vez más tratable. Además, el agotamiento se imponía. «Estoy tan cansado, tan cansado», solía murmurar, moviendo la cabeza de un lado al otro de la almohada, como un niño malhumorado. Durante un período posterior empezó a pedir la muerte con pasión, a rogarle a ella que lo matara, a suplicarle a Hans que lo librara de aquel sufrimiento para poder, al menos, descansar cómodamente.

La situación empezaba a parecer imposible. El nerviosismo de Edith aumentaba y sabía que podía desmoronarse en cualquier momento. Ni

siquiera descansaba bien, pues la asaltaba el miedo a que Hans cediese a su obsesión por matar a Dennin mientras ella dormía. Aunque ya estaban en enero, transcurrirían meses antes de que cualquier goleta comercial se adentrase en la bahía. Además, no había sido su intención pasar todo el invierno en la cabaña y la comida empezaba a escasear sin que Hans pudiese salir a cazar para aumentar las provisiones. Estaban encadenados a la cabaña por la necesidad de vigilar a su prisionero.

Había que hacer algo y ella lo sabía. Se obligó a volver a estudiar el problema. No conseguía desprenderse del legado de su raza, de la ley que formaba parte de su sangre y con la que se había criado. Sabía que, hiciera lo que hiciese, debía respetar la ley y, durante las largas horas de vigilancia, con la escopeta en el regazo, el asesino inquieto a su lado y la tormenta rugiendo en el exterior, realizó investigaciones sociológicas muy originales y calculó una evolución de la ley. Se le ocurrió que la ley no era más que el criterio y la voluntad de un grupo de personas. No importaba lo grande que fuese dicho grupo. Había grupos pequeños, como Suiza, y otros más grandes, como Estados Unidos. Además, tampoco importaba lo pequeño que fuese el grupo: en un país podía haber solo diez mil personas, pero su criterio colectivo y su voluntad compondrían la ley de ese país. Entonces, ¿por qué no podían constituir dicho grupo mil personas?, se preguntó. Y si mil podían, ¿por qué no cien? ¿Por qué no cincuenta? ¿Y cinco? ¿Por qué no… dos?

Sus propias conclusiones le dieron miedo y lo habló con Hans. Al principio no la comprendió y luego, cuando lo hizo, añadió pruebas convincentes. Habló de las asambleas mineras, durante las que se reunían todos los hombres de una localidad, hacían las leyes y se ocupaban de cumplirlas. Dijo que en total podría haber solo diez o quince hombres, pero la voluntad de la mayoría se convertía en ley para los diez o los quince, y quien violase dicha ley era castigado.

Edith vio que por fin tenía el camino libre. Dennin merecía la horca. Hans estaba de acuerdo con ella. Entre los dos constituían la mayoría de aquel grupo en concreto. Y la voluntad del grupo era que Dennin muriese en la horca. En el cumplimiento de dicha voluntad Edith se esforzó por observar las formas habituales, pero el grupo era tan pequeño que Hans y ella se vieron obligados a hacer de testigos, jurado y jueces, además de verdugos. Acusó formalmente a Michael Dennin del asesinato de Dutchy y Harkey, y el prisionero, desde su catre, escuchó primero el testimonio de Hans y luego el de Edith. Se negó a declararse culpable o inocente y guardó silencio cuando ella le preguntó si tenía algo que decir en su defensa. Hans y ella, sin

levantarse de sus asientos, pronunciaron el veredicto del jurado: culpable. Después, en su papel de juez, ella impuso la condena. Le temblaron la voz y los párpados, el brazo izquierdo dio un tirón, pero continuó.

—Michael Dennin, dentro de tres días serás colgado del cuello hasta morir.

Esa fue la condena. Sin darse cuenta, el hombre dejó escapar un suspiro de alivio y luego se rió, desafiante, y dijo:

—Estoy pensando que este maldito catre no volverá a provocarme dolor de espalda, y eso ya es un consuelo.

Tras dictar sentencia, una sensación de alivio se apoderó de los tres. Sobre todo, se percibía en Dennin. Desaparecieron la hosquedad y la rebeldía, charlaba con sus captores con amabilidad e incluso con algún que otro destello de su ingenio habitual. También se sentía muy satisfecho cuando Edith le leía la Biblia. Leía el Nuevo Testamento y a él le interesaban mucho el hijo pródigo y el buen ladrón.

El día previo al establecido para la ejecución, cuando Edith le volvió a preguntar: «¿Por qué lo hiciste?», Dennin respondió:

—Es muy sencillo. Estaba pensando…

Pero ella lo mandó callar de repente, le pidió que aguardara y corrió al catre donde dormía Hans. No estaba de guardia, por lo que tuvo que despertarlo y él se frotó los ojos y se quejó.

—Vete y trae a Negook y a otro indio —le dijo—. Michael va a confesar. Haz que vengan. Llévate el rifle y tráelos a la fuerza, si es necesario.

Media hora después, Negook y su tío, Hadikwan, entraban en el cuarto del condenado. No lo hicieron por voluntad propia: Hans los obligaba con el rifle.

—Negook —dijo Edith—, tu gente y tú no tendréis problemas. Solo tenéis que sentaros, escuchar y entender.

Así fue como Michael Dennin, condenado a muerte, hizo pública confesión de su crimen. Mientras hablaba, Edith tomó nota de la historia, los indios escucharon y Hans hacía guardia frente a la puerta por miedo a que los testigos huyesen.

Dennin explicó que llevaba quince años sin ir a casa, a su país de origen, y siempre había tenido la intención de regresar con mucho dinero para que su madre disfrutase de todas las comodidades hasta el fin de sus días.

—¿Y cómo iba a hacerlo con mil seiscientos dólares? —preguntó—. Lo que yo quería era todo el oro, los ocho mil. Así podría volver en condiciones. Pensé que sería muy fácil mataros a todos, denunciar en Skagway que os habían matado los indios y marcharme a Irlanda. Por eso empecé a mataros

pero, como le gustaba decir a Harvey, abarqué mucho y apreté poco. Esa es mi confesión. Cumplí mi deber con el diablo y ahora, si Dios quiere, cumpliré mi deber con Dios.

—Negook y Hadikwan, habéis oído las palabras del hombre blanco —dijo Edith a los indios—. Sus palabras están aquí, en este papel, y vosotros debéis hacer un signo, así, en el papel, para que los hombres blancos que vengan después sepan lo que habéis oído.

Los dos indios pusieron una cruz al lado de sus nombres, fueron citados para aparecer al día siguiente con toda su tribu y ser testigos de lo que faltaba por pasar, y se les permitió irse.

A Dennin le soltaron las manos el tiempo suficiente para que firmara el documento. Luego se hizo el silencio en la habitación. Hans estaba inquieto y Edith se sentía incómoda. Dennin yacía de espaldas, mirando al techo de grietas rellenas de musgo.

—Y ahora cumpliré mi deber con Dios —murmuró. Giró la cabeza en dirección a Edith—. Léeme la Biblia —dijo y añadió en tono de broma—. A ver si así me olvido del catre.

El día de la ejecución amaneció despejado y frío. El termómetro marcaba casi 32 °C bajo cero y soplaba un viento helado que hacía que la escarcha penetrara en la ropa y llegara a la carne y los huesos. Por primera vez en muchas semanas Dennin se puso en pie. Sus músculos llevaban tanto tiempo inactivos y había perdido la práctica de mantenerse en posición erecta hasta tal punto que le costó aguantar derecho. Se tambaleó, perdió el equilibrio y se agarró a las manos de Edith en busca de apoyo.

—Vaya, qué mareado estoy —dijo y se rió débilmente. Un minuto después añadió—: Cómo me alegro de que esto se acabe. Ese maldito catre me iba a costar la vida. Te lo aseguro.

Cuando Edith le puso el gorro de piel y procedió a bajarle las orejeras, él se rió y preguntó:

—¿Para qué haces eso?

—Afuera hace mucho frío —respondió ella.

—¿Y dentro de diez minutos, qué más le dará al pobre Michael Dennin que se le congele una oreja? —preguntó él.

Ella había templado sus nervios para enfrentarse al último calvario y aquella pregunta fue como un golpe a su autocontrol. Hasta el momento todo había parecido irreal, como en un sueño, pero la cruda verdad de lo que él había dicho la obligó a abrir los ojos a la realidad de lo que ocurría. El irlandés percibió su angustia.

—Lamento preocuparte con mis tonterías —dijo con tristeza—. Lo dije por decir. Hoy es un gran día para Michael Dennin y está feliz como una perdiz.

Se puso a silbar una melodía alegre que pronto se volvió lúgubre y cesó.

—Ojalá hubiese un sacerdote —dijo, pensativo. Enseguida añadió—: Pero Michael Dennin lleva mucho de campamento en campamento para echar de menos las comodidades cuando toca salir al camino.

Estaba tan débil y había perdido la costumbre de caminar hasta tal extremo que cuando se abrió la puerta y salió al exterior el viento casi consiguió derribarlo. Edith y Hans lo flanqueaban y lo ayudaban a avanzar, mientras él hacía chistes e intentaba mantenerlos alegres, aunque se puso lo bastante serio como para pedirles que enviasen su parte del oro a su madre, a Irlanda.

Ascendieron una pequeña colina y salieron a un claro entre los árboles. Allí, rodeando con solemnidad un barril que se alzaba en un extremo, sobre la nieve, se encontraban Negook, Hadikwan y todos los indios, bebés y perros incluidos, llegados para ver cómo se cumplía la ley del hombre blanco. Cerca había una tumba abierta que Hans había cavado tras derretir la tierra congelada.

Dennin dedicó una mirada práctica a los preparativos y se fijó en la tumba, el barril, el grosor de la soga y el diámetro de la rama sobre la que la habían pasado.

—Yo no habría podido hacerlo mejor, Hans, si hubiese sido para ti.

Se rió con ganas de su propio chiste, pero el rostro de Hans permaneció congelado en un gesto de horror tan concentrado que solo el sonido de las trompetas del juicio final habría podido lograr que se moviera. Además, Hans se sentía enfermo. No había comprendido la enormidad de la tarea de echar a un hombre de este mundo. Edith sí se había dado cuenta, pero eso no facilitaba las cosas. Dudaba de si podría contenerse lo bastante como para terminar. Constantemente sentía ganas de gritar, de aullar, de dejarse caer sobre la nieve, de taparse los ojos con las manos y huir a ciegas, de internarse en el bosque, de alejarse de allí. Solo realizando un esfuerzo supremo conseguía mantenerse en pie, avanzar y hacer lo que tenía que hacer. Y en medio de todo, agradecía a Dennin su forma de ayudarla.

—Échame una mano —le dijo Dennin a Hans, con cuya ayuda logró subirse al barril.

Se inclinó para que Edith pudiese ajustarle la soga al cuello. Luego se enderezó mientras Hans tensaba la soga en la rama de arriba.

—Michael Dennin, ¿tienes algo que decir? —preguntó Edith con voz perfectamente audible y temblorosa, a su pesar.

Dennin arrastró los pies sobre el barril, miró hacia abajo con timidez, como quien habla en público por vez primera, y se aclaró la garganta.

—Me alegro de que esto acabe —dijo—. Habéis sido muy amables conmigo y os agradezco, de corazón, vuestra generosidad.

—Entonces quiera Dios recibirte, pecador arrepentido —dijo ella.

—Sí —respondió él con voz grave en respuesta a la suya, casi un hilo—, que Dios me reciba, pecador arrepentido.

—Adiós, Michael —gritó Edith, desesperada.

Arrojó todo su peso contra el barril, pero no logró derribarlo.

—¡Hans! ¡Rápido! ¡Ayúdame! —rogó débilmente.

Comprendió que ya no le quedaban fuerzas y el barril se le resistía. Hans corrió a ayudarla y el barril dejó de estar bajo los pies de Michael Dennin.

Edith le dio la espalda y se tapó las orejas con los dedos. Luego dejó escapar un risa áspera, aguda, metálica. Hans se sintió conmocionado, como no se había sentido durante toda aquella tragedia. Por fin se había producido la crisis nerviosa de Edith Nelson. Incluso en medio del ataque de histeria, ella lo supo y se alegró de haber soportado la tensión hasta que todo terminó. Se tambaleó en dirección a Hans.

—Llévame a la cabaña, Hans —consiguió articular—. Y déjame descansar —añadió—. Déjame descansar mucho, mucho tiempo.

Rodeada por el brazo de Hans, que soportaba su peso y guiaba sus pasos, cruzó el claro cubierto de nieve. Pero los indios permanecieron para observar solemnemente cómo se cumplía la ley del hombre blanco, que obligaba a un hombre a bailar en el aire.

[1905]



El Cañón de Oro Puro

ERA EL CORAZÓN VERDE del cañón, donde las paredes se desviaban del plano hacia atrás y atenuaban su dureza de líneas al formar un pequeño rincón abrigado y llenarlo hasta el borde de fragancias, curvas y suavidad. Allí todas las cosas descansaban. Incluso el estrecho arroyo detenía su turbulento descenso el tiempo suficiente para formar una charca silenciosa. Metido hasta las rodillas, con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados, dormitaba un ciervo de pelo rojo y grandes cuernas.

A un lado, desde el mismo borde de la charca, se extendía un prado en miniatura, una superficie de hierba fresca y resistente que llegaba hasta la base de la amenazadora pared. Al otro lado de la charca, una suave pendiente de tierra ascendía hasta encontrarse con la pared de enfrente. La pendiente estaba cubierta de una hierba salpicada de flores, entre la que destacaban, aquí y allá, manchas de color: naranja, morado, amarillo. Hacia abajo, el cañón se cerraba. No se veía. Las paredes se juntaban de forma abrupta y el cañón terminaba en un caos de rocas cubiertas de musgo y ocultas bajo una barrera verde de enredaderas y trepadoras y de ramas de árboles. Cañón arriba se alzaban colinas y picos lejanos y grandes estribaciones revestidas de pinos, remotas. Aun más allá, como nubes sobre la frontera del cielo, se elevaban minaretes blancos, donde las nieves eternas de la sierra reflejaban, solemnes, los rayos del sol.

En el cañón no había polvo. Las hojas y las flores estaban limpias, virginales. La hierba era terciopelo nuevo. Por encima de la charca, tres álamos soltaban sus níveas pelusas para que revoloteasen en la quietud del aire. En la pendiente, las flores de un arbusto manzanita, con su corteza del color del vino, llenaban el aire de aromas primaverales, mientras las hojas, sensatas por propia experiencia, empezaban ya su giro vertical para protegerse de la próxima aridez del verano. En los espacios abiertos de la pendiente, fuera del alcance de la sombra proyectada por la manzanita, permanecían suspendidos los lirios mariposa, como si el mismo número de polillas enjoyadas hubiesen detenido el vuelo y estuviesen a punto de recuperar su

temblorosa trayectoria. Aquí y allá ese arlequín de los bosques, el madroño del Pacífico, permitía que lo sorprendieran mientras cambiaba el verde guisante de su tronco por un rojo fuerte y exhalaba al aire su fragancia desde sus grandes racimos de céreas campanas color crema, con forma de lirio de los valles y el dulce perfume propio de la primavera.

No se oía ni un susurro de viento. El aire se adormecía con su carga de perfume. Tanto aroma habría resultado empalagoso si el ambiente hubiese estado cargado y húmedo, pero estaba despejado y seco. Era como la luz de las estrellas transformada en atmósfera, salpicada y templada por la luz del sol e impregnada de la fragancia de las flores.

De vez en cuando alguna mariposa aparecía y desaparecía entre las zonas de luz y sombra. Y por encima de todo se alzaba el zumbido soporífero y grave de las abejas de montaña, sibaritas en pleno banquete que se empujaban unas a otras con cordialidad en la mesa, sin tiempo para descortesías groseras. El pequeño arroyo goteaba y murmuraba tan apaciblemente al cruzar el cañón que solo hablaba en borboteos tenues y esporádicos. La voz del arroyo era como un susurro adormecedor, a veces interrumpido por silencios y cabezadas, que volvía a oírse al despertar.

El movimiento de todas las cosas discurría en el corazón del cañón. El sol y las mariposas vagaban entre los árboles. El zumbido de las abejas y el murmullo del arroyo eran un paseo de sonido. Y el sonido y el color a la deriva parecían entrelazarse para formar un tejido delicado e intangible que constituía el alma del lugar. Se trataba de un espíritu de paz que no era muerte, sino vida que latía con suavidad, de quietud que no era silencio, de movimiento que no era acción, de reposo despierto de vida sin resultar violento debido a la lucha y las penalidades. El alma del lugar era el espíritu pacífico de lo vivo, somnoliento del alivio y la satisfacción que aporta la prosperidad, sin ser molestado por rumores de guerras lejanas.

El ciervo de pelo rojo y grandes cuernas reconocía el señorío del espíritu del lugar y dormitaba hundido hasta las rodillas en la charca fresca y sombreada. Las moscas no lo molestaban y el descanso lo volvía lánguido. A veces, cuando el arroyo se despertaba y murmuraba, movía las orejas, pero lo hacía sin ganas, sabiendo de antemano que no era más que las ganas de charlar del arroyo al descubrir que se había dormido.

Pero llegó un momento en que las orejas del ciervo se alzaron y tensaron con el ansia veloz de escuchar. Giró la cabeza hacia el cañón. Sus orificios nasales, sensibles y temblorosos, olfatearon el aire. Sus ojos no traspasaban la barrera verde a través de la que desaparecía el arroyo, pero a sus oídos llegó

la voz de un hombre. Se trataba de una voz cantarina, monótona y constante. De repente el ciervo oyó el choque estridente del metal sobre la piedra. El sonido lo llevó a resoplar, sobresaltado, y a impulsarse desde el agua a la pradera, donde sus patas se hundieron en el terciopelo nuevo mientras levantaba las orejas y volvía a olfatear el aire. Entonces cruzó furtivamente el prado diminuto, deteniéndose una y otra vez a escuchar, y abandonó el cañón como un espectro, silencioso, sin un solo ruido.

Empezó a oírse el choque de unas suelas de acero contra la piedra y la voz del hombre se volvió más audible. La alzaba en una especie de cántico que la cercanía permitió comprender al desentrañar las palabras:

> Date la vuelta y gira el rostro
> hacia las fragantes colinas de la gracia.
> (¡Desprecias la fuerza del pecado!).
> Echa un vistazo, mira a tu alrededor,
> deja el fardo de tus pecados en el suelo.
> (¡Por la mañana te encontrarás con el Señor!).

Un ruido de ascenso acompañaba a la canción y el espíritu del lugar huyó siguiendo los pasos del ciervo de pelo rojo. La barrera verde se abrió de golpe y un hombre se asomó al prado, la charca y la suave pendiente lateral. Era un hombre reflexivo. Observó la escena con una mirada que lo abarcaba todo y luego se fue fijando en cada detalle para verificar la impresión general. Entonces y no antes abrió la boca para demostrar su aprobación intensa y solemne.

—¡Por el humo de la vida y las serpientes del purgatorio! ¡Qué maravilla! ¡Árboles, agua, hierba y una ladera! ¡El deleite de cualquier buscador de oro y el paraíso del mustang! ¡Verde nuevo para la vista cansada! ¡Es mejor que cualquier medicina! ¡Un prado secreto para el minero y un lugar de descanso para los caballos cansados! ¡Sin duda!

Era un hombre de cabello rubio rojizo, aunque desvaído, y tez decolorada en cuyo rostro la amabilidad y el buen humor parecían las características más relevantes. Tenía una cara expresiva que cambiaba enseguida a la introspección y el pensamiento. Meditar era en él un proceso visible. Las ideas cruzaban su rostro como los surcos creados por el viento recorren la superficie de un lago. Su cabello, escaso y revuelto, resultaba tan indeterminado e insulso como su tez. Parecía que todo el color de su cuerpo se concentraba en los ojos, de un azul asombroso. Además, eran ojos alegres, risueños, que contenían buena parte de la ingenuidad y el asombro de un niño;

y sin embargo, aunque con timidez, albergaban mucho de la tranquila autosuficiencia y determinación sin fisuras que se basan en la propia experiencia y la del mundo.

De la barrera de enredaderas y trepadoras sacó el pico, la pala y la batea del minero y los lanzó por delante de él. Luego se arrastró para salir al claro. Llevaba un peto descolorido y una camisa negra, de algodón, botas de trabajo con clavos y un sombrero cuya falta de forma y sus manchas anunciaban el maltrato sufrido por el viento, la lluvia, el sol y el humo de las hogueras. Se mantuvo erguido, observando con los ojos como platos el secreto de aquel lugar e inhalando con placer el aire fragante y cálido de aquel jardín en el cañón, mientras sus orificios nasales se dilataban y temblaban de gusto. Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en risueñas hendiduras azules, su rostro era todo alegría y su boca se curvó para sonreír a la vez que gritaba:

—¡Por los dientes de león y las malvarrosas, qué bien huele! ¡Nada que ver con la esencia de rosas y las fábricas de perfume! ¡Esto es mucho mejor!

Tenía el hábito del soliloquio. Sus cambiantes expresiones faciales podían revelar sus pensamientos y estados de ánimo, pero la lengua los seguía forzosamente y los repetía, como un segundo Boswell.

El hombre se tumbó boca abajo en el borde de la charca y bebió un buen trago de su agua.

—Sabe bien —murmuró mientras levantaba la cabeza, miraba a la pendiente del otro lado y se limpiaba la boca con el dorso de la mano. La pendiente llamó su atención. Aún tumbado boca abajo estudió su formación sin perder detalle y durante un buen rato. Su ojo experto ascendió la ladera hasta la pared desmoronada del cañón y volvió a bajar hasta la orilla de la charca. Luego se puso de pie y examinó de nuevo la pendiente.

—Tiene buena pinta —concluyó mientras recogía el pico, la pala y la batea.

Cruzó el arroyo por debajo de la charca saltando ágilmente de piedra en piedra. Donde la pendiente rozaba el agua extrajo una palada de tierra y la depositó en la batea. Se agachó con la batea entre las manos y sumergió una parte en el arroyo. Luego le imprimió un hábil movimiento circular con el que consiguió que el agua lavase la tierra y la gravilla. Las partículas más grandes y ligeras salían a la superficie y, bajando la batea con un diestro movimiento, conseguía echarlas fuera. A veces, para acelerar las cosas, dejaba descansar la batea e introducía los dedos entre los guijarros y pedazos de piedra más grandes.

Los contenidos de la batea disminuyeron rápidamente hasta que solo quedaron la tierra más fina y los pedazos más pequeños de gravilla. Llegado a ese punto comenzó a trabajar con gran cuidado y sin prisas. Había que afinar el lavado y él lo hacía cada vez más, con un atento escrutinio y un toque delicado y puntilloso. Al final la batea parecía contener solo agua, pero con un rápido meneo circular que hizo salir el agua volando por encima del borde y adentrarse en el cauce dejó al descubierto una capa de arena negra en el fondo de la batea. Era tan fina que parecía una mancha de pintura. La examinó con atención. En medio se ocultaba una diminuta mota dorada. Echó agua con la mano a la batea y, con un rápido meneo, la hizo moverse por el fondo y dar vueltas, una y otra vez, a los granos de arena negra. Su esfuerzo se vio recompensado por la aparición de otra pequeña mota dorada.

Ahora el lavado ya era de lo más preciso y no se parecía al realizado normalmente en la minería de aluvión. Hacía que la arena negra —una pequeña parte cada vez— se extendiese por la pared de la batea hacia el borde y examinaba fijamente cada una de las partes hasta que sus ojos veían cada grano que las formaba antes de permitir que resbalaran por encima del borde y desaparecieran. Con gran celo, poco a poco, se deshizo de la arena negra. Una mota dorada, no mayor que la cabeza de un alfiler, apareció en el borde y, debido a su forma de manipular el agua, regresó al fondo de la batea. La misma operación reveló otra mota y luego otra más. Las trataba con mucho cuidado. Atendía su rebaño de motas doradas como un pastor, para que ninguna se perdiera. Al final, de la batea de tierra no quedó más que su rebaño dorado. Contó las motas y luego, tras tanto trabajo, las envió volando fuera de la batea con un último meneo del agua.

Pero sus ojos azules brillaban de deseo mientras se ponía en pie.

—Siete —murmuró como si reivindicase el total de motas por las que tanto había trabajado y de las que se había deshecho sin razón—. Siete —repitió con el énfasis de quien intenta grabarse un número en la memoria.

Permaneció un buen rato sin moverse, inspeccionando la pendiente. En sus ojos había una curiosidad nueva e irrefrenable. Su porte revelaba un regocijo y un entusiasmo como el del animal que va de caza y detecta el rastro reciente de una presa.

Dio varios pasos arroyo abajo y sacó una segunda batea llena de tierra.

Otra vez la lavó con cuidado, reunió su rebaño de motas doradas y las devolvió sin razón a las aguas del arroyo tras haber contado su número.

—Cinco —murmuró y repitió—: Cinco.

No pudo evitar examinar de nuevo la pendiente antes de llenar la batea otra vez en un punto más alejado. Su rebaño de motas doradas disminuyó. «Cuatro, tres, dos, dos, una», fueron sus cifras según avanzaba arroyo abajo. Cuando solo una mota de oro recompensó su lavado se detuvo y encendió una hoguera con ramitas secas. Puso la batea al fuego hasta que se volvió de un negro azulado. La sacó y la examinó atentamente. Luego asintió con la cabeza en señal de aprobación. Recortándose contra un fondo de ese color ni la mota más diminuta conseguiría escapársele.

Volvió al trabajo en una zona más alejada del cauce. Solo obtuvo una mota como recompensa. La tercera batea ya no contenía oro en absoluto. No satisfecho aún, lavó tres bateas más, sacando las paladas de tierra a una distancia de treinta centímetros entre sí. En ninguna encontró oro y eso, en lugar de desanimarlo, pareció satisfacerlo. Su júbilo aumentaba con cada lavado yermo hasta que se puso en pie y exclamó:

—¡Si no es lo mejor de lo mejor, que Dios me arranque la cabeza a manzanazos!

Regresó al punto donde había comenzado a lavar y empezó a hacer lo mismo pero cauce arriba. Al principio sus rebaños aumentaron y lo hicieron de forma prodigiosa. «Catorce, dieciocho, veintiuna, veintiséis», iba anotando en la memoria. Justo por encima de la charca lavó la batea más rica: treinta y cinco motas.

—Casi bastantes para guardarlas —comentó pesaroso mientras permitía que el agua las arrastrase.

El sol llegó a lo más alto del cielo. El hombre continuó trabajando. Batea a batea fue avanzando cauce arriba al tiempo que la cuenta de resultados se iba reduciendo poco a poco.

—¡Qué maravilla! ¡Cómo desaparece! —exclamó feliz cuando en una palada de tierra solo encontró una mota de oro.

Y cuando no halló ninguna en varias bateas, se enderezó y contempló la pendiente con ojos confiados.

—¡Ja, ja! ¡Señor Depósito Aluvial! —gritó como si le hablase a algún oyente oculto en algún lugar por encima de él y bajo la superficie de la pendiente—. ¡Ja, ja! ¡Señor Depósito! ¡Ya voy! ¡Prepárate que te voy a encontrar! ¿Me oyes, señor Depósito Aluvial? ¡Te encontraré tan seguro como que las calabazas no son coliflores!

Se volvió para dedicarle una mirada calculadora al sol que hacía equilibrios por encima de él, en el azul de un cielo sin nubes. Luego empezó a caminar cañón abajo, siguiendo la línea de agujeros que había hecho con la

pala para llenar la batea. Cruzó el cauce por debajo de la charca y desapareció tras la barrera verde. El espíritu del lugar tenía pocas posibilidades de volver con su quietud y reposo porque la voz del hombre, cantando sin perder el ritmo, aún dominaba el cañón y lo poseía.

Regresó al cabo de un rato, en medio de un entrechocar de metal y rocas aún mayor que antes. La pantalla verde se agitó muchísimo. Se movió hacia delante y hacia atrás en plena lucha. Se oyó un fuerte chirriar y tintinear de metales. El tono imperativo hizo que la voz del hombre se tornase más alta y aguda. Un cuerpo grande corcoveaba y jadeaba. Se oyeron chasquidos, roturas y desgarros y, en medio de una lluvia de hojas, un caballo atravesó la pantalla. Al lomo llevaba un fardo del que arrastraban pedazos de enredaderas y trepadoras. El animal observó con asombro el lugar al que había llegado de repente y luego bajó la cabeza hasta la hierba y se dedicó a pastar. Un segundo caballo trepó con dificultad, llegando incluso a resbalar en las rocas cubiertas de musgo, aunque recuperó el equilibrio cuando sus pezuñas se hundieron en la blanda superficie del prado. No llevaba jinete, pero sí una silla mexicana llena de marcas y descolorida por el uso.

El hombre cerraba la marcha. Retiró el fardo y la silla mientras buscaba el mejor sitio para acampar y dejó libres a los animales para que pastaran. Desenvolvió su comida y sacó la sartén y la cafetera. Reunió una brazada de leña seca y con unas pocas piedras organizó un lugar donde hacer fuego.

—¡Vaya! —exclamó—, pues sí que tengo hambre. Podría devorar limaduras de hierro y clavos de herradura y agradecer encantado un segundo plato.

Se enderezó y mientras buscaba las cerillas en el bolsillo de su mono, sus ojos recorrieron la charca hasta llegar a la pendiente. Sus dedos habían apretado con fuerza la caja de las cerillas, pero se relajaron y la mano quedó vacía. El hombre titubeó. Miró sus preparativos para cocinar y luego miró la pendiente.

—Creo que voy a probar suerte otra vez —decidió mientras empezaba a cruzar el arroyo—. Ya sé que no tiene sentido —murmuró en tono de disculpa —. Pero retrasar la comida una hora tampoco va a ser la muerte de nadie.

Retrocedió alrededor de un metro desde la primera línea de prueba y dio comienzo a una segunda línea. El sol empezó a descender por poniente y las sombras se alargaron, pero el hombre continuó trabajando. Comenzó una tercera línea de prueba. Iba cortando transversalmente la pendiente, línea a línea según ascendía. El centro de cada línea aportaba las bateas más ricas, mientras que los extremos no mostraban color alguno. Y a medida que subía

la pendiente las líneas se acortaban perceptiblemente. La regularidad con la que disminuía su longitud indicaba que, en algún punto ladera arriba, la última línea sería tan corta como para resultar casi inexistente y convertirse en un único punto. El dibujo se iba transformando en una V invertida. Los lados convergentes de la V indicaban los límites de la tierra que contenía oro.

Evidentemente, el vértice de la V era el objetivo del hombre. A menudo paseaba la mirada a lo largo de los lados convergentes que iban ascendiendo la ladera en un intento por adivinar dónde estaría el vértice, el punto donde ya no habría oro entre la tierra. Allí residía el señor Depósito, que era como el hombre se dirigía al punto imaginario en la pendiente, sobre él, cuando gritaba:

—¡Sal de ahí, señor Depósito! ¡Sé amable y agradable y sal de ahí!

Después, con voz resignada a actuar, añadiría:

—De acuerdo. Está bien, señor Depósito, queda claro que tendré que subir a sacarte de ahí a la fuerza. —E incluso más tarde amenazaría—: ¡Pues lo haré! ¡Lo haré!

Bajaba hasta el agua con cada batea para lavarla y a medida que ascendía la ladera las bateas aumentaban en riqueza, hasta que empezó a guardar el oro en una lata vacía de levadura que llevaba por casualidad en el bolsillo trasero. Tan concentrado estaba en su labor que no se fijó en el prolongado crepúsculo previo a la noche. Hasta que no se esforzó en vano por detectar el color del oro en el fondo de la batea no se dio cuenta de cómo había pasado el tiempo. Se enderezó de repente. Una expresión de asombro y sorpresa ante lo incomprensible se apoderó de su rostro mientras exclamaba:

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Pero si me he olvidado de comer!

Cruzó el arroyo a trompicones en la oscuridad y encendió la hoguera que llevaba tanto tiempo esperando. Cenó tortitas, beicon y alubias recalentadas. Luego fumó una pipa junto a las brasas mientras oía los ruidos nocturnos y veía la luna fluir a través del cañón. Después desenrolló la manta que le serviría de cama, se quitó las pesadas botas y se arropó hasta la barbilla. A la luz de la luna su rostro parecía blanco, como el de un cadáver. Pero aquel cadáver sabía resucitar porque el hombre se incorporó de repente, apoyado en un codo, y miró hacia la ladera.

—Buenas noches, señor Depósito —dijo medio dormido—. Buenas noches.

Durmió durante las primeras luces grises del amanecer hasta que los rayos del sol incidieron sobre sus párpados cerrados. Entonces se despertó de golpe

y miró a su alrededor hasta establecer la continuidad de su existencia e identificar su yo actual con los días vividos previamente.

Para vestirse le bastaba con atarse las botas. Miró hacia su hoguera y luego hacia su pendiente y dudó, pero luchó contra la tentación y encendió el fuego.

—No pierdas la calma, Bill; no pierdas la calma —se reprendió a sí mismo—. ¿De qué sirve ir con tanta prisa? No hace falta acalorarse y sudar. El señor Depósito te esperará, no se irá corriendo a ninguna parte antes de que desayunes. Y lo que tú necesitas, Bill, es algún alimento fresco. De ti depende conseguirlo.

Al borde del agua cortó una vara y de uno de sus bolsillos sacó un pedazo de sedal y una mosca bastante estropeada que en el pasado había sido una mosca de primera calidad.

—A ver si pican a primera hora de la mañana —murmuró mientras lanzaba el sedal a la charca. Un minuto después gritaba encantado—: ¿Qué te dije? ¿Eh? ¿Qué te dije?

No tenía carrete ni ganas de perder el tiempo y, usando la fuerza bruta y con rapidez, sacó del agua una brillante trucha de veinticinco centímetros. Tres más, atrapadas en rápida sucesión, le proporcionaron el desayuno. Cuando llegó a las piedras pasaderas que lo llevaban a su pendiente, se le ocurrió una idea repentina y se detuvo.

—Tendría que darme un paseo arroyo abajo —dijo—. Nunca se sabe quién demonios podría venir a fisgonear.

Pero cruzó sobre las piedras y, mientras repetía: «Tendría que darme ese paseo», olvidó la necesidad de ser precavido y se puso a trabajar.

Al caer la noche se enderezó. Tenía la región lumbar agarrotada de tanto agacharse y, al llevar las manos atrás para masajear los músculos doloridos, dijo:

—¡Maldita sea! ¿Será posible? ¡He vuelto a olvidarme de comer! Si no me ando con ojo me convertiré en uno de esos locos que solo comen dos veces al día.

Esa noche, mientras se arropaba con las mantas, afirmó:

—No hay nada que distraiga a un hombre más que un depósito aluvial. —Luego se despidió de la pendiente—: ¡Buenas noches, señor Depósito! ¡Buenas noches!

Tras levantarse con el sol y desayunar apresuradamente, empezó a trabajar enseguida. Parecía haberse apoderado de él una fiebre que no aplacaba ni la riqueza cada vez mayor de las bateas de prueba. Sus mejillas no solo estaban

coloradas debido al calor del sol y no le afectaban ni la fatiga ni el paso del tiempo. Cuando llenaba una batea de tierra, corría pendiente abajo para lavarla y no era capaz de volver a subir sin correr, jadeando, tropezando y blasfemando, para llenarla de nuevo.

Ya se encontraba a cien metros del agua y la Y invertida adquiría proporciones definitivas. El ancho del filón iba disminuyendo a buen ritmo y el hombre extendía, en su imaginación, los lados de la V hasta su punto de encuentro pendiente arriba, muy lejos. Esa era su meta, el vértice de la V, y para localizarlo hizo muchas cribas.

—A unos dos metros por encima del arbusto manzanita y un metro a la derecha —concluyó por fin.

Entonces fue presa de la tentación.

—Tan claro como el agua —dijo.

Y abandonó su arduo y lento camino transversal para ascender hasta el vértice indicado. Llenó una batea y bajó con ella la pendiente a fin de lavarla. No contenía ni rastro de oro. Cavó en profundidad y en superficie, llenando y lavando una docena de bateas pero sin encontrar ni la más mínima mota dorada. Se enfureció por haberse dejado llevar por la tentación y se maldijo entre blasfemias y sin orgullo. Luego descendió y recuperó su forma de avanzar transversalmente.

—Lento pero seguro, Bill. Lento pero seguro —canturreó—. Los atajos que llevan a la fortuna no son para ti y ya deberías saberlo. No seas tonto, Bill, no seas tonto. Tú solo puedes ir lento pero seguro, así que hazlo y no te desvíes.

A medida que los cortes transversales disminuían, lo que indicaba que los lados de la V iban a converger, la profundidad de la Y aumentaba. El rastro del oro se hundía en la ladera. El color solo aparecía en la batea a setenta y cinco centímetros por debajo de la superficie. No encontró nada ni en la tierra que sacó a sesenta y cinco centímetros de la superficie ni en la que excavó a noventa centímetros. En la base de la Y, junto al borde del agua, había encontrado oro entre las raíces de la hierba. Cuanto más ascendía la pendiente, más profundo se hallaba el oro. Excavar un agujero a noventa centímetros de profundidad para sacar una batea de prueba resultaba agotador y, por si fuera poco, entre el hombre y el vértice quedaban por realizar un número incontable de agujeros similares.

—Sabe Dios a qué profundidad puede llegar aún —suspiró en un momento de pausa mientras se masajeaba la espalda dolorida.

Febril a causa del deseo, con los músculos agarrotados y la espalda machacada, hiriendo y arrancando la tierra blanda y marrón con el pico y la pala, el hombre continuó abriéndose camino pendiente arriba. Tenía por delante la suave ladera salpicada de flores y perfumada con su aroma. A su espalda, la devastación. Era como si una erupción tremenda hubiese destrozado la delicada piel de la pendiente. Su lento avance era como el de una babosa que, con su rastro monstruoso, ensuciara la belleza.

A pesar de tener que cavar a mayor profundidad para encontrar oro, lo consolaba el hecho de que cada batea fuese más rica. Veinte, treinta, cincuenta, sesenta centavos era el valor del oro que iba encontrando en las bateas y al anochecer lavó la más extraordinaria de todas, que le proporcionó polvo de oro por valor de un dólar en una sola palada de tierra.

—Me juego el cuello a que algún fisgón vendrá a entrometerse en mi prado —murmuró medio dormido esa noche al subirse la manta hasta la barbilla.

De repente, se sentó de un salto.

—¡Bill! —exclamó bruscamente—. Escúchame, Bill, ¿me oyes? Mañana por la mañana tienes que ir a dar una vuelta para ver qué pasa. ¿Entiendes? Mañana por la mañana, ¡no te olvides!

Bostezó y miró hacia su pendiente.

—Buenas noches, señor Depósito —dijo.

Por la mañana le ganó la partida al sol, porque ya había terminado de desayunar cuando sus primeros rayos lo iluminaron ascendiendo la pared del cañón donde se desmoronaba y permitía el acceso. En la cima se encontró en medio de la soledad. Hasta donde le alcanzaba la vista, las cadenas montañosas subían y bajaban. Hacia el este sus ojos, saltando los kilómetros entre cordillera y cordillera y entre muchas de ellas, al final se detuvieron en la sierra de cumbre nevada, la cima más importante, donde la espina dorsal del mundo occidental se recortaba contra el cielo. Al norte y al sur vio con mayor claridad los sistemas transversales que rompían la tendencia principal del mar de montañas. Hacia el oeste las cordilleras descendían unas tras otra, disminuían hasta convertirse en las suaves estribaciones que a su vez declinaban para adentrarse en el gran valle que no podía ver.

Y en toda aquella enorme extensión de tierra no vio rastro del hombre ni de su obra, excepto el seno desgarrado de la pendiente a sus pies. El hombre observó con cuidado durante mucho tiempo. En un momento dado creyó ver, muy por debajo de su propio cañón, un leve rastro de humo. Volvió a mirar y

decidió que se trataba de la neblina púrpura de las colinas oscurecida por una circunvolución de la pared del cañón a su espalda.

—¡Eh, señor Depósito! —gritó hacia abajo, en dirección al cañón—. ¡Sal a la luz de una vez, que ya voy! ¡Señor Depósito, ya voy!

Las pesadas botas de trabajo le daban un aire torpe, pero descendió desde aquella altura de vértigo con tanta ligereza y agilidad como una cabra salvaje. Una roca que se movió bajo su pie en el borde del precipicio no consiguió perturbarlo. Parecía saber el tiempo exacto necesario para que el desprendimiento culminase en desastre y, mientras, utilizaba el paso en falso como el contacto momentáneo con la tierra que precisaba a fin de llegar a lugar seguro. Donde la tierra se inclinaba tanto que resultaba imposible mantenerse erguido ni siquiera durante un segundo, el hombre no dudó. Su pie presionaba la superficie imposible durante una fracción del segundo fatal y le proporcionaba el impulso que le hacía avanzar. Después, cuando incluso una pisada de una fracción de un segundo resultaba impensable, progresaba balanceando el cuerpo y asiendo momentáneamente con la mano algún pedazo de roca que sobresaliese, una grieta o algún arbusto enraizado de forma precaria. Al fin, con un salto y un grito desenfrenados, cambió la superficie de la pared por un desprendimiento de tierra y puso fin al descenso en medio de varias toneladas de gravilla y tierra.

La primera batea de la mañana le proporcionó dos dólares de oro en pepitas. Provenía del centro de la V. A cada lado el valor de las bateas disminuía con rapidez. Las líneas de agujeros transversales ya eran muy cortas. Solo unos pocos metros separaban los lados convergentes de la V invertida. El punto de encuentro se encontraba a unos metros por encima de él. Pero la veta se hundía cada vez más en la tierra. A primera hora de la tarde tenía que excavar metro y medio para encontrar restos de oro en las bateas.

Aunque ya no se trataba de restos de oro, sino de algo más: era una verdadera mina de aluvión, un placer, y el hombre decidió volver a esa zona para lavar aquella tierra tras haber encontrado el depósito. Pero la riqueza cada vez mayor de las bateas empezaba a preocuparlo. A finales de la tarde el valor de las bateas ya era de tres o cuatro dólares. El hombre se rascó la cabeza, perplejo, y miró un poco más arriba, hacia el arbusto manzanita que aproximadamente marcaba el vértice de la V. Negó con la cabeza y, profético, dijo:

—Una de dos, Bill, una de dos. O el señor Depósito se ha derramado pendiente abajo o es tan rico que no vas a poder llevártelo todo contigo. Y eso sería una auténtica pesadilla, ¿no crees?

Luego se rió al prever un dilema tan agradable.

La noche lo encontró en la orilla del arroyo, mientras sus ojos luchaban con la oscuridad creciente para terminar de lavar una batea de cinco dólares.

—Ojalá tuviese luz eléctrica para poder seguir trabajando —dijo.

Esa noche le costó dormir. Se serenó muchas veces y cerró los ojos para que el sueño se apoderase de él, pero su sangre latía con un deseo demasiado fuerte, de manera que los ojos acababan por abrirse de nuevo y él murmuraba agotado: «Ojalá amaneciese».

Al final se durmió, pero abrió los ojos en cuanto las estrellas empezaron a apagarse y el gris del amanecer lo sorprendió ya desayunado y ascendiendo la pendiente en dirección al domicilio secreto del señor Depósito.

En la primera línea transversal que hizo solo había espacio para tres agujeros, tan estrecha era ya la veta y tan cerca se hallaba él del nacimiento de aquel cauce dorado que llevaba cuatro días siguiendo.

—Con calma, Bill, con calma —se reprendió mientras comenzaba a cavar el último agujero, donde los lados de la V se unían por fin en un mismo punto —. Te tengo dominado, señor Depósito, y no podrás librarte de mí —repitió muchas veces al ahondar cada vez más en el hoyo.

Se adentró en la tierra un metro y veinte centímetros; un metro y medio; un metro ochenta. Cada vez era más difícil cavar. El pico chirrió sobre un pedazo de roca. La examinó. «Cuarzo friable», fue la conclusión a la que llegó cuando con la pala limpió de tierra suelta el fondo del agujero. Atacó con el pico el cuarzo desmenuzable, reventando la piedra con cada uno de sus golpes.

Hundió la pala en la masa suelta. Sus ojos detectaron un brillo amarillo. Soltó la pala y se acuclilló. Como limpia de tierra el granjero las patatas recién cogidas, así limpió él el cuarzo friable que sujetaba en las manos.

—¡Por la muerte de Sardanápalo! —exclamó—. ¡Lo hay a trozos, a pedazos enteros! ¡A trozos, a pedazos!

En la mano solo sujetaba media piedra. La otra mitad era oro puro. La dejó caer en la batea y examinó otro pedazo. Se veía poco amarillo, pero con sus fuertes dedos deshizo el cuarzo friable hasta que sus dos manos quedaron llenas del brillo dorado. Limpió la tierra de un fragmento tras otro para luego echarlos en la batea. Aquello era un tesoro. Allí había mucho más oro que cuarzo. De vez en cuando encontraba un pedazo que no llevaba añadida piedra alguna, que era de oro puro. Un trozo, donde el pico había llegado al centro del oro, brillaba como un puñado de diamantes amarillos; inclinó la

cabeza y le dio la vuelta despacio para observar el efecto de la luz al incidir sobre él.

—¡Tanto hablar de las excavaciones de Demasiado Oro! —resopló con desdén el hombre—. Pues esto las dejará a la altura del betún. Esta excavación es de oro puro. Y aquí y ahora bautizo este cañón como el Cañón de Oro Puro. ¡Eso mismo!

Aún acuclillado, continuó examinando los fragmentos y lanzándolos a la batea. De repente presintió el peligro. Le pareció que una sombra había caído sobre él. Pero no había sombra. El corazón le había dado un vuelco y sintió que se ahogaba. Se le fue enfriando la sangre poco a poco y notó el frío del sudor de la camisa sobre la carne.

No se puso en pie de un salto ni miró a su alrededor. No se movió. Reflexionaba sobre la naturaleza de la premonición que había sentido, intentaba localizar la fuente de la fuerza misteriosa que lo previno, luchaba por percibir la presencia categórica de aquello que lo amenazaba y que él no había visto. Las cosas tienen un aura hostil que ponen de manifiesto unos mensajeros demasiado refinados para los sentidos; esa aura era lo que él sentía, pero no sabía cómo. Era como si una nube pasara sobre el sol. Como si entre él y la vida se interpusiera algo oscuro, asfixiante y amenazador; una especie de tinieblas que absorbiesen la vida y condujesen a la muerte: su muerte.

Toda la fuerza de su ser lo empujaba a ponerse en pie de un salto y enfrentarse a ese peligro invisible, pero su alma consiguió dominar el pánico y permaneció acuclillado, con un pedazo de oro en las manos. No se atrevía a mirar a su alrededor, pero ahora ya sabía que había algo a su espalda, por encima de él. Hizo como que continuaba interesado por el oro que sujetaba en la mano. Lo examinó atentamente, dándole vueltas y limpiando la tierra que se le pegaba. Pero siempre sabiendo que algo a su espalda miraba el oro por encima de su hombro.

Mientras mostraba interés por el pedazo de oro, escuchaba atentamente y oyó la respiración de la cosa que tenía detrás. Registró el suelo frente a él en busca de un arma, pero solo vio el oro desenterrado, que ahora, en aquella situación extrema, no valía nada para él. Tenía el pico, un arma útil en determinadas ocasiones, pero no en aquella. El hombre comprendió el aprieto en el que se hallaba: ocupaba un agujero estrecho de más de dos metros de profundidad. Su cabeza no asomaba a la superficie. Estaba en una trampa.

Permaneció acuclillado. Se mantenía frío y sereno, pero su mente, al tener en cuenta todos los factores, solo le mostró su indefensión. Continuó

limpiando la tierra de los fragmentos y arrojando el oro a la batea. No podía hacer otra cosa. Aunque sabía que antes o después iba a tener que levantarse y enfrentarse al peligro que respiraba tras él. Transcurrieron los minutos y con cada uno supo que se acercaba el momento de levantarse o… —al pensarlo, la camisa húmeda volvió a pegarse fría a su carne—… o moriría acuclillado sobre su tesoro.

Y aun así siguió agachado, limpiando el oro y debatiendo de qué forma se pondría en pie. Podía hacerlo a toda velocidad, abriéndose paso hasta la superficie para encarar a lo que fuera que lo amenazaba en el exterior. O podía incorporarse despacio, con aire despreocupado y fingir que por casualidad descubría aquello que respiraba a su espalda. Su instinto y hasta la última fibra luchadora de su cuerpo eran partidarios de la salida veloz al exterior. Su intelecto y toda la astucia que albergaba preferían el encuentro lento y cauto con aquello que lo amenazaba y que no podía ver. Mientras pensaba, un terrible estruendo estalló en su oído. Al mismo tiempo recibió un golpe inmovilizador en la parte izquierda de la espalda, desde cuyo punto de impacto un río de fuego atravesó su carne. Dio un salto en el aire, pero cayó antes de lograr ponerse en pie. Su cuerpo se derrumbó como una hoja marchita por un calor repentino y cayó de bruces, el pecho sobre la batea y el rostro entre la tierra y la roca, con las piernas enredadas y retorcidas debido al poco espacio existente en el fondo del hoyo. Las piernas se contrajeron convulsivamente varias veces. El cuerpo tembló como invadido por una fiebre grandiosa. Se produjo una lenta dilatación de los pulmones, acompañada de un profundo suspiro. Luego el aire fue exhalado despacio, muy lentamente, y con la misma lentitud el cuerpo se fue quedando inerte.

Desde arriba, revólver en mano, un hombre miraba hacia abajo al borde del agujero. Permaneció un buen rato observando el cuerpo inmóvil y boca abajo. Al cabo de un tiempo el desconocido se sentó en la orilla del hoyo para ver mejor y apoyó el revólver en una de sus rodillas. Echó la mano al bolsillo y sacó un trocito de papel marrón. Le añadió unas hebras de tabaco. La combinación se convirtió en un cigarrillo, marrón y achaparrado, con las puntas enrolladas. Ni una sola vez apartó los ojos del cuerpo que yacía en el agujero. Encendió el cigarrillo y se llenó los pulmones de humo con una inspiración pausada. Fumaba sin prisas. En una ocasión se le apagó el cigarrillo y volvió a encenderlo. Siempre sin dejar de observar el cuerpo del fondo.

Al final arrojó la colilla lejos de él y se puso de pie. Se acercó al borde mismo del hoyo. Lo abarcó con una mano descansando en cada extremo y,

con el revólver aún en la derecha, descendió el cuerpo a puro músculo. Cuando los pies se encontraban a un metro del fondo, se soltó y se dejó caer.

En el mismo instante en que sus pies rozaron el suelo, vio salir disparado el brazo del minero y sintió un tirón rápido y repentino que lo derribó. Debido al salto, la mano del revólver se encontraba sobre su cabeza. Pero por muy rápido que hubiese sido el tirón en las piernas, igual de rápido bajó él el revólver. Aún estaba en el aire, terminando de caer, cuando apretó el gatillo. La explosión en aquel espacio tan pequeño resultó ensordecedora. El humo llenó el agujero y le impidió ver. Cayó al fondo boca arriba y, como un gato, el cuerpo del minero acabó sobre él. Mientras el minero saltaba encima, el desconocido giró el brazo derecho para disparar y en ese momento el minero, con un rápido movimiento del codo, le dio un golpe en la muñeca. Así desvió el cañón hacia arriba y la bala se hundió en la tierra del lateral.

Al instante el desconocido sintió que la mano del minero sujetaba su muñeca. Ahora luchaban por el revólver. Cada uno intentaba dirigirlo contra el cuerpo del otro. El humo empezaba a disiparse. El desconocido, boca arriba, empezaba a ver algo cuando de repente lo cegó un puñado de tierra que su antagonista le había arrojado a los ojos deliberadamente. En ese momento de sorpresa perdió el control del revólver. Enseguida sintió que una oscuridad violenta se apoderaba de su cerebro y en medio de las tinieblas todo acabó, incluso la oscuridad.

Pero el minero disparó una y otra vez hasta vaciar el revólver. Luego lo arrojó lejos de él y, haciendo un esfuerzo por recuperar el aliento, se sentó sobre las piernas del muerto. El minero sollozaba y luchaba por respirar.

—¡Perro miserable! —jadeó—. Acampado tras mi rastro para dejarme hacer el trabajo y luego pegarme un tiro por la espalda.

Lloraba de enfado y de agotamiento. Miró el rostro del muerto. Estaba salpicado de tierra y gravilla y costaba distinguir los rasgos.

—Nunca lo había visto —concluyó el minero tras su escrutinio—. Un ladrón común y corriente, ¡maldito sea! ¡Y me disparó por la espalda! ¡Me pegó un tiro por la espalda!

Se abrió la camisa y se palpó el costado izquierdo por delante y por detrás.

—¡Entró por un lado y salió por el otro sin causar daños! —exclamó feliz —. Seguro que apuntó bien para acabar conmigo y luego desvió el cañón al apretar el gatillo, el muy condenado. ¡Pero me he ocupado de él! ¡Sí, señor!

Sus dedos investigaban el agujero de bala del costado y un gesto triste nubló su rostro.

—Esto va a ser peor que el infierno —dijo—. Y solo yo puedo curarme y salir de aquí.

Se arrastró al exterior del agujero y descendió la pendiente hasta su campamento. Regresó media hora después, guiando el caballo de carga. La camisa abierta dejaba ver el tosco vendaje con el que había cubierto la herida. Le costaba mover la mano izquierda y lo hacía con lentitud, pero eso no le impedía usar el brazo.

Pasó la cuerda de la carga por debajo de los hombros del muerto y así pudo sacarlo del agujero. Luego se dedicó a reunir su oro. Trabajó a buen ritmo durante varias horas, deteniéndose a menudo para descansar el hombro agarrotado y exclamar:

—¡Me disparó por la espalda, el muy miserable! ¡Me disparó por la espalda!

Una vez limpio el tesoro y bien envuelto en varios paquetes cubiertos con mantas, hizo un cálculo de su valor.

—Cuatrocientas libras o no me llamo Bill —concluyó—. Pongamos que la mitad es cuarzo y tierra, por lo que me quedan doscientas libras de oro. ¡Bill! ¡Despierta! ¡Doscientas libras de oro! ¡Cuarenta mil dólares! ¡Y son tuyos! ¡Todos tuyos!

Se rascó la cabeza, encantado, y sus dedos tropezaron con una ranura desconocida. La tanteó a lo largo de varios centímetros. Se trataba de una raya que le cruzaba el cuero cabelludo donde lo había rozado la segunda bala.

Caminó enfadado hasta el muerto.

—Era lo que querías, ¿no? —lo intimidó—. Era lo que querías. Pero me ocupé de ti y además voy a darte un entierro decente. Que es más de lo que habrías hecho por mí.

Arrastró el cuerpo hasta el borde del hoyo y lo empujó dentro. Se estrelló contra el fondo con un ruido sordo, de lado y el rostro hacia arriba, en dirección a la luz. El minero miró hacia abajo.

—¡Y me disparaste por la espalda! —dijo en tono acusador.

Llenó el agujero ayudándose del pico y la pala. Luego cargó el oro en el caballo. Era demasiada carga para el animal y, al llegar al campamento, pasó una fracción de ella al otro caballo, al que llevaba la silla de montar. Aun así, se vio obligado a abandonar parte de su equipo: el pico, la pala, la batea, la comida de reserva, los utensilios para cocinar y alguna otra cosa.

El sol había alcanzado el cénit cuando el hombre obligó a los caballos a cruzar la barrera de trepadoras y enredaderas. Para superar las enormes rocas, los animales tuvieron que ponerse a dos patas y luchar a ciegas con la

enmarañada masa de vegetación. El caballo de montar incluso llegó a caerse y el hombre lo liberó de la carga para ayudarlo a levantarse. Cuando por fin se pusieron de nuevo en marcha, el hombre sacó la cabeza entre las hojas y miró hacia la ladera.

—¡Perro miserable! —dijo y desapareció.

Se oyeron los chasquidos de las ramas y las enredaderas al romperse. Los árboles se movieron en oleadas, señalando el paso de los animales entre ellos. Las herraduras de acero chocaron contra las piedras y de vez en cuando sonaba un juramento o una orden gritada con fuerza. Luego la voz del hombre se elevó para cantar:

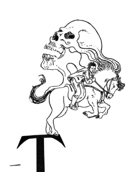
Date la vuelta y gira el rostro
hacia las fragantes colinas de la gracia.
(¡Desprecias la fuerza del pecado!).
Echa un vistazo, mira a tu alrededor,
deja el fardo de tus pecados en el suelo.
(¡Por la mañana te encontrarás con el Señor!).

La canción se fue distanciando cada vez más y con el silencio regresó el espíritu del lugar. El arroyo volvió a dormitar y hablar en susurros; aumentó el zumbido soporífero de las abejas. En el aire cargado de aromas revoloteaban las níveas pelusas de los álamos. Las mariposas vagaban entre los árboles y, por encima de todo, brillaba con fuerza el silencioso sol. Solo quedaban las huellas de las herraduras en el prado y la ladera desgarrada como muestras del rastro alborotador de aquella vida que había roto la paz del lugar para luego seguir adelante.

[1905]



La güija



TENGO DERECHO a saberlo —dijo la joven.

Su voz transmitía determinación. En ella no había ni rastro de súplica, aunque se trataba de esa determinación a la que se llega tras un largo período de súplica. Pero en su caso no había suplicado con el habla, sino con el temperamento. Sus labios se mantuvieron mudos, pero su rostro, sus ojos y la actitud de su alma se habían mostrado durante mucho tiempo elocuentes e inquisitivos. El hombre se había percatado, aunque sin contestar, y ahora ella le exigía, con la palabra hablada, una respuesta.

—Tengo derecho —repitió la joven.

—Ya lo sé —respondió él, desesperado e impotente.

Ella aguardó, en el silencio posterior, con la mirada fija en la luz que se filtraba entre las elevadas ramas y bañaba los troncos enormes de las secuoyas con una tenue calidez. La luz, sometida y de color, casi parecía irradiar de los propios troncos, tal era la fuerza con que su tonalidad la saturaba. La joven veía sin ver, como oía sin oír el intenso borboteo del arroyo que fluía al fondo del cañón.

Volvió a mirar al hombre.

—¿Y bien? —preguntó con esa firmeza que finge creer en una obediencia inminente.

Estaba sentada muy erguida, con la espalda apoyada en un tronco caído, mientras él yacía cerca, de lado, con un codo en el suelo y la mano sujetando la cabeza.

—Mi querida Lute —murmuró él.

Ella se estremeció al oír su voz, no porque le resultase repulsiva sino porque debía luchar contra la fascinación que ejercía sobre ella su ternura acariciadora. Conocía muy bien el atractivo de aquel hombre, la abundancia de sosiego y descanso que prometía cada dulce entonación de su voz, el simple roce de una mano sobre la otra o la mera impresión de su aliento en el cuello o la mejilla. El hombre no podía expresarse por medio de la palabra, la mirada o el tacto sin intercalar en la expresión, de forma sutil y secreta, la sensación provocada por una mano que roza y, al rozar, acaricia suave y

dulcemente. Esa caricia penetrante no resultaba empalagosa por su dulzura, ni melifluamente sentimental, ni lacrimosa debido a la locura del amor. Era enérgica, persuasiva, masculina. En ese sentido, el hombre no era totalmente consciente de ella, solo en parte se daba cuenta. Y se trataba de una parte —como el aliento de su alma— involuntaria y sin premeditación.

Pero en ese momento, resuelta y desesperada, la joven se armó de valor para enfrentarse a él. El hombre intentó mirarla y se encontró con la mirada imperturbable de sus ojos grises bajo unas cejas tranquilas, sin fruncir, por lo que dejó caer la cabeza sobre la rodilla de ella. La joven le acarició con suavidad el cabello y a su rostro asomaron el interés y la ternura. Pero cuando él volvió a levantar la mirada hacia ella, sus ojos grises se mantenían imperturbables y las cejas tranquilas y sin fruncir.

—¿Qué más puedo decirte? —preguntó él. Alzó la cabeza y se enfrentó a su mirada—. No puedo casarme contigo. No puedo casarme con ninguna mujer. Te quiero, ya lo sabes, más que a mi vida. Si te comparo con lo mejor de la vida, tú siempre sales ganando. Lo daría todo por poseerte, sin embargo no debo hacerlo. No puedo casarme contigo. Nunca podré casarme contigo.

Ella apretaba los labios en su esfuerzo por controlarse. La cabeza de él volvía a hundirse en las rodillas de ella cuando lo frenó.

—¿Estas casado, Chris?

—¡No! ¡No! —gritó él con vehemencia—. Nunca me he casado. Solo quiero casarme contigo y no puedo.

—Entonces…

—¡No! —la interrumpió—. ¡No preguntes!

—Tengo derecho a saberlo —repitió ella.

—Ya lo sé —volvió a contestar él—. Pero no puedo decírtelo.

—No me has tenido en cuenta, Chris —siguió hablando la joven con ternura.

—Ya lo sé. Lo sé —intervino él.

—No puedes haber pensado en mí. No te imaginas lo que debo soportar de mi familia por tu culpa.

—Nunca creí que me tuvieran tan poco aprecio —respondió con rencor.

—Es verdad. A duras penas te toleran. No te lo transmiten, pero casi podría decirse que te odian. Y soy yo quien ha de soportarlo. Aunque no siempre ha sido así. Al principio te apreciaban como… como yo. Pero eso fue hace cuatro años. Fue transcurriendo el tiempo, un año, dos, y ellos empezaron a ponerse en tu contra. Aunque no podemos reprochárselo. Tú no decías nada. Ellos creían que estabas destrozando mi vida. Ya han pasado

cuatro años y ni una sola vez les has hablado de matrimonio. ¿Qué iban a pensar? Lo que han pensado: que estás destrozando mi vida.

Mientras hablaba, la joven continuaba pasando los dedos entre el cabello de él con ternura, afligida por el dolor que le estaba provocando.

—Al principio te apreciaban. ¿Quién puede evitar apreciarte? Pareces extraer afecto de todos los seres vivos como los árboles extraen la humedad de la tierra. Llega a ti como si fuese tu derecho natural. La tía Mildred y el tío Robert pensaban que no había nadie como tú. El sol salía y se ponía en ti. Opinaban que yo era la joven más afortunada del mundo por contar con el amor de un hombre como tú. «Porque parece que así es», solía decir el tío Robert mientras me miraba con picardía. Claro que te apreciaban. La tía Mildred solía suspirar, miraba al tío con aire coqueto y decía: «Cuando pienso en Chris casi deseo ser joven otra vez», y el tío le respondía: «No me extraña, querida, no me extraña en absoluto». Y luego los dos me sonreían y me felicitaban por haber ganado el amor de un hombre como tú.

»Además, sabían que yo te amaba. ¿Cómo iba a ocultarlo? ¡Eso tan grande y maravilloso que había llegado a mi vida y absorbía todos mis días! Durante cuatro años, Chris, he vivido solo para ti. Cada momento era tuyo. Despierta, te amaba. Dormida, soñaba contigo. Tú moldeaste todos mis actos, actuaba pensando en ti. Incluso tu presencia invisible daba forma a mis pensamientos. No hubo ni uno solo de mis planes, ya fuese importante o insignificante, en el que tú no tomases parte.

—No tenía ni idea de estar imponiéndote semejante esclavitud —murmuró él.

—Tú no imponías nada. Siempre me dejaste hacer mi voluntad. Eras tú el esclavo obediente. Hacías las cosas por mí sin ofenderme. Te anticipabas a mis deseos sin aparentarlo, tan natural e inevitable era todo lo que hacías por mí. Como he dicho, sin ofenderme. No eras un títere. No te deshacías en atenciones. ¿No lo entiendes? No parecía que hicieras nada, pero de alguna forma las cosas se hacían de manera natural.

»La esclavitud la imponía el amor. Era mi amor por ti la causa de que absorbieras todos mis días. No entrabas a la fuerza en mis pensamientos. Siempre te adentrabas sigilosamente y siempre estabas allí. Nunca sabrás hasta qué extremo.

»Pero con el transcurrir del tiempo la tía Mildred y el tío empezaron a sentir antipatía por ti. Tuvieron miedo. ¿Qué iba a ser de mí? Estabas destrozando mi vida. ¿La música? Ya sabes que mi sueño de ser alguien en el mundo de la música se ha desvanecido. La primavera en la que te conocí tenía

veinte años y estaba punto de irme a Alemania. Quería volcarme en estudiar. Eso fue hace cuatro años y sigo aquí, en California.

»Había otros pretendientes. Tú los echaste a todos. ¡No! ¡No! No me he expresado bien. Fui yo quien los echó a todos. ¿Qué me importaban a mí otros pretendientes, qué me importaba cualquier otra cosa, si tú estabas cerca? Pero, como he dicho, la tía Mildred y el tío tuvieron miedo. La gente empezó a comentar: los amigos, los entrometidos y demás fauna. El tiempo pasaba. Tú no hablabas y yo solo podía hacer conjeturas. Sabía que me amabas. Al principio fue el tío quien empezó a hablar en tu contra y luego también la tía Mildred. Ya sabes que para mí han sido siempre unos padres. No podía defenderte. Sin embargo, permanecí fiel a ti. Me negué a hablar de ti. Oculté mis emociones. Se produjo una especie de distanciamiento entre nosotros: el tío Robert andaba siempre con cara de funeral y la tía Mildred tenía el corazón deshecho. Pero ¿qué podía hacer yo, Chris? ¿Qué podía hacer?

El hombre, de nuevo con la cabeza sobre la rodilla de ella, gimió pero no contestó.

—La tía Mildred había sido una madre para mí. Sin embargo, dejé de compartir mis confidencias con ella. El libro de mi niñez se había cerrado. Fue un libro muy tierno, Chris. A veces, cuando lo pienso, se me llenan los ojos de lágrimas. Pero eso da igual. También he sido muy feliz. Me alegro de poder hablar sinceramente de mi amor por ti. Y alcanzar esa franqueza ha sido delicioso. Te quiero, Chris. Te quiero… no sabes cuánto. Lo eres todo para mí e incluso más. ¿Recuerdas el árbol de Navidad de los niños, cuando jugamos a la gallinita ciega y tú me agarraste del brazo así, con tanta fuerza que grité de dolor? Nunca te lo dije, pero me salió un buen cardenal en el brazo. Y no te imaginas lo encantada que estaba yo. Allí, en negro y morado, se veía la marca de tus dedos. Tus dedos, Chris, tus dedos. Tu roce hecho visible. Lo tuve una semana y no paré de besar las marcas. Me fastidió que desaparecieran. Pensé en volver a magullar el brazo para conservarlas. Sentía celos del blanco que regresaba y hacía desaparecer el cardenal. De alguna forma… ¡Oh, no sé explicarlo, pero te quería tanto!

Se hizo el silencio y ella continuó acariciándole el cabello, mientras observaba, distraída, una gran ardilla gris, alborotadora y muy divertida, que corría dando saltitos de un lado a otro en la distancia, entre las secuoyas. Un pájaro carpintero que perforaba con energía un tronco caído llamó su atención y desvió la mirada hacia él. El hombre no levantó la cabeza. Al contrario, acercó aún más el rostro a la rodilla de ella mientras el movimiento de sus hombros indicaba la dificultad con la que respiraba.

—Tienes que contármelo, Chris —dijo la joven con ternura—. Este misterio me está matando. Debo saber por qué no podemos casarnos. ¿Vamos a seguir siempre así, siendo solo novios que se ven a menudo, eso es verdad, pero que también soportan las largas ausencias entre encuentros? ¿Es lo único que el mundo nos reserva a ti y a mí, Chris? ¿Nunca seremos más el uno para el otro? Sí, ya sé que es bueno amar, tú me has hecho terriblemente feliz; pero a veces me superan las ansias de tener algo más. Quiero más de ti, Chris. Lo quiero todo. Quiero que pasemos juntos todos los días que nos quedan. Quiero el compañerismo, la camaradería que ahora no podemos tener y que será nuestra cuando nos casemos. —Contuvo la respiración—. Pero nunca nos casaremos. Lo olvidaba. Y tú debes decirme por qué.

El hombre alzó la cabeza y la miró a los ojos. Tenía esa costumbre: hablara con quien hablase siempre miraba a los ojos.

—He pensado en ti. Lute —dijo con tenacidad—. Te he tenido en cuenta desde el principio. No tenía que haber seguido adelante con esto. Debí marcharme. Lo sabía. Pensé en ti a la luz de ese conocimiento y sin embargo… no me marché. ¡Dios mío!, ¿qué podía hacer? Te amaba. No podía irme. No fui capaz de evitarlo. Me quedé. Tomé decisiones, sí, pero no las llevé a cabo. Era como un borracho. Tú me embriagabas. Fui débil, lo sé. Fracasé. No pude irme. Lo intenté. Me marché… lo recordarás, aunque no supiste por qué. Ahora lo sabes. Me marché, pero no conseguí permanecer alejado. Sabiendo que nunca podríamos casarnos, regresé a tu lado. Y ahora estoy aquí, contigo. Oblígame a marcharme, Lute. Yo no tengo fuerzas para irme.

—Pero ¿por qué tendrías que irte? —preguntó ella—. Además, antes de poder echarte de mi lado debo saber el porqué.

—No preguntes.

—Dímelo —insistió ella, entre tierna y categórica.

—No, Lute, no me obligues —rogó el hombre. Había emoción en el tono, pero también en la mirada.

—Tienes que decírmelo —perseveró la joven—. Es justo, me lo debes.

El hombre vaciló.

—Si lo hago… —empezó a decir con dudas, pero acabó muy decidido—: Jamás me lo perdonaría. No, no puedo decírtelo. No intentes obligarme, Lute. Lo lamentarías tanto como yo.

—Si hay algo que… si existen obstáculos… si ese misterio de verdad impide que… —hablaba despacio, entre pausas largas, buscando la forma más delicada de formular sus pensamientos—. Chris, te quiero. Te quiero

tanto como pueda amar una mujer, de eso estoy segura. Si ahora me dijeras «ven», me iría contigo. Te seguiría a donde tú me llevases. Sería tu paje, como en la antigüedad, cuando las damas acompañaban a sus caballeros a tierras lejanas. Eres mi caballero, Chris, y no puedes hacer nada malo. Tu voluntad es mi deseo. En otro tiempo temí la censura del mundo. Ahora que formas parte de mi vida ya no tengo miedo. Por ti me reiría del mundo y de sus críticas, también por mí. Me reiría porque te tendría a ti y tú significas más para mí que la buena voluntad y la aprobación del mundo. Si me dices «ven», me iré…

—¡No! ¡No! —gritó él—. ¡Es imposible! Dejando a un lado lo del matrimonio, ni siquiera puedo decirte «ven». No me atrevo. Te lo demostraré. Te lo contaré.

Se sentó junto a ella en un gesto lleno de decisión. Tomó su mano y la sostuvo con fuerza entre las suyas. Sus labios se movieron a punto de hablar. El misterio temblaba por manifestarse. El aire latía con su presencia. Como si se tratara de un decreto irrevocable, la joven se armó de valor para escuchar. Pero el hombre se detuvo y permaneció mirando fijamente frente a él. Notó que la presión de su mano se relajaba y le dio un pequeño apretón comprensivo para animarlo. Percibió que la rigidez abandonaba el cuerpo tenso de él y supo que cuerpo y alma se relajaban al mismo tiempo. El momento de decisión había pasado. No hablaría, estaba segura. Como también sabía, con la certidumbre que aporta la fe, que era porque no podía hacerlo.

Ella también miraba al frente, con el corazón helado, como si la esperanza y la felicidad hubiesen muerto. Observó que el sol parpadeaba entre las secuoyas de troncos cálidos. Pero lo hizo de forma mecánica, ausente. Miraba la escena como si se encontrara muy lejos, sin interés alguno, como si fuera ajena a todo aquello y ya no formase parte de la tierra, los árboles y las flores que tanto amaba.

Tan alejada de todo parecía que fue consciente de sentir una curiosidad extrañamente impersonal por lo que la rodeaba. En una zona próxima observó un castaño de Indias en plena flor como si lo viera por primera vez. Sus ojos se detuvieron en un grupo amarillo de linternas de Diógenes que crecían en el límite de un claro. Las flores siempre conseguían que se estremeciera de placer, pero en aquel momento no sintió nada. Las observaba despacio, pensativa, como un adicto al hachís, muy drogado, observaría una flor imaginaria que se entrometiera en su visión. A sus oídos llegaba la voz del arroyo, un viejo gigante adormilado, de garganta ronca, que susurraba y

murmuraba sus fantasías somnolientas. Pero la fantasía de ella no se despertó, como solía ocurrir; aquel sonido no le pareció más que el del agua al fluir sobre las rocas del fondo del cañón, tan profundo. Eso y nada más.

Paseó la mirada más allá de las linternas de Diógenes y llegó al claro. Hundidos hasta las rodillas en la avena silvestre de la ladera pastaban dos caballos, ambos alazanes, perfectamente combinados, de un dorado cálido a la luz del sol, el pelaje brillante, como si tuviese mechas debido a los destellos de colores que refulgían como joyas encendidas. Se dio cuenta, y casi se sorprendió, de que uno era su yegua, *Dolly*, compañera de su niñez y juventud, sobre cuyo cuello había llorado penas y cantado alegrías. Al verla se le llenaron los ojos de lágrimas y regresó desde su estado de ánimo apartado, despierta debido a la pasión y a la pena, para volver a formar parte del mundo.

El hombre se inclinó hacia delante, totalmente relajado, y, dejando escapar un gemido, volvió a apoyar la cabeza en la rodilla de ella. La joven se dobló sobre él y posó los labios con suavidad, despacio, en su cabello.

—Venga, vámonos —susurró.

Contuvo el aliento en una especie de sollozo y tensó los labios al incorporarse. El rostro de él estaba terriblemente pálido, tanto lo había afectado la lucha que acaba de mantener. No se miraron, caminaron directamente hacia los caballos. Ella apoyó la cabeza en el cuello de *Dolly* mientras él tensaba las cinchas. Luego tomó las riendas y aguardó. Él la miró al tiempo que se inclinaba, solicitando perdón con los ojos y, en ese momento, los ojos de ella respondieron. Apoyó el pie en las manos de él y se impulsó hasta la silla. Sin hablar, sin volver a mirarse, hicieron girar a los caballos y tomaron la estrecha senda que zigzagueaba al seguir los sombríos pasos entre las secuoyas y cruzar los claros que llevaban a los pastos de abajo. La senda se convirtió en una vereda, la vereda en un camino entre árboles que después se unió a otro que discurría entre el heno; y así fueron descendiendo las colinas de California, ondulantes y leonadas, hasta el punto donde varios troncos permitían salir a la carretera secundaria que recoma el fondo del valle. La joven permaneció en su caballo mientras el hombre desmontaba y empezaba a apartar los troncos.

—¡No, espera! —gritó ella antes de que él pudiese retirar las dos troncos inferiores.

Hizo que la yegua avanzase un par de zancadas y luego el animal pasó por encima de los troncos con un salto limpio. Los ojos del hombre destellaron y aplaudió.

—¡Qué maravilla! ¡Eres una maravilla! —exclamó la joven mientras se inclinaba hacia delante en la silla, dejándose llevar por un impulso, y apretaba la mejilla contra el cuello de la yegua, donde parecía arder en llamas a la luz del sol.

—Intercambiemos los caballos para el camino de vuelta —sugirió ella cuando el hombre había hecho cruzar al suyo y terminó de poner los troncos en su sitio—. Nunca has valorado a *Dolly* como se merece.

—No, no —protestó él.

—Te parece que es demasiado vieja y sosegada —insistió Lute—. Solo tiene dieciséis años y es capaz de correr más que nueve potros de cada diez. Aunque nunca se desmanda. Es demasiado serena y a ti no te gusta. No, no me lo niegues. Lo sé. También sé que puede ganarle a tu *Washoe Ban*, del que tanto alardeas. ¡Vamos! ¡Te desafío! Y además podrás montarla tú mismo. Ya sabes de lo que es capaz *Ban*, así que ahora debes montar a *Dolly* para que compruebes por ti mismo lo que puede hacer.

Se centraron en cambiar las sillas de los caballos, disfrutando y sacándole partido a la situación.

—Me alegro de haber nacido en California —comentó Lute mientras se sentaba a horcajadas sobre *Ban*—. Es un ultraje, tanto para el caballo como para la mujer, eso de montar en una silla de amazona.

—Pues pareces una joven amazona —dijo el hombre con gesto de aprobación, acariciando a la chica con los ojos mientras ella obligaba al caballo a darse la vuelta.

—¿Preparado? —peguntó ella.

—¡Preparado!

—Hasta el molino viejo —añadió ella al tiempo que los caballos arrancaban—. Es poco más de un kilómetro.

—¿Hasta el final? —preguntó él.

Ella asintió y los caballos, al sentir el impulso de las riendas, comprendieron el espíritu de la carrera. Salieron como una exhalación, levantando nubes de polvo en el camino. Tomaron la curva, caballos y jinetes formando ángulos agudos con el suelo, y en más de una ocasión los jinetes tuvieron que agacharse para escapar de las ramas de los árboles que sobresalían. Repiquetearon sobre los pequeños puentes de madera y retumbaron sobre los de hierro, más largos, hasta producir un sonido metálico, siniestro porque recordaba al que haría alguna pieza suelta.

Cabalgaban uno al lado del otro, ahorrando las fuerzas de los animales para el asalto final pero llevándolos a un paso que requería vitalidad y

resistencia. Tras rodear un grupo de robles blancos, el camino se extendía recto por delante de ellos durante varios cientos de metros, al final de los que se veían las minas del molino.

—¡Al ataque! —gritó la joven.

Espoleó al caballo al echar su cuerpo hacia delante de repente y, al mismo tiempo y durante un instante, permitir que las riendas se aflojasen y rozar el cuello con la mano de la brida. Empezó a alejarse del hombre.

—¡Tócala en el cuello! —le gritó.

Tras lo que la yegua aumentó el ritmo y, poco a poco, fue adelantando a la joven. Chris y Lute se miraron. La yegua continuaba ampliando su ventaja y Chris se vio obligado a girar la cabeza lentamente. El molino se encontraba a cien metros de distancia.

—¿Uso las espuelas? —gritó Lute.

El hombre asintió con la cabeza y ella clavó las espuelas para que el caballo se esforzase al máximo, pero vio cómo su yegua la seguía adelantando poco a poco.

—¡Ha ganado por tres cuerpos! —dijo Lute, sonriendo triunfal tras rebajar el ritmo hasta un simple paseo—. ¡Confiesa, amigo, confiesa! No creías que la vieja yegua fuese capaz de lograrlo.

Lute se inclinó hacia un lado y durante un momento apoyó la mano en el cuello húmedo de *Dolly*.

—*Ban* es un holgazán comparado con ella —afirmó Chris—. *Dolly* es buena, aunque esté viviendo su veranillo de San Martín.

Lute asintió para mostrar su aprobación.

—Qué forma tan bonita de decirlo, su veranillo de San Martín. La describe bien, aunque no se deja llevar por la ociosidad del verano. Tiene pasión, pero no locura. Es muy sensata, sin importar su edad.

—Eso lo explica —objetó Chris—. Perdió la locura con la juventud. Te habrá hecho pasar momentos muy movidos.

—No —respondió Lute—. Nunca se ha desmandado. Creo que solo me dio problemas cuando la adiestraba para abrir verjas. Se asustaba si, tras empujarlas, volvían a cerrarse tras ella. Supongo que era el miedo del animal a la trampa. Pero lo superó con valentía. Y nunca fue agresiva. Nunca salió de estampida ni corcoveó ni se desmandó. Nunca, ni una sola vez.

Los caballos continuaban avanzando al paso, tirando aún del aliento debido a la carrera. El camino zigzagueaba por el fondo del valle y de vez en cuando cruzaba el arroyo. De ambos lados les llegaba el soporífero zumbido de las segadoras, interrumpido en ocasiones por los gritos penetrantes de los

hombres que recogían el heno. En la zona oeste del valle las colinas se alzaban verdes y oscuras, pero en el lado este el sol ya las había quemado y dejado de un tono marrón.

—Ahí está el verano, aquí la primavera —dijo Lute—. ¡Qué hermoso es el valle de Sonoma!

Tenía los ojos relucientes y el rostro radiante de amor a la tierra. Paseó la mirada sobre los huertos de frutales y los amplios viñedos en busca del púrpura que parecía colgar como un humo tenue en los surcos de las colinas y en las gargantas de los cañones aún más lejanos. Más arriba, entre las cimas abruptas, donde las empinadas pendientes quedaban cubiertas de arbustos manzanita, logró ver un claro donde la hierba aún conservaba su tono verde.

—¿Has oído hablar alguna vez del prado secreto? —preguntó sin apartar la vista de aquel verde lejano.

Un bufido de miedo la hizo mirar al hombre que estaba a su lado. *Dolly*, a dos patas, con los orificios nasales hinchados y los ojos desorbitados, daba golpes al aire como loca con las patas delanteras. Chris se echó hacia delante, contra su cuello, para evitar que la yegua cayese hacia atrás, mientras le daba un toque de espuelas a fin de obligarla a apoyar las patas delanteras en el suelo, cosa que debía hacer si quería someterse a la orden de avanzar que le daban las espuelas.

—Caramba, *Dolly*, esto es increíble —empezó a decir Lute en tono reprobatorio.

Pero, para su sorpresa, la yegua bajó la cabeza, arqueó el lomo mientras saltaba en el aire y, al bajar de nuevo, golpeó el suelo con las patas rígidas y juntas.

—¡Eso ha sido un corcoveo en toda regla! —exclamó Chris y enseguida la yegua empezó a corcovear de nuevo.

Lute se quedó mirando, pasmada por la conducta sin precedentes de su yegua y admirada del experto manejo del caballo que demostraba su novio. Estaba tranquilo y sin duda disfrutaba de la situación. Una y otra vez, en media docena de ocasiones, *Dolly* se arqueó en el aire y golpeó con las patas rígidas y juntas. Luego alzó la cabeza y se puso a dos patas, girando mientras golpeaba al aire con las patas delanteras. Lute apartó de allí rápidamente al caballo que montaba para ponerlo a salvo y, al hacerlo, vio fugazmente los ojos de *Dolly*, dominados por una locura ciega y animal, a punto de salírsele de las órbitas. El leve rosado del blanco de sus ojos había desaparecido, sustituido por un blanco que era como un mármol mate y que, sin embargo, relampagueaba como iluminado por un fuego interno.

Un leve grito de miedo, reprimido en el momento de manifestarse, salió de los labios de Lute. Una de las patas traseras de la yegua pareció ceder y por un momento su cuerpo tembloroso, erguido y perpendicular, se tambaleó hacia delante y hacia atrás, lo que no permitía saber en qué dirección caería. El hombre, resbalando hacia un lado de la silla, de manera que si la yegua cedía hacia atrás él se desplomaría sin poder suavizar el golpe, lanzó todo su peso hacia delante y pegado al cuello de animal. Eso puso fin al peligroso balanceo y la yegua volvió a pisar el suelo.

Pero no hubo tregua. *Dolly* se tensó de tal forma que la línea de la cara casi se convirtió en la continuación de la línea del cuello estirado. Esa postura le permitió controlar el bocado, lo que hizo saliendo de estampida camino abajo.

Lute se asustó de verdad por primera vez. Espoleó a *Washoe Ban* para que la siguiera, pero el caballo fue incapaz de mantenerle el ritmo a la yegua loca y fue quedándose atrás poco a poco. Lute vio a *Dolly* frenar y levantarse otra vez en el aire, y llegó a su lado justo cuando la yegua volvía a salir de estampida. En el momento en que tomaba una curva como una exhalación, *Dolly* se detuvo de repente con las patas rígidas. Lute vio que la repentina sacudida arrancaba a su novio de la silla: le había hecho perder la fuerza de agarre con los muslos. A pesar de perder la silla, no lo había tirado al suelo y, cuando la yegua volvió a salir disparada, Lute vio que el hombre se agarraba al costado del animal, una mano en las crines y una pierna sobre la silla. Con un rápido esfuerzo recuperó su asiento y continuó luchando para dominar a la yegua descontrolada.

Pero *Dolly* se apartó del camino y se lanzó como una flecha por una ladera cubierta de hierba que los lirios mariposa hacían amarillear. La vieja valla del fondo no supuso obstáculo alguno. Pasó a través de ella como si fuese una telaraña de gasa y desapareció entre la maleza. Lute la siguió sin dudarlo, obligó a *Ban* a pasar por el hueco abierto en la valla y a internarse entre el matorral. Se pegó al cuello del animal para evitar los roces y arañazos de los árboles y las enredaderas. Sintió que el caballo descendía entre ramas llenas de hojas y se adentraba en la fría gravilla del lecho de un arroyo. Por delante de ellos se oyeron salpicaduras de agua y logró vislumbrar a *Dolly* ascendiendo como un rayo la orilla para meterse entre un grupo de encinillos contra cuyos troncos intentaba librarse de su jinete.

Lute estuvo a punto de alcanzarla entre los árboles, pero la yegua la dejó atrás por completo al llegar al campo en barbecho con el que lindaba y que cruzó veloz sin que le importasen ni la tierra apelmazada ni las madrigueras

de los topos. Cuando describió una curva repentina para adentrarse en la espesura que había más allá, Lute siguió la diagonal, rodeó la espesura y frenó a *Ban* al otro lado. Había llegado antes. Desde el interior de la espesura oía el estruendo de ramas y maleza rotas. Entonces apareció la yegua en el claro y cayó de rodillas, exhausta, sobre la tierra blanda. Se puso en pie y avanzó tambaleándose para detenerse sin fuerzas. Estaba cubierta de ese sudor que provoca el miedo y temblaba tanto que daba pena.

Chris permanecía sobre su lomo. Tenía la camisa hecha jirones. El dorso de las manos estaba lacerado y lleno de magulladuras, y el rostro chorreaba sangre debido a un corte próximo a la sien. Lute había conservado el control hasta entonces, pero en ese momento sintió náuseas y el temblor que produce la debilidad.

—¡Chris! —dijo tan suavemente que casi fue un susurro. Después suspiró —: ¡Gracias a Dios!

—Estoy bien —gritó él, imprimiendo a su voz tanta efusividad como pudo, aunque no fue mucha porque había vivido la misma tensión nerviosa que ella o más.

La reacción que sufría quedó a la vista cuando se bajó de la silla. Comenzó con una valiente demostración muscular al levantar la pierna, pero terminó, ya de pie en el suelo, apoyándose en la extenuada *Dolly* en busca de soporte. Lute se apeó enseguida y lo rodeó con un abrazo de agradecimiento.

—Sé dónde hay un manantial —dijo ella un minuto después.

Dejaron los caballos sin el ronzal y ella guió a su novio hasta los frescos lugares secretos de la espesura, donde un agua cristalina salía borbotando de la base de la montaña.

—¿No habías dicho que *Dolly* nunca se desmanda? —preguntó él tras restañarse la sangre y recuperar los nervios y el ritmo cardíaco.

—Estoy atónita —respondió Lute—. No lo entiendo. Nunca en su vida hizo algo parecido. Y a ti te quieren todos los animales, así que no es por eso. ¡Pero si es como un caballo de juguete! Yo era muy pequeña la primera vez que la monté y hasta hoy…

—Pues hoy ha sido cualquier cosa menos un caballo de juguete —interrumpió Chris—. Ha sido un demonio. Intentó librarse de mí contra los árboles y romperme la crisma contra las ramas. Se adentró en los lugares más estrechos y bajos que encontró. Tenías que haber visto cómo se esforzaba por entrar. ¿Y los corcoveos?

Lute asintió con la cabeza.

—Corcoveaba como un potro salvaje.

—Pero ¿qué puede saber ella de corcoveos? —preguntó Lute—. Nunca, jamás, había corcoveado.

Él se encogió de hombros.

—Tal vez se trate de algún instinto olvidado, perdido hace tiempo y recuperado otra vez.

La joven se puso de pie con decisión.

—Voy a averiguarlo —dijo.

Regresaron junto a los caballos y sometieron a *Dolly* a una inspección estricta que no reveló nada. Cascos, patas, bocado, boca, cuerpo…, todo estaba como tenía que estar. La silla y la manta eran inocentes de ocultar espinas o abrojos: el lomo se veía liso y suave, intacto. Buscaron la mordedura de alguna serpiente o la picadura de alguna mosca o insecto, pero sin resultados.

—Fuera lo que fuese, está claro que se trató de algo subjetivo —dijo Chris.

—Obsesión —sugirió Lute.

Ambos se rieron al pensarlo porque los dos eran producto del siglo XX, normales, de mente sana y almas que disfrutaban persiguiendo ideales pero que se detenían donde comenzaba la superstición.

—Un espíritu maligno —se rió Chris—. Pero ¿qué mal he hecho yo para que me castiguen así?

—Piensas demasiado en ti mismo —replicó ella—. Más bien se trataría de algún mal, no sé de qué tipo, que haya cometido *Dolly*. Tú has sido una simple casualidad. Yo podría haberla montado en ese momento, o la tía Mildred o cualquier otra persona.

Mientras hablaba, cogió la correa del estribo y empezó a acortarla.

—¿Qué haces? —preguntó Chris.

—Montaré yo a *Dolly* durante el trayecto de vuelta.

—No, de eso nada —afirmó él—. Sería una mala forma de mantener la disciplina. Después de lo ocurrido estoy obligado a montarla yo.

Pero la yegua sobre la que cabalgó estaba muy débil y muy enferma, avanzaba a trompicones y se detenía, afligida por sacudidas nerviosas y recurrentes espasmos musculares, todo ello consecuencia del tremendo clímax que había experimentado.

—Después de lo ocurrido me apetece tumbarme en una hamaca con un libro de poesía —dijo Lute cuando entraron en el campamento.

Se trataba de un campamento de verano para gente harta de la ciudad, montado en una arboleda de imponentes secuoyas a través de cuyas altísimas

ramas se colaban los rayos del sol, fragmentados y atenuados hasta convertirse en luz suave y sombra fresca. Apartadas del campamento principal se encontraban la cocina y las tiendas de los criados; y en medio se erguía el gran comedor, tapiado por las columnas de secuoya viva, donde siempre soplaba una brisa fresca y no se necesitaba dosel para protegerse del sol.

—Pobre *Dolly*, está muy enferma —dijo Lute esa noche, tras regresar de echarle una última ojeada a la yegua—. Al menos no saliste herido, Chris, y a mí me basta para sentirme agradecida. Creí que sabía lo mucho que significabas para mí, pero hasta hoy no lo supe en realidad. Solo oía los corcoveos y la lucha en la espesura. No podía verte ni sabía cómo estabas.

—Yo pensaba en ti —respondió Chris y sintió la receptiva presión de la mano que descansaba sobre su brazo.

Ella volvió el rostro hacia él y besó sus labios.

—Buenas noches —dijo.

—Querida Lute, mi querida Lute —la acarició con la voz mientras ella se alejaba entre las sombras.

☘

—¿Quién va a buscar el correo? —preguntó una voz de mujer entre los árboles. Lute cerró el libro que habían estado leyendo y suspiró.

—Hoy no íbamos a montar —dijo.

—Deja que vaya yo —propuso Chris—. Quédate tú. Enseguida estaré de vuelta. Ella negó con la cabeza.

—¿Quién va a buscar el correo? —insistió la voz.

—¿Dónde está Martin? —preguntó Lute, alzando el tono en respuesta.

—No lo sé —dijo la voz—. Creo que Robert se lo llevó a hacer algo, comprar caballos, pescar o algo así. No queda nadie, excepto Chris y tú. Además, así se os abrirá el apetito para la cena. Lleváis todo el día holgazaneando en la hamaca. Y el tío Robert quiere su periódico.

—Está bien, tía. Ya vamos —respondió Lute y se bajó de la hamaca.

Unos minutos después, ya vestidos para montar, ensillaban los caballos. Llegaron hasta la carretera secundaria, donde el sol de la tarde caía abrasador, y se dirigieron a Glen Ellen. La pequeña villa dormitaba al sol y el

somnoliento tendero y jefe de correos a duras penas mantuvo abiertos los ojos el tiempo suficiente para entregarles el paquete de cartas y periódicos.

Una hora después Lute y Chris se desviaron de la carretera y siguieron un camino de vacas que iba hasta la orilla para dar de beber a los caballos antes de regresar al campamento.

—Parece que *Dolly* ha olvidado todo lo ocurrido ayer —dijo Chris mientras los animales se adentraban en el agua hasta las rodillas—. Mírala.

La yegua había alzado la cabeza y levantado las orejas al oír el susurro de una codorniz en la espesura. Chris se inclinó y le hizo caricias alrededor de las orejas. El placer de *Dolly* fue tan evidente que agachó la cabeza junto al hombro del caballo de Chris.

—Como un gatito —comentó Lute.

—Sin embargo, ya nunca podré confiar en ella por completo —dijo Chris —. No después del ataque de locura de ayer.

—Tengo la sensación de que estás más seguro sobre *Ban* —se rió Lute—. Es curioso. Mi confianza en *Dolly* sigue tan inquebrantable como siempre. En lo que a mí respecta confío en ella, pero prefiero que no la montes más. Sin embargo, mi fe en *Ban* no se ha visto afectada. ¡Mira qué cuello! ¡Es tan guapo! Cuando tenga la edad de *Dolly* será igual de sensato.

—Estoy de acuerdo —se rió Chris—. *Ban* jamás podría traicionarme.

Hicieron salir a los caballos del agua. *Dolly* se detuvo para espantar una mosca de la rodilla con el morro y *Ban* se adelantó con ansia y se adentró en la parte más estrecha de la senda. Era demasiado estrecha para obligarlo a dar la vuelta sin problemas y Chris permitió que continuase. Lute, que iba detrás, paseaba la mirada detenidamente en la espalda de su novio, deleitándose en las líneas del cuello y en la extensión de los musculosos hombros.

De repente, Lute frenó a su caballo. Solo pudo presenciar lo ocurrido, tan breve fue su duración. Por encima y por debajo de ellos se extendía el terraplén casi perpendicular. La senda tenía el ancho justo para mantener el equilibrio. Sin embargo, *Washoe Ban*, girando y encabritándose a la vez, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás fuera de la senda.

Tan rápido e inesperado fue que el hombre se vio arrastrado en la caída. No había tenido tiempo de arrojarse al camino. Antes de darse cuenta ya estaba cayendo e hizo lo único que podía hacer: se soltó de los estribos y se lanzó al aire, hacia un lado y hacia abajo. Había unos tres metros y medio de caída. Mantuvo la posición erguida, con la cabeza hacia arriba y la mirada fija en el caballo que caía sobre él.

Chris saltó como un gato y se apartó a un lado en un instante. De inmediato *Ban* se estrelló a su lado. El animal luchó poco, pero dejó escapar ese grito terrible que emiten a veces los caballos cuando han recibido una herida mortal. Había caído prácticamente de espaldas y en esa posición permanecía, con la cabeza retorcida, las patas traseras relajadas e inmóviles y las delanteras golpeando el aire inútilmente.

Chris miró hacia arriba de modo tranquilizador.

—Empiezo a acostumbrarme —dijo Lute con una sonrisa—. Por supuesto, no necesito preguntar si estás herido. ¿Puedo hacer algo?

Él le devolvió la sonrisa y se acercó al animal caído, soltó las cinchas de la silla y le enderezó la cabeza.

—Ya me lo pareció —dijo, tras un examen superficial—. Me lo pareció en su momento. ¿Oíste esa especie de chasquido o crujido?

Ella se estremeció.

—Era la puntuación de la vida, el punto final de la utilidad de *Ban*. —Empezó a subir hacia el sendero—. He montado a *Ban* por última vez. Vamos a casa.

En lo alto del terraplén, Chris se giró y miró hacia abajo.

—¡Adiós, *Washoe Ban*! —gritó—. Adiós, amigo.

El animal luchó por levantar la cabeza. Había lágrimas en los ojos de Chris cuando se volvió de repente; también en los de Lute al tropezar con los de él. Guardó silencio, pero mantuvo su mano agarrada con fuerza mientras él caminaba junto a la yegua.

—Lo hizo deliberadamente —explotó Chris de repente—. No hubo advertencia. Se dejó caer hacia atrás a propósito.

—No hubo advertencia —coincidió Lute—. Yo lo presencié. Lo vi. Giró y se arrojó al mismo tiempo, como si lo hubieras hecho tú con una sacudida tremenda y un tirón hacia atrás del bocado.

—No fui yo, te lo juro. Ni siquiera iba pensando en él. La vedad es que ascendía con las riendas casi sueltas.

—Si hubieses sido tú, yo lo habría visto —dijo Lute—. Pero todo terminó antes de que pudieras hacer algo. No fue tu mano, ni siquiera de forma inconsciente.

—Entonces fue una mano invisible que salió de sabe Dios dónde.

Lanzó una mirada enigmática al cielo y la idea le hizo sonreír.

Martin se adelantó para recibir a *Dolly* cuando avistaron el extremo de la arboleda donde se encontraba el establo, pero su rostro no mostró sorpresa al

ver que Chris venía a pie. Chris se entretuvo un minuto para dejar que Lute se alejara.

—¿Sabes pegarle un tiro a un caballo? —preguntó.

El mozo asintió con la cabeza y luego, con un gesto aun más expresivo, añadió:

—Sí, señor.

—¿Cómo lo haces?

—Trazo una línea desde cada ojo a cada oreja, en diagonal, y donde las líneas se cruzan…

—Con eso basta —interrumpió Chris—. ¿Sabes el abrevadero de la segunda curva? Allí encontrarás a *Ban* con el lomo roto.

☘

—AH, ESTÁS AQUÍ. Te he buscado por todas partes desde la cena. Quieren verte de inmediato.

Chris tiró el puro al suelo y luego lo pisó para apagarlo.

—No se lo has dicho a nadie, ¿verdad? Lo de *Ban* —preguntó.

Lute negó con la cabeza.

—No tardarán en enterarse. Martin se lo contará mañana al tío Robert. Pero no te sientas mal —añadió tras una pausa mientras tomaba su mano.

—Era mi potro —dijo él—. Nadie lo ha montado, excepto tú. Yo mismo lo domé. Lo conocía desde que nació. Lo sabía todo sobre él, conocía sus artimañas, sus cabriolas y me habría jugado la vida a que era imposible que hiciera lo que hizo. No hubo advertencia, no luchó por el bocado ni se reveló previamente. Lo he estado pensando. No luchó por el bocado. No era ni rebelde ni desobediente. No hubo tiempo. Fue un impulso y se dejó llevar a la velocidad del rayo. Ahora me sorprende la rapidez con la que todo ocurrió. En un segundo habíamos cruzado el borde y caíamos.

»Fue deliberado, un suicidio deliberado. E intento de asesinato. Fue una trampa. Yo era la víctima. Me tenía y se arrojó conmigo. Pero no me odiaba. Me quería… hasta donde puede amar un caballo. Me siento confuso. Lo comprendo tan poco como comprendes tú el comportamiento de *Dolly* ayer.

—Pero los caballos se vuelven locos, Chris —dijo Lute—. Ya lo sabes. Es pura coincidencia que dos caballos en dos días hayan perdido la cabeza mientras tú los montabas.

—Esa es la única explicación —respondió él y emprendió la marcha junto a ella—. Pero ¿por qué quieren verme de inmediato?

—La güija.

—Ah, es verdad. Para mí será una experiencia nueva. Hace tiempo, cuando estuvo de moda, no sé cómo, pero me la perdí.

—Y nosotros —respondió Lute—, excepto la señora Grantly. Al parecer es su fantasía preferida.

—Mira que es rara —comentó él—. Toda nervios y ojos negros. Apostaría a que no pesa ni cuarenta kilos y casi todo es magnetismo.

—En ocasiones resulta terriblemente extraña. —Lute se estremeció sin querer—. Me da escalofríos.

—Es el contacto de lo saludable con lo mórbido —explicó él, lacónico—. Fíjate en que siempre se estremece lo saludable. Lo mórbido nunca siente escalofríos, los provoca. Esa es su función. ¿De dónde la habéis sacado?

—No sé… sí, sí que lo sé. La tía Mildred la conoció en Boston… creo, no sé. En cualquier caso, la señora Grantly vino a California y, por supuesto, tenía que visitar a la tía Mildred. Ya sabes que nuestra casa siempre tiene las puertas abiertas.

Se detuvieron donde un pasaje entre dos enormes troncos de secuoya daba entrada al comedor. Por encima y entre las ramas entrelazadas se veían las estrellas. Las velas iluminaban aquel espacio rodeado de árboles. Junto a la mesa, cuatro personas examinaban la güija. La mirada de Chris vagó sobre ellos y fue consciente de la pena que sintió al detenerse un momento en los tíos de Lute, Mildred y Robert, sosegados por la edad y cordiales por lo bien que la vida los había tratado. Se entretuvo, divertido, en la señora Grantly, con sus ojos negros y su frágil cuerpo, y se detuvo en la cuarta persona, un hombre corpulento, de cabeza enorme, cuyas sienes canosas contradecían la juvenil solidez de su rostro.

—¿Quién es ese? —susurró Chris.

—Un tal señor Barton. El tren se retrasó. Por eso no lo viste durante la cena. Solo es un capitalista que tiene que ver con transportar lejos la electricidad producida por el agua, o algo así.

—No parece de los que tienen un gran intelecto e imaginación.

—No los tiene. Ha heredado el dinero. Pero sabe lo bastante como para conservarlo y contratar la inteligencia de otros hombres. Es muy conservador.

—Es de esperar —fue el comentario de Chris. Volvió a mirar al hombre y la mujer que habían sido como unos padres para la joven que estaba a su lado —•. ¿Sabes? Ayer me quedé conmocionado cuando me contaste que se

habían vuelto contra mí y que a duras penas me toleraban. Anoche me reuní con ellos sintiéndome culpable, con miedo, tembloroso, y hoy también. Sin embargo, no percibo la diferencia con su trato anterior.

—Querido —suspiró Lute—, la hospitalidad es algo tan natural para ellos como respirar. Pero tampoco es eso. En sus corazones solo hay inocencia. Por muy severos que sean al censurarte cuando te ausentas, en el momento en que están contigo se suavizan y son todo amabilidad y ternura. En cuanto te ven, rebosan afecto y amor. Tú eres así. Todos los animales te quieren. Toda la gente te quiere. No pueden evitarlo. Tú no puedes evitarlo. Eres adorable para todos y lo mejor es que no lo sabes. Ni siquiera lo sabes ahora. Incluso mientras te lo digo, no te das cuenta, no te darás cuenta y precisamente esa incapacidad para darte cuenta es uno de los motivos por los que se te quiere tanto. Ahora te muestras incrédulo y niegas con la cabeza, pero yo, que soy tu esclava, lo sé bien, como lo saben los demás, porque también son tus esclavos.

»Mira, dentro de un minuto entraremos y nos reuniremos con ellos. Fíjate en el afecto casi maternal que asomará a los ojos de la tía Mildred. Escucha el tono de voz del tío Robert cuando diga: “Hola, Chris, muchacho”. Observa cómo se derrite, literalmente, la señora Grantly, como una gota de rocío al sol.

»Mira al señor Barton. Nunca lo habías visto. Pero lo invitarás a fumar un puro fuera, cuando los demás nos hayamos acostado. Tú, un simple don nadie y él, un multimillonario, un hombre poderoso, un hombre duro de mollera y corto de entendederas; y él te seguirá mientras fumáis, como un perrito, tu perrito, trotando detrás de ti. No se dará cuenta de que lo hace, pero lo hará igual. ¿Crees que no lo sé, Chris? Te he observado, lo he visto muy a menudo y siempre te he amado por eso, por lo encantadora y ciegamente inconsciente que eras de lo que hacías.

—Casi reviento de vanidad al escucharte —se rió él mientras la rodeaba con un brazo y la atraía hacia él.

—Sí —susurró la joven—, y en este mismo instante, cuando te ríes de todo lo que te he dicho, tú, tu don, tu alma, llámalo como quieras pero eres tú, exige todo el amor que hay en mí.

Se acercó más a él y suspiró como si estuviera fatigada. Él depositó un beso como un susurro en su cabello y la abrazó con ternura.

La tía Mildred se removió bruscamente y levantó la mirada de la güija.

—Venga, empecemos —dijo—. Pronto refrescará. Robert, ¿dónde están esos críos?

—Aquí —dijo Lute y se desasió del brazo del hombre.

—Listos para los escalofríos —murmuró Chris al entrar.

La profecía de Lute en relación a la forma en que su novio sería recibido se hizo realidad. La señora Grantly, irreal, enfermiza, titilante de magnetismo glacial, se tornó cálida y se derritió como si de verdad ella fuese el rocío y él, el sol. El señor Barton le dedicó una sonrisa de oreja a oreja y se mostró colosalmente gentil. La tía Mildred lo recibió rebosante de afecto y amabilidad maternal, mientras el tío Robert, cordial y efusivamente, comentaba: «Hola, Chris, muchacho, ¿qué tal el paseo a caballo?».

Pero la tía Mildred se arropó más con el chal que la cubría y les metió prisa para que se ocuparan del asunto que tenían entre manos. Sobre la mesa había una hoja de papel. Encima del papel, apoyada en tres soportes, una tablilla pequeña y triangular. Dos de los soportes eran ruedecitas que se movían con facilidad. El tercero, situado en el vértice del triángulo, era un lápiz.

—¿Quién va primero? —preguntó el tío Robert.

Se produjo un momento de duda y entonces la tía Mildred posó una mano sobre la tablilla y dijo:

—Siempre tiene que haber un tonto que haga las delicias de los demás.

—Qué mujer tan valiente —aplaudió su esposo—. Señora Grantly, a ver si lo consigue.

—¿Yo? —preguntó la señora—. Yo no hago nada. La fuerza, o lo que quieran pensar que es, no está en mi interior, sino fuera, como tampoco está en ustedes. En cuanto a qué es esa fuerza, no me atrevo a decirlo. Pero existe. Yo he visto cómo se manifestaba. Sin duda ustedes también verán cómo se manifiesta. Ahora, por favor, guarden silencio. Señora Story, toque la tablilla con firmeza, pero sin hacer fuerza sobre ella, y no haga nada por propia voluntad.

La tía Mildred asintió con la cabeza y se quedó de pie, con la mano sobre la tablilla mientras los demás la rodeaban en silencio, expectantes. Sin embargo, nada ocurrió. Transcurrieron diez minutos y la güija permaneció inmóvil.

—Tenga paciencia —aconsejó la señora Grantly—. No luche contra ninguna influencia que pueda intentar persuadirla. Pero tampoco haga nada por usted misma. La influencia se ocupará de eso. Se sentirá empujada a hacer cosas y el impulso será prácticamente irresistible.

—Pues ojalá se dé prisa la influencia —protestó la tía Mildred tras otros cinco minutos sin movimiento.

—Un poco más, señora Story, un poco más —dijo la señora Grantly con dulzura.

De repente, la mano de la tía Mildred empezó a contraerse. Una mezcla de interés y preocupación asomó a su rostro al observar el movimiento de la mano y oír los rasguños de la mina del lápiz situado en el vértice de la güija.

La situación se prolongó durante cinco minutos más, cuando la tía Mildred retiró la mano tras un esfuerzo y, entre risas nerviosas, dijo:

—No sé si lo he hecho yo o no. Lo que sí sé es que me estaba poniendo nerviosa, ahí de pie como una médium loca rodeada de rostros solemnes.

—Garabatos ilegibles —sentenció el tío Robert al mirar el papel sobre el que ella había escrito.

—Totalmente ilegibles —dictaminó la señora Grantly—. Ni siquiera parece escritura. Las influencias aún no han empezado a trabajar en serio. Pruebe usted, señor Barton.

El caballero dio un paso al frente, torpemente deseoso de agradar, y apoyó la mano en la tablilla. Durante diez minutos sólidos e imperturbables permaneció allí de pie, inmóvil, como una estatua, personificación congelada de la era del comercio. El rostro del tío Robert empezó a hacer de las suyas. Parpadeó, tensó la boca, emitió sonidos reprimidos, roncos, guturales; al final resopló, perdió el dominio de sí mismo y estalló en carcajadas. Todos se unieron a su diversión, incluida la señora Grantly. El señor Barton se rió con ellos a pesar de sentirse vagamente irritado.

—Prueba tú, Story —dijo.

El tío Robert, aún riéndose y empujado por Lute y su esposa, hizo suya la tablilla. Su rostro se serenó de repente. Su mano había empezado a moverse y el ruido del lápiz sobre el papel se oía con total claridad.

—¡Caramba! —musitó—. Qué curioso. Mirad. No lo hago yo. Sé que no soy yo. ¡Mirad cómo se mueve la mano! ¡Miradla!

—Vamos, Robert, déjate de ridiculeces —le advirtió su mujer.

—Te aseguro que no soy yo —contestó indignado—. La fuerza se ha apoderado de mí. Pregúntale a la señora Grantly. Dile que la obligue a parar si quieres que pare, porque yo no puedo. ¡Caramba! Mira esa floritura. No la he hecho yo. Jamás en mi vida he escrito con florituras.

—Intenten mantenerse serios —les avisó la señora Grantly—. Un ambiente frívolo no es lo mejor para el buen funcionamiento de la güija.

—Bueno, creo que ya está —dijo el tío Robert al tiempo que retiraba la mano—. Vamos a ver.

Se inclinó y se ajustó las gafas.

—Desde luego, es escritura. Y es más de lo que hicisteis vosotros. Toma, Lute, tú que tienes la vista joven.

—¡Oh, qué florituras! —exclamó Lute al mirar el papel. Y mirad, hay dos letras diferentes. —Empezó a leer—: «Esta es la primera lección. Concéntrate en esta frase: Soy un espíritu positivo, nada negativo en ningún aspecto. Después concéntrate en el amor positivo. Tras eso, la paz y la armonía vibrarán en el interior de tu cuerpo y alrededor de él. Tu alma…». La otra escritura interrumpe y esto es lo que dice: «Bullfrog 95, Dixie 16, Golden Anchor 65, Gold Mountain 13, Jim Butler 70, Jumbo 75, North Star 42, Rescue 7, Black Butte 75, Brown Hope 16, Iron Top 3».

—Iron Top va a la baja —murmuró el señor Barton.

—¡Robert, has vuelto a jugar a la bolsa! —exclamó en tono acusador la tía Mildred.

—No —negó él—, solo leí las cotizaciones. Pero me gustaría saber cómo demonios… perdón… han acabado ahí, en ese trozo de papel.

—Su subconsciente —sugirió Chris—. Leyó las cotizaciones en el periódico de hoy.

—No, no fue hoy. Le eché un vistazo a la columna la semana pasada.

—Para el subconsciente es lo mismo un día que un año —dijo la señora Grantly—. El subconsciente nunca olvida. Pero no estoy diciendo que eso se deba al subconsciente. Me niego a decir a qué creo que se debe.

—¿Y la otra parte? —preguntó el tío Robert—. Suena a como, en mi opinión, debería sonar la Ciencia Cristiana.

—O la teosofía —sugirió la tía Mildred—. Un mensaje para algún neófito.

—Vamos, lee el resto —ordenó su esposo.

—«Esto te pone en contacto con los espíritus más poderosos —leyó Lute —. Te convertirás en uno de los nuestros y tu nombre será Arya y tú…». «Conqueror 20, Empire 12, Columbia Mountain 18, Midway 140…» y eso es todo. ¡Oh, no! Aquí hay una última floritura: «Arya, de Kandor». Sin duda será el nombre del mahatma.

—Me gustaría que explicases esa historia teosófica basándote en el subconsciente, Chris —lo desafió el tío Robert.

Chris se encogió de hombros.

—No hay explicación posible. Ha debido usted de recibir un mensaje dirigido a otra persona.

—Un cruce de líneas, ¿no? —se rió el tío Robert—. Yo lo llamaría telegrafía inalámbrica espiritual multiplex.

—Tonterías —dijo la señora Grantly—. Nunca había visto a la güija comportarse de forma tan extravagante. Hay en juego influencias perturbadoras. Las sentí desde el principio. Quizá sea porque todos se toman el asunto demasiado en broma. Se ríen demasiado.

—La ocasión merece ser tratada con la debida seriedad —coincidió Chris al tiempo que apoyaba la mano en la güija—. Probaré yo. Y ni uno de los presentes debe reírse o sonreír. Ni siquiera deben pensar en los verbos reír o sonreír. Y si se atreve a resoplar, aunque solo sea una vez, tío Robert, sabe Dios qué oculta venganza podría caer sobre usted.

—De acuerdo —aceptó el tío Robert—. Pero, si de verdad se me va a escapar un resoplido, ¿puedo irme en silencio?

Chris asintió con la cabeza. Su mano ya había empezado a trabajar. No se habían producido tirones preliminares ni tentativas de escribir. Su mano había empezado de inmediato y la güija se movía rápida y suavemente sobre el papel.

—Míralo —le susurró Lute a su tía—. Mira lo pálido que está.

Chris dejó ver que el sonido de su voz lo molestaba y a partir de entonces reinó el silencio. Solo se oía el chirrido constante del lápiz. De repente, como si algo le hubiese picado, apartó la mano de un tirón. Tras un suspiro y un bostezo se apartó de la mesa y luego los miró con la curiosidad de alguien que acaba de despertarse.

—Creo que he escrito algo —dijo.

—Eso parece —afirmó satisfecha la señora Grantly mientras levantaba la hoja de papel para verla.

—Léala en voz alta —dijo el tío Robert.

—Allá va. Empieza con la palabra cuidado escrita tres veces. «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! Chris Dunbar, tengo intención de destruirte. Ya he intentado quitarte la vida en dos ocasiones y fracasé. Pero lo conseguiré. Tan seguro estoy que me atrevo a contártelo. No necesito decirte por qué. En el fondo de tu corazón, lo sabes. El mal que haces…». Y aquí termina de repente.

La señora Grantly depositó el papel sobre la mesa y miró a Chris, que se había convertido en el centro de todas las miradas y bostezaba como si lo aturdiese una somnolencia desmesurada.

—Vaya cambio tan sanguinario —comentó el tío Robert.

—«Ya he intentado quitarle la vida en dos ocasiones» —repitió la señora Grantly, que estaba leyendo el papel por segunda vez.

—¿Mi vida? —preguntó Chris entre bostezos—. Ni una sola vez han intentado quitarme la vida. ¡Vaya, qué sueño tengo!

—Muchacho, estás pensando en hombres de carne y hueso —se rió el tío Robert—, pero esto es un espíritu. Han intentado quitarte la vida cosas que no se ven. Seguramente unas manos fantasmales habrán probado a estrangularte mientras dormías.

—¡Oh, Chris! —gritó Lute de forma impulsiva—. ¡Esta tarde! ¡La mano que, según tú, se apoderó de tus riendas!

—Pero no lo decía en serio —objetó él.

—Aun así… —Lute no terminó de expresar su idea.

La señora Grantly había localizado el rastro.

—¿Qué ha pasado esta tarde? ¿Ha corrido peligro su vida?

La somnolencia de Chris había desaparecido.

—Empiezo a sentirme interesado —reconoció—. No hemos contado nada, pero *Ban* se rompió el lomo esta tarde. Se arrojó terraplén abajo y yo corrí el riesgo de quedar atrapado bajo él.

—Asombroso, asombroso —reflexionó en voz alta la señora Grantly—. Esto es algo más… Es una advertencia. ¡Ah! ¡Y ayer resultó herido mientras montaba el caballo de la señorita Story! ¡Ya tenemos los dos intentos!

Los miró con gesto triunfante. Había reivindicado a la güija.

—Bobadas —se rió el tío Robert, aunque con un leve atisbo de irritación en su actitud—. Esas cosas no ocurren en estos tiempos. Estamos en el siglo XX, mi querida señora. Y eso, como mucho, huele a medievalismo.

—He hecho pruebas maravillosas con la güija —empezó a decir la señora Grantly, pero se interrumpió de repente para acercarse a la mesa y posar su mano sobre la tablilla.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Cómo te llamas?

La tablilla empezó a escribir de inmediato. Para entonces todas las cabezas, a excepción de la del señor Barton, se inclinaban sobre la mesa y seguían los movimientos del lápiz.

—Es Dick —gritó la tía Mildred con un tono ligeramente histérico en la voz.

Su marido se irguió, muy serio por primera vez.

—Es la firma de Dick —dijo—. Reconocería su letra entre miles.

—«Dick Curtís» —leyó en voz alta la señora Grantly—. ¿Quién es Dick Curtis?

—¡Cielos, esto es increíble! —intervino el señor Barton—. La letra es la misma en ambos casos. Ingenioso, diría yo, muy ingenioso —añadió con

admiración.

—Déjeme verlo —exigió el tío Robert mientras cogía el papel y lo examinaba—. Sí, es la letra de Dick.

—Pero ¿quién es Dick? —insistió la señora Grantly—. ¿Quién es ese tal Dick Curtis?

—Dick Curtis era el capitán Richard Curtis —respondió el tío Robert.

—El padre de Lute —añadió la tía Mildred—. Lute tomó nuestro apellido. No llegó a conocerlo. Murió cuando ella solo tenía pocas semanas de vida. Era mi hermano.

—Extraordinario, esto es de lo más extraordinario. —La señora Grantly daba vueltas al mensaje en su cabeza—. Han intentado quitarle la vida al señor Dunbar en dos ocasiones. Eso no lo explica el subconsciente porque ninguno de nosotros sabía lo del accidente de esta tarde.

—Yo sí —respondió Chris—. Y era yo quien manejaba la güija. La explicación es sencilla.

—Pero la letra —intervino el señor Barton—. Lo que usted escribió y lo de la señora Grantly tienen idéntica letra.

Chris se inclinó para comparar las letras.

—Además —gritó la señora Grantly—, el señor Story la ha reconocido.

Lo miró en busca de su confirmación.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, es la letra de Dick. Lo juro.

Pero Lute era presa de la imaginación. Mientras los demás discutían los pros y los contras y el aire se llenaba de expresiones como «fenómeno paranormal», «autohipnotismo», «residuo de una verdad inexplicada» y «espiritismo», ella revivía en su mente las imágenes de la niñez que ella misma había conjurado de aquel padre soldado al que nunca había visto. Poseía su espada, había varios daguerrotipos, tenía lo mucho que se había dicho de él, las historias contadas… y todo eso constituía el material gracias al que ella lo había creado en las fantasías de su niñez.

—Existe la posibilidad de que una mente, de manera inconsciente, sugiera cosas a otra mente —estaba diciendo la señora Grantly.

Pero en la mente de Lute, su padre desfilaba sobre su gran caballo ruano. Después conducía a sus hombres. Lo vio durante sus salidas en solitario para reconocer el terreno, o en medio de los gritos de los indios en Salt Meadows, cuando regresó con un solo hombre de cada diez. En la imagen que tenía de él, en la apariencia física que se había creado, se reflejaba su carácter espiritual —revelado por la destreza deferencial de ella en forma, rasgos y

expresión—, su valentía, su genio vivo, su manera impulsiva de defender, su furia ante una causa justa, su tierna generosidad y su rápida capacidad de perdonar, y esa caballerosidad que era el paradigma de códigos e ideales tan primitivos como los tiempos de la caballería andante. Y antes, después y siempre, dominándolo todo, veía en su rostro la pasión viva y la rapidez para actuar que le habían hecho ganar el apodo de Dick Curtis, *el Combatiente*.

—Déjenme hacer una prueba —oyó decir a la señora Grantly—. Permitan que la señorita Story maneje la güija. Podría haber otro mensaje.

—No, no, por favor —intervino la tía Mildred—. Es demasiado misterioso. No puede ser bueno interferir con los muertos. Además, estoy nerviosa. O, mejor, me iré a la cama y les dejaré con sus experimentos. Eso será lo mejor. Ya me lo contarán por la mañana.

Entre los distintos «buenas noches» se mezclaron las protestas desganadas de la señora Grantly al tiempo que la tía Mildred se retiraba.

—Robert regresará —dijo esta cuando ya se iba— en cuanto me haya acompañado a mi tienda.

—Sería una pena dejarlo ahora —comentó la señora Grantly—. No sabemos qué estamos a punto de descubrir. ¿No quiere intentarlo, señorita Story?

Lute obedeció, pero cuando posó la mano sobre la tablilla fue consciente de sentir un miedo leve e indescriptible por jugar con lo sobrenatural. Ella pertenecía al siglo XX y, en esencia, aquello era medieval, tal y como había dicho su tío. Sin embargo, no se libraba del miedo instintivo que crecía en ella, herencia humana de los tiempos salvajes y violentos en los que su prototipo peludo y simiesco temía la oscuridad y personificaba los elementos para crear objetos que inspiraban terror.

Pero en cuanto la misteriosa influencia se apoderó de su mano y la hizo escribir, la situación perdió su calidad excepcional y Lute solo sintió una ligera curiosidad. Y es que se concentraba en otra visión, esta vez de su madre, a quien tampoco recordaba en carne y hueso. La imagen que se hacía de su madre no resultaba tan viva y nítida como la del padre, sino atenuada y nebulosa, una cabeza de santa rodeada por una aureola de dulzura, bondad y docilidad, aunque también con un atisbo de sosegada determinación, de una fuerza de voluntad pertinaz y discreta que en vida se había manifestado sobre todo como resignación.

La mano de Lute había dejado de moverse y la señora Grantly ya leía el mensaje escrito.

—La letra es diferente —dijo—. Es de mujer. Lo firma Martha. ¿Quién es Martha?

Lute no se sorprendió.

—Mi madre —se limitó a responder—. ¿Qué dice?

No había sentido sopor, como Chris, pero el entusiasmo de su vitalidad se había atenuado y experimentaba una lasitud agradable y muy dulce. Mientras leían el mensaje, en sus ojos persistía la visión de su madre.

—«Querida hija —leyó la señora Grantly—, no le hagas caso. Siempre ha sido impulsivo y precipitado. No trates mal a tu pretendiente. El amor no puede hacerte daño. Negar el amor es pecar. Obedece a tu corazón y nunca te equivocarás. Obedece a los factores mundanos, obedece al orgullo, obedece a quienes te impulsan a ir en contra de los impulsos de tu corazón y entonces pecarás. No hagas caso a tu padre. Ahora está enfadado y así era cuando vivía en la tierra, pero acabará por ver la sabiduría de mi consejo porque también era así cuando vivía en la tierra. Ama, hija mía, y ama bien. Martha».

—Déjeme verlo —gritó Lute al tiempo que cogía el papel y devoraba aquella letra con la mirada. Se estremecía de amor tácito por la madre a la que nunca había visto y aquel discurso escrito desde la tumba parecía hacer más tangible el hecho de su existencia que su imagen.

—Es increíble —insistía la señora Grantly—. Nunca he visto nada igual. Piénselo, querida, esta noche han estado con nosotros su padre y su madre.

Lute tembló. La lasitud había desaparecido y volvía a ser la de siempre, vibrante de miedo instintivo hacia lo invisible. Ofendía su mente que, ya fuese real o una ilusión, la presencia de las existencias recordadas de su padre y su madre sufriese el contacto con aquellas dos personas prácticamente desconocidas: la señora Grantly, enfermiza y mórbida, y el señor Barton, impasible y estúpido, vulgar en cuerpo y alma. También le parecía un abuso que aquellos desconocidos se adentrasen de esa manera en la intimidad de ella con Chris.

Oyó los pasos de su tío al acercarse y la situación se dibujó ante ella con total claridad. Se apresuró a doblar la hoja de papel y a guardarla en su pecho.

—No le digan nada acerca de este segundo mensaje, señora Grantly, por favor, y señor Barton. Tampoco a la tía Mildred. Solo se irritarían y se preocuparían sin necesidad.

También tenía en mente el deseo de proteger a su novio, pues sabía que la tensión provocada en sus tíos por la situación actual aumentaría de forma inconsciente debido al extraño mensaje de la güija.

—Y por favor, dejémonos ya de güija —añadió Lute con prisa—. Olvidémonos de todas las tonterías que hemos visto.

—¿Tonterías, querida niña? —protestó indignada la señora Grantly en el momento en que el tío Robert se sumaba al círculo.

—¡Hola! —saludó—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ya es tarde —respondió Lute a la ligera—. Se acabaron las cotizaciones de bolsa para ti. Hemos guardado la güija y en este mismo instante finalizamos la discusión teórica al respecto. ¿Sabes lo tarde que es?

☘

—¿QUÉ HICISTE ANOCHE cuando nos fuimos?

—Di un paseo —respondió Chris.

Lute le dedicó una mirada de duda burlona al tiempo que preguntaba con total seguridad en cuanto a la respuesta:

—¿Con… con el señor Barton?

—Pues sí.

—¿Y fumasteis?

—Sí. ¿A qué viene esto?

Lute se rió con alegría.

—Lo que te dije que harías. Soy toda una profeta. Pero antes de verte ya sabía que mi pronóstico se había cumplido. Acabo de dejar al señor Barton y supe que anoche paseó contigo porque jura por todos sus fetiches e ídolos que eres un joven extraordinariamente magnífico. Lo vi con los ojos cerrados. El glamour de Chris Dunbar ha caído sobre él. Pero aún no he terminado con el interrogatorio. ¿Dónde has estado toda la mañana?

—En el lugar al que voy a llevarte esta tarde.

—Haces planes sin conocer mis deseos.

—Sabía muy bien cuáles serían tus deseos. Iremos a ver un caballo que he encontrado.

La voz de la joven traicionó su alegría al gritar:

—¡Qué bien!

—Es una belleza —dijo Chris.

Pero ella se había puesto seria de repente y la aprensión asomaba a sus ojos.

—Se llama *Comanche* —continuó Chris—. Es una verdadera belleza, el ejemplo perfecto del caballo vaquero californiano. Sus líneas son… oye, ¿qué pasa?

—Prefiero que no montemos más —dijo Lute—. Al menos durante un tiempo. De verdad, creo que estoy un poco harta de tanto montar.

La miró atónito y ella le mantuvo la mirada valientemente.

—Veo coches fúnebres y flores para ti y una oración fúnebre —empezó a decir él—; veo el fin del mundo, las estrellas caer y los cielos plegarse; veo a los vivos y los muertos reunirse para el Juicio Final, las ovejas y las cabras, los corderos y los carneros y todo lo demás, los santos vestidos de blanco, el sonido de las arpas doradas y los alaridos de las almas perdidas al caer al abismo. Veo todo eso el día que tú, Lute Story, pierdas el interés por montar a caballo. ¡Hablamos de caballos, Lute! ¡De caballos!

—Al menos durante un tiempo —rogó ella.

—¡Es ridículo! —exclamó él—. ¿Qué pasa? ¿No estás bien? Tú, que siempre estás tan tremenda y adorablemente bien.

—No, no es eso —respondió la joven—. Ya sé que es ridículo, Chris, lo sé, pero tengo mis dudas. No puedo evitarlo. Siempre dices que tengo los pies sensatamente pegados a la tierra, a la realidad y demás, pero… quizá sea superstición, no lo sé… pero todo lo ocurrido, los mensajes de la güija, la posibilidad de que fuese la mano de mi padre, aunque no sé cómo, la que alcanzase las riendas de *Ban* y os arrojase a él y a ti a la muerte; la relación entre la afirmación de mi padre, según la que atentó dos veces contra tu vida, y el hecho de que en los dos últimos días tu vida haya corrido peligro por culpa de un caballo…, mi padre era un jinete magnífico… Todo eso hace que en mi mente surja la duda. ¿Y si hay algo de eso? No estoy tan segura. La ciencia puede resultar demasiado dogmática en su negativa de lo invisible. Las fuerzas de lo invisible, de lo espiritual, podrían ser sutiles en exceso o estar muy sublimadas para que la ciencia las aprehenda, las reconozca y las formule. ¿No ves, Chris, que en la propia duda existe racionalidad? Puede tratarse de una duda muy pequeña… sí, pequeñísima, pero te quiero demasiado para correr incluso un riesgo tan mínimo. Además, soy mujer y eso, en sí mismo, debería explicar mi predisposición a la superstición.

»Sí, sí, ya lo sé, llámalo irrealidad. Pero te he oído usar la paradoja para hablar de la realidad de lo irreal, la realidad del engaño a la mente enferma. Si quieres, eso es lo que me pasa a mí: es un engaño e irreal, pero para mí, por mi constitución, resulta muy real; es real como el final de una pesadilla, justo antes de despertarnos.

—La forma más lógica de argumentar lo ilógico que he oído nunca —sonrió Chris—. En cualquier caso, es una buena propuesta para un juego de azar. Con tu filosofía consigues abarcar más posibilidades que yo con la mía. Me recuerda a Sam, el jardinero que teníais hace un par de años. Lo oí discutir con Martin en el establo. Ya sabes que Martin es un ateo intolerante. Pues Martin había inundado a Sam con la riada de su lógica. Sam reflexionó un rato y luego dijo: «Es bien cierto, señor Martin, que usted habla como los soles, pero no está a mi altura». «¿Cómo es eso?», preguntó Martin. «Pues, verá, señor Martin, usted tiene una posibilidad por cada dos de las mías». «No lo entiendo», dijo Martin. «Señor Martin, yo se lo explico. Usted tiene la posibilidad, como ha dicho, de convertirse en comida para los gusanos y así ayudar a que fructifique el campo de repollos. Pero yo tengo la posibilidad de alzar mi voz a la gloria del Señor mientras recorro las calles doradas del cielo, junto con la posibilidad de acabar solo convertido en alimento para los gusanos, como usted, señor Martin».

—Te niegas a tomarme en serio —dijo Lute tras reírse agradecida.

—¿Cómo puedo tomarme en serio ese galimatías de la güija? —preguntó él.

—No se puede explicar, ni lo de la letra de mi padre, que el tío Robert reconoció, ni nada. Nada tiene explicación.

—No conozco todos los misterios de la mente —respondió Chris—. Pero creo que toda esta clase de fenómenos se rendirán ante una explicación científica en un futuro no muy lejano.

—Aun así, en el fondo deseo saber más cosas de la güija —confesó Lute—. La tablilla sigue en el comedor. Podríamos probar ahora, solos tú y yo, sin que nadie más lo sepa.

Chris tomó su mano y exclamó:

—¡Vamos! Será divertido.

Cogidos de la mano corrieron hasta el espacio rodeado de árboles.

—El campamento está desierto —dijo Lute mientras situaba la güija sobre la mesa—. La señora Grantly y la tía Mildred están descansando y el señor Barton se ha ido con el tío Robert. No hay nadie que nos moleste —apoyó la mano en la tablilla y dijo—: Empecemos.

Durante unos minutos no ocurrió nada. Chris quiso empezar a hablar, pero ella le pidió que guardase silencio. Las contracciones preliminares empezaron a aparecer en su mano y en su brazo. Luego el lápiz se puso a escribir. Leyeron el mensaje, palabra a palabra, tal y como estaba escrito:

«Hay una sabiduría mayor que la de la razón. El amor no procede del árido método de la mente. El amor es del corazón y supera a la razón, la lógica y la filosofía. Confía en tu corazón, hija mía. Y si tu corazón te ordena confiar en tu pretendiente, ríete de la mente y de su fría sabiduría, obedece a tu corazón y ten fe en tu pretendiente. Martha».

—¡Pero ese mensaje es el dictado de tu propio corazón! —exclamó Chris—. ¿No lo ves, Lute? Es lo que tú piensas y tu subconsciente lo ha expresado en el papel.

—Pues hay una cosa que no entiendo —objetó ella.

—¿El qué?

—La letra. Mírala. No se parece en nada a la mía. Es afectada, pasada de moda. Es la típica letra de mujer de hace una generación.

—No pretenderás decirme que de verdad crees que este mensaje proviene de los muertos —la interrumpió él.

—No lo sé, Chris —dudó ella—. Te aseguro que no lo sé.

—¡Es absurdo! —exclamó él—. Te dejas llevar por la fantasía. Cuando alguien muere, muerto está. Se convierte en polvo. Alimenta a los gusanos, como dice Martin. ¿Los muertos? Me río de los muertos. No existen. No están. ¡Desafío a los poderes de la tumba, a los muertos que son polvo y ya no están! ¿Y tú qué tienes que decir? —añadió mientras apoyaba la mano en la güija.

Empezó a escribir al instante. Fue tan repentino que los dos se sobresaltaron. El mensaje era breve:

«¡CUIDADO! ¡CUIDADO! ¡CUIDADO!».

Chris estaba muy serio, pero se rió.

—Esto es como un auto sacramental. Tenemos a la Muerte, que nos habla desde la tumba. Pero ¿dónde estás, Buenas Acciones? ¿Y Familia? ¿Y Júbilo? ¿Y Enseres Domésticos? ¿Y Amistad? ¿Y demás agradable compañía?

Sin embargo, Lute no compartió su fanfarronería. El susto se le reflejaba en el rostro. Posó su mano temblorosa en el brazo de él.

—Chris, dejémoslo ya. Lamento haber empezado. Dejemos que los muertos descansen en paz. Está mal. Tiene que estar mal. Confieso que me afecta. No puedo evitarlo. Tal y como tiembla mi cuerpo también lo hace mi alma. Estas palabras desde la tumba, este muerto que se dirige a mí desde el moho que lo cubre desde hace tantos años para protegerme de ti. Hay razón

en todo eso. Está el misterio vital que impide que te cases conmigo. Si mi padre estuviese vivo, me protegería de ti. Muerto, se esfuerza por protegerme. Sus manos, sus manos de fantasma, van en contra de tu vida.

—Cálmate —dijo Chris con dulzura—. Oye, no es más que una tontería. Jugamos con las fuerzas subjetivas de nuestro propio ser, con fenómenos que la ciencia aún no ha explicado, eso es todo, la psicología es una ciencia demasiado joven. La mente subconsciente casi acaba de descubrirse. Todavía es un misterio; aún no se han formulado sus leyes. Esto no es más que un fenómeno inexplicado. Pero eso no es motivo para que enseguida lo expliquemos etiquetándolo como espiritismo. De momento no lo sabemos, eso es todo. En cuanto a la güija…

Se interrumpió de repente porque, para reforzar su comentario, había apoyado la mano en la güija y en ese mismo instante se había visto presa de una especie de ataque que la obligaba a garabatear sobre el papel como lo haría una persona enfadada.

—No, no quiero seguir con esto —dijo Lute en cuanto el mensaje quedó completo—. Es como presenciar una pelea entre tú y mi padre vivo. Queda la sensación de la lucha y los golpes.

Señaló una frase que decía: «¡No podrás huir de mí ni del justo castigo que mereces!».

—Quizá visualizo con demasiada intensidad lo que dice, porque veo sus manos en tu cuello. Ya sé que, como tú dices, está muerto y se ha convertido en polvo, pero a pesar de eso lo veo como alguien vivo que habita en la tierra. Veo la ira en su rostro; la ira y la venganza. Todo dirigido en contra de ti.

Arrugó las hojas de papel escritas y guardó la güija.

—No volveremos a usarla —dijo Chris—. No imaginé que te afectaría tanto. Pero estoy seguro de que todo es subjetivo, con un poco de sugestión, eso sí, y nada más. La tensión de nuestra situación ha creado unas condiciones excepcionalmente favorables para un fenómeno tan sorprendente.

—Hablando de nuestra situación —dijo Lute mientras subían despacio el sendero por el que antes habían bajado—. No sé qué vamos a hacer. ¿Debemos seguir como hasta ahora? ¿Qué es lo mejor? ¿Has pensado en algo?

Avanzaron unos pasos antes de que él contestara:

—He pensado en decírselo a tus tíos.

—¿Lo que no has podido decirme a mí? —preguntó ella enseguida.

—No —respondió Chris, despacio—, lo mismo que te he dicho a ti. No tengo derecho a contarles más de lo que te he contado a ti.

Entonces fue ella quien tardó en hablar.

—No, no se lo digas —aconsejó por fin—. No lo entenderían. No lo entiendo ni yo, pero confío en ti, y ellos, tal y como están las cosas, no son capaces de mostrarte esa misma fe inquebrantable. Me hablas de un misterio que impide nuestro matrimonio y yo te creo, pero ellos no podrían creerte sin que surgieran dudas relativas a la maldad y lo inadecuado de dicho misterio. Además, solo conseguirías aumentar su preocupación.

—Debería irme, sé que debería irme —dijo él en voz baja—. Puedo hacerlo. No soy ningún pelele. Que no haya logrado mantenerme alejado una vez no significa que vaya a fracasar de nuevo.

Ella contuvo el aliento y ahogó el grito que le subió a la garganta.

—Oírte hablar de marcharte y permanecer lejos de mí es como estar de duelo. Podría no volver a verte. Es demasiado duro. Y no te reprocho tu debilidad. Soy yo quien tiene la culpa. Fui yo quien evitó que permanecieras alejado la otra vez, lo sé. Quería que así fuera. Quiero que así sea. No podemos hacer nada, Chris, nada que no sea seguir adelante y dejar que las cosas se solucionen por sí mismas. Es lo único de lo que podemos estar seguros: de alguna forma se solucionarán.

—Pero sería más sencillo si me marchara —sugirió él.

—Soy más feliz si estás aquí.

—La crueldad de las circunstancias —refunfuñó Chris con violencia.

—Que te vayas o te quedes formará parte de la solución. Aunque yo no quiero que te marches, Chris. Ya lo sabes. Pero se acabó el tema. Hablando no lo solucionaremos. No volveremos a mencionarlo… a menos… a menos que en algún momento, en algún momento maravilloso y feliz, puedas acudir a mí y decirme: «Lute, todo va bien. El misterio ya no me ata. Soy libre». Hasta entonces, enterrémoslo junto con la güija y todo lo demás, y saquémosle el mayor partido a lo poco que tenemos.

»Y ahora, para que veas lo dispuesta que estoy a aprovechar lo poco que se nos ha dado, incluso me apunto a acompañarte esta tarde a ver el caballo, aunque desearía que no montaras más… al menos durante unos días o una semana. ¿Cómo has dicho que se llama?

—*Comanche* —respondió él—. Sé que te gustará.

☘

CHRIS YACÍA BOCA ARRIBA, con la cabeza apoyada en la pared de piedra que sobresalía y la mirada concentrada en el otro extremo del cañón, sobre la ladera cubierta de árboles. Se oían ruidos de ramas rotas bajo la maleza, el repiqueteo de las herraduras contra la piedra y, de vez en cuando, el descenso entre el musgo de alguna roca desplazada que bajaba a saltos desde la colina para acabar salpicando el agua del torrente que fluía por debajo de él, entre un impresionante caos de piedras. A veces veía fugazmente, enmarcado en follaje verde, el castaño dorado de la ropa de montar de pana que llevaba Lute y del caballo alazán que montaba.

La joven salió a un claro donde un deslizamiento de tierra impedía que crecieran los árboles y la hierba. Detuvo el caballo junto al borde del desprendimiento y miró hacia el fondo con ojo experto. Doce metros más abajo el derrumbe terminaba en una terraza pequeña y de superficie dura, acumulación de la tierra y la gravilla caídas.

—Es una buena prueba —gritó desde el otro lado del cañón—. Voy a hacerlo bajar.

El animal emprendió con cuidado el traicionero camino, perdiendo el apoyo de las patas traseras y recuperándolo de forma irregular a la vez que mantenía tensas las delanteras, para sacarlas, sin prisa pero sin pausa, sin ponerse nervioso ni sentir pánico, en cuanto se hundían demasiado en la tierra que caía por delante de él. Cuando alcanzó la superficie dura del fondo, salió a la pequeña terraza con paso rápido y elástico y con un centelleo de fuerza muscular que desmentía la calmada deliberación de sus movimientos en el derrumbe.

—¡Bravo! —gritó Chris, aplaudiendo desde el otro lado del cañón.

—Es el caballo que mejor pisa y con la cabeza más despejada que he conocido —respondió Lute al tiempo que hacía girar al animal hacia un lado para descender una breve pendiente de escombros e internarse de nuevo entre los árboles.

Chris la siguió por el sonido de su avance y los ocasionales atisbos cuando el follaje se aclaraba, a medida que descendía en zigzag la empinada bajada en la que no había sendas. Asomó por debajo de él, en el borde accidentado del torrente, hizo saltar al caballo una pared de un metro y se detuvo para ver por dónde podía cruzar.

En medio del cauce, a algo más de un metro, un estrecho saliente emergía sobre la superficie del agua. Más allá, bullía una corriente muy enfadada. Pero a la izquierda desde el saliente y a poco más de un metro por abajo había un pequeño lecho de gravilla. Una roca gigante impedía el acceso directo al

lecho de gravilla. La única forma de alcanzarlo era saltando antes hasta el saliente. Lute lo estudió atentamente y la tensión del brazo que sujetaba la brida anunció que se había decidido.

Chris, nervioso, se había sentado para observar las reflexiones de ella.

—No lo intentes —gritó.

—Tengo fe en *Comanche* —gritó ella a su vez.

—No podrá hacer ese salto lateral hasta la gravilla —advirtió Chris—. No conseguirá mantener en equilibrio las cuatro patas. Caerá al agua. Ni un caballo entre mil podría hacer ese numerito.

—Pues *Comanche* es ese caballo —respondió ella—. Ya lo verás.

Aflojó las riendas, el animal ejecutó un salto exacto y limpio hasta el saliente y cayó con las cuatro patas juntas sobre el angosto espacio. En ese mismo instante, Lute le rozó levemente el cuello con la rienda y lo impulsó hacia la izquierda. De inmediato, tambaleándose por la falta de equilibrio y las patas delanteras resbalando hacia la corriente, el caballo se alzó sobre las traseras mientras describía medio giro, saltó hacia la izquierda y aterrizó directamente sobre el diminuto lecho de gravilla. Un sencillo brinco lo llevó al otro lado del cauce, donde Lute lo orientó para que subiese la orilla y se detuviera frente a su novio.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡Qué tensión! —respondió Chris—. Hasta me he olvidado de respirar.

—Cómpralo, como sea —dijo Lute mientras desmontaba—. Es una ganga. Con él me atrevería a hacer cualquier cosa. Jamás había confiado de esta forma en las patas de un caballo.

—El dueño dice que nunca ha perdido el equilibrio por completo, que resulta imposible hacerle caer.

—Cómpralo, cómpralo de inmediato —aconsejó ella—, antes de que el hombre cambie de opinión. Si no lo compras tú, lo haré yo. ¡Qué patas! Me siento tan segura que cuando lo monto ni siquiera pienso que dependo de ellas. Es rápido como un felino y obedece al instante. Conoce las bridas al dedillo. Sería posible guiarlo con hilos de seda. Ya sé que parezco entusiasmada, pero si no lo compras tú, Chris, lo compro yo. Recuerda, yo tengo la segunda opción de compra.

Chris mostró su acuerdo con una sonrisa a la vez que cambiaba las sillas. Mientras, ella comparaba los caballos.

—Claro que no combina con *Dolly* tan bien como lo hacía *Ban* —concluyó con un deje de tristeza—, pero tiene un pelaje espléndido. ¡Y lo importante es el caballo bajo el pelaje!

Chris la ayudó a montar y la siguió ladera arriba hasta la carretera secundaria. Lute frenó su yegua de repente y dijo:

—No iremos directos al campamento.

—Te olvidas de la cena —advirtió él.

—Pero no olvido a *Comanche* —replicó ella—. Cabalgaremos hasta el rancho para comprarlo. La cena puede esperar.

—Pero la cocinera no —se rió Chris—. Ya ha amenazado con marcharse debido a nuestros retrasos.

—Aun así. —Fue la respuesta—. Tal vez la tía Mildred tenga que buscarse otra cocinera, pero nosotros tendremos a *Comanche*.

Cambiaron de dirección y subieron por la senda de Nun Canyon, que cruzaba la divisoria para descender hacia el valle de Napa. Pero el ascenso era difícil y avanzaban despacio. A veces se encontraban a muchas decenas de metros por encima del torrente para luego volver a bajar y cruzarlo y recruzarlo veinte veces. Atravesaban la profunda sombra de los arces de tronco liso y las altísimas secuoyas para salir a espacios abiertos en los lomos de las montañas, donde la tierra aparecía seca y cuarteada bajo el sol.

Salieron a uno de esos lomos en los que el camino se extendía a la misma altura durante un cuarto de milla. A un lado se alzaba la mole inmensa de la montaña. Al otro, la empinada pared del cañón caía sobre el torrente del fondo en laderas imposibles y descensos muy escarpados. Se trataba de un abismo de belleza verde y umbrías profundidades que traspasaban los rayos errantes del sol y la luz más fuerte salpicaba aquí y allá. El mido del agua del torrente ascendía en el aire tranquilo y se oía el zumbido de las abejas.

Los caballos trotaban alegres. Chris cabalgaba por fuera y miraba hacia las profundidades, disfrutando de lo que veía. Un murmullo de agua al caer se separó del de las abejas. Iba aumentando a cada paso de los caballos.

—¡Mira! —exclamó.

Lute se inclinó hacia él para ver. Por debajo de ellos el agua espumeaba sobre la roca lisa hasta el borde, donde se precipitaba al vacío como un lazo blanco palpitante, lleno de movimiento, en caída constante y permanente, cambiando de sustancia pero nunca de forma, vía fluvial aérea tan inmaterial como la gasa y eterna como las colinas, que abarcaba el espacio y el aire entre el borde de la roca y las cimas de los árboles inferiores, en cuya barrera verde desaparecía para caer a una charca secreta.

La dejaron atrás enseguida. El agua descendente se convirtió en un murmullo lejano que volvió a confundirse con el de las abejas y luego se apagó. Dominados por el mismo impulso, se miraron a la vez.

—Oh, Chris, qué suerte estar viva… y tenerte a mi lado.

Él respondió con la calidez de su mirada.

Todo tendía a armonizarlos en un tono exquisito: el movimiento de sus cuerpos, de acuerdo con el de los animales que montaban; la sangre afectuosamente estimulada que acariciaba la carne de pies a cabeza con la suave intensidad de la salud; el aire cálido que rozaba sus rostros y corría sobre la piel con un toque balsámico y tonificante, impregnándolos, empapándolos sutilmente de un placer tenue, sensual; y la belleza del mundo, más sutil incluso, que fluía sobre ellos y los cubría de ese deleite del espíritu, personal y sagrado, indescriptible pero comunicable a través del brillo de una mirada y la desaparición de los velos que ocultan el alma.

Así se miraban, los caballos brincando bajo sus cuerpos, la primavera del mundo y de su juventud agitándose en su sangre, el secreto de la existencia temblando en sus ojos, a punto de revelarse, como si, con una palabra mágica, fueran a disiparse todas las fatigas y los enigmas de la vida.

La senda se curvaba por delante de ellos de forma que se veía la zona alta del cañón, cuyo lejano estrato se alzaba muy por encima de sus cabezas. Tomaron la curva, inclinándose hacia dentro y observando la imagen que iba apareciendo ante sus ojos. No hubo ni una señal de advertencia. Ella no oyó nada pero, incluso antes de que el caballo cayera, tuvo la sensación de que la simultaneidad de los caballos se había roto. Giró la cabeza tan rápidamente que vio caer a *Comanche*. No tropezó ni resbaló. Cayó como si de repente, en medio de un brinco, se hubiese muerto o recibido un golpe contundente.

En ese momento se acordó de la güija: se le grabó a fuego en la mente como el destello de un recuerdo que lo abarca todo. Su yegua se apoyó en los cuartos traseros y ella sujetó las riendas con fuerza, pero mantuvo la cabeza girada, sin dejar de mirar a *Comanche* en su caída. Cayó de lleno sobre el firme del camino, con las patas flácidas, sin vida.

Todo ocurrió en uno de esos segundos que duran una vida y parecen abarcar una eternidad de sucesos. El impacto del cuerpo de *Comanche* contra el suelo produjo un rebote ligero aunque perceptible. La violencia con la que se golpeó obligó al aire de sus enormes pulmones a salir produciendo un gemido audible. El impulso lo empujó hacia delante, por encima del borde del camino. El peso del jinete sobre el cuello lo llevó a precipitarse con la cabeza por delante.

Lute se apeó de la yegua sin saber cómo y se acercó al borde. Su novio se había bajado de la silla y de *Comanche*, pero continuaba unido al animal por la pierna derecha, atrapada en el estribo. La ladera era demasiado empinada

para que pudieran detenerse. La tierra y algunas piedras pequeñas, arrancadas por el forcejeo de hombre y caballo, bajaban con y por delante de ellos, en una especie de avalancha en miniatura. La joven permaneció muy quieta, con una mano en el corazón, mirando hacia abajo. Pero, aunque veía lo que en realidad ocurría, también vislumbraba a su padre asestando el golpe espectral que había derribado a *Comanche* en pleno brinco y logrado que caballo y jinete se precipitasen por el borde.

Por debajo del animal y del hombre, la cuesta terminaba en una pared vertical, a partir de cuya base, a su vez, descendía otra ladera. Una tercera pendiente acababa en una última pared que tenía su base en el lecho del cañón, a más de cien metros por debajo del punto en el que la joven permanecía observando. Vio a Chris dar patadas en vano para liberar la bota de la trampa del estribo. *Comanche* se golpeó con fuerza contra una roca que sobresalía. Su caída se detuvo durante una fracción de segundo y en ese breve intervalo el hombre consiguió agarrarse a un brote de arbusto manzanita. Lute lo vio asegurar su sujeción con la otra mano. Entonces *Comanche* continuó cayendo. Vio tensarse primero la correa del estribo y después el cuerpo y los brazos de su novio. Las raíces del arbusto cedieron y caballo y jinete se precipitaron por el borde y dejaron de verse.

Volvieron a verse en la siguiente ladera, juntos, sin dejar de rodar, a veces el hombre debajo y otras el caballo. Chris ya no forcejeaba y juntos se precipitaron por la tercera pendiente. Cerca del borde de la última pared, *Comanche* se atascó en un montecillo de piedra. Allí permaneció sin moverse y junto a él, aún sujeto al estribo y boca abajo, yacía su jinete.

—Ojalá se quedé ahí y no se mueva más —susurró Lute mientras pensaba en la forma de rescatarlos.

Pero vio que *Comanche* empezaba a agitarse de nuevo y percibió claramente, o eso le pareció, que el brazo espectral de su padre agarraba las riendas y arrastraba al animal. *Comanche* cruzó como pudo el montecillo, seguido del cuerpo inerte, y juntos, hombre y caballo, se precipitaron pendiente abajo y dejó de verlos. Ya no volvieron a aparecer. Habían llegado al fondo.

Lute miró a su alrededor. Estaba sola en el mundo. Su novio se había ido. Nada recordaba su existencia, excepto las huellas de *Comanche* en el camino y de su cuerpo en el punto en el que se había deslizado pendiente abajo.

—¡Chris! —llamó una vez, dos, pero sin esperanza.

Desde las profundidades, el aire tranquilo solo le llevó el zumbido de las abejas y el ruido del torrente.

—¡Claris! —gritó una tercera vez y se dejó caer despacio, de rodillas, sobre el polvo del camino.

Sintió el roce del hocico de *Dolly* en su brazo, apoyó la cabeza en el cuello de la yegua y esperó. No sabía por qué esperaba ni a qué, pero le pareció que ella ya no podía hacer nada más que esperar.

[1906]



Lobo Marrón

SE HABÍA QUEDADO ATRÁS, debido a la hierba húmeda de rocío, para ponerse los chanclos y cuando salió de la casa vio que su marido la esperaba absorto en la belleza de un almendro en flor. Buscó con la mirada entre las hierbas altas y los frutales.

—¿Dónde está *Lobo*? —preguntó.

—Estaba aquí hace un momento. —Walt Irvine se obligó a alejarse de la metafísica y la poesía presentes en el milagro orgánico de la floración y observó el paisaje—. La última vez que lo vi corría detrás de un conejo.

—¡*Lobo*! ¡*Lobo*! ¡Ven aquí, *Lobo*! —llamó ella mientras abandonaban el claro y seguían la senda que, atravesando la selva de arbustos manzanita con sus flores céreas, descendía hacia la carretera secundaria.

Irvine introdujo entre sus labios el meñique de cada mano y sumó un silbido estridente a los esfuerzos de su mujer.

Ella se tapó los oídos y puso mala cara.

—¡Caramba! Para ser un poeta delicadamente armónico y todo lo demás, haces unos ruidos nada agradables. Me has roto los tímpanos. Silbas más alto que…

—Orfeo.

—Yo iba a decir que un golfillo callejero —terminó ella, muy seria.

—La poesía no impide ser práctico. Al menos no me lo impide a mí. Mi don no tiene esa futilidad que impide vender joyas a las revistas. —Adoptó una extravagancia fingida y continuó—: No soy de los que cantan para las minorías ni en los salones de baile. ¿Por qué? Porque soy práctico. Mi canción no es una miseria incapaz de transformarse, al tipo de cambio adecuado, en una cabaña rodeada de flores, un fragante prado de montaña, un bosque de secuoyas, un huerto con treinta y siete frutales, una hilera larga de zarzamoras y dos cortas de fresales, por no hablar de los cuatrocientos metros de arroyo borboteante. Soy un mercader de belleza, un comerciante de canciones, y busco la utilidad, querida Madge. Canto una canción y, gracias a los directores de las revistas, transformo mi canción en un soplo de viento del oeste que suspira entre nuestras secuoyas, en un murmullo de agua sobre

piedras musgosas que me devuelve otra canción, distinta a la que yo canto que, sin embargo, es la misma maravillosamente transformada.

—¡Como si todas tus transformaciones de canciones hubiesen tenido éxito! —se rió ella.

—Dime una que no lo haya tenido.

—Esos dos hermosos sonetos que transformaste en la peor vaca lechera del municipio.

—Era preciosa… —empezó a decir él.

—Pero no daba leche —interrumpió Madge.

—Pero era preciosa, ¿o no lo era? —insistió él.

—Ahí es donde la belleza y lo útil se distancian —respondió ella—. ¡Y ahí está *Lobo*!

Desde la ladera cubierta de matorrales les llegó el ruido de la maleza al quebrarse y luego, a unos diez metros por encima de ellos, en el borde de la escarpada pared de piedra, surgió la cabeza y los hombros de un lobo. Sus patas delanteras desplazaron un guijarro y, con las orejas erguidas y la mirada fija, observó la caída de la piedra hasta que chocó contra el suelo, junto a los pies de la pareja. Entonces los miró y, con la boca abierta, se rió de ellos.

Con un «¡eh, tú, *Lobo*!» y un «¡condenado *Lobo*!» el hombre y la mujer lo llamaron.

Al oírlos, agachó las orejas y acurrucó la cabeza como si una mano invisible lo hubiese acariciado.

Lo vieron retroceder e internarse entre los matorrales y continuaron andando. Unos minutos después, tras tomar una curva del camino donde la pendiente se suavizaba, el lobo se unió a ellos en medio de una avalancha en miniatura de guijarros y tierra. No era efusivo. El hombre le dio una palmadita y le pasó la mano entre las orejas, la mujer le hizo una caricia más prolongada y él se alejó camino abajo, por delante de ellos, con el paso majestuoso de un lobo auténtico.

Su complexión, pelaje y cola eran los de un enorme lobo salvaje, pero el color y las manchas lo desmentían. Ahí se anunciaba el perro sin lugar a dudas. No había lobos de ese color. Era marrón, de un marrón oscuro, rojizo: una orgía de marrones. El lomo y los hombros eran de un marrón cálido que se aclaraba en los costados y la zona inferior hasta convertirse en un amarillo sucio por los restos amarronados. El blanco de la garganta, las patas y las manchas sobre los ojos también se veía sucio por el marrón persistente e imposible de borrar. Los ojos eran topacios gemelos, dorados y marrones.

El hombre y la mujer querían mucho a su peno, tal vez por lo que les había costado ganarse su aprecio. No les resultó sencillo cuando un día apareció de la nada, misteriosamente, en su pequeña cabaña. Con las patas heridas y muerto de hambre, había matado un conejo delante de sus narices y bajo su propia ventana, para luego alejarse arrastrándose y quedarse dormido junto al manantial, al pie de las zarzamoras. Cuando Walt Irvine se acercó para examinar al intruso, a cambio de sus molestias recibió gruñidos, como Madge cuando bajó a llevarle, a modo de ofrenda de paz, una fuente enorme de pan y leche.

Resultó ser un perro muy poco sociable que se molestaba ante sus intentos de acercamiento, se negaba a que lo tocasen y los amenazaba enseñándoles los colmillos y erizando el pelaje. Pero se quedó, durmiendo y descansando junto al manantial y alimentándose de la comida que le ofrecían, después de que la dejasen a una distancia prudente y se alejaran. Su miserable estado físico explicaba su permanencia y, una vez recuperado, tras varios días de estancia, desapareció.

En lo que respecta a Irvine y su mujer, aquel habría sido el fin de su relación si, en aquel momento concreto, Irvine no hubiese tenido que desplazarse al norte del Estado. En el tren, cerca de la línea que separa California de Oregon, se le ocurrió mirar por la ventanilla y vio a su insociable invitado siguiendo la línea férrea, marrón y lobuno, cansado pero incansable, cubierto de polvo y sucio tras más de trescientos kilómetros de viaje.

Irvine era un hombre impulsivo, un poeta. Se bajó del tren en la estación siguiente, compró un trozo de carne en una carnicería y capturó al vagabundo en las afueras de la población. Hizo el viaje de vuelta en el vagón de equipajes y así fue como *Lobo* llegó a la cabaña por segunda vez. Allí permaneció atado una semana mientras el hombre y la mujer intentaban ganárselo. Pero fue un cortejo muy circunspecto. Lejano y extraño como un viajero de otro planeta, respondía con gruñidos a sus palabras cariñosas. Nunca ladraba. Jamás ladró en todo el tiempo que llevaba con ellos.

Ganárselo se convirtió en un problema. A Irvine le gustaban los problemas. Mandó hacer una placa de metal en la que grabó: «Devolver a Walt Irvine, Glen Ellen, condado de Sonoma, California». La sujetó con remaches a un collar que le puso al perro. Luego lo soltó y el animal desapareció enseguida. Un día después llegó un telegrama desde el condado de Mendocino. En veinte horas había recorrido más de ciento cincuenta

kilómetros en dirección norte y, si no lo hubiesen capturado, habría llegado más lejos.

Regresó en el rápido de la Wells Fargo, permaneció atado tres días, al cuarto lo soltaron y lo perdieron. Esa vez llegó al sur de Oregon antes de que lo atraparan y lo devolvieran. Siempre, en cuanto volvía a ser libre, huía y lo hacía en dirección norte. Estaba obsesionado con ir al norte. El instinto de volver al hogar, lo llamó Irvine tras gastar lo que le habían pagado por un soneto en traer de vuelta al animal desde el norte de Oregon.

Otra vez el vagabundo marrón consiguió cruzar la mitad de la longitud de California, toda la de Oregon y la mayor parte de la de Washington antes de que lo recogieran y lo enviaran de vuelta a portes debidos. Lo impresionante era la velocidad a la que viajaba. En cuanto se hartaba de comer y descansaba, tan pronto lo soltaban empleaba todas sus energías en repetir la jugada. El primer día de escapada llegaba a recorrer hasta doscientos cincuenta kilómetros y después una media de ciento cincuenta hasta que lo atrapaban. Siempre volvía delgado, hambriento y salvaje y siempre partía recuperado y lleno de energía para avanzar hacia el norte en respuesta a algún dictado de su ser que nadie entendía.

Pero por fin, tras un año de huidas inútiles, aceptó lo inevitable y decidió permanecer en la cabaña donde había matado al conejo y dormido junto al manantial. Incluso después de eso, transcurrió mucho tiempo hasta que el hombre y la mujer pudieron acariciarlo. Fue una gran victoria porque solo a ellos les permitía que lo tocaran. Se mostraba puntillosamente exclusivo y ningún invitado a la cabaña consiguió jamás acercarse a él. Un gruñido grave recibía siempre cualquier intento de ese tipo y, si alguien tenía la fuerza de voluntad de acercarse más, los labios se levantaban, aparecían los colmillos y el gruñido se recrudecía, se volvía tan terrible y maligno que sobrecogía incluso a los más valerosos, como sobrecogía a los perros de las granjas próximas, que conocían el gruñido de los perros pero nunca habían oído gruñir a un lobo.

No tenía antecedentes. Su historia comenzaba con Walt y Madge. Había llegado desde el sur, pero jamás tuvieron la más mínima pista del dueño al que, sin duda, había abandonado. La señora Johnson, su vecina más próxima y quien les proporcionaba la leche, afirmaba que era un perro del Klondike. Su hermano excavaba en busca de vetas de oro congeladas en aquel territorio lejano, por lo que ella se consideraba una autoridad en el tema.

Pero ellos no se lo discutían. Bastaba con observar las puntas de las orejas de *Lobo*, tan profundamente congeladas en algún momento que nunca

volverían a ser las de antes. Además, se parecía a las fotografías de perros de Alaska que veían publicadas en revistas y periódicos. A menudo especulaban sobre su pasado e intentaban evocar (por lo que habían leído y oído contar) cómo habría sido su vida en las tierras del norte. Sabían que el norte lo seguía llamando porque a veces, de noche, lo oían llorar en voz baja y, cuando soplaba el viento del norte y el aire se tornaba helado, una enorme inquietud se apoderaba de él y emitía un lamento lúgubre que reconocían como el prolongado aullido de un lobo. Sin embargo, nunca ladraba. Ninguna provocación era lo bastante grave como para arrancarle ese grito canino.

Mucho discutieron, en la época en que intentaban ganárselo, sobre de quién era el perro. Los dos lo reclamaban como propio y ambos presumían de cualquier expresión de afecto que el perro les dedicase. Pero el hombre se llevaba la mayor parte al principio, sobre todo porque era un hombre. Resultaba evidente que *Lobo* no había tenido experiencias con las mujeres. No las entendía. Nunca aceptó por completo las faldas de Madge. El sonido del roce de la tela bastaba para hacerlo desconfiar y que se le erizase el pelo. Los días de viento, la mujer no podía ni acercarse a él.

Por otro lado, era Madge quien le daba de comer; también era ella quien mandaba en la cocina y si se le permitía acceder a tan sagrado recinto era porque ella lo aceptaba y solo por eso. Así la mujer esperaba superar la desventaja de sus faldas. Entonces fue cuando Walt se esforzó por inculcar en *Lobo* la costumbre de tumbarse a sus pies mientras escribía y, entre acariciarlo y hablarle, acabó perdiendo mucho tiempo de trabajo. Pero al final Walt ganó y su victoria seguramente se debió al hecho de que era un hombre, aunque Madge aseveraba que habrían tenido otros cuatrocientos metros de arroyo borboteante y, como poco, dos soplos del viento del oeste suspirando entre sus secuoyas si Walt hubiese dedicado sus energías a la transformación de sus canciones y dejara en paz a *Lobo* para que ejerciera su gusto natural y escogiese de forma imparcial.

—Ya va siendo hora de que tenga noticias de los triolets que envié —dijo Walt tras un silencio de cinco minutos, durante los que habían avanzado a buen paso—. Sé que en la Oficina de Correos nos espera un cheque, que transformaremos en hermosa harina de trigo sarraceno, varios litros de jarabe de arce y un par de chanclos nuevos para ti.

—Y en la hermosa leche de la preciosa vaca de la señora Johnson —añadió Madge—. Mañana es primero de mes.

Walt frunció el ceño sin darse cuenta, pero enseguida su rostro se iluminó y se llevó la mano al bolsillo del pecho.

—No importa. Aquí tengo una preciosa vaca nueva, la mejor lechera de California.

—¿Cuándo lo escribiste? —preguntó Madge, entusiasmada. Luego, como un reproche, añadió—: Y ni siquiera me lo has enseñado.

—Lo guardaba para leértelo camino de Correos, en un lugar tan extraordinario como este —respondió Walt al tiempo que, con un gesto de la mano, indicaba un tronco seco sobre el que sentarse.

Un arroyo diminuto surgía de un denso helechal, caía sobre una piedra cubierta de musgo y cruzaba el camino a sus pies. Del valle llegaba el tenue canto de los praderas y a su alrededor, entrando y saliendo, bajo el sol y a la sombra, aleteaban grandes mariposas amarillas.

Desde más abajo les llegó un sonido que dominó la suavidad con la que Walt leía su manuscrito. Era el crujido de unos pies pesados al pisar, de vez en cuando interrumpido por el repiqueteo de alguna piedra desplazada. En el momento en que Walt terminó y miró a su esposa para que le diese el visto bueno, un hombre tomó la curva y surgió ante ellos. Llevaba la cabeza descubierta y sudaba. Se enjugaba la frente con el pañuelo que tenía en una mano, mientras en la otra portaba un sombrero nuevo y un cuello almidonado, ya ajado, que se había quitado antes. Se trataba de un hombre fuerte y sus músculos parecían a punto de escaparse de la ropa negra que llevaba, dolorosamente nueva y confeccionada.

—Hace calor —comentó Walt a modo de saludo.

Walt creía en la democracia rural y nunca perdía la oportunidad de ponerla en práctica. El hombre se detuvo y asintió con la cabeza.

—Creo que no estoy acostumbrado al calor —respondió con aire de disculpa—. Estoy más hecho a las temperaturas bajo cero.

—Pues aquí no las encontrará —se rió Walt.

—Ya supongo —contestó el hombre—. Tampoco las busco. Intento encontrar a mi hermana. Tal vez ustedes sepan donde vive. Se llama Johnson. Es la señora de William Johnson.

—¿No será el hermano del Klondike del que tanto hemos oído hablar? —preguntó Madge y en sus ojos brilló el interés.

—Sí, el mismo —respondió con modestia—. Me llamo Miller, Skiff Miller. Se me ha ocurrido darle una sorpresa.

—Pues va por buen camino. Aunque ha venido por la senda larga. —Madge se puso de pie para dirigirlo y señaló el cañón que se encontraba a medio kilómetro de allí—. ¿Ve esa secuoya partida? Siga la vereda que se desvía a la derecha. Es el atajo que lleva a su casa. No tiene pérdida.

—Sí, señora. Gracias —dijo.

Hizo varios esfuerzos por continuar pero parecía haber echado raíces en aquel sitio. La observaba con una admiración evidente de la que no era consciente y que se ahogaba, junto con él, en ese mar de turbación en el que se debatía.

—Nos gustaría oírle hablar del Klondike —dijo Madge—. ¿Podríamos ir a verlo algún día, mientras esté en casa de su hermana? O mejor aún, ¿por qué no viene a cenar con nosotros?

—Sí, señora. Gracias —murmuró el hombre mecánicamente. Enseguida se recuperó y añadió—: No me quedaré mucho tiempo. Tengo que volver al norte. Salgo en el tren de esta noche. Verá, es que tengo un contrato con el Gobierno para repartir el correo.

Después de que Madge dijese que era una pena, el hombre volvió a intentar irse. Pero no podía apartar la mirada del rostro de Madge. Tan deslumbrado estaba que olvidó su turbación y entonces fue Madge quien se sonrojó y se sintió incómoda.

Justo en ese momento, cuando Walt había decidido que le tocaba decir algo para aliviar la tensión, *Lobo*, que había estado curioseando entre la maleza, apareció trotando como un lobo.

La abstracción de Skiff Miller se disipó. La mujer hermosa que tenía delante desapareció de su campo de visión. Solo tenía ojos para el perro y a su rostro asomó la sorpresa.

—¡Mal rayo me parta! —articuló despacio y con gran solemnidad.

Se sentó, pensativo, en el tronco y dejó a Madge de pie. Al oír su voz, *Lobo* había agachado las orejas y luego su boca se abrió para dibujar una sonrisa. Trotó lentamente hasta el desconocido y primero le olfateó las manos y después se las lamió.

Skiff Miller acarició la cabeza del perro y, despacio y con gran solemnidad, repitió:

—¡Mal rayo me parta! —Al cabo de un instante, añadió—: Disculpe, señora. Es que me he llevado una buena sorpresa.

—Nosotros también —respondió ella suavemente—. Nunca habíamos visto a *Lobo* aceptar a un desconocido.

—¿Así es como lo llaman? ¿*Lobo*? —preguntó el hombre.

Madge asintió con la cabeza.

—Pero no comprendo su simpatía hacia usted, a menos que sea porque también viene del Klondike. Es un perro del Klondike, ¿sabe?

—Sí, señora —respondió Miller con aire ausente. Levantó una de las patas delanteras de *Lobo* y examinó las almohadillas, presionándolas y abollándolas con el dedo.

—Están blandas —comentó—. Hace tiempo que no sale al camino.

—Oiga —intervino Walt—, es asombrosa la forma en que permite que lo toque.

Skiff Miller se levantó —ya no se sentía violento por su admiración hacia Madge— y en un tono decidido y eficiente inquirió:

—¿Cuánto hace que lo tienen?

En ese momento el perro, que se retorcía y se restregaba contra las piernas del recién llegado, abrió la boca y ladró. Fue un ladrido explosivo, breve y jubiloso, pero un ladrido en toda regla.

—Esto sí que es nuevo —comentó Skiff Miller.

Walt y Madge se miraron asombrados. El milagro había ocurrido. *Lobo* había ladrado.

—Es la primera vez que ladra —dijo Madge.

—También es la primera vez que yo lo oigo —respondió Miller.

Madge le sonrió. Sin duda aquel hombre era un bromista.

—Claro —dijo ella—, porque solo hace cinco minutos que lo conoce.

Skiff Miller la miró fijamente, buscando en su rostro la malicia que sus palabras le habían hecho sospechar.

—Creí que lo habían entendido —dijo despacio—. Creí que habían caído en la cuenta al ver que me aceptaba. Es mi perro. Y no se llama *Lobo*. Se llama *Marrón*.

—¡Oh, Walt! —fue el grito que el instinto le hizo dar a Madge.

Walt se puso a la defensiva de inmediato.

—¿Cómo sabe que es su perro? —quiso saber.

—Porque lo es —fue la respuesta.

—Porque lo dice usted —contraatacó Walt.

Skiff Miller lo miró a su manera lenta y reflexiva y luego, al tiempo que señalaba a Madge con la cabeza, preguntó:

—¿Cómo sabe usted que ella es su esposa? Me dirá: «Porque lo sé» y yo le diré que porque lo dice usted. El perro es mío. Yo lo crié y lo vi crecer, por eso lo sé. Mire, se lo demostraré.

Skiff Miller se dirigió al perro:

—¡*Marrón*! —Su voz sonó con fuerza y, al oírla, el perro agachó las orejas como si hubiese recibido una caricia—. ¡Derecha! —El perro empezó a realizar un giro a la derecha—. ¡Ahora, en marcha! —El perro dejó de girar

de repente y empezó a andar en línea recta para luego obedecer la orden de detenerse con la misma celeridad.

—Puedo hacerlo con silbidos —dijo orgulloso Skiff Miller—. Era mi perro guía.

—Pero no pensará llevárselo con usted, ¿verdad? —preguntó Madge con voz temblorosa.

El hombre asintió con la cabeza.

—¿De vuelta a ese horrible mundo de sufrimiento que es el Klondike?

Él asintió otra vez y añadió:

—No es tan malo. Míreme. Soy un espécimen bastante saludable, ¿no cree?

—Pero ¡los perros! ¡Tantas penalidades, el esfuerzo desolador, el frío! He leído al respecto y lo sé.

—Estuve a punto de comérmelo una vez en el río Little Fish —contó Miller con gesto serio—. Se salvó porque ese mismo día pude cazar un alce.

—¡Yo hubiese preferido morirme! —exclamó Madge.

—Allí las cosas son distintas —explicó Miller—. Usted no necesita comerse un perro. En cuanto uno se interna en aquella región, empieza a pensar de otra forma. Usted no se ha internado nunca en ella, así que no sabe nada al respecto.

—De eso se trata exactamente —afirmó ella con voz cálida—•. En California no nos comemos a los perros. ¿Por qué no lo deja aquí? Es feliz. Nunca le faltará comida y usted lo sabe. Nunca tendrá frío ni sufrirá penalidades. Aquí todo es suavidad y afecto. Ni los seres humanos ni la naturaleza son salvajes. Jamás volverá a sentir el golpe de un látigo. Y en cuanto al clima… aquí nunca nieva.

—Pero en verano hace un calor de mil demonios, y perdone la expresión —se rió Skiff Miller.

—No me ha contestado —continuó Madge en tono apasionado—. ¿Qué puede ofrecerle usted en esa vida del norte?

—Comida cuando yo la tenga, que es casi siempre —fue la respuesta.

—¿Y el resto del tiempo?

—Sin comida.

—¿Y el trabajo?

—Sí, mucho trabajo —soltó Miller, impaciente—. Trabajo sin fin y hambre y hielo y demás sufrimientos, eso tendrá cuando venga conmigo. Pero le gusta. Está acostumbrado. Conoce esa vida. Nació y se crió de esa forma. Y

usted no sabe nada al respecto. No sabe de qué habla. Aquel es el mundo de este perro y allí es donde más feliz será.

—El perro no se va —anunció Walt con voz decidida—. Así que no es necesario continuar discutiendo.

—¿Cómo? —preguntó Skiff Miller mientras fruncía el ceño y la sangre se le subía hasta la frente.

—He dicho que el perro no se va y se acabó el asunto. No creo que sea su perro. Es posible que lo haya visto en alguna ocasión. Es posible que lo haya conducido para su dueño. Pero que obedezca a las órdenes más comunes de guía que se usan en los caminos de Alaska no demuestra que sea suyo. Cualquier perro de Alaska le obedecería como ha hecho él. Además, sin duda se trata de un perro valioso y eso explica suficientemente su deseo de hacerse con él. En cualquier caso, deberá demostrar que es su dueño.

Skiff Miller, tranquilo y sin perder la calma, el rojo obstinado de la frente un poco más oscuro, los enormes músculos más marcados bajo el tejido negro de su chaqueta, observó atentamente al poeta de la cabeza a los pies como si midiese la fuerza de su delgadez.

Por fin, el rostro del hombre del Klondike adoptó un gesto despectivo al decir:

—Creo que no hay nada a la vista que me impida llevarme al perro aquí y ahora.

Walt se puso colorado y los músculos necesarios para golpear en brazos y hombros parecieron endurecerse y tensarse. Su esposa revoloteó, temerosa, en el espacio que quedaba entre los dos.

—Tal vez el señor Miller tenga razón —dijo—. Me temo que así es. *Lobo* parece conocerlo y sin duda responde al nombre de *Marrón*. Lo aceptó al instante y sabes que eso es algo que nunca antes había hecho. Además, mira cómo ha ladrado. Reventaba de alegría. ¿Alegría por qué? Sin duda por haber encontrado al señor Miller.

Los músculos de Walt se relajaron y los hombros se encorvaron, sin esperanza.

—Creo que tienes razón, Madge —dijo—. *Lobo* no es *Lobo,* sino *Marrón* y debe de pertenecer al señor Miller.

—Tal vez el señor Miller lo venda —sugirió ella—. Nosotros podemos comprarlo.

Skiff Miller negó con la cabeza de un modo que ya no era beligerante, sino amable y rápido para ser generoso en respuesta a la generosidad de ellos.

—Tenía cinco perros —dijo, buscando la forma más fácil de suavizar su negativa—. Él era el guía. Formaban el mejor equipo de Alaska. Nada podía con ellos. En 1898 rechacé cinco mil dólares por toda la traílla. Entonces los perros se pagaban mucho, pero no por eso me ofrecieron un precio tan alto. Fue por el equipo. *Marrón* era el mejor de todos. Ese invierno rechacé mil doscientos dólares por venderlo. No lo vendí entonces y no lo venderé ahora. Además, le tengo mucho aprecio. Llevo tres años buscándolo. Lo pasé muy mal cuando descubrí que me lo habían robado. No por su valor, sino porque… bueno, porque lo quería a rabiar, por eso. Cuando lo vi ahora no me lo creía. Pensé que estaba soñando. Era demasiado bueno para ser verdad. Fui su nodriza, por las noches me ocupaba de que estuviera calentito y cómodo en su cama. Su madre murió y lo crié con leche condensada, a dos dólares la lata cuando no tenía ni para mi propio café. No conoció más madre que yo. El pobrecito chupaba mi dedo como si mamase… ¡este mismo dedo!

Y Skiff Miller, demasiado emocionado para seguir hablando, les mostró su dedo índice.

—Este mismo dedo —consiguió articular como si, de alguna forma, constituyese la prueba de que era su dueño y de lo mucho que lo quería.

Aún miraba el dedo extendido cuando Madge empezó a hablar.

—Pero el perro… —dijo—. No ha pensado en el perro.

Skiff Miller parecía desconcertado.

—¿Ha pensado en él? —preguntó la mujer.

—No sé qué quiere decir —fue la respuesta.

—Tal vez el perro debería elegir —continuó Madge—. Puede tener deseos y preferencias. Ni se le ha ocurrido pensar que podría preferir California a Alaska. Solo tiene en cuenta lo que usted desea. Lo trata como si fuera un saco de patatas o una paca de heno.

Esa era una nueva forma de enfocarlo y Miller se mostró claramente impresionado mientras reflexionaba al respecto. Madge aprovechó su indecisión.

—Si de verdad lo quiere, la felicidad del perro también debería ser la suya —insistió.

Skiff Miller continuaba reflexionando y Madge miró de reojo, exultante, a su esposo, que le devolvió una mirada llena de aprobación y cariño.

—¿Usted qué cree? —preguntó de repente el hombre del Klondike.

Entonces le tocó a ella sentirse desconcertada.

—¿A qué se refiere? —inquirió.

—¿Cree que preferiría quedarse en California?

Ella asintió con la cabeza, muy segura.

—Estoy convencida.

Skiff Miller volvió a reflexionar, pero en esa ocasión lo hizo en voz alta mientras observaba, como un juez, al animal motivo de la discordia.

—Era un buen trabajador. Ha trabajado mucho para mí. Nunca hizo el vago y era sensacional para moldear traíllas novatas. Tiene cabeza. Lo hace todo menos hablar. Comprende lo que se le dice. Mírenlo ahora. Sabe que hablamos de él.

El perro yacía a los pies de Skiff Miller con la cabeza pegada a las patas, las orejas erguidas, escuchando, y los ojos rápidos y ansiosos por seguir el sonido del lenguaje que pasaba de los labios de uno a los del otro.

—Aún puede trabajar mucho más. Le quedan muchos años buenos. Y lo aprecio. Lo quiero a rabiar.

Después de eso. Skiff Miller abrió la boca una o dos veces y volvió a cerrarla sin hablar. Por fin, dijo:

—Esto es lo que haré. Sus afirmaciones, señora, tienen parte de razón. El perro ha trabajado mucho y tal vez se haya ganado una vida fácil y tenga derecho a decidir. En cualquier caso, dejaremos que lo haga. Lo que él diga, será. Ustedes quédense ahí, donde están. Yo me despediré y me alejaré como si nada. Si quiere quedarse, puede hacerlo. Si quiere venir conmigo, déjenlo venir. Yo no lo llamaré para que me siga y ustedes no lo llamarán para que regrese. —De repente, miró a Madge con desconfianza y añadió—: Pero deben jugar limpio. No lo convenzan cuando yo les dé la espalda.

—Jugaremos limpio —empezó a decir Madge, pero Skiff Miller interrumpió sus palabras de garantía.

—Sé cómo son las mujeres —anunció—. Su corazón es blando. Cuando algo les llega al corazón son capaces de manipular la baraja, mirar la última carta y mentir como demonios. Con perdón, señora, me refiero a las mujeres en general.

—No sé cómo agradecérselo —dijo Madge con voz temblorosa.

—Y yo no sé si tiene motivos para agradecerme algo —contestó él—. *Marrón* aún no se ha decidido. ¿Les importa si me marcho despacio? Me parece justo porque dejarán de verme en un trecho de cien metros.

Madge dijo que les parecía bien y añadió:

—Le doy mi palabra de que no haremos nada que pueda influenciar al perro.

—Entonces, será mejor que me vaya —dijo Skiff Miller en el tono normal de quien se despide.

Al percibir el cambio de voz, *Lobo* levantó la cabeza como un rayo y se puso en pie más rápidamente aun cuando el hombre y la mujer se estrecharon las manos. Se irguió sobre las patas traseras y apoyó las delanteras en la cadera de Madge mientras lamía la mano de Skiff Miller. Cuando el hombre estrechó la mano de Walt, *Lobo* repitió la jugada y apoyó su peso en Walt mientras lamía las manos de los dos.

—No va a ser fácil, eso seguro —fueron las últimas palabras del hombre del Klondike al darse la vuelta y echar a andar despacio.

Lobo lo vio marchar durante seis metros, ansioso y expectante, como si esperase a que el hombre se girara y volviera sobre sus pasos. Luego, con un gemido rápido y en voz baja, Lobo salió disparado tras él, llegó a su lado, atrapó su mano entre los dientes con una ternura desacostumbrada y, con cuidado, intentó que se detuviera.

Al fracasar, *Lobo* volvió corriendo al punto donde se encontraba Walt Irvine, agarró la manga de su chaqueta entre los dientes y en vano intentó obligarlo a seguir al hombre que se alejaba.

La inquietud de *Lobo* empezó a aumentar. Deseaba la ubiquidad. Quería estar en dos lugares al mismo tiempo, con el amo de antes y el de ahora, pero la distancia entre los dos aumentaba poco a poco. Saltaba emocionado, daba brincos nerviosos y giros inesperados hacia uno y luego hacia el otro, sufría por su indecisión, no sabía lo que quería, deseaba ambas cosas y era incapaz de escoger, emitía gemidos agudos y breves y empezaba a jadear.

De repente se sentó sobre sus cuartos traseros, levantó el morro al aire y la boca empezó a abrirse y a cerrarse como a tirones, a sacudidas, aunque cada vez se abría más. Esas sacudidas se producían al tiempo que unos espasmos recurrentes atacaban su garganta, cada uno de ellos más fuerte e intenso que el anterior. Armonizando con las sacudidas y los espasmos, la laringe empezó a vibrar, al principio en silencio, acompañada de la ráfaga de aire expulsada de los pulmones, y luego produciendo un sonido grave y profundo, el más grave de los que registra el oído humano. Se trataba de los preámbulos musculares y nerviosos al aullido.

Pero en el momento justo en que el aullido estaba a punto de salir con fuerza por la garganta, la boca abierta se cerró, cesó el ataque y el perro miró largo y tendido al hombre que se alejaba. De repente, *Lobo* giró la cabeza y, por encima del hombro, observó a Walt con la misma insistencia. No recibió respuesta. Ni una palabra, una seña, sugerencia o indicio de cuál debía ser su conducta.

Se puso nervioso otra vez al volver a mirar hacia donde el amo de antes se acercaba a la curva del camino. Se levantó de un salto, gimiendo, y luego, al ocurrírsele una idea nueva, centró su atención en Madge. Hasta entonces la había ignorado, pero ahora solo le quedaba ella, después de que los dos amos le hubiesen fallado. Se acercó a la mujer y acurrucó la cabeza en su regazo mientras le empujaba el brazo con el morro, viejo truco que empleaba para pedir favores. Retrocedió a fin de alejarse de ella y empezó a retorcerse y girar juguetonamente, a brincar y hacer cabriolas, encabritándose a medias para enseguida golpear el suelo con las patas delanteras, luchando con todo su cuerpo —desde los ojos zalameros y las orejas halagadoras al rabo que no paraba de menearse— para expresar la idea que tenía en su interior y que no lograba hacer salir.

Pronto dejó también todo eso. Lo deprimía la frialdad de aquellos humanos que nunca antes se habían mostrado fríos. No lograba arrancarles una reacción y no recibía ayuda. No lo tenían en cuenta. Era como si estuviesen muertos.

Se volvió para observar en silencio al amo de antes. Skiff Miller tomaba la curva. Al cabo de un momento desaparecería de su vista. Sin embargo, no giró la cabeza y continuó adelante, despacio, metódico, como si no le interesara lo que ocurría a su espalda.

Así desapareció. *Lobo* esperaba que reapareciera. Aguardó durante un largo minuto, en silencio, tranquilo, sin moverse, como si fuera de piedra, aunque una piedra plena de ansia y deseo. Ladró una vez y esperó. Luego se dio la vuelta y trotó para regresar junto a Walt Irvine. Olisqueó su mano y se dejó caer pesadamente a sus pies, observando el sendero en el punto en que describía la curva y se esfumaba.

De repente, el diminuto arroyo que caía sobre la piedra cubierta de musgo pareció incrementar el volumen de sus borboteos. A excepción del canto de los praderas, no había más sonidos. Las grandes mariposas amarillas vagaban en silencio al sol y se perdían en la calma de las sombras. Madge dedicó una mirada triunfante a su marido.

Unos minutos más tarde *Lobo* se puso en pie. Sus movimientos rezumaban decisión y deliberación. No miró al hombre y a la mujer. Fijó la vista en el camino. Había tomado una decisión. Lo supieron. También supieron que para ellos acababa de comenzar el suplicio.

Partió al trote y los labios de Margaret se fruncieron, formando una vía para el sonido acariciador que deseaba emitir. Pero no lo emitió. Se obligó a

mirar a su esposo y vio el gesto serio con el que la observaba. Los labios se relajaron y Madge suspiró de forma inaudible.

El trote de *Lobo* se convirtió en galope. Los saltos que daba abarcaban cada vez más. No volvió la cabeza ni una sola vez y mantuvo el rabo de lobo erguido todo el tiempo. Tomó la curva del camino muy cerrada y desapareció.

[1906]



Alojamiento por un día

Fue la estampida más impresionante que vi en mi vida. Mil traíllas de perros lanzándose al hielo a la vez. Todas volaban. Dos blancos y un sueco murieron esa noche y una docena de hombres se destrozaron los pulmones. Pero ¿acaso no había visto con mis propios ojos el fondo del charco? El oro lo volvía amarillo como una cataplasma de mostaza. Por eso delimité con estacas una concesión en el Yukón. Eso provocó la estampida. Pero no había nada. Eso he dicho: NADA. Aún sigo sin comprenderlo.

NARRACIÓN DE SHORTY

JOHN MESSNER SE AGARRABA, con la mano envuelta en la manopla, a la vara para guiar el trineo y mantenerlo en el camino. Con la otra mano, también protegida, se frotaba las mejillas y la nariz. Se frotaba mejillas y nariz cada poco tiempo. De hecho, casi nunca dejaba de frotárselas y en ocasiones, al aumentar el entumecimiento, lo hacía violentamente. Llevaba la frente cubierta por la visera de su gorro de piel, que también tenía orejeras. El resto del rostro quedaba protegido por la espesa barba, de un castaño dorado bajo la capa de escarcha.

Tras él se agitaba un trineo del Yukón cargado hasta arriba y, por delante de él, se esforzaba en avanzar una traílla de cinco perros. La cuerda con la que arrastraban el trineo rozaba el costado de la pierna de Messner. Cuando los perros tomaban una curva, él saltaba sobre la cuerda. Había muchas curvas y se veía obligado a saltar a menudo. En ocasiones tropezaba con ella o daba un traspié y siempre respondía con torpeza, revelando un agotamiento tan grande que de vez en cuando el trineo golpeaba contra sus talones.

Si llegaba a un tramo recto de camino, donde el trineo podía avanzar sin guía por un momento, soltaba la vara de guiar y golpeaba la mano derecha

con fuerza contra la madera. Le resultaba difícil mantener la circulación de esa mano. Pero, aun mientras la golpeaba, nunca dejaba de frotarse la nariz y las mejillas con la otra.

—Hace demasiado frío para viajar —dijo. Hablaba en voz alta, como hacen los hombres acostumbrados a estar solos mucho tiempo—. Solo un loco viajaría con estas temperaturas. Si no estamos a 60 °C bajo cero es porque estamos a -59°.

Sacó el reloj y, tras manejarlo torpemente, consiguió guardarlo otra vez en el bolsillo frontal de su gruesa chaqueta de lana. Después observó el cielo y paseó la mirada por el blanco horizonte del sur.

—Las doce —murmuró—. Cielo despejado y sin sol.

Continuó avanzando durante diez minutos y luego, como si no se hubiese producido lapso alguno en su conversación, añadió:

—Avanzo poco y hace demasiado frío para viajar.

De repente gritó «¡Alto!» a los perros y se detuvo. Parecía muy preocupado por su mano derecha y empezó a golpearla con violencia contra la vara.

—¡Po… bres… dia… blos! —exclamó dirigiéndose a los perros, que se habían dejado caer sobre el hielo para descansar. Hablaba entrecortadamente debido a la fuerza con la que golpeaba la mano entumecida contra la madera —. ¿Qué habéis hecho para que un animal de dos patas aparezca, os obligue a llevar arnés, controle vuestras tendencias naturales y os convierta en bestias esclavas?

Se frotó la nariz despiadadamente para lograr que la sangre circulara otra vez por ella y animó a los perros para que volvieran al trabajo. Viajaba sobre la superficie helada de un gran río. A su espalda se extendía formando una curva enorme de muchos kilómetros y se perdía en un formidable revoltijo de montañas silenciosas y cubiertas de nieve. Por delante de él, el río se dividía en varios canales para alojar la carga de islas que llevaba en su seno. Las islas permanecían silenciosas, blancas. Ningún animal ni insecto zumbador rompían el silencio. Las aves no surcaban aquel aire helado. No había sonidos humanos ni huellas dejadas por el hombre. El mundo dormía y era como el sueño de la muerte.

John Messner parecía sucumbir a la apatía que lo rodeaba. El frío entumecía su espíritu. Avanzaba penosamente, con la cabeza gacha, sin poner atención, frotándose de forma mecánica la nariz y las mejillas y, en los tramos rectos, batiendo la mano con la que guiaba contra la vara.

Pero los perros sí ponían atención: se detuvieron de repente y giraron las cabezas para mirar a su amo con ojos tristes e interrogantes. Tenían las pestañas congeladas y blancas, al igual que los hocicos, y todos parecían ancianos decrépitos, debido al agotamiento y la escarcha que los cubría.

El hombre estaba a punto de ordenarles continuar, pero se contuvo, hizo un esfuerzo para alzar la cabeza y miró a su alrededor. Los perros se habían detenido junto a un pozo para beber. No era una grieta, sino un agujero hecho por el hombre, arduamente abierto a hachazos en la capa de hielo de un metro de espesor. La gruesa capa de hielo nuevo indicaba que nadie lo había usado desde hacía tiempo. Messner echó un vistazo a la redonda. Los perros ya le indicaban el camino con los hocicos tristes y canosos vueltos hacia el tenue sendero de nieve que se apartaba del camino principal sobre el río y ascendía la orilla de una isla.

—Está bien, bestias de patas doloridas —dijo—, iré a investigar. Tengo tantas ganas de detenerme como vosotros.

Ascendió la orilla y desapareció. Los perros no se tumbaron, sino que esperaron su regreso ansiosos y de pie. Volvió junto a ellos, tomó una cuerda de remolque del frente del trineo y se la pasó por los hombros. Luego dirigió a los perros hacia la derecha y los hizo correr orilla arriba. Era una cuesta dura, pero se sacudieron el cansancio de encima mientras avanzaban pegados a la nieve, gimiendo de alegría y entusiasmo al tiempo que empleaban hasta el último gramo de fuerza que les quedaba a fin de ascender la pendiente.

Dieron un fuerte impulso para salir de la orilla, giraron a la izquierda y corrieron en dirección a una pequeña cabaña de troncos. Estaba vacía y tenía una única estancia de tres metros por dos y medio. Messner desenganchó a los perros, descargó el trineo y tomó posesión de la cabaña. El último viajero había dejado una reserva de leña. Messner instaló su cocina ligera de planchas de hierro y encendió el fuego. Metió en el horno cinco salmones curados al sol a fin de descongelarlos para dárselos a los perros y, con el agua del pozo, llenó su cafetera y el cubo para cocinar.

Mientras aguardaba a que el agua hirviese mantenía el rostro sobre la cocina. La humedad de su aliento se había condensado en su barba y congelado hasta formar una enorme masa de hielo que ahora se ocupaba de derretir. Al derretirse y gotear sobre la cocina, crepitaba y lo rodeaba de vapor. Ayudaba con los dedos para liberar pequeños pedazos de hielo que caían, golpeteando, al suelo.

La salvaje protesta de los perros en el exterior no lo apartó de su tarea. Oyó el gruñido lobuno y el aullido de unos perros desconocidos y el sonido

de unas voces. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Messner con voz amortiguada porque en ese momento chupaba, para soltarlo de su anclaje, un fragmento de hielo que resistía sobre su labio superior.

La puerta se abrió y, al mirar por encima de su nube de vapor, vio que un hombre y una mujer se detenían en el umbral.

—Pasen —dijo, autoritario— y cierren la puerta.

Debido al vapor poco podía discernir de su apariencia personal. La venda protectora de nariz y mejillas que llevaba la mujer y la cantidad de ropa que cubría su cabeza solo permitían ver un par de ojos negros. El hombre tenía los ojos oscuros y llevaba el rostro afeitado, a excepción del bigote, que estaba tan lleno de hielo como para ocultar la boca.

—Solo queríamos saber si hay alguna otra cabaña por aquí —preguntó él mientras observaba el estado de la habitación, sin un solo mueble—. Creíamos que esta cabaña estaba vacía.

—No es mía —respondió Messner—. Hace unos minutos que la encontré. Pasen y acampen. Hay sitio de sobra y no necesitan su cocina. Hay espacio para todos.

Al oír su voz, la mujer le dirigió una rápida mirada de curiosidad.

—Quítate esa ropa —le dijo su compañero—. Yo desengancharé a los perros e iré a buscar agua para poder cocinar.

Messner salió con el salmón descongelado y dio de comer a los perros. Tuvo que protegerlos de la otra traílla y, para cuando pudo volver a la cabaña, el hombre ya había descargado el trineo y recogido agua. El agua de Messner ya hervía. Añadió el café, lo rebajó con media taza de agua fría y apartó la cafetera del fuego. Descongeló en el horno varios panecillos de masa fermentada mientras calentaba un cazo de alubias que había cocido la noche anterior y transportado congeladas en el trineo durante toda la mañana.

Tras retirar sus utensilios de la cocina para permitir que la utilizasen los recién llegados, empezó a comer usando como bandeja la tapa de su caja de provisiones, sentado en su petate. Entre bocados hablaba sobre el camino y los perros con el hombre, que, con la cabeza sobre la cocina, derretía el hielo del bigote. En la cabaña había dos catres y, tras haber liberado su labio superior, el desconocido lanzó su petate sobre uno de ellos.

—Nosotros dormiremos aquí —dijo—, a menos que lo prefiera usted. Llegó antes y tiene derecho a elegir.

—No importa —respondió Messner—. Un catre es tan bueno como el otro.

Extendió sus mantas sobre el otro catre y se sentó en el borde. El desconocido situó bajo las mantas, en uno de los extremos, un pequeño maletín de médico para que hiciese las veces de almohada.

—¿Es médico? —preguntó Messner.

—Sí —fue la respuesta—, pero le aseguro que no he venido al Klondike a practicar la medicina.

La mujer se ocupaba de cocinar mientras el hombre cortaba unas lonchas de beicon y mantenía la lumbre. En la cabaña había poca luz, que se filtraba a través de una ventana pequeña hecha de papel de cebolla untado con grasa de beicon, de manera que John Messner no podía ver bien el aspecto de la mujer. Aunque tampoco lo intentaba. No parecía sentir el más mínimo interés por ella. Pero, de vez en cuando, ella lanzaba miradas curiosas hacia el oscuro rincón en el que él se sentaba.

—Esta vida es estupenda —proclamó el médico, entusiasmado, dejando por un momento de afilar su cuchillo en el tubo de la cocina—. Lo que me gusta es la lucha, el esfuerzo realizado con las manos, lo primitivo que es todo, lo real que es.

—La temperatura sí que es real —se rió Messner.

—¿Sabe a qué temperatura estamos exactamente? —preguntó el médico.

El otro negó con la cabeza.

—Pues yo se lo diré. Estamos a -59 °C bajo cero según el termómetro de alcohol del trineo.

—Eso es mucho frío. Demasiado para viajar, ¿no?

—Prácticamente es suicidarse —fue el veredicto médico—. Te esfuerzas, respiras profundamente e introduces el hielo en los pulmones. Te los congela porque hiela el borde de los tejidos. Aparece una tos seca y perruna a medida que el tejido muerto se va deshaciendo y al verano siguiente mueres de neumonía, preguntándote qué ha pasado. Yo me quedaré en esta cabaña una semana, a menos que el termómetro suba, como poco, a -45°. Oye, Tess —dijo enseguida—, ¿no te parece que ese café ya ha hervido bastante?

Al oír el nombre de la mujer, John Messner se mostró vigilante. La miró rápidamente mientras a su rostro asomaba un gesto evocador, el fantasma de algún sufrimiento enterrado que resucitaba sin avisar. Pero al instante siguiente y gracias a su esfuerzo de voluntad, el fantasma volvía a descansar en paz. Su rostro mostraba la placidez de antes, aunque se mantenía alerta, insatisfecho con lo que la tenue luz le había revelado del semblante femenino.

Automáticamente, la reacción de ella fue la de apartar la cafetera del fuego y no miró a Messner hasta que terminó. Pero él ya se había serenado.

Solo vio un hombre sentado en el borde del catre que, sin mostrar demasiada curiosidad, examinaba las puntas de sus mocasines. Sin embargo, mientras ella se giraba para volver a ocuparse de la comida, él le lanzó otra mirada rápida y ella, igual de rápida al mirarlo de nuevo, lo cazó en el acto. Messner no detuvo los ojos en la mujer y miró al médico, aunque una ligerísima sonrisa asomó a sus labios, con la que valoraba la trampa que ella le había tendido.

La mujer sacó una vela de su caja de provisiones y la encendió. A Messner le bastó una mirada a su rostro iluminado. En la pequeña cabaña el límite más amplio solo era cuestión de unos pocos pasos y en un instante la tuvo a su lado. Deliberadamente, la mujer acercó la vela al rostro de Messner y lo miró con ojos llenos de miedo y reconocimiento. Él le devolvió una sonrisa silenciosa.

—¿Qué buscas, Tess? —preguntó el médico.

—Horquillas —respondió ella al tiempo que pasaba de largo y rebuscaba en la bolsa de la ropa que estaba sobre el catre.

Se sirvieron la comida sobre su caja de las provisiones y se sentaron en la de Messner, de cara a él, que yacía tumbado en su catre, de lado y con la cabeza apoyada en el brazo. En un sitio tan pequeño era como si los tres estuviesen sentados a la mesa.

—¿De qué parte de Estados Unidos es? —preguntó Messner.

—De San Francisco —respondió el médico—. Aunque llevo aquí dos años.

—Yo también vengo de California —anunció Messner.

La mujer le dedicó una mirada suplicante, pero él sonrió y continuó diciendo:

—De Berkeley.

El otro empezaba a mostrarse interesado.

—¿De la universidad? —preguntó.

—Sí, clase del 86.

—Me refería a si era profesor —explicó el médico—. Tiene aspecto de profesor.

—Lamento oírle decir eso —comentó Messner con una sonrisa—. Preferiría que me tomasen por un minero o un guía de perros.

—No creo que tenga más aspecto de profesor que tú de médico —intervino la mujer.

—Gracias —dijo Messner. Luego se dirigió al hombre—: Por cierto, doctor, ¿puedo preguntar cómo se llama?

—Haythorne, aunque tendrá que aceptar mi palabra. Renuncié a las tarjetas de visita junto con la civilización.

—Y la señora Haythorne. —Messner sonrió e hizo un gesto de saludo con la cabeza.

Ella le dedicó una mirada que escondía más ira que súplica.

Haythorne estaba a punto de preguntar el nombre del otro. Había abierto la boca para realizar la pregunta cuando Messner intervino.

—Ahora que lo pienso, doctor, tal vez pueda usted satisfacer mi curiosidad. Hace dos o tres años se produjo una especie de escándalo en los círculos universitarios. La esposa de uno de los profesores de inglés, y le pido disculpas, señora Haythorne, desapareció con un médico de San Francisco, según tengo entendido, aunque ahora no me acuerdo de cómo se llamaba. ¿Recuerda usted el incidente?

Haythorne asintió con la cabeza.

—Causó un gran revuelo en su momento. Se llamaba Womble, Graham Womble. Tenía una consulta magnífica. Yo lo conocía.

—Lo que quería saber era qué había sido de ellos. Me preguntaba si usted lo sabría. No dejaron rastro alguno.

—Él ocultó sus huellas astutamente. —Haythorne se aclaró la garganta—. Según los rumores se fueron a los Mares del Sur y desaparecieron a bordo de una goleta comercial en medio de un tifón o algo parecido.

—Nunca había oído esa versión —dijo Messner—. ¿Recuerda usted el caso, señora Haythorne?

—Perfectamente —respondió ella con una voz cuyo control contrastaba de forma extraordinaria con la ira que ardía en el rostro que giró hacia un lado para que Haythorne no lo viera.

Este estaba otra vez a punto de preguntarle cómo se llamaba cuando Messner comentó:

—He oído decir que ese tal doctor Womble era muy apuesto y… ah… tenía mucho éxito entre las mujeres.

—Pues si era así, con esa aventura se buscó su propio fin —gruñó Haythorne.

—Y que la mujer era una arpía, o al menos eso me han dicho. En Berkeley todo el mundo aceptaba que la vida que le daba a su marido no resultaba exactamente paradisíaca.

—Yo nunca oí decir eso —replicó Haythorne—. En San Francisco se comentaba lo contrario.

—Que la mujer era una especie de mártir, ¿no?, crucificada en la cruz del matrimonio.

El médico asintió con la cabeza. Los ojos grises de Messner reflejaron una leve curiosidad cuando continuó hablando.

—Era de esperar. En todo hay dos versiones. Al vivir en Berkeley solo me llegó una. Por lo visto, en San Francisco se la tenía en gran estima.

—Café, por favor —dijo Haythorne.

La mujer le volvió a llenar la taza mientras reía suavemente.

—Dos hombres cotilleando como un par de viejas —les regañó.

—Es muy interesante. —Messner le dedicó una sonrisa y volvió a dirigirse al médico—. Entonces, ¿el marido no tenía buena fama en San Francisco? ¿Era poco respetable?

—Al contrario, se trataba de un mojigato y un pedante —estalló Haythorne con una intensidad excesiva en apariencia—. Era un académico insignificante sin una sola gota de sangre en las venas.

—¿Lo conoció usted?

—Jamás lo vi. Nunca me moví en círculos universitarios.

—Pero esa solo es una de las dos caras del asunto —dijo Messner con aire de sopesar la cuestión judicialmente—. Aunque físicamente no era gran cosa, eso es cierto, yo no diría que era tan malo como lo pinta. Se interesaba activamente por los deportes que practicaban los alumnos. Y tenía talento. En una ocasión escribió un auto navideño por el que fue muy apreciado localmente. También he oído decir que lo habían designado jefe del departamento de inglés, pero se produjo el escándalo y él dimitió y se marchó. Al parecer, aquello acabó con su carrera. En cualquier caso, desde nuestra cara del asunto, él fue quien recibió un golpe que lo hundió. Se decía que quería mucho a su mujer.

Haythorne, que estaba terminándose el café, emitió un gruñido desinteresado y encendió su pipa.

—Por suerte, no tenían hijos —continuó Messner.

Pero Haythorne miró hacia la cocina y se puso el gorro y las manoplas.

—Voy a salir a buscar leña —dijo—. Así podré quitarme los mocasines y ponerme cómodo.

Cerró de un portazo al salir. Luego el silencio se prolongó durante un minuto entero. El hombre mantuvo la misma postura sobre la cama. La mujer permaneció sentada sobre la caja de las provisiones, de cara a él.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó de repente.

Messner le dedicó una mirada indecisa y despreocupada.

—¿Qué crees que debería hacer? Espero que nada dramático. Verás, es que estoy cansado y agarrotado del camino y este catre es tan cómodo…

Ella se mordió el labio inferior y echó chispas sin soltar palabra.

—Pero… —empezó a decir con vehemencia, luego cerró con fuerza las manos y se calló.

—Espero que no quieras que mate al señor… ah… Haythorne —comentó él amablemente, casi como una súplica—. Resultaría angustioso y te aseguro que no es necesario.

—Pero debes hacer algo —gritó ella.

—Al contrario, es muy posible que no tenga que hacer nada.

—¿Piensas quedarte aquí?

Él asintió con la cabeza.

La mujer echó una ojeada desesperada a su alrededor y a las mantas estiradas sobre el otro catre.

—Se acerca la noche. No puedes quedarte aquí. ¡No puedes! ¡Te digo que no puedes!

—Por supuesto que puedo. Te recuerdo que yo encontré antes la cabaña y que sois mis invitados.

Ella volvió a mirar a su alrededor y el miedo asomó a sus ojos al tiempo que se fijaba en el otro catre.

—Entonces tendremos que irnos —anunció, muy decidida.

—Imposible. Tienes esa tos seca y perruna que el señor… ah… Haythorne describió de manera tan acertada. Tus pulmones ya se han helado ligeramente. Además, él es médico y sabe de esto. Jamás lo permitiría.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —volvió a preguntar, pronunciando las palabras con semejante tensión que presagiaba un estallido.

Messner la observó de una forma casi paternal, por no hablar de la profundidad de la pena y la paciencia con las que logró impregnar su mirada.

—Mi querida Theresa, como te he dicho antes, no lo sé. La verdad es que no lo he pensado.

—¡Oh! ¡Me vuelves loca! —Se puso en pie de un salto y se frotó las manos, airada e impotente—. Antes no eras así.

—Antes era todo dulzura y amabilidad —dijo él y asintió con la cabeza para darle la razón—. ¿Por eso me dejaste?

—Eres tan distinto, te muestras tan terriblemente calmado. Me das miedo. Siento que tienes algo horrible planeado desde hace tiempo. Pero, hagas lo que hagas, no te precipites. No te alteres…

—Ya no me altero —la interrumpió él—. No, desde que te fuiste.

—Has mejorado extraordinariamente —replicó ella.

Él sonrió como muestra de agradecimiento.

—Mientras pienso sobre lo que haré, te diré lo que tendrás que hacer tú: dile al señor… ah… Haythorne quién soy. Tal vez así nuestra estancia en la cabaña resulte más… ¿digamos, sociable?

—¿Por qué me has seguido hasta este horrible país? —preguntó la mujer, cambiando de tema.

—No creas que vine para buscarte, Theresa. No alimentes tu vanidad con semejante equivocación. Nuestro encuentro es completamente fortuito. Abandoné la vida académica y tenía que irme a alguna parte. Para serte sincero, vine al Klondike porque pensé que sería el último lugar en el que podría encontrarte.

Alguien manipuló la puerta, que se abrió para dar paso a Haythorne, cargado con una brazada de leña. Al primer sonido, Theresa se había puesto a recoger los platos. Haythorne volvió a salir para recoger más leña.

—¿Por qué no nos has presentado? —preguntó Messner.

—Se lo diré —respondió ella, sacudiendo la cabeza—. No creas que me da miedo.

—Que yo sepa, nunca le has tenido miedo a nada.

—Tampoco me da miedo confesar —dijo ella, dulcificando rostro y voz.

—Me temo que, en tu caso, la confesión es explotar la falsedad, sacar provecho con trampas y darse autobombo a expensas de Dios.

—No te pongas literario. —Hizo un mohín, cada vez más cariñosa—. Nunca me gustó la conversación epigramática. Además, no temo pedir que me perdones.

—No hay nada que perdonar, Theresa. En realidad, debería darte las gracias. Cierto, al principio sufrí; sin embargo luego, con la magnanimidad de la primavera, comprendí que era feliz, muy feliz. Un descubrimiento de lo más asombroso.

—Pero ¿y si regreso contigo? —preguntó la mujer.

—Me sentiría (le dedicó una mirada enigmática) terriblemente inquieto.

—Soy tu esposa. Sabes que nunca pediste el divorcio.

—Entiendo —dijo él, pensativo—. Me he descuidado. Será una de las primeras cosas que haga.

La mujer se acercó más y apoyó la mano en el brazo de él.

—¿No me quieres, John? —Su voz era tierna, acariciadora y la mano aguardaba como un señuelo—. ¿Y si te dijera que me equivoqué? ¿Si te dijera que he sido muy desgraciada? Lo soy. Y me equivoqué.

El miedo empezó a crecer en el interior de Messner. Se sintió flaquear bajo el peso ligero de la mano. La situación empezaba a escapar a su control y la deliciosa tranquilidad lo abandonaba. Lo miró con unos ojos capaces de derretir a cualquiera y él sintió que se fundía. Se vio al borde de un abismo, incapaz de enfrentarse a la fuerza que tiraba de él para que saltase.

—Voy a volver contigo, John. Voy a volver hoy… ahora.

Como en una pesadilla, se esforzó por librarse de la mano. Mientras ella hablaba, a él le parecía oír, suavemente murmurada, la canción de Lorelei. Era como si en alguna parte alguien tocase un piano y sus notas incidieran en sus tímpanos.

Se puso en pie de un salto, la apartó de él mientras ella intentaba abrazarlo y retrocedió hasta la puerta. Sentía pánico.

—¡Acabaré por hacer algo desesperado! —gritó.

—Te advertí que no te alteraras. —Le hizo burla con su risa mientras continuaba lavando los platos—. Nadie te quiere. Solo jugaba contigo. Soy más feliz donde estoy ahora.

Pero Messner no la creyó. Recordó su facilidad para cambiar de tercio. Acababa de hacerlo. Ahora estaba en «explotar la falsedad». No era feliz con el otro. Había descubierto su error. El fuego del ego de Messner se reavivó con solo pensarlo. Ella quería volver con él, que era justamente lo que él no deseaba. Sin darse cuenta, su mano golpeteó el pestillo de la puerta.

—No huyas —se rió ella—. No te morderé.

—No huyo —respondió, desafiante como un niño mientras se ponía las manoplas—. Solo voy a buscar agua.

Reunió los cubos vacíos y las cacerolas y abrió la puerta. Se giró para mirarla.

—No olvides que debes decirle al señor… ah… Haythorne quien soy.

Messner rompió la fina capa de hielo que se había formado durante aquella hora en el pozo para beber y llenó los cubos. Pero no regresó de inmediato a la cabaña. Dejó los cubos en el camino y lo recorrió de un extremo al otro para evitar congelarse, porque el frío se adentraba en la carne y quemaba como el fuego. Tenía la barba blanca por el efecto de su aliento congelado cuando sus cejas perplejas relajaron el ceño y un gesto de decisión asomó a su rostro. Ya sabía lo que iba a hacer, y sus mejillas y labios helados crujieron al dibujar una sonrisa. Cuando recogió los cubos y echó a andar hacia la cabaña, el agua que contenían estaba cubierta por una fina capa de hielo.

Al entrar, encontró al otro esperando, de pie junto a la cocina, y su actitud tensa traslucía cierta incomodidad e indecisión. Messner dejó los cubos en el suelo.

—Encantado de conocerte, Graham Womble —dijo en un tono de lo más convencional, como si de verdad alguien los hubiese presentado.

Pero no intentó estrecharle la mano. Womble se movió inquieto, sintiendo por el otro el odio que tendemos a sentir hacia quien hemos perjudicado.

—Así que eres tú —dijo Messner con voz asombrada—. Yaya, vaya. Pues verás, sí que es cierto que me alegro de conocerte. Siempre he sentido curiosidad por saber qué había encontrado Theresa en ti; digamos que por saber dónde estaba el atractivo. Vaya, vaya.

Lo miró de arriba abajo como quien examina a un caballo.

—Sé lo que debes pensar de mí —comenzó a decir Womble.

—No te preocupes —interrumpió Messner con una cordialidad exagerada, tanto en la voz como en la actitud—. Olvídalo. Lo que quiero saber es: ¿Qué opinas de ella? ¿Ha colmado tus expectativas? ¿Ha envejecido bien? ¿Vuestra vida ha sido un sueño feliz desde aquel día?

—No seas idiota —intervino Theresa.

—No puedo evitar ser espontáneo —se quejó Messner.

—Pues, ya puestos, también deberías ser práctico y resolutivo —dijo Womble, muy serio—. Lo que queremos saber es, ¿qué vas a hacer?

Messner hizo un gesto, bien fingido, de impotencia.

—La verdad es que no lo sé. Se trata de una de esas situaciones imposibles que nadie es capaz de prever.

—No podemos pasar la noche en la cabaña los tres juntos.

Messner asintió con la cabeza.

—Entonces alguien debe irse.

—Eso también es indiscutible —estuvo de acuerdo Messner—. Cuando tres cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo, uno debe irse.

—Y ese uno eres tú —anunció Womble con la voz forzada—. Queda un tramo de quince kilómetros hasta el siguiente campamento, pero podrás conseguirlo.

—Ahí es donde tu razonamiento empieza a fallar —objetó el otro—. ¿Por qué he de ser yo quien se marche? Llegué antes a la cabaña.

—Pero Tess no puede irse —explicó Womble—. Ya tiene los pulmones levemente congelados.

—Estoy de acuerdo contigo. No puede arriesgarse a cubrir quince kilómetros con este frío. Sin duda ella debe quedarse.

—Que es lo que yo decía —anunció Womble con rotundidad.

Messner se aclaró la garganta.

—Tú tienes bien los pulmones, ¿no?

—Sí, pero ¿y eso qué importa?

El otro se aclaró de nuevo la garganta y habló con una calma meticulosa, propia de un juez.

—Nada, no importa nada. Pero, según tu propio razonamiento, nada impide que tú salgas y te enfrentes al frío, por así decirlo, durante quince kilómetros. Podrás conseguirlo.

Womble le dedicó una mirada rápida y suspicaz a la mujer y en sus ojos descubrió un destello de agradable sorpresa.

—¿Y bien? —le preguntó.

Ella dudó y una oleada de ira oscureció el rostro del hombre. Se dirigió a Messner.

—Ya basta. No puedes quedarte aquí.

—Claro que puedo.

—No te lo permitiré. —Womble cuadró los hombros—. Aquí mando yo.

—Pues pienso quedarme —insistió el otro.

—Te sacaré de aquí.

—Volveré.

Womble se detuvo un minuto para conseguir que su voz sonara tranquila y lograr controlarse. Después habló despacio y en un tono tenso y bajo.

—Escucha, Messner, si te niegas a irte, te echaré a patadas. No estamos en California. Te dejaré hecho papilla a puñetazos.

Messner se encogió de hombros.

—Si lo haces, convocaré una asamblea minera y te veré colgar del árbol más próximo. Como has dicho, no estamos en California. Los mineros son gente sencilla y bastará con que les muestre las señales de la paliza, les cuente la verdad sobre ti y reclame a mi esposa.

La mujer quiso hablar, pero Womble se volvió hacia ella como un loco.

—¡No te metas en esto! —gritó.

Notable contraste con el «por favor, no importunes, Theresa», de Messner.

Entre el enfado y los sentimientos reprimidos, a la mujer se le irritaron los pulmones y la tos seca y perruna se apoderó de ella. Con el rostro colorado y una mano sobre el pecho, aguardó a que se le pasara el ataque.

Womble la miró con pesimismo al oírla toser.

—Hay que hacer algo —dijo—. Pero sus pulmones no soportarán salir a la intemperie. No podrá viajar hasta que aumenten las temperaturas. Y yo no pienso renunciar a ella.

Messner carraspeó, se aclaró la garganta, volvió a carraspear, casi como si se disculpara, y dijo:

—Necesito dinero.

Al instante el desprecio asomó al rostro de Womble. Por fin el otro había caído aún más bajo que él en su vileza.

—Tienes un saco de oro muy lleno —continuó Messner—. Vi como lo descargabas del trineo.

—¿Cuánto quieres? —preguntó Womble, en la voz un desprecio idéntico al del rostro.

—He hecho un cálculo de lo que hay en el saco y diría que pesa unas veinte libras. ¿Qué te parece si lo solucionamos con cuatro mil dólares?

—¡Pero eso es todo cuanto tengo! —exclamó Womble.

—La tienes a ella —dijo el otro con dulzura—. Seguro que lo vale. Piensa en todo a lo que yo voy a renunciar. Me parece un precio muy razonable.

—De acuerdo —Womble se apresuró a cruzar la estancia para coger el saco del oro—. Estoy deseando cerrar de una vez este dichoso trato, ¡gusano miserable!

—En eso te equivocas —respondió el otro, sonriente—. En cuestión de ética, ¿no es tan malo quien entrega un soborno como quien lo acepta? Y quien lo recibe es tan malo como un ladrón. Así que no te consueles con ninguna superioridad moral ficticia relacionada con nuestro trato.

—¡Al infierno tu ética! —estalló Womble—. Ven aquí, a ver cómo peso el oro. Podría estafarte.

La mujer, apoyada en el catre, furiosa e impotente, tuvo que ver cómo pesaban su valor en polvo y pepitas de oro en la báscula situada sobre la caja de las provisiones. La báscula era pequeña, por lo que resultó necesario utilizarla muchas veces. Messner, con gran precisión, verificó cada pesada.

—Tiene demasiada plata —afirmó mientras ataba el saco del oro—. No creo que lo paguen ni a dieciséis la onza. Tú sales ganando, Womble.

Manipuló el saco con afecto y, perfectamente consciente de su valor, lo llevó hasta su trineo. Al regresar, reunió sus cacerolas y sartenes, recogió su caja de las provisiones y enrolló las mantas para dormir. Atado el trineo y enganchados los perros entre quejas, regresó a la cabaña para coger sus manoplas.

—Adiós, Tess —dijo, de pie en la puerta abierta.

Ella se volvió hacia él, luchando por hablar pero demasiado alterada para expresar con palabras la pasión que ardía en su interior.

—Adiós, Tess —repitió con ternura.

—¡Animal! —consiguió articular ella.

Se giró y se tambaleó hasta llegar al catre. Allí se tumbó boca abajo y llorando, exclamó:

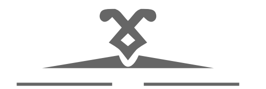
—¡Sois unos animales! ¡Los dos!

John Messner cerró la puerta despacio y, mientras daba a los perros la orden de partir, echó la vista atrás hacia la cabaña con un gesto de enorme alivio en el rostro. Al pie de la orilla, junto al pozo del agua, detuvo el trineo. Liberó el saco del oro de las correas que lo sujetaban y lo llevó hasta el agujero. Ya se había formado una nueva capa de hielo. La rompió con el puño. Desató el saco con los dientes y vació su contenido en el agua. En ese punto el río tenía poca profundidad y a medio metro de la superficie, a la luz mortecina, distinguió el tono amarillo mate del fondo. Al verlo, escupió dentro del agujero.

Ordenó a los perros seguir el camino del Yukón. Gimiendo sin brío, se mostraban reacios a trabajar. Agarrado a la vara con la mano derecha y con la izquierda frotando mejillas y nariz, tropezó con la cuerda cuando los perros tomaron una curva.

—¡Adelante, pobres bestias de patas doloridas! —gritó—. ¡Eso es, adelante!

[1906]



Cuando Dios se ríe
(Con mis mejores deseos a Harry Cowell)

Los dioses, los dioses son más fuertes; el tiempo
fracasa ante ellos, los hombres hincan
la rodilla, sus oraciones y penas ascienden
hacia ellos como incienso; sí, porque
son dioses, Felise.[9]



ARQUINEZ SE HABÍA RELAJADO por fin. Miró de reojo el traqueteo de las ventanas, luego hacia arriba, al techo con vigas, y durante un momento escuchó el salvaje rugido del viento del sudeste cuando atrapaba al bungaló en sus fauces vociferantes. Luego sostuvo la copa entre él y la lumbre y se rió, alegre, gracias al vino dorado.

—Es precioso —dijo—. Suavemente dulce. Es un vino de mujer y se hizo para que lo bebieran los santos de hábito gris.

—Lo cultivamos en las cálidas colinas de nuestra propiedad —dije, mostrándome modestamente orgulloso de California—. Ayer cabalgaste entre las viñas de las que salió.

Merecía la pena lograr que Carquinez se relajase. Nunca se mostraba como en realidad era hasta que sentía la delicada calidez del vino cantando en su sangre. Era un artista, eso es cierto, siempre era artista; pero, de alguna forma, cuando estaba sobrio el tono agudo y la cadencia desaparecían de sus procesos mentales y tendía a resultar tan mortalmente aburrido como un domingo británico. No aburrido como lo son otros hombres, sino al compararlo con la criatura vivaz que era Monte Carquinez cuando de verdad era él mismo.

De lo dicho no debe deducirse que Carquinez —mi querido amigo y más querido camarada— fuese un borracho. De eso nada. Casi nunca se descarriaba. Como he dicho, era un artista. Sabía cuándo había bebido

bastante y para él ese bastante era el equilibrio que mantenemos los demás cuando estamos sobrios.

Poseía una moderación instintiva y sensata que recordaba a los griegos. Sin embargo, no era griego. «Soy azteca, soy inca, soy español», le he oído decir. La verdad es que lo parecía, era una mezcla de razas antiguas y extrañas, con su piel morena y la asimetría y el carácter primitivo de sus rasgos. Los ojos, bajo unas cejas enormemente arqueadas, estaban muy separados y eran de un negro salvaje, y sobre ellos caía continuamente una gran mata de pelo negro a través de la que miraba como un sátiro travieso miraría desde un matorral. Siempre llevaba una camisa de franela fina bajo la chaqueta de pana y la corbata era roja. Esta última representaba la bandera roja (en un tiempo vivió con los socialistas de París) y simbolizaba la sangre y la humanidad. Además, nadie lo había visto llevar en la cabeza otra cosa que no fuera un sombrero mexicano con cinta de cuero. Incluso se rumoreaba que había nacido con tan particular tocado. Y por propia experiencia sé que provocaba un placer enorme ver ese sombrero mexicano llamar a un taxi en Picadilly o zarandeado por la muchedumbre del tren elevado de Nueva York.

Como he dicho, el vino espabilaba a Carquinez, «como espabiló la arcilla cuando Dios sopló sobre ella el aliento de la vida», era su forma de describirlo. Confieso que mantenía una relación blasfemamente íntima con Dios, aunque debo añadir que en él no había nada blasfemo. Siempre era honesto y, al estar compuesto de paradojas, quienes no lo conocían solían interpretarlo mal. A veces podía resultar tan primariamente bruto como un salvaje berreando y en otras ocasiones tan delicado como una doncella o sutil como un español. Pero, bueno, ¿acaso no era azteca? ¿Inca? ¿Español?

Ahora debo disculparme por haberle dedicado tanto espacio. (Es mi amigo y lo quiero). La casa temblaba debido a la tormenta mientras él se acercaba al fuego y se reía mirando a través del vino. Luego me miró a mí y, debido al brillo añadido de sus ojos y la vivacidad de su mirada, supe que por fin había encontrado su tono.

—¿Así que crees que has vencido a los dioses? —preguntó.

—¿Por qué a los dioses?

—¿Qué voluntad, sino es la de ellos, ha impuesto la saciedad al hombre? —gritó.

—¿Y de dónde viene mi voluntad para huir de la saciedad? —pregunté en tono triunfal.

—También de los dioses —se rió—. Jugamos al juego que ellos eligen. Ellos barajan y reparten todas las cartas… y se quedan con las apuestas. No

creas que te has librado al huir de la locura de las ciudades. Tú, con tus colinas de vides, tus puestas de sol y tus amaneceres, tu comida casera y tu forma sencilla de vivir.

»Te he observado desde que llegué. No has ganado. Te has rendido. Has llegado a un acuerdo con el enemigo. Has confesado que estás cansado. Has desplegado la bandera blanca de la fatiga. Has clavado un cartel que anuncia que la vida está en decadencia para ti. Has huido de la vida. Has utilizado un truco, has hecho una mala jugada. Te has rajado. Te niegas a jugar. Has arrojado tus cartas bajo la mesa y huyes para esconderte, aquí, entre tus colinas.

Echó hacia atrás el pelo liso a fin de apartarlo de sus ojos destellantes y se interrumpió el tiempo justo para liarse un cigarrillo mexicano, alargado y marrón.

—Pero los dioses lo saben. Es un viejo truco. Todas las generaciones humanas lo han intentado… y perdido. Los dioses saben tratar a los que son como tú. Perseguir es poseer y poseer es saciarse. Tú, en tu sabiduría, has renunciado a perseguir o buscar. Has elegido la tregua. Muy bien. Te saciarás de la tregua. ¡Dices que te has librado de la saciedad! Simplemente la has cambiado por la senilidad. Y la senilidad es otra forma de nombrar la saciedad. Es el baile de máscaras de la saciedad. ¡Bah!

—¡Pero mírame! —grité.

Carquinez era un demonio capaz de arrancarle el alma a cualquiera y dejarla hecha jirones.

Me dedicó una mirada fulminante, de arriba abajo.

—La putrefacción es traicionera —replicó—. Estás maduro y podrido por dentro.

Me reí y perdoné su perversidad. Pero se negó a recibir el perdón.

—No lo sabré yo —comentó—. Los dioses siempre ganan. He visto a hombres jugar durante años lo que parecía una partida ganadora. Al final perdieron.

—¿Nunca te equivocas? —pregunté.

Hizo unos cuantos aros de humo mientras meditaba, antes de responder.

—Sí, una vez estuvieron a punto de engañarme. Deja que te lo cuente. Estaba Marvin Fiske, ¿te acuerdas de él? ¿De su rostro dantesco y su alma de poeta, cantando su consigna de la carne, el sacerdote del amor personificado? Y estaba Ethel Baird, a quien también debes recordar.

—Una santa afectuosa —dije.

—¡La misma! ¡Santa como el amor y más dulce! Una mujer hecha para el amor y, sin embargo, ¿cómo expresarlo?, empapada de santidad como el aire de aquí del perfume de las flores. Pues se casaron. Jugaron una mano con los dioses.

—Y ganaron, ¡la suya fue una victoria magnífica! —interrumpí.

Carquinez me miró con pena y habló en el tono de una campana que toca a muerto.

—Perdieron. La suya fue una derrota soberana y colosal.

—Pero el mundo cree lo contrario —comenté con frialdad.

—El mundo hace conjeturas. El mundo solo ve la fachada de las cosas. Pero yo lo sé. ¿Alguna vez se te ha ocurrido preguntarte por qué ella tomó los hábitos y se enterró en ese lacerante convento de muertas vivientes?

—Por lo mucho que lo amaba, y cuando él falleció…

La mueca desdeñosa de Carquinez congeló las palabras en mi boca.

—La respuesta esperada —dijo—, hecha a máquina como una pieza de dril de algodón. ¡El veredicto del mundo! ¡Pues sí que sabe el mundo mucho al respecto! Como tú, ella huyó de la vida. La derrotaron. Hizo ondear la bandera blanca de la fatiga. Y ninguna ciudad asediada hizo ondear esa bandera entre tantas lágrimas y tanta amargura.

»Voy a contarte la historia completa y debes creerme porque la conozco bien. Habían reflexionado sobre el problema de la saciedad. Amaban el Amor. Conocían el valor del Amor al dedillo. Lo querían tanto que estaban dispuestos a conservarlo para siempre, cálido y lleno de emoción, en sus corazones. Le dieron la bienvenida cuando llegó y temían verlo partir.

»Afirmaban que el amor era deseo, un dolor delicioso. Siempre buscaba la servidumbre y, cuando encontraba lo que buscaba, moría. El amor negado era amor vivo; el amor concedido era amor muerto. ¿Me entiendes? Vieron que la vida no deseaba lo que ya tenía. Comer y seguir teniendo hambre: el hombre nunca ha logrado realizar esa hazaña. El problema de la saciedad. Es eso. Tener y conservar el hambre, el apetito ante una mesa cargada de comida. Ese era su problema, porque amaban el Amor. A menudo hablaban al respecto, con los dulces ardores del Amor anegando sus ojos; la sangre rubicunda de él contagiaba las mejillas de ellos; su voz se entrelazaba con las de los dos, a veces oculta como un trémolo en sus gargantas para luego bajar un tono con esa ternura inefable que solo él puede pronunciar.

»¿Que cómo sé todo esto? Vi muchas cosas. Otras las supe por el diario de ella. Esto lo encontré en él, escrito por Fiona Macleod: “Porque, ciertamente, esa voz errante, ese susurro crepuscular, ese aliento cubierto de

dulce rocío, ese laudista con alas de fuego a quien nadie ve más de un instante en el rielar alegre del arcoíris o en una repentina llamarada de pasión, ese misterio exquisito al que llamamos Amor no llega —al menos para algunos visionarios extasiados— con una canción en los labios que todos puedan oír o con una alegre viola de música pública, sino como una provocada por el gozo, elocuente de deseo sin decir palabra”.

»¿Cómo conservar a ese laudista con alas de fuego y su muda elocuencia provocada por el deseo? Darse un festín con él era perderlo. El amor que sentían el uno por el otro era enorme. Sus graneros rebosaban de plenitud; sin embargo, querían conservar el hambre de su amor sin que perdiese intensidad.

»Tampoco eran unos críos delgados y sin experiencia que teorizaban en el umbral del amor. Eran almas robustas y versadas. Habían amado antes, con otros, en los días previos a conocerse; y en ese tiempo estrangularon al amor con sus caricias, lo mataron con sus besos y lo enterraron en el hoyo de la saciedad.

»Ese hombre y esa mujer no eran fríos espectros. Eran seres humanos cálidos. Por sus venas no corría la sobriedad sajona, sino una sangre roja como una puesta de sol. Los hacía resplandecer. Por temperamento constituían la personificación de la alegría de vivir francesa. Eran idealistas, pero su idealismo era galo, no lo atemperaba ese fluido frío y sombrío que a los ingleses les sirve de sangre. En ellos no había estoicismo. Eran norteamericanos descendientes de ingleses pero no compartían esa contención y abnegación de la inseguridad espiritual inglesa.

»Eran todo lo que he dicho y estaban hechos para la alegría, sin embargo, obtuvieron un concepto. ¡Un curso sobre conceptos! Jugaban con lógica y esta era su lógica… Pero antes permite que te cuente una conversación que mantuvimos una noche. Era sobre el personaje de Madeleine de Maupin, de Gautier. ¿La recuerdas? Besó una vez, una sola vez, y no quiso recibir más besos. No porque no le parecieran dulces, sino porque temía que, al repetirse, empalagasen. ¡Otra vez la saciedad! Intentó jugar contra los dioses sin apostar. Mas eso contraviene las reglas del juego que los propios dioses han establecido. Aunque esas reglas no estén expuestas sobre la mesa. Los mortales deben jugar si quieren conocerlas.

»Pero vayamos a la lógica. El hombre y la mujer argumentaban lo siguiente: ¿Por qué besar solo una vez? Si besar una sola vez fuese sensato, ¿no lo sería más no besar nunca? Así mantendrían vivo al Amor. Si ayunaban, él llamaría siempre a sus corazones.

»Tal vez llegaron a tan profano concepto debido a su herencia. La raza acaba por manifestarse y a veces lo hace de maneras increíbles. Así, en ellos la pérfida Albión se presentó como una libertina intrigante, una fresca artera, calculadora y audaz. Después de todo, no lo sé. Aunque sí sé esto: debido a su desmesurado deseo por gozar renunciaron al placer.

»Como dijo él (lo leí mucho después en una de las cartas que le envió a ella): "Rodearte con mis brazos, tenerte cerca de mí y a la vez lejos. Desearte y no tenerte nunca para, así, tenerte siempre". Y ella: "Que siempre estés fuera de mi alcance. Estar siempre a punto de alcanzarte sin alcanzarte nunca y que ese estado dure eternamente, siempre reciente, nuevo y siempre sintiendo el primer arrebato de emoción".

»No lo dijeron así. Al contarla, tergiverso su filosofía del amor. ¿Quién soy yo para hurgar en sus almas? Soy una rana en el borde frío y húmedo de una enorme oscuridad, observando con los ojos como platos el misterio y la maravilla de sus almas ardientes.

»Y tenían razón, por lo que a ellos concernía. Todo es bueno… mientras no lo poseamos. La saciedad y la posesión son los caballos de la Muerte; corren juntos.

»El tiempo solo podría enseñarnos a racionar
la intensidad de nuestro arrobo con el bienestar de la costumbre.

»Lo sacaron de un soneto de Alfred Austin. Se titula "La sensatez del amor". Es el beso único de Madeleine de Maupin. ¿Cómo seguía?

«Besarnos y separarnos; no podemos ir más lejos;
es mejor morir a descender de lo más alto a lo más bajo
o que decline la fuerza y se vuelva debilidad.

»Pero ellos eran incluso más sensatos. No se limitarían a besarse y separarse. No se besarían nunca y así era como planeaban permanecer en el punto álgido del amor. Se casaron. En aquel tiempo, tú estabas en Inglaterra. Nunca hubo matrimonio igual. Guardaron su secreto. Yo no lo sabía por entonces. La intensidad de su arrobo no se enfrió. Su amor ardía con una luminosidad cada vez mayor. Nunca había existido nada igual. Pasó el tiempo, los meses, los años, y el laudista con alas de fuego se volvía cada vez más resplandeciente.

»Todos se maravillaban. Se convirtieron en los amantes maravillosos, muy envidiados. A veces las mujeres se compadecían de ella porque no tenía hijos; es la forma que adopta la envidia de esas criaturas.

»Yo no conocía su secreto. Reflexionaba y me maravillaba. Al principio había esperado, imagino que subconscientemente, la muerte de su amor. Entonces me di cuenta de que lo que pasaba era el tiempo y lo que prevalecía era el amor. Sentí curiosidad. ¿Cuál era su secreto? ¿Con qué grilletes mágicos retenían al amor? ¿Cómo sujetaban al elfo descortés? ¿Qué elixir del amor eterno habían bebido juntos, como Tristán e Isolda en la antigüedad? ¿Y qué mano había elaborado la bebida mágica?

»Como acabo de decir, sentía curiosidad y los observé. Estaban locos de amor. Vivían en un goce perpetuo del amor. Lo trataban con fastuosidad y ceremonial. Se saturaban del arte y de la poesía amorosos. No, no eran neuróticos. Estaban cuerdos y sanos y eran artistas. Pero habían logrado lo imposible. Habían alcanzado un deseo inmortal.

»¿Y yo? Los veía mucho, a ellos y a su milagro del amor eterno. Le daba vueltas al asunto, me asombraba, hasta que un día…

Carquinez se interrumpió de repente y me preguntó:

—¿Has leído «El Amor espera al Tiempo»?

Negué con la cabeza.

—Lo escribió Page, creo, Curtis Hidden Page. Pues fueron esos versos los que me dieron la pista. Un día, en el asiento junto a la ventana, cerca del piano… ¿recuerdas cómo tocaba ella? A veces se reía y dudaba de si yo iba a verlos por ellos o por la música. En una ocasión me llamó borracho de la música, vicioso del sonido. ¡Qué voz tenía él! Cuando cantaba, yo creía en la inmortalidad, mi respeto por los dioses se tornaba casi paternalista y concebía maneras y métodos con los que burlarlos a ellos y a sus trucos.

»Eran un espectáculo para Dios, aquel hombre y aquella mujer que llevaban años casados y cantaban canciones de amor con una frescura tan virginal como el amor recién nacido, con una madurez y una abundancia de pasión que los amantes jóvenes no conocen. Comparados con aquella pareja que llevaba tanto tiempo casada, los amantes jóvenes parecían anémicos, pálidos. ¡Había que verlos! Eran todo fuego, pasión y ternura a una distancia temblorosa, se prodigaban caricias con la mirada y la voz en todos sus actos, a través de todos los silencios: su amor los empujaba a abrazarse y ellos se resistían como aleteantes mariposas nocturnas, cada uno convertido en la llama que atraía al otro, girando a su alrededor en las rotaciones de un vuelo orbital extraordinario. Parecía, debido a alguna ley importante de la física,

más potente y más sutil que la de la gravedad, que acabarían por fundirse corpóreamente uno en el otro, ante mis ojos. No era de extrañar que los llamasen “los amantes maravillosos”.

»Pero me he desviado. Vayamos a la pista. Un día, en el asiento junto a la ventana encontré un libro de poemas. Se abrió solo, revelando la costumbre de alguien, por «El Amor espera al Tiempo». La página estaba manoseada, blanda de tanto tocarla, y allí leí:

Tan dulce es permanecer casi juntos,
conocernos mejor y conservar
la sensación suave y deliciosa de quienes se tocan…

¡Amor, aún no!… Cariño, conservemos nuestro amor
envuelto en su sagrado misterio un poco más,
esperando el secreto de los años por venir,
que no llegan aún, aún no… ya llegarán… aún no.

¡Nuestro amor debe crecer un poco más!
Cuando haya florecido podría morir.
Alimentémoslo con besos sin labios, dejemos que duerma
un tiempo en un lecho de rotundo sacrificio…
un poco más aún, un poco más.

«Marqué la página con el pulgar, cerré el libro y permanecí sentado en silencio y sin moverme durante un buen rato. Estaba anonadado ante la claridad de visión que el poema me había conferido. Me había iluminado. Era como un rayo de luz divina en el infierno. Ellos conservarían al Amor, al duendecillo inconstante, al precursor de la vida nueva… una vida nueva que, categóricamente, debe nacer.

»Memoricé los versos (“aún no… ya llegarán”, “¡Amor, aún no!”, “alimentémoslo con besos sin labios, dejemos que duerma”) y me reí en voz alta. Vi sus almas inocentes con total claridad. Eran niños. No comprendían. Jugaban con el fuego de la Naturaleza y se acostaban con una espada desnuda entre los dos. Se reían de los dioses. Pondrían fin a la savia cósmica. Habían inventado un sistema que trasladaron a la mesa de juego de la vida y con el que esperaban ganar. ¡Cuidado!, grité, los dioses están detrás de la mesa. Inventan reglas nuevas para cada sistema que se idea. No tenéis posibilidades de ganar.

»Pero no lo grité en voz alta, a ellos. Aguardé. Ya aprenderían que su sistema no valía para nada y lo abandonarían. Se contentarían con la felicidad que los dioses quisieran concederles y no lucharían por arrebatarles más.

»Observé. No dije nada. Los meses continuaron pasando y su hambre de amor se exacerbaba. Nunca la mitigaban, ni con un permitido abrazo amoroso. La forjaban y la estimulaban con sacrificios y cada vez era mayor. Así continuaron hasta que incluso yo mismo dudé. ¿Estarían dormidos los dioses?, me preguntaba. ¿O habrían muerto? Me reí. El hombre y la mujer habían logrado el milagro. Habían burlado a Dios. Habían avergonzado a la carne y ennegrecido el rostro de la buena Madre Tierra. Habían jugado con su fuego sin quemarse. Eran inmunes. Ellos mismos eran dioses: diferenciaban el bien del mal sin haberlos probado. ¿Habrá sido así como surgieron los dioses?, me pregunté. Soy una rana, me dije, pero de no haber tenido estos párpados pesados podría haberme quedado ciego debido a la luminosidad de esta maravilla que he presenciado. Me envanecí por mi sabiduría y me atreví a juzgar a los dioses.

»Pero incluso en ese mi último pensamiento me equivocaba. No eran dioses. Eran un hombre y una mujer, arcilla blanda que suspiraba y se estremecía, acribillada de deseo, marcada por debilidades extrañas que los dioses no tienen.

Carquinez abandonó la narración para liar otro pitillo y reírse de forma desagradable. No era una risa bonita, sino que parecía la burla de un demonio, y aumentó el tono hasta superar el rugido de la tormenta, que llegaba amortiguado a nuestros oídos desde el estruendo exterior.

—Soy una rana —dijo en tono de disculpa—. ¿Cómo iban a entenderlo? Eran artistas, no biólogos. Conocían la arcilla del estudio, pero no conocían la arcilla de la que ellos mismos estaban hechos. Aunque una cosa te diré: apostaban alto. Nunca antes se había jugado una partida como aquella y dudo que vuelva a jugarse otra igual.

»Nunca existió un éxtasis amoroso como el de ellos. No habían matado al Amor a besos. Lo habían estimulado con su sacrificio. Y con sacrificio lo empujaban hasta casi hacerlo estallar de deseo. El laudista de alas de fuego los abanicaba con sus alas calientes hasta que se sentían a punto de desmayarse. Era un verdadero delirio de amor y durante semanas y meses continuó sin disminuir, siempre aumentando.

»Deseaban, anhelaban con deliciosas punzadas y dulces agonías, con una intensidad nunca antes ni después sentida por amante alguno.

»Y de repente, un día los dioses adormilados dejaron de dar cabezadas. Se despertaron y miraron al hombre y a la mujer que se habían burlado de ellos. El hombre y la mujer se miraron a los ojos una mañana y comprendieron que habían perdido algo. Se trataba del ser de las alas de fuego. Había volado en silencio durante la noche para abandonar la mesa de aquellos ermitaños.

»Se miraron a los ojos y comprendieron que les daba igual. El deseo había muerto. ¿Entiendes? El deseo había muerto. Y nunca se habían besado. Ni una sola vez. El Amor se había ido. Jamás volverían a arder en deseo. No les quedaba nada: ni temblores, aleteos y angustias deliciosas, ni latidos y palpitaciones, ni canciones y suspiros. El deseo había muerto. Había muerto durante la noche, sobre un sofá frío, en soledad; ni siquiera habían presenciado su fallecimiento. Lo aprendieron por primera vez uno en los ojos del otro.

»Quizá los dioses no sean amables, pero a menudo son misericordiosos. Habían hecho girar la bolita de marfil y recogido las apuestas sobre la mesa. Solo quedaban el hombre y la mujer mirándose a los ojos, fríos. Entonces él murió. Esa fue la misericordia. En menos de una semana Marvin Fiske había muerto… recordarás el accidente. Y en el diario de ella, escrito en esa misma época, mucho después leí los versos de Mitchell Kennedy:

> No hubo ni una sola hora en la que,
> pudiendo besarnos, no lo hiciéramos.

—¡Qué gran ironía! —exclamé.

Y Carquinez, junto a la chimenea, auténtico Mefistófeles con chaqueta de pana aterciopelada, me miró fijamente con sus ojos negros.

—¿Y tú dices que ganaron? ¡El veredicto del mundo! Te lo he dicho y lo sé bien. Ganaron tanto como ganas tú aquí, en tus colinas.

—Pero tú —intervine acaloradamente—, tú, con tus orgías de música y sentidos, con tus ciudades locas y tus fiestas más locas aún, ¿crees que ganas?

Negó con la cabeza, despacio.

—Que tú, con tu sistema bucólico y sobrio, pierdas no significa que yo gane. Nunca ganamos. A veces creemos que lo hacemos. Es una pequeña broma de los dioses.

[1906]



El apóstata

Ahora que me levanto para trabajar,
ruego al Señor que no me permita hacer el vago.
Si muero antes de que caiga la noche,
ruego al Señor que mi trabajo haya sido bueno.
Amén

—SI NO TE LEVANTAS, Johnny, ¡no te daré nada de comer!

La amenaza no surtió efecto en el chaval. Se agarraba tercamente a la modorra y luchaba por su inconsciencia como el soñador lucha por su sueño. Las manos del chico se cerraron sin vigor mientras daban golpes débiles y espasmódicos al aire. Los golpes iban dirigidos a su madre, que demostró su práctica en evitarlos a la vez que lo sacudía con fuerza del hombro.

—¡Déjame en paz!

Era un grito que se formaba, apagado, en lo más profundo del sueño, que ascendía veloz, como un aullido, se volvía beligerancia apasionada y descendía para morir en un gemido inarticulado. Era un grito bestial, como el de un alma atormentada, lleno de protesta y dolor infinitos.

Pero a ella no le importó. Era una mujer de rostro cansado y ojos tristes y ya se había acostumbrado a la tarea, que repetía todos los días de su vida. Se apoderó de la ropa de cama e intentó pegarle un tirón, pero el chico dejó de lanzar puñetazos al aire y se agarró desesperado a las mantas. Acabó hecho un ovillo a los pies de la cama, aunque tapado. Entonces la madre intentó arrastrarlo todo al suelo. El niño se opuso. Ella se esforzó más. Su fuerza era superior a la del chico, que cedió junto con la ropa de cama, el primero siguiendo por instinto a la segunda para protegerse contra el frío del cuarto, que se le metía en el cuerpo.

Mientras perdía el equilibrio en el borde de la cama parecía que iba a caer de cabeza al suelo. Pero la consciencia se agitó en su interior. Se enderezó y,

durante un momento, se balanceó peligrosamente. Luego cayó al suelo de pie. Al instante, su madre lo agarró por los hombros y lo zarandeó. Los puños volvieron a alzarse, en esta ocasión con más fuerza y puntería. Al mismo tiempo, abrió los ojos. Ella lo soltó. Ya estaba despierto.

—Ya está —murmuró el chico.

Ella cogió la lámpara y se apresuró a salir, dejándolo a oscuras.

—Te pagarán menos —advirtió la madre antes de irse.

No le importaba la oscuridad. Tan pronto se vistió salió a la cocina. Pisaba con fuerza para ser un chico tan delgado y ligero. Arrastraba las piernas debido a su peso, lo que parecía poco razonable por lo delgadas que eran. Acercó a la mesa una silla desfondada.

—¡Johnny! —exclamó su madre, muy seria.

Se levantó enseguida de la silla y, sin una palabra, se acercó al fregadero. Estaba sucio y grasiento. Del desagüe ascendía el mal olor. Ni se fijó. Que el fregadero hediese formaba, para él, parte del orden natural de las cosas, como que el jabón estuviese mugriento por el agua de fregar y casi no hiciera espuma. Aunque tampoco se esforzó demasiado por conseguirlo. Varias salpicaduras con el agua fría del grifo completaron la función. No se lavó los dientes. En realidad, nunca había visto un cepillo de dientes ni sabía que existiesen seres en el mundo culpables de una necedad tan grande como lavarse los dientes.

—Podrías lavarte una vez al día sin que tuviese que decírtelo —se quejó su madre.

Sujetaba la tapadera rota de la cacerola mientras servía dos tazas de café. Él no contestó porque aquella era una discusión permanente entre los dos y lo único en lo que su madre se mostraba dura e inflexible. Una vez al día tenía la obligación de lavarse la cara. Se secó con una toalla grasienta, húmeda, sucia y raída, que le dejó el rostro cubierto de pelusilla.

—Ojalá no viviésemos tan lejos —dijo ella mientras él se sentaba—. Hago todo lo que puedo, ya lo sabes. Pero un dólar en el alquiler supone mucho ahorro y aquí tenemos más sitio. Ya lo sabes.

El chico casi no hacía caso. Había oído lo mismo en muchas ocasiones. La gama de ideas de su madre era limitada y siempre recordaba las adversidades que ambos pasaban por vivir tan lejos de las fábricas.

—Un dólar significa más comida —comentó él en tono sentencioso—. Prefiero caminar y comer más.

Comía con prisa, mascando a medias el pan y tragando los pedazos sin masticar con la ayuda del café. Aquel líquido caliente y turbio que recibía el

nombre de café. Johnny creía que lo era, un café excelente. Era una de las pocas ilusiones de la vida que le quedaban. Jamás en su vida había bebido café auténtico.

Además del pan, había un pedazo pequeño de carne de cerdo fría. Su madre le volvió a llenar la taza. Cuando ya casi había terminado el pan, empezó a fijarse para ver si quedaba más y podía repetir. Su madre interceptó la mirada interrogante.

—No seas acaparador, Johnny —comentó—. Ya has comido tu parte. Tus hermanos son más pequeños que tú.

No respondió a la reprimenda. Hablar no le gustaba demasiado. Además, dejó de mirar con hambre en busca de más pan. Nunca se quejaba y tenía una paciencia tan tremenda como la escuela en la que había aprendido. Terminó el café, se limpió la boca con el dorso de la mano y empezó a levantarse.

—Un segundo —dijo su madre, veloz—. Creo que la barra de pan puede concederte otra rebanada, aunque finita.

Realizó una especie de juego de manos. Dejó que el chico viera que cortaba una rebanada de la barra para dársela a él, pero luego devolvió la barra y la rebanada a la caja del pan y le entregó una de las dos rebanadas que le correspondían a ella. Creyó que lo había engañado, pero él había visto el truco. Aun así, aceptó el pan con descaro. Según su filosofía, pensaba que su madre, siempre enfermiza, no era una gran comedora.

La mujer vio que el chico masticaba el pan a secas y se acercó para vaciar su taza de café en la de él.

—No sé por qué, pero esta mañana no me sienta bien en el estómago —explicó.

Un silbido lejano, prolongado y chillón los hizo ponerse en pie. Ella le echó una ojeada al despertador de hojalata del estante. Las manecillas indicaban las cinco y media. El resto del mundo industrial empezaba a despertar de su sueño. Se cubrió los hombros con un chal y la cabeza con un sombrero deslustrado, sin forma, viejo.

—Ya podemos correr —dijo mientras bajaba la mecha de la lámpara y apagaba la chimenea.

Salieron y bajaron las escaleras a tientas. El cielo estaba despejado, hacía frío y Johnny se estremeció al primer contacto con el exterior. Las estrellas aún no habían empezado a palidecer en el cielo y la ciudad permanecía a oscuras. Johnny y su madre arrastraban los pies al caminar. Los músculos de las piernas no ambicionaban elevar los pies del suelo.

Tras quince minutos en silencio, la madre se desvió hacia la derecha.

—No llegues tarde —fue su advertencia final desde la oscuridad que ya se la tragaba.

Él no respondió y continuó andando. En el barrio industrial se abrían puertas por todas partes y pronto formó parte de una multitud que empujaba hacia delante en la noche. El silbato volvió a sonar en el momento en que él cruzaba la verja de la fábrica. Miró hacia el este. Sobre un irregular horizonte de tejados empezaba a surgir una luz pálida. Eso fue lo único del día que vio, porque enseguida le dio la espalda y se unió al grupo de obreros.

Ocupó su puesto en una de las muchas y largas hileras de máquinas. Frente a él, por encima de un contenedor lleno de bobinas pequeñas, había bobinas grandes que giraban con rapidez. En ellas enroscaba el hilo de bramante de las bobinas pequeñas. El trabajo era sencillo. Solo hacía falta darse prisa. Las bobinas pequeñas se quedaban vacías tan rápidamente y había tantas grandes para vaciarlas que no disponía ni de un minuto de descanso.

Trabajaba de forma mecánica. Cuando una bobina pequeña se terminaba, usaba la mano izquierda como freno para detener la bobina grande y al mismo tiempo, entre el pulgar y el índice, atrapar el extremo volador del bramante. Además, y a la vez, con la derecha cogía el extremo del hilo de una de las bobinas pequeñas. Esos movimientos distintos y con ambas manos los realizaba de forma simultánea y con rapidez. Luego sus manos se movían como rayos mientras hacía un nudo de tejedor y liberaba la bobina. Los nudos de tejedor no eran complicados. En una ocasión presumió de que era capaz de hacerlos dormido. Y a veces así era, pues se esforzaba durante siglos en una sola noche para atar una sucesión infinita de nudos de tejedor.

Algunos chicos ganduleaban y perdían el tiempo y la maquinaria al no reemplazar las bobinas cuando se acababan. Para evitarlo, había un capataz. Pescó al vecino de Johnny en una de esas artimañas y le dio un cachete.

—Mira a Johnny, ¿por qué no eres como él? —preguntó enfadado el capataz.

Las bobinas de Johnny corrían a toda velocidad, sin embargo, no se entusiasmó al oír el elogio indirecto. Hubo un tiempo… pero de eso hacía mucho. Su rostro apático se mantuvo sin expresión mientras oía cómo lo ponían de ejemplo. Era el trabajador perfecto. Lo sabía. Se lo habían dicho a menudo. Se trataba de un tópico y para él ya no significaba nada. De trabajador perfecto había evolucionado a ser la máquina perfecta. Cuando su trabajo salía mal, con él ocurría como con una máquina, se debía al material defectuoso. Habría sido tan posible que una troqueladora de clavos perfecta acuñase clavos imperfectos como que él cometiese un error.

Aunque no era de extrañar. Siempre había mantenido una relación cercana con las máquinas. La maquinaria casi formaba parte de él y, en cualquier caso, se había criado gracias a ella. Doce años antes se había producido una ligera excitación en la sala de telares de aquella misma planta textil. La madre de Johnny se había desmayado. La tendieron sobre el suelo, en medio del estruendo de las máquinas. Avisaron a un par de mujeres mayores para que acudieran desde sus telares. El capataz ayudó. Y a los pocos minutos en la sala de telares había un alma más de las que habían entrado por la puerta. Se trataba de Johnny, que nació con el ruido ensordecedor y violento de los telares en sus oídos y con su primer aliento respiró el aire húmedo y cálido, denso de pelusas voladoras. Aquel primer día había tosido para liberar los pulmones de las pelusas y, desde entonces, seguía tosiendo por el mismo motivo.

El chico junto a Johnny gimoteó y se sorbió la nariz. Hizo una mueca de odio hacia el capataz, que lo vigilaba, amenazante, desde lejos; pero todas las bobinas estaban llenas. El chico lanzó unos juramentos terribles hacia las bobinas giradoras que tenía delante, aunque nadie los oyó a menos de dos metros de distancia porque el estruendo de la sala los retuvo y contuvo como un muro.

Johnny no hizo caso. Aceptaba las cosas como venían. Además, todo se vuelve monótono debido a la repetición y aquel suceso en concreto lo había presenciado muchas veces. A él le parecía tan inútil oponerse al capataz como desafiar la voluntad de una máquina. Las máquinas estaban hechas para funcionar de cierta manera y para realizar determinadas tareas. Lo mismo ocurría con el capataz.

Pero a las once se produjo un revuelo en la sala. De una forma en apariencia oculta el revuelo se transmitió al instante por todas partes. El chico cojo que trabajaba al otro costado de Johnny corrió tambaleándose hacia un contenedor que estaba vacío. Se ocultó en su interior con muleta y todo. El supervisor de la fábrica se acercaba acompañado por un hombre joven. Iba bien vestido y llevaba la camisa almidonada: un caballero, según la clasificación que Johnny hacía de los hombres, y que además era inspector.

Al pasar, observaba fijamente a los chicos. En ocasiones se detenía y les hacía preguntas. Cuando eso ocurría, se veía obligado a gritar con todas sus fuerzas y su rostro se contorsionaba de forma ridícula debido al esfuerzo por hacerse oír. Pilló al vuelo la máquina vacía junto a Johnny, pero no dijo nada. Johnny también llamó su atención y se detuvo en seco. Lo agarró del brazo

para apartarlo un poco de la máquina, pero dejó escapar una exclamación de sorpresa y lo soltó.

—Es un chico muy delgado —se rió, intranquilo, el supervisor.

—Son palillos —fue la respuesta—. Mire esas piernas. El chaval tiene raquitismo, incipiente, pero lo tiene. Si no se lo acaba llevando la epilepsia será porque la tuberculosis se lo habrá llevado antes.

Johnny escuchó pero no comprendió lo que decían. Además, no le interesaban los males futuros. Había un mal inmediato y más grave que lo amenazaba en la figura del inspector.

—Mira, chico, quiero que me cuentes la verdad —dijo el inspector o más bien gritó mientras se inclinaba junto a su oído—. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —mintió Johnny y lo hizo con toda la potencia de sus pulmones. Tan alto mintió que le provocó una tos seca y perruna, capaz de movilizar la pelusa que se había depositado en sus pulmones durante toda la mañana.

—Y parece que tiene dieciséis —dijo el supervisor.

—O sesenta —espetó el inspector.

—Siempre ha tenido ese aspecto.

—¿Desde cuándo? —preguntó, veloz, el inspector.

—Desde hace años. Nunca parece mayor.

—Ni menor, diría yo. Y supongo que habrá trabajado aquí durante todos esos años.

—A veces. Pero eso fue antes de que aprobaran la nueva ley —se dio prisa en responder el supervisor.

—¿Máquina en reposo? —preguntó el inspector al tiempo que señalaba la máquina libre junto a la de Johnny, en la que las bobinas a medio llenar volaban como locas.

—Eso parece. —El supervisor le hizo un gesto al capataz para que se acercara a él, le gritó algo al oído y señaló la máquina—. Máquina en reposo —informó al inspector.

Siguieron andando y Johnny regresó al trabajo, aliviado por haber evitado el mal. Pero el chico cojo no tuvo tanta suerte. El ojo clínico del inspector lo descubrió y lo sacó del contenedor. Al chaval le temblaban los labios y a su rostro asomaba la expresión de quien sabe que sobre él ha caído un desastre profundo e irremediable. El capataz parecía atónito, como si viese a aquel chico por primera vez, mientras el gesto del supervisor indicaba asombro y desagrado.

—Lo conozco —dijo el inspector—. Tiene doce años. He hecho que lo despidan de tres fábricas en lo que va de año. Esta será la cuarta. —Se dirigió al chico cojo—. Me prometiste por tu honor que irías a la escuela.

El chico cojo rompió a llorar.

—Por favor, señor inspector, se nos han muerto dos bebés y somos muy pobres.

—¿Por qué toses de esa forma? —preguntó el inspector con un tono que parecía acusarlo de algún delito.

Y como si negase su culpa el chico cojo respondió:

—No es nada. Me resfrié la semana pasada, señor inspector, eso es todo.

Al final, el chico cojo salió de la sala con el inspector, este último acompañado por el supervisor, nervioso y sin dejar de protestar. Después volvió la monotonía. La larga mañana y la tarde, aún más larga, transcurrieron y se oyó el silbato que ponía fin a la jornada. La oscuridad había caído de nuevo cuando Johnny cruzó la puerta de la fábrica. Durante el intervalo el sol había convertido el cielo en una escalera dorada, había inundado el mundo con su benévola calidez y luego había descendido para desaparecer por el oeste, tras un irregular horizonte de tejados.

La cena era la comida del día que hacían en familia, la única durante la que Johnny veía a sus hermanos más pequeños. Para el chico constituía una especie de encuentro, porque él era muy viejo y ellos preocupantemente jóvenes. No tenía paciencia para la inmadurez asombrosa y excesiva de sus hermanos. No la entendía. Su propia niñez quedaba ya muy lejos. Era como un hombre mayor e irritable que se siente molesto ante la turbulencia de las almas jóvenes: una perfecta estupidez para él. Miraba furioso y en silencio, concentrado en la comida, sintiéndose compensado al pensar que también ellos tendrían que ir pronto a trabajar. Eso los tranquilizaría y los volvería sosegados y dignos, como él. Así, al igual que el resto de la humanidad, Johnny se convertía a sí mismo en el rasero por el que medir al universo.

Durante la cena, su madre explicó de distintas formas y con repeticiones infinitas que intentaba hacer todo cuanto podía, de manera que, tras terminar la escasa comida, Johnny apartó su silla y se levantó aliviado. Durante un momento se debatió entre irse a la cama o a la puerta principal y al final salió, pero no llegó muy lejos. Se sentó en el porche con las rodillas hacia arriba y los delgados hombros encorvados hacia delante, los codos en las rodillas y las palmas de las manos sujetando el mentón.

Allí sentado, no pensaba. Solo descansaba. En lo que a su mente respectaba, estaba dormida. Sus hermanos salieron y jugaron con otros niños

a su alrededor, sin dejar de hacer mido. En un rincón, una bombilla iluminaba sus retozos. Sabían que estaba de mal humor, irritable, pero el espíritu de la aventura los empujaba a tomarle el pelo. Frente a él, se dieron las manos y, marcando el ritmo con los cuerpos, le corearon a la cara ripios descabellados y críticos. Al principio les dedicó maldiciones que había aprendido de labios de varios capataces. Tras comprender que era inútil y recordar su dignidad se encerró en un silencio perseverante.

Su hermano Will, que le seguía en edad y acaba de cumplir diez años, era el cabecilla. No inspiraba en Johnny sentimientos especialmente generosos. Desde muy pronto, su vida se había visto amargada por la necesidad continua de ceder ante Will y dejarle paso. Tenía muy claro que Will estaba muy en deuda con él y se mostraba muy desagradecido. En sus propios recreos, ya tan lejanos, el hecho de tener que cuidar de Will le había robado una buena parte de ese tiempo de juego. Will era un bebé y entonces, como ahora, su madre se pasaba el día en la fábrica. A Johnny le había tocado el papel de padre y de madre a la vez.

En Will se notaba el beneficio de tanto ceder y dejarle paso. Era fornido, bastante fuerte, tan alto como su hermano mayor y pesaba más. Era como si la sangre de uno hubiese sido desviada a las venas del otro. Lo mismo ocurría con la energía. Johnny estaba hastiado, agotado, sin capacidad de recuperación mientras que su hermano parecía reventar de entusiasmo y derramar vitalidad.

El cántico burlón iba subiendo de tono. Will se inclinó para acercarse más a él mientras cantaba y le echó la lengua. El brazo izquierdo de Johnny salió disparado y agarró al otro del cuello. Al mismo tiempo le golpeó la nariz con el puño huesudo. Se trataba de un puño patéticamente huesudo, pero que así hacía más daño quedó demostrado por el chillido de dolor que arrancó. Los otros niños gritaban asustados mientras Jennie, hermana de Johnny, entraba disparada en la casa.

Johnny apartó a Will de su lado, lo pateó salvajemente en las espinillas, luego volvió a echarle mano y lo aplastó boca abajo contra la tierra. No lo soltó hasta haberle frotado la cara contra la tierra varias veces. Entonces llegó la madre, un torbellino anémico de preocupación e ira maternal.

—¿Por qué no puede dejarme en paz? —Fue la respuesta de Johnny a sus recriminaciones—. ¿Es que no ve que estoy cansado?

—Soy tan grande como tú —berreaba Will, sujeto por los brazos de ella, la cara hecha un lío de lágrimas, tierra y sangre—. Ya soy tan grande como tú y lo seré aún más. Entonces te pegaré, ya lo verás.

—Pues ya que eres tan grande, deberías ir a trabajar —gruñó Johnny—. Eso es lo que te pasa, que deberías ir a trabajar. Y quien debe ponerte a trabajar es tu madre.

—Pero es demasiado pequeño —protestó ella—. No es más que un niño.

—Yo era más pequeño que él cuando empecé a trabajar.

Johnny tenía la boca abierta para seguir expresando la sensación de injusticia que lo dominaba, pero la cerró de golpe. Se dio la vuelta con tristeza, entró enfadado en la casa y se fue a la cama. Dejó la puerta de su cuarto abierta para que entrara algo del calor de la cocina. Mientras se desvestía en la semioscuridad, oía a su madre hablar con una vecina que se había acercado. La madre lloraba y unos resoplidos exánimes puntuaban sus palabras.

—No entiendo qué le ocurre a Johnny —la oyó decir—. Antes no era así. Era un angelito de lo más paciente. Y sigue siendo un buen chico —se apresuró a defenderlo—. Ha trabajado sin descanso y empezó a trabajar cuando era demasiado pequeño. Pero yo no tengo la culpa. Hago todo lo que puedo, eso seguro.

Se oyeron más resoplidos desde la cocina y Johnny murmuró para sí mientras se le cerraban los ojos: «Puedes apostar tu vida a que he trabajado sin descanso».

A la mañana siguiente, su madre lo arrancó en volandas de las garras del sueño. Luego llegó el exiguo desayuno, la caminata en la oscuridad y el pálido atisbo del día sobre los tejados en el instante en que le daba la espalda y cruzaba la puerta de la fábrica. Fue otro día más, de todos los días, y todos los días eran iguales.

Sin embargo, en su vida había existido la variedad: cuando pasaba de un trabajo a otro o cuando caía enfermo. A los seis años hacía de padre y madre de Will y de los otros niños, aún más pequeños. A los siete entró en la fábrica textil para enrollar bobinas. A los ocho encontró empleo en otra fábrica. Su nuevo trabajo resultaba maravillosamente sencillo. Solo tenía que permanecer sentado con un palito en la mano y guiar un torrente de tejido que fluía por delante de él. Ese torrente de tejido salía de las fauces de una máquina, pasaba sobre un rodillo caliente y seguía camino hacia otro lugar. Pero él siempre permanecía sentado en el mismo sitio, lejos del alcance de la luz del día, iluminado por una lámpara de gas, como una pieza más del mecanismo.

Se sentía muy feliz en ese empleo, a pesar del calor húmedo, porque aún era joven y tenía sueños e ilusiones. Soñaba cosas maravillosas mientras miraba pasar, constantemente, la tela humeante por delante de él. Pero con

aquel trabajo no ejercitaba ni cuerpo ni mente y cada vez soñaba menos mientras su imaginación se aletargaba y adormecía. Con todo, ganaba dos dólares a la semana y dos dólares constituían la diferencia entre la inanición aguda y la subalimentación crónica.

Pero a los nueve años perdió el empleo. La culpa la tuvo el sarampión. Tras recuperarse encontró trabajo en una cristalería. Pagaban mejor y el trabajo exigía habilidad. Trabajaba a destajo, así que cuanto más hábil se mostraba, más dinero ganaba. Allí había un incentivo. Y gracias a ese incentivo se convirtió en un obrero excepcional.

La faena resultaba sencilla, consistía en atar tapones de cristal a unas botellas pequeñas. En la cintura llevaba una pieza de bramante. Sostenía las botellas entre las rodillas para poder trabajar con ambas manos. Así, sentado e inclinado sobre las rodillas, sus hombros estrechos se fueron encorvando y su pecho permanecía contraído durante diez horas diarias. Eso no era bueno para los pulmones, pero ataba trescientas docenas de botellas al día.

El supervisor se sentía muy orgulloso de él y llevaba a las visitas para que lo vieran. En diez horas, trescientas docenas de botellas pasaban por sus manos. Eso significaba que había alcanzado la perfección propia de una máquina. Eliminaba cualquier actividad innecesaria. Todos los gestos de sus manos delgadas, todos los movimientos de los músculos de sus finos dedos eran veloces y exactos. Trabajaba bajo una tensión elevadísima y como resultado se ponía nervioso. Por la noche, se le contraían los músculos mientras dormía y de día era incapaz de relajarse y descansar. Permanecía alterado y con los músculos contraídos. Además, empezó a ponerse cetrino y la tos provocada por las pelusas empeoró. Entonces la neumonía se apoderó de los débiles pulmones que ocupaban aquel pecho contraído y perdió el trabajo en la cristalería.

Ahora había regresado a los telares de yute donde había enrollado bobinas por primera vez. Pero el ascenso lo esperaba. Era un buen obrero. Pasaría a la sala del almidonado y después llegaría a la de los telares. Tras eso no había nada más, excepto una eficiencia cada vez mayor.

La maquinaria corría a más velocidad que cuando había empezado a trabajar y su mente iba más despacio. Ya no soñaba, a pesar de que sus primeros años habían estado llenos de sueños. En una ocasión se enamoró. Fue cuando se ocupaba de guiar la tela sobre el rodillo caliente y de la hija del supervisor. Ella era mucho mayor que él, una mujer joven, y la había visto de lejos solo en media docena de ocasiones. Pero eso no importaba. Sobre la superficie del torrente de tejido que pasaba por delante de él, se imaginaba

futuros resplandecientes en los que él realizaba esfuerzos prodigiosos, inventaba máquinas milagrosas, alcanzaba la dirección de la fábrica y al final la tomaba en brazos y la besaba con sobriedad en la frente.

Pero eso había ocurrido mucho tiempo atrás, antes de que se volviera demasiado viejo y cansado para amar. Además, ella se casó y se marchó de allí y la mente de él se quedó dormida. Sin embargo, se había tratado de una experiencia magnífica y solía rememorarla como otros hombres y mujeres rememoran la época en la que creían en las hadas. Él nunca había creído ni en las hadas ni en Papá Noel, aunque sí y de forma implícita en el futuro sonriente que su imaginación había unido al humeante torrente de tela.

Se había convertido en hombre demasiado pronto. A los siete años, cuando ganó su primer sueldo, dio comienzo su adolescencia. En su interior fue creciendo cierta sensación de independencia y la relación con su madre cambió. De alguna forma, ya que aportaba dinero a casa y se ganaba el pan, le parecía que era su igual. La madurez, una madurez completa, llegó a los once años, época en la que había trabajado en el turno de noche durante seis meses. Ningún niño trabaja en el turno de noche y sigue siendo un niño.

En su vida se habían producido varios acontecimientos importantes. Uno de ellos fue cuando su madre compró unas ciruelas pasas de California. Otros fueron las dos ocasiones en las que la mujer preparó natillas. Esos habían sido verdaderos acontecimientos. Los recordaba con cariño. En aquella época su madre le había hablado de un postre maravilloso que algún día le iba a preparar. Lo había llamado islas flotantes y dijo que era mejor que las natillas. Durante años había esperado que llegase el día en el que se sentaría a la mesa con las islas flotantes delante de él, hasta que al final relegó la idea al limbo de los ideales inalcanzables.

Una vez encontró un cuarto de dólar de plata tirado en la acera. Ese también fue un gran acontecimiento en su vida, aunque trágico. Supo cuál era su deber en el mismo instante en que la moneda de plata brilló ante sus ojos, incluso antes de haberla recogido. Como siempre, en casa no había bastante comida y allí tenía que haberla entregado como hacía con su sueldo todos los sábados por la noche. En ese caso resultaba obvio cuál era la conducta correcta, pero nunca había podido gastar su propio dinero y tenía hambre de dulces. Estaba famélico por aquellos dulces que solo había probado en días muy señalados.

No intentó engañarse a sí mismo. Sabía que era pecado y pecó deliberadamente cuando se entregó a una orgía de dulces por valor de quince centavos. Ahorró diez centavos para una orgía futura pero, como no estaba

acostumbrado a llevar dinero, los perdió. Eso ocurrió en el momento en que sufría todos los tormentos de la conciencia y se lo tomó como un castigo divino. Tenía la terrible impresión de la cercanía de un Dios horrible y colérico. Dios lo había visto y Dios había castigado con rapidez, negándole incluso el beneficio completo del pecado.

En sus recuerdos consideraba aquel acontecimiento como el gran acto criminal de su vida y cuando pensaba en él su conciencia siempre se despertaba y le provocaba nuevos remordimientos. Era el esqueleto que guardaba en el armario. Además, siendo como era y viviendo como vivía, lamentaba su manera de actuar. No se sentía satisfecho con la forma en la que se había gastado el cuarto de dólar. Podía haberlo invertido mejor y, sabiendo —como ahora sabía— la velocidad a la que Dios castigaba, habría vencido a Dios gastándose todo el dinero de una sola vez. En retrospectiva se gastaba el cuarto de dólar mil veces y cada una de ella le sacaba más partido.

Había otro recuerdo del pasado, débil y borroso pero grabado en su alma para siempre por los pies brutales de su padre. Era más una pesadilla que una imagen recordada de algo concreto, más como el recuerdo racial del hombre, que lo hace dormir y retrocede hasta su ascendencia arborícola.

Ese recuerdo en concreto nunca asaltaba a Johnny a la luz del día, cuando estaba despierto. Llegaba de noche, en la cama, en el momento en que su consciencia se hundía y empezaba a perderse en el sueño. Siempre se despertaba asustado y durante un momento, en ese sobresalto horripilante, le parecía que yacía cruzado a los pies de la cama. En ella se adivinaban las siluetas borrosas de sus padres. Nunca veía el aspecto de su padre. Solo tenía una impresión del padre: sus pies brutales y despiadados.

Conservaba sus primeros recuerdos, pero no tenía recuerdos recientes que guardar. Todos los días eran iguales. Ayer o el año pasado eran como mil años… o como un minuto. Nunca ocurría nada. No había acontecimientos que marcasen el paso del tiempo. El tiempo no pasaba. Siempre permanecía quieto. Solo se movían las máquinas que giraban, pero no iban a ninguna parte, aunque se movían cada vez más rápido.

☘

A LOS CATORCE AÑOS pasó a trabajar a la sala de almidonado. Fue un acontecimiento colosal. Por fin ocurría algo que pudiese recordar y que no

fuese una noche de descanso o el día de paga semanal. Marcaba una época. Era una olimpiada de las máquinas, un día a partir del que establecer fechas. «Cuando pasé a trabajar en la sala de almidonado» o «después de» o «antes de trabajar en la sala de almidonado», eran frases que siempre tenía en los labios.

Celebró su dieciséis cumpleaños pasando a la sala de telares y poniéndose al frente de uno. Allí volvía a tener incentivos, pues se trabajaba a destajo. Y allí sobresalió porque la fábrica textil lo había moldeado hasta convertirlo en la máquina perfecta. Al cabo de tres meses se ocupaba de dos telares y después de tres y de cuatro.

Al final del segundo año en los telares producía más metros que ningún otro tejedor y bastante más del doble que alguno de los menos habilidosos. En casa las cosas empezaron a prosperar según él iba alcanzando el máximo de su capacidad para ganar dinero. Sin embargo, sus mayores ganancias no excedían de lo necesario. Los niños crecían. Comían más. E iban a la escuela y los libros eran caros. De alguna forma, cuanto más rápido trabajaba, más aumentaba el precio de las cosas. Incluso subía la renta, aunque la casa había pasado de un estado de deterioro malo a peor.

Ganó en altura y parecía más delgado que nunca. También estaba más nervioso. Con el nerviosismo aumentaron su irritabilidad y mal humor. Tras muchas lecciones amargas, los niños habían aprendido a evitarlo. Su madre lo respetaba por su capacidad para ganar dinero, pero de alguna forma su respeto estaba teñido de miedo.

Para él, en la vida no existía la felicidad. Ni siquiera veía cómo se sucedían los días. Las noches las empleaba para dormir en un estado de inconsciencia llena de tirones musculares. El resto del tiempo trabajaba y su consciencia era como la de una máquina. Fuera de eso, su mente estaba vacía. No tenía ideales y solo una ilusión: que bebía un buen café. Era una bestia de carga. No tenía ningún tipo de vida mental; sin embargo, en las criptas más profundas de su mente, sin que él lo supiera, se sopesaban y examinaban a fondo cada hora de su esfuerzo, cada movimiento de sus manos, cada tirón de sus músculos y se realizaban los preparativos necesarios para una forma de proceder futura que lo asombraría a él y a su pequeño mundo.

A finales de primavera, una noche llegó a casa consciente de que estaba más cansado que nunca. Había una expectación entusiasta en el ambiente cuando se sentó a la mesa, pero no se fijó. Permaneció en un silencio malhumorado durante toda la cena, comiendo de forma mecánica lo que tenía

delante. Los niños se relamían y dejaban escapar alguna que otra exclamación. Pero él estaba sordo a lo que ellos pudieran decir.

—¿Sabes lo que estás comiendo? —preguntó al fin su madre, desesperada.

Él le dedicó una mirada distraída al plato y otra a ella.

—Islas flotantes —anunció la mujer en tono triunfal.

—Ah —dijo él.

—¡Islas flotantes! —exclamaron a coro los niños.

—Ah —dijo él. Y, tras dos o tres bocados, añadió—: Creo que esta noche no tengo hambre.

Dejó la cuchara, echó hacia atrás la silla y, con aire de cansancio, se levantó de la mesa.

—Y creo que me voy a la cama.

Cruzó la cocina arrastrando los pies más que nunca. Desvestirse fue una tarea titánica, una inutilidad descomunal, y lloró débilmente mientras se metía en la cama como pudo, con un zapato aún puesto. Sentía que algo nacía y aumentaba en su cabeza, algo que embarullaba su cerebro y lo volvía confuso. Sus dedos delgados parecían tan grandes como su muñeca y en los extremos percibía un atisbo de sensación borrosa y confusa como su mente. La región lumbar le dolía de un modo intolerable. Le dolían todos los huesos. Le dolía por todas partes. En su cabeza empezó a oír los chirridos, el martilleo, el estruendo y el fragor de un millón de telares. El espacio se llenó de lanzaderas voladoras. Entraban y salían disparadas, intricadamente, entre las estrellas. Él se ocupaba de mil telares al mismo tiempo, que no dejaban de aumentar la velocidad, cada vez aceleraban más, y su cerebro se iba desovillando, más y más rápido, hasta convertirse en el hilo que alimentaba las mil lanzaderas voladoras.

A la mañana siguiente no fue a trabajar. Estaba demasiado ocupado tejiendo descomunalmente en los mil telares que funcionaban dentro de su cabeza. Su madre se marchó al trabajo, pero antes hizo acudir al médico. Dijo que era un caso grave de gripe. Jennie hizo de enfermera y siguió sus instrucciones.

Fue un ataque muy serio y transcurrió una semana antes de que Johnny pudiera vestirse y tambalearse débilmente al ponerse en pie. El médico dijo que podría volver al trabajo al cabo de otra semana. El capataz de la sala de telares lo visitó el domingo por la tarde, primer día de su convalecencia. Le dijo a su madre que era el mejor tejedor de la sala. Que le guardarían el puesto. Podría volver a trabajar del lunes en una semana.

—¿Por qué no le das las gracias, Johnny? —preguntó su madre, ansiosa—. Ha estado tan enfermo que aún no es el que era —explicó en tono de disculpa al visitante.

Johnny se sentaba encorvado y mirando fijamente al suelo. Permaneció sentado en la misma posición hasta mucho después de que el capataz se hubiese marchado. Afuera hacía calor y pasó toda la tarde en el porche. A veces movía los labios. Parecía perdido en unos cálculos infinitos.

A la mañana siguiente, cuando el día empezó a templarse, ocupó su sitio en el porche. En esa ocasión tenía lápiz y papel con los que continuar sus cálculos, cosa que hizo despacio y asombrado.

—¿Qué viene después de los millones? —preguntó a mediodía, cuando Will llegó a casa procedente de la escuela—. ¿Y cómo se usa?

Esa tarde terminó su tarea. Cada día, ya sin lápiz y papel, regresaba al porche. Se abstraía mirando al único árbol que crecía al otro lado de la calle. Lo estudiaba durante lloras y se mostraba más interesado cuando el viento hacía balancear sus ramas y agitaba sus hojas. Toda la semana pareció perdido en comunión consigo mismo. El domingo, sentado en el porche, se rió en alto varias veces para inquietud de su madre, que hacía años que no lo oía reír.

A la mañana siguiente, en la oscuridad previa al alba, la mujer se acercó a su cama para levantarlo. Había dormido mucho durante toda la semana y se despertó enseguida. No luchó ni intentó agarrarse a la ropa de cama cuando ella lo destapó. Permaneció tumbado, tranquilo, y con la misma tranquilidad habló.

—No servirá de nada, madre.

—Llegarás tarde —dijo ella, pensando que aún estaba atontado por el sueño.

—Estoy despierto, madre, y te digo que no servirá de nada. Será mejor que me dejes en paz. No voy a levantarme.

—¡Pero perderás el empleo! —gritó ella.

—No voy a levantarme —repitió con voz extraña y sin pasión.

Esa mañana ella tampoco fue a trabajar. Aquella enfermedad superaba a cualquiera de las que había visto. Podía entender la fiebre y el delirio, pero aquello era locura. Volvió a taparlo con las mantas y envió a Jenny a buscar al médico.

Cuando llegó, Johnny dormía dulcemente y de la misma forma se despertó y permitió que le tomaran el pulso.

—No le pasa nada —informó el médico—. Está muy debilitado, eso es todo. No tiene demasiada carne en los huesos.

—Siempre ha sido así —comentó la madre.

—Vete ya, madre, y deja que siga durmiendo.

Johnny habló con amabilidad y placidez, y de la misma forma se puso de lado y se durmió.

A las diez se despertó y se vistió. Salió a la cocina, donde encontró a su madre con una expresión de miedo en el rostro.

—Me voy, madre —anunció—, y solo quiero despedirme.

Ella se cubrió la cara con el delantal, se sentó de repente y empezó a llorar. Él aguardó con paciencia.

—Tenía que haberme dado cuenta —sollozaba la madre—. ¿A dónde? —preguntó, por fin, mientras apartaba el delantal del rostro y lo miraba con un semblante afligido en el que había poca curiosidad.

—No lo sé. A cualquier parte.

Al tiempo que hablaba, el árbol de enfrente se dibujó en su visión interna con una luminosidad deslumbrante. Era como si se ocultara bajo sus párpados y él pudiese verlo siempre que lo deseara.

—¿Y tu empleo? —preguntó con voz temblorosa.

—Nunca más voy a volver a trabajar.

—¡Por Dios, Johnny! —gimió la madre—. ¡No digas eso!

Lo que había dicho, para ella era una blasfemia. La madre de Johnny se sintió tan conmocionada por sus palabras como cualquier madre que oye a su hijo renegar de Dios.

—¿Qué es lo que se te ha metido en la cabeza? —quiso saber, intentando mostrarse categórica sin conseguirlo.

—Números —respondió—. Solo números. Esta semana he hecho muchos números y me parece sorprendente.

—No entiendo qué tiene que ver con esto —gimoteó la mujer.

Johnny sonrió con paciencia y su madre fue consciente de la conmoción que le producía la ausencia persistente de su mal humor y su irritabilidad.

—Te lo demostraré —dijo—. Estoy agotado. ¿Qué es lo que me cansa? Los movimientos. No he parado de moverme desde que nací. Estoy cansado de moverme y no pienso moverme más. ¿Recuerdas cuando trabajaba en la cristalería? Hacía trescientas docenas diarias. Creo que para cada botella debía de emplear unos diez movimientos diferentes. Eso hacen treinta y seis mil movimientos diarios. En diez días, trescientos sesenta mil movimientos. En un mes, un millón ochenta mil movimientos. Olvidemos los ochenta mil

—dijo con la benevolencia autocomplaciente de un filántropo—, olvidemos los ochenta mil y tendremos un millón al mes. Doce millones de movimientos al año.

»En los telares me muevo el doble. Eso hacen veinticinco millones de movimientos al año y me parece que llevo moviéndome así más de un millón de años.

»Esta semana no me he movido. No he realizado ni un solo movimiento en muchas horas. Te digo que fue muy bueno quedarme sentado horas y horas sin hacer nada. Nunca antes había sido feliz. No había tenido tiempo. Siempre estaba moviéndome. Y así no se puede ser feliz. No voy a volver a hacerlo. Me voy a quedar sentado y más sentado, para descansar y descansar y luego descansar un poco más.

—Pero ¿qué va a ser de Will y de los niños? —preguntó la madre, desesperada.

—Eso es, Will y los niños —repitió él.

Sin embargo, en su voz no había amargura. Hacía tiempo que sabía lo que su madre ambicionaba para su hermano, pero pensar en eso ya no le dolía. Ya nada importaba. Ni siquiera eso.

—Madre, sé lo que planeabas para Will, mantenerlo en la escuela para que fuera contable. Pero no podrá ser porque me voy. Tendrá que trabajar.

—Y eso después de criarte como te he criado —dijo la madre y, llorando de nuevo, hizo ademán de llevarse el delantal a la cara, aunque cambió de idea.

—Tú no me criaste —respondió Johnny con una amabilidad teñida de tristeza—. Me he criado solo, madre, y he criado a Will. Es más grande que yo, pesa más y es más alto. Cuando yo era pequeño no comía lo suficiente. Cuando llegó él y era pequeño, yo trabajaba y ganaba para que él también comiera. Pero eso se acabó. Will puede ir a trabajar, como yo, o puede irse al infierno, a mí ya me da igual. Estoy cansado. Me voy. ¿No te vas a despedir de mí?

La madre no respondió. Había vuelto a taparse la cara con el delantal y lloraba. Él se detuvo un momento en el umbral.

—Estoy segura de haber hecho las cosas lo mejor que supe —gimió.

Johnny salió de la casa y se fue calle abajo. Un lánguido regocijo iluminó su rostro al ver el árbol solitario. «No voy a hacer nada», se dijo a sí mismo, en voz baja y canturreando. Miró al cielo, pensativo, pero la luz del sol lo deslumbró y lo cegó.

Dio un buen paseo, sin apresurarse. Pasó por delante de la fábrica textil. A sus oídos llegó el estruendo amortiguado de la sala de telares y sonrió. Era una sonrisa plácida, dulce. No odiaba a nadie, ni siquiera odiaba las máquinas con sus chirridos y martilleos. En él no había resentimiento, solo un deseo desmesurado de descansar.

Las casas y las fábricas empezaron a ralear y los espacios abiertos a multiplicarse a medida que se acercaba al campo. Por fin dejó atrás la ciudad y siguió una frondosa vereda que discurría junto a la vía del ferrocarril. No caminaba como un hombre. No parecía un hombre. Era una caricatura del ser humano. Era un trozo de vida retorcido, raquítico y anónimo que caminaba arrastrando los pies como un simio enfermizo, los brazos colgando, cargado de hombros, estrecho de espalda, grotesco y espantoso.

Pasó junto a una pequeña estación de ferrocarril y se tumbó en la hierba, bajo un árbol. Permaneció así toda la tarde. A veces dormitaba y los músculos le daban tirones durante el sueño. Despierto, yacía sin moverse, observando las aves o mirando al cielo entre las ramas del árbol. Una o dos veces se rió en voz alta pero sin que tuviese que ver con algo que hubiese visto u oído.

Pasado el crepúsculo, en la primera oscuridad de la noche, un mercancías entró retumbando en la estación. Mientras la máquina cambiaba de vagones en un apartadero, Johnny se deslizó, sigiloso, pegado a un lateral del tren. Abrió la puerta de un vagón vacío y subió torpemente, con gran dificultad. Cerró la puerta. La locomotora hizo sonar el silbato. Johnny estaba tumbado y, a oscuras, sonrió.

[1906]



Y Él los creó



O RECIBIÓ en la puerta.

—No creí que vendrías tan temprano.

—Son las ocho y media. —Miró el reloj—. El tren sale a las nueve y doce.

Se mostró muy formal hasta que se fijó en cómo le temblaban a ella los labios cuando se giró para abrir camino.

—Todo saldrá bien, mujer —dijo con dulzura—. El doctor Bodineau es el más indicado. Conseguirá sacarlo adelante.

Entraron en la sala. Sus ojos buscaron con recelo a su alrededor y luego se volvió hacia ella.

—¿Dónde está Al?

La mujer no respondió pero un impulso repentino la llevó a acercarse a él y luego permanecer inmóvil. Era una mujer delgada, de ojos oscuros, cuyo rostro acusaba el agobio y el estrés de la vida. Pero las finas arrugas y la mirada atormentada no eran solo obra de la preocupación. Él supo de quien eran obra en cuanto la miró y ella en cuanto se vio en el espejo.

—No sirve de nada, Mary —dijo. Apoyó la mano en el hombro de ella—. Lo hemos intentado todo. Es un asunto feo, ya lo sé, pero ¿qué más podemos hacer? No lo has logrado. Solo nos queda el doctor Bodineau.

—Si tuviese otra oportunidad… —empezó a decir ella con voz entrecortada.

—Eso ya lo hemos discutido —respondió el hombre con dureza—. Ahora tienes que animarte. Ya sabes a qué conclusiones llegamos. Y sabes que es imposible que tengas otra oportunidad.

Ella negó con la cabeza.

—Claro que lo sé. Pero es terrible pensar que se marcha para luchar él solo.

—No estará solo. Tiene al doctor Bodineau. Además, aquello es muy bonito.

La mujer guardó silencio.

—Es la única salida —añadió él.

—Es la única salida —repitió la mujer de forma mecánica.

Él miró el reloj.

—¿Dónde está Al?

—Ahora te lo envío.

Cuando la puerta se cerró tras irse ella, el hombre se acercó a la ventana y miró afuera mientras golpeaba el cristal con los nudillos sin darse cuenta.

—Hola.

Se giró y respondió al saludo del hombre que acababa de entrar. Se apreciaba su forma de arrastrar los pies mientras avanzaba hacia la ventana, aunque se detuvo a medio camino con indecisión.

—He cambiado de idea, George —anunció con prisa y gesto nervioso—. No voy a ir.

Se tiró de la manga, movió los pies, inquieto, bajó la mirada y, tras un terrible esfuerzo, volvió a levantarla para enfrentarse al otro.

George lo miró en silencio con los orificios nasales hinchados y los delgados dedos cerrándose inconscientemente, como las garras de un águila a punto de agarrar algo con fuerza.

Los dos hombres se parecían en rasgos y figura; sin embargo, en los parecidos más pronunciados existía una diferencia radical. Tenían los mismos ojos negros, pero los del hombre de la ventana eran despiertos y miraban de frente, mientras que los del que ocupaba el centro de la estancia parecían confusos y furtivos. No aguantaba la mirada del otro y luchaba consigo mismo de forma continua e inútil por conseguirlo. Los pómulos altos y las mejillas hundidas eran iguales en los dos, aunque la textura de las mejillas se antojaba diferente. Las bocas de labios finos habían salido del mismo molde, pero los labios de George eran firmes y musculosos, mientras que los de Al se veían blandos y fláccidos: los labios de un asceta convertido en hedonista. Además, se hundían en las comisuras. Su carne insinuaba gordura, sobre todo en la nariz aquilina que, en su momento, debió de ser como la del otro hombre pero que había perdido la austeridad que la del otro aún conservaba.

Al luchaba por serenarse en medio del cuarto. El silencio lo molestaba. Le daba la sensación de que estaba a punto de empezar a balancearse de atrás a delante. Se humedeció los labios con la lengua.

—Me quedo —dijo a la desesperada.

Bajó la mirada y volvió a tirarse de la manga.

—Y solo tienes veintiséis años —dijo George por fin—. Pobre hombre, tan debilitado.

—No estés tan seguro —replicó Al con un destello de beligerancia.

—¿Recuerdas cuando nadamos milla y media para cruzar el canal?

—¿Y qué? —Una expresión huraña se iba apoderando del rostro de Al.

—¿Y recuerdas cuando boxeábamos en el granero, después de clase?

—Aguantaba bien todos tus golpes.

—¿Todos mis golpes? —El tono de voz de George se volvió momentáneamente más agudo—. Me dejabas hecho trizas cuatro tardes de cada cinco. Eras el doble de fuerte que yo, tras veces más fuerte. Y ahora tendría miedo de golpearte con un cojín: te caerías como una hoja marchita. Morirías, hombre pobre y desdichado.

—No es necesario que me insultes solo porque haya cambiado de idea —protestó el otro con un leve deje de gemido en la voz.

Entró su esposa y la miró en busca de ayuda, pero el de la ventana se acercó a él de repente y le soltó:

—¡No eres capaz de mantener tu opinión durante dos minutos seguidos! ¡No consigues ni decidirte, gusano pusilánime!

—No lograrás que me enfade. —Al sonrió con astucia y miró, triunfante, a su mujer—. No lograrás que me enfade —repitió como si la idea le resultase de lo más gratificante—. Sé a qué juegas. Pero te digo que es el estómago. No puedo evitarlo. ¡Juro por Dios que no puedo! ¿Verdad que es el estómago, Mary?

Ella miró a George y habló con serenidad, aunque ocultó la mano temblorosa en un pliegue de la falda.

—¿No es hora? —preguntó con dulzura.

Su marido se volvió violentamente hacia ella.

—¡No pienso irme! —gritó—. Eso es lo que estaba diciéndole… a él. Y lo repito, para los dos: no me voy. No podéis obligarme.

—Pero, Al, querido, dijiste que… —empezó a decir la mujer.

—¡No importa lo que haya dicho! —interrumpió él—. Ahora digo otra cosa, me habéis oído y se acabó.

Cruzó la habitación y se dejó caer con énfasis en un sillón Morris. Pero el otro hombre enseguida se lanzó sobre él. Los dedos como garras atraparon sus hombros, lo obligaron a ponerse en pie y así lo mantuvieron.

—Has llegado al límite, Al, y quiero que lo comprendas. He intentado tratarte como… como a mi hermano, pero desde ahora te trataré como la cosa que eres. ¿Entiendes?

La ira de su voz era fría. El fuego de sus ojos era frío. Resultaba mucho más efectivo que cualquier arrebato y Al se encogió al sentir ese frío y el contacto de la mano que magullaba los músculos de su hombro.

—Gracias a mí tienes esta casa y la comida que te alimenta. ¿Tu puesto? Habría echado a cualquier otro hombre hace un año… hace dos años. A ti te mantengo. Tu salario es pura caridad. Sale de mi bolsillo. Mary… sus vestidos… esa bata que lleva ya está arreglada. Usa los vestidos que sus hermanas y mi esposa descartan. Caridad, ¿comprendes? Tus hijos llevan la ropa que ya no usan mis hijos o los hijos de mis vecinos, que creen que las prendas son para un orfanato. Y esto es un orfanato, sí, o lo será muy pronto.

Enfatizó cada cuestión con un aumento inconsciente de su presión sobre el hombro. Al se retorcía de dolor. El sudor empezaba a brillar en su frente.

—Escúchame bien —continuó su hermano—. En tres minutos me dirás que vienes conmigo. Si no lo haces, te quitaremos a Mary y a los niños. Hoy. No volverás a la oficina. Esta casa permanecerá cerrada para ti. Y en el plazo de seis meses tendré el placer de enterrarte. Tienes tres minutos para decidirte.

Al hizo un gesto de asfixia y con sus débiles dedos intentó alcanzar la mano que lo sujetaba.

—El corazón…, suéltame…, me vas a matar —jadeó.

La mano lo obligó a sentarse de nuevo en el sillón y lo liberó.

El tictac del reloj situado sobre la repisa de la chimenea resultaba terriblemente audible. George lo miró y luego a Mary. Se apoyaba en la mesa, incapaz de ocultar sus temblores. De repente sintió el tacto desagradable de los dedos de su hermano sobre el dorso de su mano. De forma inconsciente se la limpió en el abrigo. El reloj continuó marcando el paso del tiempo en medio del silencio. A George le parecía que en la sala resonaba su voz. Podía oírse hablando aún.

—Iré —se oyó desde el sillón.

La voz resultaba débil y temblorosa y el hombre que se levantó del sillón estaba débil y tembloroso. Echó a andar hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó George.

—A coger la maleta —fue la respuesta—. Mary enviará el baúl más adelante. Enseguida vuelvo.

La puerta se cerró tras él. Un momento después, sorprendido por un repentino presentimiento, George abrió la puerta. Miró. Su hermano estaba de pie junto a un aparador, en una mano la licorera y en la otra, pegado a los labios y ya vacío, un vaso de whisky.

A través del cristal, Al se dio cuenta de que lo observaban. Le entró el pánico. Intentó rellenar el vaso a toda prisa y llevárselo a la boca, pero vaso y licorera acabaron estrellándose contra el suelo. Gruñó. Fue como el sonido de

una bestia salvaje. Sin embargo, el apretón que sintió en el hombro lo subyugó. Empezó a empujarlo hacia la puerta.

—La maleta —jadeó—. Está ahí, en esa habitación. Déjame cogerla.

—¿Y la llave? —preguntó el hermano en cuanto el otro regresó.

—No está cerrada con llave.

Al instante la maleta quedó abierta y la mano de George registraba su contenido. De un lado extrajo una botella de whisky y del otro una petaca. Cerró la maleta.

—Vamos —dijo—. Si perdemos el tranvía, perderemos el tren.

Salió al zaguán y dejó a Al con su esposa. Mientras esperaba, George pensó que aquello era como un funeral.

El abrigo de su hermano se enganchó en el pomo de la puerta de la calle y retrasó su cierre lo bastante como para que el primer sollozo de Mary llegase a sus oídos. Mientras bajaba las escaleras, los labios de George parecían más finos y apretados que nunca. En una mano llevaba la maleta. Con la otra sujetaba el brazo de su hermano.

Cerca de la esquina oyó el tranvía eléctrico a una manzana de distancia e instó a su hermano a darse prisa. A Al le costaba respirar. Arrastraba los pies y se quedaba rezagado.

—Yaya hermano que eres —jadeó.

Como respuesta recibió un brutal tirón en el brazo. Le hizo pensar en su niñez, cuando algún adulto enfadado le metía prisa. Y, como si fuera un niño, necesitó ayuda para subir al tranvía. Se dejó caer en un asiento exterior, jadeando, sudando, superado por el esfuerzo. Siguió los ojos de George mientras lo observaba de arriba abajo.

—Vaya hermano que eres tú —fue el comentario de George tras terminar la inspección.

A Al se le humedecieron los ojos.

—Es el estómago —dijo, compadeciéndose de sí mismo.

—No me extraña —fue la réplica—. Te arderá como el cráter de un volcán. El calor ferviente no es una casualidad.

Después de eso ya no hablaron. Cuando llegaron al lugar del transbordo, George volvió en sí sobresaltado. Sonrió. Con una mirada fija que no veía las casas que fluían a través de su campo de visión, se había permitido sentir lástima de sí mismo. Ayudó a su hermano a bajar del tranvía y observó la calle que se cruzaba con la de ellos. El otro tranvía al que debían subir aún no se veía a lo lejos.

Al se fijó por casualidad en la tienda de la esquina y el bar de enfrente. Enseguida se mostró inquieto. Perdió el control de las manos y ansió llegar hasta aquella puerta, que se abrió mientras miraba para dejar entrar a un peregrino feliz. En ese instante vio la figura del camarero, con su chaquetilla blanca, recortarse contra un fondo de cristal resplandeciente. Sin darse cuenta, empezó a cruzar la calle.

—Alto. —La mano de George se posó en su brazo.

—Quiero whisky —respondió.

—Ya lo has tomado.

—De eso hace horas. Vamos, George, déjame tomarme uno. Es el último día. No me aísles por completo hasta que lleguemos. Sabe Dios que siempre me parecerá demasiado pronto.

George miró calle arriba, desesperado. El tranvía estaba a la vista.

—No hay tiempo para una copa —dijo.

—No quiero una copa. Quiero una botella. —La voz de Al adquirió un tono adulador—. Vamos, George, es la última. La última de verdad.

—No. —La negativa resultó tan inapelable como lograron pronunciarla los finos labios de George.

Al miró el tranvía que se acercaba. De repente se sentó en el bordillo de la acera.

—¿Qué ocurre? —preguntó su hermano, alarmado por un momento.

—Nada. Quiero whisky. Es el estómago.

—Vamos, levántate.

George fue a ayudarlo, pero su hermano se le adelantó y se despatarró sobre la acera, sin importarle la suciedad o las miradas curiosas de los transeúntes. El tranvía hacía sonar el gong en el cruce, a una manzana de distancia.

—Lo perderemos. —Al sonrió desde la acera—. Y será culpa tuya.

George cerró los puños con fuerza.

—Me dan ganas de darte una paliza.

—Y perder el tranvía —fue el comentario triunfante realizado desde el suelo.

George miró al tranvía. Estaba al otro extremo de la manzana. Miró el reloj. Se lo pensó un segundo más.

—De acuerdo —dijo—. Iré a comprarla. Pero tú sube al tranvía. Si lo pierdes, te romperé la botella en la cabeza.

Cruzó la calle como una flecha y entró en el bar. Llegó el tranvía y se detuvo. No había pasajeros esperando para bajarse. Al se arrastró escaleras

arriba y se sentó. Sonrió mientras el cobrador hacía sonar la campanilla y el coche arrancaba. La puerta del bar se abrió. Sujetando en la mano la maleta y una botella de whisky pequeña, George empezó a perseguirlo. El cobrador, con la mano en el cordel de la campanilla, aguardó para ver si sería necesario detenerse. No fue necesario. George subió sin problemas, se sentó junto a su hermano y le pasó la botella.

—Podías haber comprado una más grande —dijo Al, como un reproche.

Extrajo el corcho con un sacacorchos de bolsillo y alzó la botella.

—Estoy enfermo…, es el estómago —explicó en tono de disculpa al pasajero que se sentaba a su lado.

En el tren ocuparon un vagón de fumadores. A George le pareció imprescindible. Además, tras haber cogido el tren sin problemas, su corazón se ablandó. Miraba a su hermano con mayor benevolencia y se acusó de haber sido innecesariamente duro con él. Se esforzó por expiar su culpa hablándole de su madre, de sus hermanas y de los asuntos e intereses de la familia. Pero Al se mostraba huraño y concentrado en la botella. A medida que pasaba el tiempo, el labio inferior se fue soltando, cada vez más fláccido, mientras las ojeras se hinchaban y todos los músculos faciales se relajaban.

—Es el estómago —dijo una vez, cuando terminó la botella y la dejó caer bajo el asiento. Pero el veloz endurecimiento del rostro de su hermano no lo animó a seguir dando explicaciones.

El vehículo que los aguardaba en la estación tenía la dignidad y el lujo de un carruaje privado. Los ojos de George buscaron las señales de la institución a la que se dirigían, pero su aprensión enseguida se vio despejada. Al traspasar la ancha entrada y avanzar sobre los extensos terrenos, se quedó convencido de que el aspecto institucional de aquel sitio no sobresaltaría a su hermano. Más parecía un hotel de veraneo o, mejor aún, un club de campo. Mientras circulaban bajo el sol de la primavera, oyendo el canto de las aves y oliendo el perfume de las flores, George suspiró por una semana de descanso en un lugar así y ante sus ojos emergió el árido paisaje estival de la ciudad y la oficina. Sus ingresos no daban para cubrir los gastos de su hermano y también los suyos.

—Demos un paseo por la finca —sugirió tras reunirse con el doctor Bodineau e inspeccionar el alojamiento asignado a Al—. El carruaje parte hacia la estación dentro de media hora y tenemos tiempo.

—Es precioso —comentó un momento después. Bajo sus pies el prado aterciopelado, sobre su cabeza las ramas de los árboles y el sol salpicándolo al colarse entre ellas—. Ojalá pudiera quedarme un mes.

—Me cambio por ti —dijo Al rápidamente.

George se rió, pero sintió que se le encogía el corazón.

—¡Mira qué roble! —exclamó—. ¡Y ese pájaro carpintero! ¡Qué preciosidad!

—A mí esto no me gusta —oyó murmurar a su hermano.

Los labios de George se tensaron en preparación para la lucha, pero dijo:

—Enviaré a Mary y a los niños a la montaña. Lo necesita, y ellos también. Cuando te hayas recuperado, te enviaré con ellos. Así podrás disfrutar de tus vacaciones estivales antes de volver a la oficina.

—No pienso quedarme en este maldito agujero, por mucho que tú lo digas —anunció Al de repente.

—Te quedarás y vas a recuperar tu salud y tus fuerzas, para que cuando Mary te mire el color vuelva a sus mejillas.

—Regresaré contigo. —La voz de Al era firme—•. Tomaré el mismo tren de vuelta. Creo que ya es la hora del carruaje.

—No te he contado todos mis planes —intentó continuar George, pero Al lo interrumpió.

—Será mejor que lo dejes. No necesito tus zalamerías. Me tratas como a un niño y no lo soy. Lo he decidido y te demostraré que puedo mantener mi decisión. No es necesario que hables. Me importa un bledo lo que vayas a decirme.

En sus ojos había un brillo asesino y a su hermano le pareció una rata acorralada, desesperada y dispuesta a luchar. Mientras George lo miraba, recordó su niñez y pensó que por fin se había despertado en Al el mismo rasgo pertinaz que le había permitido a él, de pequeño, resistir a cualquier fuerza y convicción.

George abandonó sus esperanzas. Había perdido. Aquella criatura no era humana. Ya no quedaba en él ningún instinto humano y bueno. Era una bestia, fría e imperturbable, imposible de conmover, la materia sin refinar de la vida, beligerante, rebelde e indomable. Mientras miraba a su hermano sintió que en su interior se despertaba una bestia similar. Comprendió de repente que sus dedos se tensaban y curvaban como los de un matón y sintió el deseo de matar. Su sentido común —que por fin lo traicionaba— le aconsejó matar porque ya no había nada más que hacer.

Lo hizo volver en sí un criado que lo llamaba entre los árboles para decirle que el carruaje lo esperaba. Respondió. Después, al mirar frente a él, descubrió a su hermano. Había olvidado que era su hermano. Un minuto antes solo era una cosa. Empezó a hablar y entonces vio claro el camino a seguir.

Su sentido común no lo había traicionado. La bestia que llevaba dentro se había limitado a orientar a su buen juicio.

—No eres bueno, Al —dijo—. Lo sabes. Has convertido la vida de Mary en un infierno. Eres una maldición para tus hijos. Y a los demás tampoco nos has facilitado las cosas.

—No sirve de nada que me hables —intervino Al—. No me quedaré aquí.

—A eso voy —continuó George—. No hace falta que te quedes. (El rostro de Al se iluminó y de forma involuntaria hizo ademán de dirigirse hacia el carruaje). Por otro lado, no es necesario que regreses conmigo. Hay otra salida.

La mano de George se introdujo en el bolsillo trasero y sacó un revólver. Yacía sobre la palma con la culata hacia Al y a Al se lo tendió. Al mismo tiempo, con la cabeza le indicó un matorral cercano.

—Conmigo no vayas de farol —gruñó Al.

—No es un farol, Al. Mírame. Lo digo en serio. Y si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo por ti.

Se miraron fijamente, con el revólver tendido entre los dos. Al reflexionó un momento y luego sus ojos brillaron. Con un rápido movimiento agarró el arma.

—¡Dios! ¡Lo haré! —dijo—. Te demostraré de lo que soy capaz.

George se sintió enfermo. Se dio la vuelta para irse. No vio a su hermano adentrarse en los matorrales pero sí oyó el paso de su cuerpo entre las hojas y las ramas.

—Adiós, Al —dijo.

—Adiós —le llegó desde la espesura.

George sintió el sudor en la frente. Empezó a enjugarse el rostro con el pañuelo. Oyó, como si llegara desde muy lejos, la voz del criado que insistía en que el carruaje lo esperaba. Un pájaro carpintero atravesó volando la luz moteada del sol y se posó en el tronco de un árbol situado a algo más de tres metros de él. A George le pareció que aquello era un sueño y, sin embargo, se sintió totalmente justificado. Hacía lo que tenía que hacer. No había otra solución.

Su cuerpo se sobresaltó como si hubiese oído el disparo del revólver. Era la voz de Al, próxima a su espalda.

—Aquí tienes tu revólver —dijo—. Me quedo.

El criado apareció entre los árboles, apresurado y llamándolo con preocupación. George guardó el arma en el bolsillo y cogió las manos de su hermano.

—Que Dios te bendiga, compañero —murmuró y, con un apretón final a las manos, añadió—: y ¡buena suerte! Ya voy —le gritó al criado. Se giró y corrió entre los árboles hacia el carruaje.

[1906]



Una mujer malvada

LORETTA ESTABA DE VISITA en Santa Clara porque había roto con Billy. Billy no lo comprendía. Su hermana contó que se había pasado la noche llorando y recomendó la estancia de un lado a otro. Loretta tampoco había pegado ojo y lloró durante casi toda la vigilia. Daisy lo sabía porque era ella quien la abrazaba para consolar su llanto. El capitán Kitt, esposo de Daisy, también lo sabía. Las lágrimas de Loretta y el consuelo de Daisy le habían robado parte del sueño.

Al capitán Kitt no le gustaba dormir poco. Tampoco quería que Loretta se casara con Billy ni con ningún otro. El capitán Kitt creía que Daisy necesitaba la ayuda de su hermana pequeña para llevar la casa. Pero no lo decía en voz alta. En cambio, insistía en que Loretta era demasiado joven para pensar en el matrimonio. Así que fue idea del capitán Kitt enviar a Loretta a visitar a la señora Hemingway. Allí no habría ningún Billy.

No llevaba ni una semana en Santa Clara y Loretta estaba convencida de que el capitán Kitt había tenido una buena idea. En primer lugar, y aunque Billy no se lo creyera, no quería casarse con él. En segundo lugar, aunque el capitán Kitt no se lo creyera, no quería dejar a Daisy. Cuando Loretta llevaba dos semanas en Santa Clara estaba absolutamente segura de que no deseaba casarse con Billy. Aunque ya no lo estaba tanto en lo relativo a no querer dejar a Daisy. No porque la amase menos, sino porque… tenía sus dudas.

El día que Loretta llegó, en la cabeza de la señora Hemingway empezó a tomar forma un plan nebuloso. El segundo día le dijo a Jack Hemingway, su marido, que Loretta era una jovencita tan inocente que, de no ser por su tierna candidez, resultaría verdaderamente estúpida. Para demostrarlo, la señora Hemingway le contó a su esposo varios detalles que lo hicieron reír. El tercer día el plan de la señora Hemingway había adoptado una forma reconocible. Entonces redactó una carta. En el sobre escribió: «Sr. D. Edward Bashford, Athenian Club, San Francisco».

«Querido Ned», empezaba la carta. En sus días previos al matrimonio, él la había amado intensamente durante tres semanas. Pero ella se decidió por Jack Hemingway, que estaba antes y que, además, era el dueño de su corazón.

Ned Bashford se lo tomó filosóficamente y se negó a sufrir. Se limitó a añadir esa experiencia a un amplio repertorio de datos reunidos de forma similar y con los que generaba su filosofía. Por estética y carácter era griego: un griego cansado. Le gustaba citar a Nietzsche como muestra de que también él había atravesado la prolongada dolencia que sigue a la ferviente búsqueda de la verdad; que también él había emergido demasiado avezado, astuto y profundo para volver a padecer debido a la locura de los jóvenes en su amor por la verdad. «Rendir culto a lo aparente —solía citar—, creer en la forma, en el tono, en las palabras, ¡en todo el Olimpo de las apariencias!». Siempre remataba ese fragmento en concreto con: «Esos griegos eran superficiales, ¡*sin profundidad*!».

Era un griego bastante joven, hastiado y cansado. En las épocas en las que recaía y se hundía en el pesimismo desde su acostumbrada altura y calma filosófica mantenía que las mujeres eran desleales y falsas. No creía en la sinceridad de las mujeres pero, fiel a su maestro alemán, no las despojaba de las gasas etéreas que velaban su falsedad. Se contentaba con aceptarlas como algo aparente y sacarles el mayor partido. Era superficial, *sin profundidad*.

«Jack me pide que no olvide decirte que el agua está perfecta para bañarse —escribió la señora Hemingway en su carta— y también que traigas tus artilugios de pesca». La señora Hemingway escribió algunas cosas más. Le dijo que por fin podría presentarle una mujer absolutamente sincera, inmaculada e inocente. «Jamás se ha ruborizado en este mundo un retoño de mujer más intachable e ingenua», fue una de las distintas maneras en las que expresó el aliciente. Y a su marido le dijo en tono triunfante: «Si esta vez no caso a Ned…», dejando sin exponer la terrible alternativa para la que o carecía del vocabulario adecuado que la explicase o de la imaginación necesaria para concebirla.

En contra de sus presentimientos, Loretta descubrió que no era infeliz en Santa Clara. Cierto, Billy le escribía a diario, pero sus cartas resultaban menos angustiosas que su presencia. Además, el calvario de mantenerse alejada de Daisy no era tan terrible como había esperado. Por primera vez en su vida no se sentía eclipsada por el resplandor de la personalidad brillante y madura de Daisy. En circunstancias tan favorables, Loretta enseguida se convirtió en el centro de atención, mientras la señora Hemingway, humildemente y sin remordimientos, se retiraba a la retaguardia.

Loretta comenzó a descubrir que no era un orbe apagado que brillaba al reflejar la luz ajena. Sin darse cuenta empezó a atraer a la gente como un imán. Si tocaba el piano, había alguien dispuesto a pasar las hojas de la

partitura y a expresar sus preferencias por determinadas canciones. Cuando se le caía el pañuelo, había alguien para recuperarlo. Y para acompañarla en sus excursiones y salidas a recoger flores. Además, aprendió a lanzar la caña en charcas tranquilas y en aguas revueltas, y a que no se le enredasen los sedales y las líneas de tripa en la maleza.

Jack Hemingway no se molestaba en enseñar a los principiantes y pescaba por su cuenta o no iba a pescar, lo que proporcionaba a Ned Bashford tiempo de sobra durante el que observar a Loretta en lo aparente. Y en ese sentido la joven era todo cuanto exigía la filosofía de él. Sus ojos azules tenían la mirada directa de un niño y, debido a la profundidad de pensamiento de Bashford, disfrutaba de ellos y se abstenía de estremecerse ante la duplicidad que —según su filosofía lo llevaba a creer— se ocultaba en ellos. Loretta tenía la elegancia de una flor esbelta y la fragilidad de color y línea de la porcelana más fina, todo lo cual lo deleitaba sin hacerle pensar en la fuerza vital que palpitaba bajo la superficie y a pesar de Bernard Shaw, en quien creía.

Loretta empezó a madurar. Desarrolló su personalidad rápidamente. Descubrió que tenía voluntad y deseos propios, no eternamente vinculados a la voluntad y los deseos de Daisy. Jack Hemingway la mimaba, Alice Hemingway la consentía y Ned Bashford se ocupaba de ella con devoción. Fomentaban sus caprichos y se reían de sus locuras, mientras ella perfeccionaba las pequeñas tiranías latentes en las mujeres hermosas y delicadas. Aquel ambiente actuaba como un somnífero sobre su antiguo deseo de vivir siempre con Daisy. Dicho deseo ya no la espoleaba como en los tiempos en los que Billy era su acompañante. Cuanto más veía a Billy, más segura estaba de que no podría vivir lejos de su hermana. Cuanto más veía a Ned Bashford, más olvidaba su apremiante necesidad de Daisy.

También Ned Bashford olvidó algunas cosas. Confundió superficialidad con profundidad y entrelazó la apariencia con la realidad hasta considerar que eran lo mismo. Loretta no se parecía a las demás mujeres. No se hacía pasar por lo que no era. Era real. Eso, y mucho más, se lo dijo a la señora Hemingway, quien estuvo de acuerdo con él y al mismo tiempo captó la momentánea caída de párpado de su esposo en lo que, sin duda, era un guiño de complicidad.

En esa época Loretta recibió una carta de Billy que se diferenciaba un tanto de las anteriores. En conjunto, como todas sus cartas, resultaba patológica. Se trataba de un largo recital de síntomas y sufrimientos: lo nervioso que se encontraba, lo poco que dormía y el estado de su corazón. Luego venían unos reproches como nunca antes le había hecho. Eran lo

bastante severos como para hacerla llorar y verdaderos como para que la tragedia se instalase en su rostro. Tragedia que se llevó consigo a la mesa del desayuno y que hizo especular a Jack y a la señora Hemingway y preocupó a Ned. El matrimonio lo miró en busca de una explicación, pero él negó con la cabeza.

—Esta noche lo sabré —le dijo la señora Hemingway a su marido.

Pero, por la tarde, Ned interceptó a Loretta en la enorme sala de estar. Ella intentó escabullirse. Él tomó sus manos y vio que le temblaban los labios y tenía las pestañas húmedas. La miró en silencio y con ternura. Las pestañas se humedecieron todavía más.

—Vamos, vamos, no llores, bonita —le dijo dulcemente.

Con gesto protector, rodeó su hombro con el brazo y ella, como una niña cansada, apoyó la cabeza en el hombro de él. Se emocionó de una forma inusual para un griego recuperado de tan prolongado mal.

—¡Oh, Ned! —sollozó Loretta sobre su hombro—. ¡Si supieras lo malvada que soy!

Él sonrió con indulgencia e inspiró profundamente para absorber la fragancia del cabello femenino. Pensó en su experiencia mundana con las mujeres y volvió a inspirar con fuerza. De ella parecía emanar la dulzura perfecta de una niña, «el aura de un alma blanca», tal y como lo expresó él para sus adentros.

Entonces se dio cuenta de que los sollozos iban en aumento.

—¿Qué te pasa, bonita? —preguntó en tono cariñoso y casi paternal—. ¿Te ha intimidado Jack? ¿O es que tu querida y amada hermana no te ha escrito?

Loretta no respondió y él sintió la necesidad de besar su cabello y supo que, si aquella situación se prolongaba mucho más, no sería responsable de sus actos.

—Cuéntamelo —le dijo en tono amable—, y veremos si consigo ayudarte.

—No puedo. Me despreciarías. ¡Oh, Ned, me siento tan avergonzada!

Él se rió, incrédulo, y rozó ligeramente el cabello de la joven con los labios, tan ligeramente que ella no se enteró.

—Querida mía, olvidémoslo, sea lo que sea. Quiero decirte lo mucho que te amo…

Ella dejó escapar un gritito de alegría y luego gimió:

—¡Demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde? —repitió él, muy sorprendido.

—¡Oh! ¿Por qué lo haría? ¿Por qué? —gemía ella.

Ned fue consciente del escalofrío que sintió en el corazón.

—¿El qué? —preguntó.

—Yo… él… Billy. Soy una mujer tan malvada, Ned. Sé que nunca más volverás a hablarme.

—Ese… ah… ese tal Billy —empezó a decir él—, ¿es tu hermano?

—No… es… yo no lo sabía. Era tan joven. No pude evitarlo. ¡Oh, me volveré loca! ¡Me volveré loca!

Entonces Loretta sintió que el hombro y el brazo que la rodeaba perdían su fuerza. Él se apartó de ella con amabilidad y la depositó en un sillón, donde la joven ocultó el rostro y continuó sollozando. Ned se retorció el bigote violentamente y luego cogió una silla y se sentó.

—No… no comprendo —dijo.

—Soy tan desgraciada —se lamentó ella.

—¿Por qué?

—Porque… él… quiere que me case con él.

El rostro de Ned se iluminó al instante y depositó una mano tranquilizadora sobre la de ella.

—Eso no puede hacer desgraciada a ninguna joven —afirmó sabiamente —. Que no lo ames no es motivo para que… porque no lo amas, ¿verdad que no?

Loretta negó con la cabeza y con los hombros para dejarlo bien claro.

—¿Cómo?

Bashford quería estar bien seguro.

—No —aseguró con furia—. ¡No amo a Billy! ¡No quiero amar a Billy!

—Que no lo ames —continuó Bashford, seguro de sí mismo— no implica que debas sentirte desgraciada porque él se te haya declarado.

Loretta sollozó otra vez y en medio de los sollozos exclamó:

—¡Ese es el problema! Ojalá lo amase. ¡Oh! ¡Quiero morirme!

—Mi querida niña, te preocupas por una nadería. —Pasó la mano libre por encima de la otra y la posó sobre la mano libre de ella—. Las mujeres lo hacéis continuamente. Porque cambiáis de idea o no sabéis qué pensar, porque habéis… y ya sé que se trata de una expresión innecesariamente dura… dejado plantado a un hombre…

—¡Plantado! —Loretta había levantado la cabeza y lo miraba con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Oh, Ned, si solo fuera eso!

—¿Solo? —preguntó con voz que sonaba a falsa mientras, poco a poco, retiraba las manos de las de ella. Iba a decir algo más pero guardó silencio.

—Y no quiero casarme con él —se quejó Loretta.

—Pues no lo hagas —aconsejó él.

—Pero debería.

—¿Deberías?

Ella afirmó con la cabeza.

—Esa es una palabra muy fuerte.

—Ya lo sé —aceptó ella mientras luchaba por controlar el temblor de sus labios. Después habló más tranquila—: Soy una mujer malvada, una mujer terriblemente mala. Nadie sabe lo malvada que soy, solo Billy.

Se produjo una pausa. Ned Bashford estaba muy serio y la miraba extrañado.

—¿El…? ¿Billy lo sabe? —acabó por preguntar.

Un gesto de afirmación con la cabeza, hecho a regañadientes, y el sonrojo de sus mejillas fue lo que recibió como respuesta.

Meditó durante un rato mientras, como si fuera un saltador de trampolín, parecía prepararse para la zambullida.

—Cuéntamelo —dijo con voz muy segura—. Tienes que contármelo todo.

—¿Y podrás perdonarme alguna vez? —preguntó ella, casi en un susurro.

Él dudó, inspiró profundamente y se lanzó en picado.

—Sí —dijo, desesperado—. Te perdonaré. Habla.

—No había nadie para explicármelo —empezó ella—. Pasábamos tanto tiempo juntos. Entonces yo no sabía nada del mundo.

Se detuvo para meditar. Bashford se mordía el labio, impaciente.

—Si lo hubiese sabido…

De nuevo se detuvo.

—Sí, continúa —la incitó él.

—Pasábamos juntos casi todas las tardes.

—¿Con Billy? —preguntó él con una violencia que la sobresaltó.

—Sí, claro, con Billy. Pasábamos tanto tiempo juntos… Si lo hubiese sabido… Nadie me lo explicó… Era tan joven…

Abrió la boca como si fuera a seguir hablando y lo miró con preocupación.

—¡El muy canalla!

Al tiempo que estallaba de esa forma, Ned Bashford se puso de pie. Ya no era un griego cansado, sino un joven terriblemente indignado.

—Billy no es un canalla; es un buen hombre —lo defendió Loretta, con una firmeza que sorprendió a Bashford.

—Supongo que ahora me dirás que tú eres la única culpable —dijo en tono sarcástico.

La joven asintió.

—¿Cómo? —gritó él.

—Yo tuve la culpa —afirmó, muy segura—. No debí permitírselo. La culpa es mía.

Bashford dejó de caminar de un lado a otro y, cuando habló, lo hizo con resignación.

—Mira, yo no te culpo, Loretta. Has sido muy sincera. Pero Billy tiene razón y tú te equivocas. Tienes que casarte.

—¿Con Billy? —preguntó ella y su voz sonó lejana, muy tenue.

—Sí, con Billy. Me ocuparé de todo. ¿Dónde vive? Lo obligaré.

—¡Pero no quiero casarme con Billy! —exclamó la joven, alarmada—. Oh, Ned, dime que no me obligarás.

—Te obligaré —respondió él, muy serio—. Debes hacerlo. Y Billy. ¿Lo entiendes?

Loretta escondió el rostro en el respaldo almohadillado del sillón y rompió a llorar, desconsolada.

Al principio, lo que Bashford oyó mientras la escuchaba, fue:

—¡Pero no quiero dejar a Daisy! ¡No quiero dejar a Daisy!

Había vuelto a caminar de un lado a otro y se detuvo a escuchar, vencido por la curiosidad.

—¿Cómo podía saberlo? Búa, búa —lloraba Loretta—. Él no me lo dijo. Nadie me había besado. Nunca pensé que un beso pudiese ser algo tan malo… hasta que… búa, búa… hasta que me escribió. He recibido la carta esta mañana.

A Ned se le iluminó el rostro. Era como si empezara a ver la luz.

—¿Es por eso por lo que lloras?

—N… no.

—Entonces, ¿por qué lloras? —preguntó, desesperado.

—Porque tú has dicho que tengo que casarme con Billy. Y no quiero casarme con él. No quiero dejar a Daisy. No sé lo que quiero. Quiero morirme.

Ned templó los nervios para realizar un nuevo intento.

—Escucha, Loretta, sé razonable. ¿Qué es esa historia de los besos? No me lo has contado todo.

—No… no quiero contártelo todo.

Lo miró con aire de súplica en el silencio posterior.

—¿Debo hacerlo? —preguntó, temblando, por fin.

—Sí —respondió él, categórico—. Debes contármelo todo.

—Pues, entonces… ¿seguro?

—Sí.

—Él… yo… nosotros… —empezó a decir y se quedó sin palabras. De repente, soltó—: Yo le dejé y él me besó.

—Continúa —ordenó Bashford, ya desesperado.

—Eso es todo —respondió ella.

—¿Todo? —Su tono indicaba la mayor de las incredulidades.

—¿Todo? —El de ella, una incomprensión no inferior.

—Quiero decir, ¿no hay nada peor? —Era abrumadoramente consciente de su propia incomodidad.

—¿Peor? —preguntó ella, francamente desconcertada—. ¡Como si pudiera haber algo peor! Billy ha dicho…

—¿Cuándo te lo dijo? —preguntó Bashford de repente.

—En la carta de esta mañana. Billy ha dicho que mi… nuestro… nuestro beso es algo terrible si no nos casamos.

A Bashford le daba vueltas la cabeza.

—¿Qué más te dijo Billy? —inquirió.

—Que cuando una mujer permite que un hombre la bese, siempre se casa con él… que sería algo terrible si no lo hiciera. Dice que es la costumbre. Y yo digo que es una costumbre mala y perversa. No me gusta. Sé que soy malvada —añadió, desafiante—, pero no puedo evitarlo.

Bashford, sin darse cuenta, sacó un cigarrillo.

—¿Te importa si fumo? —preguntó y encendió una cerilla.

Entonces volvió en sí.

—¡Discúlpame! —exclamó al tiempo que soltaba cerilla y cigarrillo—. No quiero fumar. No era esa mi intención. Lo que quiero decir es…

Se inclinó hacia Loretta, tomó una de sus manos, se sentó en el brazo del sillón y, con el brazo libre, rodeó sus hombros.

—Loretta, soy un idiota. Lo digo en serio. Pero hay algo más. También quiero que seas mi esposa.

Se hizo el silencio y él esperó con ansia.

—Podrías responder —insistió.

—Acepto… si…

—Vamos, continúa. ¿Si qué?

—Si no tengo que casarme con Billy.

—No puedes casarte con los dos. —Casi fue un grito.

—¿Y no es costumbre… lo que… lo que dijo Billy?

—No, no es costumbre. Dime, Loretta, ¿quieres ser mi esposa?

—No te enfades conmigo —dijo con un mohín recatado.

Él la abrazó y le dio un beso.

—Ojalá fuese esa la costumbre —añadió ella, casi sin voz, en medio del abrazo—, porque entonces tendría que casarme contigo, Ned… querido… ¿no?

[1906]



El ingenio de Porportuk

EL-SOO SE HABÍA CRIADO en la misión. Su madre murió cuando ella era muy pequeña y, un día de verano, la hermana Alberta recogió a El-Soo para salvar su alma del Infierno y se la llevó a la misión de la Santa Cruz y la dedicó a Dios. El-Soo era india de pura raza, pero superaba en todo a las mestizas y cuarteronas. Las buenas hermanas nunca habían tratado con una niña tan adaptable y, al mismo tiempo, tan vivaz.

El-Soo era despierta, hábil e inteligente; pero por encima de todo eso era puro fuego, la llama de la vida, y tenía un carácter explosivo compuesto de voluntad, dulzura y osadía. Su padre era jefe de una tribu y su sangre corría por las venas de la niña. En lo relativo a El-Soo, la obediencia era una cuestión de condiciones y acuerdos. Sentía pasión por la equidad y tal vez por eso destacaba en matemáticas.

Pero también destacaba en otras materias. Aprendió a leer y a escribir en inglés como ninguna otra niña de la misión. Aventajaba a las niñas en canto y a la canción aplicaba también su sentido de la equidad. Era una artista y el fuego que había en su interior se encaminaba hacia la creación. Si hubiese disfrutado de un ambiente más favorable desde la cuna, podría haberse dedicado a la literatura o a la música.

Pero era El-Soo, hija del jefe Klakee-Nah y vivía en la misión de la Santa Cruz, donde no había artistas, solo monjas de almas puras interesadas en la higiene, la virtud y el bienestar del espíritu en la tierra de inmortalidad que quedaba más allá del cielo.

Transcurrieron los años. Tenía ocho cuando entró en la misión. Tenía dieciséis y las hermanas mantenían correspondencia con las superiores de la Orden en relación al envío de El-Soo a Estados Unidos a fin de completar su educación cuando un hombre de su propia tribu llegó a Santa Cruz y quiso hablar con ella. El-Soo se quedó horrorizada ante su aspecto. Estaba sucio. Era un Calibán[10], primitivamente feo, con una mata de pelo que nunca había sido peinada. Él la miró con desaprobación y se negó a sentarse.

—Tu hermano ha muerto —dijo, lacónico.

El-Soo no se sintió excesivamente conmocionada. Casi no recordaba a su hermano.

—Tu padre es viejo y está solo —continuó el mensajero—. Su casa es grande y está vacía, y él oiría tu voz y cuidaría de ti.

A él sí lo recordaba, Klakee-Nah, el jefe de la aldea, amigo de los misioneros y de los factores, un hombre grande como un gigante, de mirada amable y gestos poderosos que caminaba consciente de la tosca realeza presente en su porte.

—Dile que iré —fue la respuesta de El-Soo.

Para desesperación de las monjas, el alma salvada del Infierno regresó al Inferno. Las súplicas no convencieron a El-Soo. Hubo mucho razonamiento, protestas y lágrimas. La hermana Alberta incluso le reveló el proyecto de enviarla a Estados Unidos. El-Soo miró con los ojos como platos el maravilloso panorama que se abría ante ella y negó con la cabeza. En sus ojos persistía otra imagen. Era la gran curva del Yukón en el puesto Tanana, con la misión St. George a un lado y la factoría al otro, a medio camino entre la aldea india y cierta casa grande de troncos en la que vivía un anciano, atendido por esclavos.

Todos los habitantes de la orilla del Yukón, a lo largo de mil quinientos kilómetros por cada lado, conocían la casa grande de troncos, al anciano y a los esclavos que lo cuidaban. Y bien que conocían aquella casa las hermanas, sus juergas infinitas, sus fiestas y su diversión. Por eso hubo llantos en Santa Cruz durante la partida de El-Soo.

Cuando El-Soo llegó a la casa grande realizó una reforma completa. Klakee-Nah, autoritario, protestó por la conducta autoritaria de su hija, pero al final, soñando con una magnificencia sin igual, acabó por pedir mil dólares prestados al anciano Porportuk, el indio más rico de todo el Yukón. Además, Klakee-Nah acumuló una cuenta considerable en la factoría. El-Soo volvió a crear la casa grande. La invistió de un esplendor nuevo, mientras Klakee-Nah conservaba sus tradiciones en cuanto a hospitalidad y juergas.

Todo eso resultaba poco corriente en un indio del Yukón, pero Klakee-Nah no era un indio corriente. No solo le gustaba ofrecer una hospitalidad desmesurada, sino que, al ser jefe y obtener mucho dinero, podía permitírselo. En los primeros tiempos de los intercambios comerciales se había convertido en una autoridad entre los suyos y había sabido negociar de forma rentable con las compañías. Después, junto con Porportuk, había encontrado oro en el río Koyokuk. Klakee-Nah era, por naturaleza y formación, un aristócrata. Porportuk era un burgués y compró la parte de la mina de oro que pertenecía a

Klakee-Nah. Porportuk se contentaba con trabajar y acumular. Klakee-Nah regresó a su casa grande y se dedicó a gastar. Porportuk tenía fama de ser el indio más rico de Alaska. Klakee-Nah de ser el más blanco en sus costumbres. Porportuk prestaba dinero, era un usurero. Klakee-Nah era un anacronismo, una ruina medieval, guerrero y juerguista, feliz con el vino y las canciones.

El-Soo se adaptó a la casa grande y a sus costumbres tan rápidamente como se había adaptado a la misión de la Santa Cruz y a las suyas. No intentó reformar a su padre y dirigir sus pasos hacia Dios. Es verdad que le reñía cuando bebía en exceso, pero lo hacía por el bien de su salud y por enderezar sus pasos sobre la tierra.

El cordón que servía para abrir la puerta de la casa grande desde fuera siempre estaba disponible. Con tantas idas y venidas nunca permanecía quieto. Las vigas de la enorme sala de estar retumbaban con el estruendo de los brindis y las canciones. A su mesa se sentaban hombres de todo el mundo y jefes de tribus lejanas: ingleses y colonos, delgados tramperos yanquis y orondos representantes de las grandes compañías, vaqueros de las cordilleras del oeste, marinos, cazadores y guías de perros de muchas nacionalidades.

El-Soo sabía moverse en aquel ambiente cosmopolita. Hablaba inglés tan bien como su lengua nativa y cantaba baladas en inglés. Conocía las ceremonias indias relacionadas con la muerte y las tradiciones de los blancos. Sabía llevar el atuendo tribal propio de la hija de un jefe y lo usaba en ocasiones, pero casi siempre vestía como las mujeres blancas. De algo le servían la costura aprendida en la misión y su destreza innata. Llevaba la ropa como una blanca y cosía prendas que le permitieran vestir así.

A su modo, era tan poco corriente como su padre y el puesto que ocupaba, tan singular como el de él. Era la única india al mismo nivel social que las pocas mujeres blancas presentes en el puesto Tanana. Era la única india a la que los hombres blancos proponían matrimonio con todos los honores. Y era la única india a la que ningún blanco insultaba.

Porque El-Soo era hermosa, aunque no como lo son las blancas, ni como lo son las indias. Su hermosura se debía a la llama que albergaba en su interior, que no dependía de los rasgos. Sus facciones y su figura eran las clásicas de las indias. Tenía el cabello negro y la tez broncínea, los ojos oscuros, brillantes y audaces, penetrantes como el filo de un cuchillo, orgullosos; también tenía una nariz aquilina y delicada, de orificios delgados y temblorosos, y unos pómulos altos y marcados, pero no demasiado separados, y los labios finos, aunque no en exceso. Sin embargo, por encima y

a través de todo eso emanaba su llama, ese algo imposible de analizar que era fuego y era su alma, que se mantenía atemperado o ardía en sus ojos, que rociaba sus mejillas, hinchaba sus orificios nasales y curvaba sus labios o, cuando estos permanecían en reposo, continuaba percibiéndose porque palpitaban con su presencia.

Y El-Soo tenía ingenio, casi nunca dispuesto a herir, aunque sí rápido en descubrir las debilidades perdonables. Reía para sus adentros y esa risa interior reverberaba en ella como una llama centelleante y provocaba la alegría de los demás. Sin embargo, nunca era el centro de atención. Eso no lo permitía. La casa grande, y toda su importancia, pertenecía a su padre; en ella, hasta el final, actuaba su heroica figura: anfitrión, señor de los juerguistas y creador de leyes. Es verdad que, a medida que él perdía fuerzas, ella aceptaba las responsabilidades que le entregaban sus manos debilitadas. Pero en apariencia era él quien continuaba reinando; a veces se quedaba dormido a la mesa —ruina bacanal personificada—, sin dejar de ser el señor del festín.

También se movía por la casa grande la figura de Porportuk, siniestra, negando con la cabeza, mostrando su frío desacuerdo, pagándolo todo. Aunque en realidad no pagaba porque calculaba los intereses de una forma extraña y, año tras año, se iba quedando con las propiedades de Klakee-Nah. En una ocasión Porportuk se atrevió a reprender a El-Soo por el modo de vida despilfarrador de la casa grande —más o menos cuando ya se había quedado con casi toda la riqueza de Klakee-Nah—, pero nunca más se arriesgó a reñirle. El-Soo, al igual que su padre, era una aristócrata, desdeñaba el dinero tanto como él y compartía ese puntilloso sentido del humor.

Porportuk continuó adelantando dinero de mala gana, dinero que enseguida se evaporaba. El-Soo había decidido una cosa: su padre moriría como había vivido. No experimentaría un descenso de recursos, no disminuirían las juergas, su espléndida hospitalidad no se vería afectada. Cuando azotaba la hambruna, como en el pasado, los indios llegaban quejándose a la casa grande y se marchaban contentos. Cuando había hambruna pero no dinero, se le pedía prestado a Porportuk y los indios también se marchaban contentos. El-Soo bien podía haber repetido, como los aristócratas de otro tiempo y lugar, que después de ella vendría el diluvio. En su caso, el diluvio era el anciano Porportuk. Cada vez que le adelantaba dinero le dedicaba una mirada más posesiva y sentía florecer en su interior fuegos apagados mucho tiempo atrás.

Pero El-Soo ni lo miraba. Tampoco había mirado a los blancos que quisieron casarse con ella en la misión, con anillo, sacerdote y documentos.

Porque en el puesto Tanana había un joven, Akoon, de su misma sangre, tribu y aldea. A ella le parecía fuerte y guapo, era un gran cazador y, como había viajado mucho y muy lejos, también era muy pobre. Había estado en todos los lugares desconocidos y tierras baldías; había viajado hasta Sitka y Estados Unidos; había cruzado el continente hasta la bahía de Hudson, para regresar después y, a bordo de un barco que cazaba focas, había navegado hasta Siberia y Japón.

Cuando regresó del descubrimiento de oro en el Klondike acudió, según tenía por costumbre, a la casa grande para contar al anciano Klakee-Nah y al resto del mundo todo lo que había presenciado. Allí vio a El-Soo por primera vez, tres años después de que la joven hubiese llegado de la misión. A partir de ese momento, Akoon dejó de viajar. Rechazó un salario de veinte dólares al día como práctico de los grandes vapores. Cazaba y pescaba, pero nunca lejos del puesto Tanana e iba a menudo a la casa grande, donde pasaba mucho tiempo. El-Soo lo comparó con muchos hombres y lo encontró bien. Él le cantaba canciones y se mostraba apasionado y resplandeciente, hasta que todo el puesto Tanana supo que la amaba. Y Porportuk se limitó a sonreír y a seguir adelantando dinero para el mantenimiento de la casa grande.

Entonces llegó el banquete mortal de Klakee-Nah. Se sentó para festejar, con la muerte en la garganta, incapaz de ahogarla con vino. Se oyeron risas, bromas y canciones, y Akoon contó una historia que hizo retumbar las vigas. En ese banquete no hubo lágrimas ni sollozos. Lo normal era que Klakee-Nah muriese como había vivido; nadie lo sabía mejor que El-Soo, con su afinidad artística. Allí estaban los jaraneros de siempre y, como antaño, también estaban tres marineros con síntomas de congelación, recién llegados de una larga travesía desde el Ártico, supervivientes de una tripulación formada por setenta y cuatro hombres. Detrás de Klakee-Nah había cuatro ancianos, los únicos que quedaban de los esclavos de su juventud. Se ocupaban de sus necesidades con ojos legañosos, le llenaban la copa con las manos casi paralizadas y, cuando la muerte despertaba y él empezaba a toser y a jadear, le daban golpes en la espalda, entre los hombros.

Fue una noche desenfrenada y, a medida que transcurrían las horas y la diversión se traducía en carcajadas, la muerte se revolvía cada vez más inquieta en la garganta de Klakee-Nah. Entonces mandó llamar a Porportuk. Y Porportuk entró desde el frío exterior, observando con desaprobación la carne y el vino pagados por él que cubrían la mesa. Pero al pasear la vista por la hilera de rostros colorados hasta el final y ver a El-Soo, se encendió un brillo en sus ojos y la desaprobación desapareció durante un minuto.

Le hicieron un sitio al lado de Klakee-Nah y pusieron un vaso frente a él. Klakee-Nah lo llenó de un licor fuerte con sus propias manos.

—¡Bebe! —exclamó—. ¿Acaso no es bueno?

A Porportuk se le llenaron los ojos de lágrimas mientras asentía con la cabeza y se relamía.

—¿Cuándo has tenido esta bebida en tu propia casa? —preguntó Klakee-Nah.

—No negaré que la bebida es buena para mi vieja garganta —respondió Porportuk y dudó, a la espera de que el lenguaje completase el pensamiento.

—Pero cuesta demasiado —vociferó Klakee-Nah, completándolo en su lugar.

Porportuk puso cara de vergüenza al ver que toda la mesa se reía. Sus ojos ardieron, malevolentes.

—Fuimos niños a la vez, tenemos la misma edad —dijo—. Tú tienes la muerte en la garganta. Yo sigo vivo y fuerte.

Del grupo surgió un murmullo amenazador. Klakee-Nah tosió, parecía asfixiarse y los viejos esclavos le dieron golpecitos entre los hombros. Terminó con un jadeo y movió la mano para aplacar el ruido amenazador.

—¡Escatimas la lumbre en tu propia casa porque la madera cuesta demasiado! —gritó—. Has escatimado la vida. Vivir cuesta demasiado y tú te has negado a pagar el precio. Tu vida ha sido como una cabaña en la que se ha apagado la lumbre y no hay mantas sobre el suelo. —Hizo gestos a un esclavo para que le llenase el vaso que levantaba en el aire—. Pero yo he vivido. Y he sentido el calor de la vida como tú nunca lo has sentido. Es verdad, tú vivirás más. Sin embargo, las noches más largas son las noches frías, en las que el hombre tirita y permanece despierto. Mis noches han sido cortas, pero he dormido caliente.

Vació el vaso de un trago. La mano temblorosa de un esclavo no pudo cogerlo antes de que se estrellase contra el suelo. Klakee-Nah se echó hacia atrás, jadeando, viendo los vasos pegados a los labios de los bebedores, mientras los suyos sonreían al oír los aplausos. A su señal, dos de los esclavos intentaron volver a sentarlo erguido. Pero eran débiles, él era robusto y los cuatro ancianos tuvieron que colaborar, tambaleándose, a sacudidas, para lograr incorporarlo.

—Aunque no estamos aquí para hablar de nuestras formas de vida —continuó—. Esta noche, Porportuk, tú y yo debemos tratar otro asunto. Deudas y desgracias, y yo estoy en desgracia contigo. ¿Qué hay de mi deuda y hasta dónde llega?

Porportuk rebuscó en su faltriquera y sacó una lista. Dio un sorbo a su vaso y empezó:

—Está el pagaré de agosto de 1889, que es de trescientos dólares. Nunca se han pagado los intereses. Y el pagaré del año pasado, por quinientos dólares. Ese pagaré se incluyó en el de dos meses más tarde, por valor de mil dólares. También está el pagaré…

—¡No vayas de pagaré en pagaré! —gritó Klakee-Nah con impaciencia—. Haces que me dé vueltas la cabeza y todo lo que contiene. ¡El total! ¡Todo incluido! ¿Cuánto suma?

Porportuk consultó su nota.

—Quince mil novecientos sesenta y siete dólares con setenta y cinco centavos —leyó con una precisión detallada.

—Que sean dieciséis mil, que sean dieciséis mil —dijo Klakee-Nah grandiosamente—. Los picos son un engorro. Ahora, y por eso te he mandado llamar, hazme un nuevo pagaré por dieciséis mil, que te firmaré. No he pensado en los intereses. Elévalos tanto como quieras y hazlos pagaderos en el otro mundo, cuando me encuentre contigo junto a la hoguera del Gran Padre de todos los indios. Entonces cubriré el pagaré. Te lo prometo. Palabra de Klakee-Nah.

Porportuk parecía perplejo y la risa se elevó enseguida y retumbó en la sala. Klakee-Nah alzó las manos.

—No —gritó—. No es una broma. Hablo en serio. Para esto te mandé llamar, Porportuk. Escribe el pagaré.

—Yo no mantengo tratos con el otro mundo —respondió Porportuk, muy despacio.

—¿No has pensado en reunirte conmigo ante el Gran Padre? —preguntó Klakee-Nah. Luego añadió—: Sin duda estaré allí.

—Yo no mantengo tratos con el otro mundo —repitió Porportuk con acritud.

El moribundo lo miró sinceramente asombrado.

—No sé nada del otro mundo —explicó Porportuk—. Hago negocios en este mundo.

El rostro de Klakee-Nah se alegró.

—Eso pasa por dormir con frío —se rió—. Reflexionó un rato y luego dijo—: He de pagarte en este mundo. Me queda esta casa. Acéptala y quema mi deuda en esa vela de ahí.

—Es una casa vieja y no vale tanto —respondió Porportuk.

—Hay muchas minas en el río Twisted Salmon.

—Nunca han dado beneficios —fue la respuesta.

—Está mi parte del vapor *Koyokuk*. Poseo la mitad.

—Está en el fondo del Yukón.

Klakee-Nah se sobresaltó.

—Cierto, lo había olvidado. Fue la primavera pasada, cuando el hielo empezó a moverse. —Caviló un buen rato, durante el que nadie tocó los vasos y todo el mundo aguardó a que hablase—. Entonces, parece que te debo una suma de dinero que no puedo pagar… en este mundo.

Porportuk asintió con la cabeza y miró al otro extremo de la mesa.

—En ese caso parece que tú, Porportuk, eres un mal hombre de negocios —dijo Klakee-Nah con malicia.

Porportuk, audaz, respondió:

—No. Hay una garantía que sigue intacta.

—¡Cómo! —exclamó Klakee-Nah—. ¿Aún tengo propiedades? Dime cuál es, será tuya y la deuda quedará saldada.

—Ahí la tienes. —Porportuk señaló a El-Soo.

Klakee-Nah no entendía nada. Miró hacia el extremo de la mesa, se frotó los ojos y volvió a mirar.

—Tú hija, El-Soo. La tomaré y no habrá deuda. Quemaré el pagaré en la vela.

El enorme pecho de Klakee-Nah empezó a jadear.

—¡Ja, ja!, vaya broma. ¡Ja, ja, ja! —se rió homéricamente—. Con tu cama fría y con hijas lo bastante mayores para ser las madres de El-Soo, ¡ja, ja, ja! —Empezó a toser y a ahogarse y los esclavos le dieron golpecitos en la espalda—. ¡Ja, ja! —empezó de nuevo y sufrió otro ataque.

Porportuk aguardaba con paciencia, dando sorbos a su vaso y observando las dos hileras de rostros que bordeaban la mesa.

—No es una broma —dijo por fin—. He hablado en serio.

Klakee-Nah se serenó y lo miró, luego alargó la mano hacia su vaso pero no pudo tocarlo. Un esclavo se lo acercó y el anciano lanzó el vaso y el licor que contenía a la cara de Porportuk.

—¡Echadlo fuera! —rugió Klakee-Nah a los que ocupaban la mesa, tensos como una traílla de perros de caza—. ¡Arrojadlo a la nieve!

Mientras los hombres pasaban como locos a su lado y salían al exterior, él hizo un gesto a los esclavos y los cuatro ancianos tambaleantes lo pusieron en pie. Así recibió a los juerguistas que regresaban, erguido, con el vaso en la mano y brindando por las noches cortas en las que el hombre duerme entre el calor.

No tardaron mucho en fijar la herencia de Klakee-Nah. El-Soo pidió ayuda a Tommy, el pequeño inglés, dependiente de la factoría, que enseguida acudió a la llamada. Solo había deudas, pagarés vencidos, propiedades hipotecadas y propiedades hipotecadas pero sin valor. Porportuk estaba en posesión de todos los pagarés y todas las hipotecas. Tommy lo tildó de ladrón muchas veces mientras estudiaba el interés compuesto aplicado.

—¿Esa es la deuda? —preguntó El-Soo.

—Es un robo —respondió Tommy.

—Aun así, es la deuda —insistió ella.

Transcurrió el invierno y los primeros días de la primavera, y la reclamación de Porportuk seguía sin pagarse. Veía a El-Soo a menudo y le explicaba extensamente —como había hecho con su padre— la forma en que podría cancelar la deuda. Además, hizo llamar a varios chamanes que revelaron a la joven la condena eterna de su padre si nadie se hacía cargo de sus pagarés. Un día, tras una de esas explicaciones, El-Soo se dirigió a Porportuk en un tono que no admitía réplica.

—Te voy a decir dos cosas. Primera, no seré tu esposa. Que no se te olvide. Segunda, recibirás hasta el último centavo de los dieciséis mil dólares…

—Quince mil novecientos sesenta y siete dólares con setenta y cinco centavos —corrigió Porportuk.

—Mi padre dijo dieciséis mil —respondió ella—. Te pagaré.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero encontraré la manera. Ahora vete y no me molestes más. Si lo haces —dudó mientras buscaba el castigo—, haré que vuelvan a arrojarte a la nieve en cuanto caigan los primeros copos.

Eso ocurrió a principios de la primavera y poco después El-Soo sorprendió a todo el territorio. Se corrió la voz Yukón arriba y abajo, desde Chilkoot al delta, y fue transmitida de campamento en campamento hasta llegar a los más lejanos, que en junio, con la llegada de los primeros salmones, El-Soo, hija de Klakee-Nah, se vendería en pública subasta para satisfacer las demandas de Porportuk. En vano intentaron disuadirla. El misionero de St. George batalló con ella, pero la joven contestó:

—Solo las deudas con Dios se saldan en el otro mundo. Las deudas de los hombres son de este mundo y en este mundo han de liquidarse.

Akoon discutió con ella, pero ella respondió:

—Te quiero, Akoon, pero el honor es más importante que el amor y, ¿quién soy yo para manchar la reputación de mi padre?

La hermana Alberta viajó desde Santa Cruz en el primer vapor, pero no obtuvo mejores resultados.

—Mi padre deambula en los bosques densos y eternos —dijo El-Soo—. Y allí permanecerá vagando, entre almas perdidas que lloran, hasta que pague la deuda. Entonces, y no antes, podrá llegar a la casa del Gran Padre.

—¿Y tú crees eso? —preguntó la hermana Alberta.

—No lo sé —respondió El-Soo—. Era lo que creía mi padre.

La hermana Alberta se encogió de hombros, incrédula:

—¿Quién sabe si las cosas en las que creemos se hacen realidad? —continuó El-Soo—. ¿Por qué no? Para usted, el otro mundo puede ser el cielo y la música de arpas porque ha creído en el cielo y la música de arpas; para mi padre, el otro mundo puede ser una casa enorme donde permanecerá siempre sentado a la mesa, celebrando banquetes con Dios.

—¿Y para ti? —preguntó la hermana Alberta—. ¿Qué es para ti el otro mundo?

El-Soo dudó, pero solo un momento.

—Me gustaría que fuese un poco de los dos —dijo—. Me gustaría verla a usted y ver también a mi padre.

Llegó el día de la subasta. El puesto Tanana estaba abarrotado. Según tenían por costumbre, las tribus se habían reunido para aguardar la carrera río arriba del salmón y, mientras, pasaban el tiempo bailando y retozando, comerciando y cotilleando. También había, como siempre, unos cuantos aventureros blancos, tramperos y mineros y, además, un gran número de blancos que habían acudido por curiosidad o interés en el asunto.

Se trataba de una primavera tardía y el salmón se había retrasado. Ese retraso aumentó el interés. Además, el día de la subasta, Akoon se ocupó de tensar la situación. Se puso en pie y realizó una declaración pública y solemne según la que quienquiera que comprase a El-Soo moriría de forma inmediata. Blandió el Winchester que llevaba en la mano para indicar cómo sería el adiós. El-Soo se enfadó, pero él se negó a hablar con ella y se acercó a la factoría para adquirir munición adicional.

El primer salmón se pescó a las diez de la noche y a las doce dio comienzo la subasta. Tuvo lugar en la cima de la alta orilla que corre a lo largo del Yukón. El sol avanzaba en dirección norte justo por debajo de la línea del horizonte y el cielo era de un rojo deslumbrante. Una gran multitud se reunió alrededor de la mesa y las dos sillas situadas junto al desnivel de la orilla. En las primeras filas se veían muchos hombres blancos y varios jefes indios. Pero por delante de ellos, rifle en mano, se alzaba Akoon. Tommy, a

petición de El-Soo, bacía las veces de subastador, aunque fue ella quien se encargó de realizar el discurso de apertura y de describir los bienes a punto de venderse. Vestía la ropa nativa propia de la hija de un jefe, espléndida y salvaje, y estaba de pie sobre una silla para que todos pudiesen verla bien.

—¿Quién quiere comprar una esposa? —Preguntó—. Miradme. Tengo veinte años y soy virgen. Seré una buena esposa para el hombre que me compre. Si es blanco, vestiré como las mujeres blancas; si es indio, vestiré como… —dudó un momento—… una india. Puedo hacer mi propia ropa, sé coser, lavar y remendar. Durante ocho años me enseñaron a hacer esas cosas en la misión de la Santa Cruz. Sé leer y escribir inglés y sé tocar el órgano. También sé un poco de aritmética y álgebra. Seré vendida al mejor postor y yo misma redactaré la escritura de compraventa. Olvidé decir que canto muy bien y que nunca he estado enferma. Peso sesenta kilos, mi padre ha muerto y no tengo parientes. ¿Quién me quiere?

Miró a la multitud con una audacia provocadora y bajó de la silla. Cuando Tommy se lo pidió, volvió a subirse, mientras él se encaramaba a la otra silla y daba comienzo a la subasta.

Alrededor de El-Soo se encontraban los cuatro viejos esclavos de su padre. La edad los había paralizado y retorcido, casi no quedaba carne en sus huesos: una generación perteneciente al pasado que observaba impertérrita las excentricidades de una vida más joven. En las primeras filas de la multitud se veían varios reyes de Eldorado y Bonanza, la zona alta del Yukón, y junto a ellos, con muletas e hinchados por el escorbuto, dos mineros arruinados. En medio del gentío, destacando por su propia viveza, resaltaba el rostro de una india de ojos salvajes procedente de las remotas regiones del cauce alto del Tanana. Un habitante de Sitka, muy alejado de la costa, permanecía junto a un indio stick del lago Le Barge y, un poco más allá, se agrupaba media docena de *voyageurs* franco-canadienses. A lo lejos se oían los tenues gritos de las aves en sus lugares de anidación. Las golondrinas sobrevolaban y pasaban rozando la plácida superficie del Yukón y los mirlos cantaban. Los rayos oblicuos del sol oculto atravesaban el humo proveniente de los incendios forestales a más de mil kilómetros de distancia y pintaban el cielo de un rojo sombrío, mientras la tierra brillaba rojiza por el resplandor reflejado. Esa claridad escarlata iluminaba los rostros y lograba que todo pareciera irreal, sobrenatural.

La subasta comenzó despacio. El de Sitka, que era desconocido en la zona y había llegado solo media hora antes, ofreció cien dólares con voz confiada y se sorprendió al ver que Akoon se volvía hacia él, amenazante, con el rifle. La

subasta parecía eternizarse. Un indio del río Tozikakat, que trabajaba como práctico, ofreció ciento cincuenta y, al cabo de un rato, un jugador expulsado de las regiones altas elevó la puja a doscientos dólares. El-Soo estaba triste; el precio que ofrecían por ella le dolía, pero se limitó a mirar a la multitud con una audacia mayor.

Entre los que miraban se produjo un altercado cuando Porportuk se abrió paso a la fuerza hasta la primera fila.

—¡Quinientos dólares! —pujó en voz alta y miró a su alrededor, orgulloso, para comprobar el efecto causado.

Pretendía utilizar su enorme riqueza como arma con la que atacar desde el principio cualquier posible competencia. Pero uno de los *voyageurs*, mirando a El-Soo con ojos centelleantes, subió la puja en cien dólares más.

—¡Setecientos! —respondió Porportuk de inmediato.

Y con igual rapidez se oyó el «¡ochocientos!» del *voyageur*.

Entonces Porportuk golpeó de nuevo con su arma:

—¡Mil doscientos! —gritó.

Con una mirada de conmovedora decepción, el *voyageur* sucumbió. No había más pujas. Tommy se esforzaba, pero no conseguía más ofertas.

El-Soo se dirigió a Porportuk:

—Sería bueno, Porportuk, que sopesaras bien tu puja. ¿Has olvidado lo que te dije, que nunca me casaría contigo?

—Se trata de una subasta pública —respondió él—. Te compraré con una escritura de compraventa. He ofrecido mil doscientos dólares. Me sales barata.

—¡Demasiado barata! —exclamó Tommy—. ¿Y qué si soy el subastador? Eso no me impide pujar. Ofrezco mil trescientos.

—Mil cuatrocientos —dijo Porportuk.

—Te compraré para que seas mi… mi hermana —susurró Tommy a El-Soo y luego, en voz alta, dijo—: ¡Mil quinientos!

Al llegar a dos mil, uno de los reyes de Eldorado decidió ayudar y Tommy se retiró.

Por tercera vez, Porportuk blandió el arma de su riqueza y subió quinientos dólares de golpe. Pero el rey de Eldorado se sintió herido en su orgullo. Nadie podía pisotearlo de esa forma, así que subió quinientos más.

El-Soo ya valía tres mil. Porportuk ofreció tres mil quinientos y se quedó boquiabierto cuando el rey de Eldorado subió la oferta mil dólares más. Porportuk añadió otros quinientos y de nuevo se asombró cuando el rey ofertó mil.

Porportuk se enfadó. Aquello afectaba a su orgullo; ponía en duda su fuerza y para él la fuerza adoptaba la forma de riqueza. No pasaría la vergüenza de que el mundo lo tomase por alguien débil. El-Soo pasó a ser algo accesorio. Estaba dispuesto a malgastar los ahorros y reservas de las frías noches pasadas durante tantos años. El-Soo valía seis mil dólares. Subió a siete mil. Y entonces el precio fue aumentando de mil en mil dólares y a toda velocidad. Al llegar a catorce mil, los dos hombres se detuvieron para recuperar el aliento.

En ese momento ocurrió lo inesperado. Alguien asestó un golpe aún más fuerte. Durante la pausa, el jugador, que había olido la posibilidad de especular y formado un sindicado con varios de sus colegas, ofreció dieciséis mil dólares.

—Diecisiete mil —dijo Porportuk con un hilo de voz.

—Dieciocho mil —dijo el rey.

Porportuk reunió fuerzas.

—Veinte mil.

El sindicato se retiró. El rey de Eldorado elevó la oferta en mil dólares más y Porportuk hizo lo mismo. Mientras pujaban, Akoon pasaba su mirada, entre amenazante y curiosa, de uno al otro, como si quisiera ver qué clase de hombre era el tipo al que debía matar. Cuando el rey se disponía a realizar su siguiente oferta, con Akoon más cerca de él, primero aflojó el revólver que llevaba a la cadera y luego dijo:

—Veintitrés mil.

—Veinticuatro mil —ofreció Porportuk. Sonrió con malicia porque tuvo la certeza de que su puja, por fin, había perturbado al rey, que se acercó más a El-Soo y la estudió con atención durante un buen rato.

—Y quinientos más —acabó diciendo.

—Veinticinco mil —subió el precio Porportuk.

El rey volvió a mirarla un buen rato y negó con la cabeza. La observó otra vez y dijo a regañadientes:

—Y quinientos.

—Veintiséis mil —presionó Porportuk.

El rey negó con la cabeza y rechazó enfrentarse a la mirada suplicante de Tommy. Mientras, Akoon se había ido acercando a Porportuk. El ojo despierto de El-Soo lo había visto y, mientras Tommy luchaba con el rey de Eldorado para que continuase pujando, ella se inclinó y habló en voz baja al oído de uno de los esclavos. Al tiempo que el «a la una, a las dos, a las tres» de Tommy dominaba el aire, el esclavo se acercó a Akoon y le susurró algo al

oído. Akoon no dio muestras de haber escuchado, aunque El-Soo lo miraba con ansia.

—¡Adjudicada! —resonó la voz de Tommy— a Porportuk por veintiséis mil dólares.

Porportuk miró a Akoon con inquietud. Todos los ojos se centraban en Akoon, pero no hizo nada.

—Que traigan la balanza —dijo El-Soo.

—Pagaré en mi casa —intervino Porportuk.

—Que traigan la balanza —repitió El-Soo—. El pago se efectuará aquí, donde todos podamos verlo.

Así que trajeron la balanza para pesar oro de la factoría, mientras Porportuk se iba y regresaba seguido de un hombre que llevaba en los hombros una buena cantidad de polvo de oro en sacos hechos de piel de alce. También siguiendo a Porportuk venía otro hombre, armado con un rifle, que solo tenía ojos para Akoon.

—Aquí están los pagarés y las hipotecas —dijo Porportuk—, por valor de quince mil novecientos sesenta y siete dólares con setenta y cinco centavos.

El-Soo los cogió y le dijo a Tommy:

—Refléjalos como dieciséis mil.

—Faltan diez mil dólares, a pagar en oro —dijo Tommy.

Porportuk asintió y empezó a desatar los sacos. El-Soo, de pie al borde de la orilla, hizo pedazos los papeles y los lanzó revoloteando al Yukón. Comenzaron a pesar el oro, pero se detuvieron.

—Sin duda, es a diecisiete dólares la onza —le había dicho Porportuk a Tommy mientras ajustaba la balanza.

—A dieciséis —dijo El-Soo, muy seria.

—Es costumbre en el país calcular el oro a diecisiete dólares la onza —contestó Porportuk—. Y esta es una transacción comercial.

El-Soo se rió.

—Es una costumbre reciente —dijo—. Se adoptó esta primavera. El año pasado, y los años anteriores, se valoraba a dieciséis dólares la onza. Cuando mi padre incurrió en su deuda se pagaba a dieciséis. Cuando gastó en la factoría el dinero que tú le prestaste, le dieron dieciséis dólares de harina, no diecisiete. Por lo tanto, me pagarás a dieciséis, no a diecisiete.

Porportuk gruñó y dio permiso para que continuasen pesando el oro.

—Pésalo en tres montones. Tommy —dijo la joven—. Aquí mil dólares, aquí tres mil y aquí seis mil.

Era una tarea lenta y mientras la llevaban a cabo todo el mundo vigilaba a Akoon.

«Está esperando a que pague», dijo uno y el comentario se extendió, aceptado por todos, pendientes de lo que haría Akoon cuando se hubiese pagado el dinero. El hombre de Porportuk que llevaba el rifle aguardaba y observaba a Akoon.

Terminaron de pesar el oro y el polvo quedó sobre la mesa en tres montones amarillo oscuro.

—Existe una deuda de mi padre con la Compañía por tres mil dólares —dijo El-Soo—. Acéptalos, Tommy, en nombre de la Compañía. Y aquí hay cuatro ancianos, Tommy. Ya los conoces. Aquí tienes mil dólares. Cógelos y ocúpate de que los ancianos nunca pasen hambre ni se queden sin tabaco.

Tommy vertió el oro en sacos distintos, con la ayuda de una palita. Sobre la mesa quedaban seis mil dólares. El-Soo hundió la pala en el montón y, realizando un giro repentino, lanzó su contenido sobre el Yukón, formando una lluvia amarilla. Porportuk la agarró por la muñeca en el momento en que hundía la pala por segunda vez en el montón.

—Es mío —dijo la joven sin inmutarse. Porportuk la soltó, pero apretó los dientes con fuerza y la miró enfadado mientras ella continuaba lanzando el oro al río, hasta que no quedó nada.

La multitud solo tenía ojos para Akoon y el hombre de Porportuk lo apuntaba con el rifle a un metro de distancia, el pulgar en el percutor. Pero Akoon no hizo nada.

—Redacta la escritura de compraventa —dijo Porportuk, muy decidido.

Tommy redactó una escritura de compraventa según la que la titularidad y los derechos sobre la mujer El-Soo recaían en el hombre Porportuk. El-Soo firmó el documento y Porportuk lo dobló y lo guardó en su faltriquera. De repente, sus ojos llamearon y se dirigió a El-Soo.

—Pero no fue la deuda de tu padre —dijo—. Lo que pagué fue el precio por ti. Tu venta es un negocio de ahora y no del año pasado ni de años anteriores. Las onzas que pagué por ti servirán para comprar en la factoría diecisiete dólares de harina, no dieciséis. He perdido un dólar por onza. He perdido seiscientos veinticinco dólares.

El-Soo reflexionó un momento y comprendió el error que había cometido. Sonrió y luego empezó a reírse.

—Tienes razón, me equivoqué. Pero ya es tarde. Has pagado y el oro ya no está. Asume la pérdida. Tu ingenio anda lento últimamente, Porportuk. Te haces viejo.

El hombre no respondió. Miró, inquieto, a Akoon y se tranquilizó. Sus labios se tensaron y un rastro de crueldad asomó a su rostro.

—Venga —dijo—, vamos a mi casa.

—¿Recuerdas las dos cosas que te dije en primavera? —preguntó El-Soo, sin hacer movimiento alguno para seguirlo.

—Mi cabeza estaría llena de las cosas que dicen las mujeres, si les hiciese caso —respondió el viejo.

—Te dije que te pagaría —continuó, despacio, El-Soo—. Y te dije que nunca sería tu esposa.

—Pero eso fue antes de la escritura de compraventa. —Porportuk hizo crujir entre sus dedos el papel que guardaba en la faltriquera—. Te he comprado a ojos de todo el mundo. No negarás que me perteneces.

—Te pertenezco —dijo El-Soo, sin pestañear.

—Soy tu dueño.

—Eres mi dueño.

Porportuk alzó ligeramente el tono, con aire triunfal.

—Me perteneces como un perro.

—Te pertenezco como un perro. —El-Soo continuó con calma—: Pero, Porportuk, olvidas lo que te dije. Si me hubiese comprado otro hombre, habría sido la esposa de ese hombre. Habría sido una buena esposa para él. Era mi voluntad. Pero en cuanto a ti, mi voluntad era la de nunca ser tu esposa. Por lo tanto, soy tu perro.

Porportuk supo que jugaba con fuego y decidió seguir adelante.

—Entonces te hablo no como a El-Soo, sino como a un perro —dijo—, y te ordeno que vengas conmigo.

Hizo ademán de agarrarla del brazo, pero ella lo obligó a retroceder con un solo gesto.

—No corras tanto, Poxportuk. Compras un perro. El perro se escapa. Asumes la pérdida. Yo soy tu perro. ¿Y si me escapo?

—Como propietario del perro, te azotaré…

—¿Cuando me atrapes?

—Cuando te atrape.

—Entonces, atrápame.

Él se lanzó veloz hacia la joven, pero ella lo esquivó. Se reía mientras describía círculos alrededor de la mesa.

—¡Atrápala! —ordenó Porportuk al indio del rifle, que se encontraba cerca de ella. Pero en el momento en que el indio alargaba el brazo para agarrarla, el rey de Eldorado le propinó un golpe detrás de la oreja que lo hizo

caer. El rifle repiqueteó sobre el suelo. Akoon tenía su oportunidad. Sus ojos resplandecieron, aunque no hizo nada.

Porportuk era un anciano, pero las noches frías pasadas lo mantenían activo. No rodeó la mesa. De repente, saltó por encima de ella. Pilló a El-Soo desprevenida, que saltó hacia atrás mientras gritaba alarmaba. Porportuk la habría atrapado de no ser por Tommy. Tommy estiró la pierna. Porportuk tropezó y cayó de bruces al suelo. El-Soo aprovechó el momento.

—Entonces, atrápame —dijo, riéndose, por encima del hombro mientras huía.

Corría ligera y cómodamente, pero Porportuk corría veloz, con furia. Corría más que ella. En su juventud había sido el más rápido de los jóvenes. Pero El-Soo lo esquivaba, esbelta y escurridiza. Al vestir como una nativa, no se le enredaban los pies en las faldas, y su cuerpo flexible se curvaba de tal forma que lograba librarse de los dedos como garras de Porportuk.

Entre risas y mucho ruido, el gentío se fue dispersando para ver la persecución. Cruzaron el campamento indio y, sin dejar de esquivar, de dar vueltas e invertir el ritmo, El-Soo y Porportuk aparecían y desaparecían entre las tiendas. El-Soo parecía equilibrarse en el aire con los brazos, ahora a un lado y luego al otro, y en ocasiones también con el cuerpo, que daba la impresión de proyectarse lejos de la perpendicular cuando describía las curvas más cerradas. Y Porportuk, siempre un salto por detrás o a un lado o al otro, semejaba un perro de caza delgado que no dejaba de presionarla.

Cruzaron el campo abierto que se extendía en la parte de atrás de la aldea y se internaron en el bosque. Todo el puesto Tanana esperaba que reaparecieran. Esperaron mucho tiempo y en vano.

Mientras, Akoon comió, durmió y se entretuvo en el punto donde atracaban los vapores, sordo al resentimiento, cada vez mayor, de todo el puesto al comprobar que no hacía nada. Porportuk regresó veinticuatro horas después. Estaba cansado y enfurecido. No habló con nadie, solo con Akoon, con quien intentó discutir. Pero Akoon se encogió de hombros y se alejó. Porportuk no perdió el tiempo. Equipó media docena de jóvenes, seleccionando a los mejores viajeros y rastreadores, y se internó en el bosque a la cabeza de todos ellos.

Al día siguiente, el vapor *Seattle*, que viajaba cauce arriba, se acercó a la orilla y cargó leña. Cuando soltó amarras y empezó a alejarse, Akoon iba a bordo, en la cámara del timonel. Unas horas más tarde, cuando ocupaba su turno al timón, vio que una pequeña canoa de corteza de abedul se alejaba de

la orilla. A bordo solo había una persona. La observó con atención, viró hacia ella y aminoró la marcha.

El capitán entró en la cámara del timonel.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Las aguas están bien.

Akoon gruñó. Vio que una canoa más grande se apartaba de la orilla y que en ella iban varias personas. Mientras el *Seattle* perdía fuerza, viró un poco más.

El capitán echaba chispas.

—No es más que una india —protestó.

Akoon no gruñó. Estaba concentrado en la india y en la canoa que la perseguía, a bordo de la que se apreciaban seis remos, mientras que la india remaba despacio.

—Vas a encallar —se quejó el capitán mientras echaba mano al timón.

Pero Akoon lo sujetó con todas sus fuerzas y miró al hombre a los ojos. El capitán lo soltó sin darse prisa.

—Maldito insolente —dijo con desdén para sí.

Akoon mantuvo al *Seattle* en el límite de las aguas poco profundas y aguardó hasta que los dedos de la india se agarraron a la barandilla delantera. Entonces dio la orden de velocidad toda y viró para volver al centro del cauce. La canoa grande se encontraba muy cerca, pero la distancia entre ella y el vapor se ampliaba.

La india se rió y se inclinó sobre la barandilla.

—¡Entonces, atrápame, Porportuk! —gritó.

Akoon dejó el vapor en Fort Yukón. Preparó una chalana pequeña y siguió el río Porcupine cauce arriba. Con él iba El-Soo. Se trataba de un viaje agotador y el camino les obligaría a cruzar la columna vertebral del mundo, pero Akoon ya lo había recorrido antes. Cuando llegaron a la cabecera del Porcupine, dejaron la chalana y continuaron a pie, cruzando las Rocosas.

A Akoon le encantaba caminar por detrás de El-Soo y observar sus movimientos. En ellos había una música que él amaba. Sobre todo amaba las bien formadas pantorrillas, envueltas en sus fundas de cuero curtido y suave, los tobillos esbeltos y los pies pequeños, calzados con mocasines, incansables en los días cada vez más largos.

—Eres ligera como el aire —le dijo mientras la miraba desde abajo—. Caminar no te cuesta esfuerzo. Casi flotas, tal es la ligereza de tus pies al levantarse y caer. Eres como un ciervo, El-Soo. Eres como un ciervo y a veces, cuando me miras, tienes los ojos del ciervo, o cuando oyes un ruido

veloz y te preguntas si será el peligro que acecha. Ahora, mientras me miras, tus ojos son como los de un ciervo.

Y El-Soo, radiante y feliz, se inclinó y besó a Akoon.

—Cuando lleguemos al Mackenzie, no nos retrasaremos —dijo, más tarde, Akoon—. Pondremos rumbo al sur antes de que el invierno nos alcance. Iremos a la tierra del sol, donde no hay nieve. Pero volveremos. He visto mucho mundo y no hay tierra como Alaska, ni sol como el nuestro, y la nieve es buena tras un verano largo.

—Y tú aprenderás a leer —dijo El-Soo.

Akoon afirmó:

—Sin duda aprenderé a leer.

Pero cuando llegaron al Mackenzie se retrasaron. Se unieron a un grupo de indios mackenzie y, mientras cazaban, Akoon recibió un disparo accidental. El rifle estaba en manos de un joven. La bala le rompió el brazo derecho a Akoon y luego siguió camino para fracturarle también dos costillas. Akoon conocía algunos rudimentos curativos, pero El-Soo había aprendido mucho más en Santa Cruz. Consiguió recomponerle los huesos y Akoon permaneció acostado junto a la hoguera para que se soldasen. También estaba junto a la hoguera para que el humo mantuviese alejados a los mosquitos.

Entonces llegó Porportuk con sus seis jóvenes. Akoon gimió, indefenso, e hizo un llamamiento a los mackenzie. Pero Porportuk exigió lo que era suyo y los mackenzie se quedaron perplejos. Porportuk quería apoderarse de El-Soo, aunque no lo permitieron. Debía celebrarse un juicio y, al tratarse de un asunto entre un hombre y una mujer, se convocó el consejo de los ancianos para que los jóvenes, de corazón más cálido, no juzgasen blandamente.

Los ancianos se sentaron en círculo alrededor del humo de la hoguera para espantar mosquitos. Tenían los rostros flacos y arrugados, y jadeaban al esforzarse por respirar. El humo no les sentaba bien. De vez en cuando, con las manos atrofiadas, golpeaban a los mosquitos que desafiaban el humo. Tras semejante esfuerzo se apoderaba de ellos una tos hueca, dolorosa. Algunos escupían sangre y uno de ellos se sentaba ligeramente apartado, con la cabeza inclinada hacia delante, sangrando poco, pero de forma continua, por la boca. La enfermedad de la tos los había atrapado. Eran como muertos, les quedaba poco tiempo. Aquel iba a ser un juicio celebrado por muertos.

—Pagué por ella un precio muy alto —concluyó su queja Porportuk—. Un precio que nunca habéis visto. Vended todo lo que tengáis, vended vuestras lanzas, flechas y rifles, vended vuestras pieles y cueros, vended vuestras tiendas, canoas y perros, vendedlo todo y no reuniréis ni mil dólares.

Pero yo pagué por la mujer El-Soo veintiséis veces el precio de todas vuestras lanzas, flechas, rifles, pieles, cueros, tiendas, canoas y perros. Fue un precio muy alto.

Los ancianos asintieron con la cabeza, muy serios, aunque sus ojos marchitos y casi cerrados se abrieron por el asombro de pensar que alguna mujer pudiese valer semejante precio. El que sangraba por la boca se limpió los labios.

—¿Dice la verdad? —preguntó a cada uno de los jóvenes de Porportuk. Y todos contestaron que sí.

—Pero Porportuk no ha dicho que es un anciano —intervino Akoon—, y que tiene hijas mayores que El-Soo.

—Es verdad, Porportuk es un anciano —dijo El-Soo.

—Es Porportuk quien debe medir la fuerza de su edad —afirmó el que sangraba polla boca—. Nosotros somos ancianos. ¡Miradnos! La edad nunca es tan vieja como la juventud cree.

Y los ancianos del círculo se mordisquearon las encías, asintieron para mostrar que estaban de acuerdo y tosieron.

—Le dije que nunca sería su esposa —dijo El-Soo.

—Y sin embargo, ¿aceptaste de él veintiséis veces más de lo que tenemos? —preguntó un anciano tuerto.

El-Soo guardó silencio.

—¿Es verdad? —Su único ojo ardía y la taladraba con su mirada penetrante.

—Es verdad —dijo ella—. Pero volveré a escaparme —estalló apasionadamente un minuto después—. Siempre me escaparé.

—Eso deberá tenerlo en cuenta Porportuk —dijo otro de los ancianos—. A nosotros nos toca sentenciar.

—¿Qué precio pagaste tú por ella? —le preguntaron a Akoon.

—Ninguno —respondió—. Ella está por encima de cualquier precio. No la valoré en polvo de oro, ni en perros, tiendas o pieles.

Los ancianos debatieron entre ellos y murmuraron en voz baja.

—Esos ancianos son como el hielo —dijo Akoon en inglés—. No obedeceré su sentencia, Porportuk. Si te llevas a El-Soo, te mataré.

Los ancianos se detuvieron y lo miraron con suspicacia.

—No sabemos lo que has dicho —comentó uno de ellos.

—Acaba de decir que me matará —dijo Porportuk—. Así que no estaría mal que le quitaseis el rifle y que algunos de vuestros jóvenes se sienten junto

a él para que no me haga daño. Es joven y a los jóvenes no les afecta tener un hueso roto.

Akoon, acostado e indefenso, tuvo que soportar que le quitaran el rifle y el cuchillo y que a cada lado de sus hombros se sentaran jóvenes de la tribu. El anciano tuerto se levantó y permaneció en pie.

—Nos asombra el precio pagado por una simple mujer —empezó a decir —, pero la sensatez del precio no es asunto nuestro. Estamos aquí para sentenciar y eso haremos. No tenemos dudas. Todos sabemos que Porportuk pagó un precio muy alto por la mujer El-Soo. Por lo que la mujer El-Soo pertenece a Porportuk y a nadie más.

Se sentó dejándose caer y tosió. Los demás ancianos asintieron y tosieron.

—Te mataré —gritó Akoon en inglés.

Porportuk sonrió y se puso de pie.

—Habéis sentenciado bien —dijo al consejo—, y mis jóvenes os darán mucho tabaco. Ahora, que me traigan a la mujer.

Akoon apretó los dientes. Los jóvenes agarraron a El-Soo por los brazos. No se resistió y fue conducida, con gesto hosco y amenazador, ante Porportuk.

—Siéntate a mis pies hasta que haya terminado de hablar —le ordenó él. Luego hizo una pausa—. Es cierto, soy viejo. Sin embargo, comprendo a la juventud. En mi interior no se ha apagado el fuego por completo. Pero ya no soy joven y no me apetece obligar a mis piernas a correr durante los años que me queden. El-Soo corre rápido y bien. Es un ciervo. Lo sé porque la he visto y corrido tras ella. No es bueno que una esposa corra tanto. Pagué por ella un precio muy alto y sin embargo huye de mí. Akoon no pagó nada, pero ella corre hacia él.

»Cuando llegué a vosotros, tribu del Mackenzie, tenía una sola idea. Mientras escuchaba el consejo y pensaba en las piernas rápidas de El-Soo tuve varias ideas. Ahora vuelvo a tener solo una, pero es distinta a la que presenté ante el consejo. Os la contaré. Cuando un perro huye una vez de su amo, volverá a huir. No importa cuántas veces se le obligue a regresar, siempre volverá a escaparse. Cuando tenemos perros así, los vendemos. El-Soo es como un perro que huye. La venderé. ¿Algún hombre del consejo quiere comprarla?

Los ancianos tosieron y guardaron silencio.

—Akoon la compraría —continuó Porportuk—, pero no tiene dinero. Así que le daré a El-Soo, como él ha dicho, sin precio. Se la entrego ahora mismo.

Se inclinó, cogió a El-Soo de la mano y la guió hasta donde Akoon yacía.

—Tiene una mala costumbre, Akoon —dijo, obligándola a sentarse a los pies de Akoon—. Igual que ha huido de mí en el pasado, en los días por venir podría huir de tu lado. Pero no debes temer que se escape, Akoon. Yo me ocuparé de que no sea así. Nunca huirá de ti, palabra de Porportuk. Tiene gran ingenio. Lo sé porque muchas veces lo ha dirigido contra mí. Pero por una vez voy a mostrar yo el mío. Con mi ingenio me aseguraré de que se quede contigo, Akoon.

Porportuk se encorvó, cruzó los pies de El-Soo de manera que el empeine de uno quedase sobre el del otro y luego, antes de que pudiesen adivinar lo que se proponía, disparó el rifle y la bala atravesó ambos tobillos. Mientras Akoon intentaba levantarse, luchando con los jóvenes que lo retenían, se oyó el crujido de sus huesos rotos, que volvían a romperse.

—Es justo —se dijeron los ancianos, unos a otros.

El-Soo no emitió ni un sonido. Permaneció mirando sus tobillos destrozados, sobre los que nunca volvería a andar.

—Mis piernas son fuertes, El-Soo —dijo Akoon—. Pero nunca me llevarán lejos de ti.

El-Soo lo miró y, por primera vez desde que la conocía, Akoon vio lágrimas en sus ojos.

—Tus ojos son como los del ciervo, El-Soo —dijo.

—¿Es justo? —preguntó Porportuk y sonrió desde el límite exterior del humo, donde se preparaba para marcharse.

—Es justo —dijeron los ancianos. Y permanecieron sentados en silencio.

[1906]



Finis

ERA EL ÚLTIMO BEICON de Morganson. Nunca había mimado a su estómago. De hecho, su estómago había sido una especie de parte insignificante que lo molestaba muy poco y en la que había pensado menos aún. Pero ahora, en ausencia prolongada de los acostumbrados placeres, el beicon salado y fuerte despertó enormemente la profunda necesidad de ese órgano suyo.

Su rostro tenía una expresión hambrienta, nostálgica. Las mejillas estaban huecas y la piel parecía tensarse en exceso sobre los pómulos. Había preocupación en los ojos azul claro. Había algo que indicaba la fascinante inminencia de un suceso terrible. Duda, ansiedad y desasosiego. Los finos labios estaban más delgados de lo normal y parecían ansiar la brillante sartén.

Se echó hacia atrás y sacó la pipa. Estudió su interior con atención y propinó unos golpecitos sobre la palma abierta con la cazoleta. Le dio la vuelta a la bolsa del tabaco, hecha de piel de foca, y limpió bien el forro, reuniendo con gran cuidado cada hebra y resto de tabaco que su esfuerzo le permitió encontrar. El resultado fue una pizca mínima. Registró sus bolsillos y sacó, entre el índice y el pulgar, diminutos pellizcos de suciedad. Aquí y allá, en medio de esa suciedad, había migajas de tabaco que fue apartando con microscópica atención, aunque en ocasiones permitía que pequeñas partículas de substancias extrañas acompañasen a las migajas hasta el tesoro que guardaba en su palma. Incluso añadió deliberadamente pequeñas pelusas de lana endurecidas que procedían del forro del abrigo y que llevaban meses en el fondo de los bolsillos.

Tras quince minutos logró llenar, en parte, la pipa. La encendió en la hoguera y se echó hacia delante en las mantas para calentarse los pies, envueltos en mocasines, junto al fuego mientras fumaba con parsimonia. Cuando terminó la pipa permaneció sentado, cerniéndose sobre la llama moribunda de la hoguera. Poco a poco, la preocupación desapareció de sus ojos y fue sustituida por determinación. Por fin había visto la forma de salir del caos de su suerte. Aunque no resultaba agradable. Su rostro se había vuelto severo y feroz, con los finos labios apretados, muy tensos.

La actividad siguió a la determinación. Se puso en pie con rigidez y empezó a levantar el campamento. Depositó las mantas enrolladas, la sartén, el rifle y el hacha sobre el trineo y sujetó la carga con una cuerda. Luego se calentó las manos junto al fuego y se puso las manoplas. Tenía heridas en los pies y cojeaba visiblemente mientras ocupaba su lugar a la cabeza del trineo. Cuando situó la cuerda de arrastre por encima del hombro e hizo fuerza con todo su peso para poner en marcha el trineo hizo una mueca de dolor. Tenía la carne irritada tras muchos días de contacto con la cuerda.

El camino seguía el seno helado del Yukón. Tras cuatro horas de viaje describió una curva y entró en la población de Minto. Se sostenía en lo alto de un enorme terraplén de tierra, en medio de un claro, y estaba formada por un albergue, un bar y varias cabañas. Dejó el trineo en la puerta y entró en el bar.

—¿Llega para beber algo? —preguntó al tiempo que, sobre la mesa, dejaba un saco de oro en apariencia vacío.

El camarero miró el saco, luego a él y a continuación sacó una botella y un vaso.

—No te preocupes por el oro —dijo.

—No, no, cógelo —insistió Morganson.

El camarero situó la bolsa boca abajo sobre la balanza, la agitó y cayeron unas pocas motas de polvo de oro. Morganson le arrebató el saco, le dio la vuelta y lo limpió a fondo.

—Creí que aún quedaba medio dólar —comentó.

—No tanto —respondió el otro—, pero casi. Lo recuperaré con el próximo cliente.

Morganson se sirvió el whisky con timidez y no llenó el vaso.

—Venga, sírvete como un hombre —lo animó el camarero.

Morganson inclinó la botella y llenó el vaso hasta el borde. Bebió el licor con calma, disfrutando del fuego que le mordía la lengua, bajaba caliente por su garganta e impregnaba el estómago con una caricia suave y cálida.

—Escorbuto, ¿no? —preguntó el camarero.

—Un poco. Pero aún no he empezado a hincharme. Tal vez consiga llegar a Dyea para comer verduras frescas y curarme.

—Yo diría que las tienes todas. —El otro se rió compasivamente—. Vas sin perros, sin dinero y con escorbuto. Yo en tu lugar recurriría a la infusión de pícea.

Tras media hora Morganson se despidió y salió del bar. Se echó la cuerda de arrastre al hombro dolorido y siguió el sendero del río en dirección sur. Una hora más tarde se detuvo. Una atractiva zanja de drenaje natural se

alejaba del río y llevaba a la derecha, formando un ángulo agudo. Dejó el trineo y ascendió por la zanja, cojeando, durante casi un kilómetro. Trescientos metros de terreno llano y cubierto de álamos de Virginia la separaban del río. Cruzó entre los árboles hasta la orilla del Yukón. El camino continuaba por debajo de él, pero no descendió. Hacia el sur, en dirección a Selkirk, vio que la senda ampliaba su ancho entre la nieve, a lo largo de casi dos kilómetros. Pero hacia el norte, en dirección a Minto, un saledizo cubierto de árboles sobre la orilla, a unos cuatrocientos metros de distancia, le impedía ver el camino.

Pareció sentirse satisfecho con lo que veía y regresó junto al trineo desandando lo recorrido. Se echó la cuerda al hombro y empezó a arrastrar el trineo zanja arriba. La nieve estaba blanda, sin pisar, lo que lo obligaba a realizar un esfuerzo enorme. Los patines se atascaban y se detenían, y antes de haber recorrido un kilómetro ya jadeaba terriblemente. Era de noche cuando terminó de montar su pequeña tienda y la cocina portátil, y de reunir la leña necesaria. No tenía velas y se contentó con un poco de té antes de meterse entre las mantas.

Por la mañana, en cuanto se levantó, se puso las manoplas, se bajó las orejeras del gorro y se internó entre los álamos del Yukón. Llevaba el rifle. Como antes, no descendió por la orilla. Observó el camino vacío durante una hora, golpeándose las manos y pisoteando fuerte a fin de mantener la circulación, y luego regresó a la tienda para desayunar. Quedaba poco té en la lata, como mucho para media docena de usos, pero puso tan poco en la tetera que pensó que lograría prolongar la vida del té indefinidamente. Sus provisiones de alimentos consistían en medio saco de harina y una lata medio llena de levadura. Hizo panecillos y se los comió despacio, masticando cada bocado con gran deleite. Cuando hubo tomado tres se detuvo. Se lo pensó un rato, cogió otro y dudó. Se volvió hacia el saco de harina, lo levantó y calculó su peso.

—Me durará un par de semanas —dijo en voz alta—. Puede que tres —añadió, mientras guardaba los panecillos.

Volvió a ponerse las manoplas, se bajó las orejeras, cogió el rifle y avanzó hasta su punto de observación sobre la orilla del río. Se agazapó entre la nieve, casi oculto, y observó. Tras unos minutos de inactividad el frío empezó a hacer mella en él por lo que depositó el rifle sobre las rodillas y comenzó a golpearse las manos. Luego el frío en los pies se le hizo intolerable y decidió caminar por la orilla, pisoteando con fuerza entre los árboles. Pero no se entretuvo demasiado. Cada pocos minutos regresaba al borde de la orilla y

observaba el camino, como si por pura voluntad fuese a conseguir que la silueta de un hombre se materializase sobre él. Transcurrió la breve mañana, aunque a él le pareció que duraba siglos, y el camino permaneció vacío.

Observar desde la orilla le resultó más fácil por la tarde. La temperatura subió y pronto empezó a caer la nieve, seca, fina, cristalina. No soplaba el viento y caía en línea recta, en silencio, monótona. Se agachó con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en las rodillas, pendiente de cualquier sonido que pudiese llegar desde la senda. Pero ni el gemido de los perros, la agitación de los patines o los gritos de los guías rompían el silencio. Con la llegada del crepúsculo regresó a la tienda, cortó leña, comió dos panecillos y se metió entre las mantas. Durmió un sueño inquieto, sin parar de moverse y de gemir; a medianoche se levantó y comió otro panecillo.

Cada día hacía más frío. Cuatro panecillos no bastaban para conservar el calor de su cuerpo, por mucha cantidad de infusión de pícea que bebiese, por lo que aumentó su dieta a tres panecillos por la mañana y por la noche. A mediodía no comía y se contentaba con varias tazas de un té excesivamente flojo. Esa conducta se convirtió en rutina. Por la mañana tres panecillos, a mediodía té y por la noche tres panecillos. En medio bebía infusión de pícea para el escorbuto. De repente se dio cuenta de que estaba haciendo panecillos más grandes y, tras una terrible lucha consigo mismo, volvió al tamaño anterior.

Al quinto día la vida resurgió en el camino. Por el sur apareció un objeto oscuro que se fue haciendo más grande. Morganson se mantuvo alerta. Preparó el rifle, expulsando de la recámara un cartucho cargado, sustituyéndolo por otro y volviendo a meter el primero en el cargador. Dejó el gatillo medio amartillado y se puso la manopla para conservar el calor de la mano. Cuando el objeto oscuro se acercó más, pudo discernir que se trataba de un hombre, sin perros ni trineo, que viajaba ligero de equipaje. Se puso nervioso, amartilló el gatillo y luego volvió a dejarlo a medio amartillar. El hombre se convirtió en un indio y Morganson, con un suspiro de decepción, descansó el rifle sobre las rodillas. El indio pasó de largo y desapareció hacia Minto tras el grupo de árboles que sobresalían.

Pero Morganson tuvo una idea. Cambió su puesto de vigilancia a un lugar donde las ramas de los álamos emergían a ambos lados de él. Con el hacha les hizo dos grandes muescas. Después, en una de las muescas apoyó el cañón del rifle y echó una ojeada a través del punto de mira. En esa dirección cubría todo el camino. Se giró, apoyó el rifle en la otra muesca, miró y vio que cubría el camino hasta el grupo de árboles tras el que desaparecía.

Nunca llegó a bajar al camino. Cualquiera que lo recorriese no podría ni imaginar su presencia amenazante en lo alto de la orilla. La superficie nevada permanecía intacta. No se apreciaba el lugar donde sus huellas habían abandonado la senda principal.

A medida que las noches se hacían más largas, los períodos diurnos en los que vigilaba se iban acortando. En una ocasión un trineo pasó haciendo sonar sus campanillas en la oscuridad y él masticó sus panecillos, hosco y enfadado, mientras lo escuchaba. La suerte conspiraba en su contra. Había observado el camino atentamente durante diez días, soportando el prolongado tormento de los condenados al que lo sometía el frío, sin que nada ocurriese. De día solo había pasado por allí un indio que viajaba ligero de equipaje. Pero de noche, cuando le resultaba imposible vigilar, transitaban hombres, perros y trineos cargados de vida, en dirección sur, hacia el mar, el sol y la civilización.

Así imaginaba el trineo por el que seguía aguardando. Iba lleno de vida, su vida. Esa vida que se apagaba, se debilitaba y agonizaba en la tienda, entre la nieve. La falta de alimento lo extenuó hasta el punto de que no podía seguir viaje. Pero en el trineo que esperaba había perros que lo llevarían, comida que daría aliento a su vida, dinero que lo acercaría al mar, al sol, a la civilización. Mar, sol y civilización se convirtieron en sinónimos de vida, su vida, y eran la carga que transportaba el trineo por el que aguardaba. Esa idea se convirtió en una obsesión y acabó por considerarse el propietario legítimo y maltratado de la carga vital del trineo.

Empezaba a quedarse sin harina y volvió a los dos panecillos por la mañana y dos por la noche. Su debilidad aumentó y el frío lo atacó despiadadamente mientras, día a día, vigilaba el camino muerto que no quería vivir para él. Entonces el escorbuto pasó a la siguiente fase. La piel ya no pudo quitarse de encima la impureza de la sangre y su cuerpo empezó a hincharse. Los tobillos se le deformaron y el dolor que le producían lo mantenía despierto por las noches. Después la hinchazón ascendió hasta las rodillas y el dolor se duplicó.

Luego llegó una ola de frío. La temperatura empezó a descender, 40, 45, 50 °C bajo cero. No tenía termómetro pero sabía leer las señales y los fenómenos naturales que todos los hombres del territorio entendían: el chasquido del agua al arrojarla sobre el hielo, la veloz brusquedad con la que el frío mordía y la rapidez con la que se congelaba su aliento y recubría las paredes y el techo de lona de la tienda. En vano luchó contra el frío y se esforzó por mantener la vigilancia sobre la orilla. En su estado fue presa fácil y el hielo clavó sus dientes con fuerza en él antes de que lograse volver a la

tienda y acurrucarse junto al fuego. Se le congelaron la nariz y las mejillas, que se volvieron negras, y el pulgar izquierdo se heló dentro de la manopla. Llegó a la conclusión de que perdería la primera falange.

Entonces, con él vencido por la helada en el interior de la tienda, fue cuando con monstruosa ironía el camino, de repente, se llenó de vida. El primer día pasaron por allí tres trineos y el segundo, dos. En dos ocasiones, una cada día, se abrió camino como pudo hasta la orilla solo para sucumbir y retirarse y, las dos veces, en el plazo de media hora tras su retirada, cruzó por allí un trineo.

La ola de frío pasó y pudo volver a quedarse en la orilla, pero el camino murió de nuevo. Durante una semana vigiló agazapado sin que la vida despertase en él, sin que pasase ni un alma. Había reducido su dieta a un panecillo por la mañana y otro por la noche sin siquiera notarlo. A veces se asombraba de cómo la vida se agarraba a él. Nunca había creído posible aguantar tanto.

Cuando el camino resucitó otra vez lo hizo con una vida a la que no pudo hacer frente. Por delante de él pasó un destacamento de la Policía Montada del Territorio Noroeste, compuesto por una veintena de hombres con muchos trineos y perros. Él se encogió aún más en la orilla, por encima de ellos, y no fueron conscientes de la amenaza letal que acechaba en la forma de un hombre moribundo junto al camino.

El pulgar congelado le daba muchos problemas. Mientras vigilaba desde la orilla se acostumbró a quitarse la manopla y meter la mano por debajo de la camisa para descansar el pulgar en el calor de la axila. Un repartidor de correo surgió en el camino y Morganson lo dejó pasar. Un encargado del correo era una persona importante y enseguida lo echarían de menos.

El primer día, tras quedarse sin harina, nevó. Siempre hacía más calor cuando nevaba y permaneció las ocho horas de luz sentado en la orilla, sin moverse, terriblemente hambriento y paciente, como una araña monstruosa esperando a su presa. Pero la presa no apareció y él volvió cojeando a la tienda en medio de la oscuridad, bebió gran cantidad de infusión de pícea y agua caliente y se fue a la cama.

A la mañana siguiente la situación mejoró un poco. Cuando empezaba a salir de la tienda vio que un alce enorme cruzaba la desviación a unos cuatrocientos metros de distancia. Morganson sintió que la sangre hervía en sus venas y enseguida la debilidad se apoderaba de él. La náusea lo doblegó y se vio obligado a sentarse un momento para recuperarse. Luego cogió el rifle y apuntó con cuidado. El primer disparo dio en el blanco, sin duda, pero el

alce se dio la vuelta y salió corriendo hacia la colina arbolada que se extendía por debajo de la zanja. Morganson disparó sin descanso, entre los árboles y la maleza, al animal que huía, hasta que comprendió que malgastaba la munición necesaria para hacerse con el trineo cargado de vida que llevaba tanto tiempo esperando.

Dejó de disparar y observó. Se fijó en la dirección que el animal había seguido al huir y en lo alto de la colina, en un claro entre los árboles, descubrió el tronco de un pino caído. Imaginó por dónde continuaría avanzando el alce y decidió que debía pasar por encima del tronco. Resolvió disparar una vez más, apuntó al aire vacío por encima del tronco y afianzó el rifle, que no paraba de temblar. El animal surgió en su campo de visión con las patas delanteras estiradas en pleno salto. Apretó el gatillo. Con la explosión, el alce dio una voltereta en el aire. Cayó desplomado sobre la nieve, pasado el tronco, y la levantó como si fuera polvo seco.

Morganson corrió colina arriba, o al menos empezó a correr. Cuando fue consciente acababa de despertar de un desmayo e intentaba ponerse en pie. Continuó subiendo más despacio, deteniéndose de vez en cuando para respirar y estabilizarse. Se dejó caer, sentado, sobre el animal muerto y se rió. Enterró el rostro en las manos enguantadas y continuó riéndose.

Se libró de la histeria. Sacó el cuchillo de caza y trabajó tan rápido como se lo permitieron el pulgar herido y la debilidad. No se detuvo en despellejar al alce, sino que lo descuartizó con la piel. La acumulación de carne era impresionante.

Cuando terminó escogió un pedazo que pesaba alrededor de cincuenta kilos y empezó a arrastrarlo hacia la tienda. Pero la nieve estaba blanda y resultó demasiado esfuerzo para él. Lo cambió por un trozo de diez kilos y, tras muchas pausas para descansar, logró llevarlo a la tienda. Frió parte de la carne pero comió con moderación. Después, mecánicamente, se dirigió a su puesto de vigilancia en la orilla. En la nieve nueva había huellas de trineo. El trineo cargado de vida había pasado mientras descuartizaba el alce.

Sin embargo, no le importó. Se alegraba de que el trineo no hubiese pasado antes de la aparición del animal. El alce había cambiado sus planes. La carne se pagaba a un dólar el kilo y se encontraba a cinco kilómetros de Minto. Ya no necesitaba esperar al trineo cargado de vida. El alce era el trineo cargado de vida. Lo vendería. Compraría un par de perros en Minto, comida y tabaco y los perros lo llevarían al sur, al sol y a la civilización.

Sintió hambre. El dolor monótono y apagado del hambre se había convertido en una punzada insistente e intensa. Regresó a la tienda cojeando y

cocinó un pedazo de carne. Después fumó dos pipas llenas de hojas de té seco. Luego frió otra tajada de alce. Notó que recuperaba algo de fuerza y salió a cortar leña. A continuación se tomó otro trozo de carne. Provocada por la comida, su hambre se avivó. A cada poco le exigía que preparase una ración de carne. Probó a reducir la cantidad, pero acabó friéndola más a menudo.

En mitad del día pensó en los animales salvajes que podrían comerse su carne y ascendió la ladera, cargado con el hacha, la cuerda de arrastre y una de las ataduras del trineo. Estaba tan débil que la construcción de la despensa y el almacenamiento de la carne le llevó el resto de la jornada. Cortó varios árboles jóvenes, los limpió de ramas y los ató para crear un andamio elevado. La despensa no era tan resistente como le habría gustado, pero no podía hacer más. Izar la carne hasta arriba le exigió un esfuerzo devastador. Los trozos más grandes se le resistieron hasta que pasó la cuerda por encima de una rama, ató un extremo al pedazo de carne y descargó todo su peso en el otro extremo de la cuerda.

De vuelta en la tienda se entregó a un banquete extenso y solitario. No necesitaba amigos. Su estómago le hacía compañía. Cocinó y comió tajada tras tajada de carne, y fueron muchas. Más de un kilo o dos. Preparó té de verdad y lo hizo fuerte. Empleó todo el que le quedaba. Ya daba igual. Por la mañana compraría más en Minto. Cuando le pareció que no podía comer más, fumó. Consumió toda su provisión de hojas de té seco. ¿Y qué? Por la mañana fumaría tabaco. Limpió la pipa, cocinó una última tajada de carne y se fue a la cama. Había comido tanto que se sentía a punto de estallar. Sin embargo, salió de entre las mantas y se tomó otro bocado de carne.

Por la mañana se despertó como si hubiese dormido el sueño de la muerte. Oía sonidos extraños. No sabía dónde estaba y miró a su alrededor, atontado, hasta que vio la sartén con el último pedazo de carne, en parte devorado. Entonces lo recordó todo y enseguida prestó atención a los ruidos extraños. Abandonó las mantas de un salto mientras dejaba escapar un juramento. Sus piernas, en las que el escorbuto había hecho estragos, cedieron bajo su peso e hizo una mueca de dolor. Ya más despacio, se puso los mocasines y salió de la tienda.

Desde la despensa de la ladera surgía un ruido confuso de mordiscos y gruñidos, interrumpido en ocasiones por aullidos agudos y breves. Incrementó la velocidad a expensas del dolor y gritó con fuerza, amenazante. Vio a los lobos —que eran muchos— huir entre la nieve y la maleza, y el andamio

derribado en el suelo. Los animales se sentían pesados debido a la carne que habían comido y se contentaron con escabullirse y dejarle los restos.

Tuvo muy claro cómo había acaecido el desastre. Los lobos olfatearon la despensa. Uno de ellos saltó desde el tronco del árbol caído hasta la despensa. Veía las pisadas de las garras del animal en la nieve que cubría el tronco. No había imaginado que un lobo pudiese saltar tanto. Luego otro hizo lo mismo y un tercero y un cuarto, hasta que el endeble andamio cayó bajo su peso y movimiento.

Sus ojos se endurecieron con una mirada salvaje durante un momento, mientras contemplaba la magnitud del desastre; luego recuperaron la paciencia de siempre y empezó a reunir los huesos roídos, sin carne. Sabía que aún guardaban el tuétano. Además, aquí y allá, mientras examinaba la nieve con atención, descubrió trozos de carne que habían escapado a las fauces de las bestias, descuidadas por la abundancia.

Pasó el resto de la mañana arrastrando los restos del alce ladera abajo. También le quedaban unos cinco kilos del pedazo de carne que había recogido el día anterior.

—Esto me durará semanas —comentó al contemplar el montón.

Había aprendido a pasar hambre y sobrevivir. Limpió el rifle y contó los cartuchos que le quedaban. Había siete. Cargó el arma y se dirigió cojeando al puesto de vigilancia de la orilla. Durante el resto del día observó el camino muerto. Lo observó toda la semana, pero ni un rastro de vida lo recorrió.

Se sentía más fuerte gracias a la carne, aunque el escorbuto empeoraba y le producía más dolor. Ahora vivía de sopa y tomaba litros y litros del resultado aguado de cocer los huesos del alce. La sopa era cada vez más floja porque cascaba los huesos y los cocía una y otra vez, pero el agua caliente con la esencia de la carne le sentaba bien y tenía más energía que antes de haber matado el alce.

La semana siguiente un nuevo factor entró a formar parte de la vida de Morganson. Quería saber la fecha en la que estaba. Se convirtió en una obsesión. Reflexionaba y calculaba, pero sus conclusiones casi nunca coincidían. Lo primero que hacía por la mañana, lo último por la noche y también durante el resto del día, mientras observaba el camino, era preocuparse por la fecha. Se despertaba de noche y permanecía horas en blanco dándole vueltas al problema. De nada le habría valido saber en qué día estaba, pero la curiosidad fue aumentando hasta igualar el hambre y el deseo de vivir. Al final lo dominó y decidió ir a Minto para enterarse.

Estaba oscuro cuando alcanzó Minto, pero eso le convenía. Nadie lo vio llegar. Además, sabía que la luna iluminaría el camino de vuelta. Ascendió la orilla y abrió la puerta del bar. La luz lo deslumbró. Solo había varias velas encendidas, pero él llevaba mucho tiempo viviendo en una tienda a oscuras. Cuando sus ojos se acostumbraron, vio tres hombres sentados alrededor de la estufa. Eran viajeros, lo supo de inmediato. Y como no habían pasado por delante de su puesto para llegar hasta allí, resultaba evidente que venían del otro lado. Al día siguiente pasarían junto a su tienda.

El camarero soltó un prolongado silbido de admiración.

—Creí que estabas muerto —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Morganson con voz titubeante.

Había perdido la costumbre de hablar y no reconocía el sonido de su propia voz. Le parecía ronca, extraña.

—Llevas muerto más de dos meses —explicó el camarero—. Te fuiste rumbo al sur y no llegaste a Selkirk. ¿Dónde has estado?

—Cortando leña para la compañía de los vapores —mintió Morganson, sin dudar.

Intentaba familiarizarse con su voz. Cruzó la sala cojeando y se apoyó en la barra. Sabía que debía mentir de forma coherente y, aunque actuaba con indiferencia, el corazón le latía desbocado y a intervalos irregulares, y no conseguía dejar de mirar con hambre a los tres hombres de la estufa. Poseían vida, su vida.

—Pero ¿dónde demonios te refugiaste durante tanto tiempo? —quiso saber el camarero.

—Al otro lado del río —respondió—. He reunido una cantidad inmensa de leña.

El camarero asintió con la cabeza. A su rostro asomó una sonrisa de comprensión.

—Varías veces oí ruidos de hachazos —dijo—. Así que eras tú. ¿Quieres un trago?

Morganson se agarró con fuerza a la barra. ¡Un trago! Se habría arrojado a los pies de aquel hombre para besárselos. En vano intentó decir que aceptaba, pero el camarero no esperó respuesta y le pasó la botella.

—¿Y cómo te alimentabas? —preguntó—. No tienes pinta de poder cortar leña ni para calentarte. Tienes muy mal aspecto, amigo.

Morganson estiró el brazo para coger la botella y tragó saliva.

—La corté antes de que el escorbuto empeorara —dijo—. Y al principio maté un alce. He vivido bien. Es el escorbuto lo que me tiene hundido. —

Llenó el vaso y añadió—. Pero creo que la infusión de pícea empieza a dominarlo.

—Tómate otro —dijo el camarero.

Los dos vasos de whisky actuaron con rapidez sobre el estómago vacío y la debilidad de Morganson. Cuando quiso darse cuenta, estaba sentado en una caja, junto a la estufa, y tenía la sensación de que habían pasado siglos. Un hombre alto, ancho de hombros, con la barba negra, pagaba las bebidas. Los ojos borrosos de Morganson lo vieron sacar un billete de un fajo enorme y enseguida recuperaron la visión. Eran billetes de cien dólares. ¡Eran vida! ¡Su vida! Sintió un impulso casi irrefrenable de arrebatarle el dinero y alejarse corriendo en medio de la oscuridad de la noche.

El hombre de la barba negra y uno de sus compañeros se pusieron en pie.

—Vamos, Oleson —dijo el primero al tercer miembro del grupo, un gigante rubio, de rostro colorado.

Oleson se levantó, bostezando y estirándose.

—¿Por qué os vais tan pronto a la cama? —preguntó el camarero en tono quejumbroso—. Es temprano.

—Tenemos que llegar a Selkirk mañana —respondió el de la barba negra.

—¡El día de Navidad! —exclamó el camarero.

—Cuanto mejor sea el día, mejor será la acción —se rió el otro.

En el momento en que los tres hombres cruzaban el umbral para salir, Morganson comprendió que estaban en Nochebuena. Ya sabía la fecha. Para eso había ido a Minto. Pero aquellos hombres y su fajo de billetes de cien dólares habían eclipsado su misión.

La puerta se cerró de golpe.

—Ese era Jack Thompson —dijo el camarero—. Ha ganado dos millones en Bonanza y Sulphur y aún ganará más. Me voy a la cama. Pero antes, tómate otro whisky.

Morganson dudó.

—Un trago navideño —insistió el otro—. No te preocupes. Ya me lo pagarás cuando hayas vendido la leña.

Morganson dominó su embriaguez lo bastante como para beberse el whisky, dar las buenas noches y salir al camino. La luna brillaba y cruzó cojeando el silencio argénteo y brillante, con una imagen de la vida frente a él que adoptaba la forma de un fajo de billetes de cien dólares.

Se despertó. Estaba oscuro y se encontraba entre sus mantas. Se había acostado con las manoplas y los mocasines puestos y las orejeras de la gorra bajadas. Se levantó tan rápido como se lo permitió su deterioro físico,

encendió el fuego e hirvió agua. Mientras introducía las ramitas de pícea en la tetera distinguió el primer atisbo de la pálida luz de la mañana. Cogió el rifle y cojeó, presa del pánico, hasta la orilla. Al tiempo que se agazapaba para esperar se dio cuenta de que había olvidado tomarse la infusión de pícea. La única otra cosa en la que pensó fue la posibilidad de que John Thompson hubiese cambiado de idea y decidido no salir de viaje el día de Navidad.

El alba se convirtió en día. Hacía frío y estaba despejado. Morganson calculó que el termómetro marcaría unos 50 °C bajo cero. Ni la más ligera brisa agitaba el silencio helado del Ártico. Se incorporó de repente y la tensión de sus músculos hizo aumentar el dolor provocado por el escorbuto. Había oído el lejano eco de una voz masculina y los tenues quejidos de los perros. Empezó a golpearse las manos contra los costados. Era muy peligroso dejar al descubierto la mano del gatillo a 50 °C bajo cero y por eso debía hacer surgir en ella tanto calor como su carne fuese capaz de producir.

Quedaron a la vista tras rodear el grupo de árboles que sobresalía. Por delante iba el hombre cuyo nombre ignoraba. Lo seguían ocho perros que tiraban del trineo. A la cabeza del trineo, guiándolo con la vara, caminaba John Thompson. La retaguardia la ocupaba Oleson, el sueco. Sin duda era un hombre impresionante, pensó Morganson mientras miraba aquella mole humana envuelta en una parka de piel de ardilla. Las siluetas de hombres y perros se recortaban nítidamente contra el blanco del paisaje. Aparentaban ser figuras de cartón de dos dimensiones que se movían mecánicamente.

Morganson apoyó el rifle amartillado en la muesca del árbol. De repente, se dio cuenta de que tenía los dedos helados y descubrió que su mano derecha estaba desnuda. No era consciente de haberse quitado la manopla. Se la puso, apresurado. Los hombres y los perros se acercaban y ya distinguía su aliento, visible en la frialdad del aire. Cuando el primer hombre se encontraba a cincuenta metros, Morganson se quitó el guante de la mano derecha. Situó el dedo en el gatillo y apuntó. Al disparar, el primer hombre efectuó un medio giro y cayó al suelo.

En el instante de sorpresa, Morganson disparó contra John Thompson, pero fue un disparo bajo, porque el hombre se tambaleó y se sentó de golpe sobre el trineo. Morganson apuntó más alto y volvió a disparar, John Thompson cayó hacia atrás, encima de la carga del trineo.

Entonces Morganson se fijó en el sueco. Al tiempo que lo veía correr hacia Minto se dio cuenta de que los perros, al llegar al punto donde el cuerpo del primer hombre bloqueaba el camino, se habían detenido. Morganson disparó al que huía y falló. Oleson empezó a regatear. Continuó corriendo y

regateando mientras Morganson efectuaba dos disparos en rápida sucesión y fallaba. Morganson se detuvo en el momento justo en que iba a apretar de nuevo el gatillo. Había disparado seis veces. Solo le quedaba un cartucho y estaba en la recámara. De ninguna manera podía fallar el último disparo.

Se contuvo y, desesperado, estudió la huida de Oleson. El gigante se curvaba grotescamente y describía giros inesperados mientras coma a toda velocidad, con la cola de la parka golpeándole las piernas. Morganson dirigió el rifle hacia el hombre, moviéndolo para seguir su errática fuga. El dedo de Morganson empezaba a entumecerse. Casi no sentía el gatillo. «Dios, ayúdame», rogó en voz alta y disparó. El hombre cayó de bruces, rebotó debido a la dureza del camino y se deslizó dando vueltas. Agitó los brazos durante un momento y luego se quedó inmóvil.

Morganson dejó caer el rifle (ya no le servía, tras haber disparado el último cartucho) y se deslizó orilla abajo sobre la nieve blanda. Ahora que habían caído en la trampa ya no necesitaba ocultar su puesto de observación. Siguió el camino cojeando hasta el trineo mientras sus dedos, de forma involuntaria, se encogían y contraían dentro de las manoplas.

Los gruñidos de los perros lo hicieron detenerse. El guía, un perro pesado, mezcla de Terranova y Bahía de Hudson, permanecía de pie sobre el cuerpo del hombre que yacía en el camino y amenazaba a Morganson con el pelo erizado, enseñando los colmillos. Los otros siete de la traílla también gruñían, enfurecidos. Morganson hizo ademán de acercarse y la traílla al completo se lanzó sobre él. Se detuvo y les habló, alternando intimidación con persuasión. Se fijó en el rostro del hombre bajo las patas del guía y se sorprendió al comprobar lo rápido que se había vuelto blanco al disminuir la vida y dejar paso al frío. John Thompson yacía boca arriba sobre el trineo, con la cabeza hundida entre dos sacos y la barbilla dirigida hacia lo alto, de manera que Morganson solo veía la barba negra que señalaba al cielo.

Incapaz de enfrentarse a los perros, Morganson salió del camino, se metió en la nieve blanda y profunda y avanzó como pudo, describiendo un amplio círculo para llegar a la parte trasera del trineo. Siguiendo la iniciativa del guía, la traílla se dio la vuelta, enredada en el arnés. Debido a su cojera, Morganson solo podía moverse despacio. Vio que los animales se giraban para atacar e intentó retroceder hasta ponerse a salvo. Casi lo logró, pero el guía, con una embestida salvaje, hundió los colmillos en su pantorrilla. Aunque le desgarró la carne, Morganson consiguió alejarse de él a rastras.

Furioso, maldijo a las bestias, pero no las intimidó. Le contestaron erizando el pelaje y gruñendo, mientras lanzaban mordiscos a los tirantes del

arnés que les sujetaban el pecho. Se acordó de Oleson. Les dio la espalda y avanzó por el camino. No le hacía caso a la pierna herida. Sangraba copiosamente. Tenía afectada la arteria principal pero no lo sabía.

Le llamó mucho la atención la palidez excesiva del sueco, que la noche previa estaba tan colorado. Ahora su rostro parecía de mármol blanco. Con el cabello y las pestañas tan claros, semejaba más una estatua que algo que, minutos antes, había sido un hombre. Morganson se quitó las manoplas y registró el cuerpo. No llevaba un cinturón para el dinero pegado a la piel; tampoco saco para el oro. En uno de los bolsillos delanteros encontró una cartera. Con unos dedos cada vez más entumecidos por el frío repasó, apresurado, el contenido del billetero. Había cartas con sellos extranjeros y matasellos, varios recibos y estados de cuentas, y una carta de crédito por ochocientos dólares. Eso era todo. No había dinero.

Quiso echar a andar de nuevo hacia el trineo, pero descubrió que tenía los pies pegados al camino. Miró hacia abajo y vio que estaba sobre restos recientes de sangre congelada. Había hielo rojo en la pernera desgarrada de la pierna herida y en el mocasín. Con un tirón seco rompió el abrazo helado de su sangre y avanzó cojeando hacia el trineo. El perrazo que le había mordido empezó a gruñir y a embestir, conducta que imitó el resto de la traílla.

Morganson lloró débilmente durante un tiempo mientras se balanceaba de un lado a otro. Entonces se limpió las lágrimas congeladas que convertían sus pestañas en piedras preciosas. Aquello era ridículo. La suerte perversa se reía de él. Incluso John Thompson, con su barba dirigida al cielo, se reía de él.

Merodeó alrededor del trineo como un demente, a veces llorando e implorando a los animales para que le permitieran acceder a la vida del trineo y otras despotricando, impotente, contra ellos. Luego llegó la calma. Se había comportado como un idiota. Bastaba con volver a la tienda, coger el hacha, regresar y descalabrar a los perros. Les iba a dar una lección.

Para volver a la tienda tenía que describir un amplio círculo que le permitiera rodear el trineo y los animales salvajes. Salió del camino y se adentró en la nieve blanda. Entonces se mareó y se detuvo. Temía seguir andando por si se caía. Permaneció inmóvil mucho tiempo, balanceándose sobre las piernas heridas, que temblaban con fuerza de pura debilidad. Miró hacia abajo y vio que la nieve se volvía roja a sus pies. La sangre fluía tan copiosamente como siempre. No había pensado que el mordisco fuese tan grave. Controló el mareo y se inclinó para examinar la herida. Tuvo la sensación de que la nieve ascendía para toparse con él y retrocedió a fin de evitar el golpe. Tenía pánico a caerse y, tras un gran esfuerzo, consiguió

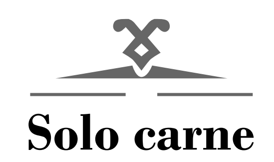
enderezarse de nuevo. Le daba miedo esa nieve que se había levantado para ir a su encuentro.

Entonces el resplandor blanco se volvió negro y lo siguiente que supo fue que se despertaba en la nieve, donde había caído. Ya no se sentía mareado. Se había despejado pero no podía levantarse. No tenía fuerzas. Era como si su cuerpo ya no albergase vida. En esa posición veía el trineo y la barba negra de John Thompson apuntando al cielo. También vio al perro guía lamer el rostro del hombre que yacía en el camino. Morganson lo observó con curiosidad. El perro estaba nervioso, impaciente. A veces emitía aullidos agudos y breves, como si quisiera despertar al hombre, y lo miraba con las orejas erguidas, moviendo la cola. Por fin se sentó, alzó el morro al cielo y empezó a aullar. Enseguida la traílla entera aullaba con él.

Ahora que había caído, Morganson ya no tenía miedo. Se imaginó que lo encontraban muerto en la nieve y durante un rato lloró, compadeciéndose de sí mismo. Pero no tenía miedo. Ya no quería luchar. Cuando intentó abrir los ojos comprendió que las lágrimas se habían congelado y los mantenían cerrados. No intentó librarse del hielo. No importaba. Nunca había imaginado que la muerte fuese algo tan sencillo. Incluso se enfadó por haber luchado y sufrido de aquella forma durante tantas semanas agotadoras. El miedo a la muerte lo había intimidado y engañado. La muerte no dolía. Todos los tormentos que había soportado eran tormentos de la vida. La vida había difamado a la muerte. Era cruel.

Pero se le pasó el enfado. Las mentiras y los engaños de la vida eran irrelevantes ahora que lo tenía claro. Sintió que se adormecía y que se iba apoderando de él un sueño placentero, relajante, que prometía alivio y descanso. Oyó, muy débiles, los aullidos de los perros y pensó, fugazmente, que al dominar la carne la congelación dejaba de doler. Luego la luz y el pensamiento dejaron de latir bajo los párpados enjoyados de lágrimas y, con el suspiro cansado de quien se encuentra cómodo, se entregó al sueño.

[1906]



Solo carne

PASEÓ HASTA LA ESQUINA y miró hacia un lado y otro de la calle con la que se cruzaba la suya, pero no vio más que los oasis de luz derramados por las farolas en las intersecciones sucesivas. Después regresó por donde había llegado. Era la sombra de un hombre que se deslizaba en la semioscuridad sin hacer ruido y sin moverse en exceso. También se mostraba alerta, como un animal salvaje en la jungla, profundamente perspicaz y receptivo.

Además del aviso constante sobre la situación que le proporcionaban sus sentidos, poseía una percepción más sutil —un don— del ambiente que lo rodeaba. Sabía que en la casa frente a la que se detuvo un minuto había niños. Sin embargo, no lo supo haciendo un esfuerzo voluntario de percepción. En realidad, ni siquiera se daba cuenta de que lo sabía, tan oculta era la impresión. Pero si llegase un momento en que le resultase imperativo actuar en relación con esa casa, lo haría asumiendo que en ella había niños. No era consciente de todo lo que conocía de ese barrio.

De la misma forma, sin explicarse cómo, supo que ningún peligro amenazaba en las pisadas que ascendían por la transversal. Antes de ver al caminante, supo que se trataba de un peatón tardío que se apresuraba por llegar a casa. El caminante se dejó ver en el cruce y desapareció calle arriba. El hombre que vigilaba se fijó en que una luz llameaba en la ventana de una casa de la esquina y, al verla apagarse, supo que era una cerilla. Eso era la identificación consciente de un fenómeno conocido y en su mente se coló el pensamiento: «Quería saber la hora». En otra casa había una luz encendida. Se trataba de una luz tenue, constante y tuvo la impresión de que era la habitación de un enfermo.

Le interesaba especialmente una casa al otro lado de la calle, en medio de la manzana. Era a la que prestaba más atención. Daba igual en qué dirección mirase o hacia dónde caminara, sus miradas y sus pasos siempre volvían a ella. Excepto por una ventana abierta sobre el porche, no había nada raro en esa casa. Nada entraba o salía. Nada ocurría. No había ventanas iluminadas ni

luces que se encendieran o apagaran. Sin embargo, no dejaba de observarla. Siempre volvía a ella tras predecir la situación del vecindario.

A pesar de su talento para percibir las cosas, no se sentía seguro. Era terriblemente consciente de la precariedad de su situación. Aunque no se había inmutado al oír los pasos del peatón accidental, permanecía tan tenso, susceptible y dispuesto a sobresaltarse como un ciervo temeroso. Se daba cuenta de que podía haber otros espías merodeando en la oscuridad, con una capacidad de movimiento, percepción y predicción similar a la suya.

Calle abajo, a lo lejos, entrevió que algo se movía. Y supo que no era alguien que volvía tarde a casa, sino una amenaza, un peligro. Silbó dos veces en dirección a la casa de enfrente y luego se escabulló, como una sombra, hacia la esquina. La dobló, se detuvo y miró a su alrededor con atención. Más tranquilo, se asomó para estudiar el objeto que se movía y se acercaba. Estaba en lo cierto. Era un policía.

El hombre descendió por la transversal hasta la siguiente esquina, desde cuya protección observó la que acababa de abandonar. Vio pasar de largo al policía, que siguió en línea recta. Siguió el curso paralelo al del poli y lo observó alejarse desde la siguiente esquina; después regresó por donde había llegado. Silbó una vez hacia la casa de enfrente y, al cabo de un rato, volvió a silbar. El silbido transmitía tranquilidad, como antes había indicado alarma.

Vio que una mole oscura se dibujaba sobre el tejado del porche y descendía despacio por una de las columnas. Luego bajó las escaleras, cruzó la pequeña verja de hierro y echó a andar por la acera, adoptando forma humana. El que vigilaba se mantuvo en su lado de la calle y avanzó hacia la esquina, donde cruzó y se unió al otro hombre. Parecía muy pequeño a su lado.

—¿Cómo ha ido, Matt? —preguntó.

El otro gruñó algo ininteligible y continuó andando en silencio varios pasos más.

—Creo que me he agenciado los artículos —dijo.

Jim se rió entre dientes y aguardó a recibir más información. Recorrieron varias manzanas y su impaciencia aumentó.

—Bueno, ¿qué más me cuentas? —preguntó—. ¿Qué clase de botín has reunido?

—Estaba demasiado ocupado para verlo bien, pero creo que es de los buenos. Eso sí te lo digo, Jim, es algo gordo. No me atrevo a pensar cuánto será. Espera a que lleguemos a la habitación.

Jim lo observó con entusiasmo a la luz de la farola, en el cruce siguiente, y vio que tenía el rostro serio y llevaba el brazo izquierdo de una forma extraña.

—¿Qué te pasa en el brazo? —preguntó.

—El condenado me mordió. Espero no tener hidrofobia. A veces un mordisco humano contagia la hidrofobia, ¿no?

—Se te resistió, ¿eh? —comentó Jim para darle ánimos.

El otro gruñó.

—Mira que cuesta sacarte información —soltó Jim, irritado—. Cuenta. No perderás dinero por contármelo.

—Creo que lo ahogué un poco —fue la respuesta. Y luego, como explicación—: Se despertó y me sorprendió.

—Lo hiciste muy bien. No oí nada.

—Jim —dijo el otro, muy serio—, es un delito castigado con la horca. Me lo cargué. Tuve que hacerlo. Se despertó y me sorprendió. Vamos a tener que escondemos una temporada.

Jim dejó escapar un breve silbido de comprensión.

—¿Me oíste silbar? —preguntó de repente.

—Claro. Ya había terminado. Estaba a punto de salir.

—Era un poli. Pero no se enteró de nada. Pasó de largo y siguió pateando hasta perderse de vista. Entonces volví y te silbé otra vez. ¿Por qué tardaste tanto después?

—Esperé hasta estar seguro —explicó Matt—. Me alegré mucho cuando te oí silbar de nuevo. Esperar es duro. Me quedé allí sentado, pensando sin parar… en toda clase de cosas. Es increíble lo que podemos llegar a pensar. También había un maldito gato que no paraba de moverse por la casa y de molestarme con sus ruidos.

—¡Y ha sido un buen golpe! —exclamó Jim, alegre y sin venir al caso.

—Te aseguro que es un muy buen golpe, Jim. Estoy deseando echarle una buena ojeada al botín.

De forma inconsciente, los dos aceleraron el paso. Pero no bajaron la guardia. En dos ocasiones cambiaron el rumbo para evitar a la Policía y se aseguraron bien de que nadie los observaba cuando se internaron en el oscuro vestíbulo de una pensión barata del centro.

No encendieron ni una cerilla hasta que no llegaron a su habitación, en el último piso. Mientras Jim prendía la lámpara, Matt cerró la puerta con pestillo. Al girarse vio que su compañero aguardaba expectante. Matt se sonrió ante el entusiasmo del otro.

—La linterna está bien —dijo mientras sacaba una linterna de bolsillo y la examinaba—. Pero necesitamos una pila nueva. Da poca luz. Una o dos veces creí que me dejaría a oscuras. Casi me pierdo. Su habitación estaba a la izquierda y eso me desconcertó.

—Te dije que estaba a la izquierda —interrumpió Jim.

—Me dijiste que estaba a la derecha —continuó Matt—. Sé muy bien lo que dijiste y tengo el mapa que dibujaste.

Revolvió en el bolsillo del chaleco y sacó un papel doblado. Mientras lo desdoblaba, Jim se inclinó para verlo bien.

—Me equivoqué —confesó.

—Y tanto. Estuve un rato sin saber qué hacer.

—Pero ya no importa —dijo Jim—. Vamos a ver qué has conseguido.

—Sí que importa —repuso Matt—. Importa mucho. A mí, sí. Coito con todo el riesgo. Meto la cabeza en la trampa mientras tú te quedas en la calle. Tienes que mejorar y ser más cuidadoso. Está bien, te lo mostraré.

Metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un puñado de diamantes pequeños. Los dejó caer, como un raudal de luz, sobre la mesa grasienta. Jim dejó escapar un juramento.

—Eso no es nada —dijo Matt, satisfecho y triunfal—. Aún no he empezado.

Continuó sacando el botín de un bolsillo tras otro. Había muchos diamantes envueltos en ante, más grandes que los del primer puñado. De otro bolsillo extrajo una buena cantidad de gemas talladas, muy pequeñas.

—Polvo de diamante —comentó mientras los dejaba caer sobre la mesa, en un punto más apartado.

Jim los examinó.

—En cualquier caso, no los venderemos por más de dos dólares cada uno —dijo—. ¿Eso es todo?

—¿No te parece bastante? —preguntó el otro en tono ofendido.

—Sí que lo es —respondió Jim, mostrando su aprobación incondicional —. Es más de lo que esperaba. No aceptaré ni un centavo menos de diez mil dólares por todo el botín.

—Diez mil —sonrió Matt—. Valen el doble y eso que no sé nada de joyería. ¡Mira el tamaño de este!

Cogió uno del centelleante montón y lo acercó a la lámpara con aires de experto, sopesándolo y juzgando.

—Vale mil dólares por sí solo —fue el rápido dictamen de Jim.

—¡Mil dólares y un jamón! —replicó Matt con desdén—. No te llegarían tres mil para comprarlo.

—¡Despiértame! ¡Estoy soñando! —El brillo de las gemas se reflejaba en los ojos de Jim, que empezó a escoger los diamantes más grandes para examinarlos—. Somos ricos, Matt. No nos faltará de nada.

—Tardaremos años en deshacernos de ellos —comentó Matt, mucho más práctico.

—Pero ¡piensa en cómo vamos a vivir! Nos bastará con gastar el dinero a medida que vayamos vendiéndolos.

Los ojos de Matt empezaban a brillar también, aunque sin perder la seriedad, al despertarse su carácter flemático.

—Ya te dije que no me atrevía a pensar cuánto sería —murmuró en voz baja.

—¡Estamos forrados! ¡Vaya lote! —exclamó el otro, alborozado.

—Casi lo olvido —dijo Matt mientras metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

Una sarta de perlas grandes surgió entre un envoltorio de papel de seda y ante. Jim casi ni las miró.

—Valen un montón —dijo y volvió a los diamantes.

Los dos hombres guardaron silencio. Jim jugaba con las gemas, metía los dedos entre ellas, las separaba por tamaño y luego las extendía sobre la mesa. Era un hombre delgado, arrugado, nervioso, irritable, excitable y anémico; el típico hijo de los barrios bajos, de rasgos torcidos y feos, ojos pequeños, rostro y boca perpetua y febrilmente hambrientos, crueles, gatunos, depravado hasta la médula.

Matt no tocó los diamantes. Se sentó con la barbilla entre las manos y los codos sobre la mesa, parpadeando ante el brillante despliegue. Contrastaba en todo con el otro hombre. No se había criado en la ciudad. Era musculoso y peludo, como un gorila en fuerza y aspecto. Lo había visto todo en el mundo. Tenía unos ojos grandes y separados que transmitían una energía fraternal. Inspiraban confianza. Pero al observarlos mejor, esos ojos resultaban demasiado redondos y apartados en exceso. Superaba, invadía los límites de lo normal y sus rasgos mentían sobre el hombre que se ocultaba tras ellos.

—Todo vale cincuenta mil —comentó Jim de repente.

—Cien mil —dijo Matt.

Volvieron a guardar silencio durante un buen rato, hasta que Jim lo rompió.

—¿Qué demonios hacía con todo eso en casa? Me gustaría saberlo. Lo lógico sería que lo guardara en la caja fuerte de la joyería.

Matt había estado pensando en la imagen del hombre estrangulado que había visto por última vez a la tenue luz de la linterna, pero no se sobresaltó cuando el otro habló de él.

—Sabe Dios —respondió—. A lo mejor se preparaba para darle la patada a su socio. Podría haberse ido por la mañana a algún sitio desconocido si no hubiésemos aparecido nosotros. Creo que entre los hombres honrados hay tantos ladrones como entre nosotros. Se leen cosas así en los periódicos, Jim. Los socios no dejan de jugársela entre ellos.

A los ojos del otro asomó una mirada extraña, nerviosa. Matt no dejó entrever que se había dado cuenta, pero dijo:

—¿En qué pensabas, Jim?

Jim se sintió incómodo.

—En nada —respondió—. Solo en lo raro que es que tuviese tantas joyas en su casa. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Sentí curiosidad, solo eso.

Otra vez guardaron silencio, roto en ocasiones por la risa nerviosa y discreta de Jim. Se sentía superado por el despliegue de gemas. No porque sintiera su belleza. No era consciente de que fuesen bellas por sí mismas. Pero su rápida imaginación percibía en ellas los placeres de la vida que podrían proporcionarle, y las promesas que brindaban despertaban los deseos y apetitos de su mente enfermiza y su carne achacosa. Con sus brillos y centelleos levantó maravillosos castillos en el aire, llenos de fiestas, y lo que había levantado lo impresionó. Entonces se rió. Resultaba demasiado imposible para ser real. Sin embargo, allí estaban, sobre la mesa, brillando ante él, despertando su codicia, y volvió a reírse.

—Creo que deberíamos contarlos —dijo Matt de repente, apartando a un lado sus propias visiones—. Observa y asegúrate de que lo hago bien, porque entre tú y yo debe reinar la honradez, Jim, ¿entiendes?

A Jim no le gustó el comentario y se le notó en la mirada. A Matt no le gustó lo que vio en los ojos de su socio.

—¿Entiendes? —repitió Matt en un tono casi amenazador.

—¿No hemos sido siempre honrados? —replicó el otro, a la defensiva, como si la traición ya murmurase en su interior.

—Ser honrado en los malos tiempos no cuesta —respondió Matt—. Lo difícil es serlo en la prosperidad. Cuando no se tiene nada, todos somos

honrados. Ahora somos ricos y debemos comportarnos como hombres de negocios, como hombres de negocios honrados. ¿Entiendes?

—Estoy de acuerdo —asintió Jim, pero en lo más profundo de su exigua alma, y a pesar de sí mismo, se removían ideas descontroladas y anárquicas, como bestias encadenadas.

Matt se dirigió al estante de la comida situado tras la cocina de dos quemadores. Vació el té que quedaba en una bolsa de papel y varios pimientos rojos que había en otra. Regresó a la mesa con las bolsas y en ellas guardó los dos montones de diamantes pequeños. Después contó las gemas más grandes y las envolvió en el papel de seda y el ante.

—Ciento cuarenta y siete piedras de buen tamaño —inventarió—, veinte muy grandes; dos gigantes y un monstruo; y dos puñados, uno de pequeñas y otro de polvo.

Miró a Jim.

—Correcto —fue la respuesta.

Anotó el total en un pedazo de papel e hizo una copia; le entregó un pedazo a su socio y el otro se lo quedó él.

—Como referencia —dijo.

De nuevo recurrió al estante de la comida, donde vació el azúcar de una bolsa de papel grande. En ella guardó los diamantes, grandes y pequeños, la envolvió en un pañuelo de colores y la metió debajo de su almohada. Después se sentó en el borde de la cama y se descalzó.

—¿Y tú crees que valen cien mil? —preguntó Jim, haciendo una pausa y levantando la vista del cordón del zapato que estaba desatando.

—Claro —fue la respuesta—. Una vez, en Arizona, vi a una chica de un salón de baile que llevaba unos diamantes grandes. No eran de verdad. Dijo que si lo fueran no estaría bailando. Que valdrían cincuenta mil y eso que en total no llegaban a la docena.

—¿Quién iba a trabajar para ganarse la vida? —preguntó Jim con aire triunfal—. ¡Agotarse trabajando! —se burló—. Aunque trabajase toda la vida como un animal y ahorrase todos mis sueldos no juntaría ni la mitad de lo que tenemos esta noche.

—Tú no pasarías de friegaplatos y así no ganarías más de veinte dólares al mes y el alojamiento. Tus cifras son exageradas, pero entiendo lo que quieres decir. A quien le guste trabajar, que trabaje. Cuando era joven e idiota hice de vaquero por treinta dólares al mes. Pues ahora he madurado y no pienso cuidar de las vacas.

Se metió en la cama por un lado. Jim apagó la luz y se metió por el otro.

—¿Cómo tienes el brazo? —preguntó con amabilidad.

No era normal que se preocupara, Matt tomó nota y contestó:

—No creo que corra peligro de sufrir hidrofobia. ¿Por qué lo preguntas?

Jim se sintió culpable y para sus adentros maldijo la forma en que el otro hacía preguntas desagradables. Pero en voz alta respondió:

—Por nada, porque al principio parecías preocupado. ¿Qué vas a hacer con tu parte, Matt?

—Comprarme un rancho ganadero en Arizona, establecerme y pagar a otros para que se ocupen de mis vacas. Hay unos cuantos a los que me gustaría ver pidiéndome trabajo, ¡maldita sea! Pero cállate ya, Jim. Pasará mucho tiempo hasta que me compre el rancho y ahora quiero dormir.

Sin embargo, Jim permaneció despierto mucho tiempo, nervioso, crispado, dando vueltas inquieto y despertándose de nuevo cada vez que se adormecía. Tos diamantes aún brillaban bajo sus párpados y su fuego quemaba. Matt, a pesar de su naturaleza pesada, tenía el sueño ligero, como el de un animal salvaje alerta incluso dormido; y Jim se daba cuenta de que, cada vez que se revolvía, el cuerpo de su socio se movía lo suficiente para mostrar que había recibido la impresión y que temblaba a punto de despertarse. En ese sentido, Jim no sabía si el otro estaba despierto o no. Una vez, muy tranquilo, demostrando una lucidez total, Matt le dijo: «Ah, duérmete ya, Jim. No te preocupes por las joyas. Pueden esperar». Y Jim había pensado que en ese momento concreto Matt, sin duda, estaba dormido.

A última hora de la mañana, el primer movimiento de Jim despertó a Matt y, a partir de entonces, se espabiló o se adormiló al mismo tiempo que él hasta el mediodía, cuando se levantaron a la vez y se vistieron.

—Voy a salir a comprar el periódico y un poco de pan —dijo Matt—. Tú prepara el café.

Mientras Jim escuchaba, sus ojos, de forma inconsciente, abandonaron el rostro de Matt y se centraron en la almohada bajo la que se hallaba el paquete envuelto en el pañuelo de colores. Al instante, la cara de Matt se convirtió en la de un animal salvaje.

—Mira, Jim —rugió—, tienes que ser honrado. Si me la juegas, acabaré contigo. ¿Entendido? Te comeré vivo y lo sabes. Te daré un bocado en el cuello y te comeré como si fueras un filete.

Su piel quemada por el sol se ennegreció debido a la repentina oleada de sangre y los labios avinagrados dejaron a la vista la dentadura manchada de tabaco. Jim se estremeció y se amilanó sin quererlo. En el hombre al que miraba había muerte. La noche anterior aquel hombre de rostro oscuro había

matado a otro con sus propias manos, sin que eso le quitase el sueño. En el fondo de su corazón, Jim era consciente de una culpa remota, de unos pensamientos merecedores de esas amenazas.

Matt se marchó, mientras él seguía temblando. Entonces el odio le deformó el rostro y, en voz baja y con saña, empezó a lanzar maldiciones hacia la puerta. Se acordó de las joyas, se apresuró en dirección a la cama y tanteó bajo la almohada en busca del pañuelo. Lo apretó entre los dedos para asegurarse de que aún contenía los diamantes. Tras convencerse de que Matt no se los había llevado, miró hacia la cocina con un sobresalto culpable. Se dio prisa en encenderla, llenó la cafetera en el fregadero y la situó sobre la llama.

El café hervía cuando Matt regresó y mientras él cortaba el pan y ponía un pedazo de mantequilla en la mesa, Jim lo sirvió. Luego se sentó y le dio varios sorbos al café. Entonces Matt sacó el periódico del bolsillo.

—No habíamos calculado bien —sentenció—. Ya te dije que no me atrevía a calcular cuánto sería. Mira eso.

Señaló los titulares de la primera página.

«El rápido y justo castigo de Bujannoff —leyeron—. Asesinado mientras dormía tras robarle a su socio».

—¡Ahí lo tienes! —gritó Matt—. Robó a su socio. Le robó como un maldito ladrón.

—Ha desaparecido medio millón de dólares en joyas —leyó Jim en voz alta. Dejó el periódico y miró fijamente a Matt.

—Te lo dije —insistió el otro—. ¿Qué sabemos nosotros de joyas? ¡Medio millón! Y yo, como mucho, les daba cien mil. Vamos, lee el resto.

Continuaron leyendo en silencio, las cabezas muy próximas y el café, sin tocar, enfriándose, mientras uno o el otro llamaba la atención sobre algún aspecto de la noticia.

—Me habría gustado ver la cara de Metzner cuando abrió la caja fuerte de la joyería esta mañana —se regodeó Jim.

—De inmediato se dirigió a casa de Bujannoff —explicó Matt—. Sigue leyendo.

—Tenía que haber zarpado anoche, a las diez, en el *Sajoda*, rumbo a los Mares del Sur, pero el vapor retrasó su salida para llevar una carga adicional.

—Por eso lo pescamos en la cama —interrumpió Matt—. Fue pura suerte. Como ganar con un caballo que pague cincuenta a uno.

—El *Sajoda* zarpó a las seis de esta mañana…

—Pero no iba en él —dijo Matt—. Tenía el despertador puesto para las cinco. Le habría dado tiempo de sobra, pero aparecí yo y eché a pique sus planes. Sigue.

—Adolph Metzner está desesperado… el famoso collar de perlas Haythorne, un magnífico surtido de perlas de distintos tamaños, que los expertos valoran entre cincuenta y setenta mil dólares. —Jim se interrumpió para jurar de una forma espantosa, solemne, y terminó diciendo—: ¡Y pensar que esos malditos huevos de ostra valen tanto dinero!

Se relamió y añadió:

—La verdad es que son preciosas. —Luego continuó leyendo—: Una gran gema brasileña de ochenta mil dólares, muchas piedras valiosas de la más alta calidad, varios miles de diamantes pequeños que bien valen cuarenta mil…

—No sabes nada de joyas —sonrió Matt, de buen humor.

—Los detectives manejan la teoría —leyó Jim— de que los ladrones lo sabían y, muy astutamente, habrían vigilado los actos de Bujannoff; que de alguna forma se enteraron de sus planes y lo siguieron hasta su casa con el botín de su robo.

—¡Astutamente! ¡Diablos! —exclamó Matt—. Así se crean las reputaciones en los periódicos. ¿Cómo íbamos a saber que le había robado a su socio?

—De todos modos, tenemos las joyas —sonrió Jim—. Vamos a verlas otra vez.

Se aseguró de que la puerta estuviese bien cerrada con llave y pestillo, mientras Matt sacaba el paquete del pañuelo y lo abría sobre la mesa.

—¡No me digas que no son preciosas! —exclamó Jim al ver las perlas. Durante un rato solo tuvo ojos para ellas—. Según los expertos valen entre cincuenta y ochenta mil dólares.

—Y a las mujeres les gustan —comentó Matt—. Harían cualquier cosa por conseguirlas, venderse, asesinar, lo que sea.

—Como tú y yo.

—De eso nada —respondió Matt—. Yo mataría por ellas, pero no por ellas en sí, sino por lo que pueden reportarme. Esa es la diferencia. Las mujeres quieren la joya en sí y yo quiero la joya por las mujeres y cosas parecidas que me proporcionará.

—Por suerte, los hombres y las mujeres no quieren lo mismo —comentó Jim.

—Por eso existe el comercio —estuvo de acuerdo Matt—, porque la gente quiere cosas distintas.

A media tarde Jim salió para comprar comida. Mientras se fue. Matt recogió las joyas de la mesa, las envolvió como antes y las guardó bajo la almohada. Luego encendió la cocina y empezó a hervir agua para hacer café. Jim volvió unos minutos después.

—Es sorprendente —comentó—. Las calles, las tiendas y la gente son las de siempre. Nada ha cambiado. Y yo, caminando entre ellos, convertido en millonario. Nadie me miró y se lo imaginó.

Matt gruñó, poco comprensivo. No entendía demasiado los caprichos menos serios y las fantasías de la imaginación de su socio.

—¿Traes solomillo? —preguntó.

—Claro. De tres centímetros de espesor. Una maravilla. Míralo.

Desenvolvió la carne y la levantó para que el otro la viera bien. Luego se ocupó del café y puso la mesa mientras Matt preparaba el solomillo.

—No añadas demasiado pimiento rojo —advirtió Jim—. No estoy acostumbrado a tu cocina mexicana. Siempre pica demasiado.

Matt soltó una mezcla de gruñido y risa y continuó cocinando. Jim sirvió el café, pero antes, en la taza de porcelana mellada vació un polvo que llevaba en el bolsillo del chaleco, envuelto en papel de arroz. Le había dado la espalda a su socio, pero no se atrevió a mirar a su alrededor. Matt depositó un periódico sobre la mesa y encima puso la sartén caliente. Cortó la carne a la mitad y sirvió a Jim y luego a sí mismo.

—Cómetela mientras esté caliente —aconsejó y dio ejemplo con su cuchillo y tenedor.

—¡Qué buena está! —exclamó Jim tras el primer bocado—. Pero quiero dejarte clara una cosa. Nunca iré a visitarte a tu rancho de Arizona, así que no es necesario que me invites.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Matt.

—El suplicio del infierno. —Fue la respuesta—. La cocina mexicana de tu rancho sería demasiado para mí. Si tengo que soportar el infierno en la otra vida, no pienso atormentar mi interior en esta. ¡Malditos pimientos!

Sonrió, expulsó aire a la fuerza para enfriar el ardor de su boca, bebió café y continuó comiendo.

—Por cierto, ¿tú qué opinas de la otra vida, Matt? —inquirió poco después, mientras en secreto se preguntaba por qué el otro no había tocado aún su café.

—No hay otra vida —respondió Matt, a la vez que dejaba la carne para dar el primer sorbo al café—. Ni cielo, ni infierno, ni nada. Todo lo que nos toque lo recibiremos aquí, en esta vida.

—¿Y después? —preguntó Jim con curiosidad enfermiza porque sabía que hablaba con un hombre que pronto iba a morir—. ¿Y después? —repitió.

—¿Alguna vez viste un hombre que llevase dos semanas muerto? —inquirió el otro.

Jim negó con la cabeza.

—Pues yo sí. Era como este solomillo que tú y yo nos estamos comiendo. En su momento fue un buey que retozaba entre la hierba. Pero ahora solo es carne. Eso seremos tú, yo y todo el mundo: carne.

Matt se terminó el café de un solo trago y volvió a llenar la taza.

—¿Tienes miedo a morir? —preguntó.

Jim negó con la cabeza.

—¿De qué serviría? Además, yo no muero. Paso a otra vida y vuelvo a vivir.

—¿Para seguir robando, mintiendo y lloriqueando durante otra vida y continuar así por siempre jamás? —se buido Matt.

—Tal vez mejore —sugirió Jim, esperanzado—. Tal vez en la próxima vida no necesite robar.

Se calló de repente y miró fijamente frente a él, con una expresión de susto en el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Matt.

—Nada. Solo pensaba… —Jim se recuperó con un esfuerzo—, en eso de la muerte. Nada más.

Pero no logró librarse del susto que se había llevado. Era como si algo hecho de oscuridad hubiese pasado a su lado, dejando caer sobre él la sombra intangible de su presencia. Se sentía desasosegado. Estaba a punto de ocurrir algo ominoso. El desastre los rondaba. Miró fijamente al otro hombre. No entendía nada. ¿Sería que se había equivocado y se había envenenado a sí mismo? No, Matt tenía la taza mellada y él había echado el veneno en la taza mellada, sin duda.

Lo siguiente que pensó fue que todo era culpa de su imaginación. Ya le había jugado malas pasadas antes. ¡Idiota! Claro que era eso. Claro que estaba a punto de ocurrir algo, pero le iba a ocurrir a Matt. ¿Acaso no se había terminado la taza de café?

Jim se animó, se terminó la carne y luego mojó pan en la salsa.

—Cuando era pequeño… —empezó a decir, pero se interrumpió de repente.

Otra vez la oscuridad invisible se había agitado y su ser vibraba con la premonición de una desgracia inminente. Sintió que en su carne trabajaba una

influencia perjudicial y le parecía que todos sus músculos iban a empezar a contraerse. De repente se echó hacia atrás en la silla y, con la misma rapidez, se impulsó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. Un débil temblor recorrió todos los músculos de su cuerpo. Era como el primer susurro de las hojas antes de que el viento las levante. Apretó los dientes. De nuevo se repitió la tensión espasmódica de los músculos. Le entró pánico al ver que su cuerpo se rebelaba. Los músculos ya no reconocían su dominio sobre ellos. A pesar de sus esfuerzos por controlarlos, volvieron a tensarse espasmódicamente. Aquello era una revolución interna, pura anarquía, y el terror de la impotencia aumentó y se apoderó de él mientras su carne lo atrapaba y parecía retenerlo, los escalofríos recorrían su columna vertebral y el sudor brotaba en su frente. Miró a su alrededor y los detalles de la habitación le aportaron una extraña sensación de familiaridad. Era como si acabase de volver de un largo viaje. Miró a su socio, frente a él, al otro lado de la mesa. Matt lo observaba y sonreía. Una expresión de horror cubrió el rostro de Jim.

—¡Dios mío, Matt! —gritó—. ¿Me has envenenado?

Matt sonrió y continuó observándolo. Durante el ataque siguiente, Jim no perdió la consciencia. Los músculos se tensaron, se contrajeron y se agarrotaron, causándole dolor y aplastándolo con su fuerza brutal. En medio de todo, se le ocurrió que Matt actuaba de forma extraña. Seguía el mismo camino. La sonrisa había desaparecido de su rostro, que ahora mostraba una expresión concentrada, como si escuchase algún relato que se desarrollara en el interior de su cuerpo e intentase adivinar el mensaje que le enviaba. Matt se levantó, caminó hacia la otra punta de la estancia, regresó y se sentó otra vez.

—Has sido tú, Jim —dijo con calma.

—Pero no creí que tú intentarías acabar conmigo —respondió Jim en tono de reproche.

—Pues he acabado contigo —respondió Matt con los dientes apretados y sin dejar de temblar—. ¿Qué me has dado?

—Estricnina.

—Lo que yo te di a ti —comentó Matt—. Vaya lío, ¿no crees?

—Mientes, Matt —imploró Jim—. No me has envenenado, ¿verdad que no?

—Claro que sí, Jim, aunque no te he dado una sobredosis. Lo cociné, para que no se notara, en la mitad de tu solomillo. ¡Alto! ¿A dónde vas?

Jim se había lanzado hacia la puerta y estaba descorriendo los cerrojos. Matt se interpuso y lo apartó.

—Voy a la farmacia —jadeó Jim—. A la farmacia.

—No, de eso nada. Te quedarás aquí. Nada de huir y montar el numerito del envenenado en la calle. No con todas esas joyas bajo la almohada, ¿entiendes? Aunque te libraras de la muerte, estarías en las manos de la Policía y tendrías que dar muchas explicaciones. Lo mejor para el veneno es un emético. Yo estoy tan mal como tú y voy a tomarme un emético. Además, en la farmacia es lo único que te darían.

Empujó a Jim hasta el centro de la habitación y puso los cerrojos en su sitio. Mientras se acercaba al estante de la comida se pasó la mano por la frente y se limpió las gotas de sudor. Se oyó su repiqueteo en el suelo. Jim observó, agonizante, cómo Matt cogía la lata de la mostaza y una taza y corría hacia el fregadero. Llenó una taza con mostaza y agua y se la bebió de un sorbo. Jim lo había seguido y, con manos temblorosas, intentó hacerse con la taza vacía. Matt volvió a apartarlo. Mientras mezclaba una segunda taza, preguntó:

—¿Crees que a mí me llegaría con una sola taza? Espera a que termine.

Jim empezó a tambalearse en dirección a la puerta, pero Matt lo retuvo.

—Si juegas con esa puerta, te retuerzo el pescuezo, ¿estamos? Podrás tomártelo cuando yo haya terminado. Y si te salva, te retorceré el pescuezo de todos nodos. Ya no tienes ninguna oportunidad. Te he dicho muchas veces lo que te pasaría si me la jugabas.

—Pero tú también me la has jugado —articuló Jim tras un esfuerzo enorme.

Matt estaba bebiendo su segunda taza y no contestó. El sudor se había metido en los ojos de Jim y casi no veía el camino hasta la mesa, donde cogió otra taza para él. Pero Matt mezclaba ya una tercera poción y, como antes, lo echó de allí.

—Te dije que esperaras a que terminase —gruñó Matt—. No incordies.

Jim buscó apoyó para su cuerpo, que no paraba de contraerse, en el borde del fregadero, mientras anhelaba el brebaje amarillento que representaba la vida. Se mantuvo en pie, agarrado al fregadero, por pura fuerza de voluntad. Su carne luchaba por obligarlo a retorcerse de dolor y echarlo al suelo. Matt se bebió la tercera taza y, con dificultad, logró acercarse a una silla y sentarse. Empezaba a superar el primer ataque. Los espasmos que lo afligían se desvanecían ya. Ese buen efecto lo achacó al agua con mostaza. En cualquier caso, estaba a salvo. Se limpió el sudor del rostro y, durante el intervalo de calma, se dejó llevar por la curiosidad. Miró a su socio.

Un espasmo había logrado arrancar la lata de la mostaza de las manos de Jim y derramar su contenido por el suelo. Se agachó para recoger parte de la mostaza con la taza y el siguiente espasmo lo dejó tirado en el piso. Matt sonrió.

—No te rindas —lo animó—. Es el remedio. A mí me ha curado.

Jim lo oyó y giró hacia él un rostro afligido, retorcido por el sufrimiento y la súplica. Los espasmos se producían sin descanso y terminaron en convulsiones que lo hicieron rodar sobre el suelo, el rostro y el cabello amarillos de mostaza.

Matt dejó escapar una risa ronca al verlo, pero su carcajada se quebró a la mitad. Un temblor se apoderó de su cuerpo. Daba comienzo un nuevo ataque. Se levantó y caminó como pudo hasta el fregadero donde intentó, con los dedos, ayudar a que el emético hiciese efecto. Al final, se agarró al fregadero como había hecho Jim, dominado por el horror de acabar en el suelo.

El ataque del otro había pasado y se sentó sobre el piso, débil y a punto de desmayarse, tan agotado que no podía ponerse de pie, la frente goteando sudor, los labios bordeados de una espuma amarilla por la mostaza en la que se había rebozado. Se frotó los ojos con los nudillos y de su garganta salieron gemidos como lloriqueos.

—¿Por qué gimoteas? —preguntó Matt a pesar de su agonía—. Solo tienes que morirte. Y cuando te mueras, estarás muerto.

—No… gimoteo… es… la… mostaza… que… me… pica… en… los… ojos —jadeó Jim con una lentitud desesperante.

Fue su último intento fructífero por hablar. Después farfulló incoherencias mientras gesticulaba con los brazos temblorosos, hasta que un nuevo ataque lo dejó postrado en el suelo.

Matt regresó como pudo a la silla y, encogido sobre ella, rodeando las rodillas con los brazos, luchó con la carne que se desintegraba. Salió de la convulsión sereno y débil. Miró para ver cómo le iba al otro y vio que yacía inmóvil.

Intentó monologar, mostrarse guasón, reírse por última vez de la vida, pero sus labios solo emitieron sonidos incoherentes. Se le ocurrió pensar que el emético había fallado y que no le quedaba más solución que la farmacia. Miró hacia la puerta y se puso en pie. Se libró de caerse apoyándose en la silla. Había dado comienzo otro ataque. En medio del ataque, con su cuerpo y todos sus miembros moviéndose por su cuenta, retorciéndose y agarrotándose, se agarró a la silla y la empujó por delante de él para así cruzar la estancia. Cuando llegó a la puerta, los últimos rastros de voluntad lo abandonaban ya.

Giró la llave en la cerradura y abrió un cerrojo. Se peleó con el segundo, pero fracasó. Luego apoyó todo su peso en la puerta y fue resbalando, poco a poco, hasta el suelo.

[1906]



Goliat

En 1924 —para ser exactos, la mañana del 3 de enero—, la ciudad de San Francisco se despertó para leer en uno de sus diarios una curiosa carta recibida por Walter Bassett y que, evidentemente, había sido escrita por algún excéntrico. Walter Bassett era el más importante magnate de la industria al oeste de las Rocosas y uno de los miembros del pequeño grupo que controlaba la nación en todo, aunque sin que fuese del dominio público. Por eso era el destinatario de las elucubraciones de incontables chalados; pero esta en concreto resultaba tan distinta al resto de cartas similares que, en lugar de echarla a la papelera, se la había entregado a un periodista. La firmaba Goliat y el remite indicaba que su dirección era Palgrave Island. La carta decía lo siguiente:

> Sr. D. Walter Bassett
>
> Estimado señor:
>
> Le invito, junto a nueve de sus colegas magnates de la industria, a que me visite aquí, en mi isla, a fin de estudiar distintos planes para la reconstrucción de la sociedad sobre una base más racional. Hasta el momento presente, la evolución social ha sido algo que avanza a ciegas, sin objetivos, torpe. Ha llegado el momento de que se produzca un cambio. El hombre ha pasado del cieno vitalizado del mar primigenio al dominio de la materia, pero aún no ha dominado la sociedad. El hombre es hoy tan esclavo de su estupidez colectiva como hace cien mil generaciones era esclavo de la materia.
>
> Existen dos métodos teóricos por los que el hombre podría convertirse en el amo de la sociedad y transformarla en un recurso inteligente y eficaz para la búsqueda y captura de la felicidad y la risa. La primera teoría anticipa la proposición de que ningún Gobierno puede ser más sabio o mejor que la gente que lo compone; que la reforma y el desarrollo deben surgir del individuo; que mientras los individuos se conviertan en alguien

más sabio y mejor, en la misma proporción su Gobierno será más sabio y mejor; resumiendo, que la mayoría de los individuos deben ser más sabios y mejores antes de que su Gobierno lo sea también. Las turbas, las convenciones políticas, la brutalidad abismal y la ignorancia estúpida de todas las concurrencias de gentes indican que esa teoría no es cierta. En una turba, la inteligencia colectiva y la compasión son las de los miembros más brutales y menos inteligentes que la componen. Por otro lado, mil pasajeros se rendirían a la sabiduría y discreción del capitán si su barco se topa con una tormenta en alta mar. En ese caso, él es el más sabio y experimentado de todos.

La segunda teoría presenta la proposición de que la mayoría de las personas no son pioneras, que la inercia de lo establecido las lastra; que el Gobierno representativo de ellas representa solo su debilidad, futilidad e incultura; que eso que avanza a ciegas y que se llama Gobierno no es siervo de sus voluntades, sino que son ellas las siervas de él; en resumen, hablando siempre de la masa, sus miembros no hacen al Gobierno, sino que el Gobierno los hace a ellos y ese Gobierno es y ha sido un monstruo estúpido y horrendo, indiferente a los atisbos de inteligencia que proceden de la masa aplastada por la inercia.

Personalmente, me inclino por la segunda teoría. Además, soy un impaciente. Durante cien mil generaciones, desde los primeros grupos sociales de nuestros antepasados salvajes, el Gobierno siempre ha sido un monstruo. Hoy, la masa aplastada por la inercia se ríe menos que nunca. A pesar del dominio del hombre sobre la materia, el sufrimiento, la miseria y la degradación humana deslucen la belleza del mundo.

Por lo tanto, he decidido dar un paso al frente y nombrarme, durante un tiempo, capitán del barco que es nuestro mundo. Poseo la inteligencia y el amplio punto de vista del experto cualificado. Además, tengo poder. Me obedecerán. Los hombres de todo el mundo cumplirán mis órdenes y formarán gobiernos para convertirse en creadores de risa. Esos gobiernos ejemplares que tengo en mente no harán a la gente feliz, sabia y noble por decreto, pero ofrecerán la oportunidad de ser feliz, sabio y noble.

He hablado. Le invito a usted, y a nueve de sus colegas magnates, a deliberar conmigo. El tres de marzo el yate *Energon* zarpará de San Francisco. Se ruega que estén a bordo la noche anterior. Esto es serio. Una mano fuerte ha de llevar, durante un tiempo, los asuntos del mundo. La mía es esa mano fuerte. Si decide no acudir a mi convocatoria, morirá. Francamente, no espero que obedezca. Pero su muerte por no obedecer provocará la obediencia de aquellos a los que convoque después. Usted habrá cumplido un propósito. Y, por favor, recuerde que no poseo un sentimentalismo poco científico sobre el valor de la vida humana. En lo más profundo de mi conciencia llevo siempre los innumerables billones de vidas que podrán reír y ser felices sobre la tierra en eones futuros.

Atentamente, para la reconstrucción de la sociedad,

GOLIAT

La publicación de esta carta no causó, siquiera, diversión entre la gente de la zona. Es posible que algunos sonrieran para sí mismos al leerla, pero resultaba tan evidente que era obra de un excéntrico que nadie se molestó en hablar de ella. No despertó interés hasta la mañana siguiente. Un despacho de Associated Press a los Estados de la Costa Este, seguido de las entrevistas realizadas por algunos reporteros curiosos, había sacado a la luz los nombres de los otros nueve magnates de la industria que habían recibido cartas similares sin darle suficiente importancia al asunto como para hacerlo público. Aunque el interés despertado no fue mucho y se habría desvanecido enseguida si Gabberton no hubiese caricaturizado a un aspirante crónico a la presidencia como Goliat. Entonces surgió la canción que se interpretó entre risas de mar en mar, junto con el refrán «Goliat te pillará si no tienes cuidado».

Transcurrieron las semanas y se olvidó el incidente. Walter Bassett también lo había olvidado, pero la noche del 22 de febrero el cobrador del puerto lo llamó por teléfono. «Solo quería decirle —comentó— que el yate *Energon* ha llegado y fondeado en la corriente junto al muelle siete».

Walter Bassett nunca divulgó lo ocurrido esa noche. Pero se sabe que se acercó en su coche al puerto, alquiló una de las lanchas de Crowley y subió a bordo del yate desconocido. También se sabe que cuando regresó a tierra, tres horas después, de inmediato envió un manojo de telegramas a sus nueve

colegas magnates de la industria que habían recibido las cartas de Goliat. Todos decían lo mismo: «Ha llegado el yate *Energon*. Esto tiene miga. Te aconsejo que vengas».

Se rieron de Bassett por sus molestias. Fue una carcajada enorme que no paró de aumentar (porque sus telegramas se habían hecho públicos), y la canción popular sobre Goliat revivió y se volvió más popular que nunca. Caricaturizaron y satirizaron a Goliat y a Bassett sin piedad, el primero, como el viejo del mar, subido al cuello del segundo. Las risas se extendían por los clubes y los círculos sociales, se volvían contenidamente alegres en las columnas de los periódicos y estallaban en carcajadas escandalosas en los semanarios cómicos. También tuvo su parte seria y la cordura de Bassett resultó muy firmemente cuestionada por muchos, en especial por sus socios en los negocios.

Bassett siempre había tenido mal genio y, tras enviar la segunda tanda de telegramas a sus colegas magnates y que volvieran a reírse de él, guardó silencio. En ese segundo envío les decía: «Ven, te lo ruego. Si valoras tu vida, ven». Organizó sus negocios para que soportaran su ausencia y la noche del 2 de marzo subió a bordo del Energon. El yate, sin nada que ocultar, zarpó a la mañana siguiente. Y, a la siguiente, los vendedores de prensa de todas las ciudades, grandes y pequeñas, gritaban: «¡Extra, extra!».

Según el argot del momento, Goliat había entregado la mercancía. Los nueve magnates de la industria que no habían aceptado su invitación estaban muertos. Una especie de violenta desintegración de los tejidos fue el resultado de las diversas autopsias realizadas a los cuerpos de los millonarios asesinados; aunque los cirujanos y médicos (habían participado los más cualificados y expertos del país) no se arriesgaban a afirmar que hubiesen sido asesinados. Y mucho menos se arriesgarían a rematar su conclusión con un «a manos de cómplices desconocidos». Aquello resultaba demasiado misterioso. Se bloquearon. Su credulidad científica se vino abajo. En todo el ámbito científico no tenían ni una sola garantía para creer que una persona anónima de Palgrave Island hubiese asesinado a los pobres caballeros.

Sin embargo, enseguida se enteraron de una cosa: que Palgrave Island no era un mito. Aparecía en los mapas y los navegantes la conocían bien porque se encontraba en el meridiano 160 oeste, justo donde se cruzaba con el paralelo 10 norte, a solo unas pocas millas de Diana Shoal. Como las islas Midway y Fanning, Palgrave Island estaba aislada y era de formación volcánica y coralina. Además, se encontraba inhabitada. En 1887 un barco de reconocimiento había visitado el lugar e informado de la existencia de varios

manantiales y de un buen puerto al que resultaba muy peligroso acercarse. Eso fue todo cuanto se supo de la diminuta mota de tierra que pronto se convertiría en el centro de atención del mundo entero.

Goliat guardó silencio hasta el 24 de marzo. Ese día, por la mañana, los periódicos publicaron su segunda carta, cuyas copias habían recibido los diez principales políticos de Estados Unidos: diez figuras prominentes del mundo de la política, conocidas convencionalmente como estadistas. La carta, con el mismo remite de la anterior, decía lo siguiente:

> Estimado señor:
>
> He hablado en un tono que no deja lugar a dudas. Deben obedecerme. Puede tomárselo como una invitación o un emplazamiento, pero si desea continuar pisando este mundo y riéndose, se encontrará a bordo del yate *Energon*, en el puerto de San Francisco, antes del anochecer del 5 de abril. Deseo y ordeno que conferencie conmigo aquí, en Palgrave Island, acerca de reconstruir la sociedad sobre una base racional.
>
> No me malinterprete cuando le digo que tengo una teoría. Deseo poner en marcha dicha teoría, para lo cual solicito su cooperación. En mi teoría, las vidas no son más que peones; me ocupo de una gran cantidad de vidas. Busco la risa y quienes obstaculicen su camino deben perecer. Es un juego importante. Hoy en día, en el planeta hay mil quinientos millones de vidas humanas. Comparada con ellas, ¿qué es su única vida? Nada, según mi teoría. Y recuerde que yo detento el poder. Recuerde que soy científico y que una vida o un millón de vidas no significan nada para mí si frente a ellas situamos los incontables millones de millones de vidas de las generaciones por venir. Si quiero reconstruir ahora la sociedad es para lograr que rían. Y, en comparación con ellas, su triste vida es pura miseria.
>
> Quien detenta el poder puede dar órdenes a los demás. Gracias a esa estratagema militar conocida como falange, Alejandro conquistó su parte del mundo. Gracias a ese
>
> artilugio químico, la pólvora, Cortés y sus varios cientos de degolladores conquistaron el imperio de Moctezuma. Yo ahora poseo un artilugio que es solo mío. En el curso de un siglo no se realizan más de media docena de descubrimientos o inventos fundamentales. Yo he inventado uno de ellos. Su posesión me garantiza el dominio del mundo. Utilizaré dicho invento no para

su explotación comercial, sino para el bien de la humanidad. Para eso necesito ayuda: apoderados voluntarios, obreros obedientes; y soy lo bastante fuerte como para imponerles que me sirvan. Sigo el camino más corto, aunque no tengo prisa. No estropearé mi ritmo apresurándome.

El incentivo del beneficio material hizo que el hombre dejara de ser un salvaje y se convirtiera en el semibárbaro que es hoy. Ese incentivo ha sido una estrategia útil para el desarrollo del ser humano, pero ya ha cumplido su función y está listo para ser arrojado al montón de descartes de vestigios rudimentarios como las branquias o la creencia en el derecho divino de los reyes. Por supuesto, usted no opina así, pero no creo que eso le impida ayudarme a arrojar el anacronismo al montón de la chatarra. Porque le aseguro que ha llegado el momento en que la comida, el alojamiento y otras cosas igual de desagradables se habrán automatizado y serán tan gratis, sencillas y de acceso involuntario como el aire. Yo las automatizaré gracias a mi descubrimiento y al poder que me confiere. Y si la comida y el alojamiento se automatizan, el incentivo del beneficio material desaparece para siempre del mundo. Si el alimento y la vivienda quedan automatizados, imperarán incentivos más elevados de forma universal. Los incentivos intelectuales, estéticos y espirituales tenderán a desarrollar y aportar belleza y nobleza al cuerpo, a la mente y al espíritu. Entonces la risa y la felicidad dominarán el mundo. Reinará la risa universal.

Atentamente, para que llegue ese día,

GOLIAT

El mundo seguía sin creer. Los diez políticos se encontraban en Washington, por lo que no contaron con la oportunidad para convencerse con la que había contado Bassett y ni uno de ellos se molestó en viajar hasta San Francisco a fin de buscarla. En cuanto a Goliat, la prensa lo aclamó como un nuevo Tom Lawson —el hombre que quiso reformar la Bolsa— con una nueva panacea; y hubo especialistas en enfermedades mentales que, tras analizar las cartas de Goliat, demostraron sin lugar a dudas que era un loco.

El yate *Energon* llegó al puerto de San Francisco la tarde del 5 de abril y Bassett bajó a tierra. Pero el *Energon* no zarpó al día siguiente, porque ni uno

de los diez políticos convocados había elegido viajar a Palgrave Island. Sin embargo, ese día los vendedores de periódicos gritaron: «¡Extra, extra!» en todas las ciudades. Los diez políticos estaban muertos. El yate, pacíficamente anclado en el puerto, se convirtió en el centro de un interés nervioso. Se vio rodeado de una flotilla de lanchas y botes de remos, y muchos remolcadores y vapores hacían excursiones para verlo. Aunque mantenían a raya a la muchedumbre, permitieron que las autoridades, e incluso los periodistas, subiesen a bordo. El alcalde de San Francisco y el jefe de la Policía dijeron que allí no había nada sospechoso, y las autoridades portuarias anunciaron que tenía los papeles en regla, hasta el último detalle. En la prensa aparecieron muchas fotografías y artículos descriptivos.

Se dijo que la tripulación se componía principalmente de escandinavos: suecos de cabello claro y ojos azules, noruegos aquejados del carácter melancólico de su raza, imperturbables finlandeses de origen ruso y una pizca de norteamericanos e ingleses. Se comentó que no había nada voluble o frívolo en ellos. Parecían hombres de peso, oprimidos por una integridad triste e imperturbable, algo simplona. Todos ellos se caracterizaban por su formal seriedad y gran certidumbre. Eran hombres sin nervios y sin miedo, como si una fuerza irresistible los defendiese o una mano sobrehumana los llevase en el hueco formado por su palma. El capitán, un norteamericano de rasgos fuertes y ojos tristes, fue caricaturizado en la prensa como Gloomy Gus (el héroe pesimista del suplemento de tiras cómicas).

Algún capitán reconoció en el *Energon* al *Scud*, propiedad en el pasado de Merrivale, socio del Club de Yates de Nueva York. Tras eso, enseguida se averiguó que el *Scud* había desaparecido varios años antes. El agente que lo vendió dijo que el comprador había sido otro agente, un hombre al que no había visto ni antes ni después de la venta. El yate había sido remodelado en los astilleros Duffey, en Nueva Jersey. En esa época se produjo el cambio de nombre y de matrícula, que se formalizó según la ley.

Mientras, Bassett se estaba volviendo loco; al menos eso decían sus amigos y socios. Se mantenía alejado de su enorme cantidad de empresas y negocios y afirmaba que debía contenerse hasta que los demás dueños del mundo se uniesen a él para llevar a cabo la reconstrucción de la sociedad: prueba irrefutable de que Goliat le había contagiado su locura. En opinión de los periodistas, tenía poco que decir. Según él mismo confesaba, no podía revelar lo que había visto en Palgrave Island, pero les aseguraba que el asunto era serio, lo más serio que había ocurrido jamás. Lo último que dijo fue que el mundo estaba a punto de dar un vuelco, no sabía si para bien o para mal pero,

fuera como fuese, estaba absolutamente convencido de que el cambio se produciría. En cuanto a los negocios, que se fueran al diablo. Había visto cosas, sí, y eso era lo único importante.

Durante ese período se produjeron muchos contactos telegráficos entre los funcionarios federales de la zona y los departamentos de Estado y de Defensa en Washington. Una tarde, a última hora y en secreto, se intentó abordar el *Energon* y arrestar a su capitán, después de que el ministro de justicia hubiese opinado que podían acusar al capitán del asesinato de los diez estadistas. La lancha del Gobierno abandonó el muelle de Meigg y puso rumbo al *Energon*, y esa fue la última vez que se vio a la lancha y a los hombres que iban en ella. El Gobierno intentó mantener el asunto en secreto, pero las familias de los desaparecidos destaparon lo ocurrido y los periódicos se llenaron de versiones monstruosas.

Entonces el Gobierno recurrió a medidas extremas. El acorazado *Alaska* recibió órdenes de capturar al extraño yate o, en caso de no lograrlo, hundirlo; pero miles de ojos, desde la costa y las distintas embarcaciones del puerto, presenciaron lo que ocurrió aquella tarde. El acorazado zarpó y avanzó despacio rumbo al *Energon*. Cuando se encontraba a media milla de distancia, el acorazado estalló, sin más, de repente, eso fue todo: su armazón destrozado se fue a pique en la bahía mientras algunos restos del naufragio y unos pocos supervivientes se dispersaban por la superficie. Entre los supervivientes había un joven teniente que se ocupaba de la telegrafía a bordo del *Alaska*. Los periodistas llegaron antes a él y habló. Dijo que, nada más zarpar el *Alaska*, habían recibido un mensaje del *Energon*. Estaba en código internacional y era una advertencia al *Alaska*, para que no se acercara a más de media milla. De inmediato había enviado el mensaje al capitán, a través del tubo acústico. No sabía nada más, excepto que el *Energon* repitió dos veces más el mensaje y que la explosión tuvo lugar cinco minutos después. El capitán del *Alaska* pereció junto con su navío y no hubo forma de obtener más información.

Sin embargo, El *Energon* enseguida levó anclas y se dirigió a mar abierto. La prensa puso el grito en el cielo, acusó al Gobierno de cobardía e indecisión en su trato con un simple yate de placer y un lunático que se llamaba a sí mismo Goliat, y exigió que se actuara de forma inmediata y decidida. También se quejaron de la pérdida de vidas, sobre todo por la injustificada muerte de los diez estadistas. Goliat no tardó en responder. De hecho, lo hizo tan pronto que los expertos en telegrafía sin hilos anunciaron que, como resultaba imposible enviar mensajes de ese tipo a una distancia tan grande, Goliat se encontraba entre ellos y no en Palgrave Island. La carta de Goliat

fue enviada a la Associated Press por un chico al que habían contratado en la calle. Decía lo siguiente:

> ¿Qué son unas pocas vidas miserables? En vuestras guerras descabelladas destruís millones de vidas y no os importa. En vuestra lucha comercial y fratricida matáis incontables niños, mujeres y hombres, y triunfalmente llamáis al desastre «individualismo». Yo lo llamo anarquía. Voy a poner fin a vuestra indiscriminada destrucción de los seres humanos. Quiero risas, no matanzas. Aquellos que os interpongáis en el camino de la risa acabaréis masacrados.
>
> Vuestro Gobierno pretende engañaros diciendo que la pérdida del *Alaska* fue un accidente. Sabed, aquí y ahora, que el *Alaska* fue destruido siguiendo mis órdenes. En pocos meses, todos los acorazados de todos los mares serán destruidos o convertidos en chatarra, y todas las naciones se desarmarán; las fortalezas quedarán desmanteladas, los ejércitos disueltos y en la tierra no habrá más guerras. Yo tengo el poder. Soy la voluntad de Dios. El mundo entero me rendirá vasallaje, pero será un vasallaje de paz.
>
> SOY GOLIAT

«¡Hay que borrar Palgrave Island del mapa!», fue la respuesta en titulares de la prensa. El Gobierno pensaba lo mismo y ordenó reunir la flota. Walter Bassett protestó infructuosamente y decidió callarse cuando lo amenazaron con declararlo enfermo mental. Goliat guardó silencio. Enviaron cinco flotas grandes contra Palgrave Island: la escuadra asiática, la del Pacífico Sur, la del Pacífico Norte, la del Caribe y la mitad de la escuadra del Atlántico Norte, estas dos últimas a través del Canal de Panamá.

> «Tengo el honor de comunicar que avistamos Palgrave Island al anochecer del 29 de abril», decía el informe del capitán Johnson, del acorazado *North Dakota*, al secretario de Marina. «La escuadra asiática se retrasó y no llegó hasta la mañana del día 30. Los almirantes celebraron un consejo y decidieron atacar a primera hora del día siguiente. El destructor *Swift VII* se acercó con sigilo, sin que nadie lo molestase, e informó de que en la isla no se apreciaban preparativos para la

guerra. Detectó varios vapores mercantes pequeños en el puerto y la existencia de una aldea en una posición muy expuesta, fácil de arrasar por nuestro fuego.

Se decidió que todos los buques se precipitasen diseminados sobre la isla y abriesen fuego a tres millas de distancia mientras continuaban hasta el borde del arrecife, donde reharían la formación y entablarían batalla. Desde Palgrave Island nos advirtieron repetidamente, por telegrafía y en el código internacional, que no superásemos el límite de las diez millas; pero dichas advertencias no se tuvieron en cuenta.

El *North Dakota* no participó en las actividades del 1 de mayo por la mañana. Esto se debió a un leve accidente, ocurrido la noche previa, que inutilizó temporalmente nuestro aparato de gobierno. El 1 de mayo amaneció despejado y en calma. Soplaba una ligera brisa del sudoeste que enseguida se desvaneció. El *North Dakota* permaneció a doce millas de la isla. A la señal, las escuadras se lanzaron hacia la isla a toda velocidad y desde todas las direcciones. Nuestro telégrafo sin hilos continuaba emitiendo advertencias realizadas desde la isla. Traspasaron el límite de las diez millas y no ocurrió nada. Observé a través de los prismáticos. Tampoco ocurrió nada a cinco millas, ni a cuatro. A tres millas el *New York*, en vanguardia a nuestro lado de la isla, abrió fuego. Solo disparó una vez. Después estalló. El resto de los buques no llegaron ni a disparar. Empezaron a estallar por todas partes, delante de nuestros ojos. Algunos maniobraron bruscamente para retroceder, pero no lograron escapar. El destructor *Dart XXX* estaba a punto de alcanzar el límite de las diez millas cuando voló por los aires. El *North Dakota* no sufrió daño alguno y esa noche, tras reparar la avería en el timón, di la orden de poner rumbo a San Francisco».

Decir que los Estados Unidos se quedaron atónitos es revelar la incompetencia del lenguaje. El mundo entero se quedó atónito. Se enfrentaba a esa plaga del cerebro humano que es lo que no tiene precedentes, lo inaudito. El esfuerzo humano era una broma, una inutilidad monstruosa, si un chalado en una isla solitaria, propietario de un yate y una aldea desprotegida, podía destruir cinco de las flotas más espléndidas de la cristiandad. ¿Cómo lo había hecho? Nadie lo sabía. Los científicos se arrojaron al polvo del camino

común para lamentarse y farfullar. No lo sabían. Los expertos militares se suicidaron a decenas. El poderoso tejido de la guerra al que habían dado forma era un velo de gasa rasgado y hecho pedazos por un mísero loco. Resultó demasiado para la cordura de todos ellos. La simple razón humana no podía soportar semejante conmoción. Como el salvaje es aplastado por los juegos de manos del hechicero, el mundo fue aplastado por la magia de Goliat. ¿Cómo lo hizo? Ese era el horrible rostro de lo Desconocido, al que el mundo entero miraba y se dejaba asustar por él debido a los recuerdos de sus logros más satisfactorios.

Aunque no todo el mundo se quedó atónito. Se produjo la excepción invariable: la isla-imperio de Japón. Ebrios del vino del éxito ingerido a grandes tragos, sin supersticiones y sin fe en nada que no fuese su propia estrella ascendente, riéndose del naufragio de la ciencia y rebosantes de orgullo de raza siguieron el camino de la guerra. La flota norteamericana había sido destruida. Desde las almenas celestiales, las multitudinarias sombras ancestrales de Japón se inclinaron para mirar hacia abajo. La oportunidad, otorgada por la gracia divina, había llegado. El mikado era, sin duda alguna, hermano de los dioses.

Dejaron libres, en flotas poderosas, a los monstruos de la guerra japoneses. Se apoderaron de las Filipinas con la facilidad de un niño que recoge un ramillete de flores. Los acorazados tardaron algo más en llegar a Hawái, Panamá y la costa del Pacífico. El pánico dominó Estados Unidos y surgió el poderoso partido de la paz deshonrosa. En medio del clamor, el *Energon* llegó a la bahía de San Francisco y Goliat volvió a hablar. Cuando el *Energon* entró se produjo algún que otro roce y se oyeron unas cuantas explosiones de polvorines en las colinas excavadas de túneles para la guerra, mientras las defensas costeras estallaban en mil pedazos. Además, la voladura de las minas submarinas en el estrecho Golden Gate se convirtió en un espectáculo impresionante. El mensaje de Goliat a la gente de San Francisco, como siempre remitido desde Palgrave Island, se publicó en los periódicos. Decía:

> ¿Paz? La paz sea con vosotros. Tendréis paz. Ya antes he hablado al respecto. Os daré paz. Dejad tranquilo mi yate, el *Energon*. Realizad un solo acto ostensible en su contra y no quedará en pie ni una sola piedra en todo San Francisco.
>
> Mañana, que todos los buenos ciudadanos salgan a las colinas y las desciendan hasta el mar. Llevad música, risas y guirnaldas. Celebrad la nueva era que despierta. Sed como

niños en vuestras laderas y presenciad el deceso de la guerra. No perdáis la ocasión. Es vuestra última oportunidad de presenciar algo que a partir de ahora tendréis que buscar en los museos o los anticuarios.

Con la promesa de un día feliz,

GOLIAT

La locura de la magia impregnaba el aire. Para la gente era como si todos los dioses se hubieran desplomado y los cielos continuasen en lo alto. El universo se había quedado sin su orden o sus leyes, pero el sol aún brillaba, soplaba el viento y las flores se abrían; eso era lo más asombroso. Que el agua continuase corriendo colina abajo era un milagro. Todo lo que ofrecía estabilidad a la mente humana y a los logros del hombre se desmoronaba. Lo único estable que resistía era Goliat, un loco en una isla. Así fue cómo toda la población de San Francisco se lanzó al día siguiente a las colinas que daban al mar, en medio de una fiesta colosal. Había bandas de música con pancartas, carritos que vendían cerveza y grupos de catequesis que iban de excursión: todas las agrupaciones extrañas y heterogéneas de la multitudinaria vida de una metrópolis.

Desde el mar se alzaba el humo de las chimeneas de cien barcos de guerra hostiles que convergían en dirección al estrecho Golden Gate, indefenso y desamparado. Aunque no del todo, porque cruzando el Golden Gate hacia el exterior se divisaba al *Energon*, un diminuto juguete blanco, moviéndose como una pajita en el fuerte oleaje del bajío, donde la brisa veraniega empujaba la bajamar con fuerza. Pero los japoneses se mostraron cautos. Sus acorazados de treinta y cuarenta mil toneladas redujeron la marcha a media docena de millas de la costa y realizaron pesadas maniobras, mientras unos diminutos barcos de reconocimiento (esbeltos destructores de seis chimeneas) continuaban avanzando y cortando, enfurecidos, el mar destellante como si fuesen tiburones. Aunque comparados con el *Energon*, eran leviatanes. Comparado con ellos, el *Energon* era la espada del arcángel Miguel y ellos, los predecesores de las huestes del infierno.

Pero las buenas gentes de San Francisco que ocupaban las colinas no llegaron a ver el brillo de dicha espada. Misteriosa, invisible, hendió el aire y asestó los golpes más potentes jamás presenciados. Las buenas gentes de San Francisco vieron poco y entendieron aún menos. Solo percibieron un millón y medio de toneladas de estructuras que partían en dos el mar y volaban atronadoras, primero arrojadas contra el cielo y luego al descender para

hundirse en el océano. Todo ocurrió en cinco minutos. Sobre la amplia extensión de mar solo quedó el *Energon*, moviéndose blanco, como un juguete, en el bajío.

Goliat habló al mikado y a los estadistas ancianos. Se trató de un simple telegrama, enviado desde San Francisco por el capitán del *Energon*, pero resultó suficiente para que, de inmediato, Japón se retirase de las Filipinas y replegase del mar el resto de su flota superviviente. Japón, la escéptica, se había convertido. Había sentido el peso del brazo de Goliat. Obedeció dócilmente cuando Goliat le ordenó desmantelar sus buques de guerra y convertir el metal en aparatos útiles para las artes de la paz. En todos los puertos, astilleros, talleres y fundiciones de Japón decenas de miles de artesanos convirtieron los monstruos de la guerra en miríadas de cosas aprovechables, como rejas de arado (Goliat insistió en ello), motores de gasolina, apuntalamientos para puentes, cableado para teléfono y telégrafo, raíles de acero, locomotoras y material rodante para ferrocarriles. Fue una penitencia general para que la viese el mundo entero y lo cierto es que hizo que pareciera insignificante aquella primera penitencia a la que un Papa sometió a un emperador, descalzo sobre la nieve, debido a su lucha por el poder temporal**[11]**.

A continuación, Goliat convocó a los diez científicos más importantes de Estados Unidos. Ya no dudaron en obedecer. Los eruditos fueron increíblemente puntuales y algunos de ellos incluso esperaron en San Francisco durante más de una semana para no perderse la fecha de partida estipulada. Zarparon en el *Energon* el 15 de junio y mientras navegaban rumbo a Palgrave Island, Goliat realizó otra hazaña espectacular. Alemania y Francia se preparaban para lanzarse la una a la yugular de la otra. Goliat ordenó que hubiese paz. Ignoraron la orden y tácitamente acordaron luchar en tierra, donde a los beligerantes les parecía estar más seguros. Goliat estableció el 19 de junio como fecha límite para el cese de los preparativos hostiles. Ambos países movilizaron sus ejércitos el 18 de junio y los enviaron a la frontera común. El 19 de junio Goliat golpeó. Aquel día murieron todos los generales, secretarios de guerra y líderes patrioteros de los dos países; y aquel día dos ejércitos inmensos, sin nadie que los guiase, como ovejas descarriadas, cruzaron las fronteras y confraternizaron. Pero más tarde se supo que el gran señor de la guerra alemán había escapado al ocultarse en la enorme caja fuerte donde se almacenaban los archivos secretos de su imperio. Cuando salió se mostró muy arrepentido y, al igual que el mikado de Japón,

se dispuso a trabajar para convertir las hojas de sus espadas en rejas de arado y podadoras.

Sin embargo, la salvación del emperador alemán demostró ser de gran importancia. Los científicos de todo el mundo se armaron de valor, recuperaron la calma. Una cosa resultaba evidente: el poder de Goliat no era mágico. La ley continuaba reinando en el universo. El poder de Goliat tenía sus límites, de lo contrario el emperador alemán no se habría escapado ocultándose en secreto en una caja fuerte de acero. En las revistas aparecieron muchos artículos especializados sobre el tema.

Los diez científicos regresaron de Palgrave Island el 6 de julio. Inmensos pelotones policiales los protegieron de los periodistas. No, no habían visto a Goliat, dijeron en la única entrevista oficial que concedieron, pero habían hablado con él y habían visto cosas. No se les permitía exponer claramente todo lo que habían visto y oído, pero podían decir que el mundo estaba a punto de vivir una revolución. Goliat contaba con un descubrimiento extraordinario que ponía al mundo en sus manos y, por suerte, Goliat era compasivo. Los diez científicos viajaron directamente a Washington en un tren especial y allí se encerraron durante varios días con los jefes del Gobierno, mientras el país contenía la respiración a la espera del resultado.

Pero el resultado tardó mucho en llegar. Desde Washington, el presidente dictó órdenes a los jefes y figuras destacadas de la nación. Todo era secreto. Día a día llegaban delegaciones de banqueros, magnates del ferrocarril y la industria y jueces del Tribunal Supremo. Llegaban para quedarse. Fueron transcurriendo las semanas hasta que, el 25 de agosto, dio comienzo la famosa emisión de proclamas. El Congreso y el Senado cooperaron con el presidente, mientras los jueces del Tribunal Supremo daban su aprobación y los magnates del dinero y la industria se mostraban de acuerdo. Se declaró la guerra a los dueños capitalistas de la nación. En todo Estados Unidos se proclamó la ley marcial. El poder supremo recayó sobre el presidente.

En un solo día se abolió el trabajo infantil en todo el país. Se hizo a través de un decreto y Estados Unidos contaba con su ejército para hacer que sus decretos se cumpliesen. Ese mismo día se envió a casa a todas las mujeres que trabajaban en las fábricas y se cerraron aquellas en las que se explotaba a los obreros. «¡Pero no obtendremos beneficios!», se lamentaron los mezquinos capitalistas. «¡Necios!», fue la respuesta de Goliat. «¡Como si lo importante en la vida fuesen los beneficios! Renunciad a vuestros negocios y a vuestra persecución de los beneficios». «¡Pero no hay nadie dispuesto a comprar nuestros negocios!», se quejaron. «Comprar y vender, ¿la vida no significa

nada más para vosotros?», contestó Goliat. «No tenéis nada que vender, entregad vuestros negocios caóticos y despiadados al Gobierno para que ellos se ocupen de organizados y dirigirlos de forma racional». Al día siguiente, por decreto, el Gobierno empezó a tomar posesión de todas las fábricas, tiendas, minas, barcos, ferrocarriles y tierras productivas.

La nacionalización de todos los medios de producción y distribución continuó a buen ritmo. De vez en cuando surgía algún que otro capitalista escéptico. Se les apresaba y enviaba a Palgrave Island y, cuando regresaban, siempre se mostraban de acuerdo con el Gobierno. Al poco tiempo el viaje a Palgrave Island resultó innecesario. Cuando alguien protestaba, los funcionarios respondían: «Goliat ha hablado», que era otra forma de decir «hay que obedecer».

Los magnates de la industria se convirtieron en jefes de departamento. Se descubrió que, por ejemplo, los ingenieros civiles trabajaban igual de bien empleados por el Gobierno que como lo habían hecho antes, empleados por la empresa privada. Se comprobó que los hombres de elevada capacidad ejecutiva no podían vulnerar su naturaleza. Eran tan capaces de no ejercitar sus capacidades ejecutivas como un cangrejo de evitar arrastrarse o un pájaro volar. Y así, el espléndido grupo de hombres que antes habían trabajado para sí mismos ahora lo hacían por el bien de la sociedad. La media docena de grandes directivos del tren cooperaron para organizar un sistema nacional de ferrocarriles que resultó asombrosamente eficaz. Nunca más hubo escasez de vagones. Esos directivos no eran los magnates ferroviarios de Wall Street, sino los que se habían ocupado del trabajo real, empleados por los magnates de Wall Street.

Wall Street estaba muerto. No se compraba, vendía o especulaba. Nadie tenía nada que comprar o vender. No había con qué especular. «Que los que juegan con los valores se pongan a trabajar», dijo Goliat. «Ofreced a los jóvenes que así lo deseen la posibilidad de aprender oficios útiles». «Que los vendedores ambulantes, dependientes, agentes publicitarios e inmobiliarios se pongan a trabajar», dijo Goliat; y cientos de miles de intermediarios y parásitos inútiles de otros tiempos se entregaron a profesiones de utilidad. Los cuatrocientos mil caballeros ociosos del país que hasta entonces habían vivido de rentas también se pusieron a trabajar. Luego desaparecieron un montón de hombres incapaces que ocupaban altos cargos, y lo curioso fue que sus propios compañeros se encargaron de desalojarlos. Se trataba de los políticos profesionales cuya sabiduría y poder consistía en manipular la maquinaria política y las corruptelas. Se acabó la corrupción. Al no haber intereses

privados que comprasen privilegios especiales, dejaron de ofrecerse sobornos a los legisladores y, por primera vez, los parlamentarios legislaron para el pueblo. Como resultado, los que eran eficaces, no en la corrupción sino en el arte de dirigir, se abrieron camino hacia las legislaturas.

Esa organización racional de la sociedad obtuvo resultados asombrosos. La jornada laboral era de ocho horas y aun así aumentó la producción. A pesar de las enormes mejoras permanentes y la inmensa cantidad de energía consumida en sistematizar el caos competitivo de la sociedad, la producción se dobló y triplicó. Aumentó el nivel de vida, pero el consumo no mantenía el ritmo de la producción. Por decreto, se fijó la edad de jubilación en cincuenta años, luego en cuarenta y nueve y después en cuarenta y ocho. El mínimo de edad para trabajar pasó de los dieciséis a los dieciocho años. La jornada de ocho horas se convirtió en siete y, en pocos meses, se redujo a cinco horas diarias.

Mientras, se captaron algunos indicios, no de la identidad de Goliat, sino de cómo había actuado y se había preparado para asumir el control del mundo. Se filtraron algunas cosas, se siguieron varias pistas y se ataron cabos que en apariencia no estaban relacionados entre sí. Se recordaron historias extrañas que hablaban de negros secuestrados en África, culis chinos y japoneses contratados que habían desaparecido de forma misteriosa, incursiones en islas solitarias de los Mares del Sur para llevarse a sus habitantes; noticias sobre yates y vapores mercantes misteriosamente adquiridos que habían desaparecido y cuyas descripciones remotamente encajaban con las de las embarcaciones que se habían apoderado de los orientales, los africanos y los isleños. La pregunta era: ¿De dónde había sacado Goliat la fuerza para la guerra? Y la respuesta inferida: Explotando a esos obreros secuestrados. Ellos eran quienes vivían en la aldea desprotegida de Palgrave Island. Con el producto de su trabajo se habían adquirido los yates y vapores mercantes que permitían a los agentes de Goliat infiltrarse en la sociedad y hacer cumplir sus voluntades. ¿Y cuál era el producto de su trabajo, que había proporcionado a Goliat la riqueza necesaria para llevar a cabo sus planes? Según proclamó la prensa, eran el radio, radiyte, radiosole, argatium, argyte y el misterioso golyte (que tan valioso había resultado ser en la metalurgia). Esos eran los nuevos compuestos, descubiertos en la primera década del siglo XX, que se utilizaron, comercial y científicamente, en gran cantidad durante la segunda década.

La naviera que transportaba fruta desde Hawái a San Francisco se consideró propiedad de Goliat. No era más que una conjetura, porque no se

descubrió que hubiese ningún otro propietario y los agentes que manipulaban los cargamentos de la naviera no eran más que agentes. Ya que nadie más poseía los barcos de la fruta, tenían que ser de Goliat. La cuestión es que *se filtró que precisamente esos barcos fruteros llevaban a San Francisco la mayor parte del suministro mundial de tan valiosos compuestos*. Que la cadena de suposiciones no estaba equivocada se demostró años después, cuando el Gobierno internacional del mundo liberó a los esclavos de Goliat y les concedió una pensión muy merecida. En ese momento se rompió el sello de confidencialidad que había mantenido cerradas las bocas de sus agentes y altos emisarios y quienes así lo decidieron revelaron buena parte del misterio de los métodos y la organización de Goliat. Sin embargo, sus ángeles de destrucción permanecieron mudos para siempre. Nunca se sabrá quienes fueron los hombres que acudieron a las alturas y mataron siguiendo sus órdenes. Porque matar, mataron, por medio de esa fuerza sutil y entonces misteriosa que Goliat había descubierto y llamado «energon».

Pero por entonces nadie sabía ni soñaba la existencia del energon, el pequeño gigante destinado a hacer el trabajo del mundo. Solo lo sabía Goliat y guardó muy bien el secreto. Ni sus agentes, que iban armados con él y que, en el caso del yate *Energon*, destruyeron una poderosa flota de acorazados haciendo explotar sus polvorines, sabían qué era esa fuerza potente y sutil ni cómo se fabricaba. Solo conocían uno de sus múltiples usos, el que Goliat les habían enseñado. Ahora sabemos bien que el radio, el radiyte, el radiosole y demás compuestos eran subproductos del energon que Goliat fabricaba a partir de la luz solar. Pero en aquel momento nadie comprendía qué era el energon y Goliat continuaba asombrando y dominando el mundo.

La telegrafía sin hilos era una de las cosas para las que se usaba el energon. Por eso Goliat podía comunicarse con sus agentes en todo el mundo. En aquel tiempo, el aparato necesario era tan burdo que no podía transportarse en nada inferior a un baúl grande, de los que se usan para los viajes transatlánticos. Hoy, gracias a las mejoras de Hendsoll, el aparato perfeccionado puede llevarse en el bolsillo de cualquier abrigo o chaqueta.

En diciembre de 1924, Goliat envió su famosa carta navideña, parte de cuyo contenido se transcribe a continuación:

> Hasta ahora, aunque he evitado que el resto de las naciones se agrediesen entre sí, me he dedicado en particular a Estados Unidos. Pero no he entregado al pueblo de Estados Unidos una organización social racional, sino que les he obligado a crearla a ellos mismos. Ahora en Estados Unidos hay más risa y más

sensatez. La comida y la vivienda no se obtienen según los métodos anárquicos y caóticos del llamado individualismo, sino que prácticamente son algo automatizado. Lo mejor de todo es que el pueblo de Estados Unidos lo ha conseguido por sí mismo. No lo conseguí yo por ellos. Repito: lo lograron

ellos mismos. Yo me limité a introducir el miedo a la muerte en los corazones de los pocos que ocupaban los puestos más altos e impedían la llegada de la racionalidad y la risa. El miedo a la muerte hizo que los de las alturas se apartasen, nada más, y dieran a la inteligencia del hombre la oportunidad de realizarse socialmente.

En este próximo año me dedicaré al resto del mundo. Introduciré el miedo a la muerte en los corazones de quienes ocupan los puestos más altos en todas las naciones. Y harán lo que han hecho en Estados Unidos: descender de las alturas y conceder a la inteligencia humana la oportunidad de alcanzar la racionalidad social. Todas las naciones recorrerán el camino por el que ahora transita Estados Unidos.

Y cuando todas las naciones se hayan adentrado bien en esa senda, les ofreceré algo más. Pero antes deberán recorrer solas el camino. Deberán demostrar que la inteligencia humana actual, con la energía mecánica a su disposición, es capaz de organizar la sociedad para que el alimento y la vivienda se automaticen, la jornada laboral se reduzca a tres horas diarias y la risa y la alegría sean universales. Cuando eso se consiga, no gracias a mí sino a la inteligencia de la humanidad, regalaré una nueva energía mecánica al mundo. Ese es mi descubrimiento. El energon no es nada más ni nada menos que la energía cósmica presente en los rayos solares. Cuando la humanidad la aproveche hará el trabajo del mundo entero. No habrá más multitudes de mineros esclavizados en las entrañas de la tierra, ni bomberos tiznados ni maquinistas manchados de grasa. Todos podrán vestirse de blanco si así lo desean. El trabajo se habrá convertido en un juego y tanto los jóvenes como los ancianos serán niños alegres y el negocio de la vida será la alegría; todos competirán por alcanzar conceptos éticos y altura espiritual, por crear pinturas y canciones, por escribir relatos, dominar el arte de gobernar y el de la belleza, por esforzarse y

> sudar como los que practican lucha libre, corren y juegan… todos competirán, no por el dinero despreciable y la recompensa material, sino por la alegría que les aportará el desarrollo y el vigor de la carne, la evolución y el entusiasmo del espíritu. Todos serán forjadores de alegría y su tarea consistirá en arrancar la risa al sonoro yunque de la vida.
>
> Y ahora, una orden para el futuro inmediato: el día de Año Nuevo todas las naciones se desarmarán, se desmantelarán todas las fortalezas y todos los acorazados, y se disolverán todos los ejércitos.
>
> GOLIAT

El día de Año Nuevo, el mundo se desarmó. Millones de soldados, marineros y obreros de los ejércitos de tierra y mar, de los incontables arsenales, talleres y fábricas dedicadas a la maquinaria de la guerra fueron enviados a sus casas. Esos millones de hombres —muchos—, al igual que su costosa maquinaria de guerra, se habían mantenido hasta el momento amparados en el trabajo. Pero entonces se dedicaron a ocupaciones útiles y el gigante liberado dejó escapar un potente suspiro de alivio. El mantenimiento del orden en el mundo se puso en manos de los agentes de paz y fue algo puramente social, cuando la guerra había sido claramente antisocial.

El noventa por ciento de los crímenes contra la sociedad habían sido crímenes contra la propiedad privada. Con la desaparición de la propiedad privada, al menos en los medios de producción, y con una organización de la industria que daba oportunidades a todo el mundo, los crímenes contra la propiedad privada prácticamente desaparecieron. Por todas partes, los cuerpos de Policía se reducían una y otra vez. Casi todos los criminales habituales y ocasionales abandonaron voluntariamente sus expolios. Ya no necesitaban delinquir. Se limitaron a cambiar al cambiar también las condiciones. Se ingresó a un número más reducido de criminales en distintos hospitales, donde se les curó. Y se segregó al resto de los criminales y degenerados sin esperanza. También los tribunales de todos los países redujeron su cantidad una y otra vez. El noventa y cinco por ciento de las demandas civiles se habían debido a disputas por alguna propiedad, conflictos por derechos a la propiedad, pleitos, impugnaciones de testamentos, incumplimientos de contrato, bancarrotas, etc. Al desaparecer la propiedad privada, el noventa y cinco por ciento de los casos que abarrotaban los tribunales desapareció también. Los tribunales se convirtieron en sombras, fantasmas atenuados,

rudimentarios vestigios de las épocas anárquicas y caóticas que precedieron a la llegada de Goliat.

1925 fue un año alegre en la historia del mundo. Goliat gobernaba con mano dura. Reyes y emperadores viajaron a Palgrave Island, vieron las maravillas del energon y se marcharon con el miedo a la muerte en sus corazones para abdicar tronos, coronas y licencias hereditarias. Cuando Goliat habló con los políticos (llamados estadistas), estos obedecieron… o murieron. Dictó reformas universales, disolvió parlamentos obstinados y contra la gran conspiración que formaron los rebeldes señores del dinero y magnates de la industria envió a sus ángeles destructores. «Ya pasó el momento de comportarse como necios», les dijo. «Sois anacronismos. Obstaculizáis el avance de la humanidad. Os arrojaré al montón de la chatarra». A los que protestaron, y fueron muchos, les dijo: «Podéis discutir durante siglos. Es lo que habéis hecho en el pasado. Y no tengo tiempo para discusiones. Dejadme el camino libre».

Con la excepción de poner fin a la guerra y de indicar el amplio plan general, Goliat no hizo nada. Al introducir el miedo a la muerte en los corazones de quienes ocupaban los puestos más altos y obstaculizaban el progreso, Goliat concedió a la inteligencia liberada de los mejores pensadores sociales del mundo la oportunidad de imponerse. Goliat dejó en manos de esos pensadores sociales la multitudinaria cantidad de detalles relativos a la reconstrucción. Quería que demostrasen que eran capaces de hacerlo y eso hicieron. Gracias a su iniciativa la peste blanca fue erradicada del mundo. Gracias a ellos, y a pesar de lo mucho que protestaron los sentimentales, se segregó a todos los inútiles hereditarios extremos y se les impidió casarse.

Goliat no tuvo nada que ver con la institución de las escuelas de la invención. La idea se originó casi de forma simultánea en las mentes de miles de pensadores sociales. Era el momento adecuado para poner en práctica la idea y por todas partes surgieron las espléndidas escuelas de la invención. Por primera vez el ingenio del hombre se centraba en el problema de simplificar la vida, en lugar de en estratagemas para ganar dinero. Los asuntos del día a día, como limpiar la casa, la vajilla, las ventanas, el polvo, lavar la ropa y demás detalles necesarios, despreciables e interminables se fueron simplificando gracias a los inventos hasta que se automatizaron. Los que vivimos hoy no comprendemos las vidas serviles y asquerosamente bárbaras que llevaban quienes vivieron antes de 1925.

El Gobierno internacional del mundo fue otra idea que surgió a la vez en miles de mentes. La exitosa materialización de dicha idea resultó

sorprendente para muchos, aunque no fue nada comparada con la sorpresa que se llevaron los sociólogos y biólogos, con sus protestas moderadas, cuando los hechos irrefutables desbarataron la doctrina de Malthus. Con el mundo repleto de alegría y ocio, con un nivel de vida inmensamente superior y con una amplitud enorme de oportunidad para el esparcimiento, el desarrollo y la búsqueda de la belleza, la nobleza y demás atributos superiores, la tasa de natalidad cayó y lo hizo de forma asombrosa. La gente dejó de reproducirse como el ganado. Y lo que es mejor: enseguida se comprobó que los niños que nacían estaban muy por encima de la media. La doctrina de Malthus se arrinconó en un cajón… o se arrojó al montón de la chatarra, como habría dicho Goliat.

Se cumplieron todas las predicciones de Goliat sobre lo que podría lograr la inteligencia del hombre con la energía mecánica a su disposición. La insatisfacción humana desapareció casi por completo. Los mayores eran los más gruñones, pero cuando recibían una pensión adecuada al llegar a la edad límite para el trabajo, la gran mayoría dejaba de quejarse. Se encontraban mejor en sus ociosos días de madurez bajo el nuevo régimen, disfrutando de muchos más placeres y comodidades, que en su juventud laboriosa y ajetreada con el viejo régimen. La generación más joven se adaptó fácilmente a los cambios y los niños no habían conocido otra cosa. El total de felicidad humana incrementó enormemente. El mundo era feliz y sensato. Ni siquiera se quejaban los profesores de sociología más carcas, que se habían opuesto con todas sus fuerzas a la llegada del nuevo régimen. Se les remuneraba veinte veces más que en los viejos tiempos y no trabajaban ni la mitad. Además, se ocupaban de revisar la sociología y de escribir nuevos libros de texto sobre el tema. Es cierto que, aquí y allá, surgían atavismos, gentes que añoraban los antros de lujuria y perdición y los festines caníbales del supuesto individualismo, criaturas de dientes largos y garras afiladas que querían aprovecharse del prójimo, pero se los consideraba enfermos y recibían tratamiento en los hospitales. Sin embargo, un pequeño resto resultó incurable y acabó confinado en manicomios, con la prohibición de casarse. De esa forma no existiría progenie alguna que pudiese heredar sus tendencias atávicas.

Con el paso de los años, Goliat fue dejando la dirección del mundo. Ya no tenía nada que dirigir. El mundo se administraba solo y lo hacía muy bien, sin contratiempos. En 1937 Goliat regaló al mundo el energon, prometido desde tanto tiempo atrás. Él mismo había ideado miles de maneras en las que el pequeño gigante haría el trabajo del mundo; y las hizo públicas a la vez. Pero

al instante las escuelas de la invención se apoderaron del energon y lo utilizaron de cientos de miles de formas distintas. De hecho, tal y como Goliat confesó en su carta de marzo de 1938, las escuelas de la invención resolvieron varias características misteriosas del energon que lo habían desconcertado durante los años previos. Con la introducción del uso del energon, la jornada laboral de dos horas quedó reducida a casi nada. Tal y como Goliat había predicho, el trabajo se convirtió en un juego. Tan tremenda era la capacidad de producción humana —gracias al energon y a su uso social racional— que el más humilde de los ciudadanos disfrutaba de más ocio, tiempo y oportunidades para una abundancia vital inmensamente superior que el ciudadano más favorecido bajo el viejo sistema anárquico y caótico.

Nadie había visto nunca a Goliat y todos los pueblos empezaron a demandar que su salvador apareciera en público. Aunque el mundo no minimizó su descubrimiento del energon, se decidió que su amplia visión social resultaba más importante incluso. Era un superhombre, un superhombre científico, y la curiosidad del mundo por verlo se había hecho prácticamente insoportable. Por fin, en 1941 y tras muchas dudas por su parte, salió de Palgrave Island. Llegó a San Francisco el 6 de junio y, por primera vez desde que se había retirado a la isla, el mundo pudo ver su rostro. Y el mundo se sintió decepcionado. Había dejado volar su imaginación y convertido a Goliat en una figura heroica. Él era el hombre, o más bien el semidiós, que había cambiado el planeta. Las hazañas de Alejandro, César, Gengis Kan y Napoleón eran un juego de niños comparadas con sus logros colosales.

Y a San Francisco llegó, para recorrer sus calles, un hombrecillo de sesenta y cinco años bien conservado, de tez blanca y rosada y una calva del tamaño de una manzana. Era corto de vista y llevaba gafas. Pero si se las quitaba, sus ojos azules resultaban tan curiosos como los de un niño y mostraban un leve asombro ante el mundo. Además, parpadeaba a la vez que arrugaba el rostro, como si se riera de la gigantesca broma que había gastado al hombre al obligarlo a disfrutar de la felicidad y la risa.

Para tratarse de un superhéroe científico y tirano mundial tenía muchas debilidades. Le encantaban los dulces y le volvían loco las almendras y las pacanas saladas, sobre todo las últimas. Siempre llevaba en el bolsillo una bolsa de papel llena de ellas y comentaba con frecuencia que su naturaleza química exigía ese alimento. Quizá su defecto más sorprendente era el de los gatos. Sentía una aversión imposible de erradicar por esos animales domésticos. Recordemos que se desmayó de miedo mientras hablaba en el

Palacio de la Fraternidad cuando el gato del bedel subió a la tarima y se frotó contra sus piernas.

Sin embargo, fue identificado en el mismo instante que se presentó ante el mundo. Los amigos del pasado no tuvieron dificultades en reconocerlo como Percival Stultz, el estadounidense de origen alemán que en 1898 había trabajado en los astilleros Union Iron Works y que durante dos años había sido secretario de la sección 369 de la Hermandad Internacional de Maquinistas. En 1901, a los veinticinco años, había realizado varios cursos científicos especiales en la Universidad de California, mientras se mantenía vendiendo lo que entonces se llamaba «seguros de vida». Su historial estudiantil se conserva en el museo de la universidad y no resulta nada envidiable. Sus profesores lo recordaban sobre todo porque siempre estaba distraído. Sin duda, incluso entonces, empezaba a vislumbrar las visiones que luego haría realidad.

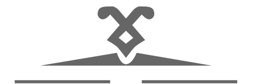
Explicó que el hecho de llamarse Goliat y rodearse de misterio había sido una broma. Representando el papel de Goliat —u otro similar— podía despertar la imaginación del mundo y hacerlo cambiar, darle un vuelco; pero si era Percival Stultz, con sus gafas y sus patillas y pesando cincuenta y tres kilos, no habría logrado cambiar ni a una pacana, aunque fuese salada.

Sin embargo, el mundo enseguida superó la decepción provocada por su aspecto personal y sus antecedentes. Lo reconoció y veneró como el mayor genio de todos los tiempos y lo amó por sí mismo, por sus ojos miopes y curiosos y la inimitable forma en la que arrugaba el rostro al reírse; lo quiso por su sencillez, camaradería y cálida humanidad, y por su afición a las pacanas saladas y su aversión a los gatos. Hoy, en medio de la impresionante belleza de Asgard, ciudad de las maravillas, se alza ese monumento dedicado a él que empequeñece a las pirámides y a los monstruosos monumentos manchados de sangre de la antigüedad. Como todo el mundo sabe, sobre dicho monumento se ha grabado en bronce imperecedero la profecía y su cumplimiento: «TODOS SERÁN FORJADORES DE ALEGRÍA Y SU TAREA CONSISTIRÁ EN ARRANCAR LA RISA AL SONORO YUNQUE DE LA VIDA».

> [NOTA del EDITOR: Esta sorprendente creación es obra de Harry Beckwick, alumno del Instituto Lowell de San Francisco, y la hemos reproducido aquí principalmente debido a la juventud de su autor. No tenemos por costumbre atosigar a nuestros lectores con historia antigua, pero nuestros motivos se comprenderán tan pronto se sepa que Harry Beckwick solo

contaba quince años cuando escribió el relato anterior. Goliat ganó el premio a la mejor composición elegida entre todos los institutos en 2254 y el año pasado Harry Beckwick aprovechó el privilegio logrado eligiendo pasar seis meses en Asgard. La riqueza del detalle histórico, el ambiente de la época y la madurez de estilo resultan especialmente dignos de mención, tratándose de alguien tan joven].

[1907]



La desaparición de Marcus O’Brien

—ESTE TRIBUNAL falla que te largues del campamento… de la manera habitual, por supuesto, de la manera habitual.

El juez Marcus O’Brien parecía distraído y Charley el de los muclucs[12] le propinó un codazo en las costillas. Marcus O’Brien se aclaró la garganta y continuó:

—Teniendo en cuenta la gravedad del delito y las circunstancias atenuantes, es opinión de este tribunal, y su veredicto, que se te equipe con comida para tres días. Creo que eso es todo.

Jack el de Arizona le echó una mirada sombría al Yukón. Venía crecido y de color chocolate, de ancho abarcaba kilómetro y medio y nadie sabía cuál era su profundidad. La orilla de tierra sobre la que se encontraba solía hallarse a más de tres metros y medio por encima del nivel del agua, pero ahora el río rugía en la parte alta de la ribera y devoraba, a cada instante, diminutas porciones de la tierra que quedaba en lo más alto. Esas porciones caían directamente a las fauces abiertas del inagotable ejército de remolinos marrones y desaparecían. Varios centímetros más y Red Cow quedaría inundado.

—No me sirve —dijo Jack el de Arizona, decepcionado—. No me llega con comida para tres días.

—Piensa en Manchester —respondió Marcus O’Brien, muy serio—. Él no recibió comida.

—Y encontraron sus restos encallados en el río Lower, medio comidos por los huskies —fue la réplica de Jack el de Arizona—. Y él mató sin provocación. Joe Deeves no hizo nada, no dijo ni pío, y solo porque no le funcionaba el estómago, Manchester se lo cargó de un tiro. No me tratas con justicia, O’Brien, eso te lo digo sin rodeos. Dame comida para una semana y tendré alguna oportunidad de sobrevivir. Pero con solo para tres días, moriré sin remedio.

—¿Por qué mataste a Ferguson? —preguntó O’Brien—. No tengo paciencia para estos asesinatos sin provocación. Y deben acabar. Red Cow no tiene tanta población. Es un buen campamento y antes no había asesinatos.

Ahora son una epidemia. Lo siento por ti, Jack, pero tengo que imponerte un castigo ejemplar. Ferguson no te provocó tanto como para que lo mataras.

—¡Que no me provocó! —bufó Jack el de Arizona—. Mira, O'Brien, no te enteras. No tienes sensibilidad artística. ¿Que por qué maté a Ferguson? ¿Por qué cantó Ferguson *Ojalá fuera un pajarito*? Ya me gustaría saberlo. Dímelo tú. ¿Por qué cantó *Pajarito, pajarito*? Con un pajarito bastaba. Podría haber soportado un solo pajarito. Pero no, él tenía que cantar dos pajaritos. Le di una oportunidad. Me dirigí a él con toda la educación del mundo y le pedí amablemente que descartara uno de los pajaritos. Se lo rogué. Hay testigos que así lo han declarado.

—Y Ferguson no dominaba precisamente el arte de cantar.

O'Brien dio síntomas de indecisión.

—¿Es que un hombre no tiene derecho a tener sensibilidad artística? —preguntó Jack el de Arizona—. Se lo advertí. Le dije a Ferguson que continuar escuchando sus pajaritos era una forma de profanar mi propia esencia. Pero si incluso los que desafinan se habrían puesto nerviosos y habrían matado por mucho menos que yo. Estoy dispuesto a pagar por tener sensibilidad artística. Me tomaré la medicina y hasta lameré la cuchara. Pero comida para tres días es pasarse de la raya, no digo más, solo que conste mi desacuerdo. Ya puedes seguir con el funeral.

O'Brien continuaba dudando. Miró con ojos inquisidores a Charley el de los muclucs.

—Yo diría, juez, que darle comida para tres días es pasarse de severo —sugirió Charley—, pero aquí mandas tú. Cuando te elegimos para que fueras el juez de este tribunal decidimos respetar tus decisiones; así lo hemos hecho y así lo seguiremos haciendo.

—Puede que haya sido un poco riguroso, Jack —dijo O'Brien a modo de disculpa—. Es que tanto asesinato me tiene harto, pero estoy dispuesto a darte comida para una semana. —Carraspeó a fin de aclararse la garganta con autoridad y echó una rápida mirada a su alrededor—. Y ahora, terminemos con esto de una vez. La barca está lista. Ve a por la comida, Leclaire. Luego hacemos cuentas.

Jack el de Arizona se mostró agradecido y, murmurando algo que sonaba a «malditos pajaritos», subió a la barca abierta que rozaba sin descanso contra la orilla. Se trataba de un esquife grande, construido con bastos tablones de pino cortados a mano de los árboles maderables del lago Lindeman, a varios cientos de kilómetros, a los pies del paso Chilkoot. En la barca había un par de remos y las mantas de Jack el de Arizona. Leclaire llegó con las

provisiones metidas en un saco de harina y las dejó a bordo. Mientras lo hacía, susurró:

—Te he puesto un poco de más, Jack. Lo hiciste porque te provocó.

—¡Soltad amarras! —gritó Jack el de Arizona.

Alguien desató la maroma y la arrojó a bordo. La corriente se apoderó de la barca y se la llevó rápidamente. El asesino no se molestó en usar los remos, sino que permaneció sentado en el asiento de popa, liando un cigarrillo. Cuando terminó, prendió una cerilla y lo encendió. Los que observaban desde la orilla vieron las diminutas nubes de humo. Permanecieron mirando hasta que la barca tomó una curva, a casi un kilómetro río abajo, y se perdió de vista. Se había hecho justicia.

Los moradores de Red Cow imponían la ley y ejecutaban las sentencias sin el retraso que caracteriza la tolerancia de la civilización. En el Yukón no había más ley que la que ellos dictaban. Se veían obligados a hacerlo así. Red Cow prosperó en el Yukón muy temprano —1887— y el Klondike y sus populosas estampidas pertenecían a un futuro que nadie imaginaba. Los hombres de Red Cow ni siquiera sabían si su campamento estaba situado en Alaska o en el Territorio Noroeste, si respiraban bajo las barras y estrellas o bajo la bandera británica. Hasta allí no había llegado ningún topógrafo que les diese su latitud y longitud. Red Cow estaba situado en algún punto del Yukón y con eso les bastaba. En lo relativo a las banderas, quedaban fuera de cualquier jurisdicción. En lo relativo a la ley, estaban en tierra de nadie.

Hacían sus propias leyes y eran muy sencillas. El Yukón ejecutaba sus sentencias. A unos tres mil kilómetros curso abajo, el Yukón desembocaba en el mar de Bering, a través de un delta que medía más de ciento cincuenta kilómetros. Cada kilómetro de esos tres mil era de tierra salvaje, virgen. La Compañía de la Bahía de Hudson contaba con una factoría en el punto donde el Porcupine desembocaba en el Yukón, dentro del Círculo Polar Ártico. Pero eso quedaba a muchos cientos de kilómetros, más de mil. También se rumoreaba que muchos cientos de kilómetros más allá había misiones. Aunque solo eran habladurías porque los hombres de Red Cow nunca habían estado allí. Se habían adentrado en las tierras solitarias a través del paso Chilkoot y la cabecera del Yukón.

Los hombres de Red Cow no tenían en cuenta los delitos menores. Emborracharse, alborotar y usar un lenguaje soez se consideraba un derecho natural e inalienable. Los hombres de Red Cow eran individualistas y solo reconocían dos cosas como sagradas: la propiedad y la vida. No había mujeres que complicaran su sencilla moralidad. En Red Cow solo se alzaban tres

cabañas de troncos —la mayoría de sus cuarenta pobladores habitaban tiendas o cabañas hechas de maleza— y no había cárcel en la que encerrar a los malhechores; sus habitantes estaban demasiado ocupados sacando oro o buscándolo para perder un día en construir una cárcel. Además, la cuestión vital del alimento invalidaba semejante proceder. Por lo tanto, cuando un hombre vulneraba los derechos de propiedad o vida, se lo arrojaba a una barca abierta y se le enviaba Yukón abajo. La cantidad de comida que se le daba era proporcional a la gravedad de su delito. Así, un ladrón normal y comente recibía comida para dos semanas; un ladrón fuera de lo normal podría no recibir más de la mitad. Al asesino no se le daba alimento. Al culpable de homicidio se le entregaba comida para sobrevivir entre tres días y una semana. Habían elegido a Marcus O'Brien como juez y era él quien distribuía las provisiones. Quien infringía la ley se la jugaba. El Yukón lo arrastraba y podía llegar, o no, al mar de Bering. Si llevaba alimentos para unos días, al menos contaba con la posibilidad de luchar. El irse sin provisiones casi implicaba la pena de muerte, aunque existía una mínima posibilidad, dependiendo de la época del año.

Tras deshacerse de Jack el de Arizona y perderlo de vista, la población se alejó de la orilla y se fue a trabajar a sus concesiones; todos excepto Ricitos Jim, que dirigía el único garito de faro de la Región Septentrional y que, además, especulaba con hoyos donde podría haber oro. Ese día ocurrieron dos cosas trascendentales. A última hora de la mañana Marcus O'Brien tuvo suerte. Primero lavó un dólar, luego uno y medio y después dos, en tres bateas sucesivas: había dado con la veta. Ricitos Jim estudió el hoyo, lavó unas cuantas bateas y le ofreció a O'Brien diez mil dólares por los derechos, cinco mil en polvo de oro y, a cambio de los otros cinco mil, la mitad de su garito de faro. O'Brien rechazó la oferta. Estaba allí para sacarle dinero a la tierra, afirmó, muy acalorado, y no al prójimo. Además, no le gustaba el faro. Y, por si fuera poco, creía que su hallazgo valía mucho más de diez mil dólares.

El segundo acontecimiento significativo tuvo lugar por la tarde, cuando Pearly el de Siskiyou acercó su embarcación a la orilla y la amarró. Acababa de llegar del Exterior y traía consigo un periódico de cuatro meses antes. Además, tenía media docena de barriles de whisky, todos consignados a Ricitos Jim. Los hombres de Red Cow dejaron de trabajar. Probaron el whisky, a un dólar el vaso —pagado en polvo de oro que se pesó en la balanza de Ricitos— y comentaron las noticias. Todo habría ido bien si a Ricitos Jim no se le hubiese ocurrido un plan infame, que consistía en emborrachar primero a Marcus O'Brien para luego comprarle la mina.

La primera parte del plan salió a la perfección. Dio comienzo a última hora de la tarde y alrededor de las nueve O'Brien había alcanzado la etapa de las canciones. Rodeó el cuello de Ricitos Jim con un brazo e incluso se atrevió con los pajaritos del llorado difunto Ferguson. Le pareció que no corría peligro porque el único hombre del campamento que tenía sensibilidad artística se encontraba viajando Yukón abajo, en medio de una corriente que avanzaba a ocho kilómetros por hora.

Pero la segunda parte del plan no conseguía dar en el blanco. Por mucho whisky que trasegara, no resultaba posible lograr que O'Brien comprendiera que tenía el deber ineludible y amistoso de renunciar a su concesión. Cierto, de vez en cuando dudaba y temblaba, a punto de ceder. Sin embargo, en el fondo de su mente confusa, se reía para sus adentros. Seguía el juego de Ricitos Jim y le gustaban las manos que le repartían. El whisky era bueno. Salía de un barril especial y resultaba una docena de veces mejor que el de los otros cinco barriles.

Pearly el de Siskiyou despachaba bebidas en el bar al resto de la población de Red Cow mientras O'Brien y Ricitos celebraban su orgía empresarial en la cocina. Pero O'Brien hacía las cosas a lo grande. Entró en el bar y regresó con Charley el de los muclucs y Percy Leclaire.

—Estos son mis socios, son mis socios —anunció con un claro guiño de ojo para ellos y una sonrisa ingenua para Ricitos—. Siempre confío en su criterio, siempre confío en ellos. Son de fiar. Dales un poco de agua de fuego, Ricitos, mientras charlamos.

Aquello era mucho festejar, pero Ricitos revaloró con rapidez la concesión y, al recordar que la última batea que había lavado tenía siete dólares, decidió que bien merecía el whisky extra, aunque en la estancia de al lado se vendiese a un dólar el vaso.

—No creo que lo tenga en cuenta. —O'Brien, sin dejar de hipar, explicaba a sus dos amigos el asunto a tratar—. ¿Quién? ¿Yo? ¡Vender por diez mil dólares! No, claro que no. Me ocuparé de excavar yo el oro y luego me iré a la tierra divina, el sur de California; ahí es donde acabaré mis días. Después montaré… como ya he dicho, montaré… ¿qué dije que iba a montar?

—Una granja de avestruces —intervino Charley el de los muclucs.

—Eso, eso es lo que voy a montar. —O'Brien se estabilizó de repente y miró, sobrecogido, a Charley el de los muclucs—. ¿Cómo lo sabías? Nunca lo he dicho. Creí que lo había dicho, pero no. Tú lees la mente, Charley. Tomemos otro.

Ricitos Jim llenó los vasos y tuvo el placer de ver cómo desaparecían cuatro dólares de whisky: se vio obligado a castigarse a sí mismo con uno de esos dólares porque O'Brien insistió en que debía beber con tanta frecuencia como sus invitados.

—Es mejor que aceptes el dinero ahora —argumentó Leclaire—. Te llevará dos años sacarlo de la tierra y durante ese tiempo podrás dedicarte a criar avestruces pequeñitas y desplumar a las grandes.

O'Brien consideró la propuesta y asintió en señal de aprobación. Ricitos Jim miró a Leclaire, agradecido, y rellenó los vasos.

—¡Un momento! —farfulló Charley el de los muclucs, cuya lengua empezaba a agitarse por su cuenta y a tropezar—. En calidad de tu confesor, ¡qué digo!, de tu hermano… ¡Oh, demonios! —Hizo una pausa y puso en orden sus ideas para empezar de nuevo—. En calidad de tu amigo… amigo en los negocios, debería decir, sugeriría que mejor… me tomaría la libertad de mencionar… quiero decir de sugerir que habría más avestruces… ¡Demonios! —Vació otro vaso y continuó con mayor cuidado—: Lo que intento decir es… ¿qué intento decir? —Se golpeó con fuerza la sien media docena de veces con la parte inferior de la palma de la mano para reorganizar las ideas —. ¡Ya sé! —gritó, encantado—. ¡Imagina que en ese hoyo hay mucho más de diez mil dólares!

O'Brien, que parecía dispuesto a cerrar el trato, se volvió atrás.

—¡Genial! —exclamó—. Gran idea. No lo había pensado. —Estrechó la mano de Charley con cariño—. ¡Buen amigo! ¡Buen socio! —Se volvió, beligerante, hacia Ricitos Jim—. En ese hoyo podría haber cien mil dólares. Y tú no le robarías a un viejo amigo, ¿a que no, Ricitos? Claro que no. Te conozco… mejor de lo que tú te conoces, mucho mejor. Tomemos otro whisky. Todos somos buenos amigos, sí, todos.

Así continuaron y siguieron bebiendo whisky, mientras las esperanzas de Ricitos Jim crecían y menguaban. En un momento Leclaire argumentaba a favor de la venta inmediata y casi convencía al reticente O'Brien, aunque solo para perderlo ante la brillante argumentación contraria de Charley el de los muclucs. Luego era Charley quien aportaba razones convincentes para la venta y Percy Leclaire quien, tercamente, se oponía. Un poco después, el propio O'Brien insistía en vender, mientras sus dos amigos, entre lágrimas y maldiciones, luchaban por disuadirlo. Cuanto más whisky trasegaban, más fértil se volvía su imaginación. Por cada argumento sobrio a favor o en contra, encontraban una veintena de conclusiones ebrias, y se convencían los unos a los otros tan rápidamente que no paraban de cambiar de bando.

Llegó un momento en que tanto Charley como Leclaire se declararon firmes defensores de la venta y con malicia anulaban las objeciones de O'Brien en el momento mismo en que las exponía. O'Brien se desesperó. Agotó su último razonamiento y se sentó en silencio. Dedicó una mirada de súplica a los amigos que lo habían abandonado. Dio una patada en la espinilla a Charley por debajo de la mesa, pero ese héroe desconsiderado propuso de inmediato un motivo nuevo y más lógico a favor de vender. Ricitos Jim sacó pluma, tinta y papel y redactó la escritura de compraventa. O'Brien permaneció sentado con la pluma en la mano.

—Tomemos otro whisky —suplicó—. Uno más antes de que renuncie a cien mil dólares.

Ricitos Jim llenó los vasos con aire triunfal. O'Brien vació el suyo de un trago y se inclinó, con la pluma temblorosa, para estampar su firma. Antes de haber hecho más que un simple borrón, se enderezó de repente, impelido por el impacto de una idea que había colisionado con su conciencia. Se puso de pie y se balanceó hacia delante y hacia atrás frente a ellos, mientras en sus ojos sobresaltados se leía el proceso mental que tenía lugar tras ellos. Entonces llegó a una conclusión. Un resplandor benévolo bañó su rostro. Se volvió hacia el dueño del garito de faro, estrechó su mano y, en tono solemne, dijo:

—Ricitos, eres mi amigo. Aquí tienes mi mano. Estréchala. Amigo, no lo haré. No vendo. No quiero robar a un amigo. Ningún hijo de mala madre podrá decir que Marcus O'Brien robó a un amigo porque su amigo estaba borracho. Estás borracho, Ricitos, y no pienso robarte. Se me acaba de ocurrir una cosa en la que no había pensado…, no sé qué me pasa, pero no lo había pensado. Imagina, tú imagina, Ricitos, amigo mío, imagina que en esa condenada concesión no hay diez mil dólares en oro. Sería un robo. No, señor, no vendo. Marcus O'Brien le saca dinero a la tierra, no a sus amigos.

Percy Leclaire y Charley el de los muclucs ahogaron las protestas del dueño del garito con sus aplausos a tan noble sentimiento. Cayeron sobre O'Brien desde ambos lados, con los brazos alrededor de su cuello y las bocas tan llenas de palabras que no oyeron la oferta de Ricitos: incluir una cláusula en el documento para que, en caso de que no hubiera diez mil dólares en la concesión, se le devolviera la diferencia entre el precio de compra y el rendimiento. Cuanto más hablaban, más noble y lacrimosa se volvía la discusión. Se dejaron a un lado los motivos despreciables. Eran un trío de filántropos luchando por salvar a Ricitos Jim de sí mismo y de su propia filantropía. Insistían en que era un filántropo. Se negaban a aceptar, ni un solo

instante, que existiera un solo pensamiento innoble en el mundo. Se arrastraban, ascendían y luchaban por superar las elevadas cordilleras y mesetas de la ética o se ahogaban en los mares metafísicos del sentimentalismo.

Ricitos Jim sudaba, echaba chispas y sema el whisky. Se encontraba con una veintena de razonamientos que no tenían nada que ver con la mina de oro que quería comprar. Cuanto más hablaban, más se alejaban de la mina y a las dos de la madrugada Ricitos Jim se dio por vencido. Uno a uno, guió a sus incapacitados visitantes a través de la cocina y los echó fuera. O'Brien fue el último y los tres, con los brazos entrelazados para ayudarse mutuamente, se tambalearon muy serios en el porche.

—Buen hombre de negocios, Ricitos —empezó a decir O'Brien—. Debo decir que me gusta tu estilo. Eres bueno y generoso. Tu hospital… hospital… hospitalidad es enorme. Habla a tu favor. No eres malo ni avaricioso. Como decía…

Pero en ese momento, el dueño del garito de faro cerró con un portazo. Los tres se rieron felices en el porche. Se rieron un buen rato. Luego Charley el de los muclucs intentó hablar.

—Tiene gracia… cómo me río… no es eso lo que quiero decir. Lo que quiero decir… ¿Qué era? ¡Ah, ya sé! Tiene gracia cómo se escapan las ideas. Una idea se escapa… la persigues… buen deporte. ¿Alguna vez cazaste conejos, amigo Percy? Yo tenía un perro… gran cazador de conejos. No sé cómo se llamaba… Nunca tuvo nombre…, olvidé el nombre…, el nombre se escapa… Persigo al nombre que se escapa… no, a la idea… a la idea que se escapa, pero la encuentro… Lo que quiero decir es… ¡Demonios!

Después se callaron durante mucho tiempo. O'Brien resbaló de entre sus brazos hasta sentarse en el porche, donde se quedó dormido. Charley el de los muclucs persiguió la idea que se le escapaba por todos los recovecos de su conciencia a punto de extinguirse. Leclaire permanecía fascinado por la última exclamación de su amigo. De repente, la mano del otro le dio un golpe en la espalda.

—¡Ya sé! —gritó Charley con voz estentórea.

El sobresalto de la sacudida rompió la continuidad del proceso mental de Leclaire.

—¿Cuánto cada batea? —preguntó.

—¡Nada de bateas! —Charley estaba enfadado—. La idea… ha ganado…, se ha ido… por patas.

El rostro de Leclaire adoptó una expresión extasiada, de admiración y volvió a colgarse de los labios del otro.

—¡Demonios! —dijo Charley el de los muclucs.

En ese momento la puerta de la cocina se abrió un instante y Ricitos Jim gritó:

—¡Marchaos a casa!

—Tiene gracia —dijo Charley—. Esa idea… es como la mía. Vámonos a casa.

Entre los dos pusieron de pie a O’Brien y echaron a andar. Charley empezó a perseguir otra idea en voz alta. Leclaire presenciaba la persecución con entusiasmo. Pero O’Brien no. Ni oía ni veía ni sabía nada. No era más que un autómata tambaleante al que sus dos socios ayudaban con afecto y precario equilibrio.

Tomaron el camino que bajaba junto a la orilla del Yukón. Su casa no quedaba por allí, pero la idea esquiva sí. Charley parloteaba entre risas sobre la idea que no lograba atrapar para solaz de Leclaire. Llegaron al punto donde estaba amanada la embarcación de Pearly el de Siskiyou. La maroma que la sujetaba cruzaba el sendero hasta el tocón de un pino. Tropezaron con ella y se cayeron, O’Brien debajo. Un breve destello de conciencia iluminó su cerebro. Sintió el impacto de los cuerpos sobre el suyo y durante un momento luchó como loco con los puños. Luego se durmió otra vez. Sus ronquidos moderados se oyeron en la noche y Charley empezó a reírse.

—Nueva idea —sugirió—. Una idea nueva. La acabo de tener… sin problemas. Se acercó y le di unas palmaditas en la cabeza. Es mía. O’Brien está borracho… como una cuba. Es… una vergüenza… merece una lección. Esa es la barca de Pearly. Ponemos a O’Brien en la barca de Pearly. La soltamos… que vaya Yukón abajo. O’Brien se despierta por la mañana. La corriente es muy fuerte…, no puede remar contracorriente…, tiene que volver andando. Vuelve más que enfadado. Tú y yo nos jugamos el cuello. Pero aprende la lección… aprende la lección.

La barca de Pearly el de Siskiyou estaba vacía, a excepción de un par de remos. Su borda rozaba contra la orilla, junto a O’Brien. Lo hicieron rodar hasta que cayó dentro. Charley soltó la amarra y Leclaire empujó la barca a la corriente. Luego, agotados por el esfuerzo, se tumbaron en la orilla y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente todo Red Cow sabía lo de la broma gastada a Marcus O’Brien. Se cruzaron apuestas elevadas en relación con lo que iba a ocurrirles a los autores cuando la víctima regresara. Por la tarde se estableció

un turno de vigilancia para que los avisaran tan pronto lo vieran. Todos querían presenciar su llegada. Pero no apareció, a pesar de que aguardaron hasta la medianoche. Tampoco llegó al día siguiente ni al otro. Red Cow no volvió a ver a Marcus O'Brien y, aunque se hicieron muchas conjeturas, nunca se hallaron pruebas certeras que disipasen el misterio de su desaparición.

☘

SOLO LO SABÍA MARCUS O'BRIEN y nunca regresó para contarlo. A la mañana siguiente se despertó en medio de terribles tormentos. La desmesurada cantidad de whisky que había bebido le calcinó el estómago, que era una superficie seca y rabiosa. La cabeza le dolía por dentro y por fuera, pero aún peor era el dolor de la cara. Durante seis horas, miles de mosquitos se habían alimentado de su sangre y el veneno desagradecido de los bichos le había hinchado terriblemente el rostro. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad enorme para conseguir abrir unas estrechas rendijas a través de las que mirar. Movió las manos y le dolieron. Las miró con los ojos entrecerrados, pero no las reconoció debido a la hinchazón provocada por los mosquitos. Estaba perdido. Mejor dicho, había perdido su identidad. En él no había nada familiar que, por una asociación de ideas, lograse despertar en su entendimiento la continuidad de su existencia. Se había desprendido por completo de su pasado, porque en él no había nada que resucitara en su cabeza un solo recuerdo de ese pasado. Además, se sentía tan mareado y enfermo que le faltaban la energía y las ganas para averiguar quién y qué era.

Hasta que no se fijó en que tenía torcido uno de los meñiques, a causa de una rotura mal soldada varios años antes, no supo que era Marcus O'Brien. Al instante, su pasado regresó en tromba a su cabeza. Cuando descubrió una ampolla de sangre bajo la uña de uno de los pulgares, que se había hecho la semana anterior, su identificación quedó asegurada y supo que aquellas manos desconocidas pertenecían a Marcus O'Brien o, mejor dicho, que Marcus O'Brien pertenecía a aquellas manos. Lo primero que pensó fue que estaba enfermo, que sufría la fiebre del río. Le dolía tanto cuando intentaba abrir los ojos que los mantuvo cerrados. Una pequeña rama flotante golpeó la barca. Creyó que era alguien llamando a la puerta de la cabaña y dijo: «Adelante». Aguardó un rato y añadió, muy irritado: «Pues quédate fuera,

maldita sea». Pero le habría gustado que, quien fuera, hubiese entrado para hablarle de su enfermedad.

Sin embargo, mientras permanecía allí tumbado, la noche anterior empezó a reconstruirse en su cerebro. No estaba enfermo, pensó. Se había emborrachado y ya era hora de levantarse e irse a trabajar. Lo de trabajar le hizo recordar su mina y que había rechazado diez mil dólares por ella. Se sentó de repente y se obligó a abrir los ojos. Descubrió que estaba en una barca, flotando sobre el cauce marrón y crecido del Yukón. Las orillas e islas cubiertas de píceas no le resultaban familiares. Se quedó un rato aturdido. No lo entendía. Recordaba la orgía de la noche anterior, pero no existía conexión entre aquello y su situación actual.

Cerró los ojos y se sujetó la dolorida cabeza con las manos. ¿Qué había ocurrido? Poco a poco, la terrible idea fue surgiendo en su mente. Luchó contra ella, hizo lo posible por olvidarla, pero persistía: había matado a alguien. Solo eso podía explicar que estuviese en una barca abierta, a la deriva, Yukón abajo. La ley de Red Cow que durante tanto tiempo había aplicado, ahora se la habían aplicado a él. Había matado a alguien y lo enviaban a la deriva. Pero ¿a quién? Se estrujó el cerebro dolorido para hallar la respuesta, aunque solo rescató un vago recuerdo de unos cuerpos que caían sobre él, a los que golpeaba. ¿Quiénes eran? Tal vez había matado a más de uno. Echó la mano al cinto. El cuchillo no estaba en su funda. Sin duda lo había hecho con él. Pero tenía que haber algún motivo para matar. Abrió los ojos y, presa del pánico, empezó a buscar polla barca. No había comida, ni la más mínima cantidad. Se sentó y dejó escapar un gemido. Había matado sin provocación. Lo habían castigado con el máximo rigor de la ley.

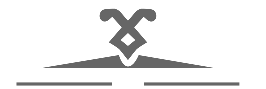
Permaneció inmóvil durante media hora, sujetándose la cabeza dolorida e intentando pensar. Luego se refrescó el estómago con un sorbo de agua del río y se sintió mejor. Se puso de pie y, solo en la enorme anchura del Yukón, sin que nada que no fuese una tierra salvaje y primigenia pudiese oírlo, maldijo la bebida. Después se ató a un pino enorme que flotaba más hundido en la corriente que la barca y que, en consecuencia, iba más rápido. Se lavó la cara y las manos, se sentó en el asiento de popa y siguió pensando. Estaban a finales de junio. Hasta el mar de Bering quedaban más de tres mil kilómetros. La barca cubría una media de ocho kilómetros por hora. En esas elevadas latitudes no había oscuridad en esa época del año y podía aprovechar en el río cada hora de las veinticuatro del día. Eso significaba que a diario recorrería casi doscientos kilómetros. Aun dejándolo en veinte horas para evitar accidentes, pasaría de los ciento cincuenta. Llegaría al mar de Bering en

veinte días. Y eso sin gastar energías porque el río haría todo el trabajo. Podría tumbarse en el fondo de la barca y reservar fuerzas.

No comió nada durante dos días. Después, al llegar a los humedales del Yukón, tocó tierra en las islas de orillas bajas y recogió los huevos de los gansos y patos silvestres. No tenía cerillas y se los comió crudos. Le resultaron fuertes, pero lo mantuvieron en marcha. Cuando cruzó el Círculo Polar Ártico, encontró la factoría de la Compañía de la Bahía de Hudson. Aún no había llegado la brigada del Mackenzie y en la factoría no quedaba nada que comer. Le ofrecieron huevos de pato silvestre, pero les dijo que tenía montones de ellos en la barca. También le ofrecieron un vaso de whisky, que rechazó mostrando una repugnancia terrible. Sin embargo, consiguió cerillas y a partir de entonces pudo cocinar los huevos. Cerca de la desembocadura lo retrasó el viento de proa y soportó veinticuatro días a dieta de huevos. Por desgracia, mientras dormía pasó por delante de las misiones de St. Paul y la Santa Cruz. Por eso pudo decir con total sinceridad —como luego haría— que los rumores sobre la existencia de misiones en el Yukón eran pura patraña. No había misiones y él lo sabía bien.

Ya en el mar de Bering cambió la dieta de huevos por la de focas y nunca fue capaz de decidir cuál le gustaba menos. En otoño fue rescatado por un barco del Gobierno de Estados Unidos que luchaba contra el contrabando y en invierno tuvo un éxito enorme en San Francisco como conferenciante a favor de la abstinencia. Encontró su vocación en ese campo. «Evitad la botella», es su consigna y su grito de guerra. Sutilmente consigue transmitir la impresión de que la botella provocó un gran desastre en su vida. Incluso ha llegado a mencionar que ese cebo del demonio le ocasionó la pérdida de una fortuna, pero tras ese incidente su público siente que se cierne algún mal terrible y misterioso del que la botella es responsable. Su vocación lo ha llevado al éxito y ha envejecido muy respetado por su campaña contra la bebida en exceso. Pero en el Yukón, la desaparición de Marcus O’Brien sigue siendo una leyenda. Se trata de un misterio que iguala a la desaparición de Sir John Franklin.

[1907]



Una invasión sin precedentes

EN 1976 LOS PROBLEMAS entre el mundo y China alcanzaron su punto culminante. Debido a eso se aplazó la celebración del Segundo Centenario de la Libertad Norteamericana. Muchos otros planes de las naciones de la tierra se vieron afectados, enmarañados y pospuestos por el mismo motivo. El mundo se despertó de repente y percibió el peligro, pero durante más de setenta años, sin que nadie se diera cuenta, los acontecimientos habían ido tomando forma para llegar a este mismo fin.

El año 1904 marca lógicamente el comienzo del cambio que, setenta años después, llenaría de consternación al mundo entero. La guerra ruso-japonesa tuvo lugar en 1904 y los historiadores del momento apuntaron que ese acontecimiento señaló la entrada de Japón en la cortesía internacional. Lo que de verdad señaló fue el despertar de China. Ese despertar, largo tiempo esperado, por fin tenía lugar. Las naciones occidentales habían intentado estimular a China sin conseguirlo. Así que, debido a su optimismo natural y al egocentrismo propio de su raza, llegaron a la conclusión de que China nunca despertaría.

Lo que no habían tenido en cuenta era que *entre ellos y China no existía un lenguaje psicológico común*. Sus procesos de pensamiento resultaban radicalmente distintos. No había vocabulario cercano. A la mente occidental le bastaba con penetrar superficialmente en la china para encontrarse en medio de un laberinto insondable. La mente china penetraba en la occidental al mismo nivel y se topaba contra un muro en blanco, incomprensible. Todo era una cuestión de lenguaje. No había forma de comunicar las ideas occidentales a la mente de los chinos. China permanecía dormida. Los logros materiales y el progreso de Occidente eran un libro cenado para ella; libro que tampoco Occidente lograba abrir. En lo más profundo de la consciencia, de la mente, digamos, de la raza que habla inglés, existía la capacidad de desmenuzar las palabras sajonas; en lo más profundo de la consciencia de la mente china existía la capacidad de desmenuzar sus propios jeroglíficos; pero la mente china no podía desmenuzar las palabras sajonas; como tampoco la mente de quienes hablaban inglés conseguía desmenuzar los jeroglíficos. Los

tejidos de sus mentes estaban urdidos con materiales totalmente distintos. Eran verdaderos desconocidos. Por eso los logros materiales y el progreso de Occidente no hicieron mella en el sueño equilibrado de China.

En 1904 llegó la victoria de Japón sobre Rusia. Los japoneses eran una paradoja y un caso insólito entre los pueblos orientales. De alguna forma, Japón se mostraba receptivo a todo lo que Occidente pudiera ofrecer. Enseguida asimiló y digirió las ideas occidentales y las aplicó con tal acierto que de repente se convirtió en una potencia mundial perfectamente equipada. No existe forma de explicar esa peculiar apertura de Japón a la cultura extraña de Occidente. Igual podría explicarse cualquier mutación biológica del reino animal.

Tras derrotar contundentemente al gran imperio ruso, Japón se entregó al sueño colosal de su propio imperio. Había convertido a Corea en su granero y su colonia; los privilegios conseguidos gracias a los tratados y a su artera diplomacia le dieron el monopolio de Manchuria. Pero Japón no estaba satisfecho. Se fijó en China. Era un territorio inmenso y en ese territorio se encontraban los mayores depósitos del mundo de hierro y carbón, principal soporte de la civilización industrial. Conseguidos los recursos naturales, el otro factor básico de la industria es la mano de obra. En ese territorio había una población de cuatrocientos millones de almas, un cuarto de la población total de la tierra en esa época. Por si fuera poco, los chinos eran excelentes trabajadores, mientras que su filosofía fatalista (o religión) y su sistema nervioso imperturbable los convertían en magníficos soldados… si se los dirigía bien. No es necesario decir que Japón estaba dispuesto a proporcionar dicha dirección.

Pero, desde el punto de vista de Japón, lo mejor de todo era que los chinos constituían una raza hermana. El desconcertante enigma que el carácter chino suponía para los occidentales no era tal para los japoneses. Los japoneses lo entendían como nosotros nunca podríamos siquiera soñar con comprenderlo, por mucho que estudiásemos y nos preparásemos para ello. Sus procesos mentales eran los mismos. Los japoneses pensaban con los mismos símbolos-ideas que los chinos y sus pensamientos seguían el mismo ritmo peculiar. Los japoneses se adentraban en la mente china más allá de donde nosotros fracasábamos ante el obstáculo de la incomprensión. Tomaban la desviación que nosotros no percibíamos, rodeaban el obstáculo y se infiltraban en las ramificaciones de la mente china que nosotros no podíamos seguir. Eran hermanos. Tiempo atrás, unos habían tomado prestado el lenguaje escrito de los otros y, muchas generaciones antes, se ramificaron procedentes del mismo

tronco mongol. Se habían producido cambios y diferencias provocados por las distintas condiciones y las mezclas con otras sangres, pero en el fondo, enroscada en las fibras de su existencia, quedaba una herencia común, una igualdad de raza que el tiempo no había borrado.

Así Japón se adjudicó la dirección de China. En los años inmediatamente posteriores a la guerra con Rusia, sus agentes se introdujeron en el imperio chino. A más de mil quinientos kilómetros del último puesto misionero, sus ingenieros y espías trabajaban arduamente, ataviados de culis, bajo la apariencia de mercaderes itinerantes o proselitistas sacerdotes budistas, tomando nota de la potencia de cada catarata, los sitios más adecuados para establecer fábricas, las alturas de las montañas y sus pasos, las ventajas y debilidades estratégicas, la riqueza de los valles agrícolas, el número de bueyes en cada distrito o el número de obreros que podría reunirse por medio de reclutamientos forzosos. Nunca se había realizado un censo como ese, solo al alcance del pueblo japonés, patriótico, paciente y perseverante.

Pero en poco tiempo el secreto dejó de serlo. Los oficiales japoneses reorganizaron el Ejército chino y sus sargentos de instrucción convirtieron a los guerreros medievales en soldados del siglo XX, acostumbrados a la maquinaria moderna de la guerra y con una puntería media más elevada que la de los soldados de cualquier nación occidental. Los ingenieros de Japón profundizaron y ensancharon el intricado sistema de canales, levantaron fábricas y fundiciones, dotaron al país de telégrafos y teléfonos, e inauguraron la era de la construcción ferroviaria. Esos mismos protagonistas de la civilización de las máquinas descubrieron los grandes yacimientos petrolíferos de Chunsan, las montañas de hierro de Whang-Sing, las cordilleras de cobre de Chinchi y excavaron los pozos de gas de Wow-Wee, la reserva de gas natural más impresionante del mundo.

Los emisarios japoneses asistían a los consejos del imperio chino. Los hombres de Estado japoneses susurraban al oído de los estadistas chinos. A ellos se debió la reconstrucción política del imperio. Desalojaron a la clase académica, que era terriblemente reaccionaria, y cubrieron sus puestos con funcionarios progresistas. En todas las ciudades y poblaciones grandes del imperio se fundaron periódicos. Por supuesto, eran los directores japoneses los que imponían las normas de conducta de los periódicos, normas que recibían directamente de Tokio. Esos periódicos educaron y volvieron progresista a la gran masa de la población.

Por fin China despertaba. Japón triunfó donde Occidente había fracasado. Transmutó los logros y la cultura occidentales en términos asequibles a la

interpretación china. El propio Japón había asombrado al mundo con su rápido despertar. Pero entonces solo tenía la fuerza de sus cuarenta millones de habitantes. El despertar de China, con sus cuatrocientos millones y el avance científico del mundo, resultó mucho más asombroso. Era el coloso de las naciones y su voz se oyó rápidamente, muy segura de sí misma, en los asuntos y consejos de los Estados. Japón la incitaba y los pueblos occidentales la escuchaban con respeto.

El insólito y rápido ascenso de China se debió —quizá más que a cualquier otra cosa— a la calidad suprema de su trabajo. El chino era el tipo perfecto para la industria. Siempre lo había sido. No existía obrero en el mundo comparable a él en su gran aptitud para trabajar. El trabajo era el aire que respiraba. Para él era lo que para otras gentes habían sido el deambular y luchar en tierras lejanas y la aventura espiritual. Para él la libertad representaba el acceso a los medios para trabajar duro. Labrar la tierra y afanarse sin fin era lo único que le pedía a la vida y a las autoridades. El despertar de China había proporcionado a su inmensa población no solo un acceso gratuito e ilimitado a los medios para trabajar duro, sino también el acceso a la más avanzada maquinaria científica para el esfuerzo.

¡China rejuvenecida! Estaba a un paso de convertirse en una China descontrolada. Se enorgulleció de sí misma y descubrió que tenía voluntad. Empezó a impacientarse bajo la dirección de Japón, pero no por mucho tiempo. Al principio, siguiendo el consejo de Japón, había expulsado del imperio a todos los misioneros, ingenieros, sargentos de instrucción, comerciantes y profesores occidentales. Después promovió el despido de los representantes similares de Japón. Colmaron de honores y condecoraciones a sus estadistas asesores y los enviaron de vuelta a casa. Occidente había despertado a Japón y, de la misma forma que este había retribuido a Occidente, ahora se veía retribuido por China. Su gigantesca protegida le agradecía su amable ayuda y lo ponía de patitas en la calle. Las naciones de Occidente se rieron. El sueño de Japón se había esfumado. Se enfadó. China se rió de él. La sangre y las espadas de los samuráis se encendieron y Japón se lanzó a la guerra. Eso ocurrió en 1922 y, en el plazo de siete meses sangrientos, perdió Manchuria, Corea y Formosa y se vio obligado a retirarse arruinado y a ahogarse en sus islas diminutas y superpobladas. Japón abandonó el drama mundial. Después se dedicó al arte y se concentró en agradar al mundo con sus creaciones maravillosas y llenas de belleza.

En contra de lo que se esperaba, China no se mostró belicosa. No tenía sueños napoleónicos y se contentaba con dedicarse a las artes de la paz. Tras

una temporada de inquietud se aceptó que a China había que temerla en el comercio y no en la guerra. Se verá que no se habían dado cuenta de cuál era el verdadero peligro. China continuó perfeccionando su civilización de las máquinas. En lugar de un gran ejército permanente, desarrolló una milicia inmensamente más grande y de una eficacia magnífica. Su Armada era tan pequeña que el mundo se reía de ella; pero tampoco quiso reforzarla. Sus acorazados nunca entraban en los puertos abiertos del mundo.

El verdadero peligro radicaba en la fecundidad de sus entrañas y los primeros gritos de alarma se oyeron en 1970. Los territorios adyacentes a China llevaban un tiempo quejándose debido a la inmigración de los chinos, pero en ese momento el mundo fue consciente de que la población de China había llegado a los quinientos millones. Desde su despertar había aumentado en cien millones. Burchaldter llamó la atención sobre el hecho de que había más chinos que gente blanca. Realizó una simple operación aritmética. Sumó las poblaciones de Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda, Australia, Sudáfrica, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Austria, la Rusia europea y toda Escandinavia. El resultado fue cuatrocientos noventa y cinco millones. La población de China superaba en cinco millones un total tan elevado. Las cifras de Burchaldter recorrieron el mundo y el mundo se estremeció.

La población de China se había mantenido constante durante muchos siglos. Su territorio se había visto saturado de población; es decir, que su territorio, con el método primitivo de producción, había soportado el límite máximo de población. Pero cuando despertó e inauguró la civilización de las máquinas su poder de producción se vio enormemente incrementado. Así fue capaz de mantener una población mucho mayor en el mismo territorio. De inmediato, la tasa de natalidad empezó a aumentar y la de mortalidad a decaer. Antes, cuando la población ponía en peligro los medios de subsistencia, la hambruna se ocupaba de acabar con el exceso de población. Pero entonces, gracias a la civilización de las máquinas, los medios de subsistencia chinos se vieron sobradamente aumentados y no se producían hambrunas, por lo que su población creció al ritmo de los medios de subsistencia.

Durante esa época de transición y desarrollo de poder, China no albergó sueños de conquista. Los chinos no constituían una raza imperial. Eran trabajadores, frugales y amantes de la paz. Consideraban que la guerra era una tarea desagradable pero necesaria que a veces debía llevarse a cabo. Así, mientras las razas occidentales se peleaban, luchaban y corrían aventuras por el mundo, China había continuado trabajando en calma con sus máquinas y

creciendo. Ahora se extendía más allá de las fronteras de su imperio —no era más que eso—, se extendía a los territorios adyacentes con la certidumbre y el impulso aterradoramente lento de un glaciar.

Tras la alarma creada por las cifras de Burchaldter en 1970, Francia opuso una resistencia con la que llevaba mucho tiempo amenazando. La Indochina francesa había sido invadida, ocupada, por los inmigrantes chinos. Francia quiso poner fin a la situación. La ola de chinos continuó fluyendo. Francia reunió una fuerza de cien mil soldados en la frontera entre su desdichada colonia y China, y China envió un ejército de un millón de milicianos. Tras ellos llegaron sus esposas, hijos y parientes, con sus enseres personales, que formaban un segundo ejército. Apartaron a la fuerza francesa como si fuera una mosca. Los milicianos chinos y sus familias, más de cinco millones en total, tomaron posesión, sin inmutarse, de la Indochina francesa y se establecieron para quedarse miles de años.

Francia, ultrajada, puso el grito en el cielo. Envió flota tras flota contra la costa de China y el esfuerzo estuvo a punto de arruinarla. Se retiró como una tortuga al interior de su concha. Durante un año las flotas francesas bloquearon las costas y bombardearon las ciudades y aldeas desprotegidas. A China le dio igual. No dependía para nada del resto del mundo. Con calma, se mantuvo lejos del alcance de las armas francesas y continuó trabajando. Francia lloró y se lamentó, se retorció las manos impotentes y apeló a las naciones boquiabiertas. Luego envió una expedición punitiva para marchar sobre Pekín. Constaba de doscientos cincuenta mil soldados y era la flor de Francia. Desembarcó sin encontrar oposición alguna y marchó hacia el interior. Esa fue la última vez que se la vio. Las líneas de comunicación quedaron cortadas al segundo día. Ni un solo superviviente regresó para contar lo ocurrido. Las fauces tenebrosas de China se los habían tragado, sin más.

Durante los cinco años siguientes, la expansión por tierra de China, en todas las direcciones, continuó a buen ritmo. Siam entró a formar parte del imperio y, a pesar de los esfuerzos de Inglaterra, Birmania y la península de Malaca fueron invadidas, mientras las hordas chinas presionaban con fuerza a Rusia, a lo largo de la enorme frontera sur de Siberia. El proceso resultaba sencillo. Primero llegaba la inmigración china (mejor dicho, ya estaba allí, porque había aparecido despacio y de forma larvada durante los años previos). Luego surgían los enfrentamientos y toda oposición quedaba borrada por un ejército monstruoso de milicianos, seguidos de sus familias y

enseres. Por último, se establecían como colonos en el territorio conquistado. Nunca existió un método para conquistar el mundo tan extraño y eficaz.

La terrible marea humana ocupó Nepal y Bután, al tiempo que presionaba sobre toda la frontera norte de la India. Al oeste, engulló Bujará, y al suroeste, Afganistán. Persia, Turquestán y toda Asia central sintieron la presión de la marea. Entonces fue cuando Burchaldter revisó sus cifras. Se había equivocado. La población de China tenía que sumar setecientos millones, ochocientos —nadie sabía cuántos millones—, pero en cualquier caso pronto serían un millardo. Había dos chinos por cada blanco del mundo, anunció Burchaldter, y el mundo tembló. Su crecimiento tenía que haber empezado de inmediato, en 1904. Hicieron memoria y recordaron que desde esa fecha no se habían producido hambrunas. Con un aumento de cinco millones de personas por año, el total durante los setenta años transcurridos sería de trescientos cincuenta millones. Pero ¿quién podía saberlo? A lo mejor eran más. ¿Quién podía saber algo de esa nueva y desconocida amenaza del siglo XX? ¡China, la vieja China, rejuvenecida, fructífera y beligerante!

Se convocó en Filadelfia la Convención de 1975. Estaban representadas todas las naciones occidentales y unas pocas orientales. No se logró nada. Se habló de premiar los nacimientos en todos los países para incrementar la tasa de natalidad, pero los aritméticos se rieron con desdén y señalaron que China llevaba demasiada ventaja en esa dirección. No se sugirió ninguna forma factible de hacerle frente a China. Las Potencias Unidas apelaron a China y la amenazaron: a eso se limitó la Convención de 1975. China se rió de la Convención y de las Potencias. Li Tang Fwung, la autoridad tras el Trono del Dragón, se dignó a contestar.

«¿Qué le importa a China la cortesía internacional? —dijo Li Tang Fwung—. Somos la raza más antigua, imperial y honorable. Tenemos que alcanzar nuestro propio destino. Resulta desagradable que nuestro destino no encaje con el del resto del mundo, pero ¿qué vais a hacer? Habéis hablado interminablemente de las razas imperiales y la herencia de la tierra, a lo que nosotros solo podemos responder que eso está por ver. No podéis invadirnos. Vuestras Armadas no importan. No gritéis. Sabemos que nuestra Armada es pequeña. Veréis: la utilizamos para vigilar y custodiar. El mar no nos importa. Nuestra fuerza radica en nuestra población, que pronto llegará al millardo. Gracias a vosotros, estamos equipados con toda la maquinaria de guerra moderna. Enviad vuestras Armadas. Ni nos enteraremos. Enviad vuestras expediciones punitivas, pero antes acordaos de Francia. Desembarcar en nuestras costas medio millón de soldados forzaría los recursos de cualquiera

de vosotros y nuestros mil millones se los tragarían de un solo mordisco. Enviad un millón, enviad cinco millones y nos los tragaremos con la misma facilidad. ¡Puf! No sería nada, un bocado exiguo. Destruye, como has amenazado, tú, Estados Unidos, los diez millones de culis que hemos introducido a la fuerza por tus costas. Esa cantidad no llega ni a la mitad de nuestro exceso de natalidad anual».

Así habló Li Tang Fwung. El mundo se quedó perplejo, impotente y aterrado. Había dicho la verdad. No existía forma de combatir la asombrosa tasa de natalidad de China. Si su población sumaba mil millones y se incrementaba en veinte millones al año, en veinticinco años sumaría millardo y medio, lo que igualaría al total de la población mundial de 1904. No podían hacer nada. No había forma de embalsar la excesiva y monstruosa riada de la vida. La guerra era inútil. China se reía del bloqueo de sus costas. Daba la bienvenida a la invasión. En sus espaciosas fauces había sitio para todas las huestes de la tierra que lanzasen contra ella. Y mientras, su riada de vida amarilla continuaba saliendo a raudales y sobrepasaba Asia. China se reía y leía en las revistas las doctas elucubraciones de los desazonados eruditos occidentales.

Pero había un erudito con el que China no contaba: Jacobus Laningdale. Aunque solo podríamos tacharlo de erudito en el sentido más general y amplio. Jacobus Laningdale era, principalmente, un científico y, hasta ese momento, un científico poco conocido, un profesor empleado en los laboratorios del Servicio de Sanidad de la Ciudad de Nueva York. La cabeza de Jacobus Laningdale era muy parecida a la de los demás, pero en su interior se había desarrollado una idea. Además, esa cabeza albergaba sentido suficiente como para mantener en secreto dicha idea. No escribió un artículo para las revistas, sino que pidió vacaciones. El 19 de septiembre de 1975 llegó a Washington. Era tarde pero se fue directo a la Casa Blanca, porque ya había solicitado una audiencia con el presidente. Permaneció durante tres horas encerrado con el presidente Moyer. El resto del mundo no supo lo ocurrido entre ellos hasta mucho después; de hecho, por entonces al mundo no le interesaba Jacobus Laningdale. Al día siguiente, el presidente reunió a su gabinete. Jacobus Laningdale también asistió. Las actas se mantuvieron en secreto. Pero esa misma tarde Rufus Cowdery, secretario de Estado, abandonó Washington y a la mañana siguiente, muy temprano, zarpó rumbo a Inglaterra. El secreto que llevaba con él empezó a extenderse, aunque solo entre los jefes del Gobierno. Más o menos, se confió la idea formada en la cabeza de Jacobus Laningdale a media docena de hombres por cada nación.

Tras la difusión del secreto, en todos los muelles, arsenales y astilleros surgió, de la noche a la mañana, una actividad enorme. Las gentes de Francia y Austria empezaron a sospechar, pero las peticiones de confianza por parte de sus Gobiernos resultaron tan sinceras que aceptaron el proyecto desconocido que estaba en marcha.

Esa fue la época de la Gran Tregua. Todos los países se comprometieron solemnemente a no ir a la guerra entre ellos. La primera acción clara fue la movilización gradual de los Ejércitos de Rusia, Alemania, Austria, Italia, Grecia y Turquía. Luego dieron comienzo los movimientos hacia oriente. Todos los ferrocarriles que iban a Asia se saturaron con trenes de tropas. China era el objetivo, no se sabía nada más. Poco después dieron comienzo los grandes movimientos por mar. Todos los países enviaron expediciones de buques de guerra. Flota tras flota zarpaba y ponía rumbo a las costas de China. Las naciones dejaron sus astilleros vacíos. Enviaron sus embarcaciones para combatir el contrabando, las del servicio de expedición y las barcazas que daban asistencia a los faros, además de sus acorazados y cruceros más anticuados. No contentos con eso, reclutaron a la marina mercante. Las estadísticas muestran que las distintas naciones enviaron a China 58.640 vapores mercantes equipados con reflectores y cañones de tiro rápido.

China sonrió y aguardó. Por tierra, a lo largo de sus fronteras, había millones de guerreros de Europa. China movilizó esos mismos millones multiplicados por cinco de sus milicias y esperó la invasión. Hizo lo mismo en las costas. Pero China se sintió desconcertada. Tras semejantes preparativos no se produjo la invasión. No lo entendía. A lo largo de la enorme frontera siberiana todo era calma. Las ciudades y aldeas de la costa no eran atacadas ni con fuego de artillería. Nunca, en la historia del mundo, había existido una reunión de flotas de guerra tan poderosa. Allí estaban todas las Armadas y, día y noche, millones de toneladas de acorazados surcaban las aguas que rodeaban sus costas sin que nada ocurriese. No intentaban nada. ¿Acaso pretendían que ella saliera de su concha? China sonrió. ¿Querían cansarla o matarla de hambre? China volvió a sonreír.

Pero si el lector se hubiese encontrado el 1 de mayo de 1976 en la ciudad imperial de Pekín, junto con su población, que entonces era de once millones, habría sido testigo de un curioso espectáculo. Habría visto las calles llenas de habitantes amarillos y parloteantes, todas las cabezas echadas hacia atrás y todos los ojos rasgados vueltos al cielo. En lo más alto del firmamento habría divisado un diminuto punto negro al que —debido a sus metódicas

evoluciones— habría identificado como un dirigible. De ese dirigible, mientras volaba sobre la ciudad retrocediendo y avanzando, caían misiles, unos misiles extraños e inofensivos, tubos de frágil cristal que se rompían en miles de fragmentos sobre las calles y los tejados de las casas. Aunque en esos tubos de cristal no había nada letal. Nada ocurría. No había explosiones. Cierto es que varios chinos murieron al caerles los tubos en la cabeza desde una altura tan excesiva, pero ¿qué eran tres chinos contra un exceso de nacimientos que pasaba de veinte millones? Un tubo cayó perpendicular a un estanque de peces, dentro de un jardín, y no se rompió. El dueño de la casa lo recuperó. No osó abrirlo pero, acompañado por sus amigos y rodeado de una multitud cada vez mayor, llevó el tubo misterioso al magistrado del distrito. Este era un hombre valiente. Observado por todos, hizo añicos el tubo con un golpe de su pipa, que tenía la cazoleta de latón. No ocurrió nada. Entre los que se encontraban más cerca, a uno o dos les pareció ver que de él salían unos mosquitos. Solo eso. La multitud se rió a carcajadas y se dispersó.

Mientras Pekín era bombardeado con tubos de cristal, lo mismo ocurría en el resto de China. Los diminutos dirigibles, enviados desde los buques de guerra, contenían solo dos hombres cada uno, que se dedicaban a sobrevolar ciudades, villas y aldeas, dando vueltas sin descanso mientras uno manipulaba la nave y el otro arrojaba los tubos de cristal.

Si el lector hubiese vuelto a estar en Pekín seis semanas después habría buscado en vano sus once millones de habitantes. Habría encontrado solo a un puñado de ellos, quizás unos pocos cientos de miles, cuyos cuerpos se pudrían en las casas y en las calles desiertas, o apilados en los coches fúnebres abandonados. Pero a los demás tendría que buscarlos en las autopistas y carreteras secundarias del imperio. Sin embargo, no encontraría a todos los que habían huido de una Pekín asolada por la peste, aunque podría seguir sus huellas por los cientos de miles de cuerpos sin enterrar que iban dejando a su paso, en las cunetas. Lo ocurrido en Pekín sucedió también en el resto de las ciudades, las villas y las aldeas del imperio. La peste se los llevó a todos. No se trató de una peste o de dos, sino de una veintena. Todo tipo virulento de muerte contagiosa acosó a aquella tierra. El Gobierno chino comprendió demasiado tarde el significado de tantos preparativos, la formación de las huestes mundiales, los vuelos de los diminutos dirigibles y la lluvia de tubos de cristal. Las proclamas del Gobierno fueron en vano. No pudieron evitar que los once millones de pobres apestados huyeran de la ciudad de Pekín para propagar la enfermedad por todas partes. Los médicos y funcionarios de salud murieron en sus puestos y la muerte, que todo lo conquista, pisoteó los

decretos del emperador y de Li Tang Fwung. También pasó por encima de ellos, pues Li Tang Fwung falleció durante la segunda semana y el emperador, oculto en su palacio de verano, murió durante la cuarta.

De haberse tratado de una sola peste, China podría haberlo hecho frente. Pero nadie es inmune a una veintena de enfermedades mortales. Quien se libraba de la viruela caía ante la escarlatina. Al inmune a la fiebre amarilla se lo llevaba el cólera. Y si también era inmune al cólera, la Muerte Negra —la peste bubónica— se encargaba de él. Esas bacterias, gérmenes, microbios y bacilos cultivados en los laboratorios occidentales habían caído sobre China en una lluvia de cristal.

Cualquier tipo de organización desapareció. El Gobierno se desmoronó. Los decretos y las proclamas resultaban inútiles cuando los hombres que las redactaban y firmaban morían al cabo de unos minutos. Los millones enloquecidos —a los que la muerte espoleaba a huir— tampoco podían detenerse para prestar atención. Escapaban de las ciudades para infectar el campo y adondequiera que huyesen llevaban consigo las enfermedades. El calor del verano ayudó —Jacobus Laningdale había escogido el momento con gran astucia— y la peste lo contaminaba todo. Se hicieron numerosas conjeturas sobre lo ocurrido y mucho se supo por lo que narraron los pocos supervivientes. Incontables millones de pobres desgraciados arrasaron el imperio en su huida. Los enormes ejércitos que China había reunido en sus fronteras se dispersaron. Arrasaron las granjas en busca de comida y nadie plantó más cosechas, mientras que las ya plantadas se desatendieron y nunca se cosecharon. Quizá lo más extraordinario fueron los grupos de huida. Muchos millones se unieron a ellos y cargaron contra los límites del imperio, donde los gigantescos ejércitos occidentales los esperaban y los obligaban a retroceder. La matanza de las huestes rabiosas en las fronteras fue algo impresionante. Una y otra vez la línea de protección se retrasaba entre treinta y cincuenta kilómetros para evitar el contagio de la muerte multitudinaria.

En una ocasión la peste superó el bloqueo y atacó a los soldados alemanes y austríacos que protegían las fronteras del Turquestán. Ya habían previsto que eso podría ocurrir y, aunque perecieron sesenta mil soldados europeos, el cuerpo internacional de médicos aisló la zona de contagio y contuvo la enfermedad. Durante ese tiempo de lucha se sugirió por primera vez que podría haberse originado un nuevo germen, que de alguna manera habría tenido lugar una especie de hibridización entre los distintos gérmenes, provocando la aparición de uno nuevo y terriblemente virulento. Quien

primero lo sospechó fue Vomberg, que se contagió y murió. Después Stevens, Hazenfelt, Norman y Landers lo aislaron y lo estudiaron.

Esa fue la invasión sin precedentes de China. No había esperanza para ese millardo de personas. Confinados en su enorme e infectado cementerio, perdidas toda organización y cohesión, solo les quedaba morirse. No podían escapar. Los rechazaban en las fronteras terrestres y también en la costa. Setenta y cinco mil embarcaciones patrullaban las costas. Durante el día, el humo de sus chimeneas debilitaba el brillo del mar y por la noche sus reflectores rompían la oscuridad, buscando hasta el más diminuto de los juncos que intentaban huir. Las tentativas de las inmensas flotas de juncos daban lástima. Ni uno solo logró escapar a aquellos sabuesos marinos. La maquinaria de guerra moderna contenía a la desorganizada masa china mientras las pestes hacían efecto.

Sin embargo, aquello era convertir la guerra clásica en un hazmerreír, era reducirla a patrullar. China se había reído de la guerra y guerra le habían dado, aunque se trataba de una guerra ultramoderna, del siglo XX, la guerra del científico en su laboratorio, la guerra de Jacobus Laningdale. Los cañones de cien toneladas eran juguetes en comparación con los proyectiles microbianos lanzados desde los laboratorios, los mensajeros de la muerte, los ángeles destructores que acechaban al imperio del millardo de almas.

Durante el verano y otoño de 1976 China fue un infierno. Resultaba imposible eludir los proyectiles microscópicos, que llegaban hasta los escondrijos más remotos. Cientos de millones de muertos permanecían sin enterrar y los gérmenes se multiplicaban; además, hacia el final, varios millones morían de hambre a diario. El hambre debilitaba a las víctimas y destruía sus defensas naturales contra la peste. Reinaban el canibalismo, el asesinato y la locura. Así pereció China.

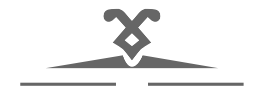
Hasta que llegó febrero, cuando más frío hace, no se organizaron las primeras expediciones. Eran pequeñas y las componían científicos y militares, pero se adentraron en China desde todos los puntos. A pesar de las precauciones más sofisticadas para evitar el contagio, un buen número de soldados y algunos médicos se infectaron. Pero las exploraciones continuaron. Encontraron una China devastada, convertida en un paraje yermo y violento, por el que deambulaban bandas de perros salvajes y bandoleros desesperados que habían sobrevivido. A todos los supervivientes se les daba muerte en el mismo sitio en el que se los encontraba. Después comenzó la gran tarea: el saneamiento de China. Se necesitaron cinco años y cientos de millones de recursos económicos. Luego el mundo se instaló, pero no en zonas, como

había propuesto el barón Albrecht, sino de forma heterogénea, según el programa democrático norteamericano. Una enorme y feliz mezcla de nacionalidades se estableció en China en 1982 y en los años posteriores: un experimento de mestizaje impresionante y fructífero. Hoy conocemos bien la espléndida producción artística, intelectual y mecánica que provocó.

En 1987, tras disolverse la Gran Tregua, se recrudeció la antigua disputa entre Francia y Alemania por Alsacia y Lorena. La nube de la guerra se oscureció y tornó más amenazadora en abril y el 17 de ese mes se convocó la Convención de Copenhague. Todas las naciones del mundo estaban representadas y todas se comprometieron solemnemente a nunca usar, las unas contra las otras, los métodos de laboratorio para la guerra empleados en la invasión de China.

Fragmento de *Disertaciones sobre la Historia*, de Walt Mervin.

[1907]



El enemigo del mundo entero

AL FINAL fue Silas Bannerman quien hundió a Emil Gluck, ese genio científico y archienemigo de la humanidad. La confesión de Gluck, antes de acabar en la silla eléctrica, arrojó mucha luz sobre la serie de acontecimientos misteriosos —muchos, en apariencia, sin relación entre sí— que tanto perturbaron al mundo entre los años 1933 Y 1941. Hasta que no se hizo público tan sorprendente documento, al mundo no se le ocurrió ni soñar que existiera relación alguna entre el magnicidio de los reyes de Portugal y los asesinatos de los agentes de Policía de la ciudad de Nueva York. Aunque las hazañas de Emil Gluck resultaban abominables no podemos, hasta cierto punto, dejar de sentir pena por ese genio maltratado, deforme y desdichado. Esta parte de su historia no se había contado antes y gracias a su confesión y a la enorme cantidad de pruebas, documentos y registros de la época podemos elaborar un retrato suyo bastante fiel, así como distinguir los factores y presiones que lo convirtieron en el monstruo humano que era y que lo empujaron a continuar avanzando en sentido descendente por el espantoso sendero en el que se había internado.

Emil Gluck nació en Siracusa, Nueva York, en 1895. Su padre, Josephus Gluck, miembro del Grupo Especial de la Policía y vigilante nocturno, falleció de repente en 1900 debido a una neumonía. La madre, una criatura frágil y bonita que antes de casarse había sido sombrerera, sufrió tanto por la pérdida de su marido que acabó por morir también. Esa sensibilidad de la madre fue la herencia que en el niño se volvió morbosa y terrorífica.

En 1901, a los seis años, el niño, Emil, se fue a vivir con su tía, la señora Ann Bartell. Era hermana de su madre, pero en su pecho no albergaba cariño alguno hacia aquel crío sensible y retraído. Ann Bartell era una mujer despiadada, superficial y vanidosa. Además, sufría la maldición de la pobreza y debía soportar la carga de un marido que no servía para nada, vago e irresponsable. El joven Emil Gluck sobraba en aquella casa y Ann Bartell supo dejárselo bien claro. Como muestra del trato que recibió durante aquel período temprano y formativo, ofrecemos el siguiente ejemplo:

Cuando llevaba poco más de un año viviendo en casa de los Bartell, el crío se rompió una pierna. Se hirió por jugar en el tejado —algo prohibido—, como todos los niños han hecho y continuarán haciendo hasta el final de los tiempos. Se la rompió por dos sitios entre la rodilla y el muslo. Emil, con la ayuda de sus asustados compañeros de juegos, consiguió arrastrarse hasta la acera de delante, donde se desmayó. Los chicos del barrio temían a la bruja severa que mandaba en la casa de los Bartell, pero se armaron de valor, llamaron a la puerta y le contaron a Ann Bartell lo del accidente. Ni siquiera miró al chaval que yacía herido en la acera, se limitó a cerrar de un portazo y continuar con la colada. Transcurrió el tiempo. Empezó a chispear y Emil Gluck, ya recuperada la consciencia, yacía sollozando bajo la lluvia. Las fracturas tenían que haber sido reducidas de inmediato. Al no ser así, la inflamación aumentó con rapidez y empeoró mucho las cosas. Al cabo de dos horas, las mujeres del barrio, indignadas, se quejaron a Ann Bartell. Entonces salió y miró al chico. También le dio una patada en el costado, mientras él permanecía impotente a sus pies, y lo repudió entre histerismos. Dijo que no era hijo suyo y recomendó que llamaran a la ambulancia para que lo llevase al hospital. Después volvió a entrar en casa.

Fue Elizabeth Shepstone, que pasaba por allí, quien, al enterarse de la situación, ordenó que colocaran al niño sobre una tabla de madera. Fue ella quien llamó al médico y quien, apartando a Ann Bartell a un lado, mandó que metieran en casa al chico. Cuando llegó el médico, Ann Bartell le hizo saber de inmediato que no pagaría sus servicios. El pequeño Emil permaneció dos meses en la cama, el primero de ellos boca arriba, sin que lo cambiaran de postura ni una sola vez, abandonado y solo, excepto por las esporádicas visitas del médico mal pagado y que trabajaba en exceso. No tenía juguetes, nada con lo que entretener las horas, tan largas y aburridas. Nadie le dedicaba una palabra amable ni le acariciaba la frente, no lo tocaban ni le demostraban ternura o cariño; solo recibía los reproches y la dureza de Ann Bartell, además del testimonio reiterado de que allí sobraba. En semejante entorno, se comprende que en aquel niño solitario y abandonado naciera tanto rencor y hostilidad hacia la raza humana como el que acabaría por manifestar en hazañas tan espantosas que aterrarían al mundo.

Podría resultar extraño que Emil Gluck hubiese recibido una educación superior de manos de Ann Bartell, pero la explicación es sencilla. El inútil de su marido, tras abandonarla, encontró oro en las minas de Nevada y regresó junto a ella convertido en multimillonario. Ann Bartell odiaba al chico y de inmediato lo envió a la Academia Farristown, a más de ciento cincuenta

kilómetros de distancia. Tímido, sensible, alma solitaria e incomprendida, en Farristown se sintió más solo que nunca. No regresaba a casa en vacaciones, largas o cortas, como hacían los demás chicos, sino que vagaba por los terrenos y edificios desiertos, protegido e incomprendido por los criados y los jardineros; leía mucho —según se recuerda—, pasaba los días en el campo o frente a la chimenea con la nariz siempre entre las páginas de algún libro. En esa época forzó la vista y se vio obligado a usar gafas, tan visibles en las fotografías que de él se publicaron en los periódicos de 1941.

Era un alumno excepcional. Una dedicación como la suya lo habría llevado lejos, aunque no le hacía falta. Dominaba cualquier texto con solo mirarlo. Como resultado, leyó una inmensa cantidad de textos adicionales y aprendió más en un semestre que el alumno medio en seis años. En 1909, a los catorce años, estaba preparado —«más que preparado», dijo el director de la academia— para entrar en Yale o Harvard. Su juventud le impidió acceder a dichas universidades, de manera que en 1909 comenzó a estudiar en el histórico Bowdoin College. Se graduó con las calificaciones más altas en 1913 y de inmediato siguió al profesor Bradlough a Berkeley, California. El único amigo que Emil Gluck encontró en toda su vida fue el profesor Bradlough. La debilidad de sus pulmones lo obligó a cambiar Maine por California, decisión facilitada por la oferta de una cátedra en la Universidad pública. Durante 1914 Emil Gluck residió en Berkeley y asistió a cursos científicos especializados. A finales de ese año dos muertes cambiaron sus perspectivas y su relación con la vida. La del profesor Bradlough le arrebató al único amigo que tendría jamás y la de Ann Bartell lo dejó sin un céntimo. Odiando al desafortunado muchacho hasta el final, decidió legarle solo cien dólares.

Al año siguiente, a los veinte, Emil Gluck se inscribió como profesor de Química en la Universidad de California. Los años pasaron tranquilamente mientras realizaba con exactitud el trabajo pesado y aburrido con el que se ganaba el sueldo y, sin dejar de estudiar, terminaba media docena de licenciaturas. Entre otras cosas era doctor en Sociología, Filosofía y Ciencias, aunque al final el mundo lo conocía solo como profesor Gluck.

Tenía veintisiete años cuando destacó por primera vez en la prensa debido a la publicación de su libro *Sexo y progreso*. El libro continúa siendo un hito en la historia y filosofía del matrimonio. Se trata de un pesado tomo de más de setecientas páginas, tremendamente minucioso y detallado, además de sorprendentemente original. Era un libro para científicos, sin la menor intención de provocar a nadie. Pero Gluck, en el último capítulo y en apenas

tres líneas, mencionó la hipotética conveniencia de someter los matrimonios a un periodo de prueba. Los periódicos de inmediato sacaron partido a esas tres líneas, las exageraron hasta acabar pasando de castaño oscuro, como se decía entonces, y lograron que todo el mundo se riese de Emil Gluck, el joven profesor de veintisiete años que usaba gafas. Los fotógrafos lo retrataron, los reporteros lo asediaron, los clubes femeninos aprobaron resoluciones que lo condenaban, tanto a él como a sus teorías inmorales, y en el hemiciclo de la asamblea de California, mientras se discutía la asignación presupuestaria de la Universidad, se presentó una moción que exigía la expulsión de Gluck, bajo la amenaza de retener la asignación. Por supuesto, ninguno de sus perseguidores había leído el libro; les bastaba con la retorcida versión de esas tres líneas hecha por la prensa. Así dio comienzo el odio de Emil Gluck hacia los periodistas. Ellos habían convertido su trabajo serio e intrínsecamente valioso, al que había dedicado seis años, en algo digno de mala fama y las risas de todos. Nunca los perdonó, para eterno pesar de todos ellos.

Los periódicos fueron responsables del siguiente desastre que le sobrevino. Guardó silencio durante los cinco años siguientes a la publicación del libro y el silencio no es bueno para un hombre solitario. Resulta sencillo conjeturar con lástima la espantosa soledad de Emil Gluck en aquella universidad tan populosa, ya que no tenía amigos ni quien lo comprendiera. Su único recurso eran los libros y continuó leyendo y estudiando sin descanso. Pero en 1927 aceptó una invitación para hablar ante la Sociedad de Interés Humano de Emeryville. No estaba seguro de hacerlo bien, sin embargo, mientras escribimos tenemos ante nuestros ojos una copia de su docto discurso. Es formal, erudito, científico y, debemos añadir, conservador. Pero en un punto determinado hablaba de, y cito sus palabras, «la revolución social e industrial que tiene lugar en la sociedad». Uno de los reporteros presentes se apoderó de la palabra revolución, la aisló del texto y escribió un artículo confuso que convertía a Emil Gluck en un anarquista. De inmediato, las agencias de noticias difundieron la frase: «El profesor Gluck es anarquista», y todos los periódicos del mundo la incluyeron en sus titulares.

Había intentado responder al anterior ataque de la prensa, pero en esta ocasión guardó silencio. El rencor ya había corroído su alma. El cuerpo docente de la Universidad le pidió que se defendiera, pero él rehusó de mal humor e incluso se negó a presentar en su defensa una copia de su discurso para evitar que lo expulsaran. No quiso dimitir y fue despedido del cuerpo docente. Debemos añadir que los miembros del equipo rectoral y el rector de la Universidad sufrieron presión política.

Perseguido, difamado e incomprendido, el hombre desamparado y solitario no intentó tomar represalias. Durante toda su vida habían pecado en contra de él sin que él pecase en contra de nadie. Pero su amargo cáliz aún no estaba lleno. Tras perder su puesto y quedarse sin ingresos tuvo que buscar trabajo. El primero lo encontró en los astilleros Union Iron Works de San Francisco, donde demostró ser un delineante muy bien capacitado. Allí aprendió de primera mano todo lo relativo a los acorazados y su construcción. Pero los periodistas lo descubrieron y publicaron un artículo sobre su nueva vocación. Dimitió de inmediato y buscó otro empleo. Sin embargo, después de que los periodistas lo hubiesen echado de media docena de puestos de trabajo, se armó de valor para afrontar la persecución de la prensa. Eso ocurrió cuando abrió su centro de galvanoplastia en Oakland, en Telegraph Avenue. Era un taller pequeño que empleaba a tres hombres y dos niños. Gluck trabajaba muchas horas. Noche tras noche, según testificó en el estrado el agente de Policía Carew, no abandonaba el taller hasta la una o dos de la madrugada. Durante ese periodo de tiempo perfeccionó el mejorado dispositivo de ignición para motores a gas, cuyos derechos de patente acabarían por hacerlo rico.

Fundó su centro de galvanoplastia a principios de la primavera de 1928 y ese mismo año nació su apego amoroso por Irene Tackley, de consecuencias catastróficas. Es lógico imaginar que una criatura tan extraordinaria como Emil Gluck sea también un enamorado extraordinario. Además de su genialidad, su soledad y su morbosidad, debemos tener en cuenta que no sabía nada de las mujeres. Por muchas oleadas de deseo que inundasen su ser, no sabía expresarlas de forma tradicional y su excesiva timidez sin duda lo llevaría a realizar un cortejo muy poco corriente. Irene Tackley era una joven muy bonita, aunque superficial y frívola. Por entonces trabajaba en una pequeña confitería frente al taller de Gluck. Él solía entrar, tomaba batidos y limonadas y no dejaba de mirarla. Al parecer, la chica no sentía nada por Gluck y se limitó a jugar con él. Dijo que era «raro», y en otra ocasión lo calificó de excéntrico, cuando describió cómo se sentaba al mostrador y la observaba tras las gafas, cómo se ruborizaba y tartamudeaba cuando ella se dirigía a él, y cómo solía abandonar el local de forma precipitada, confuso.

Gluck le hizo los regalos más extraordinarios: un servicio de té de plata, un anillo de brillantes, un abrigo de pieles, gemelos para la ópera, una agotadora *Historia del mundo* en muchos volúmenes y una motocicleta con baño de plata realizado en su propio taller. Entonces hace acto de presencia el novio de la joven, con paso firme, muy enfadado y la obliga a devolver el

extraño surtido de regalos. Ese hombre, William Sherbourne, era una criatura bruta y terca, un hombre de mandíbula cuadrada y de la clase obrera que se había convertido en un exitoso contratista de obras a pequeña escala. Gluck no lo entendió. Intentó lograr una explicación y quiso hablar con la chica cuando salió del trabajo al anochecer y volvía a casa. Ella se quejó a Sherbourne y, una noche, este le dio una paliza a Gluck. Fue una paliza tremenda porque en los archivos del Hospital de Urgencias de la Cruz Roja figura que esa noche trataron allí a Gluck, que no pudo volver a casa hasta una semana después.

Pero Gluck seguía sin comprender. Continuó intentando que la joven le diese una explicación. Por miedo a Sherbourne pidió permiso al jefe de Policía para llevar un revólver, permiso que le fue denegado, mientras los periódicos trataban el asunto, como siempre, de forma sensacionalista. Luego se produjo el asesinato de Irene Tackley, seis días antes de su boda con Sherbourne. Fue un sábado por la noche. Había trabajado hasta tarde en la confitería, de donde salió a las once de la noche con el salario de la semana en el bolso. Tomó un tranvía desde San Pablo Avenue hasta la calle Treinta y cuatro, donde se apeó y empezó a recorrer las tres manzanas que la separaban de su hogar. No volvieron a verla con vida. La encontraron a la mañana siguiente, estrangulada, en un solar vacío.

Arrestaron a Emil Gluck de inmediato. Por más que hizo no logró salvarse. Lo condenaron basándose no solo en pruebas circunstanciales, sino en pruebas «amañadas» por la Policía de Oakland. No hay duda de que la mayor parte de las pruebas eran inventadas. El testimonio del capitán Shehan fue un verdadero perjurio, quedando demostrado —mucho tiempo después— que en la noche en cuestión no solo no había estado en la zona del asesinato, sino que se encontraba fuera de la ciudad, en un centro turístico de la carretera a San Leandro. El pobre Gluck fue condenado a cadena perpetua en San Quintín, mientras la prensa y el público hablaban de error judicial porque lo que merecía era la pena de muerte.

Gluck entró en la prisión de San Quintín el 17 de abril de 1929. Tenía treinta y cuatro años. Durante tres años y medio, la mayoría del tiempo en aislamiento, pudo meditar sobre la injusticia del hombre. En ese tiempo el rencor lo corroyó por completo y ya no sintió más que odio por la raza humana. Durante ese periodo hizo tres cosas más: escribió su famoso tratado *La moralidad humana*, su sorprendente panfleto *El sabio criminal* y elaboró su horrible y espantoso plan de venganza. Su excepcional arma para la represalia se la sugirió un episodio ocurrido en su centro de galvanoplastia.

Según afirmó en su confesión, durante su estancia en la cárcel elaboró cada detalle teoréticamente, de manera que, en cuanto lo soltaron, pudo centrarse en su carrera hacia la venganza.

Su liberación resultó sensacional. También fue retrasada de forma escandalosa y lamentable por la desalmada burocracia que entonces estaba de moda. La noche del 1 de febrero de 1932, un ciudadano de Piedmont Heights disparó, durante un intento de robo, contra Tim Haswell, atracador de profesión. Haswell duró tres días, durante los que no solo confesó el asesinato de Irene Tackley, sino que también proporcionó pruebas concluyentes al respecto. Implicó como cómplice a Bert Danniker, convicto que se estaba muriendo de tisis en la cárcel de Folsom y que también confesó. Hoy nos resulta inconcebible el proceso dilatorio y chapucero que seguía la justicia una generación atrás. En febrero se demostró que Emil Gluck era inocente, sin embargo no quedó en libertad hasta octubre. Ese hombre tan injustamente tratado se vio obligado a soportar, durante ocho meses más, un castigo totalmente inmerecido. Semejante situación no provoca amabilidad ni alegría y es fácil imaginar cómo se apoderó de él la amargura durante esos ocho meses deprimentes.

Regresó al mundo en otoño de 1932, convertido, como siempre, en el tema preferido de todos los periódicos. La prensa, en lugar de expresar un arrepentimiento sincero, continuó con su persecución sensacionalista. Un periódico fue incluso más lejos, el *San Francisco Intelligencer*. John Hartwell, su director, elaboró una teoría ingeniosa que evitaba las confesiones de los dos criminales y demostraba que Gluck, al final, era responsable del asesinato de Irene Tackley. Hartwell murió. Sherbourne también falleció y el agente Phillipps recibió un disparo en la pierna y fue despedido de la Policía de Oakland.

El asesinato de Hartwell fue un misterio durante mucho tiempo. Se encontraba solo en su despacho del periódico. El chico de los recados oyó los disparos del revólver, entró precipitadamente y vio a Hartwell expirar en su silla. Lo que desconcertaba a la Policía no era solo que le hubiesen disparado con su propio revólver, sino que habían hecho fuego desde el cajón de su escritorio. Las balas atravesaron la parte delantera del cajón y se adentraron en su cuerpo. La Policía estudió la teoría del suicidio, desechó el asesinato por resultar absurdo y culpó a la Eureka Smokeless Cartridge Company, fabricante de la munición. Una explosión espontanea lo explicaba todo, según la Policía, y los químicos de la compañía fueron debidamente intimidados durante la investigación. Pero lo que la Policía ignoraba era que, al otro lado

de la calle, en el edificio Mercer, la habitación 633, alquilada por Emil Gluck, había estado ocupada por el susodicho en el momento exacto en que el revólver de Hartwell explotaba de forma tan misteriosa.

Por entonces no se relacionó la muerte de Hartwell con la de William Sherbourne. Sherbourne había continuado viviendo en la casa que había construido para Irene Tackley y, una mañana de enero de 1933, apareció muerto. La investigación preliminar se cerró con un veredicto de suicidio, pues había recibido una bala de su propio revólver. Lo curioso de aquella noche es que también recibió un disparo el agente Phillipps, cuando se encontraba en la acera frente a la casa de Sherbourne. El agente se arrastró hasta un teléfono de la Policía, situado en la esquina, y pidió que enviaran una ambulancia. Afirmó que le habían disparado en la pierna desde atrás. La pierna en cuestión quedó tan destrozada por las balas del calibre 38 que fue necesario amputarla. Pero cuando la Policía descubrió que el daño lo había infligido su propio revólver todos se rieron de él y lo acusaron de estar borracho. Aunque el hombre negó haber tocado una sola gota de alcohol, insistió en que llevaba el revólver en el bolsillo trasero y no le había puesto ni un dedo encima, fue expulsado del Cuerpo. La confesión de Emil Gluck, realizada seis años después, libró de toda deshonra al pobre policía, que sigue vivo y goza de buena salud y de una generosa pensión.

Emil Gluck, tras deshacerse de sus enemigos más directos, buscó un campo más amplio, aunque su enemistad con la prensa y la Policía siempre permaneció activa. Los derechos de patente por su dispositivo de ignición para motores a gas habían seguido acumulándose mientras estaba en prisión y, año tras año, aumentaba la capacidad de su invento para generar ingresos. Era independiente, capaz de viajar a cualquier lugar del mundo que quisiera y de saturar su monstruosa sed de venganza. Se había convertido en un monomaniaco y en un anarquista, pero no en un simple anarquista filosófico, sino en un anarquista violento. Tal vez se utilice mal la palabra y podamos describirlo mejor al calificarlo de nihilista o de aniquilador. Sabemos que no se unió a ningún grupo de terroristas. Actuaba totalmente solo, pero provocó mil veces más terror y logró mil veces más destrucción que todos los grupos terroristas juntos.

Señaló su partida de California volando Fort Mason por los aires. En su confesión lo calificó como un pequeño experimento: se había limitado a probar para ver qué ocurría. Pasó ocho años recomendó el mundo, como un demonio misterioso, destruyendo propiedades por valor de cientos de millones de dólares y un número incontable de vidas. Sus horribles actos

tuvieron un resultado positivo: la destrucción que provocaba entre los propios terroristas. Cada vez que hacía algo, los terroristas de la zona caían en las emboscadas de la Policía y muchos fueron ejecutados. Solo en Roma ejecutaron a diecisiete de ellos tras el magnicidio del rey italiano.

Quizá, de todos sus logros, el que más asombró al mundo fue el asesinato de los reyes de Portugal. Se produjo el día de su boda. Se habían tomado todas las precauciones posibles contra los terroristas; el camino hasta la catedral, por las calles de Lisboa, estaba protegido por una doble barrera de soldados y una escuadra de doscientos jinetes rodeaba el carruaje. De repente ocurrió el incidente más asombroso. Los rifles automáticos de los soldados de caballería empezaron a dispararse, junto con los rifles de los soldados de infantería que protegían el camino. En medio del revuelo, las bocas de los rifles apuntaban en todas direcciones. La matanza fue descomunal: caballos, soldados, espectadores y los reyes cayeron acribillados. Para complicar más las cosas, en diferentes puntos de la multitud, tras los soldados de a pie, dos terroristas, armados con bombas, saltaron por los aires al estallar dichas bombas. Las llevaban con intención de arrojarlas si se presentaba la oportunidad. Pero ¿quién podía saberlo? Los impresionantes estragos causados por el estallido de las bombas consiguieron que la confusión fuese mayor y se decidió que formaba parte del ataque general.

Lo que nadie se explicaba era la conducta de los soldados con sus rifles. Parecía imposible que todos formasen parte del complot, aunque las balas habían matado a cientos de personas, incluidos los reyes. Por otro lado, más desconcertante incluso resultaba el hecho de que el setenta por ciento de los soldados hubiesen caído muertos o heridos. Algunos lo explicaron diciendo que los soldados de a pie, leales, al ver que era atacado el carruaje real, habían abierto fuego sobre los traidores. Pero no se logró arrancar a los supervivientes, a pesar de que muchos fueron torturados, la más mínima prueba que permitiese verificar esa teoría. Se empeñaron en afirmar que ellos no habían disparado los rifles, sino que se habían disparado solos. Provocaron las risas de los químicos, quienes adujeron que, aunque podría ocurrir que una única bala cargada con la nueva pólvora sin humo explotase de forma espontánea, superaba cualquier probabilidad o posibilidad que todos los cartuchos presentes en una zona determinada y cargados de la misma forma explotasen por su cuenta. Al final no se encontró explicación a un suceso tan asombroso. La opinión generalizada en el resto del mundo fue que se había debido al pánico ciego de los febriles latinos, aunque sin duda precipitado por

la explosión de las dos bombas terroristas, y se recordó al respecto el ridículo encuentro de muchos años antes entre la flota rusa y los pesqueros ingleses.

Emil Gluck se rió y siguió camino. Él lo sabía. Pero ¿cómo iba a saberlo el mundo? Había tropezado por casualidad con el secreto en su viejo centro de galvanoplastia de Telegraph Avenue, Oakland. Resultó que por entonces la Thurston Power Company situó una estación de telegrafía inalámbrica cerca de su taller. En poco tiempo su tanque de galvanizado dejó de funcionar. El cableado del tanque tenía muchas juntas en mal estado y, al investigar, Gluck descubrió soldaduras diminutas en las juntas del cableado. Esas soldaduras, al hacer disminuir la resistencia, habían provocado que una corriente excesiva pasara a través de la solución, llevándola a ebullición y estropeando el trabajo. Pero ¿qué había causado las soldaduras?, era la pregunta que se hacía Gluck. Su razonamiento fue sencillo. Antes de la llegada de la estación, el tanque funcionaba bien. No había fallado hasta después de la apertura de la estación. Por lo tanto, la estación era la causa. Pero ¿cómo? Enseguida respondió: si una descarga eléctrica era capaz de hacer funcionar un cohesor tras recorrer tres mil millas náuticas, sin duda las descargas eléctricas de la estación situada a poco más de cien metros podrían producir los efectos de un cohesor sobre las juntas en mal estado del cableado del tanque.

En ese momento Gluck no le dio más vueltas. Se limitó a recablear el tanque y continuó electrochapando. Pero después, ya en la cárcel, recordó el incidente y el verdadero significado del mismo cruzó su mente como un relámpago. En él vio el arma silenciosa y secreta con la que vengarse del mundo. Su gran descubrimiento, que murió con él, fue controlar la dirección y el alcance de la descarga eléctrica. Entonces ese era el problema sin solución de la telegrafía inalámbrica —como lo sigue siendo hoy—, pero Emil Gluck lo dominó desde su celda. Cuando lo liberaron lo puso en práctica. Con su capacidad de dirigirla, le resultaba muy fácil introducir una chispa en el polvorín de un fuerte o un acorazado, o en el cargador de un revólver. Pero no solo podía hacer explotar la pólvora a distancia de esa forma, sino que también provocaba incendios. El gran incendio de Boston lo causó él, aunque por accidente, según afirmó durante su confesión, para añadir luego que había sido un accidente muy agradable y que nunca había tenido motivos para arrepentirse.

Emil Gluck fue el causante de la terrible guerra germano-americana, que supuso la pérdida de ochocientas mil vidas y de una cifra casi incalculable de recursos. Se recordará que, en 1939 y debido al incidente Pickard, las relaciones entre ambos países se habían tensado. A pesar de sentirse

agraviada, Alemania no deseaba la guerra y, como símbolo de paz, envió al príncipe heredero y siete acorazados en visita amistosa a Estados Unidos. La noche del 15 de febrero los siete acorazados fondearon en el Hudson, frente a la ciudad de Nueva York. Y esa noche Emil Gluck, con todos sus aparatos a bordo, zarpó sin compañía en una lancha. Después se demostró que esa lancha se la había comprado a la Ross Turner Company y que gran parte de los aparatos que utilizó se los adquirió a la Columbia Electric Works. Pero entonces nadie lo sabía. Solo se supo que los siete acorazados saltaron por los aires, uno tras otro, a intervalos regulares de cuatro minutos. El noventa por ciento de la tripulación y de los oficiales, junto con el príncipe heredero, murieron. Muchos años antes el acorazado *Maine* había estallado en el puerto de La Habana, provocando de inmediato la guerra con España, a pesar de que siempre existió la duda razonable sobre si la explosión se había debido a una conspiración o a un accidente. Pero ningún accidente explicaba que siete acorazados saltasen por los aires en el Hudson a intervalos de cuatro minutos. Alemania creyó que lo había hecho un submarino y declaró la guerra de inmediato. Seis meses después de la confesión de Gluck devolvió las Filipinas y Hawái a Estados Unidos.

Mientras, Emil Gluck, genio malévolo repleto de odio, continuó recorriendo su tortuoso camino de destrucción. No dejaba huellas. Científico hasta la médula, limpiaba todos sus rastros. Su método consistía en alquilar una habitación o una casa y en ella instalar en secreto su aparato, tan perfeccionado y simplificado ya que ocupaba muy poco espacio. Tras alcanzar su objetivo se llevaba el aparato con gran cuidado. Se prometía a sí mismo una larga vida de crímenes espantosos.

La epidemia de tiroteos entre los agentes de Policía de Nueva York fue un asunto asombroso. Se convirtió en uno de los misterios más grandes del momento. En menos de dos semanas, más de cien policías recibieron disparos en las piernas efectuados por sus propios revólveres. El inspector Jones no resolvió el misterio, pero tuvo la idea que acabaría por burlar a Gluck. Siguiendo su recomendación, los policías dejaron de llevar revólver y ya no se produjeron más disparos accidentales.

A principios de la primavera de 1940, Gluck destruyó el astillero de la isla Mare. Desde una habitación situada en Vallejo envió sus descargas eléctricas a través del estrecho de Vallejo hasta la isla. Primero las lanzó contra el acorazado *Maryland*. Estaba atracado en el muelle de uno de los polvorines de minas. En su cubierta de proa, sobre una enorme plataforma temporal de madera, habían dispuesto más de cien minas que iban a servir para la defensa

del estrecho Golden Gate. Cada una de esas minas podía destruir una docena de acorazados, y allí había más de cien. La devastación resultó impresionante, pero para Gluck no fue más que el comienzo. Envió las descargas a lo largo de la costa de la isla Mare e hizo saltar por los aires cinco lanchas torpederas, el puesto de las torpederas y el enorme polvorín del extremo oriental de la isla. Luego regresó hacia el oeste y acabó con los pocos polvorines aislados de las zonas altas y alejadas de la costa, hizo estallar tres cruceros y los acorazados *Oregon, Delaware, New Hampshire* y *Florida*. Este ultimo acababa de entrar en el dique seco y el magnífico dique seco también quedó destruido.

Constituyó una catástrofe espantosa y un escalofrío de horror recorrió el mundo. Pero no era nada en comparación con lo que vendría después. A finales de otoño de ese mismo año Emil Gluck barrió por completo la costa atlántica, desde Maine hasta Florida. Nada se le escapó. Fuertes, minas, defensas costeras de toda clase, puestos torpederos, polvorines, todo saltó por los aires. Tres meses después, en pleno invierno, golpeó la costa norte del Mediterráneo, desde Gibraltar a Grecia, de la misma forma. Las naciones protestaron. Estaba claro que tras tanta destrucción se ocultaba la intervención humana, como también resultaba evidente, debido a la imparcialidad de Emil Gluck, que aquello no era obra de una nación en particular. No había duda de que, quienquiera que fuese el ser humano causante de tanto destrozo, era una amenaza para el mundo. Ningún país estaba a salvo. No existía defensa alguna contra aquel enemigo desconocido y todopoderoso. La guerra era inútil, no, no solo inútil sino que constituía la esencia misma del peligro. Durante doce meses dejó de fabricarse pólvora y los soldados y marineros abandonaron los fuertes y los buques de guerra. Incluso, en la Conferencia de las Naciones celebrada en La Haya por entonces, se pensó en serio en desarmar al mundo.

Entonces Silas Bannerman, un agente del servicio secreto de Estados Unidos, llamó la atención mundial al arrestar a Emil Gluck. Al principio todos se rieron de Bannerman, pero él había preparado bien el caso y en pocas semanas hasta los más escépticos se convencieron de que Emil Gluck era culpable. Sin embargo, lo único que Silas Bannerman nunca logró explicar, ni siquiera para satisfacción propia, fue cómo relacionó por primera vez a Gluck con los crímenes atroces. Es verdad que Bannerman estaba en Vallejo, cumpliendo una misión secreta del Gobierno, en el momento de la destrucción de la isla Mare, y es verdad que en las calles de Vallejo alguien le señaló a Emil Gluck y le dijo que era un tipo muy raro, pero por entonces no

le causó impresión alguna. No fue hasta más tarde, estando de vacaciones en las Rocosas y mientras leía los primeros informes publicados sobre la destrucción a lo largo de la costa atlántica, cuando Bannerman pensó en Emil Gluck. Al instante relampagueó en su mente el vínculo existente entre Gluck y la destrucción. No era más que una hipótesis, pero resultó suficiente. Lo importante fue la concepción de la hipótesis, en sí misma un acto de reflexión inconsciente, algo tan inexplicable como, por ejemplo, el destello en la mente de Newton del principio de la gravedad.

El resto fue sencillo. ¿Dónde estaba Gluck en el momento de la destrucción que azotó la costa Atlántica?, fue la pregunta que se formó en la cabeza de Bannerman. Solicitó formar parte del caso. En poco tiempo averiguó que Gluck se había movido por la costa atlántica a finales de otoño de 1940. También se enteró de que Gluck había estado en la ciudad de Nueva York durante la epidemia de tiroteos entre los agentes de Policía. ¿Dónde estaría Gluck ahora?, fue la siguiente pregunta que se hizo Bannerman. Y, como si buscase responderle, llegó la destrucción a gran escala en el Mediterráneo. Gluck había zarpado rumbo a Europa un mes antes, eso Bannerman lo sabía. No le hizo falta ir a Europa. Intercambiando mensajes por telegrama y con la cooperación de los servicios secretos europeos, siguió la pista de Gluck por el Mediterráneo y descubrió que siempre coincidía con la explosión de las defensas costeras y los barcos. Además, se enteró de que Gluck acababa de zarpar rumbo a Estados Unidos en el trasatlántico de la Green Star *Plutonic*.

Para Bannerman el caso estaba completo, aunque durante el intervalo de espera se ocupó de los detalles, con la experta colaboración de George Brown, un operador empleado por el Sistema Wood de Telegrafía Inalámbrica. Cuando el *Plutonic* llegó a Sandy Hook, Bannerman subió a bordo desde un remolcador del Gobierno e hizo prisionero a Emil Gluck. Luego tuvieron lugar el juicio y la confesión, durante la que Gluck solo se lamentó de una cosa: haberse entretenido tanto. Según él, de haber imaginado que iba a ser descubierto, habría trabajado a mayor velocidad para multiplicar por mil la destrucción provocada. Su secreto murió con él, aunque ahora se sabe que el Gobierno francés logró acceder a él y le ofreció un billón de francos por el invento que le permitía dirigir y aislar las descargas eléctricas. «¿Cómo? —fue la respuesta de Gluck—, ¿queréis que os venda lo que os permitiría esclavizar y maltratar a una humanidad que no dejaría de sufrir?», y, aunque los ministerios de defensa de las naciones han continuado experimentando en sus laboratorios secretos, hasta ahora no han conseguido

dar con la más mínima pista que permita resolver el enigma. Emil Gluck fue ejecutado el 4 de diciembre de 1941, y así murió, a los cuarenta y seis años, uno de los genios más desgraciados del mundo, un hombre con una inteligencia extraordinaria pero cuyos impresionantes poderes, en lugar de tender al bien, resultaron tan retorcidos y perversos que se convirtió en el más asombroso de los criminales.

Extracto de *Excentricidades del crimen*, escrito por A.G. Burnside y reproducido con el permiso de sus editores, los señores Holiday y Whitsund

[1907]



El sueño de Debs



E DESPERTÉ UNA HORA antes de lo normal. Eso ya era sorprendente en sí mismo, por lo que permanecí despierto y meditando al respecto. Algo pasaba, algo iba mal, aunque no sabía qué. Me oprimía la premonición de que había ocurrido algo terrible o estaba a punto de ocurrir. Pero ¿qué? Me esforcé por orientarme. Recordé que en la época del gran terremoto de 1906 muchos afirmaron haberse despertado momentos antes del primer temblor y que, durante esos minutos, experimentaron una extraña sensación de pavor. ¿Recibiría de nuevo San Francisco la visita de un terremoto?

Continué tumbado durante un minuto entero, expectante y sin poder reaccionar, pero las paredes no se tambalearon ni cayeron cascotes entre sacudidas y polvo. Todo estaba en silencio. ¡Eso era! ¡El silencio! Por eso me sentía inquieto. El rumor de la vida en la ciudad brillaba por su ausencia. A esa hora del día, los tranvías pasaban por mi calle a intervalos de tres minutos, pero durante los diez minutos siguientes no pasó ninguno. Tal vez hubiese huelga de tranvías, pensé, o quizás algún accidente les habría obligado a cortar la comente. Pero no, el silencio era demasiado intenso. No se oía el rechinar y el traqueteo de las ruedas de los carros, ni el piafar de los cascos herrados en su esfuerzo por recorrer las empinadas calles de adoquín.

Tras apretar el pulsador situado junto a mi cama, me esforcé por oír el timbre, aunque sabía de sobra que era imposible que el sonido llegase hasta mí desde tres plantas más abajo, por mucho que funcionase. Pero sí que funcionaba, porque unos minutos después entró Brown con la bandeja y el periódico de la mañana. A pesar de mostrarse tan impasible como siempre, en sus ojos percibí un brillo de recelo y sorpresa. También me di cuenta de que en la bandeja no había leche.

—El lechero no ha hecho el reparto esta mañana —explicó—. Tampoco el panadero.

Volví a mirar la bandeja. No había panecillos recién hechos, solo rebanadas rancias del pan integral del día anterior, en mi opinión, el tipo de pan más odioso.

—Esta mañana no han repartido nada, señor —empezó a explicarse Brown con aire de disculpa, pero le interrumpí.

—¿Y el periódico?

—Sí, señor, lo han repartido, pero ha sido lo único y será la última vez. Mañana ya no habrá prensa. Eso dice el periódico. ¿Quiere que envíe a alguien a comprar leche condensada?

Negué con la cabeza, acepté el café solo y abrí el diario. Los titulares lo explicaban todo. De hecho, explicaban demasiado, porque el pesimismo al que llegaban era ridículo. Decían que se había convocado una huelga general en todo Estados Unidos y expresaban una ansiedad desasosegante en relación al aprovisionamiento de las grandes ciudades.

Leí con prisa, casi en diagonal, mientras recordaba los problemas laborales del pasado. Durante generaciones la huelga general había sido el sueño de los sindicatos, sueño que se había originado en la mente de Debs, uno de los grandes líderes obreros treinta años antes. Rememoré que, en mis primeros tiempos en la universidad, incluso había escrito un artículo sobre el tema para una de las revistas y que lo había titulado «El sueño de Debs». Debo confesar que traté la idea desdeñosa y académicamente como un sueño y nada más. El tiempo pasó, el mundo cambió, Gompers desapareció, como la Federación Estadounidense del Trabajo y Debs, junto con sus descabelladas ideas revolucionarias, pero el sueño persistió y ahora, por fin, se hacía realidad. Sin embargo, mientras leía, me reí del punto de vista pesimista de la prensa. Yo tenía más experiencia. Había visto a los sindicatos salir muy mal parados en demasiados conflictos. El asunto se solucionaría en cuestión de unos días. Se trataba de una huelga nacional y el Gobierno no tardaría en reventarla.

Dejé a un lado el periódico y empecé a vestirme. Me parecía de lo más interesante salir a las calles de San Francisco mientras en ellas no girase rueda alguna y toda la ciudad se tomase unas vacaciones a la fuerza.

—Disculpe, señor —dijo Brown mientras me entregaba la pitillera—, pero el señor Harmmed desea verlo antes de que salga.

—Dígale que venga ya —respondí.

Harmmed era el mayordomo. Cuando entró comprendí que se afanaba por controlar los nervios. Fue directo al grano.

—¿Qué hago, señor? Necesitaremos provisiones y los repartidores están en huelga. Tampoco hay electricidad, supongo que también habrán ido a la huelga.

—¿Están abiertas las tiendas? —pregunté.

—Solo las pequeñas, señor. Los dependientes no trabajan y los grandes almacenes no pueden abrir, pero los propietarios y sus familias se ocupan en persona de los comercios pequeños.

—Pues llévese el coche —le dije— para ir de un sitio a otro y hacer todas las compras. Adquiera gran cantidad de todo cuanto necesite o pueda necesitar. Consiga una caja de velas, no, media docena de cajas. Y cuando acabe, pídale a Harrison que me recoja en el club con el coche, no más tarde de las once.

Harmmed negó con la cabeza, muy serio.

—El señor Harrison se ha puesto en huelga con el sindicato de chóferes y yo no sé conducir el automóvil.

—Oh, vaya, así que se ha puesto en huelga —comenté—. Pues cuando vuelva a ver al señor Harrison ya puede decirle que se busque otro empleo.

—Sí, señor.

—No pertenecerá usted al sindicato de mayordomos, ¿verdad, Harmmed?

—No, señor —respondió—. Y, aunque así fuera, nunca abandonaría a mi jefe en un momento de crisis como este. No, señor, yo…

—Está bien, gracias —dije—. Prepárese para acompañarme. Yo conduciré el automóvil y haremos acopio de provisiones como para resistir un asedio.

Era un primero de mayo precioso, tan uniforme como suelen ser los días de mayo. El cielo estaba despejado, no soplaba el viento y el aire era cálido, agradable. Había muchos automóviles, pero eran sus dueños quienes los conducían. Aunque las calles estaban llenas de gente, predominaba la calma. La clase trabajadora, vestida de domingo, había salido a tomar el aire y a observar los efectos de la huelga. Todo era tan inusual, y a la vez tan tranquilo, que me di cuenta de que disfrutaba de las circunstancias. Me estremecía de emoción. Era una especie de aventura sosegada. Me crucé con la señorita Chickering. Iba al volante de su cochecito. Dio la vuelta, me siguió y me atrapó en la esquina.

—¡Eh, señor Corf! —dijo a modo de saludo—. ¿Sabe dónde puedo comprar velas? He estado en una docena de tiendas y ya no quedan. Es terrible, ¿no le parece?

Pero el brillo de sus ojos desmentía sus palabras. Como los demás, se lo estaba pasando en grande. Conseguir velas fue toda una aventura. Hasta que no cruzamos la ciudad y nos adentramos en el barrio obrero al sur de Market Street no encontramos pequeñas tiendas de comestibles que aún tenían mercancía. La señorita Chickering creía que con una caja sería suficiente,

pero la convencí para que comprase cuatro. Mi coche era grande y me llevé una docena de cajas, por si el final de la huelga se retrasaba. También llené el automóvil de sacos de harina y levadura, comida en lata y todas las necesidades corrientes del día a día que me sugirió Harmmed, quien alborotaba y cacareaba alrededor de las compras como una gallina vieja y nerviosa.

Lo sorprendente de aquel primer día de huelga fue que nadie se lo tomó en serio. Todo el mundo se rió del anuncio hecho por los sindicatos en la prensa de la mañana, según el que estaban preparados para resistir un mes o tres. Sin embargo, ese primer día teníamos que haberlo deducido del hecho de que la clase trabajadora casi no participó en la desbandada por conseguir provisiones. Claro que no. Durante semanas y meses, en secreto y ladinamente, la clase obrera al completo había abastecido sus almacenes privados de provisiones. Por eso se nos permitió comprar todo cuanto quedaba en las pequeñas tiendas de comestibles de los barrios obreros.

Hasta que no llegué al club aquella tarde no percibí los primeros signos de alarma. El desconcierto era total. No había aceitunas para los cócteles y el servicio funcionaba a rachas. La mayoría de los hombres estaban enfadados y todos preocupados. Una babel de voces me saludó en cuanto entré. El general Folsom, que cuidaba de su enorme panza sentado junto a la ventana del salón de fumar, se defendía frente a media docena de caballeros exaltados que le exigían que hiciese algo.

—¿Qué más puedo hacer de lo que he hecho ya? —decía—. No hay órdenes de Washington. Si consiguen enviar o recibir algún telegrama, haré lo que se me ordene. Pero no veo qué se puede hacer. Lo primero que hice esta mañana, en cuanto supe lo de la huelga, fue solicitar el envío de las tropas del Presidio: tres mil soldados. Protegen los bancos, la casa de la moneda, correos y demás edificios públicos. No hay desórdenes. Los huelguistas mantienen la calma. Y no pretenderán que los acribille mientras pasean con sus esposas e hijos, todos ellos vestidos con sus mejores galas.

—Me gustaría saber qué ocurre en Wall Street —oí decir a Jimmy Wombold al pasar a su lado. Imaginaba su ansiedad porque sabía que había invertido mucho en la operación Consolidated-Western.

—Oye, Corf —me interrumpió de repente Atkinson—, ¿funciona tu automóvil?

—Sí —respondí—, pero ¿qué le pasa al tuyo?

—Está averiado y los talleres están cerrados. Mi esposa se encuentra en los alrededores de Truckee, creo, estancada en la ruta por tierra. No consigo

enviarle un telegrama. Tenía que haber llegado esta noche. Podría estar pasando hambre. Préstame tu coche.

—No podrás cruzar la bahía —intervino Halstead—. Los ferris no funcionan. Pero te diré lo que puedes hacer. Ahí está Rollinson. Oye, Rollinson, ven un momento. Atkinson quiere pasar un coche al otro lado de la bahía. Su mujer se ha quedado tirada en Truckee. ¿Podrías hacer venir a la *Lurlette* desde Tiburón y cruzarle el coche?

La *Lurlette* era una goleta de doscientas toneladas y navegación oceánica.

Rollinson negó con la cabeza.

—No conseguirías ni un solo estibador que subiese el coche a bordo. Eso si lograse hacer venir a la *Lurlette*, que no puedo, porque la tripulación pertenece al sindicato de marineros y se ha puesto en huelga junto con los demás.

—Pero mi esposa podría estar pasando hambre —oí lamentarse a Atkinson mientras seguía andando.

En el otro extremo del salón de fumar encontré a un grupo de hombres que rodeaban, nerviosos y enfadados, a Bertie Messener. Bertie los provocaba y espoleaba con sus maneras frías y cínicas. A Bertie le daba igual la huelga. Todo le daba igual. Estaba de vuelta de todo, al menos de las cosas sanas de la vida, porque lo desagradable no lo atraía. Tenía veinte millones —todo en inversiones seguras— y no había hecho ni el más mínimo trabajo productivo en toda su vida, pues había heredado el dinero de su padre y sus tíos. Había estado en todas partes, lo había visto todo y lo había hecho todo, excepto casarse, y esto último a pesar del ataque implacable y decidido de unos cuantos cientos de madres ambiciosas. Hacía años que era la presa más codiciada, pero había evitado que lo cazaran. Suponía un partido escandalosamente bueno. Además de su riqueza, era joven, apuesto y, como ya he dicho, sano. Era un gran atleta, un dios joven y rubio que lo hacía todo a la perfección y de manera admirable, con la única excepción del matrimonio. Y no se interesaba por nada, no tenía ambiciones ni pasiones, ni deseo de hacer las cosas que hacía mucho mejor que otros hombres.

—¡Esto es sedición! —gritó uno de los del grupo. Otro dijo que era una revuelta, pura revolución, y otro lo llamó anarquía.

—Yo no lo veo —dijo Bertie—. He pasado toda la mañana en la calle. Reina un orden perfecto. Nunca he visto un pueblo más respetuoso de la ley. De nada sirve ponerle etiquetas. No es ninguna de esas cosas. No es más que lo que dice ser: una huelga general, y a vosotros os toca mover ficha, caballeros.

—¡Y vaya si la moveremos! —gritó Garfield, uno de los millonarios surgidos tras especular con las locomotoras de tracción—. ¡Va a saber esa basura cuál es su lugar! ¡Esos animales! Espera a que el Gobierno meta mano.

—Pero ¿dónde está el Gobierno? —intervino Bertie—. Por lo que a vosotros respecta, podría estar en el fondo del mar. No sabéis lo que ocurre en Washington. No sabéis si seguís teniendo Gobierno.

—¡No temas! ¡Eso no ocurrirá! —estalló Garfield.

—Te aseguro que no lo temo —dijo Bertie con una sonrisa lánguida—. Pero me parece que es justamente lo que teméis vosotros. Mírate al espejo, Garfield.

Garfield no se miró, pero de haberlo hecho habría visto a un caballero muy exaltado, con el cabello gris oscuro despeinado, el rostro colorado, la boca huraña y vengativa y un brillo salvaje en los ojos.

—No es justo, os lo digo yo —comentó el pequeño Hanover. Y por el tono supe que ya lo había dicho un buen número de veces.

—Eso es pasarse de la raya, Hanover —contestó Bertie—. Me tenéis harto. Todos apoyáis a las empresas que no obligan a sus empleados a afiliarse a un sindicato. Me habéis desgastado los oídos con vuestros graznidos a favor de la no afiliación y del derecho del hombre a trabajar. Lleváis años arengando al respecto. Los sindicatos no hacen nada malo al seguir esta huelga general. No viola la ley de Dios ni la del hombre. Y tú no hables, Hanover. Llevas demasiado tiempo cambiando de opinión en cuanto al derecho divino a trabajar… o a no trabajar. No podéis escapar a las consecuencias. Esto no es más que una pequeña bronca sucia y despreciable. Habéis puesto de rodillas a los sindicatos y los habéis pisoteado. Ahora los sindicatos os ponen de rodillas a vosotros y os pisotean, eso es todo, y vosotros chilláis.

Todos los del grupo se lanzaron a negar, indignados, haber pisoteado nunca a los sindicatos.

—¡No, señor! —gritaba Garfield—. Hemos hecho lo mejor por los sindicatos. En lugar de pisotearlos, les hemos dado la oportunidad de vivir. Hemos creado empleo. ¿Dónde estarían los sindicatos si no fuera por nosotros?

—En una situación mucho mejor —se burló Bertie—. Habéis puesto de rodillas y pisoteado a los sindicatos siempre que habéis tenido ocasión, y si no las teníais, las creabais.

«¡No! ¡No!», se oyó gritar.

—Por ejemplo, aquí en San Francisco, la huelga de camioneros —continuó Bertie, imperturbable—. La patronal provocó esa huelga. Lo sabéis. Y sabéis que lo sé, porque me he sentado en este mismo salón y he oído los comentarios secretos y las noticias sobre la lucha. Primero provocasteis la huelga y luego comprasteis al alcalde y al jefe de la Policía para romperla. Bonito espectáculo el vuestro, filántropos, poniendo de rodillas a los camioneros para pisotearlos.

»Esperad, que no he terminado. El año pasado, sin ir más lejos, el movimiento obrero de Colorado eligió gobernador. Nunca llegó a ejercer. Y sabéis por qué. Sabéis cómo lo evitaron vuestros hermanos filántropos y capitalistas de Colorado. Eso sí que fue poner de rodillas a los obreros y pisotearlos. Mantuvisteis en la cárcel durante tres años, bajo una falsa acusación de asesinato, al presidente de la Asociación de Mineros del Suroeste y, al quitároslo del medio, disolvisteis la Asociación. Admitiréis que eso es puro pisoteo. Como también lo fue la tercera vez que el impuesto sobre la renta progresivo fue declarado anticonstitucional. Y que os cargaseis el proyecto de ley de las ocho horas en el último congreso.

»Pero de todos vuestros pisoteos absolutamente inmorales, el colmo ha sido la destrucción del requisito de pertenencia a un sindicato. Sabéis cómo se consiguió. Comprasteis a Farburg, el último presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo. Era vuestro hombre… o el hombre de todas las asociaciones de empresarios y trusts, que viene a ser lo mismo. Precipitasteis la gran huelga de las empresas que exigían pertenencia a un sindicato. Farburg traicionó la huelga. Vosotros ganasteis y la Federación Estadounidense del Trabajo se hizo pedazos. Vosotros la destruisteis y, de esa forma, os habéis perjudicado, porque de sus cenizas nació la ILW, la organización sindical más grande y sólida que nunca se ha visto en Estados Unidos. Vosotros sois responsables de su existencia y de la actual huelga general. Aplastasteis a todas las federaciones y empujasteis a los sindicatos a crear la ILW, y la ILW ha convocado la huelga general en defensa del requisito de pertenecer a un sindicato. Aun así, tenéis la desfachatez de mirarme a la cara y decirme que nunca habéis puesto de rodillas a los sindicatos ni los habéis pisoteado. ¡Bah!

Nadie se atrevió a negar lo evidente, aunque Garfield, en defensa propia, dijo:

—No hicimos nada que no estuviésemos obligados a hacer, si queríamos ganar.

—Y yo no tengo nada que comentar al respecto —respondió Bertie—. De lo que me quejo es de que chilléis cuando os toca probar vuestra propia medicina. ¿Cuántas huelgas habéis ganado porque el hambre sometió a los sindicatos? Pues los sindicatos han organizado un plan para que el hambre os someta a vosotros. Quieren recuperar que las empresas obliguen pertenecer a un sindicato como requisito para la contratación y, si pueden conseguirlo haciéndoos pasar hambre, pasareis hambre.

—Me parece que tú también te has beneficiado de esos pisoteos a los sindicatos de los que tanto hablas —insinuó Brentwood, uno de nuestros abogados societarios más astutos y taimados—. El perista es tan malo como el ladrón —se burló—. No pisoteaste directamente, pero ganaste un dineral gracias al pisoteo.

—Eso no viene al caso, Brentwood —dijo Bertie, arrastrando las palabras —. Te equivocas tanto como Hanover al introducir el elemento moral. Yo no he dicho que nada esté bien o mal. Sé que todo esto es despreciable y me divierte ver cómo chilláis, ahora que estáis de rodillas y los sindicatos os pisotean. Por supuesto que me he beneficiado del pisoteo y gracias a vosotros, caballeros, sin tener que hacer en persona el trabajo sucio. Vosotros lo hicisteis por mí. Pero, creedme, no porque yo sea más virtuoso que vosotros, sino porque mi buen padre y sus hermanos me dejaron un montón de dinero con el que pagar ese trabajo sucio.

—Si lo que pretendes es insinuar que… —empezó a decir Brentwood, muy enfadado.

—Alto, no te sulfures —interrumpió Bertie en tono insolente—. No tiene sentido andarse con hipocresías en esta cueva de ladrones. Los aires de superioridad y altivez están bien para los periódicos, los empleados de los clubes y la catequesis, es parte del juego. Pero, por el amor de Dios, no los usemos entre nosotros. Sabéis, y sabéis que lo sé, los chanchullos realizados durante la huelga de la construcción mantenida el pasado otoño, quién aportó el dinero, quién hizo el trabajo y quién se benefició de él (Brentwood se ruborizó por completo). Pero estamos todos en el mismo saco y lo mejor que podemos hacer es dejar fuera la moralidad. Repito, seguidles el juego, hacedlo hasta las últimas consecuencias, pero, por lo que más queráis, no chilléis cuando os hagan daño.

Cuando me alejé del grupo, Bertie cambiaba el enfoque para atormentarlos con aspectos más serios de la situación, señalando la escasez de provisiones que ya empezaba a notarse y preguntándoles qué pensaban hacer

al respecto. Un poco después me lo encontré en el guardarropa, porque se marchaba, y lo acerqué hasta casa en mi automóvil.

—Esta huelga general es un gran golpe —dijo mientras pasábamos volando por las calles llenas de gente pacífica—. Un golpe muy duro y violento. Los sindicatos nos han pillado durmiendo y nos han golpeado donde más nos duele, en el estómago. Yo me voy de San Francisco, Corf. Sigue mi consejo y vete también. Dirígete al campo, adonde sea. Tendrás más oportunidades. Compra provisiones a destajo y métete en una tienda o en una cabaña. En esta ciudad, para los que son como nosotros, pronto no habrá más que hambre.

Nunca imaginé cuánta razón tenía Bertie Messener. Decidí que era un alarmista. En cuanto a mí, me contenté con quedarme a observar el jaleo. Tras dejarlo en su casa, en lugar de volver directo a la mía, me fui en busca de más alimentos. Para mi sorpresa, descubrí que en las tiendas de barrio en las que había comprado por la mañana ya no quedaba mercancía. Amplié la búsqueda hasta el barrio del Potrero y tuve la suerte de conseguir otra caja de velas, dos sacos de harina de trigo, cinco kilos de harina integral (que valdría para el servicio), una caja de latas de maíz y dos de latas de tomate. Al parecer se iba a producir una escasez temporal de alimentos y me felicité por la gran cantidad de provisiones que había reunido.

A la mañana siguiente tomé el café en la cama, como tenía por costumbre, y más que la leche eché de menos el periódico. Esa falta de conocimiento de lo que ocurría en el mundo me parecía la peor de las privaciones. En el club había pocas noticias. Rider había cruzado desde Oakland en su lancha y Halstead había hecho el viaje de ida y vuelta a San José en su automóvil. Contaron que las circunstancias en esos dos lugares eran las mismas que en San Francisco. La huelga lo tenía todo paralizado. Las clases altas habían acabado con las mercancías de las tiendas de comestibles. Y reinaba un orden perfecto. Pero ¿qué ocurría en el resto del país? ¿En Chicago? ¿Nueva York? ¿Washington? Llegamos a la conclusión de que muy probablemente ocurriría lo mismo que aquí, aunque el hecho de no poder saberlo con absoluta seguridad nos exasperaba.

El general Folsom sabía algo más. Habían intentado situar telegrafistas del ejército en las oficinas de telégrafos, pero habían cortado la comunicación en todas las direcciones. De momento, aquello era lo único ilegal que habían hecho los sindicatos, y estaba convencido de que se había tratado de una acción concertada. Se había puesto en contacto por radio con la base militar de Benicia: los soldados patrullaban para proteger las líneas del telégrafo

hasta Sacramento. En una ocasión, y durante un breve instante, consiguieron contactar con Sacramento, pero la comunicación se cortó de nuevo. El general Folsom imaginaba que las autoridades realizarían tentativas similares para recuperar las comunicaciones en todo el continente, pero no quiso comprometerse y decirnos si creía que tendrían éxito o no. Lo que le preocupaba era que cortasen los cables, porque estaba convencido de que eso formaba parte importante de la conspiración secreta de los sindicatos. También lamentaba que el Gobierno no hubiese creado aún su proyectada serie de estaciones inalámbricas.

Fueron pasando los días y, durante un tiempo, la rutina se apoderó de todo. No ocurría nada. La emoción de la aventura se había atemperado. Las calles ya no estaban tan llenas. La clase trabajadora ya no venía al centro para ver cómo nos tomábamos la huelga. Tampoco había tantos automóviles funcionando. Los talleres y las gasolineras estaban cerrados, de manera que cuando un coche se averiaba quedaba fuera de servicio. Al mío se le rompió el embrague y no hubo forma humana de arreglarlo. Como el resto de la gente, me tocaba caminar. San Francisco estaba muerta y no sabíamos qué ocurría en el resto del país. Pero precisamente porque no sabíamos solo podíamos llegar a la conclusión de que el resto del país permanecía tan muerto como San Francisco. De vez en cuando la ciudad quedaba empapelada con las proclamas de los sindicatos, que habían sido impresas meses antes, lo que demostraba lo minuciosamente que la ILW se había preparado para la huelga. Habían calculado hasta el más mínimo detalle con mucha antelación. Hasta entonces no se habían producido actos violentos, excepto cuando los soldados dispararon contra unos pocos hombres que cortaban los cables del telégrafo, pero las gentes de los barrios bajos pasaban hambre y se mostraban amenazadoramente descontentas.

Los empresarios, los millonarios y los profesionales liberales celebraban reuniones y aprobaban resoluciones, pero no había forma de hacer públicas sus proclamas. Ni siquiera conseguían imprimirlas. Sin embargo, uno de los resultados de esas reuniones fue que convencieron al general Folsom de que el Ejército debía tomar posesión de los almacenes mayoristas y de todas las bodegas de harina, grano y alimentos. Ya era hora, porque en las casas de los ricos se sufría mucho y había que empezar a repartir comida. Desde luego mis criados ya ponían caras largas y a mí me sorprendía el agujero que habían hecho en mi despensa de provisiones. En realidad, como después imaginé, cada criado me robaba y en secreto formaba una despensa privada para su uso propio.

Pero con las colas para repartir comida surgieron nuevos problemas. En San Francisco la reserva de alimentos existente no era gran cosa y no iba a durar mucho tiempo. Sabíamos que los sindicatos tenían suministros privados y, sin embargo, la clase obrera al completo hacía cola para recibir provisiones. Como resultado de ello, las mercancías de las que el general Folsom había tomado posesión disminuían a una velocidad peligrosa. ¿Cómo iban a distinguir los soldados entre un hombre de clase media desaliñado, un miembro de la ilw o un habitante de los barrios bajos? Había que alimentar al primero y al último, pero los soldados no conocían a todos los de la ILW que vivían en la ciudad, y menos aún a sus mujeres e hijos. Con la ayuda de los empresarios, se apartó de las colas a unos pocos de los sindicalistas más conocidos, pero no sirvió de mucho. Para empeorar las cosas, los remolcadores del ejército que habían estado trasladando alimentos desde los depósitos militares de la isla Mare a la isla de Los Ángeles se quedaron sin comida para transportar. Las raciones de los soldados empezaron a salir también de las provisiones confiscadas y, además, eran los primeros en recibirlas.

El principio del fin estaba a la vista. La violencia empezaba a asomar. La ley y el orden desaparecían y debo confesar que desaparecían entre la gente de los barrios bajos y las clases altas. Los sindicatos mantenían un orden perfecto. Podían permitírselo, tenían de sobra para comer. Recuerdo esa tarde, en el club, cuando pillé a Halstead y a Brentwood cuchicheando en un rincón. Me incluyeron en su iniciativa. El automóvil de Brentwood aún funcionaba y pensaban salir a robar ganado. Halstead tenía un enorme cuchillo de carnicero y un hacha. Salimos a las afueras de la ciudad. Aquí y allá había vacas pastando, pero siempre vigiladas por sus propietarios. Continuamos la búsqueda, siguiendo la periferia de la ciudad hacia el este, y en las colinas próximas a Hunter’s Point encontramos una vaca a la que cuidaba una niña pequeña. Junto a la vaca había también un ternero. No perdimos el tiempo en preliminares. La niña salió corriendo y gritando mientras sacrificábamos a la vaca. Omito los detalles porque no son agradables: no estábamos acostumbrados a semejante trabajo e hicimos un estropicio.

Pero en plena acción, mientras trabajábamos con la prisa que infunde el miedo, oímos gritos y vimos que varios hombres corrían hacia nosotros. Abandonamos el botín y salimos huyendo. Para nuestra sorpresa no nos persiguieron. Al mirar atrás vimos que los hombres se apresuraban en despiezar la vaca. Se encontraban en la misma situación que nosotros. Decidimos que había para todos y regresamos. Lo ocurrido a continuación

resulta indescriptible. Luchamos y nos peleamos como salvajes por la partición. Recuerdo que Brentwood parecía una bestia auténtica que gruñía, daba mordiscos al aire y amenazaba con matar si no recibíamos la parte que nos correspondía.

Y estábamos recibiendo nuestra parte cuando se produjo una nueva irrupción en escena. Se trataba de los temidos delegados de la ILW encargados de mantener el orden público. Los había llevado la niña. Iban armados con látigos y garrotes, y serían alrededor de veinte. La niña no paraba de saltar, muy enfadada, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y gritaba: «¡Dadles una paliza! ¡Dadles fuerte! ¡Ha sido el tipo de las gafas! ¡Ha sido él! ¡Machacadle la cara!». El tipo de las gafas era yo y me machacaron la cara, aunque tuve la sensatez de quitarme las gafas a tiempo. Pero, ¡madre mía!, nos dieron una buena paliza mientras huíamos en todas direcciones. Brentwood, Halstead y yo corrimos hacia el automóvil. A Brentwood le sangraba la nariz y Halstead tenía un corte en la mejilla, el tajo escarlata de un látigo.

Sin embargo, cuando dejaron de perseguirnos y llegamos al coche, oculto tras él encontramos al asustado ternero. Brentwood nos advirtió que tuviésemos cuidado y nos acercásemos sigilosamente, como un lobo o un tigre. Atrás habían quedado el cuchillo y el hacha, pero Brentwood utilizó las manos y rodó una y otra vez por el suelo con el pobre ternerito mientras lo estrangulaba. Arrojamos al animal muerto al interior del vehículo, lo cubrimos con un abrigo y pusimos rumbo a casa. Pero nuestras desgracias no habían hecho más que empezar. Pinchamos una rueda. No había forma de arreglarla y se acercaba el crepúsculo. Abandonamos el automóvil. Brentwood iba delante, resoplando y tambaleándose con el ternero sobre los hombros, cubierto con el abrigo. Nos turnamos para llevar el ternero y eso estuvo a punto de matarnos. Además, nos perdimos. Luego, tras varias horas deambulando con dificultad, nos topamos con una banda de matones. No eran de la ILW y creo que tenían tanta hambre como nosotros. En cualquier caso, se quedaron con el ternero y nosotros con la paliza. Brentwood despotricó como un loco durante el resto del camino a casa, y lo parecía, con la ropa hecha jirones, la nariz hinchada y los ojos morados.

Después de eso no hubo más robo de ganado. El general Folsom envió a sus soldados a confiscar todas las vacas y sus soldados, ayudados por la milicia, se comieron casi toda la carne. El general Folsom no tenía la culpa; su deber consistía en mantener el orden público y lo hacía gracias a los soldados, por lo que se vio obligado a alimentarlos antes que al resto.

Más o menos por entonces cundió el pánico. Las clases pudientes precipitaron la huida, luego los de los barrios bajos se contagiaron y salieron en desbandada de la ciudad. El general Folsom estaba encantado. Se calculó que no menos de doscientas mil personas habían abandonado San Francisco, por lo que su problema con la comida se vio muy reducido. Recuerdo ese día a la perfección. Por la mañana había comido un mendrugo de pan. Me pasé media tarde en la cola para conseguir alimentos y, tras anochecer, volví a casa, cansado y deprimido, con cuarto kilo de arroz y una loncha de beicon. Brown me esperaba en la puerta. Parecía agotado, aterrado. Me informó de que los criados habían huido. Solo quedaba él. Su lealtad me emocionó y, cuando supe que no había comido nada en todo el día, compartí con él mis provisiones. Cocinamos la mitad del arroz y del beicon, lo repartimos a partes iguales y conservamos el resto para el día siguiente. Me acosté con hambre y me pasé la noche dando vueltas en la cama. Por la mañana descubrí que Brown me había abandonado y, peor aún, había robado lo que restaba de arroz y beicon.

Esa mañana, en el club solo había un puñado de hombres abatidos. No quedaban criados. Todos se habían ido. También me fijé en que había desaparecido la plata y me enteré de lo ocurrido. No se la habían llevado los criados porque, imagino, los miembros del club se hicieron antes con ella. La vendieron de una forma muy sencilla. Al sur de Market Street, donde moraba la ILW, las amas de casa la cambiaban por comida decente. Volví a casa. Sí, toda mi plata había desaparecido, excepto una jarra enorme. La envolví y me la llevé al sur de Market Street.

Me sentí mejor después de comer y regresé al club para ver si la situación había cambiado. Hanover, Collins y Dakon se iban cuando llegué. Me dijeron que no quedaba nadie dentro y me invitaron a acompañarlos. Pensaban abandonar la ciudad en los caballos de Dakon y tenían uno para mí. Dakon poseía cuatro magníficos caballos de tiro que deseaba conservar y el general Folsom le había adelantado que, al día siguiente, iban a confiscar todos los caballos que quedasen en la ciudad para usarlos como alimento. No quedaban muchos porque, cuando el heno y el grano empezaron a escasear, decenas de miles habían sido puestos en libertad para que salieran al campo. Recuerdo que Birdall, con intereses en el negocio del transporte, había liberado trescientos caballos de carga. Con un valor medio de quinientos dólares, aquello supuso para él una pérdida de ciento cincuenta mil. Al principio conservó la esperanza de recuperar una buena parte de ellos cuando acabase la huelga, pero no llegó a recobrar ninguno. Los devoró la gente que huyó de

San Francisco. Es más, ya había comenzado la matanza de mulas y caballos del Ejército para comérselos.

Por suerte para Dakon, en su establo había reunido una abundante provisión de heno y grano. Conseguimos cuatro sillas y comprobamos que los animales se encontraban en buen estado y con fuerzas, aunque habían perdido la costumbre de que los montaran. Me acordé del San Francisco del gran terremoto mientras cabalgábamos por sus calles, a pesar de que este San Francisco resultaba mucho más lastimoso que aquel. Su estado no lo había provocado un cataclismo de la naturaleza, sino la tiranía de los sindicatos. Dejamos atrás Union Square y cruzamos los barrios comerciales, de hoteles y teatros. Las calles estaban desiertas. Aquí y allá se veían automóviles abandonados en el mismo lugar en el que se habían averiado o quedado sin combustible. No había señales de vida, excepto los pocos policías y soldados que protegían los bancos y edificios públicos. En un momento dado nos tropezamos con un miembro de la ILW que estaba pegando la última de sus proclamas. Nos detuvimos para leerla. «Hemos mantenido una huelga pacífica —decía— y mantendremos el orden hasta el final. El fin llegará cuando se satisfagan nuestras demandas y nuestras demandas quedarán satisfechas cuando el hambre haya sometido a nuestros empresarios, igual que nos sometió a nosotros, muchas veces, en el pasado».

—Lo mismo que dijo Messener —comentó Collins—. Y yo, sin duda, estoy dispuesto a someterme, pero no me dan la oportunidad de hacerlo. Hace siglos que no como en condiciones. Me pregunto a qué sabrá la carne de caballo.

Nos detuvimos para leer otra proclama: «Cuando creamos que nuestros jefes estén preparados para someterse, pondremos en marcha el telégrafo y estableceremos la comunicación entre las distintas patronales de Estados Unidos. Pero solo permitiremos que se transmitan los mensajes expresados de forma pacífica».

Seguimos avanzando, cruzamos Market Street y poco después atravesábamos los barrios que habitaban los obreros. Allí las calles no estaban vacías. Los hombres de la ILW se asomaban a las rejas o se reunían en grupos. Los niños jugaban, felices y bien alimentados, y las robustas amas de casa se sentaban en los escalones delanteros para cotillear. Todos nos lanzaron miradas divertidas. Los niños corrieron tras nosotros, gritando: «Eh, señor, ¿tiene hambre?», y una mujer que daba el pecho a su hijo le dijo a Dakon: «Oye, gordito, te doy una comida a cambio de tu jamelgo: jamón con patatas, gelatina de grosellas, pan blanco, mantequilla y dos tazas de café».

—¿Te has fijado que desde hace unos días no se ve ni un solo perro callejero? —rae comentó Hanover.

Me había fijado, pero no me había parado a pensarlo. Ya era hora de abandonar aquella desventurada ciudad. Por fin llegamos al camino de San Bruno, que seguimos en dirección al sur. Yo tenía una casa de campo cerca de Menlo y allí queríamos llegar. Pero enseguida nos dimos cuenta de que el campo era mucho más peligroso que la ciudad. Allí los soldados y la ILW mantenían el orden, pero en el campo reinaba la anarquía. Doscientas mil personas habían huido de San Francisco y abundaban las pruebas que demostraban que, en su huida, se habían comportado como una plaga de langostas. Lo arrasaron todo. Robaron y se pelearon. Aquí y allá veíamos cuerpos abandonados junto al camino y las ruinas ennegrecidas de las casas de labranza. Echaron abajo las vallas y pisotearon las cosechas. Las hordas hambrientas saquearon todos los huertos. Las gallinas y demás animales de granja fueron sacrificados. Lo mismo ocurría en todas las vías importantes que salían de San Francisco. En algunos lugares alejados de los caminos, los granjeros habían defendido lo que era suyo con escopetas y revólveres y aún lo conservaban. Nos advirtieron que nos alejásemos y no quisieron ni hablar con nosotros. Toda aquella destrucción y violencia había sido provocada por los habitantes de los barrios bajos y por las clases altas. Los hombres de la ILW, que contaban con provisiones de sobra, permanecían tranquilos en sus casas de las ciudades.

Al poco de empezar el viaje nos tropezamos con pruebas concretas que indicaban lo desesperado de la situación. A nuestra derecha oímos gritos y disparos de rifle. Las balas silbaban peligrosamente cerca. Se oyó un estrépito entre la maleza y un magnífico caballo de labranza negro salió al camino por delante de nosotros y desapareció. Apenas nos dio tiempo a fijarnos en que sangraba y cojeaba. Lo siguieron tres soldados. La persecución continuó entre los árboles de la izquierda. Oíamos a los soldados hablar entre ellos. Un cuarto soldado salió al camino desde la derecha, cojeando, se sentó en una piedra y se limpió el sudor del rostro.

—Milicianos —susurró Dakon—. Son desertores.

El hombre nos dedicó una sonrisa y nos pidió una cerilla. En respuesta al «¿qué se cuenta?» de Dakon nos informó de que los milicianos estaban desertando.

—No hay comida —explicó—. Se la dan toda a los regulares.

También nos dijo que habían soltado a los prisioneros militares de la isla de Alcatraz porque no podían alimentarlos.

Jamás olvidaré el siguiente espectáculo que vimos. Nos tropezamos con él de forma repentina, al tomar una curva. Los árboles formaban un arco por encima. Los rayos del sol se filtraban a través de las ramas. Las mariposas revoloteaban y desde los campos llegaba el canto de las alondras. Y en medio se alzaba un potente vehículo. Alrededor y dentro yacían varios cadáveres. Lo ocurrido quedaba claro. Sus ocupantes, tras huir de la ciudad, habían sido atacados y asesinados por una banda de matones de los barrios bajos. No habían pasado ni veinticuatro horas. Las conservas de carne y fruta abiertas recientemente explicaban el motivo del ataque. Dakon examinó los cuerpos.

—Ya me lo parecía —dijo—. Yo he ido en ese automóvil. Es Perriton. Toda su familia. Tendremos que andarnos con mucho cuidado.

—Pero no tenemos alimentos que inviten a atacarnos —objeté.

Dakon señaló al caballo que yo montaba y no hizo falta más.

A primera hora del día el caballo de Dakon había perdido una herradura. El delicado casco se había rajado y a mediodía el animal cojeaba. Dakon se negó a continuar montándolo, pero tampoco quiso dejarlo. Así que, haciendo caso a su petición, continuamos camino. Él guiaría al animal y se reuniría con nosotros en mi casa. No volvimos a verlo. Tampoco supimos cuál había sido su final.

A la una llegamos a la población de Menlo o, mejor dicho, al lugar que ocupaba Menlo, porque estaba en ruinas. Había cadáveres por todas partes. Los barrios comerciales, al igual que parte de las residencias, habían quedado destruidos por el fuego. De vez en cuando se veía alguna casa que había resistido, pero resultaba imposible acercarse a ellas. Cuando nos aproximábamos demasiado, nos disparaban. Nos encontramos con una mujer que rebuscaba entre las ruinas humeantes de su cabaña. Nos contó que primero habían atacado las tiendas y, mientras hablaba, imaginamos a la turba hambrienta, vociferante y furiosa, arrojándose sobre el puñado de habitantes indefensos. Millonarios e indigentes habían luchado mano a mano por la comida y luego, tras conseguirla, se enfrentaron entre ellos. Nos enteramos de que la ciudad de Palo Alto y la Universidad de Stanford habían sufrido idéntico saqueo. Por delante de nosotros se extendía un territorio devastado e inhóspito y nos pareció que lo mejor sería refugiamos en mi casa. Quedaba a cinco kilómetros al oeste, acurrucada entre las primeras sinuosidades de las estribaciones montañosas.

Pero al continuar comprobamos que la desolación no se reducía a las vías principales. La vanguardia de la estampida había seguido los caminos, saqueando las pequeñas poblaciones al pasar, mientras que los que iban detrás

se dispersaron y barrieron la campiña como una ola inmensa. Mi casa estaba hecha de cemento, ladrillos, tejas y baldosas, por lo que se había librado del fuego, pero la habían limpiado por completo. Hallamos el cuerpo del jardinero en el molino de viento, rodeado de casquillos vacíos. Había ofrecido una buena resistencia. Pero no encontramos ni rastro de los dos peones italianos ni del ama de llaves y su marido. Allí no quedaba nada vivo. Los temeros, los potros, las sofisticadas aves de comal y el ganado de pura raza: todo había desaparecido. La cocina y las chimeneas, donde la turba había cocinado, estaban hechas un desastre y en el exterior la gran cantidad de fogatas evidenciaba cuántos habían comido y pasado la noche allí. Lo que no habían devorado se lo llevaron con ellos. Para nosotros no quedaba ni un bocado.

Pasamos el resto de la noche esperando a Dakon en vano y por la mañana tuvimos que usar los revólveres para ahuyentar a media docena de merodeadores. Luego matamos uno de los caballos de Dakon y escondimos para el futuro la carne que no pudimos comer en el momento. Por la tarde Collins salió a dar un paseo y no regresó. Eso supuso el colmo para Hanover. Quería salir huyendo en ese mismo instante y me las vi y deseé para convencerlo de que esperase a la mañana. En cuanto a mí, estaba convencido de que el fin de la huelga se encontraba cerca y había decidido volver a San Francisco. Así que por la mañana nos separamos. Hanover puso rumbo al sur con veinticinco kilos de carne de caballo sujeta con correas a su silla y yo, con una carga similar, me dirigí al norte. El pequeño Hanover salió adelante y sé que hasta el final de su vida aburrirá a todo el mundo contando sus aventuras.

Yo llegué hasta Belmont, en la vía principal, y allí tres milicianos me robaron la carne de caballo. Dijeron que el único cambio en la situación era que iba de mal en peor. La ILW tenía bien ocultas provisiones de sobra y podía resistir durante meses. Conseguí llegar a Baden y allí una docena de hombres me quitaron el caballo. Dos de ellos eran policías de San Francisco y los demás soldados regulares. Aquello no presagiaba nada bueno. La situación tenía que ser extrema si los regulares empezaban a desertar. Cuando continué la marcha a pie ya habían encendido la hoguera y el último caballo de Dakon yacía en el suelo, sacrificado.

La suerte quiso que me torciera un tobillo y no lograse llegar más allá de San Francisco Sur. Esa noche la pasé en un anexo exterior, temblando de frío y al mismo tiempo ardiendo por la fiebre. Allí permanecí dos días, demasiado enfermo para moverme, y al tercero, tambaleante y mareado, apoyándome en

una muleta improvisada, continué camino como pude hacia San Francisco. También me sentía débil porque llevaba tres días sin comer. Fue una jornada de sufrimiento, espeluznante. Como si estuviera soñando, me crucé con cientos de soldados regulares que vagaban en la dirección opuesta y con muchos policías, acompañados de sus familias, que se organizaban en grupos grandes para protegerse mutuamente.

Al entrar en la ciudad recordé la casa del obrero donde había cambiado la jarra de plata por comida y mi hambre me llevó en esa dirección. Caía el crepúsculo cuando llegué. Me metí por el callejón trasero, me arrastré como pude para subir los escalones y allí me desplomé. Impulsé hacia delante la muleta y con ella conseguí llamar a la puerta. Entonces debí desmayarme porque volví en mí en la cocina, con el rostro empapado en agua y la boca llena de whisky. Me atraganté, escupí e intenté hablar. Empecé diciendo algo parecido a que no tenía más jarras de plata pero que los recompensaría más adelante si me daban algo de comer. El ama de casa me interrumpió.

—¡Pobre hombre! —exclamó—. ¿No se ha enterado? La huelga ha sido desconvocada esta misma tarde. Por supuesto que le daremos algo de comer.

Empezó a trajinar, abrió una lata de beicon para el desayuno y se dispuso a freírlo.

—Deme un poco así como está, por favor —rogué.

Me comí el beicon crudo sobre una rebanada de pan mientras su marido me explicaba que las reivindicaciones de la ILW habían sido aceptadas. El telégrafo funcionaba desde primera hora de la tarde y las patronales se habían dado por vencidas. En San Francisco ya no quedaban empresarios, pero el general Folsom había hablado en su nombre. Los trenes y los vapores empezarían a funcionar por la mañana, como ocurriría con todo lo demás en cuanto se estableciese un sistema.

Y ese fue el fin de la huelga general. No quiero volver a ver otra. Fue peor que una guerra. Una huelga general es algo cruel e inmoral y el cerebro humano debería ser capaz de organizar la industria de una forma más racional. Harrison sigue siendo mi chófer. Una de las condiciones de la ILW fue que todos sus miembros recuperasen sus antiguos puestos de trabajo. Brown no regresó, pero el resto de los criados están conmigo. No tuve valor para despedirlos, pobrecitos, lo estaban pasando muy mal cuando me abandonaron llevándose la comida y la plata. Y ahora ya no puedo despedirlos. Todos se han afiliado a la ILW La tiranía de los sindicatos se está volviendo insoportable. Tenemos que hacer algo.

[1907]



Un curioso fragmento

[EL CAPITALISTA U OLIGARCA INDUSTRIAL Roger Vanderwater, al que se menciona en la narración, ha sido identificado como el noveno de la dinastía de los Vanderwater, que durante cientos de años controló las fábricas de algodón del sur. Este Roger Vanderwater prosperó durante las últimas décadas del siglo XXVI d. C., que fue el siglo V de la terrible oligarquía industrial que se levantó sobre las ruinas de la primera República.

Según las pruebas internas de las que disponemos, estamos convencidos de que la narración siguiente no se puso por escrito hasta el siglo XXIX. No solo resultaba ilegal escribir o imprimir ese material durante dicho período, sino que la clase obrera era tan ignorante que en muy pocos casos sus miembros sabían leer y escribir. Ese fue el oscuro reinado del suprahombre, en cuyo discurso la gran masa de personas se definía como «el rebaño». La alfabetización estaba mal considerada y se erradicaba. De la legislación de la época podemos citar como ejemplo la ley negra, que convirtió en pena capital para cualquier hombre, sin importar su clase, enseñar, aunque solo fuese el alfabeto, a un miembro de la clase obrera. La estricta limitación de la educación para la clase dirigente resultaba necesaria si dicha clase quería continuar gobernando.

Como resultado de lo anterior surgieron los narradores profesionales. Estaban a sueldo de la oligarquía y contaban historias legendarias, míticas, románticas e inofensivas. Pero el espíritu de la libertad no murió por completo y los agitadores, bajo la apariencia de narradores, predicaron la rebelión entre los esclavos. Que los oligarcas prohibieron la siguiente narración lo demuestran los registros del juzgado de primera instancia de lo penal de Ashbury, que acreditan que el 27 de enero de 2734 un

tal John Tourney, declarado culpable de narrarla en una taberna de obreros, fue condenado a cinco años de trabajos forzados en las minas de bórax del desierto de Arizona.

NOTA DEL EDITOR]

ESCUCHAD, HERMANOS, y os contaré la historia de un brazo. Era el brazo de Tom Dixon y Tom Dixon, un tejedor de primera en una de las fábricas de Roger Vanderwater, ese amo desalmado. Los esclavos que trabajaban en dicha fábrica la llamaban «la Caverna del Infierno», e imagino que nadie la conocería mejor que ellos. Se encontraba en Kingsbury, al otro extremo de la ciudad donde se alzaba el palacio de verano de Vanderwater. ¿No sabéis dónde está Kingsbury? Hay muchas cosas que no sabéis, hermanos, y es una pena. Eso es porque no sabéis que sois esclavos. Cuando haya terminado de contaros este cuento me gustaría organizar una clase con vosotros para que aprendáis la lengua escrita e impresa. Nuestros amos leen, escriben y poseen muchos libros, por eso son nuestros amos, habitan palacios y no trabajan. Cuando los obreros aprendan a leer y a escribir —todos ellos—, se harán fuertes; entonces usarán su fuerza para romper sus cadenas y ya no habrá más amos ni más esclavos.

Kingsbury, hermanos, se encuentra en el viejo Estado de Alabama. Desde hace trescientos años los Vanderwater poseen Kingsbury, sus rediles de esclavos y sus fábricas, además de los rediles y las fábricas de muchos otros lugares y Estados. Habéis oído hablar de los Vanderwater, ¿quién no?, pero yo os contaré cosas que no sabéis sobre ellos. El primer Vanderwater fue esclavo, como vosotros y yo. ¿Comprendéis? Era esclavo. Eso ocurrió hace más de trescientos años. Su padre era mecánico del redil de esclavos de Alexander Burrell, y su madre lavandera del mismo redil. De eso no hay duda. Os cuento la verdad. Es historia. Todo eso está impreso en los libros de historia de nuestros amos, que no podéis leer porque vuestros amos no autorizan que aprendáis a leer. Si en los libros aparecen estas cosas, comprenderéis por qué no permiten que aprendáis a leer. En su sabiduría, son conscientes de ello. Si leyeseis todo eso, ya no respetaríais a vuestros amos y eso resultaría peligroso… para ellos. Pero yo sé leer y os cuento lo que he leído con mis propios ojos en los libros de historia de nuestros amos.

El primer Vanderwater no se llamaba así. Se llamaba Vange, Bill Vange, hijo de Yergis Vange, el mecánico, y de Laura Carnly, la lavandera. El joven

Bill Vange era fuerte. Podía haber permanecido con los esclavos y llevarlos a la libertad. Sin embargo, sirvió a los amos y se vio muy bien recompensado. Cuando aún era un niño empezó a servirlos haciendo de espía en su propio redil. Se sabe que acusó a su propio padre por expresarse de forma sediciosa. Es un hecho. Lo he leído con mis propios ojos en los registros. Era demasiado bueno para permanecer en el redil, así que Alexander Burrell lo sacó de allí cuando aún era pequeño y le enseñó a leer y escribir. Aprendió muchas cosas e ingresó en el servicio secreto del Gobierno. Por supuesto, dejó de usar la ropa de los esclavos, excepto cuando se disfrazaba para infiltrarse y conocer los secretos y complots de los siervos. Fue él, con solo dieciocho años, quien llevó a ese gran héroe y camarada, Ralph Jacobus, a juicio y a su ejecución en la silla eléctrica. Por supuesto, todos habéis oído el sagrado nombre de Ralph Jacobus, pero no sabíais que el primer Vanderwater, que se apellidaba Vange, fue quien provocó su muerte. Yo lo sé. Lo he leído en los libros. En los libros hay muchas cosas interesantes como esta.

Tras la vergonzosa muerte de Ralph Jacobus, el nombre de Bill Vange empezó a sufrir los numerosos cambios que experimentaría. En todas partes lo conocían como Vange *el Astuto*. Llegó muy alto en el servicio secreto y fue recompensando en consecuencia, pero no formaba parte de la clase dirigente. Los hombres estaban dispuestos a aceptarlo como tal, pero las mujeres de la clase alta se negaban a que Vange *el Astuto* fuese uno de ellos. Vange *el Astuto* servía a los amos mejor que nadie. Había sido esclavo y conocía sus costumbres. No había forma de engañarlo. En aquellos tiempos los siervos eran más valientes que ahora y siempre intentaban conseguir la libertad. Vange *el Astuto* estaba en todas partes, se enteraba de todos sus planes e intrigas, los hacía fracasar y llevaba a sus líderes a la silla eléctrica. En 2255 su nombre volvió a cambiar. Ese año tuvo lugar el Gran Motín. En esa región situada al oeste de las Rocosas, diecisiete millones de esclavos lucharon con valentía para derrocar a sus amos. Tal vez, si Vange *el Astuto* no estuviese vivo, hubiesen tenido éxito. Pero Vange *el Astuto* estaba vivito y coleando. Los amos lo pusieron al mando de la situación. En ocho meses de lucha murieron un millón trescientos cincuenta mil esclavos. Vange, Bill Vange, Vange *el Astuto* los mató y acabó con el Gran Motín. Recibió una gran recompensa y tenía las manos tan manchadas con la sangre de los siervos que empezaron a llamarlo Vange *el Sanguinario*. Ya veis, hermanos, las cosas tan interesantes que se encuentran en los libros si se sabe leer. Y, creedme, en los libros hay mucho más, y más interesante. Si estudiáis conmigo, en el plazo de

un año podréis leerlos por vuestra cuenta; incluso a algunos os bastará con seis meses.

Vange *el Sanguinario* vivió hasta una edad avanzada y siempre, hasta el final, fue recibido en los consejos y reuniones de los amos, pero nunca se convirtió en uno de ellos. Había nacido en un redil de esclavos. Sin embargo, ¡qué gran recompensa obtuvo! Tenía una docena de palacios. Él, que no era amo, poseía miles de siervos. Disfrutaba de un yate de placer que era un palacio flotante y era dueño de una isla en cuyas plantaciones de café se afanaban diez mil esclavos. Pero en su vejez se sentía solo, porque vivía apartado, odiado por sus hermanos, los siervos, y despreciado por aquellos a los que había servido y que se negaban a ser sus hermanos. Los amos lo rechazaban porque había nacido esclavo. Murió siendo inmensamente rico, pero sufrió una muerte horrible, atormentado por su conciencia, lamentando todo lo que había hecho y cómo había manchado su nombre de sangre.

No ocurrió lo mismo con sus hijos. Ellos no habían nacido en un redil y, mediante una resolución especial del Oligarca Jefe de la época, John Morrison, ascendieron a la clase de los amos. Es entonces cuando el apellido Vange desaparece de las páginas de la historia. Se convierte en Vanderwater y Jason Vange, hijo de Vange *el Sanguinario*, pasa a ser Jason Vanderwater, fundador de la dinastía Vanderwater. Pero eso ocurrió hace trescientos años y los Vanderwater del presente olvidan sus comienzos e imaginan que la arcilla que conforma sus cuerpos es distinta a la de los vuestros, el mío y los de todos los esclavos. Ahora os pregunto, ¿por qué un siervo debería convertirse en amo de otros siervos? ¿Por qué el hijo de un esclavo debería ser el amo de otro esclavo? Dejaré que vosotros mismos respondáis a estas preguntas, pero no olvidéis que, al principio, los Vanderwater eran esclavos.

Y ahora, hermanos, vuelvo al comienzo de mi relato para hablaros del brazo de Tom Dixon. La fábrica de Roger Vanderwater en Kingsbury recibía con razón el nombre de la Caverna del Infierno, pero quienes allí trabajaban eran hombres, como veréis. También había mujeres y niños, niños muy pequeños. Todos los que allí se afanaban disfrutaban de los derechos del esclavo que garantizaba la ley, pero solo en teoría porque en la práctica se veían privados de muchos de ellos, a manos de los dos capataces de la Caverna del Infierno, Joseph Clancy y Adolph Munster.

Es una larga historia pero no os la contaré entera. Solo os hablaré del brazo. Ocurrió que, según dictaba la ley, todos los meses retenían una parte del mísero salario de los esclavos y lo ingresaban en un fondo. Dicho fondo servía para ayudar a los desafortunados siervos que resultasen heridos en

algún accidente o cayesen presa de la enfermedad. Como bien sabéis por propia experiencia, esos fondos los controlan los capataces. Lo dice la ley y por eso el fondo de la Caverna del Infierno estaba bajo el control de los dos capataces de tan infausta memoria.

Clancy y Munster usaban el fondo para sus gastos. Cuando algún siervo, compañero suyo, sufría un accidente solicitaba una subvención del fondo, según la costumbre, pero los capataces se negaban a pagarla. ¿Qué podían hacer los esclavos? La ley les otorgaba derechos a los que no podían acceder. Quienes se quejaban a los capataces, eran castigados. Sabéis de sobra a qué clase de castigos me refiero: multas por un trabajo defectuoso que no lo es, aumento de precios en las tiendas de la compañía, maltrato a la mujer y los hijos, y la asignación de máquinas en mal estado con las que, por más que se trabaje, uno acaba por morirse de hambre.

Los esclavos de la Caverna del Infierno presentaron una protesta ante Vanderwater. Era la época del año en la que pasaba varios meses en Kingsbury. Uno de los esclavos sabía escribir. Al parecer, su madre había aprendido a escribir y le había enseñado en secreto, como antes a ella le había enseñado su madre. De manera que ese esclavo redactó un escrito colectivo de protesta que incluía todas sus quejas y que los siervos firmaron con una cruz. Luego sellaron el sobre y se lo enviaron a Roger Vanderwater por correo. Roger Vanderwater se limitó a entregar el escrito a los dos capataces. Clancy y Munster se enfadaron. Por la noche, soltaron a los guardias en el interior del redil. Los guardias iban armados con palos. Dicen que al día siguiente solo la mitad de los esclavos pudieron trabajar en la Caverna del Infierno. Todos habían recibido una buena paliza. El esclavo que sabía escribir se encontraba en tan mal estado que solo sobrevivió tres meses. Pero antes de morir escribió una vez más. Ahora sabréis con qué fin.

Cuatro o cinco semanas después, la correa de una máquina de la Caverna del Infierno le arrancó el brazo a Tom Dixon, uno de los siervos. Sus compañeros, como siempre, solicitaron para él la ayuda del fondo, pero Clancy y Munster, como siempre, se negaron a pagarla. El esclavo que escribía, ya moribundo, volvió a redactar una lista con sus quejas. Introdujeron el documento en la mano del brazo arrancado al cuerpo de Tom Dixon.

Quiso la casualidad que Roger Vanderwater yaciese enfermo en su palacio, situado al otro extremo de Kingsbury. No se trataba de una de esas enfermedades preocupantes como las que os atacan a vosotros o a mí, hermanos, sino acaso de un leve trastorno biliar o un fuerte dolor de cabeza,

debido a un exceso con la comida o con la bebida. Aunque para él fuese suficiente, pues era delicado y débil, al haber sido criado entre algodones. Esos hombres que reciben toda clase de atenciones resultan terriblemente débiles y delicados. Creedme, hermanos, Roger Vanderwater se sentía tan mal con su dolor de cabeza —o eso creía él— como Tom Dixon con su brazo arrancado de cuajo.

Al parecer, Roger Vanderwater se mostraba muy interesado por la agricultura científica y en su explotación agrícola, situada a cinco kilómetros de Kingsbury, había logrado cultivar un nuevo tipo de fresa. Estaba muy orgulloso de su nueva fresa y, de no ser por su enfermedad, habría acudido en persona a ver y recoger las primeras en madurar. Como se encontraba enfermo, ordenó a un viejo esclavo de la granja que le entregara en persona la primera caja de dichos frutos. Esto se supo por los chismorreos de un pinche de palacio que dormía todas las noches en el redil de los esclavos. Las fresas tendría que haberlas entregado el capataz de la plantación, pero guardaba cama al haberse roto una pierna mientras intentaba domar un potro. El pinche lo contó la noche anterior a que llevasen las fresas. Los hombres del redil que trabajaban en la Caverna del Infierno, como eran hombres y no cobardes, celebraron una reunión.

El esclavo que sabía escribir, enfermo y moribundo debido a la paliza recibida, dijo que él se encargaría de llevar el brazo de Tom Dixon; añadió que iba a morir y no le importaba hacerlo un poco antes. Esa noche, cuando los guardias realizaron la última ronda, cinco esclavos huyeron del redil. Uno de ellos era el que sabía escribir. Permanecieron ocultos entre la maleza que bordeaba el camino hasta bien avanzada la mañana, cuando el viejo esclavo de la granja apareció camino de la ciudad con la preciada fruta para el amo. Como el esclavo de la granja era viejo y tenía reuma, y el que sabía escribir estaba dolorido y rígido debido a la paliza, ambos se movían de una forma similar cuando andaban. El esclavo que sabía escribir se vistió con las ropas del otro, se caló el sombrero de ala ancha sobre los ojos, se subió al banco del carro y continuó camino hacia la ciudad. Al viejo de la granja lo mantuvieron atado todo el día, oculto entre la maleza, hasta el anochecer, cuando los otros esclavos lo soltaron y volvieron al redil para recibir su castigo por haber huido del recinto.

Mientras, Roger Vanderwater yacía aguardando por las fresas en su impresionante dormitorio, repleto de maravillas y comodidades capaces de cegar vuestros ojos y los míos, que nunca hemos visto nada igual. El esclavo que sabía escribir contó después que había sido como un atisbo del Paraíso.

¿Y por qué no? Para construir semejantes aposentos habían sido necesarios el trabajo y las vidas de diez mil esclavos, que dormían en miserables guaridas como bestias salvajes. El esclavo que sabía escribir le llevó las fresas en una bandeja de plata. Veréis, Roger Vanderwater quería hablar con él en relación con la fruta.

El esclavo que sabía escribir tambaleó su cuerpo moribundo mientras cruzaba la impresionante estancia y se arrodilló junto al lecho de Vanderwater, con la bandeja al frente. Unas hojas verdes, muy grandes, cubrían el contenido de la bandeja y el criado que lo acompañaba las apartó para que Vanderwater pudiese ver el contenido. Roger Vanderwater, incorporado sobre un codo, lo vio. Vio las frutas frescas y hermosas como joyas y, en medio de ellas, el brazo de Tom Dixon tal y como había sido arrancado de su cuerpo, bien lavado, por supuesto, hermanos míos, y muy blanco en contraste con el rojo sangre de las fresas. También vio, sujeta entre los dedos rígidos y muertos, la petición de los esclavos que trabajaban duramente en la Caverna del Infierno.

—Cógela y léela —dijo el esclavo que sabía escribir.

En el momento en que el amo cogía la petición, el criado, que hasta entonces había permanecido inmóvil debido a la sorpresa, le asestó un puñetazo en la boca al esclavo arrodillado. El esclavo se iba a morir igualmente, estaba muy débil y no le importó. No emitió ni una queja, cayó de lado y así permaneció en el suelo, sin moverse, sangrando por la boca. El médico, que había salido en busca de los guardias, regresó con ellos y obligaron al esclavo a ponerse en pie. Sin embargo, mientras lo levantaban, agarró con fuerza el brazo de Tom Dixon, que había caído junto a él.

—¡Arrojadlo vivo a los perros! —gritaba el criado, dejándose llevar por la ira—. ¡Arrojadlo vivo a los perros!

Pero Roger Vanderwater, olvidando su dolor de cabeza, aún apoyado en el codo, ordenó que guardaran silencio y continuó leyendo la petición. Mientras leía nadie habló y todos permanecieron firmes: el criado presa de la ira, el médico, los guardias de palacio y, entre ellos, el esclavo, sangrando por la boca y sin soltar el brazo de Tom Dixon. Cuando Roger Vanderwater terminó, se dirigió al esclavo y le dijo:

—Si en este escrito hay una sola mentira, lamentarás haber nacido.

Y el esclavo contestó:

—Llevo toda la vida lamentando haber nacido. —Roger Vanderwater lo miró con atención y el siervo continuó—: Ya no puedes hacerme más daño.

Me muero. No viviré más de una semana, así que no me importa que me mates ahora.

—¿Qué haces con eso? —preguntó el amo, señalando el brazo.

—Me lo llevo al redil para enterrarlo —respondió el esclavo—. Tom Dixon era mi amigo. Su telar estaba al lado del mío.

Mi cuento llega a su fin, hermanos. Enviaron al esclavo y al brazo de vuelta al redil en una carreta. Ningún siervo recibió castigo por lo hecho. Roger Vanderwater investigó y escarmentó a los dos capataces, Joseph Clancy y Adolph Munster. Les arrebataron sus propiedades vitalicias. Los marcaron en la frente con un hierro, les cortaron la mano derecha y los soltaron en el camino para que vagaran y pidieran limosna hasta morir. En adelante, el fondo fue gestionado con justicia durante un tiempo. Solo durante un tiempo, hermanos, porque tras Roger Vanderwater llegó su hijo, Albert, un amo cruel y medio loco.

Hermanos, el esclavo que llevó el brazo ante el amo era mi padre. Fue un hombre valiente. Y, tal y como su madre le enseñó a leer, él me enseñó a mí. Debido a que murió poco después a causa de la paliza recibida, Roger Vanderwater me sacó del redil e intentó convertirme en algo mucho más beneficioso para mí. Pude ser capataz en la Caverna del Infierno, pero preferí ser narrador y vagar por el mundo para acercarme a mis hermanos, los esclavos. Os cuentos historias como esta en secreto, seguro de que no me traicionareis; porque si lo hacéis, sabéis tan bien como yo que me arrancaran la lengua y no volveré a narrar. El mensaje que os traigo, hermanos, es que se acercan buenos tiempos, en los que todo estará bien y no habrá ni amos ni esclavos. Pero antes debéis prepararos para esos buenos tiempos aprendiendo a leer. La palabra impresa es poderosa. Y yo estoy aquí para enseñaros a leer, como hay otros que se ocuparán de que recibáis los libros cuando yo siga camino; los libros de historia en los que aprenderéis sobre vuestros amos y a haceros tan fuertes como ellos.

> [NOTA DEL EDITOR. —De *Fragmentos y esbozos históricos*, publicado por primera vez en cincuenta volúmenes en 4427, y ahora, doscientos años después, debido a su importancia y rigurosidad, reeditado por el Comité Nacional de Investigación Histórica].

[1907]



Luz Dorada

Lon McFane estaba un poco gruñón —había perdido la petaca del tabaco— o me habría dicho algo sobre la cabaña del lago Surprise antes de que llegásemos a ella. Durante todo el día nos habíamos turnado para ir delante y abrir camino a los perros. Era un trabajo muy duro con las raquetas de nieve que no volvía locuaz a nadie; sin embargo, Lon McFane podía haber recuperado el resuello a fin de contármelo durante la pausa que hicimos al mediodía para tomar café. Pero no. ¿El lago Surprise? Para mí la sorpresa fue la cabaña, no el lago. Nunca había oído hablar de ella. Confieso que estaba cansado. Llevaba una hora aguardando a que Lon se detuviera para montar el campamento, pero era demasiado orgulloso para sugerirle montarlo o preguntarle cuáles eran sus intenciones, a pesar de que lo había contratado a cambio de un salario muy generoso para que guiase a mis perros y obedeciera mis órdenes. Supongo que yo también estaba malhumorado. Él no decía nada y yo había decidido no preguntar, aunque continuásemos adelante toda la noche.

Llegamos a la cabaña de repente. Durante una semana no habíamos encontrado a nadie en el camino y yo había asumido que tampoco lo encontraríamos durante una semana más. Pero allí estaba, ante mis ojos, una cabaña con una leve luz en la ventana y humo saliendo por la chimenea.

—¿Por qué no me dijiste que…? —empecé a preguntar, pero Lon me interrumpió.

—El lago Surprise. Se esconde en un pequeño canal alimentador a ochocientos metros. No es más que una laguna.

—Sí, pero la cabaña, ¿quién vive en ella?

—Una mujer —fue la respuesta y al instante siguiente Lon había llamado a la puerta y una voz de mujer lo había invitado a entrar.

—¿Has visto a Dave últimamente? —inquirió ella.

—No —contestó Lon con aire despreocupado—. He andado en dirección contraria, por la zona de Circle City. Dave ha ido hacia Dawson, ¿no?

La mujer asintió y Lon se dedicó a desenganchar a los perros mientras yo desataba la carga del trineo y metía en la cabaña el equipo de acampada. La

cabaña era una construcción grande de una única estancia y resultaba evidente que la mujer vivía sola en ella. La mujer señaló hacia la cocina, donde el agua hervía ya, y Lon empezó a preparar la cena mientras yo abría la bolsa del pescado y daba de comer a los perros. Esperaba que Lon nos presentase y me molestó que no lo hiciera porque estaba claro que ellos dos se conocían desde hacía tiempo.

—Eres Lon McFane, ¿verdad? —oí que ella preguntaba—. Ya me acuerdo de ti. La última vez que te vi fue a bordo de un vapor, ¿no? Recuerdo…

Su discurso pareció congelarse ante la imagen aterradora que debía estar rememorando, según deduje del miedo que asomaba a sus ojos. Para mi sorpresa, sus palabras y su comportamiento afectaron a Lon, cuyo rostro reflejó desesperación, aunque su voz parecía alegre y jovial al decir:

—La última vez que nos vimos fue en Dawson, por el jubileo o el cumpleaños o algo así de la reina. ¿No te acuerdas? Había carreras de canoas en el río y de obstáculos en la calle principal.

El miedo desapareció de los ojos de la mujer y todo su cuerpo se relajó.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo—. Y tú ganaste una de las carreras de canoas.

—¿Cómo le ha ido a Dave últimamente? Supongo que seguirá haciéndose rico, como siempre —preguntó Lon con aparente intrascendencia.

Ella sonrió y asintió y luego, al darse cuenta de que yo había desatado el petate, me indicó el rincón de la cabaña donde podía extenderlo. Me fijé en que su catre se encontraba en el extremo opuesto.

—Creí que era Dave quien venía cuando oí vuestros perros —dijo.

Después guardó silencio y se limitó a contemplar el trabajo en la cocina de Lon y a escuchar, como si esperase oír más perros en el camino. Yo me tumbé sobre las mantas mientras fumaba y observaba. Allí había algún misterio, hasta ahí llegaba, pero no era capaz de ir más lejos. ¿Por qué demonios no me había dicho nada Lon antes de que llegásemos? La miraba a la cara sin que ella se diese cuenta y, cuanto más la miraba, más me costaba dejar de hacerlo. Tenía un rostro precioso, diría que de otro mundo, porque en él había una luz o una expresión o algo que no había visto nunca en la tierra o en el mar. El miedo y el terror habían desaparecido por completo y ahora evidenciaba una belleza plácida, si plácida sirve para expresar ese algo intangible y oculto que no sé si era un brillo, una luz o una expresión.

De repente, como si fuera la primera vez, fue consciente de mi presencia.

—¿Has visto a Dave últimamente? —me preguntó.

Estaba a punto de preguntar: «¿Qué Dave?», cuando Lon tosió junto al humo que desprendía el beicon al chisporrotear. El beicon podía haber provocado su tos, pero me lo tomé como una advertencia y no hice la pregunta.

—No —respondí—. Acabo de llegar a esta parte del territorio…

—Pero no pretenderás decirme —me interrumpió la mujer— que no has oído hablar de Dave, del gran Dave Walsh.

—Verás —me disculpé—, acabo de llegar a esta zona. He estado casi siempre en las regiones bajas, hacia Nome.

—Háblale de Dave —le dijo a Lon.

Lon pareció molesto, pero empezó a hablar en ese tono alegre y jovial que había utilizado antes. Me resultaba demasiado alegre y jovial y me fastidiaba.

—Oh, Dave es un buen hombre —dijo—. Es un hombre de verdad y mide casi dos metros. Siempre cumple con su palabra. Quien diga que Dave ha mentido, miente y además tendrá que pelear conmigo, si queda algo de él cuando Dave le haya echado el guante. Porque Dave es un gran luchador. Oh, sí, nunca se rinde. Mató un grizzly con un rifle de juguete del calibre 38. Recibió algún zarpazo, pero sabía lo que hacía. Se metió en la cueva a propósito para cazar al grizzly. No le tiene miedo a nada. Es generoso con su dinero, o con su última camisa o su última cerilla cuando no tiene dinero. Desaguó el lago Surprise en tres semanas y sacó noventa mil dólares, ¿no? —Ella se puso colorada y asintió con la cabeza, llena de orgullo. Durante el recital de Lon, había seguido todas y cada una de sus palabras con el mayor de los intereses—. Y debo decir —continuó Lon— que me siento muy decepcionado por no encontrarme aquí a Dave esta noche.

Lon sirvió la cena desde una de las cabeceras de la mesa de tablones de pícea y empezamos a comer. El aullido de los perros llevó a la mujer a la puerta. La abrió unos centímetros y escuchó.

—¿Dónde está Dave Walsh? —pregunté en voz muy baja.

—Muerto —respondió Lon—. Puede que en el infierno. No lo sé. Calla.

—Pero acabas de decir que esperabas verlo aquí esta noche —insistí.

—Oh, cállate, por favor —fue la respuesta de Lon, en voz tan baja como la mía.

La mujer había cerrado la puerta y regresaba hacia nosotros, y yo me quedé sentado meditando sobre el hecho de que quien me había mandado callar recibía de mi bolsillo un sueldo de doscientos cincuenta dólares al mes más las comidas.

Lon fregó los platos mientras yo fumaba y observaba a la mujer. Parecía más hermosa que nunca, aunque su belleza resultaba extraña, rara. Tras mirarla fijamente durante cinco minutos me obligué a regresar al mundo real y mirar a Lon McFane. Eso me permitió saber, sin posibilidad de discusión, que la mujer también era real. Al principio había creído que se trataba de la esposa de Dave Walsh, pero si Dave Walsh estaba muerto, como había dicho Lon, no podía ser más que su viuda.

Teníamos que acostarnos temprano porque al día siguiente nos esperaba una jornada muy larga y cuando Lon se metió bajo las mantas a mi lado me atreví a hacerle una pregunta.

—Esa mujer está loca, ¿no?

—Como una cabra —respondió.

Y antes de que pudiera formular la siguiente pregunta, Lon McFane se había quedado dormido, lo juro. Siempre se dormía así: se tapaba con las mantas, cerraba los ojos, se dormía y en el aire se percibía una respiración ligeramente fuerte. Lon nunca roncaba.

Por la mañana nos dimos prisa en desayunar, alimentar a los perros, cargar el trineo y salir al camino. Nos despedimos en el momento de arrancar y la mujer se quedó en la puerta, viéndonos partir. Me llevé conmigo, bajo los párpados, la imagen de su belleza sobrenatural y me bastaba con cerrarlos para verla de nuevo. Nadie había abierto camino —el lago Surprise quedaba apartado de los caminos más transitados— y Lon y yo nos turnamos para apisonar la nieve fresca con nuestras enormes raquetas a fin de que los perros pudiesen avanzar. «Pero dijiste que esperabas ver a Dave Walsh en la cabaña», estuve a punto de soltar una veintena de veces. No lo hice. Prefería esperar al descanso de mediodía. Cuando llegó el mediodía continuamos camino porque, según me explicó Lon, había un campamento de cazadores de alces en el horcajo del Teelee y podríamos llegar al anochecer. Pero no llegamos porque Bright, el perro guía, se rompió el omóplato y perdimos una hora con él antes de vemos obligados a pegarle un tiro. Después, al cruzar un lugar donde la madera se había quedado atorada sobre el lecho congelado del Teelee, el trineo sufrió un accidente y volcó, así que no tuvimos más opción que montar el campamento y reparar el patín. Yo preparé la cena y di de comer a los pernos mientras Lon se ocupaba de las reparaciones, y juntos reunimos la provisión de hielo y leña necesaria para pasar la noche. Luego nos sentamos sobre las mantas, con los mocasines humeando boca abajo sobre unos palos, frente a la hoguera, y fumamos la pipa de todas las noches.

—¿No la conocías? —preguntó Lon de repente. Negué con la cabeza—. ¿Te has fijado en el color de su cabello, de sus ojos y de su tez? Pues de ahí salió su nombre. Era como el primer cálido resplandor de un amanecer dorado. La llamaban Luz Dorada. ¿Has oído hablar de ella?

Me parecía recordar, de forma confusa y borrosa, haber oído ese nombre en algún sitio, pero no significaba nada para mí.

—Luz Dorada —repetí—. Parece el nombre de una bailarina.

Lon negó con la cabeza.

—No, era una buena mujer, al menos en ese sentido, aunque también pecó mucho.

—Pero ¿por qué hablas siempre de ella en pasado, como si estuviese muerta?

—Porque la oscuridad de su alma es como la oscuridad de la muerte. La Luz Dorada que conocí, que Dawson conoció y que, incluso antes. Forty Mile conoció, ha muerto. Esa criatura estúpida y chiflada que vimos anoche no era Luz Dorada.

—¿Y Dave? —inquirí.

—Él construyó esa cabaña —respondió Lon—. La construyó para ella… y para él. Él está muerto. Y ella lo espera allí. Solo a medias cree que no ha muerto. Pero ¿quién conoce los caprichos de una mente loca? Tal vez esté convencida de que no ha muerto. En cualquier caso, lo espera en la cabaña que él levantó. ¿Quién quiere despertar a los muertos? Del mismo modo, ¿quién quiere despertar a los vivos que están muertos? Yo no, por eso anoche dije que esperaba encontrar allí a Dave Walsh. Te apuesto lo que quieras a que yo me habría sorprendido mucho más que ella si me lo hubiese encontrado allí anoche.

—No lo entiendo —dije—. Empieza por el principio, como es debido, y cuéntame toda la historia.

Y Lon empezó a contar.

—Victor Chauvet era un viejo francés: había nacido en el sur de Francia. Llegó a California en la época del oro. Fue un pionero. No encontró oro, pero se convirtió en fabricante de sol embotellado, es decir, que cultivaba uvas y hacía vino. También seguía las perturbaciones relacionadas con el oro. Eso fue lo que lo trajo a Alaska en los primeros tiempos y lo hizo cruzar el paso Chilkoot y descender por el Yukón antes del descubrimiento de Carmack. Chauvet estableció la vieja población de Ten Mile. Él fue quien llevó el primer correo a Arctic City. Delimitó con estacas las minas de carbón del arroyo Porcupine hace doce años. Financió a Loftus para que se adentrase en

territorio Nippenuck a cambio de beneficios. Pues resulta que Victor Chauvet era un buen católico y amaba dos cosas en el mundo: el vino y la mujer. Los vinos le gustaban todos, pero solo amaba y quería a una mujer, la madre de Marie Chauvet.

En ese momento dejé escapar un gemido, tras meditar más allá de todo autocontrol que pagaba doscientos cincuenta dólares al mes a aquel hombre.

—¿Qué pasa ahora? —quiso saber.

—¿Que qué pasa? —me quejé—. Creí que me ibas a contar la historia de Luz Dorada. No quiero oír la biografía de tu viejo bebedor francés.

Lon encendió su pipa con toda la calma del mundo, le dio una calada y luego la dejó a un lado.

—Pero me pediste que empezara por el principio.

—Sí, por el principio.

—Pues el principio de Luz Dorada es el viejo bebedor francés, porque fue el padre de Marie Chauvet y Marie Chauvet era Luz Dorada. ¿Qué más quieres? Victor Chauvet nunca tuvo demasiada suerte. Se las apañaba para vivir, para ir tirando y para cuidar de Marie, que se parecía a la única mujer que había amado. Cuidaba muy bien de ella. Él le puso el nombre cariñoso de Luz Dorada. El arroyo Luz Dorada se llama así por ella, como la población que se alza en su orilla. Al viejo se le daba muy bien encontrar el mejor sitio para situar las poblaciones, pero nunca llegaba a registrar la propiedad de los terrenos.

»Sinceramente —dijo Lon en uno de sus cambios repentinos—, tú la has visto, ¿qué te parece? Me refiero a su aspecto. ¿Cómo afecta a tu sentido de la belleza?

—Me parece increíblemente hermosa —respondí—. En mi vida he visto algo parecido. A pesar de suponer que estaba loca, no podía dejar de mirarla. No era curiosidad. Era asombro, puro asombro ante su extraña belleza.

—Su extraña belleza era incluso mayor antes de que la oscuridad cayese sobre ella —dijo Lon en voz baja—. En verdad era como una luz dorada. Provocaba que los corazones de los hombres diesen un vuelco y que sus cabezas se girasen para mirarla. Haciendo grandes esfuerzos, ha recordado que gané una carrera de canoas en Dawson. Yo, que una vez la amé y la escuché confesar su amor por mí. Todos los hombres la amaban por su belleza. De haberla solicitado, habría ganado la manzana de Paris y la guerra de Troya no habría tenido lugar y, como colofón, luego habría abandonado a Paris. Pero ahora vive en la oscuridad y ella, que siempre fue caprichosa, por

primera vez es constante. Es leal a una sombra, a un muerto al que no reconoce como tal.

»Así es como ocurrió. ¿Recuerdas lo que dije anoche sobre Dave Walsh? ¿El gran Dave Walsh? Era todo cuanto dije y más, muchas veces más. Llegó al territorio a finales de la década de 1880. Para ti, un pionero. Entonces tenía veinte años. Era como un toro joven. A los veinticinco levantaba del suelo sin esfuerzo trece sacos de veinticinco kilos de harina. Al principio, al llegar el otoño, la hambruna lo empujaba a marcharse. En aquellos tiempos este era un país muy solitario. No había vapores, ni comida, solo restos de salmón y huellas de conejo. Pero después de que la hambruna lo echase tres años seguidos dijo que ya estaba harto de irse y al año siguiente se quedó. Vivía solo de carne cuando tenía la suerte de conseguirla. Ese invierno se comió once perros, pero se quedó. Al invierno siguiente también se quedó, y al otro. Ya no volvió a marcharse del territorio. Era un toro, un toro adulto. Era capaz de reventar a los hombres más fuertes del país trabajando. Podía llevar más carga que un indio chilkat y remar más rápido que un stick. Podía viajar todo el día con los pies mojados cuando el termómetro marcaba 45 °C bajo cero, y te aseguro que para eso hace falta mucho más que una gran dosis de vitalidad. A 30 °C bajo cero, si te mojas los pies e intentas seguir camino, se te congelan seguro.

»Dave Walsh tenía la fuerza de un toro. Sin embargo, era bondadoso y de buen carácter. Cualquiera lo engañaba y el último novato en llegar solía arrebatarle el poco dinero que le quedase. “No me preocupa”, decía para reírse de su mansedumbre, “no me quita el sueño”. Pero no pienses que no tenía agallas. Acuérdate del oso al que persiguió con el rifle de juguete. Cuando llegaba el momento de luchar, el comportamiento de Dave resultaba irreprochable. Era indulgente y amable con el débil, pero el fuerte debía cederle el paso cuando tropezaban. Y era un hombre de esos que caen bien a los hombres, lo mejor que se puede decir de alguien.

»Dave no formó parte de la gran estampida hacia Dawson cuando Carmack hizo el descubrimiento del Bonanza. Verás, en ese momento Dave se encontraba en el arroyo Mammón realizando su propio hallazgo. Él fue quien descubrió el arroyo Mammón. Ese invierno ganó ochenta y cuatro mil dólares y exploró a fondo la concesión para sacarle doscientos mil el invierno siguiente. Después, al acercarse el verano y cubrirse el suelo de agua, viajó Yukón arriba hasta Dawson con la intención de echarle un ojo al descubrimiento de Carmack. Allí vio a Luz Dorada. Recuerdo esa noche. Nunca la olvidaré. Fue algo repentino y te pone los pelos de punta pensar en

cómo es posible que un hombre tan fuerte perdiese toda su fortaleza debido a una única mirada, por muy dulce que fuera, de Luz Dorada, una criatura débil y rubia. Fue en la cabaña de su padre, el anciano Victor Chauvet. A Dave lo había llevado un amigo para hablar de dónde situar un poblado en el arroyo Mammón. Pero habló poco y lo que dijo resultó, en su mayoría, ininteligible. Te aseguro que la visión de Luz Dorada había dejado atontado a Dave. Tras su partida, Victor Chauvet insistió en que estaba borracho. Y sí que lo estaba, pero Luz Dorada era el fuerte licor que lo había embriagado.

»Esa primera mirada lo cambió todo. No regresó Yukón abajo una semana después, como había tenido intención de hacer. Se quedó un mes, dos meses, todo el verano. Y nosotros, que ya habíamos sufrido antes, lo comprendimos y nos preguntamos cómo acabaría aquello. Nos parecía que, sin duda, Luz Dorada había encontrado a su dueño. ¿Por qué no? Dave Walsh tenía su encanto. Era un rey del arroyo Mammón, lo había descubierto; era todo un sourdough, uno de los primeros pioneros; los hombres se giraban para mirarlo cuando pasaba y comentaban entre ellos con asombro: “Ahí va Dave Walsh”. ¿Por qué no? Medía casi dos metros, también era rubio y el pelo se le rizaba sobre la nuca. Y era un toro, un toro de melena amarilla que acababa de cumplir treinta y un años.

»Luz Dorada lo amaba y, tras permitir que la cortejara todo el verano, al final del mismo su compromiso se hizo público. El otoño estaba al caer, Dave tenía que regresar para trabajar todo el invierno en el arroyo Mammón y Luz Dorada se negó a casarse de inmediato. Dave dejó su concesión del arroyo Mammón en manos de Dusky Burns y se quedó en Dawson. De poco le sirvió. Ella quería disfrutar de su libertad un poco más; tenía que ser así y no se casaría hasta el año siguiente. Por eso, con los primeros hielos, Dave Walsh se marchó solo Yukón abajo tras sus perros, habiendo acordado que la boda se celebraría al año siguiente, cuando él regresara en el primer vapor.

»Dave era tan fiel como la Estrella Polar y ella tan falsa como una aguja magnética cuando se lleva un cargamento de imán. Dave era tan constante y cabal como ella caprichosa y frívola, y por algún motivo Dave, que no dudaba de nadie, dudó de ella. Quizá fueron los celos propios del amor, o puede que fuese ese el mensaje que el alma de ella enviara a la de él; pero el caso es que Dave estaba preocupado porque le daba miedo la inconstancia de la joven. Temía confiar en ella hasta el año siguiente, pero se había visto obligado a hacerlo y eso lo desesperaba. Parte lo supe luego por Victor Chauvet y, de toda la información que fui reuniendo, deduzco que debió haber una especie de escenita entre ellos antes de que Dave saliera rumbo al norte con sus

perros. Se puso firme ante el viejo francés, con Luz Dorada a su lado, y le anunció que se habían dado palabra de matrimonio. Según Victor, se puso muy dramático y echaba fuego por los ojos. Dijo algo del estilo de “hasta que la muerte nos separe”, y el anciano Victor recordaba en particular que, en un momento dado, Dave la agarró por el hombro con su enorme garra y casi la sacudió mientras decía: “Aunque muera serás mía y volveré de la tumba para reclamarte”. Me contó luego que Luz Dorada se había asustado mucho y que él hizo un aparte con Dave y le dijo que aquella no era la forma de retener a Luz Dorada, que si quería conservarla debía seguirle la corriente y ser amable con ella.

»Estoy convencido de que Luz Dorada se asustó. Ella trataba de forma brutal a los hombres, mientras que ellos siempre la habían tratado como si fuese algo delicado y frágil que no debía recibir daño alguno. No supo lo que era la severidad hasta que Dave Walsh, aquel toro enorme, desde sus dos metros de altura, la agarró con su manaza y le aseguró que sería suya hasta que la muerte los separase… y también después. Además, aquel invierno en Dawson había un músico —uno de esos tenores latinos de mirada profunda que comen pasta y se llenan el pelo de aceite— y Luz Dorada se prendó de él. Tal vez solo fuera fascinación, no sé. A veces me parece que amaba de verdad a Dave Walsh. Quizás ella al final se decidió por el músico latino porque Dave la había asustado con esa historia de que sería suya más allá de la muerte y saldría de la tumba a buscarla. Pero eso no son más que conjeturas y los hechos son los que son. No era latino, era un conde ruso, esa es la verdad. Tampoco era pianista profesional ni nada por el estilo. Tocaba el violín y el piano, y cantaba, cantaba bien, pero lo hacía para su propio placer y el de aquellos para quienes cantaba. Además, tenía dinero. Y te aseguro que a Luz Dorada nunca le importó el dinero. Era voluble, pero nunca fue interesada.

»Sigamos adelante. Le había dado palabra de matrimonio a Dave y Dave llegaría a buscarla en el primer vapor que viajase río arriba. Eso fue en el verano del 98 y el primer vapor se esperaba que llegase a mediados de junio. Luz Dorada tenía miedo de dejar a Dave y luego enfrentarse a él. Lo planeó todo de repente. El músico ruso, el conde, era su obediente esclavo. Sé que lo planeó ella. El anciano Victor me lo contó después. El conde siguió las órdenes que ella le dio y tomó el primer vapor que salía de allí río abajo. Era el *Golden Rocket*. También lo tomó Luz Dorada. Y yo. Yo iba a Circle City y me quedé atónito cuando encontré a bordo a Luz Dorada. No había visto su nombre en la lista de pasajeros. Estaba siempre con el conde, feliz y sonriente, y me fijé en que el conde sí estaba en la lista, acompañado de su

esposa. También aparecía en ella el número de su camarote de lujo. Hasta entonces no había sabido que estuviese casado y tampoco vi a su esposa por ninguna parte… a menos que Luz Dorada contase como tal. Me pregunté si se habrían casado antes de embarcarse. En Dawson se hablaba mucho de ellos e incluso hubo quien apostó a que el conde había desbancado a Dave.

»Hablé con el sobrecargo. No sabía más que yo. No conocía a Luz Dorada y además andaba muy liado. Ya sabes lo que es un vapor del Yukón, pero no te imaginas lo que era el *Golden Rocket* cuando zarpó de Dawson aquel mes de junio de 1898. Al ser el primer vapor que salía, llevaba a todos los enfermos de escorbuto y las piltrafas del hospital. También debía de llevar un par de millones en polvo y pepitas de oro del Klondike, por no hablar de una lista de pasajeros abarrotada y colapsada, pasajeros de cubierta a montones e indios y perros sin fin. Iba hundido hasta la línea de flotación con tanta carga y equipajes. Una montaña de ellos se alzaba en la cubierta inferior de proa y en cada parada se hacía más grande. Vi subir la caja a bordo en la parada del Teelee y supe lo que era, aunque no imaginé la incógnita que contenía. La apilaron en lo más alto de la montaña de equipajes de la cubierta inferior de proa y, al hacerlo, no se esmeraron demasiado. El oficial tenía la intención de volver después para asegurarla mejor, pero se le olvidó. En el momento me resultó conocido aquel husky enorme que ascendió la pila de equipajes para tumbarse junto a la caja. Después nos cruzamos con el *Glendale*, que iba rumbo a Dawson. Cuando nos saludó pensé en Dave, a bordo de ese vapor, corriendo hacia Dawson y Luz Dorada. Me di la vuelta para observarla, allí de pie, junto a la barandilla. Le brillaban los ojos, aunque parecía algo asustada ante la visión del otro vapor y se mantenía arrimada al conde, como si buscase protección. Pero ella no necesitaba arrimarse al conde en busca de protección, ni yo imaginar la decepción de Dave Walsh al llegar a Dawson. Porque Dave Walsh no iba a bordo del *Glendale*. Había muchas cosas que yo no sabía y que iba a saber muy pronto; por ejemplo, que aquella pareja no estaba casada. A la media hora comenzaron los preparativos para celebrar la boda. Debido a los enfermos que abarrotaban el salón principal y la superpoblación del *Golden Rocket*, decidieron que el mejor lugar para celebrar la ceremonia era a proa, en la cubierta inferior, en un espacio abierto junto a la barandilla y la pasarela, a la sombra de la montaña de equipajes coronada por la caja y el perro que dormía junto a ella. Iba a bordo un misionero que se bajaría en Eagle City, que era la siguiente parada, por lo que debían darse prisa en aprovechar su presencia. Eso era lo que planeaban hacer: casarse en el barco.

»Pero me he adelantado a los acontecimientos. El motivo por el que Dave Walsh no iba a bordo del *Glendale* era porque se encontraba en el *Golden Rocket*. Esto fue lo que pasó. Tras quedarse en Dawson más de lo debido a causa de Luz Dorada, viajó río abajo sobre el hielo hasta el arroyo Mammón. Al llegar vio que Dusky Burns dirigía tan bien la concesión que él no era necesario. Así que cargó el trineo de alimentos, enganchó a los perros, se llevó consigo a un indio y partió hacia el lago Surprise. Siempre le había gustado aquella zona. Tal vez no sepas que el arroyo acabó siendo una decepción, pero por entonces las prospecciones eran buenas y Dave empezó a construir una cabaña para él y para ella. La cabaña en la que dormimos. Cuando la terminó se fue a cazar alces al horcajo del Teelee, llevándose al indio.

»Entonces llegó una ola de frío. Las temperaturas cayeron a 40, 45 y 50 °C bajo cero. Recuerdo esa ola, estaba en Forty Mile; y me acuerdo de ese día en concreto. A las once de la mañana, el termómetro de alcohol situado en el almacén de la compañía NAT&T bajó hasta los 60 °C bajo cero. Esa mañana, junto al horcajo del Teelee, Dave Walsh salió a cazar alces con su dichoso indio. Todo esto me lo contó después el indio; viajamos juntos sobre el hielo hasta Dyea. Esa mañana el indio atravesó la capa de hielo y se mojó hasta la cintura. Por supuesto, empezó a congelarse de inmediato. Había que encender una hoguera. Pero Dave Walsh era un toro. Solo estaban a ochocientos metros del campamento, donde ya ardía el fuego. ¿Para qué encender otra hoguera? Se echó el indio al hombro y corrió con él, los ochocientos metros, con el termómetro a 60 °C bajo cero. Ya sabes lo que eso significa. Es un suicidio. No se le puede llamar de otra forma. Aquel indio pesaba más de noventa kilos y Dave corrió ochocientos metros con él a cuestas. Por supuesto, se le congelaron los pulmones. Debieron de congelarse casi por completo. Lo que hizo fue una tontería. El caso es que, tras resistirse y sufrir durante varias semanas, Dave Walsh murió.

»El indio no sabía qué hacer con el cadáver. En una situación normal lo habría enterrado sin preocuparse de nada más. Pero sabía que Dave Walsh era un hombre importante que tenía mucho dinero, un jefe *hi-yu skookum*. Además, había visto los cuerpos de otros *hi-yu skookums* acarreados por el país como si tuviesen algún valor. Así que decidió llevar el cuerpo de Dave hasta Forty Mile, que era donde Dave mantenía su sede central. Ya sabes que en esta región el hielo lo invade todo. Bueno, pues el indio puso a Dave bajo treinta centímetros de tierra. Es decir, que lo conservó en el hielo. Dave podía haber permanecido allí mil años sin dejar de ser el Dave de siempre. Como si

estuviese en un refrigerador. Luego el indio cogió una sierra de la cabaña del lago Surprise y preparó tablones suficientes para hacer la caja. Además, mientras esperaba a que llegase el deshielo, salió a cazar varias toneladas de alce. También las conservó en hielo. Luego llegó el deshielo y el Teelee se fragmentó. Construyó una balsa, la cargó con la carne, los perros de Dave y la caja que contenía a Dave, y se marchó Teelee abajo.

»La balsa se quedó atrapada en una presa formada por la madera de deriva y allí permaneció dos días. Hacía mucho calor y el indio estuvo a punto de perder su carne de alce. Así que cuando llegó al punto donde el vapor se detiene en el Teelee, pensó que un vapor llegaría a Forty Mile antes que su balsa. Hizo transbordo de la carga y ya estamos en la cubierta inferior de proa del *Golden Rocket*, con Luz Dorada a punto de casarse y Dave Walsh en su enorme caja, proporcionándole sombra a la mujer. Y otra cosa de la que me olvidé: por algo me había resultado conocido el husky que subió a bordo en la parada de Teelee. Era Pee-lat, el guía de Dave Walsh y su perro preferido, además de muy peleón. Permanecía acostado junto a la caja.

»Luz Dorada me vio, me llamó, me estrechó la mano y me presentó al conde. Estaba preciosa. Yo seguía tan loco por ella como siempre. Me miró a los ojos sonriendo y me dijo que debía firmar como testigo. Resultaba imposible negarle nada. Era una niña, cruel como lo son los niños. También me dijo que se había hecho con las dos únicas botellas de champán de Dawson, las dos únicas que había en Dawson la noche anterior; y, cuando me quise dar cuenta, me había citado para beber después a su salud y a la del conde. La gente se apiñó a nuestro alrededor y el capitán del vapor llamó la atención con su presencia; yo creo que en realidad pretendía catar el vino. Era una boda muy curiosa: en la cubierta superior se reunieron los enfermos, con más de un pie en la tumba, para mirar hacia abajo. En el círculo que nos rodeaba también había varios indios con sus mujeres e hijos, por no hablar de los veintitantos perros lobo que no paraban de gruñir. El misionero situó a los novios uno al lado del otro y frente a él, y dio comienzo a la ceremonia. En ese momento se formó una pelea de perros, arriba, en lo alto de la montaña de equipajes, entre Pee-lat, que yacía junto a la caja, y una bestia de pelo blanco que pertenecía a uno de los indios. No se trataba de una pelea explosiva. Los animales solo se gruñían el uno al otro desde lejos, ya sabes, se provocaban para medirse en la distancia. El ruido molestaba bastante, pero la voz del misionero se oía sin problemas.

»No había una forma sencilla de llegar hasta donde estaban los dos perros, excepto desde el otro lado del montón de equipajes. Pero no quedaba nadie de

aquel lado; todo el mundo se encontraba presenciando la ceremonia. Aun así, todo habría ido bien si el capitán no les hubiera arrojado un palo a los perros. Eso fue lo que lo precipitó todo. Como te he dicho, si el capitán no hubiese arrojado el palo, nada habría ocurrido.

»El misionero acababa de llegar al punto en el que decía eso de “en la salud y la enfermedad” y “hasta que la muerte os separe”. Fue entonces cuando el capitán lanzó el palo. Yo lo vi todo. Cayó sobre Pee-lat y en ese instante la bestia blanca saltó sobre él. El palo provocó el ataque. Los cuerpos de los dos perros golpearon contra la caja, que comenzó a deslizarse lentamente, con la parte de abajo resbalando hasta alcanzar la perpendicular, momento en el que empezó a descender a mayor velocidad. Los curiosos de ese lado del círculo tuvieron tiempo de apartarse. Luz Dorada y el conde, situados en el lado opuesto del círculo, se hallaban de cara a la caja; el misionero estaba de espaldas a ella. La caja remató su descenso con una caída libre de unos tres metros.

»Ten en cuenta que ninguno de nosotros sabía que Dave Walsh había muerto. Creíamos que estaba en el *Glendale*, rumbo a Dawson. El misionero se había hecho a un lado, de manera que Luz Dorada quedó justo frente a la caja cuando se estrelló contra el suelo. Fue como una obra de teatro. Nadie podría haberlo planeado mejor. Cayó recta y sobre el extremo adecuado. La parte delantera de la caja se soltó y de ella salió Dave Walsh, de pie, medio envuelto en una manta, el rubio cabello al aire, brillando bajo el sol. Salió de la caja, de pie, y cayó sobre Luz Dorada. Ella no sabía que había muerto pero, tras quedarse atascado dos días en la presa formada por la madera, resultaba evidente que había vuelto de la tumba para reclamarla. Posiblemente eso fue lo que ella pensó. En cualquier caso, la visión la bloqueó. No pudo moverse. Se quedó sin fuerzas, viendo cómo Dave Walsh iba hacia ella. Y la atrapó. Tuvimos la impresión de que la rodeaba con los brazos pero, ocurriese así o no, los dos cayeron juntos sobre la cubierta. Tuvimos que apartar el cuerpo de Dave Walsh para poder llegar a ella. Se había desmayado. Aunque quizás habría sido mejor que no despertase nunca de su desmayo porque, cuando lo hizo, se puso a gritar como una loca. Siguió gritando durante horas, hasta quedar exhausta. Sí, se recuperó. Ya la viste anoche y sabes lo mucho que se ha recuperado. No es violenta, eso es cierto, pero vive en la oscuridad. Cree que aguarda a que vuelva Dave Walsh, por eso lo espera en la cabaña que él le construyó. Ya no es voluble. Hace nueve años que es fiel a Dave Walsh y parece que lo será hasta el final.

Lon McFane apartó las mantas y se dispuso a acostarse.

—Cada año nos ocupamos de llevarle comida —añadió—, y le echamos un ojo. Aunque anoche fue la primera vez que me reconoció.

—¿Quiénes os ocupáis?

—Oh —respondió—, el conde, el viejo Victor Chauvet y yo. ¿Sabes? Creo que el conde es el más digno de compasión. Dave Walsh nunca supo que Luz Dorada lo había traicionado. Y ella no sufre. La oscuridad en la que vive es una bendición para ella.

Permanecí en silencio bajo las mantas durante un minuto.

—¿Sigue el conde en el territorio? —pregunté.

Pero se oyó una respiración ligeramente fuerte y supe que Lon McFane se había dormido.

[1907]

Encender una hoguera (II)



CABABA DE AMANECER un día frío y gris, sumamente frío y gris, cuando el hombre abandonó la ruta principal del Yukón y ascendió la elevada loma, en la que se veía un sendero borroso y poco transitado que llevaba hacia el este a través del denso bosque de píceas. La loma era empinada y se detuvo en la cima para recuperar el aliento, lo que le llevó a consultar el reloj a fin de justificar la pausa. Eran las nueve. No había sol ni indicios de que fuera a brillar, a pesar de que en el cielo no se veía ni una sola nube. El día estaba despejado y, sin embargo, parecía que un manto intangible cubriese todas las cosas, un discreto tono plomizo que oscurecía el día y que se debía a la ausencia del sol. Pero eso no preocupó al hombre. Estaba acostumbrado a la falta de sol. Hacía varios días que no lo veía y era consciente de que faltaban algunos más para que ese orbe alegre, en su camino hacia el sur, asomase sobre el horizonte y volviera a hundirse de inmediato tras él.

El hombre echó una mirada al camino por el que ya había transitado. El Yukón abarcaba más de un kilómetro y medio de ancho y quedaba oculto bajo un metro de hielo. Sobre esa capa de hielo había otra igual de nieve. Donde se habían formado las barreras de hielo al congelarse se veían ondulaciones, suavemente serpenteantes, de un blanco puro. Hasta donde alcanzaba la vista, tanto al norte como al sur, todo era ininterrumpidamente blanco, excepto por una línea oscura y muy delgada que se curvaba y retorcía partiendo de la isla cubierta de píceas que se veía al sur y que continuaba, entre curvas y serpenteos, hacia el norte, donde desaparecía detrás de otra isla cubierta de píceas. Esa línea oscura y delgada era el camino —el principal— que discurra hacia el sur durante ochocientos kilómetros y llevaba al paso Chilkoot, Dyea y el agua salada; y hacia el norte hasta Dawson, a cien kilómetros, y aún más al norte, a mil quinientos, hasta Nulato y luego hasta St. Michael, en el mar de Bering, a dos mil quinientos kilómetros de distancia.

Pero todo eso —el camino como una línea delgada, largo y misterioso, la ausencia del sol en el cielo, el extraordinario frío y lo raro y extraño que la suma de todo ello resultaba— no afectó al hombre. No porque estuviese acostumbrado. Acababa de llegar a aquella región, era un *chechaquo*, y ese,

su primer invierno en ella. Su problema era que no tenía imaginación. Era listo y despierto para todo lo cotidiano, pero solo en relación a las cosas y no a su significado. 45 °C bajo cero eran muchos grados por debajo del punto de congelación. Ese hecho le indicaba que hacía frío y podía resultar desagradable, pero nada más. No lo llevaba a pensar en su fragilidad como individuo dependiente de la temperatura, ni en la fragilidad del hombre en general, capaz de vivir solo dentro de unos límites estrictos de frío y calor; y, a partir de ahí, tampoco lo llevaba al campo especulativo de la inmortalidad y el lugar que el hombre ocupa en el universo. A 45 °C bajo cero la mordedura del frío podía hacer mucho daño y había que protegerse de ella usando manoplas, orejeras, mocasines abrigosos y calcetines gruesos. Para él, 45° bajo cero eran exactamente 45° bajo cero. Nunca se le ocurrió pensar que pudiesen significar algo más.

Al girarse para continuar escupió con la intención de comprobar qué ocurría. Se oyó un chasquido nítido, como una explosión, que lo sobresaltó. Volvió a escupir. Y de nuevo la saliva restalló en el aire, antes de caer sobre la nieve. Sabía que a 45° bajo cero la saliva crujía sobre la nieve, pero la suya había restallado en el aire. Sin duda, el frío superaba los 45° bajo cero, aunque cuánto más, eso ya no lo sabía. Pero la temperatura no importaba. Se dirigía a la concesión situada en el horcajo izquierdo del arroyo Henderson, donde ya estaban sus compañeros. Ellos habían llegado cruzando la divisoria desde el territorio del arroyo Indian, mientras él daba un rodeo para comprobar si existía la posibilidad de transportar troncos en primavera desde las islas del Yukón. Llegaría al campamento alrededor de las seis; poco después de anochecer, cierto, pero sus compañeros ya estarían allí con la hoguera encendida y la cena caliente. En cuanto al almuerzo, apretó la mano contra el bulto que sobresalía bajo su parka. Lo llevaba debajo de la camisa, envuelto en un pañuelo y pegado a la piel. Era la única forma de evitar que los panecillos se congelaran. Sonrió encantado al pensar en los panecillos, cada uno abierto a la mitad y empapado en grasa de beicon, y cada uno guardando en su interior una generosa loncha de beicon frito.

Se internó entre las píceas. El camino no se percibía bien. Habían caído treinta centímetros de nieve desde que el último trineo pasara por allí y se alegró de no llevar él uno, de viajar ligero. De hecho, solo llevaba el almuerzo envuelto en el pañuelo. Sin embargo, el frío lo sorprendió. Mientras se frotaba la nariz y las mejillas entumecidas con la mano enguantada pensó que hacía un frío tremendo. Usaba bigote y barba para conservar el calor, pero el pelo

del rostro no protegía los pómulos salientes y la prominente nariz que hendía el aire gélido con agresividad.

Pisando los talones del hombre trotaba un perro, un husky grande, esa raza nativa, el verdadero perro lobo de pelaje gris y sin diferencias visibles o de carácter que lo alejasen de su hermano, el lobo salvaje. Aquel frío tan intenso debilitaba al animal. Sabía que no era momento de viajar. Su instinto le contaba una historia más cierta que la que le refería al hombre su juicio. En realidad, la temperatura no solo había bajado de los 45° bajo cero, sino que bajaba de 50 y de 55. Había 60 °C bajo cero, muchos grados por debajo del punto de congelación. El peno no sabía de termómetros. Es probable que su cerebro no fuese claramente consciente de la situación de frío extremo que se daba, como sí lo era el cerebro del hombre. Pero el animal tenía instinto. Experimentaba una aprensión indefinida y amenazante que lo doblegaba y lo llevaba a seguir al hombre con aire furtivo, y que lo empujaba a cuestionar, impaciente, cualquier movimiento inusitado del hombre, como si esperara que montase el campamento o buscase refugio en algún sitio y encendiese una hoguera. El perro sabía lo que era el fuego y quería tumbarse junto a una hoguera o, de lo contrario, excavar un agujero en la nieve y acurrucarse bajo ella para aprovechar su calor y protegerse del aire gélido.

El vaho congelado de su respiración se había depositado sobre el pelaje, formando una fina capa de escarcha, aunque las zonas que más blanqueaba su aliento cristalizado eran las quijadas, el hocico y las pestañas. La barba pelirroja y el bigote del hombre también se habían congelado, si bien más sólidamente, y lo que los cubría era una capa de hielo que aumentaba de grosor cada vez que exhalaba su aliento cálido y húmedo. Además, el hombre mascaba tabaco y la mordaza de hielo aferraba sus labios con tanta fuerza que no era capaz de escupir la saliva sobrante más allá de su barbilla. Por eso una barba cristalina, del color y la solidez del ámbar, crecía sin descanso sobre el mentón. Si el hombre se cayese, esa barba se haría añicos como el cristal, se rompería en delicados fragmentos. Pero a él no le preocupaba el apéndice. Era el castigo que sufrían en aquel territorio todos los que mascaban tabaco y él ya había estado antes a la intemperie durante dos olas de frío. No había hecho tanto frío como ahora, pero según el termómetro de alcohol de Sixty Mile una había llegado a 45 °C bajo cero y la otra a -48°.

Continuó cruzando el tramo recto de bosque que se extendía varios kilómetros, atravesó una amplia llanura de matas de hierba y descendió la orilla de un pequeño arroyo hasta alcanzar el lecho congelado. Era el arroyo Henderson y supo que se encontraba a dieciséis kilómetros del lugar en el que

se bifurcaba. Miró el reloj. Eran las diez. Avanzaba a un ritmo de algo más de seis kilómetros por hora y calculó que podría llegar a la bifurcación a las doce y media. Decidió celebrarlo almorzando allí.

El peno volvió a pisarle los talones, con el rabo entre las patas en señal de desaliento, mientras el hombre seguía el cauce del arroyo. El surco del viejo camino para trineos resultaba claramente visible, pero unos treinta centímetros de nieve cubrían las marcas dejadas por los últimos patines. En el plazo de un mes ningún hombre había subido o bajado el cauce de aquel arroyo silencioso. El hombre avanzaba con paso firme. No era muy dado a pensar y además en aquel momento no tenía nada en qué pensar, excepto que almorzaría en la bifurcación del arroyo y a las seis estaría en el campamento con sus compañeros. No tenía con quien hablar y, aunque lo hubiese tenido, le habría resultado imposible debido al hielo que le amordazaba la boca. Así que continuó con su rutina de mascar tabaco e incrementar la longitud de su barba ambarina.

De vez en cuando lo asaltaba la idea de que hacía mucho frío y él nunca había experimentado un frío tan intenso. Mientras caminaba se frotaba los pómulos y la nariz con el dorso de la mano enguantada. Lo hacía de forma automática y de vez en cuando cambiaba de mano. Pero por más que frotaba, en cuanto paraba se le entumecían los pómulos y, de inmediato, también la punta de la nariz. Estaba seguro de que se le congelarían las mejillas; lo sabía y se arrepintió de no haber elaborado un protector nasal como el que usaba Bud durante las olas de frío. Además, las tiras pasaban por encima de las mejillas y también las protegían. Pero tampoco importaba demasiado. ¿Qué pasaba si se congelaban las mejillas? Que dolía un poco, nada más. No era grave.

Aunque llevaba la cabeza vacía de pensamientos, observaba atentamente y se fijaba en los cambios que el arroyo iba experimentando, en las curvas, los giros y las barreras que formaba la madera de deriva, y siempre miraba con atención dónde ponía los pies. En un momento dado, al tomar una curva, se asustó de repente, como un caballo que se espanta, se alejó trazando una curva del lugar por el que había caminado y desanduvo varios pasos. Sabía que el arroyo estaba congelado hasta el fondo —ningún arroyo podía contener agua en aquel invierno del ártico—, pero también sabía que había manantiales que salían borboteando de las laderas y coman bajo la nieve y sobre el hielo de los arroyos. Sabía que ni las olas de frío más intensas conseguían congelar esos manantiales y era consciente del peligro que representaban. Eran trampas. Ocultaban charcos de agua bajo la nieve, cuya profundidad podía

oscilar entre diez centímetros y un metro. A veces los cubría una capa de hielo de un centímetro de espesor que, a su vez, quedaba cubierta por la nieve. En ocasiones las capas de agua y hielo se alternaban, de manera que cuando se atravesaba una se atravesaban también todas las demás y era posible acabar mojado hasta la cintura.

Por eso se había asustado y dejado llevar por el pánico. Había sentido que algo cedía bajo sus pies y oído el crujido de una capa de hielo oculta bajo la nieve. Y mojarse los pies a semejante temperatura equivalía a tener problemas y correr peligro. Como poco, implicaba retrasarse porque se vería obligado a detenerse y encender una hoguera, y ya bajo su protección, tendría que descalzarse mientras secaba los calcetines y los mocasines. Observó con atención el lecho del arroyo y sus márgenes, y decidió que el agua fluía desde la derecha. Reflexionó durante un rato, mientras se frotaba la nariz y las mejillas, y luego se desvió hacia la izquierda, siempre pisando con mucho cuidado y comprobando la estabilidad de cada paso. Cuando sorteó el peligro se metió en la boca otra porción de tabaco de mascar y siguió avanzando a su ritmo de seis kilómetros por hora.

En el curso de las dos horas siguientes se encontró con varias trampas similares. Normalmente la nieve que cubría los charcos ocultos tenía una apariencia escarchada y hundida que advertía del peligro. Sin embargo, una vez más estuvo a punto de caer; y en otra ocasión, al sospechar el riesgo oculto, obligó al perro a ir delante. El perro no quiso. Dudó hasta que el hombre lo empujó y entonces cruzó veloz la superficie blanca, intacta. De repente la perforó, chapoteó hacia uno de los lados y salió a una zona de terreno más firme. Se había mojado las patas delanteras y, casi de inmediato, el agua que las envolvía se convirtió en hielo. El animal se esforzó por librarse del hielo a lametazos, luego se tumbó en la nieve y empezó a arrancarse a mordiscos el hielo que se había formado entre las almohadillas. Eso era puro instinto. Permitir que el hielo permaneciese ahí implicaría sufrir heridas. Eso el animal no lo sabía. Se limitaba a obedecer el misterioso impulso que surgía de lo más profundo de su ser. Pero el hombre sí lo sabía y, tras juzgar la situación, se quitó la manopla de la mano derecha y ayudó al animal a arrancar el hielo. No mantuvo los dedos al aire más de un minuto y se quedó impresionado por el veloz entumecimiento que sufrieron. Hacía un frío atroz. Se puso el guante precipitadamente y empezó a golpear la mano con fuerza contra el pecho.

A las doce el día alcanzó su momento más luminoso. Sin embargo, el sol se encontraba demasiado al sur en su viaje invernal para salvar el horizonte.

El abombamiento de la tierra se interponía entre él y el arroyo Henderson, donde el hombre caminaba bajo un cielo despejado a mediodía sin hacer sombra. Exactamente a las doce y media llegó al punto en el que se bifurcaba el arroyo. Se sentía satisfecho por el ritmo que había seguido. Si lo mantenía, sin duda a las seis estaría con sus compañeros. Se desabotonó la parka y la camisa y echó mano del almuerzo. No tardó más de un cuarto de minuto, pero en ese breve espacio de tiempo se le entumecieron los dedos. No se puso la manopla, sino que se golpeó los dedos intensamente contra la pierna. Luego se sentó a comer en un tronco cubierto de nieve. El dolor posterior a los golpes en los dedos desapareció tan rápidamente que se asustó. No le había dado tiempo a morder el panecillo. Volvió a sacudirse los dedos con fuerza, se puso el guante y desnudó la otra mano con la intención de almorzar. Intentó dar un bocado, pero la mordaza de hielo se lo impidió. Se había olvidado de encender una hoguera para derretirla. Se rió de su imprudencia y, mientras se reía, percibió el avance del entumecimiento en los dedos expuestos al frío. También notó que el dolor que había sentido en los dedos de los pies al sentarse ya empezaba a desaparecer. Se preguntó si sería porque los dedos estaban calientes o entumecidos. Los movió en el interior de los mocasines y decidió que se le habían entumecido.

Se puso el guante a toda prisa y se levantó. Se sentía un tanto asustado. Dio patadas en el suelo con fuerza hasta que los pies volvieron a dolerle. Pensó que hacía un frío terrible. El hombre del arroyo Sulphur había dicho la verdad cuando habló de lo mucho que bajaba a veces el termómetro en aquella región. ¡Y él se había reído! Eso demostraba que no era bueno dar nada por sentado. Sin duda helaba mucho más de lo normal. Caminó de un lado a otro, pisando con fuerza y moviendo los brazos, hasta que recuperó el calor y se sintió más tranquilo. Entonces sacó las cerillas y se dispuso a preparar una hoguera. Buscó la leña entre la maleza, donde la crecida de la primavera anterior había depositado una buena provisión de ramitas curadas. Trabajando con cuidado y poco a poco, no tardó en disfrutar de un fuego vivo, gracias al que derritió el hielo del rostro y a cuyo amparo se comió los panecillos. De momento había burlado el frío del espacio. El perro disfrutó de la hoguera tumbándose lo bastante cerca como para calentarse y lo bastante lejos como para evitar quemarse.

Cuando terminó, el hombre llenó la pipa y dedicó un rato a fumar tranquilo. Luego se puso las manoplas, se ajustó bien las orejeras del gorro y continuó avanzando por el horcajo izquierdo del arroyo. El perro se sintió decepcionado y anheló poder regresar junto a la hoguera. Aquel hombre no

sabía lo que era el frío. Posiblemente ninguna de sus generaciones de antepasados había tenido contacto con el frío, el frío auténtico, el frío de muchos grados por debajo del punto de congelación. Pero el perro sí, al igual que sus antepasados, de quienes había heredado ese conocimiento. Sabía que no era bueno caminar a campo abierto cuando helaba de esa forma. Entonces había que acurrucarse en un agujero en la nieve y aguardar a que una cortina de nubes se interpusiera para protegerlo del espacio exterior, de donde procedía ese frío. Por otro lado, no existía verdadera intimidad entre el perro y el hombre. Uno era esclavo del otro y las únicas caricias que había recibido eran las del látigo y las de los rugidos ásperos y conminatorios que advertían de los latigazos. Por eso el perro no hizo esfuerzo alguno por comunicar al hombre su aprensión. No le preocupaba el bienestar del hombre; si deseaba volver junto a la hoguera era por su propio bien. Pero el hombre silbó y le habló con el sonido de los latigazos, y el peno se dio la vuelta para pegarse a los talones del hombre y avanzar tras él.

El hombre cogió una porción de tabaco y procedió a crear una nueva barba. Además, su aliento húmedo enseguida salpicó de blanco el bigote, las cejas y las pestañas. En el horcajo izquierdo del Henderson no parecía haber demasiados manantiales y durante media hora el hombre no vio señales de ninguno. Entonces ocurrió. En un punto donde no había indicios, donde la nieve virgen y blanda parecía anunciar un fondo sólido, el hombre perforó el hielo. No era un charco profundo. Antes de poder salir de nuevo a la capa firme se mojó hasta la pantorrilla.

Se enfadó y maldijo su suerte en voz alta. Tenía la esperanza de encontrarse a las seis en el campamento con sus compañeros y aquello lo iba a retrasar una hora, porque tendría que encender una hoguera y secar el calzado empapado. A aquella temperatura tan baja, resultaba imprescindible, eso sí lo sabía; se volvió hacia el terraplén de la orilla y lo ascendió. Arriba, entre la maleza que rodeaba los troncos de varias píceas pequeñas, había una provisión de madera seca depositada por la crecida del río: en su mayoría eran ramitas o palos pequeños, pero también trozos más grandes de ramas curadas y hierbas desecadas del año anterior. Dispuso varios pedazos grandes sobre la nieve. Eso serviría de base y evitaría que la llama nueva se ahogase en la nieve que, de otro modo, acabaría por derretirse. Encendió la llama raspando una cerilla sobre un trozo pequeño de corteza de abedul que sacó del bolsillo. Ardía más fácilmente que el papel. La situó sobre la base y la alimentó con briznas de hierba seca y con las ramitas más diminutas.

Trabajaba despacio y con mucho cuidado, plenamente consciente del peligro que corría. Poco a poco, a medida que la intensidad de la llama aumentaba, fue incrementando el tamaño de las ramitas con que la alimentaba. Se acuclilló sobre la nieve para desenredar las ramas atrapadas entre la maleza y añadirlas directamente a la llama. Sabía que no podía cometer fallo alguno. A 60 °C bajo cero, quien tiene los pies mojados no puede fracasar al primer intento de encender una hoguera. Si los tiene secos y fracasa, puede correr durante un kilómetro y restablecer la circulación. Pero resulta imposible restablecer de esa forma la circulación de unos pies mojados y a punto de congelarse cuando el termómetro marca 60 °C bajo cero. Por mucho que corra, los pies mojados se congelaran igual o más.

El hombre sabía todo eso. El veterano del arroyo Sulphur se lo había contado el otoño anterior y ahora él se sentía agradecido por sus consejos. Ya había perdido toda sensibilidad en los pies. Para encender la hoguera se había visto obligado a quitarse las manoplas y los dedos enseguida se le entumecieron. Su ritmo de seis kilómetros a la hora conseguía que el corazón enviase sangre a la superficie de su cuerpo y a todas sus extremidades. Pero en cuanto se detuvo, cesó también la acción de bombeo. El frío procedente del espacio exterior golpeaba aquel extremo desprotegido del planeta y él, al encontrarse en ese extremo desprotegido, recibía el golpe en toda su potencia. La sangre de su cuerpo retrocedía espantada. La sangre estaba viva, como el perro, y al igual que el perro quería ocultarse y protegerse de aquel frío atroz. Mientras caminase a un ritmo de seis kilómetros por hora, lograba bombear, a la fuerza, la sangre a la superficie; pero ahora esta retrocedía y se arrellanaba en todos los rincones del cuerpo. Las extremidades eran las primeras en sentir su ausencia. Los pies mojados se congelaban más rápido y los dedos desnudos se entumecían antes, aunque no habían empezado a congelarse. Nariz y mejillas ya estaban en pleno proceso, mientras la piel de todo el cuerpo se enfriaba al verse privada del flujo sanguíneo.

Pero estaba a salvo. La helada se limitaría a rozar dedos, nariz y mejillas, porque la hoguera empezaba a arder con fuerza. La alimentaba con ramitas del largo de sus dedos. Enseguida podría añadirle ramas del largo de su muñeca y entonces se quitaría el calzado mojado y, mientras se secaba, mantendría los pies calientes junto al fuego, al principio frotándoselos con nieve. La hoguera tiraba bien. Estaba a salvo. Recordó el consejo del veterano del arroyo Sulphur y sonrió. Aquel hombre se había puesto muy serio al establecer la ley según la cual ningún hombre debía viajar solo por el Klondike a 45 °C bajo cero. Pues allí estaba él: había sufrido un accidente,

estaba solo y se había salvado. Pensó que algunos de esos veteranos parecían mujeres. Bastaba con mantener la calma y todo iría bien. Un hombre de verdad podía viajar solo. Aunque le sorprendía la rapidez con que se le congelaban nariz y mejillas. Tampoco hubiese imaginado que los dedos quedarían inertes en tan breve espacio de tiempo. E inertes estaban, porque apenas conseguía moverlos para agarrar las ramitas y parecían ajenos a su cuerpo y a él. Cada vez que tocaba una rama tenía que mirar para asegurarse de que la había cogido. Casi no existía conexión entre él y las yemas de sus dedos.

Poco importaba todo eso. Tenía la hoguera, que restallaba, crepitaba y prometía vida con cada una de sus llamas danzantes. Empezó a desatarse los mocasines. Estaban cubiertos de hielo. Los gruesos calcetines de lana eran como fundas de hierro que le llegaban hasta la pantorrilla y los cordones de los mocasines parecían barras de acero retorcidas y enredadas tras sufrir un gran incendio. Durante un momento tiró de ellos con sus dedos agarrotados y luego, al comprender que era una tontería, sacó el cuchillo de monte.

Aunque no le dio tiempo a cortarlos. Lo que ocurrió fue culpa suya porque cometió un error. No tenía que haber encendido la hoguera bajo la pícea, sino en campo abierto. Pero le había resultado más sencillo sacar las ramitas de entre la maleza y dejarlas caer directamente al fuego. El árbol bajo el que lo había hecho tenía las ramas cargadas de nieve. Hacía semanas que no soplaba el viento y el peso que soportaban era enorme. Cada vez que sacaba una ramita transmitía una leve agitación al árbol: inapreciable en lo que a él respectaba, pero suficiente para provocar el desastre. En lo alto de la pícea una rama volcó su carga de nieve. Cayó sobre las de abajo y las hizo volcar a su vez. El proceso continuó hasta afectar a todo el árbol. Creció como un alud y cayó sin avisar sobre el hombre y la hoguera, y ¡la hoguera quedó enterrada! Donde antes ardía, ahora había un manto de nieve fresca y desigual.

El hombre se quedó atónito. Le pareció que acababa de oír su propia sentencia de muerte. Se sentó y durante un minuto se quedó mirando el lugar donde había estado la hoguera. Entonces recuperó la calma. Quizás el veterano del arroyo Sulphur tenía razón. Si hubiese contado con un compañero de viaje, no correría peligro alguno. Su compañero se ocuparía de encender la hoguera. Pues iba a tener que encenderla él por segunda vez y no podía fallar. Aunque lo lograse, seguramente perdería algunos dedos de los pies. Debían de estar ya congelados y aún tardaría un rato en conseguir que ardiese el fuego.

Esas eran sus reflexiones, pero no se quedó sentado a pensar. No dejó de trabajar mientras le pasaban por la cabeza. Preparó una nueva base para la hoguera, en esta ocasión a cielo abierto, donde ningún árbol traicionero pudiese apagarla. A continuación, recogió hierba seca y ramitas diminutas de entre los restos depositados por la crecida del río. No era capaz de juntar los dedos para arrancarlas, pero sí podía cogerlas a puñados. Aunque así se llevaba también una buena cantidad de ramas podridas y pedazos de musgo verde que podían perjudicarle, pero no tenía otra opción. Trabajó metódicamente e incluso reunió una brazada de ramas grandes a fin de usarlas cuando el fuego ardiese con más fuerza. Durante todo ese tiempo, el perro permaneció sentado, observándolo con cierta tristeza anhelante en la mirada, porque lo consideraba el proveedor del fuego y el fuego tardaba en llegar.

Cuando lo tuvo todo listo, metió la mano en el bolsillo en busca de un segundo trozo de corteza de abedul. Sabía que lo tenía y, aunque no lo sentía con los dedos, oía sus nítidos crujidos mientras rebuscaba. Por más que lo intentó, no pudo agarrarlo. Durante todo ese tiempo, no dejó de pensar que sus pies seguían congelándose. Debido a esa idea estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico, pero se enfrentó a él y conservó la calma. Se ayudó de los dientes para ponerse las manoplas y sacudió los brazos hacia delante y hacia atrás, además de golpear las manos con todas sus fuerzas contra sus costados. Primero lo hizo sentado y después se puso de pie para continuar; y durante todo ese tiempo el perro permaneció sentado en la nieve, con el rabo de pelaje denso propio de los lobos envolviendo y dando calor a sus patas delanteras, y las puntiagudas orejas levantadas y atentas mientras estudiaba al hombre. El hombre continuó sacudiendo brazos y manos, y sintió una oleada de envidia al observar a esa criatura que conservaba el calor y se mantenía a salvo gracias a su abrigo natural.

Al cabo de un rato fue consciente de que sus dedos golpeados empezaban a sentir algo, muy poco. El leve hormigueo fue creciendo hasta convertirse en un dolor punzante, insoportable, que el hombre recibió con satisfacción. Se quitó la manopla de la mano derecha y sacó la corteza de abedul. Enseguida empezó a notar que los dedos se le agarrotaban otra vez. A continuación, extrajo el manojo de cerillas. Pero aquel frío atroz había vuelto a inutilizar sus dedos. En su intento por separar una cerilla del resto, dejó caer el manojo entero sobre la nieve. Quiso recogerlo, pero no pudo. Tenía los dedos tan rígidos que ni agarraban ni sujetaban. Puso toda su atención en lo que hacía. Se obligó a dejar de pensar en las mejillas, nariz y pies congelados y se dedicó en cuerpo y alma a las cerillas. Sustituyó el sentido del tacto por el de

la vista y, cuando vio que había situado los dedos a cada lado del manojo, los cerró; es decir, quiso cerrarlos, pero la conexión con su cerebro ya no funcionaba y los dedos no le obedecieron. Metió la mano derecha en la manopla y la golpeó con fuerza contra la rodilla. Luego, con ambas manos enguantadas, recogió el manojo de cerillas y lo depositó sobre su regazo, acompañado de un buen puñado de nieve. Aunque eso no mejoró sus circunstancias.

Tras varios intentos consiguió sujetar el manojo entre los pulpejos de las manos enguantadas y de esa forma lo acercó a la boca. El hielo crujió y se rompió cuando la abrió tras realizar un enorme esfuerzo. Retrajo la mandíbula inferior, echó hacia atrás el labio de arriba y rozó el manojo con los dientes superiores para separar una cerilla del resto. Consiguió atrapar una y la depositó sobre el regazo. No le servía de nada. No podía recogerla. Entonces concibió un plan: la sujetó con los dientes y la raspó sobre la pierna. La raspó veinte veces antes de lograr que encendiera y entonces la acercó, aún entre los dientes, a la corteza. Pero el humo del azufre al arder se le metió en la nariz y los pulmones y lo hizo toser. La cerilla cayó sobre la nieve y se apagó.

Durante un instante de desesperación controlada pensó que el veterano del arroyo Sulphur tenía razón: A partir de 45° C bajo cero era necesario viajar con alguien. Se golpeó las manos, pero no recuperó la sensibilidad. Entonces se quitó las manoplas con los dientes y atrapó el manojo entero entre los pulpejos de las manos. Los músculos de los brazos no estaban congelados y le permitían apretar los pulpejos sobre las cerillas. Luego raspó el manojo contra la pierna. ¡Setenta cerillas se encendieron a la vez! Ladeó la cabeza para librarse de la humareda asfixiante y acercó el manojo en llamas a la corteza. Entonces fue consciente de que sentía algo en la mano. Se estaba quemando. Olía a carne quemada y, además, le dolía, aunque no en la superficie, sino por debajo de la piel. La sensación se convirtió en un dolor cada vez más intenso. Pero aguantó y, aunque torpemente, acercó la llama de las cerillas a una corteza que tardaba en prender porque sus propias manos chamuscadas suponían un obstáculo, al absorber la mayor parte del fuego.

Por fin, cuando ya no pudo soportarlo más, apartó las manos. Las cerillas crepitaron al apagarse sobre la nieve, pero la corteza había prendido. Empezó a añadir hierba seca y las ramas más diminutas al fuego. No podía escogerlas porque debía usar los pulpejos de las manos para incorporarlas. De las ramitas colgaban restos de madera podrida y de musgo verde, que intentó arrancar con los dientes. Protegía la llama con gran cuidado y mucha torpeza. Representaba la vida para él y no debía apagarse. La ausencia de flujo

sanguíneo en la superficie de su cuerpo lo llevó a tiritar y a manejarse de una forma aún más desmañada. Un pedazo grande de musgo cayó directamente sobre el fuego. Intentó sacarlo con los dedos, pero no pudo controlar los temblores de su cuerpo, removió demasiado el fuego y alteró el núcleo de la pequeña hoguera al separar y dispersar las ramitas y la hierba que ya ardía. Intentó volver a juntarlas, pero, a pesar de la tensión del esfuerzo realizado, los temblores pudieron más que él y acabó por esparcir aún más las ramas. Cada una liberó una nube de humo y se apagó. El proveedor del fuego había fracasado. Mientras miraba con indiferencia a su alrededor, sus ojos tropezaron con el perro, sentado sobre la nieve, al otro lado de los restos de la hoguera, realizando movimientos inquietos, como si presintiese algo, levantando levemente y por turnos las patas delanteras, cambiando el peso de una a la otra, ávido e impaciente.

La imagen del perro le dio una idea descabellada. Recordaba la historia de un hombre atrapado en plena ventisca, que mató un buey y se salvó al meterse entre sus tripas. Mataría al perro e introduciría las manos en el calor de su cuerpo hasta desentumecerlas. Luego podría encender otra hoguera. Llamó al perro, le habló, pero a su voz asomaba un extraño deje de temor que asustó al animal, ya que nunca antes había oído al hombre hablar de esa forma. Algo ocurría y su naturaleza recelosa presintió el peligro: no sabía qué clase de peligro era, pero, de alguna forma, en algún lugar de su cerebro surgió la desconfianza hacia el hombre. Agachó las orejas al oír su voz y los movimientos inquietos, la actividad de las patas delanteras, se volvieron más pronunciados, pero no se acercó al hombre, que se puso a cuatro patas y se arrastró en dirección al perro. Aquella postura tan inusual volvió a despertar sus sospechas y el bicho se alejó despacio, andando de lado.

El hombre se sentó sobre la nieve y luchó por mantener la calma. Luego se puso las manoplas con los dientes y se levantó. Miró hacia abajo para asegurarse de que se mantenía en pie, porque la ausencia de sensibilidad en las extremidades inferiores lo aislaba del suelo. Precisamente aquella postura erguida hizo que el perro empezara a dejar a un lado las sospechas y, cuando el hombre le habló en tono autoritario, con la aspereza de los latigazos en la voz, el perro le demostró la lealtad debida y se acercó a él. Al verlo a su alcance, el hombre perdió el control. Lanzó los brazos en dirección al bicho y se quedó verdaderamente sorprendido cuando descubrió que sus manos no podían sujetar y los dedos estaban rígidos y sin sensibilidad alguna. Durante un instante había olvidado que ya estaban congelados y que cada vez se congelaban más. Todo ocurrió tan rápidamente que, antes de que el animal

pudiese huir, él había logrado rodearle el cuerpo con los brazos. Se sentó en la nieve y así sujetó al perro con fuerza, mientras el animal gruñía, aullaba y luchaba por liberarse.

Aunque no podía hacer más que eso: abrazarlo y retenerlo. Comprendió que no sería capaz de matarlo. No tenía forma de hacerlo. Sus manos impotentes no le permitirían desenfundar o sujetar el cuchillo, y tampoco estrangular al animal. Lo soltó y el perro salió disparado, con el rabo entre las patas y sin dejar de gruñir. Se detuvo a unos quince metros de distancia y lo observó curioso, con las orejas levantadas y atentas. El hombre bajó la vista hacia las manos a fin de ubicarlas y las encontró en los extremos de los brazos. Le pareció curioso tener que usar los ojos para saber dónde estaban las manos. Empezó a sacudir los brazos y a golpear las manos enguantadas contra los costados. Continuó haciéndolo durante cinco minutos, con todas sus fuerzas, y el corazón bombeó suficiente cantidad de sangre a la superficie como para que dejase de tiritar. Pero seguía sin sensibilidad en las manos. Tuvo la impresión de que colgaban como pesos muertos en los extremos de los brazos, pero cuando intentó localizar dicha impresión, ya no la encontró.

Lo asaltó una especie de miedo a la muerte, sombrío y agobiante, que enseguida se agudizó al comprender que ya no se trataba simplemente de que se le congelasen los dedos de las manos y los pies, o de perder las manos y los pies, sino que era cuestión de vida o muerte y las probabilidades estaban en su contra. Fue presa del pánico, se dio la vuelta y echó a correr siguiendo la vieja senda que transcurría sobre el lecho del arroyo. El perro fue tras él y se mantuvo a su ritmo. Corría sin pensar, sin propósito alguno, dominado por un miedo que nunca antes había sentido. Poco a poco, mientras avanzaba como podía entre la nieve, empezó a recuperar la visión de las cosas: las orillas del arroyo, los montones de madera, los álamos sin hojas y el cielo. Correr le hizo sentirse mejor. Ya no tiritaba. Tal vez, si continuaba corriendo, se le descongelarían los pies y, en cualquier caso, si corría lo bastante llegaría al campamento y vería a sus compañeros. Desde luego que iba a perder varios dedos de los pies y de las manos, y parte del rostro; pero los muchachos se ocuparían de él y salvarían el resto de su cuerpo en cuanto llegase. Mientras así pensaba, otra idea se abría camino en su cabeza y le decía que nunca llegaría al campamento ni a reunirse con sus compañeros; que se encontraba demasiado lejos, que el proceso de congelación había avanzado en exceso y que pronto estaría tieso y muerto. Mantuvo esa idea en un rincón de su mente y se negó a tenerla en cuenta. En ocasiones intentaba salir a la superficie y

exigía que la escucharan, pero él la obligaba a retroceder y se esforzaba por pensar en otra cosa.

Le llamó la atención poder correr con unos pies tan congelados que no sentía cuando pisaban la tierra y soportaban el peso de su cuerpo. Le parecía que avanzaba a ras de la superficie, casi sin rozarla, y que no tenía contacto con el suelo. En algún sitio había visto un Mercurio alado y se preguntó si aquel dios se sentiría como él al volar rozando la tierra.

La idea de correr hasta alcanzar el campamento y reunirse con sus compañeros tenía un defecto: no aguantaría. Tropezó varias veces y llegó un momento en que se tambaleó, se rindió y cayó al suelo. Cuando intentó levantarse, no lo logró. Decidió que sería mejor sentarse un rato a descansar y que después se limitaría a caminar, en lugar de correr. Mientras recobraba el aliento, allí sentado, notó que había entrado en calor y se sentía a gusto. No tiritaba e incluso le parecía que una sensación de bienestar y calidez invadía su pecho y el torso entero. Sin embargo, al tocarse la nariz o las mejillas, no sentía nada. No se iban a descongelar por más que corriera, como tampoco se descongelarían las manos y los pies. Entonces pensó que la congelación acabaría extendiéndose por todo su cuerpo. Intentó rechazar la idea, olvidarla, pensar en otra cosa: era consciente del pánico que provocaba en él y eso le daba miedo. Sin embargo, la idea se impuso y perseveró hasta provocarle una visión de su cuerpo totalmente congelado. Aquello lo superó y de nuevo echó a correr siguiendo el camino. En un momento dado ralentizó la marcha y continuó andando, pero la idea de que la congelación se extendía por su cuerpo lo empujó a correr otra vez.

El perro nunca dejó de seguirlo, pegado a sus talones. Cuando se cayó una segunda vez, enroscó el rabo sobre las patas delanteras y se sentó frente a él, observándolo concentrado, curioso, impaciente. El hombre se enfadó al ver que el animal conservaba el calor y no corría peligro, por lo que lo maldijo hasta que el bicho agachó las orejas a fin de apaciguarlo. Esta vez empezó a tiritar antes. Estaba perdiendo la batalla contra el frío, que se introducía poco a poco en su cuerpo desde todos los flancos. Esa idea lo empujó a continuar, aunque no logró correr más de treinta metros antes de tambalearse y caer de bruces. Fue su último momento de pánico. Tras recuperar el aliento y la calma, se sentó y sopesó el concepto de enfrentarse a la muerte con dignidad. Aunque la noción no se le presentó en esos términos. Lo que pensó fue que había estado haciendo el ridículo, corriendo por ahí como un pollo sin cabeza: ese fue el símil que se le ocurrió. Se iba a congelar de todos modos y más le valdría comportarse con dignidad. Junto con aquella tranquilidad de espíritu

recién adquirida llegaron las primeras muestras de somnolencia. Pensó que sería buena idea morir mientras dormía. Anestesiado. Morir congelado no era tan terrible; había muchas formas peores de morir.

Imaginó a sus compañeros en el momento de hallar su cadáver al día siguiente. De repente se encontró entre ellos mientras recorrían el camino en su busca. Y así, junto a ellos, tomó una curva y se tropezó consigo mismo acostado en la nieve. Ya no tenía nada que ver con su cuerpo, lo había abandonado y se hallaba entre sus compañeros, mirándose a sí mismo, allí tumbado. Pensó que hacía un frío terrible y que cuando regresara a Estados Unidos les contaría a todos lo que era pasar frío de verdad. Eso lo llevó a recordar al veterano del arroyo Sulphur. Lo veía con claridad, cómodo, abrigado y fumándose una pipa.

—Tenías razón, viejo amigo. Tenías razón —murmuró el hombre a la imagen del veterano del arroyo Sulphur.

Luego se entregó a lo que le pareció el sueño más agradable y gratificante que había experimentado jamás. El perro siguió sentado frente a él, esperando. Un crepúsculo lento y prolongado marcó el final de aquel breve día. Nada indicaba que el hombre fuese a encender una hoguera y, además, el perro nunca había visto a nadie quedarse sentado de aquella forma en la nieve si no era al calor de la lumbre. Al ir cayendo la noche, su impaciente necesidad de fuego lo dominó, levantó y desplazó las patas delanteras más que otras veces y gimió suavemente, tras lo que agachó las orejas, anticipándose a la reprimenda del hombre. Pero este permaneció en silencio. Un poco más tarde, el perro gimió en voz más alta y, al rato, se acercó con sigilo hasta el hombre y percibió el olor a muerte. Se le erizó el pelaje y retrocedió. Se quedó allí unos minutos más, aullando a las estrellas que saltaban, bailaban y brillaban con fuerza en el cielo glacial. Luego se dio la vuelta y echó a correr hacia el campamento, donde se encontraban los otros proveedores de alimento y fuego.

[1907]



Navegar al oeste

> Hagas lo que hagas, ¡navega al oeste! ¡Navega al oeste!
>
> INSTRUCCIONES PARA NAVEGAR A VELA HACIA EL CABO DE HORNOS

La *Mary Rogers* se había movido durante siete semanas entre el paralelo 50° sur en el Atlántico y el paralelo 50° sur en el Pacífico, lo que significaba que llevaba siete semanas luchando para pasar el cabo de Hornos. Durante siete semanas se había visto en medio de la tormenta o a punto de sufrirla, excepto un día, al que siguieron seis excesivamente tempestuosos y que capeó al abrigo de la temible costa de Tierra del Fuego, donde estuvo a punto de embarrancar debido al fuerte oleaje producido en medio de la calma chicha que los rodeó de repente. Durante siete semanas había luchado contra las olas gigantescas del cabo de Hornos, que la zarandearon y rompieron violentamente sobre ella. Estaba hecha de madera y esa presión continuada había afectado a sus costuras, de manera que la guardia se turnaba para achicar dos veces al día.

La *Mary Rogers* estaba agotada, al igual que la tripulación y el gran Dan Cullen, su capitán. Quizás él fuese quien estuviera más cansado, porque suya era la responsabilidad de aquella lucha titánica. Casi siempre dormía vestido, aunque dormía muy poco. Por la noche rondaba la cubierta como un fantasma fornido, corpulento, enorme, de piel quemada tras treinta años navegando y tan peludo como un orangután. A su vez a él lo rondaba una idea sobre cómo actuar, una instrucción para pasar el cabo: «*Hagas lo que hagas, ¡navega al oeste! ¡Navega al oeste!*». Era una obsesión. No pensaba en nada más, excepto, a veces, en renegar de Dios por enviarles un tiempo tan malo.

¡Navega al oeste! Costeó el cabo y más de una decena de veces se puso en facha con el férreo promontorio marcando este cuarta al nordeste o nornordeste, a unas veinte millas náuticas de distancia. Y en cada ocasión el

eterno viento del oeste lo obligaba a retroceder y acababa navegando al este. Luchó contra una tormenta tras otra, hasta los 64° de latitud sur, adentrándose en la banquisa antártica, y ofreció su alma inmortal a las fuerzas del mal a cambio de poder navegar al oeste, a cambio de una racha de viento favorable que le ayudase a pasar. Pero continuaba navegando al este. Desesperado, había intentado pasar cruzando el estrecho de Le Maire y, a medio camino, el viento roló hacia el norte del noroeste, el barómetro cayó a 28.88 y él tuvo que virar y correr por delante de un vendaval de furia ciclónica, evitando por los pelos estrellar la *Mary Rogers* contra las rocas negras y dentadas. En dos ocasiones puso rumbo al oeste, hacia las islas Diego Ramírez y en una de ellas se salvó porque, entre dos borrascas de nieve vislumbró las tumbas de otros barcos a un cuarto de milla por delante de ellos. ¡Demonios! El capitán Dan Cullen citó como ejemplo sus treinta años de experiencia en el mar para demostrar que nunca antes había soplado el viento de aquella manera. En ese momento la *Mary Rogers* estaba en facha y, como para darle la razón a su capitán, en menos de media hora se había escorado hasta las escotillas y el viento se había llevado la gavia alta y la vela de capa, ambas nuevas, como si fueran pañuelos de papel, además de soltar y desaparejar de las vergas cinco velas que habían sido aferradas y afirmadas con jarcias dobles. Antes del amanecer la *Mary Rogers* escoró dos veces más y tuvieron que hacer agujeros en sus amuradas para aligerar el peso del mar en las cubiertas, que amenazaba con hundirla.

El capitán Dan Cullen veía fugazmente el sol una vez a la semana de media. En una ocasión el sol brilló a mediodía durante diez minutos y diez minutos después tenían encima una nueva tormenta, ambas guardias reducían velas y todo quedaba inmerso en la oscuridad de una borrasca de nieve incontenible. Otra vez estuvo quince días sin poder observar la altitud de los cuerpos celestes. Casi nunca sabía su posición con una precisión inferior a medio grado, excepto cuando avistaba tierra, porque el sol y las estrellas permanecían ocultos tras el cielo y era tal la oscuridad que, incluso en los mejores momentos, los horizontes no bastaban para realizar observaciones precisas. Una luz plomiza y gris envolvía el mundo como una mortaja. Las nubes eran grises; plúmbeas las gigantescas olas y cenicientas sus crestas; incluso los pocos albatros que se veían eran grisáceos, y los torbellinos de nieve no parecían blancos, sino grises, bajo el lúgubre manto del cielo.

La vida a bordo de la *Mary Rogers* también resultaba gris y sombría. Los rostros de los marineros, que padecían abrasiones y cortes sumamente dolorosos causados por el mar, tenían un tono azul grisáceo. Eran apenas

sombras de lo que habían sido. Durante siete semanas, en el castillo de proa o en cubierta, no habían sabido lo que era estar secos. Habían olvidado lo que era dormir durante un período de guardia entero y en todas las guardias se oía: «¡Todos a cubierta!». A ratos dormían un sueño angustiado y lo hacían sin quitarse los trajes de aguas, listos para la llamada constante. Estaban tan débiles y agotados que necesitaban dos guardias para hacer el trabajo de una, por eso casi siempre había dos guardias a la vez en cubierta. Además, ninguno de aquellos pobres hombres podía eludir su deber. Para librarse del trabajo era necesario, como mínimo, tener una pierna rota; y había dos en ese estado, vapuleados y hechos trizas pollas olas que rompían a bordo.

Quien también se encontraba en un estado pésimo era George Dorety, el único pasajero a bordo y amigo de los armadores, que había decidido realizar la travesía por motivos de salud. Sin embargo, siete semanas en el cabo de Hornos no habían logrado que mejorase. Jadeaba y boqueaba en su litera durante las noches largas, agitadas; y cuando permanecía en cubierta llevaba tanta ropa encima para entrar en calor que parecía un ropavejero ambulante. A mediodía, mientras almorzaba en la mesa de la cámara de oficiales, en medio de una oscuridad tal que las lámparas oscilantes siempre estaban encendidas, tenía ese color azulado del más enfermo y mareado de los hombres que van a proa. El capitán Cullen masticaba, fruncía el ceño y guardaba silencio. El gesto de enfado era para Dios y cada vez que masticaba reiteraba la única razón de su existencia: *navegar al oeste*. Era un animal enorme y peludo cuya visión no estimulaba el apetito del otro. Tenía a George Dorety por un Jonás y se lo decía una vez en cada comida, con lo que momentáneamente trasladaba el gesto de enfado de Dios al pasajero.

Tampoco el primer oficial de cubierta resultaba de gran ayuda contra un lánguido apetito. Se llamaba Joshua Higgins. Marino de profesión y vocación pero de aptitudes limitadas, era una criatura enfermiza y desgarbada, despiadada, egoísta y cobarde, sin alma, temerosa de Dan Cullen y tirana con los marineros, quienes sabían que tras el primer oficial se encontraba el capitán Cullen, legislador despótico, líder y destructor, encarnación de una decena de primeros oficiales autoritarios. En medio de aquel clima borrascoso del extremo sur del mundo, Joshua Higgins había dejado de lavarse. Su rostro mugriento solía privar a George Dorety del poco apetito que lograba reunir. En circunstancias normales aquel abandono higiénico habría llamado la atención del capitán Cullen y soltado su lengua, pero en ese momento en su cabeza solo cabía la idea de navegar al oeste, por lo que hacía caso omiso de todo lo que no contribuyera a dicho fin. Que el rostro del primer oficial

estuviese limpio o sucio no tenía relación con la posibilidad de navegar al oeste. Más adelante, cuando hubiesen alcanzado el paralelo 50° sur en el Pacífico, Joshua Higgins se lavaría la cara precipitadamente. Mientras, en la mesa del camarote, donde una penumbra plomiza se alternaba con la luz de las lámparas cuando las rellenaban de combustible, George Dorety se sentaba entre los dos hombres —un tigre y una hiena— y se preguntaba por qué motivo los habría hecho Dios. El segundo oficial de cubierta, Matthew Turner, era un marino y un hombre de verdad, pero George Dorety no disfrutaba del consuelo de su compañía, porque comía solo cuando ellos terminaban.

La mañana del sábado 24 de julio, George Dorety se despertó con una sensación de energía y movimiento precipitado. Al salir a cubierta comprobó que la *Mary Rogers* navegaba con un sudeste huracanado a popa. Solo habían largado la gavia inferior y el trinquete, no podía resistir más, y sin embargo iba a una velocidad de catorce nudos, según gritó el señor Turner al oído de Dorety en cuanto asomó a cubierta. Y navegaban hacia el oeste. Por fin iban a pasar el cabo de Hornos… si el viento se mantenía. E señor Turner parecía contento: tenía a la vista el final de la lucha. Pero el capitán Cullen no transmitía satisfacción y frunció el ceño cuando Dorety pasó a su lado. El capitán Cullen no quería que Dios supiese que estaba encantado con aquel viento. Tenía la idea de una divinidad maliciosa y en lo más secreto de su alma creía que, si el Todopoderoso supiera que aquel viento le convenía, lo eliminaría de inmediato para enviar un ventarrón del oeste. Por eso ante el Creador se comportaba con cautela y ocultaba su alegría frunciendo el ceño y maldiciendo; de esa forma engañaba a Dios, lo único que le daba miedo de todo el universo.

Durante el día y la noche del sábado la *Mary Rogers* se embaló al oeste. Constantemente registraba catorce nudos, de manera que el domingo por la mañana había recorrido trescientas cincuenta millas. Si el viento se mantenía, pasaría el cabo. Si flaqueaba y empezaba a soplar desde cualquier punto entre el sudoeste y el norte, la *Mary Rogers* sería rechazada y no quedaría en mejor situación que siete semanas antes. El domingo por la mañana el viento empezó a flaquear. Las grandes olas disminuían y el mar se iba calmando, hasta el punto de que ambas guardias salieron a cubierta para largar una vela tras otra en cuanto el barco podía resistirlas. Entonces el capitán Cullen se paseó descaradamente ante Dios mientras se fumaba un puro y sonreía exultante, como si estuviese encantado con la falta de brisa, aunque por dentro despotricaba contra Dios por arrebatarle la fuerza al bendito viento.

¡Navega al oeste! Eso pensaba hacer él, si Dios lo dejaba en paz. Volvió a ofrecerse en secreto a las fuerzas del mal a cambio de que le permitiesen navegar al oeste. Si le resultaba tan fácil ofrecer su alma era porque no creía en las fuerzas del mal: solo creía en Dios, aunque no lo supiese, y en su teología invertida, Dios en realidad era el príncipe del mal. En el fondo, el capitán Cullen adoraba al diablo, pero lo llamaba de otra forma.

A mediodía, tras dar las ocho campanadas, el capitán Cullen ordenó largar los sobrejuanetes. Hacía varias semanas que los hombres no subían a los mástiles a tal velocidad. No solo se sentían más ágiles porque navegaban al oeste, sino que además brillaba un sol muy saludable que aportaba flexibilidad a sus rígidos cuerpos. George Dorety permanecía a popa, cerca del capitán Cullen, envuelto en menos ropa de lo normal, empapándose del agradable calor mientras observaba la escena. Entonces se produjo el incidente. Desde la verga de sobrejuanete de proa se oyó gritar: «¡Hombre al agua!», alguien lanzó un salvavidas por la borda y al mismo tiempo sonó la voz enérgica e imperiosa del segundo oficial.

—¡Timón a sotavento!

El timonel no movió ni un solo dedo. No se atrevió porque tenía al capitán Cullen a su lado, aunque él quería obedecer la orden, quería maniobrar para acudir al rescate del compañero que se ahogaba. Miró al capitán Dan Cullen y el capitán no se inmutó.

—¡A sotavento! ¡Timón a sotavento! —rugió el segundo oficial mientras corría hacia popa.

Pero dejó de correr y de dar órdenes al ver a Dan Cullen junto al timón. Y Dan Cullen, el gigante, continuó fumando su puro, sin decir nada. El marinero se quedaba atrás a popa y lo hacía a gran velocidad. Había cogido el salvavidas y se aferraba a él. Nadie habló. Nadie se movió. Los hombres subidos a los mástiles se agarraban a los sobrejuanetes y miraban aterrorizados. La *Mary Rogers* siguió adelante, navegando al oeste. Transcurrió un minuto muy largo y silencioso.

—¿Quién era? —preguntó el capitán Cullen.

—*Lampazo*, señor —contestó de inmediato el timonel.

En ese momento, *Lampazo* llegó a la cresta de una ola y luego desapareció temporalmente en su seno. Era una ola grande, pero no gigantesca. En esas condiciones un bote podía manejarse sin problemas y la *Mary Rogers* detenerse. Lo que no podía era detenerse y, al mismo tiempo, navegar al oeste.

Por primera vez en su vida, George Dorety presenciaba el verdadero drama de la vida y la muerte, un drama miserable que había puesto en la balanza a un marinero desconocido, al que llamaban *Lampazo*, contra unas pocas millas de longitud. Al principio había mirado hacia atrás, al hombre que se alejaba, pero enseguida pasó a observar al gigantesco Dan Cullen, peludo y moreno, investido con el poder de dar la vida o la muerte, mientras se fumaba su puro.

El capitán continuó fumando durante otro minuto largo y silencioso. Después se quitó el puro de la boca, levantó la mirada hacia los palos de la *Mary Rogers* y luego la paseó, por encima del bordo, sobre el mar.

—¡Trimad los sobrejuanetes! —gritó.

Quince minutos después se sentaban a la mesa, con la comida ya servida ante ellos. A un lado de George Dorety se encontraba Dan Cullen, el tigre, y al otro Joshua Higgins, la hiena. Nadie hablaba. En cubierta, la tripulación trimaba los sobrejuanetes, los ajustaba para aprovechar al máximo las condiciones meteorológicas. George Dorety oía sus gritos mientras una imagen persistente lo perseguía: la de un hombre llamado *Lampazo* vivo y coleando, aferrado a un salvavidas a millas de distancia, en medio de aquel mar solitario. Miró al capitán Cullen y sintió una especie de náusea, porque aquel hombre comía con verdadero placer, casi engullía los alimentos.

—Capitán Cullen —dijo Dorety—, usted está al mando de esta nave y a mí no me corresponde opinar sobre sus actos, pero deseo decir una cosa: el más allá existe y en el suyo va a hacer mucho calor.

El capitán Cullen ni siquiera frunció el ceño y se percibía la tristeza en su voz cuando dijo:

—Soplaba un temporal formidable. Era imposible salvarlo.

—Se cayó desde la verga de sobrejuanete —alzó la voz Dorety—. En ese momento estaban largando los sobrejuanetes. Quince minutos después largaban los sosobres, que solo se largan con viento débil.

—Era un temporal formidable, ¿no está de acuerdo, señor Higgins? —preguntó el capitán Cullen, dirigiéndose al primer oficial.

—Si la hubiese puesto a la capa, habría quedado machacada —fue la respuesta del primer oficial—. Hizo lo correcto, capitán Cullen. Ese hombre no tenía la más mínima posibilidad.

George Dorety no respondió y nadie volvió a hablar hasta el final de la comida. A partir de entonces Dorety pidió que le sirvieran siempre en su camarote. El capitán Cullen dejó de mirarlo enfadado, aunque no intercambiaron ni una palabra más, mientras la *Mary Rogers* coma hacia el

norte en busca de latitudes más cálidas. Una semana después, Dan Cullen acorraló a Dorety en cubierta.

—¿Qué hará cuando llegué a San Francisco? —inquirió sin rodeos.

—Solicitaré, bajo juramento, una orden de arresto contra usted —respondió Dorety, muy tranquilo—. Lo acusaré de asesinato y me ocuparé de que acabe en la horca.

—Lo veo muy seguro de sí mismo —comentó con desprecio el capitán mientras se alejaba.

Transcurrió una semana más y un día por la mañana George Dorety se encontraba de pie en la escalera de la pequeña cámara de popa, en el extremo delantero de la toldilla larga, echando su primera ojeada a la cubierta. La *Mary Rogers* navegaba a todo trapo, impulsada por un fuerte viento que llenaba las velas, incluso los estayes. El capitán Cullen caminaba por la toldilla hacia proa. Se movía despreocupado y observaba de reojo al pasajero. Dorety miraba hacia el otro lado, con la cabeza y los hombros asomando por encima de la escalerilla, por lo que solo quedaba a la vista la parte de atrás de su cabeza. El capitán Cullen abarcó, con ojos de experto, el cuadernal del estay principal y la cabeza, y calculó la distancia. Miró a su alrededor: nadie lo observaba. A popa, Joshua Higgins, que paseaba de un lado a otro, acababa de darle la espalda y avanzaba en dirección contraria. El capitán Cullen se inclinó de repente, desamarró la escota del estay y el pesado cuadernal surcó el aire como un rayo, machacó la cabeza de Dorety como si fuera la cáscara de un huevo y continuó balanceándose veloz, hacia delante y hacia atrás, mientras el estay restallaba y gualdrapeaba. Joshua Higgins se giró para ver qué ocurría y recibió la peor parte de las blasfemias que soltó el capitán Cullen.

—Yo mismo hice firme esa escota —gimoteó el primer oficial, aprovechando una pausa de Cullen—. Con una vuelta de más para asegurarme. Lo recuerdo sin ninguna duda.

—¿Que la hizo firme? —gruñó el capitán ante el resto de la guardia, mientras intentaba agarrar la vela antes de que quedara hecha jirones—. Usted no podría hacer firme ni a su abuela, inútil del demonio. Si hizo firme esa escota con una vuelta de más, ¿por qué diablos se ha soltado? Eso me gustaría saber: ¿Por qué diablos se ha soltado?

El primer oficial gimoteó de forma ininteligible.

—¡Cállese ya! —fue lo último que dijo el capitán Cullen.

Media hora después se mostró tan sorprendido como los demás cuando el cuerpo de George Dorety apareció en el suelo, en el interior de la escalera

entre cubiertas. Por la tarde, solo en su camarote, amañó el diario de a bordo, en el que escribió:

> «El marinero Karl Brun cayó al agua desde la verga del sobrejuanete de proa en medio de una galerna. Navegábamos con el viento a popa y, para garantizar la seguridad de la nave, no me atreví a detenerla con el viento en contra. Además, ningún bote habría sobrevivido a semejante oleaje».

En otra página añadió:

> «A menudo advertí al señor Dorety del peligro que corría por su comportamiento negligente en cubierta. En una ocasión incluso le dije que acabaría consiguiendo que un cuadernal le arrancase la cabeza. La escota de un estay mal amarrada provocó el accidente, muy lamentado por todos, ya que apreciábamos mucho al señor Dorety».

El capitán Dan Cullen releyó su obra literaria con admiración, pasó el papel secante y cerró el diario. Encendió un puro y miró al frente. Sintió a la *Mary Rogers* ascender las olas, escorarse y seguir navegando como una flecha y supo que alcanzaba los nueve nudos. Una sonrisa de satisfacción se dibujó poco a poco en su rostro moreno y peludo. En cualquier caso, había navegado al oeste y engañado a Dios.

[1907]



Mancha

YA NO TENGO un buen concepto de Stephen Mackaye, aunque llegué a confiar ciegamente en ese hombre. Por entonces lo quería más que a mi propio hermano, pero ahora, si vuelvo a encontrarme con él, no seré responsable de mis actos. No entiendo que alguien con quien compartí comida y manta, y con quien recorrí el camino de Chilkoot, acabe portándose como lo hizo él. Siempre lo tuve por un tipo de fiar, por un compañero generoso, sin pizca de maldad o rencor. Nunca volveré a confiar en mi capacidad para juzgar a los hombres. Caramba, pero si lo cuidé cuando sufrió unas fiebres tifoideas, pasamos hambre juntos en la cabecera del Stewart y me salvó la vida en el Little Salmon. Y ahora, después de los muchos años que pasamos juntos, de Stephen Mackaye solo puedo decir que es el peor hombre que he conocido.

Salimos hacia el Klondike en la estampida de otoño de 1897 y nos pusimos en marcha demasiado tarde para cruzar el paso Chilkoot antes de que las aguas se congelasen. Trasladamos el equipo a cuestas parte del camino, cuando la nieve empezó a caer, y después tuvimos que comprar perros para completar el viaje en trineo. Así fue como nos hicimos con *Mancha*. El precio de los perros era elevado y pagamos ciento diez dólares por él. Parecía que los valía. Y digo parecía porque era uno de los perros con mejor aspecto que he visto en mi vida. Pesaba veintisiete kilos y aunaba todos los rasgos de un buen animal de trineo. Jamás conseguimos saber de qué raza era. No era husky, tampoco malamute, ni de la bahía de Hudson; se parecía a todos y no se parecía a ninguno; y por si eso fuera poco, también tenía algo de perro del hombre blanco, porque en un costado, en medio de la mezcla de marrón, amarillo, rojo y blanco sucio que era su color dominante, había una mancha negra como el carbón y grande como un cubo de agua. Por eso lo llamamos *Mancha*.

Tenía un aspecto estupendo. Cuando estaba preparado para partir se le marcaban los músculos por todo el cuerpo. Era el animal más fuerte, en apariencia, que he visto en Alaska, además del más inteligente. Bastaba mirarlo para pensar que era capaz de arrastrar más carga que tres perros de su

mismo peso juntos. Tal vez fuese así, pero yo nunca lo vi. Su inteligencia no funcionaba en ese sentido: era un experto en reunir alimentos, aunque fuese robándolos; tenía un instinto impresionante para adivinar cuándo era necesario trabajar y, en consecuencia, escaquearse; además de dominar el arte de perderse y no permanecer perdido. Pero cuando se trataba de trabajar, toda esa inteligencia lo abandonaba y se convertía en un inútil tembloroso que incluso daba pena.

En ocasiones pienso que no era estupidez. Tal vez, como algunos hombres que conozco, era demasiado listo para esforzarse. No me extrañaría que nos la hubiese pegado con su dichosa inteligencia. Puede que lo calculase bien y decidiera que era mucho mejor llevarse una zurra de vez en cuando y no trabajar que trabajar sin descanso y sin zurras. Era lo bastante inteligente como para llegar a semejante conclusión. Te lo digo yo, que varias veces permanecí sentado y mirando a ese perro a los ojos hasta que sentí escalofríos y se me pusieron los pelos de punta por la inteligencia que vi brillar en ellos. No sé cómo expresar esa inteligencia. Va más allá de las palabras. Pero yo la vi. En ocasiones, mirarlo a los ojos era como contemplar el alma humana; lo que veía me daba miedo y me hacía pensar en la reencarnación y asuntos similares. Te aseguro que presentí algo grande en los ojos de aquella bestia: había un mensaje en ellos, pero yo no tenía la capacidad de entenderlo. Fuera lo que fuese (y ya sé que me estoy poniendo en ridículo), a mí se me escapó su significado. No puedo siquiera insinuar lo que vi en los ojos de ese animal; no era luz, ni color; era algo que se movía, que retrocedía y se alejaba, aunque los ojos no se moviesen. Incluso creo que tampoco lo vi moverse, sino que solo percibí su movimiento. Era una expresión —sí, eso mismo—, que me impresionó. No; no se trababa solo de una simple expresión, era algo más. No sé qué era, pero me proporcionó una sensación de afinidad. Aunque no una afinidad afectiva, sino más bien de igualdad, una especie de semejanza. Esos ojos no imploraban como los del ciervo. Retaban. No, tampoco era un desafío; aceptaban, tranquilos, su igualdad. Y no creo que fuese algo deliberado por su parte, sino inconsciente. Estaba allí porque sí y por eso brillaba. No, brillar no es la palabra correcta. No brillaba, se movía. Ya sé que lo que digo parece una bobada, pero si hubieses mirado a los ojos de ese animal como lo hice yo, me comprenderías. Steve se vio tan afectado como yo. En una ocasión intenté matar a *Mancha* —no valía para nada—, pero no lo conseguí. Me interné con él entre la maleza y me siguió despacio, de mala gana. El bicho sabía lo que pasaba. Me detuve en un lugar adecuado, puse el pie sobre la cuerda con la que lo sujetaba y desenfundé mi Colt. El perro se

sentó y me miró. No imploraba, se limitaba a mirar. Y en sus ojos vi toda clase de cosas incomprensibles que se movían; sí, se movían. Aunque en realidad no las vi moverse; creí verlas moverse porque, como ya he dicho antes, me parece que me limité a percibirlas, a sentirlas. Confieso que la situación me superó. Era como matar a un hombre, a un hombre consciente y valiente que mira tu arma sin alterarse, como diciendo «¿quién tiene miedo?». Además, el mensaje parecía encontrarse tan cerca que en lugar de darme prisa en apretar el gatillo me detuve para ver si lograba captarlo. Allí estaba, frente a mí, asomando tenuemente a sus ojos. Entonces fue demasiado tarde. Tuve miedo. Empecé a temblar y sentí unos pálpitos nerviosos en el estómago que me produjeron náuseas. Me senté, miré al perro y él me devolvió la mirada hasta que creí volverme loco. ¿Quieres saber qué hice? Guardé el arma y corrí de vuelta al campamento con el miedo en el cuerpo. Steve se rió de mí. Pero una semana después fui testigo de cómo se llevaba a *Mancha* al bosque con el mismo propósito, lo vi regresar solo y, al poco rato, advertí que también volvía el perro.

En cualquier caso, *Mancha* no trabajaba. Habíamos pagado ciento diez dólares, casi el último dinero que nos quedaba, y el bicho no quería trabajar. Ni siquiera tensaba los tirantes. Steve le habló la primera vez que lo enganchamos al arnés y él se limitó a estremecerse. No le dedicó ni el más mínimo esfuerzo a los tirantes. Permaneció quieto y tembloroso, como la jalea. Steve lo rozó con el látigo. Dejó escapar un gañido, pero no hizo fuerza. Steve volvió a darle con el látigo, más fuerte, y entonces aulló: fue el aullido prolongado de un auténtico lobo. Steve se volvió loco, le arreó media docena de latigazos y yo salí corriendo de la tienda.

Le dije que se portaba como un animal con el pobre bicho y discutimos por primera vez. Arrojó el látigo sobre la nieve y se marchó, muy enfadado. Lo recogí y me puse a ello. *Mancha* se estremeció, tembló y se encogió de miedo antes incluso de que esgrimiese el látigo y, en cuanto lo probó, aulló como alma en pena. A continuación se tumbó sobre la nieve. Puse en marcha a los demás perros, que lo arrastraron mientras yo le daba latigazos. Se giró para quedar patas arriba y continuó avanzando a tumbos, con las cuatro patas agitándose en el aire, mientras aullaba como si lo estuviesen metiendo en una picadora de carne. Steve regresó y se rió de mí, y yo le pedí disculpas por lo que le había dicho antes.

Resultaba imposible conseguir que el dichoso *Mancha* hiciese algo productivo y, para colmo, era el perro más glotón que he visto jamás. Por si eso fuera poco, se trataba del más listo de los ladrones. No había forma de

burlarlo. Unos cuantos desayunos nos tocó pasar sin beicon porque *Mancha* había llegado primero. También por su culpa estuvimos a punto de morir de hambre en el Stewart: encontró la forma de acceder a la despensa protegida donde guardábamos la carne y lo que no se comió él lo devoró el resto de la traílla. Pero era imparcial, robaba a todo el mundo. Siempre inquieto, se dedicaba a husmear sin descanso y a ir de un sitio a otro. No hubo ni un solo campamento en cinco millas a la redonda en el que no hiciese una incursión. Lo malo es que siempre nos tocaba pagar la cuenta, que era lo justo según las leyes del territorio; pero nos resultaba muy duro, sobre todo aquel primer invierno en el paso Chilkoot, casi sin dinero, tener que pagar jamones enteros y lonchas de beicon que nunca llegábamos a comer. También sabía pelearse, el dichoso *Mancha*. Hacía de todo menos trabajar. Jamás arrastró un kilo de nada, pero era el jefe de la traílla. Había que ver cómo maleaba a los otros perros. Los intimidaba y siempre se apreciaban las marcas recientes de sus colmillos en uno o dos de sus compañeros. Pero no era un simple bravucón: no le tenía miedo a nada que caminase a cuatro patas y yo le vi meterse, sin más ayuda y sin que hubiese mediado provocación alguna, entre los miembros de una traílla desconocida para dejarlos a todos fuera de combate. ¿He dicho ya que comía como una lima? Pues una vez lo pillé comiéndose el látigo. Eso mismo. Empezó por la tralla y cuando lo pesqué ya estaba en la empuñadura y no mostraba intención de parar.

Eso sí, era guapo. A finales de la primera semana con nosotros lo vendimos por setenta y cinco dólares a la Policía Montada, porque contaba con guías de perros muy experimentados y sabíamos que cuando hubiese recorrido los casi mil kilómetros de camino hasta Dawson ya sería un buen perro de trineo. Digo «sabíamos» porque aún estábamos empezando a conocer a *Mancha*. Poco después ya no nos atrevíamos a saber nada relacionado con él. Transcurrida una semana tras la venta, una mañana nos despertó la peor pelea de perros que habíamos oído jamás. Se debía a que *Mancha* había regresado y se ocupaba de poner en forma a la traílla. Te aseguro que el desayuno fue de lo más deprimente, aunque nos animamos un poco dos horas después, cuando se lo vendimos a un correo oficial que se dirigía a Dawson con despachos del Gobierno. El dichoso *Mancha* solo tardó tres días en volver y, como siempre, celebró su llegada armando jaleo.

Tras cruzar el paso con nuestro propio equipo, dedicamos el invierno y la primavera a transportar los equipos de otra gente; así ganamos una buena cantidad de dinero. También le sacamos dinero a *Mancha*. Como poco, lo vendimos unas veinte veces. Siempre volvía y nadie reclamaba su inversión.

Sin embargo, nosotros tampoco buscábamos el dinero: habríamos pagado generosamente a fin de que alguien lo alejara de nosotros para siempre. Queríamos librarnos de él y no podíamos regalarlo porque habría resultado sospechoso. Pero tenía tan buen aspecto que siempre nos resultaba muy fácil venderlo. «Sin domesticar», les decíamos, y nos pagaban lo que considerasen oportuno. Llegamos a venderlo por solo veinticinco dólares y en una ocasión nos dieron ciento cincuenta. Ese hombre en concreto vino en persona a devolvérnoslo, se negó a recobrar su dinero y nos insultó de una forma terrible. Afirmó que el precio pagado incluso le parecía poco a cambio de decirnos lo que pensaba de nosotros; sentimos que tenía tanta razón que ni siquiera respondimos. Pero nunca recuperé por completo la dignidad que poseía antes de que aquel hombre hablase conmigo.

Cuando el hielo desapareció de los lagos y del río, subimos nuestro equipo a bordo de un bote del lago Bennett y pusimos rumbo a Dawson. Teníamos una buena traílla de perros y, por supuesto, los situamos encima del resto del equipo. El dichoso *Mancha* venía con nosotros —no hubo forma de librarse de él— y ya el primer día, en distintas ocasiones, lanzó por la borda a un perro u otro mientras peleaba con ellos. No había mucho sitio y no le gustaba sentirse hacinado.

—Lo que ese perro necesita es espacio —dijo Steve al segundo día—. Tenemos que abandonarlo.

Lo hicimos: acercamos el bote a la orilla en Caribou Crossing para que saltara a tierra. Dos de los otros, que eran buenos perros, lo siguieron y perdimos dos días enteros intentando encontrarlos. No volvimos a verlos, pero la paz y el alivio que sentimos nos hizo decidir, como el hombre que había renunciado a sus ciento cincuenta dólares, que el precio no era tan elevado. Por primera vez desde hacía varios meses, Steve y yo nos reímos, silbamos y cantamos. Éramos felices como perdices. Los malos tiempos quedaban atrás. La pesadilla se esfumaba. El dichoso *Mancha* se había ido.

Una mañana, tres semanas después, Steve y yo nos encontrábamos en la orilla del río, en Dawson. Un pequeño barco llegaba en ese momento desde el lago Bennett. Me di cuenta de que Steve se sobresaltaba y le oí decir algo que no era ni agradable ni discreto. Entonces miré y allí, en la proa del barco, se sentaba *Mancha*, con las orejas levantadas. Steve y yo nos marchamos a hurtadillas de inmediato, como cachorros maltratados, como cobardes, como quienes huyen de la justicia. Eso fue lo que pensó el teniente de la Policía cuando nos vio escapar. Conjeturó que en aquel barco venían agentes de la ley que nos buscaban. No esperó a informarse, sino que prefirió no perdernos

de vista y en la taberna M&M. consiguió arrinconarnos. Nos costó lo nuestro contentarlo, porque no queríamos volver al barco y encontrarnos con *Mancha*. Al final, nos dejó a cargo de otro policía mientras él se acercaba al barco. Cuando nos libramos de él, nos dirigimos a la cabaña y, al llegar, allí estaba *Mancha*, sentado en el porche, esperándonos. ¿Cómo sabía que vivíamos ahí? Aquel verano había cuarenta mil personas en Dawson, ¿cómo pudo distinguir la nuestra entre tantas cabañas? ¿Y cómo sabía que estábamos en Dawson? Responde tú, pero no olvides lo que he dicho sobre su inteligencia y ese algo inmortal que vi brillar en sus ojos.

Imposible volver a librarse de él. En Dawson vivía demasiada gente que lo había comprado en Chilkoot y muchos conocían la historia. Media docena de veces lo subimos a bordo de los vapores que navegaban Yukón abajo, pero se limitaba a bajar a tierra durante la primera parada que efectuaban y a regresar siguiendo la orilla. No podíamos venderlo, tampoco matarlo (tanto Steve como yo lo habíamos intentado), y nadie más era capaz de acabar con él. Tenía suerte. Lo vi meterse en una pelea en la calle principal, con cincuenta perros encima de él, y tras separarlos él permanecía intacto, como si nada, mientras dos de los perros que lo habían pisoteado yacían muertos.

Lo vi robar un pedazo de carne de alce de la despensa secreta del comandante Dinwiddie; era tan grande que a duras penas conseguía avanzar por delante de la cocinera india de la señora Dinwiddie, que lo perseguía con un hacha. Mientras ascendía la colina, después de que la india se rindiese, el propio comandante Dinwiddie salió y acribilló el paisaje con su Winchester. Vació dos veces el cargador sin rozar siquiera a *Mancha*. Entonces apareció un policía y lo arrestó por disparar un arma de fuego dentro de los límites de la población. El comandante Dinwiddie pagó la multa y Steve y yo le pagamos la carne de alce al precio de dos dólares el kilo, con huesos y todo. Era lo que él había abonado antes: aquel año la carne estaba cara.

Me limito a contar lo que vi con mis propios ojos. Y ahora te contaré algo más. Vi al dichoso *Mancha* caer a un agujero hecho en el hielo para sacar agua. La capa de hielo tenía un metro de espesor y la corriente se lo llevó como si fuera una pajita. A trescientos metros comente abajo se abría el enorme pozo que usaba el hospital. *Mancha* salió del bebedero junto al hospital, se lamió el agua, arrancó a mordiscos el hielo que se había formado entre las almohadillas de sus patas, se fue trotando por la orilla y le pegó una buena paliza a un Terranova enorme que pertenecía al Comisario del oro.

En otoño de 1898, Steve y yo navegamos el Yukón curso arriba, ayudándonos con pértigas, justo antes de que se congelara por completo. Nos

llevamos a todos los perros, excepto a *Mancha*. Decidimos que ya lo habíamos alimentado bastante. Nos había costado mucho más tiempo, problemas, dinero y comida de lo que habíamos ganado vendiéndolo en Chilkoot, sobre todo comida. Así que Steve y yo lo dejamos atado en la cabaña y partimos. Esa noche acampamos en la desembocadura del río Indian y nos entretuvimos bromeando por habernos librado de él. Steve era muy gracioso y yo me encontraba sentado sobre las mantas, riéndome sin parar, cuando un tornado arrasó el campamento. La forma en que ese dichoso *Mancha* atacó a los perros y les dio su merecido ponía los pelos de punta a cualquiera. ¿Cómo se había soltado? Decide tú, yo no tengo teoría alguna. ¿Y cómo cruzó el Klondike? Otro problema. Además, ¿cómo sabía que viajábamos Yukón arriba? Porque íbamos por agua y no podía seguirnos la pista con su olfato. Steve y yo empezamos a mostrarnos supersticiosos en lo relativo a ese perro. Nos ponía de los nervios y, entre tú y yo, empezábamos a tenerle miedo.

El hielo se cerró por completo cuando nos encontrábamos en la desembocadura del arroyo Henderson y vendimos a *Mancha*, por dos sacos de harina, a un equipo que viajaba río White arriba en busca de cobre. El grupo entero se perdió. Jamás se encontró ni el más mínimo rastro, ni piel ni pelo de los hombres, los perros o los trineos que lo formaban. Desaparecieron sin más. Se convirtió en uno de los misterios del territorio. Steve y yo perseveramos río Stewart arriba y seis semanas después el dichoso *Mancha* se presentó arrastrándose en el campamento. Era un esqueleto sin rumbo, incapaz de hacer algo más que reptar; pero había llegado hasta allí. Lo que me gustaría saber es quién le dijo que nos encontrábamos en esa zona del Stewart. Podíamos haber ido a miles de lugares diferentes. ¿Cómo lo supo? Tengo tanta idea como tú.

Imposible despistarlo. En el río Mayo se peleó con un perro indio, cuyo dueño quiso atacar a *Mancha* con un hacha, pero erró el tiro y mató a su propio animal. Que no me hablen de magia y de cómo esquivar balas: al menos yo creo que resulta mucho más difícil esquivar un hacha si al otro extremo del mango se encuentra un indio enorme. Y lo vi con mis propios ojos. Aquel indio no quería matar a su propio perro. Eso te lo aseguro.

Te conté que *Mancha* había saqueado nuestra despensa secreta de carne. Estuvimos a punto de morir. Ya no había animales para cazar y no teníamos más provisiones. Los alces se habían alejado varios cientos de kilómetros hacia el interior y los indios con ellos. Nos quedamos solos. Era primavera y debíamos esperar a que el hielo liberara las aguas del río. Adelgazamos

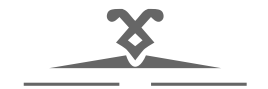
mucho antes de decidir comernos a los perros y resolvimos empezar por *Mancha*. ¿Sabes lo que hizo? Se escabulló. ¿Cómo supo que habíamos decidido comérnoslo? Por las noches nos quedábamos despiertos hasta tarde, esperándolo, pero no regresó y nos comimos a los otros. Nos comimos la traílla entera.

Y ahora llega la secuela. Ya sabes lo que pasa cuando se fragmenta un río grande que ha estado congelado y se liberan varios miles de millones de toneladas de hielo que forman barreras y lo trituran todo a su paso entre un ruido ensordecedor. En el peor momento, justo cuando el Stewart estalló, rugiendo y bramando, divisamos a *Mancha* en el medio. Se había quedado atrapado mientras intentaba cruzar más arriba. Steve y yo empezamos a chillar, a gritar y a correr de un lado al otro junto a la orilla mientras lanzábamos los gorros al aire. A veces nos deteníamos para darnos un abrazo, tanto nos emocionaba contemplar el final de *Mancha*. No tenía ni la más mínima oportunidad. Tras el deshielo, nos subimos a la canoa y remamos río abajo hasta el Yukón, y Yukón abajo hasta Dawson, aunque nos detuvimos una semana en las cabañas de la desembocadura del arroyo Henderson para recuperar fuerzas y comer en condiciones. Al acercarnos al desembarcadero de Dawson, vimos que allí nos esperaba *Mancha*, con las orejas levantadas, meneando la cola y sonriendo para darnos la bienvenida. ¿Cómo logró librarse de aquel hielo? ¿Cómo sabía que íbamos a Dawson, en ese momento exacto, además, para esperarnos en la orilla?

Cuanto más pienso en el dichoso *Mancha*, más me convenzo de que hay cosas en este mundo que sobrepasan la ciencia. Lo de *Mancha* no puede explicarse con fundamentos científicos. Creo que se trata de un fenómeno psíquico o místico, o algo parecido, mezclado con un poco de teosofía. El Klondike es un buen territorio. Yo podría haber seguido allí y haberme convertido en millonario de no ser por *Mancha*. Me destrozó los nervios. Lo soporté durante dos años y luego mi resistencia se rindió. Me marché de allí en el verano de 1899. No le dije nada a Steve. Me escabullí. Pero lo dejé todo listo. Le escribí una nota a Steve y le añadí un paquete de matarratas. En la nota le decía lo que debía hacer con él. El dichoso *Mancha* me había dejado en los huesos y con los nervios tan destrozados que me sobresaltaba y miraba a mi alrededor aunque no hubiese nadie en muchos metros a la redonda. Pero mi recuperación resultó inmediata y asombrosa tan pronto me libré de él. Antes de llegar a San Francisco había recuperado diez kilos y para cuando me subí al ferry que me llevó hasta Oakland ya era el de siempre, hasta el punto de que mi mujer no apreció cambio alguno.

Steve me escribió una vez y parecía enfadado. Se tomó a mal que lo hubiese dejado con *Mancha*. También decía que había usado el matarratas según le había indicado, pero sin resultado alguno. Transcurrió un año. Yo había vuelto a trabajar en la oficina y las cosas me iban bien, incluso empezaba a echar barriga. Entonces llegó Steve. No me buscó. Leí su nombre entre la lista de los pasajeros del vapor y me pregunté por qué habría vuelto, aunque no tardé mucho en saberlo. Una mañana me desperté y me encontré al dichoso *Mancha* encadenado al poste de la verja, impidiendo el paso del lechero. Luego supe que Steve se había ido esa misma mañana en dirección a Seattle. No seguí engordando. Mi mujer me obligó a comprarle un collar con su chapa y, en menos de una hora, el bicho le mostró su gratitud matando a su gato persa. Es imposible librarse de ese dichoso *Mancha*. Estará conmigo hasta que me muera, porque él nunca morirá. Desde que llegó, no tengo tanto apetito y mi mujer dice que me ve pachucho. Anoche *Mancha* se metió en el gallinero del señor Harvey, el vecino de al lado, y mató diecinueve de sus bien alimentadas gallinas. Tendré que pagárselas. Los vecinos del otro lado discutieron con mi esposa y después se mudaron. Todo por culpa de *Mancha*. Por eso estoy tan decepcionado con Stephen Mackaye. No tenía idea de que fuese tan mezquino.

[1907]



El cumplimiento de un deber

TRAS SOLTAR AMARRAS, el *Seattle N.º 4* se alejaba lentamente de la orilla. En sus cubiertas se apilaban la carga y los equipajes y se apelotonaba un grupo heterogéneo de indios, perros y guías de perros, de exploradores, tratantes y buscadores de oro que regresaban a casa. Una buena parte de Dawson se alineaba en la orilla para despedirse. En el momento en que retiraron la pasarela y el vapor se incorporó a la comente, el clamor de los adioses se tornó ensordecedor. Además, en el último segundo todos recordaron algún mensaje de despedida y se dedicaron a intercambiarlos de un lado al otro de una extensión de agua cada vez mayor. Louis Bonded, que con una mano retorcía su rubio bigote y con la otra saludaba lánguidamente a sus amigos de la ribera, recordó algo de repente y se abalanzó sobre la barandilla.

—¡Fred! —vociferó—. ¡Eh, Fred!

El Fred al que se dirigía asomó un par de hombros fornidos entre la primera línea de la multitud agolpada e intentó recibir el mensaje de Louis Bonded, que se puso colorado de tanto desgañifarse sin resultado alguno. La extensión de agua entre el vapor y la orilla continuaba aumentando.

—¡Eh, capitán Scott! —gritó en dirección al cuarto de derrota—. ¡Detenga el barco!

Sonó el gong, la gran rueda de paletas de popa invirtió la marcha y se detuvo. Los que estaban a bordo del vapor y en la orilla aprovecharon la tregua para intercambiar nuevas despedidas, definitivas e indispensables. Los esfuerzos de Louis Bonded por hacerse oír resultaron más inútiles que antes. El *Seattle N.º 4* perdió velocidad, se fue a la deriva comente abajo y el capitán Scott tuvo que marchar avante e invertir la marcha por segunda vez. Su cabeza desapareció en el interior del cuarto de derrota para volver a salir un minuto después, casi oculta tras un megáfono enorme.

El capitán Scott poseía un vozarrón extraordinario y el «¡silencio!» que lanzó contra la multitud de cubierta y de la orilla seguramente se oyó en la cima del monte Moosehide y en Klondike City. La protesta oficial efectuada desde el cuarto de derrota desplegó un manto de calma sobre el tumulto.

—A ver, ¿qué es lo que querías decir? —preguntó el capitán Scott.

—Dígale a Fred Churchill, que está ahí, en la orilla… dígale que vaya a ver a Macdonald. En su caja fuerte hay una pequeña bolsa de viaje que es mía. Dígale que la recoja y me la traiga cuando vuelva.

En medio del silencio, el capitán Scott vociferó el mensaje ayudándose del megáfono:

—Tú, Fred Churchill, ve a ver a Macdonald. En su caja fuerte hay una pequeña bolsa de viaje que pertenece a Louis Bonded. ¡Es importante! ¡Llévatela cuando vuelvas a casa! ¿Me has oído?

Churchill hizo un gesto con la mano como muestra de que lo había oído. Aunque en realidad, si Macdonald, a casi un kilómetro de distancia, hubiese abierto su ventana, también lo habría oído. El alboroto de las despedidas volvió a elevarse, sonó el gong y el *Seattle N.º 4* marchó avante, aproó hacia la corriente, puso en marcha la rueda de paletas y se alejó Yukón abajo, mientras Bonded y Churchill se despedían y demostraban su afecto mutuo hasta el final.

Eso ocurrió a mediados de verano. En otoño de ese mismo año, el *WH Willis* zarpó Yukón arriba, cargado con doscientos peregrinos que volvían a casa. Entre ellos se encontraba Churchill. Llevaba en su camarote, oculta en una maleta llena de ropa, la bolsa de Louis Bonded. Era una bolsa pequeña, de cuero resistente, y sus veinte kilos de peso ponían nervioso a Churchill cada vez que se alejaba de ella. El hombre que ocupaba el camarote contiguo también llevaba un tesoro de oro en polvo oculto de la misma forma, entre la ropa de su maleta, y los dos se pusieron de acuerdo para repartirse la vigilancia. Cuando uno bajaba a comer, el otro se ocupaba de echarle un ojo a los dos camarotes. Si Churchill quería jugar unas manos de whist, el vecino montaba guardia; y cuando era el otro quien buscaba relajarse un poco, Churchill se quedaba sentado en un taburete entre las dos puertas, leyendo los periódicos atrasados.

Había indicios de que el invierno podría adelantarse y el asunto sobre el que todos discutían de la mañana a la noche —y hasta bien entrada la noche — era si lograrían pasar antes de que el hielo se cerrase por completo o se verían obligados a abandonar el vapor y continuar camino a pie. Además, se produjeron algunos retrasos muy molestos. Las máquinas se averiaron dos veces y hubo que repararlas, y en ambas ocasiones nevó ligeramente para advertirles de la inminencia del invierno. El *WH Willis* realizó nueve intentos a fin de ascender los rápidos de Five Fingers con sus máquinas en mal estado y, cuando por fin lo logró, llevaba cuatro días de retraso con respecto a un

calendario que ya contemplaba toda clase de demoras. Entonces el tema de discusión pasó a ser si el vapor *Flora* los esperaría o no pasado el cañón Box. La extensión de agua entre la cabecera del cañón Box y el pie de los rápidos de White Horse resultaba innavegable para los vapores y los pasajeros transbordaban en ese punto, después de rodear los rápidos andando. No había teléfonos, por lo que no tenían forma de avisar al *Flora* de que el *Willis* llevaba cuatro días de retraso, pero iba de camino.

Cuando el *WH Willis* llegó a White Horse se supo que el *Flora* había esperado tres días de más, para zarpar unas pocas horas antes. También se supo que echaría amarras en el puesto de Tagish hasta las nueve de la mañana del domingo. Entonces eran las cuatro de la tarde del sábado. Los peregrinos convocaron una reunión. A bordo llevaban una canoa Peterborough grande para el puesto de la Policía situado en la cabecera del lago Bennett. Acordaron responsabilizarse de su uso y de su entrega posterior. A continuación, pidieron voluntarios. Necesitaban dos hombres para salir en persecución del *Flora*. Veinte hombres se presentaron al instante. Entre ellos se encontraba Churchill, quien por su carácter se había ofrecido voluntario antes de pensar en la bolsa de Bonded. Cuando se acordó, empezó a desear que no lo eligieran, pero un hombre que era conocido por haber sido capitán de un equipo de fútbol universitario, presidente de un club atlético, buen guía de perros y corredor de estampidas en el Yukón, que además poseía unos hombros como los suyos, no tenía derecho a eludir semejante honor. Al final recayó sobre él y sobre un alemán gigantesco, Nick Antonsen.

Mientras un grupo de peregrinos echaba a correr para cruzar el paso con la canoa a cuestas, Churchill se apresuró a volver a su camarote. Vació la maleta en el suelo y cogió la bolsa, con la intención de confiársela a su vecino. Entonces pensó que la bolsa no era suya y que no tenía derecho a entregársela a otro. Así que regresó a la orilla con ella y corrió detrás de los que llevaban la canoa, mientras se la cambiaba de mano a menudo y se preguntaba si no pesaría más de veinte kilos.

Ya eran las cuatro y media cuando los dos hombres zarparon. La corriente del río Thirty Mile —nombre que recibe un tramo del Yukón— era tan fuerte que no podían utilizar los remos y se vieron obligados a remolcarla desde la orilla, con una sirga a los hombros, mientras tropezaban con las rocas y se abrían camino entre la maleza, resbalando a veces y cayendo al río, caminando a menudo con el agua hasta las rodillas o la cintura, para luego, cuando se encontraban con un despeñadero insuperable, volver a la canoa, sacar los remos, correr desesperados hacia la orilla de enfrente, guardar los

remos, saltar a tierra y remolcar de nuevo con la sirga. Era un trabajo agotador. Antonsen se esforzaba como el gigante que era, sin quejarse, persistente, pero empujado a realizar el máximo esfuerzo por el potente cuerpo y la mente indomable de Churchill. No se detenían a descansar: seguían adelante, siempre en marcha, sin paradas. Soplaba un viento frío que les helaba las manos y de vez en cuando los obligaba a recuperar la circulación de los dedos entumecidos golpeándolos con fuerza contra los costados.

Al llegar la noche, tuvieron que confiarse a la suerte. Tantas veces se cayeron en las orillas inexploradas que hicieron jirones sus ropas entre una maleza que no podían ver. Los dos acabaron cubiertos de arañazos, sangrando. Al menos en una docena de ocasiones, durante sus carreras desesperadas entre las dos orillas, tropezaron con algún obstáculo y volcaron. La primera vez que eso ocurrió, Churchill se sumergió y buscó a tientas la bolsa en un metro de agua. Tardó media hora en recuperarla y a partir de entonces, para mayor seguridad, la ató a la canoa. Mientras la canoa flotase, no habría problema alguno. Antonsen protestó y al amanecer empezó a maldecir la bolsa, pero Churchill no se dignó a darle explicaciones.

Las desgracias y los retrasos no se acababan nunca. En una curva en la que brotaban unos rápidos abundantes e impetuosos perdieron dos horas hasta que lograron pasarla, tras veinte intentos y dos vuelcos más. En ese punto, ambas orillas eran barrancos muy escarpados que surgían desde lo más profundo del río y que les impedían utilizar la sirga o la pértiga; tampoco eran capaces de avanzar contracorriente con los remos. En cada intento se esforzaban al máximo y siempre, con el corazón a punto de estallar, el agotamiento los superaba y el río los obligaba a retroceder. Al final lo consiguieron por casualidad. En el lugar más rápido del torrente, cuando estaban a punto de volver a fracasar, un capricho de la corriente hizo que Churchill perdiera el control de la canoa para arrojarla contra el barranco. Sin pensarlo, Churchill saltó al despeñadero y aterrizó en una grieta. Mientras se agarraba con una mano, con la otra sujetó la canoa llena de agua hasta que Antonsen logró salir del río. Después, entre los dos sacaron la canoa y descansaron un rato. El hecho de poder empezar de nuevo a partir de aquel punto crucial, con las fuerzas recuperadas, fue lo que los llevó a pasar el tramo. Ascendieron de inmediato el terraplén de la orilla y se internaron en la maleza con la sirga.

Cuando amaneció aún se encontraban lejos del puesto de Tagish. A las nueve de esa mañana de domingo oyeron que la sirena del *Flora* anunciaba su

partida y, cuando, a las diez, llegaron al puesto arrastrándose, a duras penas vieron el humo de las chimeneas del vapor desvanecerse en dirección sur. El capitán Jones de la Policía Montada recibió y alimentó a un par de andrajosos totalmente agotados y más adelante aseveraría que nunca había visto a nadie con un apetito tan desmesurado como el de ellos. Luego se tumbaron a dormir junto a la estufa, aún con la ropa deshecha y empapada. Al cabo de dos horas, Churchill se despertó, llevó la bolsa de Bonded, que había usado como almohada, a la canoa, espabiló a Antonsen y ambos zarparon en persecución del *Flora*.

«Nunca se sabe lo que podría pasar, tal vez sufran una avería o algo parecido —fue la respuesta de Churchill a las protestas del capitán Jones—. Pienso alcanzar ese barco y hacer que vuelva a buscar a los demás».

Un fuerte vendaval cubría de blanco el lago Tagish, formando olas enormes y siempre cambiantes que rompían contra la canoa, por lo que solo uno de ellos podía remar, mientras el otro achicaba. No eran capaces de avanzar. Se acercaron a las aguas poco profundas de la orilla y saltaron por la borda: uno tiraba de la sirga y el otro empujaba la canoa. Lucharon contra el viento con el agua helada hasta la cintura, a veces hasta el cuello, e incluso en ocasiones las olas gigantescas llegaron a cubrirlos por completo. No descansaron, no cedieron ni un momento en aquella lucha desmoralizadora y sin esperanza. Esa noche, en la cabecera del lago Tagish, en plena tormenta de nieve, alcanzaron al *Flora*. Nada más pisar la cubierta, Antonsen se tumbó, se quedó dormido y empezó a roncar. Churchill parecía un salvaje. Los andrajos ya casi no le cubrían el cuerpo. Tenía el rostro congelado e hinchado debido al esfuerzo prolongado durante veinticuatro horas y las manos tumefactas le impedían cerrar los dedos. En cuanto a los pies, mantenerse sobre ellos suponía un calvario.

El capitán del *Flora* se mostró reticente a regresar a White Horse. Churchill insistió, categórico, pero el capitán persistió en su negativa. Acabó por decir que no ganaban nada con regresar, porque el único vapor capaz de surcar los mares que aguardaba en Dyea, el *Athenian*, zarparía el martes por la mañana y no serían capaces de volver a White Horse, recoger a los peregrinos y llegar a Dyea sin perder el enlace.

—¿A qué hora zarpa el *Athenian*? —preguntó Churchill.

—A las siete de la mañana del martes.

—Está bien —dijo mientras marcaba a patadas las costillas de Antonsen, que seguía roncando—. Usted regrese a White Horse. Nosotros continuaremos adelante y obligaremos al *Athenian* a esperar.

Antonsen, atontado por el sueño, medio dormido aún, se vio empujado al interior de la canoa y no comprendió lo que ocurría hasta que las salpicaduras de las olas lo empaparon y oyó a Churchill gruñirle en medio de la oscuridad:

—¡Rema, hombre! ¿Quieres que nos hundamos?

El alba los sorprendió en Caribou Crossing, con el viento amainando y Antonsen tan agotado que no podía ni hundir el remo en el agua. Churchill llevó la canoa a una playa recogida, en la que se echaron a dormir. Tomó la precaución de doblar uno de sus brazos bajo el peso de la cabeza. Cada pocos minutos, el dolor de la circulación cortada lo obligaba a despertarse, tras lo que consultaba el reloj y doblaba el otro brazo bajo la cabeza. Al cabo de dos horas luchó con Antonsen para levantarlo y se pusieron en marcha. El lago Bennett, que medía treinta millas náuticas de largo, parecía una balsa de aceite, pero a mitad de camino se levantó un vendaval, procedente del sur, que cubrió de olas y espuma la superficie. Hora tras hora lucharon como en el Tagish, siguiendo la orilla, tirando y empujando la canoa, cubiertos de agua helada hasta la cintura, el cuello y, a veces, totalmente sumergidos. Hacia el final, el gigante bondadoso se encontraba totalmente exhausto. Churchill lo obligaba a seguir sin piedad; pero cuando lo vio caer de bruces, a punto de ahogarse en menos de un metro de agua, lo arrastró como pudo al interior de la canoa. A partir de entonces Churchill peleó en solitario y llegó al puesto de la Policía situado en la cabecera del lago Bennett a primera hora de la tarde. Intentó ayudar a Antonsen a salir de la canoa, pero no lo consiguió. Escuchó la respiración pesada de su compañero agotado y sintió envidia, al pensar en lo que aún le quedaba por soportar. Antonsen podía quedarse allí a dormir, pero él, que ya iba con retraso, debía superar las dificultades del paso Chilkoot y seguir camino hasta el mar. Tenía por delante lo peor de la batalla y casi lamentaba poseer una constitución tan fuerte, debido al tormento que su resistencia le iba a ocasionar.

Churchill sacó la canoa a la playa, cogió la bolsa de Bonded y se dirigió, tan rápido como pudo, hacia el puesto de la Policía.

—Ahí abajo hay una canoa que les envían desde Dawson —le soltó al policía que respondió a su llamada—. En su interior hay un hombre casi muerto. No es nada grave, está exhausto. Ocúpense de él. Yo tengo que irme ya. Adiós. He de alcanzar al *Athenian*.

El lago Bennett y el Lindeman estaban separados por un paso de un kilómetro y medio de largo. Pronunció las últimas palabras ya en camino. Iba a un ritmo que le provocaba mucho dolor, pero apretó los dientes y siguió adelante. La mayor parte del tiempo olvidaba su sufrimiento debido a la

vehemencia ferviente con la que protegía la bolsa. Se había convertido en un estorbo considerable. La pasaba de una mano a la otra sin descanso, la encajaba bajo el brazo, posaba una mano sobre el hombro contrario y la bolsa le golpeaba la espalda mientras corría. Le costaba sujetarla con los dedos magullados e hinchados, por lo que a veces se le caía. En una ocasión, al cambiarla de una mano a la otra, se le escapó de entre los dedos y cayó delante de él, lo hizo tropezar y lo arrojó al suelo violentamente.

Al final del paso compró, por un dólar, un viejo juego de correas de carga y con ellas sujetó la bolsa. Además, fletó una lancha para recorrer las seis últimas millas náuticas hasta el extremo del lago Lindeman, adonde llegó a las cuatro de la tarde. El *Athenian* zarpaba de Dyea a las siete de la mañana siguiente. Dyea estaba a cuarenta y cinco kilómetros de distancia y en el medio se alzaba el paso Chilkoot. Se sentó a fin de ajustarse el calzado para la larga caminata y se despertó. Se había amodorrado en el mismo momento de sentarse, aunque no durmió ni treinta segundos. Como tenía miedo de que la siguiente cabezada resultase más larga, terminó de ajustarse el calzado de pie. Incluso así se vio fugazmente derrotado. Experimentó un instante de inconsciencia, del que se enteró en el momento justo en que su cuerpo relajado empezaba a caer al suelo y, al despertarse bruscamente, tensó los músculos con un tirón espasmódico y evitó la caída. La repentina vuelta a la consciencia lo dejó mareado y temblando. Se golpeó la cabeza con la parte inferior de la palma de la mano para despertar por completo su mente adormecida.

Jack Burns estaba a punto de salir para realizar el viaje de vuelta hacia el lago Crater con su reata de mulas de carga e invitó a Churchill a ir con él. Burns quiso llevar la bolsa a lomos de otro animal, pero Churchill la retuvo y la situó sobre el pomo de su silla de montar. Sin embargo, cada dos por tres dormitaba y la bolsa se caía del pomo, hacia un lado o hacia el otro, siempre despertándolo con un sobresalto. Luego, cuando empezó a oscurecer, la mula de Churchill pasó demasiado cerca de una rama que sobresalía y le hizo una herida en la mejilla. Para colmo, la mula se salió del sendero y se cayó, lanzando jinete y bolsa contra las rocas. Después de eso, Churchill prefirió ir caminando o, mejor dicho, a trompicones, por aquel sendero que apenas podía llamarse así, guiando a la mula. Desde ambos lados del camino le llegaban rachas del tufo desagradable que emanaba de los caballos muertos durante la fiebre el oro. Pero no le importaba. Tenía demasiado sueño. Sin embargo, cuando llegaron al lago Long ya se había recuperado de su somnolencia y en el lago Deep le entregó la bolsa a Burns. Aunque después ya no dejó de

vigilarlo, a la tenue luz de las estrellas. No iba a permitir que a esa bolsa le ocurriese nada raro.

En el lago Crater, la reata de mulas se detuvo en el campamento y Churchill, con la bolsa sujeta a la espalda, empezó a ascender la elevada pendiente que lo llevaría a la cima. En aquella ladera escarpada fue consciente por primera vez de lo cansado que estaba. Trepaba y se arrastraba a paso de tortuga, superado por el peso de sus extremidades. Cada pisada le exigía un esfuerzo de voluntad doloroso e inequívoco. Empezó a sufrir alucinaciones y creyó que iba calzado con zapatos de plomo, como los escafandristas; le costó mucho resistirse al deseo de extender las manos hacia abajo para tocar el plomo. En cuanto a la bolsa de Bonded, le parecía inconcebible que veinte kilos pudiesen pesar tanto. Lo presionaba hacia abajo como si llevara encima una montaña entera y le hizo recordar, incrédulo, que el año anterior había ascendido ese mismo paso con setenta y cinco kilos de carga a la espalda. Si lo que había llevado entonces pesaba setenta y cinco kilos, la bolsa de Bonded tenía que pesar doscientos cincuenta.

La primera cuesta de la divisoria que partía del lago Crater cruzaba un pequeño glaciar. Allí el sendero estaba bien definido, pero sobre el glaciar —que además quedaba por encima de la línea arbórea— solo se apreciaba un caos de rocas peladas y enormes peñas redondeadas. Resultaba imposible reconocer el sendero en la oscuridad y Churchill avanzó como pudo, esforzándose mucho más de lo necesario en condiciones normales. Llegó a la cima rodeado por los rugidos del viento y una nevada intensa, aunque tuvo la suerte de tropezar con una tienda pequeña y abandonada, en la que entró arrastrándose. Allí encontró y engulló unas patatas fritas tiempo atrás y media docena de huevos crudos.

Cuando dejó de nevar y el viento amainó, se puso en marcha para realizar un descenso casi imposible. No había camino y se vio obligado a avanzar a trompicones, equivocándose una y otra vez, lo que lo llevó en más de una ocasión al borde de precipicios rocosos y laderas pronunciadas cuya profundidad no tenía forma de calcular. Había recorrido ya un tramo del descenso cuando las estrellas volvieron a nublarse y, en medio de la oscuridad resultante, resbaló y cayó rodando durante trescientos metros, para detenerse, magullado y sangrando, en el interior de un hoyo enorme y poco profundo. Lo rodeaba el tufo a caballos muertos. El hoyo quedaba cerca del sendero y los encargados de las reatas tenían la costumbre de arrojar allí los animales accidentados y moribundos. El hedor lo superó, le provocó unas náuseas espantosas y salió de allí luchando como si se encontrase en medio de una

pesadilla. En mitad del ascenso se acordó de la bolsa de Bonded. La llevaba consigo cuando cayó al hoyo. Las correas, evidentemente, se habían roto y se había olvidado de ella. Regresó al osario pestilente, donde pasó media hora a cuatro patas, tanteando para encontrarla. En total contó diecisiete caballos muertos (y uno aún vivo, al que remató con su revólver) antes de dar con la bolsa de Bonded. Repasó su vida, no exenta de valor y muchos logros, y sin duda alguna se declaró a sí mismo que aquel regreso en busca de la bolsa constituía el acto más heroico que jamás había realizado. Tanto, que estuvo a punto de desmayarse dos veces antes de lograr salir de aquel agujero.

Cuando por fin consiguió descender hasta Scales, ya había superado el tramo más empinado del Chilkoot y el camino era más llevadero. No se trataba de una senda sencilla, como lo habría sido en otro lugar del mundo, pero se convirtió en un camino posible de recorrer, en el que habría avanzado a buen ritmo de no haber estado agotado, de haber dispuesto de una luz que le permitiera vez dónde pisaba y si no hubiese llevado la bolsa de Bonded. Para él, tan cansado como estaba, eso era la gota que colmaba el vaso. Sin apenas fuerzas para llevarse a sí mismo, el peso adicional de la bolsa bastaba para casi arrojarlo al suelo cada vez que tropezaba o trastabillaba. Y cuando conseguía no tropezar, las ramas, que la oscuridad no le permitía ver, lo alcanzaban y se enganchaban en la bolsa que llevaba entre los hombros y lo retenían.

Había decidido que, si no lograba llegar al *Athenian*, sería por culpa de la bolsa. De hecho, en su cabeza ya solo había dos cosas: la bolsa de Bonded y el vapor. Solo reconocía esas dos cosas y, en cierto modo, las identificaba con una misión importante polla que llevaba siglos esforzándose y viajando. Continuaba andando y luchando como en un sueño. Su llegada a Sheep Camp formaba parte de ese sueño. Entró dando traspiés en una taberna, liberó los hombros de las correas e hizo ademán de depositar la bolsa a sus pies. Pero se le resbaló de las manos y golpeó el suelo con un golpe sordo que llamó la atención de dos hombres que se marchaban en ese instante. Churchill bebió un vaso de whisky, le pidió al tabernero que lo avisara al cabo de diez minutos y se sentó con los pies sobre la bolsa y la cabeza apoyada en las rodillas.

Tenía el cuerpo tan agarrotado que, cuando lo despertaron, necesitó otros diez minutos y un segundo vaso de whisky para relajar las articulaciones y flexibilizar los músculos.

«¡Eh! ¡Que no es por ahí!», le gritó el tabernero, que fue tras él y en medio de la oscuridad lo situó en sentido a Canyon City. Un leve resto de

conciencia le dijo a Churchill que iba en la dirección correcta y, aún como si avanzase en sueños, siguió la senda del cañón. No supo qué lo había avisado pero, tras lo que le pareció varios siglos de viaje, presintió el peligro y desenfundó el revólver. Todavía en sueños, vio avanzar a dos hombres que le dieron el alto. Su revólver se disparó cuatro veces y vio los destellos y oyó las detonaciones de las armas de los otros hombres. Fue consciente de que le habían alcanzado en el muslo. Vio caer a un hombre y, cuando el otro se abalanzó sobre él, lo golpeó con fuerza en el rostro con todo el peso de su revólver. Luego echó a correr. Al poco tiempo despertó del sueño y se encontró avanzando sendero abajo a zancadas y cojeando. Lo primero en lo que pensó fue en la bolsa. Estaba convencido de que lo ocurrido había sido un sueño, hasta que tanteó en busca de su arma y no la encontró. Enseguida fue consciente del agudo escozor que sentía en el muslo; tocó la zona con la mano y la sacó manchada de sangre aún caliente. Se trataba de una herida superficial, pero incuestionable. Eso lo llevó a despertarse por completo y a mantener su fatigosa carrera en dirección a Canyon City.

Se encontró con un hombre que tenía una carreta y un tiro de caballos y que se levantó de la cama para engancharlos a cambio de veinte dólares. Churchill se arrastró hasta el camastro del interior de la carreta y se quedó dormido con la bolsa a la espalda. El viaje hasta el valle del Dyea, superando grandes peñas redondeadas por la acción del agua, resultó de lo más accidentado, pero Churchill solo se despertaba cuando la carreta se inclinaba mucho al final de las cuestas para llegar a los puntos más altos. No lo molestaba ningún otro movimiento. El último kilómetro y medio discurrió por terreno llano y pudo dormir profundamente.

Despertó con el gris del amanecer, mientras el carretero lo zarandeaba con fuerza y le gritaba al oído que el *Athenian* había zarpado. Churchill miró el puerto desierto sin verlo.

—Se ve humo en Skagway —dijo el hombre.

Churchill tenía los ojos demasiado hinchados para ver tan lejos, pero contestó:

—Es el vapor. Consígame una barca.

El carretero se mostró servicial y le consiguió un esquife y un hombre que remase por él a cambio de diez dólares, pagados por adelantado. Churchill pagó y lo ayudaron a subir a bordo: era incapaz de hacerlo solo. Skagway se encontraba a seis millas náuticas y Churchill pensaba dormir durante el trayecto, pero el hombre no sabía remar y él se vio obligado a coger los remos y luchar durante varios siglos más. Nunca había recorrido seis millas tan

largas y atroces. Desde el mar y hacia el interior de la ensenada soplaba una brisa intensa que le impedía avanzar a buen ritmo. Tenía una sensación de debilidad en la boca del estómago y se sentía mareado y aturdido, así que ordenó al hombre que cogiese un cubo y le arrojase agua salada a la cara.

Cuando llegaron al costado del *Athenian*, la tripulación había empezado a levar anclas y a Churchill no le quedaban fuerzas.

—¡Alto! ¡Deténganse! —gritó con voz ronca—. ¡Traigo un mensaje importante! ¡Deténganse!

Luego dejó caer la barbilla sobre el pecho y se durmió. Cuando media docena de hombres empezaron a subirlo por la pasarela se despertó, buscó la bolsa y se agarró a ella como si fuese su tabla de salvación.

Ya en cubierta, provocó curiosidad y espanto en todos los presentes. De la ropa que llevaba al salir de White Horse ya solo quedaban unos pocos harapos y él no se encontraba en mejor estado. Había viajado durante cincuenta y cinco horas al límite de toda resistencia. En total había dormido seis horas y pesaba diez kilos menos que al salir. Tenía el rostro, las manos y el cuerpo arañados y magullados, y casi no podía ver. Intentó ponerse en pie pero no fue capaz y cayó sobre la cubierta, agarrado a la bolsa mientras transmitía el mensaje.

—Ahora llévenme a la cama —dijo al finalizar—. Ya comeré cuando me despierte.

Le concedieron el honor de llevarlo abajo, sucio y cubierto de harapos, y de depositarlo, junto con la bolsa de Bonded, en el camarote nupcial, que era el más grande y lujoso del vapor. Durmió veinticuatro horas seguidas y, cuando los doscientos peregrinos llegaron desde White Horse, él ya estaba bañado y afeitado, había comido y se encontraba fumándose un puro, apoyado en la barandilla.

Cuando el *Athenian* arribó a Seattle, Churchill se había recuperado por completo y bajó a tierra con la bolsa de Bonded en la mano. Se sentía orgulloso de aquella bolsa. Para él representaba el éxito, la integridad y el cumplimiento de un deber. En su cabeza expresaba esos términos tan elevados con la frase: «He entregado la mercancía». Era media tarde y se fue directo al domicilio de Bonded. Louis Bonded se alegró de verlo, le estrechó ambas manos a la vez y lo arrastró al interior de la casa.

—Oh, gracias, amigo. Traérmela ha sido todo un detalle por tu parte —dijo cuando recibió la bolsa.

La lanzó de cualquier manera sobre un sofá y Churchill observó cómo rebotaba su peso debido a los muelles. Bonded lo acribillaba a preguntas.

—¿Cómo saliste de allí? ¿Qué tal los muchachos? ¿Qué fue de Bill Smithers? ¿Sigue Del Bishop con Pierce? ¿Ha vendido mis perros? ¿Qué tal resultó lo de Sulphur Bottom? Tienes buen aspecto. ¿En qué vapor has llegado?

Churchill respondió sin descanso hasta que transcurrió media hora y se produjo la primera pausa en la conversación.

—¿No deberías echarle una ojeada? —sugirió mientras señalaba la bolsa con la cabeza.

—Oh, no es necesario —respondió Bonded—. ¿Ha resultado el cuchitril de Mitchell tan bien como él esperaba?

—Creo que es mejor que lo compruebes —insistió Churchill—. Cuando entrego algo, quiero quedarme satisfecho de que está en buenas condiciones. Existe la posibilidad de que alguien la manipulase mientras yo dormía, nunca se sabe.

—No tiene importancia, amigo —respondió Bonded entre risas.

—No tiene importancia —repitió Churchill, casi sin voz. Luego, con decisión, añadió—: Louis, ¿qué hay en esa bolsa? Quiero saberlo.

Louis lo miró con curiosidad, se levantó, salió de la sala y regresó con un manojo de llaves. Abrió la bolsa, metió la mano y sacó un pesado revólver Colt del calibre 44. A continuación extrajo varias cajas de munición para el revólver y otras de cartuchos para un Winchester.

Churchill cogió la bolsa y miró en su interior; luego le dio la vuelta y la sacudió ligeramente.

—El revólver está oxidado —comentó Bonded—. Ha debido de mojarse bajo la lluvia.

—Sí —respondió Churchill—. Lamento que se haya mojado. Supongo que habré tenido poco cuidado con la bolsa.

Se levantó y se marchó. Diez minutos después Louis Bonded salió y se lo encontró sentado en las escaleras, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla entre las manos, mirando fijamente al frente, a la oscuridad.

[1907]



El templo del orgullo

PERCIVAL FORD se preguntaba por qué había ido. Nunca bailaba y los militares le importaban poco. Sin embargo, conocía a todos los que se deslizaban y giraban en aquel ancho *lanai* —o porche— del Seaside, los oficiales con sus uniformes blancos y almidonados, los civiles de blanco y negro y las mujeres con los hombros y los brazos desnudos. Tras dos años en Honolulú, el Vigésimo partía hacia su nuevo destino, en Alaska, y Percival Ford, que era uno de los hombres importantes de aquellas islas, no podía evitar conocer a los oficiales y a sus esposas.

Pero entre conocerlos y apreciarlos se abría un abismo. Las mujeres del Ejército lo intimidaban. Se comportaban de forma muy diferente a las mujeres que más le gustaban: las de edad avanzada, las solteronas y las doncellas con gafas, y las mujeres muy serias de todas las edades con las que se encontraba en la iglesia, la biblioteca y los comités de la guardería, y que acudían dócilmente a pedirle contribuciones y consejos. Dominaba a esas mujeres en virtud de su mentalidad superior, su gran riqueza y el alto puesto que ocupaba entre los magnates comerciales de Hawái. Esas no lo intimidaban. En ellas, el sexo no resultaba demasiado visible. Sí, de eso se trataba. Había en ellas otra cosa, o algo más, que la enérgica vulgaridad de la vida. Él era muy puntilloso, eso lo reconocía, y aquellas mujeres del Ejército, con sus hombros desnudos y los brazos al descubierto, su mirada directa, su vitalidad y su femineidad provocadora ofendían su sensibilidad.

Tampoco se llevaba mejor con los militares, que se tomaban la vida a la ligera, que siempre estaban bebiendo, fumando y blasfemando y que imponían la necesaria vulgaridad de la carne con tanto descaro como sus mujeres. Siempre se sentía incómodo en compañía de los militares. Ellos también parecían incómodos. Y tenía la impresión de que se reían de él, lo compadecían o lo toleraban. Además, solo con estar cerca de él, parecían enfatizar sus carencias, llamar la atención sobre eso que había en ellos que él no poseía y que daba gracias a Dios por no poseer. ¡Bah! ¡Eran como sus mujeres!

En realidad, Percival Ford era tan poco amigo de las mujeres como de los hombres. Bastaba mirarlo para conocer el motivo. Tenía una buena complexión y nunca había sufrido enfermedad alguna, ni siquiera trastornos menores; pero le faltaba vitalidad. Su organismo era negativo. Ninguna sangre con un mínimo de agitación podría haber nutrido y formado aquel rostro alargado y estrecho, aquellos labios finos, las magras mejillas y los ojos pequeños y de mirada aguda. El cabello pajizo, liso y escaso anunciaba la mala calidad del terreno sobre el que crecía, al igual que la nariz, afilada, modelada con delicadeza y que, muy levemente, insinuaba la forma de un pico. La pobreza de su sangre le había negado muchas cosas en la vida y solo le permitía ser extremista en relación a una: la rectitud. Reflexionaba sobre la conducta correcta y se agobiaba al respecto; para él era tan necesario hacer lo correcto como amar y ser amado lo era para la gente más común.

Estaba sentado bajo los algarrobos, entre el *lanai* y la playa. Paseó la mirada sobre los bailarines y luego desvió la cabeza para mirar hacia el mar, más allá de las olas que rompían suavemente, hasta la Cruz del Sur, que ardía cerca del horizonte. Lo molestaban los hombros y los brazos desnudos de las mujeres. Si alguna vez tenía una hija, jamás lo permitiría, nunca. Pero esa hipótesis era una pura abstracción. El pensamiento no iba acompañado de ninguna visión interior de dicha hija; no veía una hija con brazos y hombros. En cambio, sonrió ante la remota eventualidad del matrimonio. Tenía treinta y cinco años y, al no contar con experiencia personal en el amor, no lo consideraba algo místico, sino bestial. Cualquiera podía casarse. Los culis chinos y japoneses, que trabajaban sin descanso en las plantaciones de caña de azúcar y los arrozales, se casaban. Siempre se casaban a la primera oportunidad. Eso se debía a que ocupaban un puesto muy bajo en la escala social y no podían hacer otra cosa. Eran como los hombres y las mujeres del Ejército. Pero a él le correspondían opciones diferentes y más elevadas. Era distinto a ellos… a todos ellos. Se sentía orgulloso de ser como era. No procedía de ninguno de esos insignificantes matrimonios por amor. Procedía de la elevada concepción del deber y de la devoción a una causa. Su padre no se había casado por amor. El amor era una clase de locura que nunca había perturbado a Isaac Ford. Cuando respondió a la llamada que lo empujó a transmitir el mensaje de la vida entre los paganos no había pensado en el matrimonio y no sentía deseos de casarse. En eso su padre y él coincidían. Pero la Junta de las Misiones era muy económica. Con una frugalidad propia de Nueva Inglaterra, hizo toda clase de cálculos y decidió que los misioneros casados resultaban menos costosos y más eficaces. De manera que la Junta

ordenó a Isaac Ford que se casara. Incluso le proporcionó una esposa: otra alma ferviente que no pensaba en el matrimonio y cuyo único propósito era trabajar en la obra del Señor entre los paganos. Se vieron por primera vez en Boston. La Junta los presentó, se ocupó de todo y, al cabo de una semana, estaban casados y emprendían el largo viaje que incluía doblar el cabo de Hornos.

Percival Ford se enorgullecía de proceder de una unión como esa. Había nacido en lo más alto y se consideraba un aristócrata espiritual. Además, estaba orgulloso de su padre, sentía pasión por él. La figura erguida y austera de Isaac Ford se había inmolado en su propio orgullo. Sobre la mesa de su despacho tenía una miniatura de aquel soldado del Señor. En su dormitorio colgaba el retrato de Isaac Ford, realizado en la época en que había servido a la monarquía en calidad de primer ministro. Isaac Ford no ambicionaba posición y riqueza terrenal, pero como primer ministro, y después como banquero, pudo servir mejor a la causa misionera. La comunidad alemana, la comunidad inglesa y demás participantes en la actividad comercial se habían burlado de Isaac Ford y decían que era un salvador de almas que buscaba la rentabilidad; pero él, su hijo, sabía la verdad. Cuando los nativos se vieron obligados a abandonar de repente su sistema feudal, sin idea alguna de lo que constituía y significaba la propiedad de la tierra, y permitieron que la enorme cantidad de acres que les pertenecían se les escurriesen entre los dedos como si de agua se tratara, Isaac Ford se interpuso entre el grupo de empresarios y su presa y tomó posesión de varias propiedades gigantescas. No era de extrañar que los empresarios no apreciaran su recuerdo. Pero él nunca sintió como propia aquella enorme fortuna. Se tenía por un administrador de Dios. Con las rentas había construido escuelas, hospitales e iglesias. Tampoco tenía la culpa de que el precio del azúcar, tras la crisis, hubiese subido un cuarenta por ciento; que el banco que fundó prosperase tanto que acabase poseyendo un ferrocarril; y que, entre otras cosas, cincuenta mil acres de tierra de pastoreo en Oahu, que había adquirido por un dólar el acre, produjesen ocho toneladas de azúcar por acre cada dieciocho meses. No, en verdad Isaac Ford era una figura heroica que merecía —según pensaba Percival Ford— erguirse junto a la estatua de Kamehameha I, delante del Juzgado. Isaac Ford ya no estaba, pero él, su hijo, continuaba con sus buenas obras de forma tan inflexible y magistral como el padre.

Observó de nuevo el *lanai*. ¿Cuál era la diferencia —se preguntó a sí mismo— entre los bailes *hula*, con sus collares de hierbas y flores, y los

bailes de las mujeres de su propia raza, con sus vestidos escotados? ¿Existía una diferencia esencial o solo se trataba de un matiz de cantidad?

Mientras reflexionaba al respecto, una mano se posó en su hombro.

—Hola, Ford, ¿qué haces aquí? ¿No te resulta demasiado lúdico el ambiente?

—Intento mostrarme indulgente, doctor Kennedy, a pesar de lo que veo —respondió Percival Ford, muy serio—. ¿Quieres sentarte?

El doctor Kennedy se sentó y dio unas palmadas enérgicas. Un criado japonés vestido de blanco respondió enseguida. Kennedy pidió un whisky escocés con soda; luego se volvió hacia el otro y dijo:

—Por supuesto, a ti ya ni te pregunto.

—Sin embargo, voy a tomar algo —respondió Ford con firmeza. El doctor lo miró sorprendido y el criado aguardó—: Una limonada, por favor.

El médico se rió de buena gana, como si le hubiesen gastado una broma, y observó a los músicos que tocaban bajo el árbol del hibisco.

—Pero si es la orquesta Aloha —dijo—. Creí que los martes por la noche tocaban en el Hotel Hawaiian. Arman un buen alboroto.

Su mirada se detuvo un instante y se posó en el músico que tocaba la guitarra y cantaba una canción hawaiana, acompañado de los demás instrumentos. Su gesto se tornó serio mientras observaba al cantante y así continuaba cuando volvió el rostro hacia su compañero.

—Escucha, Ford, ¿no va siendo hora de que dejes en paz a Joe Garland? Tengo entendido que te opones a que el Comité de Promoción lo envíe a Estados Unidos con la propuesta sobre las tablas de surf, y quería hablar contigo al respecto. Creí que te alegrarías de que se fuera de aquí. Sería una buena forma de ponerle fin a tu persecución.

—¿Mi persecución? —Percival Ford enarcó las cejas con gesto interrogante.

—Llámalo como quieras —continuó Kennedy—, pero llevas años acosando a ese pobre diablo. No es culpa suya. Supongo que al menos admitirás eso.

—¿Que no es culpa suya? —Los labios finos de Percival Ford se mantuvieron cerrados con fuerza durante un minuto entero—. Joe Garland es un hombre disoluto y holgazán. Siempre ha sido un haragán y un libertino.

—Pero eso no es motivo para que sigas persiguiéndolo como lo haces. Te he observado desde el principio. Lo primero que hiciste cuando regresaste de la Universidad y lo encontraste trabajando en la plantación, en calidad de *luna*

o capataz externo, fue despedirlo. Tú con tus millones y él con sus sesenta dólares al mes.

—Eso no fue lo primero que hice —dijo Percival Ford en el tono crítico que solía usar durante las reuniones del comité—. Se lo advertí. El administrador dijo que era un buen *luna*. En ese sentido no tenía nada que objetarle, pero sí por lo que hacía fuera de las horas de trabajo. Tardaba menos en desbaratar mi labor de lo que me costaba a mí afianzarla. ¿De qué servían el catecismo, la escuela nocturna y las clases de costura cuando por las noches aparecía Joe Garland con sus infernales y eternos acordes de guitarra y ukelele, su forma de beber sin descanso y sus bailes *hula*? Tras advertírselo me lo encontré, y nunca lo olvidaré, me lo encontré en la zona de las cabañas. Era de noche. Oí las canciones *hula* antes de ver la escena. Allí estaban las jóvenes, bailando desvergonzadamente a la luz de la luna; las muchachas a las que me había esforzado por enseñar a llevar una vida pura y a comportarse correctamente. Recuerdo que tres de ellas acababan de graduarse en la escuela de la misión. Por supuesto que despedí a Joe Garland. Lo mismo ocurrió en Hilo. La gente dijo que me había pasado de la raya al convencer a Mason y a Fitch para que lo despidieran. Pero fueron los misioneros los que me lo pidieron. Garland daba tan mal ejemplo que desbarataba todos sus esfuerzos.

—Después, cuando entró a trabajar en el ferrocarril, tu ferrocarril, fue despedido sin motivo alguno —insistió Kennedy.

—No —fue la rápida respuesta—. Lo llamé a mi despacho y hablé con él durante media hora.

—¿Lo despediste por incompetente?

—Por llevar una vida disoluta, si no te importa.

El doctor Kennedy soltó una carcajada chillona, molesta.

—¿Quién demonios te ha dado vela en ese entierro? ¿Acaso tu condición de terrateniente te concede el control de las almas inmortales de quienes trabajan duramente para ti? Yo he sido tu médico. ¿He de esperar recibir mañana tu ucase para que deje el whisky con soda o renuncie a tu mecenazgo? Mira, Ford, te tomas la vida demasiado en serio. Además, cuando Joe se vio metido en aquel lío del contrabando (entonces no trabajaba para ti) y te pidió ayuda, te rogó que pagases su multa, permitiste que cumpliera seis meses de trabajos forzados en el arrecife. No olvides que en esa ocasión dejaste a Joe Garland en la estacada. Lo abandonaste. Sin embargo, recuerdo tu primer día en la escuela; nosotros vivíamos allí, tú solo venías de día y había que iniciarte. Recordarás que a todo recién llegado le

tocaba sufrir tres aguadillas en el depósito donde nadábamos. Tú no querías. Dijiste que no sabías nadar. Tenías miedo, te pusiste histérico…

—Ya lo sé —dijo, despacio, Percival Ford—. Tuve miedo y mentí, porque sabía nadar. Tuve miedo.

—¿Recuerdas quién te defendió? ¿Quién mintió con más energía que tú y juró que él sabía que tú no nadabas? ¿Quién se lanzó al depósito y te sacó después de la primera aguadilla, y estuvo a punto de morir ahogado a manos de los otros chicos por hacerlo, porque para entonces ya habían descubierto que sí sabías nadar?

—Claro que lo recuerdo —replicó el otro con voz glacial—. Pero un acto generoso realizado de niño no disculpa toda una vida de mala conducta.

—¿Te ha hecho daño alguna vez? Me refiero de forma directa, personal.

—No —fue la respuesta de Percival Ford—. Por eso mi posición es invulnerable. No le guardo rencor, no se trata de algo personal. Pero es malo. Lleva una mala vida que…

—Que es otra forma de decir que no está de acuerdo contigo en cómo debería vivirse la vida —interrumpió el médico.

—Si lo prefieres así. Es irrelevante. Es un vago…

—Con motivo —interrumpió Kennedy otra vez—, teniendo en cuenta los trabajos de los que lo has echado.

—Es un inmoral.

—Déjalo ya, Ford, no insistas sobre eso. Tú eres pura raza de Nueva Inglaterra. Joe Garland es medio *kanaka*[13]. Tu sangre está aguada, la suya es caliente. La vida representa una cosa para ti y otra muy distinta para él. Él vive riendo, cantando y bailando, cordial, generoso, infantil, amigo de todo el mundo. Tú vives como un molinillo de oración, siendo solo amigo de los virtuosos, que precisamente son aquellos que coinciden contigo en lo que es correcto y lo que no lo es. Pero, a fin de cuentas, ¿quién sabe? Tú vives como un ermitaño y Joe Garland vive como una buena persona. ¿Quién le ha sacado más a la vida? Nos pagan para que vivamos y cuando el salario es demasiado escaso renunciamos al empleo que, créeme, es la causa de todos los suicidios racionales. Joe Garland se moriría de hambre con el salario que tú recibes de la vida. Está hecho de otra forma. Tú también morirías con su salario, que es cantar, amar…

—La lujuria, si me lo permites —fue la interrupción del otro.

El doctor Kennedy sonrió.

—Para ti el amor es una palabra de cuatro letras y una definición que has sacado del diccionario; pero no conoces el amor, el amor verdadero, inocente,

palpitante y tierno. Si Dios nos creó a ti y a mí, a los hombres y las mujeres, créeme que también creó el amor. Pero a lo que íbamos: ya es hora de que dejes de acosar a Joe Garland. No resulta propio de ti, es de cobardes. Lo que deberías hacer es intentar ayudarlo, echarle una mano.

—¿Por qué yo y no tú? —quiso saber el otro—. ¿Por qué no le echas tú una mano?

—Ya lo hago. Lo estoy haciendo ahora mismo. Intento que no rechaces la propuesta del Comité de Promoción para enviarlo fuera. Yo le conseguí el empleo en Hilo con Mason y Fitch. Le conseguí media docena de empleos y tú lo echaste de todos ellos. Pero vamos a dejarlo así. Aunque no olvides una cosa, y creo que no te vendrá mal un poco de franqueza, endosarle a Joe Garland la culpa de otro no es jugar limpio. Sabes muy bien que tú eres quien menos debería prestarse a eso. No es de buen gusto. Resulta terriblemente indecente.

—Ahora sí que no te entiendo —respondió Percival Ford—. Te enfadas y me cuentas una oscura teoría científica sobre la herencia y la falta de responsabilidad personal. Sin embargo, no comprendo cómo puede existir una teoría que libere a Joe Garland de la responsabilidad de sus desmanes y al mismo tiempo me responsabilice a mí de ellos, y que incluso me responsabilice más que a cualquier otro, incluido Joe Garland.

—Imagino que lo que te impide entenderme es una cuestión de delicadeza o gusto —espetó el doctor Kennedy—. Es admisible, por el bien de la sociedad, ignorar tácitamente determinados asuntos; sin embargo, tú vas más allá de ignorarlos tácitamente.

—¡Pero ¿qué es eso que ignoro tácitamente?!

El doctor Kennedy estaba enfadado. Un rojo más oscuro que el que suele aportar el whisky con soda cubría su rostro cuando respondió:

—Al hijo de tu padre.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Maldita sea, no puedes pedirme que lo exprese con mayor claridad. Pero si es eso lo que quieres, de acuerdo. Me refiero al hijo de Isaac Ford, a Joe Garland, tu hermano.

Percival Ford permaneció sentado sin moverse, con una expresión de asombro y fastidio en el rostro. Kennedy lo observó con curiosidad, pero a medida que los minutos fueron pasando, muy despacio, se sintió avergonzado y preocupado.

—¡Dios mío! —exclamó por fin—. ¡No irás a decirme que no lo sabías!

Como respuesta, las mejillas de Percival Ford se tiñeron de gris.

—¡Qué espanto! —dijo—. Es la peor de las bromas pesadas.

El médico se tranquilizó.

—Todo el mundo lo sabe —afirmó—, por eso creí que tú también. Pero si no lo sabías, ya iba siendo hora de que lo supieras y me alegro de haber sido yo quien te lo haya aclarado. Joe Garland y tú sois hermanos, hermanastros.

—Mentira —gritó Ford—. No hablas en serio. La madre de Joe Garland era Eliza Kunilio. (El doctor Kennedy asintió). La recuerdo bien, con su estanque de patos y su plantación de taro. Su padre fue Joseph Garland, el raquero. (El doctor Kennedy negó con la cabeza). Murió hace dos o tres años. Solía emborracharse. De ahí viene el comportamiento disoluto de Joe. Ahí tienes su herencia.

—Y a ti nadie te lo dijo —comentó Kennedy en tono pensativo tras una pausa.

—Mira, has afirmado algo espantoso que no puedo dejar pasar sin más. Tienes que demostrarlo o… o…

—Demuéstralo tú mismo. Date la vuelta y míralo. Ahora mismo lo tienes de perfil. Observa su nariz. Es la de Isaac Ford. La tuya es una versión en fino. Eso es, mira. Los rasgos son más llenos, pero están todos ahí.

Percival Ford miró al mestizo *kanaka* que tocaba bajo el árbol del hibisco y, como por obra y magia de la iluminación, le pareció que veía una réplica de sí mismo. Rasgo tras rasgo, fue percibiendo un parecido inconfundible. Aunque, pensándolo bien, él era la réplica de aquel otro hombre, moldeado más generosamente y lleno de músculos. Sus rasgos y los de ese hombre recordaban a los de Isaac Ford. Y nadie se lo había dicho. Conocía hasta la última línea y arruga del rostro de Isaac Ford; en aquel mismo instante repasaba las miniaturas, retratos y fotografías de su padre y, aquí y allá, una y otra vez, encontraba similitudes y leves atisbos de parecido en el rostro que tenía delante. Solo el diablo podía ser capaz de reproducir los rasgos austeros de Isaac Ford en las facciones sensuales y disolutas que estaba observando. El hombre se giró de repente y a Percival Ford le pareció ver, durante un brevísimo instante, a su padre muerto y enterrado que lo miraba desde el rostro de Joe Garland.

—No tiene importancia —apenas oyó decir al doctor Kennedy—. En los viejos tiempos todos se mezclaban. Ya lo sabes. Lo has visto durante toda tu vida. Los marinos se casaban con las reinas y engendraban princesas y todo lo demás. Era lo normal en las islas.

—Pero no en el caso de mi padre —interrumpió Percival Ford.

—Eso es cierto —Kennedy se encogió de hombros—. La savia cósmica y el humo de la vida. Isaac Ford era un puritano y todo lo que quieras, por eso no tiene explicación y menos la tenía para él. Él lo entendía tan poco como tú. Fue el humo de la vida, nada más. Pero no olvides una cosa, Ford: en tu padre había una pizca de sangre rebelde y Joe Garland la heredó; lo heredó todo, el humo de la vida y la savia cósmica, mientras que tú heredaste la sangre ascética de Isaac. Que tu sangre sea fría, ordenada y disciplinada no es motivo para que mires mal a Joe Garland. Cuando Joe Garland deshaga el trabajo que tú has hecho, recuerda que en ambos extremos se encuentra Isaac Ford, deshaciendo con una mano lo que hace con la otra. Podríamos decir que tú eres la mano derecha de Isaac Ford y Joe Garland es la izquierda.

Percival Ford no respondió y en medio de aquel silencio el doctor Kennedy se terminó el whisky con soda que había olvidado. Al otro extremo del jardín, un automóvil tocó la bocina con aire categórico.

—Ahí está mi coche —dijo el doctor Kennedy mientras se ponía en pie—. He de irme. Lamento haberte conmocionado de esta forma, pero al mismo tiempo me alegro. Una cosa está clara: la pizca de sangre rebelde de Isaac Ford era muy pequeña y Joe Garland se la llevó toda. Y otra cosa, si la mano izquierda de tu padre te ofende, no acabes con ella. Además, Joe es buena persona. En serio, si tuviera que elegir entre tú y él para vivir conmigo en una isla desierta, lo escogería a él.

Unos niños vestidos con pantalones cortos coman a su alrededor mientras jugaban sobre la hierba, pero Percival Ford no los veía. Miraba fijamente al hombre que cantaba bajo el árbol del hibisco. Incluso cambió de sitio para situarse más cerca. El recepcionista del Seaside pasó junto a él cojeando y arrastrando un pie. Aquel hombre llevaba cuarenta años en las islas. Percival Ford le hizo señas y el recepcionista se acercó respetuoso y asombrado de que Percival Ford se hubiese fijado en él.

—John —dijo Ford—, quiero que me dé cierta información. ¿Le apetece sentarse?

El recepcionista se sentó con movimientos torpes, aturdido por tan inesperado honor. Parpadeó y murmuró:

—Sí, señor, gracias.

—John, ¿quién es Joe Garland?

El recepcionista lo miró fijamente, parpadeó, se aclaró la garganta y guardó silencio.

—Dígamelo —ordenó Percival Ford—. ¿Quién es?

—Me toma el pelo, señor —consiguió articular el otro.

—Le hablo muy en serio.

El recepcionista se echó hacia atrás en la silla, como si quisiera alejarse de él.

—Quiero saberlo.

—Pues, es… —John se interrumpió y miró a su alrededor, impotente—. ¿No sería mejor que se lo preguntara a otra persona? Todo el mundo creía que usted lo sabía. Siempre pensamos que…

—Sí, continúe.

—Siempre pensamos que por eso le tenía usted manía.

Las miniaturas y fotografías de Isaac Ford cruzaban en tropel la cabeza del hijo, que se veía rodeado por los fantasmas de su padre.

—Le deseo buenas noches, señor —oyó decir al recepcionista, tras lo que empezó a alejarse cojeando.

—John —lo llamó de repente.

John regresó y permaneció de pie a su lado, parpadeando y humedeciendo los labios en señal de nerviosismo.

—Aún no me lo ha dicho.

—¿Lo de Joe Garland?

—Sí, lo de Joe Garland. ¿Quién es?

—Es su hermano, señor, aunque no soy yo quien debería decirlo.

—Gracias, John. Buenas noches.

—¿No lo sabía? —preguntó el hombre, dispuesto a entretenerse ahora que ya había pasado el momento crucial.

—Gracias, John. Buenas noches —fue la respuesta.

—Sí, señor. Gracias, señor. Creo que va a llover. Buenas noches, señor.

Del cielo despejado, solo cubierto de estrellas y luz de luna, empezó a caer una lluvia tan fina y moderada que parecía rocío. A nadie le importó; los niños continuaron jugando, corriendo sobre la hierba y saltando a la arena. En pocos minutos dejó de llover. Hacia el sudeste, Diamond Head —una mancha negra, nítidamente definida— perfilaba su forma de cráter contra la luz de las estrellas. A intervalos soporíferos las olas arrojaban su espuma por encima de la arena hasta la hierba y a lo lejos se apreciaban los puntos blancos en que se convertían quienes nadaban bajo la luz de la luna. Las voces de los cantantes se desvanecieron y, en medio del silencio, de algún punto bajo los árboles ascendió la risa de una mujer que era un grito de amor. Sobresaltó a Percival Ford y lo llevó a recordar la frase del doctor Kennedy. Junto a las canoas con batanga, en el punto al que las habían arrastrado sobre la arena, vio hombres y mujeres —*kanakas*— lánguidamente reclinados, indolentes o soñadores. Las

mujeres llevaban *holokus* blancos y, recortada sobre la blancura de uno de esos vestidos, percibió la cabeza oscura del timonel de la canoa descansar sobre el hombro de la mujer. Aún más lejos, donde la franja de arena se ensanchaba en la entrada a la laguna, vio pasear a una pareja. Cuando por fin se acercaron al iluminado *lanai*, fue testigo de cómo la mano de la mujer bajaba hasta su cintura para librarse del brazo que la rodeaba y, al pasar a su lado, Percival Ford saludó con la cabeza a un capitán que conocía y a la hija de un comandante. El humo de la vida, sí, una frase muy válida. De nuevo, desde debajo del algarrobo ascendió esa risa femenina que era un grito de amor; y una criada japonesa pasó junto a su silla sin dejar de regañar al jovencito de pantalón corto al que acompañaba para que se acostara de una vez. Las voces de los cantantes entonaron suavemente, a coro, una canción de amor hawaiana y los oficiales y las mujeres, unas en los brazos de los otros, empezaron a girar y a deslizarse sobre el *lanai*. Bajo el algarrobo, la mujer volvió a reírse.

Percival Ford solo fue capaz de desaprobar todo aquello. Lo irritaba la risa amorosa de la mujer, la cabeza del timonel apoyada sobre el *holoku* blanco, las parejas que paseaban por la playa, los oficiales y las mujeres con sus bailes, las voces que cantaban al amor y que su hermano cantase con ellas bajo el árbol del hibisco. Lo que más lo molestaba era la mujer que se reía. Esa risa provocó en él una serie de pensamientos muy curiosos: como era hijo de Isaac Ford, también podía ocurrirle lo que le había ocurrido a él. Sintió en las mejillas el leve acaloramiento del sonrojo al pensarlo y experimentó una conmovedora sensación de vergüenza. Lo que llevaba en la sangre lo horrorizaba. Era como si de repente supiera que su padre había tenido lepra y su propia sangre podía estar contaminada por tan terrible enfermedad. Isaac Ford, soldado austero del Señor, ¡menudo hipócrita! ¿Qué diferencia había entre él y cualquier raquero, esos marineros convertidos en vagabundos que viven de lo que el mar arroja a la playa? El templo del orgullo que Percival Ford había construido se desmoronaba a su alrededor.

Fueron pasando las horas mientras los militares y sus mujeres bailaban y se reían, la orquesta de nativos continuaba tocando y Percival Ford luchaba con el problema repentino y abrumador que le había caído encima. Rezaba en silencio, con el codo en la mesa y la cabeza inclinada sobre la mano, como si fuese un espectador ya cansado. En los descansos entre bailes, los militares, sus mujeres y los civiles revoloteaban hasta él y charlaban de manera convencional, y cuando volvían al *lanai* él recuperaba su lucha en el punto en el que la había dejado.

Poco a poco fue remendando su ideal hecho jirones de Isaac Ford, para lo que utilizó como hilo una idea sutil e ingeniosa, de esas que se elaboran en los laboratorios que son las mentes de los egoístas, y que funcionó. Resultaba indiscutible que su padre había sido hecho con una arcilla de mejor calidad que quienes lo rodeaban; sin embargo, Isaac se había quedado en pleno proceso de llegar a lo más alto, mientras que él, Percival Ford, lo había conseguido. Como prueba de ello, rehabilitaba a su padre y al mismo tiempo se exaltaba a sí mismo. Su ego austero adquirió proporciones colosales y él fue lo bastante grande como para perdonar. Le bastaba pensarlo para irradiar felicidad. Isaac Ford había sido grande, pero él lo era más porque podía perdonarlo e incluso devolverlo al lugar sagrado que había ocupado en su memoria, a pesar de que ese lugar ya no resultase tan sagrado como antes. Además, aplaudía a Isaac Ford por haber ignorado el resultado de su única equivocación. Él también lo ignoraría.

El baile llegaba a su fin. La orquesta había terminado *Aloha Oe* y recogía para volver a casa. Percival Ford dio unas palmadas a fin de llamar la atención del criado japonés.

—Dígale a ese hombre que quiero verlo —ordenó mientras señalaba a Joe Garland—. Dígale que venga ahora mismo.

Joe Garland se acercó y se detuvo a varios pasos de él, como señal de respeto, toqueteando nervioso la guitarra que aún llevaba en las manos. El otro no lo invitó a sentarse.

—Eres mi hermano —dijo.

—Lo sabe todo el mundo —respondió Joe, asombrado.

—Sí, eso parece —añadió, lacónico, Percival Ford—. Pero yo no lo he sabido hasta esta noche.

El hermanastro aguardó incómodo en medio del silencio que se produjo, durante el que Percival Ford pensó con frialdad lo que iba a decir a continuación.

—¿Recuerdas la primera vez que fui a la escuela y los chicos me hicieron una aguadilla? —preguntó—. ¿Por qué te pusiste de mi parte?

El hermanastro sonrió con timidez.

—¿Porque lo sabías?

—Sí, por eso.

—Pero yo no lo sabía —dijo Percival Ford en el mismo tono seco.

—Ya —dijo el otro.

Se hizo de nuevo el silencio. Los criados empezaban a apagar las luces del *lanai*.

—Ahora ya lo sabes —añadió el hermanastro con sencillez.

Percival Ford frunció el ceñó. Luego observó al otro mientras reflexionaba.

—¿Cuánto quieres a cambio de abandonar las islas y no volver nunca más? —quiso saber.

—¿Y no volver nunca más? —repitió Joe Garland con la voz entrecortada—. Esto es lo único que conozco. En otras partes hace frío. No conozco otras tierras. Aquí tengo muchos amigos. En otros sitios no oiría a nadie decir: «¡Aloha, Joe, amigo!».

—He dicho para no volver nunca más —insistió Percival Ford—. El *Alameda* zarpa mañana rumbo a San Francisco.

Joe Garland se sentía desconcertado.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. Ahora ya sabes que somos hermanos.

—Por eso —fue la respuesta—. Como tú mismo has dicho, todo el mundo lo sabe. Seré generoso contigo.

Desconcierto y bochorno abandonaron a Joe Garland por completo. Las diferencias de cuna y posición quedaron superadas e invertidas.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

—Quiero que te vayas y no vuelvas nunca —respondió Percival Ford.

En ese momento, que pasó raudo y veloz, se le concedió ver cómo su hermano se elevaba por encima de él, igual que una montaña, y sintió que él disminuía y empequeñecía hasta alcanzar una insignificancia microscópica. Pero a nadie le gusta verse como es en realidad, ni puede hacerlo durante mucho tiempo y sobrevivir. Percival Ford solo se vio a sí mismo y a su hermano desde una perspectiva real durante ese breve instante. Al minuto siguiente ya lo había vuelto a dominar su ego austero e insaciable.

—Como he dicho, seré generoso contigo. No lo pasarás mal. Te pagaré bien.

—De acuerdo —dijo Joe Garland—. Me iré.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Joe —llamó el otro—. Mañana por la mañana ve a ver a mi abogado. Te dará quinientos dólares en mano y doscientos al mes mientras te mantengas lejos.

—Eres muy amable —respondió, tranquilo, Joe Garland—. Demasiado amable. Además, creo que no quiero tu dinero. Mañana me iré en el *Alameda*.

Se marchó sin decir adiós.

Percival Ford dio unas palmadas.

—Una limonada —le dijo al japonés.

Mientras se tomaba la limonada, sonrió satisfecho durante un buen rato.

[1907]



La semilla de McCoy

El *Pyrenees*, con los costados de hierro muy hundidos en el agua debido a su carga de trigo, se balanceaba lentamente, lo que facilitaba la operación de subir a bordo al hombre que acababa de llegar en una diminuta canoa con batanga. Cuando sus ojos quedaron a la altura de la barandilla y pudo ver hacia la crujía, creyó apreciar una tenue neblina, casi indiscernible. Más bien parecía un espejismo, como si una película borrosa se hubiese desplegado de repente ante sus ojos. Sintió el impulso de frotárselos para librarse de ella y al mismo tiempo pensó que estaba envejeciendo y ya era hora de encargar unas gafas en San Francisco.

Mientras superaba la barandilla echó una ojeada hacia los elevados mástiles y luego hacia las bombas. No estaban en funcionamiento. A aquel barco grande no parecía ocurrirle nada y se preguntó por qué habría izado la señal de socorro. Pensó en sus felices isleños y deseó que no fuese por enfermedad; tal vez anduviesen cortos de agua o provisiones. Estrechó la mano del capitán, cuyo rostro demacrado y sus ojos llenos de preocupación indicaban que tenían problemas, fueran cuales fuesen. Al mismo tiempo, el recién llegado fue consciente de un leve olor indefinible. Se parecía al de pan quemado, pero era diferente.

Observó a su alrededor con curiosidad. A unos seis metros de distancia un marinero de aspecto cansado calafateaba la cubierta. Mientras lo miraba, vio que de repente y bajo sus manos se elevaba una ligera espiral de neblina que formó volutas y desapareció. Para entonces ya estaba en cubierta. Sus pies descalzos se impregnaron de un calor velado que enseguida penetró las gruesas callosidades de las plantas. Ya sabía lo que le pasaba a aquel barco. Enseguida echó una ojeada hacia proa, donde la tripulación al completo de marineros agotados lo observaba con ansiedad. La mirada de sus ojos castaño claro los abarcó a todos como una bendición y los tranquilizó, los envolvió en un manto de calma.

—¿Cuánto hace que está ardiendo, capitán? —preguntó con una voz tan amable y serena que parecía el arrullo de una paloma.

Al principio el capitán sintió que la paz y la satisfacción presentes en esa voz lo invadían, pero luego fue consciente de todo por lo que había pasado y por lo que aún estaba pasando, y eso lo llenó de rencor. ¿Qué derecho tenía aquel raquero andrajoso, con su pantalón de peto y su camisa de algodón, a sugerirles paz y satisfacción a él y a su alma exhausta, crispada? El capitán no pudo razonarlo; su resentimiento lo provocó el proceso inconsciente de las emociones.

—Quince días —respondió secamente—. ¿Quién es usted?

—Me llamo McCoy —fue la respuesta, realizada en un tono que respiraba ternura y compasión.

—Pero ¿es usted el práctico?

McCoy pasó la bendición de su mirada al hombre alto, de hombros anchos y rostro demacrado, sin afeitar que se había unido al capitán.

—Lo soy tanto como cualquiera —respondió McCoy—. Aquí todos somos prácticos, capitán, y yo conozco hasta el último centímetro de estas aguas.

Pero el capitán estaba impaciente.

—Lo que quiero es ver a las autoridades. Necesito hablar con ellas y tengo mucha prisa.

—Entonces yo le serviré.

De nuevo esa larvada insinuación de paz, ¡con su barco convertido en un horno violento bajo los pies! Las cejas del capitán se elevaron impacientes, nerviosas, y su puño se cerró como si estuviese a punto de golpear.

—¿Quién demonios es usted? —exigió saber.

—Soy el primer magistrado. —La respuesta le llegó en un tono que continuaba siendo el más suave y cordial imaginable.

El hombre alto y de hombros anchos soltó una carcajada áspera que en parte transmitía diversión pero que, en su mayoría, era puro histerismo. Tanto él como el capitán observaron a McCoy incrédulos y asombrados. Que aquel raquero descalzo ostentara una dignidad tan altisonante les resultaba inconcebible. Su camisa de algodón, desabotonada, revelaba un tórax canoso y el hecho de que no llevaba camiseta. Un sombrero de paja raído no lograba ocultar por completo el cabello andrajoso, lleno de canas, y una barba patriarcal, sin recortar, le llegaba hasta la mitad del pecho. Tal y como se mostraba ante ellos, habrían bastado dos chelines para equiparlo en cualquier tienda de ropa barata.

—¿Tiene algo que ver con el McCoy del *Bounty*? —preguntó el capitán.

—Era mi bisabuelo.

—Ah —comentó el capitán, luego se lo pensó mejor y dijo—: Yo me llamo Davenport y este es el señor Konig, mi primer oficial de cubierta.

Se dieron la mano.

—Y ahora, al grano. —El capitán hablaba muy rápido y la urgencia de una prisa enorme empujaba sus palabras—. La carga lleva más de dos semanas ardiendo. En cualquier momento podrían desatarse las llamas y por eso me dirijo a Pitcairn. Quiero vararlo en la playa o hundirlo intencionadamente para salvar el casco.

—Entonces ha cometido un error, capitán —dijo McCoy—. Tenía que haber puesto rumbo a Mangareva. Allí hay una playa estupenda, en una laguna donde el agua parece una balsa de aceite.

—Pero ahora ya estamos aquí —intervino el primer oficial—. De eso se trata: estamos aquí y tenemos que hacer algo.

McCoy negó con la cabeza sin perder su amabilidad.

—Aquí no pueden hacer nada. No hay playa. Ni siquiera hay fondeadero.

—¡Y un cuerno! —exclamó el primer oficial—. ¡Y un cuerno! —repitió con más énfasis mientras el capitán le hacía señas para que moderase el tono —. No puede venirnos con esas. ¿Dónde guardan sus barcos? Su goleta, su balandra o lo que tengan ustedes. A ver, dígamelo.

McCoy sonrió con tanta suavidad como hablaba. Su sonrisa era una caricia, un abrazo con el que rodeó al cansado primer oficial para intentar arrastrarlo a la quietud y descanso de su propia alma.

—No tenemos ni goleta ni balandra —respondió—. Y subimos las canoas a lo alto del acantilado.

—Ya me gustaría a mí verlo —bufó el primer oficial—. ¿Y cómo van hasta las otras islas? ¿Eh? Explíquemelo.

—No vamos. Yo voy a veces porque soy el gobernador de Pitcairn. Cuando era más joven iba mucho; en las goletas mercantes, pero sobre todo en el bergantín misionero. Aunque ahora ya no está y dependemos de los navíos que pasan cerca. A veces hemos disfrutado de incluso seis visitas en el mismo año, pero también hemos estado un año o más sin que pasara por aquí ni un solo barco. El suyo es el primero en siete meses.

—Entonces, ¿pretende decirme…? —empezó a preguntar el primer oficial, pero el capitán Davenport lo interrumpió.

—Ya basta. Estamos perdiendo el tiempo. ¿Qué podemos hacer, señor McCoy?

El anciano dirigió sus ojos castaños, dulces como los de una mujer, hacia la costa y tanto el capitán como el primer oficial siguieron su mirada desde el

solitario peñón de Pitcairn hasta la tripulación que se apiñaba a proa y esperaba, ansiosa, el anuncio de su decisión. McCoy no se apresuró. Pensó despacio, con calma, paso a paso, con la certidumbre de alguien a quien la vida nunca lo ha disgustado ni indignado.

—La brisa sopla ligera —dijo por fin—. Hay una fuerte corriente que lleva hacia el oeste.

—Sí, eso es lo que nos hizo navegar a sotavento.

—Sí, eso los llevó a sotavento —continuó McCoy—. Pero ahora no pueden avanzar contra esa corriente. Y, aunque pudieran, no hay playa. Perderían el barco.

Hizo una pausa durante la que el capitán y el primer oficial se miraron desesperados.

—Les diré lo que pueden hacer. El viento soplará más fuerte alrededor de la medianoche. ¿Ven el grosor de esas nubes a barlovento, más allá de aquella punta? Soplará desde allí, desde el sureste, con fuerza. Hasta Mangareva hay trescientas millas, dispónganse para partir. Allí encontrarán un buen fondo para su barco.

El primer oficial negó con la cabeza.

—Acompáñeme al camarote para consultar la carta náutica —dijo el capitán.

El ambiente en aquel camarote cerrado le pareció sofocante y tóxico a McCoy. Los ojos le escocían debido a la presencia de gases invisibles. El suelo estaba más caliente y casi resultaba insoportable para sus pies descalzos. Empezó a sudar. Miró a su alrededor casi con aprensión: aquel calor interno y maligno le parecía asombroso. Era un milagro que el camarote no estallase en llamas. Tenía la sensación de encontrarse en un horno gigante en el que el calor podría aumentar terriblemente en cualquier momento y dejarlo tan seco como una brizna de hierba.

Cuando levantó un pie y frotó la planta ardiente contra la pernera del pantalón, el primer oficial soltó una carcajada salvaje, casi como un gruñido.

—Es la antesala del infierno —dijo—. El infierno está ahí mismo, bajo sus pies.

—¡Quema! —gritó McCoy sin darse cuenta, mientras se enjugaba el rostro con un pañuelo.

—Aquí está Mangareva —dijo el capitán al inclinarse sobre la mesa y señalar un punto negro en el espacio en blanco que mostraba la carta—. Y aquí, en el medio, hay otra isla. ¿Por qué no ir hacia ella?

McCoy ni siquiera miró la carta.

—Es la isla Crescent —respondió—. No está habitada y solo sobresale entre cincuenta centímetros y un metro por encima del nivel del mar. Tiene una laguna, pero sin acceso. No, Mangareva es el lugar más cercano para lo que ustedes necesitan.

—Entonces iremos a Mangareva —dijo el capitán Davenport, interrumpiendo el gruñido de protesta del primer oficial—. Reúna a la tripulación en popa, señor Konig.

Los marineros obedecieron y empezaron a cruzar la cubierta arrastrando los pies, en un intento por darse prisa. Todos sus movimientos transmitían el agotamiento que los dominaba. El cocinero salió también para escuchar, con el grumete pegado a él.

Cuando el capitán Davenport les explicó la situación y anunció sus intenciones de navegar rumbo a Mangareva, se armó un buen alboroto. Sobre un fondo de murmullos roncos se alzaban gritos de ira que de vez en cuando se convertían en una maldición, una palabra o una frase. Una voz estridente se hizo oír por encima de las demás y dijo:

—¡Por Dios! ¡Nos ha hecho soportar un infierno durante quince días y ahora quiere que llevemos este infierno flotante otra vez a mar abierto!

El capitán no lograba controlarlos, pero la presencia amable de McCoy parecía reprenderlos y calmarlos, de manera que los murmullos y las maldiciones se fueron apagando hasta que toda la tripulación, salvo algún que otro rostro preocupado que miraba fijamente al capitán, dirigió la vista sin decir palabra hacia los picos cubiertos de verde y la costa escarpada de Pitcairn.

La voz de McCoy sonó suave como el céfiro de primavera.

—Capitán, me pareció oír a alguno de ellos decir que tenían hambre.

—Sí —fue la respuesta—. Nosotros también. En los dos últimos días solo he tomado una galleta y una cucharada de salmón. Vamos a partes iguales. Verá, cuando descubrimos que el trigo ardía, atrancamos de inmediato las escotillas para sofocar el incendio. Luego nos dimos cuenta de que en la despensa había muy poca comida, pero ya era tarde. No nos atrevimos a abrir de nuevo la bodega para buscar alimentos. ¿Que tienen hambre? Yo tengo tanta como ellos.

Volvió a hablar con los hombres y de nuevo se alzaron los gruñidos y las maldiciones, los rostros como animales ciegos de ira. El segundo y el tercer oficial de cubierta se habían acercado al capitán y permanecían junto a él en el saltillo de toldilla. Sus rostros inexpresivos mostraban más aburrimiento que otra cosa ante aquel motín de la tripulación. El capitán Davenport miró

inquisitivamente al primer oficial, que se limitó a encogerse de hombros en señal de su impotencia.

—Ya lo ve —dijo el capitán a McCoy—. No es posible obligar a la marinería a que abandone la seguridad de la costa y salga a mar abierto en un barco que se quema. Hace más de dos semanas que se ha convertido en su ataúd flotante. Están agotados, tienen hambre y están más que hartos. Intentaremos llegar a Pitcairn.

Pero la brisa soplaba sin fuerza, el fondo del *Pyrenees* estaba sucio y el buque no era capaz de luchar contra la fuerte corriente que llevaba al oeste. Después de dos horas de esfuerzo, habían retrocedido tres millas. Los marineros trabajaban con entusiasmo, como si fuesen capaces de obligar por la fuerza al *Pyrenees* a avanzar contra los elementos adversos. Pero irremisiblemente —bordada a babor y bordada a estribor— el barco acabó derivando hacia el oeste. El capitán caminaba nervioso de un lado a otro y de vez en cuando se detenía para observar las errantes volutas de humo y seguirlas hasta la parte de cubierta de la que procedían. El carpintero se dedicaba sin descanso a localizar esos puntos y, cuando los detectaba, los sellaba tanto como podía.

—Bueno, ¿qué opina? —acabó por preguntarle el capitán a McCoy, que observaba al carpintero con la curiosidad de un niño.

McCoy miró en dirección a la costa, donde la tierra desaparecía cubierta por una niebla cada vez más densa.

—Creo que sería mejor poner rumbo a Mangareva. Con la brisa que soplará, llegarán mañana por la tarde.

—¿Y si estalla el incendio? Podría hacerlo en cualquier momento.

—Dispongan los botes en las tiras de pescante. El viento llevará los botes a Mangareva si el barco empieza a arder por la bodega.

El capitán Davenport meditó durante un momento y luego McCoy oyó la pregunta que no había querido oír nunca pero que esperaba desde hacía mucho tiempo.

—No tengo cartas de Mangareva y en la carta general no es más que un puntito. No sabría buscar la entrada a la laguna. ¿Vendrá con nosotros y se ocupará de pilotar el barco?

McCoy no perdió la serenidad.

—Sí, capitán —dijo con la misma tranquilidad con la que habría aceptado una invitación a cenar—. Iré con ustedes a Mangareva.

De nuevo reunieron en popa a la tripulación y el capitán les habló desde el saltillo.

—Hemos intentado acercar el barco a tierra, pero hemos perdido terreno porque se aleja arrastrado por una corriente de dos nudos. Este caballero es el señor McCoy, primer magistrado y gobernador de la isla de Pitcairn. Nos acompañará hasta Mangareva. Ya veis que la situación no es tan peligrosa: no se habría ofrecido a hacerlo si pensara que podría perder la vida. Además, por mucho riesgo que corriésemos, si él acepta seguir a bordo, nosotros no podemos ser menos. ¿Qué os parece la idea de seguir hasta Mangareva?

Nadie alzó la voz. La presencia de McCoy, la seguridad y la calma que parecía irradiar, habían surtido efecto. Deliberaron entre ellos en voz baja. No hubo protagonistas, se mostraron unánimes y eligieron como portavoz al marinero que había hablado antes. Tan ilustre personaje se sintió abrumado por el heroísmo que tanto él como sus compañeros demostraban y, con un brillo en los ojos, gritó:

—¡Por Dios! ¡Si él va, nosotros vamos!

La marinería dejó escapar un murmullo de aceptación y se dirigió a proa.

—Un momento, capitán —dijo McCoy en el instante en que el otro se giraba para dar órdenes al primer oficial—. Antes he de volver a la costa.

El señor Konig se quedó atónito y miró a McCoy como si fuese un loco.

—¡Volver a la costa! —exclamó el capitán—. ¿Para qué? Tardará tres en horas en llegar con su canoa.

McCoy calculó la distancia y asintió con la cabeza.

—Sí. Son las seis. No llegaré a tierra hasta las nueve. El pueblo no se reunirá antes de las diez. Cuando el viento empiece a soplar esta noche, pueden empezar a bordear la corriente y recogerme mañana al amanecer.

—En nombre del buen juicio y el sentido común —estalló el capitán—, ¿para qué quiere reunir a su pueblo? ¿Es que no se da cuenta de que mi barco se quema bajo mis pies?

McCoy se mostró tan tranquilo como una balsa de aceite, en la que el enfado del otro no provocó ni la más ligera ondulación.

—Sí, capitán —arrulló como una paloma—, me doy cuenta de que su barco se quema, por eso voy a ir con ustedes a Mangareva. Pero para acompañarles he de pedir permiso. Es la costumbre. Para nosotros, que el gobernador abandone la isla se convierte en un asunto importante. Los intereses de la gente están en juego y tienen derecho a votar para conceder el permiso o denegarlo. Aunque me lo darán, eso lo sé de sobra.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Entonces, si sabe que le darán permiso, ¿para qué molestarse en pedirlo? Piense en el retraso, una noche entera.

—Es nuestra costumbre —fue la imperturbable respuesta—. Además, como gobernador, debo dejar dispuesto cómo deben comportarse durante mi ausencia.

—Pero Mangareva está a solo veinticuatro horas —objetó el capitán—, y aunque tardara seis veces más en regresar a barlovento, estaría de vuelta en una semana.

McCoy dejó que asomara su sonrisa amplia y benévola.

—A Pitcairn llegan muy pocos barcos y los que lo hacen suelen venir de San Francisco o de doblar el cabo de Hornos. Tendré mucha suerte si consigo volver en el plazo de seis meses. Podría estar fuera un año e incluso podría tener que ir hasta San Francisco para encontrar un buque que me traiga de vuelta. Mi padre salió de Pitcairn en una ocasión para estar fuera tres meses y transcurrieron dos años antes de que pudiese volver. Además, les falta comida. Si se ven obligados a saltar a los botes y el tiempo empeora podrían tardar días en llegar a tierra. Yo puedo traer dos canoas llenas de comida. Lo mejor serán los plátanos desecados. Cuando el viento empiece a soplar, ustedes luchen por acercarse a tierra: cuanto más se acerquen, más comida podré proporcionarles. Adiós.

Le tendió la mano al capitán, que se la estrechó y se negó a soltarla. Se agarraba a ella como un marinero a punto de ahogarse se agarra a un salvavidas.

—¿Cómo sé que volverá por la mañana? —preguntó.

—¡Eso mismo! —gritó el primer oficial—. ¿Cómo sabemos que no se larga para salvar el pellejo?

McCoy no respondió. Les dedicó su mirada dulce y bondadosa y a ellos les pareció que su alma les enviaba un mensaje de abrumadora certidumbre.

El capitán le soltó la mano y, tras una última mirada con la que bendijo a toda la tripulación, McCoy pasó por encima de la barandilla y bajó hasta su canoa.

El viento sopló con más fuerza y el *Pyrenees*, a pesar de la suciedad de su fondo, logró alejarse media docena de millas de la comente que llevaba al oeste. Al alba, con Pitcairn a tres millas a barlovento, el capitán Davenport distinguió dos canoas que venían hacia ellos desde allí. McCoy trepó de nuevo por el costado, saltó la barandilla y pisó la cubierta abrasadora. Le siguieron muchos fardos de plátano desecados, cada uno envuelto en hojas secas.

—Ahora, capitán —dijo—, mande girar las vergas y corra como alma que lleva el diablo. Verá, es que no soy navegante —explicó unos minutos después, cuando se encontraba junto al capitán a popa, mientras este miraba primero los mástiles y luego por encima de la borda para calcular la velocidad del *Pyrenees*—. Hasta Mangareva tendrá que gobernarlo usted. Cuando divisemos tierra, yo me ocuparé de acercarlo y meterlo en la laguna. ¿A cuánto cree que navega?

—A once nudos —respondió el capitán Davenport, mientras echaba un último vistazo al agua que pasaba junto al casco a toda velocidad.

—Once nudos. Veamos, si mantiene el ritmo, avistaremos Mangareva entre las ocho y las nueve de mañana por la mañana. A las diez, como muy tarde a las once, lo tendré en la playa. Entonces sus problemas habrán terminado.

McCoy resultaba tan convincente y persuasivo que al capitán casi le pareció que aquel momento de felicidad había llegado ya. Además, llevaba más de dos semanas sufriendo la inhumana tensión de tener que pilotar aquel barco abrasador, por lo que empezaba a sentir que ya estaba harto y superado.

Una ráfaga de viento algo más fuerte lo golpeó en la nuca y pasó silbando junto a sus orejas. Calculó el peso y miró por encima de la borda.

—El viento sopla cada vez más fuerte —anunció—. Ahora nos movemos a una velocidad más próxima a los doce nudos que a los once. Si seguimos así, esta noche reduciremos velas.

El *Pyrenees* se abrió camino entre la marejada durante todo el día, con su carga de fuego vivo. Al anochecer habían recogido juanetes y sobrejuanetes y el barco se internó volando en la oscuridad, con unas olas enormes y crestadas rugiendo tras él. El viento favorable había surtido efecto y tanto en proa como en popa se apreciaba una mejora de los ánimos. Durante la segunda guardia de cuartillo, algún espíritu despreocupado empezó a cantar y, para cuando sonaron las ocho campanas, toda la tripulación lo acompañaba.

El capitán Davenport ordenó que subieran sus mantas y las extendieran en lo alto de la caseta.

—He olvidado lo que es dormir —explicó a McCoy—. Estoy agotado, pero avíseme en cualquier momento que le parezca necesario.

A las tres de la mañana lo despertó un suave tirón en el brazo. Se sentó de inmediato y tropezó con la claraboya, aún atontado debido a lo profundo de su sueño. El viento rasgueaba su canto de guerra en las jarcias y un mar salvaje zarandeaba al *Pyrenees*. En la crujía, la barandilla de un costado se hundía primero y luego la del otro, lo que inundaba el combés muy a menudo.

McCoy gritó algo que no pudo oír. Extendió el brazo, lo agarró del hombro y lo atrajo hacia sí para acercar su oído a la boca del otro.

—Son las tres —dijo la voz de McCoy sin perder su capacidad arrulladora pero amortiguada, como si llegase desde muy lejos—. Hemos recorrido doscientas cincuenta millas. La isla Crescent se encuentra a solo treinta de nosotros y en ella no hay luz alguna. Si continuamos a esta velocidad, encallaremos y nos quedaremos sin barco y sin vida.

—¿Qué hacemos? ¿Ponernos al pairo?

—Sí, ponernos al pairo hasta el alba. Solo perderemos cuatro horas.

De manera que el *Pyrenees*, con su carga de fuego, se puso al pairo, lo que lo obligó a resistir contra un vendaval terrible y los golpes desmesurados del oleaje. No era más que un casco en cuyo interior albergaba un incendio y que en el exterior llevaba pequeñas motas humanas, agarradas en un equilibrio precario y que, tirando y halando, lo ayudaban a luchar su batalla.

—Este vendaval es de lo más extraordinario —dijo McCoy al capitán, a sotavento de la cabina—. En esta época del año no debería soplar así. Pero todo lo relacionado con las condiciones atmosféricas se ha salido de lo normal. Los alisios desaparecieron por completo y ahora resulta que el viento sopla por la aleta de los alisios. —Hizo un gesto con la mano en medio de la oscuridad, como si fuese capaz de ver a cientos de millas de distancia—. Es allá lejos, hacia el oeste. Por allí se está formando algo grande, un huracán o similar. Por suerte nos encontramos muy lejos y hacia el este. Aunque esto no es más que una breve borrasca —añadió—. No puede durar, eso se lo aseguro.

Al alba el viento ya soplaba con normalidad, pero la luz del día les reveló un nuevo peligro que había llegado en exceso. El mar estaba cubierto por una niebla o, más bien, por una bruma nacarada que recordaba a la niebla en densidad porque obstruía la visión, pero que no era más que una película sobre el agua, ya que el sol la atravesaba y la llenaba de un resplandor difuso.

La cubierta del *Pyrenees* dejaba escapar más humo que el día anterior y la alegría que reinaba entre los oficiales y la tripulación había desaparecido. A sotavento de la cocina se oía gimotear al grumete: era su primera travesía y el miedo a la muerte se había apoderado de él. El capitán vagaba de un lado al otro como alma en pena y se mordía el bigote, nervioso, mientras fruncía el ceño, incapaz de decidirse sobre qué hacer.

—¿Qué opina? —preguntó y se detuvo junto a McCoy, que desayunaba plátano desecado y una taza de agua.

McCoy terminó el plátano, dejó seca la taza y miró despacio a su alrededor. Sus ojos sonreían con ternura cuando dijo:

—Bueno, capitán, creo que deberíamos correr cuanto podamos. Las cubiertas no aguantarán eternamente. Esta mañana queman más. ¿No tendrá un par de zapatos para mí? Empieza a resultar incómodo ir descalzo.

Dos olas enormes rompieron sobre la cubierta del *Pyrenees* mientras viraba para seguir avanzando y el primer oficial expresó su deseo de poder introducir toda esa agua en la bodega, si fuese posible hacerlo sin abrir las escotillas. McCoy agachó la cabeza sobre la bitácora y observó cómo se establecía el rumbo.

—Yo la subiría un poco más, capitán —dijo—. Mientras estuvo al pairo se desvió bastante.

—Ya la he subido una cuarta —fue la respuesta—. ¿No le parece bastante?

—Yo subiría dos, capitán. El vendaval adelantó la corriente del oeste mucho más de lo que imagina.

El capitán Davenport transigió con una cuarta y media y luego subió a un mástil, acompañado de McCoy y el primer oficial, para estar atento a la presencia de tierra. Habían largado velas y el *Pyrenees* iba a diez nudos, la marejada de popa remitía con rapidez, la niebla nacarada no despejaba y, a las diez, el capitán Davenport empezó a ponerse nervioso. La tripulación al completo ocupaba sus puestos, lista para actuar al primer indicio de tierra y hacer navegar al *Pyrenees* con viento de bolina. El arrecife exterior bañado por las olas que esperaban ver en cualquier momento se encontraría peligrosamente cerca cuando se dejase vislumbrar, por fin, en medio de semejante niebla.

Transcurrió una hora más. Los tres vigías de los mástiles observaban fijamente aquel resplandor nacarado.

—¿Y si pasamos de largo y dejamos Mangareva atrás? —preguntó de repente el capitán Davenport.

McCoy, sin desviar la mirada, respondió en voz baja y tranquila:

—No se preocupe y déjelo avanzar, capitán. No podemos hacer otra cosa. Por delante tenemos el archipiélago Paumotu[14] y mil millas de arrecifes y atolones. Ya acabaremos en algún sitio.

—Pues seguiremos avanzando —dijo el capitán Davenport, demostrando su intención de bajar a cubierta—. Hemos pasado por delante de Mangareva sin verla. Sabe Dios dónde estará la siguiente isla. Ojalá hubiese subido la

otra media cuarta —confesó un minuto después—. Esa maldita corriente es capaz de acabar con cualquier marino.

—Los viejos navegantes llamaban a las Paumotu el archipiélago Peligroso —dijo McCoy, ya de vuelta en la toldilla—. Esa corriente es, en parte, responsable de ese nombre.

—En una ocasión, en Sidney, hablé con un marinero que comerciaba en las Paumotu —dijo el señor Konig—. Me contó que el seguro ascendía al dieciocho por ciento. ¿Es verdad?

McCoy sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, pero nadie asegura —explicó—. Los armadores dan por perdido un veinte por ciento anual del precio de sus goletas.

—¡Pero bueno! —gruñó el capitán Davenport—. ¡Entonces la vida de una goleta se reduce a cinco años! —Negó con la cabeza, triste, y murmuró—: ¡Qué aguas tan malas! ¡Muy malas!

Volvieron a entrar en la cabina para consultar la carta general, pero los vapores venenosos los obligaron a salir a cubierta tosiendo y jadeando.

—Aquí está la isla Moerenhout —señaló el capitán Davenport en la carta, tras extenderla en la caseta—. No puede encontrarse a más de cien millas a sotavento.

—Ciento diez. —McCoy hizo un gesto de duda con la cabeza—. Podría hacerse, pero es muy difícil. Tengo tantas posibilidades de llevar el barco a la playa como de lanzarlo contra el arrecife. Es un mal lugar, muy malo.

—Nos arriesgaremos —decidió el capitán Davenport y empezó a establecer la derrota.

A primera hora de la tarde recogieron las velas para evitar pasar de largo durante la noche y, en la guardia del segundo cuartillo, la tripulación manifestó su alegría recuperada. La tierra estaba muy cerca y sus problemas acabarían a la mañana siguiente.

El día llegó despejado, con un sol tropical abrasador. El viento del sudeste había rolado al este y permitía que el *Pyrenees* avanzase a ocho nudos. El capitán Davenport elaboró su estima con una deriva muy generosa y anunció que la isla Moerenhout quedaba a no más de diez millas de distancia. El *Pyrenees* recorrió las diez millas y otras diez millas más y los vigías situados en las espigas de los tres palos solo vieron el mar vacío y bañado por el sol.

—Os aseguro que la tierra está ahí —les gritó el capitán Davenport desde la toldilla.

McCoy le dedicó una sonrisa relajante, pero el capitán miró con furia a su alrededor, como un loco, agarró el sextante y realizó una observación

cronométrica.

—Sabía que estaba en lo cierto —casi gritó tras elaborar la observación —. Veintiún grados, cincuenta y cinco minutos de latitud sur; un grado, treinta y seis minutos, dos segundos de longitud oeste. Eso es: aún nos encontramos a ocho millas a barlovento. ¿Qué tiene usted, señor Konig?

El primer oficial consultó sus cifras y dijo en voz baja:

—Veintiún grados y cincuenta y cinco segundos, sí; pero mi longitud es un grado, treinta y seis minutos y cuarenta y ocho segundos. Eso nos sitúa muy a sotavento.

El capitán Davenport ignoró esas cifras con un silencio tan cargado de desprecio que el señor Konig apretó los dientes y maldijo con saña en voz baja.

—Desvíelo —ordenó el capitán al timonel—. Tres cuartas. Luego conserve el rumbo.

Tras lo que se concentró en volver a realizar sus cálculos. El sudor le cubría el rostro y se mordía el bigote, los labios y el lápiz mientras miraba las cifras fijamente, como se mira un fantasma. De pronto, en un arrebato poderoso y violento, arrugó el papel garabateado y lo arrojó al suelo. El señor Konig dejó ver una sonrisa rencorosa y se alejó, mientras el capitán Davenport permaneció apoyado contra la pared de la cabina, sin decir palabra durante media hora y limitándose a mirar hacia sotavento con una expresión de pensativa desesperanza en el rostro.

—Señor McCoy —rompió el silencio de repente—, la carta indica que hay un grupo de islas, aunque no dice cuántas, a unas cuarenta millas hacia el norte o nornoroeste, las islas Acteón. ¿Qué sabe de ellas?

—Son cuatro atolones a nivel del mar —respondió McCoy—. El primero hacia el sudeste es Matureivavao, que está deshabitado y no tiene entrada a la laguna. Luego viene Tenarunga, donde antes vivía una docena de personas, pero es posible que ya no quede nadie. En cualquier caso, no hay entrada para un barco, solo para un bote, porque hay una braza de profundidad. Los otros dos son Vahanga y Tenararo, sin entradas, sin habitantes y sin profundidad. En ese grupo no hay fondo para el *Pyrenees*, que sin duda naufragaría.

—¡¿Cómo es posible?! —El capitán Davenport estaba frenético—. ¡Sin habitantes y sin entradas! ¿Para qué demonios sirven esas islas? Está bien —añadió de repente, como un perro de presa alterado—, la carta muestra un montón de islas hacia el noroeste. ¿Alguna de esas tiene una entrada por la que pueda colarse mi barco?

McCoy lo pensó con calma. No recurrió a la carta porque todas esas islas, arrecifes, bajíos, lagunas, entradas y distancias estaban marcadas en la carta de su memoria. Las conocía como el habitante de una ciudad conoce sus edificios, calles y callejas.

—Los atolones de Papakena y Vanavana se encuentran hacia el oeste u oeste noroeste, a cien millas y algo más —dijo—. Uno está desierto y he oído contar que los habitantes del otro se han ido al atolón Cadmus. En cualquier caso, ninguna de las dos lagunas tiene entrada. Ahunui está a cien millas más al noroeste. Sin entrada y sin gente.

—¿A cuarenta millas de ellos no hay otras dos islas? —preguntó el capitán Davenport, levantando la cabeza de la carta marina.

McCoy negó con la cabeza.

—Son Paraoa y Manuhangi, sin entrada y sin gente. Nengonengo queda a cuarenta millas de ellas, pero tampoco tiene habitantes, ni entrada. Aunque está el atolón Hao. Esa es nuestra meta. La laguna mide treinta millas de largo y cinco de ancho. Hay gente de sobra, casi siempre se puede encontrar agua y la entrada a la laguna admite cualquier tipo de barco.

Guardó silencio y miró solícito al capitán Davenport, quien, inclinado sobre la carta con un compás de puntas fijas en la mano, acababa de dejar escapar un gemido prolongado.

—¿No hay alguna laguna con entrada que quede más cerca que el atolón Hao? —preguntó.

—No, capitán. Esa es la más cercana.

—Pues está a trescientas cuarenta millas. —El capitán Davenport hablaba despacio, con decisión—. No pienso arriesgar tantas vidas. Prefiero hundirlo en las islas Acteón. Y eso que es un barco muy bueno —añadió con pena, tras cambiar el rumbo y concederle más margen que nunca a la corriente del oeste.

Una hora más tarde el cielo se había nublado y el viento aún soplaba del sudeste, arrancando crestas blancas a la negrura del mar.

—Estaremos en la zona sobre la una —anunció muy seguro el capitán Davenport—. Y a las dos en el exterior. McCoy, usted llévelo a la playa del atolón habitado.

El sol no volvió a aparecer y a la una nadie divisó tierra. El capitán Davenport miró a popa, a la estela sesgada del *Pyrenees*.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Una corriente que lleva al este! ¡Miren!

El señor Konig se mostró incrédulo y McCoy evasivo, aunque comentó que no existían motivos por los que no debería haber una corriente hacia el

este en el archipiélago Paumotu. Varios minutos después, una racha dejó al *Pyrenees* sin viento, balanceándose intensamente en el seno de la ola.

—¿Dónde está la sonda de mano? ¡Échenla! —El capitán Davenport sujetó la sondaleza y la vio abatir al noreste—. ¡Ahí está! ¿Lo ven? Sujétenla ustedes mismos.

McCoy y el primer oficial la sujetaron y sintieron la vibración salvaje de la sondaleza al contacto de la corriente de marea.

—Una corriente de cuatro nudos —dijo el señor Konig.

—Que lleva al este en lugar de al oeste —añadió el capitán Davenport, mientras le lanzaba una mirada acusadora a McCoy, como si quisiera culparlo de que así fuese.

—Ese es uno de los motivos por los que asegurar un barco en estas aguas cuesta lo que cuesta, capitán —respondió McCoy alegremente—. Nunca se sabe qué va a pasar. Las corrientes cambian de continuo. A bordo del velero Casco iba un hombre que escribía libros, aunque no recuerdo cómo se llamaba, pero debido a estas corrientes pasó a treinta millas del atolón Takaroa y llegó a la isla de Tikei. Ahora estamos a barlovento y será mejor que se desvíe varias cuartas.

—Pero ¿cuánto me ha arrastrado esta comente? —preguntó furioso el capitán—. ¿Cómo sabré cuánto debo desviarme?

—No lo sé, capitán —respondió McCoy con gran delicadeza.

Volvió a soplar el viento y el *Pyrenees* corrió hacia sotavento, mientras su cubierta humeaba y resplandecía en la luz gris que lo rodeaba. Después dio bordadas a babor y a estribor, entrecruzando su nimbo, rastreando el mar en busca de las Acteón, que los vigías situados en las espigas de los palos no conseguían ver.

El capitán Davenport estaba superado. Su ira se volvió hosco silencio y dedicó la tarde a recorrer la toldilla de un lado a otro o a apoyarse en los obenques de barlovento. Al caer la noche, sin siquiera consultar a McCoy, aproó al noroeste. El señor Konig, que consultó carta y bitácora subrepticiamente, y McCoy, que examinó sin disimulos la bitácora, supieron que corrían hacia el atolón Hao. A media noche cesó el ventarrón y salieron las estrellas: la promesa de un día despejado animó al capitán Davenport.

—Por la mañana elaboraré una observación —le dijo a McCoy—, aunque no tengo clara la latitud, pero usaré el método Summer para establecerla. ¿Conoce la línea Summer?

A continuación se la explicó a McCoy con todo lujo de detalles.

El día amaneció despejado, el viento soplaba con regularidad desde el este y el *Pyrenees* avanzaba a nueve nudos al mismo ritmo constante. El capitán y el primer oficial calcularon su posición con la línea Summer y estuvieron de acuerdo; a mediodía volvieron a estar de acuerdo y luego verificaron la observación de la mañana con la de la tarde.

—Estaremos allí dentro de otras veinticuatro horas —aseguró el capitán Davenport a McCoy—. Es un milagro que las cubiertas aguanten como lo hacen. Aunque no durarán mucho más. No. Mire cómo echan humo, cada día más. Sin embargo, eran herméticas, recién calafateadas en San Francisco. Me llevé una sorpresa cuando prendió el fuego y trincamos las escotillas. ¡Mire!

Se interrumpió para observar boquiabierto una espiral de humo que se enroscaba y se retorcía a sotavento del palo mesana, seis metros por encima de la cubierta.

—¿Cómo ha llegado eso ahí? —preguntó indignado.

No se veía humo por debajo, así que debía haber ascendido desde la cubierta, protegido del viento por el mástil, para, debido a alguna rara casualidad, adoptar su forma a esa altura y hacerse visible. Se alejó del mástil retorciéndose y durante un segundo permaneció colgado sobre el capitán como un augurio inquietante, pero el viento se lo llevó enseguida y el capitán cerró la boca.

—Como le decía, cuando trincamos las escotillas me llevé una sorpresa. Las cubiertas eran herméticas, pero dejaban pasar el humo como un colador. Desde entonces no dejamos de calafatear. Abajo tiene que haber una presión tremenda para que se filtre tanto humo.

Esa tarde el cielo se cubrió otra vez y llegaron las lloviznas y las borrascas. El viento soplaba unas veces desde el sureste y otras desde el noreste, cambiando sin descanso, y a medianoche el *Pyrenees* quedó en facha debido a una fuerte ráfaga de sureste, punto desde el que el viento continuó soplando a intervalos.

—No llegaremos a Hao hasta las diez o las once —se quejó el capitán Davenport a las siete de la mañana, cuando las masas nubosas que se veían al este ya habían borrado la fugaz promesa del sol. Al instante preguntó en tono de queja—: ¿Y qué hacen las corrientes?

Los vigías situados en las espigas de los palos no vieron tierra y el día transcurrió entre calmas, durante las que lloviznaba, y borrascas violentas. Al llegar la noche, una mar gruesa empezó a levantarse al oeste. El barómetro había caído a 29.50. No soplaba el viento, pero las olas amenazadoras eran cada vez más grandes. Muy pronto el *Pyrenees* corría desenfrenado entre las

olas gigantescas que llegaban desde la oscuridad del oeste en una procesión infinita. Redujeron velas a la máxima velocidad de las dos guardias juntas y, cuando la tripulación agotada hubo terminado, las voces quejumbrosas y descontentas de todos sus miembros, extrañamente amenazadoras y algo salvajes, se oyeron en la oscuridad. Hubo un momento en el que llamaron a popa a la guardia de estribor para trincar y hacer firmes las velas y que los hombres aprovecharon a fin de anunciar abiertamente su reticencia y hosquedad. Cada movimiento lento se convertía en una protesta y una amenaza. El aire era húmedo y pegajoso, denso, y cuando el viento dejaba de soplar todo el mundo jadeaba y luchaba por respirar. Se apreciaba fácilmente el sudor en los rostros y brazos desnudos, y el capitán Davenport —el rostro más demacrado y agobiado que nunca, los ojos preocupados y fuera de las órbitas— se sentía angustiado porque presentía que el desastre estaba a punto de ocurrir.

—Está lejos, hacia el oeste —dijo McCoy para darle ánimo—. En el peor de los casos solo nos acercaremos a su borde.

Pero el capitán Davenport no quiso dejarse consolar y a la luz de un farol leyó, en su *Epítome*, el capítulo dedicado a la estrategia de los capitanes en medio de un ciclón. En algún punto a crujía, los gemidos en voz baja del grumete rompieron el silencio.

—¡Cállate! —gritó de repente el capitán Davenport, con tanta intensidad que sobresaltó a todos y asustó al culpable hasta el punto de provocarle un aullido de terror.

—Señor Konig —dijo el capitán, la voz temblorosa de ira y nervios—, ¿sería tan amable de acercarse hasta allí y taparle la boca a ese mocoso con un lampazo?

Pero fue McCoy quien se acercó y en pocos minutos logró consolar y dormir al chico.

Poco antes del alba empezaron a soplar las primeras brisas desde el sudeste, que enseguida se hicieron más fuertes. La tripulación al completo se encontraba en cubierta, a la espera de comprobar lo que esos vientos podían esconder.

—No corremos peligro, capitán —dijo McCoy, pegado a su hombro—. El huracán se encuentra al oeste y nosotros estamos al sur de él. El viento no soplará con más fuerza. Puede empezar a ponerle velas.

—¿Y de qué me servirá? ¿Hacia dónde navego? Este es el segundo día sin poder tomar observaciones y teníamos que haber avistado el atolón de Hao

ayer por la mañana. ¿Hacia dónde queda? ¿Norte, sur, este o qué? Dígamelo y cargaré velas en un segundo.

—No soy oficial de derrota, capitán —dijo McCoy en su tono afable.

—Yo me tenía por uno, antes de internarme en este archipiélago Paumotu —fue la respuesta.

A mediodía, el vigía gritó: «¡Rompientes a la vista!». Se dio orden de desviar al *Pyrenees* y de largar y cazar una vela tras otra. El *Pyrenees* se deslizaba luchando contra una comente que amenazaba con arrojarlo sobre las rompientes. Los oficiales y la marinería trabajaban como posesos, y todo el mundo echaba una mano, incluidos el cocinero, el grumete, el capitán Davenport y McCoy. Se libraron por los pelos. Se trataba de un bajío, un lugar peligroso y desolado contra el que las olas rompían sin descanso, donde resultaba imposible vivir y en el que ni siquiera las aves marinas lograban posarse. El *Pyrenees* fue empujado a menos de cien metros de él antes de que el viento lo librarse del peligro y en ese momento la tripulación jadeante, tras cumplir con su deber, soltó un torrente de maldiciones contra McCoy; sí, contra McCoy, que había subido a bordo y propuesto la travesía hasta Mangareva, alejándolos de la seguridad que les ofrecía la isla Pitcairn y llevándolos a una destrucción inevitable en aquel trecho de mar implacable y desconcertante. Pero el alma tranquila de McCoy no se inmutó. Les sonrió con una benevolencia inocente y generosa y, de alguna manera, su elevada bondad penetró en las almas negras y sombrías de aquellos hombres y los hizo avergonzarse, acallando las maldiciones que vibraban en sus gargantas.

—¡Qué malas aguas son estas! ¡Qué malas aguas! —murmuró el capitán Davenport mientras su barco pasaba de largo.

Aunque guardó silencio de repente para mirar el bajío que debía estar directamente a popa, pero que ya se encontraba en la aleta de barlovento del *Pyrenees* y lo bordeaba a toda velocidad.

Se sentó y se tapó la cara con las manos. Entonces el primer oficial, McCoy y la tripulación vieron lo que él había visto. Al sur del bajío una corriente que avanzaba hacia el este los había arrojado contra él y, al norte del bajío, otra corriente igual de rauda pero rumbo al oeste había agarrado al barco y lo alejaba del peligro.

—Ya había oído hablar de las Paumotu —gimió el capitán mientras apartaba las manos del rostro—. El capitán Moyendale me habló de ellas después de perder su barco en la zona. Y yo me reí de él a sus espaldas. Que Dios me perdone por haberme reído de él. ¿Qué bajío es ese? —Se interrumpió para preguntarle a McCoy.

—No lo sé, capitán.

—¿Por qué no lo sabe?

—Porque no lo había visto nunca, ni había oído hablar de él. Sé que no aparece en ninguna carta. Estas aguas nunca han sido cartografiadas a fondo.

—Entonces, ¿no sabe dónde nos encontramos?

—Tanto como usted —dijo McCoy en tono amable.

A las cuatro de la tarde divisaron unos cocoteros que en apariencia crecían en el agua y poco después emergieron las tierras bajas de un atolón.

—Ahora ya sé dónde estamos, capitán. —McCoy apartó los prismáticos de los ojos—. Eso es la isla Resolución. Hemos dejado el atolón Hao a cuarenta millas y tenemos el viento en contra.

—Entonces nos prepararemos para vararlo. ¿Dónde está la entrada?

—Solo hay un paso para canoas. Pero ahora que sabemos dónde estamos podemos navegar hacia Barclay de Tolley. Está a solo ciento veinte millas náuticas de aquí, en dirección nornoroeste. Con este viento llegaremos mañana, a las nueve de la mañana.

El capitán Davenport consultó la carta y se lo pensó.

—Si naufragamos aquí —añadió McCoy—, tendremos que ir igual hasta Barclay de Tolley, pero en los botes.

El capitán dio órdenes y, una vez más, el *Pyrenees* se dispuso a recorrer aquel mar inhóspito.

A media tarde del día siguiente, la desesperación y las ganas de amotinarse llenaban la cubierta humeante del barco. La comente se había acelerado, el viento ya no soplaba con fuerza y el *Pyrenees* derivaba hacia el oeste. El vigía divisó Barclay de Tolley hacia el este, apenas visible desde la espiga del palo, y durante horas, en vano, el *Pyrenees* intentó barloventear para acercarse al atolón. En todo momento, como un espejismo, los cocoteros se asomaban por el horizonte, solo visibles desde lo más alto del palo, porque el abombamiento del mundo los ocultaba a la vista de quienes ocupaban la cubierta.

El capitán Davenport volvió a consultar la carta y a McCoy. Makemo se encontraba a setenta millas al sudoeste y tenía una laguna que medía treinta millas de largo, con una entrada muy buena. El capitán Davenport dio órdenes y la tripulación se negó a cumplirlas. Dijeron que estaban hartos de navegar con los fuegos del infierno bajo los pies y que allí, delante de ellos, había tierra. ¿Qué más daba que el barco no pudiese llegar? Podían alcanzarla en los botes. Que se quemase el barco, a ellos les importaba más salvar sus vidas.

Hasta entonces se habían ocupado fielmente del buque, ahora iban a ocuparse de sí mismos.

Corrieron hacia los botes, apartando a un lado al segundo y tercer oficial, y procedieron a moverlos con el pescante para arriarlos. El capitán Davenport y el primer oficial, revólver en mano, avanzaban hacia el saltillo de toldilla cuando McCoy, que se había subido al techo de la cabina, empezó a hablar.

Se dirigió a los marineros, quienes, al primer sonido de su voz susurrante, se detuvieron para escuchar. Les transmitió su paz y serenidad indescriptibles. Su voz suave y sus ideas sencillas fluyeron hasta ellos siguiendo un cauce mágico y los tranquilizaron a su pesar. Volvieron a sentir cosas olvidadas desde hacía mucho tiempo y algunos recordaron las nanas de la niñez y la satisfacción y el descanso que proporcionaban los brazos maternos al final del día. En el mundo ya no quedaban problemas, peligros o contrariedades. Todo era como debería ser e inevitablemente darían la espalda a tierra y se harían de nuevo a la mar con los fuegos del infierno bajo los pies.

McCoy habló con sencillez, pero no fue lo que dijo, sino su personalidad la que se expresó con más elocuencia que cualquier palabra que pudiese pronunciar. Era un poder mágico del alma ocultamente sutil y profundamente intenso, una misteriosa emanación del espíritu, seductora, de una humildad pura y terriblemente absorbente. Era una luz que iluminaba las oscuras criptas de sus almas, una exigencia de pureza y mansedumbre muy superior a la que residía en los relucientes revólveres de los oficiales, que amenazaban con la muerte.

Los hombres titubearon de mala gana sin moverse del sitio y los que habían soltado los cabos volvieron a hacerlos firmes. Luego, uno a uno al principio y después todos, empezaron a alejarse torpemente.

El rostro de McCoy irradiaba alegría infantil cuando se bajó del techo de la cabina. Ya no había problemas, aunque no pensaba que fuera porque él los hubiese evitado. No, en realidad los problemas nunca habían existido: en el mundo feliz que él habitaba no quedaba sitio para ellos.

—Los ha hipnotizado —le dijo el señor Konig en voz baja y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esos hombres son buenos —fue la respuesta—. Tienen buen corazón. Lo han pasado mal, se han esforzado y seguirán haciéndolo hasta el final.

Al señor Konig no le dio tiempo a contestar porque de inmediato se puso a dar órdenes que los marineros obedecieron al instante y el *Pyrenees* se fue inclinando poco a poco a sotavento hasta que su proa señaló en dirección a Makemo.

La brisa soplaba sin fuerza y tras ponerse el sol casi cesó por completo. Hacía un calor insoportable y, tanto en proa como en popa, los hombres luchaban en vano por dormir. La cubierta quemaba demasiado como para tumbarse sobre ella y los vapores venenosos que brotaban entre las junturas se movían sigilosamente, como espíritus malignos, sobre el barco, colándose en las narices y las tráqueas de los incautos y provocando ataques de tos y de estornudos. Las estrellas parpadeaban, perezosas, en la tenue bóveda celestial y la luna llena, que salía al este, rozaba con su luz la miríada de volutas, hilos y delgadas películas de humo que se entrelazaban, entretejían y retorcían a lo largo de la cubierta, por encima de las barandillas y hacia lo alto de mástiles y obenques.

—Dígame —empezó a hablar el capitán Davenport mientras se frotaba los ojos, que le escocían—. ¿Qué pasó con los del *Bounty* después de que llegaran a Pitcairn? El relato que leí contaba que quemaron el barco y que nadie los descubrió hasta muchos años más tarde. Pero ¿qué ocurrió mientras tanto? Siempre he sentido curiosidad. Eran hombres con la soga al cuello; y había nativos, además de mujeres. Debieron de surgir problemas desde el principio.

—Así fue —respondió McCoy—. Eran mala gente. Enseguida se pelearon por las mujeres. Williams, uno de los amotinados, perdió a su esposa. Todas las mujeres eran tahitianas y la suya se despeñó en los acantilados cuando cazaba aves marinas, así que le quitó la mujer a uno de los nativos. Los nativos se enfadaron y mataron a una buena parte de los amotinados. Después, los amotinados que habían logrado escapar atacaron a los nativos con la ayuda de las mujeres de la isla, de manera que los nativos se mataron entre sí. Se mataron los unos a los otros. Eran malos.

»A Timiti lo mataron dos nativos mientras le peinaban el pelo en señal de amistad. Los habían enviado los blancos para que lo hicieran y, después, esos mismos blancos acabaron con ellos. La mujer de Tullaloo lo mató en una cueva porque quería a un blanco como esposo. Eran muy malos. Dios los había abandonado. Al cabo de dos años todos los hombres nativos habían sido asesinados y también todos los blancos, excepto cuatro. Eran Young, John Adams, McCoy, que fue mi bisabuelo, y Quintal, que era muy malo. En una ocasión, solo porque su mujer no había pescado suficiente para él, le arrancó la oreja de un mordisco.

—¡Yaya panda de gentuza! —exclamó el señor Konig.

—Sí, eran malas personas —convino McCoy y siguió contando, en su tono susurrante y sin perder la serenidad, la mala sangre y la lujuria de sus

perversos antepasados—. Mi bisabuelo se libró de morir asesinado para acabar matándose a sí mismo. Fabricó un alambique y destiló alcohol de las raíces de la planta Ti. Quintal era su compinche y se emborrachaban juntos a todas horas. Al final, McCoy sufrió *delirium tremens*, se ató una piedra al cuello y saltó al mar.

»La mujer de Quintal, a la que le había arrancado la oreja, también murió al caerse del acantilado. Entonces Quintal fue a ver a Young y le exigió que le entregase a su mujer; luego hizo lo mismo con Adams. Adams y Young tenían miedo de Quintal. Sabían que los mataría, así que lo mataron a cuatro manos con un hacha. Después murió Young y se acabaron los problemas.

—Sería de esperar —resopló el capitán Davenport—. Ya no quedaba nadie a quien matar.

—Es que Dios los había abandonado —dijo McCoy.

Por la mañana solo soplaba una leve brisa desde el este que no permitía avanzar en dirección sur de forma apreciable, así que el capitán Davenport viró para navegar ciñendo, cerrando el viento por babor. Temía a esa espantosa corriente en dirección oeste que ya lo había apartado de tantos puertos en los que buscar refugio. La calma continuó durante todo el día y toda la noche, mientras los marineros, obligados a contentarse con una escasa ración de plátano desecado, protestaban. Además, empezaban a sentirse débiles y se quejaban de dolor de estómago, provocado por lo limitado de la dieta. Durante todo el día la corriente desvió al *Pyrenees* hacia el oeste, sin viento que lo empujase hacia el sur. En medio de la guardia del primer cuartillo, se divisaron unos cocoteros al sur, cuyas copas despeinadas se alzaban sobre el mar e indicaban que bajo ellos se extendían las tierras bajas de un atolón.

—Es el atolón Taenga —dijo McCoy—. Necesitamos que esta noche sople el viento o pasaremos de largo y dejaremos Makemo atrás.

—¿Qué pasa con los alisios del sudeste? —quiso saber el capitán—. ¿Por qué no soplan? ¿Qué ocurre?

—Es por la evaporación de las grandes lagunas. Hay demasiadas —explicó McCoy—. La evaporación altera todo el sistema de los alisios. Incluso provoca que el viento retroceda y sople con fuerza desde el suroeste. Por algo a las Paumotu también se las llama el archipiélago Peligroso, capitán.

El capitán Davenport miró al anciano, abrió la boca y estuvo a punto de maldecir, pero se detuvo y guardó silencio. La presencia de McCoy era un reproche a todas las blasfemias que se agitaban en su cabeza y temblaban en

su laringe. La influencia de McCoy había ido aumentando durante los muchos días que llevaban juntos. El capitán Davenport era un déspota del mar que no temía a nadie ni medía sus palabras, y ahora descubría que no era capaz de maldecir en presencia de aquel anciano de ojos castaños y femeninos que hablaba con voz de paloma. Al darse cuenta, el capitán Davenport experimentó una fuerte conmoción: aquel anciano era la semilla de McCoy, del McCoy del *Bounty*, el amotinado que huyó de la soga que lo esperaba en Inglaterra, del McCoy que era una autoridad del mal en los primeros tiempos de sangre, lujuria y muerte violenta en la isla Pitcairn.

El capitán Davenport no era un hombre religioso, pero en aquel momento sintió el absurdo impulso de arrojarse a los pies del otro y decirle algo, aunque no sabía qué. Lo que lo había conmovido tan profundamente era una emoción, más que un pensamiento coherente, y de una forma imprecisa fue consciente de su propia indignidad e insignificancia en presencia de aquel hombre que poseía la sencillez de un niño y la ternura de una mujer.

Aunque, por supuesto, no podía humillarse de esa forma ante la mirada de sus oficiales y su tripulación. Sin embargo, todavía bullía en él la ira que había provocado la blasfemia. De repente pegó un puñetazo contra la pared de la cabina y gritó:

—Escuche, anciano, no me rendiré. Estas Paumotu me han engañado, se han burlado de mí y me han confundido, pero me niego a rendirme. Pienso seguir adelante con este barco, siempre adelante, cruzando las Paumotu y llegando a China si es necesario, hasta que encuentre una cama donde depositarlo. Aunque todos deserten, yo me quedaré. Le daré una lección a las Paumotu: no podrán conmigo. Este es un buen barco y seguiré a bordo mientras quede un solo tablón en pie. ¿Me ha oído?

—Y yo me quedaré con usted, capitán —dijo McCoy.

Durante la noche una brisa ligera y desconcertante sopló desde el sur y el frenético capitán, con su carga de fuego, no dejó de observar y calcular su deriva hacia el oeste, y a veces se alejaba él solo para poder maldecir en voz baja, sin que McCoy lo oyera.

La luz del alba les permitió ver más palmeras saliendo del agua, al sur.

—Esa es la punta de sotavento de Makemo —dijo McCoy—. Katiu se encuentra a pocas millas al oeste. Tal vez lleguemos allí.

Pero la corriente pasaba entre ambos atolones y los arrastró hacia el noroeste, de manera que a la una de la tarde vieron alzarse sobre el mar las palmeras de Katiu para, enseguida, volver a desaparecer.

Pocos minutos después, en el momento en que el capitán descubría que una nueva corriente procedente del noreste se había apoderado del *Pyrenees*, los vigías avistaron cocoteros al noroeste.

—Es Raraka —dijo McCoy—. Sin viento, no lo conseguiremos. La comente nos arrastra hacia el suroeste. Pero debemos tener cuidado porque unas millas más adelante la corriente fluye en dirección norte y vira en círculo hacia el noroeste. Eso nos alejaría de Fakarava, el lugar en el que acomodar al *Pyrenees*.

—Ya nos puede alejar tanto como le dé la gana —insistió, acalorado, el capitán—. Pase lo que pase encontraremos una cama para el barco.

Pero la situación a bordo se acercaba a su punto álgido. La cubierta quemaba tanto que un aumento de unos pocos grados en la temperatura podría bastar para hacerla estallar en llamas. En muchos lugares, ni siquiera los zapatos de suelas gruesas que calzaban los marineros servían de protección y se veían obligados a pisar ligero para no chamuscarse los pies. La cantidad de humo había aumentado y era más acre, por lo que todos tenían los ojos inflamados y tosían y se ahogaban como una tripulación de tuberculosos. Por la tarde movieron los botes con el pescante y los equiparon; en ellos almacenaron las últimas provisiones de plátanos desecados y los instrumentos de los oficiales. El capitán Davenport incluso guardó el cronómetro en la lancha, por miedo a que la cubierta saltara por los aires en cualquier momento.

Esa aprensión pesó sobre todos ellos durante la noche y, al rayar el alba, se miraron los unos a los otros con los ojos hundidos y los rostros cadavéricos, sorprendidos de que el *Pyrenees* aún aguantase y ellos siguiesen vivos.

Caminando a buen paso e incluso a veces cayendo en la indignidad de pegar saltitos y echar una carrerita, el capitán Davenport inspeccionó la cubierta de su barco.

—Es cuestión de horas. O puede que de minutos —anunció al regresar a la toldilla.

Entonces, procedente de la espiga del palo, se oyó el grito que anunciaba tierra. Desde la cubierta no se veía y McCoy subió a la arboladura, mientras el capitán aprovechaba la oportunidad para maldecir y librarse así de la amargura que le atenazaba el corazón. Aunque frenó en seco sus maldiciones al ver una línea oscura sobre el agua al noreste. No era una racha de viento, sino una brisa uniforme: los alisios interrumpidos, alejados ocho cuartas de su dirección, pero soplando de nuevo.

—Mantenga el rumbo, capitán —dijo McCoy en cuanto volvió a la toldilla—. Esa es la punta de levante de Fakarava y cruzaremos el paso a toda velocidad, el viento por través y todas las velas llenas.

Al cabo de una hora los cocoteros y la tierra baja ya se veían desde la cubierta. La sensación de que el fin de la resistencia del *Pyrenees* era inminente pesaba sobre todos y les afectaba. El capitán Davenport mandó bajar los tres botes y situarlos a popa, con un hombre en cada uno para mantenerlos apartados. El *Pyrenees* bordeó la costa del atolón, blanca de espuma, a solo algo más de doscientas brazas de distancia.

—Prepárese para virar por redondo, capitán —advirtió McCoy.

Un minuto después, la tierra se abrió y dejó a la vista un paso estrecho y una laguna como un plato que medía treinta millas de largo y diez de ancho.

—Ahora, capitán.

Las vergas del *Pyrenees* viraron por última vez para obedecer al timón e introducirse en el pasaje. Casi no habían dado vueltas los cables en los carretes ni se había adujado nada cuando marineros y oficiales corrieron hacia la toldilla presos del pánico. No había ocurrido nada, pero afirmaban que algo iba a pasar. No sabían por qué, pero sí que estaba a punto de ocurrir. McCoy empezó a adelantarse para ocupar su puesto en proa y guiar al barco al interior de la laguna, pero el capitán lo agarró por el brazo y lo retuvo.

—Hágalo desde aquí —dijo—. La cubierta no es segura. ¿Qué ocurre? —preguntó al instante—. Nos hemos detenido.

McCoy sonrió.

—Nos enfrentamos a una corriente de siete nudos, capitán —dijo—. Así es como sale el reflujo por ese pasaje.

Al cabo de otra hora el *Pyrenees* a duras penas había avanzado lo mismo que medía de eslora, pero el viento empezó a soplar más fuerte y el barco aumentó velocidad.

—Será mejor que algunos pasen a los botes —ordenó el capitán Davenport.

Aún sonaba su voz y los hombres comenzaban a moverse para obedecer, cuando la cubierta de crujía del *Pyrenees*, convertida en una masa de humo y fuego, saltó por los aires hasta las velas y las jarcias, donde una parte de ella se quedó y el resto cayó al mar. Llevar el viento por el través fue lo que salvó a los hombres apiñados en popa. Corrieron como locos hacia los botes, pero la voz de McCoy, con su convincente mensaje de inmensa calma y tiempo sin fin, los detuvo.

—Despacio —les dijo—. Todo va bien. Por favor, que alguien ayude a bajar a ese grumete.

El hombre que iba al timón lo abandonó dejándose llevar por el miedo, pero el capitán consiguió agarrarlo a tiempo de evitar que el barco guiñase debido a la corriente y acabase embarrancando.

—Será mejor que se ocupe de los botes —le dijo al señor Konig—. Ate uno en corto, justo bajo la aleta. Así solo tendré que saltar cuando llegue el momento.

El señor Konig dudó, pero luego pasó por encima de la barandilla y bajó hasta el bote.

—Desvíelo media cuarta, capitán.

El capitán Davenport se sobresaltó. Creía que estaba solo en el barco.

—Sí, sí, media cuarta —respondió.

En la crujía el *Pyrenees* era un horno abierto y en llamas, del que surgía un volumen inmenso de humo que se elevaba por encima de los palos y ocultaba por completo la parte delantera del barco. McCoy, al amparo de los obenques de mesana, continuaba con la complicada tarea de introducir el buque en el intrincado canal. El fuego se extendía por la cubierta hacia proa y la elevada torre de velas del palo mayor fue pasto de las llamas y se convirtió en una cortina de fuego. Sabían que el viento aún llenaba las velas por delante del trinquete, a pesar de que no podían verlas.

—Esperemos que no se quemen todas las velas antes de conseguir entrar —gimió el capitán.

—Lo conseguiremos —aseguró McCoy con una confianza suprema—. Tenemos tiempo de sobra y lo conseguiremos. Una vez dentro, viraremos y así alejaremos el humo y evitaremos que el fuego avance hacia proa.

Una llamarada ascendió por el palo de mesana, quiso alcanzar las velas más bajas, no lo consiguió y desapareció. Desde el cielo, un pedazo de cabo ardiendo cayó sobre el cuello del capitán, que actuó con la celeridad de alguien a quien ha picado una avispa y se frotó la piel con fuerza para librarse del molesto fuego.

—¿Qué rumbo lleva, capitán?

—Noroeste cuarta al oeste.

—Manténgalo oeste noroeste.

El capitán Davenport manipuló el timón para hacer lo que McCoy le pedía.

—Oeste cuarta al noroeste, capitán.

—Oeste cuarta al noroeste. Hecho.

—Y ahora oeste.

Despacio, cuarta a cuarta, al adentrarse en la laguna, el *Pyrenees* describió el círculo que lo dejó con el viento de popa; y cuarta a cuarta, con la serena certidumbre de quien tiene mil años de tiempo para actuar, McCoy fue salmodiando el rumbo a seguir.

—Otra cuarta, capitán.

—Otra cuarta. Hecho.

El capitán Davenport giró la rueda del timón, invirtiendo la marcha de repente, y luego la ajustó para controlar la posición.

—Mantenga el rumbo.

—Hecho.

A pesar de que el viento ahora soplaba de popa, el calor resultaba tan intenso que el capitán Davenport se vio obligado a lanzar miradas de reojo a la bitácora y a soltar el timón, primero con una mano y luego con la otra, para frotar o proteger sus mejillas, que empezaban a ampollarse. La barba de McCoy crujía y se arrugaba, y el olor que despedía llegó a los orificios nasales del otro y lo obligó a mirarlo con repentino interés. El capitán soltaba las cabillas del timón alternativamente para frotar las ampollas del dorso de las manos contra los pantalones. Todas las velas del palo de mesana desaparecieron en una ola de fuego, lo que obligó a los dos hombres a agacharse y protegerse el rostro.

—Ahora —dijo McCoy mientras miraba de reojo hacia la orilla a nivel del mar—, cuatro cuartas a barlovento, capitán, y déjelo arribar.

Jirones de velas y pedazos de cabos ardiendo caían sobre y alrededor de ellos. El humo alquitranado de un pedazo de maroma que ardía con rescoldo a los pies del capitán le provocó un violento ataque de tos durante el que logró no soltar las cabillas.

El *Pyrenees* encalló, con la proa en alto, y se deslizó suavemente hacia delante hasta detenerse. Una lluvia de fragmentos en llamas, desplazados por el golpe, cayó sobre ellos. El barco volvió a avanzar hacia delante y encalló por segunda vez. Aplastó el frágil coral bajo la quilla, avanzó un poco más y embarrancó por tercera vez.

—Todo a la banda —dijo McCoy—. ¿Todo a la banda? —preguntó con delicadeza un minuto después.

—No responde.

—No importa. Está virando. —McCoy miró por encima del bordo—. La arena es blanca y suave. No podíamos pedir nada mejor. Una cama preciosa.

Mientras el *Pyrenees* viraba y apartaba la popa del viento, una tremenda explosión de humo y fuego brotó cerca de donde los dos hombres se encontraban. El capitán Davenport soltó el timón debido al dolor insoportable de la carne achicharrada, cogió el cabo del bote que aguardaba bajo la aleta y buscó a McCoy, que se encontraba a su lado, para hacerlo bajar.

—Usted primero —gritó el capitán, mientras lo agarraba con fuerza del hombro y casi lo arrojaba por encima de la barandilla.

Pero las llamas y el humo eran excesivos, así que saltó pegado a McCoy y los dos hombres descendieron, balanceándose juntos, por el cabo hasta llegar al bote. El marinero que estaba a proa cortó el cabo con un cuchillo sin esperar a que le dieran la orden, los remos, ya preparados, se hundieron en el agua y el bote salió disparado.

—Una cama preciosa, capitán —murmuró McCoy mientras miraba hacia atrás.

—Sí, una cama preciosa y todo gracias a usted —fue la respuesta.

Los tres botes avanzaron hacia la blanca playa de coral molido, tras la que, al borde de un palmeral, se veía media docena de cabañas con techo de paja y una veintena o más de agitados nativos que miraban, con los ojos abiertos como platos, aquel incendio que había llegado a tierra.

Los botes encallaron y los hombres pisaron la playa de arena blanca.

—Y ahora —dijo McCoy—, tengo que ocuparme de regresar a Pitcairn.

[1908]



La casa de Mapuhi

APESAR DE LA TOSCA PESADEZ de sus líneas, la *Aorai* se manejaba con facilidad en la suave brisa y su capitán la hizo entrar sin problemas antes de ponerse en facha, tras dejar atrás el punto de succión de la resaca. El atolón Hikueru era un círculo de arena de coral molido que medía cien metros de ancho, veinte millas marinas de circunferencia y entre un metro y metro y medio de altura sobre la marca de la pleamar. En el fondo de la laguna, grande y cristalina, había muchos moluscos perlíferos y desde la cubierta de la goleta se veía trabajar a los buceadores, al otro lado del delgado círculo del atolón. Pero la laguna no tenía acceso ni para una sencilla goleta mercante. Con viento favorable, las balandras lograban adentrarse en el tortuoso canal de aguas poco profundas, pero las goletas permanecían en el exterior y enviaban sus botes a la laguna.

La *Aorai* movió con el pescante uno de los botes, a cuyo interior saltó media docena de marineros de piel morena que solo vestían taparrabos color escarlata y que se ocuparon de los remos, mientras que en la tilla de popa, a cargo del timón, permanecía de pie un joven ataviado con el blanco de los trópicos que caracteriza al europeo. Aunque él no era totalmente europeo: la raza áurea de la Polinesia se revelaba en su piel clara bañada por el sol y arrojaba brillos y luces doradas a través del destello azul de sus ojos. Era un Raoul, Alexandre Raoul, hijo menor de la cuarterona Marie Raoul, que poseía y administraba media docena de goletas mercantes similares a la *Aorai*. El bote cruzó el remolino situado en la parte exterior de la entrada, superó la efervescencia de las olas provocadas por el encuentro entre dos mareas y se abrió camino hasta la calma perfecta de la laguna. El joven Raoul bajó de un salto a la blancura de la arena y estrechó la mano de un nativo alto. El hombre tenía unos hombros y un pecho magníficos, pero el muñón del brazo derecho —más allá de cuya carne un hueso blanqueado por el tiempo sobresalía varios centímetros— daba fe del encuentro con un tiburón que había puesto fin a sus días de buceador y lo había convertido en un adulador y un intrigante, siempre en busca de pequeños favores.

—¿Te has enterado, Alee? —fueron sus primeras palabras—. Mapuhi ha encontrado una perla, ¡y vaya perla! Nunca se ha pescado una igual en Hikueru, ni en todo el archipiélago Paumotu ni en todo el mundo. Cómprasela. La tiene él. Y no olvides que yo te avisé. Es un idiota y podrás comprarla barata. ¿Tienes tabaco?

Raoul se encaminó, playa arriba, hacia una cabaña situada bajo un pandano. Era el sobrecargo de su madre y su misión consistía en rastrear el archipiélago de las Paumotu en busca de cuanta copra, conchas de moluscos y perlas sus habitantes pudiesen reunir.

Aunque se trataba de un sobrecargo joven y aquel era su segundo viaje como tal, por lo que su falta de experiencia al tasar las perlas lo tenía muy preocupado. Sin embargo, cuando Mapuhi le mostró la perla, consiguió dominar el sobresalto que le produjo y mantener una expresión indiferente y comercial en el rostro. Porque la perla lo había impresionado. Era tan grande como el huevo de una paloma, perfectamente esférica y tan blanca que reflejaba luces opalescentes de todos los colores que la rodeaban. Estaba viva. Nunca había visto nada parecido. Cuando Mapuhi la depositó en su mano le sorprendió su peso: eso indicaba que era buena. La examinó detalladamente utilizando una lupa de bolsillo. No tenía defecto o mancha alguna. Su pureza casi parecía fundirse en el aire que rodeaba su mano. A la sombra resultaba suavemente luminosa y destellaba como una luna delicada. Era tan traslúcidamente blanca que cuando la dejó caer en un vaso de agua tuvo dificultades para encontrarla. Además, se había hundido tan rápida y directamente que no albergó dudas sobre la excelencia de su peso.

—Bueno, ¿cuánto pides por ella? —preguntó en un tono que mostraba indiferencia.

—Quiero… —empezó a decir Mapuhi y tras él, enmarcando su rostro oscuro, los rostros oscuros de dos mujeres y una niña asintieron para indicar que coincidían en sus demandas. Sus cabezas permanecieron inclinadas hacia delante, animadas por una avidez contenida y el brillo avaricioso de las miradas.

—Quiero una casa —continuó Mapuhi—. Debe tener la techumbre de hierro galvanizado y un reloj octogonal de pared con péndulo. Debe medir seis brazas de largo y estar rodeada por un porche. En el centro debe haber una sala grande con una mesa redonda en medio y el reloj octogonal en la pared. Debe tener cuatro dormitorios, dos a cada lado de la sala grande, y en cada dormitorio una cama de hierro, dos sillas y un aguamanil. En la parte de

atrás de la casa debe haber una cocina, una buena cocina, con cazos, ollas y un horno. Y debe construir la casa en mi isla, que es Fakarava.

—¿Eso es todo? —preguntó Raoul, incrédulo.

—Debe haber una máquina de coser —dijo Tefara, esposa de Mapuhi.

—Y no se olvide del reloj octogonal de pared —añadió Nauri, madre de Mapuhi.

—Sí, eso es todo —respondió Mapuhi.

El joven Raoul se rió. Se rió largo y tendido, con ganas. Pero mientras se reía, en secreto intentaba resolver problemas de aritmética mental. En su vida había construido una casa y sus nociones al respecto eran confusas. Mientras se reía, calculó el coste de la travesía hasta Tahití en busca de materiales, de los propios materiales, del viaje de vuelta a Fakarava y el de descargar los materiales y levantar la casa. Sumaría un total de cuatro mil dólares franceses y, concediendo un margen de seguridad, cuatro mil dólares franceses equivalían a veinte mil francos. Imposible. ¿Cómo iba a calcular él el valor de semejante perla? Veinte mil francos era mucho dinero y, además, dinero de su madre.

—Mapuhi —dijo—, eres idiota. Dame un precio en dinero.

Pero Mapuhi negó con la cabeza y las tres cabezas a su espalda lo acompañaron.

—Quiero la casa —respondió—. Debe tener seis brazas de largo y estar rodeada por…

—Sí, ya —interrumpió Raoul—. Ya sé cómo quieres la casa, pero no me sirve. Te daré mil dólares chilenos.

Las cuatro cabezas expresaron a coro su negativa.

—Y cien dólares chilenos en mercancía.

—Quiero la casa —insistió Mapuhi.

—¿De qué te servirá la casa? —preguntó Raoul—. El primer huracán que aparezca se la llevará por delante. Eso ya deberías saberlo. Y el capitán Raffy dice que hay señales de que se acerca un huracán.

—En Fakarava no —dijo Mapuhi—. Allí la tierra sobresale más del mar. En esta isla, sí. Cualquier huracán puede barrer Hikueru, por eso quiero la casa en Fakarava. Debe tener seis brazas de largo y estar rodeada por…

Raoul volvió a escuchar la descripción de la casa. Invirtió varias horas intentando arrancar de la cabeza de Mapuhi la obsesión de la casa; pero la esposa y la madre de Mapuhi, además de Ngakura, su hija, lo reafirmaban en su insistencia. A través de la puerta abierta, mientras escuchaba por vigésima vez la descripción detallada de la casa exigida, Raoul vio que el segundo bote

de su goleta se detenía en la playa. Los marineros descansaban sobre los remos, lo que indicaba su prisa por irse. El primer oficial de la *Aorai* saltó a tierra, intercambió unas palabras con el nativo manco y corrió hacia Raoul. El día se oscureció de repente cuando un aguacero ocultó el sol. Raoul vio cómo se acercaba la siniestra línea de la ráfaga de viento desde el otro lado de la laguna.

—El capitán Raffy dice que hay que salir pitando de aquí —fue el saludo del primer oficial—. Si hay mercancía, tendremos que correr el riesgo de recogerla después. Eso dice. El barómetro ha caído a 29.70.

El viento golpeó el pandano que los cubría y desgarró las palmeras que se alzaban más adelante, haciendo caer al suelo media docena de cocos maduros. Luego, en la distancia, se oyó la lluvia, que se acercaba con el bramido de un vendaval capaz de impulsar el agua de la laguna hasta moverla en hileras que parecían de humo. Ya se oía el tamborileo intenso de las primeras gotas sobre las hojas cuando Raoul se puso en pie.

—Mil dólares chilenos en efectivo, Mapuhi —dijo—. Y doscientos dólares chilenos en mercancía.

—Quiero una casa… empezó a decir el otro.

—¡Mapuhi! —gritó Raoul para que se le oyera—. ¡Eres un idiota!

Salió corriendo de la casa y, codo a codo con el primer oficial, luchó por bajar hasta la playa, en dirección al bote. No lo veían. La lluvia tropical caía tan densa que parecía una cortina y solo les dejaba ver la playa bajo sus pies y las malévolas olas de la laguna que mordían y atacaban la arena. En medio del diluvio surgió una figura: era Huru-Huru, el manco.

—¿Has conseguido la perla? —gritó al oído de Raoul.

—¡Mapuhi es un idiota! —fue el grito de respuesta y al instante siguiente perdieron contacto en medio de la tromba de agua.

Media hora después Huru-Huru, que observaba desde el lado del atolón que daba al mar, vio cómo izaban a bordo los dos botes y la *Aorai* aproaba a mar abierto. Junto a ella, recién llegada del mar en las alas del vendaval, vio a otra goleta ponerse en facha y bajar un bote. La conocía, era la *Orohena*, propiedad de Toriki, el comerciante mestizo que también actuaba como sobrecargo y que, sin duda, iba en la tilla de popa del bote. Huru-Huru se rió. Sabía que Mapuhi estaba en deuda con Toriki porque el año anterior le había adelantado mercancías.

La tormenta había pasado ya, el sol abrasaba y la laguna volvía a estar como un plato, pero el aire era denso y pegajoso, tan pesado que parecía aplastar los pulmones y dificultaba la respiración.

—¿Te has enterado, Toriki? —preguntó Huru-Huru—. Mapuhi ha encontrado una perla. Nunca se ha pescado una igual en Hikueru, ni en todo el archipiélago Paumotu ni en todo el mundo. Mapuhi es un idiota. Además, te debe dinero. Recuerda que yo te avisé. ¿Tienes tabaco?

Y hacia la cabaña con techo de paja de Mapuhi se dirigió Toriki, que resultaba imponente, a pesar de ser bastante idiota. Observó la maravillosa perla con indiferencia, de hecho solo la miró un segundo, y con la misma indiferencia se la metió en el bolsillo.

—Tienes suerte —dijo—. Es una buena perla. Te daré crédito.

—Quiero una casa —empezó a decir Mapuhi, ya consternado—. Debe tener seis brazas de…

—¡Seis brazas y un cuerno! —fue la respuesta del comerciante—. Lo que quieres es pagar tus deudas, eso es lo que quieres. Me debías mil doscientos dólares chilenos; muy bien, pues ya no me los debes. Deuda pagada. Además, te daré crédito por valor de doscientos chilenos. Si, cuando llegue a Tahití, la perla se vende bien, te daré crédito por otros cien más, lo que sumaría un total de trescientos. Pero tenlo en cuenta: solo si la perla se vende bien. Incluso podría perder dinero con ella.

Mapuhi cruzó los brazos como muestra de su pesar y se sentó con la cabeza gacha. Le habían robado la perla. En lugar de conseguir una casa, había pagado una deuda. No recibiría nada a cambio de aquella perla.

—Eres un idiota —dijo Tefara.

—Eres un idiota —dijo Nauri, su madre—. ¿Por qué dejaste que cogiera la perla?

—¿Qué iba a hacer? —protestó Mapuhi—. Yo le debía el dinero y él sabía que tenía la perla. Ya habéis oído cómo me pidió que se la dejase ver. No se lo dije yo, él ya lo sabía. Alguien se lo contó. Y le debía dinero.

—Mapuhi es un idiota —repitió Ngakura.

Tenía doce años y no se le ocurrió nada mejor que copiar a las otras dos. Mapuhi se desahogó dándole un cachete, mientras Tefara y Nauri lloraban y continuaban recriminándolo como hacen las mujeres.

Huru-Huru, que observaba en la playa, vio ponerse en facha frente a la entrada y bajar un bote a otra goleta que conocía. Se trataba de la *Hira*, bien bautizada porque su dueño era Levy, el judío alemán, el mayor comprador de perlas, y, como todo el mundo sabía bien, Hira era el dios tahitiano de los pescadores y los ladrones.

—¿Te has enterado? —preguntó Huru-Huru cuando Levy, un hombre gordo de facciones enormes y asimétricas, pisó la playa—. Mapuhi ha

encontrado una perla. Nunca se ha pescado una igual en Hikueru, ni en todo el archipiélago Paumotu ni en todo el mundo. Mapuhi es un idiota. Se la ha vendido a Toriki por mil cuatrocientos chilenos. Lo oí porque me quedé a escuchar en el exterior. Toriki también es un idiota y podrás comprársela barata. No olvides que yo te avisé. ¿Tienes tabaco?

—¿Dónde está Toriki?

—En casa del capitán Lynch, bebiendo absenta. Lleva allí una hora.

Y mientras Levy y Toriki bebían absenta y regateaban por la perla, Huru-Huru escuchaba y oía cómo acordaban el increíble precio de veinticinco mil francos.

En ese momento tanto la *Orohena* como la *Hira*, que se acercaban a la orilla con el viento a popa, empezaron a disparar cañones y a hacer señales frenéticamente. Los tres hombres salieron a tiempo de ver a las dos goletas virar a toda prisa por avante para alejarse de la orilla, mientras las mayores y los petifoques caían al correr con el viento de la tormenta a popa, que las hacía escorar a lo lejos, en la mar blanca. Luego la lluvia las bono.

—Volverán cuando haya pasado —dijo Toriki—. Y será mejor que nos larguemos de aquí.

—Creo que el barómetro ha caído aún más —comentó el capitán Lynch.

Era un marino de barba blanca, demasiado mayor para salir a la mar, que había aprendido que la única forma de llevarse bien con su asma era vivir en Hikueru. Entró para mirar el barómetro.

—¡Santo Dios! —lo oyeron exclamar y corrieron junto a él. Miraba fijamente una esfera que marcaba 29.20.

Volvieron a salir, esta vez preocupados y deseando consultar mar y cielo. La tormenta había pasado ya pero el cielo permanecía encapotado. Las dos goletas, a las que se había unido otra más, regresaban a todo trapo. Un cambio en la dirección del viento las indujo a lascar las escotas y, cinco minutos después, un cambio repentino desde la aleta opuesta pilló en facha a las tres goletas y los que estaban en la orilla vieron cómo el salto desamarraba los aparejos de mano de la botavara. El ruido del oleaje era intenso, resonante, amenazador y se estaba instalando una fuerte marejada. Un relámpago espeluznante estalló ante sus ojos e iluminó la oscuridad del día mientras los truenos retumbaban a su alrededor.

Toriki y Levy echaron a correr en dirección a los botes, aunque Levy avanzaba más despacio, como un hipopótamo dominado por el pánico. En el momento en que ambos botes abandonaban el canal de acceso a la laguna se cruzaron con el de la *Aorai*, que entraba. En la tilla de popa, animando a los

remeros, iba Raoul. Incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de la perla, regresaba para aceptar el precio de la casa impuesto por Mapuhi.

Pisó la playa en medio de un chubasco torrencial con truenos tan denso que tropezó con Huru-Huru antes de verlo.

—Ya es tarde —gritó Huru-Huru—. Mapuhi se la vendió a Toriki por mil cuatrocientos chilenos y Toriki a Levy por veinticinco mil francos. Levy la venderá en Francia por cien mil francos. ¿Tienes tabaco?

Raoul se sintió aliviado. Sus problemas debido a la perla habían terminado y no necesitaba preocuparse más al respecto, aunque no la hubiese conseguido. Pero no creyó lo que Huru-Huru le decía. Era posible que Mapuhi la hubiese vendido por mil cuatrocientos dólares chilenos, sin embargo, que Levy, quien era experto en perlas, hubiese pagado veinticinco mil francos le parecía demasiado. Raoul decidió preguntarle al capitán Lynch acerca de lo sucedido, pero cuando llegó a casa del anciano marino se lo encontró observando el barómetro con los ojos casi fuera de las órbitas.

—¿Qué es lo que lees en él? —preguntó preocupado el capitán Lynch mientras limpiaba los cristales de sus gafas y volvía a observar el instrumento.

—29.10 —respondió Raoul—. Nunca lo había visto tan bajo.

—¡No me extraña! —exclamó el capitán—. ¡Yo recorrí todos los mares, durante cincuenta años, y nunca lo había visto tan bajo! ¡Escucha!

Permanecieron quietos un minuto mientras las olas rugían al romper sobre la línea costera y hacían temblar la casa; luego salieron. La tormenta había pasado y vieron a la *Aorai* al pairo a una milla de distancia, cabeceando y balanceándose sobre las impresionantes olas que llegaban en majestuosa procesión desde el noreste y se lanzaban furiosas sobre la orilla de coral. Uno de los marineros que aguardaban en el bote señaló la desembocadura del canal y negó con la cabeza. Raoul miró y vio una anarquía blanca de espuma y oleaje.

—Creo que pasaré esta noche aquí con usted, capitán —dijo.

Después se volvió hacia el marinero y le dijo que sacase el bote del agua y buscase refugio para él y sus compañeros.

—29.00 —informó el capitán Lynch, al salir de echarle otro vistazo al barómetro, con una silla en la mano.

Se sentó a observar el espectáculo que le ofrecía el mar. Salió el sol e incrementó la sensación sofocante de la calma chicha, aunque el tamaño de las olas no dejaba de aumentar.

—Lo que no entiendo es qué provoca ese oleaje —murmuró Raoul, de mal humor—. No sopla el viento y, sin embargo, mírelo. ¡Mire esa ola de allí!

Con varias millas de longitud y decenas de miles de toneladas de peso, el impacto sacudió al frágil atolón como si hubiese sufrido un terremoto.

—¡Dios bendito! —exclamó Raoul irguiéndose en la silla para enseguida respaldarse de nuevo—. Pero no sopla el viento —insistió—. Podría entenderlo si hubiese viento.

—No te preocupes, pronto tendrás viento de sobra —respondió, muy serio, el capitán.

Los dos permanecieron sentados en silencio. Miríadas de gotas diminutas de sudor recoman la piel de ambos y formaban manchas de humedad que se unían hasta convertirse en hilos que acababan por gotear hasta el suelo. Les costaba respirar, aunque los esfuerzos del anciano resultaban mucho más penosos. Una ola barrió la playa, rodeó los troncos de las palmeras cocoteras y llegó casi hasta los pies de los hombres.

—Ha superado con creces la marca de la pleamar —comentó el capitán Lynch—, y eso que llevo once años aquí. —Miró el reloj y añadió—: Son las tres.

Un hombre y una mujer, seguidos de un grupo variopinto de niños y chuchos, pasaron desconsolados junto a ellos. Se detuvieron detrás de la casa y, después de mucho pensárselo, se sentaron en la arena. Pocos minutos después y desde la dirección opuesta llegó otra familia cuyos hombres y mujeres acarreaban una heterogénea selección de bienes. Muy pronto, varios cientos de personas de todas las edades y sexos se concentraron alrededor de la vivienda del capitán. Lynch se dirigió a una mujer recién llegada con un bebé en brazos y por ella supo que la laguna acababa de tragarse su casa.

Aquel era el punto más alto en varias millas y ya en muchos lugares, en ambas direcciones, las olas habían roto el delgado círculo del atolón y se adentraban en la laguna. El círculo del atolón medía veinte millas y en ningún tramo superaba las cincuenta brazas de ancho. La temporada de buceo se encontraba en su mejor momento y por eso hasta allí habían acudido los nativos de todas las islas próximas, incluso desde Tahití.

—Ahora hay mil doscientos hombres, mujeres y niños —dijo el capitán Lynch—. Me pregunto cuántos seguirán aquí mañana por la mañana.

—Pero ¿por qué no sopla el viento? Eso me gustaría saber —insistió Raoul.

—No te preocupes, joven, no te preocupes. Enseguida llegarán los problemas.

Mientras el capitán Lynch hablaba, una masa gigantesca de agua golpeó el atolón. El mar se agitó alrededor de ellos y cubrió diez centímetros de las

patas de sus sillas. Las mujeres dejaron escapar un largo aullido de miedo y los niños, agarrados de las manos, miraban fijamente las inmensas olas mientras lloraban de una forma lastimera. Las gallinas y los gatos, que chapoteaban inquietos en el agua, de repente y como si se hubiesen puesto de acuerdo, se refugiaron sobre el tejado del capitán. Un nativo, con una camada de cachorros recién nacidos en un cesto, subió a una palmera y ató la cesta a seis metros de altura, mientras la madre chapoteaba en el agua al pie del árbol, sin dejar de gemir ni de aullar.

El sol seguía brillando con fuerza, la calma persistía y ellos continuaron sentados, mirando el mar y el demencial cabeceo de la *Aorai*. El capitán Lynch observó las enormes montañas de agua que barrían la playa hasta que no pudo soportarlo más. Entonces se cubrió la cara con las manos para no verlas y entró en la casa.

—28.60 —dijo en voz baja cuando regresó.

Al brazo llevaba un rollo de cuerda. Lo cortó en pedazos de dos brazas, le dio uno a Raoul, conservó otro para él y los demás los repartió entre las mujeres, junto con el consejo de escoger un árbol al que subir.

Una brisa ligera empezó a soplar por el noreste y Raoul pareció animarse al sentir su caricia. Vio que la *Aorai* orientaba las escotas y se alejaba de la orilla y lamentó no encontrarse a bordo: la goleta sin duda lograría escaparse, pero el atolón no lo tenía tan fácil. Una ola cruzó la arena con tal fuerza que estuvo a punto de derribarlo y entonces decidió escoger un árbol, pero en ese momento se acordó del barómetro y regresó hacia la casa. El capitán Lynch había tenido la misma idea y entraron juntos.

—28.20 —dijo el viejo marino—. Esto se va a convertir en un verdadero infierno. ¿Qué ha sido eso?

Una especie de torbellino pareció apoderarse del aire. La casa tembló y vibró y percibieron el ronroneo de un sonido muy potente. Las ventanas se batieron y se rompieron dos de los cristales, lo que permitió que entrase una corriente de aire tan fuerte que los hizo tambalearse. La puerta de enfrente se cerró de golpe y destrozó el pestillo. El pomo blanco cayó al suelo hecho pedazos. Las paredes de la habitación se abombaron como un globo que se hincha de repente. Luego llegó un sonido nuevo, similar al traqueteo de un grupo de mosquetes, al tiempo que un roción rompía contra la pared de la casa. El capitán Lynch consultó el reloj: eran las cuatro. Se puso un chaquetón de paño grueso, descolgó el barómetro y se lo guardó en el bolsillo más grande. Otra ola rompió contra la casa, con un ruido sordo, y la ligera

construcción se inclinó, dio un cuarto de vuelta sobre sus cimientos y se hundió, con el suelo en un ángulo de diez grados.

Raoul salió primero. El viento lo atrapó y lo empujó con fuerza. Se fijó en que había rolado al este e hizo un gran esfuerzo para arrojarse sobre la arena, donde intentó aguantar posiciones. El capitán Lynch, arrastrado como si fuera una brizna de paja, se despatarró sobre él. Dos de los marineros de la *Aorai* se soltaron del cocotero al que habían estado agarrados y acudieron en su ayuda, adoptando ángulos imposibles en contra del viento y luchando sin descanso para avanzar hacia ellos.

Las articulaciones del anciano estaban tan agarrotadas que no podía subirse al árbol, así que los marineros ataron pequeños tramos de cuerda que utilizaron para izarlo tronco arriba, poco a poco, hasta que lograron hacerlo firme en la copa, a quince metros del suelo. Raoul pasó su pedazo de cuerda alrededor de la base de una palmera colindante y se quedó mirando. El viento resultaba aterrador; nunca había imaginado que pudiese soplar con tanta fuerza. Una ola cruzó el ancho del atolón y le llegó hasta las rodillas antes de vaciarse en la laguna. El sol había desaparecido y un crepúsculo plomizo ocupaba su lugar. Unas pocas gotas de lluvia lo golpearon en horizontal, debido al viento, y el impacto fue como el de un puñado de perdigones. Una salpicadura de agua salada le dio en el rostro y le pareció que había recibido una bofetada; le escocían las mejillas y a sus ojos asomaron lágrimas involuntarias de dolor. Varios cientos de nativos se habían subido a las palmeras y le entraron ganas de reírse al pensar que eran como frutos humanos arracimados en las copas. Luego, ya que había nacido en Tahití, se dobló por la cintura, se agarró con fuerza al tronco del árbol, apretó las plantas de los pies contra la corteza y empezó a ascender. En la copa se encontró con dos mujeres, dos niños y un hombre. La niña sostenía entre sus brazos un gato doméstico.

Desde su nido de águila hizo señas con la mano al capitán Lynch y el valiente patriarca le devolvió el saludo. El cielo tenía horrorizado a Raoul: le parecía que estaba mucho más cerca, de hecho, lo sentía directamente sobre su cabeza y había pasado de gris plomizo a negro. Aún quedaba mucha gente en el suelo, resistiendo agrupada alrededor de los árboles. En varios de esos grupos se rezaba y en uno de ellos el misionero mormón estaba predicando. El joven percibió un sonido extraño, rítmico, tenue como el chirrido más tenue de un grillo lejano y que solo duró un momento, aunque le hizo pensar en el paraíso y la música celestial. Miró a su alrededor y, junto al pie de otro árbol, vio un grupo grande de personas que se sujetaban con cuerdas los unos

a los otros y cuyos rostros gesticulaban y sus bocas se movían al unísono. No le llegaba sonido alguno, pero supo que estaban cantando himnos.

El viento soplaba cada vez con más fuerza. No era capaz de medirlo utilizando ningún proceso consciente porque había superado toda su experiencia al respecto, sin embargo, sabía que continuaba aumentando su potencia. No lejos de donde se hallaba, el vendaval arrancó una palmera de raíz y lanzó al suelo su carga de seres humanos. Una ola cruzó esa franja de arena y todos desaparecieron. Las cosas ocurrían a gran velocidad. Vio un hombro moreno y una cabeza negra recortarse contra el blanco agitado de la laguna y al instante siguiente también desaparecieron. Cayeron más árboles, entrecruzándose, como si fuesen cerillas. La fuerza del viento lo asombraba. La palmera en la que había buscado refugio se balanceaba peligrosamente y una mujer gemía y agarraba a la niña, que a su vez sujetaba al gato.

El hombre, que aferraba al otro niño, tocó a Raoul en el hombro y señaló. El joven miró en la dirección indicada y vio que la iglesia mormona corría a toda velocidad, como si estuviese borracha, a treinta metros de distancia. El viento y las olas la habían arrancado de sus cimientos y la empujaban, lanzándola en dirección a la laguna. Una aterradora cortina de agua la atrapó, la hizo inclinarse y la arrojó contra media docena de palmeras. Los racimos de frutos humanos cayeron igual que cocos maduros. Al retirarse la ola quedaron en el suelo, algunos sin moverse y otros retorciéndose entre contracciones, como si fuesen hormigas. No se sintió conmocionado: ya estaba por encima del horror. Sin inmutarse vio cómo la siguiente ola barría los restos humanos de la arena y la dejaba limpia. Una tercera ola, más colosal que cualquiera de las que había visto hasta entonces, lanzó la iglesia al interior de la laguna, donde se alejó flotando a sotavento en la oscuridad, medio sumergida, lo que lo llevó a pensar en el Arca de Noé.

Miró en dirección a la casa del capitán Lynch y le sorprendió ver que ya no estaba. Sin duda las cosas ocurrían a una velocidad impresionante. Se fijó en que muchos de los que quedaban en los árboles habían bajado al suelo. El viento había aumentado aún más su fuerza. Eso se notaba en su propia palmera. Ya no se balanceaba ni se doblaba adelante y atrás, sino que permanecía prácticamente inmóvil, curvada en un ángulo rígido y tan solo vibrando. Pero la vibración resultaba insoportable. Se parecía a la de un diapasón o la lengüeta de un birimbao. La rapidez con la que vibraba era lo que la hacía tan molesta. Aunque las raíces aguantaban, no podría soportar semejante tensión durante mucho tiempo más. Algo acabaría por romperse.

Ah, una palmera menos. No la había visto salir volando, pero allí estaba lo que quedaba de ella: la mitad del tronco pegado a tierra. Resultaba imposible saber qué ocurría si no se veía en el momento. El estruendo de los árboles al romperse y los lamentos de desesperación humana no ocupaban lugar alguno en aquel impresionante volumen de sonido. Por casualidad miraba en la dirección del capitán Lynch cuando ocurrió. Vio que el tronco de la palmera se astillaba y se partía por la mitad sin hacer ruido. La copa del árbol, con tres marineros de la *Aorai* y el viejo capitán, zarpó hacia la laguna. No cayó al suelo, sino que voló como una hebra de paja durante cuatrocientos metros y luego se hundió en el agua. Forzó los ojos y creyó ver al capitán Lynch despedirse con la mano.

Raoul no esperó más, tocó al nativo en el hombro y le hizo señas para que bajase a tierra. El hombre estaba dispuesto a hacerlo, pero el miedo paralizaba a sus mujeres y decidió quedarse con ellas. Raoul rodeó el tronco de la palmera con la cuerda y se deslizó hacia abajo. Una avalancha de agua salada lo cubrió por completo. Contuvo la respiración y se agarró desesperadamente a la cuerda. La ola se alejó y volvió a respirar, al amparo del tronco. Aseguró mejor la cuerda y otra ola lo sumergió. Una de las mujeres se deslizó hacia abajo y se unió a él, mientras el nativo permanecía arriba con la otra mujer, los niños y el gato.

El sobrecargo se había fijado en que los grupos agarrados a las bases de las otras palmeras iban disminuyendo en número. Ahora podía ver en qué consistía el proceso. Permanecer allí sin soltarse requería todas sus fuerzas y la mujer que estaba a su lado se debilitaba cada vez más. Al emerger tras el paso de cada ola le sorprendía encontrarse aún allí y luego le sorprendía encontrar a la mujer. Pero llegó un momento en que salió solo a la superficie. Miró arriba: la copa de la palmera tampoco estaba. El extremo astillado vibraba hacia la mitad de su altura original. Se encontraba a salvo. Las raíces aguantaban y el árbol se había librado de la parte que el viento podía aprovechar. Empezó a subir de nuevo. Estaba tan débil que iba muy despacio y ola tras ola lo fueron atrapando antes de superar su radio de alcance. Luego se ató al tronco y aprestó su alma para enfrentarse a la noche y a lo que fuese.

Se sintió muy solo en la oscuridad. A veces le parecía que aquello era el fin del mundo y él el último superviviente. Además, la fuerza del viento nunca dejaba de aumentar. Según sus cálculos, serían las once de la noche y el viento se había convertido en algo increíble: era monstruoso, aterrador, una furia aulladora, un muro que aplastaba y pasaba por encima, pero que nunca acababa de aplastar y de pasar por encima, un muro infinito. Tenía la

sensación de haberse convertido en algo ligero y etéreo, que era él quien estaba en movimiento, que lo arrastraban a una velocidad inconcebible a través de una resistencia sin fin. El viento ya no era aire en movimiento. Había pasado a tener la densidad del agua o del mercurio. Le parecía que podría alargar la mano hacia él y arrancar pedazos como si fuera la carne de un buey muerto, que podría agarrarse al viento y permanecer sujeto a él como si fuese la ladera de un acantilado.

El viento lo estrangulaba. No podía mirar hacia él y respirar, porque entraba en su boca y su nariz a semejante velocidad que le hinchaba los pulmones como si fueran vejigas. En esos momentos sentía que el cuerpo se le llenaba hasta arriba de tierra compacta. Solo lograba respirar si apretaba los labios contra el tronco de la palmera. Por si fuera poco, el impacto incesante del viento lo agotaba. Cuerpo y cabeza se fatigaron. Dejó de observar y de pensar, y se mantuvo en un estado de semiinconsciencia. Una única idea constituía su consciencia: *Así que un huracán era esto*. Esa idea persistía de forma irregular. Era como una llama débil que parpadeaba de vez en cuando. Volvía a ella desde un estado de aturdimiento: *Así que un huracán era esto*. Luego se apagaba y se aletargaba de nuevo.

El punto álgido del huracán duró desde las once de la noche a las tres de la madrugada y fue a las once cuando se partió el árbol del que colgaban Mapuhi y sus mujeres. Mapuhi salió a la superficie de la laguna sin dejar de sujetar a su hija Ngakura. Solo un isleño de los mares del Sur podía sobrevivir en medio de aquel viento que azotaba y ahogaba. El pandano al que se había atado no paraba de girar en medio de la espuma y el oleaje, y solo sujetándose a veces y aguardando, y otras veces cambiando con prisa los puntos de agarre conseguía sacar su cabeza y la de Ngakura a la superficie a intervalos lo bastante seguidos como para poder conservar el aliento. Aunque el aire era casi agua, entre los rociones del mar y la lluvia que caía en horizontal.

Hasta el círculo de arena más apartado había diez millas de laguna. Allí, los troncos de árboles que saltaban por los aires, los pedazos de madera, los restos de los botes y los despojos de las casas mataban a nueve de cada diez de los desdichados que habían sobrevivido al paso de la laguna. Medio ahogados y exhaustos se veían lanzados contra aquel mortero de los elementos, en el que los azotaban hasta convertirlos en una masa de carne informe. Pero Mapuhi tuvo suerte. Le tocó esa oportunidad de cada diez; le correspondió a él porque así lo dispuso el destino. Salió a la arena, sangrando por varias heridas. Ngakura tenía roto el brazo izquierdo, los dedos de la mano derecha aplastados y la frente y la mejilla abiertas hasta el hueso.

Mapuhi se agarró a un árbol que aún permanecía en pie; se aferró a él mientras sujetaba a la niña y sollozaba en busca de aire, con las aguas de la laguna a la altura de las rodillas y, a veces, hasta las caderas.

A las tres de la madrugada la resistencia del huracán se quebró. A las cinco solo soplaba una brisa fuerte. Y a las seis todo estaba en calma y brillaba el sol. El nivel del mar había descendido. En el extremo aún agitado de la laguna, Mapuhi vio los cuerpos destrozados de quienes no habían logrado llegar a tierra. Sin duda Tefara y Nauri se encontraban entre ellos. Recorrió la playa examinándolos y tropezó con su mujer, que yacía parte en la arena y parte en el agua. Se sentó a llorar, haciendo unos ruidos ásperos, propios de un animal; la forma primitiva de expresar el dolor. Entonces la mujer se despertó, inquieta, y se quejó. Mapuhi se acercó a mirar mejor. No solo estaba viva, sino también ilesa. No hacía más que dormir. Ella también había tenido una oportunidad entre diez.

De las mil doscientas personas vivas la noche anterior, no quedaban más de trescientas. El misionero mormón y un gendarme elaboraron el censo. La laguna estaba abarrotada de cadáveres. No había en pie ni una sola casa, ni una cabaña. En todo el atolón no quedaba ni una piedra encima de otra. Permanecían en pie una de cada cincuenta palmeras, aunque en mal estado y sin coco alguno. No había agua dulce. Los pozos poco profundos a los que se filtraba el agua de lluvia estaban llenos de sal. Lograron recuperar unos pocos sacos de harina empapados. Los supervivientes extrajeron los centros de las palmeras caídas y se los comieron. Por todas partes se arrastraban para introducirse en unos refugios diminutos que hacían ahuecando la arena y que cubrían con fragmentos de las techumbres de metal. El misionero fabricó un tosco alambique, pero no podía destilar agua para trescientas personas. Al final del segundo día y mientras se daba un baño en la laguna, Raoul descubrió que así aliviaba ligeramente su sed. Compartió enseguida la noticia y al poco se veía a trescientos hombres, mujeres y niños sumergidos hasta el cuello en la laguna, intentando beber agua a través de la piel. Sus muertos flotaban entre ellos o, los que aún estaban en el fondo, recibían los pisotones de los vivos. Al tercer día enterraron a los muertos y se sentaron a esperar la llegada de los vapores de rescate.

Mientras tanto Nauri, a quien el huracán había apartado de su familia, vivía su propia aventura. Aferrada a un tosco tablón que la magullaba y hería, y que le llenó el cuerpo de astillas, el viento la arrastró al otro lado del atolón y la empujó mar adentro. Allí, zarandeada por las impresionantes montañas de agua, perdió el tablón. Era una anciana que rozaba los sesenta, pero había

nacido en las Paumotu y nunca en su vida había perdido de vista el mar. Mientras nadaba en la oscuridad, casi ahogada, asfixiada y luchando por respirar, un coco le asestó un fuerte golpe en el hombro. Al instante organizó un plan y se hizo con el coco. En el plazo de una hora consiguió recoger siete más. Atados todos juntos formaban un salvavidas que le evitaba la muerte, aunque al mismo tiempo amenazaba con hacerla papilla a golpes. Estaba gorda y le salían cardenales con facilidad, pero tenía experiencia en huracanes y, mientras rezaba a su dios tiburón para que la protegiera de los escualos, aguardó a que se quebrase la resistencia del huracán. Pero a las tres estaba tan aturdida que no se enteró. Tampoco se enteró de que a las seis todo quedó en calma. Recuperó la consciencia cuando el mar la arrojó a la arena. Se atrincheró con las manos y los pies en carne viva y luchó para que la resaca no se la llevara mientras avanzaba hasta quedar fuera del alcance de las olas.

Sabía dónde estaba. Aquello no podía ser más que el diminuto islote de Takokota. No tenía laguna. No estaba habitado. La isla de Hikueru se encontraba a quince millas de distancia. No podía verla pero sabía que estaba al sur. Fueron pasando los días y se alimentó de los cocos que la habían mantenido a flote. Le proporcionaban agua y comida, aunque no lograba saciar su sed ni comer tanto como deseaba. El rescate resultaba problemático. En el horizonte veía el humo de los vapores de rescate, pero ¿a qué vapor podía ocurrírsele llegar hasta el solitario e inhabitado Takokota?

Los cadáveres la atormentaron desde el principio. El mar insistía en arrojarlos sobre su pedacito de arena y ella porfiaba, hasta que se quedó sin energía, en lanzarlos de nuevo al mar, donde los tiburones los despedazaban y los devoraban. Cuando le fallaron las fuerzas los cuerpos festonearon su playa de un macabro espanto y la mujer se alejaba de ellos cuanto podía, que no era mucho.

Al décimo día ya no le quedaban cocos y la sed la marchitaba. Se arrastró por la arena en busca de cocos. Le parecía extraño que flotasen tantos cuerpos y ningún coco. ¡Tenía que haber más cocos flotando que muertos! Al final se rindió y permaneció tumbada, exhausta. Había llegado su fin. No tenía más salida que esperar la muerte.

Durante uno de los breves intervalos en los que recuperó la consciencia se fue dando cuenta, poco a poco, de que estaba mirando una mata de cabello rubio rojizo en la cabeza de un cadáver. El mar arrojó el cuerpo hacia ella y luego lo hizo retroceder. Se dio la vuelta y la mujer vio que no tenía cara. Sin embargo, había algo familiar en aquella mata de pelo rubio rojizo. Transcurrió una hora. Nauri no se esforzó en identificarlo. Esperaba la muerte y le

importaba muy poco qué hombre había sido eso que ahora resultaba repugnante.

Pero al cabo de otra hora logró sentarse, muy despacio, y observó el cadáver fijamente. Una ola más grande que las otras lo había arrojado lejos del alcance de la marea. Sí, tenía razón: esa mata de pelo rubio rojizo solo podía pertenecer a un hombre en todo el archipiélago Paumotu. Se trataba de Levy, el judío alemán, el hombre que había comprado la perla y se la había llevado a bordo de la *Hira*. Pues una cosa resultaba evidente: la *Hira* se había hundido. El dios de los pescadores y los ladrones había traicionado al comprador de perlas.

Se arrastró hacia el muerto. Tenía la camisa hecha jirones y el cinturón de cuero para guardar dinero quedaba a la vista, sujeto a su cintura. Contuvo la respiración y manipuló la hebilla. Cedió con mayor facilidad de lo esperado y la mujer se deslizó sobre la arena dándose prisa, sin dejar de arrastrar el cinturón. Fue abriendo los bolsillos del cinturón uno a uno y todos estaban vacíos. ¿Dónde podía haberla guardado? La encontró en el último: era la primera y última perla que había adquirido en aquel viaje. Se alejó de allí un poco más para librarse de la pestilencia del cinturón y examinó la perla. Era la que Mapuhi había encontrado y que Toriki le robó. La sopesó en la mano y la hizo rodar sobre su palma, acariciándola. Pero no vio en ella su belleza intrínseca. Lo que vio fue la casa que Mapuhi, Tefara y ella habían construido en sus cabezas con tanto esmero. Cada vez que miraba la perla veía la casa en detalle, incluido el reloj octogonal de pared. Eso era algo por lo que vivir.

Arrancó una tira de tejido de su *ahu* y ató la perla, bien segura, a su cuello. Luego continuó recorriendo la playa sin dejar de resollar y de gemir, pero decidida a encontrar algún coco. Pronto halló uno y otro más al mirar a su alrededor. Rompió el primero, bebió el líquido con sabor a moho y comió hasta la última partícula de la pulpa. Poco después encontró una canoa en mal estado. Le faltaba la batanga, pero no se rindió y la encontró antes de que el día llegase a su fin. Cada hallazgo era un augurio y la perla un talismán. A última hora de la tarde vio que una caja de madera flotaba en el agua, sumergida en parte. Cuando la sacó a la playa, el contenido tintineó y en su interior halló diez latas de salmón. Abrió una golpeándola contra la canoa. En cuanto consiguió hacerle un agujero bebió todo el líquido. Luego empleó varias horas en extraer el salmón, golpeando la lata y exprimiéndola bocado a bocado.

Aguardó ocho días más a ser rescatada. Entretanto ató la batanga a la canoa utilizando tanta fibra de coco como pudo encontrar y lo que quedaba de

su *ahu*. La canoa estaba agrietada y no consiguió hacerla estanca, pero almacenó a bordo la mitad de un coco vacío para achicar con él el agua. Hacerse con un remo resultó más complicado. Con un pedazo de lata se cortó el pelo, dejando a la vista el cuero cabelludo. Con el pelo trenzó una cuerda, que usó para amarrar un palo de escoba que medía casi un metro a una tabla de la caja de salmón. Con los dientes royó unas cuñas de madera que le sirvieron para calzar y asegurar la atadura.

El día decimoctavo, a medianoche, echó al mar la canoa y se dispuso a regresar a Hikueru. Era una anciana. Las penalidades se habían llevado su grasa y de ella poco más quedaba que huesos, piel y algún músculo fibroso. La canoa era grande, de las que suelen manejar tres hombres fuertes. Pero ella la llevaba en soledad y con un remo improvisado. Por si fuera poco, el casco hacía agua y tuvo que invertir un tercio de su tiempo en achicar. Al amanecer buscó en vano la silueta de Hikueru. A su espalda, Takokota se había hundido tras el horizonte del mar. El sol brillaba implacable sobre su desnudez, arrebatando la humedad a su cuerpo. Le quedaban dos latas de salmón y en el curso del día las fue abriendo a golpes y se bebió el líquido. No podía perder tiempo en extraer la carne. Una comente en dirección oeste empezaba a dominar, de manera que, aunque pusiera rumbo al sur, avanzaba hacia el oeste.

A primera hora de la tarde, de pie en la canoa, avistó Hikueru. Su tesoro de palmas cocoteras había desaparecido. Solo aquí y allá, muy separados entre sí, veía los restos desiguales de los árboles. La imagen la animó. Se encontraba más cerca de lo que había pensado. La corriente la llevaba hacia el oeste. Luchó contra ella, remando sin parar. Las cuñas que encajaban las ataduras del remo se soltaban y perdía mucho tiempo, a intervalos regulares, en tensarlas y ajustarlas otra vez. Además, se veía obligada a achicar. Una hora de cada tres dejaba de remar para sacar el agua. Y durante esa hora se desviaba hacia el oeste.

Cuando se puso el sol, Hikueru estaba a tres millas de ella, al suroeste. Había luna llena y a las ocho, el atolón se encontraba al este y a dos millas de distancia. Luchó durante una hora más, pero no conseguía acercarse: la corriente la dominaba, la canoa era demasiado grande, el remo dejaba mucho que desear y ella invertía demasiado tiempo y esfuerzos en achicar el agua. Además, cada vez se encontraba más débil. A pesar de su empeño, la canoa se desviaba hacia el oeste.

Susurró una oración a su dios tiburón, se dejó caer por la borda y empezó a nadar. El agua la refrescó y pronto dejó atrás la canoa. Al cabo de una hora

el atolón se encontraba mucho más cerca. Entonces el miedo se apoderó de ella. Delante de sus ojos, a poco más de cinco metros, una aleta enorme cortó la superficie del mar. Ella continuó nadando y la aleta se desvió poco a poco hacia la derecha, describiendo un círculo a su alrededor. Nauri mantuvo la vista fija en la aleta, sin dejar de nadar. Cuando desapareció, se dejó flotar en el agua y observó. Al reaparecer la aleta, ella volvió a nadar. El monstruo era perezoso. Sin duda se había alimentado bien desde el huracán. Si hubiese tenido hambre, no habría tardado en atacarla. Medía casi cinco metros de largo y la mujer era consciente de que un solo mordisco bastaría para partirla en dos.

Pero no podía perder tiempo preocupándose por él. La corriente se alejaba de la isla tanto si nadaba como si no. Transcurrió media hora y el tiburón empezó a mostrarse más atrevido. Al ver que la anciana no representaba un peligro para él, se acercó más, en círculos más reducidos, mirándola con descaro al pasar. Ella sabía muy bien que llegaría el momento en que reuniría el coraje suficiente para atacarla. Decidió golpear primero. Fue un acto desesperado. Era una anciana sola en el mar, debilitada por el hambre y las privaciones; sin embargo, ante aquel tigre marino, debía anticiparse a su embestida atacando ella antes. Continuó nadando a la espera de una oportunidad. Por fin, el bicho pasó lánguidamente junto a ella, a poco más de dos metros. La mujer se lanzó hacia él de repente, fingiendo que lo atacaba. El tiburón dio un violento coletazo al huir y su piel de lija la desolló desde el hombro hasta el codo. Describió un rápido círculo y luego desapareció.

Tumbados en su agujero de arena, cubierto por los fragmentos desprendidos de las techumbres de metal, Mapuhi y Tefara discutían.

—Si hubieras hecho lo que te dije —insistía Tefara por enésima vez— y escondieras la perla sin decírselo a nadie, ahora aún la tendrías.

—Pero Huru-Huru estaba conmigo cuando abrí la concha, ¿no te lo he dicho ya miles de veces?

—Nos hemos quedado sin la casa. Raoul me dijo hoy que si no le hubieras vendido la perla a Toriki…

—No se la vendí. Toriki me la robó.

—… que si no hubieras vendido la perla, te habría dado cinco mil dólares franceses, que son diez mil chilenos.

—Habrá hablado con su madre —explicó Mapuhi—. Ella tiene ojo para las perlas.

—Pero la hemos perdido —se quejó Tefara.

—Pagué la deuda que tenía con Toriki. Al menos he ganado mil doscientos chilenos.

—Toriki ha muerto —gritó ella—. Nadie ha tenido noticias de su goleta. Se fue pique, junto con la *Aorai* y la *Hira*. ¿Te pagará Toriki los trescientos de crédito que te prometió? No, porque Toriki ha muerto. Y, si no hubieras encontrado la perla, ¿seguirías debiéndole a Toriki mil doscientos chilenos? No, porque Toriki ha muerto y a un muerto no se le puede pagar.

—Pero Levy no le pagó a Toriki —dijo Mapuhi—. Le dio un pedazo de papel que valía por el dinero a pagar en Papeete. Ahora Levy está muerto y no puede pagar, y Toriki está muerto y el papel se ha perdido con él, como la perla se ha perdido con Levy. Tienes razón, Tefara. He perdido la perla y no he recibido nada a cambio. Ahora vamos a dormir.

De repente levantó una mano e hizo ademán de escuchar con atención. Del exterior les llegó un ruido similar al que hace quien respira profundamente y con dolor. Una mano tanteó la esterilla que hacía las veces de puerta.

—¿Quién anda ahí? —gritó Mapuhi.

—Nauri —fue la respuesta—. ¿Puedes decirme dónde está mi hijo Mapuhi?

Tefara dejó escapar un grito y se agarró con fuerza al brazo de su marido.

—¡Un fantasma! —chilló—. ¡Un fantasma!

El rostro de Mapuhi se tiñó de un amarillo cadavérico. Se asió débilmente a su mujer.

—Buena mujer —dijo balbuceando porque quería camuflar su voz—. Conozco bien a tu hijo. Vive en el extremo este de la laguna.

De fuera les llegó el sonido de un suspiro. Mapuhi empezó a sentirse eufórico: había engañado al fantasma.

—Pero ¿de dónde sales, anciana? —preguntó.

—Del mar —fue la apenada respuesta.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —exclamó Tefara, mientras se mecía hacia delante y hacia atrás.

—¿Desde cuándo duerme Tefara en casa de un desconocido? —se oyó decir a la voz de Nauri desde el otro lado de la esterilla.

Mapuhi miró a su mujer con miedo y reproche en los ojos. Su voz los había traicionado.

—¿Y desde cuándo Mapuhi, mi hijo, reniega de su anciana madre? —siguió diciendo la voz.

—No, no, no he… Mapuhi no ha renegado de ti —gritó él—. Yo no soy Mapuhi. Te he dicho que está en el extremo este de la laguna.

Ngakura se sentó en su cama y empezó a llorar. Entonces la esterilla se movió.

—¿Qué haces? —quiso saber Mapuhi.

—Voy a entrar —respondió la voz de Nauri.

Se alzó una punta de la esterilla. Tefara intentó ocultarse bajo las mantas, pero Mapuhi se agarró a ella. Necesitaba agarrarse a algo. Juntos, luchando entre ellos, los cuerpos temblando y castañeteando los dientes, miraron fijamente, con los ojos casi fuera de las órbitas, la esterilla que se alzaba. Vieron a Nauri arrastrarse al interior, empapada en agua de mar y sin el *ahu*. Rodaron hacia atrás para alejarse de ella y se pelearon por la manta de Ngakura para cubrirse las cabezas.

—Deberías darle un poco de agua a tu anciana madre —dijo el fantasma en tono quejumbroso.

—Dale agua —ordenó Tefara con voz temblorosa.

—Dale agua. —Mapuhi transfirió la orden a Ngakura.

Entre los dos, a patadas, hicieron salir a Ngakura de debajo de su manta. Un minuto después, Mapuhi espió lo que ocurría y vio beber al fantasma. Cuando la anciana extendió una mano temblorosa y la apoyó sobre la suya, sintió su peso y se convenció de que no era un fantasma. Entonces salió de su escondite, arrastró con él a Tefara y a los pocos minutos todos escuchaban el relato de Nauri. Cuando les habló de Levy y depositó la perla en la mano de Tefara, incluso ella aceptó que su suegra era real.

—Por la mañana —dijo Tefara— le venderás la perla a Raoul a cambio de cinco mil dólares franceses.

—¿Y la casa? —objetó Nauri.

—Él la construirá —respondió Tefara—. Dice que costará cuatro mil dólares franceses. Además, nos dará mil franceses en crédito, que equivale a dos mil chilenos.

—¿Y medirá seis brazas de largo? —preguntó Nauri.

—Sí —contestó Mapuhi—, seis brazas.

—¿Y en la sala del medio habrá un reloj octogonal de pared?

—Sí. Y también una mesa redonda.

—Entonces dadme algo de comer, que tengo hambre —dijo Nauri, satisfecha—. Y después dormiremos, porque estoy agotada. Mañana, antes de vender la perla, hablaremos un poco más sobre la casa. Además, sería mejor

pedir los mil dólares franceses en efectivo. Siempre es mejor el dinero que el crédito para comprar mercancías a los comerciantes.

[1908]



El chinago

El coral medra, la palmera crece, pero el hombre muere.

PROVERBIO TAHITIANO

Ah Cho no entendía francés. Estaba sentado, hastiado y aburrido, en la atestada sala del tribunal, escuchando el francés temperamental e incesante que pronunciaba ahora un funcionario y luego otro. Para Ah Cho aquello era un torrente de palabras ininteligibles y se asombraba de la estupidez de los franceses, que habían tardado tanto en encontrar al asesino de Chung Ga para, al final, no encontrarlo en realidad. Los quinientos culis de la plantación sabían que Ah San había cometido el asesinato, pero nadie lo había arrestado. Cierto que todos los culis habían acordado en secreto no testificar contra ninguno de ellos, pero resultaba muy sencillo: los franceses tenían que haber descubierto que Ah San era el culpable. Qué estúpidos eran esos franceses.

Ah Cho no había hecho nada que lo empujase a tener miedo. No había participado en el asesinato. Era verdad que estuvo presente y que Schemmer, el capataz de la plantación, se precipitó hacia los barracones inmediatamente después y lo encontró allí junto con otros cuatro o cinco, pero ¿y qué?, Chung Ga solo había recibido dos puñaladas. Por lógica, cinco o seis hombres no pueden infligir dos puñaladas. Como mucho, si cada hombre apuñalase una única vez, serían solo dos hombres los culpables.

Así razonaba Ah Cho cuando él y sus cuatro compañeros mintieron, se bloquearon y se obcecaron en sus declaraciones ante el tribunal en relación a lo ocurrido. Habían oído los sonidos del asesinato y, como Schemmer, corrieron hacia el lugar. Llegaron allí antes que Schemmer, nada más. Cierto, Schemmer había testificado que, atraído por el mido de una pelea al pasar, permaneció cinco minutos en el exterior y que luego, cuando entró, encontró ya allí a los prisioneros; así que no habían entrado justo antes que él, ya que había permanecido un rato en la puerta del barracón. ¿Y qué? Ah Cho y sus

cuatro compañeros testificaron que Schemmer se equivocaba. Al final los soltarían. Estaban totalmente seguros. No podían decapitar a cinco hombres por dos puñaladas. Además, ningún diablo extranjero había presenciado el asesinato. Pero esos franceses eran tan estúpidos. En China, como bien sabía Ah Cho, el magistrado habría ordenado torturarlos a todos y así acabaría por saber la verdad. Bajo tortura resultaba muy fácil descubrir la verdad. Pero los franceses no torturaban, ¡había que ser tonto! Por eso nunca sabrían quién mató a Chung Ga.

Sin embargo, Ah Cho no lo entendía todo. La compañía inglesa propietaria de la plantación había importado a Tahití, incurriendo en grandes gastos, a los quinientos culis. Los accionistas exigían dividendos y la compañía aún no había repartido ninguno, por lo que dicha compañía no deseaba que sus caros obreros contratados adoptasen la costumbre de matarse entre ellos. Además, estaban los franceses, ávidos e impacientes por imponer a los chinagos las virtudes y excelencias de la ley francesa. No había nada mejor que dar ejemplo de vez en cuando; asimismo, ¿para qué servía Nueva Caledonia si no era para enviar hombres allí que pasaran sus días entre sufrimientos y dolores como castigo por ser frágiles y humanos?

Ah Cho no entendía nada de esto. Se sentaba en la sala a aguardar el dilatado fallo que lo liberaría, junto a sus compañeros, para regresar a la plantación y cumplir los términos de sus contratos. Pronto emitirían la sentencia. El proceso llegaba a su fin; eso sí lo veía. Ya no había más testimonios ni palabras ininteligibles. Los diablos franceses también estaban cansados y sin duda aguardaban el fallo del juez. Mientras esperaba se remontó a la época en que había firmado el contrato y zarpado rumbo a Tahití. La vida era muy dura en su aldea costera y cuando lo contrataron como aprendiz durante cinco años en los mares del Sur por cincuenta centavos de dólar mexicano al día se había considerado un afortunado. En su aldea había hombres que se deslomaban todo el año a cambio de diez dólares y mujeres que hacían cestas por cinco, mientras que en las casas de los tenderos las doncellas recibían cuatro dólares por un año de trabajo. Y él iba a cobrar cincuenta centavos al día. ¡Iba a recibir esa bonita suma por un día, por un solo día! ¿Qué importaba si había que trabajar duro? Al cabo de los cinco años regresaría a casa —eso decía el contrato— y ya no tendría que volver a trabajar. Sería rico de por vida, con casa propia, esposa e hijos que crecerían para venerarlo. Sí, y en la parte de atrás de la casa tendría un pequeño jardín, lugar de meditación y reposo, con peces de colores en un estanque diminuto y

campanillas de viento tintineando en los árboles, todo ello rodeado por un muro elevado para que nadie perturbase su meditación y su reposo.

Pues ya había trabajado tres de esos cinco años. Era un hombre rico (en su propio país) gracias a sus ahorros y solo dos años se interponían entre la plantación de algodón de Tahití y la meditación y el reposo que le esperaban. Pero en esos momentos perdía dinero debido a la desafortunada casualidad de encontrarse presente en el asesinato de Chung Ga. Llevaba tres semanas en la cárcel y durante cada día de esas tres semanas había perdido cincuenta centavos. Aunque enseguida harían público el fallo y podría volver a trabajar.

Ah Cho contaba veintidós años. Era feliz, bondadoso y sonreía con facilidad. Delgado de cuerpo, al estilo asiático, tenía un rostro redondo como la luna que irradiaba una sutil despreocupación y una dulce amabilidad de espíritu, algo poco corriente entre sus compatriotas. Y su aspecto no defraudaba. Jamás causaba problemas, nunca se peleaba. No jugaba. No tenía el alma endurecida del jugador. Se contentaba con las cosas pequeñas y los placeres sencillos. La paz y la tranquilidad de las horas frescas del día, tras haber trabajado arduamente al sol en el algodonal, le producían una satisfacción infinita. Podía pasarse horas sentado mientras observaba una flor solitaria y filosofaba acerca de los misterios y los enigmas del ser. Una garza azulada en la pequeña medialuna de una playa, la salpicadura argentada del pez volador o un ocaso nacarado y rosa sobre la laguna lograban cautivarlo hasta el punto de hacerlo olvidar la sucesión de días agotadores y el enconado látigo de Schemmer.

Schemmer, Karl Schemmer, era un bruto, un bruto ignorante. Pero se ganaba el sueldo. Arrancaba hasta la última partícula de la fuerza que quedaba en los cuerpos de los quinientos esclavos; porque eran esclavos hasta que transcurrían los años de contrato. Schemmer se esforzaba en extraer la energía de esos quinientos cuerpos sudorosos y convertirla en balas de algodón listas para exportar. Su tosquedad primitiva, dominante e inflexible era lo que le permitía realizar esa transformación. Además, contaba con la ayuda de un cinto de cuero, de casi diez centímetros de ancho y un metro de largo, que siempre llevaba consigo a caballo y que a veces descendía sobre la espalda desnuda de un culi encorvado, con un estallido similar a un disparo. Esos estallidos eran frecuentes cuando Schemmer recorría los surcos a caballo.

En una ocasión, al comienzo del primer año de contrato, había matado a un culi de un único puñetazo. No le había aplastado la cabeza exactamente como si fuera la cáscara de un huevo, pero el golpe bastó para dañar el interior y el hombre falleció tras pasar enfermo una semana. Sin embargo, los

chinos no se habían quejado ante los diablos franceses que gobernaban Tahití. Debían cuidarse ellos, Schemmer era su problema. Debían protegerse de su ira como se protegían del veneno de las escolopendras que acechaban entre la hierba o se arrastraban al interior de los dormitorios las noches de lluvia. Los chinagos —así los llamaban las gentes indolentes y morenas de la isla— se ocupaban de no disgustar demasiado a Schemmer. Ese puñetazo de Schemmer le había costado miles de dólares a la compañía sin que esta le pidiese cuentas.

Los franceses, carentes de instinto colonizador, inútiles en su juego pueril de desarrollar los recursos de la isla, se alegraban de que la compañía inglesa tuviese éxito. ¿Qué más daban Schemmer y su temible puño? ¿Y el chinago que había muerto? No era más que un chinago. Además, según atestiguaba el certificado médico, había muerto de insolación. Cierto, en la historia de Tahití nadie había muerto jamás de insolación. Pero eso, precisamente eso, era lo que convertía la muerte de aquel chinago en algo único. Eso decía el médico en su informe. Cuánta sinceridad. Había que repartir dividendos o se añadiría un fracaso más a una larga historia de fracasos en Tahití.

No había quién entendiera a aquellos diablos blancos. Allí, sentado ante el tribunal, aguardando el fallo, Ah Cho reflexionó sobre su impenetrabilidad. Era imposible saber qué pensaban. Había visto a unos cuantos diablos blancos. Todos eran iguales: los oficiales y los marineros del barco, los funcionarios franceses y los pocos blancos de la plantación, Schemmer incluido. Sus cabezas funcionaban de una forma misteriosa que nadie comprendía. Se enfadaban sin causa aparente y su ira siempre resultaba peligrosa. En esas ocasiones parecían bestias salvajes. Se preocupaban por nimiedades y a veces eran capaces de trabajar incluso más que un chinago. No eran moderados en la medida en que lo eran los chinagos; eran glotones: comían una barbaridad y aún bebían más. Un chinago nunca sabía cuándo algo les agradaría o provocaría un estallido de ira. Un chinago no podía saberlo. Lo que en un momento les agradaba, al siguiente podría hacerlos enfadar. Tras los ojos de los diablos blancos había una cortina que ocultaba sus pensamientos a las miradas de los chinagos. Además, por si fuera poco, estaba también la exagerada eficiencia de los diablos blancos, esa habilidad para hacer cosas, para lograr que todo funcione, para conseguir resultados, para someter a sus voluntades a todo cuanto repta y trepa, incluso a las mismas fuerzas de los elementos. Sí, los blancos eran extraños y sorprendentes; también eran diablos. Bastaba con pensar en Schemmer.

Ah Cho se preguntó por qué tardarían tanto en pronunciar sentencia. Ninguno de los acusados le había puesto la mano encima a Chung Ga. Lo había matado Ah San, sin ayuda. Ah San lo hizo echando hacia atrás la cabeza de Chung Ga con una mano al tirarle de la coleta y clavándole el cuchillo tras adelantar la otra mano. Se lo clavó dos veces. Allí mismo, en la sala, con los ojos cerrados, Ah Cho volvió a ver el asesinato: la riña, las infames palabras intercambiadas, las groserías y los insultos arrojados sobre los venerables ancestros, las maldiciones vertidas sobre las generaciones futuras, el salto de Ah San, el tirón a la coleta de Chung Ga, el cuchillo que se hundía dos veces en la carne, la puerta al abrirse de repente, la entrada de Schemmer, la carrera hacia la puerta, la huida de Ah San, el cinto de Schemmer que arrinconó a los demás y el disparo de revólver, señal de que Schemmer necesitaba ayuda. Ah Cho tembló al revivirlo. El cinto le había dado en la mejilla y le levantó parte de la piel. Schemmer había señalado los moratones al identificar a Ah Cho desde el estrado. Ahora, por fin, habían dejado de ser visibles. Yaya golpe. Un centímetro más centrado y le habría sacado el ojo. Luego Ah Cho olvidó todo lo ocurrido al concentrarse en una visión del jardín en el que meditaría y reposaría, del jardín que poseería tras regresar a su tierra.

Permaneció sentado con el rostro impasible mientras el magistrado emitía la sentencia. Los rostros de sus cuatro compañeros se mostraron igual de impertérritos. Y en la misma medida imperturbables se mantuvieron mientras el intérprete les explicaba que los cinco habían sido declarados culpables del asesinato de Chung Ga y que Ah Chow sería decapitado, Ah Cho cumpliría veinte años de condena en Nueva Caledonia, Wong Li doce años y Ah Tong diez años. De nada serviría alterarse. Incluso Ah Chow permaneció tan inexpresivo como una momia, aunque era a él a quien iban a cortarle la cabeza. El magistrado añadió unas pocas palabras y el intérprete les explicó que, habiendo sido el rostro de Ah Chow el más marcado por el cinto de Schemmer, su identificación no ofrecía lugar a dudas y, como uno de ellos debía morir, él iba a ser ese hombre. Además, que el rostro de Ah Cho también mostrase las marcas del cinto probaba, sin lugar a dudas, su presencia en el lugar del asesinato y esa participación indiscutible lo hacía merecedor de veinte años de trabajos forzados. Así fue explicando los motivos de cada condena, hasta llegar a los diez años de Ah Tong. Que los chinagos aprendan bien la lección, fue lo último que dijo el tribunal, pues deben saber que en Tahití se cumplen las leyes aunque el cielo caiga sobre nuestras cabezas.

Los cinco chinagos volvieron a la cárcel. No se mostraron conmocionados ni afligidos. Lo inesperado de las condenas era algo a lo que los había acostumbrado su trato con los diablos blancos. Un chinago casi siempre esperaba de ellos lo inesperado. El duro castigo por un crimen que no habían cometido no les parecía más raro que la enorme cantidad de cosas extrañas que hacían los diablos blancos. Durante las semanas siguientes, Ah Cho observó a Ah Chow a menudo y con una leve curiosidad. Le iban a cortar la cabeza en la guillotina que estaban levantado en la plantación. Para él no habría años de decadencia ni jardines de tranquilidad. Ah Cho filosofaba y especulaba sobre la vida y la muerte. En cuanto a su situación, no se sentía inquieto. Veinte años solo eran veinte años. Le arrebatarían su jardín durante ese tiempo, nada más. Era joven y llevaba en los genes la paciencia de Asia. Podía aguardar esos veinte años y para entonces el ardor de su sangre se habría aplacado y estaría mejor dotado para su jardín de apacibles delicias. Le buscó un nombre; lo llamaría El Jardín de la Paz Matutina. Fue feliz todo el día pensando en ello y sintió la necesidad de elaborar una máxima moral sobre la virtud de la paciencia, que resultó ser un gran consuelo, sobre todo para Wong Li y Ah Tong. Sin embargo, Ah Chow no prestó atención a la máxima. Iban a separarle la cabeza del cuerpo en tan poco tiempo que no precisaba paciencia para aguardar. Fumaba bien, comía bien, dormía bien y no le preocupaba el lento transcurrir del tiempo.

Cruchot era uno de los gendarmes. Llevaba veinte años de servicio en las colonias, desde Nigeria y Senegal hasta los mares del Sur, y esos veinte años no habían logrado espabilar su mente embotada. Seguía siendo tan obtuso y estúpido como en sus días de campesino en el sur de Francia. Conocía la disciplina y el miedo a la autoridad, y la única diferencia que encontraba entre el escalafón existente que iba de Dios al sargento de gendarmes era la cantidad de servil obediencia que dedicaba a cada uno. Para ser exactos, el sargento ocupaba un lugar más importante en su cabeza que Dios, excepto los domingos, cuando hablaban los portavoces del Señor. Y es que Dios solía mantenerse remoto, alejado, mientras que el sargento acostumbraba a encontrarse muy a mano.

Fue Cruchot quien recibió la orden del magistrado jefe para el carcelero, en la que ordenaba a dicho funcionario que le entregase a Cruchot la persona de Ah Chow. La noche previa, el magistrado jefe había celebrado una cena en honor del capitán y los oficiales de un buque de guerra francés. Le temblaba la mano cuando puso la orden por escrito y le dolían tanto los ojos que no la repasó. En cualquier caso, no se trataba más que de la vida de un chinago. Por

eso no se fijó en que había omitido la letra final del nombre de Ah Chow. En la orden figuraba Ah Cho y, cuando Cruchot la presentó, el carcelero le entregó la persona de Ah Cho. Cruchot lo sentó a su lado en la carreta tirada por dos mulas y emprendió la marcha.

Ah Cho se alegró de salir a la luz del sol. Se sentó al lado del gendarme y sonrió de oreja a oreja. Sonrió más que nunca cuando vio que las mulas se dirigían al sur, hacia Atimaono. No cabía duda de que Schemmer lo había enviado a buscar porque lo quería de vuelta. Schemmer quería que trabajase. Pues trabajaría bien. Schemmer jamás tendría motivo de queja. Los alisios habían dejado de soplar y hacía calor. Las mulas sudaban, Cruchot sudaba y Ah Cho sudaba. Pero era Ah Cho quien soportaba el calor con mayor facilidad. Había trabajado tres años en la plantación bajo aquel sol. Sonreía sin parar, con tanta bondad y amabilidad que incluso la obtusa mente de Cruchot acabó por asombrarse.

—Eres muy raro —dijo, por fin.

Ah Cho asintió con la cabeza y sonrió más vehementemente. A diferencia del magistrado, Cruchot le hablaba en *kanaka*, lengua que Ah Cho comprendía, como todos los chinagos y los diablos extranjeros.

—Te ríes mucho —riñó Cruchot—. En un día como este deberías tener el corazón lleno de lágrimas.

—Me alegra salir de la cárcel.

—¿Eso es todo? —El gendarme se encogió de hombros.

—¿No es suficiente? —fue la respuesta.

—Entonces, ¿no te alegras de que te decapiten?

Ah Cho lo miró súbitamente perplejo y dijo:

—Pero si yo vuelvo a Atimaono para trabajar en la plantación a las órdenes de Schemmer. ¿Es que no me llevas a Atimaono?

Cruchot se acarició el largo mostacho mientras pensaba.

—Bueno, bueno —dijo al fin mientras animaba a las mulas con el látigo —, ¿así que no lo sabes?

—¿Saber qué? —Ah Cho empezaba a sentir una leve inquietud—. ¿Acaso Schemmer no quiere que siga trabajando para él?

—Después de hoy, no. —Cruchot se rió con ganas. Era un buen chiste—. Verás, después de hoy no podrás seguir trabajando. Un hombre decapitado no puede trabajar, ¿no?

Le dio un codazo en las costillas al chinago y se rió. Ah Cho guardó silencio mientras las mulas trotaban durante más de un kilómetro. Luego dijo:

—¿Schemmer me va a decapitar?

Cruchot sonrió al tiempo que asentía con la cabeza.

—Es un error —afirmó Ah Cho, muy serio—. Yo no soy el chinago al que hay que decapitar. Yo soy Ah Cho. El juez ha decidido que yo debo pasar veinte años en Nueva Caledonia.

El gendarme se rió. Era un buen chiste. Aquel chinago tan raro pretendía librarse de la guillotina. Las mulas cruzaron un palmeral y avanzaron un buen trecho junto al brillante mar antes de que Ah Cho volviese a hablar.

—Te digo que no soy Ah Chow. El juez no dijo que fuese mi cabeza la que debía caer.

—No temas —respondió Cruchot con la filantrópica intención de facilitar las cosas a su prisionero—. Morir así no es difícil. —Chasqueó los dedos—. Es así de rápido. No tiene nada que ver con colgar de una soga, pateando y gesticulando durante cinco minutos. Es como matar a un pollo con un hacha. Le cortas la cabeza y ya está. Pues lo mismo con un hombre. ¡Zas! Y se acabó. No duele. No tienes tiempo de pensar que duele. No piensas. Ya no tienes cabeza, así que no piensas. Está muy bien. Yo quiero morir así, de una forma tan rápida. Tienes suerte de morir así. Podrías enfermar de lepra e irte cayendo a pedazos poco a poco, un dedo ahora, luego el pulgar… y también los de los pies. Conocí a un hombre que se abrasó con agua hirviendo. Tardó dos días en morir. Se le oía gritar a kilómetros de distancia. Pero tú lo tienes muy fácil. ¡Zas! Así de fácil te corta el cuello la hoja. Y se acabó. Incluso puede que te haga cosquillas, ¿quién sabe? Ninguno de los que murieron de esa forma han vuelto para contarlo.

Esto último le pareció un chiste impresionante y se permitió el lujo de convulsionar por la risa durante medio minuto. Parte de su alegría era fingida, pero le parecía que tenía el deber humanitario de animar al chinago.

—Lo que te digo es que soy Ah Cho —insistió el otro—. Y no quiero que me decapiten.

Cruchot frunció el ceño. El chinago se estaba pasando de la raya.

—No soy Ah Chow… —empezó a decir Ah Cho.

—Ya basta —interrumpió el gendarme. Infló las mejillas y se esforzó por parecer fiero.

—Te aseguro que no soy… —empezó de nuevo Ah Cho.

—¡Cállate! —vociferó Cruchot.

Después continuaron viaje en silencio. Desde Papeete a Atimaono había treinta y dos kilómetros y casi habían recorrido la mitad de esa distancia cuando el chinago se atrevió a hablar otra vez.

—Te vi en la sala cuando el juez nos declaró culpables —dijo—. Muy bien. ¿Recuerdas que Ah Chow, quien debe ser decapitado, recuerdas que él, Ah Chow, era un hombre alto? Mírame a mí.

Se puso en pie de repente y Cruchot vio que era bajo. Con la misma brusquedad percibió un fugaz atisbo de un recuerdo de Ah Chow y en ese recuerdo Ah Chow era alto. Al gendarme todos los chinagos le parecían iguales. Un rostro era como el otro. Pero sí diferenciaba entre altura y bajura, por lo que supo que llevaba sentado junto a él al hombre equivocado. Hizo detener a las mulas tan súbitamente que la vara las adelantó y elevó las colleras.

—Ya ves que ha sido un error —dijo Ah Cho mientras sonreía encantado.

Pero Cruchot estaba pensando. Ya lamentaba haber detenido la carreta. No sabía que el magistrado jefe había cometido un error y no tenía forma de corregirlo, pero sí sabía que le habían entregado a aquel chinago para que lo llevase a Atimaono y que tenía el deber de hacerlo. ¿Qué más daba que fuese el hombre equivocado y que lo decapitasen? A fin de cuentas no era más que un chinago y, ¿qué era un chinago? Además, podría no tratarse de un error. Él no sabía lo que pensaban sus superiores, pero ellos sí sabían lo que hacían. ¿Quién era él para pensar por ellos? En una ocasión, mucho tiempo atrás, había intentado pensar por ellos y el sargento le había dicho: «¡Cruchot, eres un necio! Cuanto antes te enteres, mejor te irá. No estás aquí para pensar, sino para obedecer y dejar lo de pensar a quien sabe hacerlo bien». El recuerdo le dolió. Además, si regresaba a Papeete retrasaría la ejecución en Atimaono y, si cometía un error al regresar, el sargento que esperaba al prisionero lo reprendería. Por si fuera poco, también lo reprenderían en Papeete.

Rozó a las mulas con el látigo y siguió adelante. Miró el reloj. Ya iba a llegar con media hora de retraso y sin duda el sargento estaría enfadado. Hizo aumentar el trote de las mulas. Cuanto más insistía Ah Cho en explicarle el error, más se obcecaba Cruchot. Saber que llevaba al hombre equivocado no mejoraba su humor. Saber que él no había cometido el error lo reafirmaba en su creencia de que el mal que hacía era el bien. Y antes de provocar el enojo del sargento habría empujado a la muerte a una docena de chinagos equivocados.

En cuanto a Ah Cho, después de que el gendarme lo golpease en la cabeza con el mango del látigo y le ordenase a gritos que se callara, no le quedó más remedio que obedecer. El largo viaje continuó en silencio. Ah Cho reflexionaba sobre el extraño comportamiento de los diablos extranjeros. No había forma de explicarlo. Lo que hacían con él encajaba con todo lo que

hacían. Primero declaraban culpables a cinco inocentes y luego decapitaban al hombre que ellos mismos, en su total ignorancia, habían considerado merecedor de veinte años de cárcel. Pero no podía hacer nada. Solo le quedaba cruzarse de brazos y aceptar lo que esos dueños de la vida quisieran arrebatarle. Hubo un momento en que se apoderó de él el pánico, y sudó frío, pero luchó por recuperarse y lo logró. Intentó resignarse a su destino recordando y repitiendo ciertos pasajes del *Yin Chih Wen* (*Breve tratado sobre el estado tranquilo*), pero en su lugar continuó viendo su jardín soñado de meditación y reposo. Eso lo tuvo preocupado hasta que se abandonó al sueño y se encontró sentado en su jardín, escuchando el tintineo de las campanillas de viento en los distintos árboles. Y resultó que así sentado, en el sueño, fue capaz de recordar y repetir los pasajes del *Breve tratado sobre el estado tranquilo*.

Así transcurrió el tiempo agradablemente hasta que llegaron a Atimaono y las mulas se detuvieron al pie del patíbulo, a cuya sombra aguardaba el impaciente sargento. Ah Cho se vio obligado a subir a toda prisa la escalera que llevaba al cadalso. A un lado y por debajo de él se habían reunido todos los culis de la plantación. Schemmer había decidido que aquel acontecimiento constituiría una buena lección magistral, por eso había llamado a todos los culis que estaban en los campos y los obligaba a presenciarlo. Al ver a Ah Cho parlotearon entre ellos en voz baja. Se dieron cuenta del error, pero no dijeron nada. Sin duda, aquellos inexplicables diablos blancos habían cambiado de idea. En lugar de quitarle la vida a un hombre inocente, iban a quitarle la vida a un inocente distinto. Ah Chow o Ah Cho, ¿qué más daba? Entendían tan poco a los perros blancos como los perros blancos los entendían a ellos. Iban a decapitar a Ah Cho, pero ellos regresarían a China en cuanto transcurriesen los dos años de esclavitud que aún les quedaban.

Schemmer se había ocupado de construir la guillotina. Era mañoso y, aunque nunca había visto una, los oficiales franceses le habían explicado su funcionamiento. Fue él quien sugirió que la ejecución tuviese lugar en Atimaono, en lugar de en Papeete. A tal efecto argumentó que el lugar donde se había cometido el crimen era el mejor sitio para llevar a cabo el castigo y que, además, ejercería una influencia saludable sobre los quinientos chinagos de la plantación. Schemmer también se había ofrecido voluntario para actuar como verdugo, por lo que se hallaba sobre el patíbulo, experimentando con el instrumento que había fabricado. Un banano, del tamaño y consistencia del cuello de un hombre, yacía bajo la hoja de la guillotina. Ah Cho lo observó fascinado. El alemán hizo girar una pequeña manivela e izó la hoja hasta lo

más alto de la pequeña grúa que había adaptado. Luego, con un tirón a un pedazo de cuerda resistente, liberó la hoja, que cayó veloz y cortó en dos, limpiamente, el tronco del banano.

—¿Cómo funciona? —preguntó el sargento, que acababa de subir al patíbulo.

—Muy bien. —Fue la respuesta exultante de Schemmer—. Permita que se lo muestre.

Volvió a girar la manivela que izó la hoja, tiró de la cuerda y dejó caer la hoja sobre el blando banano. Pero en esa ocasión solo cortó dos terceras partes del tronco.

El sargento frunció el ceño.

—Así no sirve —dijo.

Schemmer se limpió el sudor de la frente.

—Necesita más peso —anunció.

Se acercó al borde del cadalso y ordenó al herrero que le entregase un pedazo de hierro de diez kilos de peso. Mientras se agachaba para fijar el hierro en la parte alta de la hoja, Ah Cho miró al sargento y vio su oportunidad.

—El honorable juez ordenó que decapitasen a Ah Chow —empezó a decir.

El sargento asintió con impaciencia. Estaba pensando en el viaje de veinticinco kilómetros que le esperaba esa tarde, hacia barlovento de la isla, y en Berthe, la hermosa hija mestiza de Lafière, el comerciante de perlas, que lo aguardaba al final del trayecto.

—Pues yo no soy Ah Chow. Soy Ah Cho. El honorable carcelero cometió un error. Ah Chow es un hombre alto y ya ve que yo soy bajo.

El sargento lo miró al instante y se dio cuenta del error.

—¡Schemmer! —llamó, categórico—. Venga aquí.

El alemán gruñó pero permaneció dedicado a su tarea hasta que el pedazo de hierro quedó bien sujeto.

—¿Está listo el chinago? —preguntó.

—Mírelo —fue la respuesta—. ¿Es este el chinago?

Schemmer mostró su sorpresa. Maldijo secamente durante unos segundos y miró con tristeza al artilugio que había fabricado con sus propias manos y que estaba deseando ver funcionar.

—Mire —dijo al fin—, no podemos aplazarlo. Ya he perdido tres horas de trabajo de esos quinientos chinagos. No puedo permitirme perderlas de nuevo

cuando llegue el verdadero condenado. Acabemos con esto de una vez. No es más que un chinago.

El sargento pensó en el largo viaje que le esperaba y en la hija del comerciante de perlas, y debatió el asunto consigo mismo.

—Le echarán la culpa a Cruchot… en caso de que se descubra —insistió el alemán—. Pero hay pocas probabilidades de que se descubra. En cualquier caso. Ah Chow no dirá nada.

—No creo que culpen a Cruchot —dijo el sargento—. Tiene que haber sido un error del carcelero.

—Pues adelante. A nosotros no pueden hacernos responsables. ¿Quién es capaz de diferenciar a un chinago de otro? Podemos decir que nos limitamos a cumplir nuestras instrucciones con el chinago que nos entregaron. Además, no puedo apartar a todos esos culis de su trabajo una segunda vez.

Hablaban en francés y, aunque Ah Cho no entendía ni una palabra, era consciente de que estaban decidiendo su destino. También sabía que sería el sargento quien tomaría la decisión, por lo que no apartaba la vista de los labios del oficial.

—De acuerdo —anunció el sargento—. Siga adelante. No es más que un chinago.

—Voy a probar una vez más, para estar seguro.

Schemmer situó el tronco de banano bajo la hoja, que ya había izado.

Ah Cho intentó recordar máximas del *Breve tratado sobre el estado tranquilo*. Se le ocurrió: «Vive en armonía», pero no procedía porque no iba a vivir. Estaba a punto de morir. No, no le servía. «Perdona la malicia», sí, pero no había malicia que perdonar. Schemmer y los demás actuaban sin malicia. Para ellos no era más que un trabajo a realizar, como despejar la jungla, cavar zanjas para el agua y plantar algodón. Schemmer tiró de la cuerda y Ah Cho olvidó el *Breve tratado sobre el estado tranquilo*. La hoja cayó con un golpe sordo y partió el árbol en dos.

—¡Estupendo! —exclamó el sargento, interrumpiendo el gesto de encender un pitillo—. ¡Muy bien, amigo mío!

A Schemmer le gustó el elogio.

—Ven, Ah Chow —ordenó en tahitiano.

—Pero yo no soy Ah Chow —empezó a decir Ah Cho.

—¡Silencio! —fue la respuesta—. Si vuelves a abrir la boca, te rompo la cabeza.

El capataz lo amenazó con el puño cerrado y él guardó silencio. ¿De qué servía protestar? Esos diablos extranjeros siempre se salían con la suya.

Permitió que lo amarraran a una tabla vertical del tamaño de su cuerpo. Schemmer apretó mucho las hebillas, tanto que las correas se le clavaron en la carne y le hicieron daño. Pero no se quejó. No le harían daño mucho tiempo. Sintió que la tabla se inclinaba para situarse en horizontal y cerró los ojos. En ese momento percibió un último atisbo de su jardín de meditación y reposo. Le pareció que estaba sentado en él. Soplaba una brisa fresca y las campanillas de los árboles tintineaban suavemente. Además, las aves producían sonidos que lo adormilaban y del otro lado del muro llegaba el ruido apagado de la vida en la aldea.

Entonces se dio cuenta de que la tabla se había detenido y, debido a las presiones y tensiones musculares, supo que yacía boca arriba. Abrió los ojos. Justo sobre él vio brillar al sol la hoja suspendida. Vio el peso que le habían añadido y notó que uno de los nudos de Schemmer se había soltado. Luego oyó la voz del sargento dar la orden. Ah Cho cerró los ojos al instante. No quería ver cómo descendía la hoja. Sin embargo, durante un fugaz segundo, la sintió. Y durante ese segundo recordó a Cruchot y lo que le había dicho. Pero Cruchot se equivocaba: la hoja no hacía cosquillas. Eso fue lo que percibió antes de dejar de percibir.

[1908]



Humillado

AQUELLO ERA EL FINAL. Subienkow había recorrido una larga senda de inclemencias y horrores en su intento por regresar a casa, a las capitales de Europa, y allí, en la América rusa, más lejos que en ningún otro lugar, esa senda llegaba a su fin. Estaba sentado sobre la nieve con las manos atadas a la espalda, aguardando a que lo torturasen. Miraba fijamente y con curiosidad a un enorme cosaco, boca abajo en la nieve frente a él, que gemía de dolor. Los hombres habían terminado de manipular al gigante y se lo entregaron a las mujeres. Los gritos del cosaco daban fe de que la malignidad de ellas superaba a la de los hombres.

Subienkow siguió mirando y se estremeció. No temía morir. Se había jugado la vida demasiadas veces en el agotador camino de Varsovia a Nulato como para temblar por el simple hecho de morir. Pero se oponía a la tortura. Ofendía su alma. Dicha ofensa no se debía al dolor que iba a tener que soportar, sino al triste espectáculo que daría a causa de ese dolor. Sabía que acabaría por rogar, implorar y suplicar, tal y como habían hecho Ivan *el Grande* y todos a los que les había tocado antes que a él. Y eso no sería agradable. Desvanecerse limpia y valientemente, con una sonrisa y una broma, sí, eso estaría bien. Pero perder el control, que los dolores de la carne trastornaran su alma, farfullar y chillar como un mono, acabar convertido en un animal… eso era lo más terrible.

No había tenido oportunidad de escapar. Desde el principio, cuando soñó el exaltado sueño de la independencia de Polonia, se había convertido en una marioneta en manos del Destino. Desde el principio, en Varsovia, en San Petersburgo, en las minas siberianas, en Kamchatka, en la locura de los barcos de los ladrones de pieles, el Destino lo había empujado hacia aquel final. Sin duda, ese final estaba grabado para él en los pilares del mundo; para él, que era tan delicado y sensible, que tenía los nervios a flor de piel, que era un soñador, un poeta, un artista. Antes incluso de que alguien soñara con su existencia, había quedado decidido que el manojo tembloroso de sensibilidad que constituía su ser se viese condenado a vivir en unas condiciones primitivas y salvajes, sin el más mínimo refinamiento, y a morir en aquella

lejana tierra de la noche, en aquel lugar oscuro, más allá de la última frontera del mundo.

Suspiró. Así que esa cosa que tenía frente a él era Ivan *el Grande*, Ivan el gigante, el hombre de los nervios de acero, el hombre de hierro, el cosaco convertido en filibustero de los mares, flemático como un buey, con un sistema nervioso tan protegido que lo que era dolor para un hombre normal, para él no era más que un simple cosquilleo. Pues aquellos indios de Nulato le habían encontrado las terminaciones nerviosas a Ivan *el Grande* y las habían seguido hasta lo más profundo de su alma temblorosa. Sin duda era lo que estaban haciendo. Resultaba inconcebible que un hombre pudiese sufrir tanto y seguir viviendo. Ivan *el Grande* pagaba el precio de tener tan alto el umbral del dolor. Ya duraba el doble de lo que habían durado los otros.

Subienkow sintió que no podría soportar mucho más el sufrimiento del cosaco. ¿Porqué no se moría Ivan? Acabaría por volverse loco si no dejaba de oír sus gritos. Aunque, cuando dejase de oírlos habría llegado su tumo. Yakaga lo estaba esperando y le sonreía de vez en cuando, expectante. Yakaga, a quien la semana anterior había echado a patadas del fuerte y sobre cuyo rostro había descargado el látigo que usaba para los perros. Yakaga se ocuparía de él. Sin duda Yakaga le reservaba las torturas más refinadas, los tormentos más intensos. Pues por el modo en que gritaba Ivan, lo que le hacían también debía de ser terrible. Las indias que se inclinaban sobre él se apartaron entre risas y aplausos. Subienkow vio la monstruosidad que habían perpetrado y soltó una carcajada histérica. Los indios lo miraron, sorprendidos de que se riera. Pero Subienkow no era capaz de parar.

No podía permitírselo. Se controló y los espasmos fueron desapareciendo poco a poco. Se obligó a pensar en otras cosas y empezó a repasar su propia vida. Se acordó de su madre y de su padre, del pequeño poni manchado y del tutor francés que le había enseñado a bailar y le había pasado a hurtadillas un ejemplar viejo y gastado de Voltaire. Vio París una vez más, la deprimente Londres, la alegre Viena y Roma. Volvió a ver al rebelde grupo de jóvenes que habían soñado, como él, el sueño de la independencia de Polonia, con un rey polaco en su trono de Varsovia. Allí comenzaba la larga senda. Bueno, él había durado más que los otros. Uno a uno, empezando por los dos ejecutados en San Petersburgo, llevó la cuenta de las muertes de aquellos espíritus valientes. A uno lo había matado a golpes un carcelero y otro cayó en el camino manchado de sangre del exilio, que habían recorrido durante meses interminables, golpeado y maltratado por sus guardias cosacos. Y siempre la brutalidad, una brutalidad salvaje, animal. Habían muerto de fiebre, en las

minas, bajo el knut. Los dos últimos murieron después de la huida, en la lucha contra los cosacos, y solo él había llegado a Kamchatka con el dinero y la documentación robada a un viajero al que dejó tirado en la nieve.

Todo había sido brutalidad. Durante esos años que vivió centrado en los estudios de los artistas, los teatros y los jardines, la brutalidad lo había cercado. Había comprado su vida con sangre. Todos mataban. Él había matado al viajero para quitarle el pasaporte. Demostró que era un hombre de muchas facetas al batirse en duelo con dos oficiales rusos en un mismo día. Había tenido que demostrar su valor para ganarse un lugar entre los ladrones de pieles. Tuvo que ganarse ese lugar. Tras él quedaba el camino que duraba mil años y cruzaba Siberia y Rusia. No podía huir en esa dirección. Solo podía ir hacia delante, cruzar el oscuro y helado mar de Bering hacia Alaska. Eso lo llevó a conocer una brutalidad aún más profunda. En los barcos de los ladrones de pieles, dominados por el escorbuto, sin comida y sin agua, zarandeados por las interminables tormentas de ese mar tempestuoso los hombres se habían convertido en animales. Tres veces zarpó de Kamchatka rumbo al este. Y tres veces, tras pasar toda clase de penalidades y sufrimientos, los supervivientes regresaron a Kamchatka. No tenía otra salida y no podía volver por donde había llegado, pues allí le esperaban las minas y el knut.

De nuevo, por cuarta y última vez, zarpó rumbo al este. Había estado con quienes descubrieron las legendarias Islas de las Focas, pero no regresó con ellos para compartir su tesoro de pieles en las desenfrenadas orgías de Kamchatka. Había jurado no volver nunca más. Sabía que para alcanzar las tan ansiadas capitales de Europa debía seguir adelante, por eso cambió de barco y permaneció en la oscuridad del nuevo territorio. Sus compañeros eran cazadores eslavonenses y aventureros rusos, mongoles, tártaros y nativos de Siberia que habían abierto un sendero de sangre entre los salvajes del nuevo mundo. Masacraron aldeas enteras que se negaron a suministrar un tributo en pieles y ellos, a su vez, fueron masacrados por las tripulaciones de los barcos. Él y un finlandés habían sido los únicos supervivientes de semejante grupo. Pasaron un invierno de aislamiento y hambre en una solitaria isla de las Aleutianas y el hecho de que en primavera los rescatase otro barco que andaba a la caza de focas fue una oportunidad entre mil.

Pero siempre lo cercaba esa brutalidad animal. Pasando de barco en barco y negándose a volver atrás llegó a un barco que iba a explorar el sur. Bordeando la costa de Alaska no encontraron más que multitud de salvajes. Cada vez que fondearon, ya fuese entre las escalpadas islas o bajo los

amenazadores acantilados de tierra firme, sufrieron una batalla o una tormenta. O bien soplaba un temporal que amenazaba con destruirlos o los atacaban las canoas de guerra, tripuladas por unos nativos aulladores con los rostros cubiertos por las pinturas de guerra que llegaban para probar las sangrientas virtudes ocultas en la pólvora de los marineros errantes. Habían continuado costeando siempre rumbo al sur, con la intención de llegar a la legendaria tierra de California. Se decía que allí habitaban aventureros españoles que se habían abierto camino desde México, siempre luchando. La existencia de esos aventureros españoles le dio nuevas esperanzas. Si lograba escapar y reunirse con ellos, el resto sería sencillo —un año o dos más, eso no importaba— y podría llegar a México; luego tomaría un barco y Europa sería suya. Pero no habían encontrado a los españoles. Solo hallaron el mismo muro impenetrable de brutalidad. Los moradores de los confines del mundo, pintados para la guerra, los habían obligado a alejarse de la costa. Por fin, después de que uno de los botes quedase aislado y todos sus tripulantes murieran, el capitán había abandonado la búsqueda y puesto rumbo al norte.

Transcurrieron los años. Sirvió a las órdenes de Tebenkoff cuando se construyó el reducto Michaelovski[15]. Pasó dos años en la región de Kuskokwim. Dos veranos, en el mes de junio, consiguió llegar hasta el promontorio del estrecho de Kotzebue. Allí y entonces se reunían las tribus para hacer trueques; allí se encontraban pieles moteadas de ciervos de Siberia, marfil de las islas Diómedes, pieles de morsa de las costas del Ártico y extrañas lámparas de aceite hechas de piedra que iban pasando de tribu en tribu sin que nadie conociera su procedencia e incluso, en una ocasión, un cuchillo de caza de fabricación inglesa; y aquella era la mejor escuela para aprender geografía. Subienkow lo supo porque allí encontró esquimales del estrecho de Norton, de la Isla del Rey y la Isla San Lorenzo, del cabo Príncipe de Gales y de Punta Barrow. Entonces esos lugares tenían otros nombres y las distancias se calculaban en días.

Aquellos comerciantes salvajes abarcaban un territorio inmenso, pero aún era mucho mayor la región de la que procedían —por medio de un intercambio constante— sus lámparas de piedra y el cuchillo de acero. Subienkow intimidó, engatusó y sobornó. Llevaron ante él a cuantos habían viajado lejos y a los miembros de las tribus más desconocidas. Le hablaron de peligros inexplicables, inimaginables, de animales salvajes, tribus hostiles, bosques impenetrables e imponentes cordilleras. Pero siempre, desde más allá de todo eso, llegaba el rumor y el relato que hablaba de hombres de piel blanca, ojos azules y cabello claro que luchaban como demonios y que nunca

cejaban en su búsqueda de pieles. Se encontraban al este, muy, muy lejos, al este. Nadie los había visto. Solo les llegaban las habladurías.

Se trataba de una escuela muy exigente. Costaba aprender geografía a través de dialectos desconocidos, de mentes ignorantes que mezclaban la realidad con la fábula y medían las distancias en «sueños» que variaban según la dificultad del camino. Pero Subienkow oyó por fin el rumor que le dio ánimos. Al este fluía un río enorme, donde se encontraban esos hombres de ojos azules. El río se llamaba Yukón. Al sur del reducto Michaelovski desembocaba otro gran río al que los rusos llamaban Kwikpak. Según se decía, esos dos ríos eran el mismo.

Subienkow regresó a Michaelovski. Durante un año intentó organizar una expedición cauce arriba del Kwikpak. Entonces se presentó Malakoff, el mestizo ruso, a la cabeza del grupo más brutal y feroz de aventureros mestizos surgidos del infierno, que habían cruzado desde Kamchatka. Subienkow fue su lugarteniente. Sortearon los laberintos del gran delta del Kwikpak, aprovecharon las primeras pendientes bajas de la orilla norte y durante ochocientos kilómetros, en canoas de piel cargadas hasta la borda con mercancía para comerciar y munición, lucharon para abrirse paso contra una corriente de cinco nudos en un río que medía entre tres y quince kilómetros de ancho, con una profundidad de muchas brazas. Malakoff decidió construir el fuerte en Nulato. Subienkow insistió para que llegasen más lejos, pero enseguida aceptó Nulato. El largo invierno se acercaba y sería mejor esperar. A principios del siguiente verano, en cuanto el hielo se derritiese, él desaparecería Kwikpak arriba y se abriría camino hasta las factorías de la Compañía de la Bahía de Hudson. Malakoff no había oído el rumor según el que el Kwikpak era el Yukón y Subienkow no se lo contó.

Llegó el momento de construir el fuerte. Fue un trabajo impuesto. Los muros escalonados de troncos se alzaron sobre los suspiros y gruñidos de los indios nulato. El látigo caía sobre sus espaldas, sujeto por la mano de hierro de los filibusteros del mar. Algunos indios huyeron y, cuando los atraparon, los llevaron de vuelta y los tumbaron frente al fuerte, con los brazos y piernas en cruz; allí, tanto ellos como su tribu, aprendieron la eficacia del knut. Dos murieron debido a los azotes; otros quedaron heridos para siempre; y los demás aprendieron la lección y no volvieron a escapar. La nieve empezó a caer antes de que el fuerte estuviese terminado y llegó el tiempo de las pieles. A la tribu se le impuso un cuantioso tributo. Los golpes y los latigazos continuaron y, a fin de lograr que se pagase el tributo, retuvieron como

rehenes a las mujeres y a los niños, a los que trataron con esa barbarie que solo conocen los ladrones de pieles.

Sembraron sangre y ahora tocaba recoger la cosecha. El fuerte había desaparecido. A la luz de su incendio abatieron a la mitad de los ladrones de pieles. La otra mitad murió torturada. Solo quedaba Subienkow; o Subienkow e Ivan *el Grande*, si esa cosa que gimoteaba y gemía en el suelo podía llamarse Ivan *el Grande*. Subienkow vio que Yakaga le dedicaba una amplia sonrisa. No había forma de negar a Yakaga: aún tenía la marca del látigo en el rostro. Subienkow lo comprendía, pero no quería pensar en lo que Yakaga sería capaz de hacerle. Se le ocurrió apelar a Makamuk, el jefe; sin embargo, su cabeza le dijo que no serviría de nada. Después tuvo la idea de romper sus ataduras y morir peleando. Ese sería un final rápido. Pero no fue capaz de romperlas. Las tiras de piel de caribú eran más fuertes que él. No se rindió y se le ocurrió otra salida. Por señas llamó a Makamuk y pidió que se acercara un intérprete que conociese el dialecto de la costa.

—Makamuk —dijo—, no estoy dispuesto a morir. Soy un gran hombre y morir sería una estupidez. Lo cierto es que nunca moriré. No soy como esa carroña.

Miró a la cosa que no paraba de gemir y que había sido Ivan *el Grande* y le dio un toque despreciativo con el pie.

—Soy demasiado sabio. Atiende: tengo un remedio único. Solo yo lo conozco. Y, como no voy a morir, compartiré contigo mi remedio.

—¿Qué remedio es? —preguntó Makamuk.

—Es un remedio raro.

Subienkow debatió un momento consigo mismo, como si le costase desprenderse del secreto.

—Te lo contaré. Si se frota un poco de ese remedio sobre la piel, la hace tan dura como una piedra, tanto como el hierro, y ninguna de las armas cortantes puede atravesarla. El golpe más fuerte de un arma cortante no es nada. Un cuchillo de hueso se vuelve barro y es capaz de doblar el filo de los cuchillos de hierro que os hemos traído. ¿Qué me darás a cambio del secreto de mi remedio?

—Te daré tu vida —respondió Makamuk a través del intérprete.

Subienkow se rió con desdén.

—Y serás esclavo en mi casa hasta que mueras.

La risa del polaco transmitió un desprecio aún mayor.

—Desátame las manos y los pies y hablemos —dijo.

El jefe dio la orden y, en cuanto lo liberaron, Subienkow lió un cigarrillo y lo encendió.

—Esto es una tontería —dijo Makamuk—. No existe un remedio así. No puede ser. Un filo cortante es más fuerte que cualquier remedio.

El jefe se mostraba incrédulo y sin embargo titubeaba. Había visto demasiadas magias de los ladrones de pieles que hacían efecto. No podía dudar del todo.

—Te daré la vida, pero no serás esclavo —anunció.

—Quiero más.

Subienkow jugaba su baza con tanta frialdad como si estuviera negociando para trocar una piel de zorro

—Se trata de un remedio único. Me ha salvado la vida muchas veces. Quiero un trineo y perros, y seis de tus cazadores para que viajen conmigo río abajo y garanticen mi seguridad hasta un sueño de distancia desde el reducto Michaelovski.

—Debes vivir aquí y enseñarnos todas tus magias —fue la respuesta.

Subienkow se encogió de hombros y guardó silencio. Arrojaba al aire helado el humo del cigarrillo mientras observaba con curiosidad al enorme cosaco.

—¡Esa cicatriz! —dijo Makamuk de repente y señaló al cuello del polaco, donde una marca lívida anunciaba el tajo que un cuchillo le había infligido en medio de una refriega vivida en Kamchatka—. El remedio no sirve. El filo fue más fuerte que el remedio.

—Quien lanzó el ataque era un hombre fuerte —reflexionó Subienkow—. Más fuerte que tú, más fuerte que el más fuerte de tus cazadores, más fuerte que él.

De nuevo, con la punta del mocasín, tocó al cosaco inconsciente, que constituía un espectáculo horripilante, pero a cuyo cuerpo descuartizado se aferraba una vida atormentaba por el dolor que no quería irse.

—Además, el remedio estaba flojo porque en la zona no había bayas de un tipo determinado y que abundan en esta región. Aquí el remedio tendrá mucha fuerza.

—Te dejaré ir río abajo —dijo Makamuk— y el trineo, los perros y los seis cazadores serán tuyos.

—Eres lento —fue la fría réplica—. Has cometido una ofensa contra mi remedio al no aceptar mis condiciones de inmediato. Por eso ahora exijo más. Quiero cien pieles de castor. —Makamuk hizo una mueca de desdén—. Quiero cincuenta kilos de pescado seco. —Makamuk asintió porque había

mucho pescado y era barato—. Quiero dos trineos, uno para mí y otro para mis pieles y mi pescado. Y quiero que me devuelvas mi rifle. Si no te gusta el precio, dentro de muy poco subirá.

Yakaga susurró algo al jefe.

—Pero ¿cómo puedo saber que tu remedio es verdadero? —preguntó Makamuk.

—Muy sencillo. Primero me internaré en el bosque…

Yakaga volvió a susurrar algo al oído de Makamuk, quien mostró su desconfianza.

—Puedes enviar conmigo a veinte cazadores —continuó Subienkow—. Verás, he de recoger las bayas y las raíces que necesito para hacer el remedio. Después, cuando hayas comprado los dos trineos y los cargues con el pescado, las pieles de castor y el rifle, y hayas escogido a los seis cazadores que me acompañarán, entonces, cuando todo esté listo, me frotaré el cuello con el remedio, así, y pondré el cuello sobre ese tronco. Luego el más fuerte de tus cazadores podrá sacar su hacha y golpear mi cuello con ella tres veces. Tú mismo puedes golpear las tres veces.

Makamuk se quedó boquiabierto, empapándose de esa última y más maravillosa magia de los ladrones de pieles.

—Pero antes —añadió enseguida el polaco—, entre cada golpe debo añadir otra capa de remedio. El hacha esta afilada y pesa mucho, y no quiero errores.

—Todo lo que has pedido será tuyo —se apresuró a aceptar Makamuk—. Empieza a hacer tu remedio.

Subienkow ocultó su júbilo. Se había lanzado a un juego desesperado y no podía cometer ningún error. Habló con arrogancia.

—Has tardado mucho. Mi remedio está ofendido. Para reparar la ofensa debes entregarme a tu hija.

Señaló en dirección a la joven, una criatura poco saludable, un poco bizca, de incisivos prominentes y bigote. Makamuk se mostró enfadado, pero el polaco permaneció imperturbable mientras liaba y encendía otro cigarrillo.

—Date prisa —amenazó—. Si tardas, pediré más.

En el silencio que lo rodeó, el deprimente paisaje del Norte se desvaneció de su vista y volvió a ver su país natal, además de Francia, y en una ocasión, al mirar a la chica de dientes prominentes, recordó a otra joven, cantante y bailarina, a la que había conocido la primera vez que fue a París, cuando era joven.

—¿Qué quieres de la joven? —preguntó Makamuk.

—Que venga conmigo río abajo. —Subienkow le dedicó una mirada crítica a la india—. Será una buena esposa y emparentar con tu sangre es un honor que mi remedio merece.

De nuevo se acordó de la cantante y bailarina, y tarareó en voz alta una canción que ella le había enseñado. Revivía su vieja existencia, pero de una forma impersonal y distante, contemplando las imágenes de su propia vida como si perteneciesen al álbum de recuerdos de otra persona. La voz del jefe, al romper bruscamente el silencio, lo sobresaltó.

—Así se hará —dijo Makamuk—. La joven te acompañará río abajo. Pero que quede claro que seré yo quien golpee tu cuello tres veces con el hacha.

—Y cada una de las veces me aplicaré el remedio —respondió Subienkow, mostrando una ansiedad mal disimulada.

—Te pondrás el remedio entre cada golpe. Estos son los cazadores que se ocuparán de que no huyas. Intérnate en el bosque y recoge lo que necesites para fabricarlo.

Fue la rapacidad del polaco lo que convenció a Makamuk del valor del remedio. Sin duda tenía que tratarse de algo inmejorable si permitía que un hombre a la sombra de la muerte se hiciese oír y negociara de aquella forma.

—Además —susurró Yakaga después de que el polaco, con su guardia, hubiese desaparecido entre las píceas—, cuando hayas aprendido a utilizar el remedio, podrás destruirlo.

—Pero ¿cómo voy a destruirlo? —argumentó Makamuk—. El remedio no me permitirá acabar con él.

—Quedará alguna parte en la que no haya frotado el remedio —fue la respuesta de Yakaga—. Lo destruiremos aprovechando esa parte. Podrían ser las orejas, entonces introduciríamos una lanza por una oreja hasta que saliera por la otra. O podrían ser los ojos. Sin duda el remedio será demasiado fuerte como para frotárselo en los ojos.

El jefe asintió.

—Eres sabio, Yakaga. Si no posee más magias, lo destruiremos.

Subienkow no perdió tiempo en reunir los ingredientes para su remedio. Recogió todo cuanto llegaba a sus manos, como agujas de pícea, la corteza interna de un sauce, una tira de corteza de abedul y cierta cantidad de arándanos palustres, que reunió tras obligar a los cazadores a escarbar bajo la nieve. Completó su provisión con unas pocas raíces heladas y regresó al campamento.

Makamuk y Yakaga se agazaparon junto a él para observar la cantidad y clase de los ingredientes que iba echando al interior de una cacerola con agua

hirviendo.

—Debéis tener cuidado de añadir los arándanos en primer lugar —explicó —. Ah, sí, y una cosa más: el dedo de un hombre. Ven, Yakaga, deja que te corte un dedo.

Pero Yakaga escondió las manos a su espalda y frunció el ceño.

—Me basta con un meñique —suplicó Subienkow.

—Yakaga, dale tu dedo —ordenó Makamuk.

—Hay muchos otros dedos por ahí —gruñó Yakaga mientras indicaba los restos humanos dispersos sobre la nieve y pertenecientes a la veintena de hombres que habían muerto torturados.

—Debe ser el dedo de un hombre vivo —objetó el polaco.

—Pues tendrás el dedo de un hombre vivo.

Yakaga se acercó al cosaco y le cortó un dedo.

—Aún no ha muerto —anunció tras arrojar el sangriento trofeo a los pies del polaco—. Además, es un buen dedo porque es grande.

Subienkow lo añadió al fuego bajo la cacerola y empezó a entonar una canción francesa de amor que cantó al brebaje con gran solemnidad.

—Sin estas palabras que le dedico, el remedio no surte efecto —explicó —. Las palabras son su mayor fuerza. Mirad, ya está listo.

—Repite las palabras despacio para que pueda aprenderlas —ordenó Makamuk.

—No hasta después de probado. Cuando mi cuello haya rechazado el hacha tres veces, te daré el secreto de las palabras.

—Pero ¿y si el remedio no funciona? —preguntó, ansioso, Makamuk.

Subienkow se dirigió a él lleno de ira.

—Mi remedio siempre funciona. Sin embargo, si fallase, podrás hacer conmigo lo que has hecho con los otros. Córtame en pedacitos como lo has cortado a él —dijo y señaló al cosaco—. El remedio ya ha enfriado. Ahora me lo frotaré en el cuello mientras recito más palabras mágicas.

Muy serio, entonó una frase de *La Marsellesa* al tiempo que aplicaba a su cuello el vil brebaje.

Un grito interrumpió su actuación. El gigante cosaco, recuperando por última vez su tremenda vitalidad, se había puesto de rodillas. Los indios nulato se rieron, aplaudieron y profirieron exclamaciones de sorpresa mientras Ivan *el Grande* se movía sobre la nieve entre fuertes espasmos.

La imagen provocó náuseas a Subienkow, pero se dominó e hizo ver que estaba enfadado.

—Así es imposible —dijo—. Acabad con él y luego haremos la prueba. Tú, Yakaga, ocúpate de que deje de hacer ruido.

Mientras el otro obedecía, Subienkow se dirigió a Makamuk.

—No olvides que debes golpear con fuerza. Esto no es para niños. Toma, coge el hacha y golpea ese tronco, así comprobaré que tienes la fuerza de un hombre.

Makamuk hizo lo que le decía y golpeó dos veces con energía y precisión, por lo que logró desprender una astilla grande.

—Bien.

Subienkow miró a su alrededor, al círculo de rostros salvajes que de alguna forma simbolizaba el muro de brutalidad que lo había cercado desde que la Policía del Zar lo arrestara por primera vez en Varsovia.

—Coge tu hacha, Makamuk, y ponte de pie, así. Yo me tumbaré. Cuando levante la mano, golpea y hazlo con todas tus fuerzas. Ocúpate de que nadie se encuentre cerca de ti. El remedio es muy bueno y el hacha podría rebotar y escapar de tus manos.

Miró hacia los dos trineos cargados de pieles y pescado, con los perros enganchados. Su rifle descansaba sobre las pieles de castor. Los seis cazadores que lo acompañarían permanecían junto a los trineos.

—¿Y la joven? —preguntó el polaco—. Llevadla con los trineos antes de hacer la prueba.

Hecho esto, Subienkow se tumbó en la nieve y apoyó la cabeza sobre el tronco, como un niño cansado a punto de dormir. Había vivido tantos años deprimentes y tristes que se sentía agotado.

—Me rió de ti y de tu fuerza, Makamuk —dijo—. Golpea y hazlo con energía.

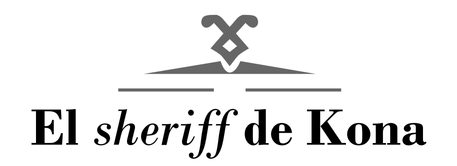
Levantó la mano. Makamuk balanceó el hacha, ancha y grande, de las que se usan para desbastar y dar forma a los troncos. El brillante acero destelló en el aire helado, se detuvo durante un segundo por encima de la cabeza de Makamuk y luego cayó sobre el cuello desnudo de Subienkow. Cortó limpiamente carne y huesos y se hundió en el tronco que había debajo. Los asombrados salvajes vieron rebotar la cabeza, que se detuvo a un metro de distancia del tronco cubierto sangre.

El desconcierto y el silencio se apoderaron de ellos hasta que, poco a poco, empezaron a comprender que nunca había existido remedio alguno. El ladrón de pieles los había engañado. De todos los prisioneros, solo él se había librado de la tortura. Eso era lo que buscaba. Se rieron a carcajadas. Makamuk bajó la cabeza, avergonzado. El ladrón de pieles se había burlado

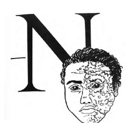
de él. Lo había humillado ante su gente, que seguía riéndose sin parar. Makamuk se dio la vuelta y se alejó con la cabeza gacha. Sabía que a partir de aquel momento no volverían a llamarlo Makamuk. Su nombre sería Humillado, la historia de su vergüenza lo acompañaría hasta que muriera y, siempre que las tribus se reunieran en primavera para pescar salmón o en verano a fin de comerciar, alrededor de las hogueras de todos los campamentos se contaría el relato de cómo el ladrón de pieles había muerto de forma pacífica, gracias a un único golpe del hacha de Humillado.

«¿Quién era Humillado?», le pareció oír preguntar por adelantado a algún joven insolente. Y la respuesta sería: «Ah, Humillado fue Makamuk, antes de cortarle la cabeza al ladrón de pieles».

[1908]



El *sheriff* de Kona



O PUEDES EVITAR que te guste el clima —afirmó Cudworth, en respuesta a mi panegírico sobre la costa de Kona—. Yo era joven, recién salido de la Universidad, cuando llegué aquí hace dieciocho años. Ya no volví, excepto de visita. Te lo advierto, si existe algún lugar en el mundo especial y querido para ti, no te quedes aquí demasiado, o esto acabará siendo aún más especial y querido.

Habíamos terminado la cena que nos habían servido en el gran *lanai*, el orientado y expuesto al norte, aunque «expuesto» es un adjetivo poco apropiado en un clima tan delicioso.

Las velas estaban apagadas y un japonés esbelto, vestido de blanco, se deslizó como un fantasma a la plateada luz de la luna, nos ofreció unos puros y se alejó para desvanecerse en la oscuridad del bungaló. Miré a través de una hilera de plátanos y metrosideros, más allá del matorral de guayabas que descendía unos trescientos metros hasta el mar en calma. Llevaba una semana alojado en casa de Cudworth, desde que había llegado en el pequeño vapor de cabotaje, y durante ese tiempo el viento no había rizado aquel mar sereno. Cierto, había soplado la brisa, pero se trataba del céfiro más suave de cualquier verano. No era viento: era un suspiro; el suspiro prolongado y cálido de un mundo en calma.

—Un paraíso —dije.

—Donde cada día es como todos los días y todos los días son como un paraíso —respondió él—. Nunca pasa nada. No hace demasiado calor ni demasiado frío. El clima siempre es el adecuado. ¿Te has fijado en cómo se turnan la tierra y el mar para respirar?

Claro que me había fijado en aquella respiración rítmica, deliciosa. Cada mañana veía la brisa marina nacer en la orilla y extenderse lentamente hacia el mar para enviar el más suave y ligero aliento de ozono en dirección a la tierra. Jugaba sobre el agua, oscureciendo levemente su superficie, formando aquí, allá, por todas partes, largas hileras de mar en calma que se movían, cambiaban y se desviaban siguiendo los roces caprichosos de la brisa. Y cada atardecer veía cómo la respiración del mar alcanzaba una serenidad deliciosa

y oía el aliento de la tierra abrirse camino suavemente entre los cafetos y los samanes.

—Es la tierra de la calma perpetua —dije—. ¿Aquí nunca sopla el viento? Me refiero a soplar de verdad, ya me entiende.

Cudworth negó con la cabeza y señaló hacia el este.

—¿Cómo va a soplar si una barrera como esa lo detiene?

A lo lejos y sobre nosotros se levantaban las gigantescas moles del Mauna Kea y el Mauna Loa, que parecían ocultar la mitad del cielo estrellado. Sus cabezas, blancas por la nieve que el sol del trópico no había logrado derretir, se alzaban cuatro kilómetros por encima de las nuestras.

—Apuesto a que a cincuenta kilómetros de aquí, el viento sopla a más de sesenta kilómetros por hora.

Sonreí, incrédulo.

Cudworth se acercó al teléfono del *lanai*. Realizó una llamada tras otra, a Waimea, Kohala y Hamakua. Los fragmentos que oía de su conversación me indicaban que soplaba el viento: «Luerte e intenso, ¿no?… ¿Cuánto tiempo?… ¿Solo una semana?… Hola, Abe, ¿eres tú?… Sí, sí… Vas a plantar café en la costa de Hamakua… ¡Al diablo con tus pantallas contra el viento! Deberías ver mis cafetos».

—Un viento terrible —me dijo mientras se giraba tras colgar el auricular —. Siempre le tomo el pelo a Abe con su café. Tiene quinientos acres y ha hecho maravillas para protegerlos del viento, pero no comprendo cómo consigue mantener las raíces ancladas a tierra. ¿Que si sopla? Siempre sopla por Hamakua. En Kohala dicen que una goleta con los rizos tomados barloventea en el canal entre Hawái y Maui y lo está pasando muy mal.

—Es difícil de entender —dije sin convicción—. ¿Nunca, ni el más pequeño soplo encuentra la forma de superar el obstáculo y llegar hasta aquí?

—Ni el menor soplo. Nuestra brisa terrestre no tiene nada que ver porque nace a este lado del Mauna Kea y el Mauna Loa. Verás, la tierra irradia su calor más rápidamente que el mar y por eso, por la noche, la tierra alienta sobre el mar. De día la tierra se calienta más que el mar y es él quien sopla hacia la tierra. ¡Escucha! Aquí llega el aliento de la tierra, la brisa de la montaña.

La oí acercarse, susurrar entre los cafetos, agitar los samanes y suspirar en medio de las cañas de azúcar. En el *lanai* aún reinaba el silencio. Entonces llegó el primer roce de la brisa de la montaña, levemente cálida, fragante y especiada; y fresca, deliciosamente fresca, con la frescura de la seda o del vino, fresca como solo puede serlo la brisa de Kona.

—¿Te extraña que rindiese mi corazón a Kona hace dieciocho años? —me preguntó—. Ahora ya no puedo irme. Creo que me moriría. Sería terrible. Había otro hombre que amaba esto tanto como yo. Puede que incluso más, porque nació aquí, en la costa de Kona. Era un gran hombre, mi mejor amigo, más que un hermano. Aunque se marchó y no se murió.

—¿Por amor? —pregunté—. ¿Una mujer?

Cudworth negó con la cabeza.

—Nunca volverá, a pesar de que su corazón estará aquí hasta que muera.

Hizo una pausa y miró hacia las luces de la playa de Kailua. Yo continué fumando en silencio, aguardando.

—Ya estaba enamorado… de su mujer. Además, tenía tres hijos y los quería mucho. Ahora están en Honolulú. El chico va a la Universidad.

—¿Algún acto imprudente? —pregunté, impaciente, al cabo de un rato.

Negó con la cabeza.

—Ni fue culpable de delito alguno ni lo acusaron de ello. Era el *sheriff* de Kona.

—Veo que ha decidido resultar paradójico —dije.

—Supongo que es lo que parece —admitió—, y eso es lo peor de todo.

Me escrutó con la mirada durante un momento y luego, de forma repentina, empezó a contar la historia.

—Era leproso. No, no nació con la enfermedad; nadie nace con ella. Se contagió. Ese hombre… ¿Qué más da? Se llama Lyte Gregory. Todos los *kamainas*[16] conocen la historia. Era de origen norteamericano por los cuatro costados, pero tenía la constitución de los jefes del viejo Hawái. Medía un metro con noventa y dos centímetros. Pesaba cien kilos, de los que ni un solo gramo era otra cosa que músculo o hueso. Era el hombre más fuerte que he visto jamás. Un atleta y un gigante. Un dios. Era mi amigo. Y tenía el corazón y el alma tan grandes y perfectos como el cuerpo.

»Me pregunto qué harías si vieses a tu amigo, a tu hermano, en el borde resbaladizo de un precipicio, deslizándose y cayendo, y no pudieras hacer nada. Eso fue lo que ocurrió. No pude hacer nada. Lo vi venir y no pude hacer nada. ¿Qué iba a poder hacer? Allí estaba, maligna e incontestable, la marca de eso en su frente. Nadie más la veía. Creo que fui el único capaz de verlo debido a lo mucho que lo apreciaba. No podía dar crédito al testimonio de mis sentidos. Resultaba demasiado trágico e inconcebible. Sin embargo, allí estaba: en su frente, en sus orejas. Descubrí la leve hinchazón de los lóbulos de las orejas a pesar de que era casi imperceptible. La observé durante meses. Lo siguiente, aún sin perder la esperanza, fue el oscurecimiento de la piel por

encima de las cejas, tan tenue que parecía un principio de quemadura solar. Habría pensado que era una quemadura de no ser por el brillo, un brillo casi invisible, como un reflejo que se ve un instante y al siguiente ya no está. Intenté convencerme de que era una quemadura solar, pero no pude. Sabía lo que pasaba. Solo yo me daba cuenta. Nadie se dio cuenta, a excepción de Stephen Kaluna, aunque eso no lo supe hasta más tarde. Lo vi venir, percibí el maldito horror innombrable, pero me negué a pensar en el futuro. Tenía miedo. No podía hacerlo. Me pasaba las noches llorando.

»Era mi amigo. Pescábamos tiburones en Niihau. Buscábamos reses salvajes en el Mauna Kea y el Mauna Loa. Domábamos caballos y marcábamos bueyes en el rancho Carter. Cazábamos cabras en el Haleakala. Me enseñó a bucear y surfear hasta que fui casi tan bueno como él, y él era mejor que el *kanaka* medio. Lo he visto descender hasta quince brazas de profundidad, y podía permanecer dos minutos sumergido. Era anfibio y montañero. Conseguía escalar hasta donde subía una cabra. Nada le daba miedo. Sufrió el naufragio del *Luga* y nadó treinta millas náuticas en treinta y seis horas, en medio de una mar gruesa. Era capaz de abrirse camino entre olas gigantes que, al romper, nos harían picadillo a ti y a mí. Era un magnífico e impresionante hombre-dios. Vivimos juntos la Revolución. Los dos éramos románticos leales al régimen. Él recibió dos heridas de bala y fue condenado a muerte, pero era demasiado hombre para que los republicanos pudieran matarlo. Se reía de ellos. Posteriormente lo condecoraron y lo nombraron *sheriff* de Kona.

»También era optimista. Nunca he conocido hombre tan lleno de seguridad, tan satisfecho y feliz como él. No le pedía nada a la vida. La vida no le debía nada: le había pagado por completo, en efectivo y por adelantado. ¿Qué más podía desear que ese cuerpo magnífico, esa constitución de hierro, esa inmunidad a las enfermedades comunes y esa humilde integridad del alma? Físicamente era perfecto. Jamás en su vida había estado enfermo. No sabía lo que era un simple dolor de cabeza. Cuando me dolía a mí, solía mirarme asombrado y me hacía reír con sus torpes intentos por comprenderme. No entendía lo que era un dolor de cabeza. No podía entenderlo. ¿Cómo no iba a ser optimista? ¿Cómo podía ser otra cosa, con esa tremenda vitalidad e increíble buena salud?

»Te contaré una anécdota para que veas la fe que tenía en su buena estrella y el castigo que recibió por dicha fe. Era un chaval, yo acababa de conocerlo, y se metió en una partida de póker, en Wailuku. En ella participaba también un alemán enorme que se llamaba Schultz y que jugaba de una forma

brutal y dominante. Disfrutaba de una racha de buena suerte y se había vuelto bastante insufrible, cuando Lyte Gregory apareció por allí y empezó a jugar. Deslumbró a Schultz en la primera mano. Lyte apostó como los demás y Schultz subió las apuestas y los dejó fuera; a todos menos a Lyte. No le gustaba el tono del alemán y decidió ir y subir. Schultz subió también y Lyte hizo lo propio. Así continuaron elevando las apuestas por turnos. Había mucho en juego. ¿Y sabes lo que tenía Lyte? Una pareja de reyes y tres tréboles bajos. Aquello no era póker. Lyte no jugaba al póker. Jugaba a su optimismo. No sabía lo que llevaba Schultz, pero continuó subiendo las apuestas hasta que lo hizo dudar, y eso que Schultz tenía un trío de ases desde el principio. ¡Imagínatelo! ¡Un hombre con una pareja de reyes obligando a un trío de ases a pensárselo antes del descarte!

»El caso es que Schultz pidió dos cartas. Otro alemán, amigo de Schultz, daba las cartas. En ese momento Lyte supo que se enfrentaba a un trío de algún tipo. ¿Y qué hizo? ¿Qué habrías hecho tú? Descartar los tres tréboles y quedarte con los reyes, por supuesto. Pero Lyte no. Él jugaba con su optimismo. Soltó los reyes, conservó los tres tréboles bajos y pidió dos cartas. Ni las miró. En cambio, sí miró a Schultz, a la espera de que apostase. Schultz apostó a lo grande. Como tenía un trío de ases, supo que había pillado a Lyte, porque creía que Lyte llevaba otro trío que, necesariamente, era inferior al suyo. ¡Pobre Schultz! Tenía toda la razón según su hipótesis. Su error consistía en que pensaba que Lyte jugaba al póker. Apostaron por turnos durante otros cinco minutos hasta que la seguridad de Schultz empezó a desvanecerse. Durante todo ese tiempo Lyte no había mirado sus dos cartas ni una sola vez y Schultz lo sabía. Yo veía a Schultz pensar, reanimarse y volver a derrochar al apostar. Pero la tensión era demasiado para él.

»—Un momento, Gregory —dijo, por fin—. Te he ganado desde el principio. No quiero tu dinero. Tengo…

»—No me importa lo que tengas —interrumpió Lyte—. No sabes lo que tengo yo. Creo que voy a mirar mis cartas.

»Las miró y sumó cien dólares más a la apuesta del alemán. Así empezaron otra vez, por turnos, subiendo y subiendo, hasta que Schultz flaqueó, pidió verlas y mostró su trío de ases. Lyte descubrió sus cinco cartas. Eran todas negras. Había sacado dos tréboles más. ¿Sabes? Casi dejó a Schultz sin sangre fría para jugar al póker. Ya no volvió a jugar igual. Tras aquella partida, le faltaba confianza y se sentía inseguro al andar.

»—“Pero ¿cómo lo hiciste?”, pregunté después a Lyte. “Sabías que te ganaba cuando pidió dos cartas. Además, no miraste las que te dieron nuevas

a ti”.

»—“No me hizo falta”, fue la respuesta de Lyte. “Siempre supe que eran dos tréboles. Tenían que serlo. ¿Crees que iba a permitir que ese gigante alemán me ganase? Era imposible que me ganase. No me gusta perder. Tengo que ganar. Si no hubiesen sido tréboles, yo habría sido el hombre más sorprendido del mundo”.

»Así era Lyte y puede que la anécdota te ayude a apreciar su colosal optimismo. Tal y como él había dicho, tenía que ganar, irle bien, prosperar. En ese mismo incidente, como en otros diez mil más, encontró su castigo. El caso es que tuvo éxito y prosperó. Por eso no le tenía miedo a nada. A él nada podría ocurrirle. Lo sabía porque nunca le había pasado nada. En esa ocasión en la que se hundió el *Luga* y él nadó treinta millas, permaneció en el agua durante dos noches enteras y un día. Y en ese período de tiempo tan duro nunca perdió la esperanza, jamás dudó de cómo acabaría aquello. Solo sabía que iba a llegar a tierra. Él mismo me lo dijo y sé que era verdad.

»Pues esa es la clase de hombre que era Lyte Gregory. Pertenecía a una raza diferente de la de los mortales enfermizos y comentes. Era un ser especial al que no afectaban ni las enfermedades ni la mala suerte. Obtenía todo cuanto deseaba. Conquistó a su mujer, una Caruthers que era una belleza, entre una docena de rivales. Ella se instaló con él y se convirtió en la mejor esposa del mundo. Lyte quiso un hijo y lo tuvo. Luego quiso una hija y otro hijo. También los tuvo. Todos estaban bien, sin imperfecciones ni defectos, tenían torsos que parecían barriles pequeños y habían heredado su salud y su fuerza.

»Entonces ocurrió. La marca de la bestia cayó sobre él. La observé durante un año con el corazón destrozado. Pero él no lo sabía, como tampoco nadie más lo imaginaba, excepto ese maldito *hapa-haole*, ese mestizo, Stephen Kaluna. Él lo supo, pero yo no me di cuenta de ello. Y sí, el doctor Strowbridge también lo sabía. Era el médico titular y había desarrollado un ojo especial para detectar los síntomas de la lepra. Una parte de su deber consistía en examinar a los sospechosos y ordenar su ingreso en la estación de recepción de Honolulú. Stephen Kaluna también sabía detectar los síntomas. La enfermedad atacaba con fuerza a su familia y cuatro o cinco de sus parientes ya se encontraban en Molokai.

»El problema surgió debido a la hermana de Stephen Kaluna. Cuando se convirtió en sospechosa y antes de que el doctor Strowbridge pudiese llegar a ella, el hermano la hizo desaparecer y la ocultó en algún escondite. Lyte era el *sheriff* de Kona y tenía el deber de encontrarla.

»Esa noche estábamos todos en Hilo, en el local de Ned Austin. Stephen Kaluna ya se encontraba allí cuando llegamos, solo, con unas copas de más y peleón. Lyte se reía de algún chiste con su risa enorme y feliz de niño gigante. Kaluna escupió al suelo con desprecio. Lyte se dio cuenta, como todo el mundo, pero no le hizo caso. Kaluna buscaba problemas. Se tomaba como algo personal que Lyte intentase detener a su hermana. Anunció su desagrado por la presencia de Lyte de varias maneras diferentes, pero Lyte lo ignoró. Supongo que Lyte se compadecería de él porque de todos sus deberes el que más le costaba cumplir era detener a los leprosos. No resulta agradable entrar en casa de un hombre y llevarse a la fuerza a un padre, una madre o un hijo que no ha hecho nada malo, para enviarlo al destierro perpetuo de Molokai. Sin duda es necesario a fin de proteger a la sociedad y creo que Lyte habría sido el primero en detener a su propio padre si este hubiese resultado sospechoso.

»Al final, Kaluna estalló y dijo:

»—Oye, Gregory, te crees que vas a encontrar a Kalaniweo, pero no.

»Kalaniweo era su hermana. Lyte lo miró cuando lo llamó por su nombre, pero no respondió. Kaluna estaba furioso. Cada vez se mostraba más alterado.

»—Te voy a decir una cosa —gritó—. Acabarás tú mismo en Molokai antes de que puedas llevar allí a Kalaniweo. Te voy a decir lo que eres. No tienes derecho a codearte con la gente honrada. Has armado un gran alboroto con eso de cumplir con tu deber, claro que sí. Has enviado a muchos leprosos a Molokai, sabiendo que eras tú quién debía estar allí.

»Yo había visto a Lyte enfadado más de una vez, pero nunca tanto como en aquel momento. Para nosotros la lepra no es algo con lo que bromear. Cruzó la sala de un salto y arrancó a Kaluna de su silla agarrándolo por el cuello. Lo sacudió con tanta fuerza que todos oímos castañetear los dientes del mestizo.

»—¿Qué quieres decir? —preguntó Lyte—. ¡O me lo dices ahora mismo o sigo apretándote el cuello hasta que lo sueltes o te ahogues!

»Verás, en Occidente existe determinada frase que debe decirse siempre con una sonrisa. Lo mismo ocurre en estas islas, aunque nuestra frase está relacionada con la lepra. Kaluna podía ser lo que fuese, pero no era un cobarde. En cuanto Lyte aflojó un poco la fuerza con la que le apretaba el cuello, respondió:

»—Te diré lo que quiero decir. Que tú también tienes la lepra.

»Lyte dejó al mestizo a un lado, sobre una silla, con bastante suavidad. Luego soltó una carcajada sincera y jovial. Pero se reía solo y, cuando se dio

cuenta, miró a su alrededor para ver los rostros de todos. Yo me había puesto a su lado e intentaba llevármelo de allí, pero no me hizo caso. Observaba, fascinado, a Kaluna, que se frotaba el cuello, aturullado y nervioso, como si quisiera limpiar la contaminación de los dedos que lo habían agarrado. Se trataba de un acto espontáneo, hecho sin pensar.

»Lyte nos fue mirando a la cara despacio, de uno en uno.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo.

»Pero fue más bien un susurro ronco de espanto y horror. Lo que aleteaba en su garganta era miedo y creo que nunca antes había conocido el miedo.

»Entonces se impuso su optimismo colosal y volvió a reírse.

»—Ha sido una buena broma, aunque no sepa a quién se le ha ocurrido —dijo—. Yo pago esta ronda. Me asusté un momento, pero, amigos, no volváis a hacerlo, a nadie. Es demasiado serio. Os aseguro que morí mil veces en ese momento. Pensé en mi mujer, en los niños y…

»Se le quebró la voz y el mestizo, que seguía frotándose el cuello, miró hacia otro lado. Lyte estaba desconcertado y preocupado.

»—John —dijo, volviéndose hacia mí.

»Su voz rotunda y jovial sonó en mis oídos. Pero no pude responder. En ese momento intentaba contenerme y, además, sabía que mi semblante no sería el adecuado.

»—John —volvió a llamarme y se acercó un paso más.

»Hablaba con timidez y, de todas las pesadillas espantosas, lo que más miedo me daba era oír una nota de timidez en la voz de Lyte Gregory.

»—John, John, ¿qué significa esto? —siguió hablando, aun con mayor timidez—. Es una broma, ¿no? John, toma mi mano. Si tuviese la lepra, ¿te ofrecería mi mano? ¿Tengo la lepra, John?

»Me tendió la mano y, ¿qué podía importarme a mí nada de nada? Era mi amigo. Acepté su mano, aunque me dolió en el alma ver cómo se le iluminó el rostro.

»—Solo ha sido una broma, Lyte —dije—. La organizamos entre todos. Pero tienes razón, es un asunto demasiado serio. No volveremos a hacerlo.

»En ese momento no se rió. Sonrió como quien acaba de despertarse de un mal sueño y la esencia del mismo aún lo oprime.

»—Está bien —dijo—. No volváis a hacerlo y yo pago la ronda. Aunque debo confesar que por un momento me lo creí. Mirad cómo he sudado.

»Suspiró y se limpió el sudor de la frente mientras se dirigía a la barra.

»—No es una broma —dijo Kaluna de repente.

»Lo asesiné con la mirada y me hubiese gustado asesinarlo de verdad. Pero no me atrevía ni a hablar ni a atacar. Eso habría precipitado la catástrofe que, de alguna forma, aún esperaba evitar.

»—No es una broma —repitió Kaluna—. Tienes la lepra, Lyte Gregory, y no tienes derecho a poner tus manos sobre la carne de los hombres honrados… sobre la carne sana de los hombres honrados.

»Entonces Gregory estalló.

»—¡Esta broma ha ido demasiado lejos! ¡Ya basta! ¡Déjalo ya, Kaluna, o te daré una paliza!

»—Primero sométete a una prueba bacteriológica —respondió Kaluna—, y luego podrás pegarme. Incluso matarme a golpes, si quieres. Pero, hombre, mírate al espejo. Lo verás. Cualquiera puede verlo. Se te está poniendo cara de león. Mira ahí, sobre los ojos, la piel se está oscureciendo.

»Lyte miró fijamente y me di cuenta de que le temblaban las manos.

»No veo nada —dijo, por fin, y luego se volvió hacia el *hapa-haole*—. Tienes negro el corazón, Kaluna. Y no me avergüenza decir que me has asustado como ningún hombre tiene derecho a asustar a otro. Te tomo la palabra. Ahora mismo voy a solucionar este asunto. Iré derecho a ver al doctor Strowbridge. Y cuando vuelva, ten cuidado.

»A nosotros no nos miró y se dirigió hacia la puerta.

»—Espérame aquí, John —me dijo cuando hice ademán de acompañarlo.

»Allí nos quedamos, como un grupo de fantasmas.

»—Es verdad —dijo Kaluna—. Podéis verlo vosotros mismos.

»Los otros me miraron y yo asentí. Harry Burnley se llevó la copa a la boca, pero la volvió a dejar sin llegar a probarla. Derramó la mitad sobre la barra. Le temblaban los labios como a un niño a punto de llorar. Ned Austin trasteó en la nevera. No buscaba nada. Yo creo que ni se daba cuenta de lo que hacía. Nadie hablaba. Los labios de Harry Burnley temblaban más que antes. De repente, con una expresión malvada y aterradora, hundió el puño en el rostro de Kaluna. Continuó pegándole. Ni siquiera intentamos separarlos. Nos daba igual que matase al mestizo. Fue una paliza tremenda. No nos interesaba. Ni siquiera recuerdo el momento en que Burnley dejó de pegarle y permitió que se alejase de allí a rastras. Estábamos demasiado aturdidos.

»El doctor Strowbridge me lo contó después. Se había quedado trabajando hasta tarde en un informe que tenía pendiente cuando Lyte se presentó en su consulta. Ya había recuperado el optimismo y entró balanceándose, aún ligeramente enfadado con Kaluna, pero muy seguro de sí mismo. “¿Qué podía hacer?”, me preguntó el médico. “Yo sabía que la tenía. Llevaba meses

viéndola avanzar. No pude responderle. No pude decirle que sí. No me importa confesar que me derrumbé y lloré. Me rogó que le hiciera la prueba bacteriológica. ‘Corte un trozo, doctor’, me dijo una y otra vez. ‘Corte un trozo de piel y haga la prueba’”.

»El llanto del doctor Strowbridge debió convencer a Lyte. El *Claudine* zarpaba a la mañana siguiente con rumbo a Honolulú. Lo encontramos en el momento en que subía a bordo. Se dirigía a Honolulú para entregarse al Departamento de Salud. No pudimos convencerlo. Había enviado demasiada gente a Molokai como para titubear al llegar su hora. Abogamos por Japón, pero no quiso ni oír hablar del asunto. «Tengo que probar mi propia medicina, amigos», era lo único que decía y no paraba de decirlo. La idea lo obsesionaba.

»Puso en orden y liquidó todos sus asuntos desde la estación de recepción de Honolulú y se marchó a Molokai. Allí las cosas no le fueron demasiado bien. El médico residente nos escribió y nos dijo que no era más que una sombra de lo que había sido. Sufría por su mujer y sus hijos. Sabía que nos ocupábamos de ellos, pero él sufría igual. Al cabo de unos seis meses me acerqué hasta Molokai. Me senté a un lado de una ventana con una sola hoja de vidrio y él al otro. Nos miramos a través del cristal y hablamos con una especie de tubo acústico. Pero no sirvió de nada. Había decidido quedarse. Discutí con él durante cuatro horas terribles. Al final estaba agotado. Y el vapor usaba el silbato para advertirme de que iba a zarpar.

»Pero no lo soportamos. Tres meses después alquilamos la goleta *Halcyon*. Andaba al contrabando de opio y era muy marinera. Tenía por capitán a un cabeza cuadrada que haría cualquier cosa por dinero y lo contratamos para que hiciera un viaje a China que le salió muy rentable. Zarpó desde San Francisco y, unos días más tarde, nosotros salimos a navegar en el balandro de Landhouse. Solo era un velero de cinco toneladas, pero lo lanzamos cincuenta millas hacia barlovento para adentrarlo en la ruta nordeste. ¿Qué si me mareé? Jamás me he mareado tanto en mi vida. En un punto desde el que ya no se veía la tierra nos reunimos con la *Halcyon* y Burnley y yo saltamos a bordo.

»Corrimos hacia Molokai, adonde llegamos sobre las once de la noche. La goleta se puso al pairo y nosotros bajamos a tierra en un bote ballenero, con el que salvamos el oleaje y llegamos a Kalawao, el lugar donde murió el padre Damián, como ya sabrás. El cabeza cuadrada se apuntaba a todo. Se sujetó con correas un par de revólveres y se unió a nosotros. Los tres cruzamos la península hacia Kalaupapa, que quedaba a unos tres kilómetros. Imagina lo

que fue buscar en plena noche a un hombre en un asentamiento de más de mil leprosos. Verás, si daban la alarma, estábamos acabados. No conocíamos el terreno y la noche era oscura como boca de lobo. Los perros de los leprosos salieron y se pusieron a aullar, mientras avanzábamos a trompicones hasta que nos perdimos.

»El cabeza cuadrada resolvió el problema. Nos guió al interior de la primera casa individual. Cerramos la puerta y encendimos una luz. Había seis leprosos. Los obligamos a levantarse y les hablé en su lengua nativa. Lo que quería era un *kokua*. Un *kokua* es, literalmente, un ayudante, un nativo sano que vive en el asentamiento y al que el Departamento de Salud paga para que cuide de los leprosos, vende sus heridas y demás. Nosotros nos quedamos en la casa para vigilar a los pacientes mientras el cabeza cuadrada y uno de ellos salieron en busca de un kokua. Lo encontró y lo llevó ante nosotros a punta de pistola. Pero el *kokua* era buena gente. Mientras el cabeza cuadrada vigilaba la casa, el *kokua* nos guió a Burnley a mí hasta la casa de Lyte. Estaba solo.

»—Sabía que acabaríais por venir —dijo Lyte—. No me toques, John. ¿Cómo están Ned, Charley y los demás? No importa, ya me lo contarás después. Estoy dispuesto a irme. Ya he vivido nueve meses aquí. ¿Dónde está el barco?

»Salimos hacia la otra casa para recoger al cabeza cuadrada. Pero alguien había dado la alarma. En las casas se encendieron las luces y las puertas se abrían y cerraban. Habíamos acordado que no dispararíamos a menos que fuese absolutamente necesario, de manera que cuando nos dieron el alto nos enfrentamos a ellos con los puños y las culatas de los revólveres. Yo me vi enredado con un tipo muy grande. No lograba librarme de él, aunque le pegué dos buenos puñetazos en pleno rostro. Forcejeó conmigo y caímos rodando, mezclados y luchando por ganar el control. Empezaba a superarme cuando alguien llegó corriendo con un farol. Entonces vi su rostro. ¡Cómo describir aquel horror! No era un rostro, solo un amasijo de rasgos consumidos o a punto de desaparecer. Estaba totalmente desfigurado, sin nariz, sin labios, con una oreja hinchada y deformada que le colgaba hasta llegar al hombro. Me puse frenético. Se abrazó a mí y me apretó con tanta fuerza que aquella oreja me golpeó el rostro. Creo que entonces me volví loco. Aquello era demasiado espantoso. Empecé a atizarle con el revólver. No sé cómo ocurrió, pero justo cuando me estaba librando de él, me mordió con fuerza. Todo un costado de mi mano estaba en el interior de aquella boca sin labios. Entonces le pegué en medio de los ojos con la culta del revólver y sus dientes se relajaron.

Cudworth extendió la mano en mi dirección a la luz de la luna y pude ver las cicatrices. Parecía que le había mordido un perro.

—¿No tuvo miedo? —pregunté.

—Sí, lo tuve. Esperé siete años. La enfermedad tarda todo ese tiempo en incubarse. Esperé aquí, en Kona, y no enfermé. Pero ni un solo día de esos siete años, ni una sola noche, dejé de mirar todo esto. —Se le quebró la voz mientras apartaba los ojos de aquel paisaje limitado, abajo, por el mar bañado por la luz de la luna y arriba por las cumbres nevadas—. No soportaba pensar en perderlo, en no volver a ver Kona nunca más. ¡Siete años! No enfermé. Pero por eso estoy soltero. Estaba comprometido. No podía casarme mientras tuviese dudas. Ella no lo entendió. Se marchó a Estados Unidos y se casó. No he vuelto a verla.

»Justo en el momento en que me libré del policía leproso se oyó un enorme estrépito de cascos de caballos, tanto que semejaba una carga de caballería. Era el cabeza cuadrada. Ante el temor de que se armase jaleo, había aprovechado el tiempo obligando a los benditos leprosos a los que vigilaba a que ensillaran cuatro monturas. Llegó en el momento oportuno. Lyte se había librado de tres *kokuas* y entre los dos separamos a Burnley de otro par más. Para entonces todo el asentamiento se encontraba en pie de guerra y, mientras huíamos, alguien nos disparó con un Winchester. Seguramente fue Jack McVeigh, el director de Molokai.

»¡Vaya cabalgada! Caballos de leprosos, sillas de leprosos, bridas de leprosos, una oscuridad total, las balas que pasaban silbando junto a nosotros y un camino que no era de los mejores. Además, la montura del cabeza cuadrada era una mula y, por si fuera poco, el hombre no sabía montar. Pero llegamos al bote ballenero y, mientras lo empujábamos entre las olas, oímos a los caballos que descendían la colina desde Kalaupapa.

»Tú te irás pronto a Shanghái. Busca a Lyte Gregory. Está allí, empleado en una empresa alemana. Llévalo a cenar. Descorcha una botella de vino. Dale de todo y de lo mejor, pero no permitas que pague nada. Envíame a mí la factura. Su mujer y sus hijos están en Honolulú y necesita el dinero para ellos. Lo sé. Les envía casi todo su salario y vive como un anacoreta. Y háblale de Kona. Aquí es donde está su corazón. Cuéntale todo lo que puedas sobre Kona.

[1908]



Koolau *el Leproso*



OMO ESTAMOS ENFERMOS nos roban la libertad. Hemos respetado la ley. No hemos hecho nada malo. Y sin embargo nos encierran en la cárcel. Molokai es una cárcel. Eso ya lo sabéis. Este es Niuli; a su hermana la enviaron a Molokai hace siete años. No ha vuelto a verla. Ni la verá. Debe permanecer allí hasta que muera. Y no por su voluntad ni por la de Niuli. Es voluntad de los hombres blancos que gobiernan. ¿Quiénes son esos hombres blancos?

»Lo sabemos. Nos lo contaron nuestros padres y los padres de nuestros padres. Llegaron como corderos, hablando con suavidad. Ya podían hablar con voz suave, porque éramos muchos y muy fuertes, y todas las islas eran nuestras. Como digo, hablaban con suavidad. Eran de dos tipos. Unos pedían nuestro permiso, nuestro amable permiso, para predicarnos la palabra de Dios. Los otros pedían nuestro permiso, nuestro amable permiso, para comerciar con nosotros. Ese fue el principio. Hoy todas las islas son suyas; la tierra, el ganado, todo es suyo. Los que predicaban la palabra de Dios y los que predicaban la palabra del Ron se han reunido y convertido en grandes jefes. Viven como reyes en casas de muchas habitaciones, con multitud de criados que se ocupan de ellos. Quienes nada tenían ahora lo tienen todo, y si vosotros, yo o cualquier *kanaka* tenemos hambre, se burlan y dicen: “Pues, ¿por qué no trabajáis? Tenéis las plantaciones”.

Koolau hizo una pausa. Alzó una mano y, con sus dedos retorcidos y nudosos, levantó la resplandeciente corona de hibiscos que ceñía su cabello negro. La luz de la luna cubría de plata la escena. Era una noche de paz, aunque quienes se sentaban a su alrededor y escuchaban parecían despojos de una batalla. Sus rostros eran leoninos. En algún rostro se abría un hueco donde debería haber estado la nariz, o un brazo mostraba un muñón donde la mano se había descompuesto. Los treinta eran hombres y mujeres repudiados, porque sobre ellos había caído la marca de la bestia.

Permanecían sentados y tocados con guirnaldas de flores en medio de la noche perfumada y luminosa, mientras sus labios producían ruidos ordinarios y sus gargantas aprobaban con voz áspera el discurso de Koolau. Eran

criaturas que antes habían sido hombres y mujeres, pero que ya no lo eran. Se habían convertido en monstruos: caricaturas grotescas, en cuerpo y rostro, de todo lo humano. Estaban terriblemente lisiados y deformados y semejaban seres atormentados en el infierno durante siglos. Sus manos, si las tenían, eran como las garras de una arpía. Los rostros eran piezas de arcilla defectuosa, aplastadas y golpeadas por algún dios desquiciado que jugaba con la maquinaria de la vida. Aquí y allá se veían rasgos que el dios loco había casi emborronado por completo, y una mujer lloraba lágrimas ardientes que brotaban de los pozos de horror gemelos donde antes habían estado sus ojos. Algunos sentían dolor y gemían desde lo más profundo del pecho. Otros, al toser, hacían un ruido similar al de un tejido al desgarrarse. Dos eran idiotas, como dos simios enormes que se han deteriorado en el proceso de fabricación, hasta el punto de que un simio acabe convertido en ángel. Chillaban y farfullaban a la luz de la luna, bajo sus coronas de flores doradas y mustias. Uno de ellos, cuyo lóbulo de la oreja, hinchado, se agitaba sobre su hombro como un abanico, encontró una preciosa flor naranja y escarlata y con ella decoró la monstruosa oreja que aleteaba con cada uno de sus movimientos.

Koolau era el rey de todo eso y aquel era su reino: un desfiladero repleto de flores, con acantilados y riscos colgantes del que brotaban los quejidos de las cabras salvajes. Los escarpados muros se alzaban en tres de los lados, festoneados por fantásticas colgaduras de vegetación tropical y perforados por las bocas de las cuevas, guaridas rocosas de los súbditos de Koolau. En el cuarto lado la tierra desaparecía en un abismo tremendo y, muy abajo, se apreciaban las cumbres de picos y peñascos menores, a cuyos pies retumbaban y hacían espuma las olas del Pacífico. Con buen tiempo un bote podía llegar hasta la playa rocosa que marcaba la entrada al valle de Kalalau, pero tenía que hacer muy buen tiempo. Un montañero con la cabeza muy fría podría escalar desde la playa hasta la entrada del valle de Kalalau y acceder a la cavidad entre los picos donde gobernaba Koolau; pero dicho montañero debía ser alguien muy sereno, además de conocer los senderos que usaban las cabras salvajes. Lo asombroso era que la masa de despojos humanos que formaba el pueblo de Koolau hubiese sido capaz de arrastrar su inerme sufrimiento por esos vertiginosos caminos hasta alcanzar un lugar tan inaccesible.

—Hermanos —empezó a decir Koolau.

Pero una de las caricaturas simiescas emitió un alarido salvaje y demente, por lo que Koolau aguardó mientras el grito estridente golpeaba entre las paredes rocosas hasta que su eco se fue apagando en la noche sin vida.

—Hermanos, ¿no os resulta extraño? La tierra era nuestra y ya no lo es. ¿Qué nos dieron a cambio de la tierra esos predicadores de la palabra de Dios y de la palabra del Ron? ¿Alguno de vosotros ha recibido un dólar, un solo dólar, por la tierra? Sin embargo, es de ellos y nos dicen que podemos trabajarla, trabajar su tierra, pero el producto de nuestro esfuerzo será también de ellos. Aunque en los viejos tiempos no teníamos que trabajar. Además, cuando enfermamos, nos quitan la libertad.

—¿Quién nos trajo la enfermedad, Koolau? —preguntó Kiloliana, un hombre delgado y fibroso, con un rostro tan similar al de un fauno que cualquiera esperaría que tuviese pezuñas en lugar de pies. Cierto era que los tenía hendidos, pero las separaciones eran úlceras putrefactas y lívidas. Sin embargo, Kiloliana era el escalador más osado de todos ellos, conocedor de todos los caminos de cabras y quien había guiado a Koolau y sus desdichados seguidores hasta los recovecos de Kalalau.

—Sí, buena pregunta —respondió Koolau—. Como no queríamos trabajar en los kilómetros de caña de azúcar donde antes pastaban nuestros caballos, trajeron esclavos chinos del otro lado del mar. Y con ellos llegó el mal chino, eso que ahora sufrimos nosotros y por el que nos encierran en Molokai. Nacimos en Kauai. Hemos ido a otras islas, a Oahu, Maui, Hawái, Honolulú. Pero siempre regresamos a Kauai. ¿Por qué? Tiene que haber un motivo. Porque amamos Kauai. Nacimos aquí. Aquí hemos vivido. Y aquí moriremos a menos… a menos que entre nosotros haya personas sin voluntad. A esas no las queremos. Deben estar en Molokai. Si las hay, que no se queden aquí. Mañana los soldados desembarcarán en la orilla. Que quienes no tengan voluntad y valor bajen a su encuentro. De inmediato los enviarán a Molokai. Los demás nos quedaremos y lucharemos. Pero sabed que no moriremos. Tenemos rifles. Conocéis las sendas estrechas por las que los hombres deben trepar de uno en uno. Yo, Koolau, que fui vaquero en Niihau, puedo defender sin ayuda el camino contra mil hombres. Aquí está Kapalei, que fue juez y hombre de honor, aunque ahora no es más que una rata perseguida, como vosotros y yo. Escuchadle. Es sensato.

Kapalei se levantó. Había sido juez. Había estudiado en Punahou. Se había sentado a la mesa con señores, jefes y destacados representantes de las naciones extranjeras que protegían los intereses de los comerciantes y los misioneros. Ese había sido Kapalei. Pero ahora, como decía Koolau, era una rata perseguida, una criatura al margen de la ley, tan hundida en el fango del horror humano que se encontraba por encima y por debajo de la ley. En su

rostro ya no había rasgos, excepto orificios abiertos y unos ojos sin párpados que ardían bajo las cejas peladas.

—No debemos crear problemas —dijo—. Pedimos que nos dejen en paz. Pero si no lo hacen, el problema será de ellos y también el castigo. Como veis, ya no tengo dedos. —Levantó los muñones para que todos pudiesen verlos—. Aunque todavía conservo la articulación de uno de los pulgares, que puede apretar el gatillo con tanta fuerza como su vecino perdido en los viejos tiempos. Amamos Kauai. Aquí viviremos o moriremos, pero no iremos a la prisión de Molokai. Esta enfermedad no es nuestra. No hemos pecado. Los hombres que predicaban la palabra de Dios y la palabra del Ron trajeron la enfermedad con los esclavos culis que trabajan las tierras robadas. Yo he sido juez. Conozco la ley y la justicia y os digo que es injusto robarle la tierra a un hombre, hacerlo enfermar del mal chino y luego encerrarlo para siempre en prisión.

—La vida es breve y los días están repletos de dolor —dijo Koolau—. Bebamos, bailemos y seamos felices mientras podamos.

De una de las guaridas rocosas sacaron varias calabazas y las fueron pasando entre los presentes. Las calabazas contenían el fuerte destilado de la raíz de la planta Ti y, a medida que el fuego líquido corrió por sus venas y se apoderó de sus cerebros, olvidaron que en el pasado habían sido hombres y mujeres, porque volvieron a serlo una vez más. La mujer que lloraba lágrimas ardientes de unos ojos abiertos como pozos volvió a ser una mujer llena de vida, mientras tocaba las cuerdas de un ukelele y elevaba la voz en un canto de amor salvaje como el que podría haberse oído en lo más profundo de los bosques oscuros del mundo primigenio. El aire se estremeció con su canto, suavemente apremiante y seductor. Kiloliana bailaba sobre una esterilla, acompasando su ritmo a la canción de la mujer. Resultaba inconfundible. El amor bailaba en todos sus movimientos y enseguida junto a él, en la esterilla, bailaba una mujer cuyas pesadas caderas y pechos generosos desmentían el rostro corroído por la enfermedad. Era el baile de los muertos vivientes, porque en sus cuerpos desintegrados la vida aún amaba y persistía. La mujer de ojos ciegos que lloraban lágrimas ardientes no dejaba de cantar al amor, los bailarines continuaron bailando en el calor de la noche y las calabazas siguieron pasando de uno a otro hasta que los gusanos del recuerdo y el deseo se apoderaron de todos los cerebros. Junto a la mujer de la esterilla danzaba una joven esbelta de rostro hermoso e intacto, pero cuyos brazos retorcidos revelaban los estragos de la enfermedad. Y los dos idiotas, que farfullaban y

proferían ruidos extraños, bailaban apartados su amor grotesco, fantástico, transformado, tal y como la vida los había transformado a ellos.

Pero la canción de amor de la mujer se interrumpió de repente, las calabazas fueron depositadas en el suelo, los bailarines se detuvieron y todos miraron hacia el abismo sobre el mar, donde el brillo de una bengala, como un pálido fantasma, atravesó la noche iluminada por la luna.

—Son los soldados —dijo Koolau—. Mañana lucharemos. Nos vendrá bien dormir y estar preparados.

Los leprosos obedecieron y se arrastraron hasta sus guaridas del acantilado. Solo quedó Koolau, sentado inmóvil a la luz de la luna, con el rifle sobre las rodillas, vigilando los botes que llegaban a la playa.

La apartada entrada al valle de Kalalau había sido una buena elección como refugio. Excepto Kiloliana, que conocía las sendas ocultas para ascender aquellas empinadas paredes, ningún hombre podía llegar al desfiladero si no era cruzando una cresta estrecha y muy complicada. El paso medía unos cien metros de largo y, como mucho, tenía treinta centímetros de ancho. A cada lado se abría el abismo. Un simple resbalón, a derecha o izquierda, y el hombre se precipitaría a una muerte segura. Pero si lo cruzaba alcanzaría un paraíso terrenal. Un mar de vegetación bañaba el paisaje: sus oleadas verdes se derramaban de pared a pared, chorreaban desde los bordes del acantilado convertidas en masas enormes de enredaderas y lanzaban rociones de helechos y claveles de aire a las numerosas grietas. Durante los muchos meses que duraba el gobierno de Koolau, tanto él como sus seguidores habían luchado contra aquel mar vegetal. Habían logrado que la selva asfixiante retrocediera y liberase a los plataneros, naranjos y mangos que crecían silvestres. La yuca silvestre se daba en pequeños claros; en las terrazas de piedra con restos de barro había parcelas de ñame y melones; y en cualquier espacio abierto al que llegasen los rayos del sol se alzaban papayos cargados de frutos dorados.

Koolau había alcanzado aquel refugio desde el valle inferior, próximo a la playa. Y si en algún momento lo obligaban a abandonarlo, conocía las gargantas existentes entre el desorden de las cumbres que se alzaban en las espesuras más intrincadas, adonde podría guiar a sus súbditos para seguir viviendo. Ahora permanecía con el rifle a mano, observando a los soldados de la playa, oculto tras la enmarañada vegetación. Percibió que llevaban armas grandes porque el sol se reflejaba en ellas como si fueran espejos. El paso estrecho se extendía frente a sus ojos y, trepando despacio por la senda que llevaba a él, vio unos puntos diminutos que eran hombres. Sabía bien que no

se trataba de los soldados, sino de los policías. Cuando fracasaran, los soldados entrarían en acción.

Su mano retorcida acarició el cañón del rifle con afecto y se aseguró de que la mirilla estuviese limpia. Había aprendido a disparar cuando cazaba reses salvajes en Niihau y no había perdido su habilidad como tirador. Mientras los puntos humanos se afanaban en subir, se acercaban y se iban haciendo más grandes, calculó la distancia, tuvo en cuenta la desviación del viento que soplaba en perpendicular a la línea de fuego y valoró las posibilidades de no acertar en unos blancos que quedaban tan debajo de su posición. Pero no disparó. No reveló su presencia hasta que alcanzaron el principio del paso. Y no se dejó ver, sino que habló desde la espesura.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Buscamos a Koolau *el Leproso* —respondió el hombre que iba al frente de los policías nativos, un norteamericano de ojos azules.

—Debéis retroceder —dijo Koolau.

Conocía al hombre, un ayudante del *sheriff*, porque había sido él quien lo había hostigado para que abandonase Niihau y cruzase a Kauai, al valle de Kalalau, y quien también lo había echado del valle al desfiladero.

—¿Quién eres? —preguntó el *sheriff*.

—Soy Koolau *el Leproso* —fue la respuesta.

—Pues sal. Te buscamos a ti. Hay una recompensa de mil dólares por ti, vivo o muerto. No puedes escapar.

Koolau se rió desde la espesura.

—¡Sal de ahí! —ordenó el *sheriff*, y le respondió el silencio.

Deliberó con los policías y Koolau supo que se preparaban para arremeter contra él.

—Koolau —gritó el *sheriff*—. Koolau, voy a cruzar para ir a buscarte.

—Entonces, antes mira bien a tu alrededor y contempla el sol, el mar y el cielo, porque será la última vez que los veas.

—Está bien, Koolau —dijo el *sheriff* en tono tranquilizador—. Sé que eres buen tirador. Pero no me dispararás. No te he hecho ningún mal.

Koolau soltó un gruñido desde la espesura.

—Oye, te lo repito, nunca te he hecho daño —insistió el *sheriff*.

—Me lo haces cuando intentas encerrarme —fue la respuesta—. Y me lo haces cuando intentas cobrar los mil dólares que ofrecen por mí. Si quieres vivir, quédate donde estás.

—Tengo que cruzar para detenerte. Lo siento, pero es mi deber.

—Morirás antes de cruzar.

El *sheriff* no era cobarde, pero no acababa de decidirse. Observó el abismo que se abría a cada lado y recorrió con la vista el paso estrecho que debía seguir. Entonces se decidió.

—Koolau —llamó.

Pero la espesura guardó silencio.

—Koolau, no dispares. Voy a cruzar.

El *sheriff* se giró, dio varias órdenes a los policías y luego emprendió la peligrosa senda. Avanzaba despacio. Era como hacer equilibrios sobre una cuerda floja. No tenía nada en lo que apoyarse, excepto el aire. Las rocas volcánicas se desmenuzaban bajo sus pies y los fragmentos desplazados se precipitaban hacia abajo a ambos lados. El sol caía a plomo sobre él y tenía el rostro empapado en sudor. Pero siguió avanzando hasta recorrer la mitad del camino.

—¡Alto! —ordenó Koolau desde la espesura—. Un paso más y disparo.

El *sheriff* se detuvo, balanceándose en busca de equilibrio mientras permanecía inmóvil sobre el vacío. Estaba pálido, pero en sus ojos brillaba la determinación. Antes de hablar se pasó la lengua por los labios secos.

—Koolau, no dispararás. Sé que no lo harás.

Empezó a andar de nuevo. La bala lo desequilibró. Una expresión de lástima y sorpresa asomó a su rostro cuando se balanceó antes de caer. Intentó salvarse arrojándose cruzado sobre el paso, pero en ese momento supo que estaba muerto. Al instante, el paso quedó vacío. Entonces llegó la avalancha: cinco policías echaron a correr, en fila india y con una estabilidad magnífica, por la estrecha senda. Al mismo tiempo, el resto del pelotón abrió fuego sobre la vegetación. ¡Qué locura! Koolau apretó el gatillo cinco veces, con tanta rapidez que sus disparos parecieron uno solo. Cambió de posición, encogido bajo las balas que silbaban al penetrar la espesura, y echó una ojeada. Cuatro de los policías habían seguido al *sheriff* en su caída. El quinto permanecía cruzado sobre el paso, aún vivo. Al otro lado estaban los policías supervivientes, que habían dejado de disparar. Sobre la roca desnuda no tenían esperanzas. Koolau podría haber acabado con ellos antes de que fuesen capaces de bajar. Pero no disparó y, tras hablarlo entre ellos, uno se sacó una camiseta blanca y la agitó como si fuera una bandera. Seguido de otro, avanzó por el paso hasta el compañero herido. Koolau no dio señales de vida, pero no dejó de observarlos hasta que se retiraron despacio y volvieron a convertirse en puntos humanos que descendían hacia el valle inferior.

Dos horas después y oculto tras otra espesura, Koolau vio que un grupo de policías intentaba ascender desde el extremo opuesto del valle. Advirtió que

las cabras huían por delante de ellos a medida que subían cada vez más alto, hasta que dudó de su criterio y llamó a Kiloliana, quien se acercó gateando a su escondite.

—No, es imposible —dijo Kiloliana.

—¿Y las cabras? —preguntó Koolau.

—Vienen del otro valle, pero no pueden pasar a este. No hay forma. Esos hombres no son más listos que las cabras. Podrían caerse y morir. Veamos qué pasa.

—Son valientes —dijo Koolau—. Veamos qué pasa.

Permanecieron tumbados uno junto al otro, entre las campanillas, con las flores amarillas del hibisco cayendo sobre ellos desde arriba, observando el esfuerzo de las motas humanas al ascender, hasta que ocurrió y tres de ellos resbalaron, se deslizaron, rodaron y se precipitaron acantilado abajo, sufriendo una caída de ciento cincuenta metros.

Kiloliana se rió entre dientes.

—No nos molestarán más —dijo.

—Tienen armas de guerra —respondió Koolau—. Los soldados aún no han hablado.

Durante la soporífera tarde la mayoría de los leprosos se quedaron dormidos en sus guaridas. Koolau, con el rifle sobre las rodillas, recién aseado y preparado, dormitaba en la entrada de su propia cueva. La joven de los brazos retorcidos se ocultaba en la espesura, vigilando el paso estrecho. De repente, el ruido de una explosión en la playa despertó a Koolau por completo. Al instante, le pareció que el espacio quedaba hecho pedazos. Aquel sonido tan espantoso lo asustó. Era como si todos los dioses del cielo hubiesen agarrado el recubrimiento del cielo con las manos y lo rasgaran igual que las mujeres rasgan un tejido de algodón. Pero era un desgarro inmenso que se acercaba rápidamente. Koolau miró hacia arriba con aprensión, como si esperase ver el cielo roto. Entonces, en lo más alto del acantilado que se alzaba sobre ellos, el proyectil estalló en un chorro de humo negro. La piedra se hizo añicos y los pedazos cayeron al pie del acantilado.

Koolau se pasó la mano por la frente sudorosa. Estaba conmocionado. Nunca había experimentado el fuego de artillería y le parecía mucho más espantoso de lo que había imaginado.

—Uno —dijo Kapalei, al acordarse de repente que debía llevar la cuenta.

Otros dos proyectiles pasaron estruendosamente por encima de la pared y se estrellaron fuera de su campo de visión. Kapalei llevaba la cuenta con precisión. Los leprosos se reunieron en el espacio abierto frente a las cuevas.

Al principio tenían miedo, pero como los proyectiles continuaron pasando por encima de ellos se tranquilizaron y empezaron a disfrutar del espectáculo. Los dos idiotas chillaban de placer y brincaban haciendo payasadas cada vez que uno de los proyectiles volaba atormentando el cielo. Koolau empezó a recobrar la confianza. No les hacían daño. Evidentemente, no eran capaces de apuntar unos misiles tan grandes y a tanta distancia con la precisión de un rifle.

Pero la situación cambió. Los proyectiles empezaron a caer más cerca. Uno aterrizó sobre la espesura próxima al paso estrecho. Koolau se acordó de la joven que vigilaba desde allí y corrió para ver cómo se encontraba. Cuando se arrastró al interior aún salía humo de los arbustos. Se quedó atónito. Las ramas estaban rotas, astilladas. Donde había yacido la joven, se abría un agujero. La chica estaba hecha pedazos. El proyectil había estallado encima de ella.

Koolau echó una ojeada para asegurarse de que ningún soldado intentaba cruzar el paso y corrió de vuelta a las cuevas. Los proyectiles no dejaban de pasar silbando, aullando, gimiendo y el valle se estremecía con el estruendo de las explosiones. Cuando llegó a un punto desde el que se divisaban los cubiles vio a los dos idiotas brincar, agarrados de las manos por los muñones de sus dedos. Mientras corría, Koolau percibió que una nube de humo negro se elevaba del suelo, junto a los idiotas. La explosión los llevó en volandas y los separó. Uno permanecía inmóvil, pero el otro se arrastraba con las manos hacia una cueva. No movía las piernas y el torso no paraba de sangrar. Parecía bañado en sangre y, mientras se arrastraba, gemía como un cachorrillo. Los demás leprosos, a excepción de Kapalei, se habían refugiado en sus guaridas.

—Diecisiete —dijo Kapalei—. Dieciocho —añadió.

Aquel último proyectil casi había entrado en una de las cuevas. La explosión provocó que las demás se vaciaran, pero de esa no había salido nadie. Koolau se arrastró a su interior entre el humo acre y picante. Encontró cuatro cuerpos terriblemente mutilados. Uno de ellos era el de la mujer ciega cuyas lágrimas no habían dejado de brotar hasta entonces.

Al salir, Koolau encontró a su gente presa del pánico, empezando ya a trepar por el sendero de cabras que abandonaba la garganta y se perdía entre el desorden de cumbres y abismos. El idiota herido, gimiendo tenuemente y arrastrándose con las manos, intentaba seguirlos. Pero en la primera pendiente de la pared, se vio superado por su incapacidad y cayó hacia atrás.

—Sería mejor matarlo —le dijo Koolau a Kapalei, que permanecía sentado en el mismo sitio.

—Veintidós —respondió Kapalei—. Sí, matarlo sería lo más sensato. Veintitrés. Veinticuatro.

El idiota gritó con fuerza cuando vio que lo apuntaban con el rifle. Koolau dudó y bajó el arma.

—Me cuesta hacerlo —dijo.

—Eres un necio. Veintiséis. Veintisiete —dijo Kapalei—. Déjame a mí.

Se puso en pie y se acercó al herido con un pesado fragmento de piedra en la mano. En el momento en que levantó el brazo para golpear, le cayó encima un proyectil, que lo liberó de la necesidad del acto que iba a cometer y, al mismo tiempo, puso punto final a su recuento.

Koolau estaba solo en el desfiladero. Se quedó observando a los suyos hasta que empujaron sus cuerpos lisiados por encima de la cumbre y desaparecieron. Después se dio la vuelta y descendió hasta la espesura donde había muerto la joven. El fuego de artillería continuaba, pero él se quedó allí porque, muy abajo, divisó a los soldados que empezaban a subir. Un proyectil hizo explosión a seis metros de donde se encontraba. Mientras se aplastaba contra el suelo, oyó la avalancha de fragmentos que pasaban por encima de él. Una lluvia de hibiscos lo alcanzó. Levantó la cabeza para mirar hacia el paso y suspiró. Tenía mucho miedo. Las balas de los rifles no le preocupaban, pero ese fuego de artillería le parecía algo atroz. Cada vez que un proyectil pasaba silbando, temblaba y se encogía, pero siempre volvía a levantar la cabeza para vigilar el paso.

Por fin cesó el fuego. Eso, razonó Koolau, se debía a que los soldados se acercaban. Avanzaban con sigilo y en fila india por el sendero, e intentó enumerarlos hasta que perdió la cuenta. En cualquier caso, habría unos cien y todos iban tras Koolau *el Leproso*. Sintió un breve aguijonazo de orgullo. Policías y soldados iban a buscarlo con armas de guerra y rifles, y él solo era un hombre; un lisiado, un despojo humano, además. Ofrecían mil dólares por él, vivo o muerto. En toda su vida jamás había poseído tanto dinero. Sintió amargura al pensarlo. Kapalei tenía razón. Él, Koolau, no había hecho nada malo. Como los *haoles* querían mano de obra con la que trabajar las tierras robadas, llevaron a los culis chinos y con ellos llegó la enfermedad. Ahora, debido a que se había contagiado, valía mil dólares, aunque no para sí mismo. Todo ese dinero lo valía su repugnante pellejo, corrompido por la enfermedad o muerto tras la explosión de un proyectil.

Cuando los soldados llegaron al paso estrecho, estuvo a punto de advertirlos. Pero sus ojos se detuvieron sobre el cuerpo de la joven asesinada y guardó silencio. Abrió fuego cuando seis de ellos habían empezado ya a

recorrer el paso y no paró a pesar de que el camino había quedado despejado. Vació el cargador, cargó de nuevo y volvió a vaciarlo. No dejó de disparar. En su cabeza se abrían paso todos los males sufridos y sentía la necesidad imperiosa de vengarse. Camino de cabras abajo, todos los soldados disparaban y, aunque permanecían pegados al suelo y buscaban refugio tras las desigualdades poco profundas de la superficie, para él constituían blancos desprotegidos. Las balas silbaban y se incrustaban a su alrededor, y alguna que otra rebotaba cerca de él. Una incluso le raspó el cuero cabelludo y otra le quemó la piel del omóplato, aunque sin desgarrarla.

Era una masacre protagonizada por un solo hombre. Los soldados comenzaron a retirarse, ayudando a sus heridos. A medida que Koolau los iba abatiendo, fue consciente de que olía a carne quemada. Primero miró a su alrededor y luego descubrió que eran sus manos. Se debía al calor del rifle. La lepra había destruido la mayor parte de las terminaciones nerviosas de sus manos. Aunque su carne se quemaba y podía olerlo, no lo sentía.

Permaneció en la espesura, sonriendo, hasta que se acordó de las armas de guerra. Sin duda volverían a abrir fuego contra él y apuntarían a la espesura desde la que había infligido el daño. Acababa de cambiar su posición a un recoveco oculto tras un pequeño lomo de la pared, donde se había fijado que no caían los proyectiles, cuando volvió a comenzar el bombardeo. Contó los proyectiles. Lanzaron otros sesenta al desfiladero antes de que las armas de guerra guardasen silencio. Aquella zona, tan diminuta, quedó llena de baches debido a las explosiones, hasta el punto de que parecía imposible que ninguna criatura hubiese sobrevivido. Eso debieron de pensar los soldados porque, bajo el ardiente sol de la tarde, volvieron a ascender la senda de las cabras. De nuevo lucharon por hacerse con el paso estrecho y otra vez se vieron obligados a descender a la playa.

Koolau defendió el paso durante dos días más, aunque los soldados se contentaron con arrojar proyectiles para obligarlo a retirarse. Luego Pahau, un niño leproso, se acercó a la cima de la pared situada en la parte posterior del desfiladero y desde allí le gritó que Kiloliana se había caído mientras cazaba cabras para que pudieran comer, por lo que había muerto, y las mujeres estaban asustadas y no sabían qué hacer. Koolau le dijo al chico que bajara y lo dejó vigilando el paso con un arma de repuesto. Koolau encontró a los suyos desanimados. La mayor parte de ellos no eran capaces de buscar comida bajo unas circunstancias tan complicadas y todos tenían hambre. Eligió a dos mujeres y un hombre en los que la enfermedad había hecho menos estragos y los envió al desfiladero para que volvieran con comida y

esterillas. Animó y consoló a los demás hasta que incluso el más débil arrimó el hombro para construir refugios improvisados.

Pero aquellos a los que había enviado a buscar alimentos no regresaron y decidió volver al desfiladero. Cuando se asomó a la cima sobre la pared, media docena de rifles dispararon. Una bala le atravesó la parte carnosa del hombro y una esquirla de piedra, provocada por otra bala que se estrelló contra el acantilado, le hizo un corte en la mejilla. En el momento en que todo eso ocurría y él saltaba hacia atrás, vio que el desfiladero era un hervidero de soldados. Su propia gente lo había traicionado. El fuego de artillería les había parecido demasiado y habían preferido la prisión de Molokai.

Koolau retrocedió y se quitó una de sus pesadas cananas. Tumbado entre las piedras, permitió que la cabeza y los hombros del primer soldado asomaran claramente en el borde antes de apretar el gatillo. Eso ocurrió dos veces y luego, tras cierto retraso, en lugar de una cabeza y unos hombros lo que asomó fue una bandera blanca.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Te queremos a ti, si eres Koolau *el Leproso* —fue la respuesta.

Koolau olvidó dónde estaba, se olvidó de todo, allí tumbado y maravillado ante la extraña persistencia de aquellos *haoles*, que buscaban salirse con la suya aunque implicase el fin del mundo. Sí, se saldrían con la suya por encima de cualquier hombre y cualquier cosa, aunque muriesen en el intento. No podía evitar admirarlos por tener esa fuerza de voluntad que era más fuerte que la vida y que lo sometía todo y a todos a sus deseos y órdenes. Estaba convencido de la inutilidad de su lucha. La impresionante fuerza de voluntad de los *haoles* era innegable. Aunque matase a mil de ellos, aumentarían como la arena de la playa y se lanzarían contra él, siendo cada vez más. No reconocían la derrota. Ese era su defecto y su virtud. Lo que le faltaba a su raza. Ahora comprendía cómo un puñado de predicadores de Dios y del Ron habían conquistado su tierra. Era porque…

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Vendrás conmigo?

Era la voz del hombre invisible situado bajo la bandera blanca. Allí estaba, como cualquier *haole*, avanzando en línea recta, sin desviarse, hacia la meta fijada.

—Hablemos —dijo Koolau.

Primero surgieron la cabeza y los hombros del hombre y luego el resto del cuerpo. Era un joven de veinticinco años, barbilampiño y de ojos azules, esbelto y elegante con su uniforme de capitán. Avanzó hasta que Koolau le dio el alto y se sentó a unos tres metros de distancia.

—Eres valiente —dijo Koolau, perplejo—. Podría matarte como a una mosca.

—No. No lo creo —fue la respuesta.

—¿Por qué no?

—Porque eres un hombre, Koolau, aunque seas malo. Conozco tu historia. Matas justamente.

Koolau gruñó, a pesar de que en su interior se sintió satisfecho.

—¿Qué habéis hecho con mi gente? —preguntó—. ¿El chico, las dos mujeres y el hombre?

—Se entregaron, como espero que hagas tú también.

Koolau soltó una carcajada incrédula.

—Yo soy un hombre libre —anunció—. No he hecho mal alguno. Solo pido que me dejen en paz. He vivido en libertad y moriré siendo libre. Jamás me entregaré.

—Entonces tu gente es más sensata que tú —respondió el joven capitán —. Mira, ahí vienen.

Koolau se giró y vio que el resto de su grupo se acercaba. Formaban una procesión espantosa que, entre suspiros y quejas, se arrastró junto a él y lo dejó atrás. Koolau aún hubo de probar una amargura más intensa, porque lo insultaron e imprecaron al pasar, y la bruja jadeante que iba de última se detuvo y lo maldijo, con las garras extendidas y agitando la cabeza como una fiera moribunda. Uno a uno, descendieron la pared y se entregaron a los soldados.

—Ya puedes irte —dijo Koolau al capitán—. Nunca me entregaré. Es mi última palabra. Adiós.

El capitán se deslizó por el borde del acantilado hacia sus soldados. Al instante siguiente, y sin una bandera de tregua, alzó su sombrero sobre la vaina de su espada y la bala de Koolau lo atravesó. Esa tarde le lanzaron proyectiles desde la playa y los soldados lo siguieron mientras se retiraba a los rincones más altos, alejados e inaccesibles.

Durante seis semanas lo persiguieron de hueco en hueco, por los senderos de cabras, más allá de las cumbres volcánicas. Cuando se ocultó en la selva de lantanas, formaron hileras de batidores y lo persiguieron como a un conejo entre las lantanas y las matas de guayaba. Pero siempre se daba la vuelta, salía corriendo a toda velocidad y los eludía. Resultaba imposible acorralarlo. Si lo presionaban demasiado, su rifle certero los obligaba a retroceder y a llevar a sus heridos sendero de cabras abajo, hasta la playa. A veces disparaban cuando su cuerpo moreno surgía un instante entre la maleza. En una ocasión,

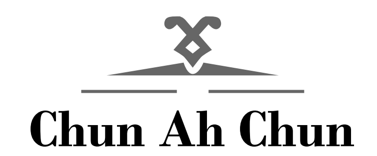
cinco de ellos lo atraparon en un camino de cabras al descubierto, entre dos oquedades. Vaciaron sus rifles sobre él mientras cojeaba y ascendía de forma vertiginosa. Después hallaron manchas de sangre y supieron que estaba herido. Al cabo de seis semanas se rindieron. Los soldados y los policías regresaron a Honolulú y le dejaron a él el valle de Kalalau, aunque de vez en cuando y para su propia ruina algún cazador de recompensas se arriesgaba a perseguirlo.

Dos años después, Koolau se arrastró al interior de la espesura por última vez y se tumbó entre las plantas Ti y las alpinias. Había vivido en libertad y en libertad iba a morir. Empezó a lloviznar ligeramente y extendió una manta raída sobre los restos deformados de sus miembros. El cuerpo lo cubría con un impermeable. Encima del pecho cruzó su Mauser y se entretuvo un minuto para limpiar con cariño la humedad del cañón. La mano con la que lo limpió ya no tenía dedos que le permitiesen apretar el gatillo.

Cerró los ojos porque la debilidad del cuerpo y la confusión borrosa de la mente le indicaban que se acercaba el final. Como un animal salvaje, se había escondido para morir. Semiinconsciente, sin rumbo fijo, divagó hasta retroceder en su existencia y llegar a su juventud, transcurrida en Niihau. Mientras la vida se desvanecía y el goteo de la lluvia se debilitaba a sus oídos, le pareció que se dedicaba a la doma de caballos una vez más, con los potros salvajes corcoveando y encabritándose bajo él, los estribos bien atados, o embistiendo como locos en el cercado de doma y lanzando por encima de la barandilla a los vaqueros que lo ayudaban. Al instante siguiente, con aparente naturalidad, se encontró persiguiendo a los toros salvajes de los pastos de las tierras altas, atrapándolos con el lazo y obligándolos a descender hasta los valles. De nuevo el sudor y el polvo del corral para marcar hicieron que le escocieran los ojos y le picara la nariz.

Recuperó el vigor de la juventud y su cuerpo completo hasta que las intensas punzadas de su inminente disolución lo hicieron regresar. Alzó sus manos monstruosas y las observó asombrado. Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Por qué la integridad de su desbordante juventud se había convertido en aquello? Entonces recordó y otra vez, durante un instante, volvió a ser Koolau *el Leproso*. Sus párpados se agitaron agotados hasta cerrarse por completo y dejó de percibir el goteo de la lluvia. Un temblor prolongado se apoderó de su cuerpo. Luego cesó también. Intentó levantar un poco la cabeza, pero no pudo. Entonces sus ojos se abrieron y ya no volvieron a cerrarse. Su último pensamiento fue para el Mauser, que apretó contra el pecho con aquellas manos cruzadas, sin dedos.

[1908]



Chun Ah Chun

NO HABÍA NADA LLAMATIVO en el aspecto de Chun Ah Chun. Era bastante pequeño, como suelen ser los chinos, y también compartía la estrechez de hombros y escasez de carne de su raza. Un turista normal que lo viese por casualidad en las calles de Honolulú llegaría a la conclusión de que era un chinito bondadoso, probablemente dueño de una próspera lavandería o sastrería. En lo tocante a su bondad y prosperidad, la deducción sería correcta, aunque se quedase corta; porque Ah Chun era tan bondadoso como próspero y de esto último nadie conocía ni la décima parte de la historia. Era bien sabido que se trataba de un hombre inmensamente rico, pero en su caso esa «inmensidad» solo representaba lo desconocido.

Ah Chun poseía unos ojillos astutos, negros, de mirada intensa y tan pequeños que parecían dos agujeros hechos con una barrena. Pero estaban muy separados entre sí y se refugiaban bajo una frente que, sin duda, era la de un pensador. Y es que Ah Chun tenía sus problemas: los había tenido toda la vida, aunque no se preocupaba por ellos. En esencia era un filósofo y, ya fuese en su etapa de culi o como multimillonario y amo de muchos hombres, la entereza de su alma era la misma. Siempre vivía en la elevada ecuanimidad del reposo espiritual, sin que lo desanimase la buena fortuna ni lo afectase la mala suerte. A él todo le parecía bien, ya se tratara de los golpes propinados por el capataz en los campos de azúcar o un desplome del precio del azúcar cuando él mismo era propietario de esas plantaciones. Así, desde la firme roca de su sólida satisfacción, dominaba problemas sobre los que pocos hombres tienen la oportunidad de reflexionar, mucho menos un campesino chino.

Porque eso es precisamente lo que era: un campesino chino, nacido para afanarse en los campos como un animal todos los días de su vida, pero destinado a huir de esos campos como el príncipe de un cuento de hadas. Ah Chun no se acordaba de su padre, un pequeño granjero de un distrito situado no lejos de Cantón; tampoco recordaba muchas cosas de su madre, que había muerto cuando él tenía seis años. Pero sí se acordaba de su respetado tío, Ah Kow, ya que le había servido como esclavo desde los seis hasta los veinticuatro años. Entonces había huido, al aceptar un contrato de tres años

para trabajar como culi en las plantaciones de azúcar de Hawái por cincuenta centavos al día.

Ah Chun era observador. Se fijaba en pequeños detalles que no veía ni un hombre entre mil. Trabajó en las plantaciones durante tres años, al cabo de los que sabía más cosas sobre el cultivo de la caña que los capataces o incluso el director; y el director se habría quedado atónito ante los conocimientos que aquel culi pequeño y arrugado poseía, relativos a los procesos de reducción en el ingenio. Pero Ah Chun no solo estudiaba los procesos relacionados con el azúcar. Estudiaba para descubrir cómo llegaban los hombres a ser dueños de los ingenios y las plantaciones. De una cosa fue consciente muy pronto: los hombres no se enriquecían gracias al trabajo de sus propias manos. Lo sabía porque llevaba veinte años trabajando. Quienes se enriquecían lo hacían gracias al trabajo de manos ajenas. El más rico era quien tenía el mayor número de prójimos trabajando sin descanso para él.

De manera que, cuando se terminó su contrato, Ah Chun invirtió sus ahorros en un pequeño negocio de importación y se asoció con un tal Ah Yung. La empresa acabó siendo la famosa Ah Chun &Ah Yung, que lo manejaba todo, desde sedas de la India y ginseng hasta islas guaneras y bergantines para raptar mano de obra indígena. Mientras, Ah Chun empezó a trabajar de cocinero. Era bueno y en el plazo de tres años se convirtió en el chef mejor pagado de Honolulú. Tenía la carrera asegurada y sería un necio si la abandonaba, como le dijo Dantin, su jefe; pero Ah Chun tenía muy claro lo que quería hacer y por ello le llamaron necio unas cuantas veces más y recibió un regalo de cincuenta dólares, además de su salario.

La empresa Ah Chun & Ah Yung prosperaba. Ah Chun ya no necesitaba seguir trabajando de cocinero. Eran buenos tiempos para Hawái. La caña de azúcar se cultivaba extensamente y había demanda de mano de obra. Ah Chun vio la oportunidad y se dedicó al negocio de la importación de mano de obra. Llevó miles de culis cantoneses a Hawái y su riqueza empezó a aumentar. Realizó inversiones. Sus ojos negros de mirada intensa veían una ganga donde otros solo reconocían la bancarrota. Adquirió, por una nadería, un vivero de peces que luego rindió un quinientos por ciento y se convirtió en la oportunidad que lo llevaría a monopolizar la lonja de pescado de Honolulú. No hablaba para que publicasen sus palabras, no se metía en política ni participaba en las revoluciones, pero pronosticaba los acontecimientos con más claridad y anticipación que quienes los maquinaban. Imaginó Honolulú como una ciudad moderna, iluminada por la luz eléctrica, en una época en la que se extendía, desordenada, descuidada y atormentada por la arena, sobre

un árido arrecife de coral que sobresalía del mar. Así que compró tierras. Se las adquirió a los comerciantes que necesitaban efectivo, a los nativos menesterosos, a los desenfrenados hijos de los tratantes, a las viudas, los huérfanos y los leprosos deportados a Molokai. Y de alguna forma, con el paso de los años, las parcelas que había ido comprando fueron necesarias para levantar almacenes, edificios de oficinas u hoteles. Alquiló y arrendó, vendió y compró, y volvió a vender.

Pero no era solo eso. Entregó su confianza y su dinero a Parkinson, un capitán renegado en el que nadie confiaría. Y Parkinson zarpó en la pequeña *Vega* para realizar misteriosas travesías. Se ocupó de Parkinson hasta que murió y años después Honolulú se quedó atónita cuando se filtró que las islas guaneras Drake y Acorn habían sido vendidas a la British Phosphate Trust por tres cuartos de millón. Luego llegaron los años de vacas gordas del rey Kalakaua, cuando Ah Chun pagó trescientos mil dólares por la licencia del opio. Aunque hubiese pagado un tercio de millón por el monopolio de la droga, la inversión fue buena, pues los dividendos le proporcionaron la plantación Kalalau, que a su vez produjo unos beneficios del treinta por ciento durante diecisiete años y al final fue vendida por un millón y medio.

Bajo los Kamehameha, mucho antes, había servido a su propio país actuando como cónsul de China, cargo que también tuvo su parte lucrativa. Bajo el mandato de Kamehameha IV cambió su nacionalidad y se convirtió en súbdito hawaiano para casarse con Stella Allendale, que también era súbdita del rey de piel morena, aunque por sus venas corría más sangre anglosajona que polinesia. De hecho, las razas desconocidas estaban tan atenuadas en ella que se valoraban en octavas y dieciseisavas partes. Esa era la proporción de la sangre de su bisabuela Paahao, la princesa Paahao, ya que descendía de la familia real. El bisabuelo de Stella Allendale había sido un tal capitán Blunt, aventurero inglés que sirvió a Kamehameha I y que acabó siendo un jefe importante. Su abuelo había sido capitán de un ballenero de New Bedford y su padre había introducido una remota mezcla de italiano y portugués injertada antes sobre su propia estirpe inglesa. Aunque legalmente era hawaiana, la esposa de Ah Chun tenía más de cualquier otra de las tres nacionalidades.

Y en aquel conglomerado de razas Ah Chun introdujo la mezcla mongola, por lo que sus hijos y los de su mujer eran una trigésima segunda parte polinesios, una dieciseisava italianos, una dieciseisava portugueses, mitad chinos y una pizca ingleses y otra norteamericanos. Podría ser que Ah Chun se abstuviese del matrimonio de haber previsto la maravillosa familia que iba

a surgir de tal unión. Resultaba maravillosa en muchos aspectos. En primer lugar, por su tamaño. Tenían quince hijos, casi todos chicas. Primero llegaron los niños, tres, seguidos de una docena de niñas en una secuencia inmutable. La mezcla de razas resultaba excelente. No solo demostró ser fructífera, ya que toda la prole, sin excepción, tenía buena salud y ningún defecto. Pero lo más asombroso de aquella familia era su belleza. Todas las chicas eran hermosas, de una belleza delicada, etérea. Las líneas rotundas de mamá Ah Chun lograban modificar los magros ángulos de papá Ah Chun, de manera que las hijas eran esbeltas sin parecer fideos y de músculos redondeados sin resultar regordetas. En cada rasgo de todos sus rostros se apreciaban fascinantes reminiscencias de Asia, manipuladas y camufladas por la vieja Inglaterra, Nueva Inglaterra y el sur de Europa. Ningún observador sin información previa habría adivinado la fuerza con que la sangre china corría por sus venas, como tampoco ningún observador, tras ser informado, dejaba de percibir al instante los rasgos orientales.

Como bellezas, las chicas Ah Chun eran una novedad. Nunca se había visto nada igual a ellas. No se parecían a nada tanto como se parecían entre ellas y, sin embargo, cada una resultaba pronunciadamente original. Era imposible confundirlas. Por otro lado, Maud, rubia y de ojos azules, recordaba de inmediato a Henrietta, de piel morena y ojos oscuros, grandes y lánguidos, y cabello negro azulado. El ligero parecido que todas compartían y que conciliaba cualquier diferencia era contribución de Ah Chun. Él proporcionaba el terreno sobre el que se trazaban las formas mezcladas de las razas. Él proporcionaba la estructura china de huesos esbeltos sobre la que se asentaban lo delicado y sutil de la carne sajona, latina y polinesia.

La señora Ah Chun tenía ideas propias a las que Ah Chun daba crédito, aunque no permitía que las expresara si entraban en conflicto con su propia calma filosófica. Ella llevaba toda su vida viviendo a la europea. Muy bien. Ah Chun le proporcionó una mansión europea. Más adelante, cuando su prole tuvo edad para opinar, construyó el bungaló, una casa espaciosa y laberíntica, tan modesta como magnífica. Además, con el paso del tiempo también edificó una residencia de montaña en el monte Tantalus, a la que la familia huía cuando el «viento malo» soplaba desde el sur. Y en Waikiki levantó una casa en la playa, en una parcela enorme y tan bien elegida que mucho después, cuando el Gobierno de Estados Unidos se la expropió para mejorar las fortificaciones, una suma inmensa acompañó a la expropiación. En todas sus casas había salas de billar y para fumar, además de muchas habitaciones de invitados, porque a la maravillosa prole de Ah Chun le gustaba divertirse. El

mobiliario era extravagantemente sencillo. Pagaban fortunas sin que se notase, gracias al gusto culto y refinado de todos sus hijos.

Ah Chun había sido generoso en lo tocante a la educación. «No te preocupes por los gastos», le había dicho en los viejos tiempos a Parkinson cuando aquel marino relajado no veía motivos para dejar a la *Vega* en condiciones de navegar. «Tú maneja la goleta que yo pago las facturas». Lo mismo hizo con sus hijos. Todos habían sido formados y educados sin tener en cuenta los gastos. Harold, el primogénito, estudió en Harvard y Oxford; Albert y Charles fueron juntos a Yale. Y las chicas, desde la mayor a la pequeña, se habían preparado en la escuela Mills para señoritas, situada en California, y pasado luego a Vassar, Wellesley o Bryn Mawr. Varios, los que así lo quisieron, dieron los últimos retoques a su formación en Europa. Así, los hijos de Ah Chun regresaban a su lado desde cualquier parte del mundo para sugerir y aconsejar en lo relativo a decorar la casta magnificencia de sus residencias. Ah Chun prefería el esplendor voluptuoso de la ostentación oriental, pero era un filósofo y enseguida comprendió que los gustos de sus hijos resultaban correctos según los criterios occidentales.

Por supuesto, a sus hijos nadie los conocía como hijos de Ah Chun. Tal y como él pasó de culi a multimillonario, su nombre también evolucionó. Mamá Ah Chun empezó a escribirlo como A Chun, pero su prole, más lista, suprimió el apóstrofo y lo escribió Achun. Ah Chun no se opuso. La forma en que se escribiera su apellido no afectaba a su comodidad ni a su calma filosófica. Además, no era orgulloso. Pero cuando sus hijos llegaron al punto de imponerle una camisa almidonada, un cuello duro y una levita, eso sí que afectó a su comodidad y su calma. Ah Chun se negó. Prefería las túnicas holgadas de China y no consiguieron engatusarlo ni obligarlo a adoptar ese cambio. Probaron ambas tácticas y con la segunda fracasaron estrepitosamente. No habían ido a Estados Unidos en balde. Allí habían aprendido las virtudes del boicot según lo empleaban los sindicatos, por lo que boicotearon a Chun Ah Chun, su padre, en su propia casa, con la ayuda y la complicidad de mamá Achun. Pero Ah Chun, a pesar de conocer poco la cultura occidental, estaba muy familiarizado con las condiciones laborales de Occidente. Además, siendo él mismo un empresario con muchos empleados, sabía hacer frente a sus tácticas. Enseguida impuso un cierre patronal a su rebelde prole y esposa infiel. Despidió a sus varias veintenas de criados, cerró sus establos y sus casas y se fue a vivir al Hotel Royal Hawaiian, del cual era máximo accionista. La familia se dedicó a visitar a sus distintos amigos, saltando de uno a otro, mientras Ah Chun manejaba con calma sus múltiples

negocios, fumaba su larga pipa de diminuta cazoleta de plata y reflexionaba sobre el problema de su maravillosa prole.

Dicho problema no perturbó su calma. En el fondo de su alma de filósofo sabía que lo resolvería cuando llegase el momento adecuado. Mientras les enseñaría que, por mucho que consintiese y aguantase, sin duda alguna era el dictador absoluto de los destinos de los Achun. La familia resistió durante una semana y luego regresó, junto con Ah Chun y sus muchos criados, a ocupar una vez más el bungaló. A partir de ese momento nadie se quejó ni hizo comentario alguno cuando Ah Chun decidía entrar en su radiante salón ataviado con una túnica de seda azul, zapatillas acolchadas y casquete de seda negra rematado en rojo, o cuando decidía sacar su esbelta pipa de cazoleta de plata entre los oficiales y los civiles que fumaban cigarrillos y puros en los anchos porches o el salón de fumadores.

Ah Chun ocupaba una posición única en Honolulú. Aunque no se dejaba ver en sociedad, habría sido bien recibido en cualquier parte. Nunca salía, excepto para reunirse con los comerciantes chinos de la ciudad, pero recibía en casa y siempre era el centro de su hogar y ocupaba la cabecera de su mesa. A pesar de haber nacido en una familia de campesinos chinos, presidía un ambiente culto y refinado, sin comparación en todas las islas. Tampoco había en ellas nadie demasiado orgulloso para cruzar su umbral y disfrutar de su hospitalidad. En primer lugar, el bungaló Achun resultaba de una elegancia irreprochable. Además, Ah Chun era una autoridad. Y, por último, Ah Chun era un dechado de virtudes y un empresario honrado. A pesar de que la moral empresarial era más elevada que en el continente, Ah Chun eclipsaba a los empresarios de Honolulú debido al escrupuloso rigor de su honradez. Todo el mundo sabía que siempre cumplía su palabra. Su firma no era necesaria para vincularlo a algo. Jamás incumplía lo prometido. Veinte años después de que Hotchkiss, de la Hotchkiss, Morterson Company, muriese, alguien encontró cierta documentación perdida entre la que se hallaba una nota interna relativa a un préstamo de treinta mil dólares concedido a Ah Chun, quien contrajo la deuda cuando era consejero particular de Kamehameha II. En medio del trajín y la confusión de aquellos tiempos tan buenos, en los que se ganaba tanto dinero, Ah Chun se había olvidado de aquel asunto. No existía contrato ni manera de demandarlo legalmente, pero él solucionó el asunto con los herederos de Hotchkiss y además, de forma voluntaria, incluyó el pago de unos intereses compuestos muy superiores al principal. Del mismo modo, cuando garantizó de palabra la desastrosa Kakiku Ditch Scheme —en un momento en el que ni el menos optimista soñaba con que fuese necesaria

garantía alguna—, según contó el secretario de la difunta empresa, al que habían enviado con la vana esperanza de averiguar cuáles eran las intenciones de Ah Chun: «Firmó un cheque de doscientos mil dólares sin inmutarse, caballeros, sin inmutarse siquiera». Además de otras muchas acciones similares en apoyo de su palabra, casi no había un solo hombre de buena reputación en las islas que, en un momento u otro, no hubiese recibido la ayuda financiera de Ah Chun.

Y así, todo Honolulú fue testigo de cómo aquella maravillosa familia se convertía en un problema desconcertante y, en secreto, simpatizó con él, porque nadie era capaz de imaginar qué iba a hacer al respecto. Pero Ah Chun veía el problema con mayor claridad que ellos. Nadie sabía como él hasta qué punto era un extraño entre los suyos. Ni su propia familia era consciente de ello. Estaba seguro de que no había sitio para él entre la maravillosa simiente salida de sus entrañas, por lo que deseaba que llegasen sus últimos años y percibía que cada vez se sentiría más excluido. No entendía a sus hijos. Conversaban sobre cosas que no le interesaban y de las que nada sabía. La cultura occidental no había hecho mella en él. Era asiático hasta la médula, lo cual significaba que era pagano. El cristianismo de los otros le parecía una bobada. Pero habría ignorado todo eso, lo habría considerado irrelevante y no pertinente, si hubiese logrado comprender a los jóvenes. Por ejemplo, cuando Maud le decía que los gastos domésticos mensuales ascendían a treinta mil dólares, eso sí lo entendía; como entendió que Albert le pidiera cinco mil dólares para comprarse el velero *Muriel* y ser socio del Hawaiian Yatch Club. Lo que lo ofuscaba eran sus procesos mentales y sus complicados deseos, más remotos. Pronto aprendió que la mente de cada uno de sus hijos era un laberinto secreto que nunca podría recorrer. Siempre tropezaba con el muro que separa Oriente de Occidente. Sus almas le resultaban inaccesibles y sabía que los hijos tampoco podían acceder al alma del padre.

Además, a medida que fue cumpliendo años, se identificaba más con los suyos. La pestilencia del barrio chino le resultaba aromática y la olfateaba con satisfacción al recorrer sus calles porque lo transportaba de vuelta a los callejones estrechos y tortuosos de Cantón, llenos de vida y movimiento. Lamentaba haberse cortado la coleta para complacer a Stella Allendale en los días previos a la boda y se planteaba, muy en serio, la conveniencia de afeitarse la coronilla y dejarse crecer la coleta otra vez. Los platos que su bien pagado chef preparaba para él no lograban despertar su nostálgico paladar como lo hacían los extraños platos del restaurante mal ventilado del barrio chino. Disfrutaba mucho más si pasaba media hora fumando y charlando con

dos o tres amigos chinos que presidiendo las cenas elegantes y fastuosas por las que era famoso su bungaló, durante las que lo más granado de los norteamericanos y europeos se sentaba a su larga mesa, hombres y mujeres por igual, ellas con joyas que centelleaban bajo la tenue luz y resaltaban contra la blancura de sus cuellos y sus brazos, ellos con traje de etiqueta, y todos riéndose y charlando sobre temas y ocurrencias que, aunque no le resultaban desconocidos por completo, ni le interesaban ni lo entretenían.

Pero el problema no se debía solo a su aislamiento y su creciente deseo por regresar a sus antros chinos. También estaba su riqueza. Deseaba pasar una vejez plácida. Había trabajado mucho y muy duro. Su recompensa debería ser la paz y el descanso. Pero sabía que con aquella fortuna tan inmensa no iba a poder disfrutar de paz o descanso alguno. Ya veía señales y presagios. No era la primera vez que los percibía. Estaba el caso de Dantin, que había sido su jefe, cuyos hijos le arrebataron la gestión de sus propiedades con todas las garantías legales y lograron que un tribunal nombrase a quienes debían administrarlas en su lugar. Ah Chun sabía, y no tenía duda alguna al respecto, que si Dantin hubiese sido pobre todo el mundo habría estado de acuerdo en que bien podía ocuparse de sus asuntos con total lucidez. Y eso que Dantin solo tenía tres hijos y medio millón, mientras que él, Ah Chun, tenía quince hijos y nadie, excepto él mismo, sabía cuántos millones.

—Nuestras hijas son mujeres hermosas —le dijo una noche a su mujer—. Hay muchos jóvenes. La casa siempre está llena de jóvenes. Pago unas facturas de tabaco muy elevadas. ¿Por qué no se casan?

Mamá Achun se encogió de hombros y esperó.

—Las mujeres son mujeres y los hombres, hombres. Me extraña que no se casen. Quizás a los jóvenes no les gusten nuestras hijas.

—Ah, les gustan de sobra —respondió mamá Achun—. Pero, verás, es que no pueden olvidar que tú eres el padre de tus hijas.

—Pues tú olvidaste quién era mi padre —dijo Ah Chun, muy serio—. Solo me pediste que me cortara la coleta.

—Supongo que estos jóvenes son más exigentes que yo.

—¿Qué es lo más importante del mundo? —preguntó Ah Chun de repente, como si acabara de ocurrírsele.

Mamá Achun reflexionó un momento y luego contestó:

—Dios.

Él asintió.

—Hay dioses y dioses. Algunos son de papel, otros de madera y otros de bronce. En la oficina uso uno pequeño como pisapapeles. En el Museo Bishop hay muchos dioses de coral y lava.

—Pero solo hay un Dios —anunció ella con decisión, enderezando su abundante figura, dispuesta a discutir.

Ah Chun percibió la señal de peligro y cambió de estrategia.

—Entonces, ¿qué hay más importante que Dios? —preguntó—. Yo te lo diré. El dinero. En mis tiempos negocié con judíos y cristianos, mahometanos y budistas, y con los hombrecillos negros de las Islas Salomón y Nueva Guinea, que llevaban con ellos a su dios, envuelto en papel aceitado. Esos hombres poseían distintos dioses, pero todos adoraban al dinero. Parece que al capitán Higginson le gusta Henrietta.

—Nunca se casará con ella —respondió mamá Achun—. Llegará a almirante antes de morir…

—A contraalmirante —interrumpió Ah Chun—. Sí, lo sé. Así se retiran.

—Su familia de Estados Unidos es muy importante. No les gustaría que… que no se casara con una joven norteamericana.

Pensativo, Ah Chun vació las cenizas de su pipa y rellenó la cazoleta de plata con una pizca diminuta de tabaco. Luego la encendió y se la fumó entera antes de hablar.

—Henrietta es la mayor. Cuando se case le daré trescientos mil dólares. Eso atraerá al capitán Higginson y a su importante familia. Que se entere. Lo dejo en tus manos.

Ah Chun permaneció sentado, fumando, y en las volutas de humo vio formarse el rostro y el cuerpo de Toy Shuey, la criada para todo de su tío en la aldea de Cantón, cuya jornada nunca terminaba y que recibía un dólar por todo un año de trabajo. Vio surgir su propia figura, muy joven, que había trabajado sin descanso en los campos de su tío durante dieciocho años por poco más. Ahora él, Ah Chun, el campesino, dotaba a su hija con trescientos mil años de ese trabajo duro. Y solo era una hija de la docena que tenía. La idea no lo entusiasmó. Pensó que aquel era un mundo gracioso e inusual, se rió en voz alta y sobresaltó a mamá Achun, inmersa en una ensoñación que se ocultaba en lo más profundo de las criptas secretas de su ser, donde él nunca había logrado penetrar.

Pero lo dicho por Ah Chun se propagó en susurros y el capitán Higginson olvidó su contraalmirantazgo y su importante familia y se casó con trescientos mil dólares y una joven culta y refinada que era una trigésima segunda parte

polinesia, una dieciseisava italiana, una dieciseisava portuguesa, una pizca inglesa y otra yanqui, y mitad china.

La munificencia de Ah Chun obtuvo resultados. De repente sus hijas se volvieron apetecibles y buenos partidos. Clara fue la siguiente, pero cuando el secretario del Territorio pidió su mano formalmente, Ah Chun le dijo que debía esperar su turno, que Maud era mayor y debía casarse antes. Fue una política muy inteligente. Toda la familia se mostró urgentemente interesada en casar a Maud, lo que logró en el plazo de tres meses y con Ned Humphreys, el comisario de Inmigración de Estados Unidos. Tanto él como Maud se quejaron porque la dote solo llegó a doscientos mil dólares. Ah Chun les explicó que su generosidad inicial solo había tenido la intención de romper el hielo y que, tras lograrlo, sus hijas no podían esperar otra cosa que resultarle más baratas.

Clara siguió a Maud y después, por espacio de dos años, se produjo un continuo organizar de bodas en el bungaló. Mientras tanto, Ah Chun no se había cruzado de brazos. Recuperó una inversión tras otra. Traspasó sus intereses en una veintena de empresas y, poco a poco, para evitar que se desplomara el mercado, vendió sus importantes propiedades inmobiliarias. Hacia el final provocó el hundimiento de los precios y liquidó con pérdidas. El motivo de su prisa fueron las tempestades que ya veía asomar por el horizonte. Para cuando Lucille se casó, empezó a llegar a sus oídos el eco de las riñas y los celos. Se vio rodeado de proyectos e intrigas para ganarse su favor y predisponerlo en contra de uno, otro o todos menos uno de sus yernos. Todo lo cual no lo llevaría a la paz y el descanso de los que pensaba disfrutar en su vejez.

Se dio más prisa. Llevaba mucho tiempo manteniendo correspondencia con los principales bancos de Shanghái y Macao. Desde hacía ya varios años, cada vapor que zarpaba llevaba letras de cambio a nombre de un tal Ah Chun para ingresarlas en esos bancos del lejano Oriente. Entonces las cantidades empezaron a ser más importantes. Quedaban por casar sus dos hijas pequeñas. No quiso esperar y dotó a cada una con cien mil dólares, sumas que depositó en el Banco de Hawái, acumulando intereses hasta que llegara el día de la boda. Albert se hizo cargo de la empresa Ah Chun &Ah Yung, ya que Harold, el mayor, había preferido irse a vivir a Inglaterra con un cuarto de millón. Charles, el más joven, recibió cien mil dólares, un tutor legal y un tratamiento en un centro para alcohólicos. A mamá Achun le dejó el bungaló, la residencia de montaña en el monte Tantalus y una nueva casa en la playa, en

lugar de la que Ah Chun había vendido al Gobierno. Además, mamá Achun recibió medio millón en dinero bien invertido.

Ah Chun ya estaba preparado para atacar el núcleo del problema. Una mañana, mientras la familia tomaba el desayuno —previamente se había ocupado de que estuviesen presentes todos sus yernos y sus esposas—, anunció que regresaba a su tierra ancestral. Con un discurso claro y breve les explicó que había asegurado ampliamente el porvenir de la familia y les ofreció varios axiomas que, según les dijo, estaba seguro de que les permitirían vivir juntos en paz y armonía. También dio consejos empresariales a sus yernos, predicó las virtudes de vivir con sobriedad y realizar inversiones seguras, y los benefició con su enciclopédico conocimiento de las condiciones empresariales e industriales existentes en Hawái. Luego pidió que le llevasen su carruaje y, en compañía de una llorosa mamá Achun, se trasladó hasta el vapor de la Pacific Mail, dejando tras de sí un bungaló dominado por el pánico. El capitán Higginson clamaba como un loco a favor de un requerimiento judicial. Las hijas no paraban de llorar. Uno de los esposos, exjuez federal, cuestionó la cordura de Ah Chun y corrió a consultarlo con las autoridades adecuadas. Regresó para informarles a todos de que Ah Chun se había presentado el día anterior ante la comisión para exigir que lo sometieran a un reconocimiento: lo había pasado con la mejor de las notas. No podían hacer nada, así que se acercaron al puerto para despedir al ancianito, que los saludó con la mano desde la cubierta de paseo mientras el enorme vapor ponía rumbo a mar abierto y cruzaba el arrecife de coral.

Pero el ancianito no se dirigía a Cantón. Conocía demasiado bien su país y la presión que ejercían los mandarines como para aventurarse en él con la considerable fortuna que aún conservaba. Se fue a Macao. Ah Chun llevaba mucho tiempo ejerciendo la potestad de un rey y era igual de autoritario. Cuando bajó a tierra en Macao y entró en el vestíbulo del mayor hotel europeo con la intención de registrarse, el recepcionista le cerró el libro en las narices. Allí no estaba permitida la presencia de chinos. Ah Chun quiso ver al director y fue tratado con desprecio. Se marchó, pero al cabo de dos horas había regresado. Convocó al recepcionista y al director, les entregó el salario de un mes y los despidió. Se había convertido en propietario del hotel, en cuya mejor suite se instaló durante los muchos meses que tardaron en construirle un magnífico palacio en las afueras. Mientras tanto, gracias a su inevitable habilidad, hizo que los beneficios del hotel pasaran de un tres a un treinta por ciento.

Enseguida comenzaron los problemas de los que Ah Chun había huido. Algunos yernos invirtieron mal y otros despilfarraron las dotes. Como Ah Chun no estaba allí, centraron su atención en mamá Achun y su medio millón y, al hacerlo, engendraron malos sentimientos los unos hacia los otros. Los abogados se enriquecieron en sus esfuerzos por establecer la interpretación judicial de los contratos de fideicomiso. Demandas, contrademandas y demandas cruzadas abarrotaron los tribunales hawaianos. Tampoco se libraron las comisarías de Policía. Se produjeron encuentros violentos en los que se intercambiaron palabras muy duras y golpes aun más duros. Incluso se lanzaron macetas los unos a los otros para enfatizar lo que decían. Entonces surgieron las demandas por libelo, que también llegaron a los tribunales y mantuvieron a todo Honolulú impaciente por escuchar las revelaciones de los testigos.

En su palacio, rodeado de sus preciados placeres orientales, Ah Chun fuma su plácida pipa y escucha la agitación existente allende el mar. Con cada vapor correo, mecanografiada en una máquina norteamericana y en un inglés impecable, viaja de Macao a Honolulú una carta en la que, entre textos y preceptos admirables, Ah Chun aconseja a su familia vivir en armonía y unidad. En cuanto a él, se ha librado de todo eso y está contento. Se ha ganado vivir en paz y descansar. A veces se ríe y se frota las manos, mientras sus ojillos negros y sesgados brillan alegres, al pensar en lo gracioso que es el mundo. Porque eso es lo que le queda de tanto vivir y filosofar: la convicción de que el mundo es muy gracioso.

[1908]



Aloha Oe

JAMÁS HA HABIDO SALIDAS como las realizadas desde el muelle de Honolulú. El gran buque de transporte aguardaba echando vapor, dispuesto a zarpar. Mil personas llenaban sus cubiertas y cinco mil se apiñaban en el embarcadero. Princesas y príncipes nativos, magnates del azúcar y altos oficiales del territorio subían y bajaban por la alargada pasarela. Más allá, en hileras y obligados a mantener el orden por la policía nativa, se extendían los carruajes y automóviles de la aristocracia honoluluense. La Royal Hawaiian Band tocaba *Aloha Oe* en el embarcadero y, cuando terminó, una orquesta de cuerda formada por músicos nativos, a bordo del transporte, continuó con los mismos compases sollozantes, mientras la voz de la cantante nativa se elevaba como si fuera un pájaro por encima de los instrumentos y el griterío de la partida. Era como un caramillo de plata que hacía sonar su nota diáfana e inconfundible en el gran diapasón del adiós.

A proa, en la cubierta inferior, la barandilla estaba ocupada por unos jóvenes vestidos de caqui que formaban filas de seis en fondo y cuyos rostros morenos indicaban que habían pasado tres años de campaña bajo el sol. Pero aquella despedida no era para ellos. Tampoco para el capitán ataviado de blanco sobre el elevado puente, lejano como las estrellas, que miraba hacia abajo, al tumulto que tenía lugar a sus pies. Ni para los jóvenes oficiales situados más a popa, que regresaban de las Filipinas; ni para las mujeres de rostro blanco, en las que el clima había hecho estragos, que los acompañaban. A popa de la pasarela, en la cubierta de paseo, se alzaba una veintena de senadores de Estados Unidos con sus esposas e hijas: el grupo senatorial en viaje oficial que durante un mes había comido y bebido gratis, al que habían hartado de estadísticas y arrastrado colina volcánica arriba y valle de lava abajo para que contemplase las maravillas y los recursos de Hawái. Por ese grupo oficial había entrado el transporte en Honolulú y a ese grupo oficial era al que toda la ciudad decía adiós.

Los senadores estaban engalanados con flores y cubiertos de guirnaldas. El robusto cuello y el pecho corpulento del senador Jeremy Sambrooke soportaban la carga de una docena de collares. Entre aquella masa de flores y

hojas sobresalía su cabeza y la mayor parte de su rostro sudoroso y quemado por el sol. Las flores le parecían una abominación y mientras observaba a la multitud del embarcadero su ojo estadístico no veía la belleza, sino la mano de obra, las fábricas, las vías férreas y las plantaciones que quedaban más allá de la multitud y que esa misma multitud manifestaba. Percibía los recursos y pensaba en el desarrollo, demasiado ocupado con sus sueños de logros materiales y poder como para fijarse en su hija, que estaba a su lado y charlaba con un joven de canotier y elegante traje veraniego, cuyos ávidos ojos solo parecían verla a ella y no se apartaban de su rostro. Si el senador Jeremy se hubiese fijado en su hija, se habría dado cuenta de que, en lugar de la niña de quince años con la que había llegado a Hawái un mes antes, ahora se marchaba con una mujer.

Hawái tiene un clima que todo lo madura y Dorothy Sambrooke se había visto expuesta a él bajo unas condiciones excepcionalmente favorables a la floración. El mes anterior era una joven delgada, pálida y de ojos azules algo cansados de estudiar con detenimiento las páginas de los libros y de intentar comprender la vida. Pero ahora sus ojos desprendían afecto en lugar de cansancio, en las mejillas se apreciaba la caricia del sol y el cuerpo insinuaba y prometía una figura más redondeada y llena. Durante ese mes no había tocado los libros porque descubrió que disfrutaba mucho más leyendo el libro de la vida. Montó a caballo, ascendió volcanes y aprendió a hacer surf entre las olas. El trópico se le había metido en la sangre y la joven rebosaba calor, color y sol. Además, durante ese mes había estado en compañía de un hombre: Stephen Knight, atleta, surfista, dios bronceado del mar que se enfrentaba a las olas gigantescas, se subía sobre ellas y las surfeaba hasta la orilla.

Dorothy Sambrooke no era consciente del cambio. Su percepción seguía siendo la de una niña y la conducta de Steve al despedirse la sorprendió y preocupó. Ella lo había considerado un compañero de juegos y, durante todo el mes, no había sido más que eso, pero ahora no se despedía como tal. Hablaba alterado y de forma inconexa o guardaba silencio, todo a trompicones. A veces ni oía lo que ella le decía o, si lo oía, no lo escuchaba, porque no respondía como solía hacerlo. Se sentía desconcertada polla forma en que él la miraba. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que le brillasen tanto los ojos. Veía algo en los ojos de él que la aterraba y a lo que no podía enfrentarse, por lo que bajaba la mirada continuamente. Sin embargo, al mismo tiempo la atraía, así que volvía a mirar para captar un

destello de aquel algo anhelante, apremiante, ardiente que nunca antes había visto en unos ojos humanos. Se sentía extrañamente perpleja y emocionada.

El enorme silbato del transporte dejó escapar un pitido ensordecedor y la multitud cubierta de flores avanzó en tropel hacia el lateral del muelle. Dorothy Sambrooke se llevó las manos a los oídos y, mientras hacía una mueca de desagrado por lo molesto de aquel sonido, volvió a fijarse en el brillo ansioso y apremiante que dominaba los ojos de Steve. No la miraba a ella, sino a sus orejas, delicadamente rosadas y transparentes bajo los rayos sesgados del sol de la tarde. Curiosa y fascinada, observó ese algo tan extraño que había en los ojos de él, hasta que el joven se dio cuenta de que lo habían descubierto. Se puso colorado y empezó a hablar de forma ininteligible. Él se sentía azorado y ella percibió ese azoramiento. Los camareros se movían nerviosos entre el público y pedían a quienes debían bajar a tierra que se fueran de inmediato. Steve alargó la mano. Cuando la joven sintió el contacto de aquellos dedos que habían sujetado los suyos mil veces sobre la tabla de surf y las laderas de lava, dio un nuevo significado a la letra de la canción que sollozaba en la garganta cristalina de la mujer hawaiana:

Ka halia ko aloha kai hiki mai,
ke hone ae nei i ku u manawa,
o oe no ka'u aloha
a loko e hana nei.

Steve le había enseñado la melodía, la letra y el significado, o eso había creído ella hasta aquel momento; porque en el preciso instante del último roce de los dedos y cálido contacto de las palmas la joven adivinó, por primera vez, el verdadero significado de la canción. Casi ni lo vio irse, tampoco lo distinguió entre la multitud que abarrotaba la pasarela, porque se había internado en el laberinto de los recuerdos y revivía las cuatro semanas pasadas, volviendo a interpretar los acontecimientos a la luz de aquella revelación.

Cuando el grupo senatorial había desembarcado, Steve formaba parte del comité de actividades. Fue él quien realizó, en la playa de Waikiki, la primera exhibición de surf, para la que remó sobre su estrecha tabla hacia mar abierto hasta convertirse en un punto diminuto y luego reapareció de repente, alzándose como un dios de los mares entre el aluvión de espuma y las olas revueltas, elevándose rápida y progresivamente: hombros, pecho, caderas y piernas, mientras conservaba el equilibrio, de pie sobre la humeante cresta de una ola enorme, de una milla de largo, con los pies enterrados en la espuma

voladora, lanzándose hacia la playa a la velocidad de un expreso para poner fin a su aventura con toda la calma del mundo cerca de donde ellos se encontraban. Esa había sido la primera vez que vio a Steve. Era el más joven de los miembros del comité y solo tenía veinte años. Lo suyo no era la oratoria ni brillar por su elegancia en las recepciones. Él se había ocupado de entretenerlos en los cachones de Waikiki, en el traslado del ganado salvaje de Mauna Kea y en el corral de doma del Rancho Haleakala.

Ella no se interesó por las interminables estadísticas y los discursos eternos de los otros miembros del comité. Tampoco Steve. Con él se había marchado a escondidas de la fiesta al aire libre de Hamakua, para huir de Abe Louisson, el plantador de café, que solo sabía hablar de café, café y más café y que lo hizo durante dos horas letales. Fue entonces, mientras paseaban a caballo entre los helechos, cuando Steve le enseñó la letra de *Aloha Oe*, canción que dedicaban a los senadores visitantes en todas las aldeas, ranchos y plantaciones cuando llegaba el momento de despedirse.

Steve y ella habían pasado mucho tiempo juntos desde el principio. Él había sido su compañero de juegos. Dorothy había tomado posesión de él mientras su padre estaba ocupado en tomar posesión de las estadísticas del territorio isleño. La joven era demasiado amable para tiranizar a su compañero de juegos y sin embargo lo dominaba por completo, excepto cuando iban en canoa, a caballo o en tabla de surf, momentos en los que le tocaba a él mandar y a ella obedecer. Pero ahora, mientras escuchaba la canción por última vez, soltaban amarras y el transporte empezaba a maniobrar lentamente para alejarse del muelle, supo que Steve era más que su compañero de juegos.

Cinco mil gargantas cantaban *Aloha Oe* —«Mi amor te acompañará hasta que nos veamos otra vez»— y en ese primer instante de amor reconocido la joven fue consciente de que Steve y ella se separaban de verdad. ¿Cuándo volverían a verse? Él le había enseñado esa letra. Recordó cómo lo escuchaba cuando la cantaba una y otra vez bajo el árbol del hibisco, en Waikiki. ¿Había sido profético? Ella había alabado su forma de cantar y le dijo que lo hacía con sentimiento. Soltó una carcajada histérica ante ese recuerdo. ¡Con sentimiento! ¡Cuando el pobre había abierto su corazón por completo y permitido que se apreciase en su voz! Ahora lo sabía, pero ya era tarde. ¿Por qué no se le había declarado abiertamente? Entonces se dio cuenta de que las jóvenes de su edad no se casan. Pero enseguida pensó que en Hawái sí se casaban a su edad. Hawái la había hecho madurar; Hawái, donde la carne es

dorada y donde todas las mujeres son maduras y tienen la piel tostada por el sol.

En vano escudriñó la multitud que abarrotaba el muelle. ¿Dónde se había metido? Se sintió capaz de pagar cualquier precio por verlo de nuevo y casi deseó que una enfermedad mortal golpease al solitario capitán, en el puente, y retrasara la partida. Por primera vez en su vida miró a su padre con ojo calculador y en su rostro vio, con un miedo recién nacido, los rasgos que indicaban voluntad y determinación. Oponerse a él sería terrible. ¿Qué oportunidades de ganar tendría ella en semejante batalla? Pero ¿por qué Steve no se lo había dicho claramente? Ahora ya era tarde. ¿Por qué no se le declaró bajo el árbol del hibisco, en Waikiki?

Entonces, con el corazón encogido, se dio cuenta de que sabía la razón. ¿Qué era lo que había oído un día? Ah, sí, había sido tomando el té en casa de la señora Stanton, aquella tarde en que las damas de la «pandilla misionera» invitaron a las damas del grupo senatorial. Quien había preguntado fue la señora Hodgkins, una mujer rubia y alta. Recordó la escena a la perfección: el ancho *lanai*, las flores tropicales, los silenciosos criados asiáticos, el murmullo de las voces de tantas mujeres y la pregunta que la señora Hodgkins hizo en el grupo reunido junto al suyo. La señora Hodgkins había pasado varios años en el continente y sin duda se estaba interesando por las amistades isleñas de sus tiempos de soltera. «¿Qué ha sido de Susie Maydwell?», fue la pregunta que hizo. «Oh, ya no la frecuentamos. Se casó con Willie Kupele», respondió otra isleña. La esposa del senador Behrend se rió y quiso saber por qué el matrimonio había afectado a las amistades de Susie Maydwell. «*Hapa-haole*», fue la respuesta. «Él era mestizo y los que vivimos en las islas tenemos que pensar en nuestros hijos».

Dorothy se dirigió a su padre, dispuesta a ponerlo a prueba, y le dijo:

—Papá, si Steve va alguna vez a Estados Unidos, ¿podría ir a visitarnos?

—¿Quién? ¿Steve?

—Sí, Stephen Knight. Ya lo conoces. No hace ni cinco minutos que te has despedido de él. ¿Podría ir a visitarnos en caso de que alguna vez se encuentre en Estados Unidos?

—Por supuesto que no —respondió Jeremy Sambrooke con brusquedad —. Stephen Knight es un *hapa-haole* y ya sabes lo que eso significa.

—Ah —dijo Dorothy, casi sin voz, mientras una desesperación paralizante se adueñaba de su corazón.

Steve no era un *hapa-haole*. Ella lo sabía. Pero también sabía que un cuarto de la casta del sol tropical corría por las venas del joven y que eso

bastaba para dejarlo al margen del matrimonio. Qué mundo tan extraño. Estaba, por ejemplo, el ilustre A. S. Cleghorn, que se había casado con una princesa de tez morena y sangre de los Kamehameha, pero al que todos los hombres consideraban un honor conocer y las mujeres más exclusivas de la muy exclusiva «pandilla misionera» tomaban el té en su casa. Y estaba Steve. A nadie le había molestado que la enseñara a surfear, ni que le diese la mano para guiarla por el peligroso camino del cráter del Kilauea. Podía cenar con ella y con su padre, bailar con ella y formar parte del comité de actividades; pero como por sus venas corría el tenue dorado del sol tropical no podía casarse con ella.

No se le notaba. Nadie se enteraba si no se lo decían. Y era tan guapo. Volvió a ver su imagen y, sin darse cuenta, disfrutó recordando la elegancia de su magnífico cuerpo, sus espléndidos hombros, la fuerza con la que era capaz de subirla al caballo, guiarla sin riesgos entre las olas rompientes o llevarla a remolque, agarrada a un bastón de montañero, para ascender a la cumbre de lava de la Casa del Sol. Había algo sutil y misterioso que ella recordaba y que estaba empezando a comprender: el aura del hombre, del hombre masculino. Volvió en sí algo avergonzada por lo que había estado pensando. La sangre caliente le había teñido de rojo las mejillas, aunque enseguida recuperó la palidez al pensar que nunca más volvería a verlo. La proa del transporte ya se había internado en la comente y la cubierta de paseo se deslizaba a la altura del extremo del muelle.

—Ahí está Steve —dijo su padre—. Dile adiós con la mano, Dorothy.

Steve clavó en ella su mirada ansiosa y vio en su rostro lo que no había visto antes. Por el gesto de alegría que hizo, la joven supo que él sabía. En el aire vibraba la canción:

> Mi amor por ti.
> Mi amor te acompañará hasta que nos veamos otra vez.

No era necesario hablar para contar la historia de aquellos dos. Alrededor de Dorothy, los pasajeros arrojaban sus guirnaldas de flores a los amigos que se quedaban en el muelle. Steve alzó las manos y rogó con la mirada. Ella se quitó la guirnalda, pero se había enredado en un collar de perlas orientales que Mervin, un magnate azucarero entrado en años, le había puesto al cuello cuando los llevó en coche, a ella y a su padre, hasta el vapor.

Luchó con las perlas que se aferraban a las flores. El transporte continuaba avanzando. Steve ya estaba debajo de ella. Aquel era el momento.

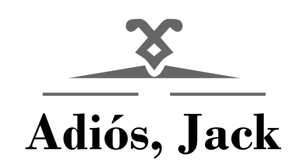
Un instante más y pasaría de largo. Dorothy sollozó y Jeremy Sambrooke la miró de un modo inquisitivo.

—¡Dorothy! —exclamó secamente.

Rompió el collar a propósito y, entre una lluvia de perlas, las flores cayeron en las manos del joven enamorado que esperaba ansioso. Lo miró hasta que las lágrimas la cegaron y enterró el rostro en el hombro de Jeremy Sambrooke, que olvidó sus preciadas estadísticas asombrado porque las niñas pequeñas se empeñasen en crecer. La multitud siguió cantando y la canción se fue desvaneciendo en la distancia, pero continuó fundiéndose con la sensual languidez amorosa de Hawái, mientras las palabras, por su falsedad, penetraban en su corazón como el ácido.

> *Aloha oe, Aloha oe, e ke onaona no ho ika lipo*,
> Un abrazo lleno de amor, *ahoi ae au*, hasta que nos veamos otra vez.

[1908]



Adiós, Jack



Hawái es un lugar extraño. Socialmente, todo está manga por hombro, aunque eso no significa que la situación no sea la correcta. Casi lo es demasiado. Aun así, todo está un poco patas arriba. El grupo más exclusivo, con diferencia, es la «pandilla misionera». Produce una fuerte conmoción saber que, en Hawái, el misionero críptico y defensor del sacrificio ocupa la cabecera en la mesa de la aristocracia adinerada. Pero es verdad. Los humildes habitantes de Nueva Inglaterra, que salieron de allí durante la tercera década del siglo XIX, llegaron con el elevado propósito de enseñar a los *kanakas* la religión verdadera, el culto al único Dios auténtico e innegable. Tanto éxito tuvieron, también en lo relativo a civilizar al *kanaka* que, en la segunda o tercera generación, quedó prácticamente extinguido. Ese fue el fruto de la semilla del Evangelio; el fruto de la semilla de los misioneros (hijos y nietos) fue la posesión de las islas: de la tierra, los puertos, las ciudades y las plantaciones de azúcar. El misionero que había llegado para darles el pan de la vida se quedó allí a fin de engullir todo el festín pagano.

Pero no es esa la rareza hawaiana a la que me refería al principio. Aunque resulta imposible hablar de los asuntos hawaianos sin mencionar a los misioneros. El hombre al que quería hacer alusión es Jack Kersdale, de familia misionera. Aunque solo por parte de su abuela. Su abuelo fue el bueno de Benjamin Kersdale, el comerciante yanqui, que se hizo millonario en los viejos tiempos vendiendo whisky barato y ginebra de la mala. Hay otra cosa que resulta extraña. Los misioneros y los comerciantes de antes eran enemigos a muerte porque sus intereses entraban en conflicto. Pero sus hijos lo solucionaron casándose entre ellos y repartiéndose las islas.

La vida en Hawái es una canción. Así la describió Stoddard en su *Hawaii Noi*:

> Tu vida es música, ¡el destino prolonga las notas!
> Cada isla es una estrofa y el conjunto, una canción.

Estaba en lo cierto. Allí la carne es dorada. Las nativas son Junos acariciadas por el sol, y los nativos, Apolos bronceados. Cantan y bailan cubiertos de flores y coronados con ellas. Exceptuando la rígida «pandilla misionera», el hombre blanco se rinde al clima y al sol y, por muy ocupado que esté, es propenso a bailar, cantar y llevar flores en el pelo y detrás de la oreja. Jack Kersdale era de esos. Se trataba de uno de los hombres más ocupados que he conocido. Era multimillonario: tenía plantaciones de azúcar y de café, fue pionero en explotar el caucho, poseía ganado y fomentaba tres de cada cuatro iniciativas que se llevaban a cabo en las islas. Se movía en sociedad, era miembro de varios clubes, navegaba en su yate, estaba soltero y además resultaba lo bastante atractivo como para que las mamás con hijas casaderas lo adorasen. Por si esto fuera poco, había completado su formación en Yale y tenía la cabeza más abarrotada de datos demográficos e información académica sobre Hawái que cualquier otro isleño de los que he conocido. Realizaba una inmensa cantidad de trabajo y cantaba, bailaba y se adornaba el cabello con flores tanto como cualquiera de los ociosos.

Tenía agallas y había librado dos duelos —ambos políticos— cuando solo era un joven novato que intentaba correr sus primeras aventuras en política. En realidad, jugó un papel valiente y digno de encomio en la última revolución, cuando fue derrocada la dinastía nativa, a pesar de no contar por entonces más de dieciséis años. Señalo que no era un cobarde para que puedan apreciar mejor lo que ocurrió más adelante. En el corral de doma del rancho Haleakala lo he visto conquistar una bestia de cuatro años que durante dos había desafiado a los mejores vaqueros de Von Tempsky. Y debo contar otra cosa. Sucedió en Kona, en las alturas, porque la gente de Kona desprecia vivir a menos de trescientos metros de altura. Nos encontrábamos en el *lanai* del bungaló del doctor Goodhue. Yo charlaba con Dottie Fairchild cuando ocurrió. Una escolopendra enorme —medía dieciocho centímetros, porque la medimos después— cayó desde las vigas directamente a su peinado. Confieso que lo repugnante de la situación me paralizó. No podía moverme. Mi mente se negaba a funcionar. Allí, a medio metro de mí, aquel horrible bicho venenoso se retorcía entre su pelo. Amenazaba con caer en cualquier momento sobre sus hombros desnudos, ya que acabábamos de salir de cenar.

—¿Qué es? —preguntó la joven mientras empezaba a alzar la mano para llevársela a la cabeza.

—¡No! —grité—. ¡No!

—Pero ¿qué es? —insistió, cada vez más asustada debido al miedo que apreciaba en mis ojos y en el temblor de mis labios.

Mi exclamación llamó la atención de Kersdale. Miró hacia nosotros con aire despreocupado, pero de inmediato comprendió la situación. Se acercó adonde estábamos, aunque sin prisa.

—Por favor, no te muevas, Dottie —dijo con calma.

Ni dudó ni se precipitó, para no hacer una chapuza.

—Permíteme —dijo.

Con una mano, cogió el pañuelo de ella y le envolvió los hombros con él para que la escolopendra no pudiese colarse en el interior del cuerpo del vestido. Con la otra mano, la derecha, rebuscó entre el cabello, cogió aquella repulsiva abominación tan cerca como pudo de la nuca y la sujetó con fuerza entre el pulgar y el índice mientras la sacaba de allí. Fue una visión tan heroica como repulsiva. Se me puso la carne de gallina. La escolopendra, dieciocho centímetros de patas retorciéndose, se contraía, convulsionaba y se golpeaba contra su mano, el cuerpo enroscado alrededor de los dedos y las patas clavándose en la piel y arañándola debido a los esfuerzos que el bicho hacía por liberarse. Le mordió dos veces —yo lo vi—, aunque aseguró a las damas que no estaba herido mientras la dejaba caer en el paseo y la aplastaba entre la gravilla. Pero cinco minutos después lo vi en la consulta con el doctor Goodhue, que le escarificaba las heridas y le inyectaba permanganato de potasio. A la mañana siguiente, el brazo de Kersdale parecía un barril y la hinchazón tardó tres semanas en desaparecer.

Todo lo cual no tiene nada que ver con mi relato, pero no podía dejar de contarlo para demostrar que Jack Kersdale era cualquier cosa menos un cobarde. Aquella fue la muestra de valor más clara que he visto jamás. Ni se inmutó. No dejó de sonreír. Y hundió el pulgar y el índice entre el cabello de Dottie Fairchild tan alegremente como si hubiese sido una caja de almendras saladas. Sin embargo, aquel era el hombre al que yo estaba destinado a ver dominado por un miedo mil veces más terrible que el que yo sentí al ver la abominación que se retorcía en el pelo de Dottie Fairchild, colgando sobre sus ojos y el escote de su corpiño.

Me interesaba el asunto de la lepra y ese era un tema, como los demás relacionados con las islas, sobre el que Kersdale poseía conocimientos enciclopédicos. De hecho, también era una de sus aficiones. Defendía fervientemente el asentamiento de Molokai, donde se aislaba a todos los leprosos de las islas. Entre los nativos se hablaba mucho y existía mucho resquemor, avivado por los demagogos, en relación a las crueldades de Molokai, donde hombres y mujeres no solo se alejaban de sus amigos y familiares, sino que se veían obligados a vivir allí encerrados hasta que les

llegase la muerte. «Abandonad toda esperanza» estaba escrito sobre el pórtico de entrada a Molokai.

—Te aseguro que allí son felices —insistía Kersdale—. Y viven infinitamente mejor que sus amigos y parientes que están fuera y con los que no tienen relación. Los horrores de Molokai no son más que tonterías. Puedo llevarte a cualquier hospital o suburbio de cualquier gran ciudad del mundo y mostrarte horrores mil veces peores que esos. ¡Muertos vivientes! ¡Criaturas que fueron personas! ¡Pamplinas! Deberías ver a esos muertos vivientes celebrar carreras de caballos el cuatro de julio. Algunos tienen barcas. Uno posee una lancha de gasolina. No tienen nada que hacer, excepto disfrutar. Comida, techo, ropa, cuidados médicos; disponen de todo. Están bajo la tutela del Territorio. Cuentan con un clima más benigno que el de Honolulú y el paisaje es magnífico. No me importaría ir a pasar allí el resto de mis días. Es un lugar precioso.

Así hablaba Kersdale sobre la felicidad de los leprosos. No temía a la lepra. Era lo que él mismo decía, junto con que no existía ni una posibilidad entre un millón de que él u otro hombre blanco se contagiasen, aunque luego confesaba que uno de sus compañeros de colegio, Alfred Starter, la había contraído, por lo que acabó en Molokai hasta el día de su muerte.

—Es que antes no había una prueba segura para la lepra —explicaba—. Cualquier cosa extraña o fuera de lo normal bastaba para enviar a alguien a Molokai y, como resultado de ello, acabaron allí muchos que eran tan leprosos como tú o yo. Pero ahora ya no se cometen esos errores. Las pruebas del Departamento de Salud son infalibles. Lo curioso es que cuando dieron con la prueba, de inmediato se desplazaron a Molokai para aplicarla y encontraron a unos cuantos que no eran leprosos. Los deportaron de inmediato. ¿Crees que se alegraron de irse? Protestaron más por abandonar el asentamiento que cuando salieron de Honolulú para irse a él. Algunos se negaron a partir y tuvieron que obligarlos. Uno incluso se casó con una leprosa en las últimas etapas de la enfermedad y luego escribió cartas conmovedoras al Departamento de Salud, en las que protestaba por su expulsión e insistía en que nadie estaba tan capacitado como él para cuidar de su pobre esposa.

—¿Qué prueba infalible es esa? —pregunté.

—Una prueba bacteriológica. Nadie se escapa. El doctor Hervey, que como ya sabes es nuestro experto, fue el primero en aplicarla aquí. Es un genio. Sabe más sobre la lepra que cualquier otro hombre y, si alguna vez se encuentra una cura, será él quien lo haga. En cuanto a la prueba, es muy

sencilla. Han logrado aislar el *bacillus leprae* y lo han estudiado. En cuanto lo ven, ya saben lo que ocurre. Les basta con cortar un pedacito de piel del posible enfermo y someterlo a la prueba bacteriológica. Un hombre que no muestre síntomas visibles puede estar plagado del bacilo de la lepra.

—Entonces tú o yo también podríamos estar plagados —sugerí.

Kersdale se encogió de hombros y se rió.

—¿Quién sabe? Tarda siete años en incubarse. Si tienes alguna duda, ve a ver al doctor Hervey. Te quitará un trocito de piel y te lo dirá en un abrir y cerrar de ojos.

Más adelante me presentó al doctor Hervey, quien me entregó toda clase de informes y panfletos sobre el tema redactados por el Departamento de Salud, y me llevó a Kalihi, la estación de recepción de Honolulú, donde se examinaba a los sospechosos y los leprosos confirmados quedaban retenidos para ser deportados a Molokai. Las deportaciones tenían lugar una vez al mes y, tras despedirse por última vez, los leprosos subían a bordo del *Noeau*, el pequeño vapor que los trasladaba al asentamiento.

Una tarde que me encontraba escribiendo cartas en el club, Jack Kersdale se me acercó.

—Justo el hombre al que quería ver —me saludó—. Te mostraré la parte más triste de la situación: a los leprosos llorando mientras parten hacia Molokai. Subirán a bordo del *Noeau* dentro de unos minutos. Pero debo advertirte que no te angusties. Aunque su pena es real, llorarían mucho más dentro de un año si el Departamento de Salud intentase alejarlos de Molokai. Nos da tiempo a tomar un whisky con soda. Tengo un carruaje afuera y no tardaremos ni cinco minutos en llegar al embarcadero.

Y hacia el embarcadero partimos. Unos cuarenta desdichados, entre sus esterillas, mantas y equipajes de toda clase, se apiñaban sobre el extremo del muelle. El *Noeau* acababa de entrar y se dirigía hacia una barcaza atracada entre él y el embarcadero. Un tal señor McVeigh, el director del asentamiento, supervisaba el embarque. Me lo presentaron, al igual que al doctor Georges, uno de los médicos del Departamento de Salud, con el que ya había coincidido en Kalihi. Los leprosos formaban un grupo desconsolado. Los rostros de la mayoría eran un horror, demasiado espantosos para describirlos. Pero, aquí y allá, se veían personas con buen aspecto, sin signos aparentes de la enfermedad. Una era una niña blanca que no tendría más de doce años, rubia y de ojos azules. Sin embargo, una de sus mejillas presentaba la inflamación propia de la lepra. Cuando comenté la tristeza de su soledad entre los enfermos de piel morena, el doctor Georges contestó:

—Pues no sé qué decirle. Para ella es un día feliz. Procede de Kauai. Su padre es un animal. Y ahora que ha desarrollado la enfermedad, la niña se reunirá con su madre en el asentamiento. A su madre la enviaron allí hace tres años, bastante mal.

—Nunca se sabe por las apariencias —explicó el doctor McVeigh—. Ese hombre de allí, el grande, que tiene un aspecto estupendo, como si no le ocurriera nada, resulta que tiene una úlcera perforadora en el pie y otra en el omóplato. Y hay más. Mire, ¿ve la mano de esa joven, la que está fumando el cigarrillo? ¿Ve cómo tiene los dedos torcidos? Es la modalidad anestésica. Ataca a los nervios. Podríamos córtale los dedos con un cuchillo romo o destrozárselos con un rayador de nuez moscada que ella no experimentaría ni la más mínima sensación.

—Sí, pero ¿y esa mujer tan guapa de ahí? —insistí—. Es imposible, imposible. A ella no puede pasarle nada. Es demasiado hermosa y tiene demasiado buen aspecto.

—Una tristeza —respondió el señor McVeigh cuando ya se daba la vuelta para alejarse con Kersdale por el embarcadero.

Se trataba de una mujer muy atractiva, polinesia de pura cepa. Según mi exiguo conocimiento de esa raza y sus tipos, llegué a la conclusión de que descendía de algún antiguo linaje de jefes. No podía tener más de veintitrés o veinticuatro años. Sus rasgos y proporciones eran impresionantes, y la amplitud propia de las mujeres de su raza solo empezaba a entreverse en ella.

—Fue un duro golpe para todos —se animó a continuar el doctor Georges —. Además, se entregó de forma voluntaria. Nadie sospechaba nada. Pero, de alguna forma, contrajo la enfermedad. Le aseguro que estamos destrozados. Al menos hemos conseguido evitar que salga en los periódicos. Nadie, excepto su familia y nosotros, sabe qué ha sido de ella. De hecho, si pregunta a cualquier hombre de Honolulú le dirá que tiene la impresión de que está en Europa. Ella nos pidió que lo mantuviésemos en secreto. Pobrecilla, tiene mucho orgullo.

—Pero ¿quién es? —pregunté—. Por la forma en que habla de ella, tiene que ser alguien conocido.

—¿No ha oído hablar de Lucy Mokunui? —preguntó.

—¿Lucy Mokunui? —repetí, con una leve sensación de reconocimiento. Negué con la cabeza—. Me parece que he oído antes ese nombre, pero lo he olvidado.

—¡Nunca ha oído hablar de Lucy Mokunui! ¡El ruiseñor hawaiano! Disculpe, claro, es usted un *malahini*, un recién llegado, y no tiene por qué

conocerla. Lucy Mokunui era la persona más querida en todo Honolulú, mejor dicho, en todo Hawái.

—Ha dicho era —interrumpí.

—A propósito. Está acabada. —Se encogió de hombros con compasión—. Una docena de *haoles*, disculpe, de hombres blancos, han perdido el corazón por ella en uno u otro momento. Y no cuento a la gente corriente. La docena de la que hablo estaba formada por *haoles* importantes y muy bien situados. Pudo haberse casado con el hijo del magistrado jefe, si hubiese querido. Le parece hermosa, ¿verdad? Pues debería oír cómo canta. Es la mejor cantante nativa de todo Hawái. Su garganta produce una voz argentina, una mezcla de plata derretida por el sol. Nos encantaba. Primero hizo una gira por Estados Unidos con la Royal Hawaiian Band. Después realizó dos viajes más, pero sola, para dar conciertos.

—¡Ah! —exclamé—. Ya lo recuerdo. La escuché hace dos años con la Sinfónica de Boston. Así que es ella. Ahora la reconozco.

Una intensa tristeza me oprimía. La vida, en el mejor de los casos, era algo inútil. En menos de dos años aquella criatura magnífica, en lo más alto de su éxito excepcional, formaba parte del grupo de leprosos que esperaba ser deportado a Molokai. Recordé los versos de Henley que decían:

> El pobre vagabundo explica sus pobres úlceras;
> creo que la vida es un error y una vergüenza.

Me dio miedo mi propio futuro. Si aquel horrible destino le había tocado en suerte a Lucy Mokunui, ¿qué podría pasarme a mí? O a cualquiera. Era consciente de que en plena vida estamos en medio de la muerte, pero encontrarse entre los muertos vivientes, morir y no estar muerto, ser una de esas criaturas que antes fueron personas, hombres y mujeres, como Lucy Mokunui, paradigma de la belleza polinesia y, además, artista y muy querida por todos… Temo que dejé traslucir mi inquietud, porque el doctor Georges se apresuró a asegurarme que en el asentamiento eran muy felices.

Todo me parecía inconcebiblemente monstruoso. No soportaba mirarla. A una corta distancia, tras un cordón guardado por un policía, se encontraban los parientes y amigos de los leprosos. No se les permitía acercarse más. No hubo un postrero abrazo ni besos de despedida. Se llamaban y se decían cosas los unos a los otros: últimos recados, últimas palabras de amor, últimas instrucciones repetidas. Los que estaban tras el cordón miraban con una intensidad enorme. Era la última vez que verían los rostros de sus seres

queridos, porque eran muertos vivientes, a los que el vapor funerario llevaba al cementerio de Molokai.

El doctor George dio la orden y aquellos desgraciados se pusieron de pie y, tambaleándose bajo la carga de sus equipajes, cruzaron la barcaza y subieron a bordo del vapor. Era el cortejo fúnebre. Enseguida se oyeron los llantos de quienes quedaban tras el cordón. Resultaba espeluznante, desgarrador. Nunca había oído un lamento como aquel y espero no volver a oírlo. Kersdale y McVeigh continuaban en el otro extremo del embarcadero, hablando muy serios, seguramente de política, porque los dos estaban muy involucrados en el asunto. Cuando Lucy Mokunui pasó a mi lado conseguí mirarla. Era hermosa de verdad. Lo era también según nuestros patrones. Se trataba de una de esas pocas flores que nacen una sola vez en varias generaciones. Y ella, entre todas las mujeres, había sido condenada a vivir en Molokai. Caminó como una reina al cruzar la barcaza, subir a bordo y dirigirse a popa, donde los leprosos se apiñaban junto a la barandilla, gimiendo y hablando entre lágrimas con sus seres queridos.

Soltaron amarras y el *Noeau* empezó a separarse del embarcadero. Los llantos aumentaron. ¡Cuánto dolor y desesperación! Acababa de decidir que nunca más sería testigo de la partida del *Noeau* cuando McVeigh y Kersdale regresaron. Los ojos de Kersdale brillaban y sus labios no lograban ocultar la sonrisa de placer que asomaba a ellos. Resultaba evidente que había disfrutado con su conversación sobre política. El policía había retirado el cordón y los llorosos familiares nos rodearon.

—Esa es su madre —susurró el doctor Georges mientras me indicaba a una mujer mayor que estaba a mi lado y que se movía hacia delante y hacia atrás y observaba la barandilla del vapor con unos ojos cegados por las lágrimas. Me fijé en que Lucy Mokunui también gemía. Se detuvo de repente y miró a Kersdale. Entonces estiró los brazos hacia delante, con ese estilo tan sensual y adorable con el que Olga Nethersole abraza a su público. Y con los brazos abiertos, gritó:

—¡Adiós, Jack! ¡Adiós!

Él oyó el grito y miró. Jamás el miedo se apoderó de un hombre de una forma tan demoledora. Retrocedió sobre el muelle, su rostro palideció hasta las raíces del cabello y pareció encogerse y consumirse dentro del traje. Se echó las manos a la cabeza y gimió: «¡Dios mío! ¡Dios mío!». Luego se controló, haciendo un enorme esfuerzo.

—¡Adiós, Lucy! ¡Adiós! —gritó.

Y allí se quedó, sobre el embarcadero, despidiéndose de ella con la mano hasta que el *Noeau* se alejó lo bastante como para que los rostros alineados sobre su barandilla resultasen borrosos e imposibles de distinguir.

—Creí que lo sabías —dijo McVeigh, que lo había estado observando con curiosidad—. Tú, más que nadie, tenías que saberlo. Creí que por eso habías venido.

—Ahora ya lo sé —respondió Kersdale, inmensamente serio—. ¿Dónde está el carruaje?

Caminó rápidamente hacia él, casi corrió. Tuve que hacer lo mismo para no quedarme atrás.

—A la consulta del doctor Hervey —le dijo al cochero—. Tan rápido como pueda.

Se hundió en el asiento, jadeando, resoplando. Su palidez era incluso mayor. Apretaba los labios y el sudor asomaba sobre el labio superior y la frente. Parecía presa de una angustia insoportable.

—¡Por el amor de Dios, Martin, haga correr a esos caballos! —exclamó de repente—. ¡Utilice el látigo!, ¿me oye? ¡Utilice el látigo!

—Reventarán, señor —protestó el cochero.

—Que revienten —respondió Kersdale—. Se los pagaré bien y lo defenderé ante la Policía. Use el látigo. Eso es. ¡Más rápido! ¡Más! Y yo sin saberlo, sin enterarme —murmuró, hundiéndose de nuevo en el asiento y limpiándose el sudor con manos temblorosas.

El coche rebotaba, se balanceaba y daba bandazos en las esquinas a una velocidad tan descontrolada que resultaba imposible mantener una conversación. Además, no había nada que decir. Pero lo oía musitar, una y otra vez: «Y yo sin saberlo, sin enterarme».

[1908]



El *Francis Spaight*

(Una historia verdadera contada de nuevo)

El *Francis Spaight* navegaba con viento a popa con una sobremesana cuando ocurrió. No se debió tanto a un descuido como a la falta de disciplina de la tripulación y al hecho de que, en el mejor de los casos, fuesen marineros mediocres. En concreto, el hombre que manejaba el timón, oriundo de Limerick, no tenía más experiencia en agua salada que la de conducir madera en el Shannon, entre los navíos de Quebec y la costa. Le daban miedo las enormes olas que surgían de las tinieblas a popa y se abalanzaban sobre él, por lo que era más propenso a intentar refugiarse de su peligroso impacto que a enfrentarse a sus golpes con el timón y controlar el barco para que continuase corriendo con viento de popa.

Eran las tres de la madrugada cuando su conducta impropia de un buen marinero precipitó la catástrofe. Al ver venir una ola mucho más grande que las demás, se agachó y soltó las cabillas del timón. El *Francis Spaight* se desvió de su rumbo, la popa se alzó sobre el mar y recibió el fuerte impacto de la ola en la aleta. Al instante, se encontró en el seno de la ola, con la barandilla de sotavento hundida hasta el punto de que el mar quedaba al nivel de las brazolas de las escotillas, mientras ola tras ola rompía sobre la barandilla de barlovento y arrastraba, entre aluviones helados, todo cuanto permanecía en cubierta.

Los hombres se descontrolaron, impotentes y desesperados, empujados a la insensatez por su desconcierto y su miedo, solo decididos a no obedecer órdenes. Algunos gemían, otros se apiñaban en silencio junto a los obenques de barlovento y los demás murmuraban oraciones o maldecían; y ni el capitán ni el primer oficial lograban que echasen una mano a las bombas de achique o largasen velas para situar el barco contra el viento. En menos de una hora, el barco escoraba casi al límite de su estabilidad, mientras los cobardes marineros de agua dulce trepaban por el costado y se agarraban a las jarcias. Cuando se inclinó, el primer oficial quedó atrapado en el camarote de popa y

se ahogó, al igual que dos marineros que habían buscado refugio en el castillo de proa.

El primer oficial era el más profesional de todos los que iban a bordo y el capitán resultó ser casi tan inútil como sus hombres. No hizo nada, excepto maldecirlos por su incompetencia, y tuvieron que ser un hombre llamado Mahoney, de Belfast, y un muchacho, O'Brien, de Limerick, quienes cortasen el palo mayor y el trinquete. Lo hicieron corriendo un grave riesgo, con los restos del barco en perpendicular, enviando por la borda el mastelero de mesana en medio del lío. El *Francis Spaight* quedó adrizada y, por suerte, llevaba una carga de madera, porque de lo contrario se habría ido a pique, ya que tenía las bodegas inundadas. El palo mayor, aún sujeto por los obenques, golpeaba el costado del buque como un mazo atronador y cada impacto hacía gemir a los hombres.

Amaneció sobre el mar violento y, bajo la luz fría y gris, del *Francis Spaight* solo se veía emerger la toldilla, el palo de mesana destrozado y una línea irregular de amuradas. Era pleno invierno en el Atlántico norte y aquellos desdichados estaban medio muertos de frío. Sin embargo, no había ni un sitio donde descansar. Cada ola atravesaba limpiamente la cubierta y se llevaba las incrustaciones de sal de sus cuerpos, dejándoles otras nuevas. El agua inundaba el camarote de la toldilla hasta media pierna, pero al menos podían protegerse del viento helado y allí se congregaron los supervivientes, de pie, agarrados al mobiliario del camarote y apoyándose los unos en los otros.

En vano luchó Mahoney por conseguir que los hombres hicieran turnos para vigilar desde lo alto del palo de mesana el posible paso de algún navío. El viento helado era demasiado para ellos y preferían resguardarse en el camarote. O'Brien, el chaval, que solo tenía quince años, se turnó con Mahoney en la fría atalaya. Fue el chico, a las tres de la tarde, quien informó de que había avistado una vela. Eso hizo salir a los hombres del camarote, que se apiñaron en la barandilla de la toldilla y los obenques de mesana a barlovento para observar el barco desconocido. Pero su rumbo no lo acercó a ellos y, cuando desapareció en el horizonte, regresaron tiritando al camarote sin que nadie se ofreciera a relevar al vigía en el tope del palo.

Al final del segundo día, Mahoney y O'Brien se rindieron y, desde ese momento, el navío avanzó empujado por la tormenta sin que nadie se ocupase de él y sin vigías. Quedaban trece supervivientes y, durante setenta y dos horas, permanecieron hundidos hasta las rodillas en el agua del camarote, medio helados, sin comida y con tres botellas de vino que compartieron entre

todos. El agua y los alimentos estaban abajo y resultaba imposible llegar a ellos debido a la inundación. Pasaba el tiempo y ellos seguían sin comer. Consiguieron pequeñas cantidades de agua dulce al sujetar una sopera bajo el soporte del palo de mesana. Pero llovía poco y no era suficiente. Cuando llovía, también empapaban los pañuelos y luego los exprimían directamente en sus bocas o en los zapatos. En cuanto amainaron el viento y el oleaje, pudieron enjugar las zonas de la cubierta a las que el mar no llegaba y así aumentar las provisiones de agua. Pero no tenían comida, ni forma de conseguirla, aunque las aves marinas los sobrevolaban continuamente.

En la calma que siguió a la tormenta, tras permanecer de pie durante noventa y seis horas, en el camarote quedaron tablones secos sobre los que pudieron tumbarse. Pero debido a las muchas horas pasadas de pie, empapados en agua salada, se les habían formado llagas en las piernas. Eran úlceras terriblemente dolorosas. El más mínimo contacto o roce suponía un verdadero suplicio y, como estaban tan débiles y eran tantos en un espacio tan pequeño, no paraban de herirse los unos a los otros. Cualquiera que se moviese recibía un torrente de insultos, maldiciones y gemidos. Tal era su sufrimiento que los fuertes oprimían a los débiles y los echaban de las tablas secas para que se las arreglaran entre el frío y la humedad. Al chico, O'Brien, lo maltrataban especialmente. Aunque había otros tres chavales, era con él con quien peor se portaban. No tenía explicación, excepto porque él poseía más valor y un ánimo más dominante que los otros chicos, por lo que defendía sus derechos y se indignaba ante las injusticias que los hombres cometían con los chavales. Cuando O'Brien se acercaba a los hombres en busca de un lugar seco en el que dormir o, simplemente, se movía por el camarote, lo echaban a patadas o sopapos. A su vez, él los maldecía por su brutalidad y su egoísmo, y entonces le llovían puñetazos, patadas y maldiciones. Todos sufrían, pero él sufría mucho más y si lo soportaba era debido a que la llama de la vida ardía en su interior con más fuerza de lo normal.

Con el paso de los días se debilitaban más y aumentaban su mal humor y su irritación, lo que a su vez intensificaba los malos tratos que recibía O'Brien y su sufrimiento. Al décimo sexto día el hambre los dominaba y formaron grupos pequeños, en los que hablaban en voz muy baja y de vez en cuando miraban hacia O'Brien. A mediodía la situación alcanzó su punto crítico. El capitán hizo de portavoz. Se reunieron todos en la toldilla.

—Hombres —empezó diciendo el capitán—, llevamos mucho tiempo sin comer. Dos semanas y dos días, aunque más parece que han sido dos años y

dos meses. No sobreviviremos mucho más. Ya contra la naturaleza humana sobrevivir sin algo en el estómago. Hay una cuestión muy grave sobre la que debemos reflexionar: si es mejor que muramos todos o solo uno de nosotros. Tenemos un pie en la tumba. Si uno muere, los demás podrían aguantar hasta que avistemos un barco. ¿Qué decís?

Michael Behane, el que llevaba el timón cuando el *Francis Spaight* corría viento en popa, declaró que estaba de acuerdo. Los demás le siguieron.

—¡Que sea uno de los chicos! —exclamó Sullivan, un hombre de Tarbert, mientras dedicaba una elocuente mirada a O'Brien.

—Opino —continuó diciendo el capitán— que sería una buena acción que uno de nosotros muriese por el resto.

—¡Una buena acción! ¡Sí! ¡Una buena acción! —interrumpieron los hombres.

—Y opino que es mejor que muera uno de los chicos. No tienen familias que mantener y no serían una pérdida tan grande para sus amigos como los que tienen esposa e hijos.

—Tiene razón. Mucha razón. Así debería ser —murmuraron los hombres entre sí.

Pero los cuatro chicos se opusieron a la injusticia de la situación.

—Para nosotros, nuestras vidas valen tanto como las vuestras —protestó O'Brien—. Y también para nuestras familias. En cuanto a lo de las esposas y los hijos, ¿quién cuida, excepto yo, de mi anciana madre, que es viuda, como sabe bien Michael Behane, que también es de Limerick? Echémoslo a suertes entre todos, hombres y chicos.

Mahoney fue el único que habló a favor de los chicos y dijo que lo justo era que todos corriesen la misma suerte. Sullivan y el capitán insistieron en que debían jugársela solo los chicos. Discutieron y, en medio del lío, Sullivan se volvió hacia a O'Brien y, gruñendo, le dijo:

—Sería una buena acción quitarte de en medio. Te lo mereces. Y nosotros queremos darte lo que te mereces.

Se abalanzó hacia O'Brien con la intención de ponerle las manos encima y matarlo de inmediato, al tiempo que varios de los otros lo seguían. El chaval retrocedió como pudo, intentando huir de ellos, mientras gritaba que aceptaría el resultado del sorteo entre los chicos.

El capitán preparó varios palillos de distintas longitudes y se los entregó a Sullivan, quien le dijo con desprecio a O'Brien:

—Estás pensando que el sorteo no será justo, O'Brien, así que serás tú quien lo haga.

O’Brien aceptó. Le cubrieron los ojos con un pañuelo que anudaron por detrás y así, ciego, se arrodilló sobre la cubierta, de espaldas a Sullivan.

—Morirá aquel al que nombres cuando salga el palo más corto —dijo el capitán.

Sullivan sacó uno de los palillos. El resto quedó oculto en su mano para que nadie pudiese ver si se trataba del más corto o no.

—¿Para quién será este palito? —preguntó Sullivan.

—Para el pequeño Johnny Sheehan —respondió O’Brien.

Sullivan apartó el palo. Quienes lo vieron no fueron capaces de adivinar si se trataba del palillo fatídico. Sullivan sacó otro.

—¿Este, para quién?

—Para George Burns. —Fue la respuesta.

Lo depositó junto al primero y sacó otro.

—¿Y este?

—Para mí —dijo O’Brien.

Con un rápido movimiento, Sullivan juntó los cuatro palillos. Nadie había visto nada.

—Tú mismo lo has elegido para ti —anunció Sullivan.

—Una buena acción —murmuraron algunos de los hombres.

O’Brien guardó silencio. Se puso en pie, se quitó la venda y miró a su alrededor.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿El palo corto? El que saqué para mí.

El capitán señaló los cuatro palillos sobre la cubierta.

—¿Cómo sabéis cuál era el mío? —preguntó O’Brien—. ¿Lo viste tú, Johnny Sheehan?

Johnny Sheehan, que era el más joven de los chavales, no contestó.

—¿Lo viste tú? —preguntó O’Brien a Mahoney.

—No, no lo vi.

Los hombres murmuraban y gruñían.

—Ha sido justo —dijo Sullivan—. Tuviste tu oportunidad y perdiste, no hay más.

—Ha sido justo —repitió el capitán—. ¿Acaso no lo vi con mis propios ojos? El palo corto era el tuyo, O’Brien, así que prepárate. ¿Dónde está el cocinero? Gorman, ven aquí. Vosotros, traed la sopera. Gorman, cumple con tu deber como un hombre.

—Pero ¿cómo lo hago? —preguntó el cocinero. Era un hombre indeciso, de barbilla débil y mirada sin fuerza.

—¡Esto es puro asesinato! —exclamó O’Brien.

—Yo no lo quiero —anunció Mahoney—. No comeré ni un solo pedazo.

—Pues de tu parte disfrutarán hombres mejores que tú —se burló Sullivan —. Cumple con tu deber, cocinero.

—Mi deber no es matar chicos —protestó Gorman con indecisión.

—Si no le das jaque mate, te lo daremos nosotros a ti —amenazó Behane —. Alguien debe morir y tú nos vales también.

Johnny Sheehan empezó a llorar. O'Brien escuchaba, muy preocupado. Le temblaban los labios y a veces todo el cuerpo.

—Me enrolé como cocinero —anunció Gorman—. Y cocinaría si hubiese cocina. Pero no asesinaré a nadie. No está en el contrato. Soy el cocinero…

—Y serás cocinero durante un minuto más —dijo Sullivan con determinación, mientras le agarraba la cabeza y se la echaba hacia atrás, dejando indefensas la yugular y la tráquea—. ¿Y tu cuchillo, Mike? Pásamelo.

Al sentir el tacto del acero, Gorman gimoteó.

—Lo haré, si sujetáis al chico.

El lamentable estado del cocinero de alguna forma tranquilizó a O'Brien.

—No pasa nada, Gorman —afirmó—. Adelante. Ya sé que no quieres hacerlo. No se preocupe, señor —le dijo al capitán, que había dejado caer con fuerza una mano sobre su hombro—. No será necesario que me sujete. Me quedaré quieto.

—Déjate de idioteces y vete a por la sopera —ordenó Behane a Johnny Sheehan, mientras le propinaba una buena colleja.

El chaval, que era casi un niño, fue a buscar la sopera. Cruzó la cubierta arrastrando los pies y tambaleándose, tal era su debilidad por culpa del hambre. Continuaba llorando. Behane le arrebató la sopera de las manos y le dio otra colleja.

O'Brien se quitó el chaquetón y dejó al descubierto su brazo derecho. El labio inferior aún le temblaba, pero por lo demás se controlaba perfectamente. El capitán abrió su navaja y se la pasó a Gorman.

—Mahoney, cuéntale a mi madre lo que me ocurrió, si consigues volver —pidió O'Brien.

Mahoney asintió.

—Esto es asesinato, asesinato puro y duro —dijo—. La carne del chico no os servirá de nada. Hacedme caso. No os beneficiaréis de ella.

—Preparaos —ordenó el capitán—. Tú, Sullivan, sujeta la sopera. Eso es, más cerca. Que no se desperdicie nada. Es demasiado valioso.

Gorman hizo un esfuerzo. La navaja estaba roma y él muy débil. Además, la mano le temblaba tanto que estuvo a punto de que se le cayera la navaja. Los tres chicos se apiñaban en un grupo aparte, llorando y gimiendo. A excepción de Mahoney, los demás se reunieron alrededor de la víctima, alargando el cuello para ver mejor.

—Pórtate como un hombre, Gorman —advirtió el capitán.

El infeliz del cocinero se dejó dominar por un ataque de resolución y serró varias veces la muñeca de O'Brien con la hoja de la navaja, hasta cortarle las venas. Sullivan acercó la sopera aún más. Las venas cortadas estaban abiertas, pero la sangre no salió a borbotones. No había sangre. Las venas estaban vacías y secas. Nadie habló. Las figuras ceñudas y silenciosas se balanceaban con cada cabeceo del barco. Todos miraban fijamente aquella monstruosidad inconcebible: las venas secas de una criatura que estaba viva.

—Es una advertencia —gritó Mahoney—. Dejadlo en paz. Hacedme caso. Su muerte no os beneficiará.

—Prueba en el codo, en el izquierdo, que está más cerca del corazón —dijo por fin el capitán, con voz una voz áspera y tenue que no se parecía a la suya.

—Dame la navaja —exigió bruscamente O'Brien mientras se la arrebataba al cocinero de la mano—. No soporto quedarme mirando cómo me torturas.

Con gran frialdad se cortó la vena del codo izquierdo, pero, como el cocinero, tampoco logró que brotase la sangre.

—Esto no sirve de nada —dijo Sullivan—. Será mejor librarlo de su sufrimiento desangrándolo por el cuello.

Aquello ya fue demasiado para el chaval.

—De eso nada —gritó—. No me desangraré por la garganta. Dadme tiempo. Es por el frío y lo débil que estoy. Dejad que me tumbe y duerma un poco. Así recuperaré el calor y la sangre volverá a fluir.

—No me convence —objetó Sullivan—. Como si pudieras dormir en un momento como este. No dormirás y no entrarás en calor. Mírate. Tienes fiebre.

—Me puse enfermo una noche en Limerick —se apresuró a contestar O'Brien—, y el médico no pudo sangrarme. Pero tras dormir unas horas y recuperar el calor en la cama, la sangre brotó sin problemas. ¡Os lo juro por Dios! ¡No me asesinéis así!

—Ya tiene las venas cortadas —dijo el capitán—. No tiene sentido prolongar su sufrimiento. Hacedlo ya y terminad de una vez.

Se volvieron hacia O’Brien, pero el chico reculó.

—¡Acabaré con vosotros! —gritó—•. ¡Sácame las manos de encima, Sullivan! ¡Volveré! ¡Te perseguiré! ¡Despierto o en sueños! ¡Te perseguiré hasta el día en que te mueras!

—¡Qué vergüenza! —exclamó Behane—. Si me hubiese tocado el palito corto, habría dejado que mis compañeros me cortaran la cabeza y me habría muerto feliz.

Sullivan pegó un salto y agarró al pobre chaval por el pelo. Los demás se abalanzaron sobre él. O’Brien se defendió dando patadas, gruñendo y mordiendo las manos que lo retenían por todas partes. El pequeño Johnny Sheehan empezó a gritar como un loco, pero los hombres no le hicieron caso. Entre todos, obligaron a O’Brien a inclinarse hacia atrás sobre la cubierta, con la sopera bajo el cuello. Gorman se adelantó. Alguien le había puesto un gran cuchillo de monte en la mano.

—¡Cumple con tu deber! ¡Cumple con tu deber! —gritaron los hombres.

El cocinero se inclinó, pero miró al crío a los ojos y flaqueó.

—Si no lo haces, te mataré con mis propias manos —gritó Behane.

Un torrente de insultos y amenazas contra el cocinero surgió desde todas las direcciones. Pero el hombre era incapaz de actuar.

—Tal vez en sus venas haya más sangre que en las de O’Brien —sugirió Sullivan con elocuencia.

Behane agarró a Gorman del pelo y le echó la cabeza hacia atrás a la fuerza, mientras Sullivan intentaba apoderarse del cuchillo de monte. Pero Gorman lo sujetaba con desesperación.

—¡Soltadme y lo haré! —gritó, frenético—. ¡No me cortéis el cuello! ¡Lo haré! ¡Lo haré!

—Pues hazlo ya —lo amenazó el capitán.

Gorman permitió que lo empujaran hacia delante. Miró al chico, cerró los ojos y musitó una oración. Luego, sin abrir los ojos, hizo lo que le habían encargado. O’Brien dejó escapar un chillido que enseguida se convirtió en un sollozo borboteante. Los hombres lo sujetaron hasta que dejó de resistirse y entonces lo depositaron sobre la cubierta. Estaban ansiosos, impacientes y, entre amenazas y juramentos, insistieron para que Gorman se apresurase en preparar la comida.

—Dejadlo, condenados carniceros —dijo Mahoney con calma—. Os digo que lo dejéis. No vais a necesitar nada de eso. Os lo advierto: no os beneficiaréis de la sangre del chico. Arrójala por la borda, Behane. Arrójala por la borda.

Behane, que aún sujetaba la sopera con ambas manos, miró a barlovento. Se acercó a la barandilla y arrojó la sopera y su contenido al mar. Un buque de aparejo de corbeta corría hacia ellos y ya se encontraba a menos de una milla de distancia. Habían estado tan concentrados en aquello que acababan de hacer que nadie se había ocupado de vigilar. Todos se quedaron mirando cómo se acercaba, el brillante tajamar recubierto de cobre hendiendo el agua como un cuchillo de oro, las velas por delante del trinquete agitándose perezosas y sin aire en cada cabeceo, y el resto del imponente velamen bajando en picado e inclinándose a cada majestuosa oscilación del mar. Nadie habló.

Cuando se puso al pairo, a un cable de distancia, el capitán del *Francis Spaight* recuperó el movimiento y ordenó que arrojasen una lona impermeable sobre el cadáver de O'Brien. En uno de los costados del buque desconocido arriaron un bote que empezó a remar hacia ellos. John Gorman se rió. Al principio lo hizo despacio y en voz baja, pero a cada golpe de remo aumentaba la fuerza de su regocijo. Aquella risa desquiciada dio la bienvenida al bote de rescate cuando abarloó y el primer oficial trepó a bordo.

[1908]



El diente de ballena

FUE EN LOS PRIMEROS tiempos en Fiyi, cuando John Starhurst se puso de pie en la misión de Rewa y anunció su intención de llevar el Evangelio por toda Viti Levu. Yiti Levu significa «tierra grande» y es la isla más grande de un grupo compuesto por muchas islas grandes, por no hablar de los cientos de islas pequeñas. Salpicados por las costas, viviendo en medio de la precariedad, se asentaban algunos misioneros, comerciantes, pescadores de pepinos de mar y desertores de los balleneros. El humo de los hornos ascendía bajo sus ventanas y quienes arrastraban los cuerpos de los asesinados camino del festín pasaban por delante de sus puertas.

El *lotu* —o culto— progresaba despacio y a menudo retrocedía. Los jefes que se decían cristianos y eran bienvenidos al núcleo de la Iglesia tenían la preocupante costumbre de recaer para compartir la carne de alguno de sus enemigos preferidos. Comer o ser comido había sido la ley de aquella tierra, y comer o ser comido prometía seguir siendo la ley de aquella tierra durante mucho tiempo más. Había jefes, como Tanoa, Tuiveikoso y Tuikilakila, que literalmente se habían comido a cientos de sus semejantes. Pero entre esos glotones Ra Undreundre se llevaba la palma. Ra Undreundre vivía en Takiraki. Llevaba un registro de sus hazañas gastronómicas. En el exterior de su casa una hilera de piedras indicaba los cuerpos que se había comido. Dicha hilera medía doscientos treinta pasos de largo y las piedras que la componían sumaban un total de ochocientas setenta y dos. Cada piedra representaba un cuerpo. La hilera de piedras podría haber sido más larga si Ra Undreundre no hubiese sufrido la desgracia de recibir un lanzazo en los riñones durante una escaramuza en Somo Somo para acabar servido en la mesa de Naungavuli, cuya mediocre hilera de piedras solo sumaba cuarenta y ocho.

Los misioneros, superados por el trabajo y las fiebres, perseveraban en su tarea, aunque a veces perdían la esperanza y rogaban que surgiera alguna manifestación especial, algún estallido de fuego pentecostal que proporcionara una buena cosecha de almas. Pero la Fiyi caníbal había permanecido inflexible. Aquellos devoradores de hombres se mostraban reacios a abandonar sus costumbres mientras la cosecha de cadáveres

humanos fuese abundante. En ocasiones, cuando resultaba demasiado abundante, abusaban de la amabilidad de los misioneros comentando delante de ellos que tal día tendría lugar una matanza y una barbacoa. De inmediato, los misioneros compraban las vidas de las víctimas con cigarros, brazas de percal y cuartos de abalorios. Los jefes manejaban un comercio considerable al disponer así de sus excedentes de carne viva. Y siempre podían salir a buscar más.

En esa coyuntura, John Starhurst anunció que llevaría el Evangelio de costa a costa en la Tierra Grande y que empezaría por adentrarse en las espesuras montañosas de la cabecera del río Rewa. Sus palabras fueron recibidas con consternación.

Los profesores nativos lloraron calladamente. Sus dos colegas misioneros se esforzaron por disuadirlo. El rey de Rewa le advirtió que los habitantes de la montaña sin duda se lo *kai-kai* —*kai-kai* significa comer— y que él, el rey de Rewa, tras haber aceptado el *lotu*, se vería en la necesidad de ir a la guerra con los habitantes de la montaña. Era perfectamente consciente de que no lograría conquistarlos. También lo era de que viajarían río abajo y saquearían Rewa. Pero ¿qué podía hacer él? Si John Starhurst insistía en marcharse para que se lo comieran, estallaría una guerra que costaría cientos de vidas.

Ese mismo día una delegación de jefes Rewa presentaron sus respetos a John Starhurst. Los escuchó con paciencia y de la misma forma argumentó con ellos, aunque no cedió ni un ápice en su propósito. A sus compañeros misioneros les explicó que no buscaba el martirio, que había recibido la llamada de llevar el Evangelio por toda Viti Levu y que se limitaba a obedecer los deseos del Señor.

A los comerciantes, quienes más enérgicamente se opusieron, les dijo: «Vuestras objeciones no tienen valor. Se limitan al daño que pueden sufrir vuestros negocios. Os interesa ganar dinero, pero a mí me interesa salvar almas. Hay que salvar a los paganos de esta tierra tenebrosa».

John Starhurst no era un fanático. Él habría sido el primero en rechazar semejante acusación. Era sensato y sumamente realista. Estaba convencido de que su misión acabaría bien y tenía visiones en las que se imaginaba encendiendo la chispa pentecostal en las almas de los habitantes de la montaña e inaugurando un renacimiento que bajaría de las montañas y recorrería por entero toda la Tierra Grande, de costa a costa, hasta alcanzar las islas en medio del mar. En sus ojos afables y grises no brillaba el descontrol, sino una decisión reposada y la confianza ciega en la Autoridad Superior que lo guiaba.

Solo encontró un hombre que apoyase su proyecto, Ra Vatu, quien lo animó en secreto y le ofreció guías para que lo llevasen hasta las primeras estribaciones. A su vez, John Starhurst estaba encantado con la conducta de Ra Vatu. De ser un pagano incorregible, con un corazón tan oscuro como sus costumbres, Ra Vatu había pasado a emanar luz. Incluso hablaba de hacerse *lotu*. Cierto era que tres años antes había expresado una intención similar y habría entrado a formar parte de la Iglesia si John Starhurst no se hubiese opuesto a que sus cuatro esposas entrasen con él. Ra Vatu ponía objeciones económicas y éticas a la monogamia. Además, la rebuscada traba alegada por el misionero lo había ofendido y, para demostrar que era un hombre de honor y libre, lanzó su enorme garrote a la cabeza de Starhurst, que se libró al agacharse bajo el garrote y agarrarse al cuerpo de Ra Vatu hasta que llegó la ayuda. Pero todo eso estaba ya perdonado y olvidado. Ra Vatu iba a formar parte de la Iglesia, no solo en calidad de pagano converso, sino también de polígamo converso. Solo aguardaba, según le aseguraba a Starhurst, a que se muriera la mayor de sus esposas, que estaba muy enferma.

John Starhurst zarpó cauce arriba del lento Rewa en una de las canoas de Ra Vatu. Esa canoa iba a transportarlo durante dos días y entonces, tras alcanzar el punto final del tramo navegable, regresaría. A lo lejos, en lo alto del cielo, se veían las enormes montañas nubladas que marcaban la columna vertebral de la Tierra Grande. John Starhurst las observó durante todo el día, ansioso e impaciente.

En ocasiones rezaba en silencio. Otras veces lo acompañaba Narau, un profesor nativo que llevaba siete años siendo *lotu*, desde el día en que el doctor James Ellery Brown lo salvó del horno a cambio del insignificante precio de cien cigarros, dos mantas de algodón y una botella grande de quitapenas. En el último momento, tras veinticuatro horas de súplicas y oraciones solitarias, los oídos de Narau habían escuchado la llamada que le pedía que acompañase a John Starhurst en su misión a las montañas.

—Maestro, he de ir contigo —le anunció.

John Starhurst lo aceptó con una alegría serena. El Señor lo acompañaba, sin duda alguna, si espoleaba de esa forma a una criatura tan poco enérgica como Narau.

—Me falta espíritu, soy la más débil de las vasijas del Señor —explicó Narau el primer día en la canoa.

—Deberías tener fe, una fe más fuerte —le regañó el misionero.

Aquel día otra canoa navegó curso arriba del Rewa. Pero lo hizo una hora después y con cuidado de no ser vista. También era propiedad de Ra Vatu. En

ella iba Erirola, primo de Ra Vatu y hombre de confianza, que llevaba en la mano, sin soltarla jamás, una cesta pequeña con un diente de ballena en su interior. Se trataba de un ejemplar magnífico de quince centímetros de largo, muy bien proporcionado y cuyo marfil había amarilleado y oscurecido con los años. Ese diente también era propiedad de Ra Vatu; y en Fiyi, cuando un diente así parte, suelen ocurrir cosas. Porque se trataba del diente de ballena de la virtud: quien lo acepta no puede negarse a la petición que suele acompañarlo o seguirlo. Dicha petición puede tratarse de cualquier cosa, desde una vida humana a una alianza tribal, y no existe fiyiano tan insensible al honor como para rechazar la petición una vez ha aceptado el diente. A veces la petición espera o su cumplimiento se retrasa, con consecuencias adversas.

En el curso alto del Rewa, en la aldea de un jefe llamado Mongondro, John Starhurst descansó al final del segundo día de viaje. A la mañana siguiente, esperaba partir a pie, con la ayuda de Narau, hacia las montañas nubladas, que ahora, debido a la cercanía, eran verdes y aterciopeladas. Mongondro era un jefe ya mayor, de buen carácter, afable, corto de vista y aquejado de elefantiasis, ya nada proclive a las turbulencias de la guerra. Recibió al misionero con una hospitalidad cordial, le dio alimentos de su propia mesa e incluso trató con él sobre asuntos religiosos. Mongondro era de naturaleza curiosa y agradó a John Starhurst al pedirle que le explicara la existencia y el principio de las cosas. Cuando el misionero llegó al final de su resumen de la Creación según el Génesis, se dio cuenta de que Mongondro estaba profundamente afectado. El pequeño anciano fumó en silencio durante un buen rato. Luego se sacó la pipa de la boca y, triste, negó con la cabeza.

—No puede ser —dijo—. Yo, Mongondro, en mi juventud manejaba muy bien la azuela. Sin embargo, tardaba tres meses en hacer una canoa. Una canoa pequeña, muy pequeña. Y tú dices que toda esta tierra y el agua fueron hechas por un solo hombre…

—No, fueron hechas por un dios, el único Dios verdadero —interrumpió John Starhurst.

—Es lo mismo —continuó Mongondro—. ¡Que toda la tierra, el agua, los árboles, los peces, los campos y las montañas, el sol, la luna y las estrellas fueron hechos en seis días! No. No. Ya te he dicho que de joven fui muy hábil y aun así necesitaba tres meses para hacer una canoa. Ese cuento sirve para asustar a los niños, pero ningún hombre puede creérselo.

—Yo soy un hombre —dijo el misionero.

—Cierto, eres un hombre. Pero, en mi ignorancia, no puedo saber en qué crees.

—Yo te lo digo: creo que todo fue hecho en seis días.

—Eso dices, eso dices —murmuró el viejo caníbal en tono tranquilizador.

Después de que John Starhurst y Narau se fuesen a dormir, Erirola se introdujo en secreto en casa del jefe y, tras un diplomático discurso, le entregó el diente de ballena a Mongondro.

El anciano sujetó el diente entre las manos durante mucho tiempo. Era un diente precioso y deseaba tenerlo. También adivinó la petición que sin duda lo acompañaría. No, no, los dientes de ballena eran preciosos y se le hacía la boca agua al ver aquel, pero se lo devolvió a Erirola sin dejar de disculparse.

☘

AL ALBA, John Starhurst ya estaba en pie y pisoteaba la senda con sus enormes botas de cuero, seguido por el fiel Narau, mientras él seguía a un guía desnudo que Mongondro les había prestado para que los llevase hasta la siguiente aldea, a la que llegaron a mediodía. Allí otro guía les mostró el camino. Erirola siempre iba un kilómetro y medio por detrás, con el diente de ballena en la cesta al hombro. Durante dos días más continuó a la retaguardia del misionero, ofreciendo el diente a los jefes de las aldeas. Pero aldea tras aldea lo rechazó. Aparecía tan próximo al advenimiento del misionero que todos adivinaban la petición que se les haría y preferían no involucrarse.

Se adentraban en el corazón de las montañas y Erirola siguió una senda secreta, adelantó al misionero y llegó a la fortaleza del Buli de Gatoka. El Buli ignoraba la inminente llegada de John Starhurst. Además, el diente era precioso, un ejemplar extraordinario, con un color de lo más especial y extraño. El diente fue entregado en público. El Buli de Gatoka, sentado en su mejor esterilla, rodeado por sus jefes y con tres atareados espantadores de moscas a su espalda, se dignó recibir de manos de su heraldo el diente de ballena que le regalaba Ra Vatu y que su primo, Erirola, había llevado hasta las montañas. Sonaron los aplausos cuando aceptó el presente y todos los jefes, heraldos y espantadores de moscas presentes gritaron a coro:

—*¡A! ¡Woi! ¡Woi! ¡Woi! ¡A! Woi! ¡Woi! ¡Woi! ¡A tabua levu! ¡Woi! ¡Woi! ¡A mudua, mudua, mudua!*

—Pronto llegará un hombre, un hombre blanco —empezó a decir Erirola tras la pausa de rigor—. Es misionero y llegará hoy. Ra Vatu quiere sus botas. Desea regalárselas a su buen amigo Mongondro, y ha pensado enviárselas con los pies en su interior, porque Mongondro es mayor y no tiene bien los dientes. Asegúrate, Buli, de que los pies vayan dentro de las botas. En cuanto al resto del cuerpo, puede quedarse aquí.

El diente de ballena perdió toda su belleza a ojos del Buli, que miró a su alrededor sin tenerlas todas consigo. Sin embargo, había aceptado el diente.

—Algo tan insignificante como un misionero no tiene importancia —apuntó Erirola.

—No, algo tan insignificante como un misionero no tiene importancia —respondió el Buli, recuperada su seguridad—. Mongondro tendrá las botas. Vosotros, jóvenes, quiero que tres o cuatro salgáis al encuentro del misionero en el camino. Aseguraos de traer también las botas.

—Ya es tarde —dijo Erirola—. ¡Escucha! Ahí llega.

Atravesando el matorral, John Starhurst, con Narau pisándole los talones, entró en escena. Las famosas botas, tras empaparse al vadear el arroyo, lanzaban chorros de agua a cada paso. Starhurst miró a su alrededor con los ojos encendidos. Resistía gracias a su confianza intacta, sin que la duda o el miedo lo afectasen, por lo que todo lo que veía lo regocijó. Sabía que, desde el origen de los tiempos, él era el primer hombre blanco que pisaba la fortaleza montañosa de Gatoka.

Las cabañas con techo de paja se aferraban a la empinada ladera o colgaban sobre el torrente del Rewa. A cada lado se alzaba un impresionante precipicio. Como mucho, la luz del sol penetraba en aquella estrecha garganta durante tres horas. No se veían ni palmeras cocoteras ni bananos, aunque una densa vegetación tropical lo invadía todo, colgaba en etéreas guirnaldas de los bordes escarpados de los precipicios y se desbocaba en los salientes llenos de rendijas. En el extremo más alejado de la garganta, el Rewa daba un único salto de doscientos cincuenta metros y el aire de la fortaleza rocosa vibraba con el rítmico retumbar de la catarata.

John Starhurst vio salir al Buli y a sus seguidores de la casa.

—Traigo buenas nuevas —saludó el misionero.

—¿Quién te envía? —replicó el Buli sin inmutarse.

—Dios.

—Ese es un nombre nuevo en Viti Levu. —El Buli sonrió de oreja a oreja—. ¿De qué islas, aldeas o pasos resulta ser el jefe?

—Es el jefe de todas las islas, todas las aldeas y todos los pasos —respondió John Starhurst, muy solemne—. Es el Señor del cielo y la tierra y yo vengo a traeros su palabra.

—¿Me envía un diente de ballena? —fue la insolente pregunta.

—No, pero más valioso que un diente de ballena es…

—Entre jefes, existe la costumbre de enviarse dientes de ballena —interrumpió el Buli—. O tu jefe es un miserable o tú eres un necio por venir a las montañas con las manos vacías. Mira, ante ti tienes a uno más generoso.

Dicho lo cual, le mostró el diente de ballena que le había entregado Erirola.

Narau gimió.

—Es el diente de ballena de Ra Vatu —susurró al oído de Starhurst—. Lo conozco bien. Estamos perdidos.

—Qué detalle —respondió el misionero mientras se peinaba la larga barba con la mano y se ajustaba las gafas—. Ra Vatu se ha ocupado de que seamos bien recibidos.

Pero Narau volvió a gemir y se apartó de los talones a los que había seguido tan fielmente.

—Ra Vatu pronto se convertirá en *lotu* —explicó Starhurst—, y yo he venido a traerte el *lotu*.

—No quiero tu lotu —dijo el Buli, muy orgulloso—. Y he decidido que hoy seas apaleado.

El Buli le hizo un gesto a uno de sus montañeros gigantes, que dio un paso al frente mientras balanceaba el garrote. Narau huyó al interior de la casa más próxima para esconderse entre las mujeres y las esterillas, pero John Starhurst se coló por debajo del garrote y rodeó con los brazos el cuello de su verdugo. Desde esa posición ventajosa, empezó a argumentar. Abogaba por su vida y era consciente de ello, pero no estaba ni nervioso ni asustado.

—Matarme es un acto malvado —le dijo al hombre—. No te he hecho mal alguno, como tampoco al Buli.

Estaba tan bien agarrado al cuello del hombre que los demás no se atrevían a golpearlo con sus garrotes. Así que continuó aferrado a él, debatiendo sobre su vida con quieres pedían su muerte.

—Soy John Starhurst —continuó con calma—. Llevo tres años trabajando en Fiyi y no lo he hecho para beneficiarme. Estoy aquí, entre vosotros, para hacer el bien. ¿Por qué iba alguien a matarme? Matarme no beneficiará a nadie.

El Buli le echó una ojeada al diente de ballena. Lo que debía hacer estaba bien pagado.

El misionero se hallaba rodeado por una masa de salvajes desnudos, todos luchando por alcanzarlo. Empezó a sonar el canto de la muerte, que es el canto del horno, y las protestas de Starhurst dejaron de oírse. Pero enroscaba y retorcía su cuerpo tan astutamente alrededor del de su captor que nadie podía asestarle el golpe mortal. Erirola sonreía y el Buli estaba cada vez más enfadado.

—¡Dejadlo! —les gritó—. Esta historia llegará a oídos de los de la costa. Una docena de vosotros y un solo misionero, sin armas y débil como una mujer, pero que os vence a todos.

—Aguarda, Buli —intervino Starhurst desde el centro de la reyerta—•, y verás como también te venzo a ti. Porque mis armas son la verdad y el bien, a las que ningún hombre puede resistirse.

—Entonces, ven aquí —respondió el Buli—, pues mi única arma es un miserable garrote y, como tú dices, no puede resistirse a ti.

El grupo se separó de él y John Starhurst permaneció de pie, solo, frente al Buli, que se apoyaba en un garrote enorme y lleno de nudos.

—Ven a mí, misionero, y vénceme —lo desafió el Buli.

—Aun así, iré y te venceré —respondió John Starhurst mientras limpiaba sus gafas, se las volvía a poner correctamente y luego empezaba a acercarse.

El Buli levantó el garrote y esperó.

—En primer lugar, mi muerte no te beneficiará en absoluto —empezó a argumentar.

—Dejaré que conteste mi garrote —fue la respuesta del Buli.

A cada cuestión replicó de la misma forma, sin dejar de mirar fijamente al misionero para anticiparse a su ingeniosa forma de introducirse bajo el garrote alzado. Entonces y por primera vez John Starhurst supo que lo rondaba la muerte. No intentó colarse bajo el garrote. Con la cabeza descubierta, permaneció bajo el sol rezando en voz alta: la figura misteriosa del inevitable hombre blanco que, con la Biblia, el revólver o la botella de ron, se ha enfrentado al asombrado salvaje en todas sus fortalezas. Así permaneció John Starhurst en la fortaleza de piedra del Buli de Gatoka.

—Perdónalos porque no saben lo que hacen —rezó—. ¡Señor! Apiádate de Fiyi. Compadécete de Fiyi. ¡Oh, Jehová! Escúchanos por el bien de Tu Hijo, al que entregaste para que, a través de Él, los hombres fueran también Tus hijos. De Ti procedemos y a Ti queremos volver. Esta tierra está rodeada

de tinieblas, Señor, pero Tú puedes salvarla. Extiende Tu mano, Señor, y salva a Fiyi, a la pobre y caníbal Fiyi.

El Buli se impacientó.

—Ahora te responderé —murmuró a la vez que balanceaba el garrote con ambas manos.

Narau, oculto entre las mujeres y las esterillas, oyó el impacto del golpe y se estremeció. Entonces surgió la canción de la muerte y supo que el cuerpo de su querido misionero era arrastrado hacia el horno, mientras oía cantar las palabras:

> Arrástrame con cuidado. Arrástrame con cuidado,
> pues soy el campeón de mi tierra.
> ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

A continuación, una sola voz se alzó en medio del alboroto y preguntó:

—¿Dónde está el valiente?

Cien voces gritaron la respuesta:

—Lo arrastran al horno para ser cocinado.

—¿Dónde está el cobarde? —inquirió la voz solista.

—¡Ha ido a contarlo! —gritaron a coro las cien voces—. ¡Ha ido a contarlo! ¡Ha ido a contarlo!

Narau gimió, con el alma destrozada. La letra de la canción decía la verdad. Él era el cobarde y solo le quedaba irse para contarlo.

[1908]



El pagano



LO CONOCÍ EN MEDIO de un huracán y, aunque pasamos el huracán a bordo de la misma goleta, no me fijé en él hasta que la goleta se hizo pedazos a nuestros pies. Sin duda lo había visto junto al resto de la tripulación *kanaka*, pero no había sido plenamente consciente de su existencia porque la *Petite Jeanne* iba abarrotada. Además de ocho o diez marineros *kanakas*, el capitán, primer oficial, sobrecargo y los pasajeros de sus seis camarotes, todos blancos, había zarpado de Rangiroa con alrededor de ochenta y cinco pasajeros de cubierta, paumotuanos, tahitianos, hombres, mujeres y niños, cada uno con una caja con productos para comerciar, por no hablar de las esterillas, las mantas y los fardos de ropa.

La temporada de las perlas en el archipiélago Paipote había terminado y los pescadores regresaban a Tahití. Los seis pasajeros de los camarotes éramos compradores de perlas. Había dos norteamericanos, otro era Ah Choon (el chino más blanco que he conocido), un alemán, un judío polaco y yo, que completaba la media docena.

La temporada había sido próspera. Ninguno de nosotros teníamos motivo de queja, como tampoco los ochenta y cinco pasajeros de cubierta. Todo había ido bien y estábamos deseando descansar y pasar un buen rato en Papeete.

Por supuesto, la *Petite Jeanne* iba sobrecargada. Solo pesaba setenta toneladas y no tenía derecho a llevar semejante cantidad de gente a bordo. Bajo las escotillas iba atestada y atiborrada de madreperla y copra. Incluso la sala de cartas estaba llena de conchas hasta los topes. Parecía un milagro que los marineros pudieran manejarla. Resultaba imposible moverse por las cubiertas. Se limitaban a subir a las barandillas y desplazarse sobre ellas.

Por la noche caminaban por encima de los durmientes, que cubrían el suelo formando una capa doble, lo juro. Ah, además había cerdos y gallinas en cubierta, y sacos de ñame, y todos los lugares posibles quedaban festoneados por ristras de cocos para beber y de racimos de plátanos. En ambos costados, entre los obenques del mayor y del trinquete, habían tendido cabos dejando espacio suficiente para que el botalón del trinquete pudiese

oscilar sin problemas, y de cada uno de esos cabos colgaban al menos cincuenta racimos de plátanos.

Prometía ser un pasaje complicado, aunque lo completásemos en los dos o tres días necesarios si los alisios del sureste soplaban como debían. Pero no soplaron como debían. Tras las primeras cinco horas el viento se redujo a una simple brisa. La calma continuó durante toda esa noche y el día siguiente; era una de esas calmas cristalinas y deslumbrantes, durante las que la sola idea de abrir los ojos a fin de mirarla bastaba para provocar dolor de cabeza.

Durante el segundo día murió un hombre; un nativo de la Isla de Pascua que esa temporada había sido uno de los mejores buceadores de la laguna. Murió de viruela, aunque no sé cómo pudo subir a bordo la viruela, cuando en Rangiroa no había casos conocidos en el momento de zarpar. De todos modos, allí teníamos viruela, un muerto y otros tres más enfermos.

No había nada que hacer. Ni podíamos segregar a los enfermos ni cuidarlos. Parecíamos sardinas en lata. Solo nos quedaba pudrirnos y morir. Es decir, no hubo nada que hacer después de la noche que siguió a la primera muerte. Esa noche, el primer oficial, el sobrecargo, el judío polaco y cuatro buceadores nativos huyeron en la lancha ballenera grande. Nunca volvimos a saber de ellos. Por la mañana, el capitán se apresuró a desfondar el resto de los botes, y así estaban las cosas.

Ese día murieron dos; al siguiente, tres; y luego ya saltamos a ocho. Resultaba curioso ver cómo nos lo tomábamos. Los nativos, por ejemplo, cayeron en un estado de miedo mudo e impasible. El capitán —un francés llamado Oudouse— se volvió nervioso y voluble. De hecho, le daban contracciones nerviosas. Era un hombre grande y gordo, que pesaba más de noventa kilos, por lo que enseguida se convirtió en la personificación perfecta de un tembloroso flan de gelatina.

El alemán, los dos norteamericanos y yo compramos todo el whisky que había y nos dispusimos a permanecer bebidos. La teoría era redonda, a saber: si nos manteníamos empapados en alcohol, cualquier germen de la viruela que entrase en contacto con nosotros quedaría reducido a cenizas de inmediato. Y la teoría funcionó, aunque confieso que ni el capitán Oudouse ni Ah Choon se vieron atacados por la enfermedad. El francés no probó la bebida y Ah Choon se limitó a tomar una copa diaria.

Hacía buen tiempo. El sol, que entraba en latitud norte, quedaba justo por encima de nuestras cabezas. No soplaba el viento, excepto por las frecuentes rachas que duraban entre cinco minutos y media hora y concluían con un buen

diluvio. Tras cada una de esas ráfagas salía el espantoso sol y formaba nubes de vapor en las cubiertas empapadas.

El vapor no era agradable. Era el vapor de la muerte, que transportaba millones y millones de gérmenes. Siempre nos tomábamos una copa cuando lo veíamos ascender de entre los muertos y los moribundos, y a menudo dos o tres más, muy cargadas. También convertimos en norma tomarnos varias copas cada vez que arrojaban los muertos a los tiburones que nos rodeaban.

Así transcurrió una semana y luego el whisky se acabó. Menos mal, porque de lo contrario no seguiría vivo. Para pasar por lo que vino después había que estar muy sobrio y sin duda me darán la razón cuando mencione la nadería de que solo dos sobrevivimos. El otro era el pagano, al menos así oí que lo llamaba el capitán en el momento en que fui consciente de la existencia de aquel nativo. Pero vayamos por partes.

Tras una semana y tras acabarse el whisky, estando ya sobrios los compradores de perlas, me fijé por casualidad en el barómetro que colgaba en la escalera del puente. Su registro normal en el archipiélago Paumotu era de 29.90 y muy a menudo se lo veía vacilar entre 29.85 y 30.00, o incluso 30.05; pero verlo como yo lo vi, bajar hasta 29.62 bastaba para que recuperase la sobriedad de golpe cualquier comprador de perlas que hubiese decidido ahogar los microbios de la viruela en whisky escocés.

Se lo comenté al capitán Oudouse y me dijo que llevaba varias horas pendiente de su descenso. Había poco que hacer, pero ese poco lo hizo muy bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Quitó las velas menudas, redujo el resto hasta dejar solo la vela de lona para tormenta, extendió andariveles y esperó a que soplara el viento. Su error fue lo que hizo después de que llegase el viento. Se puso al pairo con el viento a babor, que era lo que había que hacer al sur del Ecuador, si —y ahí estaba el problema— si no te encontrabas en la trayectoria directa del huracán.

Nosotros estábamos en la trayectoria directa. Me di cuenta por el incremento constante del viento y la bajada igualmente constante del barómetro. Le pedí que virase y navegara con el viento por la aleta de babor hasta que el barómetro dejase de bajar, para luego ponerse al pairo. Discutimos hasta que se puso histérico, pero no cedió. Lo peor fue que no logré que el resto de los compradores de perlas me apoyase. Porque, ¿quién era yo para saber más del mar y su comportamiento que un capitán titulado? De sobra sabía que eso era lo que pensaban.

Por supuesto, el viento hizo que el oleaje aumentase hasta volverse aterrador y nunca olvidaré las tres primeras olas que la *Petite Jeanne* surcó.

Se había abatido, como a veces hacen los barcos cuando se ponen al pairo, y la primera ola la atravesó limpiamente. Los andariveles solo eran para los fuertes que se encontraban en buen estado y de poco sirvieron cuando las mujeres y los niños, los plátanos y los cocos, los cerdos y las cajas de mercancías, los enfermos y los moribundos fueron arrastrados, convertidos en una masa sólida que chillaba y gemía.

La segunda ola llenó las cubiertas de la *Petite Jeanne* hasta las barandillas y, mientras su popa se hundía y la proa se alzaba hacia el cielo, la desdichada estiba de vida y equipajes cayó por la borda. Era un torrente humano. Caían de cabeza, de pie, de lado, dando vueltas, retorciéndose, contorsionándose y desmoronándose. De vez en cuando alguno lograba agarrarse a un candelera o un cabo, pero el peso de los cuerpos que empujaban desde atrás los obligaba a soltarse.

Vi que un hombre iba directo y de cabeza hacia la bita de estribor. Su cabeza se rompió como la cáscara de un huevo. Me di cuenta de lo que iba a ocurrir, subí de un salto al techo del puente y, desde allí, a la vela mayor. Ah Choon y uno de los norteamericanos intentaron seguirme, pero yo iba un salto por delante de ellos. Al norteamericano lo barrió la ola y lo lanzó por la popa como si fuera un haz de paja. Ah Choon se agarró a una de las cabillas del timón, tras el que se protegió. Pero una fornida *vahine* de Rarotonga —debía de pesar algo más de cien kilos— se empotró contra él y le pasó un brazo alrededor del cuello. Él se aferró al timonel *kanaka* con la otra mano y, justo en ese momento, la goleta escoró hacia estribor.

La avalancha de cuerpos y de agua que avanzaba por la pasarela de babor, entre el puente y la barandilla, viró de repente y cayó por estribor. Allá se fueron la *vahine*, Ah Choon y el timonel. Juro que vi a Ah Choon sonreírme con filosófica resignación mientras cruzaba la barandilla y caía.

La tercera ola —la más grande de las tres— no hizo tanto daño. Para cuando llegó casi todo el mundo estaba en el aparejo. Sobre cubierta restaba, quizás, una docena de pobres desgraciados jadeantes, medio ahogados y atontados, que no paraban de rodar por el suelo e intentar arrastrarse hasta un lugar seguro. Cayeron por la borda junto con los restos de los dos botes que quedaban. Los otros compradores de perlas y yo mismo, entre una ola y la siguiente, nos las arreglamos para meter a quince mujeres y niños en el puente, cuya escotilla cerramos. De poco les sirvió a aquellas pobres criaturas al final.

¿El viento? A pesar de toda mi experiencia, nunca creí posible que soplase como lo hizo. Imposible describirlo. ¿Cómo describir una pesadilla? Lo

mismo ocurría con aquel viento. Nos arrancó la ropa que llevábamos puesta. Cuando digo que nos la arrancó del cuerpo no exagero. No pido que nadie me crea. Solo cuento lo que vi y sentí. En ocasiones tampoco yo me lo creo. Lo viví y con eso basta. Parecía imposible enfrentarse a un vendaval como aquel y sobrevivir. Era algo monstruoso y lo peor de todo fue que no paraba de aumentar, cada vez soplaba con más fuerza.

Imaginen incontables millones, miles de millones de toneladas de arena. Imaginen que esa arena pasa rasgándolo todo a ciento cincuenta, ciento sesenta, ciento noventa kilómetros por hora, o cuantos kilómetros quieran. Imaginen, además, que esa arena es invisible, intangible, y sin embargo retiene el peso y la densidad de la arena. Si lo consiguen, podrán hacerse una ligera idea de lo que fue aquel viento.

Quizá compararlo con la arena no sea lo mejor. Piensen en el barro, un barro invisible e intangible pero pesado como tal. No, aún es más que eso. Imaginen que cada molécula de aire es un banco de barro. Ahora intenten imaginar el impacto de una cantidad enorme de bancos de barro. No; me supera. El lenguaje puede resultar adecuado para expresar condiciones de vida normales, pero no logra reflejar las circunstancias de un vendaval como aquel. Habría sido mejor mantener mi intención primera de no intentar describirlo.

Una cosa sí diré: el oleaje que se había levantado al principio se vio aplastado por el viento. Aún más: parecía que el océano entero había sido absorbido por las fauces del huracán, que lo vomitaba luego a esa parte del espacio que antes había ocupado el aire.

Por supuesto, hacía mucho que nuestro velamen había desaparecido. Pero el capitán Oudouse llevaba a bordo de la *Petite Jeanne* algo que nunca antes había visto en una goleta de los mares del Sur: un ancla de capa. Se trataba de una bolsa cónica de lona, cuya boca mantenía abierta un enorme aro de hierro. El ancla de capa iba embridada de forma similar a una cometa, de manera que entraba en el agua como una cometa en el aire, pero con una diferencia. El ancla de capa permanecía justo bajo la superficie del mar en posición perpendicular. Un cabo largo la conectaba con la goleta. Por eso la *Petite Jeanne* navegaba proa al viento y al oleaje.

La situación habría sido favorable de no habernos encontrado en la trayectoria de la tormenta. Cierto, el viento desgarró el velamen de las jarcias, arrancó los masteleros y enmarañó la jarcia de labor, pero habríamos podido salir bien parados de no habernos hallado en la trayectoria del centro del temporal. Eso fue lo que nos condenó. Me encontraba aturdido, atontado, paralizado y a punto de sufrir un colapso de tanto soportar el impacto del

viento —y creo que estaba ya dispuesto a rendirme y morir— cuando cayó sobre nosotros el ojo del huracán. Nos vimos inmersos en una calma total. No había ni un solo soplo de aire. El efecto resultaba demoledor.

No olvidemos que durante horas habíamos soportado una tensión muscular inhumana debido a la impresionante presión del viento. Y entonces, de repente, la presión desapareció. Sentí que estaba a punto de expandirme, de salir volando en todas las direcciones. Era como si cada átomo de mi cuerpo repeliese al resto de los átomos y estuviese a punto de salir irresistiblemente disparado hacia el espacio. Pero esa sensación solo duró un momento. La destrucción nos amenazaba.

Al desaparecer el viento y su presión, regresaron las olas. Saltaban, brincaban y se alzaban hacia las nubes. No olviden que ese viento inconcebible soplaba hacia el centro de la calma desde todos los rumbos. Como resultado, las olas también surgían desde todos los rumbos. No había viento que las contuviese. Saltaban como corchos liberados desde el fondo de un cubo de agua. No seguían método alguno, no tenían estabilidad. Eran olas huecas, enloquecidas. Como poco, medían veinticinco metros de altura. No eran olas. No se parecían a nada que el hombre hubiese visto antes.

Eran salpicaduras, salpicaduras monstruosas, nada más. Salpicaduras de veinticinco metros de alto. ¡Veinticinco! De más de veinticinco. Pasaban por encima de las espigas de los palos. Eran surtidores, explosiones. Estaban beodas. Caían por todas partes y de cualquier manera. Se empujaban las unas a las otras, colisionaban. Se precipitaban juntas y se desplomaban unas sobre otras o se deshacían en mil cataratas a la vez. Ni en sueños el hombre vio jamás un mar como el de aquel ojo del huracán. Era la personificación del caos. Pura anarquía. Era un infierno de agua marina enloquecida.

¿La *Petite Jeanne*? No sé. El pagano me dijo después que él tampoco sabía. Quedó literalmente hecha pedazos, desgarrada, triturada, convertida en leña, aniquilada. Cuando recuperé la consciencia, me encontraba en el agua y nadaba mecánicamente, aunque estaba medio ahogado. No recuerdo cómo acabé allí. Sí recuerdo haber visto a la *Petite Jeanne* volar en mil pedazos, en el que debió ser el instante en que perdí la consciencia. Pero allí estaba, sin poder hacer otra cosa que no fuese ponerle al mal tiempo buena cara, a pesar de que no me sirviese de mucho. El viento soplaba otra vez, el oleaje tenía menos fuerza, era más regular, y supe que había sobrevivido al ojo de la tormenta. Por suerte, no había tiburones en la zona. El huracán había dispersado las legiones hambrientas que antes rodeaban el barco de la muerte y se alimentaban de los fallecidos.

La *Petite Jeanne* se hizo pedazos cerca del mediodía y creo que transcurrieron dos horas hasta que me encontré con la tapa de una de sus escotillas. Entonces llovía con fuerza y fue la casualidad lo que me llevó hasta ella. Un pequeño trozo de cabo colgaba del picaporte y supe que podría resistir al menos un día, si no regresaban los tiburones. Tres horas después, posiblemente algo más, pegado a la tapa, con los ojos cerrados para concentrarme en respirar aire suficiente a fin de sobrevivir y, al mismo tiempo, evitar tragar demasiada agua para no ahogarme, me pareció oír voces. Había dejado de llover y el viento y las olas iban amainando considerablemente. A unos cinco metros de mí, junto a otra tapa de escotilla, estaban el capitán Oudouse y el pagano. Luchaban por quedarse con la tapa. Al menos el francés.

«¡*Païen noir*!», le oí gritar y al mismo tiempo le vi darle una patada al *kanaka*.

El capitán Oudouse había perdido toda la ropa, excepto el calzado, que eran unas pesadas botas de trabajo. Fue un golpe cruel, porque alcanzó al pagano en la boca y la barbilla, dejándolo medio aturdido. Yo esperaba que se lo devolviera, pero se contentó con nadar, desesperado, a la distancia segura de tres metros. Cada vez que una ola lo acercaba más, el francés, agarrado con las manos, lo golpeaba con ambos pies. Además, en el momento de soltar la patada, llamaba pagano negro al *kanaka*.

—¡Me dan ganas de ir hasta ahí para ahogarte, bestia blanca! —le grité.

No fui porque estaba demasiado cansado. Solo pensar en el esfuerzo de nadar hasta él me provocaba náuseas. Así que le dije al *kanaka* que se acercara a mí y compartí con él la tapa de la escotilla. Me dijo que se llamaba Otoo (pronunciado õ-tõ-õ); también me dijo que era nativo de Bora Bora, la isla situada más a poniente de las Islas de la Sociedad. Después me enteré de que había sido el primero en llegar a la tapa de la escotilla y que, al cabo de un rato, al encontrarse con el capitán Oudouse, le había ofrecido compartirla con él, por lo que había sido expulsado a patadas.

Así fue como Otoo y yo entramos en contacto. No le gustaba pelear. Era todo dulzura y amabilidad, una criatura hecha para amar, aunque medía un metro ochenta y tenía la musculatura de un gladiador. No le gustaba pelear, pero no era un cobarde. Era valiente y, durante los años posteriores, lo vi correr riesgos a los que yo jamás habría soñado someterme. Lo que quiero decir es que, a pesar de que no le gustaba pelear y de que siempre evitaba provocar una riña, nunca eludía un conflicto si ya había surgido. Y cuando Otoo entraba en acción, aquello era un «sálvese quien pueda». Jamás olvidaré

lo que le hizo a Bill King. Ocurrió en la Samoa alemana. Bill King era el campeón de los pesos pesados de la Armada norteamericana. Se trataba de un hombre gigantesco, un auténtico gorila, uno de esos que pegan fuerte y saben cubrirse, muy hábil con los puños. Provocó la pelea y pateó a Otoo dos veces y le pegó un puñetazo antes de que Otoo considerara necesario luchar. Creo que no fueron ni cuatro minutos, al término de los cuales Bill King era el infeliz poseedor de cuatro costillas rotas, un antebrazo roto y un omóplato dislocado. Otoo no entendía de técnicas de boxeo. Se limitaba a usar los brazos con fuerza bruta. Bill King tardó unos tres meses en recuperarse de la pequeña dosis de fuerza bruta que recibió aquella tarde en la playa de Apia.

Pero me estoy adelantando a la historia. Compartimos la tapa de la escotilla. Nos turnábamos: uno se tumbaba sobre la tapa a descansar mientras el otro, sumergido hasta el cuello, se sujetaba a ella con las manos. Durante dos días y dos noches, a turnos sobre la tapa y en el agua, nos dejamos llevar, a la deriva. Al final, yo deliraba casi todo el tiempo; y en ocasiones también oía a Otoo farfullar y desvariar en su lengua nativa. El hecho de estar continuamente sumergidos evitó que muriésemos de sed, aunque el agua salada y el sol nos convirtieron en una buena combinación de salazón con quemaduras solares.

Al final, Otoo me salvó la vida, porque me desperté tumbado en la playa, a seis metros de la orilla, protegido del sol por un par de hojas de palmera. Solo Otoo pudo haberme arrastrado hasta allí y utilizar las hojas como pantalla. Yacía a mi lado. Me desmayé de nuevo y, cuando volví a recuperar la consciencia, hacía fresco, las estrellas brillaban en el cielo y Otoo me acercaba un coco a los labios para que bebiese.

Fuimos los únicos supervivientes de la *Petite Jeanne*. El capitán Oudouse debió sucumbir al agotamiento, porque varios días después su tapa llegó a la orilla sin él. Otoo y yo vivimos con los nativos del atolón durante una semana, hasta que un patrullero francés nos rescató y nos llevó a Tahití. Sin embargo, durante ese tiempo habíamos realizado la ceremonia del intercambio de nombres. En los mares del Sur, esa ceremonia une más a dos hombres que el hecho de ser hermanos de sangre. Yo tuve la idea y Otoo se entusiasmó cuando se lo sugerí.

—Está bien —dijo en tahitiano—. Porque hemos sido compañeros durante dos días al borde de la muerte.

—Pero la muerte se echó atrás —dije y sonreí.

—El tuyo fue un acto muy valiente, patrón —contestó—, y la muerte no tuvo la vileza de seguir adelante.

—¿Por qué me llamas patrón? —pregunté, ofendido—. Hemos intercambiado los nombres. Para ti, yo soy Otoo. Para mí, tú eres Charley. Entre nosotros, por siempre jamás, tú serás Charley y yo seré Otoo. Es la tradición. Y cuando muramos, si vivimos de nuevo en algún lugar más allá del cielo y las estrellas, tú seguirás siendo Charley para mí, y yo Otoo para ti.

—Sí, patrón —contestó con sus bondadosos ojos iluminados de alegría.

—¡Ya estamos otra vez! —grité indignado.

—¿Qué más te da lo que digan mis labios? —argumentó—. Solo son labios. Pero siempre pensaré en Otoo. Cuando piense en mí, pensaré en ti. Cuando me llamen por mi nombre, pensaré en ti. Y más allá del cielo y las estrellas, por siempre jamás, serás Otoo para mí. ¿Te parece bien, patrón?

Oculté la sonrisa y le dije que me parecía bien.

Nos separamos en Papeete. Yo permanecí en tierra para recuperarme y él regresó a su isla. Bora Bora, en un guardacostas. Seis semanas después estaba de vuelta. Me sorprendió, porque me había hablado de su mujer y dijo que iba a volver con ella y que pensaba renunciar a las travesías largas.

—¿A dónde vas a ir, patrón? —preguntó después de saludarnos.

Me encogí de hombros. Era una pregunta difícil de responder.

—A recorrer mundo —contesté—. A recorrer mundo, recorrer mar y todas las islas que están en el mar.

—Iré contigo —se limitó a decir—. Mi esposa ha muerto.

Nunca he tenido hermanos, pero, por lo que he visto de los hermanos de otros hombres, dudo que nadie haya tenido un hermano que significase tanto para él como Otoo para mí. Era mi hermano, mi padre y también mi madre. Y una cosa tengo clara: gracias a Otoo he sido mejor persona. Los demás me daban igual, pero a ojos de Otoo tenía que ser honrado. Por él, no me atreví nunca a manchar mi reputación. Me convirtió en su ideal, que creó, me temo, a partir de su propio amor y adoración. Hubo momentos en los que estuve a punto de precipitarme a los infiernos y habría caído si no me lo hubiese impedido el hecho de pensar en Otoo. Se enorgullecía tanto de mí que acabó por afectarme, hasta el punto de que una de las reglas más importantes de mi código personal fue la de no hacer nada que pudiese disminuir ese orgullo.

Naturalmente, no supe de inmediato lo que pensaba de mí. Nunca me criticaba ni me censuraba y, poco a poco, fui comprendiendo el elevado concepto que de mí tenía; también poco a poco me di cuenta del daño que podría hacerle si no me esforzaba en dar lo mejor de mí.

Estuvimos juntos diecisiete años. Durante diecisiete años lo tuve siempre a mi lado, vigilando mi sueño, cuidándome cuando caía enfermo o herido; sí,

y recibiendo heridas por luchar para defenderme. Se enrolaba en los mismos barcos que yo y juntos recorrimos el Pacífico desde Hawái a los Sydney Heads, y desde el estrecho de Torres a las Galápagos. Raptamos mano de obra indígena desde las Nuevas Hébridas y las islas de la Línea hasta el claro de Poniente, pasando por el archipiélago de las Luisiadas y las islas de Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y Nueva Hanover. Naufragamos tres veces, en las islas Gilbert, en las Santa Cruz y en las Fiyi. Y siempre que vimos la posibilidad de ganar algo, comerciamos con perlas, madreperla, copra, pepinos de mar, la concha de la tortuga carey y restos de naufragios varados en las playas.

Todo comenzó en Papeete, inmediatamente después de anunciarme que vendría conmigo a recorrer el mar, las islas y lo que hubiera en el medio. Por entonces había un club en Papeete donde se congregaban los compradores de perlas, comerciantes, capitanes y lo peor de los aventureros de los mares del Sur. Se apostaba alto y se bebía mucho, y me temo que me quedaba allí hasta unas horas muy poco apropiadas o correctas. Pero daba igual la hora que fuese cuando salía del club: allí estaba Otoo, esperando para llevarme a casa sano y salvo.

Al principio sonreía, luego lo reprendí. Después le dije claramente que no necesitaba un ama de cría. Tras eso, no volví a verlo al salir del club. Más o menos una semana después y por pura casualidad descubrí que continuaba acompañándome a casa, oculto entre las sombras de los mangos. ¿Qué podía hacer? Algo hice, sí.

Sin darme cuenta empecé a mejorar mis horarios. Las noches de tormenta, en plena locura y diversión, no dejaba de imaginarme al pobre Otoo haciendo guardia bajo los mangos que chorreaban lluvia. De verdad que me convirtió en mejor persona. Sin embargo, no era un mojigato. Y no conocía la moral cristiana. Todos los habitantes de Bora Bora eran cristianos, pero él era pagano, el único no creyente de la isla, un materialista absoluto que sostenía que al morir permanecería muerto. Solo creía en el juego limpio y el trato justo. Según su código, una maldad insignificante era casi tan grave como un homicidio gratuito; y creo que respetaba más al homicida que al tramposo.

En cuanto a mí, se oponía a que hiciera cualquier cosa que me perjudicase. Jugar no le parecía mal. Él también era un apasionado del juego. Pero quedarse hasta horas intempestivas, me explicaba, era malo para la salud. Había visto morir de fiebre a varios hombres que no se cuidaban. No era abstemio y le gustaba tomarse un trago bien fuerte cuando a bordo trabajábamos bajo la lluvia. Aunque creía que siempre era mejor beber con

moderación. Había visto morir o deshonrarse a muchos hombres por culpa del whisky o la ginebra de mala calidad.

Otoo siempre se preocupaba por mi bienestar. Planeaba mis asuntos de antemano, sopesaba mis planes y se interesaba por ellos más que yo. Al principio, cuando yo aún no era consciente de su interés por mis proyectos, no le quedaba más remedio que adivinar mis intenciones, como ocurrió, por ejemplo, en Papeete, cuando yo planeaba asociarme en un negocio de guano con un compatriota que era un bribón. Yo no sabía que lo era. Tampoco ninguno de los demás blancos de Papeete. Ni lo sabía Otoo, pero vio hasta qué punto me estaba involucrando y lo investigó, sin que yo se lo pidiera. En la playa de Tahití siempre hay marineros nativos de todos los mares y Otoo, solo porque no se fiaba del otro, se mezcló con ellos hasta que reunió suficientes datos para justificar sus sospechas. Tenía un buen historial, aquel Randolph Waters. No me lo podía creer cuando Otoo me lo contó; pero cuando le pedí cuentas a Waters, confesó enseguida y se marchó en el primer vapor que zarpó rumbo a Auckland.

Debo admitir que al principio me molestaba que Otoo metiese las narices en mis asuntos. Pero sabía que lo hacía de forma totalmente desinteresada y muy pronto tuve que agradecer su sensatez y su discreción. Estaba atento a cualquier oportunidad que pudiera surgirme y tenía buen ojo, además de visión de futuro. Con el tiempo se convirtió en mi asesor y acabó por saber más de mis asuntos que yo mismo. La verdad era que se preocupaba por mis negocios más que yo. Yo me dejaba llevar por la despreocupación propia de la juventud y prefería las peripecias al dinero, y la aventura a un cómodo alojamiento en el que pasar toda la noche. Por eso me vino muy bien tener a alguien que cuidase de mí. Sé que, si no fuese por Otoo, hoy no estaría aquí.

Pondré un ejemplo de los muchos posibles. Antes de comerciar con perlas en el archipiélago Paumotu, yo había vivido la experiencia de raptar mano de obra indígena. Otoo y yo estábamos en la playa de Samoa —de verdad estábamos en la playa y encallados en firme, sin tener muchas salidas—, cuando me surgió la oportunidad de enrolarme como reclutador en un bergantín para conseguir mano de obra indígena de forma engañosa. Otoo se enroló en el rancho de proa y durante los seis años siguientes, en la misma cantidad de bergantines, recorrimos las zonas más agrestes de la Melanesia. Otoo se las arregló para ir siempre en mi bote y ocuparse de los remos más próximos a la popa. Cuando reclutábamos, teníamos por costumbre dejar al reclutador en la playa. El bote de protección siempre permanecía con los remos alzados a varias decenas de metros de la orilla, mientras el del

reclutador, también con los remos alzados, se mantenía a flote pegado a la playa. Cuando yo bajaba a tierra con mi caja de mercancías, dejando el timón de espadilla a pique, Otoo abandonaba el remo y accedía al banco de popa, donde había un Winchester listo para ser usado, oculto bajo un pedazo de lona. La tripulación del bote también iba armada, con sus fusiles Snider escondidos bajo las lonas que ocupaban todo el largo de las regalas. Mientras yo me dedicaba a discutir con los caníbales de pelo rizado a fin de convencerlos para que me acompañasen a trabajar en las plantaciones de Queensland, Otoo vigilaba. En muchas ocasiones su voz grave me advirtió de actos sospechosos que anunciaban traición inminente. A veces era el rápido disparo de su rifle, que despachaba a algún negro, la primera advertencia que yo recibía. En mi carrera hacia el bote, su mano siempre estaba preparada para subirme a bordo en volandas. Recuerdo que en una ocasión, enrolados en la *Santa Anna*, el bote tocó tierra justo en el momento en que empezaron los problemas. El bote de protección corría para ayudarnos, pero el grupo de salvajes —varias decenas— nos habría borrado del mapa antes de que llegase. Otoo saltó a tierra de inmediato, hundió ambas manos en la caja de las mercancías y lanzó al aire, en todas las direcciones, tabaco, abalorios, hachas, cuchillos y percales.

Eso fue demasiado para los indígenas. Mientras se peleaban por los tesoros, empujamos el bote al agua, saltamos a bordo y nos alejamos unos diez metros de la costa. En las cuatro horas siguientes, me llevé treinta nuevos trabajadores de esa misma playa.

El ejemplo concreto que quería contar ocurrió en Malaita, la isla más primitiva de las Salomón orientales. Los nativos habían dado muestras de cordialidad. ¿Cómo íbamos a saber que toda la aldea llevaba dos años haciendo una colecta para comprar la cabeza de un hombre blanco? Todos esos condenados son cazadores de cabezas y en especial valoran las de los blancos. Quien consiguiese la cabeza se quedaría con el total de la colecta. Como digo, se mostraron muy cordiales; y aquel día me adentré cien metros en la playa, alejándome del bote. Otoo me había advertido que no lo hiciera y acabé arrepintiéndome, como solía ocurrir cuando no le prestaba atención.

Cuando quise darme cuenta, una nube de lanzas abandonó el manglar en mi dirección. Al menos una docena de ellas me alcanzaron. Eché a correr, pero tropecé con una que se me había clavado en la pantorrilla y caí al suelo. Los nativos se lanzaron a por mí, cada uno con un hacha de mango largo con la que decapitarme. Estaban tan ansiosos por lograr el premio que tropezaban

entre sí. En medio de la confusión, evité varios hachazos moviéndome a derecha e izquierda sobre la arena.

Entonces llegó Otoo; Otoo el de la fuerza bruta. De alguna forma se había hecho con un pesado garrote, que en los espacios cortos resultaba un arma mucho más útil que el rifle. Se situó en medio de todos ellos, de manera que no podían atacarlo con las lanzas y las hachas les resultaron prácticamente inútiles. Luchó por mí como un auténtico guerrero vikingo. Impresionaba su forma de manejar el garrote. Les abría las cabezas como si fuesen naranjas maduras. Hasta que no los hizo retroceder, para levantarme en brazos y echar a correr, no recibió las primeras heridas. Llegó al bote con cuatro lanzazos, cogió su Winchester y derribó a un hombre por cada disparo. Luego volvimos a la goleta y nos ocupamos de nuestras heridas.

Pasamos diecisiete años juntos. Él me convirtió en lo que soy. De no ser por él, hoy sería sobrecargo, reclutador o solo un recuerdo.

—Te gastas el dinero y luego sales a ganar más —me dijo un día—. Ahora es fácil conseguir dinero. Pero cuando envejezcas, te habrás gastado todo y ya no podrás salir a ganar más. Lo sé bien, patrón. Me he fijado en las costumbres de los blancos. En las playas hay muchos ancianos que fueron jóvenes y que ganaban dinero como tú. Ahora son viejos, no tienen nada y esperan a que los jóvenes como tú lleguen a tierra para pedirles que los inviten a beber.

»El negro es esclavo en las plantaciones. Recibe veinte dólares al año. Trabaja mucho. El capataz no trabaja mucho. Monta a caballo y vigila que el negro trabaje. Le pagan mil doscientos dólares al año. Yo soy marinero de goleta. Recibo quince dólares al mes. Porque soy un buen marinero y trabajo mucho. El capitán se protege bajo un doble toldo y bebe cerveza en botellas de cuello largo. Nunca lo he visto tirar de un cabo o remar. Cobra ciento cincuenta dólares al mes. Yo soy marinero. Él sabe navegar. Patrón, creo que sería muy bueno para ti que aprendieras a navegar.

Otoo me espoleó para que aprendiera. Navegó conmigo como segundo oficial de cubierta en mi primera goleta y se mostró más orgulloso de que yo estuviese al mando que yo mismo. Más adelante me dijo:

—El capitán está bien pagado, patrón, pero siempre es responsable del barco y nunca se libra de esa carga. El propietario es quien más gana. El propietario, que se queda en tierra, rodeado de criados mientras duplica sus ganancias.

—Cierto, pero una goleta cuesta cinco mil dólares; una goleta vieja, además —objeté—. Seré un anciano antes de que logre ahorrar cinco mil

dólares.

—Para los blancos hay formas más rápidas de hacer dinero —me respondió mientras señalaba hacia la playa bordeada de cocoteros.

Entonces nos encontrábamos en las Salomón, recogiendo una carga de marfil vegetal a lo largo de la costa oriental de Guadalcanal.

—Entre esta desembocadura y la siguiente hay tres kilómetros —dijo—. Las tierras llanas se adentran hacia el interior. Ahora no valen nada. El año que viene, ¿quién sabe? O dentro de dos años, se pagará mucho por esas tierras. Se fondea bien. Los grandes vapores pueden acercarse mucho a la costa. Puedes comprar esas tierras, seis kilómetros hacia el interior. Bastaría con pagarle al anciano jefe diez mil tabacos, diez botellas de ginebra y un Snider, que te costarán cien dólares, como mucho. Luego registras la escritura de propiedad en la notaría y el año que viene, o al siguiente, vendes y te conviertes en propietario de un barco.

Le hice caso y tuvo razón, aunque fue después de tres años, en lugar de dos. Luego vino el negocio de las praderas de Guadalcanal: veinte mil acres de concesión gubernamental por novecientos noventa y nueve años a cambio de una suma simbólica. Llevaba exactamente noventa días como propietario de la concesión cuando se la vendí por una fortuna a una compañía. Siempre era Otoo quien pensaba en el futuro y veía las oportunidades. Él fue el responsable de la operación de la *Doncaster*, que adquirí en subasta por cien libras y con la que gané tres mil, después de descontar todos los gastos. También fue él quien me empujó a invertir en la plantación de Savaii y en el negocio del cacao en Upolu.

Ya no navegábamos tanto como en los viejos tiempos. Me iban demasiado bien las cosas. Me casé y mi nivel de vida aumentó, pero Otoo siguió siendo el de siempre. Se paseaba por casa o recorría las oficinas con la pipa de madera en la boca, una camiseta barata y un *lava-lava* viejo a la cintura. No conseguía que gastara dinero alguno. La única forma de recompensarlo era queriéndolo y Dios sabe que todos lo quisimos de verdad. Mis hijos lo adoraban y, si hubiese sido posible convertirlo en un ser caprichoso y mimado, mi esposa habría sido la culpable.

¡Mis hijos! Fue él quien les enseñó todo lo necesario a efectos prácticos para moverse en el mundo. Lo primero que hizo fue enseñarles a andar. Cuando estaban enfermos, se sentaba junto a ellos para cuidarlos. Uno a uno, siendo aún muy pequeños, se los llevó a la laguna y los convirtió en seres anfibios. Les enseñó más de lo que yo nunca supe sobre las costumbres de los peces y las formas de atraparlos. Lo mismo hizo en el bosque. A los siete

años, Tom sabía más de la vida en el bosque de lo que nunca soñé que se podría aprender. A los seis, Mary se lanzaba por la Sliding Rock sin inmutarse, cuando he visto hombres de pelo en pecho recular ante semejante hazaña. Y cuando Frank cumplió seis años, ya era capaz de recoger chelines de un fondo situado a tres brazas de profundidad.

«A mi gente de Bora Bora no le gustan los paganos. Todos son cristianos; y a mí no me gustan los cristianos de Bora Bora», me dijo un día cuando yo, con la idea de conseguir que gastase parte del dinero que le correspondía, había intentado convencerlo para que visitase su isla en una de nuestras goletas; un viaje especial con el que yo esperaba romper todos los registros en cuestión de prodigalidad con los gastos.

He dicho «en una de *nuestras* goletas», aunque legalmente todas me pertenecían a mí. Luché con él durante mucho tiempo para que fuésemos socios.

—Hemos sido socios desde el día en que la *Petite Jeanne* se fue a pique —dijo por fin—. Pero si tu corazón así lo desea, seremos socios según la ley. No trabajo y sin embargo gasto mucho. Bebo, como y fumo tanto como quiero; ya sé que es caro. No pago por jugar al billar porque juego en tu mesa; pero aun así cuesta dinero. Pescar en el arrecife es para ricos: impresiona lo que cuestan los anzuelos y el sedal. Sí, es necesario que seamos socios según las leyes. Necesito dinero. Se lo pediré al contable de la oficina.

Así que preparamos los documentos y los firmamos. Un año después, tuve que quejarme.

—Charley —le dije—, eres un malvado farsante, un roñoso y un avaro, un rata miserable. Mira, tus beneficios anuales en todas nuestras sociedades ascienden a varios miles de dólares. El contable me ha entregado este papel. Dice que en todo el año has retirado solo ochenta y siete dólares con veinte centavos.

—¿Se me debe algo? —preguntó, preocupado.

—Ya te lo he dicho, miles y miles de dólares —respondí.

Se le iluminó el rostro, como si se sintiera inmensamente aliviado.

—Muy bien —dijo—. Ocúpate de que el contable lleve buena cuenta de todo. Cuando lo necesite, lo pediré y no debe faltar ni un solo centavo. Y si falta —añadió vehementemente tras una pausa—, deberá salir del sueldo del contable.

Y durante todo ese tiempo, como supe más tarde, su testamento, redactado por Carruthers, del cual yo era único beneficiario, permaneció en la caja fuerte del cónsul norteamericano.

Pero llegó el final, como llega a todas las relaciones humanas. Ocurrió en las Salomón, donde habíamos corrido las aventuras más extremas de nuestra juventud y donde nos encontrábamos una vez más, en principio de vacaciones, pero también para ocuparnos de nuestras propiedades en las islas Florida y echar un vistazo a las posibilidades de comerciar con perlas a través del paso Mboli. Estábamos en Savo, a la que habíamos llegado en busca de curiosidades con las que mercadear.

Savo está llena de tiburones. La costumbre nativa de enterrar a sus muertos en el mar tenía la culpa de que los tiburones decidieran quedarse en la zona. Resultó que yo regresaba a la goleta en una canoa nativa, diminuta y sobrecargada, cuando volcó. En su interior, o más bien agarrados a ella, íbamos cuatro nativos y yo. La goleta se encontraba a cien metros de distancia. Yo hacía señales para que nos enviasen un bote cuando uno de los nativos empezó a gritar. Tanto él como el extremo de la canoa a la que se agarraba se hundieron varias veces, como si algo tirara de ellos. Luego el hombre se soltó y desapareció. Un tiburón se lo había llevado.

Los otros tres nativos intentaron salir del agua y subirse al fondo de la canoa. Grité, maldije y golpeé con el puño al más cercano a mí, pero no sirvió de nada. Estaban muertos de miedo. A duras penas la canoa habría soportado a uno solo de ellos. Bajo el peso de los tres, se levantó por un extremo y rodó de lado, devolviéndolos al agua.

Abandoné la canoa y salí nadando hacia la goleta, con la esperanza de que el bote me recogiera antes de llegar. Uno de los nativos decidió acompañarme y nadamos en silencio, uno junto al otro, hundiendo la cabeza de vez en cuando en busca de tiburones. Los gritos de uno de los hombres que permanecían en la canoa nos informaron de su captura. Yo miraba bajo la superficie cuando un tiburón enorme pasó justo por debajo de mí. Medía cinco metros de largo. Fui testigo de todo. Agarró al nativo que nadaba conmigo por la mitad del cuerpo y se lo llevó. El pobre diablo iba con la cabeza, los hombros y los brazos fuera del agua todo el tiempo, gritando de una forma espantosa. El tiburón lo arrastró así durante varias decenas de metros y luego se hundió bajo la superficie.

Continué nadando con la esperanza de que no quedasen más tiburones en la zona. Pero había otro. No sé si era uno de los que había atacado antes o si había comido bien en algún otro sitio. En cualquier caso, no tenía tanta prisa como los anteriores. Yo no podía nadar tan rápidamente como antes porque dedicaba buena parte de mis energías a vigilarlo. Lo observaba cuando se lanzó al ataque por primera vez. Tuve la suerte de agarrar su hocico con las

dos manos y, aunque su impulso estuvo a punto de hundirme, conseguí apartarlo. Viró en redondo y empezó a nadar en círculos a mi alrededor. Escapé una segunda vez repitiendo la maniobra del principio. El tercer ataque fue un fracaso para los dos. Se desvió en el momento en que mis manos tenían que haber aterrizado en su hocico, pero su piel áspera como la lija (yo llevaba una camiseta sin mangas) me raspó la piel de un brazo desde el codo hasta el hombro.

Para entonces, me encontraba exhausto y perdí las esperanzas. La goleta aún estaba a unos sesenta metros de distancia. Había hundido la cabeza en el agua para vigilar cómo maniobraba para atacarme otra vez cuando vi que un cuerpo moreno se interponía entre los dos. Era Otoo.

—¡Nada hasta la goleta, patrón! —me dijo. Hablaba con alegría, como si aquello fuese divertido—. Conozco a los tiburones. El tiburón es mi hermano.

Obedecí y continué nadando despacio, mientras Otoo lo hacía a mi alrededor, siempre entre el tiburón y yo, frustrando sus ataques y animándome a mí.

—El aparejo del pescante se ha roto y están aparejando las tiras —me explicó unos minutos después y luego se sumergió para impedir otro ataque.

Para cuando la goleta se hallaba a menos de diez metros de distancia, yo ya no podía más. Era casi incapaz de moverme. Desde la borda nos lanzaban cabos continuamente, pero siempre se quedaban cortos. El tiburón, al ver que no sufría daños, se había vuelto más atrevido. Estuvo a punto de atraparme varias veces, pero Otoo siempre aparecía un instante antes de que fuese demasiado tarde. Por supuesto que Otoo hubiese podido ponerse a salvo en cualquier momento. Pero se quedó a mi lado.

—¡Adiós, Charley! ¡No puedo más! —conseguí balbucear.

Sabía que había llegado el fin y que al instante siguiente me hundiría.

Pero Otoo se rió en mi cara y me dijo:

—Te voy a enseñar un truco nuevo. ¡Haré que ese tiburón se canse!

Se situó por detrás de mí, donde el tiburón se preparaba para atacar.

—¡Un poco más a la izquierda! —gritó a continuación—. Allí hay un cabo en el agua. A la izquierda, patrón, ¡a la izquierda!

Cambié el rumbo y avancé a ciegas. Casi no lograba mantenerme consciente. Cuando me agarré al cabo oí gritos a bordo. Me giré para ver. No había ni rastro de Otoo. Al instante siguiente salió a la superficie. El tiburón le había arrancado las dos manos a la altura de las muñecas y la sangre salía a chorros por los muñones.

—¡Otoo! —me llamó en voz baja. En su mirada pude ver el amor que estremecía su voz.

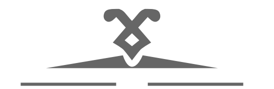
Entonces, y solo entonces, en el último momento de todos los años que pasamos juntos, me llamó por ese nombre.

—¡Adiós, Otoo! —me dijo.

Luego se hundió y a mí me alzaron a bordo, donde me desmayé en brazos del capitán.

Así murió Otoo, el Otoo que me rescató y me convirtió en un hombre, el que me salvó también al final. Nos conocimos en las fauces de un huracán y nos separamos en las fauces de un tiburón, disfrutando en el medio de diecisiete años de camaradería como los que —y lo afirmo sin duda alguna— nunca experimentaron dos hombres, uno moreno y el otro blanco. Si Jehová en las alturas vigila el vuelo de los pájaros y ninguno cae sin Su permiso, sin duda en Su Reino habitará Otoo, el único pagano de Bora Bora.

[1908]



La atrocidad de las Salomón

NADIE ME NEGARÁ que las Salomón son un puñado de islas duras. Aunque también es cierto que en el mundo existen lugares peores. Pero para un recién llegado sin conocimientos básicos de lo que son los hombres y la vida sin las comodidades más esenciales, las Salomón pueden resultar verdaderamente atroces.

Es verdad que la fiebre y la disentería están siempre presentes, que abundan las repugnantes enfermedades de la piel, que el aire está saturado de un veneno que se introduce en cualquier poro, corte o abrasión y provoca úlceras malignas, y que muchos hombres fuertes que se libran de morir allí regresan a sus países convertidos en piltrafas. También es verdad que los nativos de las Salomón son auténticos salvajes con un voraz apetito de carne humana y el empeño de coleccionar las cabezas de sus congéneres. Para ellos, el máximo exponente de la deportividad es pillar a un hombre de espaldas y propinarle un golpe malicioso con un hacha que seccione la columna vertebral en la base del cráneo. Igualmente es cierto que en algunas islas, como Malaita, la cuenta de pérdidas y beneficios de las relaciones sociales se calcula en homicidios. Las cabezas son una herramienta de intercambio y las de los blancos resultan extremadamente valiosas. A menudo se juntan varias aldeas para crear un bote que van aumentando día a día hasta el momento en que algún valiente guerrero aparezca con la cabeza de un hombre blanco y reclame el bote.

Todo lo anterior es cierto y sin embargo hay hombres blancos que llevan una veintena de años viviendo en las Salomón y sienten morriña cuando se alejan de ellas. Para vivir mucho tiempo en las Salomón, un hombre solo necesita tener cuidado y suerte; pero también debe ser de la pasta adecuada. Tiene que llevar grabado en el alma el sello del inevitable hombre blanco. Ha de ser inevitable. Necesita tener una impresionante despreocupación por las probabilidades, una autocomplacencia descomunal y un egoísmo racial que lo convenza de que un blanco es mejor que mil negros todos los días de la semana, y que el domingo puede acabar con dos mil nativos. Porque esas son las cosas que convierten al hombre blanco en inevitable. Ah, y algo más: el

blanco que desea ser inevitable no debe limitarse a despreciar a las razas menores y pensar mucho en sí mismo; además, no puede contar con mucha imaginación. No debe entender demasiado los instintos, costumbres y procesos mentales de los blancos, amarillos o morenos; porque de esa forma la raza blanca ha logrado abrirse camino en el mundo.

Bertie Arkwright no era inevitable. Era demasiado sensible, excesivamente delicado y poseía mucha imaginación. Estaba muy apegado al mundo. Se implicaba en su entorno con demasiada emotividad. Por lo tanto, el último lugar del mundo al que debería haber ido eran las Salomón. No llegó a ellas con la intención de quedarse. Decidió que una estancia de cinco semanas, entre un vapor y otro, satisfaría la llamada de lo primitivo que aleteaba en lo más profundo de su ser. Al menos eso fue lo que les dijo a las turistas a bordo del *Makembo* —aunque utilizó otros términos—, y ellas lo consideraron un héroe, porque eran damas que no se atrevían a abandonar la seguridad que les ofrecía la cubierta del vapor mientras se abría paso entre las Salomón.

Había otro hombre a bordo, a quien las damas no prestaron atención. Se trataba de un hombrecillo arrugado, con la piel marchitada y del color de la caoba. El nombre que figuraba en la lista de pasajeros no importa, pero su otro nombre, capitán Malu, era el de una figura destacada entre los nativos que servía para asustar a los rapaces traviesos y llevarlos por el buen camino, desde Nueva Hanover a las Nuevas Hébridas. Había sometido a los salvajes y su salvajismo, y a las fiebres, el sufrimiento, los disparos de los Sniders y los latigazos de los capataces les había arrancado cinco millones, en forma de pepinos de mar, madera de sándalo, madreperla y carey, marfil vegetal y copra, praderas, puestos comerciales y plantaciones. El meñique del capitán Malu, que estaba roto, era más insoslayable que todo el cuerpo de Bertie Arkwright. Pero las turistas solo podían juzgar por las apariencias y Bertie era un hombre muy atractivo.

Bertie charló con el capitán Malu en la sala de fumadores y le confió su intención de experimentar la vida salvaje en las Salomón. El capitán Malu convino en que su propósito era ambicioso y le honraba. Pero no se interesó por Bertie hasta varios días después, cuando el joven aventurero insistió en mostrarle una pistola automática del calibre 44. Bertie le explicó el mecanismo y le hizo una demostración, durante la que introdujo un cargador en la culata hueca.

—Es muy sencillo —dijo, mientras deslizaba el cañón exterior a lo largo del interior—. Así se carga y se monta. Luego solo queda apretar el gatillo,

ocho veces, tan rápido como me lo permita el dedo. ¿Ve el pasador de seguridad? Es lo que más me gusta. Es un arma segura. Infalible, fácil de manejar. —Sacó el cargador—. Ya ve lo segura que resulta.

Mientras la sujetaba en la mano, la boca de la pistola quedó apuntando al estómago del capitán Malu. Los ojos azules del capitán la miraron con determinación.

—¿Le importaría apuntar en otra dirección? —preguntó.

—Es totalmente segura —insistió Bertie—. Ya he retirado el cargador. No está cargada.

—Un arma siempre está cargada.

—Pero esta, no.

—Apártela de todos modos.

El capitán Malu habló en voz baja, monótona, metálica, pero sus ojos no abandonaron la boca de la pistola hasta que dejó de apuntarlo.

—Le apuesto cinco dólares a que no está cargada —propuso Bertie, encantado.

El otro negó con la cabeza.

—Pues se lo demostraré.

Bertie se llevó la pistola a la sien, con la clara intención de apretar el gatillo.

—Un segundo —dijo el capitán Malu con toda la calma del mundo, mientras alargaba una mano—. Déjeme verla.

Apuntó hacia el mar y apretó el gatillo. Al instante se oyó una fuerte explosión, junto al nítido chasquido del mecanismo que lanzó un casquillo caliente y humeante a un lado de la cubierta. Bertie se quedó atónito, boquiabierto.

—Deslicé el cañón hacia atrás una vez, ¿no es así? —explicó—. Ha sido una estupidez por mi parte.

Soltó una risita nerviosa y se sentó en una de las tumbonas del vapor. La sangre se había retirado de su rostro, dejando al descubierto unas manchas negras bajo los ojos. Le temblaban las manos y era incapaz de llevarse el cigarrillo a la boca. Estaba tan apegado al mundo que se vio tumbado boca abajo en la cubierta, sobre la que se derramaban sus sesos.

—Desde luego… —dijo—. Increíble.

—Es un arma muy bonita —comentó el capitán Malu al devolverle la automática.

A bordo del *Makembo* iba el Comisario, que regresaba de Sidney, y con su permiso se efectuó una parada en Ugi para dejar en tierra a un misionero.

En Ugi se encontraba el queche *Arla*, patroneado por el capitán Hansen. El *Arla* era uno de los múltiples navíos propiedad del capitán Malu y fue por sugerencia e invitación de este que Bertie subió a bordo del *Arla* para realizar un crucero de cuatro días con el fin de reclutar mano de obra a lo largo de la costa de Malaita. Después, el *Arla* lo dejaría en la plantación Reminge (también propiedad del capitán Malu), donde Bertie permanecería una semana, para luego desplazarse a Tulagi, sede del Gobierno, donde sería invitado del comisario. El capitán Malu fue responsable de otras dos sugerencias y, tras realizarlas, desaparece de esta narración. Una se la hizo al capitán Hansen, y la otra al señor Harriwell, director de la plantación Reminge. Ambas sugerencias eran de carácter similar, a saber: que le dieran al señor don Bertram Arkwright la oportunidad de comprender bien la crudeza y la dificultad de la vida en las Salomón. Además, se comenta que el capitán Malu mencionó que habría una caja de whisky escocés para quien proporcionase al señor Arkwright la percepción más espléndida de dicha crudeza.

☘

—Sí, SWARTZ siempre fue un cabezota. Verá, se llevó a cuatro de los tripulantes del barco a Tulagi para que los azotasen, oficialmente, por supuesto; y luego emprendió el viaje de vuelta con ellos en la lancha ballenera. Había tormenta y la lancha volcó ya cerca de la costa. Swartz fue el único que se ahogó. Fue un accidente, eso seguro.

—¿De verdad lo fue? —preguntó Bertie, poco interesado, mientras observaba fijamente al nativo que iba al timón.

Ugi había quedado atrás y el *Arla* se deslizaba sobre un mar tranquilo hacia las cordilleras boscosas de Malaita. El timonel que tanto atraía la atención de Bertie llevaba un clavo de ocho centímetros ensartado en la nariz. Pegada al cuello, una sarta de botones de pantalón. Le atravesaban las orejas un abrelatas, el mango roto de un cepillo de dientes, una pipa de cerámica, la rueda de latón de un despertador y varios cartuchos de un rifle Winchester. Sobre el pecho, colgado del cuello, la mitad de un plato de porcelana. Alrededor de cuarenta nativos, ataviados de forma similar, estaban tirados sobre la cubierta, quince de los cuales eran la tripulación y el resto, mano de obra recién reclutada.

—Pues claro que fue un accidente —levantó la voz el primer oficial de cubierta del *Arla*, Jacobs, un hombre esbelto y de ojos oscuros, con más aspecto de profesor que de marino—. Johnny Bedip estuvo a punto de sufrir la misma clase de accidente. Regresaba de azotar a varios hombres cuando lo hicieron volcar. Pero sabía nadar tan bien como ellos y quienes se ahogaron fueron dos de los castigados. Utilizó una peana para remeros y un revólver. Por supuesto que fue un accidente.

—Son muy comunes, los accidentes —comentó el capitán—. ¿Ve ese hombre que va al timón, señor Arkwright? Es un caníbal. Hace seis meses, él y el resto de la tripulación ahogaron al que era entonces el capitán del *Arla*. Lo hicieron sobre la cubierta, señor. Ahí, a popa, junto al racamento del palo de mesana.

—La cubierta se encontraba en un estado pésimo —dijo el primer oficial.

—¿Debo entender…? —empezó a preguntar Bertie.

—Sí, eso mismo —respondió el capitán Hansen—. Fue muerte accidental por ahogamiento.

—Pero, ¿en cubierta…?

—Eso es. Aunque no me importa decirle, en confianza, desde luego, que utilizaron un hacha.

—¿Esta misma tripulación?

El capitán Hansen asintió.

—El otro capitán era un despreocupado —explicó el primer oficial—. Les dio la espalda y acabaron con él.

—Aquí no mandamos nada —se quejó el capitán—. El Gobierno siempre protege a los negros antes que a los blancos. No podemos disparar en primer lugar. Hay que dejar que el nativo dispare antes, de lo contrario el Gobierno lo considera asesinato y uno acaba en Fiyi. Por eso hay tantos accidentes en los que alguien se ahoga.

Llamaron a cenar y Bertie y el capitán bajaron, mientras el primer oficial permanecía de guardia en cubierta.

—Mantenga vigilado a Auiki, ese demonio negro —advirtió el capitán al marcharse—. Hace varios días que no me gusta su aspecto.

—Sí, señor —contestó el primer oficial.

Había transcurrido ya la mitad de la cena y el capitán relataba cómo encontró su fin la *Scottish Chiefs*.

—Sí —iba diciendo—, era el mejor navío de la costa. Pero cuando faltó a la virada, e incluso antes de que se estrellase contra el arrecife, las canoas se lanzaron a por ella. A bordo iban cinco blancos más una tripulación de veinte

hombres de Santa Cruz y samoanos, y solo se libró el sobrecargo. Además, había sesenta trabajadores recién reclutados. A todos *kai-kai*. ¿*Kai-kai*? Ah, disculpe. Significa que se los comieron. También está el caso de la *James Edwards*, una balandra de dos palos que…

Pero en ese momento, desde cubierta se oyó el fuerte juramento del primer oficial y un coro de gritos salvajes. Un revólver disparó tres veces y les llegó el ruido de algo o alguien cayendo al agua. Al instante, el capitán Hansen se precipitó escalerilla arriba y Bertie se sintió fascinado al entrever que sacaba el revólver mientras subía. Bertie subió más prudentemente y dudó antes de sacar la cabeza por encima de la corredera de la escalerilla. Pero no pasó nada. El primer oficial temblaba de agitación, con el revólver en la mano. Luego se sobresaltó y dio media vuelta, como si el peligro acechase a su espalda.

—Uno de los nativos se cayó por la borda —estaba diciendo, con voz tensa y extraña—. No sabía nadar.

—¿Quién era? —preguntó el capitán.

—Auiki —fue la respuesta.

—Pero, verá, es que yo oí disparos —dijo Bertie, nervioso y entusiasmado porque aquello le olía a aventura; a una aventura que había terminado bien.

El primer oficial se giró vertiginosamente hacia él y le gruñó:

—Mentira. Aquí nadie ha disparado ni un solo tiro. El negro se cayó por la borda.

El capitán Hansen miró a Bertie con ojos apagados e impasibles.

—Me… me pareció… —empezaba a decir Bertie.

—¿Disparos? —preguntó el capitán Hansen como en sueños—. ¿Disparos? ¿Ha oído usted algún disparo, señor Jacobs?

—Ni uno —contestó el señor Jacobs.

El capitán le dedicó una mirada de triunfo a su invitado y dijo:

—Es obvio que ha sido un accidente. Bajemos, señor Arkwright, y terminemos de cenar.

Esa noche, Bertie durmió en el camarote del capitán, una estancia diminuta que daba al camarote principal. Un soporte para rifles decoraba el mamparo de proa. Había más rifles sobre la litera. Bajo ella, un enorme cajón que, al abrirlo, encontró lleno de munición, dinamita y varias cajas de detonadores. Decidió dormir en el sofá de enfrente. Muy visible, el diario de a bordo del *Arla* estaba encima de la mesa. Bertie no sabía que el capitán Malu lo había preparado especialmente para la ocasión, por lo que leyó que el 21 de septiembre dos miembros de la tripulación habían caído por la borda y muerto

ahogados. Bertie leyó entre líneas y comprendió. Luego leyó que la ballenera del *Arla* había caído en una emboscada en Su'u y perdido a tres de sus hombres; que el capitán descubrió al cocinero guisando carne humana en la cocina del barco, carne que la tripulación había adquirido en la costa de Fui; que una descarga accidental de dinamita, mientras hacían señales, había matado a otro miembro de la tripulación; que habían sufrido ataques nocturnos y huido de puertos en cuestión de horas; que los nativos los asaltaban directamente en los manglares y, en los pasos más amplios, empleaban flotas de canoas. Algo que aparecía con monótona frecuencia era la muerte por disentería. Se inquietó al ver que dos blancos habían muerto debido a eso y que ambos eran invitados a bordo del *Arla*, como él.

—Oiga, verá —dijo Bertie al capitán Hansen, al día siguiente—, le he echado un ojo al diario de a bordo.

El capitán se mostró disgustado por haber dejado el diario a la vista.

—Y todo eso de la disentería me parece una sandez tan grande como lo de los ahogamientos accidentales —continuó Bertie—. ¿A qué equivale exactamente la disentería?

El capitán admiró abiertamente la perspicacia de su invitado, se puso tenso para rechazar, indignado, la insinuación y acabó por rendirse con elegancia.

—Mire, señor Arkwright, se trata de lo siguiente: estas islas ya tienen una reputación bastante mala. Cada día resulta más difícil contratar hombres blancos. Suponga que matan a un hombre. La compañía tiene que pagar un ojo de la cara para que otro ocupe su puesto. Pero si el hombre muere a causa de una enfermedad, no pasa nada. A los nuevos no les preocupan las enfermedades. A lo que no están dispuestos es a que los asesinen. Yo creía que el capitán del *Arla* había muerto de disentería cuando ocupé su puesto. Después ya fue tarde: había firmado el contrato.

—Además —añadió el señor Jacobs—, hay demasiados ahogamientos accidentales, en cualquier caso. No está bien. La culpa es del Gobierno. Un blanco no tiene ni la más mínima posibilidad de defenderse de los negros.

—Sí, piense en la *Princess* y su primer oficial yanqui —tomó el relevo el capitán—. A bordo iban cinco blancos; uno era representante del Gobierno. El capitán, el representante y el sobrecargo bajaron a tierra en los dos botes. Los mataron a todos. El primer oficial y el contramaestre, junto con unos quince miembros de la tripulación, samoanos y tonganos, permanecieron a bordo. Una multitud de negros salió desde la orilla hacia la goleta. Cuando el primer oficial quiso darse cuenta, el contramaestre y la tripulación habían sido

asesinados durante el primer ataque. El oficial agarró tres cartucheras y dos rifles Winchester y se subió a una cruceta. Era el único superviviente y no es de extrañar que se volviera loco. Disparaba uno de los rifles hasta que se calentaba de tal forma que ya no podía sujetarlo más, y en ese momento disparaba el otro. Los nativos teñían de negro la cubierta. Acabó con todos. Los derribó en el momento en que saltaron por la borda, y también cuando cogieron los remos. Entonces se echaron al agua e intentaron alejarse a nado, pero como se había vuelto loco mató a media docena más. ¿Y qué recibió a cambio?

—Siete años en Fiyi —espetó el primer oficial.

—El Gobierno dijo que no tenía justificación que hubiese disparado cuando habían vuelto al agua —explicó el capitán.

—Por eso hoy mueren de disentería —añadió el primer oficial.

—Lo que hay que oír —dijo Bertie mientras empezaba a desear que la travesía llegase a su fin.

Ese mismo día entrevistó al nativo al que habían tildado de caníbal. El tipo se llamaba Sumasai. Había pasado tres años en una plantación de Queensland. Había estado en Samoa, Fiyi y Sidney y formado parte de la tripulación de distintas goletas reclutadoras que trabajaban en la zona de Nueva Bretaña, Nueva Irlanda, Nueva Guinea y las islas del Almirantazgo. Además, era un bromista y había comprendido la conducta del capitán. Sí, se había comido a muchos hombres. ¿Cuántos? No recordaba el total. Sí, también blancos. Estaban muy buenos, si no tenían alguna enfermedad. Una vez se había comido a uno que estaba enfermo.

—¡Hombre! —exclamó al recordarlo—. Yo también mucho enfermo. Mi tripa mucho mover.

Bertie se estremeció y preguntó por las cabezas. Sí, Sumasai tenía varias ocultas en tierra, en buenas condiciones, secadas al sol y ahumadas. Una era del capitán de una goleta. Tenía patillas largas. La vendería por dos libras. Las de los negros las vendería por una. Tenía algunas cabezas de niños que no estaban tan bien conservadas. Esas las cedería por diez chelines.

Cinco minutos después, Bertie estaba sentado en la corredera de la escalerilla junto a un nativo con una espantosa enfermedad de la piel. Cambió de lugar y, cuando preguntó, le dijeron que era lepra. Corrió abajo y se lavó con jabón antiséptico. En el curso de aquel día se dio muchos lavados antisépticos, porque cada nativo de los de abordo estaba aquejado de úlceras malignas, ya fueran de un tipo o de otro.

Mientras el *Arla* se acercaba a un punto de fondeo en medio del manglar, los tripulantes extendieron una doble fila de alambre de espino sobre su barandilla. Parecía algo normal, acostumbrado, y cuando Bertie vio abarloadas las canoas nativas, armadas con lanzas, arcos y flechas, y fusiles Snider, deseó con más ganas que nunca que la travesía hubiese terminado ya.

Esa tarde, los nativos postergaron el abandono del barco a la puesta de sol. Varios de ellos se enfrentaron al primer oficial cuando les ordenó volver a la orilla.

—No importa, ya me ocupo yo —dijo el capitán Hansen, mientras se apresuraba abajo.

Cuando regresó, mostró a Bertie un cartucho de dinamita unido a un anzuelo. Resulta que una botella de clorodina envuelta en papel con un pedazo de mecha totalmente inofensiva puede engañar a cualquiera. Engañó a Bertie y también a los nativos. Cuando el capitán Hansen prendió la mecha y enganchó el anzuelo en el extremo trasero del taparrabos de un nativo, dicho nativo fue presa de un deseo tan ardiente de llegar a la orilla que olvidó desprenderse del taparrabos. Echó a correr mientras la mecha crepitaba y chisporroteaba a su espalda, al tiempo que los nativos con los que se tropezaba se lanzaban de cabeza al agua por encima del alambre de espino de la barandilla. Bertie estaba horrorizado. También el capitán Hansen. Se había olvidado de sus veinticinco nuevos trabajadores, por cada uno de los cuales había adelantado treinta chelines. Saltaron por la borda junto a los que vivían en la orilla, seguidos por el que arrastraba la chisporroteante botella de clorodina.

Bertie no vio estallar la botella, pero como el primer oficial hizo explotar un cartucho de dinamita real en el momento justo y en una zona en la que no pudiese dañar a nadie, Bertie habría jurado ante cualquier tribunal marítimo que había visto a un negro volar por los aires hecho pedazos.

La huida de los veinticinco nuevos trabajadores le costó cuarenta libras al *Arla* y, como habían huido al interior del bosque, resultaba imposible recuperarlos. El capitán y su primer oficial procedieron a ahogar sus penas en té frío que habían metido en botellas de whisky, de manera que Bertie no sabía que lo que estaban trasegando era té. Solo sabía que los dos hombres estaban muy borrachos y discutieron largo y tendido, con la mayor elocuencia, si el caso del negro que había explotado debería considerarse disentería o ahogamiento accidental. Cuando se marcharon a roncar a otro lado, él fue el único blanco que quedó en cubierta, por lo que mantuvo una

peligrosa guardia por miedo a un ataque desde la orilla y el levantamiento de la tripulación.

El *Arla* pasó tres días más en la costa y durante sus tres noches el capitán y el primer oficial bebieron té en exceso, dejando que Bertie se ocupase de vigilar. Sabían que podían confiar en él, mientras que él estaba totalmente seguro de que, si sobrevivía, informaría de sus borracheras y su conducta al capitán Malu. Después, el *Arla* echó el ancla en la plantación Reminge, en Guadalcanal, y Bertie desembarcó con un suspiro de alivio y estrechó la mano del director. El señor Harriwell lo tenía todo preparado.

—No quiero que se inquiete si alguno de los nuestros parece decaído —dijo el señor Harriwell, tras habérselo llevado a un lado para hablarle en la más absoluta reserva—. Se rumorea que podría producirse un estallido, y estoy dispuesto a admitir dos o tres indicios sospechosos, pero personalmente creo que no son más que majaderías.

—¿Cuántos… cuántos negros tiene en la plantación? —preguntó Bertie con el corazón en un puño.

—Ahora mismo, cuatrocientos —respondió el señor Harriwell, encantado—. Pero nosotros tres, junto con usted, por supuesto, y el capitán y el primer oficial del *Arla* podemos manejarlos sin problemas.

Bertie se dio la vuelta para conocer a un tal McTavish, el encargado del almacén, quien hizo poco caso de la presentación, tal era su ansia por dimitir.

—Teniendo en cuenta que estoy casado, señor Harriwell, no puedo permitirme permanecer aquí más tiempo. Se avecinan problemas, tan claro como el agua. Los negros se van a rebelar y tendremos otro horror Hohono.

—¿Qué es un horror Hohono? —preguntó Bertie después de que el encargado del almacén se dejase convencer para quedarse allí hasta fin de mes.

—Oh, se refiere a la plantación Hohono, en Santa Isabel —respondió el director—. Los negros mataron a los cinco blancos que estaban en tierra, capturaron la goleta, asesinaron al capitán y al primer oficial y huyeron en masa a Malaita. Pero yo siempre he dicho que en Hohono eran descuidados. Aquí no nos pillarán por sorpresa. Acompáñeme, señor Arkwright, verá qué vista tenemos desde el porche.

Bertie estaba demasiado ocupado pensando en cómo podría llegar a Tulagi, a casa del comisario, como para fijarse en la vista. Continuaba pensando cuando sonó el disparo de un rifle muy cerca de él, a su espalda. Al mismo tiempo sintió que casi le dislocaban el brazo, tal era el ansia del señor Harriwell por arrastrarlo al interior de la casa.

—Vaya, amigo, por los pelos —dijo el director mientras lo manoseaba para ver si le habían dado—. No sabe cuánto lo siento. Pero nunca creí que a plena luz del día…

Bertie empezaba a palidecer.

—Así acabaron con el otro director —confesó el señor McTavish—. Con lo buen tipo que era. Le volaron los sesos, que quedaron esparcidos por todo el porche. ¿Ve esa mancha oscura, entre los escalones y la puerta?

Bertie necesitaba urgentemente el cóctel que el señor Harriwell le mezclaba, pero antes de que pudiese bebérselo entró un hombre con pantalones de montar y polainas.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el director, tras echarle una ojeada al recién llegado—. ¿Ha vuelto a desbordarse el río?

—Olvídese del río. Son los negros. Salía del cañaveral, a unos cinco metros de aquí, y tiraron contra mí. Era un Snider y disparó sin apuntar. Lo que me gustaría saber es, ¿de dónde han sacado ese Snider? Ah, disculpe. Encantado de conocerlo, señor Arkwright.

—El señor Brown es mi ayudante —explicó el señor Harriwell—. Bueno, y ahora tomémonos esa copa.

—Pero ¿de dónde han sacado el Snider? —insistió el señor Brown—. Siempre me he opuesto a tener esas armas en las instalaciones.

—Siguen aquí —dijo el señor Harriwell, un tanto acalorado.

El señor Brown sonrió incrédulo.

—Vamos a comprobarlo —dijo el director.

Bertie siguió al grupo al interior del despacho, donde el señor Harriwell señaló triunfal un cajón enorme, situado en un rincón polvoriento.

—Pues entonces, ¿de dónde han sacado el condenado Snider? —insistió, machacón, el señor Brown.

Pero en ese momento, el señor McTavish levantó la tapa del cajón. El director se sobresaltó y apartó la tapa por completo. El cajón estaba vacío. Se miraron en medio de un silencio que rezumaba miedo. Harriwell se mostró totalmente abatido.

Entonces McVeigh soltó una maldición.

—Lo que siempre he dicho, que no podemos confiar en los criados domésticos.

—Parece grave —admitió Harriwell—, pero lo solucionaremos. Lo que esos nativos sanguinarios necesitan es un buen susto. Por favor, caballeros, traigan sus rifles a cenar y usted, señor Brown, tenga la amabilidad de

preparar cuarenta o cincuenta cartuchos de dinamita. Con la mecha corta. Les daremos una lección. Y ahora, caballeros, la cena está servida.

Una de las cosas que Bertie odiaba era el arroz con curry, por lo que fue el único que tomó una tortilla muy apetitosa. Casi había terminado cuando Harriwell quiso probar la tortilla. Le bastó un solo bocado, que escupió mientras gritaba como un loco.

—Es la segunda vez —anunció, amenazador, McTavish.

Harriwell continuaba carraspeando y escupiendo.

—¿La segunda vez, qué? —preguntó Bertie con voz temblorosa.

—Veneno —fue la respuesta—. Este cocinero acabará en la horca.

—Así murió el contable de cabo Marsh —comentó Brown—. Fue una muerte espantosa. Los de la *Jessie* contaron que lo oían gritar a tres millas de distancia.

—Le pondré los grilletes al cocinero —barbotó furioso Harriwell—. Por suerte, lo hemos descubierto a tiempo.

Bertie permanecía sentado, sin poder moverse. Su rostro había perdido el color. Intentó hablar, pero solo se oyó un murmullo inarticulado. Todos lo miraban con ansiedad.

—No puede ser, no puede ser —se lamentó McTavish con voz tensa.

—Sí, me la he comido. Mucha, ¡un plato entero! —explotó Bertie, como un buceador que recupera el aliento de repente.

El espantoso silencio continuó durante medio minuto más, durante el que pudo leer su destino en los ojos de los otros.

—Tal vez no sea veneno —dijo Harriwell de un modo que no convenció a nadie.

—Que venga el cocinero —ordenó Brown.

Llegó el cocinero, un joven nativo de sonrisa amplia, nariz adornada con clavos y orejas perforadas.

—Eh, tú, Wi-wi, ¿qué es eso? —vociferó Harriwell, señalando la tortilla con un dedo acusador.

Wi-wi se mostró asustado y avergonzado de una forma muy natural.

—Es buena *kai-kai* —murmuró con aire de disculpa.

—Oblíguelo a probarla —sugirió McTavish—. Esa es la mejor prueba.

Harriwell llenó una cuchara con la tortilla y se acercó de un salto al cocinero, que huyó presa del pánico.

—Está claro —fue el solmene veredicto de Brown—. No quiere comérsela.

—Señor Brown, ¿sería tan amable de ir a ponerle los grilletes? —Luego Harriwell se dirigió a Bertie en un tono mucho más alegre—. No se preocupe, amigo, el comisario se ocupará de él y, si usted muere, no le quepa duda de que será ahorcado.

—No creo que el Gobierno lo ahorque —objetó McTavish.

—Pero, caballeros, caballeros —lloriqueó Bertie—, antes de eso, piensen en mí.

Harriwell se encogió de hombros con pena.

—Lo siento, amigo, pero es un veneno nativo y no existen antídotos conocidos para esa clase de venenos. Intente serenarse y si…

Su discurso se vio interrumpido por dos disparos de rifle efectuados en el exterior. En ese momento entró Brown, recargando su rifle, y se sentó a la mesa.

—El cocinero ha muerto —dijo—. Fiebre. Ha sido un ataque muy repentino.

—Le estaba diciendo al señor Arkwright que no existen antídotos para los venenos nativos…

—Excepto la ginebra —dijo Brown.

Harriwell se calificó a sí mismo de idiota despistado y se precipitó a coger la botella de ginebra.

—A palo, amigo. Tómesela sola —le dijo a Bernie, quien se tomó de un trago un vaso casi lleno de alcohol sin mezclar y tosió y se ahogó, debido a la irritación que le produjo, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Harriwell le tomó el pulso y la temperatura, exageró su forma de cuidarlo y dudó de que la tortilla hubiese sido envenenada. Brown y McTavish también dudaron, pero a Bertie le pareció detectar un tono falso en sus voces. Se le había ido el apetito y se tomó el pulso a escondidas, bajo la mesa. Sin ninguna duda, iba aumentando, pero no se le ocurrió atribuírselo a la ginebra que había bebido. McTavish, rifle en mano, salió al porche para hacer un reconocimiento.

—Se están reuniendo en casa del cocinero —informó—. Y tienen un montón de fusiles Snider. Propongo llegar a escondidas hasta el otro lado y atacar por el flanco. Asestar el primer golpe. ¿Me acompaña, Brown?

Harriwell continuó comiendo mientras Bertie descubría que su pulso se había acelerado aún más. Sin embargo, no pudo evitar sobresaltarse cuando los fusiles empezaron a disparar. Por encima del tiroteo de los Sniders se oían los disparos de los Winchesters de Brown y McTavish, todo sobre un fondo de aullidos y gritos demoníacos.

—Los han hecho salir huyendo —afirmó Harriwell cuando las voces y los disparos se desvanecieron en la distancia.

Brown y McTavish acababan de sentarse de nuevo a la mesa cuando este último hizo una confesión.

—Tienen dinamita —dijo.

—Pues ataquémosles con dinamita —propuso Harriwell.

Cada uno guardó media docena de cartuchos en los bolsillos y se hizo con un puro encendido, luego se dirigieron hacia la puerta. Y en ese momento ocurrió. Después le echaron la culpa a McTavish, quien admitió que la carga había sido un tanto excesiva. Pero en cualquier caso estalló bajo la casa, que se levantó de sus cimientos y luego volvió a caer sobre ellos. La mitad de la porcelana que había sobre la mesa se rompió y el reloj de pared dejó de funcionar. Vociferando venganza, los tres hombres salieron corriendo en medio de la noche y dio comienzo el bombardeo.

Cuando regresaron, Bertie no estaba. Se había arrastrado hasta el despacho, donde se atrincheró y cayó al suelo en plena pesadilla provocada por la ginebra, y donde creyó morir más de mil veces mientras la valerosa lucha tenía lugar a su alrededor. Por la mañana, resacoso y con dolor de cabeza por culpa de la ginebra, salió del despacho como pudo para descubrir que el sol continuaba brillando y Dios seguía en los cielos, porque todos sus anfitriones estaban vivos y se encontraban bien.

Harriwell insistió para que se quedase más días, pero Bertie se empeñó en zarpar de inmediato a bordo del *Arla*, rumbo a Tulagi, donde, hasta el día en que arribó el siguiente vapor, no se alejó de la casa del comisario. En el vapor que se lo llevó de allí también había turistas y Bertie volvió a ser un héroe, mientras el capitán Malu, como siempre, pasaba inadvertido. Sin embargo, el capitán Malu envió desde Sidney dos cajas del mejor whisky escocés del mercado, pues no logró decidir quién —el capitán Hansen o el señor Harriwell— había logrado que el señor Arkwright comprendiese mejor la crudeza y dificultad de la vida en las Salomón.

[1908]



Mauki

PESABA 50 KILOS. Tenía el pelo rizado, muy rizado, y era negro. Era extrañamente negro. El tono de su negro no era azulado ni violáceo, sino del color de las ciruelas. Se llamaba Mauki y era hijo de un jefe. Respetaba tres *tambos*. *Tambo* es la forma melanesia que designa un *taboo*, prima de esa palabra polinesia. Los tres *tambos* de Mauki eran los siguientes: primero, no podía estrechar la mano de una mujer ni permitir que la mano de una mujer lo tocase a él o alguna de sus pertenencias; segundo, no debía comer almejas ni ningún alimento guisado en un fuego donde antes se hubieran cocinado almejas; tercero, jamás debía tocar un cocodrilo ni viajar en una canoa que llevase algo de un cocodrilo, aunque fuese tan pequeño como un diente.

Sus propios dientes eran de un negro distinto, intenso o, mejor dicho, de un negro de humo. Su madre había conseguido que fuesen así en una sola noche, cubriéndolos con una compresa impregnada en un mineral en polvo extraído de un corrimiento de tierras a las afueras de Port Adam. Port Adam es una aldea costera de Malaita, y Malaita es la isla más primitiva de las Salomón, tanto que ni los comerciantes ni los colonos han conseguido introducirse en ella; mientras que, desde la época de los primeros pescadores de pepinos de mar y tratantes en madera de sándalo hasta los más recientes reclutadores de mano de obra equipados con rifles automáticos y motores de gasolina, decenas de aventureros blancos han caído bajo las hachas nativas y las balas expansivas de los Sniders. Por eso Malaita, en el siglo XX, sigue siendo el lugar predilecto de quienes buscan mano de obra nativa y recorren sus costas a la caza de trabajadores que se comprometen por contrato para afanarse en las plantaciones de las islas vecinas y más civilizadas a cambio de treinta dólares anuales. Los nativos de esas islas vecinas se han vuelto demasiado civilizados para trabajar en las plantaciones.

Las orejas de Mauki estaban perforadas, pero no tenían un agujero o dos, sino un par de decenas. En uno de los más pequeños llevaba una pipa de cerámica. Los más grandes estaban demasiado abiertos para darles ese uso. La

cazoleta de la pipa los hubiera atravesado y caído al suelo. De hecho, en el agujero más grande de cada oreja solía llevar un pedazo de madera redondo de diez centímetros de diámetro. La circunferencia de esos agujeros medía aproximadamente treinta centímetros. Mauki era de gustos universales. En los agujeros más pequeños llevaba casquillos de rifle, clavos de herradura, tornillos de cobre, trozos de cuerda, trenzas de cajeta, guirnaldas de hojas verdes y, en las horas más frescas del día, hibiscos rojos. De todo lo cual se deduce que no necesitaba bolsillos para sentirse cómodo. Además, los bolsillos resultaban imposibles, porque solo vestía un pedazo de percal de medio metro de ancho. En el pelo llevaba una navaja, con la hoja cerrada sobre un mechón rizado y más largo que el resto. Su posesión más preciada era el asa de una taza de porcelana, colgada de un anillo de carey que a su vez atravesaba el cartílago del tabique nasal.

Sin embargo, a pesar de los adornos, Mauki tenía un rostro agradable. Era guapo según cualquier criterio, pero para los melanesios resultaba verdaderamente atractivo. Su único defecto era la falta de fortaleza. Su rostro parecía suavemente afeminado, casi como el de una niña. Los rasgos eran pequeños, regulares y delicados. La barbilla, débil, al igual que la boca. Las mandíbulas, la frente y la nariz no reflejaban fuerza ni carácter. Solo en los ojos se apreciaba un atisbo de las incógnitas que formaban parte importante de su carácter y que otras personas no comprendían. Esas incógnitas eran coraje, persistencia, audacia, imaginación y astucia; y cuando las expresaba en algún acto llamativo y coherente, los que lo rodeaban se quedaban atónitos.

El padre de Mauki era el jefe de la aldea de Port Adam y así, habiendo nacido en la costa, Mauki era medio anfibio. Sabía todo lo que había que saber de los peces y las ostras, y el arrecife era un libro abierto para él. También entendía de canoas. Aprendió a nadar cuando solo tenía un año. A los siete, contenía la respiración durante un minuto y bajaba a diez metros de profundidad. Y a los siete años lo secuestraron los hombres que habitan en los bosques, que no saben nadar y que temen al mar. Desde entonces, Mauki solo vio el mar desde lejos, entre los claros de la vegetación y desde los valles situados en las laderas de las montañas más grandes. Se convirtió en esclavo del anciano Fanfoa, jefe de una veintena de aldeas diseminadas por los límites de las cordilleras de Malaita, cuyo humo, en la calma de las mañanas, es el único indicio que tienen los marineros blancos de la numerosa población interior. Porque los hombres blancos no se adentran en Malaita. Lo intentaron en los tiempos en los que se buscaba oro, pero siempre perdían las cabezas,

que ahora sonríen desde las vigas ahumadas de las cabañas en las que viven los hombres del bosque.

Cuando Mauki era un joven de diecisiete años, Fanfoa se quedó sin tabaco. Se quedó sin nada de tabaco. Fueron malos tiempos para todas sus aldeas. El jefe había cometido un error. Suo era un puerto tan pequeño que una goleta grande no podía fondear en él. Estaba rodeado de mangles que colgaban sobre las aguas profundas. Era una trampa y en ella entraron dos hombres blancos en un queche pequeño. Buscaban mano de obra y poseían mucho tabaco y bienes para comerciar, por no hablar de tres rifles y gran cantidad de munición. En Suo no vivían hombres del mar, por eso allí los hombres del bosque podían bajar a la costa. El queche hizo un buen negocio. El primer día consiguió que firmaran veinte nuevos trabajadores. Incluso se apuntó el anciano Fanfoa. Y ese mismo día, la veintena de obreros nuevos decapitó a los dos blancos, mató a toda la tripulación y quemó el queche. Después y durante tres meses en todas las aldeas de los bosques tuvieron tabaco y mercancías de sobra para comerciar. Luego llegó el buque de guerra con sus proyectiles, que recorrían kilómetros hasta llegar a las montañas y que lograron que la gente abandonara las aldeas y se internase aún más en los bosques. A continuación, el buque de guerra envió avanzadillas. Quemaron las aldeas, junto con el tabaco y las mercancías. Talaron las palmeras cocoteras y los plataneros. Arrancaron los ñames y mataron cerdos y gallinas.

Fanfoa aprendió la lección, pero se quedó sin tabaco. Por si eso fuera poco, los jóvenes tenían demasiado miedo para firmar con un barco reclutador. Por eso Fanfoa ordenó que bajasen a su esclavo, Mauki, a la costa para que firmara y pidiera por adelantado media caja de tabaco, cuchillos, hachas, percal y abalorios, todo lo cual el chico pagaría trabajando duro en las plantaciones. Mauki estaba asustadísimo cuando lo llevaron a bordo de la goleta. Como un cordero camino del matadero. Los hombres blancos eran criaturas feroces. Tenían que serlo, de lo contrario no mantendrían la costumbre de recorrer la costa de Malaita y adentrarse en todos los puertos, solo dos de ellos a bordo de cada goleta, que llevaba entre quince y veinte negros de tripulación y a menudo hasta sesenta o setenta trabajadores nativos. Además, siempre quedaba el peligro de la población costeña, que podía atacar de repente, cortarle la retirada a la goleta y acabar con todos ellos. Sin duda, los blancos debían de ser muy malos. Y poseían talismanes: unos rifles que disparaban muy rápido y muchas veces, unas cosas de hierro y latón que hacían andar a las goletas aunque no soplase el viento y cajas que hablaban y reían igual que los hombres. Sí, y él había oído hablar de un blanco cuya

magia era tanta que podía sacarse todos los dientes y volvérselos a poner siempre que quisiera.

A Mauki lo bajaron al camarote. En cubierta, uno de los blancos hacía la guardia con dos revólveres al cinto. El otro blanco estaba sentado en el camarote con un libro ante él, en el que inscribía marcas y líneas extrañas. Miró a Mauki como si fuese un cerdo o una gallina, echó un vistazo bajo los huecos de sus brazos y escribió en el libro. Luego alargó el palo con el que escribía, Mauki lo rozó con la mano y, al hacerlo, se comprometió a trabajar sin descanso durante tres años en las plantaciones de la Moongleam Soap Company. Nadie le explicó que la voluntad de los feroces hombres blancos sería utilizada para garantizar el cumplimiento de su compromiso ni que, detrás de todo aquello y con el mismo fin, se encontraba el poder y todos los buques de guerra de Gran Bretaña.

Había más negros a bordo, procedentes de lugares desconocidos, y cuando el blanco les habló, arrancaron la navaja que Mauki llevaba en uno de sus mechones, le cortaron el pelo y le ataron a la cintura un *lava-lava* de percal amarillo fuerte.

Tras muchos días en la goleta, y tras contemplar más tierra e islas de lo que nunca había soñado, desembarcó en Nueva Georgia, donde lo pusieron a trabajar en el campo, limpiando la selva y cortando caña. Supo por primera vez lo que era trabajar. Ni siquiera como esclavo de Fanfoa había trabajado tanto. Además, no le gustaba lo que hacía. Se levantaba de madrugada y se acostaba bien entrada la noche, con solo dos comidas diarias. Y la comida era tediosa. Durante semanas seguidas solo les daban batatas y luego, también durante semanas, solo arroz. Día tras día quitaba la cáscara a los cocos y, durante muchos días y semanas, alimentó las hogueras que ahumaban la copra, hasta que se le irritaron los ojos y lo pasaron a talar árboles. Sabía utilizar el hacha y más adelante lo incluyeron en el equipo que construía puentes. En una ocasión lo castigaron metiéndolo en el grupo que hacía los caminos. A veces formaba parte de la tripulación de las balleneras que traían copra de playas lejanas o cuando los blancos salían a dinamitar pescado.

Entre otras cosas, aprendió inglés criollo, con el que pudo hablar con todos los blancos y con los trabajadores que, de otra manera, se expresarían en mil dialectos diferentes. Además, se enteró de ciertas cosas relativas a los blancos, principalmente que cumplían con su palabra. Si le decían a un chico que le iban a dar un tabaco, se lo daban. Si le advertían que, en caso de hacer determinada cosa, recibiría una paliza de muchas campanillas, recibía la paliza en cuanto lo hacía. Mauki no sabía lo que eran las campanillas, pero así

se hablaba en la lengua criolla y él imaginaba que serían la sangre y los dientes que a veces acompañaban al proceso de dar la paliza. También aprendió otra cosa: a nadie se le golpeaba o se le castigaba si no hacía algo mal. Incluso cuando los blancos se emborrachaban, cosa que ocurría con frecuencia, jamás golpeaban si no se violaba alguna ley.

A Mauki no le gustaba la plantación. Odiaba trabajar y era el hijo de un jefe. Por si eso fuera poco, habían transcurrido diez años desde que Fanfoa se lo llevara de Port Adam y echaba de menos su hogar. Incluso echaba de menos ser el esclavo de Fanfoa. Así que huyó. Se internó en el bosque con la idea de abrirse camino hacia el sur, hasta la playa, y allí robar una canoa en la que regresar a Port Adam. Pero la fiebre lo atacó, lo capturaron y regresó a la plantación más muerto que vivo.

Se escapó por segunda vez, en compañía de dos chicos de Malaita. Se alejaron más de treinta kilómetros siguiendo la costa y se ocultaron en la cabaña de un malaitano libre que vivía en esa aldea. Pero dos hombres blancos que no temían a los habitantes de la aldea llegaron en plena noche y les dieron una paliza de campanillas a los tres huidos, los ataron como cerdos y los echaron al interior de la ballenera. Al hombre en cuya casa se habían ocultado debieron de darle una paliza de muchas campanillas —por cómo salían volando dientes, pelo y piel—, que le quitó las ganas, durante el resto de su vida, de albergar trabajadores fugitivos.

Mauki trabajó sin descanso durante un año. Después pasó a ser criado doméstico, por lo que comía bien y no tenía problemas, y su trabajo era sencillo porque consistía en mantener la casa limpia y servir whisky y cerveza a los blancos a todas horas del día y a casi todas de la noche. Le gustaba, pero le gustaba más Port Adam. Le quedaban dos años más por cumplir, que la agonía de la nostalgia hacía insoportablemente largos. Durante el año que llevaba allí había aprendido muchas cosas y, al ser criado doméstico, tenía más oportunidades. Una de sus tareas era limpiar los rifles y sabía dónde colgaba la llave del almacén. Planeó la huida y, una noche, diez chicos malaitanos y otro de San Cristóbal se escabulleron de los barracones y arrastraron una de las lanchas balleneras hasta la playa. Fue Mauki quien proporcionó la llave que abrió el candado de la lancha y también fue él quien la equipó con una docena de Winchesters, una inmensa cantidad de munición, una caja de dinamita con detonadores y mechas y diez cajas de tabaco.

Soplaba el monzón del noroeste y por las noches corrían rumbo al sur, pero de día se ocultaban en islotes inhabitados y aislados o, en las islas grandes, arrastraban la ballenera al interior del bosque. Así llegaron a

Guadalcanal, la bordearon hasta la mitad y cruzaron el estrecho Indispensable hasta la isla Florida. Allí mataron al chico de San Cristóbal, conservaron su cabeza y el resto lo cocinaron y se lo comieron. La costa de Malaita se hallaba a solo veinte millas náuticas de distancia, pero aquella última noche una fuerte corriente y unos vientos desconcertantes evitaron que llegasen a ella. El alba los encontró a varias millas de su destino. Pero el día trajo consigo una balandra en la que iban dos blancos que no temían a once malaitanos armados con doce rifles. Mauki y sus compañeros acabaron en Tulagi, donde vivía el gran amo blanco de todos los hombres blancos. Y el gran amo blanco celebró un juicio, tras el cual ataron a los fugitivos, les dieron veinte latigazos a cada uno y los condenaron a pagar una multa de quince dólares. Después los devolvieron a Nueva Georgia, donde los blancos les dieron una paliza de campanillas a todos ellos y los mandaron de vuelta al trabajo. Pero Mauki dejó de ser criado doméstico. Lo incluyeron en el grupo que hacía los caminos. Los blancos de quienes había huido abonaron la multa de quince dólares, pero le dijeron que tendría que trabajar para pagar la deuda, lo que implicaba seis meses más de duro esfuerzo. Además, su parte del tabaco robado sumaba otro año de trabajo.

Ahora Port Adam quedaba a tres años y medio de distancia, de manera que una noche robó una canoa, se ocultó en los islotes del estrecho de Manning, lo cruzó y se abrió camino a lo largo de la costa oriental de Santa Isabel para que, cubiertos dos tercios del camino, lo capturasen los blancos de la laguna Meringe. Tras una semana, huyó de ellos y se internó en los bosques. En Santa Isabel no había hombres de los bosques, solo hombres del mar que eran todos cristianos. Los blancos ofrecieron una recompensa de quinientos tabacos y cada vez que Mauki intentaba bajar al mar para robar una canoa los hombres de la costa lo perseguían. Así transcurrieron cuatro meses cuando —tras haber ascendido la recompensa a mil tabacos— fue capturado y enviado de vuelta a Nueva Georgia y al grupo que abría los caminos. Mil tabacos valen cincuenta dólares y Mauki tenía que pagar la recompensa, lo cual significaba trabajar durante un año y ocho meses más. Port Adam quedaba a cinco años de distancia.

Su nostalgia era mayor que nunca y no lo empujaba a tranquilizarse, ser bueno, trabajar los años que le faltaban y regresar a casa. La vez siguiente lo atraparon en el momento justo en que daba comienzo su huida. Llevaron su caso ante el señor Haveby, director en la isla de la Moongleam Soap Company, quien lo declaró incorregible. La compañía tenía plantaciones en las islas Santa Cruz, situadas a cientos de millas de distancia, al otro lado del

mar, y allí mandaba a los incorregibles de las Salomón. Allí enviaron a Mauki, aunque nunca llegó. La goleta se detuvo en Santa Ana y Mauki aprovechó la noche para nadar hasta la orilla, donde le robó dos rifles y una caja de tabaco al tratante y huyó en una canoa hacia San Cristóbal. Malaita se encontraba al norte, a unas cincuenta o sesenta millas de distancia. Pero cuando intentó cruzar, un leve temporal lo atrapó en sus garras y lo devolvió a Santa Ana, donde el tratante le puso los grilletes y lo retuvo hasta que la goleta regresó de Santa Cruz. El tratante recuperó los dos rifles, pero la caja de tabaco quedó anotada a la cuenta de Mauki, al precio de un año más. Ya debía seis años a la compañía.

De regreso a Nueva Georgia, la goleta fondeó en el estrecho de Marau, situado en el extremo más sudoriental de Guadalcanal. Mauki nadó hasta la orilla esposado y huyó al bosque. La goleta siguió viaje, pero el tratante de la Moongleam que vivía en la isla ofreció mil tabacos, de manera que los habitantes del bosque le entregaron a Mauki, con un año y ocho meses más de deuda en su cuenta. Se escapó de nuevo antes del regreso de la goleta, esta vez en una ballenera, acompañado por una caja de tabaco del tratante. Pero un vendaval del noroeste lo hizo naufragar en Ugi, donde los nativos cristianos le robaron el tabaco y lo entregaron al tratante de la Moongleam en la isla. El tabaco afanado por los nativos supuso un año más en su cuenta, cuyo total era ya de ocho años y medio.

«Lo enviaremos al atolón de Lord Howe», dijo el señor Haveby. «Allí está Bunster. Que lo solucionen entre los dos. Supongo que la cosa acabará en que Mauki pase por encima de Bunster o Bunster pase por encima de Mauki, y adiós muy buenas en cualquier caso».

Si abandonamos la laguna Meringe, en Santa Isabel, y ponemos rumbo al norte magnético, tras ciento cincuenta millas arribaremos a las playas de arena de coral de Lord Howe. Lord Howe es un atolón de unos doscientos cincuenta kilómetros de circunferencia, varios cientos de metros en sus zonas más anchas y que en algunos lugares sobresale solo tres metros por encima del nivel del mar. En el interior de ese círculo de arena se oculta una laguna impresionante, tachonada de corales. Lord Howe no pertenece a las Salomón ni geográfica ni etnológicamente. Es un atolón, mientras que las Salomón son islas altas; su gente y su lengua son polinesias, mientras que los habitantes de las Salomón son melanesios. El desplazamiento polinesio hacia el oeste, que aún sigue vivo, ha poblado Lord Howe, porque los alisios del sureste depositan en sus playas grandes canoas con batanga. También resulta evidente

que, en las épocas de monzón del noroeste, se ha producido un ligero desplazamiento melanesio.

Nadie va nunca a Lord Howe u Ontong Java, como se le llama a veces. Thomas Cook &Son no vende billetes con ese destino y los turistas ni siquiera sueñan con su existencia. Ni un solo misionero blanco ha desembarcado en sus playas. Sus cinco mil nativos son tan pacíficos como primitivos. Sin embargo, no fueron siempre tan sosegados. El *Derrotero* los tacha de hostiles y traicioneros. Pero quienes redactan el *Derrotero* no han oído hablar del cambio que se ha producido en los corazones de estos habitantes, quienes, no hace demasiados años, atraparon una bricbarca grande y mataron a toda la tripulación, excepto al segundo oficial de cubierta. Ese superviviente llevó la noticia a sus hermanos. Los capitanes de tres goletas mercantes regresaron con él a Lord Howe. Introdujeron sus naves en la laguna y se dedicaron a predicar el evangelio del hombre blanco, según el que solo los blancos pueden matar a otros blancos y las razas menores deben mantenerse al margen. Las goletas recorrieron la laguna de un extremo al otro, hostigando y destruyendo. No había forma de escapar de aquel estrecho círculo de arena ni bosque al que huir. Los nativos morían bajo las balas que los blancos disparaban en cuanto los veían, y no había manera de evitar que los vieran. Quemaron las aldeas, hicieron pedazos las canoas, mataron a los cerdos y a las gallinas y talaron las preciadas palmeras cocoteras. Todo eso duró un mes, al cabo del cual las goletas zarparon; pero en las almas de los isleños había quedado grabado el miedo al hombre blanco y nunca más fueron lo bastante imprudentes como para hacerle daño a alguno de ellos.

Max Bunster era el único blanco de Lord Howe, tratante a sueldo de la omnipresente Moongleam Soap Company. Y la compañía lo había alojado en Lord Howe porque, a falta de librarse de él, aquel era el lugar más apartado que pudieron encontrar. Que la compañía no se librase de él se debía a la dificultad de encontrar a otro hombre que lo sustituyera. Era un alemán grande y fornido al que no le funcionaba bien la cabeza. Decir que estaba medio loco sería quedarse corto y ser demasiado caritativo. Era un matón, un cobarde y tres veces más salvaje que cualquier salvaje de la isla. Como era un cobarde, su brutalidad era la propia de un pusilánime. Su primer destino como empleado de la compañía fue Savo. Cuando enviaron a un colono tísico para ocupar su lugar, lo machacó a puñetazos y lo mandó de vuelta, hecho picadillo, en la goleta que lo había llevado hasta allí.

Después de eso, el señor Haveby seleccionó a un joven gigante de Yorkshire como relevo de Bunster. El de Yorkshire tenía fama de matón y de

preferir pelear a comer. Pero Bunster no quiso luchar. Se portó como un verdadero corderito durante diez días, al cabo de los cuales el de Yorkshire acabó postrado por una combinación de disentería y fiebre. Fue entonces cuando Bunster atacó y, entre otras cosas, lo derribó y saltó sobre él unas veinte veces o más. Temeroso de lo que ocurriría cuando su víctima se recuperase, Bunster huyó a Gavutu en una balandra, donde destacó por darle una paliza a un joven inglés al que ya había dejado inválido una bala bóer que le había atravesado ambas caderas.

Entonces fue cuando el señor Haveby envió a Bunster a Lord Howe, el lugar de su degradación. Celebró su llegada trasegando media caja de ginebra y dándole una paliza al jadeante y ya mayor primer oficial de la goleta que lo había llevado hasta allí. Cuando la goleta zarpó, reunió a los *kanakas* en la playa y los retó a vencerlo en un combate de lucha libre, prometiendo una caja de tabaco para quien lo lograse. Derribó a tres *kanakas*, pero el cuarto lo derribó a él de inmediato y, en vez de recibir el tabaco, se llevó una bala que le atravesó los pulmones.

Así comenzó el reinado de Bunster sobre Lord Howe. En la aldea más importante vivían tres mil personas, pero se quedaba desierta, incluso en pleno día, cuando él la atravesaba. Hasta los perros y los cerdos se apartaban y ni al mismo rey le importaba ocultarse bajo una esterilla. Los dos primeros ministros vivían dominados por el miedo a Bunster, quien nunca discutía cualquier posible sugerencia, sino que utilizaba los puños.

Y a Lord Howe llegó Mauki para trabajar duramente a las órdenes de Bunster durante ocho años y medio. Escapar de Lord Howe resultaba imposible. Bunster y él quedaban unidos en lo bueno y en lo malo. Bunster pesaba más de noventa kilos. Mauki, cincuenta. Bunster era una bestia degenerada. Pero Mauki era un salvaje primitivo. Los dos tenían voluntad y una forma personal de hacer las cosas.

Mauki no sabía para qué clase de jefe iba a trabajar. Nadie se lo había advertido y dio por hecho que Bunster sería como los demás blancos: bebedor de whisky en exceso, gobernante y legislador que siempre cumplía su palabra y que nunca pegaba de forma inmerecida. Bunster llevaba ventaja. Lo sabía todo acerca de Mauki y estaba deseando ponerle la mano encima. Su último cocinero tenía un brazo roto y el hombro dislocado, de manera que Bunster nombró a Mauki cocinero y criado doméstico.

Mauki aprendió enseguida que había otra clase de hombres blancos. El mismo día en que zarpó la goleta le ordenaron que le comprase un pollo a Samisee, el misionero nativo tongano. Pero Samisee había salido en barca

hacia el otro extremo de la laguna y tardaría tres días en volver. Mauki regresó con la información. Ascendió la empinada escalera (la casa se alzaba sobre pilotes, casi cuatro metros por encima de la arena) y entró en la sala para informar. El tratante exigió el pollo. Mauki abrió la boca a fin de explicar la ausencia del misionero. Pero a Bunster le daban igual las explicaciones. Le pegó un puñetazo. El golpe acertó a Mauki en la boca y lo levantó del suelo. Lo envió volando a través del umbral, cruzó el estrecho porche, rompió la barandilla y cayó a la arena. Sus labios eran una masa magullada e informe y tenía la boca llena de sangre y dientes rotos.

«Así aprenderás que no me van las impertinencias», gritó el tratante, rojo de ira, mientras lo miraba desde arriba, desde la barandilla rota.

Mauki nunca había conocido a un blanco como aquel y decidió intentar pasar inadvertido y jamás ofenderlo. Vio cómo golpeaba a los barqueros y a uno de ellos le ponía los grilletes durante tres días, sin comer, por haber cometido el delito de romper un tolete mientras remaba. Luego escuchó lo que se decía en la aldea y supo por qué Bunster había tomado una tercera esposa y a la fuerza, como bien sabían todos. Las dos primeras esposas yacían en el cementerio, enterradas bajo la blanca arena de coral, con losas de piedra de coral sobre la cabeza y los pies. Se decía que habían muerto debido a las palizas que él les daba. Desde luego —y eso Mauki lo veía con sus propios ojos—, resultaba evidente que a la tercera la maltrataba.

Pero no había forma de evitar ofender al blanco, quien parecía sentirse ofendido por el mero hecho de ver vida a su alrededor. Si Mauki guardaba silencio, le pegaba y lo llamaba bestia huraña. Si hablaba, le pegaba por contestar. Si se mostraba serio, Bunster lo acusaba de conspirar y le daba una paliza por adelantado; y si se esforzaba por parecer alegre y sonreír, lo acusaba de burlarse de su amo y señor y le propinaba una buena tunda. Bunster era un demonio. La aldea se habría librado de él si no recordase aún la lección aprendida de las tres goletas. Habría incluso acabado con él de todas formas si existiese un bosque al que huir. Tal y como estaban las cosas, la muerte del blanco, de cualquier hombre blanco, provocaría la llegada de un buque de guerra que mataría a los culpables y talaría sus preciadas palmeras cocoteras. También estaban los barqueros, totalmente decididos a lograr que se ahogase por accidente a la primera oportunidad que se les presentara de volcar la balandra. Pero Bunster se ocupaba de que la barca no volcase.

Mauki pertenecía a una raza muy diferente y, como huir resultaba imposible mientras Bunster viviese, estaba decidido a acabar con el blanco. El problema era que nunca encontraba la oportunidad. Bunster siempre estaba en

guardia. Mantenía los revólveres a mano noche y día. No permitía que nadie pasara por detrás de él, a su espalda, como Mauki aprendió después de haber sido derribado a puñetazos varias veces. Bunster sabía que tenía mucho más que temer del joven malaitano, bondadoso y amable, que de toda la población de Lord Howe, por lo que añadía más entusiasmo al programa de sufrimientos que le aplicaba. Mauki intentaba pasar inadvertido, aceptaba los castigos y esperaba.

Los demás blancos habían respetado sus *tambos*, pero Bunster no. Mauki tenía derecho a dos tabacos por semana. Bunster se los pasaba a su mujer y ordenaba a Mauki que los recibiese de mano de ella. Pero como no podía ser, Mauki se quedaba sin tabaco. De la misma forma se veía obligado a saltarse muchas comidas y a pasar hambre muchos días. Le ordenaban hacer crema de marisco con las almejas grandes que crecían en la laguna. Y él no podía hacerla porque las almejas eran *tambo*. Seis veces seguidas se negó a tocar las almejas y seis veces perdió el sentido a causa de la paliza recibida. Bunster sabía que el joven preferiría morir antes que tocarlas, pero tachó de motín su negativa y lo habría matado si hubiese tenido otro cocinero que ocupase su lugar.

Una de las artimañas preferidas del tratante consistía en agarrar los mechones rizados de Mauki y golpear su cabeza contra la pared. Otra era pillar a Mauki desprevenido y hundir en su carne el extremo encendido de un cigarro. A eso Bunster lo llamaba vacunación y Mauki era vacunado varias veces por semana. En una ocasión, muy enfadado, Bunster arrancó el asa de la taza que Mauki llevaba en la nariz y le rasgó el cartílago por completo.

«¡Oh, vaya cara!», fue su comentario al ver el daño que había provocado.

La piel de tiburón es como la lija, pero la de la raya es como una lima gruesa. En los mares del Sur los nativos la utilizan para limar la madera de las canoas y los remos. Bunster encargó una manopla de piel de raya. La primera vez que la probó con Mauki, de una sola pasada le arrancó la piel de la espalda, desde el cuello hasta la axila. Bunster estaba encantado. Quiso que su esposa la experimentase y la utilizó a conciencia con los barqueros. Los primeros ministros recibieron una caricia cada uno y tuvieron que sonreír y tomárselo como una broma.

«¡Ríe, maldito, ríe!», les decía, una a una, a todas sus víctimas.

Mauki era quien más sufría aquel guante. No pasaba ni un día sin que recibiera una caricia suya. En ocasiones, la pérdida de tanta cutícula lo mantenía despierto por la noche y, a menudo, el ocurrente señor Bunster volvía a rastrillar la superficie a medio curar para dejarla de nuevo en carne

viva. Mauki continuaba con su paciente espera, seguro de que antes o después llegaría su momento. Y, cuando ese momento llegase, sabía lo que iba a hacer, hasta el más mínimo detalle.

Una mañana Bunster se levantó con ganas de dar una paliza de campanillas al universo entero. Empezó por Mauki y terminó por Mauki, aunque en los descansos le arreó a su mujer y machacó a todos los barqueros. A la hora del desayuno dijo que el café era una bazofia y arrojó el contenido de la taza, hirviendo, al rostro de Mauki. A las diez, Bunster temblaba de miedo y media hora más tarde ardía de fiebre. No era un ataque normal. Enseguida se volvió perniciosa y acabó en fiebre de aguas negras. Con el paso de los días, Bunster se fue debilitando, incapaz de abandonar el lecho. Mauki esperaba, sin dejar de observar, mientras su piel se curaba y permanecía intacta. Ordenó a los barqueros que sacasen la balandra a la playa, restregaran bien el casco y le hicieran una revisión general, reparaciones incluidas. Ellos creyeron que la orden procedía de Bunster y obedecieron. Pero por entonces Bunster yacía inconsciente, sin poder dar órdenes. Aquella era la oportunidad de Mauki, quien decidió esperar un poco más.

Cuando hubo pasado lo peor y Bunster yacía convaleciente, recuperada la consciencia pero débil como un niño, Mauki guardó sus pocas baratijas en su caja de las mercancías, incluida el asa de la taza de porcelana. Luego se acercó a la aldea y se entrevistó con el rey y sus dos primeros ministros.

—Ese Bunster, ¿buen tipo y vosotros gustar? —preguntó.

Le explicaron a coro que no apreciaban al tratante en absoluto. Los ministros ofrecieron un recital de todas las indignidades y males sufridos por su culpa. El rey incluso se derrumbó y rompió a llorar. Mauki los interrumpió bruscamente.

—Atiende: yo gran amo en mi país. Vosotros no gustar este tipo amo blanco. A mí no gustar. Pon cien cocos, doscientos cocos, trescientos cocos en balandra. Después vete dormir mucho. Todos *kanakas* dormir mucho. Cuando oír gran ruido hombre grande, vosotros no oír. Vosotros dormir mucho, no oír.

De la misma forma entrevistó Mauki a los barqueros. Luego ordenó a la esposa de Bunster que volviese con su familia. Si la mujer se hubiera negado, Mauki se habría visto en un dilema, porque su *tambo* no le permitía ponerle las manos encima.

Con la casa desierta, entró en la alcoba, donde el tratante dormitaba. Primero retiró los revólveres y luego se puso la manopla de piel de raya. La

primera advertencia que Bunster recibió fue una caricia del guante que lo dejó sin piel a lo largo de la nariz.

—Buen tipo, ¿eh? —sonrió Mauki entre dos caricias, una de las cuales le limpió la frente a Bunster y la otra dejó sin piel todo un lado del rostro—. ¡Ríe, maldito, ríe!

Mauki hizo su trabajo a conciencia y los *kanakas*, ocultos en sus casas, oyeron el «gran ruido hombre grande» que Bunster continuó haciendo durante una hora o más.

Cuando terminó, Mauki llevó la brújula y todos los rifles y la munición a la balandra, que procedió a lastrar con cajas de tabaco. Mientras se ocupaba de eso, una cosa horrenda, sin piel, salió de la casa y corrió, gritando, en dirección a la playa, hasta que cayó sobre la arena y se arrastró, farfullando, bajo el sol abrasador. Mauki la miró y dudó. Después se acercó a ella y le cortó la cabeza, que envolvió en una esterilla y estibó en el pañol de popa de la balandra.

Tan profundamente durmieron los *kanakas* durante todo aquel caluroso día que no vieron a la balandra zarpar, cruzar el paso y poner rumbo al sur, ciñendo los alisios del sureste. Tampoco nadie avistó la balandra durante la larga bordada hasta las costas de Santa Isabel ni mientras recorría el tedioso tramo entre la isla y Malaita. Desembarcó en Port Adam con un tesoro en rifles y tabaco como el que nadie había poseído antes. Pero no se quedó allí. Le había cortado la cabeza a un blanco y solo el bosque podía ofrecerle refugio. Así que regresó a las aldeas del interior, donde mató de un disparo al viejo Fanfoa y a media docena de los demás jefes y se proclamó jefe de todas las aldeas. Cuando murió su padre, el hermano de Mauki reinó en Port Adam, por lo que los hombres del bosque y los de la costa se unieron y se convirtieron en la más fuerte de todas las tribus combatientes de Malaita, unas doscientas.

Más que temer al Gobierno británico, a Mauki le preocupaba la todopoderosa Moongleam Soap Company; y un día le llegó un mensaje al interior del bosque, en el que se le recordaba que estaba en deuda con la compañía, pues les debía ocho años y medio de trabajo. Envió de vuelta una respuesta favorable y entonces apareció el inevitable blanco, capitán de goleta, el único blanco durante el reinado de Mauki que se adentró en el bosque y salió vivo. No solo salió vivo, sino que se llevó setecientos cincuenta dólares en soberanos de oro, precio en dinero de los ocho años y medio de trabajo más el valor de ciertos rifles y cajas de tabaco.

Mauki ya no pesa cincuenta kilos. El contorno de su barriga mide el triple y tiene cuatro esposas. También posee muchos otros tesoros: rifles y revólveres, el asa de una taza de porcelana y una colección excelente de cabezas de hombres del bosque. Pero más preciada para él que la colección al completo es otra cabeza, perfectamente desecada y curada, con el cabello rubio rojizo y barba amarillenta, que guarda envuelta en el *lava-lava* más fino y mejor tejido. Cuando Mauki va a la guerra con aldeas que no pertenecen a su reino, siempre saca la cabeza y, a solas en su palacio con el techo de paja, la contempla durante mucho tiempo, con gran solemnidad. En esos momentos el silencio de la muerte cae sobre la aldea y ni los niños osan hacer el más mínimo ruido. Todos reconocen que esa cabeza es el talismán más poderoso de Malaita y a él se le atribuye la grandeza de Mauki.

[1908]



¡Sí, señor!

ERA UN ESCOCÉS bebedor de whisky —de whisky solo— que tomaba el primer chupito puntualmente a las seis de la mañana y los demás a intervalos regulares durante todo el día, hasta la hora de acostarse, normalmente a medianoche. Dormía un máximo de cinco horas cada veinticuatro y, las diecinueve restantes, permanecía apacible y decorosamente bebido. Durante las ocho semanas que pasé con él en el atolón Oolong, jamás lo vi sobrio. De hecho, dormía tan poco que no le daba tiempo a desembriagarse. La suya era la borrachera eterna más perfecta y disciplinada que he visto jamás.

Se llamaba McAllister. Era un hombre mayor, de miembros inestables. Le temblaba la mano como si tuviese Parkinson, lo que se notaba claramente cuando se servía el whisky, aunque nunca le vi derramar ni una gota. Llevaba veintiocho años en la Melanesia y había recorrido desde la Nueva Guinea alemana hasta las Salomón alemanas; tanto se identificaba con aquella parte del mundo que solía hablar inglés criollo. De esa forma, cuando hablaba conmigo, «sol subir» significaba amanecer; «parar *kai-kai*», que la comida estaba servida; y «tripa mía mover» significaba que estaba mal del estómago. Era un hombre pequeño y debilitado, quemado por dentro y por fuera por las bebidas alcohólicas y el sol abrasador. Era carbonilla, un pedacito de escoria, un montoncito animado de cenizas, aún no frías del todo, que se movía con rigidez y a sacudidas como un autómata. Una ráfaga de viento podía hacerlo salir volando. Pesaba cuarenta kilos.

Pero había algo grandioso en él: el poder con el que gobernaba. El atolón Oolong medía cerca de doscientos cincuenta kilómetros de circunferencia. Era necesario utilizar la brújula para navegar en su laguna. Lo habitaban cinco mil polinesios, todos hombres y mujeres fornidos; muchos de ellos medían un metro ochenta de altura y pesaban alrededor de noventa kilos. Oolong quedaba a doscientas cincuenta millas náuticas de la tierra más próxima. Dos veces al año, una goleta pequeña se acercaba hasta allí para recoger copra. El único hombre blanco de Oolong era McAllister, pequeño comerciante y bebedor persistente que gobernaba Oolong y a sus seis mil salvajes con mano

de hierro. Decía, venid y ellos iban; decía, marchaos y ellos se marchaban. Jamás cuestionaban su voluntad o su criterio. Era cascarrabias como solo puede serlo un escocés entrado en años e interfería continuamente en los asuntos personales de todos. Cuando Nugu, la hija del rey, quiso casarse con Haunau, del otro extremo del atolón, su padre dijo que sí, pero McAllister dijo que no y la boda no llegó a celebrarse. Cuando el rey quiso comprarle al sacerdote principal cierto islote de la laguna, McAllister dijo que no. El rey debía alrededor de ciento ochenta mil cocos a la compañía y hasta que no pagase su deuda no podía gastar ni un solo coco en otra cosa.

Sin embargo, el rey y su pueblo no querían a McAllister. En realidad, lo odiaban a muerte y sé muy bien que toda la población, con los sacerdotes a la cabeza, rezaron en vano durante tres meses para que falleciera. Los maleficios que le dedicaban resultaban sobrecogedores pero, como McAllister no creía en los maleficios, no tenían poder sobre él. Con los escoceses bebedores nada surte efecto. Recogieron restos de comida que habían tocado sus labios, una botella de whisky vacía, un coco del que había bebido e incluso su saliva y realizaron con ellos toda clase de perversidades. Pero McAllister continuó viviendo. Disfrutaba de buena salud. Jamás tenía fiebre, no tosía ni se resfriaba, la disentería lo dejó de lado, y las úlceras malignas y esas horribles enfermedades de la piel que atacan por igual a negros y blancos en ese clima nunca se fijaron en él. Debía de estar tan saturado de alcohol que los gérmenes no lograban alojarse en su interior. Yo me los imaginaba cayendo al suelo en montones de cenizas microscópicas en cuanto rozaban su aura empapada en whisky. Nadie lo quería, ni siquiera los gérmenes; él solo amaba al whisky y seguía viviendo.

A mí, aquello me desconcertaba. No comprendía que seis mil nativos soportasen a aquel tirano retaco y debilitado. Parecía un milagro que no hubiese muerto de repente mucho tiempo atrás. A diferencia de los cobardes melanesios, aquellos eran valientes y belicosos. En su enorme cementerio, a la cabecera y los pies de las tumbas, se veían reliquias de su sanguinaria historia: trinchantes para cortar la grasa de las ballenas, alfanjes y bayonetas viejas y herrumbrosas, flechas de cobre, piezas de hierro del timón, arpones, escopetas, ladrillos que solo podían proceder del horno para derretir grasa de algún ballenero y viejos cañones de latón, del siglo XVI, que confirmaban las tradiciones de los primeros navegantes españoles. Barco tras barco se habían ido al traste en Oolong. Menos de treinta años antes, la ballenera *Blennerdale* entró en la laguna para efectuar reparaciones y allí encontró su fin, junto a todos sus marineros. De forma similar pereció la tripulación de la *Gasket*, una

goleta mercante que comerciaba con madera de sándalo. La gran bricbarca francesa *Toulon* se puso al pairo en el exterior del atolón, los isleños la abordaron y, tras una lucha terrible, se fue a pique en el paso Lipau y solo pudieron escapar, en la chalupa, el capitán y un puñado de marineros. Además, los cañones españoles relataban la pérdida de uno de sus primeros navíos de exploración. Todo lo relativo a estos barcos es historia y puede encontrarse en el *South Pacific Sailing Directory*. Pero a mí aún me faltaba por aprender que existía otra historia no escrita. Mientras tanto me preguntaba por qué seis mil salvajes primitivos le perdonaban la vida a aquel déspota escocés degenerado.

Una calurosa tarde, McAllister y yo nos encontrábamos sentados en el porche, contemplando la laguna y la maravilla de colores que la engalanaban. A nuestras espaldas, al otro lado de la franja de cien metros de arena tachonada de palmeras, el oleaje externo bramaba en el arrecife. Hacía un calor espantoso. Estábamos a 4° de latitud sur y teníamos el sol directamente encima de nuestras cabezas, ya que había cruzado la línea ecuatorial pocos días antes en su viaje hacia el sur. No soplaba el viento, ni la más leve brisa. La temporada de los alisios del sur se acercaba a su fin antes de tiempo y el monzón del noroeste aún no había empezado a soplar.

—Esos no tienen ni idea de bailar —dijo McAllister.

Yo acababa de comentar que los bailes polinesios eran superiores a los papúes y McAllister lo había negado solo por llevarme la contraria. Pero hacía demasiado calor para discutir y no dije nada. Además, no había visto bailar a los habitantes de Oolong.

—Te lo demostraré —anunció mientras le hacía una seña al chico negro de Nueva Hanover, un trabajador contratado de forma engañosa que hacía de cocinero y criado doméstico—. Eh, tú, chico, decir rey que venir aquí.

El chico se fue y apareció el primer ministro, inquieto, preocupado y sin dejar de dar explicaciones y disculparse. Resumiendo, que el rey dormía y no se le podía molestar.

—Rey mucho fuerte dormir —fue su frase final.

A McAllister le dio tal arrebato que el primer ministro huyó al instante para regresar con el rey en persona. Eran una pareja magnífica, en especial el rey, que debía medir más de un metro noventa. En sus rasgos se apreciaba ese parecido a las águilas tan frecuente en los indios norteamericanos. Había nacido para reinar, con ese motivo había sido hecho. Se le encendieron los ojos mientras escuchaba, pero con la mayor docilidad obedeció la orden de McAllister, quien le pidió que reuniese un par de cientos de los mejores

bailarines de la aldea, hombres y mujeres. Estuvieron bailando durante dos horas mortales bajo aquel sol abrasador. No lo apreciaron más por eso, aunque a él poco le importó; al final los mandó marcharse entre insultos y desprecios.

El indigno servilismo de aquellos magníficos salvajes resultaba aterrador. ¿Cómo era posible? ¿Cuál era el secreto por el que McAllister los gobernaba? A medida que pasaban los días me sentía más desconcertado y, aunque presenciaba ejemplos continuos de su indiscutible poder, nunca vi la más mínima pista que explicase la razón.

Un día comenté por casualidad mi decepción al no haber podido hacerme con un par de conchas naranjas. En Sidney valdrían, como poco, cinco libras. Le había ofrecido doscientos tabacos a su propietario, quien me había pedido trescientos. Cuando mencioné el asunto de pasada, McAllister enseguida mandó llamar al hombre, le arrebató las conchas y me las entregó. No permitió que pagase más de cincuenta tabacos. El hombre aceptó el precio y se mostró contento por haber salido tan bien parado. En cuanto a mí, decidí que en el futuro mantendría la boca cerrada. Eso sí, seguía dándole vueltas al secreto que escondía el poder de McAllister. Incluso llegué al extremo de preguntárselo directamente, pero se limitó a levantar una ceja, poner cara de listo y tomarse otra copa.

Una noche salí a pescar a la laguna con Oti, el hombre al que le habían arrebatado las conchas. Yo le había entregado, sin que nadie se enterase, ciento cincuenta tabacos más, por lo que me trataba con un respeto que casi era veneración y que a mí me resultaba curioso, ya que era un hombre mayor y como mínimo me doblaba la edad.

—¿Qué nombre *kanakas* ser niños? —empecé atacando—. Tratante ese ser uno. *Kanakas* ser muchos. *Kanakas* vosotros ser perros: miedo mucho tratante ese. El no comer vosotros. Vosotros no comer él. ¿Qué nombre miedo tanto?

—¿Y si *kanakas* muchos matar él? —me preguntó.

—El morir —respondí—. *Kanakas* muchos blancos matar antes. ¿Qué nombre miedo tanto este blanco?

—Sí, muchos matar —contestó—. ¡Sí! ¡Muchos! Tiempo hacer. Ser muy joven yo, barco grande parar fuera. No soplar viento. *Kanakas* canoas muchas ir por barco. Pelea buena. Dos, tres blancos disparar. Nosotros miedo no. Llegar, subir, muchos, creo cincuenta diez (quinientos). Un blanco Mary (una mujer) en barco. Nunca ver un blanco Mary. Muchos blancos terminar. Capitán morir no. Cinco, seis blancos morir no. Capitán llamar. Blancos

algunos luchar. Blancos algunos bote bajar. Después todos borda saltar. Capitán bajar blanco Mary. Luego arrastrar (remar) mucho. Padre mío ser fuerte. Lanzar lanza. Lanza entrar en blanco Mary. Parar no. Salir lado otro blanco Mary. Ella terminar. Miedo yo no. *Kanakas* muchos, miedo no.

El anciano Oti se había visto afectado en su orgullo porque de repente se quitó el *lava-lava* y me mostró la inconfundible cicatriz de un proyectil. Antes de que pudiese hablar, su sedal echó a correr de repente. Lo sujetó con fuerza e intentó recogerlo, pero se dio cuenta de que el pez había rodeado una rama de coral. Me dedicó una mirada de reproche por haberlo distraído de su vigilancia y se lanzó por la borda de pie, aunque se dio la vuelta antes de llegar abajo para seguir su sedal hasta el fondo. Allí había una profundidad de diez brazas. Me incliné sobre la borda y observé la reverberación de sus pies volverse cada vez más tenue mientras removían la leve fosforescencia y la convertían en brillos espectrales. Diez brazas —dieciocho metros— no era nada para él, un anciano, comparado con lo que valían un anzuelo y un sedal. Tras lo que me parecieron cinco minutos, aunque no pudo ser más de uno, lo vi ascender en medio de una llamarada blanca. Salió a la superficie y echó un bacalao de roca de casi cinco kilos al interior de la canoa, sedal y anzuelo intactos, este último encajado aún en la boca del pez.

—Poder ser —dije, implacable— no miedo tiempo mucho hacer. Ahora miedo mucho tratante ese.

—Sí, miedo mucho —confesó con aire de descartar el asunto.

Durante media hora manejamos los sedales y pescamos en silencio. Los tiburones pequeños empezaron a picar y, tras perder un anzuelo cada uno, recogimos los sedales y esperamos a que los tiburones se alejaran.

—Contar verdad yo —dijo Oti de repente—. Tú saber miedo nuestro.

Encendí la pipa y aguardé. La historia que Oti me contó en su atroz inglés criollo la he traducido a un inglés normal. En todo lo demás —orden de la narración y fuerza de la misma— el cuento es el mismo que salió de la boca de Oti.

—Después de eso nos sentimos muy orgullosos. Habíamos luchado muchas veces con los extraños hombres blancos que viven sobre el mar y siempre les habíamos ganado. Murieron unos pocos de los nuestros, pero ¿qué era eso, comparado con la gran cantidad de riquezas de miles y miles de tipos distintos que encontrábamos en los barcos? Entonces, un día, hace quizá veinte o veinticinco años, una goleta cruzó el paso y entró en la laguna. Era una goleta grande, de tres palos. Llevaba una tripulación compuesta por cinco blancos y unos cuarenta negros de Nueva Guinea y Nueva Bretaña, y venía a

pescar pepinos de mar. Fondeó en Pauloo, al otro lado de la laguna, sus botes se desperdigaron por todas partes y los tripulantes levantaron distintos campamentos en las playas donde curaban los pepinos de mar. Esa división los hizo más débiles, porque los que pescaban aquí y los que permanecían en la goleta se encontraban a ochenta kilómetros de distancia los unos de los otros, y los había que incluso estaban más alejados.

»Nuestro rey celebró consejo con los jefes y yo estuve a bordo de la canoa que remó durante toda la tarde y toda la noche para cruzar la laguna y advertir a las gentes de Pauloo que por la mañana atacaríamos a la vez todos los campamentos de pesca y que a ellos les tocaba ocuparse de la goleta. Los que habíamos ido a llevar el aviso estábamos cansados de tanto remar, pero participamos en el ataque. En la goleta había dos blancos, el capitán y el segundo oficial de cubierta, con media docena de negros. Al capitán y tres de los negros los pillamos en la orilla y los matamos, aunque antes el capitán mató a ocho de nosotros con sus revólveres. Luchamos mano a mano, forcejeando.

»El ruido de nuestra pelea advirtió al segundo de lo que ocurría, así que almacenó agua, comida y una vela en el chinchorro, tan pequeño que solo medía tres metros y medio de eslora. Mil hombres caímos sobre la goleta y cubrimos la laguna con nuestras canoas. Además, hacíamos sonar las caracolas, cantábamos canciones de guerra y golpeábamos los cascos de las canoas con los remos. ¿Qué posibilidades tenían un blanco y tres negros contra nosotros? Ninguna y el segundo lo sabía.

»Los blancos son una pesadilla. Los he observado mucho y, ahora que soy un anciano, por fin comprendo por qué el hombre blanco se ha apoderado de todas las islas del mar. Porque es una pesadilla. Fíjate en ti: estás aquí conmigo, en la canoa. Eres poco más que un niño. No eres sabio, porque todos los días te cuento muchas cosas que no sabes. Cuando yo era un niño pequeño sabía más sobre los peces y sus costumbres de lo que tú sabes ahora. Soy viejo y, sin embargo, soy capaz de nadar hasta el fondo de la bahía, sin que tú puedas seguirme. ¿Para qué sirves, entonces? No lo sé, si no es para luchar. Nunca te he visto luchar, pero sé que eres como tus hermanos y que lucharás como un demonio. Además, eres un necio, igual que tus hermanos. No sabes cuándo te han vencido. Lucharás hasta morir y entonces será demasiado tarde para saber que te han vencido.

»Ahora escucha lo que hizo ese segundo oficial. Mientras le caíamos encima, cubriendo la superficie del mar y soplando nuestras caracolas, abandonó la goleta en el chinchorro, junto con los tres negros, y remó en

dirección al paso. En eso también demostró que era un necio, porque ningún hombre sensato saldría a mar abierto en un bote tan pequeño. Los costados no sobresalían del agua más de diez centímetros. Veinte canoas lo persiguieron, en las que iban doscientos jóvenes. Nosotros avanzábamos a una velocidad superior a la suya. No tenía la más mínima oportunidad, pero era un necio. Iba de pie en la barca con un rifle que disparó muchas veces. No destacaba por su puntería, pero al acercamos acabó matando e hiriendo a muchos de nosotros. Aun así, no tenía posibilidades.

»Recuerdo que durante todo el tiempo fue fumando un puro. Cuando nos encontrábamos a algo más de diez metros de distancia, acercándonos a toda velocidad, tiró el rifle a un lado, encendió un cartucho de dinamita con el puro y nos lo arrojó. Fue encendiendo uno tras otro y nos los lanzaba con gran rapidez. Muchos, fueron muchos. Ahora sé que debió abrir los extremos de las mechas para introducir cabezas de cerilla en ellos, por eso prendían tan rápidamente. Además, las mechas eran muy cortas. A veces los cartuchos de dinamita explotaban en el aire, pero casi todos lo hicieron en las canoas. Y cada vez que eso pasaba, la canoa desaparecía. La mitad de las veinte canoas quedaron hechas pedazos. Eso le ocurrió a la que me llevaba a mí, y a los dos hombres que se sentaban a mi lado. La dinamita cayó en medio de los dos. Las demás se dieron la vuelta y salieron huyendo. Entonces el segundo gritó: «¡Sí, señor!». Además, volvió a disparar con el rifle, de manera que mató por la espalda a muchos de los que huían. Durante todo ese lío los negros del chinchorro no dejaron de remar. Ya ves que no miento, aquel segundo era un demonio.

»Pero eso no es todo. Antes de abandonar la goleta, le prendió fuego y preparó toda la pólvora y la dinamita para que explotaran en un momento determinado. Había cientos de los nuestros a bordo, intentando apagar el fuego y subiendo cubos de agua por la borda, cuando la goleta saltó por los aires. De manera que perdimos todo aquello por lo que habíamos luchado y muchos de los nuestros murieron. A veces, incluso ahora, ya viejo, tengo pesadillas en las que oigo al segundo gritar: «¡Sí, señor!». Ruge: «¡Sí, señor!», aunque todos los que estaban en los campamentos de pesca murieron.

»El segundo logró cruzar el paso en su chinchorro y dimos por hecho que nos habíamos librado de él porque, ¿cómo podía sobrevivir en mar abierto un bote tan pequeño con cuatro hombres a bordo? Transcurrió un mes y una mañana una goleta cruzó el paso y fondeó frente a la aldea. El rey y los jefes se reunieron y acordaron que la tomaríamos al cabo de dos o tres días. Mientras, como teníamos por costumbre mostrarnos amables, nos acercamos

a ella en canoas cargadas de cocos, aves de corral y cerdos, con la intención de comerciar. Pero cuando muchas de nuestras canoas estaban abarloadas a la goleta, los hombres a bordo empezaron a dispararnos con sus rifles y, mientras me alejaba remando, vi al segundo que había salido a mar abierto en el chinchorro subirse de un salto a la barandilla, donde se puso a bailar y a gritar: “¡Sí, señor!”.

»Esa tarde desembarcaron tres botes de la goleta llenos de hombres blancos. Cruzaron la aldea matando a todos cuantos vieron. También mataron a los cerdos y las gallinas. Los que nos salvamos huimos en las canoas y remamos hacia el interior de la laguna. Al mirar atrás comprobamos que todas las casas ardían. A última hora de la tarde vimos que se acercaban muchas canoas procedentes de Nihi, que es la aldea próxima al paso de Nihi, al noreste. Eran sus supervivientes porque, al igual que la nuestra, su aldea había sido exterminada por una segunda goleta que había entrado por el paso de Nihi.

»Continuamos rumbo al oeste en la oscuridad, hacia Pauloo, pero en plena noche oímos el llanto de las mujeres y luego nos encontramos con una gran flota de canoas. Era todo lo que quedaba de Pauloo, también reducida a cenizas por una tercera goleta que había entrado por el paso de Pauloo. Como ves, el segundo y sus tres negros no se ahogaron, sino que alcanzaron las islas Salomón y allí contaron a sus hermanos lo que en Oolong les habíamos hecho. Todos los hermanos dijeron que vendrían a castigarnos, por eso llegaron en tres goletas y destruyeron nuestras tres aldeas.

»¿Qué podíamos hacer? Por la mañana, las dos goletas situadas a barlovento navegaron hacia nosotros, reunidos en el centro de la laguna. Los alisios soplaban con fuerza y los navíos pasaron por encima de varias decenas de canoas. Además, los rifles no pararon de hablar. Nos dispersamos como peces voladores ante un banco de bonitos. Éramos tantos que escapamos a millares, en uno u otro sentido, rumbo a las islas que bordean el atolón.

»Después las goletas nos persiguieron de un lado al otro de la laguna. De noche lográbamos esquivarlas. Pero al día siguiente, al cabo de dos días o de tres, las goletas regresaban y nos perseguían hasta el otro extremo de la laguna. Así sin descanso. Ya no contábamos a nuestros muertos, ni siquiera nos acordábamos de ellos. Cierto, nosotros éramos muchos y ellos, pocos. Pero ¿qué podíamos hacer? Yo iba en una de las veinte canoas llenas de hombres que no temían morir. Atacamos a la goleta más pequeña. Nos mataron a montones. Lanzaron dinamita a las canoas y, cuando se les acabó, nos arrojaron agua hirviendo. Y todo sin que los rifles dejasen de hablar.

Quienes iban a bordo de una canoa que acababa hecha pedazos morían debido a sus disparos, mientras intentaban alejarse nadando. Y el segundo bailaba sobre el techo del puente de mando y gritaba: “¡Sí, señor!”.

»Quemaron todas las casas de todas las islas, incluso de las más pequeñas. No quedó vivo ni un solo cerdo, ni una gallina. Profanaron nuestros pozos con los cuerpos de los muertos o los clausuraron con piedras de coral. Antes de que llegaran las tres goletas, éramos veinticinco mil. Hoy somos cinco mil. Cuando se marcharon las goletas, quedábamos apenas tres mil.

»Las goletas se cansaron, por fin, de perseguirnos de un lado al otro, así que las tres pusieron rumbo a Nihi, en el noreste. Desde allí empezaron a empujarnos hacia el oeste. También habían echado al agua sus nueve botes. Mientras avanzaban, amasaban todas las islas. Nos iban empujando día a día, nos arrinconaban. Por las noches, las tres goletas y los nueve botes formaban una cadena de vigilancia que se extendía de orilla a orilla de la laguna y que nos impedía retroceder.

»La situación no podía durar eternamente porque la laguna tenía una longitud determinada y llegó el momento en que todos los que habíamos sobrevivido nos vimos arrojados al último banco de arena situado al oeste. Más allá se abría el mar abierto. Eramos diez mil y cubríamos el banco de arena desde la orilla de la laguna hasta el fuerte oleaje del otro extremo. Imposible tumbarse. No había sitio. Aguantábamos de pie, hombro con hombro. Así nos mantuvieron dos días, mientras el segundo se subía a las jarcias para burlarse de nosotros y gritar: “¡Sí, señor!”, hasta que lamentamos profundamente haberle hecho daño, a él y a su goleta, un mes antes. No teníamos comida y permanecimos de pie dos días y dos noches. Los niños más pequeños murieron, al igual que los ancianos, los más débiles y los heridos. Lo peor era que no teníamos agua con la que saciar nuestra sed y durante dos días el sol cayó a plomo sobre nuestras cabezas porque no había sombra. Muchos hombres y mujeres se internaron en el mar y se ahogaron; luego las olas empujaron sus cuerpos hasta la playa y sufrimos una plaga de moscas. Algunos nadaron hasta los costados de las goletas, pero les dispararon y los mataron a todos. Quienes vivimos lamentábamos haber cedido ante nuestro orgullo y haber atacado la goleta de tres palos que llegó para pescar pepinos de mar.

»La mañana del tercer día, los capitanes de las tres goletas y el segundo se acercaron en un bote pequeño. Todos llevaban rifles y revólveres. Los usaron. Nos dijeron que, si paraban, era porque estaban cansados de matarnos. Les dijimos que lo sentíamos, que nunca más volveríamos a perjudicar a un

hombre blanco y, como muestra de nuestra sumisión, derramamos arena sobre nuestras cabezas. Las mujeres y los niños empezaron a gemir suplicando agua; tanto que durante un buen rato no se oyó nada más. Luego nos dijeron cuál iba a ser nuestro castigo. Debíamos llenar las tres goletas de copra y pepinos de mar. Aceptamos porque queríamos agua, estábamos destrozados y sabíamos que, cuando luchábamos contra los blancos, no éramos más que niños, ya que ellos luchan como demonios. En el momento en que todo quedó dicho, se puso en pie el segundo y se burló de nosotros, gritando: “¡Sí, señor!”. Después nos alejamos a bordo de nuestras canoas, en busca de agua.

»Trabajamos sin descanso durante semanas: pescábamos pepinos de mar y los curábamos, recogíamos cocos y los convertíamos en copra. De día y de noche el humo ascendía desde todas las playas de todas las islas de Oolong, mientras nos afanábamos por pagar la sanción de nuestros desmanes. En aquellos días en los que la muerte nos había rodeado, quedó grabado a fuego en nuestras mentes que perjudicar a un blanco era algo muy malo.

»Pasó el tiempo y, con las goletas llenas de copra y pepinos de mar y nuestras palmeras vacías de cocos, los tres capitanes y el segundo nos reunieron para hablar con nosotros. Nos dijeron que se alegraban de que hubiésemos aprendido la lección y nosotros, por enésima vez, contestamos que lo sentíamos y que no volveríamos a hacerlo. También derramamos arena sobre nuestras cabezas. Los capitanes dijeron que les parecía muy bien pero que, para demostrarnos que no se olvidaban de nosotros, nos enviarían un maleficio que recordaríamos siempre que tuviésemos ganas de perjudicar a un blanco. Después, el segundo se burló de nosotros una vez más y gritó: “¡Sí, señor!”. Luego, seis de nuestros hombres, que dábamos por muertos desde hacía mucho tiempo, bajaron a tierra desde una de las goletas, tras lo que las tres desplegaron velas y cruzaron el paso, rumbo a las Salomón.

»Los seis hombres que bajaron a tierra fueron los primeros en sufrir el maleficio que nos enviaban los capitanes.

—Cayó sobre vosotros una grave enfermedad —lo interrumpí porque reconocí el truco. La goleta llevaba el sarampión a bordo y los seis prisioneros habían sido expuestos a él de forma deliberada.

—Sí, una enfermedad terrible —continuó Oti—. Era un maleficio muy poderoso. El más viejo de los nuestros nunca había oído hablar de nada semejante. Matamos a los pocos sacerdotes que habían sobrevivido porque no fueron capaces de vencer al maleficio. La enfermedad se extendió. Ya he dicho que éramos diez mil los que permanecimos de pie sobre el banco de arena. Cuando la enfermedad nos abandonó solo quedábamos tres mil.

Además, como habíamos convertido todos nuestros cocos en copra, la hambruna cayó sobre nosotros.

—Tratante ese —concluyó Oti— ser basura, ser como carne de almeja muerta, apestar. Ser como perro, como perro enfermo de moscas cubierto. Miedo nuestro no por tratante ese. Miedo por blanco ser. Nosotros saber ya nada bueno pasar si matar blanco. Tratante ese perro enfermo tener hermanos muchos, blancos luchar como demonios. Miedo no tratante ese. Cuando *kanaka* enfadar y querer matar tratante ese, maldición recordar y oír segundo gritar: «¡Sí, señor!» y *kanaka* no matar.

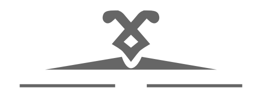
Oti cebó su anzuelo con un pedazo de calamar que arrancó de una dentellada al monstruo vivo y coleando, y cebo y anzuelo se hundieron entre llamaradas blancas hasta el fondo.

—Tiburón terminar aquí —dijo—. Creo sacar peces muchos.

Su sedal dio un fuerte tirón. Lo recogió enseguida, con movimientos rápidos y precisos, y lanzó un bacalao de roca, enorme y agonizante, sobre el fondo de la canoa.

—Sol subir y regalar yo tratante ese grande pescado —dijo Oti.

[1908]



El inevitable hombre blanco

EL NEGRO JAMÁS ENTENDERÁ al blanco, ni el blanco al negro, mientras lo negro sea negro y lo blanco, blanco.

Eso fue lo que dijo el capitán Woodward. Estábamos sentados en el salón de la taberna que Charley Roberts tiene en Apia, bebiendo unos cócteles Abu Hamed[17], que el susodicho Charley Roberts preparaba y compartía con nosotros. Afirmaba haber recibido la receta directamente de Stevens, famoso por inventar el Abu Hamed espoleado por la sed del Nilo; el mismo Stevens que escribió *With Kitchener to Kartoun* y que falleció en el asedio de Ladysmith.

El capitán Woodward, achaparrado y fornido, mayor, quemado por cuarenta años bajo el sol de los trópicos y con los ojos castaños y cristalinos más hermosos que he visto en un hombre, hablaba apoyándose en su vasta experiencia. El entramado de cicatrices que adornaba su calva revelaba cierta intimidad con las hachas de los negros y similar intimidad anunciaban dos marcas en el lado derecho del cuello, una delante y otra detrás: el punto por el que había entrado una flecha y por el que la había obligado a salir, tirando de ella, tras cruzar limpiamente la carne. Según nos explicó, en aquella ocasión tenía prisa —la flecha le dificultaba correr tan rápido como debía— y le pareció que no podía perder el tiempo en romper la punta y retirar el asta por donde había entrado. En el momento de nuestra conversación era capitán del *Savaii*, el gran vapor que reclutaba mano de obra del oeste para las plantaciones alemanas de Samoa.

—La estupidez del blanco es la mitad del problema —dijo Roberts, que se detuvo para darle un sorbo a su copa y maldecir con cariño al camarero samoano—. Si el blanco se molestase un poco por comprender el funcionamiento de la mente negra, se evitaría la mayor parte de los desastres.

—Yo he visto unos cuantos que afirmaban entender a los negros —replicó el capitán Woodward—, y lo curioso es que fueron los primeros en ser *kai-kai* (comidos). Pensemos en los misioneros de Nueva Guinea y las Nuevas Hébridas, en la isla mártir de Erromango y en muchas otras. Recordemos la expedición austríaca que acabó destrozada en las Salomón, en los bosques de

Guadalcanal. Y no olvidemos a los tratantes que, tras veinte años de experiencia, presumieron de que ningún negro podría acabar con ellos y cuyas cabezas continúan adornando las vigas de las cabañas donde se reúnen los hombres. Por ejemplo, Johnny Simons, que pasó veintiséis años en las zonas más salvajes de la Melanesia y que juraba conocer a los negros al dedillo, por lo que nunca podrían con él, pero que perdió el conocimiento en la laguna Marovo, Nueva Georgia, donde una Mary negra (mujer) y un viejo negro que solo tenía una pierna —la otra se la dejó en la boca de un tiburón cuando buceaba para recoger peces dinamitados— le cortaron la cabeza. O Billy Watts, con una reputación espantosa como asesino de negros, un hombre que aterraba al mismo demonio. Recuerdo que fue en Cape Little, Nueva Irlanda, donde los negros le robaron media caja de tabaco para comerciar que le había costado alrededor de tres dólares y medio. Como represalia mató a seis negros, destrozó sus canoas de guerra y quemó dos aldeas. Cuatro años después, de nuevo en Cape Little, pescaba pepinos de mar junto con cincuenta jóvenes de Buku cuando fueron atacados. En tres minutos estaban todos muertos, excepto tres de los jóvenes, que lograron huir en una canoa. Que nadie me hable de entender a los negros. La misión del hombre blanco es cultivar y cosechar el mundo, un trabajo bastante completo y absorbente. ¿Qué tiempo puede quedarle para comprender a los negros?

—Eso mismo —dijo Roberts—. Después de todo, no parece necesario entender a los negros. En proporción directa a la estupidez del blanco está su éxito a la hora de cultivar y cosechar el mundo…

—Y de introducir el miedo a Dios en el corazón del negro —soltó el capitán Woodward—. Puede que tengas razón, Roberts. Tal vez sea su estupidez lo que lo lleva a triunfar y, sin duda, una fase de esa estupidez es su incapacidad para entender a los negros. Aunque de algo no hay duda: el blanco debe gobernar a los negros tanto si los comprende como si no. Es inevitable. Es el destino.

—Y, por supuesto, el hombre blanco es inevitable. Es el destino del negro —interrumpió Roberts—. Dile al blanco que hay madreperla en alguna laguna infestada de caníbales salvajes que se irá solo para allá, con media docena de buceadores *kanaka* y un despertador de hojalata a modo de cronómetro, todos apretados como sardinas en un espacioso queche de cinco toneladas, para dejar más sitio a la carga. Susurra que se ha descubierto oro en el Polo Norte y esa misma criatura inevitable de piel blanca se pondrá en marcha de inmediato, armada con un pico y una pala, una hoja de beicon y el último modelo de batea; y lo que es más: llegará. Dale el soplo de que hay diamantes

en las pendientes al rojo vivo del infierno y Don Hombre Blanco invadirá esas pendientes e incluso obligará a Satán a empuñar el pico y la pala. Eso es lo que ocurre cuando se es estúpido e inevitable.

—Pero me pregunto qué pensará el hombre negro de… de la inevitabilidad —dije yo.

El capitán Woodward dejó escapar una risa discreta. En sus ojos brillaba la nostalgia.

—Y yo me preguntó qué pensarían, y qué deben estar pensando aún, los negros de Malu acerca del inevitable hombre blanco que llevábamos a bordo de la *Duchess* cuando los visitamos —explicó.

Roberts preparó otros tres Abu Hamed.

—Fue hace veinte años. Se llamaba Saxtorph. Sin duda era el hombre más estúpido que he visto jamás, pero tan inevitable como la muerte. Aquel tipo solo sabía hacer una cosa: disparar. Recuerdo la primera vez que lo vi, aquí, en Apia, hace veinte años. Fue antes de que llegaras, Roberts. Yo dormía en el hotel de Dutch Henry, donde ahora está el mercado. ¿Has oído hablar de él? Juntó un buen capital con el contrabando de armas a los rebeldes, vendió el hotel y, seis semanas después, lo mataron en Sidney, en una riña de bar.

»Pero vayamos con Saxtorph. Una noche, acababa de acostarme cuando un par de gatos se pusieron a maullar en el patio. Me levanté de la cama y abrí la ventana con una jarra de agua en la mano. Pero en ese momento se abrió la ventana del cuarto de al lado. Se oyeron dos disparos y se cerró la ventana. Sé que no conseguiré transmitiros la celeridad de la operación. Diez segundos como mucho. Se abrió la ventana, el revólver dijo “bang, bang” y se cerró la ventana. Quien hubiese sido no se detuvo a ver el efecto de sus disparos. Lo sabía. ¿Me entendéis? Lo sabía. Se acabó el concierto de los gatos y, a la mañana siguiente, allí estaban los dos culpables, más tiesos que el tasajo. Me pareció un milagro. Me lo sigue pareciendo. En primer lugar, sucedió a la luz de las estrellas y Saxtorph disparó sin siquiera apuntar; segundo, disparó tan rápido que las dos explosiones fueron como una doble; y, por último, supo que había dado en el blanco sin siquiera comprobarlo.

»Dos días después vino a verme al barco. Por entonces yo era primer oficial de la *Duchess*, una goleta descomunal de ciento cincuenta toneladas dedicada a reclutar mano de obra indígena. Y permitid que os diga que, en aquellos tiempos, los que se ocupaban de conseguir mano de obra nueva engañaban y raptaban sin disimulo. No había inspectores enviados por el Gobierno. Tampoco contábamos nosotros con protección gubernamental. Era un trabajo duro, un toma y daca porque nosotros también moríamos sin que

nadie se quejara y llevábamos negros de cualquier isla de los mares del Sur de la que no nos echasen a patadas. Pues Saxtorph subió a bordo; me dijo que se llamaba John Saxtorph. Era un hombrecillo de tonos claros: cabello rubio rojizo, tez ligeramente bronceada y ojos color arena. En él nada desentonaba. Su alma era tan neutra como su gama de colores. Dijo que estaba sin un centavo y que quería embarcarse. Podía ir de grumete, cocinero, sobrecargo o marinero. No sabía nada de las obligaciones de ninguno de esos puestos, pero estaba dispuesto a aprender. Yo no lo quería a bordo, pero su forma de disparar me había impresionado tanto que lo acepté como marinero, con un sueldo de tres libras al mes.

»Tenía muchas ganas de aprender, eso no lo niego, pero su constitución se lo impedía. Era tan poco hábil cuarteando la aguja como lo sería yo si quisiera preparar los cócteles al estilo de Roberts. En cuanto al gobierno del barco, hizo que me salieran las primeras canas. Jamás me atreví a dejarle el timón si había oleaje, mientras que «a toda vela» y «de ceñida» eran misterios irresolubles para él. Ni siquiera entendía la diferencia entre escota y aparejo, le resultaba imposible. La trinquetilla y la escandalosa de mesana le parecían lo mismo. Le pedías que lascase la escota mayor y, cuando te querías dar cuenta, había dejado que la vela se desplomase de golpe. Se cayó tres veces por la borda y no sabía nadar. Pero siempre estaba alegre, nunca se mareaba y era el hombre más dispuesto que he visto. Un tipo muy reservado. Jamás hablaba de sí mismo. Su historia, por lo que a nosotros respectaba, comenzó el día que se enroló en la *Duchess*. ¿Dónde aprendió a disparar? Sabe Dios. Era yanqui, eso lo sabemos por su entonación nasal. Pero no supimos nada más.

»Y ahora vayamos al grano. Tuvimos mala suerte en las Nuevas Hébridas, solo conseguimos catorce nativos en cinco semanas y zarpamos, con el sudeste a popa, rumbo a las Salomón. Malaita, tanto entonces como ahora, era un buen lugar para reunir nuevos trabajadores, así que echamos el ancla en Malu, situada al extremo noroeste. Allí hay un arrecife exterior y otro interior, por lo que fondear no resulta nada sencillo, pero logramos maniobrar sin problemas y luego disparamos nuestra dinamita para avisar a los negros de que debían acercarse y dejarse reclutar. En tres días no conseguimos ni uno. Los negros se nos acercaban a cientos en sus canoas, pero se reían cuando les mostrábamos los abalorios, el percal o las hachas y les hablábamos de las maravillas de trabajar en las plantaciones samoanas.

»El cuarto día las cosas cambiaron. Más de cincuenta nativos firmaron y fueron alojados en la bodega principal, con libertad para moverse por la

cubierta, por supuesto. Y también por supuesto, echando la vista atrás, aquella firma a gran escala resultaba sospechosa, pero en aquel momento pensamos que algún jefe habría levantado la prohibición de apuntarse al trabajo. La mañana del quinto día nuestros dos botes se acercaron a la orilla, como siempre, uno para cubrir al otro por si surgían problemas. Y, como siempre, los cincuenta negros que ya estaban a bordo se encontraban en cubierta, haraganeando, charlando, fumando y durmiendo. Saxtorph y yo, junto con cuatro marineros más, éramos los únicos que permanecíamos a bordo. Los dos botes iban tripulados por hombres de las islas Gilbert. En uno se encontraban el capitán, el sobrecargo y el reclutador. En el otro, que era el que los protegía y permanecía a unos cien metros de la orilla, iba el segundo oficial. Ambos botes estaban bien armados, aunque no esperábamos que surgieran problemas.

»Cuatro marineros, Saxtorph incluido, se ocupaban de raspar la barandilla de popa. El quinto, rifle en mano, hacía guardia junto al tanque de agua situado a proa del palo mayor. Yo me encontraba a proa, dando los últimos toques al nuevo racamento de la escandalosa. Me agachaba para recoger la pipa del lugar donde la había dejado, cuando oí un disparo procedente de la orilla. Me enderecé para mirar. Sentí un golpe en la nuca que casi me hizo perder el sentido y me derribó. Lo primero que pensé fue que había caído algo desde el mástil, pero mientras me desplomaba y antes de llegar al suelo oí la barahúnda que armaban los rifles desde los botes, por lo que me giré hacia un lado y pude ver al marinero que hacía guardia. Dos negros enormes le sujetaban los brazos y un tercer negro lo decapitaba desde atrás con un hacha.

»Aún puedo verlo ahora: el tanque de agua, el palo mayor, la pandilla que lo agarraba y el hacha cayendo sobre su nuca, todo bajo un sol abrasador. Esa visión gradual de la muerte me fascinó. El hacha tardó demasiado en descender. La vi golpear por fin y las piernas del hombre cedieron mientras se desmoronaba. Los negros lo sostuvieron con fuerza para que el otro le pegase un par de tajos más. Entonces yo también recibí un par de tajos más en la cabeza y decidí que estaba muerto. Lo mismo pensó el animal que me macheteaba. No podía moverme y allí me quedé, viendo como los otros le arrancaban la cabeza por completo al centinela. Debo decir que lo hicieron bastante bien. Tenían experiencia.

»Ya no se oían disparos procedentes de los botes y tuve muy claro que habían acabado con ellos y que nuestro fin había llegado. En cuestión de unos minutos vendrían a buscar mi cabeza. Evidentemente, en ese momento se encontraban recogiendo las de los marineros a popa. En Malaita las cabezas

tienen mucho valor, sobre todo las blancas. Ocupan un lugar destacado en las cabañas donde se reúnen los hombres y se guardan las canoas de las tribus costeras. Nunca he sabido qué efecto decorativo en particular consiguen con ellas las tribus que habitan los bosques del interior, pero las valoran tanto como las de la costa.

»A pesar de mi atontamiento, pensé en escapar y, a cuatro patas, me acerqué al cabestrante, donde conseguí ponerme de pie. Desde allí miré hacia popa y vi tres cabezas sobre el puente, las cabezas de tres marineros a los que llevaba meses dando órdenes. Los negros me vieron de pie y se lanzaron en dirección a mí. Eché la mano al revólver y me di cuenta de que se lo habían llevado. No puedo decir que tuviese miedo. He estado varias veces a las puertas de la muerte, pero nunca me pareció algo tan sencillo como entonces. Mi aturdimiento era tal que nada me importaba.

»El negro que llevaba la voz de mando se había armado con un cuchillo de carnicero que encontró en la cocina y empezó a hacer muecas como si fuese un mono, mientras se disponía a cortarme en lonchas. Pero no llegó a hacerlo. Se desplomó de repente y un chorro de sangre le salió de la boca. Muy tenue, oí el ruido de un rifle que continuó sonando. Los negros fueron cayendo uno tras otro. Empecé a recuperar el sentido y me di cuenta de que nunca fallaba. Cada vez que el rifle disparaba caía un negro. Me senté en cubierta, junto al cabestrante y levanté la vista. Saxtorph estaba sentado en la cruceta del palo. No tengo ni idea de cómo había logrado llegar hasta allí, porque había subido con dos Winchester y no sé cuántas bandoleras de munición. Estaba haciendo la única cosa en el mundo que sabía hacer.

»He visto muchos tiroteos y matanzas, pero nunca nada como aquello. Permanecí sentado junto al cabestrante y presencié el espectáculo. Me sentía débil y mareado y todo me parecía un sueño. Bang, bang, bang decía su rifle y pum, pum, pum caían los negros a cubierta. Resultaba asombroso verlos caer. Tras su primer intento por atraparme, cuando ya había caído una docena de ellos, se quedaron paralizados; pero Saxtorph no dejó de disparar. Para entonces varias canoas y los dos botes llegaron desde la orilla, armados con los Snider y los Winchester que habían capturado en los botes. La descarga cerrada que le dedicaron a Saxtorph fue tremenda. Por suerte para él, los negros solo aciertan si disparan a poca distancia. No están acostumbrados a echarse el arma al hombro. Esperan a encontrarse casi pegados al hombre y entonces disparan sin apuntar, con el arma a la cadera. Cuando el rifle se calentaba demasiado, Saxtorph lo cambiaba por el otro. Por eso había subido hasta allí arriba con dos armas.

»Lo más asombroso era la rapidez de sus disparos. Y que no fallaba. Nunca ha habido algo más inevitable que aquel hombre. Era su celeridad lo que más consternaba de aquella matanza. Los nativos no tenían tiempo para pensar. Cuando lo lograban, se arrojaban por la borda y hacían volcar las canoas. Saxtorph no se detenía. El agua estaba cubierta de ellos y él, pam, pam, pam, seguía metiéndoles sus balas. Ni un fallo: yo oía claramente el golpe sordo de cada bala al enterrarse en la carne.

»Los negros se desplegaron y se dirigieron a nado hacia la orilla. El agua estaba alfombrada de cabezas que se movían. Me puse de pie, como en un sueño, y lo vi todo: las cabezas que se movían y las que dejaban de moverse. Algunos de los tiros más largos fueron magníficos. Solo un hombre alcanzó la orilla, pero en el momento en que se puso de pie para salir a tierra vadeando, Saxtorph lo derribó. Fue precioso. Y cuando un par de negros bajaron corriendo a la playa para sacarlo del agua, Saxtorph también se los cargó.

»Entonces creí que todo había terminado, pero oí que el rifle disparaba otra vez. Un nativo había salido por el tambucho de la cabina, corriendo para alcanzar la barandilla, pero cayó en plena carrera. La cabina debía de estar llena de ellos. Yo conté veinte. Salían de uno en uno y saltaban hacia la baranda. Nunca la alcanzaban. Me hizo pensar en el tiro al plato: un cuerpo negro brotaba del tambucho, el rifle de Saxtorph hacía bang y el cuerpo negro caía. Por supuesto, los que estaban abajo no sabían lo que pasaba en cubierta, por eso continuaron saliendo hasta que no quedó ni uno.

»Saxtorph aguardó un rato para asegurarse y luego bajó a cubierta. Él y yo éramos lo único que restaba de la dotación de la *Duchess*; yo estaba bastante mal y él no servía para nada, una vez terminado el tiroteo. Siguiendo mis instrucciones, lavó las heridas que yo tenía en el cuero cabelludo y las cosió. Un buen trago de whisky me dio fuerzas para intentar salir de allí. No podíamos hacer otra cosa. Los demás habían muerto. Intentamos largar velas, Saxtorph izando y yo manteniendo la vuelta en el carrete. Volvía a ser un inútil marinero de agua dulce. Era incapaz de usar el polipasto y, cuando yo me desmayé, parecía que estábamos acabados.

»Al recuperar el sentido, vi a Saxtorph sentado sobre la barandilla, presa de la impotencia, aguardando para preguntarme qué podía hacer. Le dije que diera un repaso a los heridos, a fin de comprobar si alguno podía arrastrarse. Reunió a seis. Recuerdo que uno tenía una pierna rota, pero Saxtorph dijo que bien podía usar los brazos. Yo yacía a la sombra, espantando a las moscas y dirigiendo la operación, mientras Saxtorph daba órdenes a su pandilla de lesionados. Podéis creerme que obligó a aquellos pobres negros a halar de

todos los cabos de los cabilleros antes de encontrar las drizas. Uno de ellos soltó el cabo en plena maniobra de izado y se derrumbó, muerto, sobre la cubierta, pero Saxtorph vapuleó a los otros y logró que continuasen trabajando. Una vez izadas la mayor y el trinquete, le dije que retirase el grillete de la cadena del ancla y la soltase. Antes me habían ayudado a llegar a popa, junto al timón, porque me iba a ocupar de manejarlo. No imagino cómo lo hizo, pero en lugar de retirar el grillete, echó la segunda ancla, de manera que nos vimos doblemente amarrados.

»Al final consiguió retirar ambos grilletes e izar la trinquetilla y el foque, y la *Duchess* se encaminó hacia la salida. Nuestra cubierta era un espectáculo. Por todas partes había negros muertos y moribundos. Se habían apretujado en los sitios más inconcebibles. La cabina estaba llena, porque se arrastraron como pudieron para huir de la cubierta y al final murieron allí. Puse a trabajar a Saxtorph y su pandilla de moribundos y les dije que los arrojaran por la borda. Allá se fueron por la borda vivos y muertos. Aquel día los tiburones tuvieron donde elegir. Por supuesto, nuestros cuatro marineros asesinados siguieron el mismo camino, aunque metimos sus cabezas en un saco con peso, de manera que bajo ningún concepto pudiesen avanzar a la deriva hasta la playa y acabar en manos de los negros.

»Decidí utilizar como tripulación a nuestros cinco prisioneros, pero ellos decidieron otra cosa. Aguardaron a que surgiera la oportunidad y se lanzaron por la borda. Saxtorph echó mano de su revólver y acabó con dos de ellos en pleno aire, y habría matado a los otros tres en el agua si yo no se lo hubiese impedido. Estaba harto de tanta matanza. Además, nos habían ayudado a sacar la goleta de allí. Aunque no sirvió de mucho mi compasión porque se los comieron los tiburones.

»Tuve fiebre cerebral o algo parecido en cuanto nos apartamos de la costa. Lo cierto es que la *Duchess* permaneció a la capa durante tres semanas, hasta que me recuperé y la llevamos a Sidney. De cualquier modo, los negros de Malu aprendieron la eterna lección que dice que no es bueno meterse con un blanco. En su caso, Saxtorph resultó verdaderamente inevitable.

Charley Roberts dejó escapar un prolongado silbido y comentó:

—De eso no cabe duda. Pero ¿qué ha sido de Saxtorph?

—Se pasó a la caza de focas para comerciar con sus pieles y se convirtió en una gran figura. Durante seis años fue uno de los más buscados y mejor pagados, tanto en la flota de Victoria como en la de San Francisco. El séptimo año, un crucero ruso capturó a su goleta en el mar de Bering y, según cuentan,

toda la tripulación acabó en las minas de sal de Siberia. Al menos yo no he vuelto a saber nada de él.

—Cultivar y cosechar el mundo —murmuró Roberts—. Cultivar y cosechar el mundo. Pues brindo por ellos. Alguien tiene que hacerlo…, me refiero a cultivar y cosechar el mundo.

El capitán Woodward se frotó las cicatrices de la calva.

—Yo ya he cumplido con mi parte —dijo—. Lo he hecho durante cuarenta años. Este será mi último viaje. Luego me iré a casa y allí me quedaré.

—Te apuesto todo el vino que quieras a que no es así —lo desafió Roberts —. Morirás con las botas puestas, no en casa.

El capitán Woodward aceptó la apuesta de inmediato, pero yo creo que Charley Roberts lleva las de ganar.

[1908]



La fuerza de los fuertes

> Las parábolas no mienten, pero los
> mentirosos hablarán en parábolas.
>
> LIP-KING

EL ANCIANO BARBA LARGA hizo una pausa en su narrativa, se lamió los dedos grasientos y se los limpió en la zona desnuda de los costados, donde su raída piel de oso no le cubría el cuerpo. A su alrededor se acuclillaban tres jóvenes, sus nietos: Corredor de Ciervos, Cabeza Amarilla y Miedo a la Oscuridad. En apariencia eran muy similares. Se cubrían en parte con pieles de animales salvajes. Eran delgados, enjutos, de caderas estrechas y piernas torcidas y, al mismo tiempo, anchos de pecho, con brazos fornidos y manos enormes. Tenían mucho pelo en hombros, pecho y costados de brazos y piernas. Las cabezas estaban cubiertas de cabello apelmazado y sin cortar, cuyos largos mechones a menudo caían sobre los ojos, negros, pequeños y brillantes como los de los pájaros. Había poco espacio entre los ojos y mucho entre las mejillas, y la mandíbula inferior era enorme y prominente.

La luz de las estrellas iluminaba la noche y bajo ellos se extendían, en la distancia, cordillera tras cordillera de colinas cubiertas de bosques. A lo lejos, el resplandor de un volcán teñía el cielo de rojo. A sus espaldas se abría la negra boca de una cueva, de la que de vez en cuando salían ráfagas de viento que provocaban las comentes de aire. Delante de ellos ardía una hoguera. A un lado, devorado en parte, un oso muerto a cuyo alrededor se apiñaban, aunque a una distancia considerable, varios perros grandes, peludos como lobos. Junto a cada hombre, su arco, flechas y un garrote muy grande. En la entrada a la cueva, varias lanzas rudimentarias permanecían apoyadas contra la roca.

—Y así pasamos de la cueva al árbol —dijo el anciano Barba Larga.

Se rieron escandalosamente, como niños pequeños, al recordar un relato anterior que esas palabras invocaron. Barba Larga se rió también y los diez centímetros de aguja de hueso que atravesaba el cartílago de su nariz saltaba, bailaba y aumentaba su ferocidad. No pronunció exactamente las palabras documentadas, sino que emitió sonidos como los que hacen los animales y que venían a significar lo mismo.

—Eso es lo primero que recuerdo del Valle del Mar —continuó Barba Larga—. Eramos un grupo de idiotas. No conocíamos el secreto de la fuerza. Porque, veréis, cada familia vivía por su cuenta y se ocupaba solo de sí misma. Había treinta familias, pero no compartíamos la fuerza. Nos temíamos las unas a las otras. Nadie hacía visitas. Levantábamos una casa de paja en la copa de nuestro árbol y en el tablado exterior apilábamos piedras que lanzábamos a la cabeza de cualquiera que intentase visitarnos. También teníamos lanzas y flechas. Nunca pasábamos bajo los árboles de las otras familias. Mi hermano pasó una vez bajo el árbol de Boo-oogh, le rompieron la cabeza y ese fue su fin.

»Boo-oogh era muy fuerte. Se decía que podía arrancarle de cuajo la cabeza a un hombre adulto. Que yo sepa, nunca lo hizo porque nadie le dio la oportunidad. Padre tampoco. Un día, cuando padre estaba en la playa, Boo-oogh persiguió a madre. Ella no podía correr porque el día anterior un oso le había arañado la pierna con sus garras cuando estaba en la montaña recogiendo bayas. Así que Boo-oogh la atrapó y se la llevó a su árbol. Padre no la recuperó. Tenía miedo. Boo-oogh se burló de él.

»Pero a padre no le importó. Brazo Fuerte también tenía fuerza. Era uno de los mejores pescadores. Pero un día, mientras trepaba en busca de huevos de gaviota, se cayó del acantilado. Después de eso perdió la fuerza. Tosía mucho y sus hombros se encogieron. Así que padre se llevó a la mujer de Brazo Fuerte. Cuando vino a toser bajo nuestro árbol, padre se rió de él y le tiró piedras. Así nos portábamos entonces. No sabíamos unir fuerzas para ser más fuertes.

—¿Un hombre podía llevarse a la mujer de su hermano? —preguntó Corredor de Ciervos.

—Sí, si se había ido a vivir a otro árbol, por su cuenta.

—Pero ahora no hacemos esas cosas —objetó Miedo a la Oscuridad.

—Porque yo enseñé a vuestros padres a portarse mejor —Barba Larga hundió su mano peluda en la carne del oso y sacó un puñado de sebo, que chupó con aire meditativo. Volvió a limpiarse las manos en sus costados

desnudos y continuó—: Lo que os cuento ocurrió hace mucho, antes de que supiéramos portarnos mejor.

—Debíais de ser muy idiotas, si no sabíais lo que era mejor para vosotros —comentó Corredor de Ciervos mientras Cabeza Amarilla soltaba un gruñido de aprobación.

—Lo éramos, y aún lo fuimos más, como veréis. Pero aprendimos, y así fue cómo. Nosotros, los comedores de pescado no habíamos aprendido a juntar fuerzas hasta que nuestra fuerza fuese la de todos. Pero los comedores de carne, que vivían al otro lado de la divisoria del Valle Grande, estaban juntos, cazaban juntos, pescaban juntos y luchaban juntos. Un día llegaron a nuestro valle. Cada familia de las nuestras se refugió en su cueva y en su árbol. Los comedores de carne solo eran diez, pero luchaban juntos y nuestras familias lo hacían por separado.

Barba Larga contó con los dedos durante un buen rato, confuso.

—Nosotros éramos sesenta hombres —consiguió decir cuando sus dedos y sus labios se combinaron—. Y éramos muy fuertes, aunque no lo sabíamos. Nos quedamos mirando mientras los diez hombres atacaban el árbol de Boo-oogh. Él luchó bien, pero no tenía ni la más mínima oportunidad. Nosotros mirábamos. Cuando varios comedores de carne intentaron subir al árbol, Boo-oogh se dejó ver para arrojarles piedras, momento en el que los otros comedores de carne, que estaban esperando a que eso ocurriera, lo llenaron de flechas. Ese fue el final de Boo-oogh.

»Después, los comedores de carne atacaron la cueva de Un Ojo y su familia. Encendieron una hoguera en la entrada y el humo lo obligó a salir, como hicimos hoy nosotros con el oso. Luego fueron tras Seis Dedos, subieron a su árbol y, mientras lo mataban, a él y a su hijo adulto, los demás huimos. Se llevaron a algunas de nuestras mujeres y mataron a dos ancianos que no corrieron lo suficiente y a varios niños. A las mujeres se las llevaron al Valle Grande.

»Los demás regresamos cuando se fueron y, quizá porque teníamos miedo y sentimos que nos necesitábamos los unos a los otros, nos reunimos para hablar del asunto. Fue nuestro primer consejo, nuestro primer consejo de verdad. Y en ese consejo formamos nuestra primera tribu. Porque habíamos aprendido la lección. De los diez comedores de carne, cada hombre había tenido la fuerza de diez porque los diez habían luchado como si fuesen uno. Habían unido sus fuerzas. Pero las treinta familias y los sesenta hombres que éramos nosotros habíamos tenido la fuerza de un solo hombre, porque cada uno había luchado por separado.

»Fue una gran conversación y fue difícil porque entonces no teníamos palabras, como ahora, para hablar. Tiempo después Bicho hizo algunas de las palabras y, de vez en cuando, los demás también hicimos otras palabras. Pero al final acordamos unir fuerzas y ser uno solo cuando los comedores de carne cruzasen la divisoria para robarnos a las mujeres. Esa fue la tribu.

»Mandamos dos hombres a la divisoria, uno de día y otro de noche, para vigilar si venían los comedores de carne. Eran los ojos de la tribu. Además, de día y de noche, había siempre diez hombres despiertos con los garrotes, las lanzas y las flechas a mano, listos para luchar. Antes, cuando un hombre iba a buscar peces, almejas o huevos de gaviota, se llevaba sus armas y la mitad del tiempo buscaba comida y la otra mitad vigilaba por miedo a que otro hombre lo atacase. Todo eso cambió. Los hombres salían sin las armas y pasaban todo el tiempo buscando comida. Además, cuando las mujeres iban a la montaña a recoger bayas, cinco de los diez hombres las acompañaban para protegerlas. Mientras, día y noche, los ojos de la tribu vigilaban en lo alto de la divisoria.

»Pero llegaron los problemas. Como siempre, fue debido a las mujeres. Los hombres sin esposa buscaban a las mujeres de otros hombres, por lo que peleaban mucho y de vez en cuando alguien acababa con la cabeza rota o con una lanza en el cuerpo. Mientras uno de los vigilantes estaba en la divisoria, otro hombre le robó a la mujer y él bajó a luchar. Entonces el otro vigilante tuvo miedo de que le robaran a su esposa y bajó también. Los diez hombres que siempre iban armados discutieron entre ellos y cinco se pelearon con los otros cinco, hasta que unos huyeron hacia la costa y los demás los persiguieron.

»Así fue como la tribu se quedó sin ojos y sin guardianes. No teníamos la fuerza de sesenta. No teníamos fuerza. Entonces celebramos un consejo y creamos nuestras primeras leyes. Yo solo era un niño, pero me acuerdo. Decidimos que, para ser fuertes, no podíamos luchar entre nosotros e hicimos una ley que decía que, si un hombre mataba a otro, la tribu lo mataría a él. Otra ley decía que la tribu mataría a quien robase a la mujer de otro hombre. Dijimos que, si alguien tenía mucha fuerza y la usaba para hacer daño a sus hermanos de la tribu, lo mataríamos para que no hiciese más daño. Porque, si lo permitíamos, los demás tendrían miedo, la tribu se separaría y seríamos tan débiles como la primera vez que llegaron los comedores de carne y mataron a Boo-oogh.

»Nudillo era un hombre fuerte, un hombre muy fuerte, y no respetaba la ley. Solo respetaba su propia fuerza y con el paso del tiempo acabó robándole la mujer a Tres Almejas. Tres Almejas intentó luchar, pero Nudillo le abrió la

cabeza de un garrotazo. Sin embargo. Nudillo había olvidado que todos los hombres habíamos acordado unir fuerzas para mantener la ley, y lo matamos al pie de su árbol; luego colgamos su cuerpo de una rama como advertencia de que la ley era más fuerte que ningún hombre. Porque nosotros éramos la ley, todos nosotros, y ningún hombre era superior a la ley.

»Después surgieron más problemas. Y es que debéis saber, Corredor de Ciervos, Cabeza Amarilla y Miedo a la Oscuridad, que no es fácil crear una tribu. Había muchas cosas, cosas pequeñas, que suponían grandes problemas por los que había que reunir a los hombres y celebrar consejo. Celebrábamos consejos por la mañana, al mediodía, por la tarde, por la noche y de madrugada. Nos quedaba poco tiempo para salir a buscar comida porque siempre había algo que solucionar, como elegir a dos nuevos vigilantes que ocupasen el lugar de los anteriores en la colina o decidir cuánta comida correspondía a los hombres que siempre tenían las armas a mano y no podían salir a buscar la suya.

»Necesitábamos un jefe que se ocupara de todo eso, que fuese la voz del consejo y que rindiese cuenta de sus actos ante el consejo. Así que nombramos jefe a Fu-Fu. También era fuerte, y muy astuto, y cuando se enfadaba hacía ruidos como ese, fu-fu, el bufido de un gato salvaje.

»Los diez guardianes de la tribu se pusieron a trabajar levantando un muro de piedras que cruzaba la parte más estrecha del valle. Las mujeres y los niños mayores les ayudaron, al igual que otros hombres, hasta que el muro fue lo bastante fuerte. Después, todas las familias bajaron de sus cuevas y sus árboles y levantaron casas de paja al resguardo del muro. Las casas eran grandes y mucho mejores que los árboles y las cuevas, y todo el mundo vivía mejor porque habíamos unido fuerzas y éramos una tribu. Gracias al muro, los guardianes y los vigilantes, teníamos más tiempo para cazar, pescar y recoger raíces y bayas. Había más comida, mejor comida, y nadie pasaba hambre. Y Tres Piernas, así llamado porque de pequeño se había roto las piernas y usaba un bastón para caminar, pues Tres Piernas consiguió la semilla del maíz silvestre y la plantó en la tierra del valle, junto a su casa. Además, también probó a plantar raíces y otras cosas que encontraba en los valles de montaña.

»Como la vida en el Valle del Mar era segura, por el muro, los guardianes y los vigilantes, y como había comida de sobra para todos sin tener que luchar para conseguirla, muchas familias llegaron de los valles costeros de ambos lados y de las zonas altas de las montañas, donde habían vivido más como animales salvajes que como hombres. El Valle del Mar no tardó en llenarse de

familias. Pero antes de que eso ocurriera, la tierra, que había sido para todos y pertenecía a todos, se dividió. Tres Piernas fue el primero, al plantar el maíz. Aunque a la mayoría no nos preocupaba la tierra. Nos parecía que marcar límites con cercas de piedra era una tontería. Teníamos comida de sobra, ¿qué más podíamos querer? Recuerdo que mi padre y yo levantamos cercas de piedra para Tres Patas y él, a cambio, nos dio maíz.

»De manera que unos pocos se quedaron con toda la tierra y Tres Piernas era quien más tenía. Además, otros que también cercaron tierra se la dieron a esos pocos que tenían la mayoría, y recibieron por ella maíz, raíces, pieles de oso y pescado que los cultivadores aceptaban de los pescadores a cambio de maíz. Cuando nos dimos cuenta, ya no quedaba tierra.

»Por entonces murió Fu-Fu y Diente de Perro, su hijo, fue nombrado jefe. Exigió que se le nombrase jefe porque su padre lo había sido antes que él. Además, se consideraba mejor jefe que su padre. Al principio lo fue y trabajaba mucho, de manera que el consejo tenía cada vez menos cosas que hacer. Entonces surgió una nueva voz en el Valle del Mar. Era Labio Torcido. Nunca le habíamos hecho demasiado caso, hasta que empezó a hablar con los espíritus de los muertos. Después lo llamamos Mucha Grasa, porque comía demasiado y no trabajaba y se puso muy gordo. Un día Mucha Grasa nos dijo que él conocía los secretos de los muertos y que era la voz de Dios. Se hizo muy amigo de Diente de Perro, quien nos ordenó que construyésemos una casa de paja para Mucha Grasa. Mucha Grasa rodeó su casa de tabúes y retuvo en ella a Dios.

»Poco a poco, Diente de Perro se hizo más importante que el consejo y, cuando el consejo se quejó y amenazó con nombrar un nuevo jefe, Mucha Grasa habló con la voz de Dios y dijo que no. Tres Piernas y los otros dueños de la tierra apoyaron a Diente de Perro. Además, León Marino era el hombre más fuerte del consejo, y los dueños de las tierras le dieron tierra en secreto, junto con muchas pieles de oso y cestos de maíz. Así que León Marino dijo que la voz de Mucha Grasa era la verdadera voz de Dios y debía ser obedecida. Poco después, León Marino fue nombrado la voz de Diente de Perro y casi siempre hablaba en su nombre.

»También estaba Barriga Pequeña, un hombrecillo tan delgado que parecía que no comía. En la parte interior de la desembocadura del río, después de que el banco de arena frenase la fuerza de las olas, construyó una gran trampa para peces. Antes nadie había visto o imaginado una trampa para peces. Trabajó varias semanas en ella, con su mujer y su hijo, mientras los demás nos reíamos de sus esfuerzos. Pero cuando la terminó, el primer día

atrapó en ella más peces que toda la tribu junta durante una semana, por lo que todos nos alegramos mucho. Solo había otro lugar en el río donde podía construirse una trampa para peces, pero cuando mi padre, yo y otra docena de hombres empezamos a hacer una muy, muy grande, llegaron los guardias desde la casa de paja que le habíamos hecho a Diente de Perro. Los guardias nos golpearon con las puntas de las lanzas y nos ordenaron marchar, porque Barriga Pequeña iba a levantar allí una trampa para peces por mandato de León Marino, que era la voz de Diente de Perro.

»Hubo muchas quejas y mi padre reunió al consejo. Pero, cuando se levantó para hablar, León Marino le clavó una lanza en la garganta y lo mató. Diente de Perro, Barriga Pequeña, Tres Piernas y todos los que tenían tierras dijeron que estaba bien. Y Mucha Grasa dijo que era voluntad de Dios. Después de eso, todos temían levantarse para hablar en el consejo y ya no hubo más consejos.

»Otro hombre, Morro de Cerdo, empezó a criar cabras. Había visto cómo lo hacían los comedores de carne y no tardó mucho en tener varios rebaños. Otros hombres, sin tierras ni trampas para peces y que de otra forma habrían pasado hambre, se alegraron de trabajar para Morro de Cerdo, cuidando de sus cabras, protegiéndolas de los perros salvajes y los tigres y guiándolas hasta los pastos de las montañas. A cambio, Morro de Cerdo les daba carne de cabra para comer y pieles de cabra para vestir. A veces cambiaban la carne por pescado, maíz y raíces.

»Fue entonces cuando nació el dinero. León Marino fue el primero al que se le ocurrió y lo habló con Diente de Perro y Mucha Grasa. Esos tres eran los únicos que tenían una parte de todo lo que había en el Valle del Mar. Una cesta de maíz de cada tres era suya, un pescado de cada tres, una cabra de cada tres. A cambio, alimentaban a los guardianes y a los vigilantes. El resto era para ellos. A veces, cuando la captura de peces era muy grande, no sabían qué hacer con su parte. Así que León Marino mandó a las mujeres hacer dinero con las conchas: las convertían en piezas pequeñas, redondas, con un agujero, lisas y suaves. Las ensartaban en cuerdas y esas cuerdas se llamaron dinero.

»Cada cuerda valía treinta peces, o cuarenta, pero las mujeres, que hacían una cuerda al día, solo recibían dos peces por cabeza. Los peces salían de la parte de Diente de Perro, Mucha Grasa y León Marino, de la parte que no se comían. De manera que todo el dinero era de ellos. Después le dijeron a Tres Piernas y a los otros dueños de tierras que querían recibir su parte de maíz y raíces en dinero, a Barriga Pequeña que querían recibir su parte de peces en

dinero y a Morro de Cerdo lo mismo con las cabras y el queso. Así, un hombre que no tenía nada trabajaba para quien tenía y le pagaba con dinero. Con ese dinero compraba maíz, peces, carne y queso. Y Tres Piernas y los demás propietarios de cosas pagaban en dinero a Diente de Perro, León Marino y Mucha Grasa la parte que les correspondía. Ellos pagaban con dinero a los guardianes y los vigilantes, y ellos, con ese dinero, compraban comida. Como el dinero era barato, Diente de Perro convirtió en guardianes a muchos más hombres. Y, como hacer dinero costaba poco, varios hombres empezaron a hacer dinero ellos mismos, usando las conchas. Pero los guardianes los llenaron de lanzas y de flechas porque intentaban acabar con la tribu. Acabar con la tribu era malo, porque los comedores de carne cruzarían la divisoria y los matarían a todos.

»Mucha Grasa era la voz de Dios, pero cogió a Costilla Rota y lo nombró sacerdote, de manera que se convirtió en la voz de Mucha Grasa y casi siempre hablaba en su nombre. Los dos tenían a otros hombres como sirvientes. Así también Barriga Pequeña, Tres Piernas y Morro de Cerdo buscaron otros hombres para que esperasen bajo el sol alrededor de sus casas y enviaran mensajes y diesen órdenes en nombre de ellos. Cada vez más hombres abandonaban el trabajo y los que quedaban tenían que esforzarse más que nunca. Parecía que nadie deseaba trabajar y todos intentaban buscar la forma de que otros trabajasen para ellos. Ojos Torcidos encontró esa forma. Usó el fuego para hacer la primera cerveza de maíz. Después ya no trabajó más porque habló en secreto con Diente de Perro, Mucha Grasa y los demás jefes, y entre todos acordaron que él sería el único en hacer cerveza. Pero no era Ojos Torcidos quien la hacía. Otros hombres la hacían por él y él les pagaba con dinero. Luego vendía la cerveza a cambio de dinero y todos los hombres la compraban. Les dio muchas cuerdas de dinero a Diente de Perro, León Marino y todos los demás.

»Mucha Grasa y Costilla Rota apoyaron a Diente de Perro cuando tomó una segunda esposa, y una tercera. Dijeron que Diente de Perro era distinto a otros hombres y solo estaba por encima de él el Dios que Mucha Grasa guardaba en su casa de los tabúes. Diente de Perro estuvo de acuerdo y preguntó quiénes eran ellos para quejarse por el número de esposas que él tuviese. Diente de Perro mandó hacer una canoa grande y dejó a muchos más hombres sin trabajar, hombres que no hacían nada más que tumbarse al sol, excepto cuando Diente de Perro salía en la canoa, porque remaban para él. Nombró a Cara de Tigre jefe de todos los guardianes, de manera que Cara de Tigre se convirtió en su mano derecha y, si un hombre no le gustaba, Cara de

Tigre se ocupaba de matarlo. Cara de Tigre también nombró a otro hombre su mano derecha, para que llevase sus órdenes y matase por él.

»Lo extraño era que, con el paso de los días, los que quedábamos teníamos que trabajar cada vez más, pero recibíamos menos para comer.

—¿Y qué pasó con las cabras, el maíz, las raíces y la trampa para peces? —preguntó Miedo a la Oscuridad—. ¿Qué pasó con todo eso? ¿No se ganaba comida con el trabajo del hombre?

—Sí —asintió Barba Larga—. Tres hombres en la trampa para peces pescaban más que toda la tribu junta antes de que hubiese trampa. Pero ¿no os he dicho que éramos unos idiotas? Cuanta más comida podíamos conseguir, menos teníamos para comer.

—¿Y no estaba claro que los muchos hombres que no trabajaban se lo comían todo? —quiso saber Cabeza Amarilla.

Barba Larga asintió con tristeza.

—Los perros de Diente de Perro estaban hartos de carne y los hombres que se tendían al sol y no trabajaban nadaban en grasa. Al mismo tiempo, había niños pequeños que se dormían a fuerza de llorar de hambre.

Tanto hablar de comida y hambre llevó a Corredor de Ciervos a arrancar un pedazo de carne de oso, clavarlo en un palo y asarlo sobre las brasas. Luego lo devoró, relamiéndose, mientras Barba Larga continuaba diciendo:

—Cuando nos quejamos, Mucha Grasa se puso en pie y, con la voz de Dios, dijo que Dios había elegido a los sabios para que fuesen dueños de la tierra, las cabras, la trampa para peces y la cerveza, y que sin esos sabios todos seríamos animales, como en los días en que vivíamos en los árboles.

»Entonces se levantó uno que luego se convirtió en el que cantaba canciones para el rey. Lo llamaban Bicho porque era pequeño, torpe y feo y no destacaba en el trabajo ni en ninguna otra cosa. Le gustaban los huesos de caña más grandes, los mejores peces, la leche caliente recién ordeñada de las cabras, el primer maíz que maduraba y el mejor sitio junto al fuego. Al convertirse en quien cantaba canciones para el rey, encontró la forma de no hacer nada y engordar. Cuando la gente continuó quejándose y algunos tiraron piedras a la casa del rey. Bicho cantó una canción que hablaba de lo bueno que era ser un comedor de pescado. En ella decía que los comedores de pescado eran los elegidos de Dios y los mejores hombres que Dios había hecho. En su canto, los comedores de carne eran cerdos y cuervos, y dijo que era muy bueno que los comedores de pescado luchasen y muriesen haciendo la obra de Dios, que era matar a los comedores de carne. Las palabras de su canto cayeron como fuego sobre nosotros y pedimos a gritos que nos guiasen

contra los comedores de carne. Olvidamos que teníamos hambre y por qué nos habíamos quejado, y nos alegramos de que Cara de Tigre nos guiase más allá de la divisoria, donde matamos muchos comedores de carne y nos sentimos satisfechos.

»Pero las cosas no mejoraron en el Valle del Mar. La única forma de conseguir comida era trabajar para Tres Piernas o Barriga Pequeña o Morro de Cerdo, porque no había tierras en las que plantar maíz para nosotros. A menudo, Tres Piernas y los otros no tenían trabajo para tantos hombres y esos pasaban hambre, junto con sus mujeres, sus hijos y sus ancianos. Cara de Tigre dijo que, si querían, podían ser guardianes y muchos aceptaron, por lo que ya no trabajaron más, excepto para picar con las lanzas a quienes trabajaban y se quejaban de tener que alimentar a tantos holgazanes.

»Siempre que nos quejábamos, Bicho cantaba. Decía que Tres Piernas, Morro de Cerdo y los demás eran hombres fuertes y por eso tenían tantas cosas. Decía que debíamos alegrarnos de contar con hombres tan fuertes, porque si no moriríamos por nuestra propia inutilidad y a manos de los comedores de carne. Por eso debíamos alegrarnos de permitir que esos hombres fuertes tuviesen todo cuanto pudieran acumular. Mucha Grasa, Morro de Cerdo, Cara de Tigre y los demás dijeron que era verdad.

»“Muy bien”, dijo entonces Colmillo Largo, “pues yo también seré un hombre fuerte”. Cogió maíz, empezó a hacer cerveza y la vendió a cambio de cuerdas de dinero. Cuando Ojos Torcidos se quejó, Colmillo Largo le dijo que él también era un hombre fuerte y que, si Ojos Torcidos se quejaba, le abriría la cabeza a golpes. Ojos Torcidos tuvo miedo y fue a hablar con Tres Piernas y Morro de Cerdo. Luego los tres fueron a ver a Diente de Perro. Diente de Perro habló con León Marino y León Marino le envió un mensaje a Cara de Tigre. Cara de Tigre mandó a sus guardianes, quienes quemaron la casa de Colmillo Largo junto con la cerveza que había hecho. También lo mataron a él y a toda su familia. Mucha Grasa dijo que estaba bien y Bicho cantó otra canción sobre lo bueno que era respetar la ley, lo buena que era la tierra del Valle del Mar y que todos los que amasen el Valle del Mar deberían ir a matar a los malos comedores de carne. De nuevo su canto nos encendió y olvidamos quejarnos.

»Era muy raro. Cuando Barriga Pequeña capturaba demasiados peces, para evitar que se vendieran muchos por poco dinero, devolvía al mar una buena parte de ellos y así le pagaban más por los que quedaban. Y Tres Piernas solía dejar sin cultivar grandes campos para recibir más a cambio de su maíz. Como las mujeres convertían las conchas en mucho más dinero del

que se necesitaba para comprar, Diente de Perro mandó parar la creación de dinero. Las mujeres se quedaron sin trabajo y ocuparon los lugares de los hombres. Yo trabajaba en la trampa para peces a cambio de una cuerda de dinero cada cinco días. Pero entonces mi hermana empezó a hacer mi trabajo y a ella le pagaban una cuerda cada diez días. Las mujeres eran más baratas y había menos comida. Cara de Tigre nos dijo que nos hiciéramos guardianes. Pero yo no podía ser guardián porque estaba cojo de una pierna y Cara de Tigre no me aceptó. Había muchos como yo. Éramos hombres deshechos que solo servíamos para suplicar trabajo o ocuparnos de los niños pequeños mientras las mujeres trabajaban.

El relato también logró que Cabeza Amarilla sintiese hambre y acercarse un pedazo de oso a las brasas.

—Pero ¿por qué no os rebelasteis, todos juntos, y matasteis a Tres Piernas, Morro de Cerdo, Mucha Grasa y los demás, para así poder comer? —preguntó Miedo a la Oscuridad.

—Porque no entendíamos —respondió Barba Larga—. Teníamos mucho en que pensar y, además, los guardianes nos amenazaban con las lanzas, Mucha Grasa hablaba de Dios y Bicho cantaba nuevas canciones. Cuando algún hombre pensaba bien y lo decía, Cara de Tigre y los guardianes se lo llevaban y lo ataban a las rocas con la marea baja para que la marea alta lo ahogase.

»El dinero era algo extraño. Como los cantos de Bicho. Parecía algo bueno, pero no lo era y tardamos en comprenderlo. Diente de Perro empezó a cosechar el dinero. Lo apilaba en una casa de paja, vigilada día y noche por los guardianes. Cuanto más dinero guardaba en la casa, más caro era, de manera que un hombre tenía que trabajar más tiempo que antes para recibir una cuerda de dinero. Además, siempre se hablaba de guerra con los comedores de carne, y Diente de Perro y Cara de Tigre llenaron muchas casas de maíz, pescado seco, carne de cabra ahumada y queso. Al apilar los alimentos de esa forma, la gente no tenía suficiente para comer. Pero ¿qué importaba eso? Cada vez que nos quejábamos de más, Bicho cantaba una nueva canción, Mucha Grasa decía que era la palabra de Dios que matásemos a los comedores de carne y Cara de Tigre nos guiaba más allá de la divisoria para matar y morir. Yo no servía para ser guardián y engordar tumbado al sol, pero cuando llegaba la guerra Cara de Tigre contaba conmigo sin dudarlo. Cuando nos comíamos todo lo guardado en las casas, dejábamos de luchar y volvíamos al trabajo para apilar comida otra vez.

—Entonces, estabais todos locos —comentó Corredor de Ciervos.

—Sí que estábamos todos locos —convino Barba Larga—. Todo era muy raro. Otro era Nariz Partida, quien dijo que era verdad que si uníamos fuerzas éramos más fuertes. También dijo que, cuando creamos la tribu, estuvo bien que los hombres cuya fuerza dañaba a la tribu perdiesen su fuerza. Hombres que rompían la cabeza a su hermano para robarle la esposa. Pero ahora la tribu no era más fuerte, sino más débil, porque había hombres con otra clase de fuerza que dañaban a la tribu: hombres que tenían la fuerza de la tierra, como Tres Piernas; que tenían la fuerza de la trampa para peces, como Barriga Pequeña; la fuerza de toda la carne de cabra, como Morro de Cerdo. Lo que había que hacer, dijo Nariz Partida, era quitarles a esos hombres su fuerza mala, obligarlos a trabajar, a todos ellos, y que nadie pudiese comer si no trabajaba.

»Y Bicho cantó otra canción sobre los hombres como Nariz Partida, que querían volver atrás y vivir en los árboles.

»Pero Nariz Partida dijo que no, que él no quería volver atrás, sino ir adelante; que en verdad solo serían fuertes si unían sus fuerzas y que, si los comedores de peces uniesen fuerzas con los comedores de carne, se acabarían las guerras y no habría más vigilantes ni guardianes. Además, al ponerse a trabajar todos los hombres, habría tanta comida que bastaría con que cada hombre trabajase solo dos horas diarias.

»Entonces Bicho volvió a cantar y cantó que Nariz Partida era un vago; también cantó la canción de las abejas. Era extraña y quienes la escucharon se volvieron locos, como si hubiesen bebido una cerveza muy fuerte. Hablaba de un enjambre de abejas y de una avispa ladrona que vivía entre las abejas y les robaba toda la miel. La avispa era vaga y les decía que no era necesario trabajar. También las empujaba a aliarse con los osos, que no eran ladrones de miel, sino muy buenos amigos. Bicho cantaba usando palabras retorcidas, pero quienes escuchaban supieron que el enjambre era el Valle del Mar, los osos eran los comedores de carne y la avispa vaga era Nariz Partida. Cuando Bicho cantó que las abejas hicieron caso a la avispa y por eso el enjambre estuvo a punto de morir, la gente gruñó y rugió. Cuando Bicho cantó que, al final, las abejas se habían rebelado y matado a la avispa con sus aguijones, la gente cogió piedras del suelo y se las arrojó a Nariz Partida hasta matarlo, hasta que lo único que se veía de él era el montón de piedras lanzadas. Entre quienes tiraron las piedras había muchos pobres de los que trabajaban duro y no tenían bastante para comer.

»Tras la muerte de Nariz Partida solo hubo otro hombre que se atrevió a decir lo que pensaba y ese fue Cara Peluda. “¿Dónde está la fuerza de los

fuertes?”, preguntó. “Nosotros somos los fuertes, todos juntos, y somos más fuertes que Diente de Perro, Cara de Tigre, Tres Piernas, Morro de Cerdo y los demás que no hacen nada, comen mucho y nos debilitan con el daño de su fuerza, que es una fuerza mala. Los hombres que son esclavos no son fuertes. Si el hombre que primero descubrió la ventaja y el uso del fuego hubiese usado su fuerza, habríamos sido sus esclavos, como somos los esclavos de Barriga Pequeña, que descubrió la ventaja y el uso de la trampa para peces; y de los hombres que descubrieron la ventaja y el uso de la tierra, de las cabras y de la cerveza. Hermanos, antes vivíamos en los árboles y nadie estaba a salvo. Pero ya no luchamos entre nosotros. Hemos unido nuestras fuerzas. Pues no luchemos más con los comedores de carne. Unamos nuestras fuerzas con las de ellos. Entonces seremos mucho más fuertes y saldremos juntos, los comedores de pescado y los comedores de carne, a matar tigres, leones, lobos y perros salvajes; llevaremos a pastar nuestras cabras a todas las laderas y plantaremos nuestro maíz y raíces en todos los valles de montaña. Ese día seremos tan fuertes que todos los animales salvajes huirán al vernos y morirán. Nada podrá resistirse a nosotros, porque la fuerza de cada hombre será la fuerza de todos los hombres del mundo”.

»Eso dijo Cara Peluda y lo mataron porque era un salvaje y quería volver atrás y vivir en los árboles. Era muy extraño. Cada vez que alguien se atrevía a levantarse y decir que quería dar un paso adelante, los que siempre estaban de pie y siempre hablaban decían que eso era volver atrás y lo mataban. Los pobres ayudaban a lanzarle piedras y eran unos idiotas. Todos éramos idiotas, excepto los que estaban gordos y no trabajaban. Llamaban sabios a los idiotas y a los sabios los mataban a pedradas. Quienes trabajaban no tenían bastante para comer y los que no trabajaban comían demasiado.

»La tribu continuó perdiendo fuerza. Los niños eran enfermizos, débiles. Como no comíamos bastante, llegaron enfermedades raras y moríamos como moscas. Entonces los comedores de carne nos atacaron. Habíamos seguido demasiadas veces a Cara de Tigre hasta el otro lado de la divisoria para matarlos. Ahora llegaban para devolvernos tanta sangre. Estábamos demasiado débiles y enfermos para proteger un muro tan grande. Nos mataron a todos, excepto a algunas de las mujeres, que se llevaron con ellos. Bicho y yo escapamos. Yo me escondí en los sitios más agrestes, me convertí en cazador de carne y no volví a pasar hambre. Robé una esposa a los comedores de carne y me fui a vivir a las cuevas de las montañas más altas, donde no pudieran encontrarme. Tuvimos tres hijos y cada uno robó una esposa a los comedores de carne. El resto ya lo sabéis, puesto que sois hijos de mis hijos.

—¿Y Bicho? —preguntó Corredor de Ciervos—. ¿Qué fue de él?

—Se fue a vivir con los comedores de carne para ocuparse de cantarle canciones al rey. Ya es un anciano, pero sigue cantando las mismas canciones de siempre. Y cuando un hombre se levanta para hablar y dar un paso adelante, él canta que ese hombre vuelve hacia atrás para vivir en los árboles.

Barba Larga metió la mano entre la carne del oso y, con sus encías sin dientes, chupó un puñado de sebo.

—Algún día —dijo mientras se limpiaba las manos en los costados—, todos los idiotas habrán muerto y los hombres que queden vivos darán un paso adelante para avanzar. Tendrán la fuerza de los fuertes y unirán fuerzas, de manera que ningún hombre del mundo luche con otro. No habrá guardianes ni vigilantes en los muros. Matarán toda clase de animales de caza y, como dijo Cara Peluda, las cabras pastarán en todas las laderas y en todos los valles de montaña se plantará maíz y raíces. Todos los hombres serán hermanos y nadie se tumbará al sol para que lo alimenten sus iguales. Todo eso ocurrirá cuando los idiotas hayan muerto y no quede nadie que se ponga en pie para cantar la canción de las abejas. Las abejas no son hombres.

[1908]



Al sur del Slot

EL VIEJO SAN FRANCISCO, que es el San Francisco de no hace tanto, de los tiempos previos al terremoto, estaba dividido en dos por el Slot. El Slot era un raíl de hierro que corría por el centro de Market Street, y del Slot surgía el zumbido del incesante y eterno tranvía al que se enganchaban los vagones que arrastraba de un extremo a otro. En realidad había dos raíles, pero en la forma rápida de hablar que se usaba en el oeste se ahorraba tiempo llamándoles, a los dos y a muchas otras cosas que representaban, el Slot. Al norte del Slot se encontraban los teatros, los hoteles y la zona comercial, los bancos y las empresas serias y respetables. Al sur del Slot estaban las fábricas, los tugurios, lavanderías, talleres mecánicos, caldererías y las moradas de la clase trabajadora.

El Slot era la metáfora que expresaba la separación de las clases sociales y nadie cruzaba esa metáfora, de un lado para otro, con más éxito que Freddie Drummond. Tenía por costumbre vivir en ambos mundos y en los dos lo hacía notablemente bien. Freddie Drummond era profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de California y, precisamente porque era profesor de Sociología, cruzó el Slot por primera vez, vivió durante seis meses en el gran gueto de los obreros y escribió *El obrero no cualificado*, libro que en todas partes aclamaron por ser una sólida contribución a la literatura progresista y una magnífica respuesta a la literatura del descontento. Política y económicamente resultaba de lo más ortodoxo. Los presidentes de las grandes compañías ferroviarias adquirieron ediciones enteras para regalárselas a sus empleados. Solo la Asociación de Empresarios distribuyó cincuenta mil ejemplares. En cierto modo, era casi tan inmoral como la tristemente célebre *Carta a García*, mientras que en lo relativo a su perniciosa prédica a favor de la frugalidad y la capacidad de contentarse quedaba casi a la par que *La hortelana*.

Al principio, a Freddie le resultó tremendamente difícil arreglárselas entre los obreros. No estaba acostumbrado a su forma de comportarse, ni ellos a la de él. Levantó sospechas. No contaba con antecedentes. No podía justificar empleos anteriores. Tenía las manos suaves, sin callos. Su extraordinaria

cortesía les parecía amenazadora. Su primera idea del papel que debía representar fue el de un norteamericano independiente que había decidido realizar un trabajo manual o físico, sin dar más explicaciones. Pero enseguida descubrió que no le iba a servir de nada. En un primer momento lo aceptaron como un caso insólito, aunque de forma provisional. Un poco después, cuando comenzó a manejarse mejor entre ellos, derivó inconscientemente hacia el papel que por fin iba a resultar creíble: el de un hombre que había conocido tiempos mejores, tiempos mucho mejores, pero que había tenido mala suerte, aunque, sin duda, aquella situación solo era temporal.

Aprendió muchas cosas y generalizó bastante, a menudo de forma errónea; algo que puede apreciarse en las páginas de *El obrero no cualificado*. Sin embargo, se salvó al estilo juicioso y prudente de los de su clase, calificando sus generalizaciones de «provisionales». Una de sus primeras experiencias la vivió en la fábrica de conservas Wilmax, donde lo pusieron a trabajar a destajo haciendo cajas pequeñas. Una fábrica de embalajes proporcionaba las piezas y Freddie Drummond solo tenía que montarlas y clavarlas, para lo que utilizaba un martillo pequeño.

No era trabajo cualificado, pero sí a destajo. El obrero medio de la conservera ganaba un dólar y medio al día. Freddie Drummond descubrió que los que hacían el mismo trabajo que él se embolsaban un dólar con setenta y cinco sin darse demasiada prisa. Al tercer día fue capaz de cobrar lo mismo. Pero era ambicioso. No le importaba trabajar a buen ritmo y, como era extraordinariamente competente y muy capaz, el cuarto día ganó dos dólares. Al día siguiente, tras adaptarse a un ritmo de trabajo agotador, cobró dos y medio. Sus compañeros le lanzaban miradas asesinas y hacían comentarios ingeniosos en una jerga que él no comprendía, sobre hacerle la pelota al jefe, ser la liebre del grupo y guardar para las vacas flacas. Le asombró la forma en que remoloneaban para trabajar menos, generalizó sobre la pereza inherente al obrero no cualificado y, al día siguiente, procedió a martillear cajas por valor de tres dólares.

Esa noche, al salir de la conservera, fue interrogado por sus compañeros de trabajo, quienes estaban muy enfadados y utilizaban una jerga aún más incomprensible que otras veces. No pudo entender el motivo oculto tras aquel acto. El acto en sí resultó de lo más enérgico. Cuando se negó a bajar el ritmo y se escudó en la libertad de contrato, el americanismo independiente y la dignidad de trabajar arduamente, procedieron a arrebatarle su capacidad de marcar el ritmo. Fue una lucha encarnizada, porque Drummond era un hombretón y un atleta, pero al final el grupo consiguió saltar encima de sus

costillas, patearle la cara y pisarle los dedos, de manera que se vio obligado a pasar una semana en la cama antes de poder levantarse y buscar otro empleo. Todo lo cual aparece narrado como corresponde en ese primer libro suyo, en el capítulo titulado «La tiranía de los trabajadores».

Poco después, en otro departamento de la conservera Wilmax, trabajando como repartidor de fruta entre las mujeres, probó a llevar dos cajas de fruta a la vez, lo que enseguida provocó los reproches de los otros repartidores. Un caso palpable de remoloneo en el trabajo. Pero decidió que no estaba allí para cambiar las condiciones, sino para observar. Así que a partir de entonces llevó solo una caja cada vez, y estudió tan bien el arte del ganduleo que escribió un capítulo especial al respecto, cuyos últimos párrafos dedicó a sus generalizaciones provisionales.

Durante esos seis meses trabajó en muchos empleos y logró una imitación muy buena del verdadero obrero. Era un lingüista nato y tomaba toda clase de notas para realizar un estudio científico del argot de los obreros, hasta que consiguió hablar de manera tan ininteligible como ellos. Ese lenguaje también le permitió seguir más íntimamente sus procesos mentales y, por ello, reunir muchos más datos para un capítulo proyectado de algún libro futuro que planeaba titular *Síntesis de la psicología de la clase trabajadora*.

Antes de volver a la superficie, tras esa primera inmersión en los bajos fondos, descubrió que era un buen actor y demostró la adaptabilidad de su carácter. Él mismo se asombraba de su propia fluidez. Una vez dominado el lenguaje y superados sus múltiples y quisquillosos escrúpulos, descubrió que era capaz de adentrarse en cualquier rincón de la vida obrera y adaptarse tan bien como para sentirse en su propia casa. Como cuenta en el prólogo de su segundo libro, *El trabajador infatigable*, se esforzó al máximo por conocer a los obreros, y la única forma posible de conseguirlo era trabajar junto a ellos, comer lo mismo que ellos, dormir en sus camas, compartir sus diversiones y pensar y sentir como ellos.

No era un gran filósofo. No tenía fe en las nuevas teorías. Todas sus normas y preceptos eran convencionales. Su tesis, sobre la Revolución Francesa, fue digna de mención en los anales universitarios no solo por su minuciosidad concienzuda y voluminosa, sino por ser la diatriba extensa más ortodoxa, formal, aburrida y árida jamás escrita sobre ese tema. Era un hombre muy reservado y su inhibición resultaba inmensa en cantidad y resistente como el acero en cualidad. Contaba con pocos amigos. Se mostraba muy poco expresivo, demasiado frío. No tenía vicios y nadie sabía qué podía tentarlo. Odiaba el tabaco, aborrecía la cerveza y nunca se le vio beber algo

más fuerte que una esporádica copa de vino de poca graduación durante la cena.

En su primer año de universidad, sus compañeros de sangre más caliente que la suya lo bautizaron *Congelador*. Ya como miembro del cuerpo docente, pasó a ser conocido como *Frigorífico*. Solo tenía una queja: Freddie. Se lo había ganado cuando jugaba de *fullback* en el once universitario y su alma formal nunca había superado la vergüenza del diminutivo. Siempre iba a ser Freddie, excepto para las ocasiones oficiales, y en un horizonte de pesadilla imaginaba un futuro en el que su mundo se referiría a él como «el bueno de Freddie».

Era muy joven para ser doctor en Sociología: solo tenía veintisiete años y aparentaba menos. Por aspecto y ambiente, era un universitario fornido, lampiño, natural, sano, sencillo y saludable, con un conocido historial de buen atleta y dotado implícitamente de esa cultura distante propia de los cohibidos. Jamás hablaba del trabajo fuera de clase o las salas de reunión, excepto más adelante, cuando sus libros lo expusieron a la desagradable atención del público y cedió hasta el punto de leer algún que otro texto ante determinadas sociedades literarias y económicas.

Lo hacía todo bien, demasiado bien; y en su forma de vestir y comportarse se mostraba inevitablemente correcto. Aunque no era un dandi. Estaba lejos de serlo. Era un universitario, en porte y vestimenta calcado a esa clase que en los últimos años tan generosamente producen nuestras instituciones del saber superior. Su apretón de manos parecía lo bastante fuerte y enérgico. El azul de sus ojos era frío y convincentemente sincero. Su voz, firme y masculina, de dicción nítida y seca, resultaba agradable al oído. El único inconveniente de Freddie Drummond era su inhibición. Jamás se relajaba. En los tiempos en que jugaba al fútbol, cuanto más aumentaba la tensión del partido, más frío se mostraba él. Destacaba como boxeador, pero lo consideraban un autómata, con la precisión inhumana de una máquina a la hora de calcular la distancia y coordinar los golpes, los momentos de mantener la guardia alta, de bloquear o de esquivar. Pocas veces recibía castigo y casi nunca castigaba al oponente. Era demasiado listo y se controlaba en exceso como para permitir que alguno de sus puñetazos llevase más fuerza de la pretendida. Para él era cuestión de hacer ejercicio. Así se mantenía en forma.

Con el paso del tiempo, Freddie Drummond comenzó a cruzar el Slot con mayor frecuencia para perderse al sur de Market Street. Allí pasó las vacaciones de verano y de invierno y, ya fuese una semana entera o solo el fin de semana, el tiempo que vivía allí siempre le parecía valioso y agradable.

Además, había mucho material por reunir. Su tercer volumen, *La masa y el control,* se convirtió en libro de texto en las universidades norteamericanas y cuando quiso darse cuenta ya trabajaba en el cuarto, *La falacia del incompetente*.

En algún momento se produjo un giro inesperado o caprichoso de su carácter. Tal vez fuese una forma de esquivar su entorno y formación, o la semilla moderada de sus antepasados, que habían sido eruditos generación tras generación. En cualquier caso, disfrutaba al adentrarse en el mundo obrero. En su propio mundo era *Frigorífico,* pero en el otro era el Gran Bill Totts, capaz de beber, fumar, hablar la jerga obrera, pelear y ser el favorito de todos. Bill caía bien a todo el mundo y más de una joven trabajadora le tiraba los tejos. Al principio se había limitado a ser un buen actor, pero con el transcurrir del tiempo la simulación pasó a un segundo plano. Ya no representaba un papel y le encantaban las salchichas —las salchichas y el beicon—, lo que, en su propio círculo y en lo relativo a la comida, resultaba de lo más detestable.

De hacerlo por necesidad pasó a hacerlo porque sí. Lamentaba cada vez que se acercaba el momento de regresar a su aula y su inhibición. Y aguardaba con anticipación el instante de ensueño en el que cruzaría el Slot, se liberaría de todo y se daría el gusto. No era malo, pero cuando se convertía en el Gran Bill Totts hacía miles de cosas que a Freddie Drummond nunca se le habría permitido hacer. Es más, Freddie Drummond jamás habría querido hacerlas. Eso era lo más extraño de su descubrimiento. Freddie Drummond y Bill Totts eran dos criaturas completamente distintas. Los deseos, gustos e impulsos de cada una resultaban contrarios a los de la otra. Bill Totts era capaz de gandulear en un trabajo con la conciencia tranquila, mientras que Freddie Drummond condenaba el remoloneo y lo consideraba algo malintencionado, escandaloso y poco americano, por lo que dedicaba capítulos enteros a la censura de dicho vicio. A Freddie Drummond no le gustaba bailar, pero Bill Totts nunca se perdía las noches de baile en los distintos clubes, como The Magnolia, The Western Star y The Elite, y llegó a ganar una copa de plata enorme, que medía setenta y cinco centímetros de alto, por ser el personaje mejor representado en el gran baile de máscaras anual de los carniceros y obreros de la industria cárnica. Bill Totts gustaba a las chicas y las chicas le gustaban a él, mientras que Freddie Drummond prefería comportarse como un asceta en ese sentido, se oponía abiertamente al sufragio igualitario y se mostraba cínicamente implacable en su condena secreta a la enseñanza mixta.

Freddie Drummond cambiaba de actitud al cambiar de ropa, y sin esfuerzo. Cuando entraba en la pequeña y oscura habitación que utilizaba para transformarse, se movía con rigidez. Iba muy erguido, con los hombros demasiado echados hacia atrás y el rostro serio, severo y casi sin expresión. Sin embargo, cuando salía con la ropa de Bill Totts era una criatura diferente. Bill Totts no caminaba encorvado, pero de alguna forma su cuerpo se volvía ágil y transmitía elegancia. Incluso cambiaba el tono de voz, su risa era sonora y alegre y de sus labios salía un lenguaje informal, con alguna que otra palabrota. Además, a Bill Totts le gustaba acostarse tarde y en ocasiones, en los bares, se mostraba amigablemente belicoso con otros obreros. En las excursiones de los domingos, o al volver a casa tras asistir a algún espectáculo, sus brazos revelaban esa familiaridad que da la práctica a la hora de rodear las cinturas de las chicas, mientras manifestaba ese ingenio entusiasta y encantador para las bromas insinuantes que se espera de cualquier buen camarada de su clase.

Tan concienzudamente se convertía en Bill Totts, tan a fondo era un obrero, un vecino auténtico del sur del Slot, que tenía tanta conciencia de clase como ellos y su odio hacia los esquiroles incluso superaba al de los sindicalistas. Durante la huelga de estibadores, Freddie Drummond consiguió mantenerse alejado de tan excepcional combinación y, fríamente crítico, observó a Bill Totts pelearse con los estibadores que pretendían romper la huelga. Y es que Bill Totts estaba afiliado al sindicato de estibadores, por lo que tenía derecho a indignarse con quienes usurpaban su trabajo. El Gran Bill Totts era tan grande y tan capaz que, mientras se fraguaba el conflicto, él ocupó la primera fila y lo encabezó. De tanto representar su indignación, Freddie Drummond, en el papel de su otro yo, acabó por experimentar una indignación auténtica y solo tras volver al ambiente clásico de la Universidad conseguía generalizar, de forma sensata y conservadora, sobre sus experiencias en el bajo mundo y pasarlas al papel como lo haría un sociólogo cualificado. Freddie Drummond era claramente consciente de que Bill Totts carecía de la perspectiva necesaria para situarse por encima de la conciencia de clase. Pero Bill Totts no se daba cuenta. Cuando veía a un esquirol que le arrebataba el empleo, lo veía todo rojo al mismo tiempo y no veía nada más. Era Freddie Drummond —irreprochablemente vestido y educado, sentado a la mesa de su estudio o frente a sus alumnos de Sociología— quien veía a Bill Totts y todo cuanto lo rodeaba, además de todo cuanto rodeaba al problema de los sindicatos y los esquiroles, y su relación con el bienestar económico de Estados Unidos en su lucha por el mercado global. Bill Totts no era capaz de

ver más allá de su próxima comida y del combate de boxeo de la noche siguiente en el Gaiety Athletic Club.

Mientras reunía material para *Mujeres y empleo*, Freddie Drummond percibió la primera señal del peligro que corría. Se había adaptado demasiado bien a la vida en ambos mundos. Pero el extraño dualismo que había desarrollado resultaba muy inestable y, mientras meditaba en su estudio, comprendió que no podía durar mucho tiempo más. En realidad, se trataba de una etapa de transición y, si no cejaba en su empeño, acabaría por tener que renunciar a un mundo o al otro. No podía continuar en los dos. Mientras contemplaba la hilera de tomos que adornaba el estante superior de su librería giratoria, sus propios libros, empezando por su tesis y terminando por *Mujeres y empleo*, decidió que ese era el mundo al que se aferraría y mantendría. Bill Totts le había resultado muy útil, pero ya se había convertido en un cómplice demasiado peligroso. Bill Totts tenía que desaparecer.

El miedo de Freddie Drummond se debía a Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Guanteros N.º 974. La vio por primera vez desde la tribuna en el congreso anual de la Federación de Sindicatos del Noroeste y lo hizo a través de los ojos de Bill Totts, quien se sintió muy gratamente impresionado por ella. No era del tipo que Freddie Drummond admiraba. ¿Qué más daba que tuviese un cuerpo magnífico, elegante y fibroso como el de una pantera, con unos impresionantes ojos negros, capaces de llenarse de fuego o amor según su estado de ánimo? Le horrorizaban las mujeres de vitalidad excesivamente eufórica y carentes de… de inhibición. Freddie Drummond aceptaba la doctrina de la evolución porque casi todos sus colegas universitarios la aceptaban, y estaba convencido de que el hombre había ascendido la escala de la vida para alejarse del caos y el desorden formado por seres orgánicos inferiores y monstruosos. Pero semejante genealogía lo avergonzaba y prefería no pensar en ello. Seguramente por eso predicaba con el ejemplo de su férrea inhibición y prefería a las mujeres de su clase, capaces de liberarse de ese linaje ancestral tan brutal y lamentable, y de hacer resaltar, con disciplina y control, el tamaño del abismo que las separaba de lo que habían sido sus remotos antepasados.

Bill Totts no tenía en cuenta ninguno de esos factores. Mary Condon le había gustado desde el primer momento en que la vio en la sala de congresos y allí mismo decidió descubrir quién era. La siguiente vez que coincidió con ella, por casualidad, él conducía una carreta de transporte rápido para Pat Morrissey. Fue en una casa de huéspedes de Mission Street, donde le pidieron que se llevase un baúl para almacenarlo. Lo había llamado la hija de la

patrona y fue ella quien lo guió hasta el pequeño dormitorio, a cuya ocupante, guantera de profesión, se la acababan de llevar al hospital. Pero eso Bill no lo sabía. Se agachó, puso el baúl —que era de los grandes— en posición vertical, se lo echó al hombro y luchó por enderezarse de nuevo, de espaldas a la puerta abierta. En ese momento oyó una voz de mujer.

—¿Perteneces al sindicato? —le preguntó.

—¿Y a ti qué más te da? —respondió él—. Vamos, apártate de ahí que quiero darme la vuelta.

De repente, a pesar de lo grande que era, lo obligaron a darse media vuelta y lo empujaron hacia atrás, con el baúl desequilibrándolo, hasta acabar golpeándose contra la pared. Empezó a maldecir, pero en ese mismo instante se encontró mirando a los ojos llameantes y enfadados de Mary Condon.

—Claro que soy del sindicato —dijo—. Solo te tomaba el pelo.

—A ver el carnet —exigió ella en tono formal.

—Está en mi bolsillo. Pero ahora no puedo sacarlo. Este baúl pesa demasiado. Acompáñame hasta abajo y te lo enseño.

—Deja el baúl —fue la orden que oyó.

—¿Por qué? Tengo carnet, ya te lo he dicho.

—Que lo dejes. No permitiré que un esquirol se ocupe de ese baúl. Debería darte vergüenza, cobarde, intentar robar el trabajo a hombres decentes. ¿Por qué no te unes al sindicato y te portas como es debido? —El color había abandonado el rostro de Mary Condon y resultaba evidente que estaba hecha una furia—. Pensar que un tipo grande como tú es capaz de traicionar a los suyos. Supongo que estarás deseando alistarte en la milicia y así poder disparar contra los cocheros del sindicato durante la próxima huelga. Eres de esos que…

—¡Alto, alto! ¡Esto ya es demasiado! —Bill dejó caer el baúl al suelo de golpe, se enderezó y metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta—. Ya te dije que solo era una broma. Ten, míralo.

Era un carnet del sindicato en toda regla.

—Está bien, puedes llevártelo —dijo Mary Condon—. Y la próxima vez no bromees.

Relajó el gesto al comprobar la facilidad con la que él se llevaba el enorme baúl al hombro y le brillaron los ojos mientras observaba la gigantesca elegancia de aquel hombre. Pero eso Bill no lo vio. Estaba demasiado ocupado con el baúl.

Volvió a ver a Mary Condon durante la huelga de los lavanderas. Los empleados de las lavanderías no llevaban mucho tiempo sindicalizados,

sabían poco del asunto y le pidieron a Mary Condon que organizase la huelga. Freddie Drummond tenía una ligera sospecha de lo que iba a ocurrir y había enviado a Bill Totts para que se uniera al sindicato e investigase. Bill trabajaba en la sala de lavado y esa mañana convocaron primero a los hombres, con el fin de reforzar el valor de las jóvenes, por lo que resultó que Bill se encontraba cerca de la puerta de la sala de escurrido cuando Mary Condon quiso entrar. El supervisor, un tipo grande y corpulento, le impidió el acceso. No iba a permitir que nadie convocase a sus chicas y pensaba darle una lección para que se marchara a ocuparse de sus asuntos. Cuando Mary intentó apretujarse para pasar por el hueco que quedaba, él la empujó hacia atrás, apoyando su gruesa mano sobre el hombro de la mujer. Ella miró a su alrededor y vio a Bill.

—Oye tú, Totts —lo llamó—. Échame una mano. Quiero entrar.

Bill experimentó una sorpresa agradable que lo sobresaltó. La mujer se acordaba de su nombre, que había visto en el carnet del sindicato. Al instante, arrancaba al supervisor de la puerta mientras este despotricaba sobre sus derechos y el cumplimiento de la ley, y las jóvenes abandonaban las máquinas de rodillo para escurrir la ropa. Durante el resto de aquella huelga corta y muy fructífera, Bill se convirtió en el guardaespaldas y mensajero de Mary Condon. Cuando terminó, regresó a la Universidad para ser Freddie Drummond y preguntarse qué era lo que veía Bill Totts en aquella mujer.

Freddie Drummond se encontraba totalmente a salvo, pero Bill se había enamorado. De nada valía negar los hechos y precisamente eso era lo que había servido de advertencia a Freddie Drummond. Pero ya había hecho su trabajo y podía poner fin a sus aventuras. No necesitaba volver a cruzar el Slot. Solo le quedaba terminar los tres capítulos finales de su último libro, *Tácticas y estrategias del obrero*, y tenía a mano material suficiente para rematarlos.

También razonó que, para anclarse por completo a la tabla de salvación que representaba Freddie Drummond, necesitaba mantener relaciones y vínculos más estrechos en su propio espacio social. Además, le había llegado la hora de casarse y era muy consciente de que, si Freddie Drummond no se casaba, Bill Totts lo haría sin dudarlo y las complicaciones resultaban demasiado horribles para contemplar siquiera esa posibilidad. Así fue cómo entró en escena Catherine Van Vorst. También era universitaria y su padre, el único rico de la facultad, era además el jefe del Departamento de Filosofía. Iba a ser un matrimonio muy acertado desde todos los puntos de vista, fue la conclusión a la que llegó Freddie Drummond una vez consumado y anunciado

el compromiso. De apariencia fría y reservada, aristocrática e íntegramente conservadora, Catherine Van Yorst —aunque afectuosa a su manera— poseía una inhibición igual a la de Drummond.

Todo parecía marchar bien, pero Freddie Drummond no era capaz de librarse por completo de la llamada de los barrios bajos, de la atracción de un comportamiento libre y abierto, de la vida sin trabas y responsabilidades del sur del Slot. Al acercarse la fecha de su boda, echó en falta su comportamiento de mujeriego y pensó que le sentaría muy bien correrse una postrera juerga, holgazanear y divertirse por última vez antes de encerrarse en las aburridas aulas y la sobriedad del matrimonio. Además, por si la tentación era poca, el último capítulo de *Tácticas y estrategias del obrero* permanecía sin escribir porque le faltaban unos pocos datos esenciales que no había reunido en su momento.

Y así, Freddie Drummond se convirtió en Bill Totts por última vez, reunió los datos que necesitaba y, por desgracia, se tropezó con Mary Condon. De nuevo en su estudio, no le resultó agradable recordar lo ocurrido. Su miedo se multiplicó por dos. Bill Totts se había comportado de una forma deplorable. No solo se había reunido con Mary Condon en la junta central obrera, sino que, de vuelta a casa, se había parado con ella en un asador y la había invitado a tomar ostras. Antes de despedirse frente a la puerta de ella, la había abrazado y besado en los labios una y otra vez. Las últimas palabras que ella le dijo al oído, pronunciadas dulcemente, con un atractivo sollozo que ni más ni menos era todo un grito de amor, fueron: «Bill… querido, querido Bill».

Freddie Drummond se estremecía al recordarlas. Un abismo se abría ante él. No era polígamo por naturaleza y las posibilidades de la situación le espantaban. Había que ponerle fin y solo podía terminar de dos formas: o se volvía Bill Totts a tiempo completo y se casaba con Mary Condon o permanecía siempre en el papel de Freddie Drummond y desposaba a Catherine Van Vorst. De otro modo su conducta resultaría horrible y despreciable.

Durante los meses siguientes, las huelgas obreras desgarraron San Francisco. Los sindicatos y las asociaciones de empresarios se enzarzaron con tal determinación que parecía que buscaban resolver el asunto para siempre, de una forma u otra. Pero Freddie Drummond se limitó a corregir galeradas y a dar clase, sin meterse en nada. Se concentró en Catherine Van Vorst y, día a día, encontró más cosas que respetar y admirar… incluso que amar en ella. La huelga de tranvías lo tentó, pero no tanto como habría esperado. Luego llegó la gran huelga de la industria cárnica, que lo dejó frío. El fantasma de Bill

Totts había desaparecido por completo y Freddie Drummond, con un entusiasmo rejuvenecido, abordó un folleto largo tiempo planeado sobre los rendimientos decrecientes.

Faltaban dos semanas para la boda, cuando Catherine Van Vorst fue a recogerlo una tarde y se lo llevó a ver un club para niños fundado por voluntarios de clase media a fin de ayudar a los más pobres y que despertaba su interés. Iban en el automóvil del hermano de ella, pero a excepción del chófer se encontraban solos. En la intersección con Kearny Street, las calles Market y Geary se cruzan como los lados de una V muy cerrada. Ellos, dentro del coche, bajaban por Market Street con la intención de tomar esa curva tan pronunciada y subir por Geary. Pero no tenían ni idea de lo que bajaba por Geary y con lo que, según dictaba el destino, iban a encontrarse justo en la curva. Aunque por la prensa sabía que la huelga de las cárnicas continuaba y era extremadamente dura, en aquel momento a Freddie Drummond ni se le ocurrió pensar en ella. ¿Acaso no iba sentado al lado de Catherine? Además, se encontraba exponiendo ante ella con todo detalle sus puntos de vista sobre el voluntariado, puntos de vista cuya formulación tenía mucho que ver con las aventuras de Bill Totts.

Por Geary Street bajaban seis carros para el transporte de carne. Junto a cada conductor esquirol iba sentado un policía. Por delante, por detrás y a cada lado de semejante procesión desfilaba una escolta formada por cien policías. Tras la guardia policial de la retaguardia, a una distancia respetuosa, avanzaba una multitud ordenada pero vociferante que se extendía a lo largo de varias manzanas y colapsaba la calle de acera a acera. La Asociación de Productores de Carne de Ternera hacía un esfuerzo por abastecer a los hoteles y, de paso, intentar acabar con la huelga. Ya habían suministrado mercancía al St. Francis, al precio de muchas ventanas rotas y algunas cabezas abiertas, y la expedición continuaba su marcha para enviar ayuda al Palace Hotel.

Sin tener ni idea de lo que ocurría, Drummond iba sentado junto a Catherine y le hablaba sobre el voluntariado, cuando el automóvil tocó la bocina, esquivó el tráfico y dibujó una amplia curva para sortear el vértice de la V. Un carro enorme, cargado de trozos de carbón y tirado por cuatro caballos gigantescos, desembocó en ese momento desde Kearny Street, como si quisiera girar para bajar por Market, y les bloqueó el camino. El conductor del carro se mostró indeciso y el chófer, despacio aunque haciendo caso omiso de las advertencias gritadas por el policía del cruce, giró bruscamente hacia la izquierda, infringiendo las normas de tráfico, a fin de pasar por delante del carro.

En ese momento Freddie Drummond interrumpió la charla. Y ya no la reanudó, porque la situación se desarrolló con la rapidez de una transformación. Oyó el rugir de la multitud a sus espaldas y entrevió los cascos de los policías y los carros de carne que avanzaban dando bandazos. En el mismo instante, haciendo uso del látigo para llevar a cabo su tarea, el conductor del carro de carbón situó precipitadamente a los caballos y al carro justo delante de la procesión que avanzaba, detuvo en seco a los animales y tiró del freno. Luego ató las riendas a la palanca del freno y se sentó con aspecto de no tener intención de moverse de allí. El automóvil también se había visto obligado a detenerse porque los cuatro caballos jadeantes le impedían el paso.

Antes de que el chófer pudiese dar marcha atrás para salir de allí, un anciano irlandés que llevaba una desvencijada carreta de transporte rápido y que usaba el látigo para obligar a su único caballo a salir al galope trabó las ruedas del coche con las de la carreta. Drummond reconoció caballo y carreta porque él mismo los había llevado a menudo. El irlandés era Pat Morrissey. Por el otro lado, un carro de transporte de cerveza bloqueó al del carbón y un tranvía que se acercaba por Kearny Street en dirección este, cuyo maquinista tocaba el gong desesperado y gritaba desafiante al policía del cruce, completó el atasco. Carro tras carro obstruyeron el paso e hicieron aumentar la confusión. Los carros de la carne se detuvieron. Los policías quedaron atrapados. El rugido de la retaguardia se incrementó cuando la multitud se lanzó al ataque, mientras la vanguardia policial cargaba contra los carros que impedían el paso.

—Creo que nos espera una buena —comentó fríamente Drummond a Catherine.

—Sí —asintió ella con la misma frialdad—. Mira que son salvajes.

La admiración que sentía por ella se duplicó. Sin duda era como él, de los suyos. Se habría sentido satisfecho con que hubiese gritado agarrada a él, pero aquello… aquello le parecía magnífico. Permanecía sentada en el ojo de la tormenta con la misma calma que mostraría si se tratara de un atasco de carruajes en la entrada a la ópera.

Los policías luchaban por abrir el paso. El conductor del carro de carbón, un hombre grande en mangas de camisa, encendió su pipa y siguió sentado mientras fumaba. Desde su atalaya miraba satisfecho a un capitán de Policía que maldecía y despotricaba contra él, ante el que se limitó a encogerse de hombros. Desde la retaguardia se oían los golpes de las porras contra las cabezas y un caos de gritos, alaridos y maldiciones. Una violenta

intensificación del ruido indicó que la turba se había abierto camino y arrancaba por la fuerza a uno de los esquiroles del carro que guiaba. El capitán de Policía acudió con refuerzos desde la vanguardia y repelieron a la horda de retaguardia. Mientras, se habían ido abriendo todas las ventanas del edificio de oficinas que se alzaba a la derecha y los empleados, con conciencia de clase, arrojaban una lluvia de objetos de oficina sobre las cabezas de los policías y los esquiroles. Papeleras, tinteros, pisapapeles, máquinas de escribir… Todo lo que tenían a mano, fuera lo que fuese, volaba por los aires.

Un agente, siguiendo las órdenes de su capitán, trepó hasta el elevado banco del carro de carbón para arrestar a su conductor. Y el conductor, que se puso en pie con calma y tranquilidad a fin de recibirlo, lo rodeó de repente con los brazos, lo levantó en el aire y lo lanzó sobre el capitán. El conductor era un gigante joven y, cuando se subió a lo alto de su carga y agarró un pedazo enorme de carbón con ambas manos, un policía que se encontraba escalando al carro desde un lateral se soltó y regresó al suelo. El capitán ordenó que media docena de sus hombres tomasen el carro. El conductor, moviéndose a bandazos sobre la carga, los derribó lanzándoles grandes piedras de carbón.

La multitud de las aceras y los conductores de los carros bloqueados gritaban para darle ánimos y expresar su alegría. El maquinista, que se dedicaba a aplastar cascos con su palanca de control, fue golpeado hasta que quedó inconsciente y pudieron sacarlo a rastras de la plataforma del tranvía. El capitán de Policía, muy enfadado al ver cómo rechazaban a sus hombres, encabezó el siguiente asalto al carro del carbón. Una veintena de agentes empezaron a trepar para llegar a lo alto de la fortaleza, pero el conductor parecía multiplicarse. A veces eran seis u ocho los agentes que rodaban al suelo y acababan debajo del carro. Mientras se ocupaba de repeler un ataque en la retaguardia de su fortaleza, el carbonero se giró un segundo y alcanzó a ver al capitán en el momento en que iba a poner un pie sobre el banco, desde el extremo delantero. Permanecía aún en el aire, en precario equilibrio, cuando el conductor arrojó una piedra de carbón de quince kilos. Dio en el pecho al capitán, que cayó hacia atrás, se golpeó contra una rueda y acabó en el suelo, atascado entre la rueda trasera del automóvil y el carro.

Catherine creyó que estaba muerto, pero el hombre se levantó y volvió a la carga. Ella extendió su mano enguantada y dio unas palmaditas en el costado del caballo, que no paraba de temblar y resoplar. Pero Drummond no se fijó en ese detalle. Solo tenía ojos para la batalla del carro de carbón,

mientras en algún lugar de su complicada psicología Bill Totts empujaba y se esforzaba por volver a la vida. Drummond creía en la ley y el orden y en el mantenimiento de lo establecido, pero el salvaje desenfrenado que albergaba en su interior no estaba de acuerdo. Aquel fue el momento en el que Freddie Drummond recurrió a su férrea inhibición para salvarse. Pero está escrito que, si una casa está dividida contra sí misma, no puede continuar levantada. Y Freddie Drummond descubrió que había repartido su fuerza de voluntad con Bill Totts y ambos tiraban de la entidad que constituían, cada uno hacia su bando.

Freddie Drummond permanecía sentado en el automóvil, muy sereno, junto a Catherine Van Vorst; pero Bill Totts miraba a través de los ojos de Freddie y, en algún lugar tras esos ojos, Freddie Drummond, el sociólogo juicioso y conservador, y Bill Totts, el obrero con conciencia de clase y belicoso sindicalista, batallaban por el control de su cuerpo compartido. Fue Bill Totts, mirando a través de esos ojos, quien presenció el inevitable final de la lucha en el carro de carbón. Vio que un agente llegaba a lo más alto de la carga, seguido de otros dos. Avanzaron a bandazos sobre la insegura superficie, pero habían sacado las porras y las balanceaban en la mano. El primer golpe dio en la cabeza del conductor. Regateó el segundo y lo recibió en el hombro. Estaba claro que para él se había terminado el juego. De repente se abalanzó hacia delante, agarró a dos de los agentes entre sus brazos y se lanzó a la acera, sin soltar a sus dos captores.

Catherine Van Vorst sintió que se mareaba y estaba a punto de desmayarse ante tanta sangre y brutalidad. Pero sus escrúpulos fueron vencidos por el sensacional e inesperado acontecimiento que se produjo entonces. El hombre sentado a su lado emitió un grito basto, sobrenatural y se puso en pie. Lo vio pasar por encima del asiento delantero, saltar al ancho morro del coche y desde allí alcanzar el carro. Lo hizo con el ímpetu de un torbellino. Antes de que el desconcertado agente que se alzaba sobre la carga pudiese imaginar las intenciones de aquel caballero vestido de manera convencional pero demasiado nervioso, recibió un puñetazo que lo hizo describir un arco hacia atrás en el aire y caer a la acera. Otro policía que intentaba subirse al carro se llevó una patada en el rostro que lo obligó a seguir el ejemplo de su compañero. Tres más lograron ascender y se enzarzaron con Bill Totts en una pelea terrible, durante la cual una porra le abrió la cabeza y se quedó con la chaqueta, el chaleco y la mitad de la camisa almidonada hechos pedazos. Pero los tres policías acabaron por huir y Bill Totts, sin dejar de lanzar piedras de carbón, defendió el fuerte.

El capitán encabezó el ataque con valentía, pero un pedazo de carbón lo derribó al estallar contra su cabeza y lo cubrió de negro. Los policías necesitaban romper la obstrucción delantera antes de que la muchedumbre lograse abrirse camino por detrás y Bill Totts quería defender el carro hasta que la turba superase la barrera policial. Por eso la batalla por el carro continuó.

La multitud había reconocido a su héroe. Como siempre, el Gran Bill se había situado en primera fila y Catherine Van Vorst se sentía desconcertada por los gritos de «¡Bill!», «¡Es Bill!», que oía por todas partes. Pat Morrissey, en su carreta, saltaba y gritaba extasiado: «¡Acaba con ellos, Bill! ¡Machácalos! ¡Cómetelos vivos!». Desde la acera oyó a una mujer exclamar: «¡Cuidado, Bill, por delante!». Bill hizo caso y, con un carbón bien lanzado, limpió de agresores toda la parte delantera del carro. Catherine Van Vorst giró la cabeza y en el bordillo de la acera vio a una mujer de tez brillante y relucientes ojos negros que miraba con toda su alma al hombre que, pocos minutos antes, era Freddie Drummond.

Las ventanas del edificio de oficinas empezaron a emitir ruidosos aplausos. Cayó un nuevo chaparrón de sillas y archivadores. La turba había logrado romper la línea de carros por un lateral y avanzaba, convirtiendo a cada policía aislado en el centro de un grupo que peleaba. Arrancaron a los esquiroles de sus asientos, cortaron los tirantes de los caballos y los animales huyeron despavoridos. Varios agentes se arrastraron bajo el carro del carbón para ponerse a salvo mientras los caballos sueltos, con algún que otro policía subido a sus lomos o luchando por sujetarles la cabeza a fin de controlarlos, cruzaban en tropel la acera opuesta al atasco y entraban en Market Street.

Catherine Van Vorst oyó a la mujer gritar alarmada. Había vuelto a la acera y exclamaba:

—¡Lárgate, Bill! ¡Ahora es el momento! ¡Lárgate!

No había agentes por ninguna parte, aunque no tardarían mucho en regresar. Bill Totts saltó a la calzada y se dirigió hacia la mujer que aguardaba en la acera. Catherine Van Vorst vio cómo ella le echaba los brazos al cuello y le daba un beso en los labios; y Catherine Van Vorst lo observó llena de curiosidad mientras él se alejaba siguiendo la acera, rodeando los hombros de la mujer con el brazo, los dos charlando y riéndose, él con una locuacidad y un abandono que jamás habría creído posible.

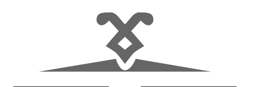
Los agentes regresaron y desbloquearon el atasco mientras aguardaban la llegada de refuerzos, además de otros caballos y conductores. La multitud se había salido con la suya y se dispersaba. Catherine Van Vorst, que continuaba

observando, aún veía al hombre al que había conocido como Freddie Drummond. Su cabeza sobresalía por encima del resto de la gente. Todavía rodeaba los hombros de la mujer con el brazo. Mientras seguía sentada en el automóvil, sin quitarles el ojo de encima, los vio atravesar Market Street, cruzar el Slot y desaparecer Third Street abajo, adentrándose en el gueto obrero.

☘

EN AÑOS POSTERIORES, ningún Freddie Drummond dio clases en la Universidad de California, ni se publicaron libros sobre economía o sindicalismo firmados por un tal Frederick A. Drummond. Sin embargo, surgió un nuevo líder sindical que respondía al nombre de William Totts. Fue él quien se casó con Mary Condon, presidenta del Sindicato Internacional de Guanteros N.º 974, como también fue él quien convocó la famosa huelga de cocineros y camareros que, antes de acabar con éxito, arrastró a la huelga a decenas de otros sindicatos, entre los cuales se encontraban —aunque remotamente asociados— el de los sexadores de pollos y los enterradores.

[1909]



El hombre que araba el mar

ESA DEBE DE SER la lancha del médico —dijo el capitán MacElrath.

El práctico soltó un gruñido mientras el capitán pasaba el objetivo su catalejo desde la lancha a la franja de playa y luego a Kingstown, iado a lo lejos, para acabar desviándolo poco a poco a la entrada del cabo Howth, en el lado norte.

—La marea es la adecuada y en dos horas habremos atracado —comentó el práctico, esforzándose por mostrar alegría—. En la dársena de Ringsend, ¿no?

Esa vez quien gruñó fue el capitán.

—Un día horrible típico de Dublin.

El capitán volvió a gruñir. Estaba agotado por la noche de viento pasada en el Canal Irlandés que ya habían dejado atrás y que lo había mantenido siempre en el puente. También se sentía cansado de la larga travesía realizada: dos años y cuatro meses sin tocar su puerto de origen; ochocientos cincuenta días según el cuaderno de bitácora.

—El tiempo normal en invierno —respondió tras un silencio—. La ciudad se ve borrosa. Lloverá con fuerza durante todo el día.

El capitán MacElrath era un hombre pequeño, capaz por los pelos de mirar por encima de la garita de lonas del puente. El práctico y el tercer oficial se alzaban imponentes sobre él, al igual que el hombre que iba al timón, un alemán corpulento que había desertado de un buque de guerra y él había enrolado en Rangún. Pero la falta de centímetros no incapacitaba al capitán MacElrath. Al menos eso consideraba la Compañía y lo mismo habría pensado él de haber tenido acceso al informe cuidadosa y detalladamente elaborado sobre su persona que se conservaba en los archivos de sus oficinas. Pero la Compañía nunca le había dado ni la más mínima pista de la fe que había depositado en él. No era su forma de actuar, porque la Compañía se guiaba por el principio de nunca permitir que un empleado se considerara imprescindible o sumamente útil; por lo que, aunque enseguida censuraba, nunca recurría al elogio. Además, ¿qué era el capitán MacElrath, sino un simple patrón, uno de los ochenta y tantos que comandaban los ochenta y

tantos cargueros de la Compañía a lo largo de las rutas marinas, tanto principales como secundarias?

Por debajo de ellos, en la cubierta principal, dos fogoneros chinos llevaban el desayuno a proa, cruzando las planchas de hierro oxidadas que contaban su propia historia desalentadora de golpes de mar y desgaste. Un marinero desmontaba el andarivel que partía del castillo de proa, pasaba por las escotillas y las maquinillas de carga y acababa en la escala de la cubierta de puente.

—Una travesía movidita —sugirió el práctico.

—Sí, a veces resultó muy dura, pero eso no me molesta tanto como la pérdida de tiempo. Lo que más odio es perder tiempo.

Tras lo que el capitán MacElrath se volvió y miró hacia popa, arriba y abajo, y el práctico, al seguir su mirada, vio la explicación, muda y muy convincente, a esa pérdida de tiempo. La chimenea, marrón en la base, aparecía blanca de tanta sal y el tubo de la sirena lanzaba destellos cristalinos cuando algún rayo de sol lograba colarse por un claro entre las nubes. Faltaba el bote salvavidas de babor y sus pescantes de hierro, retorcidos y arrancados, daban testimonio de la fuerza del golpe que el viejo *Tryapsic* había recibido. Los pescantes de estribor también estaban vacíos. Los restos hechos pedazos del bote al que habían retenido yacían sobre el guardacalor, junto a la claraboya destrozada de la sala de máquinas, cubierta con una lona impermeable. Más abajo, a estribor, en la cubierta de puente, el práctico vio la puerta arrancada del comedor, toscamente reparada para soportar el embate de las olas. A la misma altura, en los vientos de la chimenea, tras ser desmontado por el contramaestre y un marinero, colgaba el enorme cuadrado de red de cables que no había logrado reducir la fuerza del oleaje.

—En dos ocasiones hablé de esa puerta con los armadores —dijo el capitán MacElrath—. Pero contestaron que aguantaría. Esta vez las olas han sido enormes. Muy grandes. Y la más grande de todas provocó los daños. Se llevó la puerta por delante, la dejó sobre la mesa del comedor y destrozó el camarote del jefe de máquinas. No le hizo mucha gracia.

—Ya debió de ser grande —comentó el práctico en tono comprensivo.

—Sí, muy grande. La cosa se animó durante un rato. Acabó con el primer oficial. Se encontraba en el puente conmigo y le pedí que fuera a echar un vistazo a las cuñas de la escotilla número uno. Entraba agua y yo no me fiaba de la uno. No me gustaba nada la situación y estaba pensando en ponernos al pairo hasta el amanecer cuando la ola nos barrió hacia popa. Era enorme. Llegó incluso hasta el puente. Al principio no eché de menos al primer oficial,

entre lo de comprobar los destrozos, reparar la puerta y extender la lona impermeable sobre la claraboya. Pero luego no aparecía por ningún lado. El hombre que iba al timón dijo que lo había visto bajando por la escala justo antes de que la ola nos golpease. Lo buscamos a proa, en su camarote, en la sala de máquinas y a popa, en la cubierta inferior. Allí estaba, a ambos lados de la funda del cabestrante de vapor de popa.

El práctico soltó un juramento que expresaba asombro y espanto.

—Sí —continuó el capitán, con voz cansada—, y también a ambos lados de la tubería de vapor. Estaba abierto en canal, partido por la mitad, como un arenque. Seguramente la ola lo sorprendió en la cubierta superior de puente, lo hizo cruzar el guardacalor y lo golpeó de cabeza contra la funda de la tubería. Esta lo atravesó como si fuera de mantequilla, desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo, de manera que un brazo y una pierna quedaron a un lado de la tubería, y el otro brazo y la otra pierna, al lado contrario. Le aseguro que resultaba truculento. Mientras lo arrancábamos, íbamos juntando las dos partes y envolviéndolas en una lona.

El práctico soltó otro juramento.

—No fue nada agradable —aseguró el capitán MacElrath—. Pero antes o después tenía que ocurrirle algo. No era marino, aquel primer oficial. Solo valía para criar cerdos, y ni eso era capaz de hacer bien.

Dicen que hay tres clases de irlandeses: católicos, protestantes y los de Irlanda del Norte; y que los de Irlanda del Norte son escoceses trasplantados. El capitán MacElrath era de Irlanda del Norte y, para casi todo el mundo, hablaba como un escocés, pero nada lograba enfadarlo más rápidamente que el hecho de que lo tomaran por escocés. Era rotundamente irlandés y quería seguir siéndolo con la misma intensidad, aunque una leve sonrisa de desdén asomaba a sus labios cuando hablaba de irlandeses del sur o incluso de los orangistas. Él era presbiteriano, si bien en su propia comunidad al salón de reuniones de los orangistas acudía un máximo de cinco hombres. Su comunidad era Isla McGill, donde siete mil personas como él vivían en semejante grado de armonía y sobriedad que en toda la isla solo había un policía y ni una taberna.

Al capitán MacElrath no le gustaba el mar y nunca le había gustado. En él se ganaba el sustento y no representaba nada más que el sitio donde trabajaba, como para otros una fábrica, una tienda o la oficina de un contable. El romanticismo de la situación nunca lo había contagiado con su canto de sirena y la aventura jamás había logrado acelerar el lento fluir de su sangre. Carecía de imaginación. Las maravillas de las profundidades no significaban nada

para él. Los tornados, huracanes, trombas marinas y maremotos eran obstáculos para el buque en el mar y el capitán en el puente: solo eso, nada más que eso. Había visto, sin verlas, las muchas maravillas y portentos de las tierras lejanas. Bajo sus párpados ardían el esplendor dorado de los mares tropicales o dolían los encarnizados vendavales del Atlántico Norte o del lejano Pacífico Sur; pero lo que él recordaba eran las puertas de los comedores arrancadas por la fuerza del mar, las cubiertas inundadas y las escotillas en peligro, la mala combustión del carbón, las largas travesías y la pintura recién aplicada y echada a perder por los chaparrones inesperados.

«Conozco bien mi oficio», era lo que solía decir, y fuera de la órbita de su oficio quedaba todo aquello que no sabía, todo lo que había visto con sus ojos de mortal y que, sin embargo, nunca había soñado que pudiese existir. De que conocía bien su oficio estaban convencidos sus jefes, de lo contrario a los cuarenta no conservaría el mando del *Tryapsic*, con sus tres mil toneladas de registro neto y valorado en cincuenta mil libras.

No se había dedicado a navegar porque le gustara, sino porque ese había sido su destino al nacer en segundo lugar y no de primero. La Isla McGill no era muy grande y su tierra podía mantener solo a determinada proporción de aquellos que la habitaban. El resto, que era abultado, tenía que ganarse el pan en el mar. Así era desde hacía muchas generaciones. Los hijos mayores heredaban las granjas de sus padres, a los demás hijos les quedaban el mar y su cosecha de sal. De esa forma Donald MacElrath, hijo de granjero y ayudante en la granja desde pequeño, había abandonado la tierra que tanto amaba trabajar para hacerse a una mar que odiaba y que era su destino arar. Y bien que la había arado durante veinte años: inteligente, imperturbable, sereno, trabajador y frugal, ascendió de grumete y tripulante del castillo de proa a primer oficial y capitán, primero de barcos de vela y luego de buques de vapor, en los que al principio fue el segundo de a bordo y después el capitán, empezando en barcos más pequeños y aumentando poco a poco de tamaño hasta llegar al puente del *Tryapsic*, que sí, era viejo, pero valía cincuenta mil libras y aún era capaz de soportar cualquier clase de mar o de clima para arribar a puerto sus nueve mil toneladas de flete.

Desde el puente del *Tryapsic* —el alto puesto que había ganado compitiendo con otros hombres— observó cómo se abría el puerto de Dublin, la ciudad oscurecida por la negrura del día sombrío y ventoso, y la enmarañada filigrana de palos y jarcias de los navíos atracados. Regresaba de dar dos veces la vuelta al mundo y de realizar interminables recorridos en extensiones lejanas, y volvía a casa, junto a la esposa que no veía desde hacía

veintiocho meses y al hijo que nunca había visto pero que ya caminaba y hablaba. Vio a los fogoneros y paleros que no estaban de guardia sacar las cabezas por las puertas del castillo de proa como conejos en un vivar y dirigirse a popa, sobre la oxidada cubierta, para reunirse con el médico del puerto. Eran chinos de rostros sin expresión, similares a los de una esfinge, y caminaban de una forma peculiar, arrastrando los pies como si sus toscas botas de trabajo resultasen demasiado pesadas para sus piernas, tan delgaduchas.

Los veía sin verlos, mientras pasaba la mano por debajo de su visera y, con gesto reflexivo, se rascaba su mata de pelo rubio rojizo. Porque la escena que tenía delante era la imagen que guardaba en su cerebro como representación de la paz, una visión que recuperaba a menudo durante las largas noches que pasaba en el puente, cuando el viejo *Tryapsic* se bamboleaba sobre el mar enfadado, con las cubiertas inundadas y el aparejo repiqueteando debido a las ráfagas de viento, a las nevadas o a los chaparrones tropicales. La imagen que veía era la de una granja con su casa y demás dependencias con techos de paja, unos niños jugando al sol y una buena esposa en el umbral, el mugir de las vacas, el cacareo de las aves de corral, el piafar de los caballos en el establo; veía la granja de su padre junto a él, y más allá la tierra ondulada, sin árboles, y los campos cercados, cuidados y bien ordenados, que se extendían hasta la cima de unas colinas homogéneas y desdibujadas. Aquella era su visión y su sueño, su romanticismo y aventura, la meta de todos sus esfuerzos, la elevada recompensa a tanta cosecha de sal, a los larguísimos surcos que hacía al correr de un lado al otro del mundo en su empeño por arar el mar.

Con sus gustos sencillos y su inclinación a lo casero, aquel hombre tan viajado resultaba más sencillo y casero que el aldeano más genuino. Su padre tenía setenta y un años y no había pasado ni una sola noche fuera de su cama, en su casa de Isla McGill. El capitán MacElrath opinaba que ese era el ideal de vida y se asombraba si alguien abandonaba una granja, sin ser bajo coacción, para hacerse a la mar. A aquel hombre viajado, el mundo entero le resultaba tan familiar como le resulta al zapatero remendón la aldea donde tiene su taller. Para el capitán MacElrath el mundo entero era una aldea. En su cabeza veía sus calles, que medían mil millas náuticas, sí, y más; desviaciones que doblaban los promontorios más tempestuosos de la tierra o que llevaban a tranquilas lagunas interiores; intersecciones que, tomadas en una dirección, encaminaban rumbo a tierras floridas y mares calmos, y hacia la otra conducían a las tormentas infinitas y los peligrosos icebergs de la gran

Corriente de Vientos del Oeste. Y las ciudades, iluminadas y brillantes, eran las tiendas de esas calles interminables, tiendas en las que se realizaban negocios, se rellenaban las carboneras, se aceptaban o descargaban fletes y se recibían las órdenes de los armadores afincados en Londres para ir a otro lugar, más lejos todavía, siguiendo los infinitos caminos del mar, para recoger o llevar nuevas cargas, transportando fletes allá donde hubiese dinero y las aseguradoras no lo prohibieran. Pero contemplar todo eso resultaba agotador y, excepto porque le permitía comer, no le aportaba ningún otro beneficio.

El último adiós a su mujer había sido en Cardiff, veintiocho meses antes, cuando zarpó rumbo a Valparaíso llevando nueve mil toneladas de carbón, al límite de su francobordo. Desde Valparaíso había ido a Australia, ligero, seis mil millas sin escalas de travesía tormentosa y con poco combustible. Otro flete de carbón hasta Oregon, siete mil millas, y casi otras tantas con cargamento general hasta Japón. Desde allí a Java, donde cargaron azúcar para Marsella, y de vuelta por el Mediterráneo hasta el Mar Negro, y luego a Baltimore, cargados al límite de mineral de cromo, zarandeados por los huracanes, de nuevo cortos de combustible y escala en Bermudas para surtir sus carboneras. Después, un fletamento por un período de tiempo concreto desde Norfolk, Virginia, donde cargaron un misterioso carbón de contrabando y zarparon rumbo a Sudáfrica, según las órdenes del misterioso sobrecargo alemán que los fletadores enviaron a bordo. De allí a Madagascar, a cuatro nudos de vapor por orden del sobrecargo, sospechando que la flota rusa podría estar interesada en el carbón. Desconcierto, retrasos, prolongadas esperas en alta mar, complicaciones internacionales, todo el mundo nervioso por el viejo *Tryapsic* y su carga de contrabando, y luego a Japón y al puerto de la base naval de Sasebo. De nuevo a Australia, otro fletamento temporal por el que recogieron mercancía general en Sidney, Melbourne y Adelaida, y la llevaron a Mauricio, Lourengo Marques, Durban, la bahía de Algoa y Ciudad del Cabo. Después a Ceilán para recibir órdenes y de Ceilán a Rangún a cargar arroz para Río de Janeiro. De allí a Buenos Aires, donde cargaron maíz para el Reino Unido o el Continente, con escala en la isla de San Vicente, donde recibieron la orden de dirigirse a Dublin. Dos años y cuatro meses, ochocientos cincuenta días según el cuaderno de bitácora, recorriendo sin descanso los interminables caminos del mar para regresar a Dublin. Estaba muy cansado.

Un pequeño remolcador se había hecho cargo del *Tryapsic* y, entre ruidos metálicos, repiqueteos y órdenes gritadas —¡Avante media!, ¡Poca! O ¡Atrás media!—, el viejo carguero fue empujado, impulsado y obligado a cruzar la

bocana de la dársena de Ringsend. Se lanzaron cabos a tierra, uno a proa y otro a popa, y una amarra en el centro. En el muelle se apiñaba ya un grupito de felices moradores de la tierra.

—Apaguen máquinas —ordenó el capitán MacElrath con su voz lenta y pastosa, y el tercer oficial manipuló la palanca del telégrafo de órdenes a máquinas.

—¡Desplieguen pasarela! —gritó el segundo y, una vez cumplida la orden —: Eso es todo.

Desplegar la pasarela era el último cometido. «Eso es todo», servía como despedida. La travesía había llegado a su fin y la tripulación arrastraba los pies por las oxidadas cubiertas hasta donde les aguardaban sus petates, ya preparados. Los hombres sentían en la boca el sabor a tierra e igual de fuerte lo sintió el capitán al murmurar un áspero «buenos días» al práctico, que se marchaba, y a continuación bajar a su camarote. Los agentes de aduanas, el inspector, el empleado de la consignataria y los estibadores ascendían en grupo por la pasarela. Con rapidez se ocupó de todos y despejó su camarote, mientras el de la consignataria lo esperaba para acompañarlo a la oficina.

—¿Avisó a mi mujer? —había sido su forma de saludar al empleado.

—Sí, con un telegrama en cuanto recibí la información.

—Seguramente llegará en el tren de la mañana —comentó el capitán para sí mismo, y luego entró con la intención de asearse y cambiarse de ropa.

Echó una última ojeada a la estancia y a dos fotografías colgadas en la pared, una de la esposa y la otra de un niño, el hijo al que no conocía. Pasó a la cabina, con sus paredes recubiertas de cedro y arce y con su larga mesa, en la que cabían diez comensales y en la que comió él solo y aburrido durante todo aquel tiempo. Nunca había compartido las risas, el estrépito y las discusiones del comedor general. Él comía en silencio, casi de mal humor; su silencio emulado por el discreto asiático que le servía. De repente fue consciente de la soledad vivida durante aquellos dos años y pico. Todos los disgustos y preocupaciones habían sido para él. No los había compartido con nadie. Sus dos jóvenes oficiales eran demasiado jóvenes y volubles; y el primer oficial, además, era tonto. Imposible consultar con ellos. Uno de los arrendatarios había compartido la cabina con él; era su responsabilidad. Almorzaban y cenaban juntos, recorrían juntos el puente y compartían camarote.

—¡Bueno! —le dijo a la cabina, su sombría compañera—, te abandono encantado, al menos por un tiempo.

Ya en tierra, adelantó a los últimos marineros cargados con sus petates y, en la oficina de la consignataria, con los retrasos de siempre, repasó la actividad de su buque. Cuando lo invitaron a beber algo pidió un batido.

—No soy abstemio —explicó—, pero no soporto ni la cerveza ni el whisky.

A primera hora de la tarde, cuando terminó de pagar a su tripulación, se apresuró a entrar en el despacho privado donde le habían dicho que aguardaba su esposa.

Primero la miró a ella, aunque la tentación de observar al crío que se sentaba junto a la mujer fue enorme. Tras un largo abrazo, la apartó un poco y se concentró en su rostro, estudiando a fondo sus rasgos, sorprendido al no apreciar cambios provocados por el paso del tiempo. Su mujer lo tenía por un hombre afectuoso; sin embargo, si hubiera pedido la opinión de sus oficiales, estos lo habrían tachado de duro y resentido.

—Dime, Annie, ¿cómo te va? —preguntó y volvió a abrazarla.

Luego la apartó otra vez, a esa esposa con la que llevaba diez años casado y a la que apenas conocía. Casi era una extraña para él, o al menos lo era más que su camarero chino; y sin duda lo era más que sus oficiales, a los que había visto a diario, un día tras otro durante ochocientos cincuenta días. De los diez años casados, solo había estado con ella nueve semanas: poco más que una luna de miel. Cada vez que regresaba a casa tenía que volver a entablar relación con ella. Ese era el destino de quienes salían a arar el mar. Sabían poco de sus esposas y menos aún de sus hijos. Su jefe de máquinas —el viejo y miope MacPherson— contaba que, en uno de sus regresos, su hijo de cuatro años, al que no conocía, lo dejó fuera de casa y echó el pestillo.

—Y este será el chico —dijo el patrón, extendiendo una mano indecisa hacia la mejilla del chaval.

Pero el niño se apartó y buscó cobijo en el costado materno.

—¡Vaya! —exclamó ella—, no conoce a su propio padre.

—Ni yo a él. Bien sabe Dios que no habría podido reconocerlo en medio de una multitud, aunque tiene tu nariz, por lo que veo.

—Y tus ojos, Donald, fíjate bien. Es tu padre, hijo. Dale un beso y demuestra que eres un hombrecito.

Pero el niño se pegó más a ella, cada vez más desconfiado y asustado, y cuando su padre intentó cogerlo en brazos amenazó con llorar.

El capitán se enderezó y, con la intención de ocultar su tristeza, sacó el reloj y le echó un vistazo.

—Es hora de irse, Annie —dijo—, o perderemos el tren.

Al principio del viaje guardó silencio, entretenido en observar a su mujer con el niño, a punto de dormirse, en brazos y en mirar por la ventanilla a los campos labrados y las verdes colinas sin árboles, borrosas e imprecisas debido a la llovizna. Tenían todo el compartimento para ellos solos. Cuando el crío se durmió, la madre lo acostó en el asiento y lo arropó con ternura. Tras preguntar por la salud de todos los parientes y amigos y escuchar los cotilleos de Isla McGill, junto con todo lo relacionado con el tiempo y el precio de las tierras y las cosechas, les quedó poco más de lo que hablar —excepto de ellos mismos—, y el capitán MacElrath se ocupó de compartir con su buena esposa el relato de sus viajes por todo el mundo. Pero la suya no era una narración repleta de maravillas, hermosas tierras llenas de flores o misteriosas ciudades orientales.

—¿Cómo es Java? —preguntó ella en un momento determinado.

—Está llena de fiebre. Media tripulación se puso enferma y no podía trabajar. Todo el tiempo tomando quinina. Todas las mañanas, todo el mundo tenía que tomar quinina con ginebra, y eso con el estómago vacío. Los que no estaban enfermos simulaban encontrarse tan mal como el resto.

En otro momento, la mujer preguntó por Newcastle, Australia.

—Carbón y polvo de carbón. No hay más. No es buen sitio. Allí perdí dos chinos, fogoneros los dos. Y los armadores pagaron una multa al Gobierno de cien libras por cabeza. «Lamentamos tomar nota», me escribieron en una carta que recibí en Oregon, «lamentamos tomar nota de la pérdida de dos miembros chinos de su tripulación en Newcastle y recomendamos que tenga más cuidado en el futuro». ¡Más cuidado! Imposible tener más cuidado. Cada chino tenía por cobrar cuarenta y cinco libras de su salario, ¡cómo iba a imaginar que pensaban huir!

»Pero son así: "Lamentamos tomar nota", "nos vemos obligados a informar", "aconsejamos", "comprendemos", y cosas parecidas. ¡Maldito carguero! Se creen que puedo manejarlo a la velocidad del trasatlántico *Lucania* y sin consumir carbón. Y lo de la hélice. Les insistí mucho tiempo. La vieja era de hierro, de bordes gruesos, y no nos daba velocidad. La nueva era de bronce, costó novecientas libras y querían amortizarla enseguida, pero me tocó una travesía muy mala que me hacía perder cada día más tiempo. "Lamentamos tomar nota de su larga travesía de Valparaíso a Sidney con una media diaria de solo ciento sesenta y siete millas. Habíamos esperado obtener mejores resultados con la nueva hélice. Tenía que haber hecho una media de doscientas dieciséis millas diarias".

»Y yo en plena travesía invernal, casi siempre con viento duro que a veces se convertía en huracán y que nos obligó a permanecer al pairo un total de seis días, con las máquinas paradas y las carboneras casi vacías, y con un primer oficial tan tonto que no podía avistar la luz de otro barco por la noche sin hacerme subir al puente. Les escribí para decírselo. Respuesta: "Nuestro asesor náutico sugiere que se desvió demasiado hacia el sur" y "esperamos obtener mejores resultados de esa hélice". ¡Su asesor náutico! ¡Un piloto de ribera! Era la latitud habitual para la travesía invernal entre Valparaíso y Sidney.

»Cuando continué rumbo a Auckland, casi sin carbón, después de avanzar impulsados por la corriente, con las calderas apagadas para ahorrar combustible porque solo quedaban veinte toneladas en las carboneras, pensé en el tiempo perdido y en los gastos, por lo que, para ahorrar dinero a los armadores, lo metí en puerto y lo saqué sin llamar al práctico. El practicaje no era obligatorio. Luego, en Yokohama me encontré con el capitán Robinson, del *Dyapsic*. Empezamos a hablar de puertos y lugares en los alrededores de Australia y va y me dice: "Hablando de Auckland, supongo, capitán, que no has estado nunca en Auckland". "Sí", le contesté, "he estado allí hace muy poco". "Vaya", me dice, muy enfadado, "así que fuiste tú el listillo por culpa de quien recibí una carta de los armadores en la que decía que tomaban nota de un cargo de quince libras por el practicaje de Auckland y que un buque de su propiedad había estado en Auckland poco antes y no había incurrido en semejante gasto. Añadía que se veían obligados a informarme de que consideraban dicho practicaje un gasto innecesario en el que no debería incurrir en el futuro".

»Pero ¿me dijeron a mí una sola palabra por las quince libras que les ahorré? Ni media. Al capitán Robinson le enviaron una carta por no ahorrarles las quince libras y a mí: "Tomamos nota de dos guineas por los honorarios de un médico en Auckland para la tripulación. Por favor, explíquenos ese gasto inusual". Fue por dos de los chinos. Creí que tenían beriberi y por eso llamé al médico. Al cabo de una semana los enterré en el mar. Pero para ellos lo importante era: "Por favor, explíquenos ese gasto inusual", y al capitán Robinson: "Nos vemos obligados a informarle de que consideramos dicho practicaje un gasto innecesario".

»¿No les envié un telegrama desde Newcastle, diciéndoles que el viejo cacharro tenía el fondo tan sucio que necesitaba entrar en el dique seco? Llevaba siete meses sin limpiarse y la Costa Oeste es el sitio del mundo donde más rápido se llenan los cascos de incrustaciones. Pero la carga es lo

primero y tenían un fletamento de carbón para Portland. El *Arrata*, uno de los barcos de la Woor Line, zarpó el mismo día que nosotros rumbo a Portland, y el viejo *Tryapsic* alcanzó seis nudos, siete como máximo. Estábamos en Comox, rellenando las carboneras, cuando recibí la carta de los armadores. La firmaba el jefe y, al final, había escrito de su puño y letra: “El *Arrata* le ha sacado cuatro días y medio de ventaja. Estoy decepcionado”. ¡Decepcionado! ¡Si les había enviado un telegrama desde Newcastle! Cuando por fin entró en el dique seco, en Portland, tenía unas barbas de más de treinta centímetros de largo, cirrípedos incrustados como mi puño de grandes y ostras como platos. Después tardaron dos días en limpiar el dique de conchas y porquería.

»Y luego está también el asunto de la parrilla, en Newcastle. Al parecer, la empresa en tierra la hizo más pesada de lo que constaba en las especificaciones del jefe de máquinas y olvidó cobrar la diferencia. En el último momento, estando yo en tierra con la intención de recoger el despacho para zarpar, llegaron con la factura: «Por un error en la parrilla, seis libras». Habían estado en el barco y MacPherson les había dado el visto bueno, pero a mí me pareció raro y dije que no pagaba. “Entonces duda de su jefe de máquinas”, dijeron. “No dudo”, les contesté, “pero no acabo de verlo claro. Acompáñenme al buque. No tendrán que pagar el desplazamiento, ya les llevo yo. Veremos qué dice MacPherson”.

»No quisieron venir. En Portland recibí la factura por carta. No hice caso. En Hong Kong recibí una carta de los armadores. Les habían enviado la factura. Les escribí desde Java para explicarles la situación. En Marsella me escribieron ellos: “Por un trabajo extra en la sala de máquinas, seis libras. El jefe de máquinas ha dado su visto bueno, pero usted no. ¿Duda de la honradez de su jefe de máquinas?”. Les escribí para decirles que no dudada de su honradez, que la factura era por el peso extra de la parrilla y que estaba bien. ¿La pagaron? No. Tenían que investigar. Pero algún empleado de la oficina se puso enfermo y la factura se perdió. Llegaron más cartas. Recibí cartas de los armadores y de la empresa (“Por un error en la parrilla, seis libras”) en Baltimore, en la Bahía de Lagoa, Moji, Rangún, Río y Montevideo. Aún no lo han solucionado. De verdad, Annie, es muy difícil contentar a los armadores.

Guardó silencio, pensativo, durante un momento y luego repitió, indignado:

—Por un error en la parrilla, seis libras.

—¿Te has enterado de lo de Jamie? —preguntó su esposa durante la pausa.

El capitán MacElrath negó con la cabeza.

—Una ola lo barrió de popa junto con otros tres marineros —informó ella.

—¿Dónde?

—En el Cabo de Hornos. A bordo del *Thornsby*.

—¿Venían rumbo a casa?

—Sí —asintió ella—. Nos enteramos hace tres días. Su mujer está destrozada.

—Un buen tipo, Jamie —comentó él—. Aunque difícil de llevar. Me acuerdo de cuando embarcamos juntos en el *Abion*. Y ahora ya no está.

De nuevo se hizo el silencio, que volvió a romper la esposa.

—Tampoco sabrás lo del *Bankshire*. MacDougall lo perdió en el estrecho de Magallanes. Salió ayer mismo en el periódico.

—Un lugar muy cruel, el estrecho de Magallanes —dijo el capitán—. ¿Sabes que el condenado de mi primer oficial estuvo a punto de mandarnos a tierra dos veces en el mismo paso? Era un idiota, un chalado. No lo quería en el puente ni un solo minuto. Nos acercábamos al Paso Tortuoso con tiempo cerrado y nevadas, yo en el cuarto de derrota y, ¿es que no le di el rumbo corregido? «Sudeste cuarta al este», le dije. «Sudeste cuarta al este, señor», me dijo él. Quince minutos después subo al puente y me comenta: «Tiene gracia, no recuerdo que hubiese islas en la entrada al Paso Tortuoso». Le eché un ojo a las islas y le grité al hombre que estaba al timón: «¡Todo a estribor!». Tenías que haber visto al viajo *Tryapsic* describir el círculo más cerrado de su vida. Esperé a que dejara de nevar y allí estaba la entrada al Paso Tortuoso, preciosa, al este, y las islas a la entrada de la Bahía Falsa al sur. «¿Qué curso seguía?», le pregunté al hombre del timón. «Sur cuarta al sudeste, señor», me contestó. Miré al primer oficial. ¿Qué podía decirle? Estaba tan enfadado que podría matarlo. Cuatro puntos de diferencia. Cinco minutos más y aquel habría sido el final del viejo *Tryapsic*.

»Lo mismo ocurrió cuando nos acercábamos al extremo oriental. En cuatro horas estaríamos sanos y salvos. Yo llevaba ya cuarenta horas en el puente. Le di el rumbo a seguir al primer oficial y la situación del faro Askthar a popa. “No permita que derive más hacia el norte que oeste cuarta al noroeste y no tendrá problemas”, le dije. Luego bajé y me acosté. Pero estaba tan preocupado que no podía dormirme. Pensé: “Después de cuarenta horas en el puente, ¿qué son cuatro horas más? ¿Por cuatro horas vas a permitir que ese primer oficial te deje sin barco?”. “No”, me dije a mí mismo. Me levanté, me refresqué, me tomé un café y subí al puente. Le eché una ojeada a la situación del faro Askthar. Era noroeste cuarta al oeste y el *Tryapsic* estaba a punto de encallar. Era un idiota, ese primer oficial. ¡Pero si con mirar por la

borda se veía el cambio de color del mar! Te aseguro que el *Tryapsic* se salvó por los pelos. Dos veces en treinta horas lo habría llevado a naufragar en la costa de no haber sido por mí.

El capitán MacElrath se quedó mirando al niño dormido, sus ojos pequeños y azules se llenaron de asombro, y su mujer buscó la forma de distraerlo de sus desdichas.

—¿Te acuerdas de Jimmy MacCaul? —preguntó—. Fuiste a la escuela con sus dos chicos. El viejo Jimmy MacCaul, que tenía la granja pasada la casa del doctor Haythorn.

—Ah, sí, ¿qué es de él? ¿Se ha muerto?

—No, pero la última vez que zarpaste hacia Valparaíso se le ocurrió preguntarle a tu padre si ya habías estado antes allí. Cuando tu padre le contestó que no, Jimmy dijo: «¿Y cómo va a saber el camino, entonces?». Y va tu padre y le dice: «Es muy fácil, Jimmy. Imagina que vas a tierra firme, a ver a alguien que vive en Belfast. Belfast es una ciudad muy grande, Jimmy, ¿cómo sabrías llegar a su casa?». «Usando la lengua», contesta Jimmy. «Preguntaría a la gente que me encontrase». «Ya te dije que era fácil», responde tu padre, «Mi Donald encuentra el camino a Valparaíso de la misma forma. Pregunta a todos los barcos que se encuentra en el mar, hasta que da con uno que haya estado en Valparaíso y entonces su capitán le dice por dónde se va». Jimmy se rascó la cabeza, dijo que lo entendía y que, sí, la cosa era muy fácil.

El capitán se rió y a sus cansados ojos azules asomó la alegría durante un momento.

—Era un tipo corto de mollera, tanto como tú y yo juntos —comentó al cabo de un rato, con un ligero brillo en la mirada al ser consciente de la bobada que acababa de decir. Pero ese brillo desapareció enseguida y los ojos azules se tornaron gélidos y desapacibles—. ¿Qué se le ocurrió hacer en Valparaíso, sino mandar a tierra seiscientas brazas de cadena de ancla sin pedirle un recibo al tipo de la barcaza? Yo estaba recogiendo el despacho para zarpar. Descubrí que no tenía el recibo de la cadena cuando ya estábamos navegando. «¿Ha pedido el recibo?», le pregunté. «No», me dijo, «¿no se lo envían directamente a los armadores?». Entonces le pregunté: «¿Cuánto tiempo lleva embarcado para no saber que el primer oficial tiene el deber de no entregar carga alguna sin recibir a cambio un recibo? Y encima en la Costa Oeste. ¿Quién impide ahora que el tipo de la barcaza robe una buena cantidad de cadena?».

»Y la cosa acabó como yo decía. Del barco salieron seiscientas brazas, pero en la consignataria solo recibieron cuatrocientas noventa y cinco. El tipo de la barcaza juró que eso era todo lo que el primer oficial le había entregado: cuatrocientas noventa y cinco brazas. En Portland recibí una carta de los armadores. No culpaban al primer oficial, sino a mí, que estaba en tierra ocupándome de los asuntos del barco. No puedo estar en dos sitios a la vez. Aún me siguen llegando las cartas de los armadores y de la consignataria.

»Ese oficial no era un marino de verdad y no tenía que haber trabajado para los armadores. ¿Sabes que quería denunciarme ante el Ministerio de Comercio por superar la línea de máxima carga? Se lo dijo al contramaestre. Y a mí me dijo, ya de vuelta a casa, que había superado la línea de flotación a plena carga en un centímetro. Fue en Portland, donde cargamos un flete en agua dulce y luego continuamos hasta Comox para llenar nuestras carboneras en agua salada. Te lo aseguro, Annie, hay que hilar muy fino y superé la línea de máxima carga en un centímetro cuando las carboneras quedaron totalmente llenas. Pero no pienso reconocerlo ante nadie más. Y ese condenado del primer oficial me habría denunciado ante el Ministerio de Comercio si no hubiese preferido permitir que una tubería de vapor lo abriese en canal.

»Era un idiota. Tras cargar en Portland, tuve que estibar sesenta toneladas de carbón para que me durase hasta Comox. El alijo con barcazas era caro y en el muelle del carbón no quedaba sitio. Atracada en el muelle había una corbeta francesa. Hablé con su capitán y le pregunté cuánto me cobraría por, una vez terminado el trabajo del día, apartarse durante un par de horas y dejarme entrar a mí. “Veinte dólares”, me dijo. Suponía ahorrar a los armadores el dinero de las barcazas y se los di. Esa noche, tras oscurecer, atraqué y cargué el carbón. Luego empecé a maniobrar para salir a la corriente y fondear, con mi propio vapor, por supuesto.

»Teníamos que salir de popa y algo le pasó al mecanismo de inversión de marcha. MacPherson dijo que podía maniobrar a mano, pero muy despacio. Yo dije que adelante. Empezamos. El práctico estaba a bordo. La marea bajaba rápidamente y al costado, un poco por debajo, teníamos un buque con una barcaza a cada lado. Vi las luces de fondeo del buque, pero en las barcazas no había luz. Quedaba poco espacio para cambiar de atraque un buque grande a vapor, con MacPherson maniobrando a mano el mecanismo de inversión. Teníamos que acercarnos mucho al buque para que yo pudiese marchar avante sin rozar a los barcos que estaban en los extremos del muelle. Y golpeamos a la barcaza a popa justo en el momento en que yo ordenaba ¡avante media! a MacPherson.

»—¿Qué ha sido eso? —preguntó el práctico cuando golpeamos la barcaza.

»—No lo sé —respondí yo—. No tengo ni idea.

»El práctico no era de los más agudos, te lo aseguro. Continué hasta un buen sitio y allí fondeamos. Todo habría salido bien si no fuese por ese condenado idiota del primer oficial.

»—Hemos aplastado esa barcaza —dijo mientras subía la escala del puente, con el práctico bien atento a ver cuánto podía oír.

»—¿Qué barcaza? —pregunté yo.

»—La que estaba al costado —respondió el primer oficial.

»—Yo no vi ninguna barcaza —dije y le pegué un pisotón bien fuerte.

»Cuando el práctico se marchó, le dije al primer oficial: “Si no tiene ni idea de nada, amigo, al menos, por el amor de Dios, cierre el pico”.

»—Pero golpeamos a la barcaza, ¿no lo vio? —me preguntó.

»—Aunque así fuera, no es asunto suyo decírselo al práctico —respondí—. Y tenga en cuenta que no estoy admitiendo que hubiese barcaza alguna.

»A la mañana siguiente, acababa de vestirme y me dice el camarero: “Hay un hombre que quiere verle, señor”. “Que pase”, contesté. Llegó el hombre, le dije “siéntese” y él se sentó.

»Era el armador de la barcaza y, cuando terminó de contarme la historia, le dije: “Yo no vi ninguna barcaza”.

»—¿Cómo dice, amigo? —exclamó—. ¿Que no ha visto una barcaza de doscientas toneladas, grande como una casa, al costado del buque?

»—Me guiaba por las luces del buque —respondí—, y no toqué el buque, que yo sepa.

»—Pero tocó la barcaza —dijo él—. La aplastó. Los daños ascienden a mil dólares y me ocuparé de que usted los pague.

»—Oiga, señor —contesté—, si cambio de atraque un barco por la noche, siempre respeto las leyes y la ley dice muy claramente que debo regular mis actos por las luces de fondeo de los demás barcos. Su barcaza no tenía luces de fondeo y yo no esperaba que apareciera ninguna barcaza sin luces de fondeo.

»—El primer oficial dice… —empezó a decir.

»—Maldito sea el primer oficial —interrumpí—. ¿Tenía luces de fondeo su barcaza?

»—No, no las tenía —respondió—. Pero la noche era despejada y brillaba la luna.

»—Parece que conoce usted su oficio —le dije—. Pero permita que le diga que yo también conozco el mío y no incluye buscar barcazas que no lleven luces. Si cree que la justicia le dará la razón, adelante. El camarero lo acompañará a la salida. Que tenga un buen día.

»Y se acabó el asunto. Pero eso te demostrará lo mal primer oficial que era ese tipo. Fue una bendición para cualquier capitán que esa tubería de vapor lo abriese en canal. Tenía enchufe en la oficina y por eso ocupaba ese puesto.

—Pronto saldrá a la venta la granja Wekley, o eso me dicen los gestores —comentó la esposa, observando astutamente el efecto que su anuncio hacía en él.

Al instante, los ojos del capitán brillaron con ansia y se enderezó, como quien está a punto de dedicarse a una tarea agradable. Era la granja de sus sueños, la que imaginaba, la que lindaba con la de su padre; y la de la familia de ella se encontraba a poco más de un kilómetro.

—La compraremos —dijo—, aunque no se lo diremos a nadie hasta que esté comprada y pagada. He ahorrado mucho, a pesar de que ya no se gana tanto como antes, y tenemos buenos ahorros. Iré a ver a mi padre y le entregaré el dinero para que, si yo estoy embarcado, pueda comprar en cuanto la tierra salga a la venta.

Frotó el vaho helado del interior de la ventanilla y observó la lluvia, que no le permitía distinguir el paisaje.

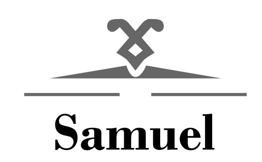
—Cuando era joven, tenía miedo de que los armadores me despidieran. Aún me da miedo. Pero en cuanto esa granja sea mía, ya no me lo dará. Eso de arar el mar no es buen trabajo. Manejo en toda clase de mares, climas y peligros un barco que vale cincuenta mil libras, con fletes que a veces valen otras cincuenta mil: cien mil libras, medio millón de dólares, dicen los yanquis, y yo, con toda esa responsabilidad, gano la porquería de veinte libras al mes. ¿Qué hombre de los que trabajan en tierra y que maneje un negocio valorado en cien mil libras gana la porquería de veinte libras al mes? Además, hay que tener en cuenta los jefes ante los que responde un capitán: los armadores, los aseguradores y el Ministerio de Comercio, todos ellos exigiendo cosas diferentes. Los armadores quieren travesías rápidas sin pensar en el riesgo, los aseguradores quieren travesías seguras sin pensar en los retrasos y el Ministerio de Comercio quiere travesías prudentes y ese «prudentes» siempre implica retrasos. Tres jefes distintos y los tres capaces de destrozarte y dispuestos a hacerlo si no cumples con sus deseos.

Sintió que el tren reducía la velocidad y volvió a mirar por la ventanilla empañada. Se puso en pie, se abotonó el abrigo, se subió el cuello y cogió en brazos, torpemente, al niño dormido.

—Iré a ver a mi padre —dijo— y le entregaré el dinero para que, si estoy embarcado cuando la tierra salga a la venta, no pierda la oportunidad de comprarla. Luego, que me despidan los armadores, si quieren. Dormiré en casa todas las noches y estaré contigo, Annie, y el mar que se vaya al infierno.

Esa perspectiva hizo que la felicidad asomase a los rostros de los dos y durante un momento ambos compartieron la misma visión de paz. Annie se inclinó hacia él y mientras el tren se detenía se dieron un beso, con el niño dormido entre ellos.

[1909]



Samuel

Margaret Henan habría sido una figura sorprendente en cualquier circunstancia, pero nunca más que cuando la vi por primera vez, con un saco de un quintal de grano al hombro, caminando con paso decidido, aunque tambaleándose a la vez, desde la trasera del carro al establo y deteniéndose por un instante para coger fuerzas al pie de los empinados escalones que llevaban al silo. Los escalones eran cuatro y los subió de uno en uno, despacio, sin vacilar, con una certidumbre tan tenaz que ni siquiera pensé que las fuerzas pudieran faltarle y aquel saco de un quintal resbalase del cuerpo marchito que se doblaba bajo su peso. Porque no cabía duda de que era una mujer mayor; precisamente fue su edad lo que me hizo aguardar junto al carro y observarla.

Seis veces se desplazó del carro al establo, siempre con un saco lleno a la espalda y, en lugar de entretenerse un rato charlando conmigo, no me prestó ni la más mínima atención. Después, tras vaciar el carro, tanteó en busca de cerillas y encendió una pipa corta de arcilla, presionando la superficie incandescente del tabaco con un pulgar calloso y en apariencia insensible. Las manos eran dignas de mención. De nudillos largos, nervudas y deformadas por el trabajo, bordeadas de callos, tenían las uñas romas y rotas, y estaban salpicadas de cortes y cardenales, algunos ya curados y otros en proceso, como suele ocurrir en las manos de los hombres que trabajan duro. En los dorsos sobresalían unas venas enormes que evidenciaban edad y esfuerzo. Al mirarlas resultaba difícil creer que se tratara de las manos de la mujer que había sido la gran belleza de Isla McGill. Eso, por supuesto, lo supe después. En aquel momento no conocía ni su historia ni su identidad.

Calzaba pesados botines de trabajo masculinos. No llevaba medias y, cuando caminaba, el borde arrugado y duro como el hierro de los zapatos se clavaba a cada paso en sus delgados tobillos. Su figura, sin cintura y sin forma, quedaba cubierta por una camisa de hombre y una falda de franela raída que había sido roja alguna vez. Pero fue su rostro, arrugado, marchito, curtido, rodeado por una aureola de mechones revueltos y despeinados de cabello canoso, lo que me atrajo y me retuvo allí. Ni el pelo descuidado ni el

exceso de arrugas podían ocultar la espléndida estructura de una frente alta y ancha que no resultaba anómala en absoluto.

Las mejillas hundidas y la nariz esquelética poco expresaban la clase de vida que titilaba tras sus ojos de un azul claro. A pesar de las arrugas en miniatura, que de alguna forma no lograban apagarlos, sus ojos eran cristalinos como los de una niña: cristalinos, con buena vista y una mirada fija y sin pestañear que desconcertaba. Lo más asombroso era la distancia entre ambos. Afortunado aquel para quien la distancia entre sus ojos es igual a lo que mide uno de ellos; sin embargo, la distancia entre los ojos de Margaret Henan equivalía a la medida de un ojo y medio. Pero su rostro estaba tan simétricamente moldeado que ese rasgo excepcional no producía un efecto extraño y, debido a ello, poca gente se fijaba. La boca, sin forma y desdentada, de comisuras hacia abajo y labios secos y apergaminados, carecía de la laxitud muscular propia de la edad. Los labios podrían haber sido los de una momia si no fuese por la impresión de rígida firmeza que transmitían. Pero no porque pareciesen atrofiados. Más bien al contrario: parecían tensos y con una obstinación espiritual y muscular. Allí, y en los ojos, se encontraba el secreto de la certidumbre con la que ascendía los empinados escalones con el peso de los sacos a la espalda, sin dar jamás un paso en falso ni perder el equilibrio, para vaciarlos en el silo.

—Es usted muy mayor para trabajar de esta forma —me atreví a comentar.

Me observó con esa mirada extraña e impasible, pensó la respuesta y habló con esa lentitud deliberada que caracterizaba todo lo que hacía, como si fuera consciente de que poseía una eternidad y no necesitaba apresurarse. De nuevo me impresionó su descomunal certidumbre. En esa eternidad que parecía pertenecerle había tiempo de sobra para pisar bien y mantener el equilibrio; es decir, que había tiempo de sobra para la certidumbre. En su vida espiritual no existían más posibilidades de dar un paso en falso o perder el equilibrio de las que existían cuando llevaba quintales de grano. Me produjo una sensación inexplicable. Allí había un alma humana que, de no ser por el más tenue de los contactos, se escapaba a lo humano que había en mí. Y cuanto más supe sobre Margaret Henan durante las semanas siguientes, más misteriosamente distante se volvió. Resultaba tan extraña como un viajero llegado de muy lejos, de las estrellas, y ni ella ni los demás habitantes de la comarca me ofrecieron pista alguna sobre qué costumbres vitales, qué pasión sentimental, qué preceptos de contemplación filosófica habían motivado todo lo que había sido y era.

—Cumpliré setenta y dos del Viernes Santo en dos semanas —dijo como respuesta a mi comentario.

—Pero es mayor para hacer el trabajo de un hombre y, además, de un hombre fuerte —insistí.

Pareció sumergirse de nuevo en esa atmósfera de eternidad contemplativa, y a mí me afectó de una forma tan curiosa que no me habría sorprendido si me hubiese despertado un siglo después para encontrarla a punto de articular su respuesta.

—Alguien tiene que hacer el trabajo y no quiero tener obligaciones con nadie.

—Pero ¿no tiene hijos o familiares?

—Sí, de sobra, pero no les parece adecuado ayudarme.

Se ocupó de la pipa durante un minuto y luego, con un gesto de la cabeza en dirección a la casa, añadió:

—Vivo sola.

Miré hacia la casa, que tenía el tejado de paja y era espaciosa, hacia el gran establo y el enorme surtido de campos que debían pertenecer a la finca.

—Es una gran cantidad de tierra para que la cultive sola.

—Oh, sí, es grande, son setenta acres. Mi marido siempre estaba ocupado, junto con un hijo y un empleado, por no hablar de la ayuda extra que teníamos en la cosecha y de la chica que me ayudaba en casa.

Trepó al carro, cogió las riendas y me examinó con sus ojos de mirada penetrante e inteligente.

—Parece que viene usted del otro lado del mar. Es americano, ¿no?

—Sí, soy yanqui —contesté.

—No creo que haya mucha gente de Isla McGill en América.

—No. No recuerdo haber conocido a nadie de aquí en Estados Unidos.

Ella negó con la cabeza.

—Les gusta su hogar, aunque no digo que no viajen. Pero siempre acaban por volver, si no se han perdido en el mar o muerto debido a las fiebres en algún puerto extranjero.

—Entonces, ¿sus hijos han salido a la mar y volverán a casa? —pegunté.

—Sí, todos menos Samuel, que se ahogó.

Cuando mencionó a Samuel, podría jurar que sus ojos se iluminaron con una luz extraña y me pareció que —como por telepatía— adivinaba en ella una nostalgia tremenda, una inmensa añoranza. Tuve la sensación de que allí estaba la llave de su inescrutabilidad, la pista que, bien seguida, lograría aclarar todo lo que en ella resultaba extraño. Comprendí que ese era uno de

los posibles contactos y que en aquel momento estaba entreviendo el alma de aquella mujer. Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero la anciana se me adelantó.

Chasqueó la lengua para que el caballo echase a andar y con un «buenos días, señor», se marchó.

☘

LA GENTE DE ISLA MCGILL es sencilla y familiar, y dudo que en el mundo existan seres más trabajadores, frugales y austeros. Quien se los encuentre fuera de allí —y para eso tiene que ser en el mar, porque forman una raza híbrida de marineros y granjeros— jamás los tomará por irlandeses. Ellos afirman ser irlandeses, hablan del norte de Irlanda con orgullo y se burlan de sus vecinos escoceses. Sin embargo, no hay duda de que son escoceses, escoceses trasplantados hace mucho, eso es verdad, pero no por ello menos escoceses, con mil rasgos comunes; por no hablar de su peculiar forma de expresarse, tan farragosa y cerrada, que solo su fuerte sentimiento de tribu, tan propio de los escoceses, habría logrado preservar hasta hoy.

Una estrecha ría, de menos de un kilómetro de ancho, separa Isla McGill del continente irlandés y, una vez cruzada la ría, nos encontramos en un país totalmente diferente. La impresión escocesa es fuerte y, para empezar, los habitantes son presbiterianos. Si tenemos en cuenta que en toda la isla no hay una sola taberna y que allí viven siete mil almas, podremos hacernos una idea de la moderación de dicha comunidad. Respetan las viejas costumbres —por lo que la opinión pública y los clérigos tienen mucha influencia y poder— y además veneran y obedecen a los padres y las madres como en pocos otros lugares del mundo actual. Los cortejos no se prolongan más allá de las diez de la noche y ninguna joven sale a pasear con un chico sin que lo sepan sus padres y hayan dado su consentimiento.

Los jóvenes salen a la mar y se desahogan en los puertos depravados, aunque regresan periódicamente, entre un viaje y otro, para vivir su moralidad intensiva de siempre, cortejar hasta las diez, asistir a los oficios los domingos y escuchar en casa los mismos preceptos severos que sus mayores les predicaban desde que eran unos críos. Esos hijos marinos aprendían mucho sobre las mujeres mundo adelante, pero demostraban su sensatez porque nunca regresaban casados. La única excepción a esa regla había sido el

maestro, culpable de llevar con él a una esposa originaria del otro extremo de la ría, a menos de un kilómetro de distancia. Eso nunca se le perdonó y quedó desacreditado hasta el fin de sus días. Cuando murió, la esposa regresó con los suyos, al otro lado de la ría, y así se limpió la mancha en el blasón de Isla McGill. Al final, los marinos se casaban con jóvenes de su propia tierra y se convertían en ejemplo de todas las virtudes por las que era famosa la isla.

Isla McGill no tenía historia. No podía alardear de ninguno de esos acontecimientos que hacen historia. Nadie había vestido el verde de la Sociedad de los Irlandeses Unidos, no habían surgido conspiraciones fenianas ni conflictos por la propiedad de la tierra. Solo se había producido un desahucio que, además, era puramente técnico: servía para sentar jurisprudencia y lo había aconsejado el propio abogado del arrendatario. De manera que Isla McGill no tenía anales. La historia la había dejado de lado. Pagaba impuestos, reconocía a sus gobernantes coronados y dejaba en paz al mundo. Lo único que pedía a cambio era que el mundo la dejase en paz. El mundo se componía de dos partes: Isla McGill y el resto; y lo que no era Isla McGill resultaba extravagante y bárbaro. Bien lo sabía ella, porque sus hijos marinos siempre volvían a casa y hablaban de ese mundo y de sus impías costumbres.

☘

ME ENTERÉ DE LA EXISTENCIA de Isla McGill por el capitán de un carguero de Glasgow, yendo como pasajero de Colombo a Rangún, y él me dio la carta que me permitió acceder a la casa de la señora Ross, viuda de un capitán mercante, con la que vivía una hija y que tenía dos hijos más, también capitanes y embarcados. La señora Ross no aceptaba huéspedes y si accedió a proporcionarme cama y sustento fue solo gracias a la carta del capitán Ross. Ese atardecer, tras mi encuentro con Margaret Henan, pregunté a la señora Ross al respecto y de inmediato supe que había tropezado con un misterio.

Al igual que el resto de la gente de Isla McGill, como pronto descubriría, la señora Ross al principio se mostró reacia a hablar de Margaret Henan. Sin embargo, fue ella quien me contó esa noche que Margaret Henan había sido una de las grandes bellezas de la isla. Hija de un granjero pudiente, se había casado con Thomas Henan, también pudiente. Nunca había hecho más que

ayudar con las tareas propias de un ama de casa. A diferencia de la mayor parte de las isleñas, nunca había echado una mano en los campos.

—Pero ¿y sus hijos? —pregunté.

—Dos de los chicos, Jamie y Timothy, se casaron y se embarcaron. La casa grande junto a la Oficina de Correos es la de Jamie. Las hijas que no se han casado viven con las que sí lo hicieron. Y el resto murió.

—Los Samueles —intervino Clara, con lo que me pareció una risita.

Era la hija de la señora Ross, una joven fornida, de rasgos atractivos y hermosísimos ojos negros.

—No me gusta que te rías —la recriminó su madre.

—¿Los Samueles? —pregunté—. No entiendo.

—Los cuatro hijos que murieron.

—¿Todos se llamaban Samuel?

—Sí.

—Qué extraño —comenté para romper el silencio.

—Muy extraño —afirmó la señora Ross, mientras continuaba calcetando la camiseta de tirantes de lana que apoyaba en el regazo, una de las incontables prendas de ropa interior que nunca dejaba de tejer para sus hijos capitanes.

—¿Y solo murieron los Samueles? —inquirí para intentar que hablase más.

—Los otros vivieron —fue la respuesta—. Era una familia muy buena, no la había mejor en la isla. Nunca de Isla McGill zarparon chavales mejores que esos. El clérigo los ponía como ejemplo. Y jamás se oyó ni un solo murmullo contra las chicas.

—Pero ¿por qué la dejan sola ahora, en la vejez? —insistí—. ¿Por qué no la cuidan sus propios hijos? ¿Por qué vive sola? ¿Nunca van a verla o a ocuparse de ella?

—Ni una sola vez desde hace más de veinte años. Ella sola se lo buscó. Los echó de casa como empujó a la muerte a Tom Henan, que era su marido.

—¿Bebe? —sugerí.

La señora Ross negó con desdén, como si beber fuese una debilidad en la que no caían ni los más débiles de Isla McGill.

Se produjo una pausa prolongada, durante la que la señora Ross continuó calcetando, imperturbable, limitándose a dar su permiso cuando el pretendiente de Clara, primer oficial de cubierta en uno de los buques de vela de la Shire Line, vino a buscarla para pasear. Yo me entretuve observando la media docena de huevos de avestruz que colgaban en una esquina, pegados a

la pared, como un racimo de alguna fruta monstruosa. En cada huevo habían pintado unas olas picadas e imposibles, surcadas por barcos de aparejo de corbeta con una falta de perspectiva solo igualada por su perfección técnica. Sobre la repisa de la chimenea, a cada extremo, dos conchas de madreperla intrincadamente talladas por las pacientes manos de los convictos de Nueva Caledonia. En el centro, un ave del paraíso disecada. Por toda la estancia se veían diseminadas hermosas conchas de los mares del Sur, delicadas ramas de coral que brotaban de conchas de almeja australiana incrustadas de cirrípedos y protegidas por fanales de cristal, azagayas sudafricanas, hachas de piedra de Nueva Guinea, enormes petacas de Alaska bordadas con cuentas y diseños totémicos, un bumerán australiano, diversos barcos en botellas de cristal, un cuenco para comida de los caníbales de las Marquesas y frágiles cajas de la China y de las Indias, hermosas taraceas de maderas preciosas y madreperla.

Observé este variado tesoro llevado a casa por hijos de marineros y reflexioné sobre el misterio de Margaret Henan, quien había empujado a su marido a la muerte y se había visto abandonada por toda su familia. No era por beber. Entonces, ¿por qué? ¿Por alguna crueldad espeluznante? ¿Por una infidelidad extraordinaria? ¿Por algún delito antiguo y espantoso?

Saqué a colación mis teorías, pero la señora Ross fue rechazándolas una a una.

—No fue por eso —dijo—. Margaret era una buena esposa y madre y no la creo capaz de matar ni a una mosca. Crió una familia decente y temerosa de Dios. Su problema fue que perdió la cabeza, se volvió loca.

La señora Ross se dio unos golpecitos en la sien para indicar un estado de desconcierto.

—Pero he hablado con ella esta tarde —objeté— y me pareció una mujer sensata. Incluso muy despierta para su edad.

—Sí, tiene razón en lo que dice —continuó con calma—, pero no me refiero a eso. Me refiero a su cruel obstinación de mente retorcida. No existe mujer más tozuda que Margaret Henan. Todo fue por culpa de Samuel, que era el nombre de uno de sus hermanos, según cuentan, su favorito, el que murió por su propia mano debido al error del clérigo, que no había registrado el templo nuevo en Dublin. Estaba claro que el nombre daba mala suerte, pero ella no hizo caso y la gente lo comentó cuando llamó Samuel a su primogénito, el que murió de garrotillo. Y después de eso, ¿no va y se le ocurre llamarle Samuel al siguiente? Solo tenía tres años cuando se cayó dentro de la bañera, que estaba llena de agua hirviendo, y se murió cocido. Le aseguro que todo eso fue por su terquedad de loca y su mente retorcida. Ella

quería tener un Samuel y por eso murieron cuatro de sus hijos. Después del primero, su propia madre se arrodilló ante ella sobre la tierra para rogarle, para suplicarle que no le llamara Samuel a su siguiente hijo. Pero a ella no había quien la apartara de su propósito. Margaret Henan siempre fue de ideas fijas, aunque nunca tanto como con lo de Samuel.

»Lo de Samuel era una locura. ¿Me creerá si le digo que sus vecinos, y toda la familia y gente que vivía en la casa con ella, se pusieron de pie y se marcharon del bautizo del segundo, el que murió cocido? Pues sí, eso hicieron, en el instante en que el clérigo preguntó cómo se iba a llamar el niño y ella dijo que Samuel, todos se levantaron y se fueron de la casa. En el umbral, su tía Fannie, hermana de su madre, se volvió y dijo en voz alta, para que todos la oyeran: "¿Por qué querrá matar al pobre niño?". El clérigo lo oyó y no le gustó, pero, como le dijo después a mi Larry, ¿qué podía hacer él? La mujer lo quería así y no había ninguna ley que prohibiese a una madre llamar a su hijo como a ella le apeteciera.

»Y luego vino el tercer Samuel. Cuando se perdió en el mar del Cabo, ¿no quebrantó ella todas las leyes de la Naturaleza para tener al cuarto? Tenía cuarenta y siete años, fíjese bien, y tuvo un hijo a los cuarenta y siete. ¡Piénselo! ¡A los cuarenta y siete! Fue un escándalo.

☘

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Clara me contó la historia del hermano preferido de Margaret Henan y, aquí y allá, durante la semana posterior, fui rehaciendo la tragedia de la mujer. Samuel Dundee había sido el más joven de los cuatro hermanos de Margaret y, según me dijo Clara, ella lo quería tanto que casi lo idolatraba. Andaba embarcado, era el capitán de uno de los veleros de la Bank Line, cuando se casó con Agnes Hewitt. Me la describieron como una chica tan esbelta que parecía un suspiro, de rasgos delicados y con una estructura nerviosa de tipo más que sensible. Su boda había sido la primera celebrada en el templo nuevo y, tras dos semanas de luna de miel, Samuel se despidió de su mujer y zarpó al mando de la *Loughbank*, una bricbarca grande, de cuatro palos.

La metedura de pata del clérigo fue debida al templo nuevo. Aunque no solo fue cosa del clérigo —como me explicaría más adelante uno de los ancianos— porque también metió la pata todo el presbiterio de Coughleen,

que incluía quince templos de Isla McGill y el continente. El templo viejo, en tan mal estado que no se podía reparar, fue derribado y el nuevo se construyó sobre los cimientos originales. Considerando que las piedras de los cimientos eran como la quilla de un barco, al clérigo no se le pasó por la cabeza —ni a todos los miembros del presbiterio— que el nuevo templo no fuese el viejo, legalmente hablando, que pudiesen ser templos distintos.

—La primera semana del templo nuevo se casaron tres parejas —dijo Clara—. Los primeros fueron Samuel Dundee y Agnes Hewitt. Al día siguiente, Albert Mahan y Minnie Duncan. El fin de semana, Eddie Troy y Flo Mackintosh. Todos marinos, por lo que al cabo de seis semanas volvieron a embarcar sin imaginar siquiera la situación en la que se encontraban.

El demonio de la perversidad sin duda se habrá reído entre dientes. Todo estaba de su parte. Las bodas se habían celebrado la primera semana de mayo y el clérigo tardó tres meses en realizar, tal y como exigía la ley, su informe cuatrimestral a las autoridades civiles de Dublin. Enseguida le anunciaron que su templo no existía legalmente, al no haber sido registrado según exigía la ley. Eso se solucionó registrándolo de inmediato, pero lo de los matrimonios no tuvo un remedio tan sencillo. Los tres esposos marinos estaban fuera y sus esposas no eran sus esposas.

—Pero el clérigo no quería alarmar a la gente —dijo Clara—. Guardó el secreto y se tomó su tiempo, a la espera de que los hombres volvieran del mar. La suerte quiso que se encontrase en la otra punta de la isla, celebrando un bautizo, cuando Albert Mahan regresó a casa de forma inesperada porque su barco acababa de entrar en dique en Dublin. Por eso eran ya las nueve de la noche y se encontraba en bata y zapatillas cuando se enteró de la noticia. Mandó ensillar su caballo y salió veloz como el viento hacia casa de Albert Mahan. Albert estaba a punto de acostarse y ya se había quitado un zapato cuando llegó el clérigo.

»“Venid conmigo, los dos”, les dijo, casi sin aliento. “¿Para qué, si estoy muerto de cansancio y solo pienso en acostarme?”, preguntó Albert. “Para casaros legítimamente”, respondió el clérigo. Albert lo miró y le dijo: “Será una broma”. Pero, como le he oído contar más de una vez, en realidad pensó que era una pena que el clérigo se hubiese dado a la bebida siendo ya tan mayor.

»“¿No estamos casados?”, preguntó Minnie. El clérigo negó con la cabeza. “¿No soy la señora Mahan?”. “No, no eres la señora Mahan. Eres la señorita Duncan”. “Pero si nos casó usted mismo”, dijo ella. “Sí y no”, respondió el clérigo y les contó toda la historia. Albert se puso el zapato y se

fueron con el clérigo, quien los casó con todas las de la ley. Como Albert Mahan diría después unas cuantas veces: “No hay muchos hombres en Isla McGill que hayan disfrutado de dos noches de bodas”.

Seis meses después, Eddie Troy volvió a casa y enseguida se casó otra vez. Pero Samuel Dundee había zarpado en una travesía que iba a durar tres años y, además, su barco se retrasaba. Por si eso fuera poco, en brazos de su mujer le esperaba un niño de más de dos años. Transcurrían los meses y la esposa adelgazaba de preocupación. «No pienso en mí —cuentan que dijo muchas veces—, sino en el pobre crío sin padre. Si algo le ocurriese a Samuel, ¿qué sería del niño?».

La aseguradora contabilizó a la *Loughbank* como desaparecida y los armadores dejaron de enviar a la esposa la mitad de la paga mensual de Samuel. Lo que la atormentaba era la cuestión de la legitimidad de su hijo y, cuando perdió la esperanza de que Samuel regresara, se ahogó en la ría, junto con el niño. Y ahora viene la gran tragedia. La *Loughbank* no se había hundido. Debido a una serie de desastres marinos y retrasos demasiado complicados para contarlos, había realizado una de esas travesías eternas, invisibles, que solo se dan una o dos veces cada cincuenta años. ¡El demonio debía de reírse a carcajadas! Samuel regresó a tierra y, cuando le contaron lo ocurrido, algo se rompió en su corazón… o en su cabeza. A la mañana siguiente lo hallaron sobre la tumba de su esposa e hijo, donde había intentado suicidarse. Nunca en la historia de Isla McGill hubo un lecho de muerte tan terrible. Escupió al clérigo a la cara y lo vilipendió, y murió blasfemando de tal forma que quienes lo atendían lo hicieron desviando la mirada y con las manos temblorosas.

Y, después de todo esto, Margaret Henan llamó Samuel a su primer hijo.

¿Cómo explicar la cabezonería de esa mujer? ¿O sería una obsesión mórbida que le exigía que uno de sus hijos se llamase Samuel? Su tercer hijo fue una niña que se llamó como ella y el cuarto, otro niño. A pesar de los golpes que el destino le había dado ya y, aunque había perdido amigos y parientes, insistió en su decisión de llamar al niño igual que su hermano. Quienes se habían criado con ella la echaron a patadas del templo. Su madre, tras una última súplica, abandonó su casa diciendo que si le ponía ese nombre al niño no volvería a hablarle. Y, aunque la señora vivió treinta y dos años más, mantuvo su palabra. El clérigo aceptó bautizar al niño con cualquier nombre excepto Samuel, y los demás clérigos de Isla McGill se negaron a acristianarlo con el nombre que ella había escogido. Entonces Margaret

Henan comentó que recurriría a la ley, pero al final se llevó al niño a Belfast y allí lo bautizó con el nombre de Samuel.

Luego llegó la calma. Nada ocurrió. La isla al completo fue refutada. El niño creció y prosperó. El maestro no cesaba de aseverar que aquel era el chaval más inteligente que había visto nunca. Samuel era fuerte como un roble, se agarraba a la vida con ambas manos. Para asombro de todos, se libró de las enfermedades que suelen sufrir los niños. No supo lo que eran el sarampión, la tos ferina y las paperas. Estaba blindado contra los gérmenes, era inmune a cualquier enfermedad. Nunca sufrió dolor de cabeza o de oídos. Ni una pústula o un solo grano llegaron a deslucir su piel saludable, como me dijo uno de los ancianos. Su expediente académico fue el mejor de la historia de la escuela, tanto en erudición como en deporte, y superaba a cualquier chico de su tamaño o edad en Isla McGill.

Fue un triunfo para Margaret Henan. Aquel dechado de virtudes era suyo y llevaba el preciado nombre. A excepción de su madre, los amigos y parientes regresaron a su lado y reconocieron su error; aunque en su mayoría eran un puñado de viejas brujas que seguían pensando igual y negaban con la cabeza alrededor de una taza de té. El chico era demasiado bueno para durar. Resultaba imposible librarse de la maldición del nombre que la madre tan perversamente le había puesto. La generación más joven se rió de ellas junto con Margaret Henan, pero las viejas brujas continuaron negando con la cabeza.

Llegaron más hijos. El quinto fue niño y Margaret lo llamó Jamie. Después, en rápida sucesión, llegaron tres niñas —Alice, Sara y Nora—, el niño Timothy y dos niñas más, Florence y Katie. Katie fue la última y la undécima, y Margaret Henan, a los treinta y cinco años, renunció a más esfuerzos de ese tipo. Se había portado bien con Isla McGill y con la reina. Tenía nueve hijos saludables. Todos prosperaban. Parecía que su mala suerte había quemado sus cartuchos con la muerte de los dos primeros. Nueve vivían y uno se llamaba Samuel.

Jamie decidió salir a la mar, aunque en el fondo no era su elección sino su obligación, porque los primogénitos de Isla McGill se quedaban en tierra mientras el resto de los hijos se iban a arar el mar. Timothy siguió a Jamie y, para cuando este último consiguió su primer puesto de capitán, en un vapor que se dedicaba a comerciar en los alrededores de Cardiff, Timothy era primer oficial de un gran velero. Sin embargo, Samuel no se adaptó bien a la tierra. La vida del granjero no lo atraía. Sus hermanos se habían embarcado no porque así lo deseasen, sino porque no tenían otra forma de ganarse el pan;

y él, que no necesitaba hacerlo, los envidiaba cuando, tras regresar de sus largas travesías, se sentaban junto al fuego de la cocina y contaban sus audaces relatos de los paraísos existentes más allá del horizonte marino.

Samuel se hizo maestro, para disgusto de su padre, e incluso fue a Belfast a examinarse para sacar más títulos. Cuando el viejo maestro se retiró, Samuel se quedó con la escuela. Aunque en secreto estudiaba navegación y hacía las delicias de Margaret cuando se sentaba junto al fuego de la cocina y, a pesar de las licencias de capitán para la marina mercante que poseían, enredaba a sus hermanos en la teoría de su profesión. Solo Tom Henan se sintió ultrajado cuando Samuel, maestro, caballero y heredero de la granja Henan, se hizo a la mar en el rancho de proa. Margaret tenía una fe inquebrantable en la buena suerte de su hijo y estaba segura de que, hiciera lo que hiciese, sería siempre para mejor. Como todo lo demás relacionado con su magnífica personalidad, nunca hubo un ascenso más rápido que el de Samuel. Con poco más de dos años de experiencia en el rancho de proa, abandonó el castillo de proa para ocupar, de forma provisional, el puesto de segundo oficial de cubierta. Eso ocurrió en un puerto infectado por la fiebre de la Costa Oeste y el comité de capitanes que lo examinó afirmó que sabía más sobre la ciencia de la navegación de lo que ellos habían aprendido u olvidado. Dos años después zarpó de Liverpool como primer oficial del *Starry Grace*, en posesión de los títulos de patrón y capitán. Entonces ocurrió eso por lo que las viejas brujas llevaban años negando con la cabeza.

Me lo contó Gavin McNab, contramaestre del *Starry Grace* por aquel entonces y también nativo de Isla McGill.

—Claro que lo recuerdo —dijo—. Navegábamos hacia el este con muy mal tiempo. No ha habido mejor marino que Samuel Henan. Lo recuerdo esa última mañana, observando cómo se rizaban a popa unas olas enormes y cómo las soportaba el barco. El capitán estaba abajo, llevaba varios días bebiendo. A las siete, Henan empezó a navegar de bolina porque no se atrevía a hacer otra cosa con aquel oleaje. A las ocho, tras desayunar, se retiró a dormir y media hora después subió el capitán, con ojos de sueño, tembloroso y agarrado al tambucho. Había que verlo, se lo aseguro, y allí se quedó, pestañeando, asintiendo con la cabeza y hablando solo. «¡Largar!», ordenó por fin al hombre que iba al timón. «¡Dios!», exclamó el segundo oficial, que estaba a su lado. El capitán ni lo miró y continuó murmurando y parloteando para sí. De repente se enderezó, echó la cabeza hacia atrás y dijo: «Virar toda, timonel. Eh, ¡maldita sea! ¿Estás sordo y no me oyes o qué?».

»Tuvo la suerte del borracho, porque el *Starry Grace* viró a proa de esa tormenta todopoderosa sin meter a bordo ni un cubo de agua, mientras el segundo oficial gritaba órdenes y los marineros saltaban de un lado a otro como locos. A la vez, el capitán se hizo a sí mismo un gesto de satisfacción con la cabeza y bajó en busca de más whisky. Aquello era un asesinato en toda regla, ponía en juego nuestras vidas porque no era el momento para que el mayor de los barcos a flote navegara con viento a popa. ¡Qué forma de correr! Imposible imaginarlo, y eso que en total estuve cuarenta años embarcado. Le aseguro que fue sobrecogedor.

»El segundo oficial estaba pálido como un muerto y aguantó media hora solo, pero luego no pudo más y bajó a llamar a Samuel y al tercer oficial. Sí, Samuel era un gran marino, pero aquello era demasiado para él. Repasó la situación, la estudió, volvió a repasarla y a estudiarla, pero no encontró la forma. No se atrevió a ponerse al pairo. El mar se habría llevado por delante a los marineros y el aparejo, y todo lo que hubiese encontrado a proa. Lo único que podía hacer era continuar navegando con viento a popa. Y si la cosa empeoraba, estaríamos perdidos de todos modos, porque antes o después ese mar endemoniado acabaría por borrarnos del mapa.

»He dicho que era una tormenta todopoderosa, pero me he quedado corto. Debió de ser cosa del mismo demonio, porque daba mucho miedo. He visto mucho en mi vida, pero no quiero volver a ver nada parecido. Nadie se atrevía a permanecer en las literas. No, tampoco en las cubiertas. Todos los marineros se agruparon sobre la caseta para agarrarse bien y observar. Los tres oficiales de cubierta estaban en la toldilla, con dos hombres al timón. El único que quedaba abajo era el capitán, arruinado por el whisky y roncando.

»Entonces la vi venir, a una milla de distancia y ascendiendo por encima del resto de las olas, como una isla en el mar. Era la ola más grande que he visto nunca. Los tres oficiales se quedaron mirándola y rezando, como hacíamos los demás, para que no rompiera al llegar a nosotros. Pero no pudo ser. Al final, cuando se alzó como una montaña y se enroscó sobre la popa, tapando el cielo, los oficiales se dispersaron. El segundo y el tercero corrieron hacia los obenques del palo de mesana y subieron a ellos, pero el primer oficial corrió hacia el timón para echar una mano. Samuel Henan era un hombre valiente. Corrió directo hacia la madre de todas las olas sin pensar en sí mismo, pensando solo en el barco. Los dos hombres estaban amarrados al timón, pero él estaría preparado para actuar en caso de que murieran. Entonces cayó la ola. Los de la caseta no veíamos la toldilla debido a las mil toneladas de agua que recibió. La ola se los llevó por delante, se lo llevó todo:

a los dos oficiales que habían subido a los obenques de mesana, a Samuel Henan que corría hacia el timón, a los dos hombres del timón, sí, y también se llevó el timón. No volvimos a verlos porque el barco, ya sin timón, continuó corriendo con viento en popa; dos marineros se ahogaron junto a la caseta, por no hablar del carpintero, al que encontramos en el saltillo de la toldilla con tantos huesos rotos que parecía un flan.

☘

Y AHORA VIENE lo más asombroso, el milagro del espíritu heroico de esa mujer. Margaret Henan tenía cuarenta y siete años cuando le llegó la noticia de que había perdido a Samuel. Poco después el increíble rumor se extendió por toda Isla McGill. Digo increíble porque Isla McGill no quería creerlo. El doctor Hall lo despreció. Todo el mundo se rió como si fuese una broma. Siguieron el rastro al cotilleo hasta llegar a Sara Dack, criada de los Henan y única persona que vivía con Margaret y su marido. Sara Dack reafirmó lo dicho y la llamaron mentirosa y bocazas. Uno o dos se atrevieron a preguntarle al propio Tom Henan, pero no le sacaron nada más que malas miradas y maldiciones por su osadía.

El rumor remitió y la isla se dedicó a comentar las consecuencias de la pérdida del *Grenoble* en el mar de China, porque todos sus oficiales y la mitad de la tripulación habían nacido y se habían casado en Isla McGill. Pero el rumor no se apagó por completo. Sara Dack insistía en sus aseveraciones, Tom Henan miraba cada vez peor y el doctor Hall, tras una visita al hogar de los Henan, dejó de despreciarlo. Entonces toda Isla McGill se sentó y empezó a darle a la lengua. Era algo impío, contra natura. Nunca se había oído cosa tal. Y cuando, al pasar el tiempo, la verdad de lo que Sara Dack afirmaba se manifestó, la gente de la isla decidió, como el contramaestre del *Starry Grace*, que aquel suceso tan fuera de lo común solo podía ser cosa del demonio. Además, según Sara Dack, aquella mujer obsesionada insistía en que iba a ser niño. «He tenido once hijos —decía—, seis chicas y cinco chicos. Y como en todo debe existir el equilibrio, también lo habrá en mí. Seis de un tipo y media docena del otro, ahí sí que hay equilibrio, así que, tan seguro como que el sol sale todos los días, será niño».

Fue niño y un prodigio. El doctor Hall se deshizo en elogios sobre su perfección sin defectos y su impresionante fuerza, y redactó un artículo al

respecto para la Sociedad Médica de Dublin por tratarse del caso más interesante de ese tipo en su prolongada carrera. Cuando Sara Dack comunicó el increíble peso del bebé, Isla McGill se negó a creerlo y volvió a llamarla mentirosa. Pero cuando el doctor Hall atestiguó que lo había pesado él en persona y no cabía duda alguna. Isla McGill contuvo el aliento y aceptó cualquier informe que Sara Dack realizara sobre el progreso o el apetito del bebé. Una vez más, Margaret Henan llevó a su hijo a Belfast y lo bautizó con el nombre de Samuel.

☘

—ERA UN PEDAZO DE PAN —me dijo Sara Dack.

Sara, cuando la conocí, era una solterona flemática y de carnes generosas que contaba sesenta años y poseía una experiencia tan trágica y poco común que, aunque se pasara décadas dándole a la lengua, su información siempre resultaría de interés imperecedero para sus amigas.

—Un pedazo de pan —dijo Sara Dack—. Nunca se inquietaba. Se pasaba horas sentado al sol y no decía ni pío, siempre que no tuviese hambre. ¡Y era tan fuerte! Sus manos agarraban como las de un hombre. Recuerdo que, cuando solo tenía unas horas de vida, me agarró con tanta fuerza que grité, tanto me asusté. Rebosaba salud. Dormía, comía y crecía. Nunca daba la lata. No le quitó el sueño a nadie, ni siquiera cuando le salieron los dientes. Margaret lo montaba a caballito en su rodilla y preguntaba si había un niño tan bueno como el suyo en los tres reinos.

»¡Qué manera de crecer! Crecía en proporción a cómo comía. Con un año tenía el tamaño de un crío de dos. Tardó en andar y en hablar. Gorjeaba y gateaba, nada más. Aunque era de esperar por la forma en la que crecía: todo se le iba en crecer fuerte y saludable. Incluso Tom Henan se animaba al verlo y decía que no había otro igual en los tres reinos. Fue el doctor Hall quien primero lo sospechó, lo recuerdo muy bien, aunque poco imaginaba yo qué era lo que estaba haciendo. Lo vi sostener cosas frente a los ojos del pequeño Sammy y hacer ruidos junto a los oídos del niño, ruidos altos y bajos, cerca y lejos. Luego el doctor se marchó con el ceño fruncido y negando con la cabeza como si el crío estuviese enfermo. Pero no lo estaba, yo podía jurarlo porque lo veía comer y crecer. El doctor Hall no le dijo una palabra a Margaret y yo no podía imaginar por qué estaba tan desconcertado.

»Recuerdo cuando el pequeño Sammy habló por primera vez. Tenía dos años y el tamaño de un niño de cinco, aunque no dominaba aún lo de andar y se movía a gatas, feliz y contento, sin crear problemas siempre que se le diera de comer en cuanto lo pedía, que era bastante a menudo. Me encontraba tendiendo la colada cuando el niño salió a gatas, meneando la cabezota de un lado a otro y parpadeando debido a la luz del sol. Entonces, de repente, habló. Me quedé tan desconcertada que casi me muero de miedo y en ese momento supe por qué fruncía el ceño el doctor Hall. ¿Hablar? Nunca un niño de Isla McGill había hablado tan alto y de aquella manera. Imposible equivocarse. Me quedé de piedra, pero sin dejar de temblar. El pequeño Sammy rebuznaba. Se lo aseguro, rebuznaba como un asno, igualito; era un grito alto, prolongado y alegre, hasta que parecía que los pulmones se le iban a romper.

»Era un idiota, un monstruo idiota, enorme, horrible. Después de que hablase, el doctor Hall se lo dijo a Margaret, pero ella no lo creyó. Dijo que todo se arreglaría. Que crecía demasiado rápido. Dijo que le diésemos tiempo y ya veríamos. Pero Tom Henan se dio cuenta y ya no levantó cabeza. No lo soportaba y no era capaz de tocarlo, aunque no niego que lo tenía fascinado. Lo descubrí muchas veces observándolo a escondidas, mirándolo hasta que casi se le salían los ojos de las órbitas por el horror. Y cuando rebuznaba, Tom se tapaba los oídos y parecía tan triste que me daba pena.

»¡Y cómo rebuznaba! Era lo único que hacía, además de comer y crecer. Cuando tenía hambre, rebuznaba y no había más forma de callarlo que darle comida. Todas las mañanas, cuando cruzaba por primera vez la puerta de la cocina gateando y parpadeaba al sol, rebuznaba. Fue ese rebuzno lo que provocó su final.

»Lo recuerdo bien. Tenía tres años y era grande como un chico de diez. Tom iba de mal en peor y, mientras araba los campos de un lado a otro, hablaba solo. La mañana del día en cuestión, estaba sentado en el banco exterior de la cocina, arreglando el mango de un pico. Sin que se diera cuenta, el monstruo idiota gateó hasta la puerta y rebuznó al sol como tenía por costumbre. Vi al pobre Tom sobresaltarse y mirar. Allí estaba el monstruo idiota, meneando la cabezota, parpadeando y rebuznando como el gran asno que era. Fue demasiado para Tom. Algo le pasó de repente. Se puso de pie y le dio un golpe en la cabeza al monstruo idiota con el mango del pico. Golpeó una y otra vez, como si fuera un perro rabioso y le tuviese miedo. Luego se fue directo al establo y se colgó de una viga. Después de eso no quise quedarme más allí y me fui a vivir con mi hermana, que estaba casada con John Martin y las cosas le iban bien.

☘

ME SENTÉ EN EL BANCO exterior de la cocina y observé a Margaret Henan mientras apretaba el tabaco ardiendo de la pipa con su pulgar calloso y contemplaba los campos oscurecidos por el crepúsculo. Era el mismo banco que había ocupado Tom Henan aquel último y sanguinario día de su vida. Y Margaret se sentaba en el umbral donde el monstruo, parpadeando al sol, había meneado la cabeza y rebuznado tantas veces. Llevábamos una hora hablando, ella con esa lenta certidumbre de eternidad que la caracterizaba y yo sin comprender los motivos ocultos tras la enmarañada armadura que la protegía. ¿Era una mártir de la Verdad? ¿Algo en su interior la empujaba a adorar un concepto tan abstracto? ¿Había comprendido, aquel lejano día en que llamó Samuel a su primogénito, que la Verdad Abstracta era la única meta del esfuerzo humano? ¿O la dominaba la terca obstinación del buey?, ¿la determinación del caballo testarudo?, ¿la impasibilidad de la pertinaz mente campesina? ¿Era capricho o fantasía?, ¿la única vena de locura en lo que por lo demás era una mente muy racional? ¿O la dominaba el espíritu de un santo? ¿Estaba convencida de la exactitud intelectual de la postura que había adoptado? ¿Se oponía a la superstición de una forma progresista e imperturbable? o —una idea más sutil, si cabe— ¿la dominaba una superstición más amplia y profunda, una adoración obsesiva cuyo Alpha y Omega era el críptico *Samuel*?

—¿Va a decirme —me preguntó— que si el segundo Samuel se hubiese llamado Larry no se habría caído en el agua caliente y muerto ahogado? Entre usted y yo, señor, que parece un hombre inteligente, ¿cree que el nombre habría cambiado algo? ¿Que no habríamos usado la bañera ese día si se hubiera llamado Larry o Michael? ¿Que el agua caliente no estaría caliente y que el agua caliente no lo quemaría si hubiese tenido otro nombre que no fuese Samuel?

Reconocí la justicia de su argumento y continuó.

—¿Algo tan poco importante como un nombre va a cambiar los planes de Dios? ¿El mundo funciona al azar y Dios es una criatura débil e indecisa, capaz de alterar el destino de las cosas porque un gusano como Margaret Henan decide llamarle Samuel a su hijo? Mire a mi hijo Jamie. No quiere a ningún raso finlandés en su tripulación porque cree que los rasos finlandeses manejan los vientos y pueden provocar el mal tiempo. ¿Usted lo cree? ¿Y

cree que ese Dios que hace soplar los vientos se humillaría hasta el punto de obedecer a un grasiento ruso finlandés que lo llama desde el castillo de proa de un barquito?

Dije que no, claro que no; pero ella quería llevar su razonamiento hasta el final.

—Entonces, ¿cree que ese Dios que dirige el curso de las estrellas y para cuyo poderoso pie el mundo no es más que un escabel, cree que podría guardarle rencor a Margaret Henan y enviar una ola gigante en el Cabo de Hornos para arrastrar a su hijo a la eternidad, solo porque ella lo había llamado Samuel?

—Pero ¿por qué Samuel? —pregunté.

—No sé. Porque quise.

—Pero ¿por qué lo quiso así?

—¿Cómo quiere que le responda? ¿Habrá alguna madre, viva o muerta, que pueda responder a esa pregunta? ¿Quién puede explicar el porqué de eso? Mi Jamie estaba loco por el suero de leche. Como él decía, se lo bebería todo hasta reverter. Pero mi Timothy no soportaba el suero. A mí me gusta oír el rugido, el estruendo y la cólera del trueno. Mi Katie no soporta oírlo y grita, tiembla y se esconde. Hasta ahora nunca he oído a nadie responder a la pregunta de por qué algo le gusta. Solo Dios conoce la respuesta. Usted y yo somos mortales y no podemos saberlo. Ya es bastante que sepamos lo que nos gusta y lo que nos disgusta. Me gusta, esa es la primera palabra y también la última. Y nadie puede buscar detrás de ese «me gusta» para encontrar el porqué. A mí me gusta Samuel y me gusta mucho. Es un nombre agradable que tiene un sonido gradual y maravilloso que supera mi comprensión.

El crepúsculo se hizo más oscuro y, en medio del silencio, observé esa espléndida frente abovedada que el tiempo no conseguía deslucir, la separación entre los ojos y los propios ojos, cristalinos, de mirada fija y con buena vista. Se puso en pie con ademán de despedirme y dijo:

—Tendrá que hacer el camino de vuelta a oscuras y no se librará de algún que otro chaparrón.

—¿Se arrepiente de algo, Margaret Henan? —pregunté, de repente y sin pensar.

Me observó durante un momento.

—Sí, de no haber tenido otro hijo.

—¿Lo habría tenido? —dije con voz entrecortada.

—Sí, lo habría tenido —me respondió—. Y lo habría llamado igual.

Recorrí el oscuro camino que discurría entre setos de espino blanco dándole vueltas a por qué nos gusta lo que nos gusta, repitiendo el nombre de Samuel en voz baja y en voz alta para escuchar ese sonido gradual y maravilloso que había hechizado el alma de aquella mujer y dirigido su vida hacia lugares trágicos. ¡Samuel! Sí, tenía un sonido gradual y maravilloso. ¡Sí que lo tenía!

[1909]



Un trozo de carne

CON EL ÚLTIMO PEDACITO de pan, Tom King limpió el plato de todo resto de salsa y masticó el bocado resultante despacio, meditabundo. Cuando se levantó de la mesa, lo atormentaba la sensación de que estaba verdaderamente hambriento. Sin embargo, solo había comido él. Los dos niños que ocupaban el otro cuarto se habían ido temprano a la cama para que al dormir pudiesen olvidar que no habían cenado. Su esposa no había tocado nada y permaneció sentada en silencio, mirándolo a él con ojos solícitos. Era una mujer de la clase obrera, delgada y rendida, aunque en su rostro aún se percibían rastros de una belleza anterior. La harina con la que había hecho la salsa se la había prestado la vecina de enfrente. Los dos últimos peniques que quedaban los usó para comprar el pan.

Tom se sentó junto a la ventana, en una silla desvencijada que protestó bajo su peso y, con un gesto mecánico, se llevó la pipa a la boca y buscó en el bolsillo lateral de su chaqueta. La ausencia del tabaco lo hizo consciente de su gesto y guardó la pipa, tras fruncir el ceño por su mala memoria. Sus movimientos eran lentos, casi torpes, como si el enorme peso de sus músculos fuese una carga para él. Se trataba de un hombre fuerte, imperturbable y su aspecto no resultaba atractivo en exceso. Su ropa áspera estaba vieja y deformada. Los empeines de los zapatos parecían demasiado débiles para soportar un cambio de suelas que, además, tampoco era reciente. Y la camisa de algodón, una prenda barata, de dos chelines, tenía el cuello deshilachado y manchas de pintura indelebles.

Pero era el rostro lo que claramente anunciaba a qué se dedicaba Tom King. Se trataba del rostro típico de un boxeador profesional, de uno que llevaba muchos años en el *ring* y que, debido a ello, había adquirido y acentuado todas las marcas propias de la bestia que pelea. Era, sin lugar a dudas, un semblante adusto y, a fin de que ningún rasgo pasara inadvertido, estaba muy bien afeitado. Los labios no tenían forma y componían una boca dura en exceso que más parecía un corte en el rostro. La mandíbula era agresiva, cruel, maciza. Los ojos, de movimiento lento y párpados pesados, resultaban casi inexpresivos bajo las cejas introspectivas y desgreñadas. Todo

él era un verdadero animal, pero los ojos componían el rasgo más animal de su persona. Aletargados, como los de un león: los ojos de un animal que lucha. La frente se inclinaba de repente hacia el pelo, tan corto que dejaba ver todos los golpes de una cabeza de aspecto infame. La nariz, rota dos veces y moldeada por un número incontable de golpes, y una oreja hinchada de forma permanente debido a los puñetazos y deformada hasta abultar el doble de lo normal completaban su atavío, mientras la barba, a pesar de estar recién afeitada, salía con fuerza y daba al rostro un matiz negro azulado.

En conjunto era la cara de un hombre que provoca miedo al tropezárselo en un callejón oscuro o lugar solitario. Sin embargo, Tom King no era un criminal y nunca había cometido delito alguno. Excepto en las peleas, algo común entre la gente de su condición, nunca había herido a nadie. Tampoco las provocaba. Era un profesional y reservaba toda su brutalidad para sus apariciones profesionales. Cuando no estaba en el cuadrilátero era lento, de trato fácil y, en su juventud, cuando no le faltaba el dinero, había sido demasiado generoso para su propio bien. No guardaba rencor y tenía pocos enemigos. Para él, boxear era un negocio. En el *ring* golpeaba para hacer daño, golpeaba para lisiar, golpeaba para destruir; pero sin animadversión. Se trataba de una simple tesitura comercial. Los espectadores se reunían y pagaban para ver el espectáculo de dos hombres pegándose hasta noquearse. El ganador se llevaba la mayor parte del premio. Cuando Tom King se enfrentó al Matón de Woolloomoolloo, veinte años atrás, sabía que la mandíbula del Matón llevaba solo cuatro meses curada después de que se la rompieran en un combate celebrado en Newcastle. Apostó por esa mandíbula y se la rompió de nuevo en el noveno asalto, no porque le desease mal alguno al Matón, sino porque era la forma más segura de acabar con él y llevarse el premio. Tampoco el Matón le guardó rencor por hacerlo. Eran las reglas del juego, ambos las conocían y las aplicaban.

Tom King nunca había sido un hombre conversador y permanecía sentado junto a la ventana, guardando un silencio malhumorado y mirándose las manos, grandes e hinchadas. En el dorso sobresalían las venas, y los nudillos, destrozados, maltratados y deformes, atestiguaban el uso que de ellos se hacía. Nunca había oído decir que la vida de un hombre dependía de la vida de sus arterias, pero de sobra sabía lo que significaban esas venas desmedidas y abultadas. Su corazón había bombeado demasiada sangre a través de ellas a la máxima presión. Ya no funcionaban bien. Habían perdido su elasticidad y esa distensión disminuía su capacidad de resistencia. Ahora se cansaba enseguida. Ya no podía hacer veinte asaltos rápidos a brazo partido,

golpeando sin descanso de campana en campana, realizando un intenso intercambio de golpes tras otro, acabando contra las cuerdas para luego acorralar a su oponente contra las cuerdas y pegar con mayor fuerza y velocidad en el último asalto, el vigésimo, con el público en pie, gritando, y él arremetiendo, golpeando, esquivando, colmando al otro de golpes y recibiendo también, y durante todo ese tiempo el corazón bombeaba con precisión las oleadas de sangre a través de las venas adecuadas. Esas venas, hinchadas en el momento, recuperaban luego su estado anterior, aunque no del todo: cada vez, de forma imperceptible al principio, se quedaban un poquito más cedidas. Las miró, junto con sus maltratados nudillos y, durante un segundo, recuperó la visión de perfección juvenil de aquellas manos antes de que el primer nudillo se rompiera contra la cabeza de Benny Jones, también conocido como el *Terror Galés*.

La sensación de hambre se apoderó otra vez de él.

—¡Caray, lo que daría por un trozo de carne! —murmuró mientras apretaba sus enormes puños y contenía una palabrota.

—Fui a ver a Burke y a Sawley —dijo su esposa en tono de disculpa.

—¿Y nada? —quiso saber él.

—Burke dijo que ni medio penique —respondió ella con voz entrecortada.

—¡Demonios! ¿Qué te dijo?

—Que pensaba que Sandel iba a acabar contigo esta noche y que tu cuenta pendiente ya era lo bastante grande.

Tom King dejó escapar un gruñido, pero no respondió. Pensaba en el bull terrier que había tenido de joven, al que alimentaba con carne sin ponerle límites. Entonces Burke le hubiera dado crédito para que comprase mil filetes. Pero los tiempos habían cambiado. Tom King envejecía y los viejos, que luchaban en clubes de segunda, no podían pretender que los tenderos les fiasen.

Esa mañana se había levantado con ganas de comer carne y el deseo no remitía. No había entrenado bien para la pelea. Aquel era año de sequía en Australia, tiempos difíciles, y resultaba complicado encontrar hasta el más irregular de los trabajos. No tenía pareja de entrenamiento y su alimentación no era ni la mejor ni suficiente. Había trabajado como peón caminero por días, cuando lo contrataban, y por las mañanas, muy temprano, corría alrededor del Domain para mantener en forma las piernas. Pero era muy duro adiestrarse sin pareja, con esposa e hijos a los que alimentar. El crédito en las tiendas se había resentido cuando lo enfrentaron a Sandel. El secretario del Gayety Club le había adelantado tres libras, la parte del premio que le

correspondía al perdedor; sin embargo, no quiso darle nada más. De vez en cuando conseguía que sus viejos amigos le prestasen unos pocos chelines. Esos amigos le habrían prestado más, pero era año de sequía y ellos también lo estaban pasando mal. No —y de nada servía ocultarlo—, su entrenamiento no era satisfactorio. Tenía que haberse alimentado mejor, sin preocupaciones. Además, a los cuarenta resulta más difícil recuperar la forma que a los veinte.

—¿Qué hora es, Lizzie? —preguntó.

Su esposa salió al pasillo para preguntar y regresó.

—Las ocho menos cuarto.

—El primer combate empezará dentro de unos minutos —dijo—. Solo será una prueba. Luego hay un combate corto a cuatro asaltos entre Dealer Wells y Gridley, y otro de diez entre Starlight y un marinero. A mí no me toca hasta dentro de más de una hora.

Tras diez minutos de silencio, se puso en pie.

—La verdad es, Lizzie, que no he entrenado bien.

Cogió el sombrero y se dirigió a la puerta. No hizo ademán de besarla, nunca lo hacía al salir, pero esa noche ella se atrevió a besarlo. Lo abrazó y le obligó a inclinarse hacia ella. Parecía muy pequeña comparada con el gigantesco corpachón del hombre.

—Buena suerte, Tom —le dijo—. Tienes que ganarle.

—Sí, tengo que ganarle —repitió el marido—. No hay más. Tengo que ganarle.

Se rió intentando mostrar entusiasmo mientras ella se apretaba más contra él. Por encima de los hombros de su mujer echó un vistazo a la habitación vacía. Era lo único que tenía en el mundo, con el pago del alquiler atrasado, y ella y los niños. Pero iba a abandonarla de noche para conseguir carne para su hembra y sus cachorros, no como va al tajo el obrero moderno, sino de la forma primitiva, antigua, animal, regia: peleando por ella.

—Tengo que acabar con él —insistió, aunque con un leve asomo de desesperación en la voz—. Si gano, serán treinta libras y podré pagar todo lo que debemos y aún nos quedará una buena cantidad. Si pierdo, no me darán nada, ni siquiera un penique para volver a casa en tranvía. El secretario ya me ha dado todo lo que le toca al perdedor. Adiós, mujer. Si gano volveré directo a casa.

—Te estaré esperando. —La voz de ella lo siguió por el pasillo.

El Gayety se encontraba a más de tres kilómetros y, mientras caminaba, recordó que en sus buenos tiempos —había sido campeón de los pesos pesados de Nueva Gales del Sur— habría ido en taxi al combate y que, muy

seguramente, alguno de los que apostaban fuerte lo habría acompañado y pagado la carrera. Por ejemplo, Tommy Burns y aquel yanqui negro, Jack Johnson, se movían en vehículos a motor. ¡Y él iba andando! Además, como todo el mundo sabía, tres kilómetros de caminata no era lo mejor antes de un combate. Era un viejo y el mundo no soportaba a los viejos. Ya no valía para nada más que para trabajar de peón caminero, pero la nariz rota y la oreja hinchada lo perjudicaban incluso para eso. Acabó por desear haber aprendido un oficio. A la larga habría sido mejor. Pero nadie se lo había dicho y en lo más profundo de su alma sabía que, aunque se lo hubiesen dicho, no habría hecho caso. Había sido tan fácil. Un dineral, combates intensos y magníficos con períodos de descanso y ociosidad en medio, un séquito de entusiastas aduladores, palmaditas en la espalda, apretones de mano, ricachones encantados de invitarlo a una copa a cambio del privilegio de charlar cinco minutos con él y la gloria de todo aquello: los gritos del público, un final vertiginoso, el árbitro al gritar «¡King gana!» y su nombre en las páginas de deportes al día siguiente.

¡Qué tiempos aquellos! Pero ahora se daba cuenta, a su estilo meditabundo y lento, que lo que hacía era librarse de los viejos. Él era el ascenso de la Juventud y ellos, el hundimiento de la Vejez. Por supuesto que le había resultado fácil, ellos tenían las venas hinchadas y los nudillos maltratados, y estaban cansados de tanto combatir. Recordó aquella vez, cuando tumbó al viejo Stowsher Bill, en Rushcutter Bay, en el décimo octavo asalto, y cómo después, ya en el vestuario, el viejo Bill había llorado como un niño. Quizá también debía el alquiler. Es posible que en casa lo aguardasen su mujer y un par de críos. Y tal vez Bill, ese mismo día del combate, tuviese hambre y deseara un trozo de carne. Bill había luchado como un valiente y recibido un castigo impresionante. Ahora comprendía, después de haberlas pasado moradas él también, que esa noche, veinte años atrás, Stowsher Bill había luchado por algo mucho más importante que aquello por lo que luchaba el joven Tom King: la gloria y el dinero fácil. Con razón había llorado Stowsher Bill luego en el vestuario.

Bueno, para empezar, cada hombre soporta un número limitado de combates. Esa era la regla férrea del juego. Uno puede soportar cien combates de los duros y otro, solo veinte. Cada uno aguanta un número concreto que depende de su constitución y de la calidad de su carácter y, una vez los ha cubierto, está acabado. Sí, él había aguantado más combates que la mayoría y le había correspondido una parte mucho mayor de peleas duras y agotadoras, de esas que llevan al corazón y los pulmones al punto de casi estallar, que

roban la elasticidad a las arterias y convierten la elegante agilidad de la Juventud en rígidos nudos de músculo, que deteriora la sangre fría y la resistencia y agota cerebro y huesos debido al exceso de esfuerzo y de aguante exigido. Sí, a él le había ido mejor que a todos ellos. Ya no quedaba en activo ninguno de sus viejos contrincantes. Él era el último de la vieja guardia. Había visto el final de todos ellos e incluso había ayudado a la desaparición de algunos.

Para ponerlo a prueba, lo enfrentaron a los viejos y los fue tumbando uno tras otro, riéndose cuando lloraban en el vestuario, como el viejo Stowsher Bill. Ahora el viejo era él y ponían a prueba a los jóvenes haciéndolos pelear contra él. Por ejemplo, ese tipo, Sandel. Venía de Nueva Zelanda con muy buenos resultados. Pero, como en Australia nadie lo conocía, lo enfrentaban al viejo Tom King. Si Sandel se lucía, le darían contrincantes mejores y podría ganar mayores bolsas, así que era de esperar que la lucha fuese encarnizada. Podía ganarlo todo: dinero, gloria y carrera; y Tom King no era más que el viejo listo para jubilarse que impedía el acceso a fama y fortuna. En cambio, él solo podía ganar treinta libras para pagar al casero y a los tenderos. Mientras Tom King rumiaba todas estas cosas, visualizó el ascenso de la Juventud magnífica, exultante e invencible, de músculos ágiles y piel sedosa, con un corazón y unos pulmones que nunca se cansaban ni desgarraban y que se reían ante la idea de limitar su esfuerzo. Sí, la Juventud era la bestia negra. Destruía a los viejos y no le importaba el hecho de que, al hacerlo, se destruía a sí misma. Dilataba sus arterias y destrozaba sus nudillos y, a su vez, acababa destruida por la Juventud. Porque la Juventud siempre era joven. Solo la Vejez envejecía.

En Castlereagh Street giró a la izquierda y tres manzanas después llegó al Gayety. Una multitud de jóvenes bulliciosos que aguardaba en la entrada le dejó pasar con respeto y oyó a uno que le decía a otro: «¡Es él! ¡Es Tom King!».

Dentro, camino al vestuario, se encontró con el secretario, un joven de rostro astuto y mirada penetrante, que le estrechó la mano.

—¿Cómo se encuentra, Tom? —preguntó.

—Fuerte como un roble —respondió King, aunque sabía que estaba mintiendo y que, si tuviese una libra, la daría en ese mismo instante por comerse un buen filete.

Al salir del vestuario, seguido de sus ayudantes, y recorrer el pasillo que lo llevaba al cuadrilátero, situado en el centro de la sala, la multitud estalló en aplausos y gritos de bienvenida. Saludó a izquierda y derecha, a pesar de que

conocía a muy pocos de los presentes. La mayor parte de aquellos rostros pertenecían a chavales que no habían nacido cuando él ganaba sus primeros laureles en el *ring*. De un salto ligero subió a la plataforma elevada y se coló entre las cuerdas hasta su esquina, donde se sentó en un taburete plegable. Jack Ball, el árbitro, se acercó y le estrechó la mano. Ball era un púgil acabado que llevaba más de diez años sin subir al cuadrilátero como primera figura. King se alegraba de tenerlo como árbitro. Ambos eran viejos. Si por casualidad iba un poco más allá de las reglas con Sandel, podría contar con que Ball haría la vista gorda.

Varios jóvenes aspirantes de la categoría de los pesos pesados subían uno a uno al cuadrilátero mientras el árbitro los iba presentando ante el público. También anunciaba sus desafíos.

—Pronto *el Joven* —anunció Ball—, de North Sydney, reta al ganador a una apuesta paralela de cincuenta libras.

El público aplaudió y volvió a hacerlo cuando Sandel se coló entre las cuerdas y ocupó su esquina. Tom King miró con curiosidad al otro extremo del cuadrilátero, porque en pocos minutos se encontrarían enzarzados en un combate sin piedad, cada uno intentando con todas sus fuerzas tumbar al otro y dejarlo inconsciente. Pero poco pudo ver porque Sandel, al igual que él, llevaba pantalones y sudadera por encima del uniforme para el *ring*. El rostro resultaba fuertemente apuesto, coronado por una mata rizada de pelo rubio, mientras el cuello, ancho y musculoso, insinuaba la magnificencia del cuerpo.

Pronto *el Joven* se acercó a una esquina y luego a la otra, estrechó las manos de los púgiles y bajó del *ring*. Continuaron los desafíos. Mucha Juventud se coló entre las cuerdas —Juventud desconocida, aunque insaciable— para gritar a la humanidad que con habilidad y fuerza conseguiría ajustarle las cuentas al ganador. Unos años antes, en pleno apogeo de su invencibilidad, esos preliminares habrían divertido y al mismo tiempo aburrido a Tom King. Pero ahora permanecía fascinado, incapaz de apartar la mirada de esa imagen de la Juventud. Los jóvenes no paraban de subir al cuadrilátero, colarse entre las cuerdas y gritar su desafío; y siempre eran los viejos los que caían ante ellos. Ascendían al éxito pasando por encima de los cuerpos de los viejos. No paraban de llegar, más y más jóvenes —Juventud insaciable e irresistible—, y siempre machacaban a los viejos, aunque a la vez se convertían en viejos y recorrían el camino cuesta abajo del hundimiento, mientras a sus espaldas, siempre presionando, se encontraba la Juventud eterna —los recién nacidos que crecen vigorosos y tumban a sus viejos,

perseguidos a su vez por otros recién nacidos hasta el final de los tiempos—, la Juventud que quiere salirse con la suya y que nunca morirá.

King miró hacia la tribuna de prensa y, con un gesto de la cabeza, saludó a Morgan, del *Sportsman*, y a Corbett, del *Referee*. Luego mantuvo las manos estiradas mientras Sid Sullivan y Charley Bates, sus ayudantes, le ponían los guantes y los ataban bien, observados de cerca por uno de los ayudantes de Sandel, que antes ya había examinado el vendaje de los nudillos de King con gesto crítico. Uno de sus propios ayudantes se encontraba en la esquina de Sandel, realizando un cometido similar. Sandel se vio libre de los pantalones largos y, mientras se ponía en pie, le quitaron la sudadera por la cabeza. Tom King, al mirar, vio la Juventud encarnada: el pecho ancho y de músculos fuertes que se movían bajo la piel blanca y sedosa como si estuviesen vivos. Todo su cuerpo rebosaba vida y Tom King supo que se trataba de una vida cuya frescura no había rezumado a través de los poros doloridos durante las largas peleas en las que la Juventud pagaba su precio y de las que salía siendo no tan joven como cuando había entrado.

Los dos hombres avanzaron para encontrarse en el centro y, mientras sonaba la campana y los ayudantes abandonaban el cuadrilátero llevándose los taburetes plegables, se estrecharon las manos y al instante adoptaron sus poses de pelea. También al instante, como un mecanismo de acero y muelles que salta a la mínima, Sandel atacó, retrocedió y volvió a atacar, conectó un zurdazo a los ojos, un derechazo a las costillas, esquivó el contraataque, se alejó practicando un ligero juego de pies y regresó con un juego de pies amenazante. Era rápido y hábil. El suyo era un espectáculo impresionante. El público demostraba su aprobación a gritos. Pero King no se dejó impresionar. Había luchado demasiados combates y contra demasiados jóvenes. Reconocía esa clase de golpes: eran rápidos y hábiles en exceso para resultar peligrosos. Estaba claro que Sandel quería precipitar las cosas desde el principio. Era de esperar. La Juventud actuaba así y gastaba su esplendor y excelencia en rebeliones violentas y furiosas acometidas, abrumando a su oponente con su propia gloria ilimitada de fuerza y deseo.

Sandel atacaba y retrocedía, estaba aquí, allá y en todas partes, ligero de pies y entusiasmado, maravilla viviente de carne blanca y músculos aguzados que se entretejían para crear una deslumbrante trama de ataque, deslizándose y saltando como un aeroplano ondulante de movimiento en movimiento hasta efectuar miles de ellos, todos dirigidos a la destrucción de Tom King, que se interponía entre él y la fortuna. Y Tom King resistía pacientemente. Sabía lo que hacía y también sabía lo que era la Juventud, ahora que ya no la poseía.

Pensaba que no había nada que hacer hasta que el otro perdiese parte de su ímpetu y sonreía para sus adentros mientras se agachaba deliberadamente para recibir un fuerte golpe en la coronilla. Era una actitud un tanto retorcida, aunque sumamente justa según las reglas del boxeo. Todo púgil debe cuidar sus nudillos, pero si aquel insistía en golpear a su oponente en la coronilla, lo hacía por su cuenta y riesgo. King podría haberse agachado más y esquivar el golpe, que pasaría zumbando por encima sin hacerle daño, pero recordaba sus primeros combates y cómo había destrozado su primer nudillo contra la cabeza del Terror Galés. Se limitaba a jugar sus bazas. Aquella finta se había llevado por delante uno de los nudillos de su oponente. Aunque a Sandel no le iba a importar en ese momento. Seguiría igual, a pesar de todo, pegando igual de fuerte durante la totalidad del combate. Pero después, cuando las consecuencias de tantas peleas empezaran a hacerse visibles, lamentaría el estado de ese nudillo, echaría la vista atrás y recordaría cómo se lo había destrozado contra la cabeza de Tom King.

Sandel ganó el primer asalto e hizo gritar al público con la rapidez de sus ataques arrolladores. Abrumaba a King con avalanchas de puñetazos y King no hacía nada. No golpeó ni una vez, limitándose a cubrirse, a bloquear los golpes, esquivándolos y trabándose para evitar el castigo. En ocasiones fintaba, sacudía la cabeza cuando recibía el peso de un puñetazo y se movía imperturbable, sin saltar, brincar ni desperdiciar un solo gramo de fuerza. Sandel debía sudar la rabia de la Juventud antes de que la discreta Vejez pudiera atreverse a responder. Todos los movimientos de King eran sosegados y metódicos, y sus ojos lentos y de párpados pesados le daban la apariencia de estar medio dormido o atontado. Sin embargo, lo veían todo porque habían sido entrenados para verlo todo durante los veinte años y pico que llevaba peleando. Eran ojos que no pestañeaban ni vacilaban ante un puñetazo inminente, sino que miraban y calculaban la distancia con frialdad.

Sentado en su esquina durante el minuto de descanso al final del asalto, estiró las piernas y descansó los brazos sobre las cuerdas en el ángulo adecuado, mientras su pecho y abdomen subían y bajaban profundamente al tragar el aire producido por las toallas de sus ayudantes. Escuchó con los ojos cerrados los comentarios del público. Muchos gritaban: «¿Por qué no peleas, Tom? Le tienes miedo, ¿es eso?».

«Tiene los músculos agarrotados», oyó comentar a un hombre de la primera fila. «No puede moverse más rápido. Dos a uno por Sandel, me voy a forrar».

Sonó la campana y los púgiles abandonaron sus esquinas. Sandel recorrió tres cuartas partes de la distancia, ansioso por empezar de nuevo; pero King se contentó con cubrir una distancia más corta. Era una actitud acorde con su política de economizar. No había podido entrenar bien ni comido lo suficiente y cada paso contaba. Además, ya había caminado más de tres kilómetros para llegar al cuadrilátero. Fue una repetición del primer asalto, Sandel atacando como un torbellino y el público peguntando, indignado, por qué King no peleaba. Más allá de fintar y propinar varios golpes lentos e ineficaces, no hizo nada, excepto bloquear, esquivar y trabar. Sandel quería marcar un ritmo más rápido, pero King, por experiencia, se negaba a complacerlo. Dejó asomar una sonrisa nostálgica a su semblante maltratado por los golpes y continuó conservando las fuerzas con ese celo del que solo la Vejez es capaz. Sandel era joven y derrochaba su fuerza con el abandono generoso de la Juventud. King dominaba la táctica del cuadrilátero, la sabiduría reunida en infinidad de duros combates. Observaba con los ojos y la cabeza fríos, moviéndose despacio a la espera de que Sandel sudase su rabia. La mayor parte del público creía que King estaba siendo claramente superado por su oponente y expresaba su opinión ofreciendo tres a uno por Sandel. Pero había unos pocos prudentes que conocían a King desde hacía mucho tiempo y que cubrían lo que consideraban un dinero fácil de ganar.

El tercer asalto dio comienzo como los anteriores, muy desigual, con Sandel destacando y castigando al otro. Había transcurrido medio minuto cuando Sandel, en un exceso de confianza, dejó un hueco libre, sin cubrir. Los ojos y el brazo derecho de King relampaguearon al instante. Fue su primer golpe real: un gancho, con el brazo arqueado y torcido para darle rigidez y con todo el peso de su cuerpo medio girado. Fue como si un león que parecía dormido lanzase un zarpazo sin previo aviso. Sandel, al que alcanzó en un lateral de la mandíbula, cayó como un buey. El público dejó escapar un grito ahogado y aplaudió, sobrecogido. Después de todo, aquel hombre no tenía los músculos agarrotados y era capaz de golpear como un mazo.

Sandel estaba conmocionado. Se dio la vuelta e intentó levantarse, pero los gritos de sus ayudantes para que descansase brevemente durante el conteo lo contuvieron. Se apoyó en una rodilla, dispuesto para ponerse en pie, y aguardó, mientras el árbitro se inclinaba sobre él, contando los segundos en voz alta junto a su oído. Al noveno se levantó preparado para la lucha y Tom King, frente a él, lamentó que el golpe no hubiese caído unos centímetros más cerca del punto de unión de la mandíbula. Entonces lo habría noqueado y podría llevarse las treinta libras a casa, para su mujer y sus hijos.

El asalto continuó hasta agotar sus tres minutos de duración, Sandel respetuoso de su oponente por primera vez y King tan lento de movimientos y con los ojos tan adormilados como siempre. Casi al final. King, consciente de que el asalto terminaba al ver a los ayudantes preparados para saltar al interior del cuadrilátero, acercó la pelea a su propia esquina. En el momento en que sonó la campana, se sentó de inmediato en su taburete, mientras que Sandel se vio obligado a cruzar el *ring* en diagonal para llegar al suyo. No era más que un detalle pequeño, pero la suma de esos detalles era lo que importaba. Sandel tuvo que dar más pasos, derrochar más energía y perder una parte del valioso minuto de descanso. Al principio de cada asalto, King abandonaba con calma su esquina y forzaba a su oponente a cubrir una distancia mayor. Al final, King maniobraba para acercarse a su esquina y así poder sentarse al instante.

Transcurrieron dos asaltos más, durante los que King se mostró mezquino con sus esfuerzos y Sandel pródigo. El intento continuado de este último por imprimir un ritmo más rápido al encuentro hacía sentirse incómodo a King, porque un amplio porcentaje de los múltiples golpes que le llovían daba en el blanco. Pero King perseveró en su tenaz lentitud, a pesar de los gritos de los jóvenes impetuosos que le pedían que atacase y luchase más. En el sexto asalto Sandel se descuidó otra vez, la tremenda derecha de Tom King se lanzó hacia su mandíbula de nuevo y Sandel volvió a oír cómo el árbitro contaba hasta nueve.

En el séptimo asalto, Sandel ya no se encontraba en perfecto estado y se dispuso a vivir la que, en su opinión, iba a ser la pelea más dura de su vida. Tom King era un viejo, pero mejor que los que se había topado hasta entonces: un viejo que nunca perdía la calma, bueno en defensa, cuyos golpes tenían la fuerza de un garrote y que poseía la capacidad de noquear en ambas manos. Sin embargo, Tom King no se atrevía a golpear con demasiada frecuencia. No olvidaba sus nudillos machacados y sabía que cada golpe tenía que contar si quería que los nudillos aguantasen hasta el final del combate. Mientras descansaba en su esquina, observando a su oponente, se le ocurrió pensar que la suma de su experiencia y la Juventud de Sandel formarían un campeón mundial de los pesos pesados. Pero ese era el problema. Sandel nunca sería campeón del mundo. Le faltaba experiencia y la única forma de conseguirla era comprarla con Juventud; y cuando tuviese experiencia, habría gastado su Juventud en adquirirla.

King aprovechaba todas las ventajas conocidas. Nunca dejaba pasar una oportunidad de trabar al otro y, al efectuar la mayor parte de las trabas, su hombro se clavaba, rígido, en las costillas de Sandel. En la filosofía del

cuadrilátero, un hombro era tan bueno como un puñetazo en cuanto al daño que causaba, y bastante mejor en lo relativo al gasto de energía. Además, en las trabas. King descansaba su peso en su oponente y se mostraba reacio a soltarlo. Eso forzaba la mediación del árbitro, que los separaba, siempre con la ayuda de Sandel, que aún no había aprendido a descansar. No lograba abstenerse de utilizar sus magníficos brazos voladores y sus músculos, siempre en movimiento, de manera que cuando el otro se lanzaba a trabar, golpeando las costillas con el hombro y la cabeza descansando bajo el brazo izquierdo de Sandel, este casi siempre echaba el derecho hacia atrás para intentar golpear el rostro que sobresalía. Se trataba de un golpe que demostraba habilidad y que el público admiraba, pero no resultaba peligroso y, por lo tanto, no era más que otra forma de malgastar sus fuerzas. Sandel parecía infatigable e inconsciente de sus limitaciones, por lo que King sonreía y aguantaba con tenacidad.

Sandel lanzaba furiosos derechazos al cuerpo que daban la impresión de castigar terriblemente a King, por lo que solo los viejos aficionados apreciaban los diestros toques del guante izquierdo de King en el bíceps del otro, previos al impacto de los golpes. Cierto, los golpes siempre daban en el blanco, pero el toque en el bíceps les arrebataba su potencia. Ya en el noveno asalto, tres veces en un minuto, la derecha de King asestó un gancho a la mandíbula; y tres veces el cuerpo de Sandel, con lo pesado que era, acabó en la lona. En todas las ocasiones aprovechó los nueve segundos a los que tenía derecho y se levantó alterado y sorprendido, pero fuerte aún. Había perdido gran parte de su velocidad y malgastaba menos las energías. Peleaba con determinación y continuó haciendo uso de su principal activo, que era la Juventud. El principal activo de King era la experiencia. Como su vitalidad se había atenuado y su vigor disminuido, los reemplazó por la astucia y la sabiduría surgidas de sus muchos combates y por un cuidadoso control de sus fuerzas. No solo había aprendido a no realizar nunca un movimiento superfluo, sino a inducir al oponente a malgastar sus energías. Una y otra vez, fintando con el pie, la mano y el cuerpo, embaucaba a Sandel para que saltase hacia atrás, lo esquivase o contraatacara. King descansaba, pero nunca permitía que Sandel hiciera lo mismo. Era la estrategia de la Vejez.

Al principio del décimo asalto, King empezó a detener las acometidas del otro con directos de izquierda al rostro y Sandel, más cauteloso, respondió estirando la izquierda, con la que luego fintó y lanzó la derecha en un gancho a la sien. Fue demasiado alto para resultar realmente efectivo; pero cuando lo recibió, King reconoció la vieja y familiar caída del velo negro de la

inconsciencia al cruzar su mente. Durante un instante o, mejor, durante la más mínima fracción de un instante, se quedó en suspenso. En un momento vio a su oponente salir de su campo de visión al fintar y un fondo de rostros observadores, pálidos; al momento siguiente volvió a ver a Sandel sobre el fondo de caras. Era como si hubiese dormido durante un tiempo y abierto los ojos de repente, pero el intervalo de inconsciencia había sido tan microscópicamente breve que no había caído al suelo. El público lo vio tambalearse y cómo cedían sus rodillas para enseguida recuperarse y encajar mejor la barbilla al amparo de su hombro izquierdo.

Sandel repitió el golpe varias veces, manteniendo a King parcialmente aturdido, aunque luego consiguió elaborar una defensa que fue también un contraataque. Fintando con la izquierda dio medio paso atrás y al mismo tiempo lanzó un gancho al mentón con toda la fuerza de su derecha. Lo hizo con tanta exactitud que aterrizó directamente en el rostro de Sandel, quien en ese momento extendía el brazo hacia abajo en plena finta, y Sandel se alzó en el aire, se curvó hacia atrás y cayó de cabeza y hombros sobre la lona. Eso lo consiguió King en dos ocasiones y luego se soltó y machacó a su oponente contra las cuerdas. No dio a Sandel la más mínima oportunidad de descansar o recomponerse, sino que le estampó golpe tras golpe hasta que el público se puso en pie y un fuerte aplauso ininterrumpido llenó la sala. Pero la fuerza y resistencia de Sandel eran soberbias, por lo que continuó aguantando sin caer al suelo. Parecía seguro que lo iba a noquear y un capitán de la Policía, horrorizado ante semejante castigo, se acercó al cuadrilátero para detener el combate. Sonó la campana que indicaba el final del asalto y Sandel se tambaleó hasta su esquina, protestando y asegurándole al capitán que se encontraba sano y fuerte. Para demostrarlo, hizo dos volteretas hacia atrás y el capitán no insistió.

Tom King, que apoyaba la espalda contra su esquina y respiraba con fuerza, se sintió decepcionado. Si hubiesen detenido el combate, el árbitro forzosamente le habría dejado a él la decisión y la bolsa habría sido suya. A diferencia de Sandel, él no peleaba por la gloria o su carrera, sino por las treinta libras. Y ahora Sandel podría recuperarse en el minuto de descanso.

La Juventud manda; el dicho relampagueó en la mente de King y recordó la primera vez que lo había oído, la noche en que tumbó a Stowsher Bill. El ricachón que lo invitó a una copa después de la pelea, le había dado palmaditas en la espalda y utilizado esas palabras. ¡La Juventud manda! El ricachón estaba en lo cierto. Aquella noche de tanto tiempo atrás él había sido la Juventud, pero ahora la Juventud ocupaba la esquina contraria. En cuanto a

él, llevaba peleando media hora y era viejo. Si hubiese luchado como Sandel no habría durado ni quince minutos. Pero el caso era que no se recuperaba. Las arterias abultadas y el corazón tantas veces forzado no le permitían recobrar fuerzas en los intervalos entre asaltos. Ni siquiera al principio había tenido energías suficientes. Le pesaban las piernas y empezaba a sentir calambres. No tenía que haber caminado aquellos tres kilómetros hasta el combate. Además, estaba el filete que tanto deseaba desde que se había despertado aquella mañana. En su interior se despertó un odio descomunal y espantoso hacia los carniceros que le habían negado el crédito. Para un viejo resultaba muy duro pelear sin haber comido lo suficiente. Y un trozo de carne era algo tan pequeño… como mucho, costaría unos pocos peniques, pero para él significaba treinta libras.

Al oír la campana que anunciaba el undécimo asalto, Sandel salió disparado, haciendo ver que estaba más descansado de lo que era verdad. King no se dejó engañar y reconoció aquel farol tan viejo como el boxeo. Fintó para salvarse y, tras soltarse, permitió que Sandel se recompusiera. Eso era lo que King deseaba. Fintó con la izquierda, bloqueó la esquiva en respuesta y el gancho balanceado hacia arriba, retrocedió medio paso, lanzó el gancho al mentón y envió a Sandel a la lona. Después, ya no lo dejó descansar y recibió mucho castigo, pero infligió mucho más, aplastó a Sandel contra las cuerdas y le lanzó y endilgó toda clase de golpes, liberándose de sus trabados o rechazándolos a fuerza de puñetazos y siempre, cuando Sandel iba a caer, lo agarraba con un puño ascendente y con el otro lo enviaba de inmediato contra las cuerdas, donde podía machacarlo sin que cayese.

Para entonces, el público se había vuelto loco y lo apoyaba a él, y casi todo el mundo gritaba: «¡Vamos, Tom!». «¡Acaba con él! ¡Acaba con él!». «¡Ya es tuyo. Tom! ¡Ya es tuyo!». Iba a ser un final arrollador, y eso era lo que la audiencia pagaba por ver.

Tom King, que durante media hora había ahorrado fuerzas, ahora las gastaba con prodigalidad en el gran esfuerzo que tenía en mente. Era su oportunidad: ahora o nunca. Su energía se agotaba con rapidez, pero tenía la esperanza de poder tumbar a su oponente antes de quedarse a cero. Y mientras continuaba golpeando y forzando, calculando fríamente el peso de sus golpes y la calidad del daño causado, comprendió lo duro que era Sandel y lo que costaba noquearlo. Poseía resistencia y aguante en grado extremo, la resistencia y el aguante intactos de la Juventud. Sandel tenía futuro, sin duda. Tenía lo que había que tener. Solo los púgiles de éxito estaban hechos de una fibra tan resistente.

Sandel vacilaba y se tambaleaba, pero King tenía calambres en las piernas y los nudillos empezaban a fallarle. Aun así, se armaba de valor para lanzar esos golpes feroces que provocaban angustia a sus torturadas manos. Aunque ahora casi no recibía castigo, se debilitaba tan rápidamente como el otro. Daba en el blanco, pero ya no contaba con el peso de antes en cada puñetazo, que suponía un intenso esfuerzo. Tenía las piernas como si fueran de plomo y se veía claramente que las arrastraba. Los seguidores de Sandel, animados por ese síntoma, empezaron a animar con énfasis a su púgil.

King realizó un esfuerzo repentino. Lanzó dos golpes seguidos, un izquierdazo al plexo solar que resultó mínimamente alto y un golpe cruzado de derecha a la mandíbula. No llevaban demasiada fuerza, pero Sandel estaba tan débil y aturdido que cayó al suelo y allí se quedó, temblando. El árbitro, de pie a su lado, le gritó al oído la cuenta de los segundos fatales. Si no se levantaba antes del décimo, perdería el combate. El público guardaba silencio. King descansaba sobre sus piernas temblorosas. Un mareo mortal se apoderó de él y el mar de rostros empezó a oscilar y debilitarse ante sus ojos, mientras que a sus oídos, como desde una distancia muy lejana, llegaba el conteo del árbitro. Sin embargo, pensó que el combate ya era suyo. Imposible que un hombre tan castigado fuera capaz de levantarse.

Solo la Juventud podía levantarse, y Sandel lo hizo. Al cuarto segundo se puso boca abajo y se arrastró, sin ver, hacia las cuerdas. Al séptimo había logrado apoyarse en una rodilla, postura en la que descansó, mientras la cabeza se balanceaba aturdida sobre los hombros. Cuando el árbitro gritó «¡nueve!», Sandel se puso en pie en posición de esquivar, con el brazo izquierdo envolviendo el rostro y el derecho, el estómago. Así protegía sus puntos vitales mientras se acercaba tambaleándose hacia King, con la esperanza de efectuar un trabado y ganar más tiempo.

En el mismo instante en que Sandel se levantó, King se lanzó hacia él, pero los dos golpes que le propinó quedaron amortiguados por la protección de los brazos. Enseguida Sandel se agarró a él desesperado, mientras el árbitro luchaba por separarlos. King también quería soltarse. Sabía que la Juventud se recupera muy rápidamente y era consciente de que Sandel sería suyo si evitaba esa recuperación. Con un buen puñetazo lo lograría. Sandel era suyo, de eso no quedaba duda. Lo había superado en táctica, en puntos y lo tenía rendido. Sandel se apartó tambaleándose, intentando mantener el equilibrio sobre la fina línea que separa derrota y supervivencia. Un buen golpe lo tumbaría y lo dejaría fuera de combate. Tom King, en un instante de amargura, recordó el trozo de carne y deseó habérselo comido para que su

fuerza impulsase ese puñetazo tan necesario que debía propinar. Templó los nervios para lanzarlo, pero no fue lo bastante fuerte, ni lo bastante rápido. Sandel se tambaleó más, aunque no cayó y regresó vacilante hacia las cuerdas, donde esperó. King lo siguió como pudo y, sintiendo un dolor agudo que parecía anunciar su desintegración, propinó otro golpe. Pero su cuerpo lo había abandonado. Solo le quedaba la consciencia de luchar, nublada y atenuada por el agotamiento. El puñetazo dirigido a la mandíbula no superó el hombro. Su intención era llegar más arriba, pero los músculos cansados no habían podido obedecer. Debido al impacto del golpe, Tom King retrocedió tambaleándose y estuvo a punto de caer. Volvió a pegar. Falló por completo y, absolutamente debilitado, cayó contra Sandel y se agarró a él para evitar acabar en la lona.

King no intentó liberarse. Había quemado su último cartucho. Estaba acabado. La Juventud mandaba. Incluso agarrados, sentía cómo Sandel recobraba fuerzas. Cuando el árbitro los separó, vio ante sus ojos a la Juventud recuperada. Sandel se volvía más fuerte a cada segundo que transcurría. Sus puñetazos, débiles e inútiles al principio, se tornaron firmes y precisos. Los ojos nublados de Tom King vieron que un puño enguantado apuntaba a su mandíbula y quiso protegerla interponiendo el brazo. Reconoció el peligro y deseó actuar, pero el brazo pesaba demasiado. Parecía cargado con cincuenta kilos de plomo. No quería alzarse y Tom luchó con toda su alma para conseguirlo. Entonces el puño enguantado dio en el blanco. Sintió un chasquido agudo parecido a una chispa eléctrica y, al mismo tiempo, el velo negro de la inconsciencia lo cubrió.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba en su esquina y oyó los gritos del público como el bramido del oleaje en Bondi Beach. Alguien presionaba una esponja húmeda contra la base de su cráneo y Sid Sullivan le rociaba agua fría sobre el rostro y el pecho para refrescarlo. Ya le habían quitado los guantes y Sandel, inclinado sobre él, le estrechaba la mano. No guardaba rencor al hombre que lo había noqueado y le devolvió el apretón con tanta efusividad que sus maltratados nudillos protestaron. Luego Sandel se acercó al centro del cuadrilátero y el público dejó de gritar para poder oír cómo aceptaba el reto de Pronto el Joven y ofrecía subir la apuesta parelela a cien libras. King continuó mirando con indiferencia mientras sus ayudantes secaban el agua que chorreaba su cuerpo, le enjugaban el rostro y lo preparaban para abandonar el cuadrilátero. Tenía hambre. No se trataba de la sensación persistente y habitual, sino de una gran debilidad, una palpitación en la boca del estómago que se extendía a todo el cuerpo. Recordó el

momento en que había tenido a Sandel tambaleándose entre la derrota y la supervivencia. ¡Ah, con un simple trozo de carne lo habría logrado! Era lo que le faltaba para propinarle el golpe decisivo y había perdido. Todo por culpa de un trozo de carne.

Sus ayudantes lo sostuvieron para que pasara al otro lado de las cuerdas. Se libró de ellos, se agachó para cruzar las cuerdas sin ayuda y saltó al suelo a fin de seguir a los suyos, que le abrían camino a través del pasillo central, lleno de gente. Cuando abandonaba los vestuarios en dirección a la calle, a la entrada del recinto, un joven se dirigió a él.

—¿Por qué no lo tumbaste cuando lo tenías acabado? —le preguntó.

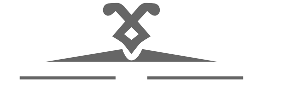
—¡Vete al diablo! —respondió Tom King al tiempo que bajaba las escaleras.

Las puertas de la taberna de la esquina estaban abiertas por lo que vio las luces y la sonrisa de los camareros, y oyó las múltiples voces que comentaban el combate y el próspero tintineo de las monedas sobre la barra. Alguien lo llamó para que se tomara una copa. Dudó, pero luego rechazó la invitación y continuó camino.

No tenía un céntimo y los tres kilómetros hasta casa se le hacían más largos que nunca. Sin duda estaba envejeciendo. Al cruzar el Domain, de repente se sentó en un banco, perturbado por la idea de que su mujer lo esperaba despierta para saber el resultado del combate. Eso era más duro que cualquier golpe o noqueo y le parecía imposible de afrontar.

Se sentía débil y dolorido, y la tortura de sus nudillos le advertía que, aunque encontrase trabajo como peón caminero, tendría que pasar una semana antes de que pudiese agarrar un pico o una pala. La palpitación del hambre en la boca del estómago le provocaba náuseas. Su desgracia lo abrumó y se le humedecieron los ojos, algo insólito en él. Se cubrió el rostro con las manos y, mientras lloraba, se acordó de Stowsher Bill y de cómo lo había tumbado aquella noche, ya tan lejana. ¡Pobre Stowsher Bill! Ahora comprendía por qué había llorado en el vestuario.

[1909]



La locura de John Harned

LO QUE CUENTO ES VERDAD. Tuvo lugar en la plaza de toros de Quito. Yo me sentaba en un palco con John Harned, María Valenzuela y Luis Cervallos. Fui testigo de lo que ocurrió. Lo vi de principio a fin. Viajé de Panamá a Guayaquil a bordo del vapor *Ecuadore*. María Valenzuela es mi prima. La conozco desde siempre. Es muy hermosa. Soy español; bueno, ecuatoriano pero desciendo de Pedro Patino, uno de los capitanes de Pizarro. Eran hombres valientes. Eran héroes. ¿Acaso no se internó Pizarro en las lejanas cordilleras con trescientos cincuenta caballeros españoles y cuatro mil indios en busca de tesoros? Y durante esa vana búsqueda, ¿no murieron los cuatro mil indios y trescientos de los valientes caballeros? Pero Pedro Patino no murió. Sobrevivió para fundar la familia Patino. Soy ecuatoriano, cierto, pero también español. Me llamo Manuel de Jesús Patino. Poseo dos haciendas y diez mil indios son mis esclavos, aunque la ley dice que son hombres libres que trabajan conforme a la libertad de contrato. La ley tiene su gracia. Los ecuatorianos nos reímos de ella. Es nuestra ley. La hacemos nosotros. Me llamo Manuel de Jesús Patino. No olviden mi nombre. Algún día quedará escrito en las páginas de la historia. En Ecuador hay revoluciones. Nosotros las denominamos elecciones. ¿A que es un buen chiste?, ¿eso que ustedes, los ingleses, llaman un juego de palabras?

John Harned era norteamericano. Lo conocí en el Hotel Tivoli de Panamá. Tenía mucho dinero; eso dicen. Iba a Lima pero conoció a María Valenzuela en el Tivoli. María Valenzuela es mi prima y es hermosa. Es verdad, es la mujer más hermosa de Ecuador. Pero también lo es de cualquier otro país: lo es en París, Madrid, Nueva York, Viena. Los hombres siempre la miran y John Harned la miró mucho en Panamá. La amaba, eso lo sé a ciencia cierta. Era ecuatoriana, eso es verdad, pero también era de los demás países: era de todo el mundo. Hablaba muchos idiomas. Cantaba, ¡ay!, como una artista. Tenía una sonrisa maravillosa, divina. Sus ojos… ¿acaso no he visto yo cómo los hombres los miraban? Eran extraordinarios, como dicen los ingleses. Prometían el Paraíso. Los hombres se ahogaban en la profundidad de su mirada.

María Valenzuela era rica, más rica que yo, y eso que en Ecuador me consideran muy adinerado. Pero a John Harned no le importaba su dinero. Tenía corazón, un corazón gracioso. Era un necio. No fue a Lima. Abandonó el vapor en Guayaquil y la siguió hasta Quito. Ella volvía a casa de un viaje a Europa y otros lugares. No sé qué vio en él, pero le gustaba. Eso lo sé a ciencia cierta porque de lo contrario él no la habría seguido hasta Quito. Ella se lo pidió. Recuerdo la ocasión. Le dijo:

—Venga a Quito y le mostraré las corridas de toros, son para valientes y habilidosos, ¡son magníficas!

Pero él respondió:

—Yo voy a Lima, no a Quito. Tengo el pasaje reservado en el vapor.

—Viaja por placer, ¿no? —preguntó María Valenzuela, y lo miró como solo María Valenzuela podía mirar, con esos ojos ardientes de promesas.

Y él fue. No, no fue por las corridas de toros. Fue por lo que había visto en sus ojos. Mujeres como María Valenzuela nacen una cada cien años. No son de ningún país o época. Son lo que ustedes llaman universal. Son diosas. Los hombres se rinden a sus pies. Juegan con ellos y permiten que se cuelen entre sus dedos como si fueran arena. Dicen que Cleopatra era una de esas mujeres; y Circe. Convertía a los hombres en cerdos. ¡Ja, ja! Es verdad, ¿no?

Todo ocurrió porque María Valenzuela dijo:

—Ustedes, los ingleses, son… ¿cómo lo diría?… salvajes, ¿no? Organizan combates profesionales de boxeo. Dos hombres se pelean a puñetazos hasta quedar medio ciegos y con los huesos rotos. ¡Atroz! Y los que miran, gritan y disfrutan. Es de bárbaros, ¿no?

—Pero son hombres —respondió John Harned— y combaten porque quieren. Nadie les obliga. Lo hacen porque lo desean más que otra cosa en el mundo.

María Valenzuela, con una sonrisa desdeñosa, dijo:

—Se matan a menudo, ¿no es verdad? Lo he leído en los periódicos.

—Pero el toro —contestó John Harned—, al toro lo matan casi siempre en las corridas y no sale al ruedo porque él lo quiera. No es justo para el toro. Se ve obligado a luchar. El boxeador no, nadie lo obliga.

—Por lo tanto, es más bestia —afirmó María Valenzuela—. Es salvaje. Primitivo. Un animal. Golpea con sus zarpas como un oso feroz. Pero las corridas de toros, ¡ah! Usted no ha visto ninguna, ¿verdad? El torero es astuto. Necesita habilidad. Es moderno. Romántico. No es más que un hombre, dulce y tierno, que se enfrenta a un toro salvaje. Y mata con el estoque, una espada estrecha, de una sola estocada directa al corazón de la gran bestia. Es una

delicia. El corazón late con fuerza al presenciarlo: el hombre pequeño, la bestia enorme, la amplitud del coso en medio y los miles de espectadores que contienen el aliento. La bestia se lanza al ataque, el hombre parece una estatua; no se mueve, no tiene miedo, y en su mano el estoque brilla como la plata al sol; la enorme bestia se acerca cada vez más, por delante sus cuernos afilados, pero el hombre no se mueve; entonces, así, el estoque destella, se clava hasta el corazón, hasta la empuñadura, el toro cae a la arena, muerto, pero el hombre sigue ileso. Es un valiente. ¡Es magnífico! ¡Ah!, podría enamorarme de un torero. Pero el boxeador…, él es el animal, la bestia humana, el salvaje primitivo, el loco que recibe muchos golpes en el rostro y se alegra. Venga a Quito y le mostraré un deporte para valientes, el deporte de los hombres, el del torero y el toro.

Sin embargo, John Harned no fue a Quito por los toros. Fue por María Valenzuela. Era un hombre grande, más ancho de hombros que los ecuatorianos, más alto, de miembros y huesos más pesados. Cierto, era incluso más grande que la mayoría de los de su propia raza. Tenía los ojos azules, aunque a veces los vi grises y fríos como el acero. Sus rasgos también eran grandes, no delicados como los nuestros, y tenía una mandíbula muy fuerte. Llevaba el rostro perfectamente afeitado, como un sacerdote. ¿Por qué debería avergonzarse un hombre de tener pelo en la cara? ¿Acaso no lo puso Dios ahí? Sí, creo en Dios. No soy un pagano, como la mayoría de ustedes, los ingleses. Dios es bueno. A mí me hizo ecuatoriano y con diez mil esclavos. Cuando muera iré junto a Dios. Sí, los sacerdotes tienen razón.

Pero volvamos a John Harned. Era un hombre tranquilo. Siempre hablaba en voz baja y no movía las manos al hablar. Se podría pensar que tenía un pedazo de hielo por corazón y, sin embargo, algo de sangre caliente correría por sus venas, porque siguió a María Valenzuela hasta Quito. Además, por mucho que hablase en voz baja y sin mover las manos, era un animal, como verá usted, una bestia primitiva, el salvaje idiota y feroz del pasado que se vestía con pieles y vivía en cuevas con los osos y los lobos.

Luis Cervallos es mi amigo, el mejor de los ecuatorianos. Posee tres plantaciones de cacao en Naranjito y Chobo. Su enorme plantación de azúcar está en Milagro. Tiene grandes haciendas en Ambato y Latacunga y, ya en la costa, es accionista de pozos petrolíferos. Además, ha invertido mucho dinero en plantar árboles del caucho siguiendo el cauce del Guayas. Es moderno como un yanqui y, como los yanquis, no para de hacer negocios. Tiene mucho dinero pero está metido en un montón de empresas y siempre necesita más dinero para sus nuevas empresas y para las viejas. Ha estado en todas partes y

lo ha visto todo. Cuando era muy joven estuvo en esa academia militar yanqui a la que ustedes llaman West Point. Hubo algún problema y lo obligaron a abandonar. No le gustan los norteamericanos. Pero sí le gustaba María Valenzuela, que era de su mismo país. Además, necesitaba el dinero de ella para sus empresas y para su mina de oro de la región oriental de Ecuador, donde viven los indios pintados. Yo era su amigo. Deseaba que se casara con María Valenzuela. Por si fuera poco, había invertido buena parte de mi dinero en sus empresas, sobre todo en la mina de oro, que era muy rica pero en la que antes había que gastar mucho para aprovechar sus tesoros. Si Luis Cervallos se casaba con María Valenzuela, yo tendría mucho más dinero en muy poco tiempo.

Pero John Harned siguió a María Valenzuela hasta Quito y enseguida nos quedó claro —a Luis Cervallos y a mí— que ella veía a John Harned con buenos ojos y se mostraba muy amable con él. Se suele decir que las mujeres se salen con la suya, aunque no en este caso, porque María Valenzuela no se salió con la suya, al menos con John Harned. Tal vez todo habría ocurrido como ocurrió aunque Luis Cervallos y yo no hubiésemos estado en el palco de la plaza de toros de Quito. Pero lo cierto es que estábamos en el palco ese día. Y le contaré lo que pasó.

Los cuatro ocupábamos ese palco, invitados por Luis Cervallos. Yo estaba junto al palco del presidente. Al otro lado se encontraba el palco del general José Eliceo Salazar. Lo acompañaban Joaquín Endara y Urcisino Castillo, ambos generales, el coronel Jacinto Fierro y el capitán Baltasar de Echeverría. Solo Luis Cervallos contaba con la posición y la influencia necesarias para conseguir el palco pegado al del presidente. Sé a ciencia cierta que el propio presidente expresó su deseo a la dirección de que Luis Cervallos contase con ese palco.

La banda terminó de interpretar el himno nacional de Ecuador. El paseíllo de los toreros llegó a su fin. El presidente dio su permiso para que comenzara la fiesta. Sonaron los clarines y entró el toro, ya sabe usted cómo sale: agitado, desconcertado, dolorido tras habérsele clavado la divisa y buscando como loco cualquier enemigo al que destruir. Los diestros se ocultaros tras los burladeros y esperaron. De repente y de todas partes salieron cinco subalternos, agitando sus capotes de colores. El toro se detuvo al ver tal cantidad de enemigos, incapaz de decidir a cuál de ellos atacar. Entonces uno solo de los diestros avanzó hacia el toro. El animal estaba muy enfadado. Arañó la arena con las patas delanteras y levantó mucho polvo a su alrededor. Luego embistió con la cabeza baja, directo hacia el capeador.

La primera embestida del primer toro siempre resulta interesante. Al cabo de un tiempo es natural cansarse un poco y que se pierda algo el entusiasmo. ¡Pero la primera embestida del primer toro! John Harned lo veía por primera vez y no podía evitar la emoción: ver al hombre, tan solo armado con un pedazo de tela, y al toro, lanzándose hacia él desde el otro extremo del ruedo, con sus cuernos afilados.

—¡Lo ve! —exclamó María Valenzuela—. ¿No es algo soberbio?

John Harned asintió sin mirarla. Le brillaban los ojos, que solo veían el coso. El capeador se hizo a un lado, eludiendo al toro con un revoloteo del capote, que luego se llevó a los hombros.

—¿Qué le parece? —preguntó María Valenzuela—. Es, como dicen ustedes, una propuesta deportiva, ¿verdad?

—Sí, desde luego —respondió John Harned—. Es muy habilidoso.

Ella aplaudió encantada. Tenía las manos pequeñas. El público también aplaudió. El toro se dio la vuelta y embistió de nuevo. El diestro volvió a esquivarlo, echándose el capote al hombro y el público repitió el aplauso. Eso ocurrió tres veces. El capeador era excelente. Luego se retiró y otro torero jugó con el toro. Después le pusieron las banderillas al animal, sobre el monillo, a cada lado del espinazo, dos de cada vez. A continuación salió Ordóñez, el espada, con el estoque y el capote escarlata. Los clarines tocaron a muerte. No es tan bueno como Matestini, pero es bueno. De un solo golpe hundió el estoque hasta el corazón y el toro dobló las patas, se tumbó y murió. Fue una estocada hermosa, limpia y firme; los aplausos atronaron y muchos de los presentes arrojaron sus sombreros al ruedo. María Valenzuela aplaudió con el resto y John Harned, cuyo corazón de hielo no se había inmutado por lo ocurrido, la miró con curiosidad.

—¿Le gusta? —preguntó.

—Siempre —respondió ella, aplaudiendo aún.

—Desde pequeña —dijo Luis Cervallos—. Recuerdo la primera corrida a la que asistió. Tenía cuatro años. Estaba sentaba junto a su madre y, como ahora, también aplaudió. Es una española auténtica.

—Ya lo ha visto —le dijo María Valenzuela a John Harned mientras enganchaban al toro al tiro de mulas y lo sacaban de la arena—. Ha visto la corrida y le ha gustado, ¿no? ¿Qué opina?

—Creo que el toro no ha tenido la más mínima oportunidad —respondió —. Estaba condenado desde el principio. El resultado no ofrecía dudas. Todo el mundo sabía, antes de que el toro saliese al ruedo, que iba a morir. Para ser una propuesta deportiva, el resultado debe ofrecer dudas. Era un toro

ignorante, que nunca se había enfrentado a un hombre, contra cinco hombres que sabían lo que hacían porque ya habían luchado contra muchos toros. Posiblemente sería un poco más justo si solo hubiese un hombre contra el toro.

—O un hombre contra cinco toros —dijo María Valenzuela. Todos nos reímos, Luis Cervallos más que nadie.

—Sí —dijo John Harned—, contra cinco toros. Y que el hombre, al igual que los toros, nunca hubiese participado en una corrida. Un hombre como usted, señor Cervallos.

—Y sin embargo, a los españoles nos gustan las corridas de toros —respondió Luis Cervallos.

Juro que el demonio le susurraba al oído en ese momento y le decía que hiciera lo que voy a contar.

—Entonces el suyo debe de ser un gusto cultivado —comentó John Harned—. En Chicago matamos miles de toros todos los días y nadie paga por verlo.

—Eso es una carnicería —dije yo—, pero esto… esto es arte. Es delicado. Es exquisito. Es excepcional.

—No siempre —intervino Luis Cervallos—. Yo he visto espadas torpes y no resulta agradable.

Se estremeció y a su rostro asomó un gesto de repugnancia, por lo que no tuve dudas de que el demonio le susurraba algo al oído y él empezaba a representar un papel.

—El señor Harned puede tener razón —dijo Luis Cervallos—. Podría no ser justo para el toro. ¿Acaso no sabemos que durante veinticuatro horas al toro no se le permite beber y luego, inmediatamente antes de la corrida, se le deja beber cuanto quiera?

—¿Sale al ruedo con el estómago lleno de agua? —preguntó enseguida John Harned, y yo vi que sus ojos se volvían muy grises, penetrantes y fríos.

—Es necesario para que haya diversión —dijo Luis Cervallos—. ¿Preferiría que el toro saliera con tanta fuerza que matase a los toreros?

—Preferiría que tuviera una mínima oportunidad —respondió John Harned al tiempo que volvía el rostro hacia el coso para ver salir al segundo astado.

No era un buen toro. Estaba asustado. Corrió alrededor de la plaza en busca de una salida. La cuadrilla salió para llamarlo con sus capotes, pero se negó a embestir.

—Este toro es idiota —dijo María Valenzuela.

—Disculpe —dijo John Harned—, pero a mí me parece que es listo. Sabe que no debe enfrentarse al hombre. ¿Lo ve? Huele la muerte en el ruedo.

Era verdad. El toro se había detenido en el lugar en que había muerto el otro, olisqueaba la arena húmeda y resoplaba. Volvió a correr alrededor del ruedo, con la cabeza levantada hacia los miles de rostros que le silbaban, le lanzaban mondas de naranja y lo insultaban. Pero el olor a sangre lo empujó a decidirse y embistió a un subalterno, de forma tan repentina que el hombre se libró por muy poco. Dejó caer el capote y se ocultó tras el burladero. Se oyó un fuerte estruendo cuando el toro se estrelló contra él. Y John Harned, en voz muy baja, como si hablara para sí mismo, dijo:

—Donaré mil sucres al lazareto de Quito si un toro mata hoy a un hombre.

—¿Le gustan los toros? —preguntó María Valenzuela con un sonrisa.

—Menos me gustan esos hombres —respondió John Harned—. Un torero no es un valiente. No puede serlo. Mire, el toro ya está con la lengua fuera. Está cansado y acaba de empezar.

—Es por el agua —dijo Luis Cervallos.

—Sí, es por el agua —confirmó John Harned—. ¿No sería más seguro cortarle el tendón del jarrete al toro antes de que salga?

A María Valenzuela le pareció mal el desprecio que encerraban las palabras de John Harned. Pero Luis Cervallos sonrió de forma que solo yo pude verlo y entonces supe a qué estaba jugando. Él y yo seríamos los banderilleros. El gran toro norteamericano estaba en el palco con nosotros. Teníamos que clavarle las banderillas hasta que se enfadara, entonces no se casaría con María Valenzuela. No estaba mal el juego. Además, llevábamos en la sangre el espíritu de los toreros.

El toro ya estaba enfadado y nervioso. Los toreros se lo pasaban bien. Era muy rápido y en ocasiones giraba tan bruscamente que perdía pie con las patas de atrás y arrastraba los cuartos traseros por la arena. Pero siempre embestía los capotes desplegados sin hacer daño.

—No tiene ni la más mínima oportunidad —dijo John Harned—. Lucha contra el aire.

—Cree que el capote es su enemigo —explicó María Valenzuela—. Mire con que astucia lo engaña el diestro.

—Que lo engañen es propio de él —dijo John Harned—. Por lo que está condenado a luchar contra el aire. Los toreros lo saben, el público lo sabe, ustedes lo saben, yo lo sé. Todos sabemos desde el principio que luchará contra el aire. El único que no lo sabe es él. Es una bestia estúpida. No tiene la más mínima oportunidad.

—Es muy sencillo —dijo Luis Cervallos—. El toro cierra los ojos cuando embiste. Por lo tanto…

—El hombre se aparta y el toro pasa de largo —interrumpió John Harned.

—Sí —dijo Luis Cervallos—, eso es. El toro cierra los ojos y el hombre lo sabe.

—Sin embargo, las vacas no cierran los ojos —contestó John Harned—. Donde yo vivo hay una vaca lechera Jersey que podría darles una buena paliza a todos esos.

—Pero los toreros no se enfrentan a las vacas —dije yo.

—Tienen miedo de hacerlo —añadió John Harned.

—Sí —asintió Luis Cervallos—, tienen miedo de enfrentarse a las vacas. Matar toreros no sería deportivo.

—Lo sería un poco si un torero muriese de vez en cuando —dijo John Harned—. Cuando sea anciano, quizás medio lisiado, y necesite ganarme la vida pero no pueda hacer trabajos duros, me haré torero. Se trata de una vocación poco exigente para caballeros ancianos y pensionistas.

—¡Pero mire eso! —exclamó María Valenzuela al tiempo que el toro embestía valientemente y el matador lo esquivaba con un revoloteo del capote —. Se necesita mucha destreza para evitar a la bestia de esa forma.

—Cierto —convino John Harned—. Pero, créame, se necesita mil veces más destreza para evitar los golpes, rápidos y en ingente cantidad, de un boxeador que mantiene los ojos abiertos y pega de forma inteligente. Además, este toro no quiere luchar. Mire, se escapa.

No era un buen toro porque otra vez daba la vuelta al ruedo en busca de una salida.

—Sin embargo, estos toros son a veces los más peligros —dijo Luis Cervallos—. Nunca se sabe qué harán a continuación. Son listos. Tienen algo de vaca. A los toreros no les gustan. ¿Lo ve? ¡Se ha dado la vuelta!

Una vez más, desconcertado y enfadado porque las paredes del coso no le permitían huir, el toro atacaba con valentía a sus enemigos.

—Tiene la lengua fuera —dijo John Harned—. Primero lo llenan de agua. Después lo cansan; un hombre tras otro lo convencen para que se extenúe luchando contra el aire. Mientras uno lo agota, los demás descansan. Pero nunca permiten que el toro descanse. Después, cuando está agotado y ya no es tan rápido, el espada le clava el estoque.

Había llegado el momento del tercio de banderillas. En tres ocasiones uno de los toreros intentó clavárselas y las tres veces fracasó. Solo había conseguido picar al toro y enfadarlo más. Usted ya sabe que las banderillas se

clavan a pares sobre el monillo o a cada lado del espinazo, muy juntas. Si solo se clava una, es un fracaso. El público silbó y pidió que saliera Ordóñez. Entonces Ordóñez logró una hazaña: cuatro veces citó al toro y las cuatro veces clavó las banderillas al primer intento, de manera que ocho banderillas bien colocadas sobresalieron a la vez del monillo del toro. La multitud enloqueció y una lluvia de sombreros y monedas cayó sobre la arena del ruedo.

En ese momento y de forma inesperada el toro embistió a uno de los subalternos. El hombre resbaló y perdió la cabeza. El toro lo cogió, aunque por suerte le dio con la testuz, entre los cuernos. Y mientras la audiencia observaba en silencio y aguantando la respiración, John Harned se puso de pie y gritó con regocijo. En medio del silencio general, John Harned gritó. Y gritó a favor del toro. Como usted mismo podrá ver, John Harned quería que el toro matase al hombre. Tenía un corazón cruel. Su mala conducta enfadó a los que ocupaban el palco del general Salazar, quienes gritaron en contra de John Harned. Urcisino Castillo le dijo a la cara que era un perro gringo, entre otras cosas. Aunque lo dijo en español y John Harned no lo entendió. Permaneció de pie y gritando durante unos diez segundos, tiempo que tardaron los otros en citar al toro y su compañero en levantarse del suelo, ileso.

—El toro no tiene la más mínima oportunidad —dijo John Harned, muy triste, al tiempo que se sentaba—. El hombre no ha sufrido heridas. Los otros engañaron al toro para que se apartara de él. —Luego se giró hacia María Valenzuela y dijo—: Ruego me disculpe. Me dejé llevar por la emoción.

Ella sonrió y, para demostrarle su reprobación, le dio unos golpecitos en el brazo con el abanico.

—Es su primera corrida —le dijo—. Cuando haya visto más no gritará para que muera el hombre. Ustedes, los norteamericanos, son más brutales que nosotros. Eso es debido al boxeo. Nosotros solo venimos a ver cómo se mata al toro.

—Pero me gustaría que el toro tuviese una oportunidad —respondió él—. Sin duda, con el tiempo, dejará de molestarme que los hombres se aprovechen del toro.

Los clarines anunciaron el tercio de muerte. Ordóñez salió con el estoque y la muleta escarlata. Pero el toro había vuelto a cambiar de humor y no quería embestir. Ordóñez dio un pisotón en el suelo y gritó, mientras agitaba el capote. Entonces el toro embistió, pero sin ganas. No iba con fuerza. La estocada no fue profunda y el estoque dio en hueso y se dobló. Ordóñez pidió otro estoque. El toro, después de que lo citaran, volvió a embestir. Cinco

veces lanzó su estocada Ordóñez y las cinco el estoque se clavó solo en parte o tocó hueso. A la sexta, entró hasta la empuñadura. Pero fue una mala estocada. El estoque no se clavó en el corazón y salió por el lado opuesto, entre las costillas. El público silbó al espada. Yo miré a John Harned. Permanecía en silencio, sin moverse, pero me di cuenta de que apretaba los dientes y se agarraba con fuerza a la barandilla del palco.

El toro ya no era capaz de luchar y, aunque la estocada no había sido letal, se movía sin convicción debido al estoque que lo atravesaba de un lado al otro. Huyó del espada y los capeadores y dio una vuelta al ruedo, mirando hacia los rostros que lo observaban.

—Está diciendo: «Por el amor de Dios, sacadme de aquí. No quiero luchar» —dijo John Harned.

Eso fue todo. No dijo nada más. Permaneció sentado, mirando, aunque a veces giraba la cabeza hacia María Valenzuela para ver cómo se lo tomaba ella. Estaba enfadada con el espada. Era torpe y ella deseaba haber visto una exhibición de destreza mucho mayor.

Para entonces el toro ya se encontraba muy cansado y débil por la pérdida de sangre, aunque le faltaba mucho para morirse. Caminaba despacio alrededor del ruedo, buscando una forma de salir. No embestía. Estaba harto. Pero había que matarlo. En el cuello del animal, detrás de los cuernos, hay un punto en el que la médula espinal queda desprotegida y en el que una breve puñalada mata de inmediato. Ordóñez se situó frente al toro y bajó el capote escarlata hasta el suelo. El toro no embistió. Permaneció inmóvil y olió el capote; para hacerlo bajó la cabeza. Ordóñez clavó el descabello entre los cuernos, en el punto crucial. El toro levantó la cabeza de un tirón. La puñalada no había dado en el blanco. El toro se quedó mirando al descabello. Cuando Ordóñez movió el capote sobre el suelo, el toro se olvidó del descabello y bajó la cabeza para olisquear el capote. Ordóñez volvió a acuchillarlo y a fallar. Lo intentó varias veces. Una estupidez. Y John Harned no dijo ni una palabra. Por fin el descabello dio en el blanco, el toro cayó a la arena, muerto al instante, y salieron las mulas, que se lo llevaron.

—Los gringos afirman que es un deporte cruel, ¿no? —dijo Luis Cerval los—. Que es inhumano. Que es malo para el toro.

—No —respondió John Harned—. El toro no importa demasiado. Es malo para quienes lo miran. Es degradante. Les enseña a disfrutar con el sufrimiento de un animal. Es una cobardía que cinco hombres luchen contra un toro estúpido. Por lo tanto, los que miran aprenden a ser cobardes. El toro

muere, pero quienes contemplan su muerte siguen vivos y aprenden la lección. La valentía humana no se nutre de ejemplos cobardes.

María Valenzuela no dijo nada. Tampoco lo miró. Pero oyó sus palabras y empalideció de ira. Miraba hacia el otro extremo de la plaza mientras se abanicaba, pero me fijé en que le temblaba la mano. John Harned no la miró. Continuó hablando como si ella no estuviese presente. Estaba enfadado, fríamente enfadado.

—Es el deporte cobarde de un pueblo cobarde —añadió.

—Ah —susurró Luis Cervallos—, cree que nos comprende.

—Ahora comprendo la Inquisición española —dijo John Harned—. Debió de ser más placentera que las corridas de toros.

Luis Cervallos sonrió pero no dijo nada. Miró a María Valenzuela y supo que había ganado la corrida que se celebraba en el palco. Ella jamás tendría algo que ver con el gringo que había hablado de esa forma. Pero ni Luis Cervallos ni yo estábamos preparados para las consecuencias de aquel día. Me temo que no entendemos a los gringos. ¿Cómo íbamos a saber que John Harned, tan fríamente enfadado, se volvería loco de repente? Sin embargo, enloqueció, como verá usted. El toro no importaba demasiado, él mismo lo había dicho. Entonces, ¿por qué iba a ser tan importante el caballo? No lo entiendo. La mente de John Harned carecía de toda lógica. Esa es la única explicación.

—En Quito no suelen salir los caballos al ruedo —dijo Luis Cervallos mientras consultaba el programa—. En España siempre. Pero hoy saldrán, debido a un permiso especial. Cuando salga el próximo toro habrá picadores a caballo, ya sabe, hombres a caballo armados con lanzas.

—El toro está condenado desde el principio —dijo John Harned—. ¿Los caballos también?

—Llevan los ojos vendados para que no vean al toro —explicó Luis Cervallos—. He visto morir a muchos caballos. Es algo magnífico.

—Ya he visto sacrificar al toro —dijo John Harned—. Ahora me toca ver cómo sacrifican al caballo para comprender mejor las cosas buenas de este noble deporte.

—Son caballos viejos —respondió Luis Cervallos—, que no sirven para nada más.

—Ya —dijo John Harned.

Salió el tercer toro y enseguida lo recibieron los diestros y los picadores. Uno de los picadores se situó justo bajo nosotros. Y es verdad que el caballo que montaba era un animal viejo y delgado. Un saco de huesos sarnoso.

—Es un milagro que ese pobre animal soporte el peso del jinete —comentó John Harned—. Y ahora que el caballo lucha contra el toro, ¿de qué armas dispone?

—El caballo no lucha contra el toro —dijo Luis Cervallos.

—Ah, entonces, ¿está ahí para que lo corneen? —preguntó John Harned—. Será por eso por lo que lleva los ojos vendados, para que no vea al toro que va a cornearlo.

—No es así —dije yo—. La puya del picador evita que el toro cornee al caballo.

—Entonces, ¿es raro que el caballo resulte corneado? —preguntó John Harned.

—No —contestó Luis Cervallos—. En Sevilla vi morir dieciocho caballos en un solo día y la gente pedía que salieran más.

—¿Llevaban los ojos vendados, como este? —inquirió John Harned.

—Sí —dijo Luis Cervallos.

Después guardamos silencio y observamos la corrida. John Harned se estaba volviendo loco sin que lo supiéramos. El toro se negaba a embestir al caballo. Y el caballo permanecía quieto, porque no veía y no sabía que los subalternos intentaban conseguir que el toro lo embistiese. Citaban al toro con los capotes y, cuando el bicho se arrancaba hacia ellos, corrían en dirección al caballo y se protegían tras el burladero. Llegó un momento en el que el toro estaba muy enfadado y, por fin, vio al caballo que tenía delante.

—El caballo no lo sabe, el caballo no lo sabe —susurró John Harned, como si hablase consigo mismo, inconsciente de que había expresado su pensamiento en voz alta.

El toro embistió y, por supuesto, el caballo no se enteró hasta que el picador falló y los cuernos del toro lo empalaron desde abajo. El toro era impresionantemente fuerte. La visión de su fuerza fue algo magnífico. Levantó al caballo por los aires y, en el momento en que el animal caía de costado, el picador aterrizó de pie y escapó, mientras la cuadrilla apartaba de allí al toro. El caballo había quedado destripado. Aun así, se puso en pie, gritando. Fue el grito del caballo lo que volvió totalmente loco a John Harned, porque también él se levantó. Lo oí maldecir en voz baja y profunda. No apartó los ojos del caballo que, aún gritando, intentaba salir corriendo, pero solo logró caer de nuevo patas arriba, dando coces al aire. Entonces el toro lo embistió de nuevo y lo corneó una y otra vez hasta matarlo.

John Harned continuaba de pie. Sus ojos ya no eran fríos como el acero. Eran llamaradas azules. Miró a María Valenzuela y ella lo miró a él. El rostro

del hombre reflejaba una profunda aversión. La locura se apoderó de él. Todo el mundo lo miraba, una vez muerto el caballo; y John Harned era grande y fácil de ver.

—Siéntese —dijo Luis Cervallos—, o hará el ridículo.

John Harned no contestó. Lanzó un puñetazo. Golpeó a Luis Cervallos en la cara con tanta fuerza que lo lanzó al otro lado de las sillas, donde quedó tumbado como si estuviese muerto. No presenció lo que ocurrió después. Pero yo sí. Urcisino Castillo, echándose hacia delante desde el palco de al lado, le cruzó el rostro a John Harned con su bastón. John Harned le dio un puñetazo que lo hizo caer y llevarse por delante al general Salazar. Para entonces, John Harned era presa de una locura violenta. La bestia primitiva que había en él lo dominaba; la bestia primitiva que, hace tanto tiempo, vivía en las cuevas.

—Habéis venido a ver cómo lucha un toro —le oí decir—, y por Dios que vais a ver cómo lucha un hombre.

Vaya pelea se armó. Los soldados que protegían el palco del presidente saltaron al nuestro, pero Harned le arrebató el rifle a uno de ellos y lo usó para golpearlos a todos en la cabeza. Desde el otro palco, el coronel Jacinto Fierro le disparó con un revólver. La primera bala mató a un soldado. De eso no hay duda. Yo lo vi. Pero la segunda le dio a John Harned en el costado. Maldijo y embistió con la bayoneta del rifle, que clavó en el cuerpo del coronel Jacinto Fierro. Fue horrible. Los norteamericanos y los ingleses son una raza brutal. Desprecian nuestras corridas de toros, pero se deleitan en el derramamiento de sangre. Aquel día murieron más hombres por culpa de John Harned que en toda la historia de las corridas de toros en Quito, y en Guayaquil y todo Ecuador.

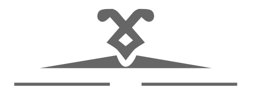
Lo provocó el grito del caballo. Pero ¿por qué no se volvió loco John Harned cuando mataron al toro? Una bestia es una bestia, sea toro o caballo. John Harned estaba loco. No hay otra explicación. Estaba sediento de sangre, él mismo convertido en bestia. Lo dejo a su juicio. ¿Qué es peor, que el toro cornease al caballo o que la bayoneta en manos de John Harned empitonase al coronel Jacinto Fierro? Y John Harned corneó a más gente con esa bayoneta. El demonio lo dominaba. Luchó con muchas balas encima y costó matarlo. María Valenzuela demostró que era valiente. A diferencia de otras mujeres, no gritó ni se desmayó. Permaneció sentada en su palco, mirando al otro extremo de la plaza. Pálida y sin dejar de abanicarse, pero sin desviar la mirada.

De todas partes surgieron soldados y oficiales, ayudados por el público que acudía a doblegar al gringo loco. Es cierto que se elevó un grito desde la

multitud que pedía la muerte de todos los gringos. Es un viejo grito de los países latinoamericanos, provocado por la antipatía hacia los gringos y sus groserías. Cierto, el grito se oyó. Pero los valientes ecuatorianos solo mataron a John Harned, y él había matado antes a siete de ellos. Además, hubo muchos heridos. He presenciado muchas corridas de toros, pero nunca vi nada tan abominable como aquella escena en los palcos al terminar la corrida. Parecía un campo de batalla. Había muertos por todas partes y los heridos gemían y lloraban; algunos incluso murieron. Un hombre, al que John Harned había atravesado el estómago con la bayoneta, se agarraba la herida con ambas manos y gritaba. Le aseguro que aquello era mucho peor que el grito de mil caballos juntos.

No, María Valenzuela no se casó con Luis Cervallos. Y lo lamento. Era mi amigo y buena parte de mi dinero estaba invertido en sus empresas. Pasaron cinco semanas antes de que los cirujanos retiraran las vendas que le cubrían el rostro. Aún hoy se aprecia la cicatriz de la mejilla, bajo el ojo. Sin embargo, John Harned solo lo golpeó una vez y con el puño desnudo. Ahora María Valenzuela está en Austria. Se dice que va a casarse con un archiduque o algún otro noble importante. No lo sé. Creo que John Harned le gustaba antes de que la siguiese a Quito para ver los toros. Pero ¿por qué el caballo? Eso es lo que me gustaría saber. ¿Por qué vio morir al toro y dijo que no importaba, para luego volverse loco de remate porque oyó gritar a un caballo? No hay quien entienda a los gringos. Son unos bárbaros.

[1909]



Los que nacen de noche

Fue en el viejo Alta-Inyo Club, una noche cálida para San Francisco, en la que a través de las ventanas abiertas se oía el jaleo de las calles, lejano y sosegado. La conversación había girado en torno al proceso por corrupción contra algunos miembros del cuerpo legislativo y los últimos indicios de que la ciudad iba a ser gobernada sin más intrigas, pasando por la grotesca sordidez y podredumbre del odio y la codicia, hasta que se mencionó el nombre de O'Brien; O'Brien, el joven y prometedor púgil que había muerto la noche anterior en el cuadrilátero. De inmediato pareció que el ambiente refrescaba. O'Brien había sido un joven sano, con ideales. Jamás bebía, fumaba o maldecía y tenía el cuerpo de un dios joven y hermoso. Incluso había llevado su libro de oraciones a la pelea. Lo encontraron después, en el bolsillo de su abrigo, en el vestuario.

Era la Juventud pura y saludable, incólume; el prodigio y esplendor que los hombres evocan cuando ya la han perdido y han entrado en la madurez. Tan bien la evocamos que nos pusimos sentimentales y durante una hora dejamos a un lado la ciudad y su estruendo. En cierto modo lo provocó Bardwell, al citar a Thoreau, pero fue Trefethan, calvo y con papada, quien se hizo eco de la cita y, durante la hora siguiente, se convirtió en la personificación de la poesía. Seguramente al principio todos nos preguntamos cuántos whiskies se habría tomado desde la cena, pero enseguida nos olvidamos de todo eso.

—Fue en 1898. Entonces yo tenía treinta y cinco años —dijo—. Sí, ya sé que estáis echando cuentas. Tenéis razón. Tengo cuarenta y muchos. Solo diez años más y los médicos dicen… ¡malditos sean los médicos!

Se llevó el vaso a los labios y sorbió despacio el whisky para calmar su irritación.

—Pero fui joven. Hace doce años era joven y tenía pelo, y el estómago plano como el de un deportista, y el día más largo nunca era lo bastante largo para mí. En el 98 yo era un tipo fornido. Tú te acuerdas, Milner. Me conociste entonces. ¿A que era un tipo digno de ver?

Milner asintió. Al igual que Trefethan, era ingeniero de minas y había ganado una fortuna en el Klondike.

—Claro que sí, amigo —dijo Milner—. Nunca olvidaré cuando machacaste a aquellos leñadores en el M&M, la noche en que aquel periodista provocó la pelea. Por aquel entonces, Slavin estaba en la zona —eso lo dijo dirigiéndose a nosotros—, y su representante quiso organizar un combate con Trefethan.

—Pues miradme ahora —ordenó Trefethan, enfadado—. Esto es lo que me hizo el Goldstead. Dios sabe que me dio muchos millones, pero me dejó sin alma… y sin sangre en las venas. Ya no corre por ellas sangre roja, de la buena. Soy una medusa, una masa enorme y gigantesca de protoplasma oscilatorio, un… un…

Pero le fallaron las palabras y buscó consuelo en el vaso.

—Entonces las mujeres me miraban y volvían la cabeza para verme mejor. Es curioso que nunca me haya casado. Pero esa chica… Eso es lo que iba a contaros. Me la encontré a más de mil kilómetros del último sitio habitado, a mucho más. Y citó esas mismas palabras de Thoreau que Bardwell acaba de citar, las que hablan de los dioses que nacen de día y los que nacen de noche.

»Fue después de marcar mi posición en el Goldstead, sin saber aún que aquel arroyo era un verdadero tesoro, cuando partí hacia el este para cruzar las Rocosas y desviarme a fin de atravesar el Gran lago de los Esclavos. Allí arriba, tan al norte, las Rocosas son algo más que una cordillera. Son una frontera, una línea divisoria, una pared inexpugnable, imposible de escalar. No hay comercio entre un lado y el otro, aunque en alguna ocasión, al principio de todo, algunos tramperos vagabundos las cruzaron, pero se perdieron por el camino muchos más de los que lograron pasar. Precisamente por eso me lancé a la aventura. Era una travesía que cualquier hombre estaría orgulloso de hacer. Ahora me enorgullezco más de eso que de todo lo demás que he logrado en la vida.

»Es territorio desconocido. Hay grandes extensiones que nunca han sido exploradas. Valles enormes que el hombre blanco nunca ha pisado y tribus indias tan primitivas como lo eran hace diez mil años… o casi, porque ya han mantenido algún contacto con los blancos. De vez en cuando algunos salen de allí para comerciar. Pero eso es todo. Ni siquiera la Compañía de la Bahía de Hudson ha logrado encontrarlos y sacarles partido.

»Pero continuemos con la chica. Yo seguía el cauce de un arroyo, iba cauce arriba. De un arroyo inexplorado y sin nombre que aquí, en California,

calificaríais de río. El valle era grandioso: a veces lo rodeaban las altas paredes de un cañón y otras se abría en tramos hermosos, anchos y largos, en cuyo fondo crecían pastos que llegaban a la altura del hombro, praderas salpicadas de flores y algunos bosques de árboles, píceas, vírgenes y magníficos. Los perros llevaban la carga al lomo y tenían las patas doloridas, estaban agotados. Yo buscaba cualquier grupo de indios para conseguir trineos y guías y así poder continuar viaje con las primeras nieves. Estábamos a finales de otoño y me sorprendió la resistencia de aquellas flores. Se suponía que me encontraba en la Norteamérica subártica y a gran altura, entre las estribaciones de las Rocosas; sin embargo, me tropezaba con un incesante despliegue de flores. Algún día los colonos blancos llegarán hasta allí y cultivarán trigo en ese valle.

»Entonces me pareció ver humo, oí el ladrido de unos perros, perros indios, y llegué a un campamento. Debía de haber unos quinientos, eran indios auténticos y, por la cantidad de tasajo puesto a secar, resultaba evidente que la temporada de caza había sido buena. Fue allí donde la conocí. Se llamaba Lucy. Me hice entender por señas y me condujeron hasta un toldo grande. Ya sabéis cómo son: media tienda, abierta por un lado, donde arde una hoguera. Aquel toldo era de piel de alce curtida con humo, alisada a mano y de un tono tostado. Bajo él, todo estaba en perfecto orden, como nunca he visto en un campamento indio. La cama descansaba sobre un lecho de ramas de pícea recién cortadas. Había pieles a montones y encima, una prenda hecha con pieles de cisne, de cisne blanco, que conservaban las plumas. Nunca he visto nada parecido a esa prenda. Sobre todo eso, sentada con las piernas cruzadas, estaba Lucy. En ella predominaba el color castaño. La he llamado chica, pero no lo era. Era una mujer, una mujer cobriza, como los indios del Amazonas, una mujer hecha y derecha, vigorosa, magnífica. Y tenía los ojos azules.

»Eso fue lo que me conquistó, sus ojos azules, pero no de un azul claro, sino oscuro, como el del mar y el cielo mezclados, y de mirada despierta. Aunque no solo eso: en ellos había risa, una risa cálida, que transmitía el calor del sol y humana, muy humana y… femenina. Así eran. Eran los ojos de una mujer, de una mujer hecha y derecha. Ya me entendéis. ¿Qué más puedo decir? Sí, que en aquellos ojos azules había al mismo tiempo inquietud salvaje, anhelo nostálgico y reposo, un reposo absoluto, una especie de calma filosófica y omnisciente.

Trefethan se interrumpió de forma repentina.

—Estáis pensando que estoy bebido. Pero no. Este solo es el quinto desde la cena. Estoy totalmente sobrio. Y hablo en serio. Ahora estoy sentado junto a mi sagrada juventud. No soy yo, Trefethan el viejo, quien habla; lo hace mi juventud, y es mi juventud quien dice que aquellos son los ojos más impresionantes que he visto jamás: tan tranquilos y tan inquietos; tan sabios y tan curiosos; tan viejos y tan jóvenes; tan satisfechos y, sin embargo, nostálgicos y anhelantes. Amigos, no puedo describirlos. Cuando os haya hablado de ella, lo entenderéis mejor.

»No se levantó. Pero me estrechó mano.

»“Forastero —me dijo—, me alegro mucho de verte”.

»Sumad a las palabras ese acento fronterizo, del Oeste, nítido. Imaginad lo que sentí. Era una mujer, una mujer blanca ¡y con ese acento! Resultaba increíble que allí hubiese una mujer blanca, más allá de la última frontera del mundo… pero su acento. Os aseguro que me hizo daño. Fue como la puñalada del bemol a una nota musical. Sin embargo, os aseguro que esa mujer era poeta. Ya lo veréis.

»Despidió a los indios y os garantizo que se marcharon. Aceptaban sus órdenes y la seguían sin pensárselo. Era su jefa *hi-yu skookum*. Les dijo a los hombres que levantasen un campamento para mí y se ocupasen de mis perros. Obedecieron. Ni se les ocurrió llevarse siquiera un simple cordón de mocasín de mi propiedad. Era aquella-a-quien-prestar-obediencia, eso sin duda. Os aseguro que sentí verdaderos escalofríos de emoción al encontrar a una mujer blanca al frente de una tribu de salvajes a mucho más de mil kilómetros del último asentamiento conocido, en plena tierra de nadie.

»“Forastero —me dijo—, sin duda eres el primer blanco que pisa este valle. Siéntate a charlar un rato y luego comeremos algo. ¿En qué dirección vas?”.

»Ese acento de nuevo. Pero desde ahora hasta el final del relato, quiero que lo olvidéis. Yo me olvidé de él, allí sentado, al borde de aquella prenda hecha con piel y plumas de cisne, escuchando y mirando a la mujer más maravillosa que haya salido nunca de las páginas de Thoreau o del libro de cualquier otro hombre.

»Me quedé una semana. Ella me invitó. Prometió proporcionarme perros, trineos e indios que me ayudarían a cruzar el mejor paso de las Rocosas en ochocientos kilómetros. Su toldo estaba apartado de los otros, sobre la alta orilla del río, y un par de jóvenes indias se ocupaban de atenderla y cocinar para ella. Así que hablamos sin descanso mientras llegaban las primeras

nieves y continuaban cayendo hasta formar una buena superficie para mis trineos. Esta es su historia.

»Había nacido en la frontera, hija de colonos pobres, y ya sabéis lo que eso significa: trabajo, trabajo y más trabajo; trabajo a montones y sin descanso.

»“No había visto las maravillas del mundo —me dijo—. No tenía tiempo. Sabía que el exterior era bonito, alrededor de la cabaña, pero siempre había que preparar el pan, fregar, lavar y muchas otras tareas que nunca se acababan. A veces me ponía tan enferma que pensaba en largarme, sobre todo en primavera, cuando los cantos de los pájaros me volvían loca. Quería correr entre las hierbas altas de los pastizales y que el rocío me empapase las piernas; saltar el cercado y atravesar el bosque, siempre ascendiendo, hasta cruzar la divisoria, para poder ver mejor todo cuanto me rodeaba. Sentía toda clase de anhelos: seguir el lecho del cañón y chapotear de charca en charca, hacerme amiga de los perros de aguas y las truchas; asomarme a hurtadillas y observar a las ardillas, conejos y otros animalitos para ver qué hacían y aprender sus costumbres secretas. Me parecía que, con tiempo suficiente, podría arrastrarme entre las flores y, si era buena y me quedaba muy quieta, sería capaz de sorprenderlos susurrando entre ellos y contándose toda clase de consejos prudentes que los humanos nunca conoceríamos”.

Trefethan se detuvo para comprobar que le habían llenado de nuevo el vaso.

—En otra ocasión me dijo: «Por las noches quería correr como si fuera una salvaje; correr bajo la luz de la luna y las estrellas; correr desnuda, blanca, en una oscuridad que, según imaginaba, tendría el tacto del terciopelo frío; correr, correr sin detenerme nunca. Una noche en que estaba agotada, había hecho un calor espantoso, el pan no quería subir, la manteca se había cortado y yo estaba irritada e insoportable, esa noche le conté a mi padre ese deseo de huir que sentía. Me miró con curiosidad y algo de miedo. Luego me dio dos pastillas, me dijo que me fuera a la cama y que durmiese bien, y que al día siguiente estaría como nueva. Así que nunca volví a hablarle de mis anhelos, ni a él ni nadie».

»Desmantelaron la casa de la montaña, supongo que porque pasarían hambre, y la familia se fue a vivir a Seattle. Allí, ella trabajó en una fábrica; ya sabéis cómo es eso: horarios interminables y mucho trabajo. Al cabo de un año, entró de camarera en un restaurante barato. Ella lo llamó “de tres al cuarto”.

»Una vez me dijo: “Creo que lo que yo buscaba era la parte romántica o poética de todo eso. Pero no hay romance ni poesía en los baldes o las tinas para fregar, ni en las fábricas o en los garitos”.

»Se casó a los dieciocho años con un hombre que iba camino de Juneau para montar un restaurante. Había ahorrado unos dólares y parecía próspero. No lo amaba, en eso hizo especial hincapié. Pero estaba harta y quería alejarse de aquel trabajo duro y rutinario que no tenía fin. Además, Juneau estaba en Alaska y sus anhelos se convirtieron en el deseo de ver aquella tierra maravillosa. Él montó el restaurante, pequeño y barato, y ella supo de inmediato para qué se había casado aquel hombre: para ahorrarse pagar un suelto. Prácticamente dirigía el garito y hacía todo el trabajo, desde servir las mesas a lavar los platos. Además, casi siempre cocinaba ella. Así transcurrieron cuatro años.

»¿No os imagináis a esa criatura salvaje de los bosques, poseedora de todos los instintos primitivos y anhelando vivir al aire libre, pero atrapada en un garito de tres al cuarto, trabajando sin descanso durante cuatro años mortales?

»“Nada tenía sentido —me dijo—. ¿Qué era aquello? ¿Por qué había nacido? ¿Qué significaba la vida? ¿Solo trabajar y trabajar y estar siempre cansada? ¿Acostarse cansada y levantarse cansada, todos los días iguales al anterior, si es que no eran peores?”. Me dijo que había oído hablar a los predicadores de la vida inmortal, pero que no podía creer que lo que ella hacía fuese una preparación a la inmortalidad.

»Conservaba sus sueños, pero pensaba en ellos cada vez menos. Había leído algunos libros, aunque resulta difícil imaginar cuáles. Serían novelas baratas para mujeres, seguramente, pero habían alimentado su imaginación. “A veces —me dijo—, cuando el calor de la cocina me mareaba de tal forma que, si no respiraba un poco de aire fresco, me desmayaría, sacaba la cabeza por la ventana, cerraba los ojos e imaginaba cosas maravillosas. De repente me encontraba recorriendo algún camino rural y todo a mi alrededor estaba limpio, en silencio, sin polvo, sin suciedad; solo había arroyos que murmuraban entre las praderas, corderitos jugando, la brisa que acariciaba las flores y la suavidad del sol bañándolo todo; vacas ociosas hundidas hasta media pata en las charcas y niñas remojándose en la curva de un arroyo, blancas, delgadas, desnudas… y sabía que estaba en la Arcadia. Una vez había leído cosas sobre ese país en un libro. Y era posible que llegasen caballeros cabalgando, el sol reflejándose en sus armaduras mientras describían una curva del camino, o una dama sobre una yegua blanca como la

leche, y a lo lejos veía alzarse las torres de un castillo, o sabía que al tomar el siguiente giro me encontraría un palacio blanco, ligero, como de hadas, con fuentes susurrantes, flores cubriéndolo todo y pavos reales sobre el césped. Pero entonces abría los ojos y el calor de los fogones me golpeaba de lleno, y oía a Jake, mi marido, decir: '¿Por qué no has servido las alubias? ¿Te crees que puedo esperar todo el día?'. ¡Romance y aventura! Creo que lo más cerca que estuve de eso fue cuando un cocinero armenio borracho se volvió loco, quiso cortarme el cuello con un cuchillo de pelar patatas y me quemé el brazo en el fogón antes de conseguir tumbarlo con el rodillo de amasar".

»"Yo quería vivir tranquila, tener cosas bonitas, romance y aventura y todo eso, pero al parecer la suerte no me acompañaba y había nacido expresamente para cocinar y fregar. En aquellos tiempos, la gente de Juneau era bastante alocada, pero yo miraba a las otras mujeres y su modo de vivir no me atraía. Creo que quería permanecer limpia. No sé por qué, pero así era. Pensé que prefería morir fregando que morir como ellas". Trefethan detuvo su relato un minuto, como si necesitara completar un pensamiento. —Esa es la mujer que me encontré en el Ártico, gobernando una tribu de indios salvajes y unos cuantos miles de kilómetros cuadrados de territorio de caza. Y ocurrió de forma sencilla, porque podría haber vivido y muerto entre cacerolas y sartenes. Pero «llegó el susurro, llegó la visión»**[18]**. No necesitó nada más, eso fue suficiente.

»"Un día me desperté —me dijo— y por casualidad lo vi en un pedazo de periódico. Recuerdo hasta la última palabra y puedo repetírtelas". Entonces citó *El grito del ser humano,* de Thoreau:

> "Los pinos jóvenes que brotan cada año en el maizal son, para mí, un hecho reconfortante. Hablamos de civilizar al indio, pero esa no es la forma de mejorarlo. La desconfiada independencia y la actitud distante de su vida en los bosques le permite preservar su relación con sus dioses nativos y, de vez en cuando, se le concede establecer una rara y peculiar asociación con la naturaleza. De una sola mirada reconoce y lee las estrellas, pero nuestras tabernas le resultan totalmente desconocidas. La constante iluminación de su genio, que solo se atenúa debido a la distancia, es como la luz leve, aunque satisfactoria, de las estrellas comparada con el resplandor fugaz de las velas, deslumbrante pero ineficaz. Los habitantes de las islas de la Sociedad tenían sus dioses que habían nacido de día,

pero al parecer no eran tan antiguos como los dioses nacidos de noche”.

»Eso hizo, lo repitió palabra a palabra y yo me olvidé de su acento, porque era algo solemne, una declaración religiosa… pagana, por así decirlo, y envuelta en la vestimenta viviente de su propio cuerpo.

»“El resto lo habían arrancado —añadió con un gran vacío en su voz—. Solo era un trozo de periódico. Pero ese Thoreau era un sabio. Me gustaría saber más cosas de él”. Guardó silencio un momento y juro que su rostro resultaba indescriptiblemente santo cuando dijo: “Habría sido una buena esposa para él”.

»Luego continuó: “En cuanto lo leí supe lo que me ocurría. Yo había nacido de noche. Yo, que había vivido toda la vida entre los que nacieron de día, había nacido de noche. Por eso no me sentía satisfecha cocinando y fregando; por eso había anhelado correr desnuda a la luz de la luna. Supe que aquel garito de tres al cuarto de Juneau no era sitio para mí. En ese preciso instante dije: ‘Me largo’. Recogí los pocos harapos que poseía y me marché. Jake me vio e intentó detenerme. ‘¿Qué haces?’, me preguntó. Yo le contesté: ‘Me divorcio de ti. Me voy a lo más profundo del bosque, que es donde debo estar’. ‘No, de eso nada —dijo mientras intentaba agarrarme para detenerme—. Tanto cocinar se te ha subido a la cabeza. Escúchame, vamos a hablar antes de que hagas nada impulsivo’. Pero saqué un revólver, un pequeño Colt del cuarenta y cuatro y le dije: ‘Yo hablo con esto’, y me marché”.

Trefethan terminó el whisky y pidió otro.

—Amigos, ¿sois conscientes de lo que hizo esa joven? Tenía veintidós años. Se había pasado la vida inclinada sobre un barreño y no sabía más del mundo de lo que sé yo de la cuarta dimensión, o de la quinta. Todos los caminos llevaban a su deseo. No, no se dirigió a los salones de baile. En esa zona de Alaska es preferible viajar por mar o río. Bajó a la playa. Una canoa india zarpaba rumbo a Dyea; ya sabéis cómo son: las hacen vaciando un único tronco, estrecho, con bastante fondo y de unos veinte metros de largo. Les dio un par de dólares y se subió a bordo.

»“¿Romance y aventura? —me dijo—. Fue así desde el principio. En la canoa iban tres familias. Estaba tan llena que no había sitio ni para girarse. Los perros y los niños pequeños iban tumbados encima de todo. Todo el mundo tenía un remo y ayudaba a mover la canoa. A nuestro alrededor, las enormes montañas solemnes y una maraña a la deriva de nubes y rayos de sol. ¡Ay, y el silencio! ¡Ese silencio maravilloso! Una vez vimos el humo que indicaba el campamento de un cazador a lo lejos, en la distancia, avanzando

despacio entre los árboles. Era como una excursión, una excursión grandiosa, y yo veía que mis sueños se hacían realidad. Estaba preparada para que algo ocurriese casi a cada minuto. Y ocurría”.

»“¡Y aquel primer campamento en la isla! Los niños arponeaban a los peces en la desembocadura del arroyo y uno de los hombres mató un ciervo enorme nada más pasar el cabo. Había flores por todas partes y, en cuanto nos apartábamos de la playa, la hierba era densa, exuberante y llegaba hasta el cuello. Algunas de las niñas la cruzaron conmigo y ascendimos la ladera que quedaba detrás para recoger bayas y raíces que tenían sabor ácido y que eran muy buenas. Entre las bayas nos tropezamos con un oso enorme que estaba comiendo. Dijo: ‘Uf’ y huyó, tan asustado como nosotras. Luego el campamento, la hoguera, el olor de la carne de venado fresca al cocinarse. Una maravilla. Por fin estaba entre los que habían nacido de noche y sabía que aquel era mi mundo. Me pareció que, por primera vez en mi vida, aquella noche me acostaba feliz, mientras observaba por una esquina de la lona las estrellas que un pedazo enorme de montaña cubría en parte de negro. También escuché los ruidos de la noche, consciente de que ocurriría lo mismo al día siguiente, por siempre jamás, porque no pensaba regresar. Nunca regresé”.

»“¡Romance y aventura! Eso lo viví a diario. Teníamos que cruzar un ancho brazo de mar, de unos veinte o veinticinco kilómetros como poco, y el viento empezó a soplar fuerte cuando estábamos en el medio. Esa noche llegué sola a la orilla, con un perro lobo, y fui la única que quedó viva”.

»Imaginadlo. —Trefethan interrumpió el relato para insistir en la situación—. La canoa naufragó y se perdió y todos murieron destrozados contra las rocas, excepto ella. Llegó a la orilla agarrada al rabo de un perro, se libró de las rocas y salió a tierra en una playa diminuta, la única en varios kilómetros.

»“Por suerte para mí aquello ya era el continente, no otra isla —me dijo ella—. Así que me puse en marcha de inmediato hacia el interior, cruzando bosques, subiendo montañas, derecha hacia el fin del mundo. Parecía que estaba buscando algo y sabía que lo iba a encontrar. No tenía miedo. Había nacido de noche y el denso bosque no podía matarme. Lo encontré al segundo día. Llegué a un pequeño claro y a una cabaña en ruinas. Hacía muchos años que nadie había estado allí. El tejado se había desplomado sobre el interior. Encima de los catres, mantas podridas y en la estufa, cacerolas y sartenes. Pero eso no era lo más curioso. En el exterior, junto al borde del bosque, no te imaginas lo que encontré. Los esqueletos de ocho caballos, cada uno atado a

un árbol. Creo que habían muerto de hambre y solo dejaron unos pequeños montones de huesos, dispersos aquí y allá. Cada caballo llevaba su carga. Allí estaban las cargas, entre los huesos. Eran sacos de lona pintada en cuyo interior guardaban sacos de piel de alce. Y dentro de los sacos de piel de alce, ¿qué crees que había?”.

»Se detuvo, echó la mano hacia una esquina de la cama, entre las ramas de pícea, y extrajo un saco de cuero. Lo desató y sobre mi mano dejó caer una lluvia de oro como no he visto igual: oro grueso, oro de aluvión; había un poco de polvo pero en su mayoría eran pepitas, y casi no mostraba señales de haber sido lavado, tan puro y rugoso era.

»“Dices que eres ingeniero de minas —me dijo—, y que conoces el país. ¿Puedes darme el nombre de algún arroyo que haya dado oro de este color?”.

»No pude. No había ni el más mínimo rastro de plata. Era casi puro y se lo dije.

»“Y tanto que sí —me contestó—. Lo vendo a diecinueve dólares la onza. Por el oro de Eldorado no se consigue más de diecisiete, y el de Minook no llega a dieciocho. Bueno, pues eso es lo que encontré entre los huesos. Ocho caballos cargados de ese oro. En total, pesaba ciento cincuenta libras”.

»¡Un cuarto de millón de dólares! —exclamé.

»“Más o menos lo mismo que calculé yo —me contestó—. Eso sí que es romance y aventura. Yo trabajando como una esclava durante tantos años y resulta que, tan pronto como me atrevo a marcharme, a los tres días, me pasa esto. ¿Qué habrá sido de los hombres que recogieron todo este oro? Me lo pregunto muy a menudo. Dejaron los caballos, atados y cargados, y desaparecieron de la faz de la tierra, sin dejar ni rastro. Jamás oí hablar de ellos. Pero como nací de noche, creo que he sido su legítima heredera”.

Trefethan hizo una pausa para encender un puro.

—¿Sabéis lo que hizo la chica? Ocultó el oro, todo menos treinta libras, que se llevó con ella de vuelta a la costa. Hizo señas a una canoa que pasaba, consiguió llegar a la factoría de Pat Healy, en Dyea, se equipó y cruzó el paso Chilkoot. Eso fue en el 88, ocho años antes de que se encontrase oro en el Klondike, y toda la región del Yukón era una zona dominada por una naturaleza salvaje y violenta. Tenía miedo de los indios, de los hombres, pero se llevó con ella a dos indias, cruzó los lagos y continuó río abajo hasta los primeros campamentos del bajo Yukón. Deambuló varios años por ese territorio y luego siguió hasta el lugar donde la encontré. Dijo que la atrajo cuando vio, según sus propias palabras, «un caribú enorme hundido hasta las rodillas en los lirios color púrpura que alfombraban el fondo del valle». Se

unió a los indios, los ayudó, se ganó su confianza y poco a poco se fue haciendo cargo de ellos. Solo había abandonado la zona en una ocasión, acompañada de un grupo de jóvenes, con los que cruzó el paso Chilkoot, recogió el oro que había ocultado y regresó con él.

»"Y aquí sigo, forastero —concluyó su relato—. Y esto es lo más preciado de todo cuanto poseo".

»Sacó un saquito de piel, que llevaba colgado al cuello como un guardapelo, y lo abrió. Dentro, envuelto en seda aceitada, amarillento por los años, gastado y manoseado, estaba el fragmento de periódico original que contenía la cita de Thoreau.

»"¿Eres feliz? ¿Te sientes satisfecha? —le pregunté—. Con un cuarto de millón de dólares, no te haría falta trabajar en Estados Unidos. Supongo que echarás de menos muchas cosas".

»"No tantas —respondió—. No me cambiaría por ninguna mujer de Estados Unidos. Esta es mi gente, este es mi hogar. Pero en ocasiones… —y en sus ojos se encendió ese anhelo del que he hablado—, en ocasiones deseo con toda el alma que ese tal Thoreau pasara por aquí".

»"¿Por qué? —pregunté".

»"Para poder casarme con él. A veces me siento muy sola. No soy más que una mujer, una mujer de verdad. He oído hablar de esa otra clase de mujeres que se marcharon, como yo, e hicieron cosas extrañas; esas que se unieron al ejército como soldados o se embarcaron de marineros. Pero esas mujeres son raras en sí mismas. Son más hombres que mujeres; tienen aspecto de hombre y no sienten las necesidades propias de la mujer. No quieren amor, ni abrazar niños o que estos se arremolinen alrededor de ellas. Yo no soy así. Dímelo tú, forastero, ¿parezco un hombre?".

»No lo parecía. Era una mujer. Una mujer hermosa, de piel cobriza, con un cuerpo saludable y robusto de mujer y unos ojos maravillosos de color azul oscuro, muy femeninos.

»"¿Verdad que soy una mujer? —insistió—. Lo soy. Lo soy casi al completo, pero no del todo. Lo curioso es que, aunque en todo lo demás soy como los que nacen de noche, no lo soy a la hora de emparejarme. Creo que esos prefieren a los que son como ellos. Al menos eso me ocurre a mí. Me ha ocurrido todos estos años".

»"¿Pretendes decirme que…? —Dejé la pregunta a medias".

»"Nunca —respondió y me miró a los ojos con la franqueza de quien dice la verdad—. Tuve un marido, pero… yo le llamo *el Buey*. Supongo que

seguirá en Juneau, dirigiendo su garito. Si alguna vez regresas, búscalo, y descubrirás que ese nombre es el que le conviene”.

»Lo busqué, dos años después. Era como ella había dicho: fuerte, imperturbable, un Buey que servía las mesas arrastrando los pies.

»“Necesitas una mujer que te ayude —le dije”.

»“La tenía —me respondió”.

»“¿Eres viudo?”.

»“Sí. Se volvió loca. Siempre dijo que el calor de la cocina acabaría por afectarla, y así fue. Un día me apuntó con un revólver y huyó con unos indios en una canoa. En la costa los sorprendió una tormenta y se ahogaron. Todos”.

Trefethan se concentró en su whisky y guardó silencio.

—Pero ¿y la chica? —le recordó Milner—. Dejaste el relato justo cuando empezaba a ponerse interesante, tierno. ¿Acabó así?

—Sí —respondió Trefethan—. Como ella misma había dicho, era una salvaje en todo excepto a la hora de emparejarse; para eso quería a alguien como ella. Fue muy amable, pero directa al grano. Quería casarse conmigo.

»“Forastero —me dijo—, quiero que te quedes. Te gusta esta clase de vida o no estarías aquí, intentando cruzar las Rocosas en pleno otoño. Este es un sitio precioso. Encontrarás muy pocos que sean mejores. ¿Por qué no te quedas? Seré una buena esposa”.

»La decisión estaba en mis manos. Esperó. No me importa confesar que me sentí terriblemente tentado. Me había medio enamorado de ella solo con verla. Sabéis que nunca me he casado. Y no me importa añadir, tras repasar mi vida, que ella es la única mujer que me afectó en ese sentido. Pero todo aquello era ridículo y mentí como un caballero. Le dije que ya estaba casado.

»“¿Tu esposa te espera?” —preguntó.

»Le dije que sí.

»“¿Y te ama?”.

»Volví a decir que sí.

»Eso fue todo. No insistió más, excepto en una ocasión y entonces mostró el fuego que ardía en su interior.

»“Basta con que yo lo diga —afirmó—, y no podrás irte de aquí. Si doy la orden, te quedas. Pero no la daré. No te quiero si tú no quieres que te quiera. Y si no me quieres a mi”.

»En cambio dio la orden de que me equipasen para que siguiera camino.

»“Es una pena, forastero —dijo cuando nos despedimos—. Me gusta tu aspecto y me gustas tú. Si alguna vez cambias de idea, vuelve”.

»Había una cosa que yo deseaba hacer: darle un beso de despedida, aunque no sabía cómo hacerlo ni cómo se lo tomaría ella. Os recuerdo que estaba medio enamorado de la chica. Pero ella se encargó de solucionarlo.

»“Bésame —me dijo—. Para que siempre tengas un recuerdo mío”.

»Nos besamos, allí, en medio de la nieve, en aquel valle junto a las Rocosas. La dejé al lado del camino y me fui siguiendo a mis perros. Tardé seis semanas en cruzar el paso y alcanzar el primer puesto del Gran lago de los Esclavos.

El ruido de las calles nos llegaba como un oleaje distante. Un camarero, sin hacer ruido alguno, nos trajo sifones nuevos. En medio del silencio, la voz de Trefethan sonó como una campana que toca a muerto:

—Habría sido mejor que me hubiese quedado. No tenéis más que mirarme.

Lo hicimos y vimos su bigote entrecano, la calva, las bolsas bajo los ojos, las mejillas caídas, la papada, el cansancio, la falta de fuerza, la gordura, el deterioro y la ruina de un hombre que había sido fuerte, pero que había vivido demasiado bien, demasiado cómodamente.

—Aún estás a tiempo, amigo —dijo Bardwell, casi en un susurro.

—¡Dios! ¡Ojalá no fuese un cobarde! —fue la respuesta de Trefethan—. Entonces podría volver con ella. Sigue allí. Me pondría en forma y viviría muchos más años… junto a ella… allí arriba. Quedarme aquí es un suicidio. Pero soy viejo, tengo cuarenta y siete años. Miradme. El problema es… —Levantó su vaso y lo miró fijamente—. El problema es que suicidarse de esta forma es muy fácil. Me he vuelto blando y delicado. Pensar en ese viaje tan largo con los perros me horroriza; pensar en la helada penetrante del amanecer y en las correas congeladas del trineo me asusta…

De forma automática, el vaso empezó a moverse con sigilo hacia sus labios. Llevado por un repentino arrebato de ira amagó con estrellarlo contra el suelo. Luego dudó y se lo pensó mejor. El vaso se acercó a su boca y se detuvo. Trefethan dejó escapar una risa áspera y amarga, pero sus palabras fueron solemnes:

—Bueno, brindo por la mujer que nació de noche. *Era* maravillosa.

[1910]



El beneficio de la duda

I



ARTER WATSON, con una revista bajo el brazo, paseaba lentamente, observando con curiosidad todo cuanto lo rodeaba. Habían transcurrido veinte años desde la última vez que estuvo en esa calle y los cambios eran muchos, además de asombrosos. Aquella ciudad occidental de trescientas mil almas solo tenía treinta mil cuando, siendo un niño, acostumbraba a deambular por sus calles. Por entonces, la calle en la que se encontraba ahora era tranquila y residencial y pertenecía al barrio de la clase obrera respetable. Pero esa tarde descubría que había sido tomada por el vicio y la corrupción. Abundaban las tiendas y los antros chinos y japoneses, mezclados con garitos para blancos de baja extracción y tabernas de mala muerte. Aquella calle tranquila de su juventud se había convertido en la zona más dura de la ciudad.

Miró el reloj. Eran las cinco y media. Sabía bien que esa era la peor hora en un barrio como aquel, pero sentía curiosidad. Durante sus muchos años de viajes para estudiar las condiciones sociales del mundo, había llevado con él el recuerdo de su vieja ciudad como un lugar sano y agradable. La metamorfosis que ahora contemplaba lo había sobresaltado. Sin duda debía continuar su paseo para comprobar la infamia en la que su ciudad se había sumergido.

Una cosa más: Carter Watson era un hombre muy concienciado cívica y socialmente. Su fortuna garantizaba su independencia y no había querido malgastar sus energías entre meriendas y cenas de sociedad, al tiempo que las actrices, las carreras de caballos y diversiones semejante lo dejaban frío. Le preocupaba la ética y era un reformista con no pocas pretensiones, aunque su trabajo había consistido, principalmente, en contribuciones a revistas y publicaciones trimestrales y en la edición de libros brillante e ingeniosamente escritos por él sobre la clase obrera y los habitantes de los barrios bajos. Entre los veintisiete en su haber, había títulos como *Si Cristo fuese a Nueva Orleans, El obrero agotado, Reforma de las casas de vecinos en Berlín, Los*

suburbios rurales de Inglaterra, La gente del East Side, Reforma versus revolución. La University Settlement Society como caldo de cultivo del radicalismo y *El cavernícola de la civilización*.

Pero Carter Watson no era morboso ni fanático. No perdía la cabeza debido a los horrores que encontraba, estudiaba y revelaba. No lo dominaba un entusiasmo disparatado. Lo salvaba su sentido del humor, junto con su amplia experiencia y su temperamento filosófico y conservador. Tampoco tenía paciencia con las teorías reformistas del cambio inmediato. En su opinión, la sociedad solo prosperaría al sufrir un proceso evolutivo dolorosamente lento y arduo. No existían atajos ni regeneraciones repentinas. La mejora de la humanidad debía lograrse con agonía y sufrimiento, tal y como se habían conseguido los avances sociales en el pasado.

Pero aquella tarde de finales de verano. Carter Watson sintió curiosidad. Mientras paseaba, se detuvo frente a una llamativa taberna. En su rótulo se leía «The Vendóme». Tenía dos entradas. Una llevaba directamente a la barra, por lo que no la exploró. La otra era un pasillo estrecho. Tras recorrerlo se encontró en una sala enorme, llena de mesas rodeadas de sillas y desierta. A lo lejos, y a pesar de la tenue luz del recinto, distinguió un piano. Mientras pensaba que volvería en otro momento para estudiar qué clase de personas se sentarían y beberían en esas mesas multitudinarias, procedió a circunnavegar la habitación.

En el extremo más alejado, un pasillo corto daba a una pequeña cocina y allí, solo, sentado a una mesa, se encontraba Patsy Horan, propietario del Vendóme, dando cuenta de una cena rápida antes de que llegase la hora punta de su negocio. Además, Patsy Horan estaba enfadado con el mundo. Aquella mañana se había levantado con mal pie y nada le había salido bien en todo el día. Si alguien hubiese consultado con sus camareros, estos habrían descrito su estado mental como el propio de un cascarrabias. Pero eso Carter Watson no lo sabía. En cuanto llegó al final del breve pasillo, los ojos huraños de Patsy Horan se iluminaron al fijarse en la revista que el otro llevaba bajo el brazo. Patsy no conocía a Carter Watson, como tampoco sabía que lo que llevaba bajo el brazo era una revista. Patsy, guiado por su malhumor, decidió que aquel desconocido era uno de esos pesados que deslucían y manchaban las paredes de sus salones clavando o pegando anuncios. El color de la portada de la revista lo convenció de que era un anuncio. Así comenzaron los problemas. Cuchillo y tenedor en mano, Patsy se abalanzó sobre Carter Watson.

—¡Fuera de aquí! —vociferó Patsy—. ¡Ya sé lo que buscas!

Carter Watson se asustó. El hombre había saltado sobre él como un muñeco sorpresa que sale de una caja.

—¡Estropearme las paredes! —gritó Patsy, al tiempo que soltaba una retahíla gráfica e infame, más que viril, de epítetos ignominiosos.

—Si le he ofendido, no era mi intención…

Pero el visitante no pudo decir nada más. Patsy lo interrumpió.

—Fuera de aquí. Hablas demasiado por esa boca que tienes —sentenció Patsy, enfatizando sus palabras al gesticular con el cuchillo y el tenedor.

Carter Watson imaginó aquel tenedor incómodamente clavado entre sus costillas, supo que sería imprudente volver a abrir la boca y se giró para irse. El espectáculo de aquella dócil retirada debió de enfadar aún más a Patsy Horan, porque aquel ilustre personaje soltó los cubiertos y saltó sobre Carter.

Patsy pesaba ochenta kilos. Watson también. En eso eran iguales. Pero Patsy era un peleón de taberna, agresivo y brusco, mientras que Watson era boxeador. En eso llevaba ventaja, porque Patsy atacó sin cubrirse, intentando golpear con la derecha. A Watson le bastó con extender el brazo izquierdo y esquivarlo. Además, Watson contaba con otra ventaja. Su conocimiento del boxeo y sus experiencias en los barrios bajos y guetos del mundo le habían enseñado a dominarse.

Giró sobre sus pies y, en lugar de golpear, esquivó el golpe del otro y se agarró a él. Pero Patsy, embistiendo como un toro, contó con el impulso de su prisa, mientras que Watson, al girar para enfrentarse a él, no tomó impulso. Como resultado, ambos se fueron al suelo —ciento sesenta kilos de peso total — en una caída larga y estruendosa. Watson debajo. Yacía con la cabeza rozando la pared trasera de la sala grande. La calle se encontraba a cincuenta metros de distancia y quiso pensar con rapidez. Decidió que debía evitar los problemas. No deseaba salir en la prensa de la ciudad donde había pasado su niñez y en la que aún vivían muchos de sus parientes y amigos de la familia.

Por eso rodeó con los brazos al hombre que tenía encima, lo sujetó con fuerza y aguardó a que llegase la ayuda que, sin duda, acudiría al oír el estrépito de la caída. La ayuda llegó, bueno, llegaron seis hombres corriendo desde el bar y formaron un semicírculo alrededor.

—Quítenmelo de encima, amigos —dijo Watson—. No le he pegado y no quiero pelear.

Pero el semicírculo guardó silencio. Watson continuó sujetando al otro y aguardó. Patsy, tras varios esfuerzos inútiles para hacerle daño, quiso negociar.

—Suéltame y yo te soltaré a ti —dijo.

Watson lo soltó, pero cuando Patsy se puso en pie como pudo, permaneció junto a su enemigo yacente, dispuesto a golpearlo.

—Levántate —ordenó Patsy.

Su voz era severa e implacable, como la voz de Dios llamando al Juicio Final, y Watson supo que allí no obtendría clemencia.

—Apártese y me levantaré —respondió.

—Si eres un caballero, arriba —insistió Patsy, los ojos azules ardiendo de ira y el puño listo para lanzar un golpe aplastante.

Al mismo tiempo echó el pie hacia atrás para darle una patada al otro en la cara. Watson bloqueó el golpe con los brazos cruzados y se levantó de un salto, tan rápido que pudo agarrarse a su antagonista antes de que lograse pegarle de nuevo. Trabado a él, Watson se dirigió a los que miraban:

—Apártenlo de mí, amigos. Ya ven que no le estoy pegando. No quiero pelear. Quiero irme de aquí.

El círculo ni se movió ni habló. Aquel silencio resultaba amenazador y Watson sintió un escalofrío en el corazón. Patsy hizo un esfuerzo por derribarlo que acabó cuando Watson lo tiró al suelo boca arriba. Se soltó de él, se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta. Pero el círculo de hombres se interponía como un muro. Vio los rostros pálidos, sin color, de esos que nunca ven el sol, y supo que quienes le impedían salir eran los merodeadores nocturnos y las bestias depredadoras de la jungla urbana. Ellos lo arrojaron de nuevo sobre Patsy, que embestía buscándolo.

Volvió a agarrarlo y, en la seguridad momentánea del trabado, Watson apeló a la banda, que otra vez hizo oídos sordos. Entonces tuvo miedo. Sabía de muchas situaciones similares, en tugurios como aquel, en las que hombres solitarios habían sido maltratados y apaleados hasta provocarles la muerte. También sabía que, si por casualidad escapaba, no podría golpear a su agresor ni a ninguno de los otros.

Sin embargo, sentía una indignación justificada. Bajo ninguna circunstancia podía ser justa esa proporción de siete a uno. Además, estaba enfadado y en su interior se despertó la bestia dispuesta a luchar que hay en todo hombre. Pero se acordó de su mujer y de sus hijos, de su libro inacabado, de los diez mil acres ondulantes del rancho que tanto amaba. Incluso recordó el azul del cielo, la luz dorada del sol sobre los prados salpicados de flores, el ganado perezoso hundido hasta las corvas en los arroyos y el destello de las truchas en los rápidos. La vida era algo bueno, demasiado para arriesgarla por un momento de indignación. En resumen, Carter Watson conservó la calma y el miedo.

Su oponente, bloqueado por su trabado magistral, luchaba por derribarlo. Watson volvió a tirarlo al suelo, lo soltó y otra vez se vio empujado por el círculo de caras pálidas a fintar el derechazo de Patsy y efectuar otro trabado. Ocurrió lo mismo en muchas ocasiones. Watson se fue mostrando cada vez más frío, mientras que Patsy, incapaz de castigarlo, bramaba como un loco, cada vez más enfadado. Durante los trabados, empezó a pegarle cabezazos. La primera vez, su frente aterrizó en la nariz de Watson. Después, durante los trabados, Watson enterraba la cabeza en el pecho de Patsy. Pero el enfurecido Patsy continuaba con sus golpes y acabó por darse en un ojo, la nariz y la mejilla contra la coronilla del otro. Cuanto más daño se hacía, más cabezazos repartía Patsy, y con más fuerza.

Ese combate desigual se prolongó durante unos doce o quince minutos. Watson no pegó ni un solo golpe y únicamente procuraba escapar de allí. A veces, en los momentos de libertad, mientras se movía entre las mesas para intentar alcanzar la puerta, los hombres pálidos lo agarraban por la chaqueta y lo lanzaban contra los derechazos de Patsy, que no se cansaba de embestir. Una y otra vez, sin descanso, trababa a Patsy y lo derribaba, y en cada ocasión se giraba antes y lo tumbaba en dirección a la puerta. De esa forma se iba acercando a su meta poco a poco, ganando cada vez la longitud de la caída.

Al final, sin sombrero, desastrado, sangrando por la nariz y con un ojo cerrado, Watson llegó a la acera y cayó en brazos de un policía.

—Arreste a ese hombre —jadeó Watson.

—Hola, Patsy —dijo el policía—. ¿Qué ha pasado?

—Hola, Charley. —Fue la respuesta—. Este tipo entró y…

—Arreste a ese hombre, agente —repitió Watson.

—¡Venga, lárgate! —ordenó Patsy.

—¡Lárguese! —añadió el policía—. Si no se larga, lo meto al trullo.

—No me iré a menos que arreste a ese hombre. Me ha agredido de forma violenta y sin provocación.

—¿Es eso cierto, Patsy? —preguntó el agente.

—No. Te contaré lo que pasó, Charley, y tengo testigos para demostrarlo, por la gracia de Dios. Estaba sentado en mi cocina, tomándome un plato de sopa, cuando entra este tipo y se me pone chulo. No lo había visto en mi vida. Estaba borracho y…

—Míreme, agente —protestó el sociólogo indignado—. ¿Estoy borracho?

El agente le lanzó una mirada hosca, amenazante, y le hizo una señal a Patsy para que continuase hablando.

—El tipo se me puso chulo. «Soy Tim McGrath, el boxeador —me dijo—, y te voy a machacar. Prepárate». Yo sonreí y con la misma, zas, zas, me lanza dos mamporros y me tira la sopa. Mira mi ojo. Me ha dado bien.

—¿Qué va a hacer, agente? —preguntó Watson.

—Venga, lárguese. —Fue la respuesta—. O me lo llevo a rastras.

Entonces, la rectitud cívica de Carter Watson se encendió.

—Señor agente, debo protestar…

Pero en ese momento el policía lo agarró del brazo y le pegó un tirón tan violento que estuvo a punto de derribarlo.

—Vamos, me lo llevo.

—Pues arréstelo a él también —exigió Watson.

—¡De eso ni hablar! —Fue la respuesta—. ¿Cómo se le ocurre atacar a un hombre pacífico que se está tomando un plato de sopa?

II

CARTER WATSON estaba realmente enfadado. No solo lo habían atacado de manera injustificada, apaleado y arrestado, sino que todos los periódicos de la mañana, sin excepción, relataban con escabrosa prolijidad su trifulca de borracho con el propietario del famoso Vendóme. No se publicó ni una sola línea fiel a la verdad. Patsy Horan y sus compinches describían la batalla al detalle. Todos insistían en que Carter Watson estaba borracho. Tres veces lo habían echado del local a la calle y tres veces había vuelto a entrar, muy enfadado, escupiendo fuego y diciendo que iba a limpiar el local. «Eminente sociólogo, borracho en chirona» fue el primer titular que leyó, en primera plana y acompañado de un enorme retrato suyo. Otros titulares decían: «Carter Watson aspira a recibir honores de campeón», «Carter Watson recibe su merecido», «Famoso sociólogo intenta limpiar una taberna de los barrios bajos» y «Patsy Horan noquea a Carter Watson en tres asaltos».

La mañana siguiente, bajo fianza, Carter Watson se presentó ante el tribunal correccional para responder a la demanda del Pueblo contra Carter Watson, por su agresión con resultado de lesiones a un tal Patsy Horan. Pero antes, el fiscal, al que le pagaban para que procesase a todos los infractores, se lo llevó aparte y habló con él en privado.

—¿Y si acabamos con esto? —preguntó el fiscal—. Le diré lo que debería hacer, señor Watson: estreche la mano del señor Horan, haga las paces con él

y retiraremos los cargos. Una sola palabra al juez y su caso quedará sobreseído.

—Pero no quiero que quede sobreseído. —Fue la respuesta—. Siendo usted el fiscal, debería procesarme, en lugar de pedirme que haga las paces con ese… con ese tipo.

—No se preocupe, lo procesaré —respondió el fiscal.

—También tendrá que procesar a ese Patsy Horan —advirtió Watson—, porque voy a pedir que lo arresten por agresión con resultado de lesiones.

—Es mejor que se den la mano y hagan las paces —repitió el fiscal, y esa vez había un dejo de amenaza en su voz.

Los juicios de ambos quedaron fijados para una semana después, la misma mañana, en el tribunal del juez Witberg.

—No tienes nada que hacer —le dijo a Watson un viejo amigo de la niñez, director retirado del mayor periódico de la ciudad—. Todo el mundo sabe que ese hombre te machacó. Su reputación es de lo más dudosa. Pero eso no te ayudará en absoluto. Ambos casos quedarán sobreseídos. Y eso, porque tú eres tú. A un hombre normal lo condenarían.

—Pero no lo comprendo —objetó el sociólogo, perplejo—. Ese hombre me atacó sin previo aviso y me apaleó. Yo no le di ni un solo golpe. Yo…

—Eso no tiene nada que ver —interrumpió el otro.

—Entonces, ¿qué es lo que tiene que ver?

—Te lo explicaré. Ahora te enfrentas a la Policía local y la maquinaria política. ¿Y quién eres tú? Ni siquiera vives en la ciudad. Vives en el campo. No puedes votar. Y mucho menos puedes convencer a otros para que voten. El propietario de ese antro maneja un montón de votos en su distrito, un montón muy grande de votos.

—¿Pretendes decirme que ese juez Witberg vulnerará el carácter sagrado del cargo que ha jurado y dejará que ese animal se libre? —preguntó Watson.

—Ya lo verás. —Fue la desalentadora respuesta—. Aunque lo hará con mucha elegancia. Su decisión será extraordinariamente legal y judicial, e incluirá todas las palabras presentes en el diccionario que signifiquen imparcialidad y justicia.

—Pero ¿y los periódicos? —exclamó Watson.

—En este momento no están peleados con la Administración. Se ensañarán contigo. Ya ves lo que te han hecho hasta ahora.

—Entonces, ¿esos mocosos al servicio de la Policía no escribirán la verdad?

—Escribirán algo tan parecido a la verdad que el público lo creerá. Escriben sus artículos siguiendo instrucciones. Tienen órdenes de retorcer y colorear los hechos, y no quedará gran cosa de ti cuando hayan acabado. Es mejor que renuncies a este asunto ahora mismo. Tu situación es de lo peor.

—Pero ya han fijado la fecha de los juicios.

—Habla con ellos y todo se acabará. Nadie puede luchar contra una maquinaria si no cuenta con otra maquinaria que lo apoye.

III

SIN EMBARGO, Carter Watson era testarudo. Estaba seguro de que la maquinaria lo aplastaría, pero durante toda su vida había buscado experiencias sociales y aquello era algo nuevo para él.

La mañana del juicio, el fiscal volvió a intentar arreglar el asunto.

—Si eso es lo que opina, me gustaría contar con un abogado que ejerza de acusación —dijo Watson.

—No, no será necesario —respondió el fiscal—. A mí me pagan para que lo procese y lo procesaré. Pero le diré una cosa: no tiene la más mínima oportunidad. Agruparemos ambos casos en uno y ándese con ojo.

A Watson le gustó el aspecto del juez Witberg. Era bastante joven, bajo, fuerte, bien afeitado y de rostro inteligente: parecía un buen hombre. A esa buena impresión se sumaban sus labios sonrientes y las arrugas producidas por la risa en las comisuras de sus ojos negros. Observándolo, estudiándolo, Watson se sintió casi seguro de que el pronóstico de su amigo estaba equivocado.

Pero Watson no tardaría en cambiar de opinión. Patsy Horan y dos de sus compinches atestiguaron el más colosal conjunto de perjurios. Watson no lo habría creído posible si no lo hubiese presenciado. Negaron la existencia de los otros cuatro hombres. Y de los dos que testificaron, uno declaró que se encontraba en la cocina y había sido testigo del ataque sin provocación previa de Watson a Patsy, y el otro, que estaba en el bar, presenció la segunda y tercera vez que Watson entró en el local con la intención de aniquilar al inocente Patsy. El horrible lenguaje atribuido a Watson era tan voluminosa e indeciblemente horrible que este pensó que solo iban a lograr perjudicarse a sí mismos. Resultaba imposible que él pudiese decir esas cosas. Sin embargo, cuando describieron los brutales golpes que había descargado sobre el rostro del pobre Patsy y la silla que destrozó cuando en vano intentó patear a Patsy,

Watson sintió ganas de reírse y, al mismo tiempo, mucha pena. El juicio era una farsa, pero contemplar semejante bajeza resultaba deprimente, porque comprendía lo mucho que iba a tener que mejorar la humanidad.

Watson no se reconocía, como tampoco lo habría reconocido su peor enemigo, en aquel personaje peleón y temerario que aquella gente describía. Pero, como ocurre en todos los casos en los que se ofrece un perjurio tan complicado, acabaron por surgir contradicciones y fisuras en las distintas versiones. Sin embargo, el juez no se percató, mientras que el fiscal y el abogado de Patsy las eludieron con elegancia. Watson no se había molestado en contratar a un abogado y ahora se alegraba de no haberlo hecho.

Aun así, conservó un atisbo de fe en el juez Witberg cuando subió al estrado y empezó a contar su versión.

—Me encontraba paseando por la calle, señoría —empezó a decir Watson, pero el juez lo interrumpió.

—No estamos aquí para considerar sus acciones previas —bramó el juez Witberg—. ¿Quién dio el primer golpe?

—Señoría —se defendió Watson—, no tengo testigos de la contienda y la verdad de mi relato solo podrá comprenderse si cuento la historia al completo.

De nuevo se vio interrumpido.

—Aquí no estamos para editar revistas —rugió el juez Witberg, y le lanzó una mirada tan fiera y malevolente que Watson casi no podía creer que aquel fuera el mismo hombre al que había estudiado pocos minutos antes.

—¿Quién dio el primer golpe? —preguntó el abogado de Patsy.

Intervino el fiscal y quiso saber en cuál de los dos casos agrupados se encontraban y con qué derecho el abogado de Patsy, en aquella fase del procedimiento, se dirigía al testigo. El abogado de Patsy contraatacó. Intervino el juez Witberg para manifestar que no tenía conocimiento de que ambos casos hubiesen sido agrupados. Hubo explicaciones. Se armó la de San Quintín y la cosa acabó con ambos letrados disculpándose entre ellos y ante el tribunal. Luego continuaron. A Watson le parecían un grupo de carteristas que, además de robarle la cartera a un hombre honrado, lo aturdían y lo confundían. La maquinaria se había puesto en funcionamiento, eso era todo.

—¿Por qué entró en ese lugar de dudosa reputación? —le preguntaron.

—Hace muchos años que tengo por costumbre, como estudioso de economía y sociología, familiarizarme con…

Watson no consiguió decir más.

—No nos venga con «ologías» —gruñó el juez Witberg—. La pregunta es sencilla. Respóndala igual. ¿Es verdad o no que estaba usted borracho? Esa es

la esencia de la pregunta.

Cuando Watson quiso contar cómo Patsy se había herido a sí mismo al intentar darle cabezazos, tuvo que soportar que se burlaran de él abiertamente y lo menospreciaran, y que el juez Witberg volviese a intervenir.

—¿Es consciente de la solemnidad del juramento que hizo al subir al estrado, según el que dirá la verdad y nada más que la verdad? —preguntó el juez—. Porque nos está contando un cuento chino. No parece razonable que nadie se hiera a sí mismo de esa forma, golpeando las partes más sensibles y blandas de su rostro contra la cabeza de usted. Usted es un hombre sensato. ¿No le parece irracional?

—El hombre es irracional cuando está enfadado —respondió Watson dócilmente.

Entonces fue el juez Witberg quien se mostró profundamente indignado y justificadamente iracundo.

—¿Qué derecho tiene a decir eso? —gritó—. Es gratuito. No tiene relación con el caso. Está usted aquí, señor, como testigo de los hechos acontecidos. Este tribunal no desea escuchar sus opiniones, ninguna de ellas.

—Me he limitado a responder a su pregunta, Señoría —protestó Watson con humildad.

—No lo ha hecho —resonó el juez—. Y permita que le advierta, señor, permita que le advierta que puede ser considerado responsable de desacato por semejante insolencia. Quiero que tenga claro que, en este humilde tribunal, sabemos respetar la ley y las normas de cortesía. Me avergüenzo de usted.

Y, mientras la siguiente disputa legal y muy puntillosa entre los letrados interrumpía su relato de lo ocurrido en el Vendóme, Carter Watson, sin amargura, se divirtió y se sintió triste al mismo tiempo, vio alzarse ante sí la maquinaria, grande y pequeña, que dominaba a su país, los trapicheos descarados e impunes perpetrados en miles de ciudades por las alimañas y sabandijas que movían dicha maquinaria. Tenía ante él un juez y su tribunal a los que la maquinaría doblegaba y sometía ante el propietario de un garito que manejaba una buena cantidad de votos. Por muy sórdido y mezquino que resultase, no era más que uno de los múltiples aspectos de esa maquinaria que se cernía en cada ciudad y Estado, eclipsando la tierra de mil formas distintas.

Una frase conocida sonó en sus oídos: «Es para reírse». En el momento álgido de la disputa se rió brevemente y se ganó una mirada amenazadora del juez Witberg. Decidió que esos letrados y ese juez intimidantes y peleones eran mil veces peores que los oficiales que manejaban a sus tripulaciones con

la fuerza de sus puños, convirtiendo sus naves en un verdadero infierno, porque no solo eran ellos, en persona, sin delegar en otros, quienes se ocupaban de intimidar y amedrentar a los suyos, sino que además lo hacían también para protegerse a sí mismos. Sin embargo, aquellos bribones de poca monta se protegían tras la grandeza de la ley. Golpeaban, pero nadie podía devolverles el golpe, porque detrás de ellos estaban las celdas y las porras de los estúpidos policías, púgiles profesionales que cobraban por dar palizas a los hombres. Aun así, no estaba resentido. La crudeza y falsedad de la situación podían olvidarse debido a lo absurdo de la misma, y él poseía el sentido del humor necesario para hacerlo.

A pesar de lo mucho que lo interrumpieron e intimidaron, al final consiguió ofrecer una versión sencilla y directa de lo ocurrido y, aunque sufrió un interrogatorio de lo más agresivo, su relato no se vio debilitado. Fue muy distinto a los perjurios presentes en las versiones de Patsy y sus dos testigos.

Tanto la defensa de Patsy como el fiscal dieron sus alegatos por concluidos y permitieron que el caso quedase visto para sentencia sin presentar argumento alguno. Watson protestó, pero guardó silencio cuando el fiscal le recordó el cargo que ocupaba y le dijo que sabía cómo desempeñar sus funciones.

—Patrick Horan ha declarado que su vida corrió peligro y que se vio obligado a defenderse —así comenzó el juez Witberg su veredicto—. El señor Watson ha declarado lo mismo. Cada uno de ellos ha jurado que el otro dio el primer golpe; cada uno de ellos ha jurado que el otro atacó sin provocación previa. Es un axioma de la ley conceder al acusado el beneficio de la duda. Y aquí existe una duda muy razonable. Por lo tanto, en el caso del Pueblo contra Carter Watson, se concede el beneficio de la duda al mencionado Carter Watson y, desde este momento, ordeno que quede en libertad. El mismo razonamiento es aplicable al caso del Pueblo contra Patrick Horan. Se le concede el beneficio de la duda y queda en libertad. Recomiendo que ambos demandados se den la mano y hagan las paces.

El primer titular de los periódicos vespertinos que vio Carter Watson decía: «Cárter Watson absuelto». El segundo diario afirmaba: «Carter Watson se libra de pagar una multa». Pero el colmo era el que comenzaba con «Carter Watson, buen tipo». En el texto se decía que el juez Witberg había aconsejado a ambos contrincantes que se dieran la mano, cosa que habían hecho de inmediato. Además, también leyó lo siguiente:

—Vamos a celebrarlo con una copita —dijo Patsy Horan.

—Encantado —contestó Carter Watson.

Y, cogidos del brazo, se fueron paseando hasta la taberna más próxima.

IV

De toda esa aventura, Watson no se llevó ni rastro de rencor. Se trataba de una experiencia social totalmente nueva que lo empujó a escribir otro libro, titulado *Procedimientos del Tribunal Correccional: Análisis provisional*.

Una mañana de verano, un año después, se encontraba en su rancho y decidió subir a caballo hasta un cañón en miniatura para inspeccionar unos helechos que había plantado el invierno anterior. Al emerger desde el extremo más elevado del cañón, salió a uno de sus prados cubiertos de flores, un lugar precioso y aislado, protegido del mundo por algunas colinas bajas y bosquecillos. Y allí se topó con un hombre que, evidentemente, había llegado paseando desde el hotel de veraneo situado en una población cercana, a kilómetro y medio de distancia. Se encontraron cara a cara y se reconocieron al instante. Era el juez Witberg. Además, aquello era un caso claro de violación de la propiedad, porque Watson tenía señales que prohibían el paso en todos los límites de su finca, aunque nunca las hacía cumplir.

El juez Witberg le tendió la mano, pero Watson hizo como que no la veía.

—La política es un oficio sucio, ¿verdad, juez? —afirmó—. Oh, sí, veo su mano, pero no quiero estrechársela. Los periódicos dijeron que yo había estrechado la mano de Patsy Horan después del juicio. Usted sabe que no fue así, pero le diré que preferiría mil veces estrecharle la mano a él y a su vil pandilla de granujas que estrechársela a usted.

El juez Witberg se aturulló y, mientras titubeaba, carraspeaba e intentaba hablar, Watson, al mirarlo, sintió un capricho repentino y optó por llevar a cabo una excentricidad ingeniosa y ocurrente.

—Nunca esperaría que un hombre con sus capacidades y conocimiento del mundo guardase tanta animadversión —siguió diciendo el juez.

—¿Animadversión? —respondió Watson—. Desde luego que no. Eso no es propio de mí. Y para demostrárselo, permita que le enseñe una cosa curiosa, algo que no ha visto antes. —Echó un vistazo a su alrededor y cogió una piedra del tamaño de su puño—. ¿La ve? Observe.

Mientras hablaba, Watson se atizó un golpe en la mejilla. La piedra le hizo una herida abierta que dejaba el hueso a la vista y por la que empezó a

sangrar.

—Esta piedra tenía demasiadas aristas —le dijo al asombrado juez, quien pensaba que se había vuelto loco—. Me hace falta algún cardenal. En estos asuntos, lo mejor es resultar creíble.

Carter Watson buscó una piedra más lisa y se golpeó la mejilla varias veces.

—Ah —susurró—. En pocas horas habrá adquirido un tono verde y negruzco. Resultará de lo más convincente.

—Está loco —balbuceó el juez Witberg.

—No se dirija a mí con un lenguaje tan infame —dijo Watson—. ¿Ye mi rostro magullado y lleno de sangre? Lo ha hecho usted, con su mano derecha. Me ha golpeado dos veces, zas, zas. Ha sido un ataque brutal y sin provocación previa. Mi vida corre peligro. Debo protegerme.

El juez Witberg reculó asustado ante los puños amenazadores del otro.

—Si me golpea, haré que lo arresten —advirtió el juez Witberg.

—Eso fue lo que yo le dije a Patsy —respondió Watson—. ¿Y sabe lo que hizo cuando se lo dije?

—No.

—¡Esto!

Y en ese preciso instante, el puño derecho de Watson aterrizó en la nariz del juez Witberg y lanzó a su Señoría de espaldas sobre la hierba.

—¡Levántate! —ordenó Watson—. ¡Si eres un caballero, arriba! Eso fue lo que me dijo Patsy.

El juez Witberg se negó a obedecer y Watson lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hacia arriba, para enseguida ponerle un ojo morado y tumbarlo otra vez. Lo que siguió fue una auténtica masacre. El juez Witberg quedo humana y científicamente destartalado. Watson le dio puñetazos en las mejillas, sopapos en las orejas y le restregó la cara contra el suelo, sin dejar de explicarle en todo momento cómo lo había hecho Patsy Horan. De vez en cuando y con mucho cuidado el ocurrente sociólogo le administraba algún golpe un poquito más fuerte. En una ocasión, cuando arrastraba al pobre juez para levantarlo, golpeó deliberadamente su propia nariz contra la cabeza del caballero. La nariz empezó a sangrar.

—¡¿Lo ve?! —exclamó Watson, apartándose un poco para hábilmente derramar su propia sangre sobre la pechera de la camisa—. Lo ha hecho usted. Lo ha hecho con su puño. Es horrible. Ha estado a punto de matarme. Otra vez debo defenderme.

Y de nuevo los rasgos del juez Witberg impactaron contra un puño y acabó sobre la hierba.

—Haré que lo arresten —sollozó aún tumbado.

—Eso mismo dijo Patsy.

—Ha sido un ataque brutal (llanto) y sin provocación (llanto) previa.

—Eso mimo dijo Patsy.

—No le quepa duda de que haré que lo arresten.

—Hablando claro: no, si llego antes que usted.

En ese momento. Carter Watson se fue cañón abajo, montó en su caballo y se dirigió al pueblo.

Una hora más tarde, cuando el juez Witberg alcanzaba cojeando el recinto de su hotel, fue arrestado por un policía local y acusado de agresión con resultado de lesiones, cargos presentados por Carter Watson.

V

—SEÑORÍA —DIJO WATSON al día siguiente al juez local, un granjero acomodado y graduado treinta años antes en una escuela de agricultura—, ya que el mencionado Sol Witberg ha decidido denunciarme por agresión con resultado de lesiones, después de que yo lo hubiese denunciado a él por igual delito, sugiero que ambos casos se agrupen. Los testimonios y los hechos son los mismos.

El juez estuvo de acuerdo y los casos se agruparon. Watson, como testigo de cargo, subió primero al estrado y contó su historia.

—Estaba cogiendo flores —declaró—. Cogiendo flores en mi propiedad, sin siquiera soñar que pudiese correr peligro. De repente, ese hombre se abalanzó sobre mí desde detrás de los árboles. «Soy el dodo —me dijo— y puedo darte una soberana paliza. Prepárate». Yo sonreí y con la misma, zas, zas, me pegó, tirándome al suelo y diseminando mis flores. El lenguaje que utilizó era espantoso. Fue un ataque brutal y sin previa provocación. Mire mi mejilla. Mire mi nariz. Yo no entendía nada. Aquel hombre tenía que estar borracho. Antes de que pudiera recuperarme de la sorpresa ya me había dado esta paliza. Mi vida corría peligro y me vi obligado a defenderme. Eso es todo, Señoría, aunque para concluir debo afirmar que sigo perplejo. ¿Por qué dijo que era el dodo? ¿Porqué me atacó de manera tan injustificada?

Así fue cómo Sol Witberg recibió una clase práctica sobre el arte de cometer perjurio. A menudo, desde su elevado sillón, había escuchado con

indulgencia perjurios cometidos ante el tribunal correccional en casos amañados; pero por primera vez el perjurio se cometía en su contra y él ya no se sentaba en lo más alto de la sala, ni tras él estaban los alguaciles, las porras de los policías o las celdas.

—Señoría —gritó—, jamás he oído contar una sarta de mentiras tan grande a semejante mentiroso y descarado que…

Watson se puso en pie de un salto.

—Protesto, Señoría. Es su Señoría quien debe decidir lo que es verdad o mentira. Este hombre ha subido al estrado para declarar como testigo de los hechos acontecidos. Su opinión personal sobre las cosas en general y sobre mí no tiene relación alguna con este caso.

El juez se rascó la cabeza y se mostró flemáticamente indignado.

—Tiene usted razón —decidió—. Me sorprende usted, señor Witberg, porque afirma ser juez y versado en el ejercicio de la ley y, sin embargo, es culpable de una conducta tan poco propia de un hombre de leyes. Sus modales, señor, y sus métodos, me parecen los de un tramposo. Este es un caso sencillo de agresión con resultado de lesiones. Estamos aquí para determinar quién dio el primer golpe y no nos interesan sus opiniones sobre el carácter del señor Watson. Continúe con su declaración.

Sol Witberg se habría mordido el labio hinchado y magullado si no le doliese tanto. Pero se contuvo y contó una versión sencilla, directa y verídica.

—Señoría —dijo Watson—, le sugiero que le pregunte qué estaba haciendo en mi propiedad.

—Muy buena pregunta. ¿Qué hacía usted, señor, en la propiedad del señor Watson?

—No sabía que era su propiedad.

—Fue violación de la propiedad —afirmó Watson—. Hay señales de prohibido el paso perfectamente visibles en todas partes.

—Yo no vi ninguna —dijo Sol Witberg.

—Yo sí las he visto —espetó el juez—. Y son perfectamente visibles en todas partes. Le advierto, señor, que si juega con la verdad en cuestiones tan insignificantes podría conseguir que sus declaraciones más importantes se vieran ensombrecidas por la sospecha. ¿Por qué golpeó al señor Watson?

—Señoría, como ya he declarado, yo no pegué ni un solo golpe.

El juez observó el rostro magullado e hinchado de Carter Watson y luego se dirigió a Sol Witberg.

—¡Mire la mejilla de ese hombre! —atronó—. Si no pegó ni un solo golpe, ¿cómo está tan desfigurado y herido?

—Según he declarado ya…

—Tenga cuidado con lo que dice —advirtió el juez.

—Lo tendré, señor. Solo diré la verdad. Se golpeó a sí mismo con una piedra. Se golpeó con dos piedras distintas.

—¿Parece razonable que un hombre, cualquiera que no esté loco, se autolesione una y otra vez golpeándose las partes más sensibles y blandas de su rostro con una piedra? —preguntó Carter Watson.

—A mí me parece un cuento chino —comentó el juez—. Señor Witberg, ¿había bebido usted?

—No, señor.

—¿Nunca bebe?

—Rara vez.

El juez reflexionó sobre esa respuesta con aire sagaz.

Watson aprovechó la ocasión para guiñarle un ojo a Sol Witberg, pero el maltratado caballero no le vio la gracia a la situación.

—Un caso muy peculiar, este es un caso muy peculiar. —Así comenzó el juez su veredicto—. Las declaraciones de ambas partes son rotundamente contradictorias. No hay más testigos que los dos protagonistas de los hechos. Cada uno de ellos afirma que fue el otro quien atacó y no cuento con una forma legal de determinar la verdad. Pero sí tengo mi opinión, señor Witberg, y quiero recomendarle que, de ahora en adelante, se abstenga de acceder a la propiedad del señor Watson y se mantenga alejado de esta comarca…

—¡Esto es un ultraje! —estalló Sol Witberg.

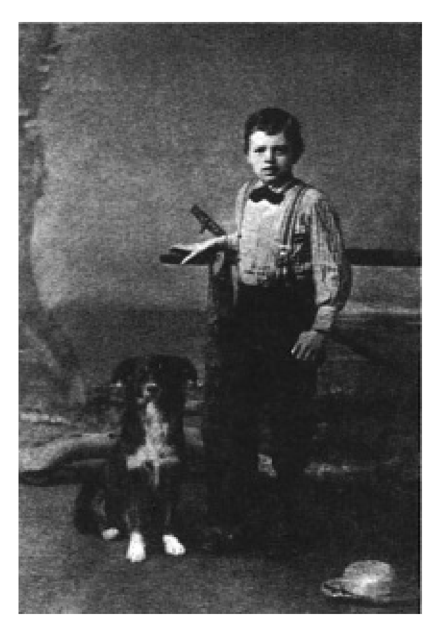
—¡Siéntese, señor! —vociferó el juez—. Si vuelve a interrumpir de esta forma a este tribunal, le impondré una multa por desacato. Y le advierto que será una multa abultada. Usted, siendo juez, debería estar familiarizado con la cortesía y dignidad exigidas en los tribunales. Ahora pronunciaré mi veredicto:

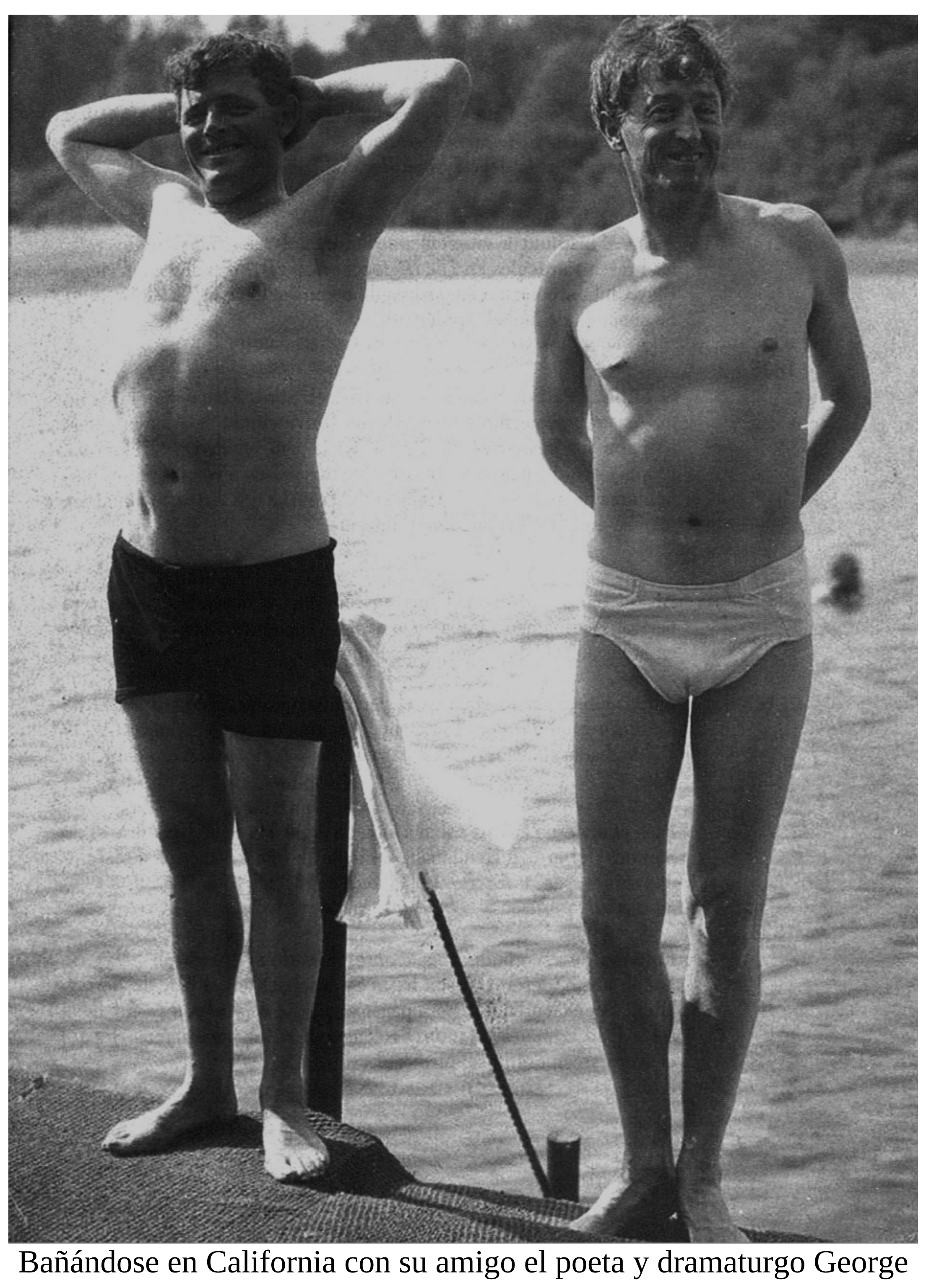
»La ley tiene por norma conceder al acusado el beneficio de la duda. Como he dicho, y repito, no cuento con una forma legal de determinar quién pegó el primer golpe. Por lo tanto, y muy a mi pesar —aquí se detuvo y miró fijamente a Sol Witberg—, en ambos casos me veo obligado a conceder al demandado el beneficio de la duda. Caballeros, quedan los dos en libertad.

—Vamos a celebrarlo con una copita —le dijo Watson a Witberg mientras abandonaban la sala. Pero aquel hombre indignado se negó a darle el brazo y pasear con él hasta la taberna más próxima.

[1910]


Jack London junto a sus hijas Joan (derecha) y Bess.


Jack London de niño.



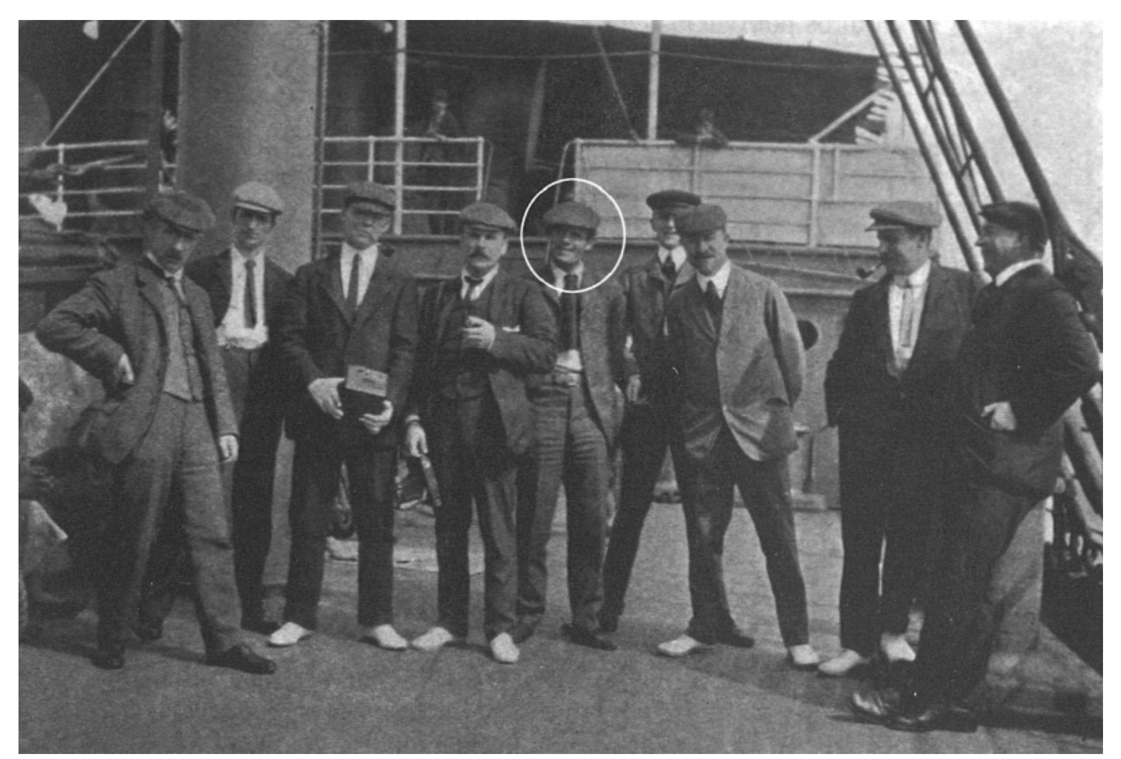
Bañándose en California con su amigo el poeta y dramaturgo George Sterling.



Bessie Maddern con sus dos hijas.



En Corea, como corresponsal en la guerra ruso-japonesa.

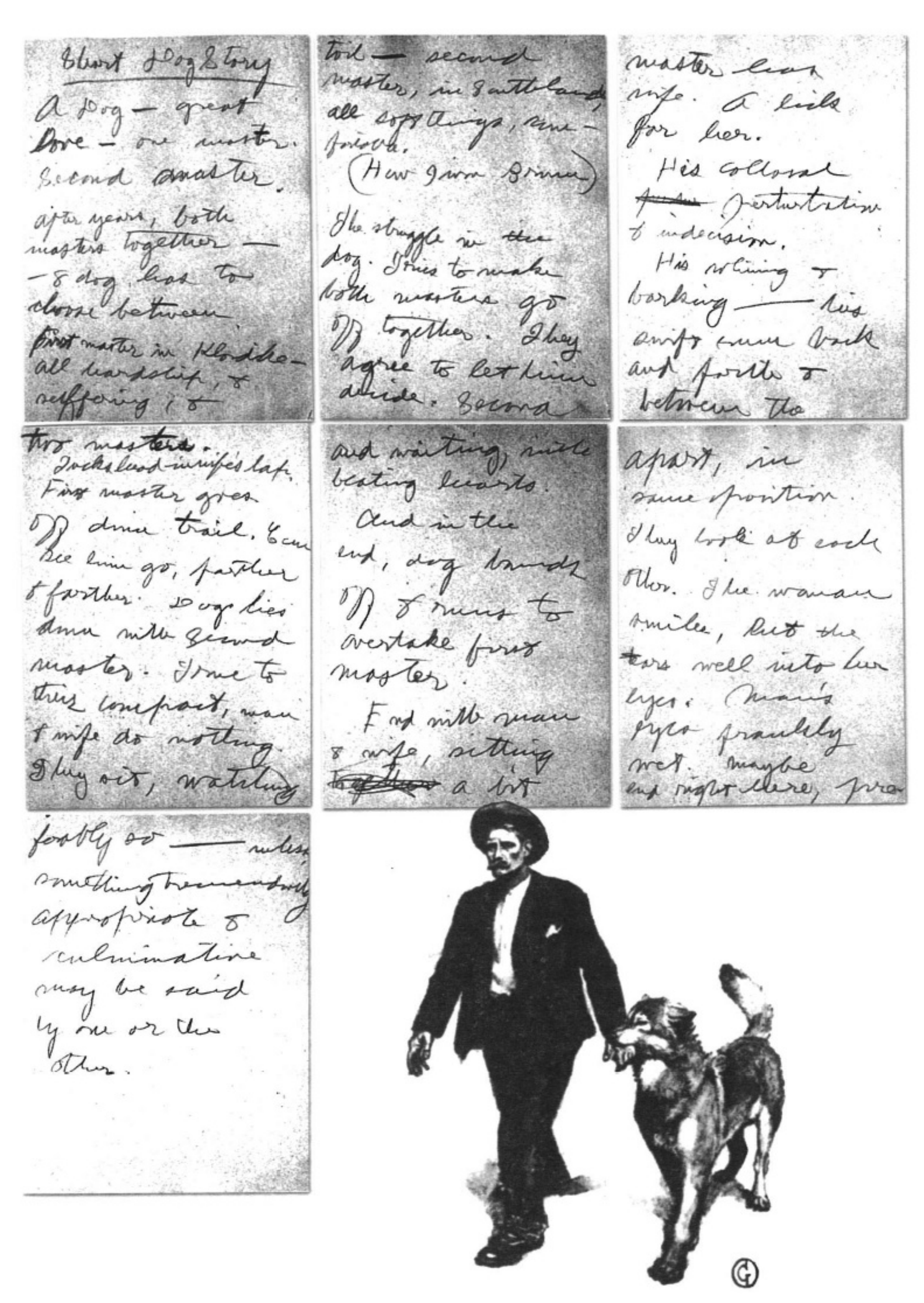


Grupo de corresponsales rumbo a la guerra ruso-japonesa. Junto a Jack London (en el centro marcado con un círculo), enviado por el *San Francisco Examiner*, figuran (de izquierda a derecha), James H. Hare y Robert L. Dunn, ambos de *Collier's*; J. Sheldon Williams, el capitán Lionel James, del *London Times*; Frederick Palmer, también de *Collier's*; Percival Phillips y O. K. Davis, del *New York Herald*.


Charmian Kittredge.



Jack London navegando con Charmian Kittredge.



Short Dog Story

A Dog — great love — one master. Second master. After years, both masters together — & dog has to choose between. First master in Klondike — all hardship, & suffering & toil — second master, in Southland, all soft things, [illegible] forever. (How given dinner) The struggle in the dog. Tries to make both masters go off together. They agree to let him decide. Second master has wife. A link for her. His colossal ~~[illegible]~~ perturbation & indecision. His whining & barking — his swift runs back and forth & between the two masters. [illegible] First master goes off down trail. Can see him go, farther & farther. Dog lies down with second master. True to this compact, man & wife do nothing. They sit, watching and waiting, with beating hearts. And in the end, dog bounds off & runs to overtake first master. End with man & wife, sitting ~~[illegible]~~ a bit apart, in same position. They look at each other. The woman smiles, but the tears well into her eyes. Man's eyes frankly wet. Maybe end right there, frankly so — unless something tremendously appropriate & culminative may be said by one or the other.

Anotaciones para el relato «Lobo Marrón» y una ilustración de Philip R. Goodwin para su edición en *Everybody's*, en agosto de 1906.





A bordo del *Snark* con el tío de Charmian, Roscoe Eames, segundo por la izquierda. Abajo, en Apia (Samoa) en 1908.



Jack London y su mujer, Charmian Kittredge, en Hawái.

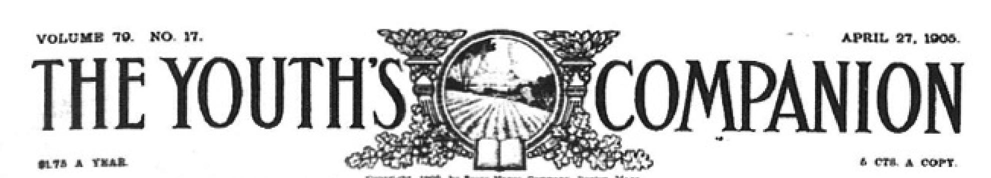


Descansando en Glen Ellen, su rancho de California.

VOLUME 79. NO. 17. APRIL 27, 1905.

THE YOUTH'S COMPANION

$1.75 A YEAR. 5 CTS. A COPY.



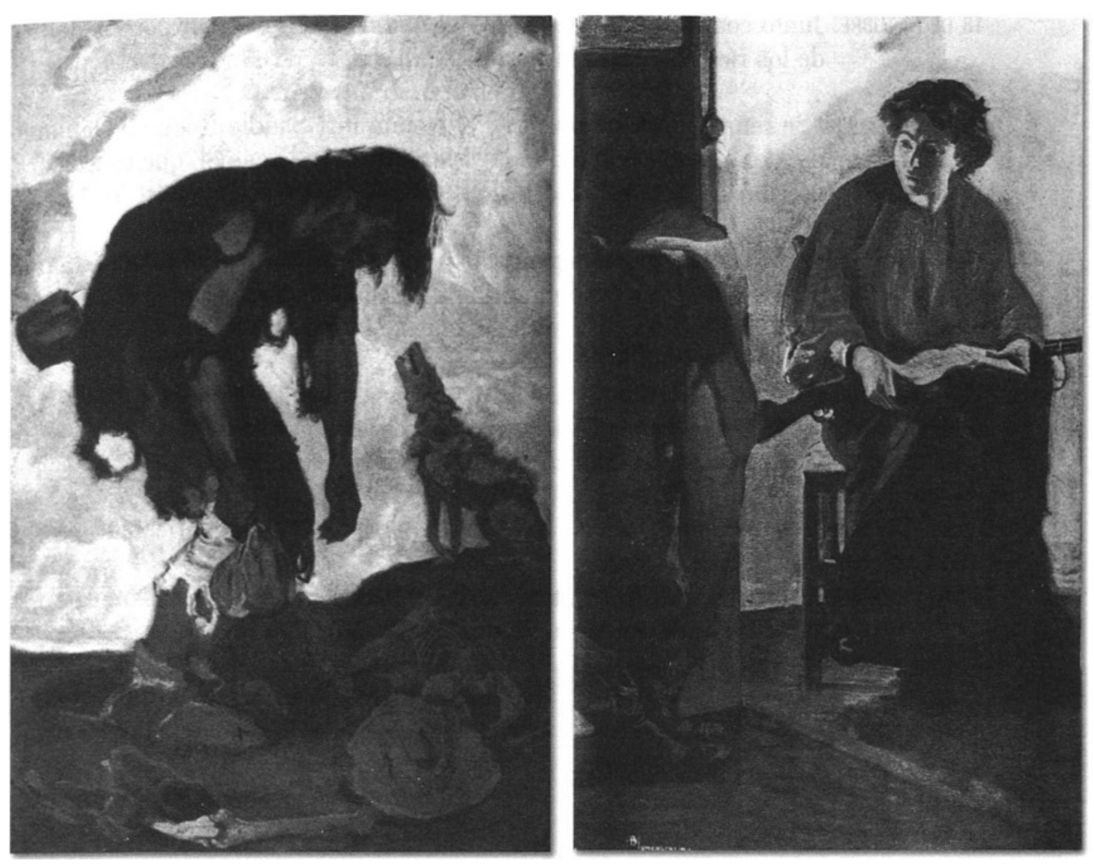


AND THERE, . . . GRINNING AND NODDING GOOD-NATUREDLY, SAT DEMETRIOS CONTOS

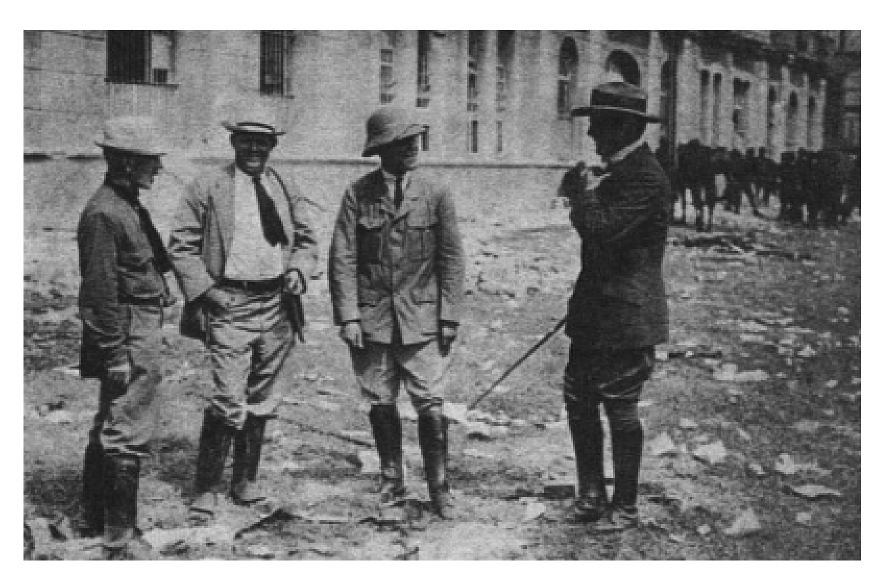
Publicación del relato «Demetrios Contos» en *The Youth's Companion*, el 27 abril 1905.



Ilustración de F. E. Schoonover para «Encender una hoguera», relato publicado en *Century*, agosto 1908.



Ilustraciones de E. L. Blumenscheln para «Amor a la vida» y «Lo Inesperado», publicados en la revista *McClure's,* en diciembre de 1905 y agosto de 1906, respectivamente.



London, segundo por la Izquierda, con otros corresponsales que cubrieron la intervención de Estados Unidos, frente a la Escuela Naval de Veracruz (México).



Jack London y Charmian Kittredge en la playa de Waikiki (1915).

Esta primera edición
en *Reino de Cordelia* de
Cuentos Completos II
de Jack London
se acabó de imprimir
en el otoño
de 2018





JACK LONDON (12 enero 1876, San Francisco, California, EE.UU. - 22 noviembre 1916, Glen Ellen, California, EE.UU.). Escritor estadounidense que combina en su obra el más profundo realismo con los sentimientos humanitarios y el pesimismo.

John Griffith London nació en San Francisco hijo de un astrólogo ambulante, al que no conoció, y de una espiritista que se casó con Yack London meses después del nacimiento de su hijo. Completó sus estudios de bachillerato mientras realizaba diversos trabajos. En 1897 y 1898 viajó a Alaska, empujado por la corriente de la fiebre del oro. Antes había sido marino, pescador, e incluso contrabandista.

De regreso a San Francisco comenzó a relatar sus experiencias. En 1900 publicó una colección de relatos titulada *El hijo del lobo* que le proporcionó un gran éxito popular. Publicó más de 50 libros que le supusieron grandes ingresos pero que dilapidó en viajes y alcohol. Fue corresponsal de guerra y vivió dos matrimonios tormentosos. Se suicidó a la edad de 40 años. De ideas socialistas y siempre del lado de los trabajadores, London fue militante comunista e incluso agitador político. Pero, autodidacta como era, las lecturas del filósofo alemán Nietzsche le llevaron a formular que el individuo debe alzarse frente a las masas y las adversidades. Esta contradicción individualidad-colectividad está presente en su obra. Su tesis general es la de

que el ser humano no es bueno por naturaleza, y sólo los fuertes consiguen alzarse en la vida que es dura; estos seres serán los que pongan los cimientos para una sociedad más justa. Muchos de sus relatos, entre los que destaca su obra maestra, *La llamada de la selva* (1903), hablan de la vuelta de un ser civilizado a su estado primitivo, y la lucha por la supervivencia. Su estilo, brutal, vivo y apasionante, le hizo enormemente famoso fuera de su país. Sus novelas se han traducido a numerosas lenguas.

Entre sus principales obras cabe mencionar *Los de abajo* (1903), sobre la vida de los pobres en Londres; *El lobo de mar* (1904), una novela basada en sus experiencias como cazador de focas; *Colmillo blanco* (1906) un libro pesimista sobre la crueldad, la hegemonía de los más fuertes y la lucha por la libertad; *El talón de hierro* (1908), libro donde más claramente se expresan sus ideas políticas; *John Barleycorn* (1913), un relato autobiográfico sobre su batalla personal contra el alcoholismo, y *El vagabundo de las estrellas* (1915), una serie de historias relacionadas entre sí sobre el tema de la reencarnación.

Notas

[1] Sombrero impermeable de ala estrecha y levantada por delante, aunque ancha y caída por detrás. (Todas las notas son de la traductora). <<

[2] «Maggie Alquitrán». <<

[3] Viajero, en francés. Transportaban en canoa las mercancías con las que abastecían los puestos comerciales para intercambiarlas por las pieles que los nativos les ofrecían y que también se ocupaban de transportar. Al principio eran independientes, pero acabaron trabajando para las grandes compañías, como la Compañía de la Bahía de Hudson. De origen francocanadiense en su mayoría, dominaban casi por completo el transporte en canoa y en ocasiones servían de guías a los exploradores. <<

[4] Se trata de una fiesta ceremonial indígena durante la que se distribuyen propiedades y regalos a fin de reforzar las relaciones jerárquicas. El anfitrión regala sus posesiones para demostrar su importancia y su riqueza, ya que tiene tanto que puede permitirse regalarlo. <<

[5] «La canción del banyo», Rudyard Kipling. <<

[6] Referencia a un verso del poema «Marmion», escrito por Sir Walter Scott. <<

[7] Estrofa de «The Gold-Seekers», poema de Hamlin Garland (1860-1940), escritor norteamericano ganador del Premio Pulitzer. <<

[8] Término que en la jerga de la zona se aplicaba a los recién llegados a Alaska o la región del Yukón, sobre todo a los que llegaban empujados por la fiebre del oro, sin saber hasta qué punto eran extremas las condiciones a las que iban a enfrentarse. A los veteranos y conocedores de la zona se les llamaba *sourdoughs* (masa fermentada), debido a las bolsitas de masa madre que utilizaban como levadura para hacer pan y que llevaban en un cinturón o alrededor del cuello. <<

[9] Estrofa del poema «Felise», escrito por Algernon Charles Swinburne (1837-1909). <<

[10] Personaje de *La tempestad*, de Shakespeare. Es un esclavo deforme de rasgos animales, un espíritu poco sofisticado o inacabado que representa los aspectos más materiales e instintivos del ser humano. <<

[11] Se refiere a Gregorio VII y Enrique IV, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. <<

[12] Bota de piel que usan los esquimales y que suele hacerse de piel de foca o reno. <<

[13] Palabra que define a los nativos de ascendencia hawaiana. A los nacidos en Hawái pero de otros orígenes se les denomina *kamainas*. **<<**

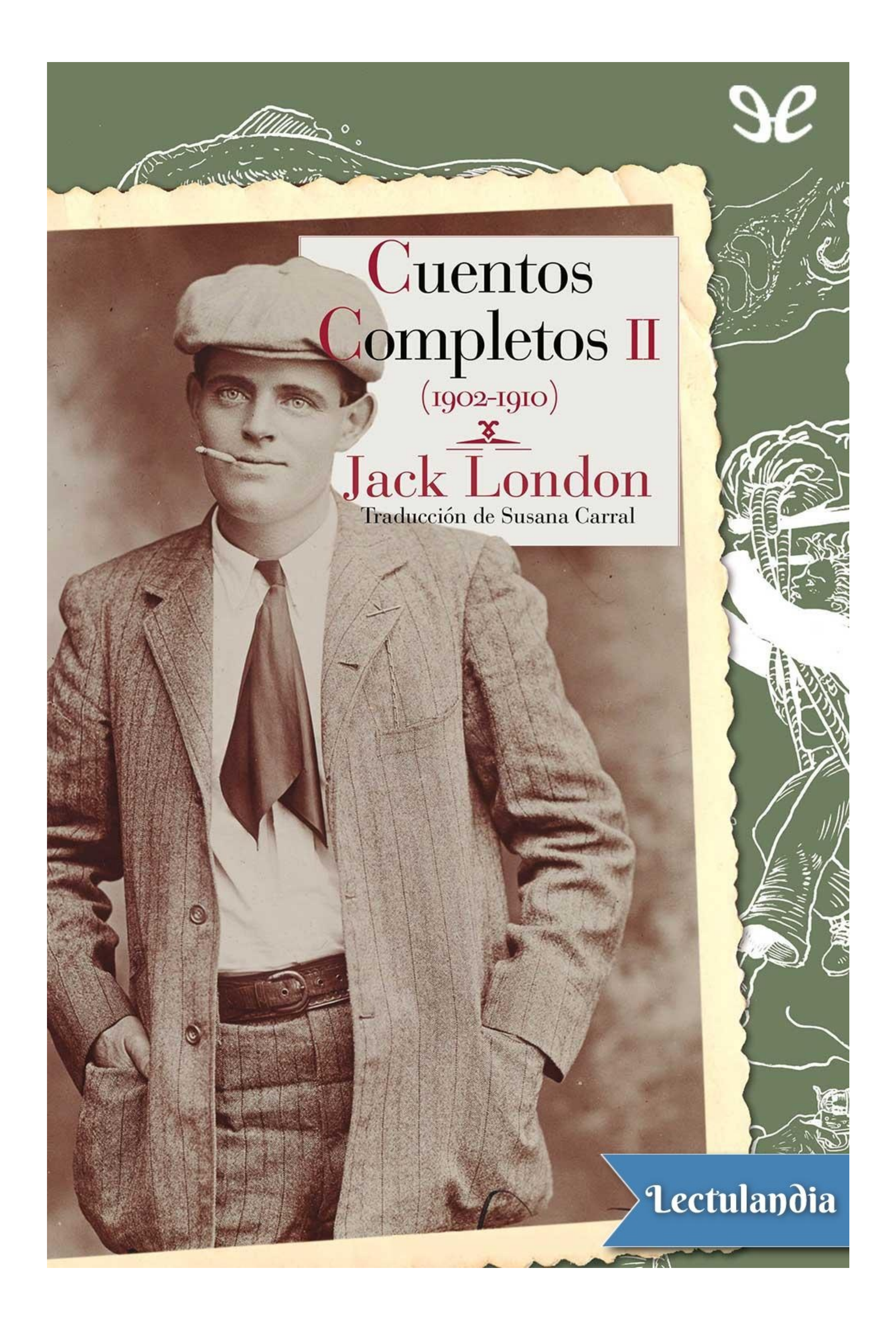
[14] Se trata del archipiélago Tuamotu, perteneciente a la Polinesia francesa y compuesto por más de setenta atolones e innumerables arrecifes de coral y bajíos. Los tahitianos lo llamaban Paumotu, nombre que utiliza London. <<

[15] Se trata del puesto de St. Michael, fundado en 1822 por el ruso Michael Tebenkoff, de la Compañía Ruso-Americana, que fue el asentamiento ruso más septentrional de Alaska. <<

[16] Véase nota 13. <<

[17] Cóctel que lleva el nombre de una ciudad del Sudán, a orillas del Nilo, donde en 1897 tuvo lugar uno de los combates más importantes de la guerra mahdista, también llamada campaña del Sudán, porque seguramente allí se inventó. Se hace con ginebra, vermú, angostura, zumo de lima y agua carbonatada. **<<**

[18] Verso de «A Song of the English», poema de Rudyard Kipling (1865-1936). <<


Cuentos
Completos II
(1902-1910)
Jack London
Traducción de Susana Carral
Lectulandia